C
615

B.P. de Soria
61063726
C 615

276

OBRAS

DE VÍCTOR BALAGUER

TOMO XI DE LA COLECCIÓN

Y TERCERO DE LA HISTORIA DE CATALUÑA

Sig.t.ª Top.ª
Est. 47
Tab. 3
Núm. 4

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN.

POESÍAS CATALANAS. (*El libro del amor.—El libro de la fe.—El libro de la patria.—Eridanias.—Lejos de mi tierra.—Ultimas poesías.*)—Un tomo, que forma el I de la colección, **6** pesetas.

TRAGEDIAS. Original catalán y traducción castellana. (*La muerte de Aníbal.—Coriolano.—La sombra de César.—La fiesta de Tibulo.—La muerte de Nerón.—Safo.—La tragedia de Livia.—La última hora de Cristóbal Colón.—Los esponsales de la muerta.—El guante del degollado.—El conde de Foix.—Rayo de luna.*)—Un tomo (II de la colección), **8** pesetas.

LOS TROVADORES. *Su historia literaria y política.*—Cuatro tomos (III, IV, V y VI de la colección), **30** pesetas.

DISCURSOS ACADÉMICOS Y MEMORIAS LITERARIAS. (*Discursos y dictámenes leídos en las Academias y en los Juegos Florales.—La corte literaria de Alfonso de Aragón.—Un ministerio de Instrucción pública.—Fundación de la Biblioteca de Villanueva y Geltrú.—Cartas literarias.—El poeta Cabanyes.—Ideas y apuntes*, etc., etc.)—Un tomo (VII de la colección), **7** pesetas **50** céntimos.

EL MONASTERIO DE PIEDRA.—LAS LEYENDAS DEL MONTSERRAT.—LAS CUEVAS DE MONTSERRAT.—Un tomo (el VIII de la colección), **7** pesetas **50** céntimos.

HISTORIA DE CATALUÑA.—Primer tomo de esta obra y IX de la colección, **10** pesetas.

Segundo tomo de esta obra y X de la colección, **10** pesetas.

(Esta colección es propiedad del autor.)

Kº 853.

VÍCTOR BALAGUER

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

Rº 1398

HISTORIA

DE

CATALUÑA

TOMO TERCERO

BIBLIOTECA PROVINCIAL SORIA

MINISTERIO DE FOMENTO 0035 DEPÓSITO DE LIBROS

MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1886

BIBLIOTECA PÚBLICA SORIA

10337

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Doña Petronila hace tomar á su hijo el nombre de Alfonso.—Cortes generales en Huesca.—El conde de Provenza gobernador de Cataluña.—Viaje de Alfonso á Agreda.—Embajada al rey de Inglaterra.—De uno que se fingió el emperador D. Alfonso.—D. Alfonso *el Casto* es reconocido por rey.—Primeras Cortes celebradas en Zaragoza.—El conde de Provenza parte á sus Estados.—Da asilo á los genoveses y firma con ellos un tratado.—Tratado de alianza entre los condes de Provenza y de Tolosa.—Entrada de catalanes en Murcia.

(De 1162 á 1165.)

Terminada queda ya la crónica de la casa condal, pero no la historia de los descendientes de los Berenguers, cuya línea masculina quedó subsistiendo en el trono de Aragón, constantemente iluminada, como por un sol de gloria, por el astro brillante que había regido los destinos de la dinastía catalana. El hijo de Ramón Berenguer *el Santo*, empuñando el doble cetro de Cataluña y de Aragón, comienza una época histórica general á todos los Estados de aquella corona. No fué menos gloriosa y menos brillante que la primera, la segunda época que con este capítulo entramos á narrar. En aquélla vemos á nuestros ínclitos condes llevar á cabo la empresa de restauración y reconquista sin más auxilios

BIBLIOTECA PÚBLICA

que los que supieron crearse con su constancia, su voluntad y su valor; y fuertes en su derecho, en su conciencia y en su espada, arraigar en la Marca la cepa de donde más tarde debía brotar la dinastía española. En ésta veremos á los reyes-héroes de Aragón completar la adquisición de lo que debía pertenecerles en la Península, según tratados y convenios con los reyes de Castilla, y pasar luego á tremolar sus banderas en apartadas regiones y en remotos climas. Don Ramón ó Alfonso I de Cataluña y II de Aragón, fué el monarca destinado á inaugurar esta nueva época, y no es extraño que un cronista, al ocuparse de su nacimiento acaecido en el palacio de Barcelona el 4 de Abril de 1152, diga que Alfonso apareció en aquella época de crisis, como una estrella de unión sobre el obscuro horizonte, siendo brillantes y animados los festejos que se celebraron, y concurriendo gozosa al acto de su bautizo la nobleza de uno y de otro reino, considerándose desde aquel momento hermanos los vasallos de los antes distintos Estados. Debe, empero, tenerse entendido que «por esta feliz unión de coronas, ni Cataluña se unió accesoriamente á Aragón, ni Aragón á Cataluña; antes bien quedaron en su sér de reino y principado *æque principaliter* unidos, gobernándose cada cual por sus propias leyes, como de antes, sin que el uno pasase á ser provincia del otro [1].»

Habiendo cumplido Doña Petronila la postrera disposición de su difunto esposo, dando á éste honrosa sepultura en el monasterio de Ripoll, empuñó con ánimo varonil las riendas del Estado, y una de sus primeras disposiciones fué variar en el de Alfonso el nombre de Ramón que llevaba su hijo, «para que los aragoneses

1 Domingo de Aguirre, en su obra sobre el Real palacio de Barcelona, cap. I, párrafo II.

no le mirasen extraño,» según la expresión de un analista.

En seguida pasó á reunir cortes generales de aragoneses y catalanes en Huesca, para que en ellas se declarase lo que el príncipe de Aragón, su esposo, dejara ordenado. Asistieron á estas Cortes, según Zurita: por parte de Aragón, los obispos de Tarazona y Zaragoza, el conde de Pallars, Pelegrín de Castellzuelo, Palazín de Alagón, Sancho Iñiguez de Daroca, Galín Jiménez de Belchite, Fortún Aznárez de Tarazona, Pedro López de Luesia, Marco Ferriz de Lizana, Pedro López de Luna, Jimeno de Urrea, Fortún de Estada, Blasco Maza y Arpa; y por Cataluña, el arzobispo de Tarragona, los obispos de Barcelona, Ausona, Gerona, Elna, Lérida y Tortosa, Ramón de Pujalt, Guillén de Cervera, Geraldo de Jorba, Guillén de Castellvell, Ramón Folch vizconde de Cardona, Beltrán de Castellet, Arnaldo de Llers, Guillén de Castelvell, Otón Bernardo de Rocafort, Ramón de Torroja y Guillén de Montpeller. Presentáronse ante estas Cortes los albaceas testamentarios del conde, ya citados, y refirieron, mediante juramento, la última voluntad de Ramón Berenguer *el Santo*.

A consecuencia de esto, y previo acuerdo de las Cortes, quedó regente del reino Doña Petronila, ínterin llegaba la mayor edad del príncipe Alfonso, guardando para sí el gobierno de Aragón, y encargando á Ramón Berenguer, conde de Provenza, el de Cataluña, prudente y acertada medida que contentaba por de pronto á catalanes y aragoneses.

Refiere un cronista [1], sin que yo lo haya visto confirmado por otro alguno, que Doña Petronila envió entonces á su hijo, niño aún, á Castilla, llegando á Agre-

1 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. I.

da, en donde firmaron el rey de Castilla y él un tratado de alianza ofensiva y defensiva contra los enemigos de entrambas coronas.

También por aquel entonces envió Doña Petronila un embajador á Inglaterra. Fué el arzobispo de Tarragona D. Bernardo Tort, y llevó el encargo de participar á aquel rey la muerte del conde de Barcelona y su postrera voluntad, con plenos poderes para renovar y conservar la alianza que existía entre ambas coronas. Estas medidas y la de la renovación, llevada á cabo con mucha prudencia, de una tregua con Navarra por espacio de trece años [1], prueban el tacto y cordura de Doña Petronila y de sus consejeros en las difíciles circunstancias que por la minoría de Alfonso estaba atravesando el reino.

Un acontecimiento verdaderamente extraordinario vino por aquellos tiempos á poner en agitación el país. Circuló la voz de que el rey Alfonso *el Batallador* no había muerto en la batalla de Fraga, según al principio se creyera, sino que habiendo escapado milagrosamente de aquel desastre, pasó como peregrino á las apartadas comarcas del Asia, donde había sufrido grandes quebrantos y corrido portentosas aventuras. Presentóse efectivamente un anciano que dijo ser el verdadero Alfonso, y el vulgo, en todas épocas aficionado á lo maravilloso y extraordinario, comenzó á seguirle y á creerle. El impostor nombraba á muchas personas de Aragón y de Castilla que habían estado en tratos con él, y recordaba cosas que particular y secretamente con ellas había pactado. Con esta farsa, que parece supo conducir hábilmente, llegó á ganar tanto crédito, que fueron muchos los que, fiados en cierta semejanza, ó seducidos por su aplomo, llegaron á creerle el verdadero empera-

1 Zurita, lib. II, cap. XX.

dor Alfonso, á cuya memoria tenían grande respeto las gentes. Pero el impostor, creyéndose ya seguro y fiando en su osadía, que tan buenos resultados le daba, se atrevió á presentarse en Zaragoza, donde á la sazón se hallaba la reina regente Doña Petronila. Ésta averiguó la falsedad del caso, y aconsejada por los barones más allegados á su trono, mandó prender al que se fingía Rey, y después de procesado, se le ahorcó públicamente en la ciudad de Zaragoza [1].

Al año siguiente, hallándose la reina en Barcelona, hizo donación del reino á su hijo D. Alfonso, que había ya cumplido los doce años. Hízolo, á tenor de lo que dicen las crónicas, por consejo de los prelados y barones, que fueron Hugo de Cervelló, arzobispo de Tarragona, los obispos de Zaragoza y Barcelona, el conde de Pallars, Pedro de Castellezuelo, Pedro Ortiz, Blasco Romeu, Jimeno de Artosello, Dodón de Alcalá, Fortún Maza, Guillén Ramón de Moncada y Guillén de Castellvell. Tuvo lugar esta donación del reino á D. Alfonso el 14 de Junio de 1164, comprendiendo las ciudades, villas y castillos, iglesias y monasterios y cuanto pertenecía á la Corona, con todo lo que se había adquirido y á su conquista perteneciese. De aquel día en adelante D. Alfonso, niño de doce años, se tituló rey de Aragón. Por lo que toca á Doña Petronila, se quedó en la ciudad de Barcelona, en la cual, y en el condado de Besalú, pasó casi lo restante de su vida.

El conde de Provenza y los barones del reino debían ser para el joven monarca una especie de consejo de Estado. Alfonso se dirigió en seguida á Zaragoza y reunió Cortes, á las que asistieron con el alto clero y la

1 Zurita, lib. II, cap. XXII.—Briz Martínez, lib. V, cap. XXVII. Este asunto ha prestado argumentación á varios poetas. Yo conozco dos dramas que se apoyan en este hecho: *El crisol de la lealtad*, del duque de Rivas, y *Odio á muerte*, de D. Gregorio Amado Larrosa.

nobleza, quince procuradores,—ó adelantados como entonces se llamaban,—de Zaragoza, y otros tantos de Calatayud, Daroca, Huesca, Jaca, Tarazona y otras poblaciones. Se conjetura que el alto clero y el brazo real ó estado llano, votaron unánimemente para obligar á los nobles á entregar á la Corona lo que le pertenecía en castillos y heredades, so pena de ser declarados reos de lesa majestad, y el rey juró que lo haría cumplir como se le proponía 1.

Los asuntos de Provenza exigieron en esto la presencia del conde en sus estados. Entregó al joven monarca de Aragón el gobierno de Cataluña y partió á sus tierras. Durante la primavera de 1165 se hallaba en Arles, según nos lo da á conocer un hecho que relatan las crónicas provenzales. Genoveses y pisanos se hallaban en abierta lucha y las circunstancias les habían hecho escojer por teatro de sus contiendas el mediodía de la Galia. Los genoveses, haciendo vía militar el Ródano, habían ido en busca de los pisanos, y desembarcando cerca de San Gilles, tuvieron con ellos un sangriento combate, siéndoles contraria la suerte. Volvieron, pues, á embarcarse en sus galeras, abandonando su campo á los pisanos, que lo incendiaron; subieron el Ródano hasta Arles, y quedáronse muy sorprendidos al hallarse con que, desde dicha ciudad hasta el arrabal de Trinquetaille, se había arrojado un puente que les impedía el paso, y que estaba guardado por un cuerpo de tropas. El cónsul Grille, jefe de la flota genovesa, envió entonces una embajada *al conde de Melgueil*, es decir, á Ramón Berenguer, conde de Provenza, que tomaba también el título de conde de Melgueil, por ser hijo de Beatriz, heredera de este condado. Los embajadores llevaban el encargo de preguntarle si había él

1 Ortiz de la Vega, lib. VII, cap. IV.

mandado echar aquel puente para impedirles el tránsito, en cuyo caso afirmativo debían declararle la guerra, amenazándole con poner sitio á Arles. El conde no dió á los diputados tiempo para hablarle; previno sus deseos y les dijo: «Id á decir al cónsul de Génova y á los capitanes de las galeras, que yo estaba ausente cuando se ha arrojado ese puente sobre el río, y que siento mucho que haya sobrevenido este incidente. Voy á hacer que se derribe el puente en el acto, y los vuestros hallarán en Arles un asilo seguro. Quiero honrar y servir á los genoveses, como lo hizo siempre mi tío el conde de Barcelona.»

La hueste genovesa fué, en efecto, recibida en Arles, y permaneció veinte días entre esta ciudad y Trinquetaille. Durante este tiempo, los genoveses hicieron grandes esfuerzos cerca del conde de Provenza para comprometerle á unirse con ellos y combatir juntos á los pisanos. Llegaron á ofrecerle una suma considerable; pero el conde se negó abiertamente á complacerles, diciéndoles que *estaba unido con el conde de Tolosa, y que no debía ir á hacer la guerra en sus tierras*. No pudiendo vencer su resolución, lo único que consiguieron de él fué que accediese á un tratado por el cual se comprometió, mediante la suma de 4.000 sueldos melgarienses, á no permitir que, durante cierto tiempo prefijado, ningún buque pisano abordase á las costas de sus dominios.

Este hecho que nos cuentan las historias del Languedoc y de Provenza, en las cuales he ido á buscarle, nos revela dos cosas: 1.ª Que el conde de Provenza se hallaba en sus estados poco después de haber sido reconocido Alfonso por rey de Aragón. Y 2.ª Que estaba en íntimas y estrechas relaciones con el conde de Tolosa en Agosto de 1165.

No es extraño, pues, que estos dos príncipes, para

aumentar más su amistad, tuviesen una entrevista en Beaucaire ó Bellcaire en el mes de Octubre siguiente, y formasen juntos una liga contra el conde de Folcalquier, á quien el conde de Provenza había resuelto someter, conforme al tratado que hiciera con el emperador Federico. Los condes de Tolosa y de Provenza convinieron, por el mismo tratado, en ayudarse mutua mente contra todos, excepto el rey de Francia; partirse entre ellos el condado de Folcalquier, cuando lo hubiesen conquistado, así como todo lo que adquiriese el conde de Tolosa; y acordaron el casamiento del hijo mayor de este último, que sólo tenía entonces nueve años, con Dulce, hija única del conde de Provenza, á quien éste aseguró por dote la mitad de los condados de Folcalquier y de Melgueil, con la parte de la ciudad de Aviñón que pertenecía á los condes de Folcalquier. Los Maurinos, historiadores del Languedoc, deducen de esto que el conde de Provenza pretendía que la mitad del condado de Melgueil le pertenecía, sin embargo de vivir aún la condesa Beatriz, su madre, que era la heredera, y sospechan que esta mitad le había sido quizá cedida por el contrato de matrimonio entre el conde Berenguer Ramón, su padre, y esta condesa [1]. Estuvieron presentes á este tratado entre ambos condes, el arzobispo de Tarragona y los obispos de Vich y de Gerona.

La unión que se formó entre el conde de Provenza y el de Tolosa, condujo á este último á abrazar el partido del anti-papa Pascual III, que había sido elegido en 1164, después de la muerte de Víctor.

Respecto á lo sucedido en Cataluña y Aragón, durante este año de 1165, las crónicas sólo hablan, y muy imperfectamente por cierto, de haber sido muerto un

1 *Arte de comprobar las fechas.—Historia del Languedoc.*—Nostradamus: *Historia de Provenza.*—Zurita.—Bouche.

capitán catalán de los más principales, y muchos caballeros con él, por los moros, en una entrada que hicieron por el reino de Murcia. Llamábase Guillermo Despugnolo, y fué la batalla el 15 de Octubre [1].

CAPÍTULO II.

Sitio de Niza y muerte del conde de Provenza.—El conde de Tolosa se apodera de la Provenza.—El rey de Aragón le declara la guerra.—Entra en Provenza.—Se apodera del castillo de Albarón.—Corre grave peligro y es salvado por el señor de Baucio.—Guillermo de Montpeller y otros señores se declaran en favor de Alfonso.—Prosigue la guerra entre el rey de Aragón y el conde de Tolosa.—Ventajas conseguidas por el rey de Aragón.—Le reconoce Gualtero de Millars.—Le proclama el conde de Ródez.—Consejos del rey.—Asesinato del vizconde Trencavello.—Sitio de Beziers por Alfonso.—Alfonso confía el condado de Provenza á su hermano.—Quién era el Ramón Berenguer á quien cedió Alfonso la Provenza.

(De 1166 á 1168.)

No perdamos de vista al conde Ramón Berenguer de Provenza, pues que vamos á ver bien pronto al joven rey de Aragón complicado en sus asuntos.

Después de su tratado con el conde de Tolosa, Ramón Berenguer resolvió emprender la guerra contra el conde de Folcalquier, hizo sus preparativos, y hasta se sabe que efectuó un viaje á Rouergue. No tardó en regresar á Provenza, y abriendo la campaña, puso sitio á la ciudad de Niza, que estaba por el conde de Folcalquier, según los benedictinos de la *Historia del Languedoc*, ó que se había erigido en república, según los del *Arte de comprobar las fechas*. Fatal le fué este sitio al

1 Zurita, lib, II, cap. XXV.

BIBLIOTECA PÚBLICA

conde de Provenza. Habiéndose adelantado un día demasiado cerca de las murallas para presenciar los trabajos, fué herido de un flechazo y quedó muerto en el acto.

La muerte del conde tuvo lugar en 1166, en el mes de Marzo según unos, más adelante según otros. No dejó de su mujer la emperatriz Riquilda más que una hija de corta edad, llamada Dulce, que fué la que estaba prometida en matrimonio á Raimundo, hijo mayor del conde deTolosa, y que debía ser heredera de todos sus estados. La historia no ha podido aclarar todavía si el conde de Tolosa unió sus armas á las del conde de Provenza contra el conde de Folcalquier, conforme estaba tratado y convenido, y si aquél se halló en el sitio de Niza.

Lo que hay de cierto es que el conde de Tolosa, inmediatamente después de la muerte de Ramón Berenguer, se apoderó de la Provenza, en virtud del tratado firmado con éste, según el cual ya sabemos que su hijo debía casarse con Dulce, heredera del condado. El de Tolosa, para asegurar más su presa, concibió el plan, que acabó por llevar á cabo, de repudiar solemnemente á Constanza, su mujer, hermana del rey de Francia, para enlazarse con Riquilda, la emperatriz viuda de Alfonso de Castilla, la condesa viuda de Ramón Berenguer, la madre de Dulce y la sobrina del emperador Federico [1]. Pero con haberse apoderado de los estados de Provenza en virtud del tratado de Bellcaire, y con idear el modo de afirmarse en su posesión por medio de su repudio y nuevo enlace, no consiguió nada el conde de Tolosa. Debía hallar un terrible competidor en la persona del joven rey Alfonso de Aragón, conde de Barcelona, que le disputó la posesión de Provenza, y que acabó por despojarle de ella.

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 14.

En Gerona se hallaba el rey Alfonso cuando tuvo noticia de la muerte de su primo Ramón Berenguer. Reunióse inmediatamente la especie de consejo de estado formado de los prelados y barones que le acompañaban. Asistieron los obispos de Zaragoza, Barcelona y Tarazona y varios nobles aragoneses y catalanes. Convinieron todos en que Alfonso tenía derecho al condado de Provenza, en virtud de la infeudación que el emperador Federico había hecho en 1162, tanto en favor de este conde como del difunto conde de Barcelona, su padre [1]. En su consecuencia, Alfonso tomó el título de marqués de Provenza, como su padre, y trató de hacer valer sus derechos apoderándose de aquellas tierras.

Pero antes de recurrir á la guerra, apeló á la diplomacia. Envió á decir al conde de Tolosa que consentía en el matrimonio del joven Raimundo, su hijo, con Dulce, y le hizo esperar que daría también su consentimiento á su enlace con Riquilda. Sin embargo, todo esto era para ganar tiempo y adormecerle, ínterin hacia sus preparativos. Bien pronto, al frente de una numerosa hueste, pasó los Pirineos y se adelantó hacia el Ródano. Advertido de su marcha el conde de Tolosa, se preparó para disputarle la entrada de la Provenza. Si hemos de dar crédito al historiador Ferreras, el conde salió al encuentro de Alfonso, teniendo lugar una sangrienta batalla, de la que se ignora quién salió vencedor. Nada hay empero de positivo en esto.

Lo que hay de verdadero, es que, á pesar de todos los cuidados del conde de Tolosa para impedir que Alfonso penetrara en Provenza, este último se apoderó del castillo de Albarón, situado en la isla de Comergue, sobre el brazo del Ródano que está al lado del Languedoc, y entró en él con Hugo arzobispo de Tarragona, Pe-

1 Zurita, lib. II, cap. XXV.

dro obispo de Ausona, y muchos señores aragoneses y catalanes [1].

No tardó en acudir el conde de Tolosa, presentándose á las puertas del castillo de Albarón y poniéndole sitio. Parece que el rey Alfonso, los prelados catalanes y sus principales caballeros, quedaron encerrados dentro. La resistencia que opusieron hubo de ser desesperada, pues el conde de Tolosa tomó el castillo por asalto. Afortunadamente, el joven monarca aragonés tuvo la dicha de salvarse, gracias á la vigilancia y celo de Beltrán de Baucio, que había abrazado su partido, después de haber abandonado el del tolosano, y que haciéndole montar á caballo, le hizo atravesar á nado el otro brazo del Ródano, conduciéndole así sano y salvo hasta Arles, donde fué recibido en medio de entusiastas aclamaciones del pueblo. Esta es la versión de los Maurinos [2]. Los cronistas catalanes y aragoneses que yo he visto, no hablan de este hecho. Todos suponen á Alfonso vencedor, y le hacen penetrar sin grandes obstáculos en Provenza, apoderándose brevemente del país en alas de la victoria. Otra versión es la de los benedictinos del *Arte de comprobar las fechas* 3. Estos, sin hablar del castillo de Albarón, suponen que el rey Alfonso se presentó ante la ciudad de Arles con su ejército, tomándosela á los Baucios que la mantenían por el conde de Tolosa.

Alfonso había llegado á Provenza antes de terminarse el año de 1166, según lo atestigua una carta en que se titula *rey de Aragón, duque de Provenza* y *conde de Barcelona*, y por medio de la cual exime de peaje á los religiosos de cierta abadía de la diócesis de Aix 4.

Uno de los primeros señores de aquellas tierras que

1 *Gest. comit. barcin.* en Marca, pág. 550.

2 Tomo III, pág. 15.

3 Tratado de los *Condes de Provenza.*

4 Puede leerse en Bouche, tomo II, pág. 1.056.

se declaró en favor de Alfonso, fué Guillermo de Montpeller, constante amigo de la casa de Barcelona. Guillermo, no contento con facilitarle el libre paso por sus tierras, unióse á él y le acompañó en su expedición de Provenza contra el conde de Tolosa [1]. La mayor parte de los que habían sido grandes vasallos del conde de Provenza, abrazaron también el partido que representaba el monarca aragonés, el cual, después de haberse asegurado la posesión de aquel país, se tituló de él indistintamente duque, marqués ó conde. Desde aquél momento, Alfonso ya no se portó como protector de la niña Dulce, sino como propietario de la Provenza.

Raimundo de Tolosa, viéndose arrojado de este país, hizo cuantos esfuerzos pudo para recobrarle, y no cesó ni un instante en su guerra con el rey de Aragón; pero las diferencias que tenía al mismo tiempo con el rey de Inglaterra, desbarataron en parte sus planes. Tenía que acudir contra dos poderosísimos enemigos á la vez, y esto le obligaba á largas treguas, de las que Alfonso se aprovechaba hábilmente para afirmarse y robustecerse en el país. A mediados de 1167, hizo el de Tolosa una nueva entrada en tierras de Provenza, y si bien parece que, gracias á un supremo esfuerzo, consiguió algunas ventajas que las crónicas no particularizan, no tardó Alfonso en recobrar lo perdido, y el tolosano se vió de nuevo arrojado de la comarca.

El joven rey aragonés residía aún en Arles en Agosto de 1167 [2], y se ve bien claramente que él y sus consejeros se valían de la diplomacia y de la política, al mismo tiempo que de la guerra, para asegurar sus nuevas posesiones. Con amenazas á los unos, con halagos á los otros, con promesas, con haciendas, con oro y con ma-

1 *Historia del Languedoc.*

2 Zurita, lib. II, cap. XXV.

nejos diplomáticos, iban poco á poco robando al conde de Tolosa sus simpatías y sus alianzas.

Gualtero de Millars fué el primero que cedió á esta nueva táctica del partido aragonés. Reconoció á Alfonso por señor de la Provenza en Agosto de 1167, y le entregó el castillo y fuerza de Millars prestándole homenaje [1].

Hugo, conde de Ródez, fué el segundo, y puede decirse que la decisión de éste inclinó el peso de la balanza. Hugo de Ródez, por su alta posición, era quizá el que podía decidir de la suerte de la Provenza, según el bando á que se inclinase. Habíase decidido primero en favor del conde de Tolosa; pero Alfonso halló medio de atraerle á su partido por intervención de Hugo, obispo de Ródez, y de Guillermo VII, señor de Montpeller. Estipulóse y firmóse un tratado entre ambos [2], del cual se desprende que el rey de Aragón se atrajo al conde de Ródez y á otros señores de Rouergue que se hallaban en estado de favorecerle en su empresa y que abandonaron entonces los intereses del conde de Tolosa para abrazar los suyos; así como también que le eran ya adictos y aliados los señores de la casa de Baucio, que tan unidos habían estado antes con el conde de Tolosa, y que éste había constantemente sostenido en sus guerras contra la casa de Barcelona. El tratado entre el rey de Aragón y el conde de Ródez está suscrito por Alfonso, que se titula *rey de Aragón, conde de Barcelona y duque de Provenza*; por Hugo, conde de Ródez; por Hugo, obispo de esta ciudad, su hermano; Guillermo de Montpeller, el arzobispo de Tarragona, los obispos de Ausona, Zaragoza y Barcelona; Hugo de Baucio, su hermano Beltrán, etc., etc.

1 Zurita, lib. II, cap. XXV.—Feliu de la Peña, lib. XI, cap. I.

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 16.

Se deduce también naturalmente de este tratado, que Guillermo de Montpeller—cuya casa fué siempre constante amiga y aliada de la de Barcelona, por más que lastimosamente haya cronistas de tan buen talento, como Piferrer, que crean lo contrario,—sirvió mucho en esta ocasión al monarca aragonés. A él, á su autoridad, á su mediación, á sus esfuerzos, á sus manejos, debió el que se declarasen en favor suyo tantos y tan altos señores. Se ve también que el arzobispo de Tarragona, los obispos de Barcelona, Zaragoza, Vich y Gerona, con otros señores aragoneses y catalanes, formaban una especie de consejo de Estado junto al joven monarca aragonés.

La política, hábilmente dirigida, de este consejo, no se contentó con debilitar al conde de Tolosa enajenándole las simpatías de sus grandes feudatarios, sino que parece le suscitó un poderoso enemigo en la persona del conde de Saboya, el cual, por la parte del Delfinado, se arrojó sobre sus tierras, promoviéndole una querella que fué larga y sangrienta [1].

También se unieron al rey de Aragón, Bernardo Atón, vizconde de Nimes, y Raimundo Trencavello, vizconde de Beziers y de Carcasona. Este último fué en aquel mismo año de 1167 asesinado por sus súbditos, que se sublevaron contra él, á causa de una contienda entre nobles y ciudadanos. Sucedióle su hijo Roger, que tenía á la sazón diez y ocho años, y después de haber reconocido á Alfonso de Aragón por su señor, le pidió auxilio para vengar la muerte de su padre.

Diósele Alfonso, quien, á principios del 1168, se encaminó al frente de su ejército, hacia los estados de Roger. Juntóse con éste, y entrambos pusieron sitio á

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 17.

la ciudad de Beziers. Los ciudadanos se habían sublevado y se mantenían firmes. Supieron oponer una vigorosa resistencia. El rey de Aragón y el vizconde Roger, que comenzaban á desesperar de apoderarse de la plaza, viéronse obligados á entrar en tratos con los ciudadanos. Según este tratado, el vizconde les perdonó el asesinato de su padre, mediante ciertas condiciones que les impuso. Concluído esto, el rey de Aragón levantó el sitio y se retiró.

Asegurada ya la Provenza, y llamándole los asuntos del reino á Cataluña y Aragón, quiso el monarca, antes de partir, nombrar gobernador para su nuevo estado. Aquí es cuando dicen Bouche y las historias del Languedoc y de Provenza, que Alfonso, en el mes de Diciembre de 1168, confió el gobierno de Provenza á su hermano Ramón Berenguer, á quien dió el condado de este país *en encomienda* para gobernarle bajo sus órdenes, á su servicio y bajo su fidelidad, devolviéndoselo siempre y cuando fuese para ello requerido. Añaden dichas crónicas é historias que Alfonso se reservó al mismo tiempo el dominio directo de los castillos de Tarascón y de Albarón y la mitad de la moneda que se batiese en la Provenza, con el poder y autoridad, cuando se hallase personalmente en el país, de mandar absolutamente *como señor*. Dióle, con las mismas condiciones, los condados de Ródez y de Gevaudán. El resultado fué que la joven condesa Dulce, verdadera y legítima heredera, quedó despojada de su herencia, y hubo de retirarse al lado de su abuela Beatriz, muriendo en 1172 con su título de condesa, del cual no hizo ningún uso [1].

Al llegar á este punto, ocurre una duda histórica que es preciso aclarar, en todo lo que sea buenamente

1 *Arte de comprobar las fechas:* tratado de los condes de Provenza.

posible á mis fuerzas escasas, antes de pasar adelante. Es un hecho indudable que el condado de Provenza fué dado por D. Alfonso á ese su hermano Ramón Berenguer, pero ¿quién era este Ramón Berenguer, si D. Alfonso no tenía ningún hermano de este nombre? Efectivamente, el conde de Barcelona, príncipe de Aragón, Ramón Berenguer IV, no tuvo más que tres hijos legítimos: Alfonso, que fué rey de Aragón; Pedro, á quien dejó el condado de Cerdaña y el señorío de Carcasona, y al cual todos los cronistas, desde Zurita hasta Bofarull, suponen muerto muy joven; y Sancho, á quien dan el título de conde de Provenza.

Los Maurinos previeron ya que podía ocurrir esta duda, y la solventaron diciendo [1] que el Ramón Berenguer, hermano de D. Alfonso, á quien éste traspasó el condado de Provenza, no pudo ser otro que su hermano Pedro, el cual cambió su nombre por el de Ramón Berenguer, á ejemplo del mismo Alfonso, que tomó este nombre dejando el de Ramón. A los Maurinos no les queda duda alguna de que fué este Pedro el Ramón Berenguer de Provenza, pues que en el acto de recibir la investidura de este condado en 1168, le ven ceder en cambio al rey Alfonso, su hermano, los de Cerdaña y Carcasona, y los otros dominios del Languedoc que el conde su padre había dado á Pedro. La razón me parece que es lógica y concluyente, en buena crítica.

Esta variación del nombre de Pedro en el de Ramón Berenguer, no debe por lo demás parecer extraña, y sin escrúpulo puede aceptarse, como ha sido aceptada por los Maurinos. Si hubo razones políticas que hiciesen mudar al rey de Aragón su nombre por el de Alfonso para que pudiese ser más grato y aceptable á los aragoneses, idénticas y aun más superiores razones políticas

1 Tomo III, pág. 21.

debió de haber en Pedro para mudar su nombre en el de Ramón Berenguer, que seguramente había de sonar más grato á los provenzales que el de Pedro.

Zurita y otros cronistas que le siguen, dan por muerto á Pedro en su niñez; pero por muy respetable que sea su opinión, no debe valer si no está justificada.

También le supone muerto muy joven D. Próspero de Bofarull [1]; pero, sea dicho con todo el profundo respeto que merece un hombre de su talla y de su crítica, este punto ha quedado sin ser resuelto por el sabio cronista. ¿En qué se apoya para creer en la muerte de Pedro? En que tuvo lugar la sustitución á favor del tercer hijo Sancho, hecha por el padre común Ramón Berenguer IV en su testamento. Pero esta sustitución no tuvo lugar hasta 1181, época en que murió el Pedro-Ramón Berenguer, conde de Provenza. Realmente, ya veremos en 1181, al morir el conde de Provenza, sucederle en este condado su hermano Sancho.

Si el Ramón Berenguer de Provenza, hermano de D. Alfonso, no es el Pedro que se supone muerto, ¿quién es entonces? No puede ser el Sancho, porque éste no fué conde de Provenza hasta 1181, ni puede ser el otro hermano natural del rey, que se llamaba realmente Ramón Berenguer, porque éste fué eclesiástico y abad de Monte-Aragón. O tenemos que admitir que es el Pedro, que mudó su nombre en el de Ramón Berenguer para hacerse más grato á los provenzales, ó tenemos que dar al conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, un hijo de su mismo nombre que no tuvo y que no figura ni en su testamento ni en ninguna de las escrituras coetáneas.

1 *Condes vindicados*, tomo II, pág. 189.

CAPÍTULO III.

Regresa D. Alfonso.—Tratado de paz y armonía con Castilla.—Confirmación de fueros y continuación de la guerra contra moros.—Ventajas alcanzadas sobre los moros.—Sorpresa de Beziers por las tropas de Aragón y asesinato de sus habitantes.—Guerra entre Aragón y Castilla.—Sitio de Calahorra por los aragoneses.—Se hacen las paces. Tratado de Sahagún.—Renuévase la guerra contra moros.—Sospechas de que Tarragona había caído otra vez en poder de moros.—Origen de Reus y lugares vecinos.—Contiendas entre el príncipe y el arzobispo de Tarragona.—Media el rey.—Asesinato del arzobispo Hugo de Cervelló.—Fundación de Teruel.

(De 1168 á 1171.)

Dejando, pues, la Provenza encomendada á su hermano Pedro, á quien desde este momento llamaremos Ramón Berenguer, Alfonso se vino á Cataluña y pasó á Aragón antes de terminarse el año 1168; pero es preciso dejar consignado, por lo que hemos de ver más adelante, que antes de partir de Provenza, quedó estrechamente unido con Roger el nuevo vizconde de Beziers y de Carcasona, quien bajo su protección y señorío, disfrutó pacíficamente de los dominios que habían pertenecido á su padre Raimundo Trencavello [1].

Sin detenerse apenas en Barcelona, pasó Alfonso á Zaragoza con el ejército de Cataluña [2]. Llamábale precipitadamente un asunto de importancia, pues que á la sazón, por efecto de algunas hostilidades, la sana política aconsejaba que Aragón y Castilla viviesen en buena paz y concordia. Fueron y vinieron mensajes de

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 21.

2 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. I.

un rey á otro, hubo embajadas de una á otra corte, y se consiguió la buena armonía de sacar á plaza el castellano las injustificables pretensiones del emperador Alfonso respecto al vasallaje de los aragoneses [1].

Hallándose en Zaragoza, Alfonso confirmó los fueros y privilegios concedidos antes al clero, á la nobleza y á las poblaciones, y en seguida dió comienzo á la guerra con los moros; pues lleno de juvenil ardor guerrero, ansiaba recobrar de los enemigos de Cristo las plazas que aún retenían en su territorio, terminando la restauración de Aragón, como su padre, de buena y santa memoria, había terminado la de Cataluña.

No habían permanecido, sin embargo, dormidas las armas de los catalanes y aragoneses durante la ausencia de su rey, pero á la llegada de éste, hízose la guerra en mayor escala. Alfonso tremoló al aire el pendón de las barras, y al son de sus trompas bélicas congregó á la flor de la caballería aragonesa y catalana. Arrojados los moros de la ribera occidental del Ebro, fueron entonces desalojados de las riberas del Algas y del Matarraña, se les ganaron muchos pueblos, y se acabó por poner cerco á la agarena Caspe, que era un lugar muy principal, cuya fuerza había tal vez retardado durante medio siglo el progreso de las armas aragonesas acantonadas en la vecina Alcañiz. Los hospitalarios, los templarios y algunos caballeros de Santiago sirvieron mucho y muy bien en esta guerra, que ocupó á las armas del rey durante el año 1169. Caspe fué después cedida á los caballeros hospitalarios, y Alcañiz fué dada en encomienda á los de Calatrava [2].

Pero mientras las armas del rey de Aragón se cubrían de gloria y conquistaban inmarcesibles lauros en estas

1 Lafuente.—Ortiz de la Vega.—Cortada.

2 Zurita.—Feliu de la Peña.—Ortiz de la Vega.—Cuadrado.

tierras, los muros de Beziers las vieron penetrar traidoramente en su recinto para cubrirse de ignominia en una noche de horrores, de luto y de sangre. Ninguna de nuestras crónicas, que yo sepa, refiere el hecho de que voy á dar cuenta, pero nárranlo minuciosamente, y con sombríos colores, las del Languedoc y Provenza, y particularmente las memorias de Beziers. Si nuestros cronistas, adrede ó por olvido, lo han ocultado, no es bien que yo les siga en este punto; que no es cordura faltar á la verdad por el vano placer de disfrazar un hecho que puede no sernos favorable. La verdad debe decirse siempre en historia. Y no importa que en la nuestra haya algunos lunares, y se digan; yo prometo decir por lo menos los que encuentre, que así han de resaltar más y más los muchos nobilísimos y muy altos ejemplos de virtud y de patriotismo que brillan en nuestros anales, y de los que guardamos un tesoro como puedan tenerlo pocas naciones.

He aquí el hecho, tal como lo cuenta un antiguo historiador, y lo refieren, con ligeras variaciones de detalles, las crónicas del Languedoc [1].

Ya sabemos que, á consecuencia de discordias entre nobles y ciudadanos de Beziers, estos últimos habían penetrado un día sublevados en la iglesia de Santa Magdalena, donde se hallaba el vizconde Trencavello, á quien asesinaron, lo propio que á algunos nobles que acertaban á estar con él en aquellos momentos, sin respeto á la santidad del lugar y á la presencia del obispo. Ya sabemos también que Roger, el hijo de la víctima, pidió apoyo al rey de Aragón, y unido con él, sitió la ciudad, que se resistió valerosamente, entrando entonces en tratos Roger con los sublevados, y perdonándo-

1 Guillermo Nebrija, lib. II, cap. II.—*Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 24.

les la muerte de su padre, bajo condición de volver á su dominio y reconocerle por su señor. Por este convenio, las puertas de Beziers fueron abiertas á Roger; el rey de Aragón se retiró, y el hijo de Trencavello fué reconocido como su vizconde y señor inmediato por los habitantes de la ciudad.

Había ya pasado de esto un año, ó cerca de él, cuando uno de sus cortesanos echó cierto día en cara á Roger el haber vendido la sangre de su padre á los ciudadanos de Beziers. Este pérfido recuerdo encendió en ira á Roger, que juró castigar á los habitantes de una manera estrepitosa, aun cuando ya les hubiese perdonado. Al efecto, recurrió á su protector el rey de Aragón, que le envió un cuerpo considerable de tropas, *bajo pretexto de la guerra que tenía que sostener el vizconde contra el conde de Tolosa*, quien, en efecto, acababa de declarársela.

Para no despertar sospechas en los habitantes de Beziers, Roger difundió la voz de que, habiendo sabido que el conde de Tolosa meditaba una próxima irrupción en sus dominios, pidiera auxilios al rey de Aragón. Dirigióse en seguida á Beziers, donde se presentó en persona á fines del 1169, y suplicó á los habitantes que alojasen á su paso á las tropas aragonesas, facilitándolas víveres, y recibiéndolas como amigas y auxiliares. Las tropas de Aragón, por su parte, para evitar toda sospecha, se dividieron en partidas, y fueron entrando sucesivamente en Beziers, siendo alojadas en las casas de los ciudadanos, que sin el menor recelo las admitieron.

Así que los soldados aragoneses se vieron por este medio dueños de la ciudad, tomaron repentinamente las armas, á cierta señal convenida de antemano; arrojáronse sobre los indefensos y desprevenidos ciudadanos, y prendieron á unos, acuchillaron á otros y ahorcaron á

los más, *haciéndoles así pagar la justa pena de su crimen*, dice con horrible candidez la crónica. Solo se dió cuartel á los judíos, que al parecer no habían manchado sus manos con la sangre de Trencavello, á las mujeres y á las jóvenes, con las que los soldados del rey de Aragón se casaron en seguida para repoblar la ciudad.

Tal es el hecho, por cierto terrible y desconsolador en alto grado. Lo consigno con pena; y aun cuando veo que debe dársele crédito, pues lo admiten autores de nota, y hasta los Maurinos lo refieren con relación á una escritura privada de Beziers, es muy probable que esté algo exagerado en los detalles, ya que no en el fondo.

A principios del 1170, las crónicas nos presentan al rey de Aragón ocupado en recorrer parte de sus estados. Estuvo primero en Ribagorza, residiendo por algún tiempo en Roda, de donde pasó á Huesca y luego á Jaca, á cuya ciudad dice Zurita que llegó el último día de Abril. Parece que los empeños que hubo en cortar las desavenencias entre Aragón y Castilla, acabaron por no obtener resultado. No tardó en encenderse la guerra entre ambos estados, y por cierto que en esta ocasión la victoria se divorció de los pendones aragoneses.

Entró D. Alfonso en Castilla, y fué á poner cerco á la ciudad de Calahorra; pero se lo hizo levantar, desastrosamente para los nuestros, D. Gutierre Fernández de Castro, capitán castellano, de quien se dice que llegó á ganar las banderas de Aragón, las cuales fueron puestas á su muerte sobre su tumba, como militar trofeo [1].

La guerra, parece que no continuó. Pudo la política

1 Zurita, lib, II, cap. XXVIII.—Blancas, en la vida de D. Alfonso II.

volver á recobrar su imperio, y se convino en que ambos reyes, el de Aragón y de Castilla, tuviesen una entrevista en Sahagún, á cuyo punto acudieron entrambos con lucido cortejo. Entre los que acompañaban al aragonés, se cita á los obispos de Barcelona y Zaragoza, á Ramón de Moncada, al vizconde de Cardona Ramón Folch y á Guillermo de San Martín. Con el rey de Castilla iba el conde Armengol de Urgel, que por lo visto pertenecía entonces á su bando. Concertáronse paces y concordia entre ambos monarcas; diéronse mutuamente en garantía algunas fortalezas, y tan amigos quedaron, que el castellano se vino con el aragonés á Zaragoza, de donde entrambos pasaron luego á Tarazona, para recibir á Leonor, hija del rey de Inglaterra, destinada para esposa del de Castilla.

Las bodas de éste se celebraron en Tarazona, siendo testigo D. Alfonso, y teniendo lugar grandes y extraordinarios festejos. Separáronse entrambos monarcas muy amigos, y en pago de la espléndida hospitalidad que dió el aragonés al castellano, éste le salió garante de que el rey moro de Murcia, que le retardaba el pago de las parias, le satisfaría las acostumbradas y las que le debiese de los años anteriores.

D. Alfonso movió entonces sus armas contra los moros, y continuó la guerra de la reconquista por la parte de Sierra Ibubeda, tomando las fortalezas y lugares que tenían los enemigos en las márgenes de los ríos Guadalaviar y Alhambra [1]. También hizo la guerra á algunos moros que se habían hecho fuertes en las montañas de Prades y de Ciurana, y aún hay quien afirma que un jeque enemigo, por nombre Entenza, viéndose reducido á la última extremidad, se dió á partido y se hizo cristiano, si bien Zurita opina que esto es una

1 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. I.

imaginación de las muchas de que andan llenas ciertas historias, y refiere cómo los Entenza son una muy antigua, muy noble y muy cristiana casa de Aragón, que tuvo su solar en Ribagorza [1].

Por este mismo tiempo, y corriendo el año árabe de 1170 á 1171, los historiadores muslimes, ya que no los aragoneses ni los catalanes, nos dicen que Tarragona estaba sitiada por los cristianos. Cuándo y cómo había caído esta ciudad en poder de los moros, cállanlo los historiadores árabes, y nada de ello rezan los nuestros. Es otro de los puntos oscuros de nuestros anales, tanto más, cuanto ninguna luz nos dan los cronistas sobre los hechos que voy á referir, extractándolos de los árabes, únicos que hablan de ellos, por lo que á mi noticia ha llegado [2].

El rey ó emir almoravide Ebn Sad, gobernaba en la parte oriental de España. Pasaba lo más del tiempo en Valencia, y desde allí recorría sus estados y las ciudades de su señorío, que eran todas las de la costa del mar Mediterráneo, desde Tarragona hasta Cartagena, apellidada por los árabes El Halfah. Los almohades por un lado, y la rebeldía de algunos de sus gobernadores por otro, pusieron á Ebn Sad en grave aprieto. Parece que entonces abandonó Valencia y se retiró á Tarragona. Así se desprende de la narración, bastante confusa y demasiado circunscrita, de las historias árabes. El hijo de Ebn Sad, llamado Abu El Hedjaj, fué enviado con numerosas tropas contra Valencia, que se había levantado en favor de los almohades, y púsola cerco por mar y tierra. Ocupado estaba en ello, cuando recibió un mensaje de su padre, ordenándole que fuera á socorrerle en Tarragona, donde le estaban acosando

1 Zurita, lib. II, cap. XXX.

2 Conde, cap. XLVIII de la parte 3.ª — Romey, cap. III de la parte 3.ª

los cristianos. Acude Abu El Hedjaj por tierra, al frente de un escogido y numeroso cuerpo de caballería, y acude por mar el almirante Aly Ben Kassem. Entre Tortosa y Tarragona tuvieron lugar varios encuentros con suerte favorable unas veces á los moros y otras á los nuestros; pero el caudillo Aly Ben Kassem venció en el mar á los cristianos en horrible combate, tomó algunas naves y les quemó muchas con extraordinaria matanza de gentes. Sin embargo de esto, se desprende claramente de las relaciones árabes, que Tarragona sucumbió cayendo en poder de los soldados de Cristo.

Pero ¿quién fué el héroe de los nuestros que llevó á cabo esta empresa? Se ignora. Ya he dicho que ni una palabra consagran á estos acontecimientos las crónicas catalanas y aragonesas. Para ellas Tarragona no volvió á ver tremolar en sus torres las muslímicas enseñas desde que fué dada á San Olegario. Y no obstante, aparece claro y patente este recobro de Tarragona por los cristianos en 1171, como también hay indicios para sospechar que fué nuevamente reconquistada por los moros en 1174 [1].

De todos modos, si Tarragona cayó en poder de los moros antes del 1171, debió ser por muy corto tiempo, y hemos de aceptar el dato que nos dan sus mismos historiadores de haber sido reconquistada en dicho año por los cristianos.

Tarragona y su campo proseguían siendo posesión del arzobispado. Ya sabemos que San Olaguer ú Olegario había dado en feudo, y con el título de príncipe, dicha ciudad á Roberto Aguiló, llamado también Burdet. Este y sus capitanes, y luego sus sucesores, fueron extendiendo sus conquistas, y bien pudieron ser ellos los que perdieran y luego recobraran la ciudad.

1 Conde, cap. XLIX.

Estas conquistas de aquellos bravos defensores y mantenedores de la patria independencia, se habían ido paulatinamente extendiendo por todo lo que después se llamó campo de Tarragona. La bellísima y pintoresca vega, jardín de Cataluña, que hoy se ve al pie de los vetustos paredones de la capital romana, consistía en aquellos tiempos en una serie de bosques de seculares encinas, por entre los cuales discurrían el ciervo y el jabalí. Teatro de sangrientas batallas fueron estas selvas, de las que paso á paso se iban apoderando los cristianos, quienes comenzaron á poblar el sitio pintoresco en que hoy se alza la esforzada Reus y los terrenos y lugares vecinos como Riudomps, Salou, Cambrils, Vilavert, Albiol y Constantí.

Surgieron en esto graves desavenencias con motivo de la posesión de Tarragona, las cuales acabaron por dar un funestísimo resultado. A San Olegario había sucedido el arzobispo Bernardo Tort. Éste halló medio de que Roberto Aguiló le hiciera cesión del derecho que tenía en Tarragona y renunciara el Principado. Todo induce á creer que esta cesión le fué arrancada á la fuerza á Roberto, ya porque se hallase ó creyese hallarse en los últimos momentos de su vida, ya porque fuese amenazado. De todos modos, se suscitaron muchas y gravísimas contiendas entre el arzobispo Bernardo y el príncipe Roberto sobre nulidad de la renuncia hecha por éste; contiendas y altercados que luego se renovaron entre el arzobispo Hugo de Cervelló, sucesor de Bernardo Tort, y la viuda y los hijos de Roberto.

La familia de Aguiló ó Burdet, convencida de que por vía judicial nada conseguiría, trató de alcanzarlo por vías de hecho, para lo que, valiéndose de sus deudos y amigos, que eran muchos y poderosos, y en especial de Guillermo de Claramunt, uno de los principales señores de la época, puso gente en campaña y se

apoderó del castillo de Constanti, exigiendo de los habitantes de los contornos los tributos y gabelas que debían satisfacer al arzobispo. Viéndose éste imposibilitado para defenderse contra gente tan poderosa, acudió al rey Alfonso, quien envió un severo mensaje á Guillermo de Aguiló, hijo mayor de Roberto, disponiendo que tanto él como el arzobispo fueran á encontrarle en Tortosa, donde se hallaba, á fin de alegar sus derechos. Acudieron en efecto, y Alfonso se declaró en favor del arzobispo, mandando que los hijos de Roberto le reintegrasen de todos los perjuicios ocasionados.

La cólera de la familia Aguiló llegó á su colmo con esta sentencia; enconáronse más los ánimos; encendióse el odio, y el 22 de Abril de 1171 el arzobispo Hugo moría asesinado á puñaladas por Guillén Aguiló, el hijo de Roberto, á quien parece que auxiliaron sus hermanos. Grave escándalo movió este crimen: envió el Papa legados al rey de Aragón; excomulgóse á los matadores, y se procedió contra ellos tomándoles sus bienes; pero, sin embargo, debe observarse que el Guillén Aguiló, causador de todo, se quedó con la tercera parte de la villa de Valls y su tierra, lo cual hace creer que se trató de componer y arreglar el negocio, y hasta se continuó llamando Guillén de Tarragona. Por lo que toca á esta ciudad, desde entonces quedó dividida la jurisdicción temporal entre el rey de Aragón y el arzobispo, habiendo conseguido éste que en 1173 se le confirmara la donación que Ramón Berenguer hiciera á San Olegario [1].

Concluyó gloriosamente el año 1171, adelantando los aragoneses su frontera hasta las márgenes mismas del

1 Archiespiscopologio de Blanch.—Zurita, lib. II, cap. XXXI.—Hernández: *Tarragona árabe* (inédita).—Andrés de Bofarull: *Anales históricos de Reus* y *Guía de Reus*.

Guadalaviar, con amenaza ya á las ricas llanuras de Valencia. Aquel sitio y aquella frontera se llamaron Teruel. Así nació la famosa ciudad de más tarde. Con la sangre de sus bravos defensores fueron amasados sus cimientos: empuñando á un tiempo el azadón y la espada, los primeros pobladores levantaron y defendieron sus viviendas, haciéndose dignos de sus franquicias y libertades. Dice Zurita que la naciente villa fué dada entonces en feudo á Berenguer de Entenza, pero no hallo que hablen de ello las memorias de Teruel escritas por Quadrado.

CAPÍTULO IV.

Expedición á Valencia.—Vasallaje de los moros y sitio de Játiva.—Guerra con Navarra.—Alianza de los reyes de Castilla y Aragón contra el de Navarra y el señor de Azagra.—Alfonso en Montpeller.—El rey de Aragón sucede en el condado de Rosellón.—Constituciones de paz y tregua, dadas por Alfonso al Rosellón.—Otras leyes dadas por Alfonso.—Casamiento del rey de Aragón con Sancha de Castilla.—Guillermo de Montpeller casa con la hija del emperador de Constantinopla.—Desembarco de moros en Tarragona.—Entrevista con el conde de Tolosa.—Asamblea en Beaucaire y magnificencia de los nobles.

(De 1172 á 1174.)

Con la fortificada Teruel, cuerpo avanzado que debía mantener en continua alarma á los moros de Valencia, halló el rey la puerta abierta para introducirse en este reino. Ideó una expedición hasta llegar á los muros de la ciudad gentil que se mira complacida en su cristal del Turia, y decidió llevarla á cabo, de conformidad con el parecer y consejo de sus más bravos capitanes. Supónese que el mismo Alfonso se puso al frente de la hueste expedicionaria, penetrando en tie-

rras de Valencia, y llegando en efecto hasta las puertas de esta ciudad, cuyas vegas mandó quemar y talar.

El emir moro, viendo el grave daño que la tierra recibía, quiso alejar la expedición aragonesa ofreciéndose á pagar los gastos de la entrada, á doblar las parias que venía satisfaciendo y á prestar auxilio al aragonés contra los moros del reino de Murcia. Aceptó Alfonso las ofertas, pero, sin embargo, le vemos marchar contra Játiva y poner sitio á esta ciudad, de la cual quizá se hubiera apoderado, si apresuradamente no hubiese tenido que volverse á las márgenes del alto Ebro para hacer frente al navarro, que, aprovechando lo fácil de la ocasión y rompiendo las treguas, acababa de penetrar en el territorio aragonés. Sabedor de ello Alfonso, admitió las ofertas del rey de Valencia, levantó el sitio de Játiva, aceptó el vasallaje y tributo que por la paz le ofrecía el rey de Murcia, y se volvió á reparar los daños de su casa, para lo cual le pareció tener bastante con los aragoneses, despidiendo á los catalanes [1].

En seguida que hubo regresado á sus tierras, determinó D. Alfonso salir al encuentro de D. Sancho de Navarra; pero excusóse la batalla entre ambos monarcas, porque el navarro repartió sus gentes por sus fronteras. Alfonso penetró con gran poder por la parte de Tudela é hizo mucho daño, destruyendo algunos lugares y castillos y apoderándose del fuerte de Arguedas.

Por aquel tiempo mismo firmó Alfonso alianza con el castellano, no sólo para rechazar al rey de Navarra en sus agresiones, sino también para hacer la guerra al señor de Albarracín, Pedro Ruiz de Azagra, cristiano aliado con los moros y con el navarro, y muy amigo de redondear sus tierras á expensa del aragonés y del

1 *Historia de Aragón* del Anónimo, adicionada por Foz, tomo II, pág. 24.

castellano. No falta quien asegure que de la repartición de los despojos del señor de Albarracín, antes de poderlos ganar, pues los Azagras se conservaron por mucho tiempo independientes, originánronse fuertes desavenencias, á las que debió poner término en todo caso el casamiento del aragonés con la infanta de Castilla, efectuado más adelante. De todos modos, el señor de Albarracín prosiguió por de pronto independiente, titulándose sólo *vasallo de Santa María*, y el aragonés continuó su guerra con el navarro, que fué larga y cruel [1].

El último tercio del año 1172, debió Alfonso pasarlo en Montpeller, según fundadamente sospecho, aun cuando tampoco nos digan nada de este viaje nuestros cronistas, poco atentos por lo regular y poco informados de lo que acaecía entonces á la otra parte de los Pirineos.

Acababa de morir Guillermo VII, señor de Montpeller. Por su testamento instituyó heredero á su hijo Guillermo VIII, pero le puso á él, á su hermano Guy, á sus vasallos y á todos sus dominios, bajo la protección de *Alfonso, rey de Aragón, su señor* [2]. Entonces pasó nuestro soberano á los estados de Montpeller, donde para crear embarazos á su constante enemigo el conde de Tolosa, se declaró protector de Beltrán Pelet, quien le hizo donación del condado de Melgueil. Sin embargo, este condado acababa de pasar á poder del conde de Tolosa, por medio del matrimonio del hijo de éste con Ermesinda de Pelet, condesa de Melgueil.

Un nuevo pueblo vino á reclamar la atención y cuidados del rey-trovador, como llaman las crónicas rosellonesas á nuestro Alfonso de Aragón. Guinardo II, conde del Rosellón, que no tenía hijos, hizo su testa-

1 Zurita, lib. II, cap. XXXII.—Cuadrado: *Aragón.*—Lafuente.

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 28.

mento, fechado en 4 de las nonas de Julio de 1172, legando todos sus dominios, á saber, el condado de Rosellón y los derechos que tenía sobre los de Peralada y Ampurias, al rey Alfonso II de Aragón, *su señor*, hijo del conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV [1].

Si hemos de dar crédito al cronista Bosch [2], el conde Guinardo, que él llama *Guirart*, hallándose afectado por una grave dolencia, y viéndose sin hijos, convocó á muchos de sus vasallos y á los síndicos de las villas y lugares del Rosellón, á quienes pidió que deliberasen y eligiesen el rey y señor que debía gobernarles, muerto él. La asamblea, dice Bosch, se pronunció unánimemente por el rey de Aragón, y el conde dictó entonces su testamento en conformidad con lo deliberado y resuelto por sus vasallos.

Muerto el conde Guinardo (I), Alfonso pasó inmediamente á Rosellón, y probablemente permaneció en Perpiñán, la capital de su nuevo condado, todo el tiempo que medió hasta principios del 1174, que es cuando le volvemos á ver presentarse en nuestras crónicas aragonesas-catalanas. Debió permanecer en el Rosellón durante todo el año 1173.

A su llegada á Perpiñán, Alfonso confirmó los privilegios que tenían ya los habitantes, uno de los cuales era el de regirse por sus leyes propias y por el derecho romano, y se ocupó en aumentar las fortificaciones de la plaza. Dueño del Rosellón, dice Henry, Alfonso puso toda su solicitud en purgar aquella tierra de los males que la infestaban. Inmediatamente después de haber tomado posesión, convocó en Perpiñán á los principales barones y señores del país y les hizo jurar la observancia de una ley que había mandado redactar

1 Puede leerse este testamento en las pruebas núm. VIII del tomo I de la *Historia de Rosellón*, por Henry.

2 *Títols y honors*, pág. 172.

bajo el título de *Constituciones de paz y tregua*, de acuerdo con el arzobispo de Tarragona y los obispos de Barcelona y Elna. Estas *Constituciones*, que fueron después aplicadas á toda Cataluña, dan á conocer cuáles eran los males á que el monarca aragonés creía deber aplicar pronto remedio. El primer artículo era concerniente á las iglesias y cementerios á cada instante profanados; el segundo prescribía que aquellos á quienes se hubiese despojado, y cuyos objetos robados se hallaran en las iglesias, debían dirigirse al rey ó al obispo para obtener justicia; el cuarto y el quinto garantizaban la seguridad de los clérigos, de los monjes, de las viudas, de los religiosos, de los templarios y hospitalarios de San Juan de Jerusalem; el sexto ponía especialmente bajo la protección real á todos los cultivadores con sus capitales de explotación. El príncipe prohibía muy en particular por el séptimo artículo, robar ó destruir los animales de cualquier especie, fuesen ó no consagrados á la agricultura, así como los instrumentos aratorios. Se conoce que esta disposición era quizá la más principal para el monarca, pues se le ve insistir en ella en los otros artículos, encomendando que estos capitales de las granjas ó casas de labranza se hallen constantemente bajo el beneficio y amparo de la paz y tregua. Las vías y caminos públicos quedaron también colocados bajo la protección de la ley, y el monarca quiso que los viajeros pudiesen discurrir de allí en adelante con toda tranquilidad, advirtiendo que quien osara atacarles fuese castigado por crimen de lesa majestad (II).

Esta ley produjo grandes beneficios al Rosellón, cuyo condado, al recibir el impulso que le dió la mano justiciera del aragonés monarca, comenzó á florecer progresivamente en industria, en artes y en ciencias. Los roselloneses aman mucho la memoria de Alfonso II, y no es por cierto de extrañar, ni de loar tampoco, pues

con ello cumplen un deber de justicia y de gratitud para con un rey que fué para ellos humano, sabio, activo, buen padre y mejor legislador.

Todos los años iba Alfonso á pasar algún tiempo en Perpiñán, y su presencia era siempre marcada por algún acto legislativo en beneficio de los habitantes. Por uno de estos actos, que tiene su fecha en el mismo 1173, dió á los acreedores el derecho de hacer poner en venta los bienes de sus deudores, excepto los bueyes de labranza, que se consideraban como sagrados. En 1175 confirmó por segunda vez los privilegios de la ciudad, añadiendo algunas nuevas disposiciones. La más importante fué que ningún perpiñanés pudiese ser juzgado sino en su ciudad, y este precepto, que más tarde se extendió á todo el Rosellón, dió lugar al establecimiento de un tribunal soberano en la provincia, cuando ésta pasó á estar bajo la dominación francesa [1]. Alfonso dictó también varias leyes de policía urbana que cambiaron el aspecto de la ciudad, remedió no pocos males, atendió á las necesidades públicas, y acabó por hacerse adorar de sus súbditos.

El rey abandonó por fin á Perpiñán y regresó á Zaragoza, en donde el 18 de Enero de 1174 celebró sus desposorios con la infanta Doña Sancha de Castilla, á tenor ya de antiguos conciertos, según no podrán menos de recordar los lectores. Sin embargo, este matrimonio, aunque de tan lejos venía pactado, estuvo á punto de no efectuarse. El por qué y cómo, lo explica un historiador [2] diciendo que, con motivo de su guerra con Navarra, nuestro D. Alfonso se había concertado con el rey de Castilla para repartirse entre los dos las tierras de Navarra, como también las de los moros, poniendo

1 Henry, lib. I, cap. V.

2 *Historia de Aragón* por el Anónimo, adicionada por Foz, tomo II, pág. 24.

para la mutua seguridad, varias plazas en rehenes por una y otra parte.

En este número entró Ariza, que era una de las llaves de Aragón para defenderse de Castilla; pero con la condición de que, entregándose su castillo al castellano, quedase la villa por Aragón. Efectuóse así, mas el alcaide castellano tuvo maña de atraerse el pueblo y hacerse suya la villa. Pidió el aragonés monarca la restitución, por ser semejante usurpación contraria á los tratados; pero como la prenda era tan apreciable, sentía en extremo soltarla el castellano, y daba pocas esperanzas de quererlo hacer; por lo cual, dolido nuestro D. Alfonso, quiso despicarse desechando á la infanta de Castilla, con quien desde su niñez tenía tratado el casamiento. Á este fin, envió á pedir la hija del emperador de Constantinopla, Manuel Comeno I, y éste admitió el partido con tanta priesa, que sin esperar la ratificación, despachó luego á su hija Matilde [1]; pero al llegar esta princesa con su comitiva á Montpeller, recibió la noticia de que ya el rey de Aragón se había casado con Doña Sancha de Castilla, porque habiéndole restituído el castellano á Ariza, cesó con el motivo la queja, y se convino en cumplir sus primeros empeños.

Por lo que toca á la desairada princesa griega, no pasó de Montpeller. Quería desde allí volverse á su país, acompañada del obispo y de los dos magnates que la escoltaban; pero le ofreció su mano Guillermo, señor de Montpeller, y por fuerza más que de grado se resolvió á aceptarla, según se desprende de la relación que hace de este suceso el rey D. Jaime en la crónica que escribió de su propia vida este gran monarca [2]. Los

1 Según los historiadores de Languedoc, tomo III, pág. 38, esta princesa se llamaba Eudoxia.

2 Crónica del rey D. Jaime, traducida y anotada por los Sres. Flotats y Bofarull, cap. I.

acompañantes de la princesa hubieron de ceder á la voluntad de Guillermo de Montpeller, que amenazaba con no dejarles partir de la ciudad si no accedían á su matrimonio. Dióles Guillermo el breve plazo de un día para resolver, y entonces ellos, viendo que no tenían otro recurso, accedieron á dar á Guillermo la mano de la princesa, sacando el mejor partido posible de aquella boda, y estipulando que el hijo ó hija que naciese de ella tuviese durante su vida el señorío de Montpeller. Conformóse Guillermo, celebróse aquel forzado matrimonio, y de él nació con el tiempo una hija que se llamó María, y que fué, según veremos, la madre de nuestro gran D. Jaime. Á esta circunstancia especial y extraña, debió nuestro *Conquistador* el descender por línea materna de los emperadores de Constantinopla, como si todo debiese ser sobrenatural y extraordinario en el hombre de cuya fama aun hoy mismo va lleno el mundo todo.

El año 1174 comenzó, pues, para la CORONA DE ARAGÓN, con el casamiento de D. Alfonso con la infanta Doña Sancha, hija del emperador Alfonso de Castilla y de aquella Riquilda que al enviudar había casado con el conde de Provenza. Grandes fiestas tuvieron lugar en Zaragoza á causa de este enlace, á las cuales asistieron los más renombrados señores de Aragón y Cataluña.

Poco después de este matrimonio, es cuando debió tener lugar aquella furiosa embestida contra Tarragona, de que nos hablan las historias árabes, y que callan por cierto nuestras crónicas. Á tenor de lo que dicen los historiadores recopilados por Conde [1], la fortuna favoreció tanto al emir llamado el Amuminín, que se vino sobre Tarragona y la conquistó, penetrando sus vencedoras tropas en nuestra tierra *como espantosa tem-*

1 Cap. XLIX de la 3.ª parte.

pestad de truenos y relámpagos, y talaron y arrasaron á sangre y fuego, matando y cautivando á los moradores, robando sus ganados y estragando frutos. Sin embargo, si hemos de dar crédito á los autores de la misma nación consultados por Romey [1], el emir no consiguió entrar en Tarragona, cuya ciudad se defendió valerosamente. No pudiendo, pues, rendirla, se desagravió talando campiñas, degollando á diestro y siniestro, y volviéndose á embarcar después de haber recogido un pingüe botín de cautivos y tesoros.

Antes de terminar este año, volvió el monarca aragonés á su fiel y adicta ciudad de Perpiñán, donde sabemos que estaba en Noviembre, gracias á una escritura que firmó y se halla en las pruebas de la *Historia del Languedoc* [2]. Esta escritura nos descubre también precisamente el objeto que aquella vez llevó al rey á la otra parte de los Pirineos, pues se lee al final la siguiente cláusula: «*Actum est hoc apud Perpinianum, mense Novembri*, anno D. I.—MCLXXIIII. *cum scilicet dominus rex veniens de partibus Aragoniæ, ad colloquium comitis Raimundi tendebat.*» Es decir, que Alfonso había partido de Aragón para celebrar una conferencia con el conde Raimundo de Tolosa. Dónde tuvo lugar esta conferencia, y qué resultado dió, es lo que se ignora. Por lo que dicen los historiadores del Languedoc, puede sospecharse, que la entrevista de ambos príncipes fué en Meuillón, pero no pasa de ser esto una conjetura. Más ó menos encendida, y apelando, ya á las armas, ya á la diplomacia, la guerra entre el rey de Aragón y el conde de Tolosa continuó hasta 1176, como veremos.

También, aunque sin éxito, había mediado entre ambos príncipes el rey Enrique II de Inglaterra, al objeto

1 Cap. III de la 3.ª parte de su *Historia de España*.

2 Tomo III, prueba XIII, col. 124.

de ponerles en paz. Para conseguirlo, provocó una gran asamblea en Beaucaire, antes de terminarse el año 1174. Ni el rey de Aragón ni el conde de Tolosa asistieron *por ciertas razones*, dice la crónica, de modo que de nada sirvió todo aquel gran aparato. Sin embargo, se presentaron muchos señores y caballeros de Provenza y de otras provincias vecinas, atraídos por el deseo de desplegar su galantería y magnificencia. El conde de Tolosa dió 100.000 sueldos á Raimundo de Agout, señor provenzal, que al momento los distribuyó entre los *diez mil caballeros* que asistieron á la asamblea. Se hicieron extravagancias de lujo. Beltrán Raibaut hizo labrar los alrededores de su castillo y mandó sembrar hasta 30.000 sueldos en dineros. De Guillermo Gros de Martell, que llevaba 300 caballeros en su comitiva, se cuenta que hizo guisar todos los manjares en su cocina con fuego de hachas de cera. La condesa de Urgel, envió una corona, estimada en 40.000 sueldos, que parece debía ser el premio destinado para el rey de los bateleros, en caso de haberse efectuado las fiestas. Raimundo Venous quiso sobrepujar á los demás, y terminó la fiesta con un espectáculo que excedió á todas las extravagancias y excentricidades. Mandó traer treinta hermosos caballos suyos y los hizo quemar en presencia de toda la asamblea [1].

Todos estos festejos y demostraciones fueron, sin embargo, inútiles. La mediación del rey de Inglaterra no tuvo resultado; y la guerra entre el rey de Aragón y el conde de Tolosa, continuó por el pronto.

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 37.—*Arte de comprobar las fechas*: tratado de los condes de Provenza.

CAPÍTULO V.

Conquistas de los castillos de Milagro y Legín.—Vuelve el rey á Provenza.—Tratado de paz entre el rey de Aragón y el conde de Tolosa.—Alfonso marcha contra Niza.—Asiste al rey de Castilla en la toma de Cuenca.—Entra en el reino de Murcia.—Proyecto de pasar á Mallorca.—Nueva entrada de Alfonso en el reino de Murcia.—Nueva entrevista y convenio con el castellano.—Embajadas del de Aragón al de Castilla sobre pretensión de agravios.

(De 1174 á 1179.)

La guerra con Navarra prosiguió, teniendo ocupado á nuestro monarca durante el año 1175. Consiguiéronse por nuestra parte algunas ventajas. Por el mes de Julio se tomaron el castillo y villa de Milagro, situados en muy alto cerro de la otra parte del Ebro, entre Calahorra y Alfaro, mandándose que fueran demolidos y asolados, porque desde allí se hacía mucho daño á las fronteras de Aragón. También se tomó más adelante á los navarros el castillo de Legín, talándoles y destruyéndoles la tierra vecina [1].

Dando esta guerra de Navarra alguna tregua, dejó el rey las plazas fronterizas con fuerte presidio, encomendó el gobierno á su esposa Doña Sancha que, según parece de antiguas memorias, era señora de ánimo varonil, y volvióse al Rosellón y á Provenza, donde exigían su presencia los asuntos de ambos países, y á donde le llamaba un juramento de venganza, ya que aún le faltaba vengar á su deudo el Ramón Berenguer, muerto al pie de los muros de Niza.

Hallándose el aragonés en Provenza terminó sus di-

1 Zurita, lib. II, caps. XXXII y XXXIII.

ferencias con el conde de Tolosa. Ambos príncipes tuvieron una entrevista en la isla de Gernica el 18 de Abril de 1176, y ajustaron un tratado de paz y concordia entre ambas casas, mediando el gran maestre de los templarios Hugo Vifredo de Marsella [1]. Según parece, este caballero quedó encargado de estipular y redactar el tratado de paz, asistido de parte del rey por Ramón de Moncada, Guy Guerrejat de Montpeller y Arnaldo de Vilademuls, y de parte del conde por Ermengarda, vizcondesa de Narbona, Ismidón de Paute y Guillermo de Sabrán. A juicio de estos siete árbitros, se estipuló lo siguiente:

1.° Raimundo cedía á Alfonso, mediante la suma de 3.100 marcos de plata, todos los derechos que pretendía tener sobre los condados de Arles ó de Provenza. 2.° El rey y el conde prometían hacerse mutua justicia sobre el vizcondado de Gevaudán, poseído por el primero, y sobre el condado de Melgueil y el castillo de Albarón, poseídos por el otro, de suerte que sus diferencias sobre estos dominios quedasen indecisas y cada uno en posesión de lo que tenía. 3.° El rey empeñaba al conde el castillo de Albarón y sus dependencias, la isla de Camargo y algunas otras del Ródano, hasta haberle pagado los 3.100 marcos de plata. 4.° Ambos príncipes se perdonaban el daño que se habían hecho en la guerra y prometían vivir en adelante como buenos amigos y aliados.

Aceptaron entrambos el juicio de los árbitros, y firmaron este tratado en presencia de muchos prelados y nobles señores de ambas cortes.

1 Zurita y los demás cronistas aragoneses y catalanes caen en graves errores siempre que hablan de los sucesos de Provenza y del Rosellón, cosa muy natural por la falta de datos y crónicas en sus tiempos. El autor sigue en todo lo que se roza con aquellas comarcas, las crónicas é historias particulares del país, como mejor reseñadas.

Concluído este asunto, el rey de Aragón, seguido de sus hermanos Sancho y Ramón Berenguer (Pedro), á quien diera el condado de Provenza para poseerle bajo su autoridad, marchó en el siguiente mes de Junio contra la ciudad de Niza, á fin de vengar en sus habitantes la muerte del Ramón Berenguer, conde de Provenza, su primo. Con poderoso ejército se presentó al pie de sus murallas, pero, aplacado al ver la sumisión que los habitantes le mostraron, enviándole diputados que intercediesen por ellos, les perdonó mediante cierta cantidad de dinero y el juramento de fidelidad que le prestaron [1].

Llevada á cabo esta empresa, regresó Alfonso á Cataluña y Aragón; y por cierto que durante su ausencia supo portarse como buena reina regente su esposa Doña Sancha. Esta animosa señora, al frente de una escogida hueste, había entrado en el condado de Ribagorza, recobrando todas sus plazas y castillos. Así lo cuentan antiquísimas memorias, á las que hace referencia el sabio analista de la CORONA DE ARAGÓN.

Al comienzo del año 1177, hallamos á nuestro Alfonso aliado estrechamente con el rey de Castilla, el de León y el señor de Albarracín. Parece que juntos pusieron sitio á la ciudad de Cuenca, en cuyas torres tremolaba aún el musulmán pendón, y acabaron por rendirla, á pesar del valor de los moros y del refuerzo que les envió el emir de los almohades. En las vistas que con este motivo tuvieron aquellos reyes, fué concertado que cada uno de ellos quedase libre de todo reconocimiento, homenaje ó feudo que mutuamente antes de entonces se hubiesen exigido ó reclamado, y que en adelante poseyesen sus respectivos dominios con entera indepen-

1 *Arte de comprobar las fechas*: tratado de los condes de Provenza. Ni los cronistas del Languedoc ni los nuestros hablan de este hecho.

dencia, sin que en contra de esto tuviese fuerza ni valor ningún reconocimiento antiguo. Fueron en esta jornada con el rey de Aragón, entre otros, el arzobispo de Tarragona Berenguer de Vilademuls, Pedro obispo de Zaragoza, Sancho Duerta, Fernando Ruiz de Azagra, Artal de Foces, Hugo de Mataplana, Ponce de Guardia y Guillén de Beranuy.

Tomada Cuenca, y sin dejar que se amortiguase el ardor de sus gentes, el aragonés pasó á hacer guerra á los moros de Murcia, llegando vencedor hasta Lorca, y obligando «al rey de Murcia, que era su vasallo, á que le asegurase el tributo de su conquista.»

Por una circunstancia que cuentan las crónicas, se ve que Alfonso quería seguir la tradición de sus antepasados, y tenía sus miras puestas en Valencia y en Mallorca, ganoso de llevar á cabo el proyecto tradicional de su familia; proyecto cuya realización reservaba, sin embargo, el cielo, para aquél que había aún de nacer, y que desde niño estaba destinado á llevar el nombre de *Conquistador*.

Cuentan que hallándose Alfonso en Zaragoza un día del mes de Junio, se le presentó un capitán, que no declaran de qué casa fuese, y se llamaba el conde Alfonso, ofreciéndole venir con las galeras del rey Guillermo de Sicilia, para pasar contra los moros de las Baleares, y conquistar estas islas. Dícese que entraron en pactos el rey y el conde siciliano, prometiendo aquél á éste que, ganadas las islas, le daría la mitad de la tierra, *según fuero y costumbre de Barcelona* [1]. Aunque aceptada la oferta y hecho el convenio, la empresa no se realizó. Ignórase la causa que lo impidiera.

Háblannos las historias de una nueva entrada del rey en tierras de Murcia. Perezosos andaban los moros en

1 Zurita, lib. II, cap. XXXVI.

pagar el tributo y las parias, y Alfonso, puesto al frente de un escogido ejército, pasó á reclamarles el vasallaje con las armas en la mano. Hízoles tanto daño, talando sus campos y asolando sus vegas, que, al decir de los autores, tuvo el murciano harto motivo de arrepentirse por su pereza en pagar el tributo. Alfonso llegó á poner sitio á Murviedro, que levantó, sin embargo, por haberse hecho la avenencia.

Sin volver á Aragón, pasó á verse con el rey de Castilla, en Cazola, donde ambos reyes concertaron la repartición de las conquistas que uno y otro hicieran en tierra de moros. Quedó entonces convenido que todo el reino de Valencia, incluso el territorio de Játiva, y la ciudad y reino de Denia, pertenecían al aragonés, y que desde el puerto de Biar hacia el mediodía y el occidente, sería campo para las empresas del castellano. Tomado este acuerdo, acerca de la división de sus conquistas, renovaron las confederaciones y ligas contra moros y cristianos, señaladamente contra D. Sancho de Navarra, que continuaba siendo enemigo de entrambos.

A pesar de esta entrevista y de esta concordia, mediaron luego algunas disensiones entre ambos reyes por usurpaciones que uno á otro se echaban en cara, por enmienda de daños que mutuamente se pedían, y por quejas que se dirigían sobre la manera de continuar la guerra con los navarros. En esto, juntáronse Cortes en Huesca, entrado ya el año 1179, y acordóse en ellas que el rey enviase á requerir al de Castilla para que le devolviese el castillo de Ariza, cuyo señorío le tenía usurpado, para que enmendase ciertos daños causados en la frontera, y para que desistiese de hacer la guerra al rey de León, por ser contra derecho. Los embajadores encargados de este mensaje fueron Berenguer, abad de Monte-Aragón y hermano natural del rey, el obispo de Lérida, y Ramón de Moncada. Hay quien dice que nues-

tro Alfonso, para hacer ver que la amenaza no era vana, se arrimó con su ejército á la frontera y esperó en Ariza la respuesta, que fué conforme á su deseo, quedándole á nuestro rey la gloria de haber reparado una injusticia con el respeto de sus armas [1].

Mientras tanto, las cosas y asuntos de Provenza volvían á reclamar imperiosamente la presencia del monarca aragonés. Así es, que desde Ariza mismo, y sin detenerse en ningún punto del reino, se trasladó á la otra parte de los Pirineos, donde le iremos á buscar para referir minuciosamente lo que sólo por incidencia cuentan nuestros analistas.

1 Zurita, lib. II, cap. XXVIII.—Anónimo: reinado de Alfonso el *Casto*.

CAPÍTULO VI.

Alianza de varios contra el conde de Tolosa.—Homenaje del vizconde de Nimes al rey de Aragón.—Declaración y homenaje del vizconde de Beziers.—Guerra de Provenza.—Muerte del conde de Provenza. —Venganza que de su muerte tomó el rey de Aragón.—Sancho es nombrado conde de Provenza.—El rey de Aragón y la vizcondesa de Narbona se ligan con Enrique II, rey de Inglaterra, contra el príncipe su hijo.—Sitio de Limoges por el rey de Aragón y el de Inglaterra. —Sátiras del trovador Beltrán de Born contra el rey Alfonso.— Nuevas paces entre el rey de Aragón y el conde de Tolosa.—Se retira el condado de Provenza á Sancho dándole en cambio el de Rosellón.—Rompen otra vez el rey de Aragón y el conde de Tolosa.— Adopción del infante de Aragón Alfonso por el vizconde de Beziers. —El rey de Aragón hace levantar al conde de Tolosa el sitio que había puesto á Carcasona.

(De 1179 á 1186.)

No parece que las paces asentadas en 1176 con el conde de Tolosa, hubiesen sido muy duraderas, pues apenas había tenido tiempo de secarse la tinta con que se escribió el convenio, cuando la misma Ermengarda, vizcondesa de Narbona, que en él había intervenido, se ligaba con los señores de Montpeller y los vizcondes de Nimes y de Carcasona para hacer la guerra al conde de Tolosa, poniéndose todos bajo la protección del rey de Aragón, que en el mero hecho de ampararles y protegerles, rompía su tratado con el tolosano [1].

Esta liga y guerra fueron conteniéndose sin estallar hasta 1179. No hay duda que entonces volvió á estre-

1 Se lee esta alianza en el tomo II de la *Historia del Languedoc*, prueba XXIV, col. 140.

mecerse la Provenza con los aprestos de la lucha y el paso de los ejércitos, pero se ignoran las circunstancias de la guerra que el conde de Tolosa se vió obligado á sostener contra Alfonso de Aragón y sus aliados. Consta sólo que este monarca y Ramón Berenguer, conde de Provenza, su hermano, estaban á últimos de 1179 en Provenza. El segundo se hallaba en Beziers por el mes de Octubre, y en dicha ciudad, el vizconde Bernardo Atón, le dió la ciudad de Nimes con sus dependencias, la fortaleza de las *Arenas*, el castillo llamado de la *Tourmagne* y otros varios, y los tomó luego de él en feudo, con promesa de tenerlos por los condes de Barcelona y sus sucesores, prestando á dichos condes, y á los de Provenza, como representantes suyos, juramento de fidelidad, y haciéndoselo prestar por los habitantes de Nimes y de los citados castillos. Asistieron á este acto y fueron testigos Berenguer, arzobispo de Tarragona, Arnaldo y Ramón de Vilademuls, Pons de Mataplana, Guy de Sererac, y *muchos otros barones de la corte del rey de Aragón* [1].

Este acto de sumisión, por parte del vizconde de Nimes, no parece fuese debido á que el rey D. Alfonso le obligase á ello con las armas en la mano, como suponen Zurita y los demás autores que le siguen, sino á la liga formada con él y otros señores para hacer la guerra al conde de Tolosa.

De Beziers, el rey de Aragón y su hermano pasaron á Carcasona, donde el vizconde Roger hizo el 2 de Noviembre de 1179, la declaración siguiente en favor del primero:

« Yo Roger, vizconde de Beziers, hijo de Saura, reconozco ante vos, mi señor Alfonso, por la gracia de Dios rey de Aragón, conde de Barcelona y marqués de

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 53.

Provenza, que, siendo aún niño, y seducido por el consejo de algunos de mis cortesanos, me declaré vasallo del conde de Tolosa por Carcasona y mis otros dominios, que debo tener, á ejemplo de mis predecesores, de vos, á quien, á más, he hecho la guerra y á quien he irritado por esta conducta. Reconociéndome culpable, os pido perdón y me pongo en vuestro poder, con promesa de observar fielmente, de aquí en adelante, todos los tratados convenidos entre nuestros padres y hacer jurar su observancia por los habitantes de Carcasona y los magnates de mis dominios. Declaro asimismo que, si llego á morir sin hijos, Raimundo Trencavello, mi hermano, al sucederme, deberá guardar para con vos las mismas obligaciones, tanto por lo que toca al Carcasés, el Rasés y el Lauraguais, como por los otros países que tengo en feudo; y que en caso de que el mismo Raimundo muera antes que yo, y yo fallezca sin posteridad legítima, vos y vuestros sucesores dispondréis enteramente de todos estos dominios en favor de aquél de mis parientes que os parezca mejor [1].»

Existen varios otros actos celebrados entre Alfonso de Aragón y el vizconde de Carcasona, durante la permanencia del primero en esta ciudad por Noviembre de 1179. Hay uno, en particular, por el que el vizconde recibe en feudo, de manos de Alfonso, todo el país de Carcasona, prestándole juramento y homenaje de fidelidad. El rey de Aragón hace que Ramón de Vilademuls, Bernardo de Alió, Dalmao de Creixel y otros dos nobles, se comprometan en su nombre con el vizconde, á no emprender nada contra su persona y á conservarle sus dominios. El rey ordena en seguida al que le sucediere en el condado de Barcelona, sea varón ó hembra, que preste el mismo juramento al vizconde ó á sus su-

1 *Marca Hispánica*, pág. 1.371.

cesores, «á menos, añade, que aquél ó aquélla que me suceda en el condado de Barcelona sea rey ó reina de Aragón, en cuyo caso lo hará prestar por los barones de su corte [1].»

Aun cuando se ignoren circunstancias y detalles, es positivo que ardió en guerra la Provenza durante los años 1180 y 1181. Raimundo, conde de Tolosa, por una parte, y Alfonso de Aragón y sus aliados, por otra, dirimieron en los campos de batalla sus contiendas y ensangrentaron los fértiles campos de aquel país. Se ignora á quién favoreció privilegiadamente la victoria, pues hay una falta completa de noticias de aquella época. Tanto es así, que nuestros cronistas ni siquiera hacen mención de esta guerra: se contentan con decir que nuestro monarca pasó á Provenza á reducir con las armas á los vizcondes de Beziers y de Nimes que se le habían sublevado, lo cual no es exacto, pues vemos que ambos fueron sus aliados, y no sus enemigos, en esta campaña. De ésta no dan las crónicas del Languedoc más noticia que la de haber puesto sitio Alfonso al castillo de Fourques, situado sobre el Ródano, á dos leguas de Beaucaire, que pertenecía al conde. También hay sospechas de que el rey de Aragón y su hermano, el conde de Provenza, llevaron sus armas al Rouergue.

Esta guerra fué funesta á Ramón Berenguer. Ademar, hijo de Sicardo, señor de Murviel, que al parecer era del partido del tolosano, le tendió una emboscada en los alrededores de Montpeller, y, sorprendiéndole, le mató el día de Pascua, 5 de Abril de 1181, junto con Guy de Sererac, que le acompañaba.

El rey de Aragón, irritado hasta el último punto con la muerte trágica de su hermano el conde Ramón Berenguer, resolvió tomar una estrepitosa venganza. Cuan

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 55.

do acaeció este suceso, se hallaba en Montpellier con su otro hermano Sancho, y partió en seguida á sitiar el castillo de Murviel, situado en la diócesis de Beziers; lo tomó, lo arrasó, y pasó á cuchillo á todos sus moradores. Avanzó inmediatamente por el territorio de Tolosa á la cabeza de sus tropas, tomó varios castillos, acampó bajo los muros de la misma Tolosa, sin que el conde Raimundo osára presentarse, devastó y pasó á sangre y fuego los alrededores, y se fué luego á Aquitania á conferenciar con el rey de Inglaterra, su aliado [1].

Ramón Berenguer ó Pedro, como ya sabemos que se llamaba antes, murió sin hijos. Alfonso le sustituyó en el condado de Provenza por su otro hermano D. Sancho, bajo los mismos pactos y condiciones que lo tenía el difunto. Sancho se tituló conde de Provenza, hasta que más tarde le quitó el rey el condado para dárselo á su hijo, indemnizándole con la donación del Rosellón y Cerdaña.

La entrevista que, después de su rápida y gloriosa campaña, tuvo nuestro Alfonso con el rey de Inglaterra, se celebró en Burdeos, y sin duda fué entonces cuando se convino con él y prometió ayudarle en la guerra que tenía contra su hijo. En efecto, el rey Enrique II estaba entonces en lucha abierta con su hijo el joven

1 Sigo en la relación de estos sucesos á los Maurinos, acordes con las crónicas más principales y acreditadas de Provenza. El *Arte de comprobar las fechas* dice equivocadamente que fué el castillo de Melgueil el que tomó y arrasó el rey de Aragón en venganza de la muerte de su hermano. Zurita pretende que fué un señor de la casa de Baucio el muerto junto á Montpeller y que, por ser vasallo del rey Alfonso, éste le vengó asaltando y arrasando el castillo de Morull. Esta versión de Zurita y de los otros cronistas que le siguen, no es exacta. Ya he dicho que para los sucesos de la otra parte de los Pirineos, no hay que fiar en nuestros analistas, faltos de datos y documentos para poder apreciar los hechos. Hermano de D. Alfonso era el muerto y no el señor de Baucio, y Murviel era y no Morull el castillo destruído.

Enrique, que, descontento de que su padre no le diese participación en el gobierno, se alzó contra él. El rey de Aragón y la vizcondesa Ermengarda de Narbona tomaron partido por el rey, mientras que el conde de Tolosa lo tomó por el príncipe. La guerra se hizo entonces general. Alfonso de Aragón y Ermengarda de Narbona fueron á la cabeza de sus tropas á unirse con el rey de Inglaterra y su segundo hijo Ricardo, en Perigueux, y á últimos de Junio sitiaron el *Puy* ó castillo de San Front, principal fortaleza de la comarca.

La guerra, con varia y encontrada suerte, fué siguiendo durante todo el año 1182, á últimos del cual, el Lemosín se declaró por el joven príncipe Enrique, á quien fueron á ayudar en persona el duque de Borgoña y el conde de Tolosa, y á quien el rey Felipe Augusto mandó un cuerpo de aventureros. El rey de Inglaterra, decidido entonces á castigar la rebelión de su hijo, se alió más estrechamente aún con Alfonso de Aragón. Los dos monarcas, el aragonés y el inglés, pusieron sitio al castillo de Limoges en 1.° de Marzo de 1183, donde estaba encerrado el joven príncipe que quiso encargarse personalmente de la defensa [1]. Después de varios hechos de armas, el castillo fué tomado, pero como ya el príncipe había salido de él, volvió con un gran refuerzo de tropas para recobrarlo, sin que pudiese conseguirlo.

Este joven príncipe no tardó en morir, víctima de una cruel enfermedad; pero sin embargo la guerra prosiguió entre los reyes de Inglaterra y de Aragón por un lado, y el conde de Tolosa y los aliados del difunto príncipe por otro.

Uno de los hombres más adictos al príncipe inglés había sido Beltrán de Born, célebre trovador y famoso guerrero, que así pulsaba la lira como empuñaba la es-

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 61.

pada. Vizconde de Hautefort y poderoso en la diócesis de Perigueux, reuniendo cerca de mil hombres bajo su bandera feudal, fué, dice su biógrafo provenzal, buen seductor de mujeres *(domnejaire)*, buen caballero y buen trovador [1]. Consejero y ardiente partidario del joven Enrique, no sólo le ayudaba con el esfuerzo poderoso de su brazo, sino con el de mordaces y satíricas canciones que escribía contra sus enemigos, y que llegaron á ser muy populares en la Provenza. Una de las víctimas de sus cantos fué el rey de Aragón, á quien dirigió terribles y crueles *serventesios*, burlándose de él y calumniándole, presentándole como mal caballero, como perjuro, como pérfido, y atacándole sobre todo por la conducta qne siguió con la hija del emperador Comeno. No sería extraño, por lo que yo sospecho á causa de ciertos indicios que la mucha lectura de las obras de aquel tiempo me ha sugerido, que al odio político que Beltrán de Born pudiese tener contra el rey de Aragón, se uniera también el odio producido por la rivalidad y los celos en amores. Es fama que Beltrán amaba apasionadamente á Matilde de Montagnac, dama de una rara belleza, y esposa de Talairán de Perigord, y parece que esta dama contaba en el número de sus adoradores al mismo Alfonso de Aragón.

Este y el rey de Inglaterra, luego que el príncipe hubo muerto, fueron á sitiar al trovador y guerrero Beltrán de Born en su propio castillo de Hautefort, del que se apoderaron en pocos días. Beltrán, hecho prisionero, debió á la agudeza de su ingenio, el que se le dejase en libertad y se le devolviesen sus bienes; pero aun esto le sirvió para escribir otro cruel *serventesio*, que se hizo célebre, contra el rey de Aragón, de quien decía que le había vendido, añadiendo que á una traición suya se

1 Patria, col. 1.899.

debía la toma de Hautefort. En esta sátira estuvo injustísimo y calumniador con Alfonso. Le negaba el valor, cualidad que era innegable en el monarca aragonés; y le reprochaba el origen de su nacimiento, que hacía provenir de *una pobre familia* del castillo de Carlad, en la señoría de Ródez.

Tomado el castillo de Hautefort, Alfonso se volvió á sus estados de Provenza ó de Rosellón, y es fama que por aquella misma época hizo las paces con el conde de Tolosa, cuando más fuerte ardía la guerra. Verdad es que no consta que estas paces tuviesen lugar hasta 1185, y el tratado solemne, por medio del cual se convinieron, lleva la fecha de Febrero de dicho año; pero es tradición muy admitida, y hasta consta que se creó una sociedad de buenas gentes amigas de la paz, y que los asociados provocaron una reunión de nobles y caballeros en el santuario del Puy, el día de la Virgen de la Asunción de 1183, á la cual asistieron muchos grandes señores y juraron la observancia de la paz. Hay quien dice, que entre ellos se hallaban el rey de Aragón y el conde de Tolosa [1].

La crítica histórica no puede oponerse á que estas paces se efectuaran entonces, pues no consta ningún encuentro ni rompimiento de hostilidades entre ambos príncipes, durante el 1184. Es muy probable y muy de suponer que convinieran en ellas, no elevándolas á la solemnidad de tratado hasta Febrero de 1185.

El aragonés y el tolosano tuvieron una entrevista en la misma isla de Gernica, por lo que se sospecha, allí donde ya habían convenido en su primer tratado. Confirmaron y renovaron el acuerdo que habían concluido allí mismo nueve años antes, y pactaron lo siguiente:

1.° Respetarse mutuamente los derechos y las pre-

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 65.

tensiones que tenía el rey sobre el condado de Melgueil y el castillo de Albarón poseídos por el conde, y los que el conde tenía sobre los dominios de Rouergue y de Gevaudan poseídos por el rey. 2.° Vivir de allí en adelante en buena inteligencia, y ayudarse mutuamente contra sus enemigos comunes. 3.° Obligar á aquellos de sus súbditos que tuviesen alguna diferencia contra uno de los dos, á darles satisfacción. 4.° Ayudarse mutuamente en las pretensiones que les eran comunes, tocante á la ciudad de Aviñón. 5.° Exceptuar de la promesa recíproca que se hicieron de ayudarse contra todos cuantos les atacaran, al rey de Francia, al rey de Compostela ó de León, y al conde de Folcalquier. 6.° Escoger por árbitros, en caso de que entre ellos se promoviese alguna diferencia: á Berenguer, arzobispo de Tarragona; á Galcerán de Pins (de Pinós acaso); á Guillermo de Sabrán y á Raimundo Agout [1].

Pero tampoco estas paces fueron muy duraderas, y vamos á ver cómo bien pronto estalló un nuevo rompimiento entre ambos príncipes, representantes ya cada uno de una especie de odio de familia ó de raza.

Después de terminar la paz con el conde de Tolosa, el rey de Aragón permaneció algún tiempo en las orillas del Ródano. Se sabe por un documento, que en el mes de Marzo de aquel mismo año, se hallaba en el castillo de Albarón de la villa de Camargo. Estando allí, retiró el condado de Provenza á su hermano Sancho, para dárselo á su segundo hijo Alfonso, y según los cronistas principales del Languedoc y Provenza, dió en cambio á Sancho los condados de Rosellón y de Cerdaña, como una especie de título de honor ó de subgobierno [2]. Parece que entonces, el gobierno de Provenza se

1 *Marca hispánica*, pág. 1.378.

2 Don Próspero de Bofarull en sus *Condes*, tomo II, pág. 190, cree

confió al conde Roger Bernardo de Foix, que se había ligado con Alfonso contra el conde de Tolosa.

Se ha dicho más arriba, que la paz entre estos dos príncipes no fué de larga duración. En efecto, el rey de Aragón pasó durante el mes de Abril á Najac de Rouergue, en donde Ricardo, duque de Aquitania é hijo del rey de Inglaterra, le había dado cita, y formaron una nueva liga contra el conde de Tolosa. Por este tratado, Ricardo cedió al aragonés los dominios que Roger, vizconde de Beziers y Trencavello, su hermano, habían tenido de él en feudo, y se comprometió: 1.° A hacer restituir á Alfonso el castillo de Ariza, que le tenía usurpado el rey de Castilla, con algunos otros fuertes que estaban en poder del rey de Navarra. 2.° En caso de no ejecutar fielmente su promesa, debía ir á constituirse en persona como rehén en una plaza de Alfonso, á los cuarenta días de exigirle éste la ejecución.

El rey de Aragón, después de este tratado, concluyó otro con el mismo Roger de Beziers, que dice así: «Yo, Roger, vizconde de Beziers, de Carcasona, de Rasez y de Albi, confieso y reconozco de buena fe que vos, mi señor Alfonso, por la gracia de Dios rey de los aragoneses, conde de Barcelona y marqués de Provenza, me habéis defendido y protegido contra todos mis enemigos. Reconozco verdaderamente que yo hubiera sido despojado de todos mis dominios, si no me hubiéseis socorrido con vuestros vasallos. Me habéis colmado de bienes, lo propio que á mis súbditos; me habéis socorrido á mí y á los míos; habéis hecho la guerra por mí, y habéis mirado mis querellas como las vuestras. Os soy deudor de la conservación de mi patrimonio, y por lo mismo doy á vuestro hijo Alfonso, ó en su defecto á

que esto no ocurrió hasta 1211, en tiempo de Nuño Sánchez, hijo de este D. Sancho, á quien su consanguíneo Pedro I hizo donación del condado de Rosellón, Cerdaña y Conflent.

cualquier otro de vuestros hijos, que adopte yo por mío, todas mis tierras, ciudades, villas, burgos, castillos, lugares, hombres, mujeres, obispados, abadías, prioratos y, en una palabra, todos mis bienes habidos y por haber, con condición de que este hijo heredará lo que tenéis en Provenza y en Milhaud, todo el condado de este nombre y todo lo que poseéis en el país de Gevaudán y Rouergue [1].» El rey de Aragón por su parte dió en la misma escritura la tierra de Provenza y sus dependencias á su hijo Alfonso. Asistieron como testigos, Berenguer, arzobispo de Tarragona, y varios nobles de ambas cortes.

Esta adopción del hijo del monarca aragonés y consiguiente donación de bienes no tuvo, sin embargo, lugar, acaso porque más adelante le nació á Roger un hijo, que se llamó Raimundo Roger y que entró á heredar los dominios de su padre, sin que le opusiera obstáculos la casa de Aragón.

A principios del 1186 el conde de Tolosa fué con poderosa hueste sobre la ciudad de Carcasona y le puso estrecho sitio; pero acudió el rey de Aragón en auxilio de Roger, derrotó el ejército del tolosano y le obligó á levantar el cerco. Esta es la única noticia que tenemos de este hecho, que fué sin duda el que obligó á Ricardo de Aquitania, aliado del aragonés, á marchar contra el conde de Tolosa, atacándole á su vez.

Desde este acontecimiento ya no vemos figurar más, por el pronto, á nuestro Alfonso en las cosas de Provenza. Volvió aún á tomar más tarde una parte activa en aquellos asuntos, y le volveremos á hallar en este país, pero entonces hubo de venirse á Aragón, de donde faltaba mucho tiempo hacía. Tranquilo pudo marchar-

1 Se halla en el tomo III de la *Historia del Languedoc*, prueba XXXIX, col. 158.

se de aquella comarca sin temor al conde de Tolosa, pues bastante le daba entonces que hacer á éste el duque de Aquitania.

Sigamos nosotros al rey Alfonso á Cataluña y Aragón, que hora es ya de que nos ocupemos de estos paises.

CAPÍTULO VII.

Bandos en Cataluña.—Luchas con los moros.—Toma del castillo de Villel.—Desembarco de moros en Ampurias.—Armengol VII de Urgel.—Sirve al rey de León, que le da la villa de Alcántara y otros lugares.—Su muerte en Requena.—Discordias entre el nuevo conde de Urgel y Pons de Cabrera.—Aragón cambia de política.—Aragón y Navarra se ligan contra Castilla.—Confederación de los reyes de Aragón, Navarra, León y Portugal.—Victoria de Aragón sobre Castilla. —Casamiento de Guillermo de Montpeller con una parienta del rey de Aragón.—Repudio de Eudoxia Comeno.—Sumisión del barón de Castellane.—Homenaje prestado por la vizcondesa de Bearn.—Enlace de la vizcondesa de Bearn con Guillermo de Moncada.—Gastón de Moncada, vizconde de Bearn, presta homenaje por sus dominios al rey de Aragón, que le da vinculado el condado de Bigorra.— El rey confirma al conde de Urgel la donación de Lérida.

(De 1180 á 1192.)

Conviene que los lectores le permitan al autor de esta obra retroceder un tanto, ya que, para no interrumpir la ilación de los hechos acaecidos en Provenza, dejó en blanco los de Aragón en los últimos años. Ha sido necesario consagrar un capítulo, si bien de mera narración de sucesos, á los notables acontecimientos de Provenza durante la permanencia allí de Alfonso de Aragón: era esto tanto más indispensable, cuanto

sólo muy por alto y con perjudiciales errores dan cuenta de aquellas cosas nuestras crónicas. El autor ha querido reunir todo lo que, conducente á su objeto, ha hallado en las crónicas y documentos del Languedoc y Provenza, pues que, á su juicio, esas excursiones de Alfonso *el Casto* á aquellos países, esas gloriosas jornadas á orillas del Ródano y del Garona, esas luchas con el conde de Tolosa, esas alianzas con el rey de Inglaterra, ese dominio que tenía sobre altos barones y señores, dan una idea clara del grado de poder á que había ya llegado entonces la casa de Aragón y de la parte de dominio que tenía en los paises de lo que hoy se llama Francia.

Poco nos cuentan nuestros anales de lo que acaeció durante la ausencia del rey. En Cataluña, por lo que parece, había bandos poderosos que se hacían unos á otros la guerra; pero de cuyas luchas, que debieron ser sangrientas, sólo por incidente se habla y con referencia siempre á memorias tradicionales. Se dice que en una de estas jornadas de sangre murió uno de los vizcondes de Cardona.

Continuó la guerra con los moros en las fronteras. Un núcleo de héroes reconquistadores se había establecido en Teruel y en su comarca. Cuentan las memorias de este país que, antes de que el rey partiera á Provenza, se le presentaron dos capitanes que se llamaban Sancho Sánchez Muñoz y Blasco Garcés de Marcilla, apellido este último que tan famoso y célebre había de hacer más adelante una triste historia de amores.—«Dadnos para nos y los nuestros los fueros y libertades que nos vos demandáremos, et con la ayuda de Dios poblaremos una villa en esta comarca [1],» habían dicho aquellos valientes al rey Alfonso. Concedió-

1 Anales de Teruel.

selo éste, y empezaron ellos á atrincherarse y abrir zanjas con grande trabajo, pues los moros les combatían, levantando así los cimientos con piedras y tierra bañadas en su sangre misma. Mientras unos edificaban, otros lidiaban, y muchos morían diariamente sobre los fundamentos de los adarves. Fué poco á poco creciendo la villa, fué poco á poco manteniéndose á raya á los moros, y Teruel llegó á ser un admirable punto fronterizo de operaciones, una ciudad en la cual se congregaban los más decididos y valientes, para desde allí arrojarse al campo del moro á valerosas y temerarias empresas. Estas expediciones no cesaron un instante durante la ausencia del rey.

Por este mismo tiempo, y en Noviembre de 1181, se ganó á los moros el castillo de Villel, importante fortaleza junto á las riberas del Guadalaviar, y se acabó de conquistar de enemigos todo lo que luego fué el reino de Aragón hasta los límites del de Valencia [1].

Pero mientras la victoria sonreía á nuestras armas en estos puntos, las memorias particulares de Cataluña nos hablan de un desembarco de los moros baleares en nuestras costas, cuyas consecuencias debieron ser terribles y funestísimas, particularmente para el condado de Ampurias. Se ignora hasta qué punto el conde de Ampurias, que lo era entonces Hugo III, pudo resistir á la furiosa embestida de aquellos insulares: sólo se sabe que cometieron grandes estragos en sus tierras, y que volvieron á embarcarse cargados de botín y de cautivos [2].

Era por aquellos tiempos conde de Urgel Armengol VII, llamado *el de Valencia;* y como ha llegado la época de hablar de su trágica al par que gloriosa muer-

1 Zurita, lib. II, cap. XXXVIII.

2 *Arte de comprobar las fechas:* tratado de los condes de Ampurias.

te, justo es consagrar algunas líneas á este caudillo y renombrado capitán, siquier su historia pertenezca mejor á los anales de Castilla.

Desde el año 1154 estaba al frente de esa valerosa casa de Urgel, cepa de batalladores héroes, el conde Armengol VII. Ya le hemos visto figurar en algunos hechos. Pasó á los reinos de Castilla y de León, y en las disensiones que tuvieron entre sí estos reyes, se declaró por el último, sirviéndole como vasallo suyo, y llegando á ser uno de sus mejores, más bravos y más afortunados capitanes. En la conquista de Extremadura, particularmente, le prestó señaladísimos servicios, al frente de un puñado de caballeros catalanes, algunos de cuyos nombres afortunadamente han llegado hasta nosotros, y eran: Arnaldo de Ponte (quizá de Pons), Berenguer Arnal, Arnaldo de Sanahuja, Beltrán de Tarascum, Pedro de Belvis, Bernardo de Mediá y Ramón de Villalta [1]. En recompensa de sus servicios, el rey de León dió á Armengol la villa de Alcántara en 1167, y también más adelante los lugares de Almenarilla y Santa Cruz, con todos sus términos y derechos, sin retención alguna, según es de ver por el privilegio que le otorgó, y copia en su crónica Diego de Monfar [2].

Ignoradas son muchas de las circunstancias de su vida, y á duras penas, y con no poco trabajo, pudo poner algunas en claro el celoso cronista de aquella casa. Hasta el hecho mismo de su muerte permanece aún velado por cierta oscuridad y misterio, pues de distintos modos lo cuentan los autores. Las memorias particulares de Valencia refieren que este reino gozaba entonces de paz, gracias á una tregua de doce años conseguida por el emir, tregua, añaden, que sólo fué rota por la atrevida cuanto fatal expedición del conde de Urgel.

1 *Crónica de Alcántara*, citada por Monfar, cap. LIII.

2 *Historia de los condes de Urgel*, tomo I, pág. 398.

El reino de Valencia, poblado en extremo, ofrecía en todas las numerosas cumbres de los montes que lo atraviesan en varias direcciones, diferentes castillos que presentaban cuando menos un punto seguro á los moros en sus algaradas contra los cristianos. Penetrar, pues, por estos valles tortuosos, ásperos y quebrados con una fuerza reducida, era una temeridad que sólo se podía perdonar al ardor caballeresco de aquellos siglos, en que el peligro ofrecía altares reservados para el más valiente. Armengol, sin calcular el resultado de su empresa, se empeñó también en una aventura que, si hacía honor á su denuedo, no por eso dejaba de ser una falta de conocimiento del país. Al frente de algunos caballeros, entre los que se distinguía Galcerán Salas, su hermano, paladín esforzado, penetró en el reino de Valencia, hasta aproximarse á Requena; pero, á la vista ya de esta población, le salieron los africanos al encuentro, y después de una corta resistencia fué batido y muerto el conde, pudiendo apenas salvarse de esta funesta derrota algunos de los suyos [1].

Así lo cuenta un estimable autor moderno, con referencia á memorias antiguas del reino; pero Beuter [2] y otros afirman que la expedición del conde Armengol fué pacífica, y que su misión se reducía únicamente á rescatar á los numerosos cristianos que los moros retenían cautivos en Valencia; y por consiguiente, atribuyen la muerte del conde y de los suyos á la animosidad de algunos caballeros castellanos refugiados en Valencia, los cuales se vengaron en Armengol y sus buenos compañeros de la parte que éstos habían tomado en la guerra del rey de León contra el de Castilla. Á esta última opinión parecen inclinarse Monfar y Zurita [3].

1 Vicente Boix: *Historia de Valencia*, tomo I, pág. 110.

2 Lib. II, cap. XIX de su crónica.

3 Monfar, tomo I, pág. 415.—Zurita, lib. II, cap. XL.

Sucedió á Armengol VII, á quien se llamó el de *Valencia* por su muerte en este reino, su hijo Armengol VIII, quien al principio anduvo en luchas y contiendas con Ponce de Cabrera, su cuñado, según Monfar. También estas discordias se hallan todavía bajo un tupido velo, que aún no le ha sido dado á la historia levantar por completo. Se dice que Ponce de Cabrera estaba preso en Castilla y que fué muy protegido de nuestro Alfonso de Aragón, quien, al regresar de Provenza, prometió á Pons ó Ponce valerle contra el conde de Urgel y darle favor y ayuda.

Es de advertir ahora que desde el momento que Alfonso hubo regresado á Aragón, se le ve claramente mudar de política, con respecto á la dirección de los negocios públicos en España. Desde la muerte del *Batallador*, los reinos de Aragón y de Navarra se mantenían en un estado casi continuo de lucha, sólo interrumpido por algunas treguas. Esta circunstancia había redundado en provecho del castellano, que, como han dicho dos autores contemporáneos [1], obtenía á su placer alianzas y ayuda de aquellos dos reyes, con sólo inclinar sus sonrisas á una ó á otra parte. Generalmente, Castilla estuvo al lado del aragonés, mientras lidió por recobrar las plazas de Briviesca, Logroño, Navarrete, y las tierras y lugares que van hasta Montes de Oca; pero conseguido su objeto, ya pensó solamente en conservar lo adquirido, y de ninguna manera en continuar la lucha, conforme á los tratos hechos con los aragoneses. La sin razón de Castilla y su conducta egoísta, fueron causa de que nuestro Alfonso y sus consejeros comprendiesen que era mala política el ir unidos al castellano, quien cuidaba sólo de sus intereses y de la desunión de los demás, con el intento de

1 Lafuente y Ortiz de la Vega.

hacerse cada día más poderoso y cada vez más fuerte.

Aragoneses y navarros se convencieron, por fin, de que con sus disensiones no habían hecho más que dar pujanza al castellano, y ambos reyes, Alfonso de Aragón y Sancho de Navarra, vinieron á un acomodamiento, avistándose en Borja por Setiembre de 1189, según unos, y 90, según otros, y se confederaron contra el de Castilla, dándose mutuos rehenes y garantías.

Lanzada por semejante camino la política aragonesa, no se contentó ya sólo con esto: aspiró á formar una verdadera liga de reyes contra Castilla. Consiguiólo al año siguiente, en que se confederaron los monarcas de Aragón, de Navarra, de León y de Portugal, dándose por aliados, y conviniendo en no hacer paz ni tregua, sino de voluntad y consentimiento de todos.

Cuenta Zurita que á estas entrevistas se siguió una entrada de los aragoneses en tierra de Castilla, con grande estrago de los lugares de sus fronteras; una arremetida del castellano y cabalgada en los dominios del aragonés, y por último, una batalla en que nuestro Alfonso consiguió una espléndida victoria, derrotando á los castellanos, haciéndoles 4.000 prisioneros, y cargando con infinidad de despojos [1].

La política de D. Alfonso, aunque ocupada en dar este nuevo impulso á los negocios ibéricos, impulso sumamente beneficioso para el Aragón, no perdía de vista los estados de Rosellón y Provenza, y los intereses de la nación en aquella comarca con relación á la misma y á sus estados circunvecinos.

Uno de los resortes de su política le obligó á mediar en el segundo matrimonio de Guillermo de Montpeller. Este señor repudió en 1189 á su mujer Eudoxia Comeno, para casarse con Inés, próxima parienta del rey de

1 Zurita, lib. II, cap. XLIV.

Aragón. Se supone que éste, protector de Guillermo, fué quien le aconsejó que repudiara á Eudoxia, proponiéndole casarse con esa Inés, de familia desconocida para la historia, pero que se sabe era parienta de Alfonso y educada en su palacio [1].

No puede caber duda de este parentesco, si es auténtico, como no dudo, cierto documento del que se me facilitó copia, hallándome en la ciudad de Montpeller, á donde fuí á recoger datos para esta obra, y que dice así:

«Ego Ildefonsus, rex Aragonensis, comes Barchinonæ, marchio Provintiæ, dono tibi Guill. Mont. domino, et uxore tuæ Agneti *consaguinæ meæ*, unicuique ex vobis, in omni vita vestra, totum illum honorem de Pratis, scilicet castrum meum, et villas, et mansos, et terras, et vineas et sicut melius habeo et habere debeo per vocem genitorum meorum in parrochia S. S. Justinæ et Rufinæ, ut post mortem vestram ego et mei possimus recuperare, etc. — Mense April, anno MCLXXXVII.—Ildefonsus Dei gratiæ rey Aragonum. —Berengarius Tarraconensis archiepiscopus.—Berengarius Ilerdonensis episcopus.»

Por esta donación del dominio del Prat, hecha por Alfonso á entrambos consortes, se ve que Inés era parienta suya, y acaso esta donación fué como una especie de dote del rey para Inés. Por lo que toca á Eudoxia Comeno, víctima de la política aragonesa, y á quien quedaba de su matrimonio con el señor de Montpeller una hija llamada María, trató primero de resistir; pero ni ella ni sus valedores podían luchar con el poder del rey de Aragón. Eudoxia, que ya sabemos había venido á estas tierras para casarse con Alfonso, se vió sacrifi-

1 Inés era una dama de Castilla, al decir de D. Jaime *el Conquistador* en su crónica, cap. III. Esto, sin embargo, no excluye la idea del parentesco.

cada á la política de éste, despreciada por la infanta de Castilla, y obligada á dar su mano á Guillermo de Montpeller. No contento con esto el rey de Aragón, que había de ser su esposo, y que pareció convertirse en su perseguidor, la hizo repudiar por el marido con quien se viera forzada á enlazarse. ¡Extraño destino el de esta noble señora! Víctima de la casa aragonesa, ella fué, sin embargo, la que engendró á la madre de aquel rey-héroe que debía llevar al más alto esplendor esa misma monarquía, perseguidora de su familia materna. Al verse repudiada Eudoxia, no tanto de seguro por inclinación á su marido, como por amor á su tierna hija María, se amparó del obispo de Magalona, quien tomó á pecho su defensa y excomulgó á Guillermo de Montpeller; excomunión que luego ratificó el arzobispo de Narbona. Sin embargo, el rey de Aragón, á quien interesaba mucho por lo visto el nuevo matrimonio del señor de Montpeller, acudió al Papa, y consiguió que se levantara el anatema. Eudoxia entonces se retiró á un monasterio para llorar á solas y lamentarse de aquellas poderosas razones de Estado, que no podían prescindir del sacrificio de una pobre mujer. ¡Desconsoladora enseñanza la del estudio de la historia!

También hay que mencionar otro hecho referente á los estados de Provenza. Bonifacio II, barón de Castellane, tenía en sucesión directa un gran número de feudos y pretendía poseer su tierra en soberanía. Requerido por el rey Alfonso para que le prestase homenaje, ó más bien á su hijo, contestó que sus mayores habían conquistado su soberanía á los sarracenos, y que los emperadores, como reyes de Arles, les confirmaron su posesión sin sujetarles á ninguna otra dependencia que á la suya inmediata. Alfonso, nada satisfecho de esta contestación, empleó para refutarla la fuerza de las armas, contra la cual no valen los derechos. Sus capi-

tanes y su gobernador de Provenza, sin necesidad de que él abandonara el país de Aragón, arreglaron el negocio. Bonifacio tuvo en 1189 que prestar homenaje de todos sus dominios al rey de Aragón, y hubo de ser vasallo de aquél á quien antes trataba como igual [1].

Se ve, pues, claramente que la política de Alfonso no abandonaba ni un momento de vista sus estados de la otra parte de los Pirineos. No sólo quería conservarlos, sino que por todos medios trataba de engrandecerlos. Lo que no podía con la diplomacia, lo conseguía con las armas; y por medio de victorias, de alianzas, de protecciones, de promesas, de auxilios, se iba haciendo fuerte y respetado, tendiendo á unir todos aquellos dominios bajo el de la Corona aragonesa.

También los estados de Bearn eran objeto de sus miras y de su política. Ya sabemos que los bearneses habían acudido al conde Ramón Berenguer de Barcelona poniéndose bajo su protección, durante la menor edad del joven vizconde, que había quedado huérfano de padre y madre. Ya mayor de edad éste, que fué Gastón V de Bearn, tomó posesión de sus dominios, siempre bajo la protección del conde de Barcelona, pero murió sin hijos, y le sucedió á la edad de diez y ocho años su hermana María, que pasó á Jaca é hizo homenaje de sus dominios en aquella ciudad al rey de Aragón el 30 de Abril de 1170.

Los bearneses, al decir de las historias, tomaron á mal este homenaje de la vizcondesa María y se eligieron otro señor; pero lastimados por sus tiranías, le mataron y acudieron de nuevo á María, la hija de sus antiguos vizcondes. Esta, que permaneciera en Aragón, se había casado á fines del 1170 con Guillermo de Moncada, de cuyo matrimonio habían nacido en 1171 dos

1 *Arte de comprobar las fechas:* condes de Provenza.

hijos gemelos, Gastón y Guillermo Ramón. Los bearneses, al acudir de nuevo á María, aceptaron por vizconde á su hijo Gastón.

Fué éste elegido en 1173, y la historia le conoce por Gastón VI *el Joven* y *el Bueno*. En 1186, á la muerte de su madre María, Gastón, ya mayor de edad, pasó á Aragón y prestó al rey Alfonso homenaje, como vasallo, por sí y sus sucesores de toda la tierra de Bearn y Gascuña, y volvióse á su país, donde recobró por fuerza de armas la ciudad de Ortez, que le había quitado el vizconde de Tartás. En Setiembre de 1192 volvió á avistarse con el rey de Aragón, quien le dió la investidura del condado de Bigorra con la mano de la joven heredera de este condado, Petronila, hija del conde de Conminges. Este estado, en defecto de varón, pertenecía al monarca aragonés por razón de feudo. Dióselo á Gastón de Moncada y de Bearn con motivo de su enlace con Petronila, pero bajo condición de que, en caso de morir sin hijos, debiese volver el condado de Bigorra al rey y á sus sucesores, reservándose éste todo el valle de Arán con sus términos, y exigiendo que se hiciese á los reyes de Aragón homenaje por el castillo de Lorca. Es de advertir que en esta acta de convenio se ve claramente á Alfonso disponer del condado de Bigorra como si fuese su soberano. Se desprende también de ella que la joven Petronila estaba bajo su tutela y se educaba en su palacio [1].

Ya por lo que toca á los años que vamos recorriendo, no veo otra cosa digna de anotarse sino que, hallándose Alfonso en Tarragona por el mes de Abril de 1192, confirmó al conde Armengol de Urgel la donación que

1 El acta está en la *Marca hispánica*. Los detalles de todos estos hechos, referentes á la casa de Bearn, pueden verse en Zurita, lib. II, caps. XXVII, XLII y XLV, y en el *Arte de comprobar las fechas:* tratados de los condes de Bigorra y vizcondes de Bearne.

el príncipe su padre hiciera al padre del conde, de la ciudad de Lérida en feudo y de las villas y castillos de Aytona y de Albesa; y en recompensa de la quinta parte de Lérida que el príncipe de Aragón había dado á la orden del Temple, dió el rey al conde de Urgel los castillos y villas de Gebut y Mequinenza. Así parece que Alfonso redujo al conde á su servicio, dice un cronista, y dejó de dar favor á Ponce de Cabrera, su adversario.

CAPÍTULO VIII.

Tratado con el conde de Foix.—Desastres, hambre y peste en Cataluña.—Muerte del arzobispo de Tarragona por un Moncada.—Berenguer de Vilademuls.—Viaje del rey á Perpiñán.—Origen y aparición de los albigenses.—Alfonso decreta la expulsión de los herejes.—Concordia con Pedro de Urrea.—Donaciones á la milicia del Temple.—Muerte del rey en Perpiñán.

(De 1193 á 1196.)

Alfonso *el Casto* aspiraba á la dominación sobre todos los países de la otra parte de los Pirineos, y se ve con toda claridad que era ésta la marcha de su política. En Junio de 1193 se hallaba en Huesca, y en la corte de nuestro rey, su deudo Raimundo Roger, conde de Foix, que había ido y regresado de Tierra Santa con el monarca francés. Aparece de una escritura, que el rey Alfonso confirmó, en dicho mes y año y hallándose en la ciudad de Huesca, el castillo y país de Fenouilledes y el castillo y país de Perapertusa, á Raimundo Roger de Foix, bajo condición de serle fiel, de servirle en paz y en guerra, y de ser enemigo del conde Raimundo ó de *cualquiera que fuese señor de Tolosa y de San Gilles*. Por esta escritura aprobó también el rey Alfonso todos los

convenios hechos con el de Foix por Pedro de Lara, sucesor de la vizcondesa Ermengarda en Narbona [1].

De este documento se desprende: 1.°, que Ermengarda, con aprobación de Alfonso, había transmitido el vizcondado á su sobrino Pedro de Lara, quien para sostenerse contra el conde de Tolosa, que no aprobó la renuncia de la vizcondesa, se unió estrechamente con el de Foix, y le llamó á sucederle caso de morir sin hijos; y 2.°, que la guerra había vuelto á estallar, ó por mejor decir, no había cesado aún entre el rey de Aragón y el conde de Tolosa, y que el de Foix y el de Narbona, reconociendo el señorío del primero, se ligaron con él contra el segundo [2].

Constantemente se ven dirigidas hácia aquellos países la atención y las miras de Alfonso *el Casto*. Ya hemos visto que había cedido el condado de Provenza á su segundo hijo, llamado Alfonso como él. En este año mismo de 1193, le casó con Garsenda de Sabrán, á la cual Guillermo IV, conde de Forcalquier, su abuelo materno, dió en dote este condado.

Las crónicas particulares de Cataluña nos dan noticia de terribles calamidades acaecidas este año en nuestro país. Grandes aguaceros se habían llevado las cosechas; los ríos, saliendo de madre, habían inundado los campos; destruyéronse muchos edificios, perecieron muchas familias, fueron generales las inundaciones, y, para colmo de males, sucedieron á estos desastres los

1 Se halla este documento en la prueba LIX del tomo III de la *Historia del Languedoc*, columna 175.

2 La vizcondesa Ermengarda, después de haber dimitido en favor de su sobrino, se retiró á Perpiñán, donde murió á fines de 1192. Fué una mujer resuelta, de ánimo varonil y de grandes dotes. Se puso en la guerra al frente de sus vasallos, celebró y presidió *plaids* de justicia, asistió á consejos de paz y de guerra, y protegió á los trovadores, teniendo *corte de amor* en su palacio. V. cap. XVII del lib. IV, al hablar de la empresa contra Tortosa.

terribles azotes del hambre y de la peste. Supersticioso siempre el vulgo y dado á lo maravilloso, comenzó á creer lo que se contaba de haber llovido sangre en Cervera y fuego en Ampurias, y hubo un terror y pánico generales, creyendo que era llegado el fin del mundo [1].

A principios de 1194 sucedió la muerte violenta del arzobispo de Tarragona Berenguer de Vilademuls. Era ya el segundo prelado de aquella sede que moría asesinado á manos de los nobles. El matador fué esta vez Guillermo Ramón de Moncada, apoyado por sus deudos y aliados. Beuter, que es uno de los autores más antiguos que de ello se ocupan, recogió la tradición, y cuenta el hecho de esta manera [2]:

«Dividida andaba Cataluña en dos bandos poderosos, promovidos por las familias de Castellví y de Cervelló, que se hallaban á su frente. En un encuentro que tuvieron los partidarios de ambos bandos, quedó prisionero Guillén Ramón de Moncada, quien era deudo de la familia Cervelló, y había tomado parte, por consiguiente, en favor de esta casa. Preso el de Moncada, fué conducido al castillo de Rosanes y encerrado en una mazmorra, los piés en un cepo. Fuéle á visitar un día el arzobispo Berenguer de Vilademuls, deudo y partidario de los Castellví; y el de Moncada, dirigiéndosele con arrogancia, le dijo que no era aquella prisión para hombres como él, y que se la aliviase. Entonces el arzobispo se acercó al cepo, cortó con un cuchillo una astila de madera, y dijo al preso:— «Servido estáis, pues no tiene tanta madera el cepo, y debe seros ya más liviana la prisión.» Moncada juró lavar con sangre su afrenta. Salió por fin de su cárcel, por rescate ó fuga, y ya no

1 Feliu de la Peña y Carbonell.

2 Lib. II, cap. XVIII de su crónica.

se ocupó más que del modo de vengarse del arzobispo, á quien esperó un día al paso, en un camino, y arrojándose sobre él le mató, como había hecho otro Guillermo con uno también de sus antecesores.»

Este es el resumen de lo que más largamente cuentan Beuter y los autores que le siguen, añadiendo que en desagravio de aquella muerte, impelido por el remordimiento y obligado por el anatema que sobre él lanzó la Iglesia, el de Moncada fundó el suntuoso monasterio de Santas Creus.

Beuter podrá estar exacto en el fondo del hecho, pero padece errores que es fuerza corregir. Sienta en primer lugar, que la muerte del arzobispo fué en 1149, cuando fué en 1194, y no puede ser yerro de imprenta en su crónica esta fecha, pues refiere el hecho como acaecido en los primeros tiempos del gobierno de Ramón Berenguer IV. También es equivocación lo de haber fundado Moncada el monasterio de Santas Creus. Feliu de la Peña, con más crítica, pone la verdad en su lugar [1]. Dice primeramente, que el arzobispo tuvo disgustos con el vizconde de Cabrera, Guillén Ramón de Moncada y Galcerán de Pinós por defender el patrimonio de la Iglesia; añade que la muerte de aquél fué en 1194, llevada á cabo por dichos señores, quienes le mataron junto al castillo de Moncada, saliéndole al paso el 16 de Febrero, en ocasión en que el arzobispo iba á Roma de embajador del Rey; y termina asentando que el vizconde de Cabrera, en desagravio de aquel hecho, fundó el convento de San Salvador de Breda, y Moncada ofreció al monasterio de San Cucufate el lugar en donde luego se edificó la iglesia de Nuestra Señora del Puig de la Creu, con todos sus términos y honores. La versión del analista catalán es más exacta, más ajustada á

1 Lib. XI, cap. II de sus *Anales*.

la verdad histórica, y más en armonía con las noticias que se tienen. Así lo cuenta también Blanch [1], de quien sin duda lo tomó Feliu. El de Cabrera, el de Moncada y el de Pinós perdieron un pleito muy ruidoso que con el arzobispo tenían, y se vengaron matándole [2].

1 Archiepiscopologio, cap. XX, parte 12.

2 He aquí como refieren este acontecimiento las *Efemérides* de Flotats: "Asesinato del arzobispo de Tarragona, Berenguer de Vilademuls. Este prelado, hijo de una de las familias más ilustres de Cataluña, concurrió con el rey de Aragón á la toma de Cuenca, y fue muy bien quisto de su soberano, á quien acompañó constantemente en sus demás expediciones contra los moros; pero su mucho celo en defender los derechos y posesiones de la Iglesia, fué causa de que se enemistase con algunos nobles, á quienes la preponderancia de que entonces gozaban había acostumbrado á invadirlo todo, no reconociendo más ley ni otro derecho que la fuerza y sus caprichos. Guillermo Ramón de Moncada, pariente del mismo prelado, y Galcerán de Pinós, quisieron, pues, vengar los agravios que de él pretendian haber recibido; y cuando D. Berenguer se dirigía á Roma, á donde le enviaba de embajador el rey D. Alfonso, asaltáronle cerca de Moncada, según unos, según otros cerca de Gerona, y le dieron alevosa muerte. De la misma manera, y por muy semejantes causas, había fallecido pocos años antes uno de sus predecesores en aquella silla. Hay, sin embargo, escritores que atribuyen á otras muy diversas el asesinato de Berenguer. Cuentan algunos, que estando el Moncada detenido en la cárcel por Alberto de Castellví, pidió al arzobispo, que había ido á visitarle, que intercediese para que se le aliviasen las prisiones, y que el prelado, haciendo escarnio de sus ruegos, se contentó con arrancarle una astilla del cepo que le aprisionaba. Herido el magnate en su orgullo, guardó por entonces el rencor en el pecho; mas luego que hubo recobrado su libertad, quiso vengar el ultraje con la muerte del burlador. Con todo, esta versión no tiene en su abono ningún testimonio respetable, y es menester confesar que en su conjunto tiene más visos de conseja que de realidad histórica. Otros dan por causa del crimen el odio que concibieron contra el arzobispo algunos partidarios de lo antiguo, por la parte muy principal que tuvo en que los concilios de Tarragona de los años 1180 y 1191, mandasen que en todos los documentos se contasen los años por los de la Encarnación del Señor, dejando el cómputo de los de los reyes de Francia. Si así fué, y si fuese cierto, como creen algunos, que también por haber contribuído con su voto y su influencia á que en 1351 se promulgase la pragmática

Berenguer de Vilademuls, de noble familia catalana, había tomado posesión de la mitra el 19 de Julio de 1174. Fué, como muchos de aquel tiempo, un arzobispo guerrero, y sólo empuñaba el báculo con la mano que le dejaba libre el manejo de la espada. Durante su prelatura, á más de ser el terror de los moros, tuvo la habilidad de hacerse propicio al rey Alfonso, de cuyo príncipe sacó y alcanzó grandes cargos y favores en donativos y otras cosas, de manera que logró aumentar considerablemente las rentas de la mitra y cabildo. Dió á poblar varios terrenos y de este modo los transformó en lugares y villas [1]: acompañó al monarca en casi todas sus expediciones guerreras; dió pruebas de gran valor en la conquista de Cuenca, y tomó parte como consejero y como capitán en las empresas de Provenza.

El Guillermo Ramón de Moncada, que estaba entre sus matadores, fué luego señor y vizconde de Bearn, habiendo sucedido en estos dominios á su hermano Gastón que murió sin hijos [2].

Es de sospechar que el rey Alfonso pasó en Cataluña gran parte, si no todo el año 1194, tomando providencias para remediar las necesidades y aflicciones del país, destrozado por el hambre y por la peste [3]. De Cataluña fué á Perpiñán, en donde estaba ya á prin-

que dispuso que en adelante se contasen los años desde la Natividad en vez del cómputo de la Encarnación, murió á manos de asesinos el consejero del rey D. Pedro, y abad de San Cucufate, fray Ramón de Biure; tendríamos que una reforma, al parecer de tan poca monta, como la del método de contar los años en las fechas, habría costado en Cataluña la vida á sus promovedores en cada una de las dos épocas en que se ha llevado á cabo: prueba de cuán tenaces enemigos encuentran siempre las más sencillas innovaciones, por justas y razonables que sean, cuando para adoptarlas hay que luchar con inveteradas costumbres.„

1 Andrés de Bofarull en sus *Anales históricos de Reus*, lib. I, cap. I.

2 *Arte de comprobar las fechas.*

3 Feliu de la Peña, libro y capítulo citados.

cipios del 1195 y á donde pasó para celebrar cortes.

La antigua Septimania comenzaba á verse asolada en aquel tiempo por las primeras guerras de religión, más terribles, funestas y sangrientas que las políticas. Varios pasajes del antiguo y nuevo testamento, cuyo sentido es verdaderamente alegórico, hicieron nacer la idea de que toda la Escritura tenía una significación ocasionada á interpretaciones. Esto dió lugar á la secta que más tarde se llamó de los *albigenses*, tomando su nombre del país de Albi, donde aparecieron ó donde se celebró un concilio para juzgar de sus doctrinas. Las tierras de Tolosa, en las que ese furor de gnosticismo se esparció, fueron más tarde el teatro de una cruzada, según veremos, y las hogueras cubrieron bien pronto aquel país. Quien primero las encendió, dando un triste ejemplo, que desgraciadamente había de imitar nuestra Península en siglos posteriores, fué el concilio de Orleans de 1022. Quiso estirpar con los tormentos y los horrores del fuego lo que se dió en llamar *la lepra de la heregía*, como si no hubiera sido más conforme al espíritu y máximas del Evangelio, más propio de la fraternidad y caridad santamente predicadas por Jesucristo, el curar aquella *lepra* con el bálsamo de la persuasión, la dulzura y la enseñanza. El concilio de Lombers, en 1165 siguió las huellas del de Orleans. Fué un error querer estirpar con la violencia la predicación de los que se llamaban *nuevos apóstoles y buenos hombres*. El hierro despierta el hierro.

La unión, bajo el cetro del monarca aragonés, de dos condados situados el uno más allá de los Pirineos, y el otro en el centro de estas montañas, pero vecinos los dos á los paises que comenzaba á infestar la heregía, bastó para que el legado del Papa cerca de Alfonso, tratara de persuadirle que aplicase á sus nuevas provincias las terribles disposiciones que el concilio de Vero-

na acababa de decretar contra los albigenses; á saber, que fuesen abandonados á la justicia secular todos aquellos que los obispos hubiesen declarado herejes. Alfonso vaciló por mucho tiempo. Aquel rey trovador, como dice la moderna *historia del Rosellón* [1], á quien el cultivo de las letras inspiraba más bien la clemencia que el rigor, cedió en fin á las importunidades del cardenal, y, bajo crímen de lesa majestad, fué decretada la expulsión de los *valdenses*. Este nombre lo tomaron de su jefe, el mercader de Lion, Pedro Valdo: se llamaron también *sabatatos*, por las sandalias que usaban para remedar á los apóstoles, y *pòbres de Lion*, por la pobreza de que hacían alarde para restablecer, según decían, las costumbres de la iglesia primitiva.

Alfonso era bueno y humano. Mientras vivió, supo contener el celo, ya demasiado ardiente, de los precursores de la Inquisición; pero, después de su muerte, su hijo no supo resistir como él á la tendencia dominadora de la autoridad espiritual y á las reiteradas instancias del arzobispo de Tarragona, y de los obispos de Barcelona, Gerona, Vich y Elna; así es que el decreto del concilio de Verona fué publicado de nuevo en 1197, como veremos, y ordenada su severa ejecución en toda Cataluña.

Aun volvió otra vez á estas tierras el rey Alfonso. Hay memoria de que por el mes de Marzo de 1196 se hallaba en Zaragoza, donde se reconcilió con él Pedro Jiménez de Urrea, que se tenía por su agraviado, mediando en esta concordia D. Artal de Alagón, alférez del rey, Jimeno de Artusella, á quien el monarca hiciera merced del puerto de Salou, y de otros honores en el campo de Tarragona, y varios señores.

De Zaragoza vemos partir al rey para Lérida, en cu-

1 Tomo I, pág. 85.

yo punto consta que se le presentaron los maestres de la caballería del Temple en Ultramar, Francia y Provenza, Fray Gilberto Horal, Pons de Rigalt y Arnaldo de Claramunt. Ante ellos, y á presencia de varios señores de su corte, dió Alfonso á la orden del Temple las villas y castillos de la Alhambra y Orrios, y el sitio llamado la Peña del Cid.

Á primeros de Abril estaba el rey en Perpiñán, en donde cayó enfermo así que hubo llegado, y á 25 de aquel mismo mes le robaba la muerte al amor de sus pueblos. Su pérdida, que era una desgracia pública en aquellas circunstancias, fué muy llorada, principalmente por los roselloneses, de quienes parecía haberse constituído en tutor, y que, probando á cada instante las mejoras que su sabiduría y su firmeza habían sabido imprimir en su bienestar, quedaban huérfanos de un celoso protector contra las vejaciones de sus señores feudales [1].

CAPÍTULO IX.

Hijos del rey.—Pedro.—Alfonso.—Fernando.—Constanza.—Leonor.—Sancha.—Dulce.—Testamento del rey.—Juicio que de este rey ha formado la posteridad.

Alfonso II de Aragón y I de Cataluña, había casado en 1174, según ya hemos visto, con Sancha de Castilla [2], en la cual tuvo tres hijos y cuatro hijas.

El primero se llamó Pedro, y fué el que le sucedió en el reino de Aragón, principado de Cataluña y condados

1 Henry: *Historia del Rosellón*, tomo I, cap. V.

2 Capmany cayó en un error cuando, en el número XXVII de sus apéndices al tomo II de las *Memorias históricas*, sentó que este rey había casado primero con Mahalta, hija de Alfonso I de Portugal, de la cual enviudó sin sucesión.

BIBLIOTECA PÚBLICA

de Rosellón, de Pallárs, de Besalú y de Cerdaña. A tenor de lo que se lee en el testamento de su padre, éste dispuso en su favor de todos los derechos que tenía desde la ciudad de Beziers hasta el puerto de Aspe, es decir, que Alfonso le hizo su heredero por los condados de Carcasona y Rasez.

Alfonso, su hijo segundo, tuvo el condado de Provenza, del que fué II conde de este nombre. El rey dispuso también en su favor de los vizcondados de Milhaud y Gevaudan y del derecho que tenía en Montpeller, cuyo señor parece que le había prestado homenaje. Este Alfonso, unió al condado de Provenza el de Forcalquier, por su enlace con Garsenda de Sabrán, á la que su tío materno dió en dote este señorío.

El tercer hijo se llamó Fernando. Fué monje del monasterio de Poblet y abad del de Monte Aragón.

La mayor de las cuatro hijas, fué Constanza, que casó con Emerico, rey de Hungría; y habiendo enviudado, pasó á segundas nupcias con Federico II, emperador de Alemania.

La segunda se llamó Leonor, y casó con Raimundo VI, conde de Tolosa, llamado *el Viejo*.

La tercera, Sancha, dió su mano á otro conde de Tolosa, Raimundo VII, *el Joven*.

Por lo que toca á la menor, llamada Dulce, entró de religiosa en el monasterio de Sijena, del cual fué fundadora la reina Doña Sancha, su madre, que también se retiró al claustro y profesó después de la muerte del rey en el mismo monasterio, en el que murió en Noviembre de 1208, donde se halla enterrada.

Ya se ha dicho que Alfonso murió en Perpiñán, el 25 de Abril de 1196, pero su testamento fué otorgado en la misma ciudad en Diciembre de 1194, y publicado después de su muerte en el altar de Santa Magdalena de Zaragoza, por los dos testigos que presenciaron su otor-

gamiento en Perpiñán, Alberto de Castellvell y B. de Portella, á presencia de Guillermo, obispo de Vich, y otros [1].

Los albaceas nombrados por el rey, fueron: el arzobispo de Tarragona, el obispo de Lérida, el de Huesca, el gran maestre del Temple, y el abad de Poblet, en cuyo monasterio eligió sepultura, legándole su real corona y la dominicatura de Vinaroz. Hizo varios legados á la iglesia y pontífice romano, á los templarios, hospitalarios y santo sepulcro de Jerusalen, á otras órdenes religiosas y á muchas iglesias y monasterios, entre ellos al de Scala Dei, *que hago edificar de nuevo*, dice el testamento, y al de Santa María de Ripoll, *en remuneración de mi sepultura*.

Nombró en seguida herederos á sus hijos en el modo y forma citados, substituyendo el uno al otro por orden de primogenitura, y á sus hijas, que no nombra, á falta de varones de los hijos; previniendo, que si llegaba á verificarse la sucesión de ellas, se casasen con voluntad y consejo de sus albaceas y magnates del reino. Dejó finalmente á sus hijos, bajo la tutela de su esposa Doña Sancha; á D. Pedro, hasta la edad de veinte años, y á D. Alfonso, hasta la de diez y seis.

El cadáver del rey se trasladó con gran pompa y ceremonia desde Perpiñán al real monasterio de Nuestra Señora de Poblet, cuya fábrica, que había empezado el conde Ramón Berenguer IV en 7 de Setiembre de 1153, se concluyó durante este reinado. Fué, pues, este monarca el primero de la casa de Aragón que se enterró en aquel monasterio, dejando la antigua sepultura del de San Juan de la Peña de los antiguos soberanos de Sobrarbe y Aragón, y la de Nuestra Señora de Ripoll,

1 Se halla este testamento en el archivo de la Corona de Aragón, número 70 moderno, de la colección de D. Alfonso.

donde solían enterrarse los primitivos condes de Barcelona.

El juicio de la posteridad ha sido favorable para nuestro Alfonso. Los más graves, más entendidos y más imparciales historiadores no pueden menos de convenir en que se hizo recomendable por sus hazañas y sus excelentes cualidades. Fué, en efecto, su reinado uno de los más felices de Aragón, y fué indudablemente un monarca prudente al par que valeroso, activo al par que sagaz, guerrero al par que sabio.

Tuvo la suerte de que en él se reuniesen gloriosamente las dos soberanías de sus padres, el condado de Barcelona y la monarquía de Aragón; y á pesar de que esto le imponía mayor responsabilidad á los ojos del mundo y era muy pesada carga para sus hombros, supo mantener muy alta la honra de su nombre, ileso el territorio de su país, y respetada con gloria la bandera de su casa.

Su piedad quedó patente en la fundación de la cartuja de Scala Dei, en la terminación de Nuestra Señora de Poblet, y en la protección al monasterio de Sijena; su valor y ánimo quedaron consignados en los campos de Valencia, de Castilla, de Navarra y de Tolosa, donde sus enemigos tuvieron que sentir la fuerza de su brazo y aprender á temblar ante el pendón de las gules barras; sus altas miras en favor del país y de su engrandecimiento, quedan probadas con las anexiones, como se diría ahora, del Rosellón y de la Provenza; su amor á la civilización y al progreso,—palabras que no por ser modernas deben ser desechadas cuando expresan una idea justa,—está en la promulgación de las *constituciones de paz y tregua* que hizo jurar á sus barones en Perpiñán; su afecto al pueblo y al país se halla vivo en el reconocimiento de sus libertades; sus virtudes y excelentes prendas, las atestigua el renombre de *Casto* con

que la posteridad le ha reconocido, renombre que no se le ha dado ciertamente por la circunstancia única que en sí expresa, ya que, á juicio de los antiguos, llamarle el *Casto* era denominarle *el Virtuoso*.

En medio de las guerras, ocupaciones militares y luchas continuas de su tiempo, no se olvidó de las letras: protegió á los que cultivaron en su época la poesía provenzal, y favoreció muy particularmente á los trovadores, no desdeñándose de componer versos él mismo; lo que ha hecho que se le contara en el número de los poetas provenzales, bajo el nombre de *Alfonso rey de Aragón el que trovó*, para distinguirle de los otros Alfonsos. En uno de los manuscritos de la biblioteca del rey en París, existe una canción compuesta por él [1].

Como no todo es perfección en este mundo, hay realmente algunas manchas en la vida de este rey. Los asesinatos de Beziers, el sacrificio por dos veces distintas de la Eudoxia Comeno que había de ser su esposa, cierta deslealtad que se nota en sus tratados de paz con el conde de Tolosa, son circunstancias que rebajan algo su valor y mérito. Un poeta encontraría asunto suficiente en ello para largas tiradas de endecasílabos contra el rey Alfonso; pero un historiador hallaría á mano para defenderle la razón de estado, en cuyo nombre se han cometido tantos crímenes.

De todos modos, Alfonso *el Casto* no mereció ser pintado con los feos colores con que lo hizo su contemporáneo Beltrán de Born, el trovador vizconde. La pluma de éste fué injusta al hablar de Alfonso, como toda pluma mojada en hiel, y á la que sólo inspiran el resentimiento y la venganza [2].

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 104.

2 Véase lo que de D. Alfonso digo en mis obras *Los trovadores* y *Las ruinas de Poblet*.

CAPÍTULO X.

LOS PROGRESOS DE LA CIVILIZACION.

(SIGLO XII.)

Lengua catalana.—Escritores.—Prosperidad y acrecentamiento de Cataluña.—Ensanche de Barcelona.—De Vich.—De Manresa.—De Mataró.—Origen de San Martín de Provenzals.—De Sabadell.—Campo de Tarragona.—Reus.—Instituciones municipales.—Marina, artes, industria y comercio.—Costumbres.—Monumentos.—San Pablo del Campo.—Capilla de Marcús.—Santa Ana.—Palacios.—Santa Eulalia.—Santa María de Tarrasa.—San Miguel de Marmellar.—Monasterio de las Avellanas.—Monasterio de Pons.—Catedral de Tarragona.—Monasterio de Poblet.—Monasterio de Santas-Creus.—Cartuja de Scala Dei.—San Juan de Lérida.—Otros monumentos de Cataluña.—Iglesia de Fraga.—Monasterio de Sijena.—Otros monumentos de Aragón.

LENGUA CATALANA.

Ya en este siglo, la nacionalidad catalana-provenzal se presenta con fisonomía propia, con literatura y lengua propias. A principios del siglo XII vió comenzar su rico período, su bella edad de oro. El idioma provenzal se hizo el de los sabios y el de los poetas, y el que enriqueció el del Petrarca, por confesión propia de los mismos escritores italianos de más nota. Y sin embargo, esta hermosa lengua provenzal, á la que después se llamó lemosina, no era otra que la catalana. Lleváronla á Provenza los condes de Barcelona, y allí se adornó y pulió con la mezcla de algunas frases más dulces, propias de aquella provincia.

Cuando Ramón Berenguer III casó con Dulce de Provenza, fué cuando la lengua catalana-provenzal comenzó á ser el verdadero idioma literario de la época, y á adquirir tal grado de hermosura y belleza, que durante

el espacio de tres siglos fué preferida á todas las demás de Europa, apresurándose á estudiarla y á componer en ella todos los amantes de las letras. Hízose particularmente la lengua de la poesía y del amor.

Innumerables citas pudieran aducirse en testimonio de ello, pero es cosa ya universalmente sabida, y bastará recomendar, á los que quieran mayores datos, los autores apuntados al final de este párrafo.

Nadie puede disputarnos la gloria de haber sido el catalán—llámesele provenzal ó lemosín—una de las primeras lenguas, quizá la primera, que se vió en uso literario después del latín. Nadie podrá desconocer tampoco que aquella literatura catalana-provenzal, según la llama Nostradamus, y según propiamente debiera llamarse, tuvo vida, belleza y fuerza mientras la casa condal de Barcelona dominó en Provenza, muriendo, ó quedando agonizante por lo menos, el día que feneció en aquellas comarcas la estirpe catalana.

Cuenta Nostradamus que el conde de Provenza, Ramón Berenguer II, aficionó al emperador Federico I á la poesía provenzal cuando pasó á Turín, después de muerto su tío el conde de Barcelona, en el burgo de San Dalmacio, cerca de Génova. Federico recibió al conde con esplendidez y galantería, y el conde quiso obsequiar al emperador con trovas que hizo recitar y cantar á su presencia por la corte de trovadores que llevaba consigo. Tan maravillado quedó el emperador con aquello, nuevo para él, que colmó de regalos á los poetas, y quiso aprender el arte de trovar, componiendo por sí mismo el siguiente madrigal en lengua catalana:

Plasmi cavalier francez,
é la dona catalana,
é l'ouvrar de Ginoez,
é la cour de Castellana;
ou cantar provenzalez

é la danza trevisana,
é lou corps aragonés,
é la perla Juliana,
las mans é cara d'anglez
é lou doncel de Toscana.

Como una muestra del catalán-provenzal que se hablaba en los países que hoy pertenecen á la Francia, voy á copiar un documento que he hallado en las pruebas de la *Historia del Languedoc* (Pr. DXVII del tomo II). Es el homenaje y juramento de Elzear de Sauve á la viuda de Bernardo Atón. Está fechado en 1159, y dice así:

«De ista hora in antea, ego Ilisiarus de Salve, filius de Stephana, á te Guillelma vicecomitisa que fuisti *moller* de Bernardo Atón, *tant quant tenrrás la sennoria del castel de la Arena*, é *ad aquel eres que aurás d' en Bernart Aton, de qual tu es preius, lo castel de Berniz non vos tolrai, ne vos en tolrai ipsas fortedias* quæ hodie ibi sunt, *ni adenant* factas erunt *per nomen de castel. Et si om* vel femina *aquel castel* supra scripti *vos tollia seu tollia, ab aquel ó ab aquella, ó ab aquels, ó ab aquellas* finem ne societatem cum illo vel cum illis *non auria; fors quant per lo castel á recobrar*: et si recobrar en lo potuero, per nullum ingenium, á te vicecomitissa, *ó á eres que aurás d' en Bernart d' Aton lo redrai* sine lucro et sine decepcione, etc.»

La nacionalidad catalana-provenzal vió florecer en este siglo muchos y muy excelentes trovadores, de quienes nos quedan bellísimas trovas y canciones, llenas de gracia, de frescura, de espontaneidad y brillantez. A este siglo pertenece, según Raynouard, el famoso poema de Gerardo del Rosellón, la obra más bella acaso de nuestra literatura en las tres centurias de su esplendor.

Como muestra del lenguaje de los trovadores y de la riqueza del idioma, léanse las siguientes:

Car donneis pretz é valors,
joys é gratz é cortesía,
senys é sabers é honors,
bels parlars, bella paria;
é larguesa, é amors,
coneysensa é cundía;
trovant manteny é sucors
en Catalunya á tría
entre 'ls catalans valents
é las donas evinents.....

Gerardo de Rosellón.

Non sap cantar quil son no di
nil vers trovar quils motz no fá,
ni sap de rima com si vá
si rason non enten en sí,
pero mon can comens aissi,
com plus laustres mai valrá.....

Godofredo Rodel.

Cossirós cant é plang é plor
pel dol que m'ha sazit é prés
al cer per la mort mon marqués,
En Pons lo pros de Mataplana,
ques era francs larcs é cortés
et ab totz bos captenements,
é tengutz per un des millors
que fos de San Martí de Fors
tro Cerdai é la terra plana.....

Guillermo de Bergadá.

Hablan más ó menos detenidamente de este punto, y pueden consultarse, las obras siguientes, entre muchas otras: Nostradamus en su *Historia de Provenza;* Bastero, *Cruzca provenzale;* Bembo, *Della vulgar lingua;* Bouche, *Historia de Provenza;* los Maurinos, *Historia del Languedoc;* Fauriel, *Historia de la poesía provenzal;* Raynouard, *Colección de poesías de los trovadores;* Amat en su introducción al *Diccionario de escritores catalanes;* Capmany en sus apéndices á las *Memorias históricas;* Borao

en su introducción al *Diccionario de voces aragonesas;* Milá, *Observaciones sobre la poesía popular;* Pers y Ramona, *Historia de la lengua y literatura catalanas,* etc. [1]

ESCRITORES.

Hubiera querido publicar en el diccionario de los pertenecientes á este siglo, todos los trovadores hijos de los países dominados por los condes-reyes; pero hubiera sido materia poco menos que imposible para mis fuerzas y tiempo. Continúo sólo aquéllos de que me ha sido dable encontrar noticia, y pongo como catalanes á los del Rosellón, desde el momento en que este país fué agregado á la Corona.

Alfonso I de Cataluña y II de Aragón. Queda ya dicho que se le continúa en los catálogos de escritores catalanes. Sólo tenemos de este rey una *canción de amores,* pero generalmente se le cuenta por el primero de los poetas españoles *conocidos.*

Abraham, llamado *el sabio* por los judíos catalanes. En 1119 escribió unos comentarios sobre la Sagrada Escritura y un poema sobre el juego de ajedrez.

Agoult (Guillermo), poeta catalán-provenzal, de la corte del rey Alfonso. Escribió una obra sobre el amor.

Ademars (Guillermo). Poeta del Rosellón que floreció en este siglo.

Bistors (Raimundo). Otro poeta rosellonés de la misma época.

Berenguer (Ramón). Tercero de este nombre, conde de Barcelona y de Provenza. Fué uno de los poetas

1 Posteriormente he escrito *Los Trovadores,* mis *Discursos académicos* y otras obras, que forman parte de esta colección, y donde pueden encontrarse más detalles y observaciones sobre este asunto, habiéndome hecho rectificar algunas de mis ideas antiguas, la experiencia y mis estudios.

principales del siglo XII, según Amat. La real Academia de Buenas Letras de Barcelona, en el apéndice de sus Memorias, página 585, dice que este conde, en medio de sus repetidas conquistas, se aplicó con especialidad á la cultura del nativo idioma catalán, comunicando sus nuevos adornos al provenzal que los abrazó con general aplauso.

Berenguer (Ramón). Cuarto de este nombre entre los condes de Barcelona. Fué también insigne poeta. Sus obras poéticas, en lengua catalana, se conservan manuscritas en la Biblioteca vaticana. En la de París hay otro ejemplar. Al frente de estas obras hay su retrato ecuestre, con varios elogios.

Berga (Guillermo de). Otros le llaman Guillermo de Bergadá. De noble familia catalana, se distinguió por su talento é ingenio en el arte de trovar. Sus poesías se hallan manuscritas en la Biblioteca vaticana. En la historia literaria de los trovadores, se dice que fué autor de muchas composiciones obscenas y hombre de mala conducta.

Cabestany (Guillermo de). Este poeta rosellonés, cuyo nombre y algunas de cuyas poesías han llegado hasta nosotros á través de los siglos, fué señor de la villa de Cabestany (*Capestany* dicen las antiguas memorias), cerca de Perpiñán. Se cuenta de él que, apasionado por la esposa de Raimundo, señor de Castel-Rosellón, le consagró su amor y sus poesías, y que el celoso caballero le hizo matar, arrancándole el corazón y dándoselo después á comer á su esposa. Otro noble trovador, Raimundo de Miraval, contemporáneo de Cabestany, es quien contó en sus versos todas las circunstancias de esta horrible aventura, que posteriormente, sin embargo, en nuestro siglo mismo, se ha puesto en duda. De todos modos es positivo que Guillermo de Cabestany fué uno de los más excelentes trovadores de

su tiempo, y parece que hubo de ser víctima de alguna catástrofe horrorosa [1].

Formit de Perpiñán. Poeta provenzal, de cuyas poesías ha publicado una muestra Mr. Raynouard.

Gaufredo, obispo de Tortosa. En la Biblioteca real se conservan algunos manuscritos de este prelado.

Kimhi (David), hijo de Gerona. Vivía en Narbona por los años de 1190, y se hizo muy célebre por su erudición y escritos.

Moseh, natural también de Gerona y judío como el anterior. Es generalmente más conocido con su otro nombre de *Nachman*. Compuso muchos y muy importantes libros.

Ortafá (Pons de), caballero trovador, natural del Rosellón.

Palasols (Berenguer de), caballero trovador, natural del Ampurdán, según parece, del condado de Ampurias. Compuso muchas trovas en alabanza de Ermesinda, mujer de Arnaldo de Avinyó.

Vase ó *Vace*. Se habla de un poeta de este nombre que debió existir por los años de 1155.

Hubo á más algunos poetas y escritores anónimos, de cuyas obras, pero no de cuyos nombres, se tiene noticia.

PROSPERIDAD Y ACRECENTAMIENTO DE CATALUÑA.

Arrojados los moros del territorio catalán, pudieron las ciudades y villas irse poblando y extendiendo, al propio tiempo que en todas partes nacían nuevos centros de población que llamaban á sí la vida del comercio, de la agricultura y de la industria.

1 Véase á Henry en su *Historia del Rosellón*, pág. 56 de la introducción, y nota 3.ª del tomo I; al mismo autor en su *Guía por Rosellón*, págs. 137 y 138; á Puiggarí en los artículos que sobre este asunto dió á luz en el periódico de Perpiñán *Le Publicateur;* y á Raynouard en su *Colección de trovadores*.

El cinturón de la fortísima muralla romana ahogaba ya y oprimía á Barcelona, que tenía necesidad de más espacio y vida. No es de extrañar, pues, que el muro fuese roto durante la época de Ramón Berenguer IV. El impulso y desarrollo que había tenido la marina, comenzó á atraer á la población hacia el mar. Infinidad de casas, levantadas casi todas ellas por familias que vivían del comercio y de las artes, se apiñaban junto á la iglesia de Santa María, habiendo tomado el nombre de *vila nova* (villa nueva). El llano y arenales que existían junto al gótico templo, fueron cambiándose como por encanto en una ciudad llena de animación. Por los años de 1153, un Guillermo de Moncada, que no parece fuese de la casa de los barones de este apellido, compró en aquel nuevo burgo de Barcelona y en el arenal antedicho, un gran pedazo de tierra donde edificó unas grandes casas, que dieron principio á la calle que aun hoy continúa llamándose de Moncada [1].

Al par que Barcelona, iban creciendo, formándose y desarrollándose otras poblaciones. Vich tenía también que ensancharse por aquel tiempo, y de este siglo datan sus tres hospitales para los leprosos, para los pobres y para los peregrinos.

Manresa debía ser, á fines de este siglo, una ciudad floreciente, según se desprende del diccionario de sus calles, plazas y monumentos que se halló entre los papeles del monasterio de Bages [2]. Se ve que los judíos tenían un barrio en esta ciudad, que había en ella muchas industrias, que disponía de dos cementerios y contaba con trece iglesias.

En el mismo siglo XII comienza á desarrollarse la

1 Pujades, lib. XVIII, cap. XXXVII.

2 *Ensayos históricos sobre Manresa*, por Mas y Casas, pág. 42. Puede verse, para mayores detalles, lo que digo en mi obra *Manresa y Cardona*.

ciudad de Mataró, llamada aún entonces *Civitas fracta*, según parece; si bien la verdadera importancia de esta población marítima, como todas las de la costa, data de la época en que sus moradores se vieron libres de las excursiones y piraterías de los moros baleares con la conquista de estas islas.

Junto á Barcelona existe un pueblo que se llama San Martín de Provenzals, y cuyo origen remonta la tradición á este siglo y á la circunstancia siguiente. Después de efectuado el enlace de Ramón Berenguer III con Dulce de Provenza, el conde quiso mostrarse hospitalario y galante con los señores provenzales que habían venido á estas tierras acompañando á su esposa. A este efecto, les concedió algunas tierras de los alrededores de Barcelona, señalándoles y dándoles las que estaban junto á una capilla ó ermita consagrada á San Martín. Estableciéronse dichos señores en este territorio, y de aquí el nombre de San Martín *dels Provenzals*, ó sea San Martín de los Provenzales. Ignoro lo que pueda tener de cierto esta tradición, pero es muy valedera y aceptable.

Data también de este mismo siglo la villa de Sabadell, que viene siendo célebre desde el XIV por su fabricación de paños. Se tiene noticia de que á últimos del siglo XI, sin saberse cómo la adquirió, tenía la ciudad de Barcelona la baronía y señorío del castillo de Rahona y su término. Junto á este castillo se fundó Sabadell, que continuó perteneciendo á Barcelona hasta 1236. Sabadell comenzó á crecer en importancia y á tener desarrollo, gracias primero á ser un mercado famoso en Cataluña, y luego á sus fábricas de paños que comenzaron en el siglo XIII y que en el XIV gozaban ya de gran crédito [1].

1 *Anales de Sabadell*, de D. Antonio Bosch, curioso manuscrito que se guarda en el archivo de esta villa. Véase también lo que digo en mi monografía *La industriosa Sabadell*.

El campo de Tarragona fué poblándose en esta época. A fines del siglo de que se trata, ya existían en el campo casi todas las poblaciones actuales, y á más una infinidad de fortalezas, destruídas en el día. Una bula del papa Celestino III, dirigida al arzobispo y cabildo de la iglesia de Tarragona, aprueba noventa iglesias de la diócesis; hace mención de las abadías, monasterios y fortalezas que había en el campo, y da idea de los muchos lugares y villas que existían en aquellos contornos [1]. Los condes de Barcelona por una parte, los arzobispos de Tarragona por otra, como señores del campo, concedían franquicias á los que iban á poblar ciertos términos, fundando núcleos de villas y lugares, algunos de los cuales debían hacerse célebres con el tiempo. Así tuvieron origen Riudoms, en 1150; la Buella, en el mismo año; el Burgá, en 1152; Salou, en el mismo año [2]; Cambrils, en 1154; Barenys y Vilavert, en 1155; Albiol y Raurell, en 1158; Constantí y Villaseca, por los mismos años, y Alforja, en 1190 [3].

Al mismo tiempo seguía Reus engrandeciendo su

1 Copiada del archivo arzobispal, transcribe esta bula D. Andrés de Bofarull en sus *Anales de Reus*, tomo I, documento de letra F.

2 Ya sabemos que Salou, *Salauris*, es pueblo de antigüedad romana. Sin embargo, no quedan vestigios. En aquella hermosa playa y famosísimo puerto, no existe un solo recuerdo de los dominadores del mundo. Cuenta Andrés de Bofarull, en sus *Anales de Reus* (tomo I, página 25), que en 24 de Julio de 1152, Pedro de Ragusa ó Rasussa pobló el término de Salou; pero en la donación, se le impuso la obligación de edificar un castillo cerca del mar, y á sus costas armarlo y guarnecerlo con gente de guerra, teniendo á más que edificar una villa y buscar gente para poblarla. Por lo que dice Zurita (lib. II de sus *Anales*, cap. XLVII), veo que en 1196 el rey D. Alfonso había hecho merced del puerto de Salou, y de otros heredamientos en el campo de Tarragona, á D. Jimeno de Artusella.

3 En el término de esta villa existía entonces una mina de plata, que en el acta de donación del pueblo y su término, se reserva para sí la reina Doña Sancha, esposa de Alfonso *el Casto*.

recinto, dice el cronista de esta ciudad; y por causa de su posición topográfica inmediata á la sierra, uno de los primeros objetos que llamaron la atención de sus señores fué fortificar en parte su nueva villa, por temor de los imprevistos ataques que no sin fundado motivo la podían amagar, valiéndose sus enemigos de los vecinos barrancos de que aún se halla rodeada. Para precaver tamaña desgracia y para mayor seguridad de sus señores, edificaron un castillo. A últimos del siglo XII, la villa pertenecía á dos distintos señores y estaba dividida su jurisdicción bajo el mando de los dos bayles representantes y nombrados cada uno por su respectivo señor, que eran el arzobispo de Tarragona y el cartlán de Reus. Tenía entonces esta última dignidad la familia Bell-lloch, que había sucedido á la de Castellet.

Mientras Cataluña iba poblándose, ensanchándose y creciendo, sucedía lo propio con el Rosellón. Perpiñán mejoró mucho con las medidas dictadas por Alfonso *el Casto*, que hasta intentó cambiar el asiento de la ciudad, transportándola á la inmediata colina llamada *Puy de San Jaime*; si bien las reclamaciones de los habitantes que tenían ya sus intereses creados, le obligaron á variar de resolución [1].

INSTITUCIONES MUNICIPALES.

He aquí una de las grandes glorias y una de las más brillantes páginas de nuestro país. El siglo XII vió lucir, pura y hermosa para nuestra Cataluña, la aurora espléndida de las libertades municipales, principio y comienzo del progreso social, que tanto camino estaba destinado á andar en estas tierras.

Por todas partes, con el establecimiento de las municipalidades, las poblaciones fueron ensanchando sus

1 Jaubert-Campagne: *Instituciones municipales de Perpiñán*, pág. 11.

centros; es que los pueblos, como los hombres, necesitan aire libre y vivificante para sus pulmones. Por todas partes se modificaron las costumbres, se remediaron las necesidades, se combatieron las exigencias injustas, se ahogaron las obligaciones despóticas, se hicieron más íntimas las relaciones de sociedad y familia, se dió vida á las artes, impulso al comercio, vigor á la industria; por todas partes con ello la civilización marchó en alas del progreso, y leyes más benéficas, más justas y más propias, leyes que más de cerca remediaban el daño, combatían el abuso ó laureaban el mérito, extendieron sobre los habitantes de las municipalidades su égida protectora. El estandarte de una población libre, que el ciudadano tuvo desde entonces derecho de ondear triunfante en lo alto de sus torres, llamó á su seno al hombre que, aislado en la soledad de los campos, vivía miserablemente la vida de los reptiles bajo los muros del castillo feudal.

Desde el momento en que el hombre aprendió á conocer sus derechos y sus deberes con el establecimiento de las municipalidades; desde el instante en que se vió libre de la servidumbre y devuelto á sus derechos naturales, que la opresión y el feudalismo le hicieran desconocer; desde el punto mismo en que ya no fué *cosa* sino *persona*, acudió al centro y patria común de los hombres libres, al seno de las municipalidades, para prestar á las artes, á las ciencias, á la industria, al comercio, en una palabra, al progreso y á la civilización, el apoyo de su brazo, de su talento, de sus recursos, de su vida.

Nuestra Cataluña vió en el siglo XII nacer esa nueva aurora de un nuevo porvenir. Cedamos ahora por un momento la palabra al ilustre Capmany [1]. «El conde

1 *Memorias históricas*, tomo I, parte 3.ª de las *antiguas artes de Barcelona*, pág. 3.

de Barcelona, Ramón Berenguer IV, empeñado en contrabalancear el poder de los barones, que oponían un fuerte antemural contra el ejercicio soberano del Príncipe, adoptó el pensamiento, ya imaginado entonces por otros soberanos de Europa, de conceder nuevos privilegios á las ciudades situadas en su dominio patrimonial... En virtud de estos privilegios, llamados *Chartæ Universitatis*, se restituyó la libertad á los vecinos de muchas villas y lugares, borrando toda señal de servidumbre, y se erigieron los comunes ó cuerpos municipales en todas las ciudades, gobernadas por un consejo, que se componía de magistrados elegidos de entre sus mismos moradores: en unos pueblos intitulados *Conciliarii*; en otros, *Cónsules*; en otros, *Jurati*, y en otros *Paciarii*. Estos magistrados gozaban el derecho de un poder supremo en todo lo tocante á su gobierno económico; podían administrar justicia privativamente, en ciertos casos, dentro del pueblo y su comarca; imponer gabelas y arbitrios para las necesidades públicas; ejercitar su milicia urbana para la defensa común ó para el servicio del Príncipe, y algunos tuvieron la prerrogativa de acuñar moneda. En menos de un siglo todas las ciudades y muchas villas de Cataluña, destituídas hasta entonces de fueros y jurisdicción gubernativa, llegaron á echar los cimientos de su libertad política.»

Sólo me atreveré á añadir á lo que dice Capmany, que Ramón Berenguer IV no hizo en este punto sino seguir el impulso que había ya comenzado á dar Ramón Berenguer III. Muchas fueron, en efecto, las villas y poblaciones catalanas que en el siglo XII tuvieron su carta. La obtuvieron Tortosa, Lérida, Gerona, Tarragona, Reus; la tuvo Perpiñán, siendo de advertir que la de esta ciudad, como tendremos ocasión de hacer observar en el próximo capítulo, es la más antigua, bajo el punto de vista de libertad municipal, por la forma en

prueban bien claramente que fué preciso tomar enérgicas medidas para garantir el respeto á las iglesias, la seguridad de las familias, la de los viajeros, etc., etc.

El fatal estado de las costumbres lo demuestra también la sola lectura de este libro V. Las continuas luchas entre los señores; la incesante renovación de convenios, á cada paso violados; las mutuas fianzas que debían darse las partes contratantes, todo explica que reinaban la mala fe y el egoísmo. Nada era respetado en esta época, lo mismo las casas religiosas que las particulares; muchos señores, al morir, ponían sus viudas é hijos bajo la protección de otros señores en estado de defenderlos; otros hacían pagar ciertas sumas á los establecimientos religiosos para acudir en su auxilio; los había que se lanzaban á los caminos convirtiéndose en bandidos para despojar á los viajeros, y la mayoría de ellos disponían de los bienes de sus vasallos como de los suyos propios, atentando á lo más sagrado, á lo más santo y á lo más puro.

La trágica aventura del trovador Guillermo de Cabestany, suponiéndola cierta—y cuando no lo fuese hay ejemplos de otras muy parecidas,—nos da una idea de la ferocidad de costumbres de algunos grandes señores del siglo XII, y el testamento del último conde del Rosellón nos demuestra los males que producían las guerras privadas y la inmoralidad de los personajes más eminentes: deja el encargo á sus ejecutores testamentarios de hacer las restituciones convenientes á aquellos por él despojados *y robados*; á este fin, es decir, en clase de restitución, lega diferentes sumas á los habitantes de Pollestres, de Candell, de Banyuls, de Villamolaca, de Canamals, de Maurellas, de Peirestortes y de otros lugares, *pro malefacto quod eis feci*; manda restituir 150 sueldos melgarienses á Pedro Martín, habitante de Perpiñán, *pro dampno quod ei intulit quidam latro*; y deja

la manda de 1.000 sueldos melgarienses para vestir á 100 pobres, en restitución de la parte que tuvo en el *robo* efectuado por cierto Ponce de Navaga (*pro parte latrocinii Pontii de Navaga quam ego habui*).

MONUMENTOS.

Fué el XII el siglo de oro para las artes en Cataluña. Son muchos, muy importantes y muy notables los monumentos que datan de aquella época.

El precioso monasterio de San Pablo del Campo en Barcelona, de que tantas veces se ha hablado, se restauró en 1117. Un piadoso varón, Guitardo ó Witardo, quizá de la familia condal de Barcelona, y su esposa Rotlanda, acudieron á la restauración del monumento, levantado por el segundo de los condes independientes [1].

Un monumento más sencillo y humilde se levantaba también á poco, extramuros de la ciudad entonces, pero ya en medio de los arrabales de la ciudad nueva. Era la capilla llamada de Marcús, que existe aún hoy en la plazuela de este nombre. Fué consagrada á Nuestra Señora de la Guía, pero tomó el nombre de su fundador Bernardo Marcús, ciudadano opulento, dueño de muchas casas en la ciudad y de muchas fincas en el territorio, que murió en 1166, después de haber fundado un hospital, de haber ayudado con su dinero al conde de Barcelona y de haber comenzado esta capilla, que terminaron sus hijos por legado suyo [2].

1 Piferrer: *Cataluña*, tomo I, pág. 75, y tomo II, pág. 169.

2 Piferrer: *Cataluña*, tomo II, pág. 170.—*Guía-cicerone*, de Bofarull (Antonio).—*Barcelona antigua y moderna*, de Pí.—Se dan curiosas noticias de este comerciante barcelonés, Bernardo Marcús, en una obra manuscrita con el título de *Barcelona antigua y moderna* que escribió el P. Raimundo Ferrer, y que se conserva en la biblioteca de San Juan (Sala de Manuscritos).

En 1146 comenzó á levantarse la iglesia de Santa Ana por solicitud y cuidado de los miembros del Santo Sepulcro de Jerusalén, que, aceptando las proposiciones del conde Ramón Berenguer IV, habían venido á Barcelona, extramuros, y en el terreno que se les donó del arrabal que se iba formando hacia el norte [1].

Existían á más en Barcelona varios edificios monumentales, pertenecientes á este siglo, que han ido desapareciendo. Los palacios ó sitios reales de Valldaura y Bellesguart, fueron levantados en esta época ó en ella restaurados. Reedificóse también parte del palacio principal de los condes de Barcelona.

A una hora de los muros de la ciudad, por la parte del Llobregat, y cerca del antiguo castillo del *Puerto*, el obispo de Barcelona consagraba al comenzarse el siglo XII, en Enero de 1101, la iglesia parroquial de Santa Eulalia en el lugar llamado *Villa provinciana*. Aún existe en el llano de Barcelona, más allá del pueblo de Sans, esta pequeña iglesia romano-bizantina, parte de cuyo interior y todo el exterior permanecen íntegros [2].

Comenzaba el año 1112 cuando se consagró la iglesia de Santa María de Tarrasa. Levantado este templo junto á los de San Pedro y de San Miguel, sobre las ruinas de la antigua Egara, estableciόse en él una congregación de canónigos regulares de San Rufo [3]. Consagró la iglesia el obispo de Barcelona Ramón.

También por solicitud de otro obispo de la misma ciudad, llamado Guillermo de Torroja, los canónigos de San Rufo tuvieron en 1148 la iglesia y monasterio de San Miguel de Marmellar en el territorio de Villafranca del Panadés. La obra de este edificio

1 Piferrer: *Cataluña*, tomo II, pág. 188.
2 Idem id., tomo II, pág. 192.
3 *Efemérides* de Flotats.

se levantó con suntuosidad, al decir de las crónicas [1].

La fundación del monasterio de las Avellanas ó de Santa María de Bellpuig, de la orden premostratense, de canónigos regulares de San Agustín, tuvo lugar en 1166. Fundáronle los condes de Urgel Armengol de Valencia y su esposa en un sitio fragoso, llamado hasta entónces monte de Mollet, y fué uno de los monasterios más ilustres de Cataluña por tener sepultura en su iglesia algunos de los señores y muchos otros nobles de aquel condado, y por los eminentes varones que albergó en su claustro, entre otros los sabios anticuarios Pascual y Caresmar, á quienes tanto debe la historia de nuestro Principado [2].

Débese también al mismo conde de Urgel la fundación de la iglesia de San Pedro en la villa de Pons y con ella la de un monasterio de la orden de San Benito.

Por los años de 1128 emprendió San Olaguer la gigantesca idea de erigir en Tarragona un templo digno de la metrópoli de la mitad de España con pretensiones al título de primada. Sus primeros constructores debieron varias veces abandonar su tarea para correr á las murallas á defender la ciudad: las luchas se sucedían entónces frecuentemente. ¡Cuántas veces aquellos cristianos artífices se verían interrumpidos en sus trabajos por el toque de alarma, y cuántas, teniendo que defenderse entre las mismas piedras de la catedral que alzaban, regaron con su sangre los cimientos del templo! Es fama que su construcción hubo de abandonarse varias veces sin que por esto se desalentara Olaguer. La guerra con los moros lo absorvía todo, y faltaban recursos y brazos. En 1129 fué menester un decreto del concilio narbonense para procurar medios con qué acudir á la

1 Pujades, lib. XVIII, cap. XXIV.

2 *Efemérides* de Flotats.—Monfar en su *Crónica de los condes de Urgel*.

CAPÍTULO XI.

Hambre y peste en Cataluña.—Sube al trono Pedro I.—Cortes en Daroca.—El rey junta tropas para auxiliar al de Castilla.—Promulgación de la pragmática contra los valdenses.—Institución de los cónsules de Perpiñán.—Privilegio de la mano armada.—Bandos entre los condes de Urgel y de Foix.—El conde de Foix tala el Urgel.—Derrota y muerte de Ramón de Cervera de Agramunt.—El conde de Urgel hace prisioneros al conde de Foix y al vizconde de Castellbó.

(De 1196 á 1203.)

Los anales catalanes hacen notar que en el año 1196, en que tuvo lugar la muerte del rey Alfonso, creció el hambre en el Principado, siguiéndose una desoladora peste, á la cual sucedió una guerra de bandos no menos destructora y cruel, según de ella daremos cuenta en ocasión oportuna.

Á 25 de Abril de 1196, había fallecido en Perpiñán el rey Alfonso, de buena memoria, y en 16 de Mayo del mismo año juraba los fueros en Zaragoza su primogénito Pedro, cuya edad era entonces de diez y siete años. Fué éste D. Pedro I de Cataluña y II de Aragón, á quien la posteridad ha llamado indistintamente *el Católico, el Noble ó el de Muret*, por su muerte en esta batalla, como veremos. Quieren algunos autores que la reina Doña Sancha quedase de tutora y regente del reino hasta que D. Pedro cumplió los veinte años, según testamentaria disposición del padre; pero la crónica del Anónimo nos dice que el impetuoso mozo no pudo sufrir esta dura ley más que por cinco meses escasos, pues

en Setiembre, reunidas Cortes en Daroca, empuñó las riendas del Estado.

Efectivamente, por el mes de Setiembre de 1196 fueron llamados á Cortes en Daroca los prelados y ricos-hombres, mesnaderos y caballeros, y los procuradores de las ciudades y villas del reino. Presentóse á ellas la reina Doña Sancha con su hijo el príncipe, quien, de voluntad y consentimiento de la reina y de las Cortes, tomó la posesión del reino, intitulándose rey desde aquel momento, y volviendo á confirmar ante la asamblea los fueros, costumbres y privilegios del país.

Mozo, emprendedor, impetuoso y con bríos de reformador y guerrero, Pedro I comenzó por quitar á los ricos-hombres los feudos de las ciudades que de la corona poseían, para distribuirlos de nuevo á su arbitrio entre los mismos. Otra de sus inmediatas disposiciones fué la de mandar juntar sus huestes y gente de guerra, á fin de ir en auxilio del rey de Castilla, que se hallaba en sumo conflicto y tenía sus reinos en el postrer peligro por la pérdida de la batalla de Alarcos. Desastrosa jornada había sido para el poder castellano y para luto de las banderas cristianas. Fué esta victoria de Alarcos la más grande que alcanzaron los almohades, quienes se embriagaron y hartaron de sangre cristiana—dicen las historias árabes,—matando muchos enemigos que no se pudieron contar, pues su número cabal sólo Dios lo sabe [1].

Si hemos de dar crédito á autorizados cronistas, los reyes de León y de Navarra, en lugar de auxiliar al de Castilla en su quebranto, comenzaron á hacerle la guerra en su propio reino, dándose la mano con el moro en aquella época de exterminio que parecía haber llegado para el castellano. Éste sólo tuvo á su lado á Pe-

1 Conde, cap. LIII de su 3.ª parte.

dro de Aragón. Yakub Almanzor, el vencedor de Alarcos, después de haber intentado en valde la conquista de Toledo, fué asolando su territorio, retirándose por fin á Andalucía con gran botín de riquezas y de cautivos.

Entonces el monarca castellano, unido al aragonés, en lugar de perseguir á los moros, volvió sus armas contra el rey de León, cuyas tierras taló, ocupándole varias plazas [1]. En seguida, ambos reyes, el de Aragón y el de Castilla, se concertaron para arrojarse contra el navarro, si bien hubieron de suspender por el pronto su proyecto, que dejaron para ocasión más propicia.

Al comenzar el año de 1197, D. Pedro había venido á Cataluña, y estaba en Gerona, pues que en dicha ciudad y á 29 de Enero le vemos promulgar, aconsejado por el obispo de Tarragona y otros prelados, la pragmática, ya mencionada en otro lugar, contra los herejes valdenses [2]. Perseguidos estos sectarios que, como sabemos, habían tomado el nombre de su jefe Pedro Valdo, corriéronse hacia las provincias meridionales de Francia, y en gran número se introdujeron en Rosellón y en Cataluña. Por esto, D. Pedro, que quiso conformarse con las prescripciones de la Iglesia, en cumplimiento de los decretos del concilio tercero de Letrán, expidió su real pragmática, por la cual se mandó que hubiesen de salir todos de estas provincias antes del próximo domingo de Pasión, pasado cuyo término se les confiscarían los bienes y serían entregados á las llamas cuantos pudiesen ser habidos, imponiendo graves multas á los que les favoreciesen ú ocultasen; y previniéndose por último que, para conocimiento de todos, fuese leída la pragmática todos los domingos en todas las parroquias.

Todo lo que inhumano y de terrible tiene este decre-

1 Anónimo: *Reinado de D. Pedro* el Noble.

2 *Efemérides* de Flotats.

to, que abría la puerta á los autos de fe, tiene de consolador y grato para la historia del progreso de los pueblos otro del mismo D. Pedro, que vino á ser la carta ó la constitución comunal de la ciudad de Perpiñán. Desde el primer año del reinado de D. Pedro, el pueblo perpiñanés, que hasta entonces se había regido por sus usos, bajo la autoridad de un bayle instituído por los condes del Rosellón, cambió el régimen de su administración, dándose cinco cónsules que debían guardar y regir la población, velando por la seguridad de la misma, y por la fidelidad debida al rey. He aquí la carta:

«Sea á todos notorio, como nosotros todos, habitantes de la ciudad de Perpiñán, reunidos en asamblea, con el consentimiento y orden del ínclito señor Pedro, rey de Aragón y conde de Barcelona, establecemos entre nosotros *(constituimos inter nos)* cinco cónsules, que velarán de buena fe por la conservación de todo el pueblo de la ciudad de Perpiñán, sea pequeño, sea grande, de sus bienes muebles é inmuebles, y de los derechos del rey; mantendrán y gobernarán el dicho pueblo para procurar la fidelidad debida al rey y el acrecentamiento y seguridad del pueblo.....»

Se estatuye en seguida que los cónsules deben ejercer el consulado durante un año, siendo renovados al espirar este término por otros, «elegidos por todo el pueblo, si los que han ejercido el consulado no se juzgan útiles, ó si el pueblo no quiere que prosigan en sus cargos.»

A continuación, los habitantes de Perpiñán se comprometen á ser fieles al rey, á sostener sus derechos, y á ayudarse mutuamente contra los que no sean de la ciudad.

Esta carta, notable bajo muchos conceptos, termina con un privilegio de D. Pedro, concediendo á los ciudadanos de Perpiñán el derecho de armarse para su pro-

pia defensa. Esto es lo que los perpiñaneses llamaron *el privilegio de la mano armada.*

En virtud de esta concesión, si algún hombre ó mujer de Perpiñán recibía daño, ofensa ó injuria, podía acudir en queja á los cónsules, bayle ó veguer; éstos debían exigir al ofensor la restitución ó reparación que creyesen necesaria, según los usos de la ciudad; si se negaba el agresor á reparar el daño, los cónsules, bayle y veguer quedaban facultados para perseguirle á él y á los suyos á mano armada, no siendo nadie responsable de las muertes y desastres que tuviesen lugar con este motivo. Por fin, el rey ordenaba que todo habitante que sin necesidad evidente dejase de armarse y de seguir á los magistrados, cuando fuese para ello requerido, pagase diez sueldos barceloneses, que debían ser empleados en reparar los muros de la ciudad [1].

Siempre podrán los perpiñaneses mostrar con noble orgullo esta carta comunal, seguida del *privilegio de mano armada.* Es para ellos un título de gloria, un nobilísimo blasón. Es en los estados catalanes el más antiguo monumento de libertades municipales.

Por lo demás, estúdiese bien esta carta. No es una ley impuesta al pueblo ni una orden que se le dicta. Es el pueblo quien habla, y no el rey: es el pueblo que se reune *(nos omnes insimul),* previo consentimiento del rey, para darse á sí mismo los cinco cónsules *(constituimos inter nos).* Es ya la forma democrática pura de la corona de Aragón. Esta carta y este privilegio son un contrato: el pueblo estipula por su parte sus libertades; el rey, por la suya, los derechos de la corona; ambos confunden y unen sus intereses para asegurar el esplendor del estado y la prosperidad de la población. La carta comunal de Perpiñán, establece un principio (III).

1 Archivo de Perpiñán: libro verde mayor, pág. 22.

Al comenzar el año 1197, comenzó Cataluña á verse desolada por las crueles guerras á que se ha hecho referencia más arriba. Dividiéronse en bandos, muy encarnizados por cierto, las casas de los condes de Urgel y de Foix, y fueron muchos los nobles y señores que tomaron parte por una y otra de estas familias. Ni Zurita ni Monfar, cronista este último de la casa de Urgel, aciertan á explicarse el motivo de esta guerra; según los benedictinos [1], fué á consecuencia de disensiones sobre los límites de sus estados. Lo cierto es, que sus discordias dividieron la Cataluña.

Ya sabemos que se hallaba al frente de la casa de Urgel, Armengol VIII, hijo y sucesor de Armengol *el de Valencia*. Sin duda no estaba en disposición de resistir por de pronto al de Foix, pues éste llevó ventaja en los primeros encuentros. Al frente de un escogido cuerpo de tropas, Ramón Roger, conde de Foix, penetró en el Urgel; llegó hasta la misma ciudad, de la que se apoderó á fuerza de armas [2], la saqueó, inclusa la catedral, hizo prisioneros á los canónigos, á quienes exigió un fuerte rescate, y desoló todo el país [3]. Hay quien dice, que también tomó por asalto la ciudad de Balaguer [4].

No tardó Armengol en tomar su desquite, ayudado de sus valedores, y entre ellos, de Guillermo, vizconde de Cardona. La guerra duró aún cuatro ó cinco años, sin que se sepan particularidades de ella, porque todos escriben de corrida la historia de este conde de Urgel. Parece que el rey D. Pedro, que según convenios antiguos, estaba obligado á valer al conde, no tomó parte en su favor, excusándose de ello, de lo cual dice Monfar que se levantó escritura y auto.

1 *Arte de comprobar las fechas: condes de Urgel.*
2 Monfar, cap. LIX.
3 *Arte de comprobar las fechas: condes de Urgel.*
4 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. III.

En 1200, Ramón de Cervera, sin duda uno de los señores aliados del de Foix, hizo cuanto mal le fué posible en el condado de Urgel. Llevaba 4.000 infantes y buen número de caballería, armados todos con lorigas, y con ser tantos, 800 hombres bastaron á desbaratarles [1]. Otro autor añade que esta rota tuvo lugar en el campo de Agramunt, que los vencedores fueron los vecinos de esta villa, y que Ramón de Cervera murió en la jornada [2].

Las memorias de aquel tiempo hablan de otro encuentro en 26 de Febrero de 1203. Tuvo lugar entre la gente del conde y una hueste mandada por el vizconde de Castellbó, compuesta de 500 infantes y 50 caballos. El vizconde fué roto y quedó prisionero con muchos de los suyos [3]. Hay quien añade que con el de Castellbó iba el mismo conde de Foix y que entrambos quedaron prisioneros del de Urgel [4]. Aun cuando de esta última circunstancia no hagan mención las crónicas de esta última casa, debe tenerse por exacta atendida la fuente de que dimana. Según los benedictinos, estuvieron presos por espacio de cuatro años. Monfar, sin que mencione para nada al conde de Foix, dice que Armengol encomendó los presos á Gombaldo de Ribelles, el cual los tuvo como en tercería y con guarda. Parece que el rey D. Pedro, interesándose por su libertad, medió en su favor, sin que al pronto consiguiera nada del conde de Urgel.

Por fin, vinieron á pactos y se arreglaron vencedor

1 Monfar, cap. LIX.

2 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. III.—Este autor y Zurita, ponen este encuentro en 1202.

3 Monfar, capítulo citado.

4 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 115. También afirma lo mismo el *Arte de comprobar las fechas*. La verdadera fuente de esta noticia puede ser muy bien Zurita.

y vencidos; pero no tuvo esto lugar hasta 1207, según y conforme se dirá en lugar oportuno [1].

Lo cierto es que reina bastante oscuridad acerca de los pormenores de esta guerra, desoladora para ciertas comarcas de Cataluña. Los mismos cronistas particulares de la casa de Urgel no han logrado poner en claro la historia de estos bandos, pues hasta ignoraban varios de los detalles que acabo de dar, con la brevedad exigida por la historia general, imposibilitada muchas veces de descender á ciertos pormenores.

CAPÍTULO XII.

Discordia entre el rey y la reina su madre.—Cortes en Barcelona.—Entrevista y alianza del rey de Aragón y del conde de Tolosa en Perpiñán.—Condes titulares del Rosellón.—Concordia y armonía entre el rey y su madre.—Cortes en Barcelona.—Guerra con Navarra.—Fundación de la orden de San Jorge.—Cortes en Cervera.—Guerra entre los condes de Provenza y Forcalquier.—El rey de Aragón pasa á Provenza y negocia la paz.—Arreglo de límites entre Castilla y Aragón.

(De 1198 á 1202.)

Tenemos que retroceder ahora algunos años, ya que el deseo de abrazar todo el período de la guerra del conde de Urgel contra el de Foix, nos ha llevado demasiado adelante.

Desde el comienzo del reinado de D. Pedro, habían surgido grandes discordias entre él y la reina Doña Sancha su madre, de que se sucedieron profundas alteraciones en el reino, al decir de Zurita. Ya fuese porque quisiera Doña Sancha tomar sobre sí la dirección de los

1 Véase el cap. XV.

negocios, por creer á D. Pedro demasiado mozo y poco experto; ya porque el hijo anduviera desabrido con su madre y receloso de ella; lo cierto es que se interrumpió la buena armonía que debiera reinar entre ambos. La reina, no fiándose de su hijo, se apartó de la corte, refugiándose en ciertas fortalezas suyas, sobre la raya de Castilla, qne se habían alzado por ella, apartándose así de la obediencia y señorío del rey. Esta permanencia de Doña Sancha en fortalezas rayanas á Castilla, daba que sospechar al rey y á sus consejeros, por lo que parece. Mediaron ya entonces varios prelados y señores para la concordia entre madre é hijo, pero esto no se efectuó hasta más tarde; y continuó la desavenencia, y prosiguió Doña Sancha habitando los castillos y villas de Ariza, Embite y Epila, que sólo á ella la reconocían, y prosiguió D. Pedro recelándose de su madre, como si sospechase que la reina moraba en aquellas fortalezas rayanas, á fin de tener libre entrada y salida para las cosas de Castilla.

Un autor extranjero que ha escrito sobre sucesos de España, Dunham, se esplica en este punto la conducta del rey D. Pedro diciendo que, por estar situados en la frontera los lugares ocupados por Doña Sancha, y expuestos á ser tomados por los moros, el monarca no los creyó seguros viéndolos en manos de una mujer [1]. La explicación del historiador inglés no satisface del todo á quien ha profundizado un poco en nuestras crónicas.

En este mismo año de 1198, encuentro que D. Pedro convocó Cortes en Barcelona [2]. Feliu de la Peña, con referencia á noticias sacadas por él del archivo, dice

1 Dunham en su *Historia de España*, tomo II de la traducción hecha por Alcalá Galiano, cap. XX. Puede consultarse, por lo tocante á estas disensiones, á los analistas Zurita y Feliu de la Peña, y á los historiadores Lafuente, Romey y Ortiz de la Vega.

2 Bosch: *Títols de honor*, pág. 524.

que fueron celebradas para acudir á los daños ocasionados por la peste y hambre, para las asistencias de la guerra, y para la concordia con su madre [1], que, sin embargo, no se llevó á cabo tan pronto. También se celebrarían para tratar de los bandos en que entonces se hallaba dividida Cataluña, bandos que, como ya hemos visto, ensangrentaban y desolaban el país.

Las memorias antiguas del Rosellón nos dicen que á últimos de 1199 y principios del 1200, D. Pedro estuvo por vez primera en Perpiñán, á donde fué para tener una entrevista, que realmente se efectuó en dicha ciudad, con Raimundo conde de Tolosa. El resultado de ella fué establecer una alianza entre ambos, cimentada por el casamiento del dicho conde de Tolosa con Doña Leonor de Aragón, hermana de D. Pedro. El matrimonio quedó acordado, pero no se efectuó hasta algunos años más tarde, á causa de ser todavía muy niña la princesa. Tanto por esta alianza con el conde de Tolosa, como por la que hemos visto contratar con el rey de Castilla, se ve que la política de Aragón había cambiado, y que no seguía en esto D. Pedro el camino que comenzara á trazar su padre D. Alfonso.

Aprovechemos este momento para decir que, aunque incorporado al Aragón el Rosellón, siguió teniendo condes titulares que fueron príncipes descendientes de la casa real, á quienes se dió este dominio con el condado de Cerdaña, de entonces más inseparable del Rosellón y formando con él una sola provincia. El primero de estos condes fué D. Sancho, hermano de Alfonso *el Casto*, que vino teniendo este título desde 1185, pasándolo más tarde á su hijo Nuño Sancho, de quien sobrada ocasión tendremos de hablar.

Poco tiempo debió permanecer en Perpiñán D. Pe-

1 *Anales de Cataluña*, lib. XI, cap. III.

dro, pues que le vemos regresar pronto para entablar al fin avenencias con su madre. Había mediado para las paces el rey de Castilla, y éste, el de Aragón y su madre Doña Sancha se avistaron en Ariza, el 30 de Setiembre de 1200. El castellano logró persuadir á su tía Doña Sancha, que accedió á las pretensiones de Don Pedro. Madre é hijo se convinieron entonces; la primera en ceder las plazas que se habían alzado por ella, el segundo en darla la villa de Azcon, el castillo y ciudad de Tortosa y otras villas y castillos de Cataluña, que el rey D. Alfonso le había señalado. Sin embargo, poco tardaron en volver á la misma contienda, siendo el hijo, al decir de Zurita, quien quebrantó la concordia y armonía que habían tomado. Interpusiéronse entonces los principales barones del reino para ponerlos en paz, y volvieron madre é hijo á tener otra entrevista en Daroca, en el mes de Noviembre de 1201, donde definitivamente se convinieron. Berenguer de Entenza, Guillén de Castellezuelo, García Romeu, Guillén de Cardona, Alberto de Castellvell y Ramón de Vilademuls, salieron garantes para con la reina y le hicieron pleito homenaje de que el rey su hijo la trataría de allí en adelante con el acatamiento y reverencia que se le debía, siendo amparada en la posesión de las villas y castillos que le había dejado su esposo D. Alfonso. Después de esta concordia fué sin duda cuando Doña Sancha, herida por las ingratitudes de su hijo, se retiró al monasterio de Sijena, donde profesó solemnemente.

Antes de terminarse el año 1200, hallo que D. Pedro volvió á celebrar Cortes en Barcelona [1] á la nación catalana. Parece que fué con motivo de emprender la guerra contra Navarra, ofreciéndole entonces Cataluña su asistencia de dinero y de soldados.

1 Bosch: *Títols de honor*, pág. 524.

Ocupaba por aquel tiempo el trono de Navarra, Sancho VII *el Fuerte*, y las crónicas más autorizadas de dicho país suponen que en 1199 abandonó su reino para pasar al África en busca de socorros [1]. Unas dicen que permaneció en Marruecos tres años, y le introducen en ciertos amores con una princesa mora, que tienen todo el interés de una novela; otras cuentan que pasó al África, con la esperanza de casar con una hija del rey de Marruecos, quien se la había ofrecido con todo lo que el monarca africano poseía en España por dote; otros, finalmente, escriben que contrajo alianza con los moros y se vió obligado á servir á los almohades en sus guerras por espacio de dos años. Todos, sin embargo, están contextes en afirmar que se valió de su ausencia el rey de Aragón para entrar á sangre y fuego en su reino, ganándole á Roncal y su valle, la villa de Aybar, y hasta diez y ocho plazas. Esta calumnia contra D. Pedro, suponiendo que para hacer entrada en tierras de Navarra aprovechó la ausencia de su rey, ha sido autorizada por los mismos cronistas catalanes y aragoneses, que cándidamente creyeron en el viaje de D. Sancho *el Fuerte* á Marruecos. La moderna traducción de las historias árabes, ha venido á demostrar que ese pretendido viaje del navarro á África en 1199, se reduce á una visita que hizo en 1211 al emir el Mamenín El Nasr cuando éste se hallaba en Sevilla, para obtener su alianza [2].

No fué, pues, en ausencia del rey y orfandad del reino, cuando D. Pedro emprendió su jornada contra Navarra [3]. Lo que sí parece cierto, es que se dió la mano con el rey de Castilla, y que ambos llevaron á cabo su

1 Véase, por ejemplo, á Moret, en sus *Antigüedades de Navarra*.

2 Romey, 3.ª parte, cap. IV.—Conde, cap. LVI de la 3.ª parte.

3 La carta-puebla dando fuero á Inzura, firmada por Sancho *el Fuerte*, es de 1200. Se hallaba, pues, el rey en el país, y no ausente.

obra de destrucción contra el navarro, apoderándose el aragonés de las plazas citadas, y el castellano de Vitoria, Guipúzcoa y otras. Muy distante estaba, como se ve, de seguir D. Pedro de Aragón la prudente conducta y sabia política de su padre. D. Alfonso aglomeraba obstáculos para el castellano, y buscaba alianzas con que contrarrestar su poderío; D. Pedro, al revés, se unía á Castilla contra León y Navarra, sin comprender que servía los intereses del enemigo más terrible de su casa.

Se dice que entonces mediaron tratos para casar á nuestro D. Pedro con una hermana del navarro, y que hubo tregua, y que se entablaron proposiciones formales de matrimonio. Esto quizá indicaría en el monarca aragonés una idea secreta de volver á la buena política de su padre. Parece que hasta se enviaron embajadores á Roma, á fin de obtener del Sumo Pontífice las dispensas necesarias con motivo del parentesco que mediaba entre el rey D. Pedro y la hermana de D. Sancho; pero la corte de Roma se opuso al enlace, y éste no se efectuó [1].

En el mismo año de que hablamos, fundó D. Pedro la orden y religión militar de San Jorge de Alfama, nombre tomado de la cala situada en las inmediaciones del collado de Balaguer. El desierto de Alfama, á cinco leguas de Tortosa, no podía ser escogido con más acierto para establecer allí un presidio que impidiese los desembarcos y correrías que continuamente verificaban los moros en aquella playa, invadiendo el país. Hizo el rey donación del territorio á Juan de Almenara y á Martín Vidal, y á sus sucesores en la orden, para que le poblasen, levantando iglesia y castillo al objeto de rechazar las entradas y hostilidades enemigas. Así quedó fundada

1 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. III.

aquella gloriosa y militar orden, que prestó grandes servicios y conquistó muchos lauros antes de incorporarse, como lo hizo más tarde, á la sagrada y real de Nuestra Señora de Montesa (IV).

Nuevamente volvió D. Pedro á convocar Cortes. Esta vez se celebraron en Cervera. Según dicen nuestros anales, «obligado de sus liberalidades y de los continuados gastos de la guerra, acudió el rey á Cataluña, que siempre la halló madre para asistirle é hija para respetarle.» Estas Cortes, á las que también asistieron síndicos de las poblaciones, trataron de poner el sello á la concordia que se había efectuado entre la madre y el hijo, promulgaron justas leyes para el gobierno, mediaron, aunque sin fruto, para apaciguar los bandos cada vez más encendidos en Cataluña, y dieron al monarca los auxilios que pidió.

Cerradas las Cortes, D. Pedro partió inmediatamente para la Provenza. Su hermano Alfonso había enviado á solicitar su auxilio, pues se hallaba en un trance apurado. Ya sabemos que Alfonso, hijo segundo de Alfonso *el Casto*, y hermano de D. Pedro, sucedió á su padre en el condado de Provenza. También sabemos que había casado con Garsenda de Sabrán, nieta y heredera de Guillermo, último conde de Forcalquier. Cuando Guillermo la casó, hízole donación de su condado, reservándose el usufructo. Descontento después de Alfonso, sin que se sepa la causa, anuló parte de la donación, en favor de Beatriz, hermana de Garsenda, casando á ésta con Andrés de Borgoña, delfín del Vienesado [1]. De aquí provino el que estallase la guerra entre los condes de Provenza y de Forcalquier.

No parece que fuera muy favorable para el primero, el cual estuvo muy á punto de perder su condado. Guiller-

1 *Arte de comprobar las fechas:* tratado de los condes de Provenza.

mo de Forcalquier recibió el auxilio del conde de Tolosa, y entonces Alfonso II de Provenza llamó á su hermano Pedro de Aragón. Éste se dirigió en seguida á Provenza, pero no á encender más la guerra, sino á procurar la paz. Por lo que se desprende de las crónicas é historias de aquel país, parece ser que le acompañaban los arzobispos de Narbona y Tarragona con otros señores y caballeros. Llegó hasta el Ródano, negoció la paz entre los dos condes, y la concluyó en fin afortunadamente antes del mes de Noviembre de 1202, por la mediación de diversos prelados y señores de la provincia. Se sospecha que el conde de Tolosa fué también uno de los principales árbitros de la paz [1]. Entre los partidarios del conde de Forcalquier estaba el conde titular del Rosellón D. Sancho, tío del rey y de Alfonso de Provenza, pero se acomodó entonces con ellos, y vivió ya de allí en adelante en buena armonía con sus deudos.

Á juzgar por un dato que nos proporcionan los anales de Aragón [2], detúvose el rey en Aigues Mortes, y ordenó que se armasen algunas galeras para pasar con ellas á Roma, como lo tenía deliberado. En efecto, D. Pedro tuvo el costoso antojo de quererse hacer coronar por el Papa, y fué resolución que acabó por llevar á cabo, proporcionando con su viaje á la capital del orbe católico hartos disgustos, y contrariedades á sus pueblos.

En el mismo año de 1202 hubo una nueva entrevista de los reyes de Castilla y Aragón en el castillo de Susano, entre Agreda y Tarazona. Fué para dirimir diferencias nacidas por mala demarcación de las lindes de ambos reinos. Nombráronse dos ricos hombres del reino

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 116.

2 Zurita, lib. II, cap. L.

de Aragón y otros dos del de Castilla, los cuales tuvieron varias conferencias y arreglaron definitivamente los límites de ambos estados.

Los amigos mejores del rey D. Pedro, eran los que habían sido mayores enemigos de su padre. Pruébanlo sus frecuentes y amistosas entrevistas con el rey de Castilla y su amistad con el conde de Tolosa, amistad esta última que hubo de comprar á buen precio, por lo que vamos á ver.

Y al llegar á este punto de nuestra historia, es preciso que mis lectores me permitan entrar en algunos detalles; tanto más, cuanto que el estudio que he debido hacer de la época á que hemos llegado, me obliga á presentar las cosas bajo un nuevo punto de vista, apartándome por completo del dictado y del espíritu de nuestras crónicas particulares.

CAPÍTULO XIII.

El rey de Aragón en Montpeller.—María de Montpeller casa en primeras nupcias con el vizconde de Marsella.—Casa en segundas nupcias con el conde de Comminjes.—Muerte de Guillermo VIII de Montpeller y su testamento.—Maquinaciones del rey de Aragón y del conde de Tolosa con respecto á Montpeller.—El rey de Aragón empeña al conde de Tolosa los vizcondados de Milhaud y Gevaudán.—María casa en terceras nupcias con Pedro de Aragón.—Contrato matrimonial.—Sublevación en Montpeller.—Redacción de los usos y costumbres de Montpeller y su confirmación por D. Pedro de Aragón y su esposa.—Embajada al rey ofreciéndole la mano de la reina de Chipre.

(De 1202 á 1204.)

A tenor de lo que escriben las crónicas de Provenza y del Languedoc, á últimos de 1202 D. Pedro de Aragón, acampañado de su hermano Alfonso de Provenza,

después de haber puesto en paz á éste con el conde de Forcalquier, llegó á la ciudad de Montpeller, precisamente en ocasión en que Guillermo VIII, señor de esta ciudad, se hallaba en los últimos momentos de su vida.

De este viaje de D. Pedro á Montpeller, de sus tratos con el de Tolosa para su matrimonio, del empeño á éste de los vizcondados de Milhaud y Gevaudán y de muchas otras cosas de que se va á dar cuenta en el presente capítulo y que aclaran esta interesante parte de nuestra historia, no dicen ni una palabra nuestras crónicas aragonesas y catalanas, desde Zurita hasta Feliu. Esto prueba, que nuestra historia no podía escribirse sin tener á la vista la de Provenza, y sin consultar las memorias de este país. Los detalles que éstas nos dan, apoyados en documentos irrecusables, hacen una completa revolución en la parte de nuestra historia, que abraza este capítulo, y nos presentan las cosas y la política de D. Pedro bajo un nuevo punto de vista. Téngase esto muy presente, porque se va á encontrar al autor de esta obra en contradicción palpable con las narraciones de nuestras crónicas y anales. Quién se halle en mejor terreno entre los antiguos analistas y el cronista moderno, lo dirá la verdadera crítica histórica. Yo no advertiré otra cosa, por mi parte, sino que he tratado de buscar la verdad, y que la lectura de documentos desconocidos á nuestros antiguos, me ha hecho opinar distintamente de ellos; y, tanto en el terreno conjetural como en el real, apreciar los hechos y las cosas de una manera que no podía ser apreciada por ellos á causa de hallarse faltos de ciertas noticias y documentos. Puede que yo vaya errado, pero de fijo lo anduvieron también los antiguos. Otro vendrá quizá algún día á enmendar mis yerros, pero éste no podrá menos de reconocer mi buena voluntad, y, á falta de talento en mí, hallará lógica en mi narración.

Volvamos ahora á reanudar el hilo de la historia.

Es muy posible que lo que atrajera á Montpeller á D. Pedro de Aragón fuese la enfermedad del conde Guillermo, amigo siempre y valedor de su casa. Es esto tanto más probable, cuanto que D. Pedro siguió, á lo menos, con respecto á Montpeller, la política tradicional de su casa, si quier en lo demás se apartara de ella.

Ya sabemos por qué casual circunstancia, éste Guillermo VIII de Montpeller, á quien ahora volvemos á hallar en los momentos de su muerte, había casado en 1174 con Eudoxia Comeno, hija del emperador de Constantinopla; ya sabemos también cómo se comprometió á que el hijo que naciese de este matrimonio, fuese varón ó hembra, debía heredar el señorío de Montpeller; cómo nació una niña de este enlace que se llamó María, y cómo por fin, en 1187, Guillermo repudió á su esposa Eudoxia para casarse con Inés, de la casa de Aragón.

Todos los esfuerzos que hizo Guillermo para legitimar á los hijos de su segundo matrimonio, á fin de legarles su sucesión, fueron siempre inútiles. Jamás quiso consentir el Papa en reconocer como verdadero y legítimo su segundo matrimonio, y á cuantas instancias hizo Guillermo, contestó siempre negativamente.

La joven María había sido casada por su padre en una edad en que apenas era núbil, con Barral, vizconde de Marsella, de quien quedó viuda en 1192, poco después de su casamiento. Su padre, que quería desheredarla para beneficiar á los hijos que había tenido en Inés, no la dió por dote, al entregársela á Barral, mas que 100 marcos de plata, obligándola á renunciar á su sucesión. El vizconde por su testamento, á más de la restitución de dichos 100 marcos, legó á María otros 400 con sus ropas, sortijas, joyas y muebles [1].

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 106.

Como la muerte de este vizconde echó abajo todos los planes del señor de Montpeller, éste trató de volver á casar á su hija María, comprometiéndola por nuevos lazos á renunciar la sucesión en aquél el señorío. Puso á este efecto los ojos en Bernardo, conde de Comminjes, no obstante que éste tenía aún vivas dos mujeres, á la primera de las cuales había repudiado y á la segunda repudió entonces para casarse con María. Al efectuar ésta su segundo enlace, que se realizó en 1197, no podía tener mucho más de quince años. Según el contrato de bodas, Guillermo dió en dote á su hija 200 marcos de plata y los trajes de novia.

El mismo día del matrimonio, Guillermo hizo firmar á María un auto por el cual ésta, diciendo reconocer «que el señorío de Montpeller no debe pasar á manos de mujeres, lo renuncia y abandona enteramente por ella y sus sucesores en favor de Guillermo su padre, y de Guillermo su hijo y de Inés, hermanastro suyo [1].» Bernardo, conde de Comminjes, su esposo, se comprometió á lo mismo por su parte, y ofreció como garante de su juramento al conde de Tolosa su primo. Sin embargo, ya sabemos que todas las precauciones de Guillermo de Montpeller para asegurar la sucesión á los hijos de su segundo matrimonio, fueron completamente inútiles.

Ha sido necesario dar estos antecedentes para mejor aclaración de lo que va á seguir.

A fines del 1202 murió Guillermo VIII de Montpeller, y ya queda dicho que tuvo junto á su lecho de muerte á Pedro de Aragón, y acaso también al conde de Tolosa. En su testamento nombró herederos á los hijos de su segundo matrimonio, como si hubiesen sido

1 Copian por extenso este auto los historiadores del Languedoc en el tomo III, pág. 108.

legitimados. A su hijo mayor, Guillermo, le dejó la ciudad de Montpeller, y es de notar que á su segundo, Tomás, le diese entre otras cosas los derechos que tenía sobre la ciudad de Tortosa en Cataluña [1]. Por una cláusula del testamento dejó sus hijos, sus tierras y sus súbditos bajo la protección y la guardia de Dios, de la Virgen María, de la reina Doña Sancha de Aragón, del rey D. Pedro su hijo y del conde de Tolosa.

Pedro de Aragón se quedó en Montpeller, y allí debió permanecer hasta 1204, pues no suena que en todo este tiempo volviese á su país. Todo da motivo á sospechar que en cuanto hubo exhalado su último suspiro Guillermo VIII, D. Pedro concibió la idea de casarse con María, hija del primer matrimonio de Guillermo y verdadera heredera del señorío de Montpeller, no sólo por la cláusula estipulada cuando el enlace de su madre, sino porque jamás quiso el Papa dar la sanción de legitimidad al segundo matrimonio de Guillermo. La política del rey de Aragón se dirigió desde entonces á unir á su dominio los muchos bienes de la casa de Montpeller. Para realizar este plan necesitaba el auxilio y el apoyo del conde de Tolosa, á quien Guillermo VIII había dejado como uno de los principales protectores de sus hijos, que era primo de Bernardo de Comminjes esposo de María, y que tenía prestigio y autoridad en el país.

Sin duda con este objeto D. Pedro entabló secretas relaciones con el conde de Tolosa. Lo cierto es, que vemos á éste favorecer por completo las pretensiones de aquél, y hasta se dice que impulsó á su primo el conde de Comminjes para que repudiase á María, á fin de que casara ésta con el monarca aragonés. El de Comminjes por su parte se hallaba muy dispuesto á ello. Fuese por

1 Puede verse en el testamento que se hallará en la *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 118.

disgusto hacia su esposa, fuese por ligereza de carácter, fuese por cualquiera otra causa secreta, lo cierto es que ya había intentado repudiar á María aun en vida de su padre, sin poderlo conseguir. Las crónicas de Provenza dicen que llegó hasta á maltratarla para reducirla á pedir el divorcio por sí misma. Muerto Guillermo de Montpeller, el conde de Comminjes, no teniendo ya que temer por su crédito, y viéndose apoyado por el rey de Aragón, que tenía puestas sus miras en su esposa, y por el conde de Tolosa que las favorecía, tomó tan acertadamente sus medidas, que repudió por fin á María en toda regla, bajo pretexto de parentesco en tercer grado.

En estas intrigas y manejos ocupó el rey de Aragón el año 1203 y parte del siguiente. Tal era aquel siglo y tal la perversidad de costumbres públicas. Los mismos á quienes Guillermo de Montpeller había nombrado protectores y defensores de sus hijos, abandonaban los intereses de éstos y conspiraban contra ellos.

Por lo que toca á nuestro D. Pedro, pagó sus servicios al conde de Tolosa. Primeramente le vemos no oponer ningún obstáculo, y por consiguiente acceder al homenaje que el vizconde de Narbona prestó al de Tolosa á principios de 1204 [1]; y sin embargo, los predecesores de este vizconde reconocían á los reyes de Aragón por soberanos. Después se le ve tener una entrevista en Milhaud, en Rouergue, durante el mes de Abril del mismo año, con el conde de Tolosa, entrevista á la que asistió también Alfonso II de Provenza, hermano del rey. Tomaron allí un acuerdo, mediante el cual el rey de Aragón empeñó al de Tolosa la ciudad de Milhaud, los castillos de Chirac, Grezes, Monar, etc., es decir, los dominios de los antiguos vizcondados de Gevaudán y de Milhaud, designados en el acto bajo el nombre de

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 125.

condado de Milhaud y de Gevaudán, por ciento cincuenta mil sueldos melgarienses ó sean tres mil marcos de plata. El rey de Aragón garantizó este compromiso contra Sancho su tío paterno, en caso que este príncipe viniese á disputarlo ó á quitar algo, y dió por caución el conde de Provenza su hermano, que prometió por juramento observar fielmente las condiciones del tratado [1].

Los Maurinos creen que el principal motivo que movió á Pedro de Aragón á empeñar los vizcondados de Milhaud y de Gevaudán al conde de Tolosa, fué el de poder acudir á los gastos de su casamiento con María de Montpeller y al viaje que tenía proyectado á Roma.

Habiendo quedado libre con su divorcio para volverse á casar, no tardó en hacerlo María con nuestro Pedro de Aragón [2]. Se ve, pues, por todo lo que hemos dicho, que Pedro al casarse con ella no podía ignorar su matrimonio con el conde de Comminjes. Lejos de ignorarlo, contribuyó al divorcio. Erraron por lo mismo los cronistas al decir que hasta después de casado no supo el rey que María lo hubiese sido clandestinamente, escriben, con el conde de Comminjes. El anónimo aragonés llega á decir que, «ofendido de este engaño D. Pedro, empezó á aborrecer á su mujer, siendo éste el principal motivo que le movió á pasar á Roma en 1204, con el pretexto de ser coronado de mano del Papa, pero en realidad con el fin de solicitar la abolición de aquel matrimonio como fraudulento y contrario al honor de su corona.» Error visible todo esto. Es verdad que D. Pedro aborreció á su mujer; pero fueron otras las

1 Prueba LXXX de la *Historia del Languedoc*, col. 198 del tomo III.

2 El historiador aragonés Gerónimo Blancas, asegura que antes que este rey casase con María, lo estuvo de primeras nupcias con una sobrina del conde de Forcalquier, y añade que de este matrimonio tuvo un hijo que murió niño y se llamó Ramón Berenguer. El dicho de Blancas no está corroborado por ningún documento.

causas, y la principal quizá la de haberse casado con ella por interés, que no por amor. Es verdad también que solicitó la abolición de su matrimonio, á pesar de cierta cláusula puesta en el contrato, pero fué mucho más adelante.

El contrato matrimonial se hizo en el cementerio de la casa del Temple de Montpeller el 5 de Junio de 1204. En este documento María se constituye en dote la ciudad de Montpeller, los castillos de Lates, de Montferrier, de Omelas, etc., y generalmente todos los dominios que habían pertenecido á su difunto padre Guillermo, sustituyéndolos en favor del primer hijo varón que naciera de su matrimonio con D. Pedro. Éste por su parte asignó á María todo el condado de Rosellón, desde la fuente de Salses hasta *la Clusa*, para que de él pudiera gozar durante su vida si le sobrevivía. Pedro prometióle al mismo tiempo por juramento «no repudiarla jamás, no casar con ninguna otra mientras viviera, y no enajenar nada de los dominios de Montpeller que ella se había constituído en dote [1].»

Por garantía de su promesa, dió á su tío el conde Sancho, á su hermano Alfonso, á Guillermo y Hugo de Baucio, á Rousselín vizconde y señor de Marsella y á otros, los cuales hicieron igual juramento que él. Halláronse presentes Guy preboste de Magalona, y los principales habitantes de Montpeller, siendo muy de notar que entre estos habitantes, Pons de Vallauguez, Beltrán su hijo, y Pedro de Estany, que son calificados como *caballeros*, están en lugar inferior y vienen nombrados después de otros, que toman el título de jurisconsultos ó abogados *(causidici)*. El rey de Aragón para conciliarse la benevolencia de los mismos habitantes,

1 *Marca hispánica.—Arte de comprobar las fechas.—Historia del Languedoc.*

prometió entonces por juramento conservar sus usos y costumbres.

Dos días después, prestó juramente de fidelidad á Guillermo obispo de Magalona, en la iglesia de Nuestra Señora de Montpeller, y le hizo homenaje por el señorío de esta ciudad, en presencia de una gran asamblea en que se hallaban su tío el conde Sancho, su hermano Alfonso, el conde de Tolosa, Bernardo de Andusa, el príncipe de Oranje (Guillermo de Baucio), Hugo de Baucio, y los principales señores y prohombres de la ciudad.

Cuéntase que entonces Inés, viuda de Guillermo, abandonada por los protectores que su esposo le había dado, tuvo que salir de Montpeller con sus hijos declarados bastardos é ir á buscar un asilo en otra parte [1]. No tuvo empero lugar esto sin que una parte de los habitantes la demostrasen sus simpatías, promoviéndose una sublevación que fué sofocada, y cuyos jefes fueron desterrados por D. Pedro.

El rey de Aragón y María permanecieron algún tiempo en Montpeller después de su matrimonio, y en el mes de Agosto de 1204 aprobaron las *costumbres* de la ciudad, que hasta entonces fueron verbales, aunque vigentes desde largo tiempo, y que se mandaron redactar en esta época para fijar su observancia en el porvenir; y dice Romey, *para escudarlas contra los antojos é interpretaciones de los reyes.* Estas admirables *costumbres* fueron juradas por Pedro de Aragón, siguiendo su ejemplo todos sus sucesores hasta Luis XIV, rey de Francia, según puede verse en el *Thalamus* mayor y en el *Thalamus* menor [2], donde están anotadas indistintamente va-

1 *Arte de comprobar las fechas:* tratado de los señores de Montpeller.

2 Archivo municipal de Montpeller. El *Thalamus* viene á ser como nuestro *libro verde.* Para muestra del lenguaje de aquel tiempo, transcri-

rias actas bajo los nombres de *costumbres, libertades, franquicias, leyes municipales de la ciudad, universidad, comunidad, soberanía ó señorío* de Montpeller.

Montpeller por esta constitución tenía sus leyes, su hacienda, su ejército. Los principales cargos y funciones administrativas y magistrales eran conferidos por elección: seis capitanes mandaban una milicia ciudadana, organizada por barrios, la cual no sólo estaba encargada del servicio interior de la ciudad, sino que iba también á la guerra cuando convenía. La ciudad era independiente. El extranjero, tanto en tiempo de paz como de guerra, era libre en Montpeller, y no tenía que prestar ningún homenaje al señor. Los cónsules y los señores ejercían sólo el poder legislativo; el poder judicial estaba reservado al tribunal de justicia del señor. Todo privilegio injusto era nulo de derecho. El monopolio, el préstamo y el alojamiento forzados, lo mismo que el derecho de peaje, estaban prohibidos. La ciudad estaba gobernada por doce ciudadanos, llamados cónsules, que eran reelegidos todos los años. Nada se podía estatuir, tocante á la administración de la ciudad, sin la autorización de estos cónsules. Todo esto consta, á más de muchas otras notables particularidades, en el archivo de Montpeller.

Confirmó el rey de Aragón estas costumbres, después de haberlas hecho examinar, y haber conferenciado sobre ellas con varios sabios [1]. La confirmación fué pública y solemne. Tuvo lugar el 15 de Agosto de 1204, en la iglesia de Nuestra Señora de Montpeller. Allí, en presencia del pueblo congregado, prometió solemne-

bo del *Thalamus* menor el primer artículo, que dice así: *Uns sols es senher de Montpeylier que enaissi ab voluntat de Dieu governa son pobol é sa honor.* (Uno solo es señor de Montpeller, que, por la voluntad de Dios, gobierna su pueblo y su señoría.)

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 126.

mente, tanto por él como por sus sucesores, observarlas fielmente, é hizo sellar con su sello en plomo el acta de esta confirmación, en la que se titula *rey de Aragón, conde de Barcelona* y *señor de Montpeller* [1]. Exceptuó, sin embargo, en esta acta á todos aquéllos á quienes había desterrado de la ciudad, que serían probablemente los jefes de la sublevación de que se ha hablado en favor de los hijos de Guillermo.

La confirmación de su esposa María, es posterior en trece días. Lleva la fecha de 28 de Agosto, *en el castillo de Montpeller*. María se titula *reina de Aragón, condesa de Barcelona* y *señora de Montpeller*.

Acababa apenas de efectuarse el matrimonio de Don Pedro con María de Montpeller, cuando llegaron á nuestro país embajadores de otra María, reina de Jerusalén, para ofrecer al monarca aragonés la mano de ésta, con sólo la condición de que tomase por su cuenta la reconquista de Tierra Santa. La embajada llegó tarde: encontró casado ya á D. Pedro. A no ser así, atendido su carácter emprendedor y resuelto, nuestro monarca, que tuvo fama de ser uno de los mejores adalides de su tiempo, hubiera de seguro aceptado aquella ocasión con que le brindaba la suerte, y sin duda las armas y glorias de la corona de Aragón hubieran brillado en mayor y más extenso campo [2].

1 Así como los monarcas aragoneses jamás se titularon reyes de Barcelona, sino condes, jamás se titularon tampoco reyes de Montpeller, sino señores, *domini Montispesulani*, dicen las escrituras.

2 Zurita cuenta con pormenores todo lo referente á este punto en su lib. II, cap. LIV.

CAPÍTULO XIV.

Objeto del viaje del rey á Roma.—Hace su testamento antes de partir. —Se embarca en Marsella.—Llega á Roma y es coronado por el Papa.—Se hace feudatario de la iglesia.—Parte de Roma.—Descontento y protesta de los reinos de Cataluña y Aragón por las concesiones hechas por el rey al Papa.—Estalla de nuevo la guerra entre los condes de Provenza y Forcalquier.—Marcha D. Pedro contra los herejes de Albi.—Entrevista con el rey de Inglaterra en Jaca.—Tributo del monedaje y descontento que promueve en los reinos.—Sospechas de haberle nacido al rey una hija.—Sublevación en Montpeller.—Asamblea en Magalona y tratado de paz entre el rey y los ciudadanos de Montpeller.—Demanda de divorcio.

(De 1204 á 1206.)

Ya se ha dicho que el monarca aragonés había formado entonces el designio de hacer un viaje á Roma, por el vano deseo de que el Papa le coronase, y recabar de él que en adelante los reyes y reinas de Aragón pudiesen ser coronados en Zaragoza, por manos del metropolitano de Tarragona. D. Pedro, dado á la esplendidez y al boato, y hombre de ideas y planes caballerescos, conceptuó que el ceremonial de su coronación y ungimiento daría sumo realce á su autoridad real, y al efecto envió una embajada al papa Inocencio III. Zurita quiere disfrazar la parte de ostentación en el monarca, dando á su viaje á Roma un colorido político. Dice al efecto, que D. Pedro ideaba, como sus antecesores, la conquista de las Baleares, y que su objeto no fué sólo el de hacerse ungir por el Papa, si no el conseguir de él que mediara para que los ge-

noveses y pisanos le ayudaran en su empresa contra Mallorca [1].

Lo cierto es, que D. Pedro emprendió el viaje habiéndose hecho para él tantos preparativos como pudiera para una empresa contra enemigos. Cinco galeras y un gran número de naves le esperaban á él y á su lujosa comitiva, para transportarlos á Italia. Salió de Montpeller, dejando á su esposa bajo la protección del conde de Provenza su hermano, á quien confió los negocios del Estado, con una junta compuesta de caballeros y prohombres de Montpeller, y se dirigió á Marsella, donde se hallaba en 4 de Octubre de 1204, á juzgar por lo que dice un antiguo historiador de Provenza. Refiere este autor que en dicha ciudad y día D. Pedro hizo su testamento, en el cual declara que, estando resuelto á visitar la tumba de los santos apóstoles, hace su última disposición, según la cual instituye por su heredero al hijo que le naciera del matrimonio que acababa de efectuar, sustituyendo, en defecto de este hijo, á su hermano Alfonso, conde de Provenza, aun en el caso de tener una hija, á la cual se contenta con legar la suma de 6.000 marcos de plata en dote [2].

No hallo que de este testamento hablen nuestros historiadores. Me limito, pues, á citar el hecho y la fuente. También dicen casi todos los autores, que se embarcó en Aigues Mortes; pero si la circunstancia de que acabo de dar cuenta es cierta, su embarque se efectuó en Marsella. Acompañóle en el viaje gran número de caballeros catalanes, aragoneses y provenzales. Consta que se embarcaron con él, entre otros, su tío Sancho, el arzobispo de Arles, el preboste de Ma-

1 *Anales de Aragón*, lib. II, cap. LI.

2 Bouche, tomo II, págs. 1.060 y siguientes.

galona, Hugo de Baucio, el vizconde de Marsella, Arnaldo de Foxá, etc.

La flota se detuvo en Génova, donde el rey fué recibido con grandes festejos, y partió en seguida para Ostia, en cuyo punto tomó puerto. Allí esperaban al monarca algunos cardenales y potentados romanos, quienes le acompañaron á la capital del orbe católico.

Fué hospedado en el palacio de los canónigos de San Pedro, y á los dos días pasa el Papa á la iglesia de San Pancracio, donde el 11 de Noviembre, día de la presentación de la Virgen, se le consagra y unge por mano del cardenal de Ostia. Le coloca el Papa la corona en las sienes; se reviste él mismo con sus insignias reales de manto, cetro y símbolos de justicia; jura fidelidad y obediencia á Inocencio III, á sus legítimos sucesores y á la Iglesia; promete mantener el culto romano, amparar al clero, gobernar tomando por norma la paz entre los cristianos y la guerra contra los infieles y herejes, y pasan luego en procesión solemne á la Basílica de San Pedro. Allí deposita el rey cetro y corona sobre el altar mayor, y le ciñe el Papa la espada en defensa del nombre cristiano, nombrándole gonfalonero ó alférez mayor del estandarte de la Iglesia católica.

El historiador aragonés, Jerónimo Blancas, nos presenta á D. Pedro como el primer rey de Aragón que se coronó, y nos hace una relación circunstanciada de su viaje á Roma. Se ocupa en pintarnos la congoja del monarca aragonés cuando tuvo noticia de que el Papa, conformándose con antiguas usanzas, le ceñiría la corona con los pies y no con las manos; y nos cuenta el ardid de que se valió D. Pedro para evitar esta humillación, mandando labrar la corona de pan, con lo cual, el Sumo Pontífice se vió obligado á ceñírsela con las manos, pues no pudo tratar la gracia de Dios con el mismo desprecio que los metales preciosos y mundana-

les pompas [1]. Otros autores, sin embargo, no refieren este hecho ni dan cuenta de estos incidentes, juzgándolos sin duda hijos más bien de la fantasía de Blancas que de la verdad histórica.

El rey no se separó del Papa sin haber *andado con él neciamente pródigo*, como ha dicho un historiador [2]. Ofreció su reino á San Pedro, príncipe de los apóstoles, y al Papa y sus sucesores para que fuese feudatario de la iglesia, obligándose á pagar cada año el feudo de 250 mazmodines, y cediendo al Papa el derecho de patronazgo sobre todas las iglesias del reino de Aragón [3].

1 Blancas: *Coronaciones de los reyes de Aragón.*

2 El Anónimo aragonés refundido y comentado por Braulio Foz, tomo II, pág. 33.

3 Zurita, lib. II, cap. LI.—Ortiz de la Vega no tuvo presente sin duda este capítulo del analista aragonés, cuando, como poniendo en duda que el rey D. Pedro se reconociese feudatario del Papa, escribe que solo lo cuenta algún italiano. Lo dicen Zurita, Feliu de la Peña y demás analistas aragoneses. Por lo demás, las palabras con que se obligó el rey, son las siguientes, según se lee en el Bulario de los papas:

"Ego Petrus, rex Aragonum profiteor et polliceor, quod semper ero fidelis et obediens Domino meo Papæ Inocentio, ejus catholicis successoribus, et ecclesiæ romanæ, regnumque meum in ipsius obedientia fideliter conservabo, defendens fidem catholicam, et persequens hæreticam pravitatem. Libertatem et immunitatem Ecclesiarum custodiam et earum jura defendam. In omni terra meæ potestati subjecta justitiam et pacem servare studebo; sic me Deus adjuvet et hæc Sancta Evangelia."

La obligación del pago en feudo, decía:

"Cum corde credam et ore confitear, quod Romanus Pontifex, qui est Beati Petri successor, vicarius sit illius per quem reges regnant et principes principantur, qui dominatur in regno hominum, et cui voluerit dabit illud; Ego Petrus, Dei gratia rex Aragonum, comes Barcinonæ, et Dominus Montis-Pessulani, cupiens principali post Deum Beati Petri et Apostolicæ sedis protectione muniri, tibi, reverendissime pater, et domine summe Pontifex Innocenti, et per te sacrosanctæ Romanæ Apostolicæ sedi offero regnummeum, illud que tibiet successoribus tuis in perpetum divini amoris intuitu, et proremedio animæ meæ, et progenitorum meorum constituo censuale, ut annuatim de camera regis

Después de la pomposa y solemne coronación de Don Pedro, mandó el Papa que fuese acompañado de muchos cardenales y de los señores romanos por la ciudad, hasta llevarle á la iglesia de San Pablo, orillas del Tíber, donde estaban sus galeras en las cuales se embarcó, haciéndose á la vela y dando vuelta á sus estados, sin que hagan mención los autores ni se halle en las memorias de aquel tiempo que se tratase lo de la empresa y conquista de Mallorca.

Así es como el monarca regresó á sus tierras, trayendo de aquel viaje lo que fué orígen de funestos y sangrientos disturbios. Las concesiones hechas al Papa y el feudo á la iglesia, promovieron grandes muestras de descontento en estos reinos. «Llegaron á Cataluña y Aragón, dice el analista Feliu, las noticias de la devota liberalidad del rey, y protestaron de inválidas las cesiones y reconocimiento por no poderse ejecutar sin el consentimiento de los vasallos; formaron sus escrituras y las remitieron á Roma y al rey. Los originales de las concesiones apostólicas y de las protestaciones, se hallan en el archivo de Barcelona.»

Cuando más tarde vino el rey á nuestro país, trató de contentar á los más quejosos y malcontentos, diciendo que él solamente había cedido su derecho y no el de ellos; pero contestáronle que lo cedido era lo suyo y lo ageno. Lo cierto es, que «fué esto causa que muchos

ducenta quinquaginta massæ mutinæ Apostolicæ sedi reddantur; et ego ac successores mei specialiter ei fideles, et obnoxii teneamur. Hoc autem lege perpetua servandum fore decerno, quia spero firmiter, et confido, quod tu et successores tui me ac successores meos, et regnum prædictum auctoritate Apostolica defendetis, præsertim cum ex multo devotionis affectu me ad sedem apostolicam accendentem tuis quasi Beati Petri manibus in regem duxeritis solemniter coronandum. Ut autem hæc regelis concessio, etc. Actum Romæ apud Sanctum Petrum anno Dominicæ incarnationis MCCIV, quarto idus novembris, anno regni mei octavo.„

años después puso en gran turbación y trabajo al rey D. Pedro, su nieto, procediendo el Papa contra él á privación de su reino, como contra vasallo y súbdito de la Iglesia [1].»

Al regresar D. Pedro á Provenza, á últimos del 1204, se encontró con que Alfonso, conde de Provenza su hermano y el conde de Forcalquier habían roto sus paces. Corta debió ser la guerra entre ambos, pero terrible para el primero, al cual el rey de Aragón halló preso en poder de Guillermo, quien se había apoderado de todos sus estados. Entonces el monarca, en una rápida campaña, obligó al de Forcalquier á devolver la libertad y sus dominios á Alfonso y á renovar su tratado de paz con él [2].

No hay seguridad, pero sí fundadas sospechas de que á principios del 1205, y hallándose en armas aún por lo de su hermano y el conde de Forcalquier, marchó D. Pedro contra los herejes que habían hecho grandes progresos en aquel país. Tenían ya su bandera, sus ejércitos, sus ciudades, sus nobles que les protegían, sus obispos, en una palabra, eran ya un poder. Se desprende esta campaña del monarca aragonés contra los herejes, de una epístola del papa Inocencio III, en que da personalmente en feudo á D. Pedro el castillo de Escuve, de la diócesis de Albi, «castillo que dicho príncipe había tomado á los herejes [3].»

En 13 de Junio de 1205 se hallaba el rey en Montpeller, pues que en este día hizo con su esposa nueva confirmación de los usos y costumbres de la ciudad, que se publicaron el mismo día en la casa de los cónsules [4].

1 Zurita, lib. II, cap. LI.

2 Idem id.

3 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 140.

4 Eugenio Thomas: *Ensayo histórico de Montpeller*.

D. Pedro vino después de esto á Cataluña y pasó en seguida á Aragón, dejando según parece á la reina Doña María en Montpeller ó en sus inmediaciones. A principios de Agosto estaba en Jaca, donde desplegó grande ostentación y magnificencia para recibir al rey de Inglaterra, con quien debía tener vistas en dicho punto. Qué objeto tuvo esta entrevista, cállanlo las crónicas: sólo Feliu de la Peña dice que el de Inglaterra vino para confirmar alianzas antiguas.

Pródigo, dadivoso, amigo de ostentación y pompa como ninguno era D. Pedro de Aragón. La magnificencia desplegada en Jaca, su aparatoso viaje á Italia, las prodigalidades á que tuvo que recurrir para tener contentos á los ricos hombres y los gastos que le ocasionaron sus guerras, habían agotado su tesoro. Así es que hallándose en Huesca, estableció en su reino un nuevo pecho, llamado del *monedaje*, en virtud del cual todos cuantos poseían heredades ó bienes muebles, excepto los que hubiesen sido armados caballeros, debían pagar por su valor y en cada libra 12 dineros si eran muebles, y á prorrata de las rentas si eran inmuebles. «No consintieron los pueblos la carga, dice Feliu, por no poderse imponer según su consentimiento; formaron su unión los aragoneses, y moderaron el dictamen del rey los catalanes, que después le admitieron por tiempo determinado y con rebaja [1].»

Los disgustos que apuntaron en Aragón y Cataluña, pudiendo ser contenidos, estallaron de un modo sangriento en Montpeller. Regresó el monarca á este país antes de terminarse el año de 1205, habiéndose ido á juntar primero con la reina Doña María que estaba en Colibre [2], y por cierto que al llegar á este punto se me

1 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. IV.—Zurita, lib. II, cap. LII.

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 141.

ofrece uno dudoso de nuestra historia, que antes de pasar adelante he de apuntar, ya que no pueda resolver. Los Maurinos, al llegar á esta fecha, dicen que la reina dió á luz una niña que se llamó Sancha, la cual casó su padre D. Pedro en esponsales de futuro con el hijo mayor del conde de Tolosa (conde también más adelante), y trasladan los artículos del contrato matrimonial. Ningún otro autor, que yo sepa, habla de esta hija habida por D. Pedro en María de Montpeller. Por el contrario, todos están acordes en decir que de aquel matrimonio no nació otro hijo que el D. Jaime *el Conquistador,* del cual larga y sobrada ocasión tendremos para hablar. Y sin embargo, los historiadores del Languedoc dan muchos pormenores [1], y aducen muchas razones en favor de su aserto. Verdad es que el matrimonio no llegó á consumarse por haber muerto Sancha en la infancia, y que entonces el hijo del conde de Tolosa casó con la otra Sancha, hermana menor de Don Pedro. En sus *Condes vindicados* nuestro D. Próspero de Bofarull no habla de esta niña, ni hace mención siquiera del dicho de los historiadores del Languedoc, que acaso le pasó por alto. Es punto este que merece ser estudiado con más detención de la que se le puede consagrar en una historia general como la presente. De todos modos, me limitaré á esponer que en el contrato matrimonial estractado por los Maurinos, hay dos cláusulas ó artículos concluyentes: una de ellas, la de que el conde de Tolosa promete dar en matrimonio su hijo Raimundo á Sancha, *hija de Pedro de Aragón* y *de María su esposa;* y la otra la de que D. Pedro ofrece dar en dote *á su hija* la ciudad y castillo de Montpeller. De todos modos, aceptando la autenticidad de este contrato, hemos de admitir el hecho de la muerte de Sancha en

1 En su tomo III, pág. 141 y en la nota XXXV del mismo tomo.

la infancia, pues luego se ve al Raimundo de Tolosa, su prometido, casar con otra Sancha, tía de la niña en todo caso, como hija menor que era de Alfonso *el Casto* y hermana de D. Pedro *el Católico*. También era hermana esta otra Sancha de la Leonor casada con el conde de Tolosa, padre del joven Raimundo de que hablamos.

De Colibre debieron trasladarse D. Pedro y Doña María á Montpeller, cuyos habitantes no tardaron en demostrar de una manera ruidosa su disgusto contra el primero, que precisamente venía entonces como huyendo también del descontento de Aragón y Cataluña. Poco antes de imponer el tributo del monedaje á estos dos reinos, había D. Pedro pedido prestada á los habitantes de la ciudad y señorío de Montpeller, la suma de 175.000 sueldos melgarienses, por la cual les empeñó el castillo y rentas de la ciudad, el castillo de Lates y varios otros dominios de los alrededores [1]. Otro historiador afirma que la cantidad prestada fué de 800.000 sueldos, y pretende que los habitantes de Montpeller se la prestaron cuando él regresó de Roma para facilitarle recursos y medios de sostener la guerra en favor de su hermano Alfonso contra el conde de Forcalquier. Este préstamo, por cuya restitución no tenía el rey gran prisa, á lo que parece, y el poco respeto que al propio tiempo mostraba guardar á las *costumbres* de la ciudad, no obstante haberlas jurado, dieron ocasión á que los ánimos se exasperasen y á que tuviese lugar un levantamiento, que comenzó de una manera sangrienta. El pueblo de Montpeller arrasó el castillo señorial, y el rey se vió obligado á huir de la ciudad, refugiándose según parece en el castillo de Lates. Tampoco allí estuvo seguro. Persiguiéronle los de Montpeller, asaltaron el castillo, entráronlo á saco, y sólo milagrosamente pudo escapar Don

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 144.

Pedro á la ciega cólera de los amotinados. El castillo de Lates fué entregado á las llamas, pereciendo muchos de sus habitantes y defensores [1].

Nos faltan pormenores de la guerra que se siguió entonces, entre los ciudadanos de Montpeller y el rey de Aragón. Sólo sabemos que fué devastadora para el país. Pedro de Castelnau, natural de Montpeller, y legado pontificio en la Provenza, se alarmó con estos desórdenes, temiendo que ellos diesen nuevo pábulo á la herejía de los de Albi ó albigenses, ya por lo demás en bastante progreso; así es, que medió seguidamente para pacificar aquel estado, auxiliándole en su misión pacífica Guillermo Autignac obispo de Magalona. Gracias á sus esfuerzos, tuvo lugar una asamblea en el palacio episcopal de Magalona, á la que asistieron el rey D. Pedro, la reina Doña María, y muchos prelados, señores, ciudadanos y abogados, conviniendo por fin en un tratado de paz, que se estipuló bajo los principales artículos siguientes:

1.° El rey D. Pedro de Aragón y la reina Doña María ofrecían perdonar á los habitantes de Montpeller las injurias de ellos recibidas y devolverles su amistad. 2.° El empeño del castillo y de las rentas de Montpeller y del castillo de Lates, que había sido hecho por la suma de 175.000 sueldos melgarienses, quedaba subsistente hasta que se hubiese satisfecho dicha cantidad. 3.° El rey prometía devolver á los habitantes de Montpeller todo lo que les había quitado. 4.° Los prisioneros hechos por ambas partes debían ser puestos en libertad, particularmente los que habían sido llevados á las tierras de Rostaing y de Sabrán. 5.° El rey y la reina, como prueba de buena fe, se comprometían á poner los castillos y

1 *Historia del Languedoc.—Arte de comprobar las fechas.—Marca hispánica.*—Archivo de Montpeller.

demás dominios empeñados bajo la guarda del obispo de Magalona, hasta el completo reembolso de la dicha cantidad. 6.° Los habitantes de Montpeller quedaban condenados á pagar al rey y á la reina, 40.000 sueldos por el castillo de Montpeller que habían destruído [1].

Aceptaron este tratado el rey y la reina de Aragón por una parte, y el síndico de la ciudad de Montpeller por otra, restableciéndose así la paz.

Entonces fué cuando, al decir de algunos, disgustado D. Pedro por tantos desórdenes, é impelido también por la natural inconstancia de su carácter, se disgustó de su esposa Doña María, á quien trató de repudiar. Hay quien pretende que entonces hizo negociar su matrimonio con la otra María reina de Jerusalén, y que hasta se llegó á redactar un borrador de contrato matrimonial, en Acre, el 21 de Setiembre de 1206. Lo cierto es, que se dirigió al papa Inocencio III en demanda de divorcio, exponiéndole que sentía grande escrúpulo de conciencia por haberse casado con la reina, á causa de que el conde de Comminjes su primer marido, vivía aún, y á causa también de que él, antes de su matrimonio, había tenido relaciones amorosas con una próxima parienta de la que luego fué su mujer. El Papa nombró al obispo de Pamplona, á Pedro de Castelnau y á otro religioso; la reina reclamó, y fué dándose largas al negocio.

1 Las mismas autoridades citadas. Por lo que toca al tratado de paz entre el rey y los habitantes de Montpeller, se halla en la *Historia del Languedoc*, prueba LXXXIII, col. 204.

CAPÍTULO XV.

Terminan los bandos de Cataluña.—Convenio entre los condes de Urgel y de Foix.—Cortes en Puigcerdá.—Lo que se cuenta que sucedió al rey con el señor de Vizcaya.—Sitio y toma de Montalván.—Nacimiento del rey D. Jaime.—Muerte del conde Armengol de Urgel.—Termina la línea varonil de esta casa.—Guerau de Cabrera pretende el condado y se titula conde de Urgel.—El rey de Aragón protector del condado.—El vizconde de Cabrera cae prisionero del rey.

(De 1207 á 1208.)

Preciso es confesar que las crónicas y las historias andan muy revueltas y confusas tocante á los sucesos del rey D. Pedro. La patente contradicción que á cada paso se halla entre las nuestras y las del Languedoc y Provenza; la ignorancia de nuestros analistas respecto á cosas de aquellos países; la ignorancia de aquéllos respecto á las cosas de estos reinos; la diferencia de fechas; la falta de documentos, todo, en una palabra, se reune para que reine en esta época un embrollo que con harta dificultad y no escaso trabajo se puede poner en claro.

Conviene recordar á los lectores que, durante la época que acabamos de historiar, es decir, desde el año 1197 hasta el de 1207, estuvieron siempre vivos y más ó menos encarnizados los bandos de Cataluña, y también de Aragón, entre los partidarios del conde de Urgel y los del conde de Foix. En este año de 1207 fué cuando se terminaron, por la mediación del monarca, según parece. El conde de Foix y el vizconde de Castellbó, su aliado, á quienes el de Urgel hiciera prisioneros [1], sa-

1 Véase el cap. XI.

lieron de su encarcelamiento, no se sabe cómo, y convinieron el 17 de Marzo en un tratado de paz, basado sobre los siguientes artículos:

1.° Raimundo Roger conde de Foix, Roger Bernardo su hijo, y Armengol conde de Urgel, se perdonaron mutuamente todo el daño que se habían hecho, y prometieron con juramento ser amigos en adelante. 2.° El conde de Urgel dió 2.000 sueldos melgarienses al de Foix. 3.° Prometió también dar en matrimonio, á Arnaldo vizconde de Castellbó, su nieta Isabel de Cardona, con 10.000 sueldos barceloneses por dote, y todos sus dominios si moría sin tener hijos de la condesa Elvira, su esposa. 4.° Prometió á más pagar 40.000 sueldos al vizconde, como para remunerarle del perjuicio causado con su encarcelamiento [1].

Generoso anduvo, por cierto, el conde de Urgel; pero así quedaron terminados, al menos, aquellos funestísimos bandos que regaron de sangre las campiñas del Principado. Acaso contribuyeron á la paz las Cortes que se celebraron á últimos del 1206 ó principios del 1207 en Puigcerdá. Juntólas el rey para pedir nuevos socorros á Cataluña, y le asistió generoso siempre el Principado [2].

Se cuenta que en este año, y hay quien dice que en el anterior, hubo junta de reyes en Alfaro para la paz de España, asistiendo los de Aragón, Castilla, León y Navarra; y se supone que, por no haber sido llamado á esta junta el señor de Vizcaya, hizo alianza con los moros, entrándose hostilmente por Aragón. A propósito de esto se refiere una historia, que debe tener mucho de cuento, diciendo que D. Pedro acudió contra él; que le derrotó, lo propio que á los moros sus aliados; que

1 Se halla este contrato en la prueba LXXXIV, col. 206 del tomo III de la *Historia del Languedoc*.

2 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. IV.

les fué al alcance persiguiéndoles hasta Valencia; que atacó esta ciudad con estrecho asedio, y que en un asalto en que tomara parte personalmente, habiéndole sido muerto el caballo, fué salvado por el mismo señor de Vizcaya á quien perseguía [1].

El analista catalán nos dice luego, que prosiguió nuestro monarca en la tala de los campos del reino de Valencia; que conquistó algunas fortalezas, y que pasó con el maestre de Santiago, Gonzalo Fernández de Marañón, al asedio de la plaza de Montalván, de la cual se apoderaron, no sin trabajo, y no sin haber tenido que levantar D. Pedro el sitio para acudir á desbaratar una hueste de moros que había penetrado en Aragón.

En esto, y á principios del 1208, el 1.° ó 2 de Febrero, nacióle al monarca aragonés su hijo D. Jaime, aquel que debía ser llamado *el Conquistador*, y aquel que, por lo mismo que había de ser en todo extraordinario, por querer del cielo lo fué también en el modo de venir al mundo. Es una especie de nacimiento casual y milagroso el de D. Jaime, y se cuenta con referencia á él una aventura que tiene todo el interés de una novela, si la hemos de creer tal como la narra el cronista Ramón Muntaner, de buena y gloriosa memoria, con ese característico sello de candidez y ese buen decir que no ha tenido después de él cronista alguno. La mayor parte de los autores trasladan esta aventura con ligeras variantes, tomando por guía la relación de Muntaner. Hay, sin embargo, quien la rechaza como fábula, y luego veremos de qué manera lo cuenta el mismo D. Jaime en su propia crónica.

Oigamos primero á Muntaner [2].

Según lo que éste refiere, el rey andaba muy aparta-

1 Feliu de la Peña, libro y capítulo citados.—Zurita, lib. II, capítulo LIII.

2 Véanse los caps. III, IV y V de su crónica.

do de la reina, en términos que siempre que iba á Montpeller, jamás se acercaba á ella. De esto se hallaban muy resentidos todos sus súbditos, y en especial los prohombres de la indicada ciudad. Sucedió una vez que el rey, joven, gallardo y aficionado á galanteos, se enamoró de una hermosa dama de la población, por la cual públicamente torneaba y hacía armas. Tuvieron de ello noticia los cónsules y prohombres de la ciudad, y supieron también que había cierto caballero, confidente del monarca, el cual mediaba en sus amores dando pasos para que consiguiese D. Pedro el logro de sus deseos. Avistáronse con él los cónsules, le propusieron engañar al rey, y el caballero, enterándose de los buenos deseos que les animaban, accedió á todo.

Presentóse, pues, al monarca, y le dijo como había visto á la hermosa dama objeto de sus amores, como había doblegado su rebelde virtud con sus instancias y como la había decidido á otorgar á D. Pedro una cita de amores. Sólo ponía la dama una condición, que exigía como un sacrificio á su recato y á su honra: la de entrar tapada en palacio y hallar sin luz la cámara real. A todo accedió D. Pedro, hirviendo en el fuego del amor y aguijoneado por la espuela del deseo.

Todo se hizo y tuvo lugar como habían combinado los cónsules y el confidente. La noche se deslizó rica de amor y de ilusión para la enamorada pareja, y al rayar las primeras y débiles luces de la aurora, el monarca fué despertado en los brazos de su compañera por un extraño rumor. Incorporóse en la cama, y vió abrirse la puerta, dando paso á una procesión de cortesanos, de prelados, de altos dignatarios y de los cónsules y prohombres, que entraron solemnemente, llevando cada uno una vela encendida en la mano. Extrañado el rey de ver aquello, saltó del lecho y empuñó la espada, pero cayendo entonces de rodillas todos los que acaba-

ban de entrar, suplicáronle por boca de uno de los prelados que tuviese á bien volver los ojos hacia la que había sido su nocturna compañera. Hízolo así el rey, y envuelta entre la nieve de las sábanas y el rubor de la vergüenza, vió, en lugar de la dama á quien creyera haber tenido en sus brazos, á su amante esposa Doña María de Montpeller.

Todo le fué explicado al monarca. Se le dijo cómo los cónsules habían hecho entrar en su plan al confidente y á la reina, cómo habían pasado todos la noche en oración, y cómo se habían valido de aquel engaño para lograr un heredero y sucesor del trono.

Tal es, en extracto, lo que mejor y más detenidamente cuenta Muntaner. A aquel venturoso lance é ingenioso ardid, si damos crédito al cronista, debieron los estados de la corona de Aragón el tener uno de sus más famosos reyes y mejores capitanes.

Por lo que toca á D. Jaime, cuenta en la crónica por él mismo escrita, su nacimiento, pero es de la manera siguiente:

«Contemos ahora de qué manera fuimos engendrado, y cómo aconteció nuestro nacimiento. Es de saber primeramente que nuestro padre En Pedro desamaba á la sazón á nuestra madre la reina, pero sucedió una vez, que hallándose nuestro padre en Lates y la reina en Mireval, se presentó á aquel un rico hombre llamado En Guillermo de Alcalá, el cual pudo conseguir con sus ruegos que el rey fuese á reunirse con la reina. La noche aquella en que ambos estuvieron juntos, quiso el Señor que Nos fuésemos engendrado. Así que nuestra madre se sintió embarazada, trasladóse á Montpeller, en donde, por voluntad de Dios, se verificó nuestro nacimiento, en casa de los Tornamira, la víspera de la Purificación de Nuestra Señora. Luego de nacido, enviónos nuestra madre á la iglesia de Santa María: lle-

váronnos allá en brazos; y como se estaban cantando los maytines, sucedió que al pasar Nos los umbrales del templo, acertaron á entonar los clérigos el *Te-Deum laudamus*, sin que tuviesen ninguna noticia de que debiésemos estar allí. Fuimos en seguida presentado á San Fermín; y aconteció también, que al entrar en la iglesia, se estaba cantando el *Benedictus Dominus Deus Israel*. De vuelta en casa, llenaron de alegría á nuestra madre tan buenos pronósticos; mandó luego fabricar doce cirios de igual peso y tamaño, hízoles encender todos á la vez, dió á cada uno el nombre de un apóstol, é hizo voto á Dios Nuestro Señor de que nos pondría el nombre del que durase mayor tiempo: fué éste el de San Jaime, y por esto, Nos, por la gracia de Dios, nos llamamos Jaime. Así vinimos al mundo descendiendo de nuestra madre, y del rey En Pedro nuestro padre [1].»

Hasta aquí el mismo D. Jaime. Mucho ha dado que hablar realmente su nacimiento. La mayoría de los cronistas adoptan la versión de Muntaner; pero ya hemos dicho que hay autores muy graves que la tachan de fábula y de novela, fundándose en que, á pesar de ser Muntaner casi contemporáneo, hay otros cronistas, contemporáneos también, como Guillermo de Puilauvens, que no lo refieren así, y apelando al testimonio escrito del mismo D. Jaime, que no hubiera dejado de mencionar, á ser cierta, esta circunstancia.

Moreri en su diccionario va más allá que Muntaner y cuenta una verdadera novela. Dice que D. Pedro estaba en relaciones amorosas con una joven de Montpeller, llamada Catalina Rebusse, y que esta joven, al ver

1 Crónica del rey D. Jaime, traducida del catalán al castellano por los Sres. Flotats y Bofarull (Antonio). Por lo que toca al título *En*, téngase presente que los nobles de Cataluña se honraban con este título, y las señoras con el de *Ena* ó *Na* equivalentes al *Don* y *Doña* de Aragón y de Castilla.

que iba á extinguirse la raza de los *condes* de Montpeller por el aborrecimiento en que el rey tenía á la reina, se valió de la extratagema de sustituir á Doña María en su lugar, haciéndola acostar en su cama una noche que ella esperaba al rey. Pedro, dice, no distinguió á la verdadera esposa de la querida, y con el tiempo se alegró de aquel engaño al que debió el nacimiento de un sucesor legítimo, que fué Jaime I [1].

Pero, la versión que parece más acertada, y está al mismo tiempo más conforme con las crónicas de Guillermo de Puilauvens y de D. Jaime, es la de un cronista moderno de Montpeller, Mr. Eugenio Thomás. «La reina, dice, más estimable que bella, no inspiraba todo el amor que era de desear á su joven é inconstante esposo. Habitaba entonces en Mireval, á dos leguas de Montpeller. El monarca iba á menudo á su castillo de Lates, ciudad y puerto á una legua de Montpeller y de Mireval. Cierto día, durante una partida de caza, y cediendo á las instancias de un cortesano, se dirigió á Mireval y descansó junto á la sensible María.»

Ambos esposos hicieron las paces, y el monarca se dirigió á caballo á Montpeller llevando á la reina en grupa. El pueblo, admirado de la buena inteligencia que reinaba entre sus señores, salió á su encuentro y dió grandes muestras de contento y regocijo en torno del palafrén que aquéllos montaban. Lo que hizo entonces el pueblo sin más designio que demostrar su alegría, dice el autor citado, se continuó en tiempo del rey Jaime, su hijo, pues todo el mundo estaba persuadido que debía su nacimiento á la noche que precediera á la entrada del rey su padre en Montpeller.

1 Las leyendas que sobre el nacimiento de D. Jaime publicaron nuestras crónicas, dieron más tarde ocasión y asunto al insigne poeta D. Pedro Calderón de la Barca para escribir su obra dramática: *Gustos y disgustos son no más que imaginación.*

Los habitantes, para demostrarle cuán caro les era este recuerdo, llenaron de paja la piel de un caballo, que llevaron á Lates, donde estaba el rey, y repitieron en su presencia, en torno de este caballo, los mismos juegos y danzas á que se entregaran cuando la ocasión citada en el camino de Mireval. Ya sea que la fiesta fuese del agrado del *Conquistador*, ya que los habitantes de Montpeller encontraran gusto en ello, lo cierto es que la danza del *Chevalet*, como se llama, se ha perpetuado hasta nuestros días. El pueblo de Montpeller, en todas sus grandes fiestas tradicionales, necesita ver cómo recorre sus calles el *Chevalet* para que la fiesta sea completa [1].

De todos modos, fuese el nacimiento de D. Jaime debido á una ú otra de las circunstancias citadas, lo cierto es que hay en él algo de extraordinario. Por lo que toca á D. Pedro, sólo se reconcilió momentáneamente con su esposa, y partió en seguida de Montpeller, entablando ó volviendo á reanudar su demanda de divorcio.

En aquel mismo año de 1208 hubo nuevas turbaciones en el condado de Urgel por tratarse de la sucesión al mismo; pero esta vez el monarca se mostró enérgico y activo. Poco después del tratado de paz entre el con-

1 El autor de esta obra ha tenido más de una ocasión de ver en Montpeller la danza del *Chevalet*. Un hombre ágil, elegante y caprichosamente vestido, pasa su cuerpo á través de un pequeño caballo de cartón cubierto con una especie de gualdrapa y le hace dar saltos, carreras y cabriolas al son del tamboril, en medio de un círculo formado por una cuadrilla de danzantes, vestidos por lo común de blanco y adornados sus sombreros con plumas y cintas. Permítaseme decir, antes de terminar esta nota, que el *Arte de comprobar las fechas* (tratado de los señores de Montpeller) da otro origen á esta fiesta. Dice que fué al terminarse la guerra entre los de Montpeller y el rey D. Pedro, cuando éste entró en la ciudad montado á caballo y llevando á la reina en grupa, consagrándose la memoria de este suceso con la fiesta ó regocijo anual llamado el *Chevalet*.

de Armengol y el de Foix, murió aquél, dejando de su mujer Elvira, que le sobrevivió, una tierna hija llamada Aurembiaix. El cuñado del difunto conde, Pons vizconde de Cabrera y su hijo, sobrino de aquel, Guerau ó Geraldo, pretendieron entonces que el condado de Urgel debía tocarles como á más próximos herederos varones, con preferencia á su prima Aurembiaix, y tomaron las armas para sostener su pretensión. Había efectivamente acabado con la muerte de Armengol la línea masculina de los condes de Urgel, descendientes de los de Barcelona.

Guereau de Cabrera, hombre muy bullicioso y de altos pensamientos, al decir de Monfar, que, por ser varón, pretendió, excluyendo las mujeres, tener derecho al condado de Urgel y ser preferido á Aurembiaix, tomó las armas y se metió por la tierra de aquel condado, talando el país y apoderándose de todas las villas y lugares que pudo, sin reparar en el testamento del conde Armengol que, en defecto de hijos varones, nombraba heredera á su única hija. La ciudad de Balaguer y los pueblos de Agramut y Linyola se declararon por el de Cabrera, que tomó entonces el título de conde de Urgel y mandó labrar, para los autos y privilegios que concedía ó firmaba, un doble sello con las armas de Urgel á un lado y al otro las de Cabrera.

La condesa Elvira, viéndose amenazada, en peligro la herencia de su hija, y sin fuerzas para resistir á las del de Cabrera, acudió al rey D. Pedro y se puso bajo su protección, dándole el condado de Urgel y todo cuanto en él le podía pertenecer. El rey le dió en recompensa, durante su vida, los castillos de Ciurana y de Serós: por medio de otro auto le prometió pagar el día de Nuestra Señora de Febrero 5.000 morabatines, sin expresar más; y finalmente, por medio de otro, declaró que todo aquello se entendía hecho, quedando salvos

los derechos competentes á Aurembiaix, á la cual no quería perjudicar [1]. De esta manera quedó el condado de Urgel por el rey y bajo la protección real.

No por esto cedió Guereau de Cabrera. Prosiguió alzando sus pendones y pretendiendo apoderarse de todo el condado, parte del cual era ya suyo. D. Pedro, tomando ya por propia la causa de la condesa Elvira y de su hija, levantó ejército, se dirigió al condado de Urgel, tomó á fuerza de armas la ciudad y castillo de Balaguer, y cayó en seguida y de improviso sobre el de Llorens, apartado poco más de media legua por la parte de Oriente, orillas del Segre. Guereau de Cabrera se hallaba con su mujer é hijos en este castillo: habíase fortificado en él con ánimo de resistir y defenderse, pero no se atrevió, y al presentarse el monarca ante las murallas, se le rindió con su mujer é hijos, enviándoles el rey presos á ellos al castillo de Loarre en Aragón y á él á la ciudad de Jaca.

A fin de recobrar su libertad, el vizconde hubo de entregar por orden del rey á Hugo de Torroja y á Guillén Ramón de Moncada senescal de Cataluña, los castillos de Montsoniu, Montmagastre, Ager, Patania y Finestres, que eran de su patrimonio, para seguridad de que estaría á lo que por justicia declarase el rey sobre las demandas de la condesa de Urgel y su hija. D. Pedro se apoderó del condado y tomó título de conde de Urgel, quedando de aquí tres títulos de condes de Urgel, uno en persona del rey D. Pedro, otro en la de la niña Aurembiaix y otro en la del vizconde de Cabrera, que aun cuando había dejado el señorío y posesión de él, quiso quedarse con el título que una vez había tomado [2].

1 Monfar en su *Historia de los condes de Urgel*, pág. 440 del tomo I.

2 Autoridades: *Arte de comprobar las fechas*: tratado de los condes de Urgel.—*Marca hispánica*.—Monfar, cap. LV.—Zurita, lib. II, capítulo LVII.

CAPÍTULO XVI.

Progresos de la herejía de los albigenses.—Origen de la Inquisición.—Asesinato de Pedro de Castelnau.—Cruzada contra los albigenses.—Los cruzados eligen por generalísimo al catalán Amalrich.—El vizconde de Beziers prueba á hacer la paz con los cruzados, pero inútilmente.—Sitio, toma y saqueo de Beziers.—Sitio de Carcasona.—Llega Pedro de Aragón al campo de los cruzados y trata inútilmente de poner á éstos en paz con el vizconde de Beziers.—Toma de Carcasona.—Se ofrece el vizcondado de Beziers y de Carcasona á varios señores que lo rehusan, aceptándolo por fin Simón de Monfort.

(1208 Y 1209.)

Se hace ahora preciso que para subsiguiente aclaración de los grandes sucesos que se han de narrar, me permitan los lectores hacerles una fiel pintura, siquier sea á grandes rasgos, de lo que tenía lugar á la otra parte de los Pirineos con motivo de la herejía que allí fijara sus reales.

Queda ya dicho que los herejes, á quienes se comenzó á dar el nombre de *albigenses*, por haber nacido en la ciudad de Albi, eran ya en gran número, pudiendo disponer de verdaderos ejércitos, de grandes sumas, de buenos valedores y de no pocas poblaciones. El Papa, para cortar los progresos crecientes de la herejía, envió allí á Pedro de Castelnau como legado, no tardando en darle por compañero á Arnaldo de Amalrich, abad del Císter y general de toda la orden. Arnaldo de Amalrich, que debía hacer un gran papel en los sucesos que se siguieron, era monje del monasterio de Poblet, del que fué prior en 1192 y en seguida abad, pasando á ser le-

gado del Papa en Languedoc y Provenza por los años de 1204 [1].

Ya por entonces el cuidado de extirpar por la violencia aquella llamada reproducción del maniqueismo ó herejía de los albigenses, se había confiado á una corporación religiosa, que se instituyó expresamente, bajo el nombre de *Predicadores*, conocida más tarde con el de *dominicos*, que tomó de uno de sus más ardientes y celosos protectores, el español Santo Domingo de Guzmán.

Los dos legados, Pedro de Castelnau y Arnaldo de Amalrich, hicieron cuantos esfuerzos imaginables pudieron para cumplir con su misión, apoyados por el Papa, que exhortaba sin cesar á los señores más principales á tomar las armas para exterminar á los herejes. En esto, uno de los legados, Pedro de Castelnau, murió asesinado. Dicen unos, que le mandó asesinar el conde de Tolosa, que andaba muy frío y remiso en la persecución de los herejes; pero afirman otros, que murió cosido á puñaladas por un caballero, con el cual había tenido una violenta disputa. El papa Inocencio III escribió entonces cartas apremiantes á los condes, barones y caballeros de aquellos países, conjurándoles para que se armasen, á fin de vengar á su legado, exterminar á los herejes y restablecer la paz. También envió nuevos legados, viniendo, por fin, á componerse la legación pontificia, de Arnaldo de Amalrich, el obispo de Riez, el de Coseranz y Milón, su *notario* ó secretario, que envió expresamente para decidir al conde de Tolosa, el cual proseguía con su política fluctuante.

1 Véase el *Diccionario de escritores catalanes* por Amat, pág. 15. Los historiadores del Languedoc no dicen que Amalrich fuese catalán; pero niegan que perteneciese á la familia de los vizcondes de Narbona, como han pretendido algunos. De todos modos, en las actas de Poblet, á las que el obispo Amat hace referencia, aparece como catalán.

Milón predicó la cruzada contra los albigenses, y consiguió que el conde de Tolosa y sus barones, aliados y feudatario, tomasen la cruz. El ejército de los cruzados estaba reunido en Lión, el día de San Juan Bautista del 1209. Refiérese que era uno de los más numerosos cuerpos de ejército que se hayan visto jamás en Francia y aun en Europa. Dicen unos que se componía de 300.000 hombres, mientras que otros elevan el número á 500.000. Lo formaban principalmente flamencos, normandos, aquitanos y borgoñones, mandados por varios obispos y prelados y por algunos nobles señores.

Cuéntase que todos los cruzados llevaban bordones de peregrino en la mano, para manifestar que era una empresa santa la que acometían. Reunido el ejército todo en Lión, se trató de darle un jefe superior, y en asamblea de capitanes y jefes se eligió por generalísimo á nuestro Arnaldo de Amalrich, abad del Císter, que así parece que sabía empuñar su espada de batalla como su báculo abacial.

Amalrich pasó el Ródano con su ejército, y se dirigió á Montpeller, donde se detuvo algunos días, acampando la hueste en los alrededores. Raimundo Roger, vizconde de Beziers, á quien se tachaba de proteger á los herejes, voló á la citada ciudad para hacer sus paces con los legados, como las había hecho el conde de Tolosa su deudo. Trató de justificar su conducta, y protestó que era enteramente adicto á la Iglesia: confesó que sus oficiales habían realmente favorecido á los herejes, pero contra su intención, y que él por su parte detestaba los errores de aquellos sectarios. Todas sus protestas fueron, sin embargo, inútiles, y Milón y Amalrich se negaron á recibir sus excusas; de manera que hubo de retirarse desairado.

A su regreso á Beziers, reunió á sus principales va-

sallos, les dió parte de la inutilidad de su demanda, y, de acuerdo con ellos, resolvió defender sus dominios hasta el último extremo. Trató en seguida de asegurar sus plazas, y después de haber dejado una fuerte guarnición en Beziers, se encerró en Carcasona con lo más selecto de sus tropas. Dícese que imploró entonces el auxilio del rey de Aragón, á quien reconocía por su señor feudal; pero este príncipe, según cuenta el mismo papa Inocencio en una de sus epístolas, no tuvo á bien ni juzgó á propósito dárselo, por temor de malquistarse con la Santa Sede.

Los cruzados, después de haber descansado algún tiempo en Montpeller, se pusieron en marcha, al mando siempre del abad del Císter; y después de haber talado el país que sin escrúpulo pasaron á sangre y fuego, como mensajeros de venganza más bien que como enviados de Dios, según se titulaban, acamparon ante las murallas de Beziers. Como había en esta ciudad habitantes católicos, el abad del Císter y los demás jefes del ejército sitiador les enviaron á Reginaldo de Montpeyroux, su obispo, quien, bajo pena de excomunión, les intimó que entregasen á los cruzados todos los herejes de la ciudad, ó que, si no eran bastante fuertes para ello, la abandonasen y saliesen á reunirse con los sitiadores. Entonces tuvo lugar por parte de los requeridos una gran prueba de patriotismo, que con orgullo y placer debe consignar la historia. Los católicos contestaron resueltamente que antes que todo eran ciudadanos de Beziers, y que no sólo no accedían á lo que el obispo les intimaba, sino que se unían estrechamente con los herejes para defender la ciudad, su patria común, hasta derramar la última gota de su sangre. Con esta respuesta, tuvo que volverse el obispo de Beziers al campo de los cruzados.

No tardaron éstos en dar el asalto. Los sitiados se

defendieron bizarramente por espacio de algunas horas, pero viéronse obligados á ceder, y los cruzados entonces, penetrando en la ciudad, pasaron á cuchillo todos cuantos encontraron, sin distinguir de religión, clase, edad ni sexo. Los infelices habitantes se refugiaron atropelladamente en las iglesias, pero estos santos lugares no les libraron de la cólera de sus feroces enemigos. Sin respetar la santidad del sitio, los cruzados, invocando siempre el nombre de Dios, hicieron particularmente una horrible carnicería en todos cuantos hallaron en la iglesia de la Magdalena. Se cuenta que sólo en este templo perecieron 7.000 personas pasadas á cuchillo. Hay cronistas que pretenden disculpar el hecho, diciendo que fué un castigo de Dios por el asesinato del vizconde Trencavello, cometido cuarenta y dos años antes en aquel mismo templo. Finalmente, los cruzados, después de haber satisfecho su furia en el pueblo de Beziers, á cuyos habitantes pasaron sin piedad á degüello, y después de haberse enriquecido con el saqueo, completaron su obra de destrucción poniendo fuego á la ciudad. Beziers fué devorada por las llamas el 22 de Julio de 1209.

No hay conformidad acerca del número de víctimas que hubo en aquella ocasión. Arnaldo, abad del Císter, en la reseña que envió al Papa, dice que fueron 15.000, pero otros hacen subir el número á 60.000. Se cuenta que, antes del saqueo y de la matanza, los cruzados preguntaron al abad del Císter cómo lo harían para distinguir á los católicos de los herejes, temiendo que alguno de éstos se escapase confundiéndose con los primeros.—«Matadlos á todos, contestó Arnaldo de Amalrich, que ya Dios conocerá á los suyos [1].»

1 No hay por cierto exageración en la referencia de estos horribles hechos, ni tampoco en las palabras atribuídas á nuestro Amalrich.

Terminados la matanza, saqueo é incendio de Beziers, la hueste de la cruz se adelantó hacia Carcasona, llegando ante los muros de esta ciudad el 1.° de Agosto, después de haberse apoderado de cuantos castillos y lugares halló á su paso. El vizconde Raimundo Roger, que se había encerrado en la ciudad, como ya sabemos, con la flor de sus tropas, se dispuso á hacer la más obstinada resistencia. Los cruzados marcharon en seguida al asalto de los arrabales, que fueron defendidos heróicamente por el vizconde Roger, quien hizo en persona actos de increible valor. También hablan las crónicas de un caballero cruzado, por nombre Simón de Montfort, que comenzó, puede decirse, á figurar en aquel asalto, y á quien estaba reservado un grande é importante papel en la historia de las crueles guerras que se habían de seguir.

Durante el sitio de la ciudad, y en ocasión en que ya habían sido tomados los arrabales, quedando los bravos defensores de Carcasona encerrados en la plaza, se presentó el rey Pedro de Aragón en el campo de los cruzados, al objeto, según parece, de intervenir en favor del vizconde Raimundo Roger, de quien era amigo, aliado y señor feudal. Cuentan los historiadores del

Al contrario, he rebajado aún los colores sombríos del cuadro. Véanse sino, las *Memorias de Beziers* y las crónicas de Provenza; léanse la *Historia del Languedoc*, tomo III, págs. 168 y siguientes, y el tratado de los condes de Carcasona en el *Arte de comprobar las fechas*. Oigase, por fin, lo que dice el mismo obispo Torres Amat, hablando de Amalrich: "Como legado del Papa, mandó la cruzada que se envió contra los albigenses. Sus fervorosas exhortaciones fueron causa de que en el asalto de una ciudad, llevados los cruzados de un celo mal entendido, cometiesen las mayores atrocidades, pasando á cuchillo millares de habitantes sin distinción de sexo, de edad ni religión, entre ellos 7.000 refugiados en la iglesia de la Magdalena.„ (*Diccionario de escritores catalanes*, pág. 15, col. 1.ª) La ciudad que Amat no nombra, ya sabemos que fué la de Beziers.

Languedoc [1], que el monarca aragonés se apeó con su comitiva en la tienda del conde de Tolosa, su cuñado. Fué en seguida á encontrar al abad del Císter y á los jefes del ejército, quienes le acogieron con agrado, y les pidió gracia en favor del vizconde, suplicándoles que tuviesen compasión de su juventud y entrasen con él en negociaciones, contentándose con los daños inmensos que habían hecho en sus dominios. El legado y los jefes preguntaron al rey de Aragón si estaba encargado por el vizconde de hacer proposiciones de paz.—«No en verdad, respondió D. Pedro; pero si queréis permitírmelo, iré á encontrarle y estoy seguro de que no rehusará mi mediación.»

Se permitió entonces al monarca entrar en la ciudad, y habiéndolo hecho, y habiendo tenido una entrevista con el vizconde, consiguió de éste que depositara en él su confianza. Volvió en seguida al campo; se presentó de nuevo en la tienda del legado, donde los principales jefes se habían reunido, y dióles cuenta de su misión. Empezó por decirles y asegurarles que jamás el vizconde había sido hereje; convino, sí, en que sus oficiales habían favorecido á los albigenses, durante su menor edad ó su juventud; pero protestó de que era sin su participación, mereciendo ser excusado por ello. Añadió que, después de todo, si Raimundo Roger se había hecho culpable de algo, bastante castigado quedaba por la destrucción de su ciudad de Beziers y de los arrabales de Carcasona, y que, por lo demás, se ofrecía á someterse á las órdenes del legado y á reparar todos los daños que pudiera haber ocasionado con su conducta. Según se desprende de lo que dicen los Maurinos, nuestro D. Pedro en esta ocasión defendió calurosamente

1 Pág. 171 del tomo III. Los Maurinos han tomado estos detalles de una crónica ó historia de las guerras de los albigenses, escrita en catalán-provenzal por un autor anónimo.

al vizconde con su elocuencia. Bien es verdad que mejor que ésta le hubieran servido al vizconde sus armas.

Amalrich y los jefes sitiadores pidieron deliberar en secreto sobre la proposición, y después de haber conferenciado entre sí, el primero tomó la palabra y contestó á D. Pedro de Aragón *el Católico*, que toda la gracia que se podía hacer al vizconde era permitirle salir de Carcasona á él y á otros doce compañeros suyos, con armas, caballos y bagajes, pero bajo la condición de que entregaría á todos los habitantes y defensores de la ciudad á discreción de los cruzados. Se ignora la contestación que pudo dar el rey á aquel súbdito suyo que de tal modo le hablaba. Sólo se sabe que volvió inmediatamente á Carcasona para dar parte de aquella respuesta al vizconde, y que éste replicó que preferiría ser despellejado vivo antes que cometer la infamia de abandonar al menor de los habitantes de la ciudad. Cuando en la historia se tropieza con hombres crueles y sanguinarios como Amalrich, consuela al menos el encontrarse con almas nobles, generosas y dignas como la de Raimundo Roger. El rey de Aragón, resentido por no haber triunfado en sus negociaciones, se despidió del vizconde, del legado y de sus generales, y regresó precipitadamente á sus estados. Algo mejor hubiera sido para el vizconde que, en lugar de palabras y de buenos deseos, le hubiese traído su aliado algunas compañías de aquellos bravos que con tanta gloria habían combatido en Cataluña y Aragón contra los moros.

Después de la partida de D. Pedro, los cruzados, que habían interrumpido los trabajos del sitio, los continuaron con nuevo vigor, y bien pronto cayó Carcasona en sus manos, por traición según unos, por capitulación según otros. Lo más probable es esto último. Los habitantes, después de una resistencia verdaderamente heróica, se sometieron, salvando sus vidas y li-

bertad, movidos por los rigores del hambre, y el vizconde Raimundo Roger, contra la fe de la capitulación, fué preso y entregado á Simón de Montfort, que le hizo encerrar en un estrecho calabozo, donde murió á la edad de veinticuatro años, el 10 de Noviembre del mismo 1209, no sin sospechas, dice Vaissette, de haber sido envenenado. También se dice que se obligó á todos los habitantes de Carcasona á abrazar la fe católica. Cuatrocientos cincuenta se negaron, y entonces Amalrich hizo quemar vivos á los 400 y ahorcar á los restantes.

Entrada Carcasona, este mismo Amalrich reunió á los principales cruzados, á fin de escoger entre ellos uno para señor y gobernador de los dominios que acababan de conquistarse. Lo propuso primero al duque de Borgoña, pero este príncipe respondió generosamente que ya tenía bastantes dominios sin necesidad de usurpar los de Raimundo Roger, y que harto daño se había ya causado á este vizconde para que hubiese necesidad de apoderarse de su patrimonio. El legado se dirigió en seguida al conde de Nevers, que dió una respuesta parecida. Se ofreció luego el país al conde de San Pablo, que, tan indignado como los otros de la traición que acababa de cometerse con el vizconde, declaró que no lo aceptaba. Finalmente, Simón de Montfort, menos escrupuloso que los citados señores, no vaciló en admitir el señorío de Beziers y Carcasona, y esto explica el cómo es fácil creer que muriese envenenado el vizconde Roger, hallándose en manos del ambicioso Simón de Montfort. Sin embargo, al vizconde le quedó un hijo, de dos años entonces, y ya veremos más adelante como se lanzó al campo tratando de vengar la muerte de su padre [1].

1 Para casi todos los hechos que se acaban de contar, he tomado por guía una crónica del autor anónimo, y al parecer contemporáneo. En

Por de pronto, el de Montfort, á quien vamos á ver figurar mucho en nuestra historia, se quedó vizconde de Beziers y Carcasona, y como tal dispuso de los bienes, patrimonio y prerrogativas de dichos señores.

Luego que se hubo tomado á Carcasona, el ejército de los cruzados se disolvió en gran parte. Se retiró el primero el conde de Nevers con sus tropas, siguiendo su ejemplo muchos otros nobles, entre ellos el conde de Tolosa, que no tardó en romper con Simón de Montfort y con los legados por nuevas exigencias de éstos.

Ocasión tendremos de reanudar la historia de estos señores y de hablar otra vez de aquellas famosas cruzadas contra los albigenses, que más que cruzadas de religión, lo fueron de sangre y exterminio, y volvamos ahora á nuestro Pedro de Aragón.

esta crónica, que aún tendré que citar más de una vez, se dice lo siguiente respecto al punto de que se ocupa este último párrafo:

"A donch lo dit leguat a dressada sa paraula al duc de Borgona, per veser se ne voldria prendre la dite charge (es decir la señoría de Carcasona y Beziers); lo qual duc a rufusat disen qu' el avia pro terra e senhoria, sens prendre aquela, ny deshererar lo dit visconte: car ly semblava que pro ly avian faich de mal, sans ly ostar son hereditat. A donch lo dit leguat s' es adressat al conte de Nevers, et ainsin que al duc avian presentada et oferta, ly preguan que aquela vela prendre e aceptar; lo qual conte de Nevers ly a faita la responsa mesma que avia dic le duc de Borgona; ly disen qu' el avia assés terras e senhoria, san occupar ni prendre las des autres. Et adonc la presentada al conte de S. Pol, quand los dits de dessús l' agueren refusada; lo qual conte de S. Pol ly fec semblaba responsa, qu' els avian fayta dessús; desquals responsa e refus fonch lo dit leguat mal conten contra los dits senhors..... A donc la presentada á ung qu' era senhor, dit conte Montfort, lo qual avia estat d' autres vegadas contra los Turcs, et au aquel la presentet á la fin; lo qual conte de Montfort l' appetet e prenguet; lo cual se nomenava per son nom Simon etc.„

CAPÍTULO XVII.

Entrevista de los reyes de Aragón y Navarra en Mallén, y su concordia. —Casamiento de la reina Constanza con el rey de Sicilia y muerte del conde de Provenza.—Muerte del vizconde de Beziers.—El rey de Aragón se niega á recibir el homenaje de Montfort por el vizcondado de Beziers y Carcasona.—Levantamiento de barones contra Montfort. —Cortes en Barcelona y en Lérida.—Entra D. Pedro en tierras de Valencia y se apodera de varias plazas.—Procura, pero sin éxito, la reconciliación de los condes de Montfort y Foix.—Conferencia de Narbona.—El rey de Aragón se presta á recibir el homenaje de Montfort.—Conferencia ó concilio de Montpeller. El rey de Aragón confía su hijo Jaime á Simón de Montfort.—Casamiento de Sancha de Aragón con el hijo del conde de Tolosa.—Concilio de Arles.—El rey de Aragón y el conde de Tolosa son llamados por el concilio.— Condiciones impuestas al conde de Tolosa para su reconciliación con la Iglesia.—Partida del rey de Aragón y del conde de Tolosa.—El conde de Tolosa excomulgado.

(De 1209 á 1211.)

Antes de pasar el rey D. Pedro al campo de los cruzados, había tenido una entrevista con el rey de Navarra. El de Castilla tenía hechas treguas con el navarro, y procuró que éste y el aragonés las firmasen también, á fin de que ambos pudiesen auxiliarle en la guerra que proyectaba contra los moros. Viéronse, pues, en Mallén los monarcas de Aragón y Navarra el día 4 de Junio de 1209. Dice la crónica que en aquella ocasión el último prestó á D. Pedro 1.000 maravedises de oro, poniéndose en prenda los castillos de Pina, Escó, Pitilla y Gallur con sus villas. Si por Navidad no había sido devuelta aquella suma, el rey de Navarra podía apoderarse de dichas plazas y fortalezas para tenerlas libremente hasta ser pagado, y entonces se habían de

devolver al rey de Aragón ó á cualquiera de sus hermanos que le sucediesen en el reino, que eran D. Alfonso, conde de la Provenza, y D. Fernando. Zurita, que es quien esto refiere, observa que en el contrato no se hizo mención del príncipe D. Jaime, que era ya nacido por aquel tiempo [1].

La observación del analista aragonés debe ser tanto más exacta, en cuanto D. Pedro, que había entablado demanda de divorcio, para no dar contra sí pretexto, parece que no quiso reconocer por hijo á D. Jaime, tratando á sus hermanos como herederos de la corona.

En el mismo año el papa Inocencio III combinó el enlace de la hermana de nuestro D. Pedro, Doña Constanza, reina viuda de Hungría, con Federico, rey de Sicilia, quien envió sus embajadores á Aragón con amplios poderes. El contrato se redactó en Zaragoza; luego D. Pedro se llevó á su hermana Constanza á Barcelona, á donde acudió su hermano Alfonso, conde de Provenza, con varias galeras para trasladarla y acompañarla á Sicilia, dejándola en brazos de su nuevo esposo. Permanecieron juntos los hermanos algunos días en Barcelona hasta que se embarcó la reina y pasó con el conde de Provenza á Palermo, donde Federico les estaba esperando, y los agasajó espléndidamente. Poco, sin embargo, disfrutó el conde de estos obsequios, pues murió á poco de haber llegado á Sicilia, de contagio, dicen algunos [2]. De su esposa Garsenda de Sabrán, condesa de Forcalquier, dejó un hijo y una hija: el primero, llamado Ramón Berenguer, de edad solamente de cuatro años, poco más ó menos, le sucedió en los condados de Provenza y Forcalquier, bajo la tutela de

1 Zurita, lib. II, cap. LIX.

2 Zurita, lib. II, cap. LVIII.—Romey, cap. V de la 3.ª parte. Téngase presente que este último autor adelanta equivocadamente de un año la muerte del conde.

su tío, Pedro de Aragón, que se lo llevó á su corte. La hija, llamada Garsenda como su madre, casó, andando el tiempo, con el conde de Saboya.

La muerte del conde de Beziers y Carcasona, que acaeció por aquel entonces, irritó sin duda á Pedro de Aragón. El infeliz Raimundo Roger falleció, ya se ha dicho que con violentas sospechas de haber sido envenenado, en el fondo del oscuro calabozo donde le tenía aherrojado su carcelero y usurpador de sus dominios, Simón de Montfort. De Inés de Montpeller, su esposa, que le sobrevivió, dejó un hijo único llamado Raimundo Trencavello, que estaba aún entonces poco menos que en la cuna, y que se había confiado á la guarda del conde de Foix, su próximo pariente, quien tomó á su cargo su educación.

Muerto el vizconde, Simón de Montfort, que había ya pedido al rey de Aragón que le recibiera su homenaje por el vizcondado de Carcasona, á causa del señorío feudal que en él tenía, volvió á insistir en lo mismo; pero Pedro se excusó primero, hasta que por fin, cansado de sus solicitudes, dióle cita en Narbona, reuniéndose ambos en esta ciudad, de donde pasaron á Montpeller, en cuyo punto estuvieron quince días. Durante este tiempo, el rey de Aragón entretuvo á Simón y se negó finalmente á recibir su homenaje bajo diversos pretextos. Al mismo tiempo envió secretamente á todos los nobles de los vizcondados de Beziers y Carcasona un mensaje instándoles á que no reconociesen el señorío del de Montfort, antes bien sacudiesen el yugo de su dominación, prometiéndoles él por su parte sostenerles y marchar en su auxilio.

Aun cuando no parece que cumpliese esta promesa, sus escitaciones tuvieron efecto, y no tardaron muchos caballeros de las diócesis de Beziers, Carcasona y Albi á declararse con sus castillos contra su nuevo señor. De

aquí provino una guerra encarnizada en que por una y otra parte se cometieron horrores. Simón de Montfort fué particularmente cruel hasta la ferocidad y la barbárie. Se cuenta de él que una vez, habiéndose apoderado del castillo de Brom en el Lauraguais, hizo un centenar de prisioneros, á los cuales mandó sacar los ojos y cortar la nariz, dejándoles luego en libertad y dándoles por guía á uno de ellos mismos á quien sólo se había sacado un ojo para que pudiera conducir á sus compañeros [1].

De Montpeller se vino sin duda D. Pedro á tierras catalanas, pues le vemos convocar Cortes en Barcelona á principios de 1210 [2], y celebrar otras en Lérida en Marzo del mismo año. Como entonces habían entrado en Cataluña algunos herejes albigenses, y se temía que formasen partido, D. Pedro, con el dictamen de las Cortes, publicó un edicto contra los excomulgados rehacios en volver al seno de la Iglesia en el término de un año, reconociendo al mismo tiempo la disposición del Papa que se apropiaba terminantemente la facultad de absolverlos: á los que no se arrepintiesen antes del plazo prescrito, les imponía el rey la pena de quedar afrentados, con multa pecuniaria, declarándoles inhábiles para heredar y testar. A pesar de este edicto, que sin duda fué para conciliarse el favor del Papa, se ve á las claras que el rey comenzaba á inclinarse hacia los albigenses. En las mismas Cortes de Lérida se acordó que D. Pedro embestiría algunas plazas que paraban en poder de los moros, y se comprometió Cataluña á servir al rey con 25.000 hombres, mantenidos á su costa [3].

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 191.

2 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. V.

3 *Marca hispánica*, págs. 1.297 y siguientes.—*Anales de Cataluña*, lib. XI, cap. V.

A consecuencia de este acuerdo de las Cortes, mandó el monarca juntar sus ejércitos en Monzón, y se entró por tierras de Valencia, apoderándose en una corta y feliz expedición de las tres importantes plazas de Adamuz, Castelljavib y Sertella. Fueron con él muy nobles caballeros aragoneses y catalanes, y los obispos de Zaragoza, de Huesca y de Tarazona, señalándose muy particularmente en el asalto y combate de las citadas plazas los caballeros templarios al mando de su maestre Pedro Montagut. Por lo bien que esa brava milicia del Temple le sirvió en esta guerra, fué sin duda por lo que luego le dió la ciudad de Tortosa, reteniéndose sólo el supremo dominio [1].

Pero bien pronto los asuntos de la otra parte de los Pirineos le distrajeron de su guerra con los moros. Simón de Montfort proseguía su lucha de exterminio contra los barones que no querían reconocerle como señor de Beziers y Carcasona, señorío en que le acababa de confirmar el Papa. El conde de Foix era uno de los barones que entonces estaba en guerra con el caudillo de los cruzados. Nuestro D. Pedro quiso reconciliarles y pasó á aquellos lugares, invitando al de Montfort á una entrevista en Pamiers, á la cual asistió también el conde de Tolosa. Otros dicen que no fué don Pedro el iniciador de esta conferencia, sino que fué invitado á ella por los de Foix y de Tolosa. De todos modos, la entrevista se efectuó, pero inútilmente. No pudo haber avenencia entre Montfort y el de Foix, y mientras que D. Pedro y el conde de Tolosa se dirigían á este último punto, Montfort marchó contra el castillo de Foix, talando y saqueando sus alrededores, pero sin conseguir apoderarse de aquella plaza, de la que hubo de apartarse con grave descalabro de sus tropas.

1 Zurita, lib. II, cap. LX.

Por lo que toca á D. Pedro, permaneció neutral en aquella primera lucha y parece que estuvo en Tolosa y comarcas inmediatas durante todo lo restante de año, pues no veo aparecer su nombre por nuestras crónicas en todo aquel período. A principios de Enero de 1211, consta que asistió en Narbona á una conferencia, de la que formaron parte también el conde de Tolosa, Simón de Montfort, el obispo de Usez y el abad del Císter, legados del Papa, con algún otro eclesiástico. En esta conferencia se ofreció al conde de Tolosa reconciliarle con la Iglesia, si arrojaba de su territorio á los herejes albigenses, pero se negó resueltamente á ello.

Se trató también en la misma junta de la reconciliación del conde de Foix. Nuestro D. Pedro pidió gracia para él á los legados, que se la concedieron bajo condición de que el conde prestaría juramento de obedecer las órdenes del Papa y no volver á hacer armas contra los cruzados ni contra Simón de Montfort, el cual prometió devolverle, mediante juramento también, todas las tierras suyas de que se había apoderado, excepto el castillo de Pamiers. El rey de Aragón, á su vez, como señor feudal de una parte del condado de Foix, puso guarnición en el castillo de este nombre, y prometió al obispo de Usez y al abad del Císter que los cruzados no tendrían que sufrir nada en el país. Más aún; ofreció que si el conde de Foix se separaba de la comunión de la Iglesia y de la amistad de Simón de Montfort, él pondría el castillo de Foix en manos de los legados y de Simón.

El obispo de Usez y el abad del Císter, después de haber acordado esta gracia al rey de Aragón, pidiéronle otra á su vez. Fué la de que recibiese, en calidad de conde ó señor feudal de Carcasona, el homenaje de Simón de Montfort por esta ciudad; pero D. Pedro se negó abiertamente. Al día siguiente los dos legados y Simón

renovaron para con el monarca sus instancias, y tanto le estrecharon, que accedió por fin á recibir aquel homenaje [1]. Su política le obligó á ello, y dado el primer paso, vióse precisado á dar otro bien pronto.

Pasado algún tiempo, y hay quien dice que á últimos de aquel mismo mes de Enero, el rey de Aragón, el conde de Tolosa, Simón de Montfort, el obispo de Usez y el abad del Císter, se volvieron á reunir en Montpeller, junto con varios prelados y altas dignidades de la Iglesia, lo que dió cierto carácter de concilio á la asamblea. Los dos legados repitieron al conde de Tolosa sus anteriores ofertas, y él prometió esta vez aceptarlas y arreglar al día siguiente las condiciones; pero desde por la mañana se ausentó de Montpeller, sin despedirse de nadie [2].

Simón de Montfort, que deseaba vivamente enlazarse con Pedro de Aragón, bajo cuyo apoyo esperaba mantenerse en posesión de los dominios de la casa de Beziers, ofreció entonces dar su hija en matrimonio al joven príncipe Jaime, hijo único de nuestro rey. Aceptó éste, y se comprometieron por juramento recíproco á llevar á cabo este enlace cuando sus hijos hubiesen llegado á edad competente. En el ínterin, el rey D. Pedro confió su hijo Jaime, que apenas tenía tres años, á Simón de Montfort, el cual, satisfecho de tener en su poder un rehén de tanta importancia, se encargó de la educación del joven príncipe, que llevó á Carcasona, donde le guardó cuidadosamente.

Á pesar de este otro paso, que le obligó á dar su política fluctuante y su necesidad de no enemistarse con el favorito del Papa, el rey de Aragón continuó por esto estrechamente enlazado con el conde de Tolosa, que era ya su cuñado, y cuya alianza se cimentó aún más, poco

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 203.

2 *Marca hispánica*.—Crónica de Puilaurens, cap. XVI.—*Historia del Languedoc*, tomo III, nota 16.

tiempo después, con el matrimonio de Sancha su hermana con el joven Raimundo, hijo primogénito de aquel conde, alianza que disgustó mucho al de Montfort. De este modo procuraba D. Pedro estar bien con unos y con otros; pero era situación insostenible la suya, y veremos cómo hubo de romper bien pronto y tomar resueltamente un partido.

Así como después de la conferencia de Narbona había venido la de Montpeller, así después de la de Montpeller vino la de Arles. Ya más que conferencia fué concilio. Se efectuó poco tiempo después de los sucesos que se acaban de narrar, y los legados del Papa convocaron á varios prelados, celebrándose una asamblea solemne. De este concilio no dan noticia los autores antiguos, pero sí el Anónimo, que escribió en idioma catalán-provenzal la historia de la guerra contra los albigenses [1]. No hay por qué rechazar su autoridad, y puede muy bien prestarse fe á lo que cuenta detalladamente, pues sus citas se hallan confirmadas con el testimonio de los hechos [2]. Sigamos, pues, la curiosa relación de esta tan importante como bella crónica.

Los legados pontificios, al convocar á los prelados para la ciudad de Arles, citaron al conde de Tolosa ante el concilio, y suplicaron al rey de Aragón que asistiese á él. Llegaron el rey y el conde á Arles, pero pocos momentos después de su arribo, recibieron por parte de los legados la orden de no poder salir de la ciudad sin su especial permiso, viniendo á quedar por lo mismo en clase de arrestados. Aquel era el tiempo en que los reyes obedecían las menores órdenes y hasta los caprichos de un legado.

1 Cols. 30 y siguientes de esta crónica, que trasladan original é íntegra en sus pruebas los historiadores del Languedoc.

2 Puede verse, en prueba de esto, la nota 16 del tomo III de la *Historia del Languedoc*, en su párrafo 6.°

Enviáronse también inmediatamente al conde de Tolosa las cláusulas ó artículos, de cuya ejecución se hacía depender su paz con la Iglesia. Dice el autor anónimo al cual seguimos, que los legados no dieron lectura al conde de este documento en sesión pública, sino que se lo enviaron por un mensajero, pues bien sabían que era contra Dios y contra conciencia [1]. Terribles eran, en efecto, los artículos, y duras condiciones las que se imponían al de Tolosa. Se le quería comprometer y obligar: á licenciar en el acto todas sus tropas; á obedecer á la Iglesia durante todo el tiempo de su vida, reparando los perjuicios que le hubiese causado; á que en todos sus dominios no se comiese más que de dos clases de vianda [2]; á arrojar á los herejes y á sus fautores de todos sus estados; á poner en manos de los legados y de Simón de Montfort á todos cuantos le indicarían, pudiendo ellos disponer de los presos como mejos les conviniera; á que todos los habitantes de sus dominios no llevasen vestidos de lujo, sino solamente capas negras y de tela ordinaria, entendiéndose esto tanto para los nobles como para los villanos [3]; á dejar arrasadas las fortificaciones de sus estados; á que ningún noble ó baron de sus vasallos pudiese habitar en las ciudades, sino sólo en el campo; á no imponer ningún nuevo tributo; á que cada jefe de familia pagase todos los años cuatro dineros tolosanos al legado ó á su recaudador; á restituir todos los provechos que había sacado de ciertas rentas de sus dominios; á que el conde de Montfort y sus gentes pudiesen viajar por todos sus dominios sin que se les exigiese nada de lo que tomaran; á que, cumplido todo esto, pasase él á Ultramar, ha-

1 *Car vesian ben que le dit apontamen era contra Dieu et conciensa.*

2 *Que an touta sa terra no se minjaria que de doas cars.*

3 *Que an toutas sas terras home que sia, tant noble que vilá, non portará degún abilhamen de prés, sino que capas negras e maissantas.*

ciéndose hospitalario de San Juan de Jerusalem, sin que pudiese volver á sus estados hasta que el legado se lo permitiera. «Después que todo lo arriba dicho se haya cumplido y llevado á cabo, terminaba diciendo el documento, se devolverán al conde de Tolosa sus tierras y señoríos por los legados y el conde de Montfort, *cuando á éstos plazca* [1].»

No le inspiró al conde ira, sino risa, la lectura de los artículos y condiciones que se enviaban, y fué en seguida á mostrárselo todo á su cuñado el rey de Aragón, que le contestó:—*Pla vous l' an paguat* [2]. El de Tolosa sin dignarse dar contestación alguna á los legados, y sin tener en cuenta la orden que se le diera de no salir de Arles, abandonó repentinamente la ciudad y se marchó á Tolosa, donde llamó á las armas á todos sus vasallos, poniéndose ya desde aquel momento frente á frente de la Iglesia. Por lo que toca á nuestro D. Pedro, indignado, se marchó también á sus tierras, sin dar aviso de su partida á los legados pontificios.

Ya desde aquel momento no tuvieron éstos ninguna consideración con el conde de Tolosa, al cual excomulgaron, declarándole públicamente enemigo de la Iglesia y apóstata de la fe, y disponiendo de sus dominios en favor del primero que los ocupase. Así comenzó entre el tolosano, por una parte, y los cruzados y Simón de Montfort, por otra, aquella guerra cruel é implacable, en la cual hemos de ver figurar y ser víctima á nuestro D. Pedro.

1 *Toutas sas terras y senhoras ly serán rendadas et delivradas, per los dits leguats et conte de Montfort, quan lor plairá.*

2 *Quand lo dit conte Ramón agut vist é entendut lo dit apontamen, els' es prés á rire de grand joe que n' aguet, é á son cunhat lo dit rey d' Aragó la monstrat, louqual rey á dit al dit conte Ramón: Pla vous l' an paguat.*

CAPÍTULO XVIII.

LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA.

Desembarco de Mohamed en Tarifa.—Cruzada contra los infieles.—Viaje de D. Pedro á Tolosa.—El abad del Císter, consagrado arzobispo de Narbona, reune tropas y viene á España contra los infieles.—Llega el rey de Aragón á Toledo.—Se reune gente de todas partes en Toledo.—Parten de Toledo los cruzados.—Asaltos de Magallón y Calatrava.—Abandono de los extranjeros y llegada del rey de Navarra al campo.—Llegan los cruzados al Muradal y cómo se verificó el paso de la sierra.—El triunfo de la Cruz.—Muerte gloriosa de Dalmau de Creixell.

(1212.)

Grandes acontecimientos se preparaban en la Península, y hora es ya de que en ellos fijemos nuestra atención. La guerra nacional contra los moros iba á tener una de sus más brillantes y gloriosas páginas.

Mohamed, hijo de Jacub, reinaba entonces en Marruecos. Este joven monarca almohade, á pesar de algunas bellas circunstancias que le adornaban se había entregado por completo á su visir Ebn Gamea, hombre inepto, falso, cruel y generalmente detestado, que, orgulloso por haber recientemente conquistado las islas Baleares, último refugio de los almoravides, y presuntuoso como todos los favoritos de los reyes, juró la destrucción de la pujanza española. Fué publicada la guerra santa en todo el imperio musulmán, y Mohamed pasó el estrecho á la cabeza del más formidable ejército que hubiese el África enviado hasta entonces contra Europa. Los historiadores árabes aseguran que ascendían, después de habérsele reunido los guerreros de Andalucía, á más de 450.000 combatientes. Mohamed des-

embarcó en Tarifa por Mayo de 1211, y la noticia de su desembarco y de la terrible cruzada que capitaneaba, sembró el espanto entre los reyes cristianos. Alfonso de Castilla se dirigió desde luego al Papa, mientras que el arzobispo de Toledo D. Rodrigo, célebre como historiador, iba de corte en corte implorando el auxilio de los príncipes cristianos y llamándolos á la guerra contra los infieles.

El Papa dispuso un ayuno general de tres días y una solemne procesión para llamar la protección del cielo sobre la cristiandad amenazada, y, deseando ser útil á los intereses de España, recomendó la causa á todos los príncipes de Europa y dió al alzamiento de los reinos iberos el carácter de cruzada. Pedro de Aragón, llegado de la otra parte de los Pirineos, fué uno de los primeros en ponerse en guardia, prometiendo acudir al rey de Castilla. El de Navarra, que, aterrado, había ido á solicitar la alianza del moro, se repuso á favor de la reacción que después de los primeros momentos de terror se experimentó en la cristiandad, y se preparó á acudir también.

Mientras se estaban haciendo los preparativos de la cruzada, hallo que D. Pedro de Aragón, á principios de 1212, efectuó un viaje á Tolosa, donde estableció por *su vicario*, es decir, sin duda por su embajador cerca del conde su cuñado, á un caballero que se llamaba Guillermo de l'Echelle [1]. No tardó, sin embargo, en volver á pasar los Pirineos, yendo á ponerse al frente de sus tropas para dirigirse á Toledo, punto de cita de los cristianos aliados.

Arnaldo de Amalrich, el legado pontificio en Languedoc y Provenza, el abad del Císter, el caudillo de las

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 225. Guillermo *de la Escala* quizá.

cruzadas contra los albigenses, acababa de ser nombrado entonces arzobispo de Narbona, y se dispuso también á ir á Toledo, al frente de las tropas que se habían alistado para la cruzada contra los infieles en las diócesis de Lión, de Viena y de Valencia de Francia. Al decir de los historiadores del Languedoc, la hueste á cuyo frente se puso Arnaldo y que llevó á Toledo, constaba de 2.000 caballeros cada uno con su escudero, 10.000 sargentos de á caballo y 50.000 de á pie. Este cuerpo de ejército fué á reunirse con el que mandaban los reyes de Castilla y de Aragón.

El rey de Aragón llegó á Toledo en la octava de Pentecostés del 1212, siendo recibido por el arzobispo y clero con procesión, y aposentándose en la huerta del rey, en donde estuvo aguardando sus gentes, que no tardaron en llegarle. El ejército catalán-aragonés se componía, según Tomich, de 3.500 caballos y 20.000 infantes, siendo aragoneses los 500 jinetes y los 10.000 peones; pero, según el Anónimo, lo formaban 30.000 infantes y 16.000 caballos, conducidos por señores muy esclarecidos, entre los cuales se contaban el arzobispo de Tarragona, el obispo de Barcelona, los condes del Rosellón, padre é hijo (tío y primo del rey), García Romeu, Jimeno Cornel, Guillén de Peralta, Miguel de Luesia, Aznar Pardo, Lope Ferench de Luna, Artal de Foces, Pedro Maza, el conde de Ampurias, el vizconde de Cardona, Guerau de Cabrera, Guillén de Cervera, Berenguer de Peramola, Dalmau de Creixell, y otros muchos representantes de nobles casas aragonesas y catalanas.

A más de la gente que había traído el arzobispo de Narbona [1], de la que estaba al mando del rey de Ara-

1 Se dice que éste fué quien persuadió á Sancho de Navarra, que había ido á Sevilla á entrar en pactos con el moro, á tomar las armas contra los infieles, haciendo causa común con el castellano, al cual, sin embargo, aborrecía.

gón y de las tropas castellanas, acudieron huestes más ó menos numerosas, capitaneadas por el arzobispo de Burdeos, el obispo de Nantes, los maestres y priores de Calatrava y Santiago, los de San Juan y del Temple y el señor de Vizcaya, con más los auxiliares de León, Galicia y Portugal, y luego el ejército navarro. De todo este gran acopio de gentes deducen algunos, y sacan por conjetura, que el ejército cristiano, por más que digan lo contrario algunas crónicas, no podía ser inferior al de los almohades.

Debía ser por extremo animado el aspecto que presentase Toledo, á donde habían acudido tantos guerreros que no cabían en la ciudad, teniendo que acamparse millares de soldados en los jardines y praderas fuera de los muros, bajo tiendas de campaña, presentando allí una mezcla singular de armas y vestiduras diferentes, y no menor variedad de costumbres y de lenguas. El rey de Castilla, atento á abastecer tan prodigioso número de gente, hizo los más crecidos y abundantes acopios, teniendo prontos 60.000 carros para el transporte de los víveres; de modo que, al decir unánime de los historiadores, nada faltó con asombro de cuantos lo vieron.

El 20 de Junio de 1212, se pusieron en marcha las tropas para ir al encuentro del enemigo. Caminaba el ejército de los cruzados en tres columnas, á fin de que el número no le causase embarazos en las jornadas. La columna de vanguardia la componían los extranjeros ó ultramontanos, como se les llamaba, al mando de Diego López de Haro, señor de Vizcaya, aunque había cuerpos particulares que iban mandados por los arzobispos de Narbona y Burdeos, el obispo de Nantes y varios señores del poniente y mediodía de Francia. El rey D. Pedro de Aragón era el jefe del segundo cuerpo de ejército, compuesto sólo de aragoneses, catalanes, al-

gunos castellanos y los caballeros templarios. El tercer cuerpo, que constaba del grueso de las tropas castellanas, y también de las leonesas y portuguesas, obedecía al rey de Castilla, con el cual iban los maestres de las órdenes militares, el infante de León D. Sancho, el infante de Portugal D. Pedro, el arzobispo de Toledo D. Rodrigo y otros señores y prelados.

A poco de emprendida su marcha el ejército cristiano, tomó por asalto el castillo de Magallón, cuya guarnición fué pasada á cuchillo. En seguida prosiguieron los cruzados su camino y se pusieron sobre Calatrava, defendida por un fuerte presidio de almohades. En el sitio de esta ciudad y en su asalto, se señaló muy particularmente el rey de Aragón. Tomada la ciudad, los infieles se refugiaron en el castillo, no tardando en capitular bajo condición de que saldrían, perdonada la vida y libres de cautiverio, pero desarmados. Entonces los ultramontanos quisieron pasar á cuchillo la guarnición cuando salía de la fortaleza; pero Alfonso de Castilla y Pedro de Aragón, con noble entereza, se declararon contra tal perfidia; libertaron de ultraje á los infieles, y cuidaron de ellos hasta ponerlos en salvo. Alfonso dió á los aragoneses y ultramontanos todo cuanto había encerrado en los almacenes de Calatrava.

Descontentos ya en esto los ultramontanos, y so pretexto de que no podían sufrir más el caluroso clima de España, rehusaron seguir peleando por la salvación de la cristiandad en la Península. El arzobispo de Burdeos los confirmó en su resolución, y, desatendiendo las súplicas y ofertas de los monarcas aragonés y castellano, emprendieron el camino de vuelta á su patria, quedándose sólo el arzobispo de Narbona con alguno de los suyos. Afortunadamente para el ejército cruzado, llególe entonces, muy oportunamente, el refuerzo del rey de Navarra, que mandaba un considerable número

de tropas. Dió también valor y confianza á los cristianos el haberse hecho por aquel mismo tiempo dueños de Alarcos, bajo cuyos muros el rey de Castilla sufriera años antes una cruel derrota.

Los tres reyes aliados, acercándose á Salvatierra, pasaron allí revista á sus tropas, y viéndose con un ejército tal, que nunca la España cristiana le había tenido semejante, decidieron tomar la vuelta de Andalucía y penetrar en ella. El 12 de Julio llegaron los cruzados á las faldas de las sierras que separan á Castilla la Nueva de las provincias andaluzas, y encontraron todos los puertos y hasta las cumbres de los montes ocupados por los almohades. Acercáronse al puerto de Muradal, y celebraron los tres reyes consejo de capitanes. Convinieron en que era difícil, si no imposible, penetrar en Andalucía, y hasta muchos opinaban por retroceder, siendo gravísimo el conflicto y apurada la situación, cuando se presentó de pronto en el real cristiano un pastor (un ángel, vestido de pastor, dicen las piadosas crónicas), y propuso á los reyes llevar el ejército cruzado por sendas sólo de él conocidas, y sin ser visto por sus contrarios, hasta las cumbres mismas de la sierra, de donde podría bajar con poca dificultad á los llanos de Úbeda. Sospechóse al pronto que podia ser aquello un ardid, y túvose recelo del pastor. Dos hombres esforzados, cuyos nombres, por fortuna de su gloria, nos han conservado las crónicas, se ofrecieron á averiguar la realidad, y, confiándose al guía, pasaron á explorar el camino y cerciorarse del hecho. Fueron éstos dos valientes, el vizcaino Diego López de Haro y el aragonés García Romeu. Convenciéronse los exploradores de la verdad y buena fe del relato del guía, y participaron á los reyes que podían trepar sin zozobra ni demora con todo el ejército.

Los primeros rayos del sol del 14 de Julio sorpren-

dieron ya á los cruzados en la cumbre desde donde divisaron la hueste de los moros, cuyas tiendas de campaña cubrían un dilatado espacio, siendo al mismo tiempo vistos por ellos no sin gran sorpresa al encontrarles dueños de las alturas. No por esto, aunque fuese notable la ventaja alcanzada por los cristianos, desmayó Mohamed, de quien se cuenta que escribió á Jaén y á Baeza que tenía sitiados ya á tres reyes con sus huestes y que iba á rendirles antes de tres días.

La batalla no se dió hasta el 16 de Julio, y es una de las páginas más legítimas de gloria que cuentan los anales de la Península. No me detendré en referir minuciosamente esta jornada, ya porque pertenece más á la historia general que á la particular de Aragón y de Cataluña, ya porque se han hecho de ella, por lo célebre y famosa, detalladas descripciones.

Mandaba el ala derecha D. Sancho de Navarra, á quien seguían, no sólo los caballeros y tropas de su reino, sino también las banderas de Soria, Ávila, Segovia y Medinaceli, los franceses que iban con el vizconde de Narbona y las gentes de Galicia y Portugal. El ala izquierda, que estaba dividida en cuatro cuerpos, formados de tropas aragonesas y catalanas, iba mandada por Pedro de Aragón; y el centro compuesto de castellanos y leoneses, obedecía al rey de Castilla.

Nuestros cronistas particulares afirman que Dalmau de Creixell, caballero catalán nacido entre los ampurdaneses, fué el verdadero general, cuyos consejos se siguieron al ser avistados los moros en los llanos de Úbeda y en el punto desde aquel día memorable de las Navas de Tolosa; y hasta hay quien dice que este bravo caudillo, al cual se debió el triunfo, murió gloriosamente y como bueno en la batalla, y que para honrar su memoria, ya que no pudieron su valor, los tres reyes cristianos, el de Aragón, el de Castilla y el de Navarra,

llevaron en hombros su cuerpo á la sepultura [1]. Justo y debido homenaje á la gloria militar.

El ejército moro quedó derrotado por completo, huyendo su rey, y dejando el campo sembrado de cadáveres en número de 200.000, según unos, de 100.000, según otros. Por lo que toca á los cristianos, se asegura que sólo murieron 25.000 hombres, y esta inferioridad de número comparada con la de los enemigos, ha hecho creer á los historiadores modernos que en estos 25 sólo se contó á los jefes. Con esta sangrienta jornada, tan gloriosa como eternamente memorable para las armas de la cruz, se puede decir que recibió un golpe de muerte la dominación de los africanos en España. Quedaron tan lastimados y débiles, que fué éste el augurio de su decadencia y postración. Los historiadores árabes llaman á esta batalla la de Alcalab ó Alakab, y los cristianos la conocen indistintamente por la de Úbeda, del Muradal, ó, más principalmente, de las Navas de Tolosa. La Iglesia española ha celebrado siempre el 16 de Julio una festividad titulada *El triunfo de la cruz*, en conmemoración de tan feliz suceso, en que alcanzó la fe de Cristo uno de sus triunfos más insignes, y, por sus consecuencias, uno de los más importantes.

Cuentan los analistas, que el ejército catalán-aragonés sobresalió briosamente en el combate, cubriéndose de gloria, con especialidad el rey D. Pedro, que ganó en esta jornada fama de ser uno de los mejores caballeros de su tiempo. Del rey de Navarra se dice que rompió á hachazos la cadena que rodeaba el campamento moro, y desde entonces campean trozos de cadena por timbre principal en el escudo navarro.

1 Serra y Postius es el autor que esto escribe en su *Historia de Montserrat*, pág. 129.

El analista Zurita refiere que, uno de los despojos que tocaron á D. Pedro de Aragón, fué la tienda del rey de los almohades, que era riquísima, de seda de color carmesí, y también que el monarca castellano mandó entregar á los reyes de Aragón y de Navarra, para que se lo partieran, todo lo que se encontró en el serrallo de Mohamed [1]. Otro escritor cuenta que los despojos que al rey D. Pedro pertenecieron, los remitió al Sumo Pontífice [2]; añadiendo que la lanza y estandarte del rey moro que él ganó, fué por él ofrecida al príncipe de los apóstoles, San Pedro, en cuya basílica fueron colgados.

Esta batalla abrió á los cruzados las puertas de Andalucía, tomaron varios castillos y plazas, se apoderaron de Baeza, donde es fama que se mostraron por demás crueles y sanguinarios con los vecinos, y se encaminaron á poner sitio á Ubeda. Asaltaron valerosamente esta ciudad, siendo un escudero aragonés de Lope Ferrench de Luna el que primero subió al muro, pero no consiguieron rendir la plaza, precisando las escaseces y dolencias á la hueste cristiana á tratar de retirada. Regresó, pues, el ejército á Calatrava, donde se hallaron con el duque de Austria, Leopoldo que, al frente de un buen número de tropas alemanas, venía para ayudar á los españoles. Fué inútil su auxilio, pues que la campaña se daba ya por terminada, y se separaron los reyes aliados, yéndose á Toledo los de Castilla y Navarra, y regresando á Aragón D. Pedro en compañía del duque de Austria que era su pariente [3].

1 Zurita, lib. II, cap. LXI.

2 Serra y Postius, en la obra y página citadas.

3 Los autores que se han consultado para escribir este capítulo, son: el arzobispo de Toledo, Romey, Conde, Viardot, Alcalá Galiano, en su ampliación de lo escrito por Dunham, Lafuente, Ortiz de la Vega, Cortada, Zurita y Feliu. En este último autor, y al final del cap. V de su

CAPÍTULO XIX.

D. Pedro renueva sus instancias para el divorcio.—El conde de Tolosa pide protección á D. Pedro.—El rey envía embajadores á Roma. —Carta del Papa á los legados á propósito de las quejas y demandas del rey de Aragón.—Carta á Simón de Montfort por la misma causa. —El rey de Aragón en Tolosa.—Concilio de Lavour, al cual se presenta D. Pedro.—El rey de Aragón se declara abiertamente por el conde de Tolosa.—Recibe el juramento de los condes y habitantes de Tolosa.—Acude al Papa en apelación de la sentencia dada por el concilio.

(1213.)

Con el lauro inmarcesible de la victoria, con la satisfacción de haber contribuído á desbandar aquella hueste poderosa de sarracenos que amenazaba á la cristiandad entera, volvióse D. Pedro á su reino, y se cuenta que lo primero en que se ocupó, fué en renovar sus instancias al Papa para la disolución de su matrimonio. Invencible odio le había cobrado el rey á su esposa. Pronto se verá como todas las instancias del monarca aragonés fueron inútiles, sin embargo de que estaba persuadido de lo contrario, creyendo que los servicios prestados al Papa, le daban derecho hasta cierto punto á encontrarle propicio á sus deseos. De tal manera creía él en la próxima disolución de su matrimonio, que estaba ideando ya un nuevo enlace, como tendremos ocasión de observar.

Mientras D. Pedro estuvo ocupado en la guerra contra los moros, continuó cada vez más encarnizada la lucha del conde de Tolosa con Simón de Montfort á la

lib. XI, se halla la lista de los caballeros catalanes que acompañaron á D. Pedro en esta jornada.

otra parte de los Pirineos. La suerte de las armas no había favorecido por cierto al de Tolosa ni á los de Foix, Comminjes y otros caballeros que con él se habían aliado. Simón de Montfort fué dominando poco á poco el país y apoderándose de plazas y puntos importantes; á últimos de Setiembre de 1212, después de haber entrado en Muret, llegó á extender sus correrías hasta las puertas mismas de Tolosa. Entonces el conde Raimundo, viendo que se le iba así despojando poco á poco de sus dominios, y que casi no le quedaban ya más plazas importantes que Tolosa y Montalbán, decidió pasar á implorar el auxilio de su cuñado el rey D. Pedro, que le prometió protegerle, y que tomó en efecto calurosamente su defensa y la de su hijo, enviando una embajada solemne á Roma para moderar el enojo del Papa, á quien sus legados habían irritado en extremo contra el de Tolosa [1].

Según parece, los embajadores del aragonés fueron el obispo de Segorbe y un llamado Columbi, se ignora si caballero ó eclesiástico [2]. Llegados á Roma, se quejaron de las vejaciones que los legados y Simón de Montfort ejercían, y defendieron en nombre del rey D. Pedro los intereses de los condes de Tolosa, padre é hijo, en la audiencia que les concedió el papa Inocencio III á principios de Enero de 1213. Oyóles el Papa benignamente, y escribió el 18 del mismo mes la siguiente carta al arzobispo de Narbona y demás legados suyos:

«Nuestro querido hijo Pedro rey de Aragón, nos ha hecho saber que había rehusado auxiliar al vizconde de Beziers su vasallo, el cual imploraba su protección, después de publicada la cruzada contra los herejes provenzales, cuando los cruzados hubieron entrado en las tie-

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 231.

2 Idem, pág. 234.

rras del dicho vizconde; y que para no retardar la ejecución de los designios de la Iglesia, antes había preferido faltar á los católicos, que proteger á los herejes mezclados con ellos; de manera, que el vizconde, hallándose sin apoyo, ha perdido todos sus dominios y *ha sido en fin muerto miserablemente*. Vosotros, arzobispo de Narbona y Simón de Montfort, habiendo conducido en seguida el ejército de los cruzados á los dominios del conde de Tolosa, no os habéis limitado á invadir los lugares donde había herejes; sino que hasta os habéis apoderado de aquéllos en los cuales no existía recelo alguno de herejía: pues que, habiendo exigido el juramento de los pueblos del país, y habiéndoles permitido morar en ellos, no es ciertamente verosímil que sean herejes. Los mismos embajadores nos han dicho que vosotros habéis usurpado los bienes ajenos con tanta avidez y tan poco cuidado, que apenas le quedan al conde de Tolosa de todos sus dominios la ciudad del mismo nombre, con el castillo de Montalbán. Entre estos dominios usurpados, el rey de Aragón marca el país que Ricardo rey de Inglaterra dió á su hermana al casarla con dicho conde, las tierras de los condes de Foix y de Comminjes, y las de Gastón de Bearne. También el rey de Aragón se queja de que vosotros, arzobispo de Narbona y Simón de Montfort, habéis obligado á los súbditos de estos tres condes, no obstante ser sus vasallos, á prestar homenaje de fidelidad á otro en los dominios que habéis invadido. Añade que á su regreso de la guerra contra los sarracenos, habiéndole ido á encontrar el conde de Tolosa, y habiéndole expuesto lo que ha sufrido de parte de los cruzados, atribuyó á sus pecados la negativa de la Iglesia en recibir la satisfacción que ofrecía, hallándose dispuesto á ejecutar todas nuestras órdenes en todo lo que sea posible; que este conde le dijo en seguida que le entregaba todos sus dominios,

su hijo y su mujer, hermana suya, á fin de que tomase su defensa, ó le abandonase según juzgara más á propósito. El rey manifiesta asimismo que, no siendo justo que la pena sea mayor que el delito, nos suplica humildemente que conservemos el condado de Tolosa para el hijo de este conde, que jamás ha sido imbuído en error, y que no lo será jamás tampoco por la gracia de Dios. Promete guardar en su poder tanto al hijo del conde de Tolosa como al conde mismo, todo el tiempo que nos plazca, á fin de hacer instruir al primero en la fe y tener cuidado de su educación, y procurar también por todos medios estirpar la herejía en el reino de Aragón, y hacer que florezca la fe católica; con oferta de dar para todas estas cosas la garantía que le pida la santa sede. Por fin, ha declarado que el conde de Tolosa está pronto á cumplir la penitencia que queramos imponerle, é ir á servir contra los infieles, sea en los países de Ultramar, sea en España en las fronteras de los sarracenos. Como el asunto es delicado, debe procederse con mucha atención para no destruir ligeramente lo que con tanta pena se ha llevado á cabo. Por esta razón os ordenamos reunir un concilio y convocar á todos los arzobispos, obispos, abades, condes, barones, cónsules y rectores que tengáis por conveniente; y después de haberles participado las demandas y deseos del rey de Aragón, que deliberen sin ninguna consideración humana, enviándonos su parecer y dictamen á fin de estatuir en seguida lo que más acertado nos parezca.»

Al mismo tiempo escribió también el Papa á Simón de Montfort en los siguientes términos: «El ilustre rey de Aragón nos ha hecho saber por sus embajadores que, no contento con haber triunfado de los herejes, habéis vuelto las armas de los cruzados contra los pueblos católicos; que habéis derramado la sangre de los inocentes é invadido, en perjuicio suyo, las tierras de los condes

de Foix, de Comminjes y de Bearne, sus vasallos, á pesar de que los pueblos de estas tierras no eran sospechosos de herejía. Dichos embajadores nos han asegurado que, pues vos habéis exigido el juramento de fidelidad de los mismos pueblos, permitiendo á sus habitantes morar en el país, deben ser católicos, siendo esta conducta una confesión tácita de vuestra parte, á menos de querer pasar vos mismo por valedor de herejes. Se lamentan los embajadores de que, mientras el rey su señor hacía la guerra contra los sarracenos, habéis vos usurpado los bienes de sus vasallos, aprovechándoos de esta ocasión en que les habíais á él imposibilitado de socorrerles, y como el rey está resuelto á continuar aquella guerra, pide, para poder consagrarse á ella por completo, que sus vasallos sean restablecidos en sus dominios. No queriendo, pues, privarle de sus derechos, ni hacerle retroceder en sus loables designios, os ordenamos que restituyáis á él y á sus vasallos todos los dominios que les habéis invadido, por temor de que, reteniéndolos injustamente, no se diga que habéis trabajado en provecho propio y no en el de la causa de la fe [1].»

También se quejó D. Pedro al Papa que, habiendo dado en feudo á Simón de Montfort la ciudad de Carcasona, éste no cumplía con él sus deberes de feudatario; y ante esta nueva queja, Inocencio III volvió á escribir á Simón mandándole que tributara al monarca los honores que le eran debidos.

Aún hay otra carta del mismo Papa, escrita por aquel tiempo al arzobispo de Narbona. Según se ve, los embajadores del rey de Aragón habían influído notablemente en el ánimo del Pontífice, haciéndole apreciar el estado de cosas de distinta manera que sus legados. Escribió, pues, al arzobispo y le dijo que estando ya en

1 Cartas 212 y 213 de las de Inocencio III.

buen camino el asunto de la herejía que infestara la Provenza, convenía emplear las armas de los cristianos contra los sarracenos de España, los cuales estaban haciendo grandes esfuerzos para reparar sus pérdidas. «Al efecto, continuaba, os ordenamos que conferenciéis con Pedro, rey de Aragón, y con los condes, barones y otras personas prudentes que juzguéis á propósito convocar, á fin de establecer la paz ó la tregua en la provincia sin fatigar más al pueblo cristiano [1].»

Por desgracia, todas las buenas intenciones del Papa, todos los buenos deseos de D. Pedro se estrellaron ante la resolución invencible de los legados. La pérdida del conde de Tolosa estaba jurada, y el de Montfort había ya consentido sin duda interiormente en ser dueño de aquel condado, como lo era del de Carcasona y Beziers.

El rey D. Pedro pasó los Pirineos y se dirigió á Tolosa, por cuyas cercanías se había de efectuar el concilio ordenado por el Papa, y hallándose en ella, sin inquietarse por estar en una ciudad excomulgada ni por tener comunicaciones con hombres anatematizados, armó caballeros á varios señores, conforme dicen los anales de aquella ciudad.

Obedeciendo á las indicaciones del Papa, reunióse el concilio que debía tratar de los asuntos del conde de Tolosa y escuchar las demandas de Pedro de Aragón. Fué congregado en Lavaur, y asistieron los arzobispos de Narbona y de Burdeos con varios obispos y abades. Reunido el concilio, invitó al monarca aragonés á pasar á Lavaur. Presentóse, pues, D. Pedro, y suplicó á la asamblea que se restituyesen á los condes de Tolosa, de Foix y de Comminjes y al vizconde de Bearne, los dominios que se les habían quitado. El arzobispo de Narbona, presidente, le contestó que consignara sus

1 Inocencio III, lib. XV, ep. 215.

demandas por escrito y las enviase al concilio en pliego cerrado y sellado. Pidió entonces el rey una tregua ó suspensión de armas por ocho días, á la que accedió Simón de Montfort, regresando D. Pedro á Tolosa y enviando tres días después al concilio la memoria que sigue [1]:

«Como nuestra santa madre la Iglesia tiene no sólo instrumentos para castigar, si que también pechos para amamantar, yo, Pedro por la gracia de Dios rey de Aragón, pido humildemente y con instancia á vuestra santidad favor para el conde de Tolosa, que desea ardientemente volver á entrar en el seno de la Iglesia, dando la satisfacción personal que juzguéis á propósito prescribirle por los excesos que ha cometido y por los perjuicios que ha causado, sea en las iglesias, sea á los prelados, juzgándole con clemencia y misericordia, y devolviéndole los dominios que ha perdido. Si la Iglesia no cree deber escuchar la súplica que le hago en favor de la persona de este conde, pido que al menos se conceda gracia á su hijo, mientras que el padre dará satisfacción de sus culpas, yendo á España ó á las comarcas de Ultramar, según más conveniente se juzgue, para guerrear contra los sarracenos. Se podrá vigilar atentamente la conducta del hijo para que se porte como debe, tanto en honor de Dios como en el de la Iglesia, y no se le dejará la administración de sus estados hasta que de su buen comportamiento haya dado pruebas manifiestas.

»En atención á que el conde de Comminjes no ha sido jamás hereje ni fautor de herejes, y que sus domi-

1 Se hallará en los *Anales de Tolosa*, tomo I, pág. 117. En esta obra, en el lib. XXI de la *Historia del Languedoc*, en el *Arte de comprobar las fechas*, y en la *Colección de epístolas de Inocencio III*, están las fuentes en que ha bebido el autor para la relación de todos estos sucesos.

nios no se le han quitado más que por haber socorrido al conde de Tolosa, su primo y señor, el rey intercede por él como *por su vasallo*, y pide que se le restituyan sus dominios, sin que por esto deje de dar satisfacción á la Iglesia de la manera que se juzgue más á propósito en todo lo que se le halle haber faltado.

»No siendo tampoco hereje el conde de Foix, ni habiéndolo sido nunca, el rey intercede por él como por su querido primo y vasallo, al cual no puede abandonar sin deshonra. Pide que, por consideración á él, se le devuelvan los dominios que se le han tomado, bajo condición también de satisfacer á la Iglesia en lo que hubiese faltado.

»El rey suplica asimismo con instancia, que se devuelvan á Gastón de Bearn su vasallo, y á los vasallos de este vizconde, los dominios que se les han quitado, hallándose todos dispuestos á obedecer las órdenes de la Iglesia, y á conformarse con la decisión de jueces no sospechosos, si no tenéis tiempo de terminar este asunto.

»Finalmente, el rey en todo esto implora más bien vuestra misericordia que vuestra justicia por conducto de sus obispos, eclesiásticos y barones que os envía; prometiendo ratificar todo lo que arregléis con ellos, y suplicándoos que los despachéis prontamente, á fin de poderse servir del socorro de estos barones y del del conde de Montfort para la defensa de la religión en España.»

Cuando no hubiese otros datos, bastaría éste para juzgar de lo fuerte, inmenso y poderoso que había de ser el poder clerical en aquella época. Sumiso y humilde vemos presentarse ante el concilio de Lavaur, á un rey como Pedro de Aragón. Por lo demás, las embajadas al Papa y esta última demanda al concilio prueban que D. Pedro continuaba acariciando el proyecto de marchar contra los sarracenos, y que ansiaba ver terminados los conflictos de la Provenza y en paz á los barones

de aquella comarca, para llevar el ejército cruzado á las fronteras moras. Aquella era, en efecto, la verdadera misión de los cruzados, y algo más cristianamente que sus caudillos pensaba D. Pedro. De todos modos, éste, en sus embajadas al Papa, puso las cosas en su verdadero terreno: le hizo ver que era la codicia y no la piedad la que armaba á los cruzados; que lo que se llevaba á cabo era la destrucción del país más bien que la de la herejía; que más católicos que albigenses morían á manos de los cruzados en aquella lucha, y que eran ambiciones bastardas, espíritu de venganza y deseos de impura codicia los que impulsaban á Simón de Montfort y á los legados á continuar aquella guerra, torpemente llamada santa.

No tardó en recibir D. Pedro la contestación del concilio á sus demandas. Le fueron negadas todas, enviándole un largo capítulo de cargos contra sus protegidos. El monarca aragonés, por conducto de sus embajadores, pidió al concilio que Simón de Montfort concediese una tregua al conde de Tolosa hasta Pentecostés ó hasta Pascua al menos. Esperaba recibir en este intermedio una respuesta favorable de Roma, y confiaba, sin duda, en que la noticia de la tregua impediría á los pueblos de Francia cruzarse para ir en auxilio de Montfort; pero los obispos rechazaron la demanda.

Viendo entonces D. Pedro que nada podía conseguir; que se le negaba cuanto pedía por aquellos hombres, cuya misión debía ser de paz y fraternidad y no de guerra y de venganza; conociendo que con respecto á ellos la lucha no era de fe y de piedad, sino de saqueo y de codicia, tomó una resolución definitiva, y fué la de declararse protector del conde de Tolosa y de sus aliados. Al propio tiempo, escribió al Papa apelando á él de la negativa del concilio. El arzobispo de Narbona envió una carta á D. Pedro para disuadirle de la resolución que

acababa de tomar: le dijo que si se adhería al partido de los excomulgados lo sería él á su vez, y le amenazó con lanzar el anatema sobre aquellos de sus súbditos que tomasen las armas en favor de los intereses del conde de Tolosa.

Estas amenazas no hicieron mella, sin embargo, en D. Pedro, y nunca quizá como en aquella ocasión mereció con más justicia el renombre de *noble* que le han dado algunos de sus biógrafos. El monarca aragonés, apurados todos los medios de conciliación, no vaciló ya en ponerse de parte del tolosano. ¿Quién puede culparle? Desde aquel momento formó causa común con los condes de Tolosa, de Foix, de Comminjes, el vizconde de Bearn, los caballeros de Tolosa, los de Carcasona que en aquella ciudad se habían refugiado; y, finalmente, con los tolosanos en general que le prestaron juramento de obediencia en Febrero de 1213. El conde de Tolosa y su hijo, pusieron sus personas, su ciudad, sus dominios, y sus vasallos y súbditos, á la disposición y en la posesión real y actual de Pedro de Aragón y de sus tenientes, con la facultad de prometer en su nombre al Papa que harían lo que éste mandase, y la de obligarles á obedecer si se negaban. El *capítulo* ó asamblea de cónsules y magistrados municipales prometió, por su parte, obedecer fielmente y estar á lo que D. Pedro dispusiera [1].

Aun tenía éste esperanzas en el Papa. Así es que, para prevenirle sobre lo acaecido en el concilio de Lavaur y darle á conocer la notoria é insensata injusticia de los obispos y legados, le envió las actas por las cuales, el conde de Tolosa y su hijo, los cónsules y habitantes de esta ciudad, los condes de Comminjes y de Foix con sus hijos, y Gastón, vizconde de Bearn, po-

1 *Historia del Languedoc*, pág. 239 del tomo III.

nían sus personas y bienes en sus manos, con promesa de ejecutar fielmente todo lo que al Papa pluguiera ordenarles. Las copias de estas actas fueron certificadas por el arzobispo de Tarragona y los obispos y abades de sus estados, que le habían acompañado á Tolosa y que fueron por él enviados al concilio para negociar la paz. Confirmaron estos prelados aquellos autos desde Perpiñán el 6 de Marzo de 1213 [1].

Sin embargo de todo, á pesar de la poderosa protección del monarca aragonés y de la notoria justicia de los excomulgados, no hubo piedad ni perdón para ellos. Desgraciadamente, no es esta la única vez que se ve á los hombres de iglesia rechazar, por miras ambiciosas, á los que humildes y contritos se han acercado á ellos para expiar penitentes sus culpas ó sus errores. En cambio, es noble el comportamiento del clero aragonés y catalán en aquellas circunstancias. No abandonaron á D. Pedro, á pesar de formar causa común con los herejes, y junto á él estuvieron siempre, el arzobispo de Tarragona, los obispos de Barcelona, de Segorbe y otros prelados.

1 *Historia del Languedoc*, pág. 242.

CAPÍTULO XX.

D. Pedro envía embajadores al rey de Francia para pedirle la mano de su hija.—Reconoce los derechos de Guillermo al señorío de Montpeller.—El Papa declara bueno é indisoluble el matrimonio del rey. —Reconoce el Papa los derechos de la Reina Doña María al señorío de Montpeller.—Antes había reconocido los de Guillermo.—Quejas de la reina de Aragón al Papa contra los habitantes de Montpeller. —Muerte de la reina en Roma.

(1213.)

Conviene decir, á todo esto, que D. Pedro continuaba cada vez más encariñado con sus ideas de divorcio, y que era, por lo visto, un aborrecimiento profundo el que le inspiraba su esposa, y madre de su hijo Jaime, María de Montpeller. Hallándose dispuesto á entrar en campaña, para lo cual tenía 1.000 caballeros aragoneses y catalanes prontos á todo [1], envió una embajada al rey Felipe Augusto de Francia. Esta embajada, compuesta del obispo de Barcelona, Berenguer de Palou y de otros caballeros de su corte, cuyos nombres no se citan, llevaba doble mensaje y objeto, político el uno y particular el otro. Los embajadores del rey-conde, iban á pedir al monarca francés la mano de su hija para su señor [2]. Este paso indica que D. Pedro estaba ya completamente resuelto á repudiar á María, aun cuando no le fuese favorable la sentencia del Papa en su demanda de divorcio. Precisamente por aquel entonces recayó

1 *Mille cavaliers des plus valens é ardits que agués en touta sa terra*, dice la crónica del Anónimo.

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 242.

esta sentencia, y al llegar á la corte del rey de Francia los embajadores del de Aragón, no se atrevieron á presentar á Felipe la propuesta del matrimonio de su hija con el rey su señor, porque vieron que en la corte francesa se sabía ya el juicio del Papa respecto al enlace de Doña María, que lo declaraba indisoluble. Los enviados no pudieron, pues, cumplir más que con la parte política de su embajada, de que se hablará luego.

D. Pedro se consideraba ya como separado de su esposa, y parece que, tanto los intereses de ésta como los de su hijo, le importaban muy poco, pues que, hallándose en Tolosa el 24 de Enero del año cuyos sucesos vamos narrando, sin consideración á los derechos que tenían la reina y su hijo Jaime al señorío de Montpeller, reconoció los que pretendía tener Guillermo su cuñado, hijo de Guillermo VIII, señor de Montpeller, y de Inés su segunda esposa [1]. Ya recordará el lector que en otra época, sin embargo, cuando le interesaba casarse con María, había D. Pedro desconocido y rechazado estos derechos de Guillermo.

Sin duda fué esto, al propio tiempo que el asunto de su divorcio, lo que obligó á Doña María á pasar precipitadamente á Roma y á presentarse al Sumo Pontífice. El rey envió en pos de ella un procurador á la capital del reino católico, vióse el pleito del divorcio en pleno consistorio, y el Papa declaró el matrimonio legítimo é indisoluble el 19 de Febrero de 1213. Inocencio escribió al mismo tiempo al rey de Aragón, exhortándole á juntarse de nuevo con la reina su esposa, y «á tratarla con todo el afecto de un marido, sobre todo, añadía, porque de ella tenéis un hijo, y porque es una digna señora, temerosa de Dios, y de mucho mérito.» Al final de la carta le decía que, si se negaba á obedecer, los

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 242.

obispos de Carcasona, Aviñón y Orange le obligarían á ello por medio de censuras eclesiásticas.

Ya hemos visto que no fué sólo el del divorcio, sino otro á más el motivo que obligó á la reina Doña María á emprender su viaje á Roma. Oigamos cómo nos lo refiere el mismo D. Jaime en sus *Memorias:*

«Guillermo de Montpeller, mientras vivía aún su esposa, contrajo nuevo matrimonio con una dama de Castilla, llamada Doña Inés, de cuyo padre no recordamos el nombre; y tuvo de este segundo enlace cuatro hijos: uno, llamado En Guillermo, como su padre, que fué señor de Peyollá durante su vida; otro, En Berguño; otro, En Bernardo Guillermo, á quien Nos heredamos y casamos con la hija de En Pons Hugo, hermano de otro Hugo conde de Ampurias, llamada Juliana, y que por parte de madre era del linaje de los Entenzas; y otro, finalmente, que tenía por nombre *Tortoseta*, y fué educado en la corte de nuestro padre [1]. Guillermo, el mayor, pretendió luego que por ser él varón le correspondía el señorío de Montpeller; pero elevada la causa ante el Papa, y habiéndose presentado nuestra madre en la corte romana para sostener su derecho y lograr que como heredero suyo fuésemos Nos declarado señor de aquellos dominios, obtuvo la favorable sentencia que se halla inserta en una de las decretales. Por ella declaró el Pontífice que los hijos de En Guillermo de Montpeller y de Doña Inés, debían ser tenidos por ilegítimos, como engendrados en adulterio, viviendo todavía la primera esposa de Guillermo, y adjudicó á nuestra madre

1 Este *Tortoseta*, de que habla D. Jaime, debe ser el hijo de Guillermo, llamado Tomás, á quien es fama que se dió el nombre de *Tortoseta* ó *Tortosa*, por haberle dejado su padre al morir los derechos que sobre la ciudad de Tortosa tenía, y que provenían desde su conquista y aun de antes. Puede verse el testamento de Guillermo de Montpeller en la *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 118.

la reina Doña María y á Nos aquel disputado señorío [1].»

Es positiva esta sentencia del Sumo Pontífice, de que nos habla D. Jaime, pero vemos que éste guarda profundo silencio sobre dos hechos muy importantes; el primero es la donación de la ciudad de Montpeller, hecha por D. Pedro á Guillermo [2]; y el segundo es el que el Papa, en Junio de 1212, había reconocido también los derechos de Guillermo, pues escribió una carta á la reina de Aragón y á los habitantes de Montpeller diciéndoles que la jurisdicción sobre aquel país pertenecía á Guillermo, y ordenándoles que le restituyesen la ciudad [3].

Verdad es que luego pasó como lo cuenta D. Jaime en su crónica, y el Papa revocó por otra disposición el reconocimiento de Guillermo como señor de Montpeller; pero bueno es citar lo de D. Pedro y lo del Pontífice, como otra de las muchas pruebas que pueden alegarse en favor de los erróneos juicios de los hombres y de las ligerezas é inconsecuencias humanas.

Encontrándose en Roma la reina Doña María, hallamos que se quejó al Papa de la conducta de los habitantes de Montpeller, los cuales le retenían injustamente y se negaban á darle las rentas de esta ciudad y de sus dependencias, que le pertenecían de derecho, y que el rey su esposo les había empeñado. Apoyaba Doña María sus quejas en que, constituyendo estas rentas parte de su dote, no era dueño de empeñarlas su marido, á más de que los habitantes de Montpeller se cobraban ya mucho tiempo hacía, y que por consiguiente podían sobradamente haberse reembolsado la suma de di-

1 Crónica de *Jaime el Conquistador*, escrita por él mismo (traducción de Flotats y Bofarull), cap. III.

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 242.

3 Es la epístola 104, de las de Inocencio III.

nero adelantada á su esposo, de que ya hemos hablado en uno de los capítulos anteriores. También se quejó de que le hubieran destruído el castillo ó palacio que tenía ella en Montpeller, de que se habían apropiado los materiales, y de que, erigiéndose en señores de la ciudad, usurpaban todas las autoridades, creando y nombrando cónsules y magistrados sin su participación y contra su voluntad, y arreglando y ordenando en su nombre todos los asuntos. Finalmente, se quejaba de que para alimentar la discordia entre ella y su marido, la habían arrojado de un castillo del que tenía la señoría, y habían hecho jurar á D. Pedro que no entraría en Montpeller por el término de dos años [1].

Estas quejas de Doña María indican sobradamente que la especie de malestar que se notaba en Montpeller, podía tener origen en el partido que existía favorable á los hijos de Guillermo, ó en la propensión de sus habitantes á la independencia, y quizá en ambas cosas á un mismo tiempo. El 12 de Abril de 1213 el Papa dió un decreto condenando á los habitantes de Montpeller, en virtud de las quejas de Doña María, á pagarle los gastos que ella había hecho y á darle la mitad de las rentas de su patrimonio.

Pocos días después de dada esta disposición por el Papa, falleció en Roma la reina Doña María, que fué, según parece, tan virtuosa como desgraciada. Sintiéndose peligrosamente enferma por haberle atacado unas calenturas malignas, hizo su testamento en 20 de Abril, instituyendo por su heredero á su hijo Jaime, y sustituyéndole sus hijas Matilde y Petronila, habidas en su matrimonio con Bernardo, conde de Comminjes, su anterior marido [2]. Su muerte tuvo lugar á últimos de

1 *Marca hispánica*, cap. XXVI, del *Gesta comitum*.—*Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 243 y 44.—Inocencio III, cap. XVI, ep. 23.

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 244.

Abril de 1213 [1]. Todos los historiadores elogian á esta princesa, y he aquí lo que de ella dice su propio hijo D. Jaime, capítulo VI de su crónica:

«En cuanto á la Reina nuestra madre, baste decir, que si mujer buena había en el mundo, era ella; temerosa de Dios, amiga de honrarle, y dotada de tantas perfecciones que, por decirlo de una vez, era estimada de todos los hombres. Fué tanto lo que la amó el Señor y tanta la gracia que le otorgó, que en Roma y fuera de Roma ha merecido ser llamada *la reina santa*. Sana á muchos enfermos que toman en vino ó agua roeduras de la piedra de su sepulcro, y está sepultada en Roma en la basílica de San Pedro, junto á Santa Pretonila, la hija del apóstol.

CAPÍTULO XXI.

Embajada al rey de Francia.—Llega D. Pedro á Cataluña.—El rey de Aragón desafía á Simón de Montfort, y éste le devuelve el reto.—El Papa escribe al rey confirmando la excomunión y la cruzada.—Don Pedro se une al conde de Tolosa.—Sitio y asalto de Muret.—Simón de Montfort acude en auxilio de Muret.—El rey de Aragón se niega á la entrevista que le piden los obispos.—Rechaza también las proposiciones de Montfort.—Batalla de Muret.—Muerte del rey de Aragón.—Simón de Montfort ante el cadáver de D. Pedro.—D. Pedro sepultado en Sijena.

(1213.)

Al hablar de la embajada que mandó D. Pedro al rey de Francia, compuesta del obispo de Barcelona y de otros señores, se ha dicho que llevaba una misión política. No ignoraba por cierto el rey de Aragón que el

1 *Thalamus* menor del archivo de Montpeller, Zurita dice equivocadamente que murió en 1219, y le siguen en este error Ortiz de la Vega y otros autores de nota.

de Francia, cuyas relaciones con el conde de Tolosa se habían enfriado mucho por causas que no son de este lugar, apoyaba la cruzada contra los albigenses, aunque con notoria repugnancia. D. Pedro trató de evitar que este monarca la protegiese ostensiblemente permitiendo que su hijo Luis se cruzara, y al efecto envió á su corte á los citados embajadores, dándoles el encargo de publicar en Francia que el Papa, por su carta al arzobispo de Narbona, había revocado la cruzada contra los albigenses. Quería impedir con esto que Simón de Montfort recibiese refuerzos; y por el mismo motivo envió copias de esta carta, selladas con los sellos de los obispos aragoneses y catalanes, al rey Felipe, á la condesa de Champagne y á todos los grandes del reino.

Los embajadores del monarca aragonés obtuvieron un éxito feliz en su misión. Felipe Augusto, que había consentido ya en que su hijo tomase la cruz, y que hasta había fijado el día de su partida para el teatro de la guerra, cambió de ideas á causa de lo que en nombre de D. Pedro le manifestaron sus embajadores, y obligó al joven príncipe, lo propio que á todos los caballeros que habían decidido acompañarle, á demorar su partida. El hecho fué, que los obispos de Tolosa y Carcasona, que pasaron á la corte de Francia para predicar la cruzada contra los herejes y contrabalancear con su influencia la de los embajadores de D. Pedro, no obtuvieron apenas ningún resultado.

En el ínterin, D. Pedro se fué á Perpiñán, donde estaba en Marzo, y parece que envió á citar al de Montfort para Narbona, á fin de tener una conferencia. Si hemos de creer al analista aragonés, de Perpiñán se vino á Cataluña y llegó hasta Lérida, ordenando un levantamiento de tropas para acudir en auxilio del conde de Tolosa, á quien probablemente había dejado los 1.000 caballeros de que se ha hecho mención, entre los cuales

estaban Nuño Sánchez su primo, Jimeno Cornel, García Romeu (su alferez de las Navas), Guillén de Cervera, Guillén Ramón de Moncada, Guillén de Cervelló, Guillén de Perejez y Berenguer de Peramola [1]. Es de presumir fundadamente por lo que luego se verá, que, de estos caballeros, Nuño Sánchez y el de Moncada vinieron con él á ordenar los socorros y se quedaron aún disponiéndolos cuando él se volvió.

Hallábase Simón de Montfort en Lavaur cuando recibió el mensaje del rey citándole para Narbona, y fué á esta ciudad; pero no encontró á D. Pedro, que por aquel tiempo había ya marchado á Cataluña sin esperarle. Sin embargo, antes de partir dejó á uno de sus capitanes, cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros, el encargo de presentarse al de Montfort y desafiarle formalmente en nombre suyo. Un cuerpo de catalanes fué también enviado en pos del mensajero-retador para talar las tierras de Simón. Éste, recibido el cartel, comisionó á otro caballero para que partiese en busca del rey de Aragón y se informase de su propia boca si el reto era verdadero. En este caso, debía declararle, en nombre de Simón de Montfort, que no creía haberle faltado en nada, asegurarle que estaba pronto á cumplir con todos sus deberes de vasallo respecto á él, y ofrecerle, si se quejaba de que él se hubiese apoderado de las tierras de los herejes por orden del Papa y con el auxilio de los cruzados, que se adhiriesen entrambos al juicio del Papa ó al de su legado el arzobispo de Narbona. Simón encargó al propio tiempo á su mensajero que entregase una carta al rey, si este monarca insistía en su reto, en cuya carta le desafiaba á su vez, declarándole que estaba pronto á defenderse contra él y contra

1 Zurita, lib. II, cap. LXIII.—De esta venida de D. Pedro á Cataluña no hablan los historiadores del Languedoc.

los demás enemigos de la Iglesia. El embajador se presentó al monarca aragonés, en busca del cual vino sin duda á estas tierras, siendo recibido por D. Pedro en plena corte, ante la cual ejecutó su comisión. Informóse primero de si el reto por parte del rey era positivo, y al asegurarle éste que era real y cierto, leyó la carta de Simón de Montfort, cuya lectura encendió en cólera al aragonés y á los de su corte.

A todo esto, y mientras tales sucesos tenían lugar, el concilio de Lavaur había enviado dos prelados al Papa, los cuales le presentaron las cosas de distinta manera que los embajadores del rey de Aragón, haciendo que se obrase una revolución en su ánimo. Interesados en que siguiera adelante la persecución, clamaron abiertamente por la ruina de Tolosa y el exterminio de sus habitantes, diciendo que la salud de los cristianos dependía de que aquella nueva Sodoma fuese anonadada. El Papa recibió cartas de casi todos los obispos del país en este sentido. Inocencio III tuvo que ceder á semejante encarnizamiento; la política ahogó la piedad; la codicia se hizo superior á la fe. Así, pues, retiró lo que había escrito al rey de Aragón, y volvióle á escribir de nuevo, amenazándole con el rayo de su ira y la cólera del Vaticano si se oponía á que se continuara una obra santa, en la que estaban interesadas la causa de Dios y la de la Iglesia [1]. Apesar de esta carta y de estas amenazas, Pedro *el Noble* no desistió, y se dispuso á pasar los Pirineos para juntarse con los excomulgados y con sus caballeros.

Al saber Simón de Montfort que se acercaba D. Pedro, envió á decir á su hijo Amauri, que estaba sitiando Rochefort, que levantase el sitio y fuese á unírsele.

1 Se halla esta carta en la colección de las de Inocencio III. Es la 48 del lib. XVI.

Después de haber juntado padre é hijo sus huestes, permanecieron á la defensiva y no se atrevieron á extender mucho sus correrías, pues que los preparativos del rey de Aragón y las instancias de los caballeros que este monarca había dejado en Tolosa, habían obligado á la mayor parte de los castillos situados en las cercanías de esta ciudad á abandonar el partido de los cruzados, para volver á entrar bajo la obediencia de su antiguo señor el conde Raimundo. Al frente de un cuerpo de catalanes, D. Pedro cruzó la Gascuña, apoderándose de varias plazas que el de Montfort había sometido, y fué en seguida á juntarse en Tolosa con el conde Raimundo y los de Foix y de Comminjes que le esperaban. Todas sus fuerzas reunidas formaban una hueste de tres mil caballeros y 40.000 infantes.

Reunido por D. Pedro un consejo de jefes y capitanes para abrir la campaña, se decidió comenzar las operaciones por el sitio y asalto del castillo de Muret, cuya guarnición no cesaba de hacer correrías hasta llegar al pie de los mismos muros de Tolosa. Muret era entonces, y es aún, una pequeña villa situada en la orilla occidental del Garona, al S. y á tres leguas de Tolosa. Hacia allí se dirigió el monarca aragonés con su gente, llegando y acampando ante sus murallas el 10 de Septiembre de 1213. Inmediatamente comenzó el sitio y jugaron las máquinas para derribar los muros. Dióse al día siguiente el asalto de una de las puertas de la población, y D. Pedro se apoderó del primer barrio, á pesar de la vigorosa resistencia de los sitiados, que se refugiaron en el segundo y en el castillo. Suponen algunos autores que, si los sitiadores hubiesen seguido adelante, les hubiera sido facilísimo apoderarse aquel mismo día de la plaza; pero parece que en lo más recio del combate recibieron aviso de que se veían aparecer á lo lejos los emblemas militares de Simón de Mont-

fort, el cual acudía en auxilio de la villa sitiada, y á esta noticia D. Pedro mandó tocar retirada, abandonando el barrio que se había ya tomado, y volviéndose á su campo en donde se hizo fuerte. Esta retirada, y el no haberse apoderado de la plaza, fueron causa de la desgracia que le sobrevino [1].

Era en efecto Simon de Montfort el que llegaba, al frente de un escogido cuerpo de tropas. La guarnición de Muret, al verse amenazada de un sitio, le había enviado á pedir un pronto socorro, informándole que la plaza estaba completamente desprovista de víveres. Inmediatamente fué el conde en su auxilio, y se cuenta que al pasar por la abadía de Bolbonne, dijo á Maurin, más tarde abad de Pamiers, que iba á socorrer á Muret, y que si los sitiadores le esperaban en su campo no vacilaría en atacarles.—«No sois bastante fuerte, le replicó Maurín, al decir de un cronista provenzal, para mediros con el rey de Aragón, príncipe muy experto en el arte militar, que tiene bajo su mando una hueste numerosa y que está unido á varios condes muy valientes.» Simón entonces sacó un papel de su escarcela, y rogó á Maurín que lo leyese. Era una carta que el rey de Aragón escribía á una dama, esposa de un gran señor de la diócesis de Tolosa, en la cual, después de saludarla, le decía que por amor hacia ella había venido á arrojar del país á los franceses. Maurín, después de la lectura de esta carta, que un criado de la dama interceptara, para enviarla á Simón, le dijo á este general:—

1 *Et adonc es vengut lo dit rey d' Aragó, et las ditas gents á faictas recular et laissar lo dit assault et tuaria* (matanza), *et al dit sety les á faict retirar, so que per lo dit rey fouc gran folia; car aprés s' en repentit, coma será dita ainsi aprés. La causa perque fec laissar lo dit assault, fouc per so que cascun ly venguet dire que lo conte Montfort venia an ung grand secours secorre los del dit Muret*, etc. (Crónica del Anónimo provenzal, col. 52).

«Y bien, ¿qué pretendéis decir con esto?»—«Pretendo decir, contestó Simón, que no creo posible que el rey de Aragón derribe la obra de Dios por una meretriz.» Varios de los cronistas franceses y provenzales que han hablado de este hecho, lo han referido como suponiendo que el rey D. Pedro había escrito esta carta á una de sus queridas; pero dos importantes obras lo interpretan quizá más juiciosamente y con más verdad crítica. La dama en cuestión no era otra que Leonor ó Sancha, hermanas ambas del rey y esposas, la primera del conde de Tolosa, padre, y la segunda del hijo, y por amor hacia ellas y por sus intereses fué por lo que el rey su hermano tomó las armas contra los cruzados [1].

Simón de Montfort fué adelantándose y logró entrar en Muret y reunirse con los sitiados, sin encontrar oposición por parte de los sitiadores ó sin que éstos tuviesen tiempo de oponérsele. La entrada de Montfort en Muret se efectuó el 11 de Setiembre. El obispo de Tolosa, que iba con los cruzados y algunos otros prelados, quisieron intentar un arreglo, y enviaron al campo del rey de Aragón dos religiosos con encargo de pedirle una conferencia. La respuesta del rey fué la siguiente:—«Por cuatro bandidos que esos obispos traen consigo, no vale la pena de que Nos les concedamos una entrevista.»

Hay quien dice que al día siguiente Simón de Montfort ofreció á D. Pedro entregarle el castillo de Muret

1 *Marca hispánica*, pág. 522.—*Historia del Languedoc*, pág. 249 del tomo III.—En un libro muy interesante titulado *La batalla de Muret*, por Henri Delpech, publicado muchos años después de la primera edición de esta obra, se cuenta también esta anécdota; pero el autor cree que la carta no iba dirigida por D. Pedro á una de sus hermanas, "pues entonces, dice, Montfort no la hubiera llamado *meretriz*; sino á una de las varias damas galantes con quienes D. Pedro sostenía relaciones, y que supieron con sus galanteos atraerle al partido de los indígenas.„

y todas sus dependencias, pero que el aragonés rechazó esta propuesta, á menos que el general cruzado no se rindiera á discreción con toda su hueste. Esta proposición de convenio está confirmada por un párrafo de la crónica del rey D. Jaime, que la indica sin particularizarla. Rechazada por D. Pedro toda avenencia con los obispos y con el caudillo de los cruzados, ya no había más recurso que la batalla.

Ésta tuvo lugar aquel mismo día 12, según unos; según otros, el 13. Montfort alineó sus tropas en una explanada inmediata á Muret y las repartió en tres cuerpos, dando el mando de la vanguardia al caballero Verles de Encontre, el del centro á Boucard ó Bouchard de Marly, y quedándose él, Montfort, al frente de la retaguardia. Los sitiadores celebraron consejo al ver esta evolución. Dícese que el conde de Tolosa quería esperar á los cruzados á pie firme detrás de las trincheras de su campo, impidiendo con los ballesteros que se acercasen á él; suponía que los dardos y ballestas causarían en sus filas grandes estragos; que se verían obligados á retirarse; que entonces podrían arrojarse sobre ellos y desbaratarlos, y que á esto se seguiría la entrega inmediata de Muret. Afírmase que el rey de Aragón con mucha soberbia rechazó este parecer, muy cuerdo ciertamente, y, manifestando que el obrar así sería dar pruebas de miedo y de cobardía, hizo que los demás capitanes adoptasen su opinión, que era la de salir de las trincheras y marchar resueltamente al encuentro de los cruzados.

Siguiendo este dictamen, toda la caballería de los sitiadores se puso en marcha acto continuo, dejando en el campo toda la infantería ó parte de ella. Los antiguos historiadores no nos señalan el orden de batalla del ejército del rey D. Pedro y sus aliados. Parece que el conde de Foix mandaba la vanguardia, y que el monarca

aragonés, por efecto de su valor, dirigía el centro ó cuerpo principal de batalla, en lugar de ponerse á retaguardia, según costumbre de los reyes. En la crónica de Balduino, conde de Avesnes, se dice que D. Pedro cambió sus armas con las de uno de sus caballeros para no ser reconocido durante el combate [1]. Por lo que toca al conde de Tolosa, permaneció al frente de la retaguardia.

Antes de principiarse la batalla, el de Montfort mandó hacer á sus tropas una falsa marcha, como aparentando que huían; pero en seguida, por un hábil movimiento, se arrojó contra la vanguardia de los aliados con tanto empuje y fuerza, que la obligó á replegarse sobre sus alas. Esta retirada del conde de Foix, que no se efectuó ciertamente sin algún desorden, dejó en descubierto el cuerpo del centro, en el cual se hallaba el rey de Aragón. Por los pendones y estandartes conocieron los cruzados que allí estaba D. Pedro, y alentados por el primer favor que acababan de deber á la suerte de las armas, se arrojaron como un alud sobre el cuerpo de tropas aragonesas, que resistieron valientemente la primera embestida. El choque fué tan violento que, para servirnos de la poética frase de un cronista provenzal, el estruendo de las armas se parecía al que hacen una cuadrilla de leñadores cuando derriban á hachazos los árboles seculares de un bosque.

La segunda línea del ejército de los cruzados acudió para sostener á la primera en aquel instante decisivo, y el cuerpo mandado por D. Pedro se vió envuelto por todas partes. Dos caballeros franceses, llamados Alain de Roucy y Florencio de Ville, que parece se habían desafiado á quién de ellos daría muerte al rey de Ara-

1 *Le Rois d' Arragonne changá ses armes, et fist les siennes vestir á un sien povre chevalier.* Lástima que las crónicas no nos hayan conservado el nombre de ese bravo caballero aragonés ó catalán, que tal prueba dió de amor y fidelidad á su monarca.

gón, contando con su muerte asegurar la victoria, se precipitaron á un tiempo hacia el caballero, que veían revestido con sus armas, y consiguieron llegar hasta él á través de los combatientes. El caballero se defendió lo mejor que pudo, parando los golpes que le asestaban y dándolos á su vez; pero Alain no tardó en conocer que D. Pedro *era mejor caballero*, y abandonó al que atacaba, diciendo á voces: «Este no es el rey de Aragón.» D. Pedro, que se hallaba precisamente no lejos de Alain en aquel momento, dió espuelas á su caballo, y sin cuidar de guardar por más tiempo un incógnito que repugnaba de seguro á su conocido valor, se mostró abiertamente, gritando á su vez:—*¡Ciertamente que no es el rey, pero aquí está!* Y enarbolando al decir esto una maza de armas *turca*, derribó de un golpe al primer jinete francés que se le puso por delante, y se arrojó á lo más crudo de la pelea, haciendo prodigios de valor y dando realmente pruebas de ser uno de los caballeros más valientes, más cumplidos y de más corazón de su época [1].

Terrible fué la embestida de D. Pedro, tanto, que parece desconcertó por un momento á sus contrarios; sin embargo, Alain y Florencio reanimaron el valor de los suyos, aturdidos ante las proezas que ejecutaba un hombre solo, y le rodearon por todas partes, haciendo

1 *Alains de Roucy et mess. Flourens de Villes viren celui qui avoit vestir les armes le roy d' Arragonne: si li courent sous tout ensemble: cilz se deffendi au mieux qu' ilz peut; mais mess. Alains se perceut bien que li roys estoit meilleurs chevaliers; de trop, si s' escriá, et dist cilz molx envers le roy d' Arragonne: ce n' est ilz mie. Quant li roys de Arragonne, qui estoit assez prés du chevalier, oy ces paroles, ilz fery des esperons, et ne se volt plus celer, ains haschá á haulte voix: voirement ce n' est il mie; mais vées le cy: et hausteche une macque turcoise, comme alz qui estoit bons chevaliers, et vaillant, et de gran cuer, et enfiert un chevalier dels nostres, et le fist volar á terre jus de cheval, et puis se lançá en la presse et la fist merveilles d' armes.* (Crónica de Balduino de Avesnes.)

una verdadera carnicería en los caballeros que junto á él se habían agrupado. D. Pedro no cesaba de herir y matar á su vez, gritando *¡Aragón! ¡Aragón!* pero casi todos los que permanecieron á su lado estaban muertos ó heridos [1], y él, entonces, viendo ya perdida la batalla, viendo el destrozo hecho en los suyos, decidió hacer lo único que hacer podía en tal trance un rey de Aragón: morir como bueno en el campo. «Nuestro padre el rey En Pedro—dice con sublime laconismo en su crónica su hijo D. Jaime,—murió en aquella batalla siguiendo la divisa que han tenido siempre los de nuestro linaje y que Nos seguiremos siempre: *Morir ó vencer.*» ¡Bella y admirable frase en boca de tan gran rey!

La muerte de D. Pedro no fué sólo la señal del desaliento, sino de la derrota. Los condes de Tolosa, de Foix y de Comminjes apelaron á la fuga, arrastrando consigo el resto de la caballería, que se desbandó y fué perseguida por los cruzados, los cuales hicieron perecer gran parte de ella. Los infantes, bisoños casi todos, ciudadanos que habían tomado las armas sin experiencia militar, al verse desamparados de sus jefes, se arremolinaron en lamentable confusión, y se dejaron acuchillar por los caballeros de la cruz, que continuaron aquel día su obra de matanza y de saqueo en el santo nombre de Dios y en el de la fraternidad cristiana.

Simón de Montfort, como hábil general, se puso á la cabeza de la retaguardia, y fué marchando lentamente en orden de batalla para sostener sus tropas, que se habían dispersado en persecución de los fugitivos, á fin de que, si los enemigos llegaban á recobrarse, encontrasen

1 *Lo qual rey d' Aragó quand á vista la gran tuaria et desconfitura que l' on fasia de sas gents, el s' es melut á cridar tant qu' á pousgut, Aragó, Aragó: mais, nonobstant tot son cridar, el meteys y demouret, et fonc tuat sur lo camp, amay totas sas gents, ne escapet alcun, que fouc grand domatge de la mort del dit rey.* (Crónica del Anónimo provenzal.)

aquéllas una retirada segura cerca de él. No fué, sin embargo, necesario. La derrota de los aliados era completa. Los fugitivos que llegaron á Tolosa sembraron la consternación en esta ciudad, que no debía tardar en entregarse á las armas cruzadas, y hubo tal afán por huir, que muchos se lanzaron al Garona para pasarlo á nado, pereciendo entre sus aguas. Fué aquella una funestísima jornada para los condes aliados, que se desbandaron, yendo el conde de Tolosa á refugiarse en Inglaterra, después de haber visto pasar á cuchillo la flor de su milicia. De 15 á 20.000 hombres, sólo por parte de los aliados, sucumbieron en los campos de Muret ó en las olas del Garona.

Entre los principales señores aragoneses que fueron muertos al lado de su rey, estaban Aznar Pardo, su hijo Pedro, Gómez de Luna y Miguel de Luesia. No se sabe que sucumbiese ningún catalán de cuenta. D. Jaime, *el Conquistador*, en su crónica, atribuye principalmente la pérdida de la batalla á la falta de plan y á que cada caballero peleó por sí contra ley de armas. A tenor de lo que dice este monarca, su padre llevaba consigo á los nobles de Aragón Miguel de Luesia, Blasco de Alagón, Rodrigo Lizana, Ladrón y Gómez de Luna, Miguel de Rada, Guillermo del Pueyo, Aznar Pardo y muchos otros, y á los catalanes Dalmau de Creixell (hijo sin duda del que murió en las Navas), Hugo de Mataplana, Guillermo de Horta, Bernardo de Castellbisbal y otros. Muchos de estos caballeros, dice, abandonaron al rey en la refriega, en la cual no estuvieron Nuño Sánchez y Guillermo de Moncada, los cuales acudían con las tropas de refuerzo que sin duda habían levantado en Cataluña. Estos dos nobles caballeros enviaron un mensaje al rey antes de comenzarse la batalla para que les esperase, pero D. Pedro no quiso hacerlo, fiando demasiado en su valor y en el de los suyos.

Simón de Monfort, el ambicioso é implacable caudillo de los cruzados, después de haberse apoderado de todo el botín del campo enemigo, en el que halló riquísimos despojos, ordenó que se guardara cuidadosamente á los prisioneros, parte de los cuales murieron en los hierros, rescatándose los otros á costa de gruesas sumas. Terminado todo, el campeón de la cruzada pasó á visitar el campo de batalla, y allí pidió á Manfredo de Belveze y á otros caballeros que estaban presentes cuando muriera el rey de Aragón, que le enseñasen el sitio donde este monarca había muerto combatiendo. Lleváronle allí, y bien pronto reconoció el cuerpo de D. Pedro, que halló en tierra y desnudo, pues la guarnición de Muret había salido en pos de la victoria de los cruzados, y después de haber acabado de matar á los heridos que habían permanecido en el campo, despojó completamente á los muertos. Cuéntase que, Simón de Monfort, al ver á su enemigo tendido en el suelo, ensangrentado y desnudo, no pudo contener el llanto, y los sollozos embargaron su voz al dar disposiciones para retirar el cadáver. También lloró César sobre la cabeza ensangrentada de Pompeyo [1].

1 Las autoridades para todo lo referente á la batalla de Muret y guerra de los albigenses, se hallarán en la crónica en verso de Guillermo de Tudela, en las crónicas latinas de Guillermo de Puilaurens y Pedro de Vaux-sernai; en la francesa, del conde de Avesnes; en la provenzal-catalana, del Anónimo; en los *Anales de Tolosa*, de La Faille, la *Historia del Languedoc*, por los Maurinos; *Arte de comprobar las fechas*, *Marca Hispánica*, *Historia de D. Jaime*, escrita por él mismo, y los cronistas aragoneses y catalanes. Téngase presente, sin embargo, que estos últimos, como en todo lo referente á las cosas de la otra parte de los Pirineos, entran en pocos detalles, son bastante confusos y dan lugar con sus involuntarios yerros á lastimosas equivocaciones.—Recientemente, en 1878, y por consiguiente, muchos años después de publicada esta Historia, se ha escrito en Tolosa un curioso é importante libro que merece ser leído y estudiado, pues da nuevos y curiosos pormenores. Se

El cadáver de D. Pedro fué entregado por Montfort á los caballeros del Hospital, quienes le llevaron á enterrar al monasterio de Sijena, junto con los de aquellos caballeros que como buenos y leales, y en su defensa, perecieran á su lado. Registrando las memorias de dicho célebre monasterio, se halla en efecto, que en Octubre de 1213, llegó á Sijena una fúnebre comitiva, compuesta de caballeros comendadores del hospital de Jerusalén, de canónigos y regulares del hospital de Santa Cristina en los Pirineos y de muchos otros caballeros, escoltando ocho féretros, en los cuales estaban los cadáveres del rey D. Pedro, de D. Aznar Pardo y su hijo, de D. Gómez de Luna, de D. Miguel de Rada, de Don Miguel de Luesia, de D. Blasco de Alagón y de D. Rodrigo de Lizana, víctimas todos de la batalla de Muret. Los siete caballeros fueron sepultados en el atrio de la iglesia, y D. Pedro en el interior del templo, inscribiéndose en su lápida sepulcral un epitafio en que se le llamaba *flor de los reyes, honra del reino, esplendor de la tierra, adorno del mundo, soberano liberal y el más llorado y plañido de todos* [1].

CAPÍTULO XXII.

Hijos que dejó D. Pedro.—D. Jaime.—Doña Constanza.—D. Pedro. —Juicio que de este rey ha formado la posteridad.

El rey de Aragón, D. Pedro *el Católico*, no tuvo de legítimo matrimonio más que un hijo, que fué el gran D. Jaime I, que le sucedió, y del que luego pasaremos á tratar.

titula *La batalla de Muret* y *la táctica de caballería en el siglo* XIII; es obra de Mr. Enrique Delpech y está escrito con crítica.

1 Cuadrado: *Aragón*, págs. 91 y 96.

Fuera de matrimonio tuvo una hija, llamada Constanza, á la cual reconoció públicamente, hallándose en Tahuste, el 7 de Noviembre de 1212, por medio de escritura ó carta dotal, á presencia de varios magnates de su corte, entre ellos Guillén de Cervelló, Gombaldo de Ribelles, García Romeu, Guillén de Claravalls, etc. Fué este reconocimiento con motivo de otorgar la mano de dicha hija al senescal de Cataluña, Guillermo Ramón de Moncada, adjudicándole en dote las villas y castillos de Serós, Aytona y Soses [1].

Por un epitafio que existe en la iglesia-catedral de Lérida, se ha sabido que D. Pedro *el Católico* tuvo también otro hijo natural, llamadro Pedro de Rege, según la inscripción, que dice así: *Anno Dñi MCCLIV, pridie idus septembris obiit Petrus de Rege, canonicu et sacrista istus sedis, qui fuit filius illustrissimi domini regis Petri Aragonum*, etc. Hállase esta inscripción en una lápida de mármol negro, que está en el pilar del crucero de la parte de la Epístola; pero el cadáver fué trasladado en tiempos posteriores á un bello sepulcro gótico, que, no obstante su deterioro, se ve aún en el presbiterio. El erudito anticuario D. Jaime Ripoll insinuó, en uno de sus opúsculos, la idea de que tal vez aquel hijo natural del *Católico* tomó el apellido latinizado *de Rege*, del catalán *Rey* ó *Reig*, propio de su madre. También, dejando á un lado esta opinión, pudiera ser muy verosímil que se le llamase *Petrus de Rege*, latinizando su nombre catalán *Pere del Rey*, ó sea Pedro, hijo del Rey. Confieso, sin embargo, que la opinión del sabio canónigo Ripoll, me parece más probable que ésta pobre mía.

Por lo demás, buen rey fué D. Pedro, y bien merece los elogios que le ha tributado la posteridad, no siendo

1 Zurita, lib. II, cap. LXI.—Bofarull en sus *Condes Vindicados*, tomo II, pág. 231.—Archivo de la Corona de Aragón, núm. 430 de la colección de pergaminos de D. Pedro.

BIBLIOTECA PÚBLICA

de extrañar que su desventurado fin como caballero haya realzado su figura como monarca.

«Fué nuestro padre, dice en su crónica D. Jaime, el rey más cortés y más afable que hubiese habido en España; tan liberal y tan dadivoso, que gastó sus rentas y sus bienes; buen caballero como ninguno en este mundo, y de tan señaladas prendas, que la brevedad de este escrito no nos permite contarlas.»

Aun cuando sea en boca de un hijo, no tiene este elogio nada de exagerado. Defectos tuvo D. Pedro; errores cometió, y algunos muy graves; pero tuvo altas, nobilísimas prendas, que hacen efectivamente de él uno de los más cumplidos caballeros de su tiempo. Tuvo mucho de poeta, y por consiguiente mucho de entusiasta, y así le impelió su entusiasmo místico y piadoso á hacerse feudatario del Papa, declarándose capitán de la Iglesia, como su entusiasmo caballeresco le impulsó á ser el libertador del Mediodía, haciéndose campeón de los oprimidos, contra la misma Iglesia convertida en cruzada. La posteridad ha vacilado entre darle el título de *el Católico* ó el de *el Noble*. Ha prevalecido el primero, á pesar de haber muerto peleando en cierto modo contra la Iglesia. Más le cuadrara el de *Caballero*, por ser en él un título indisputable.

Elevadas prendas de carácter debía poseer, cuando, á pesar de ser ingrato con su madre, infiel con su esposa, disipador de las rentas de sus súbditos y amigo de galanteos y locuras, se hizo amar extraordinariamente en su casa y en su reino, hasta el extremo de que en su epitafio se le pusiera, como queda dicho, que era *flor de los reyes, honor del reino y el más llorado de todos los monarcas*. Y cuenta que este epitafio se escribía sobre la tumba de un hombre que había muerto *impenitente* y *hereje*, al decir de los católicos de entonces, lo que rechaza toda idea de lisonja y de adulación. Y cuenta que

mucho debían amar sus caballeros y sus obispos al rey D. Pedro, cuando no vacilaron en auxiliarle en la guerra contra la Iglesia, á pesar de que debían temer que incurrirían en el anatema y excomunión, arma terrible en aquel tiempo, y á pesar de que marchaban con banderas desplegadas contra los estandartes levantados por los cruzados en el santo nombre de Dios y de la religión.

No falta quien ha querido ajar la memoria de este monarca por haber sido, dice, protector de herejes y haber incurrido en la excomunión de la Iglesia. Ninguna de estas dos circunstancias es exacta. «Tiénese por cierto, añade el P. Duchesne [1], que el rey D. Pedro de tal manera protegía á los albigenses, que nunca adoptó sus errores; pero siempre dejó bien manchado, con aquella *indecente* protección, el renombre de católico que al principio le concedió la razón, y en cuya posesión le mantuvo después injustamente la lisonja.»

Quien haya leído con algún cuidado las páginas anteriores, habrá podido ver á cuántas vías de conciliación apeló D. Pedro antes de decidirse á tomar parte en favor del conde de Tolosa y de los suyos. Apurados todos los medios y todos los recursos, el rey de Aragón se decidió por la causa única porque él decidirse podía. Fué á proteger y amparar las posesiones de sus cuñados, de sus feudatarios, de sus súbditos. La amistad, el honor, el deber, la justicia, la voz de la sangre le llevaron á aquellas banderas; fué á prestar auxilio á quienes no podía negarlo sin faltar á su nobleza y á su hidalguía. Y á más, no hay por qué hablar tan alto en favor de los cruzados. Ya sabemos cuál era, realmente y en el fondo, la causa que éstos defendían: la del interés y de la codicia de sus jefes y de los legados pontificios.

1 Conforme á la traducción del P. Isla.

Por lo que respecta á la excomunión, ni incurrió en ella D. Pedro, ni contra él fué lanzada tampoco. Consta que el día antes de la batalla de Muret, en el acto de celebrarse la misa para los legados, obispos y capitanes de la cruzada, se declararon excomulgados durante el santo sacrificio al conde de Tolosa y á su hijo, al conde de Foix y á su hijo, al conde de Comminjes y á sus aliados, *pero no se quiso comprender al monarca aragonés en la excomunión* [1].

Mr. Guizot, en su *Civilización europea* [2], juzga los hechos de los albigenses bajo un punto de vista político. Para este profundo autor, con motivo de la herejía de los albigenses, estalló la guerra entre la Francia feudal y la Francia municipal: fué, dice, una tentativa de organización republicana que hubo de ser vencida, restableciendo aquella cruzada el régimen feudal en el mediodía de la Francia.

Ni tienen tampoco razón los que culpan á D. Pedro por su amor á las aventuras y á los devaneos amorosos. Su padre, el mismo D. Alfonso *el Casto*, fué dado á ellos. Achaque ha sido esto de la humana naturaleza en todos los siglos, y más aún en aquél en que las costumbres y los usos de la sociedad se prestaban tanto á ello. Las intrigas galantes eran entonces una ley de la sociedad. D. Jaime *el Conquistador* cuenta sencillamente, y como cosa muy natural, que su padre pasó en brazos de una de sus queridas la noche que precedió á la batalla de Muret. En unos manuscritos de aquel tiempo, escritos en lengua provenzal [3], se cuenta también

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 249. Y aun cuando D. Pedro hubiese sido excomulgado, hay que decir aquí lo que D. Braulio Foz, á propósito de este mismo asunto: "Las iras de los hombres no son juicios de Dios.„

2 Lección XVI.

3 Se hallan en la biblioteca de París, núms. 7.225 y 7.698.

con la mayor naturalidad varias aventuras galantes de nuestro D. Pedro. Parece que dieron mucho que hablar sus amores con la bella Adelaida de Boisesson, querida á la vez del trovador Raimundo de Miraval, y se dice que el rey de Aragón se enamoró de ella sin haberla visto jamás, sólo por la relación que de su belleza le hizo Miraval. Deseando conocerla, emprendió un viaje al castillo de Lombers, donde vivía Adelaida, y el pobre trovador, que contaba mucho con la fidelidad de su dama y que de ello se había vanagloriado, hubo de maldecir desde aquel día el viaje de D. Pedro, cuya corte abandonó herido en lo más vivo de su corazón. Sería por lo demás muy curiosa, si pudiera ponerse en claro, la historia galante del rey aragonés, que no se desdeñó tampoco de pulsar la lira en obsequio de las damas y de hacerse trovador por amor á ellas.

Efectivamente, en el manuscrito con obras de los trovadores provenzales que existe en la biblioteca de París, se le coloca en el número de los más célebres poetas de su tiempo, y se transcribe una poesía que se le atribuye [1].

Tal fué D. Pedro: noble, en medio de sus defectos; católico, en medio de sus errores; generoso, leal, caballero siempre, con un valor que llevó hasta la temeridad, con una hidalguía que llevó hasta la exageración.

En 1565, y más tarde en 1625, se alzó la losa que cubría su sepulcro en Sijena. Un testigo dice que el cadáver se conservaba incorrupto y entero, con la boca abierta, mostrando aún su alta estatura, la dureza de su semblante, y en el costado izquierdo la ancha herida por la cual exhaló su vital aliento.

La muerte de D. Pedro hizo estremecer al país, el

1 Núm. 7.225.

cual, como vamos á ver, estaba condenado á una minoría que amenazaba ser sangrienta [1].

CAPÍTULO XXIII.

Montfort se niega á entregar el príncipe Jaime.—El Papa le obliga á entregarlo.—Muerte de Balduino en represalias de la del rey de Aragón.—Batalla de Narbona.—Cortes catalanas-aragonesas en Lérida.—Disposiciones tomadas por las Cortes.—Concordia con Navarra. Parlamento en Huesca.—Bandos en Aragón.—El conde de Provenza huye de Monzón y se embarca en Salou.—Asamblea de prelados y nobles en Monzón.—Sale D. Jaime de Monzón.—Su entrada en Zaragoza.

(De 1213 á 1217.)

Aún no había cumplido los seis años de su edad el niño D. Jaime, cuando murió su padre en los campos de Muret. Ya sabemos que se hallaba entonces en Carcasona y en poder de Simón de Montfort, con cuya hija se había tratado casamiento. Según lo que se desprende de las historias del Languedoc y Provenza, los jefes catalanes y aragoneses debieron reunirse en consejo después de la batalla, y enviaron una embajada solemne al de Montfort, á fin de que les entregase el joven príncipe de Aragón. El vencedor de Muret se negó á ello: era demasiado buen partido para su hija, y no podía acomodarse á perderle tan fácilmente. Entonces los caudillos de la hueste catalana, que parece eran principalmente Nuño Sánchez, Guillermo de Moncada y el vizconde de Cardona, penetraron en la comarca cuyo señorío se diera al de Montfort, y llegaron hasta

1 En mi obra *Los Trovadores* he tenido ocasión de hablar con más detenimiento de todo lo relativo á la guerra de los albigenses, rectificando errores ajenos y propios.

muy cerca de Beziers, talando y asolando cuanto á su paso hallaron [1].

La negativa del conde Simón de Montfort hizo sin duda que se enviase al Papa la embajada de que nos habla Zurita [2], compuesta de Jimeno Cornel, de Guillén de Cervera, de Guillén de Monredón, maestre del Temple, y Pedro Ahones, con encargo de solicitar de Inocencio III que mandase les fuese restituído el hijo de su rey [3]. Recibió el Papa á los embajadores, y en 23 de Enero de 1214 escribió á Simón de Montfort recomendándole un nuevo legado pontificio, Pedro de Benavente, y diciéndole que este cardenal llevaba también el encargo de obligarle á devolver el joven príncipe Jaime á sus súbditos [4]. Simón de Montfort hubo de acceder: el Papa se lo mandaba terminantemente, y con expresiones muy duras por cierto. En consecuencia, poco después de haber llegado Pedro de Benavente á Provenza, el caudillo de los cruzados, mal que le pesara, le hizo entrega del niño Jaime, que en Abril de 1214 fué conducido á Narbona, á cuyo punto había ido á recibirle la principal nobleza de Aragón y de Cataluña.

Es preciso advertir, á todo esto, que la batalla de Muret y la muerte de Pedro *el Católico*, no habían quedado del todo sin venganza. En primer lugar, los aliados consiguieron apoderarse por traición de Balduino, hermano del conde de Tolosa, que, á pesar de su estrecho lazo de parentesco con éste, había abrazado el partido de Simón de Montfort, haciendo á su hermano cuanto daño pudo. Llevado Balduino á Montalván, hubo de comparecer ante un tribunal presidido por su hermano

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 256.

2 *Anales de la corona de Aragón*, lib. II, cap. LXVI.

3 Según la propia crónica de D. Jaime, compusieron esta embajada Nuño Sánchez y el vizconde de Cardona.

4 Epístola 171 de las de Inocencio III.

el conde de Tolosa y formado de varios caballeros principales, entre ellos los condes de Foix, padre é hijo, y Bernardo de Portella, señor aragonés. Este tribunal le condenó á muerte, *tanto por crimen de felonía, como en represalias de la muerte del rey de Aragón, á la cual había contribuído* [1]. La sentencia fué inmediatamente ejecutada, y se dice que le colgaron de un árbol, sin ceremonia, y por sus propias manos, los mismos condes de Foix y Bernardo de Portella.

También por aquel entonces Aymerich, vizconde de Narbona, tomó parte en favor de la causa patrocinada por el rey de Aragón, y uniendo sus tropas á las catalanas y aragonesas, y poniéndose á su frente, declaró la guerra á Simón de Montfort. Este se dirigió precipitadamente á Narbona, con intento de sorprender al vizconde; pero hallóle acampado bajo los muros de esta ciudad con su hueste de aragoneses, de catalanes y de narboneses. Dióse batalla entre ambas fuerzas, y Simón hubo de batirse en retirada, habiendo estado muy á punto de quedar prisionero [2].

Posteriormente á estos sucesos llegó el legado pontificio, y por parte de Montfort se le hizo entrega del joven príncipe D. Jaime, que fué recibido en Narbona con grandes muestras de entusiasmo. De allí pasó á estos reinos y á Monzón, bajo el cuidado y guarda de Guillermo de Monredón, que era por aquel tiempo maestre de los templarios en Aragón y Cataluña. Con él se vino también al castillo de Monzón su joven primo Ramón Berenguer, conde de Provenza, que, á la muerte de su padre Alfonso en Sicilia, había quedado bajo la tutoría y protección de su tío Pedro *el Católico*.

El encargo de guardar y cuidar al joven rey le fué

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 258.
2 *Historia del Languedoc*, pág. 259.

renovado al maestre del Temple por las Cortes de Lérida, siendo estas las primeras Cortes catalanas-aragonesas de que se hace mención auténtica en la historia. El niño D. Jaime, que no tenía más allá de seis años, llegó á Lérida antes de la festividad de Nuestra Señora de Agosto de 1214, acompañándole el legado pontificio, su joven primo el conde de Provenza y varios señores y dignatarios del reino, siendo recibidos con grande regocijo por el pueblo. Inmediatamente se reunieron las Cortes, á las cuales asistieron el legado del Papa, el arzobispo de Tarragona, los obispos, abades y ricos-hombres de cada reino, y diez síndicos de cada una de las ciudades, villas y lugares principales, con poderes bastantes para consentir y aprobar lo que se acordase [1].

Comparecieron todos los convocados, excepto los infantes D. Fernando y D. Sancho, tíos del rey, de quienes se dice que miraban entonces á éste como ilegítimo, teniendo cada uno esperanzas de reinar con motivo de la división que había entre los ricos-hombres; pero, por lo mismo que existían profundas alteraciones y hasta guerras en el reino; por lo mismo que era de muy corta edad el príncipe, y fácil podía ser que el cetro se escapase de aquellas manos, débiles aún para empuñarle; por lo mismo que convenía reunir en torno de aquel niño todas las buenas voluntades y todos los nobles corazones, aceptándolo como símbolo y como bandera para que no se quebrantase la unidad política, que sabiamente se comenzara á imprimir al reino federado de Aragón y Cataluña; por lo mismo, pues, las Cortes anduvieron acertadísimas y cautas en sus acuerdos, que pueden y deben mirarse como un modelo de previsión y de cordura y un ejemplo muy notable de alta política. Comenzaron por introducir una costumbre nueva, que

1 *Crónica de D. Jaime*, cap. X.—Zurita, lib. II, cap. LXVI.

hubo de ser después fielmente observada y seguida en todas las coronaciones, y fué la de prestar homenaje y juramento de fidelidad al rey en el acto de ser coronado. Así se introdujo, con motivo de la proclamación de D. Jaime, esta costumbre, que prosiguió guardándose con los reyes que le sucedieron, confirmando ellos primero y jurando guardar los fueros, libertades, constituciones, usos y costumbres del reino. D. Jaime fué, pues, jurado por rey en solemne y pública ceremonia, teniéndole en brazos el arzobispo Aspargo, según cuenta él mismo en su crónica.

Las otras disposiciones de las Cortes fueron nombrar, durante la menor edad del monarca, gobernadores generales y un lugarteniente, procurador ó regente del reino. Los gobernadores fueron tres: el uno para Cataluña, siendo elegido en este cargo D. Pedro Ahones, y los otros dos para Aragón, mereciendo la confianza Don Pedro Fernández de Azagra como uno de ellos. Con el nombre del otro no he sabido ó no he podido dar [1]. Como procurador general del reino fué nombrado el infante D. Sancho, conde del Rosellón. Este último acuerdo indica que, ó había mucha confianza por parte de las Cortes en la caballerosidad de D. Sancho, cuando revestían de un poder casi regio á uno de los que trataban de apoderarse del trono, ó que D. Sancho ha sido un poco calumniado por la historia al suponerle intenciones que acaso no abrigaba. Bien pudiera ser que la parcialidad levantada por D. Sancho fuese sólo por celos y rivalidades con su hermano D. Fernando. De todos modos, este último infante es el único que las Cortes no eligieron para ningún cargo, y es también el único que apare-

1 Estudios hechos con posterioridad á la primera edición de esta obra, me autorizan para creer que los gobernadores de Aragón fueron D. Pedro Ahones y D. Pedro Fernández de Azagra, y el de Cataluña Guillén, vizconde de Cardona.

ce con cierto carácter de pretendiente al trono. Y uso expresamente la palabra *cierto*, porque yo tengo, para mí, la opinión de que lo pretendido por los dos infantes, tíos del rey, era la regencia del reino, y no el trono. ¿Cómo se explica si no, que D. Sancho, ya que no personalmente, al menos por la mediación de su hijo Nuño Sánchez, tomase las armas para ir á libertar de manos de Simón de Montfort al joven príncipe? ¿Cómo se explica sino, que el mismo D. Sancho y su hijo Nuño diesen varios de sus castillos en rehenes al legado del Papa para que éste pudiese libertar á D. Jaime? [1]. ¿Cómo se explicarían sino, las mismas palabras de D. Jaime al final del capítulo XI de su crónica, cuando dice textualmente que, hallándose en Monzón, iban á verle los del bando de D. Sancho y los del de D. Fernando, instándole los de uno y otro partido y cada uno de por sí, para que saliese del castillo y se declarase por los suyos, ayudándoles así con su nombre y autoridad á destruir á sus contrarios? ¿Qué bandos de pretendientes eran éstos que, intentando usurpar un trono, solicitaban para su partido el apoyo y la jefatura del rey cuyo reino querían usurpar?

Otra de las prudentes determinaciones de las Cortes de Lérida, fué la de ratificar el nombramiento del maestre del Temple para custudio, preceptor y guarda del príncipe que acababa de ser reconocido por *dominus* y *hœres* del reino, con encargo de llevarlo á Monzón, en cuyo castillo podía estar seguro y libre de los lazos que le tendieran los partidarios de uno y otro de los dos bandos.

Recibido D. Sancho por procurador general de Aragón y Cataluña, autorizó la concordia que tuvo lugar

1 Se halla esta circunstancia en la *Historia del Rosellón* de Leonard, pág. 42.

con Navarra para que pudiesen entrar libremente los del un reino en el otro, y para que no se hiciesen guerra sin que interviniese en ella el rey D. Jaime; y celebró parlamento general de aragoneses en Huesca, en el que se decidió enviar una embajada al Sumo Pontífice, á fin de que mediase en la pacificación de las discordias que traían revuelto el reino. Los embajadores fueron D. Pedro Ahones y D. Guillén de Cervera. No dicen los anales qué efecto produjo esta embajada, pero es lo cierto que la preferencia dada por las Cortes de Lérida á Don Sancho para la regencia ó lugartenencia del reino, debió herir el orgullo de D. Fernando, quien hizo tomar las armas á sus partidarios, levantándose entonces más y más poderosos los bandos de ambos infantes, que bajaron al campo de batalla para dirimir sus querellas.

Familias poderosísimas de Aragón tomaron parte en la contienda, alistándose unas bajo la bandera de Don Sancho, bajo la de D. Fernando otras, y entonces fué cuando el joven rey, que proseguía en Monzón, bajo el cuidado de los templarios, se vió asediado por unos y por otros á fin de que aceptase el partido de uno ú otro bando. Durante estas revueltas, que prosiguieron vivas más de dos años, se habla de un solo caballero como el único que permaneció neutral entre los hombres de cuenta. Fué D. Jimeno Cornel, anciano ya, y á quien los anales llaman el más sabio y el de mayor consejo que había en Aragón en su tiempo. Ese no quiso tomar parte en las turbaciones del reino, y permaneció siempre adicto al rey.

Las parcialidades llegaron por fin á tal punto que amenazaban destruir el reino, y á esto se unía la natural impaciencia del joven monarca que, á pesar de no contar más que nueve años de edad, sentíase con bríos y deseos de romper los dorados hierros de su cárcel para lanzarse á figurar en el mundo político. Su amigo

y primo el conde de Provenza había ya abandonado el castillo de Monzón. Los caballeros provenzales, que necesitaban la presencia de su joven señor para procurar también el sosiego de las cosas de aquel país, le habían enviado un mensaje diciéndole que en determinado día tendrían dispuesta una galera en el puerto de Salou, y que irían á sacarlo ocultamente del castillo de Monzón para llevárselo á Provenza. Tuvo esto lugar tal como se proyectara. El día designado, después de haberse despedido con lágrimas en los ojos de D. Jaime, el conde de Provenza salió de Monzón en compañía de Pedro Auger, su ayo. Llevando por solo séquito dos escuderos, caminaron toda la noche, pasaron disfrazados por Lérida, y llegaron á la siguiente noche á Salou en donde les recibió la galera preparada, que en seguida dió la vuelta á Provenza.

Con la partida de su primo, crecieron en D. Jaime los deseos de verse libre, y ya el maestre de los templarios no podía contener la brava impetuosidad de aquel niño que ansiaba comenzar su carrera de héroe. Consultado, pues, el caso con D. Jimeno Cornel, éste halló medio de entenderse con los principales caballeros del partido de D. Fernando y algunos de los de D. Sancho, los cuales fueron todos juntos á Monzón por el mes de Setiembre de 1216, y allí se vieron y confederaron. Asistieron á la junta, entre otros, el arzobispo de Tarragona, el obispo de Tarazona, Pedro Fernández de Azagra señor de Albarracín, Guillén de Cervera, el vizconde de Cardona y Guillermo de Moncada. Los prelados y nobles que asistieron á esta asamblea decidieron tomar al rey bajo su protección, y acordaron que continuase por el pronto D. Sancho en la gobernación del reino, mientras justa y debidamente gobernase [1].

1 Zurita, lib. II, cap. LXVIII.

Muy pronto fué preciso sacar á D. Jaime del castillo. Éste advirtió un día á los ricos-hombres que «acudiesen á buscarle á Monzón, porque estaba resuelto á salir de allí de cualquier modo [1].» Precoz era D. Jaime en todo: destinábale Dios para que, niño aún, conquistase reinos. Púsole un día el maestre del Temple en manos de los ricos-hombres confederados, ó permitió que le sacasen de las suyas, que en esto no anda clara la crónica, y el niño rey salió del castillo para ponerse al frente de un escuadrón de caballeros que le esperaban junto al puente de Monzón, reiterándole al verle su homenaje.

Según parece, se hizo creer al joven monarca que el conde D. Sancho se hallaba en Selgua esperándole al paso para apoderarse de su persona, y es fama que entonces, con los bríos de independencia y soberbia que apuntaban ya en el mozo, al par que con deseos de hacer pronto sus primeras armas, juró combatir á todo trance por su libertad, y, empuñando una espada, se puso una cota de malla que le prestó uno de sus caballeros. Fué quizá aquella la vez primera que latió un corazón de nueve años bajo la férrea coraza de un guerrero.

Ni D. Sancho ni sus partidarios, sin embargo, se presentaron á impedir el paso de D. Jaime, que llegó á Huesca sin contratiempo alguno, pasando luego de Huesca á Zaragoza, donde fué recibido con grandes solemnidades y fiestas, formándose en seguida un consejo compuesto de Sancho obispo de Zaragoza, Bernardo obispo de Barcelona, á quien nombró el rey su canciller, Berenguer obispo de Lérida y Roda, Arnaldo vizconde de Castellbó, Guerau de Cabrera, Guillermo de Moncada, Dalmau de Castellbisbal, Pedro Fernández

1 *Crónica de D. Jaime*, cap. XIII.

de Azagra señor de Albarracín y mayordomo del reino de Aragón, Rodrigo de Lizana, Blasco de Alagón y el señor de Atorella.

CAPÍTULO XXIV.

Cortes en Villafranca y en Lérida.—Servicio del bovaje.—D. Sancho dimite su cargo.—Confirmación de la moneda jaquesa.—Reconciliación del rey con Montpeller.—Carta del Papa al rey de Aragón.—Los catalanes y aragoneses se apoderan de Tolosa.—Cortes en Barcelona.—Orden de Nuestra Señora de la Merced.—Primeros caballeros que tomaron el hábito.—Calamidades producidas por la sequía.—Toma D. Jaime los castillos de Albero y de Lizana.—Sitio de Albarracín.—Cortes en Huesca.—Casamiento de D. Jaime con Doña Leonor de Castilla.—Cortes en Huesca.—Cortes en Daroca.

(De 1218 á 1221.)

Por disposición de su consejo, que ansiaba terminar cuanto antes las revueltas y turbaciones que había originado en el reino la minoría de D. Jaime, éste convocó á Cortes á los catalanes en Villafranca, y á los aragoneses en Lérida [1]. Tuvieron lugar en 1217 y 1218. Siguiendo al analista catalán, en aquellas primeras Cortes, y no antes, fué cuando se concedió al rey el servicio del bovaje. «Era éste cierto servicio, dice Zurita, que se hizo en reconocimiento de los reyes, al principio de su reinado, en el cual contribuían los eclesiásticos y las ciudades y villas del Principado de Cataluña: y comprendía todos los lugares desde Segre á Salsas. Pa-

1 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. VI.—Zurita (lib. II, cap. LXXI), dice que las Córtes se celebraron en Tarragona, á principios de Julio de 1228, y que de allí se partió el rey para Lérida, en donde se juntaron también á Cortes catalanes y aragoneses por el mes de Setiembre.

gábase este servicio por las yuntas de bueyes, de donde tomó el nombre, y por las cabezas del ganado mayor y menor, y por los bienes muebles cierta suma, la cual se fué variando conforme á los tiempos. Este servicio se concedió primero, fuera de lo acostumbrado, en tiempo del rey D. Pedro, padre deste rey D. Jaime, en el año de M.CCXI, para la guerra contra los moros, y para la ida á la batalla de Úbeda, no siendo á ello obligados: y también se concedió al mismo rey, graciosamente, cuando casó sus hermanas con Federico, rey de Sicilia, y con los condes de Tolosa.»

Ante las Cortes de Lérida se presentó el infante Don Sancho, lugarteniente ó procurador general del reino, y dimitió su cargo, reconociendo al rey y prestándole juramento de servirle fiel y lealmente. El rey recompensó sus servicios—y esto prueba la lealtad de D. Sancho—haciéndole merced del castillo y villas de Alfamén, Almudévar, Almunient, Pertusa y Lagunarrota, hasta en la suma de 15.000 sueldos de renta, los cuales le dió en honor, según fuero de Aragón, asignándole á más 10.000 sueldos barceloneses en las rentas de Barcelona y Villafranca [1].

Fueron convocadas también estas mismas Cortes de Lérida para reformar abusos y hacer observar la paz y tregua, y en ellas el rey confirmó la moneda jaquesa, que últimamente se había labrado en tiempo del rey D. Pedro su padre, ofreciendo y jurando que no daría lugar á que de nuevo se labrase otra, ni bajase ni subiese de ley ni peso.

Hallándose D. Jaime en Lérida, con motivo de las Cortes, escribió una carta á los doce cónsules habitantes de Montpeller, perdonándoles los agravios que tenía contra ellos, concediéndoles su amistad y confirmándo-

1 Zurita, lib. II, cap. LXXI.

les sus privilegios [1]. Parece que medió en este asunto Bernardo obispo de Magalona, el cual fué á Lérida de embajador. La historia no aclara los motivos de descontento que podían haber mediado entre el rey de Aragón y sus súditos de Montpeller; pero sin duda éstos habían tratado de sublevarse, impelidos por los partidarios de los hijos del segundo matrimonio de Guillermo, ó quizá también por el espíritu republicano de que no dejaban de hallarse animados los habitantes de aquella ciudad.

En la misma Lérida recibió D. Jaime una carta del papa Honorio ú Honorato III, que acababa de suceder á Inocencio, prohibiéndole que ni él ni sus súbditos emprendiesen la menor tentativa contra Simón de Montfort. Honorio recordaba á D. Jaime en esta carta las obligaciones que debía á la Santa Sede, «que os ha sacado, decía, de manos de los que llamábais vuestros enemigos, para devolveros á vuestros súbditos.» Se quejaba en seguida de que de estas tierras se hubiesen enviado auxilios á los tolosanos, y le requería para que inmediatamente retirase sus tropas, guardándose de atacar directa ni indirectamente los dominios poseídos en el condado de Tolosa en nombre de la Iglesia romana. «De otro modo, añadía, perjudicaríais tanto á la Iglesia romana, que nos veríamos obligados á pedir el apoyo de las naciones extranjeras para castigar vuestro reino.» Insolente amenaza que no hubiera dejado de contestar D. Jaime con justísima arrogancia, á tener lugar algunos años más tarde.

Y, bien mirado, D. Jaime no tenía culpa de lo que pasaba. Después de la batalla de Muret, el conde de Tolosa, perdidos sus estados, hubo de emigrar, viniendo por fin á refugiarse en nuestro país, donde trató de

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 302.

levantar un cuerpo de tropas que le ayudasen á reconquistar sus dominios [1]. No le fué difícil lograr su propósito. En aragoneses y catalanes había un vivo deseo de vengar la muerte de D. Pedro y marchar contra Simón de Montfort; ofrecíaseles el conde de Tolosa como vengador, y acudieron presurosos á alistarse bajo su bandera. Los catalanes fueron particularmente los más decididos y los que más pronto acudieron al llamamiento del conde [2], protegiendo también á éste muy particularmente el infante D. Sancho, procurador general del reino á la sazón [3]. El de Tolosa atravesó los Pirineos con una aguerrida hueste catalana-aragonesa, conducida por el bizarro conde de Pallars [4], en cuya familia parecía deber vincularse la defensa de las buenas causas, y comenzó una rápida y brillante campaña, cuyo primer período terminó con la toma de Tolosa, que cayó en sus manos por sorpresa. Dueño nuevamente de esta ciudad su antiguo señor, reedificó sus muros y fortificaciones, y, con ayuda de sus catalanes y aragoneses, al propio tiempo que de la parte de sus tolosanos que permanecieran fieles á su causa, sostuvo en ella un largo sitio contra la hueste de Simón de Montfort, sitio fatal á este caudillo, pues que en él murió de una pedrada que le destrozó la cabeza. Así quedó vengada la muerte de Pedro de Aragón. El sitio de Tolosa fué continuado por Amaury de Montfort, hijo de Simón, pero se vió obligado luego á levantarlo, sin que sepamos nosotros, pues lo callan las historias, la parte que tomó en la defensa de la ciudad la hueste aragonesa-catalana, mandada por el conde de Pallars, aunque es de suponer, fué muy principal, pues era el cuerpo de tropas

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 288.
2 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. VI.
3 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 302.
4 Idem, id., pág. 299.

más escogido y privilegiado del conde de Tolosa. Es lo cierto, de todos modos, que las amenazas del Papa no consiguieron que faltase á los tolosanos el auxilio de los nuestros; en el estado en que se hallaban las cosas, ni el rey mismo hubiera podido impedirlo.

De Lérida debió pasar D. Jaime á Barcelona, durante el año 1218, si es cierto que celebró Cortes en esta ciudad, conforme sientan los *Anales de Cataluña*. «Convocáronse estas Cortes, dicen, para el acertado gobierno de la provincia y asistencias para la guerra contra infieles, y confirmósele al rey el bovaje.»

Hallándose D. Jaime en Barcelona, con motivo sin duda de la celebración de Cortes, tuvo lugar la fundación de la orden de Nuestra Señora de la Merced. Protegió esta orden el monarca cuando aún era de corta edad, revelando ya así la nobleza de sentimientos que se agitaban en el fondo de su alma impacientes de darse á luz y de mostrarse con todo su lujo y su grandeza. ¡Bella institución la de la milicia mercenaria! Caballeros unidos por un lazo fraternal, que la religión bendecía, su misión era la de romper las cadenas de los desventurados cristianos que gemían en húmedas y lóbregas mazmorras; tenían por divisa *Vincula me manent*; por obligación el acudir solícitos á ocupar el sitio de los pobres y míseros esclavos, y por deber el dedicarse á recojer limosnas en todas partes para ir luego con galeras preñadas de oro á las ciudades árabes y regresar con las mismas henchidas de rescatados prisioneros.

Según la leyenda, la Virgen se apareció en sueños en un mismo día y á una misma hora á Pedro Nolasco, ayo que fué del príncipe aragonés cuando se hallaba en poder de Montfort y que luego le siguió á nuestras tierras, á Raimundo de Peñafort, confesor que era del rey, y al mismo D. Jaime, incitándoles á los tres á fundar

una religión para redimir cautivos, con obligación de que cuantos de ella formasen parte debían quedarse en prisiones, si fuese necesario, para dejar libres y sustituir á los cautivos. Milicia que tan santo objeto se proponía, bien podía tener ó bien podía dársele origen divino.

La institución de la orden de Nuestra Señora de la Merced, tuvo solemnemente lugar el 10 de Agosto de 1218, en la catedral de Barcelona, siendo entonces obispo de esta ciudad el noble caballero Berenguer de Palou. Celebró éste de pontifical, predicó Raimundo de Peñafort, que contó la visión que tuviera el rey, Pedro Nolasco y él, y terminada la ceremonia religiosa, Don Jaime bajó de su trono y dió el hábito á Nolasco y á otros varios señores, pues quiso fuese orden militar para que entraran en ella muchos caballeros que eran de la congregación de la Misericordia, y habían servido con gran valor en guerras pasadas. Concedióles el obispo por insignia la cruz blanca del cabildo, á fin de que pudieran ostentarla en el pecho, por haberse fundado la orden en la santa iglesia, y el soberano colocó debajo de ella el escudo de sus armas. A los tres votos solemnes y sustanciales de todas las religiones, añadió Pedro Nolasco el cuarto, de redimir cautivos y quedar por ellos en rehenes, si la necesidad espiritual lo pidiese; y por este voto que dejó á la orden, obligábanse sus hijos á perder la libertad y exponer la vida, para que conservasen la fe los cautivos cristianos que corriesen riesgo de perderla.

Catorce fueron los caballeros, todos de militar estirpe, que aquel día vistieron el santo hábito. San Pedro Nolasco, el primero; Guillén de Bas, descendiente de los antiguos vizcondes de este nombre; Bernardo de Corbera; Arnaldo de Carcasona; Ramón de Montoliu, señor del castillo de Vespella; Ramón de Moncada, de

la noble familia de los Moncadas; Pedro Guillén de Cervelló; Domingo de Ossó; Ramón de Villestret; Guillén de San Julián; Hugo de Mataplana; Bernardo de Scorna; Ponce de Solanes, y Ramón de Blanes [1].

Pocos días después de esta piadosa ceremonia y fundación de esta orden, que debía reportar grandes bienes á la familia y á la cristiandad, D. Jaime regresó á Aragón, á tiempo que sobrevino en estos reinos una sequía tan espantosa, que, según cuentan añejas crónicas, se agostaron los campos, se perdieron las siembras, perecieron los ganados y hasta murieron de hambre muchas personas.

Por aquel entonces se halla que formaban el consejo del rey, Aspargo arzobispo de Tarragona, D. Jimeno Cornel, D. Guillén de Cervera y D. Pedro Ahones. Ante este consejo y ante el rey presentáronse un día los nobles Pelegrín y Gil de Atrosillo, en demanda de justicia contra D. Rodrigo de Lizana, que había detenido y llevádose preso á su castillo, en vez de retarle, según fuero, á D. Lope de Albero, pariente de aquéllos. El consejo fué de dictamen que el rey mancebo debía marchar contra el agresor hasta libertar á D. Lope y hacerle que le fuesen resarcidos todos los daños que podían habérsele ocasionado, y, aceptando este dictamen, D. Jaime, mozo de doce años apenas, vistió la armadura, empuñó la lanza y, al frente de escogida hueste, marchó contra su vasallo rebelde, haciendo sus primeras armas en el asedio del castillo de Albero, del cual injustamente se había apoderado D. Rodrigo de Lizana. No tardó el castillo en sucumbir, y, orgulloso con su primera victoria, fué el joven monarca á poner sitio á Lizana, en cuyo punto se hallaba preso D. Lope. Ya este castillo le fué más difícil de tomar; que valerosamente

[1] Crónicas de la orden.

supo defenderlo D. Pedro Gómez, jefe de la guarnición. Llevaba el rey un fundíbulo, con el cual, después de disparar 1.500 piedras, llegó á abrir espaciosa brecha en el muro, disponiéndose en seguida el asalto. A favor de éste, que fué muy reñido y sangriento, logró apoderarse D. Jaime de la plaza, rescatando á D. Lope de Albero que en ella se hallaba prisionero. Tuvieron lugar estos sucesos en 1220 [1].

No hubo de terminar con esta victoria la campaña del rey. D. Rodrigo de Lizana, despechado y ansioso de tomar venganza, fué entonces á refugiarse en los estados del señor de Albarracín, quien, como ya sabemos, era un caballero que se titulaba independiente, no reconociéndose vasallo sino de Santa María. Pedro Fernández de Azagra, señor de Albarracín, que antes seguía la parcialidad de D. Jaime y había ayudado á afirmarle en el trono, declaróse entonces contra él, prestando favor y apoyo de armas á D. Rodrigo de Lizana. El monarca que, bien mozo aún, acababa ya de hacer méritos al renombre de Conquistador que debían darle un día la posteridad y la historia, marchó decididamente contra el de Azagra, y puso cerco á Santa María de Albarracín. Por desgracia fué mal servido de los suyos en esta nueva empresa, y amargamente se lamenta de ello en su propia crónica [2]. Los sitiados tenían inteligencias entre los sitiadores, y avisados por algunos de éstos, hicieron cierta noche una salida, logrando incendiar las máquinas, y matando, entre otros, á don Guillén de Pueyo y á D. Pelegrín Ahones, que eran de los pocos servidores leales con quienes el rey contaba. «Entonces, dice D. Jaime en su historia, cuando los de nuestro consejo vieron que se nos había engañado y

1 Crónica de D. Jaime, cap. XIV.—Zurita, lib. II, cap. LXXIV.
2 Cap. XV.

que éramos tan mal servidos de los nuestros, fueron de parecer que levantásemos el sitio, y no tuvimos más recurso que hacerlo, pues había dentro de la plaza tantos ó más caballeros de los que Nos contábamos para sitiarla, y no teníamos siquiera quien nos aconsejase en nuestra corta edad.»

Después del cerco de Albarracín, tuvo el rey Cortes á los aragoneses en la ciudad de Huesca, proveyéndose en ellas, según la crónica, algunas cosas que convenían al buen gobierno de la tierra. Debieron tener lugar estas Cortes en Setiembre de 1220, aunque hay quien asegura que fué en Setiembre de 1221, y hubo sin duda de tratarse en ellas de las disensiones en que andaba encendido el reino, disensiones que no eran sin embargo más que el prólogo de las que iban á sucederse ocasionadas por los nobles, dispuestos siempre á ostentar su orgullo haciendo desprecio de la autoridad del monarca y de las leyes.

Preveyendo esto seguramente, los más decididos defensores de la paz y tranquilidad del reino, habían conseguido en 1219 que el Papa tomase bajo su protección la persona del rey con el reino de Aragón, el Principado de Cataluña y el señorío de Montpeller, siendo el consejo real de nombramiento del Sumo Pontífice, y teniendo este consejo una autoridad suprema en nombre del monarca; pero todo esto era dique insuficiente para contener el orgullo desmedido y las imprudentes contiendas de los magnates. También con la intención probable de robustecer el poder de un rey mozo en demasía, se trató de enlazarlo con Castilla, y se aconsejó á D. Jaime que tomase por esposa á Leonor, hija del Alfonso VIII de León y III de Castilla, y hermana de la reina Berenguela, madre que fué de Fernando *el Santo*. D. Jaime, aun cuando sólo acababa de cumplir trece años, cedió sin embargo á las insinuaciones de sus con-

sejeros, que acaso intentaban con este enlace alejar los riesgos que de otro modo podían amenazar á su persona y al país.

Los esponsales se verificaron en 6 de Febrero de 1221 en la villa de Agreda, á donde fué D. Jaime y á donde acudieron asimismo los reyes de Castilla, al par que los principales magnates de este último reino y de los de Aragón y Cataluña. Según costumbre, el rey señaló en arras á la reina las villas de Daroca, Pina, Epila, Uncastillo, con la ciudad de Barbastro, Tamarit de San Esteban, Montalván, Cervera, y las montañas de Prades y Ciurana. De Agreda pasaron los recién casados á velarse en Tarazona, donde el rey fué armado caballero, ciñéndose por sí mismo la espada que estaba sobre el altar. Para la celebración de este enlace no se tuvo en cuenta el parentesco que mediaba entre ambos consortes, como biznietos que eran del emperador D. Alfonso, y así fué que al cabo de pocos años lo anuló el Sumo Pontífice, de manera que la reina repudiada hubo de retirarse al monasterio de las Huelgas de Burgos, acabando allí sus días.

Celebrado su matrimonio, D. Jaime y Doña Leonor se dirigieron á Huesca, á donde nuevamente se había llamado á Cortes á los aragoneses, y en ellas confirmó el monarca por siete años, como hiciera en las de Lérida, la moneda jaquesa que el rey su padre mandara labrar. Fué esto por el mes de Abril [1].

Los dos esposos anduvieron visitando las ciudades de Aragón y Cataluña, permaneciendo algún tiempo en Zaragoza, y pasando por fin á Daroca, para donde se habían convocado Cortes por Marzo de 1222 [2].

1 Zurita, lib. II, cap. LXXVI.

2 Idem, id.

CAPÍTULO XXV.

D. Guerau de Cabrera se presenta al rey para prestarle homenaje por el condado de Urgel.—Condiciones con que se le dió el condado.—Rompimiento entre Guillermo de Moncada y el conde del Rosellón.—El de Moncada entra en Rosellón.—El rey marcha contra el de Moncada.—Liga entre los nobles.—Los coaligados se apoderan de la persona del rey.—Opresión del rey.—D. Jaime en Monzón y en Tortosa.—Fuga del rey y llamamiento á los barones del reino.—El rey moro de Valencia tributario de D. Jaime.—Encuentro del rey con Pedro Ahones, y muerte de éste.

(De 1222 á 1225.)

Ya había cumplido el rey los catorce años cuando se reunieron las Cortes en Daroca, y finalizado había también el año que hubo de pasar sin tener trato íntimo con su esposa, á causa de su menor edad. El joven monarca daba ciertamente muestras de gran entereza, superior á sus pocos años, pero llevábanle á mal traer sus ricos-hombres, bulliciosos por demás y por demás soberbios.

Hallándose en Daroca en 1222, se le presentó, para hacerle reverencia, dicen las crónicas, D. Guerau de Cabrera, que se titulaba conde de Urgel. Explicadas quedan ya la contiendas que éste tuviera con el rey Don Pedro. Muerto éste en la batalla de Muret, el de Cabrera aprovechó la menor edad de D. Jaime para volver á tomar las armas, apoderándose de todo lo que pudo haber en el condado de Urgel, y se presentó en Daroca al rey para que, recibiéndole homenaje, le confirmase con aceptarlo en la posesión de este condado. Sin embargo, no quedó el de Cabrera en gracia del rey tan cumplidamente como pensaba, ni sus negocios tan acertados como él quería, pues D. Jaime no quiso por

el pronto entender en ellos, prometiéndole que luego iría á Cataluña para poner mano en todo.

Y efectivamente fué, pues por las crónicas se halla que estaba en Tarrós, villa pequeña del condado de Urgel, situada entre Balaguer y Lérida, el día 21 de Diciembre de aquel mismo año de 1222. Allí se le presentó de nuevo el Guerau de Cabrera como conde de Urgel, y oyó el rey sus pretensiones asistido por un consejo, que lo formaban su esposa Doña Leonor, sus tíos el conde D. Sancho y D. Fernando, el mayordomo del reino D. Artal de Luna, su primo D. Nuño Sánchez, su consejero D. Pedro Ahones, y otros ricos-hombres de cuyo nombre no se hace mérito. En esta solemne audiencia perdonó D. Jaime al de Cabrera los hurtos, incendios y males por él y sus valedores ocasionados en la pasada guerra contra el rey D. Pedro, y le prometió guardar todo lo que los nobles, barones y síndicos de universidades le habían prometido después de la muerte del rey su padre, que era dejarle el condado de Urgel con título de conde, pero con reserva de feudo al monarca, con reconocimiento de fidelidad á los reyes y condes de Barcelona, y con obligación de estar á derecho con Doña Aurembiaix ante el rey, en caso de pedir ella por justicia el condado [1].

Grandes acontecimientos se iban preparando entre tanto en el reino, comenzados por las turbaciones que movieron dos magnates principales, quienes levantaron tropas y guerrearon uno contra otro, como pudieran haberlo hecho dos potentados mayores é independientes. D. Nuño Sánchez, hijo del conde D. Sancho, tío del rey, y D. Guillermo de Moncada, vizconde de Bearn [2],

1 Monfar, *Historia de los condes de Urgel*, cap. LV.—Zurita, lib. II, cap. LXXVII.

2 Este Guillermo de Moncada, vizconde de Bearn, de que hablan nuestras crónicas, era hijo del Guillermo Ramón de Moncada, matador

tuvieron una cuestión sobre un azor torzuelo, y, como muchas veces sucede, de tan insignificante origen partieron gravísimos sucesos. Trabáronse de palabra los dos caballeros, y el de Moncada juró vengarse con las armas en la mano, convirtiéndose en odio profundo la amistad que hasta entonces había reinado entre ambos señores. Cada uno de ellos buscó en seguida auxiliares entre sus deudos y amigos, y la mayor parte de la nobleza se dividió en dos bandos, consiguiendo D. Nuño que el rey se pusiese de su parte.

Primo era de D. Nuño el monarca, y al saber que el de Moncada se disponía á correr las tierras de su rival y á entrar en el Rosellón, le escribió prohibiéndole todo acto hostil; pero la autoridad real obraba poco en el ánimo de aquellos turbulentos y soberbios vasallos, y menos aún que en ninguno influía la palabra del rey en Guillermo de Moncada, que, al orgullo desmedido que caracterizaba á su familia, unía la firme é invencible voluntad de un señor independiente. El mensaje del monarca no consiguió otra cosa de él que hacerle adelantar sus preparativos. Partió con su hueste, atravesó los Pirineos, se arrojó sobre las tierras del conde Don Sancho y de su hijo D. Nuño, y, después de haberse apoderado por asalto del castillo de Avalri, poco lejano de Perpiñán, marchó contra esta propia ciudad (1223).

Los perpiñaneses tomaron las armas en favor del hijo de su conde, y bajo el mando de Gisberto de Barberá, se avanzaron al encuentro del de Moncada, que derrotó

del arzobispo de Tarragona, que entró á suceder en el vizcondado de Bearn por muerte sin hijo de su hermano gemelo Gastón. En la genealogía de la casa de Bearn se llama Guillermo de Montrate y también de Mont-Cathan ó de Monte-Catano al que nosotros llamamos de Moncada, y que, á pesar de ser señor de Bearne, figura en nuestros anales como uno de los barones de D. Jaime á quien luego, según veremos, acompañó á la conquista de Mallorca.

á Barberá haciéndole prisionero. La nueva de la atrevida empresa del vizconde de Bearn, puso en conmoción á toda Cataluña, y Ramón Folch, vizconde de Cardona, enemigo particular del de Moncada, se dirigió con numerosa hueste al Rosellón, en apoyo y auxilio de Don Nuño. Por su parte, D. Jaime, viendo el desprecio que de su mensaje hiciera Guillermo, se apresuró á reunir hasta 400 caballeros de su mesnada, y, penetrando en Cataluña, se arrojó de improviso sobre las tierras del de Moncada y de sus valedores, tomándoles 130 fortalezas entre torres y castillos, entre otros Cervelló, del cual se apoderó en trece días. Seguidamente se presentó ante el castillo de Moncada, situado en una eminencia cerca de Barcelona, donde estaba Guillermo con 130 caballeros de los suyos, y le intimó que le abriese las puertas. El vizconde de Bearn respondió soberbiamente que no haría tal mientras el rey se lo pidiese al frente de una hueste, y D. Jaime, entonces, asentó su campamento y puso cerco á la plaza. Sucedió, empero, lo mismo que en Albarracín. El secreto apoyo que hallaba Guillermo de Moncada en los nobles que acompañaban á D. Jaime y las inteligencias que tenía entre ellos, le proporcionaban los medios de aparecer arrogante impunemente. Los mismos sitiadores le facilitaban víveres, le daban noticia de los movimientos, le informaban de todo; y el rey, después de tres meses, se vió obligado á levantar el cerco, con harto menoscabo de su autoridad y harto ensoberbecimiento de su enemigo, que tornó á emprender sus hostilidades, apoderándose de Tarrasa, de Serbós, y marchó sobre Piera, si bien no logró penetrar en esta villa.

Ya entonces la oposición del de Moncada comenzó á tomar un carácter más marcado de rebeldía, y abandonó su colorido de guerra particular para tomar el de guerra política. Apoyada por este poderoso magnate, se formó

una liga entre todos los caballeros que querían dominar al rey para repartirse los honores y gobernar en nombre del monarca; y, como por encanto, desaparecieron entonces los motivos de odio que se tenían D. Nuño Sánchez y el de Moncada, quienes trataron y convinieron entre sí secretamente. Fueron arrastradas también á esta liga las ciudades de Zaragoza, Huesca y Jaca. Los jefes eran el infante D. Fernando, tío del rey, que, á pesar de ser abad de Montearagón, gustaba de andar en cabalgadas, tomar parte en rebatos y promover disturbios; D. Guillermo de Moncada y D. Pedro Ahones.

Hallábase D. Jaime en Alagón, rodeado de caballeros que creía adictos á su persona, cuando recibió un mensaje de parte de su tío D. Fernando, del de Moncada y del de Ahones, participándole que iban donde él estaba para ponerse á su servicio y conformarse con su voluntad. Acogió el rey benévolamente el mensaje, pero encargó á Nuño Sánchez y á Pedro Fernández que no dejasen penetrar en la plaza más que á cinco caballeros de la compañía de aquellos barones, aposentando su gente en los lugares inmediatos; pero el ingrato Don Nuño se había entendido ya y convenido con los de la liga, formaba parte de ella también, y dejó entrar en Alagón á más de 200 caballeros. El objeto era apoderarse de la persona del rey, para que fuese un maniquí en sus manos y pudiesen ellos gobernar el reino á su antojo, bajo la ilusoria regencia del infante D. Fernando. Los jefes de la liga hablaron al rey un lenguaje muy reverente en apariencia y le indujeron á pasar á Zaragoza, donde le dijeron que podía ordenar más cómodamente sus negocios, estando ellos por su parte dispuestos á cumplir todo lo que les mandase. Lo que querían era llevarle á Zaragoza, á donde fué, efectivamente, engañado, y en donde se encontró prisionero de sus barones. De tal modo le tenían preso, que pusieron

guardia á su persona, y hasta los encargados de vigilarle dormían en su propia estancia y en la de la reina.

El rey se quejó amargamente á varios de sus nobles, entre ellos á D. Pedro Ahones, de la conducta que con él se seguía, pero nada pudo conseguir. Un día se le presentó Guillermo de Moncada, y le hizo prometer que enmendaría los daños hechos en sus tierras dándole 20.000 morabatines, á lo cual se vió precisado á acceder, lo propio que á otras muchas exigencias. Durante algún tiempo, D. Fernando ejerció el mando supremo en nombre del rey, pero no bastó á satisfacer á los nobles, algunos de los cuales comenzaron á hacerle oposición. «D. Fernando, D. Guillermo de Moncada y Don Nuño, dice el rey en la historia de su vida, se repartían entonces los honores de Aragón, y escudándose en que eran consejeros nuestros, hacíanlo según su antojo.» Como D. Jaime no dejaba de tener algunos amigos leales, intentó persuadir á la reina á que se fugasen de noche por una ventana; pero no pudo reducirla á tomar semejante resolución, y fué necesario esperar que luciesen para ellos más serenos días.

En 1224 parece que el rey estuvo en Monzón, siempre acompañado de sus barones carceleros, y es fama que allí tuvo lugar una nueva confederación de magnates, so pretexto de acabar con la opresión del rey y atender al bien del país, pero en realidad para entrar á repartirse los empleos, las rentas y los honores aquéllos que no habían podido conseguirlo. El resultado fué, que aumentaron más aún las turbaciones del reino. De Monzón volvió D. Jaime á Zaragoza, donde á 14 de Marzo de 1225 confirmó los privilegios y franquicias de dicha ciudad, y luego, sin saberse la razón, se trasladó á Tortosa, acompañándole en clase de consejeros los obispos de Zaragoza, de Huesca, de Lérida y de Tarazona; el infante D. Fernando y D. Nuño Sánchez, Don

Guillermo de Moncada, vizconde de Bearne; D. Guillermo Ramón de Moncada, senescal de Cataluña; otro D. Ramón de Moncada, D. Pedro Fernández de Albarracín, que se había ya reconciliado con él; D. Pedro Ahones, y varios otros.

Hallándose en Tortosa, encontró el rey medio de escaparse de manos de sus ricos-hombres. Fugóse de la ciudad, burlando la vigilancia de sus guardas, y refugiándose en un lugar cercano llamado Horta, que pertenecía á los templarios, despachó desde allí cartas de llamamiento á los barones, que tenían las villas y lugares de su reino en honor, citándoles para Teruel, desde donde pensaba hacer entrada en tierras de moros. Hay quien dice que lo que en realidad quería era hallarse rodeado de buenas huestes para infundir respeto á los propios, más bien que para ofender á los extraños. Pocos acudieron al llamamiento real: al llegar el día señalado, sólo comparecieron D. Blasco de Alagón, D. Artal de Luna y D. Ato de Foces, debiendo el rey muy especiales servicios en aquella ocasión á un amigo antiguo de su padre, ciudadano de Teruel, que se llamaba Pascual Moynos ó Muñoz.

Más de tres semanas estuvo esperando D. Jaime la llegada de sus ricos-hombres, hasta que por fin, despechado, tuvo que abandonar á Teruel y dirigirse á Zaragoza, renunciando á la jornada que contra moros proyectaba. Sin embargo, consiguió alguna ventaja á pesar de no haberse roto las hostilidades. Cid Abu Zeyd, rey entonces de Valencia, sabedor de la expedición á cuyo frente iba á ponerse D. Jaime, le envió un mensaje proponiéndole una tregua y ofreciéndose á pagarle como tributo la quinta parte de la renta que le producían las ciudades de Valencia y Murcia, sacando los pechos. El monarca aragonés se apresuró á admitir esta tregua y parias, pero no fué sin disgusto, pues hu-

biera querido ganarlas espada en mano, más bien que deberlas al terror producido por una empresa que no había de realizarse [1].

1 Nuestros analistas y, siguiéndoles á ellos, los historiadores modernos, cuentan esto de diverso modo. Dicen que el rey D. Jaime llegó á entrar en tierra de moros, y que puso sitio á Peñíscola, cuya plaza resistió á todos los asaltos de los agresores, viéndose por fin el joven rey obligado á levantar el cerco, ya por la heróica defensa de los enemigos, ya también por no haberle llegado los socorros que esperaba de sus magnates; pero añaden que, antes de alzar el campo, estipuló con los moros la tregua de que se hace mención en el texto. Yo me atrevo á creer que nuestros analistas han sido inducidos á error en este punto, y voy á dar la razón en que me apoyo. El cerco de Peñíscola pudo muy bien tener lugar por aquella época, pero es á todas luces evidente que no lo puso D. Jaime ni estuvo en él. No habla de ello en la historia que escribió de su propia vida, y es de suponer que no hubiera descuidado el hacer mención de un hecho tan importante. Al contrario, dice en términos categóricos que no estuvo por entonces en tierra de moros, como puede juzgarse por los párrafos de su crónica que traslado á continuación. Hablando de la empresa que contra los moros valencianos proyectó así que pudo escaparse de Tortosa, escribe con referencia á Pascual Muñoz: "Aprontónos cuanto necesitábamos para tres semanas; „mas cuando llegó el día en que debían venir á Nos los ricos-hombres „de Aragón, no hicieron tal, y sí solamente comparecieron D. Blasco „de Alagón, D. Artal de Luna y D. Ato de Foces; y viendo que no „llegaban el día señalado, por su tardanza tuvimos que comernos los ví„veres *que habíamos preparado para entrar en tierra de moros.*„ Y dice en el mismo cap. XXIV, algunas líneas más abajo de éstas: "Pasa„das las tres semanas antedichas, como habíamos consumido antes de „tiempo los víveres que habían de servirnos en la cabalgada, nos sali„mos de Teruel y entramos en Aragón.„ Esto es terminante, pero aún hay más. En el siguiente cap. XXV, explica D. Jaime cómo se encontró con D. Pedro Ahones camino de Zaragoza, y entre las reconvenciones que le dirige, le dice estas palabras: "Os hemos esperado en Te„ruel más de tres semanas, pues ya sabéis que con vos y los ricos-hom„bres de Aragón teníamos pensado hacer una buena cabalgada. Y la lla„mamos así buena cabalgada, *porque aún no habemos visto moros de gue„rra, ¡que ojalá los hubiésemos podido ver y aquí estuvieran!* Y como vos „faltásteis—prosigue hablando D. Jaime,—aconsejónos todo el mundo „que, con tan pocos caballeros como teníamos en Teruel, *no entrásemos*

Contrariado por el abandono en que le dejaran sus barones obligándole á suspender una jornada que ansiaba, por lo muy ganoso de gloria que se sentía, iba Don Jaime camino de Teruel á Zaragoza, cuando al llegar á la segunda aldea que se halla debajo de Calamocha, tropezó con una compañía de 50 á 60 caballeros, mandada por D. Pedro Ahones, uno de los jefes principales de la liga. Iban en cabalgada á correr por cuenta propia las tierras de moros. D. Jaime invitó al de Ahones á volverse con él, pero el caballero dióle por contestación que tuviese á bien no retardarle en manera alguna el viaje.

—D. Pedro Ahones, respondióle entonces el real mancebo [1], por ir una legua conmigo no perderéis gran tiempo.

Accedió D. Pedro, y juntos tomaron la vuelta de Burbáguena, donde entraron en una casa que era de los templarios. Al llegar allí, D. Jaime reconvino agriamente al de Ahones, diciéndole que por él y por los suyos se había visto precisado á abandonar la empresa que contra los moros de Valencia proyectara, habiendo tenido que aceptar por fin la tregua con que el monarca valenciano le acababa de brindar. Su razonamiento terminó con la intimación al caballero de que por ningún motivo tratase de entrar en tierra de moros, pues sería

„*en tierra de infieles.*„ Creo, pues, bastante categórica esta declaración de D. Jaime para poder asegurar que es un error lo del sitio de Peñíscola (*).

1 Palabras mismas del rey. En la relación de los sucesos que se cuentan en este capítulo, he tomado por guía la propia crónica de D. Jaime, sin perder por esto de vista los anales de Zurita, quien da á veces pormenores que en aquélla no se hallan.

(*) Puse esta nota en la primera edición, y, bien meditada, la sostengo en esta segunda, aun cuando vea á Ch. de Tourtoulón y á otros insistir en que D. Jaime puso sitio á Peñíscola, apoyándose en documentos inéditos. Valga por lo que valga, ahí queda mi nota.

esto quebrantar la promesa y pacto del monarca en menoscabo de la autoridad real; pero D. Pedro, con falta de cortesía y sobra de desenfado, replicó que él y su hermano, el obispo de Zaragoza D. Sancho Ahones, habían hecho grandes gastos para tal expedición, y que por lo mismo no volverían un paso atrás hasta haber logrado alguna ventaja sobre los moros.

Encolerizóse el rey, y al ver el empeño con que sostenía el de Ahones su tenacidad, le dijo violentamente:

—Pues no me queréis obedecer, yo quiero que seáis preso.

Al oir esto, D. Pedro, faltando á la dignidad de caballero y á la misión de buen vasallo, requirió su espada; pero el rey se arrojó sobre él con tal ligereza y le detuvo con tanta fuerza, que no le permitió acabarla de sacar. Y esto que era D. Jaime entonces un joven de sólo diez y siete años, y D. Pedro uno de los más robustos y más esforzados caballeros de su época.

Acudieron al ruido las gentes del séquito de D. Pedro, y viendo el lance apurado en que se hallaba su señor, ayudáronle á desasirse de entre las manos del rey, de las que él no había conseguido soltarse á pesar de su robustez. En seguida, saliendo todos con precipitación de la casa donde había tenido lugar esta escena, montaron á caballo y dieron á huir hacia el castillo de Cutanda, que era del obispo de Zaragoza. D. Jaime, que á todo esto se había hallado solo y sin armas, llamó á los suyos, vistióse un perpunte y ciñóse las armas, y montando en un caballo que le prestó un caballero, echó á correr seguido de unos pocos tras de los fugitivos.

Largo trecho corrieron unos y otros, hasta que viendo D. Pedro Ahones fatigado su caballo por tan larga carrera y por el peso de sus armas, decidióse á esperar á sus perseguidores y á hacerse fuerte en un cerro al

cual subió con 20 ó 30 de los suyos. D. Jaime no tenía á la sazón á su lado más que dos caballeros, el de Gudar y el de Pomar; pero mirando sólo á su valor y no pensando más que en satisfacer su enojo, quiso acometer la empresa subiendo al cerro por un atajo, ínterin llegaban sus gentes que por el camino se habían retardado.

Cuando D. Jaime estuvo ya cerca del sitio donde se hallaban sus contrarios, desenvainó su espada agitándola en el aire, y gritando ¡Aragón! ¡Aragón! desembocó en el cerro y se arrojó hacia ellos. A la vista del rey, y al nombre mágico de la patria invocado por el jefe de ella en tan solemne momento, todos los caballeros que con D. Pedro se hallaban le abandonaron, quedando sólo con él su leal escudero Martín Pérez de Mezquita, decidido como leal á seguir la suerte que cupiera á su señor.

D. Pedro se dispuso á hacer frente á todo y á no rendirse, temiendo, como en efecto debía temerlo, todo en aquel acto de la cólera del monarca; defendióse, pues, como un león sañudo y acosado, pero cedió al impulso de la lanza de Sancho Martínez de Luna, sobrevenido en aquel entonces, que entrándole por la escotadura de la loriga, le penetró en el lado derecho, de cuya herida le faltaron luego las fuerzas, de modo que por no dar en tierra se abrazó al cuello del caballo. A vista de esto, el rey descabalgó del suyo con presteza, y abalanzándose hacia él, le recibió en sus brazos, diciéndole con semblante compasivo y triste:

—En mal punto vinísteis á parar, D. Pedro Ahones; valía más que hubiéseis creído lo que aconsejado os habíamos.

Acababa apenas el rey de pronunciar estas palabras, cuando llegó D. Blasco de Alagón á todo escape, al frente de algunos caballeros que blandían sus lanzas.

—Señor, dijo D. Blasco al rey, dejadme alancear á

este león, en venganza de las demasías que os ha hecho.

Pero entonces el clemente y generoso joven, que abrigaba por el momento en su corazón tanta piedad como cólera había guardado antes, cubriendo con su cuerpo al herido caballero, contestó á D. Blasco:

—Dios os confunda por las palabras que habláis, D. Blasco; y os digo ahora que antes que á D. Pedro Ahones hiráis, tendréis que herirme á mí.

Detuvo su intención D. Blasco al oir las nobles palabras del real mancebo, y, dejando su lanza, ayudó á poner al herido sobre un caballo; pero antes de llegar á Burbáguena exhaló el último suspiro, y ya sólo cadáver lo llevaron al pueblo.

Era el muerto caballero, uno de los más poderosos del reino: poseía la fortísima villa de Bolea, era suyo todo el Sobrarbe, mucha parte de Ribagorza, y su señera feudal flotaba orgullosa y altiva en muchos castillos de la montaña. Su muerte produjo nuevos altercados en el reino, sirviéndose de este pretexto los mal contentos para sus fines contra el rey, y siendo jefe de los nuevos disturbios que se ocasionaron el infante D. Fernando. A consecuencia de esto, dividiéronse todavía más profundamente los nobles en facciones, y una nueva tempestad, creciendo terrible en el horizonte de la política, amagó descargar sobre el trono del joven monarca.

CAPÍTULO XXVI.

Los catalanes acuden en auxilio del rey.—Saqueo de Alcovera y batalla del Castellar.—Cortes en Tortosa.—Toma de Ponciano y de Cellas.—Lo que sucedió al rey en Huesca.—Terminan los bandos.—Retrato de D. Jaime.—Aurembiaix de Urgel se presenta al rey y reclama el condado.—Donación de Lérida á D. Jaime.—El rey declara la guerra á Guerau de Cabrera.—Se apodera de varios pueblos.—Entra en Balaguer.—Se le entrega Agramunt.—La condesa de Urgel queda restablecida en sus estados.

(De 1225 á 1228.)

Otra vez tuvo entonces D. Jaime que hacerse fuerte oponiendo astucias contra astucias y armas contra armas. Su solio llegó á bambolear en medio de todos aquellos choques; pero su fuerza de voluntad, su varonil entusiasmo, su extraordinario ardor le sostuvieron, y si en medio de aquella deshecha tempestad, promovida en el país por tan opuestos bandos, otro rey hubiese naufragado, nuestro joven monarca—si es que alguna vez D. Jaime llegó á ser joven,—pareció crecerse en los peligros arrostrándolos con frente enhiesta y pecho de león, cual si tuviera el privilegio de disipar con su aspecto las tormentas.

Muerto D. Pedro Ahones, dirigióse el rey con su gente al castillo de Bolea; pero ya estaba dentro de los muros el infante D. Fernando con su hueste, y tuvo que retroceder encaminándose á Almudévar, donde permaneció tres semanas, para luego pasar á Pertusa, en cuyo punto se le unió Ramón Folch de Cardona, con su hermano Guillermo, al frente de 60 caballeros catalanes.

Ya en esto todas las ciudades de Aragón, excepto Calatayud, se habían alzado contra el rey, y comenzó en-

tonces una verdadera guerra civil de sangre y exterminio. El obispo de Zaragoza D. Sancho Ahones, batallador como todos los prelados de su tiempo, había juntado mucha gente de su parcialidad, y, en venganza de la muerte de su hermano, se arrojó sobre Alcovera tomándola y pasándola á saco y á degüello. En cambio, D. Blasco de Alagón y D. Artal de Luna, partidarios del rey, atravesaron el Ebro, y cayendo sobre una hueste de zaragozanos que acampaba junto á la sierra del Castellar, la derrotaron por completo haciéndola perder más de 300 hombres entre muertos y prisioneros.

Si hemos de dar crédito á Feliu de la Peña [1], el rey nombró por general en jefe de sus tropas al vizconde Ramón Folch de Cardona, y debió aprovechar un claro que le dejaron libre las contiendas, para venirse á Tortosa, donde convocó á Cortes á los catalanes, recibiendo de éstos los auxilios de armas y dinero que necesitaba para continuar la guerra civil de Aragón.

La verdadera campaña comenzó con la toma de Ponzano, de que se apoderó D. Jaime con auxilio del vizconde de Cardona y de su gente, pasando luego á sitiar el castillo de Cellas, que tomó también. Formaban entonces su consejo Ramón Folch de Cardona, Rodrigo de Lizana, Ato de Foces, Ladrón y Pedro de Pomar. Aconsejaron éstos al rey que se suspendiesen por unos días las hostilidades, ínterin Aspargo, arzobispo de Tarragona, que se ofreciera á ello, mediaba entre ambos partidos para llevarlos á un acomodamiento; pero todos los buenos deseos del noble arzobispo se estrellaron ante las exigencias de los del bando enemigo de D. Jaime.

Iba, pues, á reanudarse la campaña, cuando el rey fué víctima de una negra traición. Se le había enviado un mensaje en nombre de Huesca, rogándole que entrase

1 Lib. XI, cap. VII de sus *Anales*.

en ella, pues estaba pronta á prestarle obediencia. Creyólo D. Jaime, y se encaminó á la ciudad, con la previsión de no llevar caballeros armados, siendo recibido con júbilo al parecer; pero á las aclamaciones de su recibimiento, sucedió por la noche la gritería de los amotinados que cercaron la casa en que moraba, teniéndole en ella como prisionero. Salió el rey de su posada en cuanto amaneció, y á caballo, y en la misma plaza, peroró ante la turbulenta y amenazadora muchedumbre que podía apenas contener el Concejo de la ciudad. Enérgicamente les habló el monarca: «Yo soy vuestro señor natural, les dijo entre otros razonamientos, y en verdad que me asombra el que deba guardarme de vosotros é ir tan prevenido para entrar en las ciudades que Dios me ha dado y que mi padre me dejó, así como me pesa que haya de tener guerra con ellas.» El discurso del rey promovió una reunión del Concejo; pero el resultado fué, que se cerraron las puertas de la ciudad, se tendieron cadenas para impedir el tránsito por las calles, y se avisó á D. Fernando y á los suyos que fuesen apresuradamente á Huesca donde guardaban prisionero á D. Jaime.

Éste, empero, fugóse de Huesca, como lo hiciera antes de Tortosa. Mientras por su orden se compraban carneros y se abastecía el palacio de víveres, como si se tratase de una larga permanencia en él, se armaba de punta en blanco, y, al asomar las primeras sombras de la noche, se hacía abrir la puerta que daba al Isuela, amenazando al llavero, y volaba á reunirse con el vizconde de Cardona y demás caballeros de su mesnada, á quienes halló aterrados y fuera de sí por creerle cautivo en la ciudad.

La presencia de ánimo de D. Jaime, su firmeza, sus varoniles bríos, su aplomo y serenidad hasta en los mayores peligros, consiguieron por fin hacer cesar los dis-

turbios y disensiones, y ante el rey que empuñaba ya con mano firme el cetro, desapareció todo aquel nublado que se formaba sobre el trono. La sierra de Alcalá presenció un día la entrevista solemne que tuvieron Don Jaime y los principales de su partido con D. Fernando y los magnates del suyo. Nombráronse mediadores que intervinieran y arreglaran las diferencias, y en 31 de Marzo de 1227 fué dada sentencia arbitral por Aspargo, arzobispo de Tarragona, Berenguer, obispo de Lérida y el maestre del Temple Francisco de Montpesat, decidiendo las cuestiones que el rey tenía con su tío D. Fernando, con el obispo de Zaragoza, con el vizconde de Bearn, y con los varios nobles que se habían confederado contra el monarca, turbando la paz de la tierra con sus facciones. Por esta sentencia quedó deshecha la liga de los rebeldes, obligáronse éstos á portarse con el rey como buenos vasallos, se comprometió D. Jaime á tratarles como tales, y se impuso á todos la obligación de restituir los castillos, lugares y haciendas de que mutuamente se habían apoderado. Con tan feliz concordia tuvieron fin aquellos bandos que habían ensangrentado el reino y hecho bambolear el trono, vió D. Jaime restablecida la tranquilidad en sus estados, y, libre de estos sinsabores, pudo pensar seriamente en acometer las grandiosas empresas á que le inclinaba su ánimo levantado [1].

Ya en esto se hallaba el rey próximo á cumplir los veinte años de su edad, y cuentan de él que era el mejor mozo y más gallardo mancebo del orbe; cosa, en efecto, innegable, si se ha de dar crédito al retrato que de él nos hacen. «Era, dicen, un palmo más alto que los demás hombres; fornido y proporcionado en todos

1 Crónica del rey D. Jaime.—*Anales de Aragón.*—*Anales de Cataluña.*—*Efemérides* de Flotats.

peraba inexorable y sañuda á los más valientes en el seno mismo de la victoria. Acorralados los Moncadas como leones por gran muchedumbre de moros, como leones pelearon, pero peleando murieron, cayendo junto á ellos Hugo de Mataplana, Hugo Dezfar y otros ocho de los más ilustres caballeros de su linaje.

Ya en esto, es decir, cuando el combate se hallaba en lo más recio, habían acudido el rey, Nuño Sánchez, Beltrán de Naya, Lope Jiménez de Luesia y Pedro de Pomar, todos con su gente. D. Jaime, lleno de brío y de impaciencia, no había curado de armarse, y aceptó la coraza que Beltrán de Naya le dió en aquel momento despojándose de ella. En seguida marchó á galope, sin dejar de reprender á los suyos por la tardanza. Al llegar al sitio donde había tenido lugar la primera refriega, pues la batalla al parecer había ido cambiando de teatro y avanzando en dirección á la ciudad, lo cual prueba que iban en retirada los sarracenos, encontró el rey á Guillermo de Mendiona, de quien decían que no había en todo Cataluña otro que mejor justara, siendo además buen caballero, el cual se retiraba de la pelea llevando ensangrentado todo el labio inferior.—«Guillermo de Mendiona, díjole el rey, ¿cómo os partís del combate?»—«Porque estoy herido, señor,» le contestó el caballero. Acercóse D. Jaime y vió que su herida era sólo en la boca de una pedrada que le habían arrojado. Al ver esto, el mismo rey cogió el caballo de las riendas y díjole al jinete:—«Volveos, Guillermo de Mendiona, á la batalla, que un buen caballero por semejante golpe no debe acobardarse ni menos abandonar la lucha.» Corrido el de Mendiona al oir estas palabras, volvió riendas al corcel, y entrándose á galope en lo más recio de la pelea, supo hacerlo tan bien y cumplir tanto con lo que se le había mandado, que nunca más volvió á parecer.

Devorado el rey por su febril impaciencia, se apresuraba de tal modo, que apenas podían seguirle sus caballeros, y sólo 12 permanecían junto á él cuando llegó á lo alto de un collado, desde donde se veía el campo de batalla. No tardaron, sin embargo, en incorporársele 70 jinetes con el pendón de Nuño Sánchez, llevado por Roldán Layn, con el cual iba Sire Guillermo, hijo bastardo del rey de Navarra. En la sierra veíase á muchos sarracenos, en medio de los cuales ondeaba una bandera blanca y colorada con una cabeza humana en el hierro del asta. Quiso D. Jaime picar su caballo y arremeter, pero Nuño Sánchez, Lope Jiménez y Pedro Pomar se apoderaron de las riendas, diciéndole:—«Hoy nos mataréis á todos, y vuestra impaciencia nos llevará á mal fin.» A esto contestó el rey:—«No hay para qué tirar así de las riendas, que no soy león ni leopardo, y ya que tanto os empeñáis, iré despacio. Pero recordad lo que os digo: quiera Dios que tamañas dilaciones no resulten en grave daño nuestro.» Y así fué como el rey dijo, pues eran precisamente aquellos momentos los en que caían los Moncadas víctimas de su arrojo.

«Ya en el ínterin, había llegado refuerzo á las dos vanguardias, y entraron en acción todas las fuerzas. Rehechos los restos de la división que mandaron los Moncadas, avanzaron á vengar la muerte de sus valientes capitanes; y el de Ampurias y los intrépidos templarios, seguían desalojando al enemigo y empujándolo hacia la sierra de Bendinat. Fué el ataque general: cargó el rey á la cabeza de su hueste y de la gente de Don Nuño, que ya se le habían reunido; y en aquel collado, que aun hoy día conserva el nombre de *Coll del Rey*, se trabó una refriega encarnizada, mientras con no menos furia se combatía en todas aquellas sierras. Los que defendían el cerro *del Rey*, cejaron los primeros; y como casi sin lidiar se apartasen de la acción 2.000 peones

mahometanos, fué el rey con alguna caballería en su alcance, sin poder juntárseles empero, porque los fugitivos iban desembarazados, y los caballos estaban rendidos de la fatiga y del gran peso de las bardas. Hízose general la retirada de los moros, que la emprendieron hacia Barguesa; y clavado en el cerro *del Rey* el guión real, en todas las alturas ondearon los pendones de los caudillos [1].»

Terminada la batalla, supo el rey por el obispo de Barcelona, Berenguer de Palou, la muerte de los dos Moncadas, y es fama que, al recibir esta noticia, abundantes lágrimas corrieron de sus ojos. Inmediatamente dió orden de que sus cuerpos fuesen retirados del campo, para enterrarles luego con el homenaje y respeto debido á tan ilustres varones. Era aquel día miércoles 12 de Setiembre, y acampó el ejército al pie de la sierra de Portopí, de lo alto de cuya sierra vió el rey por primera vez la bella ciudad que entonces se llamaba Mallorca y hoy Palma, ciudad que gustó á sus ojos y á los de la comitiva, dice la crónica, más que cualesquiera otras ciudades hubiese visto.

El jueves 13 fortalecióse con trincheras el campamento, y tratóse de dar sepultura á los difuntos, comenzando desde la puesta del sol los preparativos [2]. La armada, unida ya con las galeras que arribaron á Santa Ponza, salió de la Porrasa, fué siguiendo la costa y penetró en Portopí, donde apresó algunas naves sarracenas, anclando parte de ella en dicho puerto y parte en frente de la ciudad.

El viernes 14, al amanecer, tuvo lugar el entierro de

1 Piferrer: *Mallorca*, pág. 52.—Quadrado, en sus notas al Marsilio, se inclina á creer que este *Coll del Rey* era el cerro tan encarnizadamente disputado y que costó la vida á los Moncadas.

2 Sigo en las fechas á Quadrado, que sigue á su vez á Marsilio. Piferrer lo adelanta todo de un día siguiendo á Desclot.

los Moncadas. Los cadáveres de aquellos ínclitos caudillos fueron conducidos en una camilla al lugar donde debían ser enterrados provisionalmente [1], y con gran amargura lloraban los que habían sido de su hueste y de sus tercios. Conmovido hallábase también el rey, y tuvo que hacerse no poca violencia para dominarse y dirigir en estos términos la palabra á los que le rodeaban:

«A Dios ponemos por testigo; á Dios, que aquí nos ha traído y en cuyo servicio estamos, que si la muerte de estos nobles con material precio redimir pudiéramos, tanto daríamos de lo nuestro que el decirlo sería lisonja y el hacerlo les parecería á muchos locura. Llorar empero á los que en servicio de Dios su vida tan bizarramente han fenecido, si la fragilidad de nuestra carne y la tierna amistad no lo excusaran, pareciera derogar en algo á la fe; porque ¿qué católico duda de que hombres confesados y comulgados no sean acogidos por la misericordia divina? ¿Y quién no cree que reine con Dios un hombre católico arrepentido, privado de la vida temporal por los tormentos en defensa de la fe? ¿Y nosotros expuestos al peligro lloraremos á los ya salvados? El llanto es muy perjudicial al ejército; pues si la ciudad con nuestros alaridos llegara á entender la pérdida y golpe que hemos sufrido, mostraríase más hostil y obstinada sabiendo nuestro daño. Por tanto, os mandamos dar fin al llanto, y adormecer los clamores, y ahogar los suspiros. Nos, en lugar de ellos, seremos vuestro señor, y á vosotros y á los nuestros haremos bien por respeto á vosotros y á tan queridos difuntos; y si perdiéreis el caballo, os lo indemnizaremos, y os daremos todas las cosas que os sean necesarias; y de vosotros con

1 Es fama que, tomada la ciudad, se depositaron en una pequeña iglesia, antes mezquita, y de allí se trasladaron á Cataluña.

especialidad tendremos tal cuidado, que quitada la presencia de vuestros señores, la cual es siempre muy tierna para buenos vasallos y muy para echar de menos, pero que ya no admite reparación, en todo lo demás no aparecerá que os halléis huérfanos de señor. Sólo os añadiré, y á todos los que me oís en nombre de vuestro llanto y del padecimiento de los difuntos, os lo impongo, que llevando su muerte en la memoria la venguéis con multiplicados daños y muertes de los enemigos, y sirváis á Dios fielmente para que en este lugar sea siempre alabado su santo y maravilloso nombre.»

Dióse después de este discurso sepultura á los cuerpos, y parece que en seguida se levantó el campo para ir á fijarlo ante la ciudad, la cual, rodeada de sus huertas y sus galas, mostraba toda su belleza al rey cristiano como para más incitar su apetito de conquistador.

CAPÍTULO XXXI.

Sitio y toma de Mallorca.—Máquinas é ingenios de batir.—Predicación de Fr. Miguel.—Combate con los moros que habían cortado el agua á los sitiadores.—Sumisión de varias comarcas sarracenas.—Continúa el sitio.—Propuesta de un renegado y noble contestación del rey.—El emir mallorquín pide capitulación.—Se reune el consejo del rey.—Se decide proseguir el sitio.—Heróico juramento de los sitiadores.—Asalto de la ciudad.

(Del 15 de Setiembre al 31 de Diciembre de 1229.)

No es posible entrar en los detalles del sitio y referir sus episodios, pues que sólo para ello se necesitaría escribir un volumen. Basta saber que el real de los sitiadores se circundó de valladar y foso, guardando la misma usanza de campamento que tenían los romanos, y que se comenzó á combatir fuerte y reciamente la ciudad,

que estaba bien murada y torreada, y cuya población se elevaba entonces, por lo que alguno dice, á 80.000 almas. El rey tenía, como ingenios de batir, dos trabucos, un *fonevol* ó fundíbulo que lanzaba enormes piedras contra los muros, y un *mangano*, *manganel* ó *turquesco*, que con estos nombres lo citan indistintamente las crónicas. Por lo que toca á los sitiados, montaron dos formidables trabucos y 14 *algarradas*, entre ellas una, dice Marsilio, como no se había visto jamás otra mejor, pues alcanzaba con las piedras al ejército, y atravesaba cinco ó seis tiendas. Fué necesario entonces que en el campo sitiador se construyese un *mantelete* ó *gata*, bajo la dirección de Gisperto de Barberá, con el cual se podía acercarse hasta el foso, á cubierto de las piedras y dardos que arrojaban los de dentro. También el conde de Ampurias mandó hacer otro mantelete, que fué acercando al foso, y puso dentro de él una buena compañía y zapadores para cavar y llegar por bajo de tierra hasta lo más hondo del foso. Otro mantelete, por fin, construyó el rey, también con zapadores dentro; y así, á un mismo tiempo, se dió principio á abrir cavas ó caminos subterráneos; de manera que, mientras el mantelete de Gisperto de Barberá avanzaba á flor de tierra, los otros dos iban minando subterráneamente.

En el ínterin, para dar aliento á la hueste, apeló D. Jaime al expediente de hacer que arengase con frecuencia á los soldados un fraile dominico, llamado Fr. Miguel, que gozaba gran reputación de santo, y al cual acompañaba y ayudaba otro fraile, cuyo nombre era Fr. Berenguer de Castellbisbal [1]. Las predicaciones del dominico Miguel contribuyeron no poco á dar ánimo y esperanza al soldado, cuya moral pudo mantener

1 Fué éste, más adelante, aquel célebre obispo de Gerona, á quien D. Jaime hizo un día arrancar la lengua, según podremos enterarnos en uno de los próximos capítulos.

siempre viva prometiendo indulgencias y mercedes espirituales, mientras el rey, por su parte, ofrecía dones y gracias para cuando la ciudad fuese entrada.

Iban los trabajos del sitio adelantando, aunque con grandes penalidades y tropiezos, cuando vino un acontecimiento á poner en apretado trance á los sitiadores. Sucedió, pues, que *un hijo del diablo*, como le llama Marsilio, un moro que, según la crónica real se llamaba Ifantilla, según Desclot Fatilla, y según sospechas de Romey Fatih-Ellah, halló trazas de salirse de la ciudad, ó vino del interior de la isla, que esto no queda probado, al frente de 5.000 infantes y 100 jinetes, con los cuales se colocó en un cerro vecino que dominaba el campamento, y cortó el agua de un arroyo, que, si bien escasa, bajaba á los reales y era suficiente para abastecer á personas y caballerías. El moro, después de haber llevado á cabo esta hazaña, acampó en el sitio mismo de la cortadura para guardarla. El peligro que iba á correr el ejército por la falta de agua era muy grave, y el rey comprendió la necesidad imperiosa de destruir y desalojar del cerro á la hueste sarracena. Al efecto, envió contra ella un cuerpo de tropas, mandado, según parece, por Nuño Sánchez, aun cuando Desclot dice que lo fué por Gerardo de Cervelló y Ferrer de Santmartí. La lucha fué obstinada; defendiéronse bien los sarracenos, pero los nuestros subieron al cerro y mataron 500 moros, incluso su caudillo Ifantilla ó Fatih-Ellah, cuya cabeza fué llevada en testimonio de victoria á D. Jaime, y éste con su fundíbulo la mandó arrojar por encima de los muros de la ciudad, para terror y espanto de los sitiados [1]. De esta suerte recobró el agua nuestro ejército.

1 Este hecho ha dado lugar á que, dramatizándolo más ó menos, lo contaran las crónicas con variedad de detalles. Unos dicen que el rey arrojó con sus trabucos hasta 412 cabezas de moros dentro de la ciu-

A esta victoria unióse luego un notable acontecimiento, para hacer más llevadera y esperanzada la situación de los cristianos. Cierto poderoso moro, llamado Ben-Abet, que poseía, ó á lo menos tenía autoridad sobre un distrito poblado por 800 casas ó familias montañesas, envió á decir á D. Jaime que estaba dispuesto á sometérsele con todos los suyos, si los admitía bajo su protección y real seguro. Accedió D. Jaime; sometióse Ben-Abet [1], siguiendo luego su ejemplo otros tres distritos ó comarcas de la isla, y desde aquel punto comenzó la abundancia para el campamento cristiano, pues los moros sometidos acudían á proveerle de toda clase de comestibles. Las relaciones entre los nuestros y los sarracenos montañeses debieron hacerse muy íntimas, pues no sin extrañeza vemos que los infieles pidieron al rey dos gobernadores cristianos para regentar los cuatro distritos sometidos, nombrando D. Jaime bayles de aquellas comarcas á Berenguer Durfort, de Barcelona, y á Jaime Sans, de Montpeller, siendo este último, quizá, el embajador del mismo nombre, enviado al emir de Mallorca antes de la expedición.

dad, y que en represalias fueron lanzadas desde los muros al campamento varias de cautivos cristianos. Muntaner, que sólo por incidente y en dos capítulos refiere á grandes rasgos la conquista de Mallorca, dice que D. Jaime hizo juramento de no salir de la isla hasta haber cogido por la barba al emir ó rey sarraceno, en desagravio y venganza de haber éste lanzado á su campo unas cabezas de cautivos cristianos. Otros refieren que este juramento lo hizo D. Jaime antes de salir de Cataluña, cuando tuvo noticia de lo mal recibido que fué su embajador Sans; pero todo esto, particularmente lo del voto, tiene marcados y evidentes visos de fábula.

1 Muy apurada debía ser la situación del ejército cristiano cuando se presentó Ben-Abet para someterse, pues que al referir D. Jaime en su crónica el regalo de cabritos, gallinas y uvas que le llevó el moro, le llama ingenuamente *ángel de Dios*, por el servicio que le hizo facilitándole aquellos alimentos.

Sin descanso y con la rapidez posible, atendida la ciencia militar de aquellos tiempos, iban avanzando mientras tanto los trabajos del sitio, que consistían principalmente en las dos minas subterráneas del rey y del conde de Ampurias. Las penalidades eran grandes; los quebrantos extraordinarios; los combates continuos; las dificultades insuperables para otros hombres que no hubiesen sido mandados y dirigidos por aquella voluntad de hierro y por aquella fe cristiana que tenían por nombre D. Jaime. Una vez los sitiados expusieron sobre el muro á los cristianos cautivos, y los levantaron en cruz desnudos, ofreciéndoles como blanco á los tiros de los sitiadores, pero las víctimas exhortaban á los suyos que no cesaran de disparar por causa de ellos, pues que así alcanzarían la corona del martirio; otra vez los moros hicieron una contramina para estorbar los trabajos de los cristianos, y encontrándose con éstos en las entrañas de la tierra, tuvo lugar una sombría y sangrienta refriega, de la que por cierto no salieron los nuestros vencedores. A pesar de todo, vencidos hoy, triunfando mañana, con luchas continuas, con peligros á cada instante, con el trabajo por reposo y el combate por descanso, iban los nuestros prosiguiendo el adelantado sitio, fiados en su joven caudillo de veintiún años, cuya firmeza y cuya fe no bastaba nada á quebrantar.

Por fin las torres de la ciudad comenzaron á desmoronarse, gracias á los esfuerzos de los zapadores; los muros á flaquear, cediendo á las enormes piedras que sin descanso lanzaban los ingenios, y los fosos á cegarse para que á pie llano pudieran entrar al asalto los caballeros, por haberse seguido cierto sistema propuesto por dos hombres de Lérida. La plaza no podía resistir por mucho tiempo y empezó á pensarse en capitulación. La primera entrevista que el conde de Rosellón Nuño Sánchez, plenipotenciario del rey, tuvo con el emir de

Mallorca, no surtió ningún efecto, pues el emir, arrepentido acaso de haberse mostrado débil, despidió al conde sin darle explicación ninguna. Había entonces en la plaza un personaje de quien las crónicas hablan poco y con misterio. Nombrábanle Mahomet, pero aunque este nombre tenía, y figura como caudillo moro, y privaba, según parece, con el emir de Mallorca, no era otro, sin embargo, que un caballero aragonés, de cristiana y esclarecida estirpe, llamado Gil de Alagón, el cual, por circunstancias que han permanecido ignoradas, había renegado de la fe pasando á las Baleares, donde servía bajo los estandartes del profeta. Este Mahomet, ó mejor Gil de Alagón, tuvo una entrevista secreta con Pedro Cornel, caballero cristiano, y le propuso, para que éste transmitiese el mensaje á D. Jaime, que por parte del emir se abonarían al rey de Aragón todos los gastos que él y sus nobles hubiesen hecho en aquella expedición si consentía en retirarse. Transmitida la propuesta al rey, encolerizóse sobremanera y, roja la frente por el fuego de la indignación, contestó, señalando un monte que se veía á lo lejos:

—«Aun cuando me dieran tanta plata como la que puede caber desde aquella montaña hasta aqueste sitio en donde estamos, no abandonaría mi idea de ganar á Mallorca. No volváis á proponerme nunca tratos semejantes, Pedro Cornel, y sabed que jamás volveremos á Cataluña si no nos abrimos paso por la ciudad.»

Una entrevista más formal tuvo lugar bien pronto entre el emir sarraceno y el conde del Rosellón, que le fué nuevamente enviado como embajador; pero aquí permítaseme ceder la palabra á Marsilio, cuya autorizada crónica refiere este episodio y sus consecuencias con encantadora sencillez.

«Otra vez despachó el rey de Mallorca un mensaje al rey para que le enviase á Nuño, de quien había oído

decir que era íntimo del rey y de una misma sangre ó parentesco. Fué allá Nuño, y á la salida de la puerta Portopí alzóse una suntuosa y magnífica tienda, dentro de la cual había muy bellas y blandísimas almohadas. Toda la hueste suspendió los trabajos, y ningún daño se intentaba por ninguna de las partes mientras que se trataban estas conferencias. Tomó asiento el rey de Mallorca con dos ancianos únicamente, y tomólo Nuño y algo más lejos el judío enviado en calidad de intérprete, y quedaron afuera los caballeros de Nuño y algunos sarracenos. Empezó Nuño diciendo: «¿Por qué razón habéis pedido al rey que me enviase á mí á hablar con vos?» Respondió el rey de Mallorca: «No habiendo yo en ningún tiempo de palabra ni de obra hecho injuria á vuestro soberano, maravíllome mucho de que tan cruelmente esté dispuesto contra mí, que se esfuerce por todos medios en arrebatarme el reino que me ha dado la divina Providencia; por tanto á vos y á los demás nobles ruégoos le aconsejéis que abandone la empresa injustamente principiada, y Nos le resarciremos todos los gastos, y vosotros, todos salvos y seguros, os retiraréis en paz, y todo lo que prometemos pagar se despachará dentro de cinco días. Y en esto no hay que sospechar ni creer que temamos el último trance de exterminio, pues que por gracia de Dios tenemos acopio de armas y de víveres y de todas las cosas que para defensa de una ciudad se juzgan necesarias, sino que procuramos únicamente redimir y terminar molestias. Y para que tengáis estas palabras por verdaderas, mandad bajo nuestra salvaguardia dos hombres dignos de fe que den testimonio de verdad acerca de nuestra abundancia de armas y de comestibles. Ni nos asusta el que las torres hayan sido derrocadas, pues juzgamos imposible, ni tememos ó creemos que pueda suceder, el penetrar vosotros por aquel punto.»

»Acabada la plática del rey de los sarracenos, respondió Nuño y dijo: «Que no habéis ofendido, decís, al rey nuestro señor, y que por lo mismo no tiene razón alguna para venir á hostilizaros; y por cierto que dos ofensas ocurren de pronto bien manifiestas. La primera es en asunto de fe, pues, según nuestra creencia, Jesucristo, Dios y hombre, redimió con su sangre todo el linaje humano, y el mundo entero le está perpetuamente obligado; y como vos no profesáis esta fe, sino que la perseguís y molestáis, es menester que á la llegada del rey católico, ó abracéis la fe católica, ó á él y á sus creyentes, de grado ó por fuerza, abandonéis el reino. La segunda razón, es temporal injuria; pues habiendo vos apresado una tarida de vasallos suyos, llena de considerables riquezas en que mercaderes de paz navegaban, el rey os despachó un enviado de su casa llamado Jaime Sans, para rogaros de su parte que os dignáseis entregarle aquella nave con los hombres y efectos en ella contenidos; y vos, movido de un vehemente espíritu de arrogancia, le preguntásteis ¿quién era aquel rey que tal cosa solicitaba? y él os repitió que era el rey de Aragón. Ciertamente que no estábais tan fuera de nuestros confines ni de las regiones habitables, que distando apenas el rey de Aragón 200 millas de esta isla, así pudiérais ignorarle ó desconocerle; y como vos tan altiva y desdeñosamente replicáseis quién era, viendo y escuchando el mensajero un desprecio de su señor tan manifiesto, movido de su adhesión, respondió: hijo es de aquel monarca que ganó la batalla de Úbeda. Y vos lleno de enojos quisísteis matarle, pero os contuvo su calidad de embajador, y no el ser enviado del rey de Aragón, sino el no irrogar perjuicio á la común indemnidad de los mensajeros que gozan de seguridad en todas partes. Y el enviado os respondió: bajo vuestra salvaguardia he venido, y en poder vuestro estoy; hacer

podéis lo que se os antoje; pero no debíais ciertamente hacer mofa ni fingir ignorancia acerca del nombre y soberanía de mi señor; así que, si con alguna dureza os he hablado, vos me habéis dado motivo para ello.

»Este es, continuó Nuño, el monarca cuyo nombre no conocíais, por cuyos estados preguntábais, cuyo poder despreciásteis, cuya demanda vacía y sin efecto devolvísteis. Al otro punto os contestamos que nuestro rey es joven de veintiún años, que este es su estreno en el ejercicio de las armas, que es de gran fortaleza y de elevado corazón, y que ha concebido el firme propósito de no marchar jamás de aquí antes de haber obtenido todo el reino, según desea. Y si le persuadiera lo contrario el consejo de sus nobles, rechazaría tal consejo absolutamente; y por tanto, no hay que alargarse en palabras sobre el asunto, porque ni podréis inclinar á ello el ánimo del rey, ni torcer á los que lealmente le aconsejan.» Y replicó el rey sarraceno: «Puesto que no os place lo que os hemos propuesto, todavía ofrecemos más. Daremosle cinco besantes por persona, comprendiendo á hombres, mujeres y niños; y cederémosle la villa, y denos el rey embarcaciones en que podamos seguramente pasar al África, y permítase quedar á los que quieran.» Sobre estos ofrecimientos, dijo Nuño que carecía de poderes, por lo cual le parecía ser indispensable contestación directa del rey.

»Volvióse Nuño al rey, satisfecho como portador de ventajosas condiciones, y el rey, no queriendo tener oculto lo que en el consejo debía revelarse, refirió á presencia de los prelados y barones cuanto había oído. Pero el conde de Ampurias no quiso asistir á este consejo ni á otro cualquiera en que se tratase de transacción alguna con los sarracenos; sino que continuamente estaba en la mina que mandaba abrir, diciendo, cuando era citado á consejo, que no saldría jamás de allí hasta que

la ciudad fuese tomada; pues de tantos primos de Guillermo de Moncada, tan sólo ¡cosa de gran lástima! habían quedado vivos el conde de Ampurias, Raimundo Alamany, Gerardo de Cervellón, hijo de Guillermo de Cervellón y sobrino de Raimundo Alamany; Guillermo de Claramunt, el obispo de Barcelona, el obispo de Gerona, el paborde de Tarragona y el abad de San Felío. Todos éstos encargaron al obispo de Barcelona hablar primero, y dijo: «Grave é inestimable es la pérdida á nosotros irrogada con la muerte de tan insignes nobles, y paréceme que es honra y provecho de los que sobreviven sirviendo á Dios aspirar y animarse á la venganza de tan ilustre sangre; pero conozco que la propuesta es aceptable. Sin embargo, los barones y caballeros más experimentados en armas y más duchos en semejantes cosas, elegirán con vos lo que más sea de elegir.»

»En seguida respondió Nuño, inducido por los que en torno de él estaban: «El rey, dijo, y todos los que aquí nos hallamos, hemos venido para servir á Dios y conquistar la isla; con que si el rey consiente en este pacto ó convenio que propone el rey de Mallorca, manifiestamente habrá logrado el objeto que á todos nosotros nos trajo aquí. No añado á lo dicho una palabra por ser yo el agente y medianero, y así dejo al rey y á vosotros el cuidado de decidirlo mejor.»

»Tras éste habló Raimundo Alamany: «Señor rey, vos aquí venísteis y nosotros con vos para servir al Altísimo, y en el comienzo de este servicio os arrebató la muerte tan nobles vasallos que ningún otro rey podía jactarse de tenerlos mejores; y Dios, que tiene la venganza en su poder, os ha dado ocasión oportuna de vengaros, y vengándoos conquistaréis y poseeréis este país. Y no es saludable este pacto, según á primera vista aparece; por lo cual, no sólo á causa del presente riesgo, si que también del que pudiera sobrevenir, debe más

prudentemente considerarse. El rey de Mallorca es hombre maduro y entrado en años; es discreto en obras, según dicen, y elocuente arengador en su idioma: si en paz se le deja, ¿cuántos corazones de reyes y pueblos correligionarios suyos os parece que se atraerá con su maestría? ¿Cuántos quebrantará con su destierro? ¿A cuántos conmoverá con su pobreza? ¿A cuántos aguijoneará con la pérdida de su reino? Y volverá algún día con porción de los suyos que conocen á ciegas toda la isla, y sorprenderá el país en ausencia vuestra con pocos y dispersos pobladores, y podrá recobrar fácilmente con su espada lo que con tanta dificultad y dolor de su corazón tiene ahora que abandonar. Pero obtenida con el hierro plena venganza de su malicia y de la ciudad perversa, con sangre indemnizáis la sangre, y coronáis con perdurable paz vuestras fatigas.»

»En pos de él, levantándose Gerardo de Cervelló y Guillermo de Claramunt, dijeron á una voz: «Por Dios, señor, os pedimos y humildemente suplicamos que en esta ocasión os acordéis de Guillermo de Moncada, cuya sangre bebe esta malvada y descreída tierra. No queráis, señor, olvidar la adhesión tan estrecha que os profesaba, y no sea vendida su muerte á los matadores á precio de pactos y conferencias. Con muertes vengada sea la muerte, y reparen espadas centelleantes la extinción de aquella tan noble espada. Acordaros debéis asimismo de Raimundo de Moncada y de los demás nobles que con ellos fenecieron en el campo, cuya muerte pareciérais olvidar si los que la causaron escapasen vivos de vuestras manos.»

»Oídas por el rey estas tiernas palabras, respondió: «La muerte de aquellos nobles á Nos tan dolorosa, á ningún precio podemos redimirla ni por medio alguno revocarla; pero á ellos les aconteció lo que la Divina Providencia ha dispuesto por mejor: en breve tiempo

hiciéronse más ricos que nosotros, que sudamos por esta tierra mortal; ellos son los que pueden entrar en la región de los vivientes que reinan con Dios. Pero si consideramos sencillamente el negocio de que ahora tratamos, parécenos que con este pacto que se nos propone logramos el primer designio por el cual aquí venimos, pues conquistamos el país para Dios y para nosotros, y obtenemos buena porción del tesoro de los habitantes: cuyas dos condiciones, á nosotros ofrecidas, no se deben así despreciar. Y cuando así con buena intención os manifestamos nuestro parecer, no despreciamos el consejo que podréis darnos ni nos apartaremos de vuestra voluntad.»

»Y en continente, todos los que eran de la familia de Moncada y los prelados dijeron á una voz y con clamor unánime que fuera tomada la ciudad á viva fuerza, y que en adelante no se atendiera ni se diese oídos á pacto alguno. Plugo al rey lo que más había sido del agrado del consejo, y envió al rey de Mallorca la respuesta de que no se admitía convenio, anunciándole que por más que se resistiera cuanto pudiese, la ciudad se tomaría á viva fuerza.

»Recibido el anuncio de la cruel noticia, los ánimos de los sarracenos, hasta entonces acostumbrados á mostrarse fuertes, comenzaron á desmayar, aborreciendo con desesperación suma sus personas é intereses, como si ya fueran víctimas de enemiga pujanza; pues el temor de la cercana muerte y la consideración de tanta muchedumbre que fenecer debía, postraban y enflaquecían á todo esforzado, y trocaban el juvenil vigor en abatimiento de vejez. Lo cual, observado y visto con tristes ojos por el rey sarraceno, convocó el pueblo entero á general asamblea, queriéndolos distraer del previsto riesgo y alentar su fortaleza; y como era hombre de agudo ingenio, de atractiva elocuencia, de discretos pa-

receres, presentóse en medio de ellos vestido de blanco, y no pareció turbado en lo más mínimo; y espiaron todos su semblante, y los que ya sabían lo que iba á declarar, de puro dolor guardaban silencio, y los que lo ignoraban creían ser llamados para oir alegres nuevas; é impacientes de ver revelado el objeto de aquella convocatoria, no tomaban en boca ni sospechaban siquiera su inminente destino, ni podían responder á las preguntas que se les hacían. Era, pues, general y profundo el silencio, así por la grave angustia y cuidado, como por respeto á la presencia de su rey. Mirólos éste, y con la madurez de su edad, comprimiendo en su mente el quebranto, abrió los labios, y para encaminar su discurso, nombró é invocó á Dios, y con voz más apacible mezcló en la invocación á Mahoma; y en seguida toda aquella muchedumbre, cual si fuera un hombre solo, se arrodilló según su rito acostumbrado, y hundidas sus caras en el suelo y extendidas ambas manos, grave y asombrosamente con fuerte clamor á nuestro Señor invocaron, y todos á la vez pronunciaron con más intensa devoción el nombre aquel de su profeta como si por sus méritos hubiesen de ser libertados.

»Cumplida la ceremonia de su inicua secta, volvió á sentarse todo el pueblo, y el rey, reclamando el objeto que allí le traía, dijo de esta suerte: «¡Bendito sea Dios, único en quien creemos y de quien damos testimonio, que ha ensanchado los confines de nuestra nación desde Oriente hasta Occidente, y nos ha dado el Mediodía en honorífica prenda de protección y otorgamiento de nuestras súplicas; el que del seno de su pueblo ha escogido los príncipes y los soberanos, el que nos ha sometido la gloria de las demás gentes y tendídola bajo nuestras plantas! ¡Bendito sea un solo Dios, en virtud de cuya diestra nuestro emperador el Miramolín ha poseído y dominado por cien años esta isla, alegre espectáculo y

joya en el seno de las aguas, y admirable refugio de navegantes, tierra por solo Dios amurallada, de infinitas bendiciones llena, para mayor tormento de nuestros envidiosos enemigos! ¡Bendito sea Dios, que me hizo rey y á vosotros pobladores de este país, comiendo y bebiendo de sus producciones, proveyendo y atendiendo á vuestras casas, engendrando de vuestras mujeres hijos, acumulando riquezas para los que han de sucederos, y sustentando con vuestros beneficios á los ancianos!

»¡Oh hijos del Profeta! ¡qué dulce vida hasta aquí pasásteis! No apareció extranjero entre vosotros, no traspasó vuestros límites invasor extraño, no conocísteis yugo ni dominación de ajeno señorío; inicua mano no escudriñó vuestras casas, vuestras mujeres no han conocido raptores, vuestras consortes ignoran lo que es fuerza ó violación. No registró exactor alguno los rincones de vuestros secretos, vuestras se conservaron las cosas que día por día fuísteis guardando; no hubo enemigo que espantara á vuestros pequeñuelos, ni adversario que os disminuyera el número de vuestros hijos; no hubo madre que á impulsos del terror ocultara y retirara los pechos al niño que criaba. Hasta el presente los envidiosos cristianos no se habían atrevido á invadir este suelo. ¡Oh barones, ved ahí el fuego en el regazo, ved al asesino en la alcoba, ved el veneno en la taza, ved la muerte en casa en días de paz! Pueblo extraño ha caído sobre nosotros, que nos llama á cautiva servidumbre, exige todos nuestros bienes, fuérzanos á salir y abandonar la ciudad, reclama vuestras mujeres para que le sirvan, y quiere la femenil belleza privar de libertad; esperan y pretenden, de toda humanidad desnudos, exterminar á vuestros tiernos infantes; pretenden exponer en venta por el mundo vuestros mancebos cargados de cadenas, y entregar este país, así los vivos como los difuntos, á oprobio perdurable. Y yo, que he en-

vejecido para ser testigo de tamaños males, prefiero morir que sufrir tal cosa contra mi ley, y esta mi cabeza, de tantas canas salpicada, consagro á la muerte en defensa de esta mi ciudad muy amada. Hombre soy semejante á cada uno de vosotros, ni en fuerzas igual ni en bríos superior; decidme, pues, vosotros el partido á que os atenéis.» Y todo el pueblo, bramando de furor, rabioso en su desesperación, clamó que mucho mejor era morir que aguardar tantos males como á ellos y á sus familias amenazaban. Y respondió el rey: «Voz de victoria es semejante voz, y casi nunca fué vencida en combate muchedumbre que llevara á cabo lo que acabáis de decir. Hacedlo, pues, así; defendámonos bizarramente, y teniendo á la vista los males ya probados, doblemos nuestro esfuerzo; labrémonos perdurable fama, venciendo cuando los enemigos piensan ya blasonar de incruenta victoria.»

Hasta aquí la crónica, cuyo fragmento he copiado, pues que no cabe nada más bello ni interesante. Es un verdadero episodio épico.

Habiendo prevalecido en el consejo de D. Jaime el voto de los que opinaban por desechar todo partido, no hubo otro recurso que ganar por la fuerza lo que no se quería obtener por avenimiento. Comenzaron de nuevo, pero con más furor que nunca las hostilidades contra la plaza, y la defensa verdaderamente heróica de ésta. Tales creces tomó entonces el valor de los sitiados, á quienes la desesperación hacía invencibles; de tal modo fueron crueles y encarnizados los combates que se siguieron, y tanta fué la mortandad en el campo sitiador, que los consejeros del rey se arrepintieron de haber rechazado las proposiciones del emir, y aun hablaron á D. Jaime para renovar los tratos con la ciudad; pero entonces el monarca aragonés contestó que no era de su carácter entablar lo que una vez rechazado había.

Y en efecto, ya no volvieron á entablarse más negociaciones con la plaza.

Llegó en esto el momento que se creyó oportuno para dar el asalto, y convínose en que éste tendría lugar el último día del año. Cuatro días antes de embestir la ciudad, D. Jaime reunió en consejo á sus barones, y les hizo jurar sobre los Santos Evangelios y la cruz de Jesucristo, que al entrar en la ciudad, en el momento del asalto, ningún noble, caballero ni peón, cualquiera que fuese, volvería atrás ni se pararía, á menos de estar herido mortalmente. En este caso, el pariente ó cualquier otro de la hueste debía arrimarle á un lado, y no sucediendo tal cosa, debían proseguir siempre adelante, entrando á viva fuerza y sin volver atrás nunca ni la cabeza ni el cuerpo, pues quien lo contrario hiciese sería tratado como desleal, lo propio que el homicida de su señor. Dice un cronista, que comenzó esta ceremonia jurando primero los soldados, luego los ricos-hombres y prelados, y quiso hacerlo también el rey, pero no se lo permitieron sus súbditos, bien que D. Jaime les dijo que aun cuando no jurase, cumpliría por su parte como si el juramento hubiese prestado.

Amaneció por fin el día señalado y brilló el primer rayo del sol, que no debía bajar á su ocaso sin ver antes triunfante el pendón invicto de la cruz y de las Barras en las torres de la árabe ciudad.

Al amanecer oyó misa y comulgó todo el ejército, y luego D. Jaime lo formó en orden de batalla, colocando delante á los infantes y la caballería á retaguardia; pero hubo de repetir por dos veces la voz de ¡adelante! porque toda la hueste, como absorta, rehusaba ponerse en movimiento. Al cabo se comunicó á todos el ardoroso entusiasmo que animaba al joven soberano, y al grito de ¡Santa María! emprendieron la acometida. El primero en escalar el muro fué un simple soldado bar-

celonés, cuyo nombre no nos ha conservado la historia, que, seguido de algunos compañeros, desalojó á los defensores de una torre, y tremolando en lo alto de las almenas un pendón que llevaba en la mano, enseñó á los demás el camino para penetrar en la ciudad. Precipitáronse luego por allí hasta 500 infantes, al mismo tiempo que iban entrando por la brecha unos 30 caballeros, entre ellos el primero D. Juan Martínez de Eslava; pero así que unos y otros hubieron traspuesto el muro, se hallaron cara á cara con una multitud de sarracenos que, teniendo á su rey al frente, no sólo les impuso una impenetrable barrera para que pudiesen pasar adelante, sino que les obligó á retroceder por de pronto, hasta que, reforzados por otros de los que iban entrando, pudieron volver á la carga y vencer aquel obstáculo.

Entre tanto había penetrado ya en la ciudad casi todo el ejército cristiano, y entonces en las calles y plazas se hizo general la batalla. Soldados y vecinos todos se defendían á porfía, los unos con sus armas, los otros arrojando desde sus casas piedras, vigas ardiendo y cuantos objetos podían causar daño ó estorbo al enemigo; pero como á la tenacidad de la defensa era también proporcionado el ardor del ataque, ninguno de estos obstáculos bastó á contener el avance de los sitiadores. No se dió cuartel á nadie: D. Jaime acudía á todos los puntos donde se necesitaba mayor esfuerzo, y de calle en calle llegó hasta la Almudaina, que era como el alcázar de la ciudad donde se encerraron los últimos restos de los moros que en la general dispersión de los suyos no tuvieron tiempo ó lugar de salvarse con la fuga. A los demás, la codicia de la soldadesca, que con el cebo del saqueo descuidó perseguir á los fugitivos, les permitió abandonar la ciudad, saliendo por las puertas del Barbalet y Portopí en número de 30.000 soldados, ni-

ños, mujeres y ancianos, y dirigiéndose á la montaña.

El rey de Mallorca, después de haber peleado bizarramente al frente de los suyos, había desaparecido también en el general tumulto; pero dos hombres de Tortosa fueron á encontrar al de Aragón y le ofrecieron entregárselo si les daba 1.000 libras, enseñándole la casa donde se había recogido. D. Jaime aceptó la proposición, dirigiéndose allá en seguida; y al descubrirle, le aseguró desde luego que no tenía que temer por su vida, procuró tranquilizarle sobre su suerte y le confió á la guarda de su pariente Nuño Sánchez, para que le librase de cualquier insulto.

Muntaner cuenta, conforme se ha dicho, que le asió por las barbas en cumplimiento de cierto juramento; pero callan esta circunstancia los demás cronistas, la calla el mismo D. Jaime en su historia, y atendido el carácter noble y pundonoroso del joven monarca aragonés, no es creíble que se complaciese en injuriar á un vencido.

Faltaba ya solamente apoderarse de la Almudaina; pero los que en ella se habían refugiado, diéronse luego á partido así que se presentó D. Jaime, sin tratar de defenderse, y la entregaron junto con el joven hijo del emir, que se hallaba allí entre ellos, y que, habiendo sido después bautizado con el nombre de Jaime, recibió del Conquistador señaladas mercedes [1]. Con la toma del alcázar quedó toda la ciudad en poder del ejército cristiano. El botín que en ella se recogió fué inmenso y bastó para enriquecer á todos los de la hueste; rescatáronse también 180 cautivos, y la pérdida que tuvieron los moros, contando solamente los muertos, fué de 20.000 hombres; de manera que los prelados que

1 Según Zurita, lib. III, cap. VIII, el rey lo casó con una doncella principal que se llamaba Doña Eva, y fueron señores de Gotor, confirmándoles el rey la baronía de Huesca y de Gotor.

iban en el ejército hubieron de conceder indulgencias á los que sacasen al campo los cadáveres que yacían amontonados por las calles y plazas, y amenazaban inficionar la ciudad con sus fétidos miasmas.

CAPÍTULO XXXII.

Después de la conquista.—Almoneda de los despojos.—Tumulto popular.—Se declara la peste.—Frústrase una empresa de Nuño Sánchez, y el rey envía á buscar más gente.—Salida del rey contra los moros.—Los almogavares en Mallorca.—Rendición de los moros refugiados en las cuevas de Artá.—Llegada de los caballeros aragoneses.—Carta-puebla de Mallorca.—Bernardo de Santa Eugenia nombrado gobernador de la isla.—Discurso de despedida pronunciado por el rey.

(De Enero á Octubre de 1230.)

Cuando la luz del sol se presentó á alumbrar al día siguiente aquella triste escena, estaban todavía los vencedores entregados á la orgía del saqueo, y corrían por las calles registrando las casas, tomando y ocultando despojos. Fué tal el desorden, que, según se cuenta, los criados del rey no comparecieron ante él en ocho días, y es fama que en la noche del asalto hubo D. Jaime de aceptar la cena que le ofreció uno de sus caballeros, pues que sus servidores le habían dejado completamente sin comer.

Tomada la ciudad y totalmente saqueada, propusieron algunos prelados y nobles, principalmente el obispo de Barcelona, el paborde de Tarragona, Nuño Sánchez y Berenguer de Santa Eugenia, que se hiciese pública almoneda de personas y cosas. Opúsose D. Jaime diciéndoles que esta pública venta requeriría harto tiempo; que lo más importante era la destrucción de los moros refugiados en las montañas, y á los cuales no

BIBLIOTECA PÚBLICA SORIA

debía darse tiempo para rehacerse y fortificarse, y que se hiciese en buen hora el reparto de cautivos y ropas por suerte, pero sólo esto, y aun en ocho días cuanto más, para que, al momento, alegres ya y satisfechas las tropas con esta primera repartición, marchasen á desalojar de las sierras al enemigo. No accedieron los barones á este deseo del rey, pues querían que se efecticase la almoneda para su provecho particular, y hubo de consentir D. Jaime, pero no sin indicarles que traslucía su engaño y mala fe y que auguraba mal de aquella determinación.

Sucedió algo de lo que el rey temía. Hízose la venta ó almoneda de los despojos, que duró desde Carnestolendas á Pascua, y como los caballeros y plebeyos creían tener parte en las cosas puestas así en venta, compraban por valor de lo que les parecía deber tocarles por su porción de botín; pero hecha la venta, se resistían á pagar los efectos ya comprados. El resultado fué que los caballeros se juntaron con el pueblo, dieron unidos creces á su indignación y promovieron un tumulto que tuvo terribles consecuencias, pues se saquearon algunas casas, entre otras la de Gil de Alagón [1] y la del paborde de Tarragona. A duras penas consiguió el rey tranquilizar los ánimos y calmar el motín, y sólo pudo restablecer el orden prometiendo á los sublevados que cesaría el monopolio de los barones, dando á todos indistintamente su parte en tierras y en muebles.

Sobrevino en esto una mortandad que diezmó las filas de los conquistadores, encendiéndose tan cruelmente la peste con el mucho agolpamiento de la gente de guerra

1 Probablemente este Gil de Alagón era el Mahomet de que hemos hablado, el cual, después de haber renegado de la fe, se reconcilió sin duda con el rey y con la Iglesia, siendo, por otra de esas muchas causas que la historia no explica, uno de los barones más favorecidos en la distribución del botín.

y el desaseo natural de la población, que iban siendo víctimas uno tras otro todos aquellos que salieran ilesos de las batallas. Murió el primero Guillermo de Claramunt, siguiéndole al sepulcro Raimundo de Alemany, García Pérez de Meytat, aragonés, Gerardo de Cervelló, y, más tarde, aquel valiente Hugo, conde de Ampurias, que como figura militar tanto había brillado en el cerco de la plaza.

Esta circunstancia frustró el plan que se había concebido de enviar una hueste, al mando de Nuño Sánchez, á vigilar con dos ó tres galeras las costas de Berbería, é intentar quizá un desembarco ó sorpresa para distraer la atención de los jeques africanos que proyectaran acudir en auxilio de los vencidos mallorquines. También el rey se vió obligado á comisionar á Pedro Cornel para que, marchando á Aragón, le trajese 150 caballeros é invitase en su nombre á D. Ato de Foces y á D. Rodrigo de Lizana á pasar á la isla. D. Jaime comenzaba á verse sin gente, que terriblemente se la habían diezmado la muerte en el campo, la peste en la ciudad y la partida de no pocos que, contentos con el botín que habían recogido, regresaron á Cataluña sin curar del rey ni de cuantos quedaban en la isla.

Mientras tanto, y sin aguardar los refuerzos de Aragón, D. Jaime buscó entretenimiento á sus tropas á fin de que los estragos de la peste no las acobardaran, y saliendo de la ciudad que más tarde debía llamarse Palma, hizo una correría por los montes de Soller, de Bañalbufar y de Almalutx, en donde se habían refugiado y hecho fuertes los sarracenos. Si en esta salida y cabalgada no consiguió apenas ningún resultado, obtúvolo completo en otra que no tardó á efectuar, siendo con motivo de esta expedición la vez primera que las crónicas de la conquista nos hablan de los almogavares que iban con la hueste del rey.

Citó éste un día á los llamados *adalills* ó *adalides*, que eran entonces los guías de los almogavares, y cuyo nombre sólo más tarde se hizo sinónimo de jefe, y acordó con ellos el modo de dar caza á los sarracenos montañeses que, según aquéllos le dijeran, habían buscado un asilo en las hoy famosas cuevas de Artá. La expedición se llevó á cabo felizmente, tomando mucha parte los almogavares, cuyo retrato hace Desclot con mano maestra en estas palabras, que no puedo ni debo resistir á la tentación de copiar, pues ellas contribuirán á darnos un conocimiento exacto de esa belicosa gente, ya que bien pronto nos corresponde hablar de ella con mucha detención:

«*Aquestas gents que han nom almugavars son unas gents que no viuen sino d'armas, e no stan en ciutats ne en vilas, sino en muntanyas e en boschs, e guerretjan tots jorns ab sarrahins, e entran dins la terra dels sarrahins una jornada ó duas al jorn, e amenan molts sarrahins presos e molt d' altre haver, e d' aquel guany viuen; e sofferen de grans malanansas que altre hom no ho poría sofferir, que be stan dos jorns sens menjar si mester los es, e menjarán de las herbas dels camps, que sols no s' ho presan res. E los adalills son cels qui' ls guian qui saben las terras e' ls camins; e no aportan mes una gonella e una camisa, sia yvern ó stiu, molt curta en las camas, e unas calsas ben stretas de cuyr e als peus bonas avarcas de cuyr, e aportan bon coltell e bonas corretjas e un fogur á la cintura, e aporta cascú una bona lansa e dos darts e un serró de cuyr á la squena en que aportan son pa á dos ó á tres jorns; e son molt forts guerrers e leugers per fugir ó per encalsar, e son catalans e aragoneses.*»

Sitiados los moros que había en las cuevas de Artá por el rey D. Jaime, hubieron al fin de entregarse. El monarca aragonés pudo pues regresar victoriosamente á la ciudad, llevando hasta 2.000 prisioneros «que pues-

tos en camino, dice en su historia, cogían el espacio de más de una legua.» Con ellos y con un botín de 10.000 bueyes y más de 30.000 ovejas que se habían recogido durante aquella afortunada expedición, tomó la vuelta de Mallorca, á donde llegó contento y satisfecho á tiempo de recibir parte del socorro que había enviado á buscar á Aragón.

En efecto, acababa de llegar á la isla el noble Don Rodrigo de Lizana con sus caballeros, no habiéndolo podido efectuar D. Ato de Foces con los suyos, porque el barco en que iban fué arrojado por un temporal á la costa de Tarragona en donde se vieron obligados á abandonarle.

Creyó, por fin, el rey que era llegada la hora de regresar á sus estados, pues más de un año había transcurrido desde que abandonara á Cataluña; pero antes de partir, si como soldado acababa de conquistar un reino, como cristiano abrió los cimientos de la grandiosa catedral, que hoy es joya y orgullo de los palmesanos, y como legislador dictó aquellas famosas franquicias que, al decir de Piferrer, debían ser un incentivo para que del continente viniesen pobladores, siendo al mismo tiempo el código que había de regir su nueva conquista como naciente población militar.

Llegado el momento de elegir al que debía hacer sus veces en la isla, nombró el rey como lugarteniente y gobernador de Mallorca á Bernardo de Santa Eugenia, señor de Torruella, por ser el caballero en quien creyó hallar circunstancias más aptas y dotes de prudencia y valor conforme las requería el puesto de honor y de peligro que le confiaba. Al dar este mando al de Santa Eugenia, le hizo merced del castillo de Pals que estaba junto á Torruella y á Palafrugell y le firmó obligación de indemnizarle todos los gastos que en Mallorca hiciese en el desempeño de dicho cargo.

Hecho este nombramiento, convocó D. Jaime á consejo general á los barones, caballeros y demás pobladores, y es fama que les habló en estos términos:

«Oh barones, por disposición de Dios y con su bendito auxilio, hemos obtenido con mano fuerte esta ciudad y la isla; y mientras que han vuelto á sus casas muchos nobles y prelados, Nos permanecemos aquí con vosotros catorce meses hace, porque temíamos que corsarios sarracenos ó los fugitivos de las montañas os causaran daños que luego fuese difícil vengar y reparar. Ahora estamos ya en el principio del invierno, y con el favor de Dios no tendréis que temer. Así, pues, os decimos, que hemos decidido marcharnos, y no os sea sensible esta determinación, porque, bajo muchos conceptos, os seremos más útiles en Cataluña juntando y enviándoos gente y comestibles, de lo que podríamos seros permaneciendo aquí con vosotros; y si ocurriera novedad alguna, volveríamos en persona. Además, os prometemos bajo nuestra palabra, que después de separados de vosotros no habrá hora del día ni de la noche en que no tengamos de vosotros la mayor solicitud y cuidado. Y puesto que Dios nos hizo gracia tan singular de concedernos el dominio de estas islas que nunca pudo lograr ningún rey de España, y que hemos edificado aquí una iglesia dedicada á nombre y honor de Nuestra Señora la Virgen Santa María, y otras muchas que por tiempo aquí serán, creed firmemente que no os olvidaremos, antes me veréis aquí muchas veces y á menudo, y á medida de vuestra necesidad experimentaréis nuestro beneficio.»

Cuéntase que, al llegar á este punto de su discurso, los sollozos le embargaron la voz, conmoviéndose al par todos los que estaban presentes, quienes dieron también suelta á las lágrimas. Reinó silencio por largo rato, y rompiéndole por fin el rey, despidióse afectuosamente de

sus hermanos de armas, dióles á reconocer por lugarteniente suyo al de Santa Eugenia, repartió sus armas y caballos á los más necesitados, y reiteró á todos la promesa de volar á su socorro al menor recelo de amenaza contra la isla.

En seguida marchó á la Palomera en donde le aguardaban dos galeras, una de las cuales era de Raimundo Canet y la otra de los hombres de Tarragona, y embarcándose en la primera el día de los santos apóstoles Simón y Judas, dióse á la vela para Cataluña, á donde llegó al tercer día de navegación.

Así llevó á cabo D. Jaime y terminó brillantemente la conquista de aquella ciudad, nido de los piratas baleares que amedrentado tenían el Mediterráneo; así completó la obra iniciada por Ramón Berenguer, *el Grande*, y cumplió con aquella especie de tradicional legado de familia, cuyo cumplimiento no dejara de embargar la atención de Ramón Berenguer *el Santo*, de Pedro *el Católico* y de Alfonso *el Casto*. Al regresar Don Jaime de Mallorca, pudo tender triunfante y con orgullo su mirada de águila por aquella movediza llanura del Mediterráneo, que él acababa de convertir en una vía militar que unía ya dos reinos de entonces más hermanos, y acaso acertó á ver, perdida allá, entre la bruma de los mares, á Valencia, que tremolaba aún la morisca enseña en lo alto de sus torres, y acaso se hizo á sí mismo el juramento de apoderarse de ella para engastarla como un nuevo florón en su corona.

Por lo demás, no se culpe al autor de esta obra, sino á las circunstancias especiales de ella, el no haber referido con mayores detalles esta magnífica conquista de Mallorca, brillante epopeya que está todavía aguardando su Homero. Con lo que de D. Jaime llevamos contado hasta ahora, se podría, sin amplificarlo mucho, llenar un volumen, y este volumen no sería, sin em-

bargo, más que la historia del rey hasta sus veinte años. Júzguese, pues, lo que debía ser aquel hombre que tuvo una niñez de gigante.

CAPÍTULO XXXIII.

Proyecto del rey.—Llega á Tarragona.—Obispado de Mallorca.—Casamiento de la condesa de Urgel con el infante de Portugal.—El rey recibe del infante el condado de Urgel, y le da en cambio el señorío vitalicio de Mallorca.—Cuándo volvió el rey á recobrar Mallorca.—Va D. Jaime á Tudela.—D. Jaime de Aragón y D. Sancho de Navarra se adoptan recíprocamente por hijos y sucesores de sus reinos.—No se efectúa el convenio.—Viene D. Jaime á Barcelona y reune consejo de nobles y de ciudadanos.—El rey en Vich.—Vuelve á Barcelona y decide pasar á Mallorca.—Se intenta en vano disuadirle de su viaje.—Fruto que sacó de su viaje á la isla.—Vuelve á Cataluña.

(1230 y 1231.)

Era D. Jaime de ánimo levantado, según hemos dicho, y no daba vagar á su espíritu. Mientras venía de conquistar un reino en medio de la mar; mientras regresaba á Cataluña con la gloria de haber sido el primer monarca ibero que, después de la restauración de nuestra Península, lograra sujetar á su dominio ultramarinos países; mientras soñaba ya en ir á Valencia para hacerla pedestal de su victoriosa enseña de las Barras, su mente acariciaba la lisonjera idea de hacerse el más poderoso monarca peninsular, uniendo el reino de León á los que bajo su cetro ya tenía. Para esto, mientras que con esa prodigiosa actividad, que pocos monarcas han tenido en tan alto grado, proseguía sin descanso la conquista de Mallorca, sus agentes trataban su matrimonio con la hija del rey de León.

Lo era entonces de este último país Alfonso IX, que,

disgustado con su esposa Berenguela y con su hijo Fernando, rey de Castilla, llamado después *el Santo*, quería que le sucediesen en el reino sus hijas Doña Sancha y Doña Dulce, habidas en un primer matrimonio. Estaba, pues, en tratos con D. Jaime, desde que el concilio de Tarazona anuló su matrimonio con Doña Leonor de Castilla, para casarle con su hija Sancha, dándole el reino de León en dote; pero el fallecimiento de D. Alfonso, ocurrido durante la conquista de la isla, hizo fracasar este proyecto.

La noticia de esta muerte la recibió D. Jaime al llegar á Cataluña y al desembarcar en la playa llamada de Porrasa, entre Tarragona y Tamarit. Allí encontró á Raimundo de Plegamans, que, después de saludarle, besarle las manos y llorar de puro contento, le dijo como unos castellanos llegados á Barcelona le habían traído la nueva del fallecimiento de D. Alfonso. Pesáronle al rey estas noticias por la pérdida del citado reino; pero juzgó, dice la crónica, que de mayor gusto para Dios, de mayor honra ante el mundo y de más alto mérito había sido ganar el reino de Mallorca, que, sin éste, haber obtenido únicamente el de León.

Pasó D. Jaime á Tarragona, donde fué recibido en triunfo. Todo el clero y el pueblo le salieron al encuentro con cruces y pendones, y recibieron con grande alborozo al rey vencedor, dando gracias y bendiciendo á Dios que le restituyera á su pueblo con tan insigne victoria. Consta por las memorias de Poblet, que fué también á este monasterio á dar gracias á la Virgen, y permaneció en él hasta el 9 de Noviembre, siendo en este punto donde en conferencias con varios prelados comenzaron á suscitarse dificultades sobre la creación del obispado de Mallorca. Púsolas principalmente la iglesia de Barcelona, que pretendía tener jurisdicción sobre las de la isla por donación que le otorgara Alí, señor de Denia

y de Mallorca, conforme ya de ello he dado debida cuenta en otro lugar; pero, interviniendo como árbitros los abades de Poblet y de Santas Creus, acordóse la erección ó más bien restauración de la silla episcopal de Mallorca, dejando la elección del primer prelado al arbitrio del monarca, y la de los sucesivos al obispo y cabildo de Barcelona, con obligación de nombrarle del seno de aquella iglesia mientras fuese posible, condición que no llegó á cumplirse por sobrado exorbitante. El designado por el rey para la nueva mitra en 1232, fué Bernardo, abad de San Feliu de Guixols, y en 1235, por muerte ó renuncia de éste, lo fué el paborde de Tarragona, Ferrer de Santmartí, más tarde obispo de Valencia; pero el primero que en propiedad la obtuvo en 1238, fué Raimundo de Toruella, de quien se asegura sin bastante fundamento que fué religioso dominico y hermano de Bernardo de Santa Eugenia [1].

Al partir el rey de Poblet, pasó por Montblanch y fuese á Lérida, desde cuyo punto se dirigió á Aragón, saliéndole á recibir en todas partes el clero y el pueblo con procesiones, regocijos y estandartes. Todo aquel invierno lo pasó en Aragón, en donde arregló sin duda el matrimonio de Doña Aurembiaix, condesa de Urgel, con el infante D. Pedro de Portugal. Este infante vivió casi toda su vida desterrado del reino de Portugal, siendo muy perseguido del rey D. Alfonso su hermano. Primeramente pasó al África, de donde se vino después á Aragón y donde D. Jaime le dió grata hospitalidad, heredándole de algunos lugares y rentas en el campo de Tarragona, y dándole mujer de la casa real, que fué Doña Aurembiaix, condesa de Urgel [2].

1 Quadrado, nota 166 de Marsilio.—Zurita, lib. III, cap. X.

2 Monfar, cap. LXVI. Según este cronista, aun cuando no se verificase el casamiento, se había concertado un enlace entre el rey D. Jaime y Doña Aurembiaix siendo niños.

No tardó ésta, sin embargo, en morir, y dictó testamento legando, á falta de hijos, sus bienes y condado en propiedad á su esposo, y cuentan las historias que entonces el rey D. Jaime, ya porque no le conviniese el excesivo acrecentamiento del infante en Cataluña, ya porque echase de ver el carácter descontentadizo y bullicioso de que con el tiempo hizo muestra el portugués, ó, en fin, porque temiese no se concertara con el de Cabrera, que no renunció á sus pretensiones al condado ni amaba al rey, trató de hacer con D. Pedro un cambio dándole Mallorca por Urgel, y logrólo con tanta mayor facilidad, cuanto que, por la infeudación hecha por la difunta condesa á la corona, ya era señor directo de aquel estado. Cerróse el ajuste en Lérida á fines de Setiembre de 1231 [1]; el infante recibió el señorío vitalicio de la isla de Mallorca y de las otras adyacentes que todavía estaban por conquistar, y prestó homenaje al rey, que se reservó la Almudaina y las principales fortalezas.

Ha dicho un sesudo historiador, que el trueque era ventajoso al rey bajo todos aspectos, bien que sensible por la predilección que le inspiraba su reciente conquista. Sin embargo, Jimeno de Urrea y Blasco de Alagón, departiendo un día con el monarca en 1234, le dijeron que tan bellas islas se perderían por el descuido y flojedad del infante, que era el hombre más negligente del mundo, á lo cual contestó el rey que pronto enmendaría su yerro. Y realmente, así que hubo conquistado el reino de Valencia, cedió en él al infante muchos estados y las villas de Segorbe, Morella, Murviedro, Castellón y Almenara para recobrar á Mallorca. En la histo-

1 Puede leerse esta escritura en el apéndice 5.° de la crónica de Marsilio comentada por Quadrado, y en el Monfar, tomo I, pág. 509. Este último traslada también el testamento de Doña Aurembiaix.—*(Véase la nota que hay al final de este capítulo.)*

ria de esta isla, por Dameto, consta un auto de 3 de Junio de 1244, por el que notifica el infante á los isleños haber dado por concambio aquellas islas al rey de Aragón, absolviéndoles del juramento de fidelidad que le habían prestado, y mandándoles que recibieran y tuvieran á D. Jaime por su señor.

Volviendo ahora á reanudar la ilación de los sucesos, hay que referir como á principios de Enero de 1231 fué D. Jaime á Tudela, donde, para que todo fuese extraordinario en él, se verificó aquella recíproca y singular adopción de los dos monarcas, el uno joven y el otro anciano y enfermo, por la cual se instituyeron recíprocamente herederos.

Rey era entonces de Navarra D. Sancho *el Fuerte* ó el *Encerrado*, que aquejado de una extraordinaria gordura en su avanzada edad de setenta y ocho años, vivía con harto trabajo y apenas se dejaba ver de nadie. Envió un mensaje á D. Jaime para proponerle celebrar con él una alianza mutua, ofreciéndole que le otorgaría tantas mercedes como rey ninguno las hubiese otorgado á otro rey mayor, y D. Jaime se resolvió á pasar á Tudela para conferenciar con él. En esta entrevista fué cuando le hizo la singular proposición de adoptarle por hijo y hacerle heredero de su reino, desheredando á Teobaldo su sobrino, conde de Champaña, con tal que hiciese la guerra á Castilla, uniendo sus fuerzas con las de Navarra: solamente le pidió que al propio tiempo que le prohijaba, le prohijase también D. Jaime, pues no podía perder en ello, le dijo, toda vez que con sus setenta y ocho años era natural que muriese el primero. A esto contestó el monarca aragonés que él tenía ya á su hijo Alfonso, al cual habían jurado ya por heredero los nobles y caballeros de Aragón, y las ciudades, entre ellas la de Lérida, y que por su parte no podía permitir que perdiera su hijo el derecho que tenía adquirido; pero el navarro

repuso entonces que no tenía inconveniente en no poder sucederle sino después de su hijo, con tal que le auxiliase en la guerra que tenía con el rey de Castilla, el cual quería destronarle; por manera que si él moría el primero, debiese D. Jaime sucederle en sus reinos, y si al contrario sobrevivía él á D. Jaime y á D. Alfonso su hijo, debiese heredar de todos sus estados [1]. Este singular convenio se extendió el 2 de Febrero de 1231 en el castillo de Tudela, pero sin embargo no tuvo efecto, pues á la muerte de D. Sancho de Navarra fué proclamado rey de este punto su sobrino Teobaldo llamado *el Trovador*, á pesar de la oposición de D. Jaime quien, en vida de aquél, había vuelto por segunda vez á Tudela acompañado de los ricos-hombres y síndicos de sus ciudades, y había recibido de los navarros el juramento y homenaje de reconocerle por rey, después de muerto D. Sancho.

Es preciso advertir también que, no obstante el convenio y no obstante el mucho amor que el de Navarra decía profesar á D. Jaime, surgieron bien pronto motivos de disgusto entre ambos monarcas. Comenzaron por no entenderse cuando se trató de llevar adelante la jornada contra Castilla, sin embargo de que estuvo muy cuerdo y prudente D. Jaime y trazó un admirable plan de campaña, y acabaron por ponerse completamente en desacuerdo cuando, no habiendo podido acudir á una cita el monarca aragonés, á causa de haber tenido que

1 Véase la propia historia de D. Jaime, desde el cap. CXII hasta el CXXII, y también los muchos autores que de esto tratan, entre ellos Zurita, cap. XI del lib. III de sus *Anales*, y Sas en su libro sobre D. Jaime I. Es preciso advertir que en el tratado de alianza y mutua adopción otorgado entre el rey de Aragón y el de Navarra, no se hace mérito del hijo D. Alfonso, según se expresa en el texto, pero lo dice D. Jaime, y los traductores de su crónica creen que el convenio á favor de dicho hijo fué estipulado separadamente en algún tratado secreto, ó tan sólo de palabra entre ambos soberanos.

pasar precipitadamente á Mallorca, se enfrió de una manera muy notable el voluntarioso rey de Navarra. De todos modos, es tan singular y digno de perpetua memoria todo lo que pasó entre ambos reyes, y está tan agradablemente contado por el propio D. Jaime en su historia, que creo oportuno recomendar todo lo á este punto referente para solaz y estudio de los lectores.

Después de su primera entrevista en Tudela con Don Sancho *el Fuerte*, encuentro que D. Jaime se vino á Cataluña donde, estando en Barcelona, tuvo vagamente noticias de que el rey de Túnez hacía aprestos para pasar á Mallorca, con cuyo objeto se apoderaba de todas las naves de pisanos, genoveses y otros cristianos. El rey entonces llamó á consejo á los nobles que le acompañaban y á los prohombres de Barcelona, siendo este título de prohombres (de *probi homines*) el que se daba á los que componían los municipios, particularmente el de Barcelona, antes de la reforma de esta corporación llevada á cabo en 1249. El consejo, compuesto sólo de nobles y ciudadanos, según las memorias escritas que nos quedan, fué de parecer que no se debía acordar nada hasta que se tuviesen noticias más seguras y exactas, *pues no siempre salía cierto todo lo que de luengas tierras se contaba.*

Conformóse el rey con este dictamen, y se fué entre tanto á Vich para resolver ciertas cuestiones que se habían suscitado entre Guillermo de Moncada y algunos habitantes de aquella población [1]; pero al día siguiente de estar allí se le presentó un mensajero que venía de

1 Guillermo dice la crónica de Marsilio, y Guillermo también la crónica real, traducida por Flotats y Bofarull; pero debía ser Pedro, y no Guillermo de Moncada, si se atiende á que no podía ser otro que el hijo de Guillén Ramón de Moncada, que heredó la senescalía de Cataluña, y que se llamaba Pedro, según yo encuentro. Ya sabemos que los Moncadas tenían el señorío de la parte superior de la ciudad de Vich,

parte de Raimundo de Plegamans, sin duda el gobernador de Barcelona entonces, el cual le dijo haberse recibido en Barcelona noticias de que el rey de Túnez debía hallarse ya á aquellas horas en Mallorca.

Sobresaltó el mensaje á D. Jaime, y con aquella actividad de que ya había dado muestra y de que aún había de dar tantas durante su vida, partió en el acto para Barcelona, á donde llegó aquella misma noche, y donde ante su consejo, apresuradamente reunido, es fama que pronunció estas nobilísimas palabras: — «No fué bueno el consejo que aquí se nos dió, ni se miró en él por nuestro honor ni por el bien de la tierra, pues la más grande empresa que se haya llevado á buen término desde cien años acá, quiso el Señor Dios que se cumpliese con la conquista de Mallorca; y ya que Dios nos la dió, no hemos de perderla ahora por pereza ni por cobardía. Resuelto estoy á ir á socorrerla en persona, y para ello señálese día á todos los que en aquella conquista nos ayudaron, y envíense órdenes á Aragón para que todos los que tengan por mí algún feudo ó sean de mi mesnada, comparezcan en Salou dentro tres semanas. Allí les esperaré, pues prefiero morir en Mallorca, á perderla por culpa mía.»

A tenor de las apremiantes órdenes del rey, dispúsose todo para que del puerto de Salou pudiese salir la expedición el día señalado. Fletadas naves y taridas y una galera para tomar noticias; dispuestos á hacerse á la vela 250 caballeros, entre ellos Nuño Sánchez; pronto el rey, y cuando ya no se esperaba sino la señal de la partida, presentáronse á D. Jaime el anciano arzobispo de Tarragona y Guillermo de Cervera, su antiguo consejero, que se había hecho monje de Poblet,

y á consecuencia de esto serían las disensiones de que habla D. Jaime en su historia.

quienes con lágrimas le instaron á que no expusiese su persona en aquella empresa, sino que la confiase á uno de sus capitanes. Todo, empero, fué inútil. El rey había decidido partir, y partió, acompañándole el infante de Portugal que, á última hora, cuando iban ya las naves á hacerse á la vela, se presentó sólo con cuatro caballeros, provocando el enojo del monarca, el cual no pudo menos de manifestarle lo que se pasmaba de verle tan retrasado y con tan poca compañía [1].

Afortunadamente, la alarma producida por el desembarco del rey de Túnez en Mallorca, no tenía fundamento alguno. Cuando D. Jaime llegó á Soller, que es donde arribó aquella vez la flota, supo que no se había avistado ninguna embarçación enemiga, y á los quince días de estar allí, tuvo la certeza de que los tunecinos no proyectaban nada contra la isla, pues andaban en guerra con aquellos mismos almohades á quienes D. Jaime había vencido en Mallorca.

Pero su viaje á la isla no fué inútil. Seguro ya de que nada que temer había por parte del rey de Túnez, movió el monarca aragonés su hueste contra los moros montañeses, que eran en número de más de 3.000, y después de haberles tomado sus tres fuertes castillos de Alaró, Pollensa y Santueri, obligó á venir á tratos al caudillo Xuayp ó Joaib, que se sometió bajo ciertos pactos y condiciones, lo propio que muchos de los su-

1 Es preciso advertir que, cuando el rey volvió esta vez á Mallorca, no se había aún efectuado el convenio de permuta con el infante de Portugal, ni había muerto aún la condesa de Urgel. Ésta murió el 11 de Agosto de 1231; el infante cedió el Urgel á D. Jaime, á cambio del señorío de Mallorca, á fines de Setiembre de 1231, y D. Jaime efectuó su segunda expedición á la isla en Marzo del mismo año, regresando á Cataluña á últimos de Mayo. El infante de Portugal no era, pues, aún señor de Mallorca, como sientan principales autores.

yos, sin embargo de que todavía quedaron unos 2.000 hombres en las montañas, los cuales quisieron continuar permaneciendo fieles á su ley y á su bandera en aquellos enriscados reductos.

Tranquilo el rey por el momento, y seguro ya de que nada amenazaba turbar la paz de Mallorca, volvió á dejar el mando en manos de Bernardo de Santa Eugenia, y aumentando sus fuerzas con algunos caballeros de los que había traído, regresó á Cataluña, donde su primer objeto fué ir á Tudela para verse otra vez con el navarro, á fin de proseguir los preparativos contra Castilla; pero hallándole ya cambiado, vínose de nuevo á Cataluña, para dirigir sus miras á nuevas conquistas de territorios sarracenos.

CAPÍTULO XXXIV.

Los sarracenos de las montañas de Mallorca.—Tercera expedición del rey á la isla.—Hace testamento antes de partir.—Llega á Mallorca.—Conquista de Menorca.—Embajada que pasó á la isla.—Estratagema del rey.—Sumisión de Menorca.—Se proyecta la empresa contra Ibiza.—Guillermo de Montgrí se ofrece á tomar la isla.—El infante de Portugal y Nuño Sánchez toman parte en la empresa.—Sitio y toma de Ibiza.

(1232 y 1235.)

Los 2.000 sarracenos que no habían querido someterse en Mallorca al mismo tiempo que Xuayp, hicieron una resistencia desesperada á los caballeros aragoneses y catalanes que, ausente ya el rey, y al mando de Bernardo de Santa Eugenia, fueron á combatirles. Parapetados en sus agrestes riscos, defendiendo heróicamente aquel último rincón que les quedaba en la que fué su

patria y aquel último miserable albergue de sus familias, rechazaron todos los ataques, desbarataron todos los planes de los cristianos, sufrieron los rigores del invierno y del hambre, y, por fin, cuando ya no les quedaba recurso humano, aún contestaron á la invitación que de rendirse les envió el de Santa Eugenia, diciendo que no lo harían mientras no se presentase aquel rey á quien Dios había dado la isla.

Bernardo de Santa Eugenia y Pedro Maza, los dos caudillos que mandaban la hueste catalana-aragonesa de la isla, decidieron entonces ir en busca de D. Jaime, ya que sólo á él querían entregarse los últimos restos de los montañeses sarracenos. Vinieron, pues, á Cataluña y presentándose al rey, que estaba á la sazón en Barcelona, le persuadieron á que de nuevo se embarcase para la isla, diciéndole que de su presencia en ella dependía el que se acabaran de rendir todos los sarracenos, á tenor de lo que con ellos habían pactado. En el acto dispuso el rey que se aparejasen tres galeras y estuviesen en el puerto de Salou dentro de quince días, decidiendo ir solo y sin más comitiva que su gente de servicio.

Fué la venida de los barones de Santa Eugenia y Maza, á últimos de Abril de 1232, y el 6 de Mayo estaba ya D. Jaime en Tarragona, dispuesto á embarcarse. En aquel rey el pensamiento era la acción. Consta que, hallándose en dicha ciudad de Tarragona, y antes de partir para Salou, hizo testamento por el que volvía á legitimar de nuevo al príncipe D. Alfonso su hijo, al cual criaba en Castilla su madre la repudiada Doña Leonor. Instituyóle entonces por su heredero en los reinos de Aragón y de Mallorca, y en los condados de Barcelona y de Urgel y señorío de Montpeller que antes se había reservado para los hijos que pudiera tener de otra esposa. Sustituía en lugar del príncipe por su heredero,

en caso de morir sin dejar hijos, á su primo D. Ramón Berenguer, conde de Provenza. Dejaba por tutores de su hijo al arzobispo de Tarragona, á los maestres del Hospital y del Temple y á Guillermo de Cervera, monje de Poblet; y ordenaba terminantemente que los tutores reclamasen el joven príncipe á su madre y al rey de Castilla para criarle ellos á su voluntad; y que si por acaso su hijo presumiese entrar poderosamente con gente extranjera para apoderarse del reino, no estuviesen obligados los ricos-hombres de Aragón y de Cataluña á obedecerle, sino fuese viniendo como debía venir el rey á sus vasallos [1].

Hecho este testamento, partió D. Jaime, debiendo efectuar su salida del puerto de Salou á mediados de Mayo. Cuéntase que la noche era oscura y aturbonada, y que los marineros rehusaban salir del puerto, pero que el rey les obligó, cediendo la borrasca después de haber andado diez millas, serenándose el cielo y abonanzando el tiempo. Entonces le dijo uno de los que iban con él:—«Con galochas pudiérais pasar el mar; no parece sino que sois el predilecto del cielo, pues está de Dios cuanto vos hacéis.»

Al tercer día de haberse dado á la vela, las tres galeras de D. Jaime entraban en Portopí, y empavesadas y al son de trompetas fueron vogando hacia la playa de la ciudad, en donde esperaba ya toda la población. A los pocos días, atendiendo el rey á los sarracenos, por cuya causa había ido, logró cumplidamente su intento. Bastó que se presentara para que se le sometiera toda aquella turba de indomables montañeses.

Era realmente aquel hombre, como le había dicho uno de sus barones, el predilecto del cielo: se presenta-

1 Este testamento se halla en los archivos de la Corona de Aragón, pergaminos de Jaime I, núm. 453.—(Nota de la segunda edición.)

ba, y sumisos caían á sus plantas ejércitos poco antes indómitos; se pronunciaba su nombre, y se le sometían islas. Precisamente fué esto último lo que le sucedió con la isla de Menorca, cuya conquista llevó á cabo sin pérdida de un solo caballero y con el único poder de su nombre.

He aquí cómo sucedió esto: por consejo de uno de sus más allegados envió á Menorca las tres galeras en que había venido, con embajadores encargados de intimar la rendición á aquellos isleños. Los mensajeros fueron Bernardo de Santa Eugenia, Raimundo de Serra, comendador de la orden del Temple en Mallorca, y Asalit ó Ansaldo de Gudar, que era de la mesnada real. Se combinó que mientras los embajadores cumplían su misión, el monarca fuese en persona al extremo de la isla, y al punto llamado cabo de Piedra, á fin de esperar el resultado del mensaje y coadyuvar á él, mandando encender en el cabo grandes hogueras, para hacer creer á los de Menorca que era el ejército que contra ellos iba.

La embajada y también la estratagema obtuvieron un éxito satisfactorio. D. Jaime se fué al cabo de Piedra llevando sólo en su compañía seis caballeros y cuatro caballos, cinco escuderos de servicio, diez criados de su palacio y algunos correos: *¡bela host de rey!* como dice él mismo en su historia. Mandó por la noche prender fuego á algunos matorrales para aparentar grandes hogueras, y semejante novedad llamó en efecto la atención de los sarracenos de Menorca, quienes enviaron á preguntar qué era aquello á los embajadores cristianos. Estos, que habían dado ya cuenta de su misión y esperaban la respuesta, dijeron que semejantes fuegos indicaban que era el rey D. Jaime, el cual había llegado hasta allí con sus huestes, pronto á caer sobre Menorca si no se sometía á su dominio. Atemorizáronse los sa-

rracenos y se avinieron á reconocer por señor de la isla á D. Jaime de Aragón, cediéndole las fortalezas y prestándole cada año un tributo de 3.000 cuarteras de trigo, 100 vacas y 500 entre cabras y ovejas.

Desde que fué celebrado el convenio, dice el rey en sus comentarios, se sacaron de aquella isla dobles ó quizá mayores réditos de los que al principio se le prometieran por tributo, y «desde entonces, por la gracia de Dios—son palabras del rey,—muy lejos de haber la isla de Mallorca necesitado más nuestra ayuda, la ha mejorado tanto el Señor, que vale doblemente de lo que valía en tiempo de los sarracenos.»

Y ahora, para finalizar este libro con la conquista de las Baleares, es preciso que mis lectores me permitan, aunque sea dejando un vacío de dos años, que se llenarán al comienzo del siguiente libro, contar la empresa que se llevó á cabo contra la isla de Ibiza y la toma de su castillo y villa.

La conquista de Ibiza no tuvo lugar, como observó ya Zurita, hasta 1235, entrada ya la primavera; pero la propuesta de ganarla que presentaron al rey el sacrista de Gerona y sus compañeros, pudo ser el año precedente, ó antes tal vez. Se cuenta que hallándose un día D. Jaime en Alcañiz, comparecieron ante él el sacrista de Gerona Guillermo de Montgrí, que era arzobispo electo de Tarragona, si bien no parece que fuese confirmada por Roma su elección; Bernardo de Santa Eugenia y su hermano. Dirigió la palabra al rey Guillermo de Montgrí, y le dijo que si le quería ceder la isla de Ibiza, él y los de su linaje emprenderían aquella conquista, guardándola en feudo por el monarca.

Vino en ello D. Jaime; hízose el convenio conforme al cual el feudo de Ibiza juntamente con el señorío espiritual quedaba por la silla arzobispal de Tarragona, salvo el dominio supremo del rey, y todo se dispuso

para la empresa, mandando construir Guillermo de Montgrí un trabuquete y un fundíbulo. Luego que el infante de Portugal D. Pedro y Nuño Sánchez del Rosellón tuvieron noticia de la proyectada empresa, ofreciéronse á acompañar al de Montgrí, con tal que éste les diese parte en la conquista, á proporción del número de caballos con que le auxiliasen; fuéles otorgada su demanda y emprendieron juntos aquella campaña, dividiéndose las tierras, cuando vino el caso, por terceras partes entre el infante, el conde D. Nuño y los promovedores de la conquista.

Acaudillada la armada y congregada la hueste, diéronse á la vela los capitanes y su gente, saliendo del puerto de Barcelona [1]; y llegando á Ibiza con próspera navegación, saltaron en tierra y en seguida pusieron sitio á la villa abriendo trincheras, sentando el campamento y combatiendo reciamente la plaza con los ingenios de batir que consigo llevaban. Siguiendo la relación histórica que se halla al frente de las ordinaciones de Ibiza, recopiladas por aquel municipio en tiempo de Fernando VI, los hombres de Lérida, que parece ser iban muchos en la hueste, construyeron una máquina ó ingenio con el cual ofendieron poderosamente la plaza.

Resistíase ésta con heroismo, pero los cristianos tuvieron medio de hallar secretas inteligencias entre los sitiados. Según cuenta la citada *Resumpta histórica,* un moro muy principal de la villa, ofendido de que el jeque de Ibiza le hubiese tomado una mujer á quien amaba, llevándosela á su serrallo, aprovechó aquella ocasión que para vengarse se le presentaba, y entendiéndose con el caudillo de los sitiadores, le ofreció introducir sus tro-

1 *Resumpta histórica de la isla de Ibiza*, continuada al frente de las ordinaciones de esta isla, pág. 94.

pas en la plaza. Así, pues, una noche que estaba guardando un postigo que se abría en el muro, avisó á los catalanes, quienes se adelantaron hasta el campo que estaba en frente de aquella puerta, y que aun hoy se llama *campo de la traición*, comenzando á introducirse en la plaza por el postigo que les abrió el moro. No pudo ser, sin embargo, con tanto secreto que no lo advirtiesen los sitiados, los cuales, abalanzándose á impedir la entrada de la hueste aragonesa, trabaron con ella una empeñada y sangrienta refriega en la calle de que ya los nuestros se habían apoderado.

En el ínterin, los de Lérida asaltaban el muro por la parte en que en él abrieran brecha con su ingenio, siendo un soldado leridano, llamado Juan Chico, el primero que subió á la muralla, enarbolando en ella el estandarte de la cruz y de las BARRAS. Este ataque de los hombres de Lérida fué favorable á los catalanes, que en el otro extremo de la villa habían penetrado por el postigo mencionado. La plaza fué tomada y la victoria completa, rindiéndose la ciudadela y ocupando los conquistadores sin ninguna resistencia lo demás de la isla, como también su vecina la Formentera.

Así se llevó á cabo la conquista de aquellas islas, primera empresa ultramarina de las armas de la CORONA DE ARAGÓN, con la cual se abrió una vía de esplendor y gloria á la bandera de las gules BARRAS, que ya desde entonces, de triunfo en triunfo, había de llegar hasta remotos países haciéndose temer y respetar en todas partes.

ACLARACIONES Y APÉNDICES
AL LIBRO QUINTO.

I (Cap. IV).

SIGUE LA CRONOLOGÍA DE LOS CONDES CATALANES.

(SIGLOS XII Y XIII.)

(Véase el apéndice núm. (I) del libro cuarto.)

CONDES DE CERDAÑA.

Por testamento de Ramón Berenguer *el Grande* se legó este condado á su segundo hijo D. Pedro, que cambió luego su nombre en el de Ramón Berenguer al pasar á ser conde de Provenza (Véase el cap. II de este libro). Es de presumir que le sucedió su hermano Sancho, tercer hijo de Ramón Berenguer IV. Tendríamos, pues, siendo así, á

PEDRO, desde..... 1162..... á... 1168.
SANCHO, desde..... 1168..... á... 1181.

En este año murió Pedro ó sea Ramón Berenguer, y Sancho entró á sucederle en el condado de Provenza. Túvolo hasta 1185, en que el rey Alfonso se lo quitó para dárselo á un hijo suyo, cediéndole en cambio el condado de Rosellón y de Cerdaña. Se presume que, á pesar de ser conde de Provenza, Sancho no dejó de serlo de Cerdaña, y en este caso tendríamos:

Al mismo SANCHO, desde..... 1181..... á... 1185.

En esta época, según acabamos de decir, el condado de Cerdaña quedó unido al del Rosellón, pero ya de entonces en adelante los condes de estas dos comarcas no tuvieron sino una especie de título de honor, pues los verdaderos condes fueron los reyes de Aragón.

CONDES DE URGEL.

ARMENGOL VIII..... 1184..... 1208.

A la muerte de este conde ocurrieron grandes disturbios en el condado de Urgel por la sucesión. Armengol dejó heredera del condado á su única hija Aurembiaix, que había tenido en su esposa Elvira. Un sobrino de Armengol, Guerau de Cabrera, hijo de una hermana suya casada con el vizconde de Cabrera, pretendió como pariente varón más inmediato apoderarse del condado. La condesa Elvira puso á su hija Aurembiaix bajo la protección del rey don Pedro *el Católico*, á quien cedió el condado, salvo los derechos de su hija. Tuvieron lugar sangrientos encuentros entre el rey D. Pedro y el vizconde de Cabrera, que se titularon ambos condes de Urgel. Este último está, sin embargo, considerado y continuado en la lista de los condes desde 1208 hasta 1228. En este año ya sabemos que D. Jaime *el Conquistador* lo recobró para

DOÑA AUREMBIAIX..... 1228..... 1231.

Muerta ésta, lo tuvo por su testamento su esposo el infante de Portugal, que lo cedió á D. Jaime de Aragón en cambio del señorío de Mallorca.

CONDES DE AMPURIAS.

A Hugo III, que murió en 1230 poco después de ganada Mallorca, y al cual le hemos visto tomar en esta conquista una tan activa parte, sucedió su hijo Pons Hugo II, de quien tendrémos ocasión de hablar en el próximo libro.

CONDES DEL ROSELLÓN.

ALFONSO *el Casto*, rey de Aragón, I de Cataluña y II de Aragón.....	1172...	1196.
Conde titular del Rosellón: D. SANCHO desde 1185 á 1224 próximamente.		
PEDRO *el Católico*, I de Cataluña y II de Aragón.....	1196...	1213.
JAIME *el Conquistador*, I en Aragón y en Cataluña.....	1213...	1276.
Conde titular: D. NUÑO SÁNCHEZ, hijo de D. Sancho, desde 1224 á 1241.		

CONDES DE BARCELONA.

ALFONSO *el Casto* (II como rey de Aragón, I en Cataluña), hijo.....	1162...	1196.
PEDRO *el Católico* (I de Cataluña, II de Aragón), hijo.....	1196...	1213.
JAIME *el Conquistador* (I en Aragón y en Cataluña.....	1213.	

II (Cap. IV).

CONSTITUCIONES DE PAZ Y TREGUA DE ALFONSO EL CASTO.

(Copiadas de un manuscrito del siglo XIII, procedente de San Martin de Canigó, que pertenece á M. Henry, de Perpiñán.)

Divinarum et humanarum rerum tuitio ad neminem magis quam ad principem pertinet; nihilque tam proprium esse debet boni ac recti principis, quam injurias propulsare, bella sedare, pacem stabilire et informare, et infor-

matam subditis conservandam tradere, ut de eo non incongrue dice et prædicari possit quod a principe regum dictum est: *per me reges regnant et potentes scribunt justiciam*. Ea propter.

Nos Ildefonsus, Dei gratia rex Aragonum, comes Barchinonæ et Rossilionis, et marchio Provinciæ, publicæ utilitati totius terræ nostræ consulere et providere satagens, et intuitio divini numinis, tam ecclesias quam religiosas personas cum omnibus suis rebus nostræ protectionis præsidio vallare ac perpetuo munire cupiens, anno ab incarnatione Domini MCLXXIII. Habito, apud Perpinianum, super hoc tractatu et delibes ratione cum venerabilis viris Guillelmo, Tarragonensi archiepiscopo, apostolicæ sedilegato et B. Barchinonensi episcopo; et Guillelmo Jordani, Elnensi episcopo, omnibus baronibus comitatus Rossilionis, nec non et aliis pluribus magnatibus sive baronibus curiæ meæ, quibus unanimiter omnibus justum et æquum visum est et communi utilitati expedire, ut in comitatu Rossilionensi, quem per Dei graciam nuper adeptus sum, vel alias in toto Elnensi episcopatu, pax et trega instituatur, et nefanda raptorum et prædonum audacia exterminetur; prædictorum omnium assensu et voluntate, omnibus tam laicis quam clericis qui in prædicto episcopatu degere noscuntur, trevam et pacem, secundum formam infra positam et præscriptam, tenenda et inviolabiliter conservanda injungo; meque ad observandam et in eos qui eam violaverint vindicandum alligo et astringo.

I. In primis igitur, cum prædictorum episcoporum et aliorum paronum consilio, eclesias omnes et earum cimiteria, quæ speciali hominum censura in bonis Dei intelligentur, sub perpetua pace et securitate instituo, ita quod nullus eas vel earum cimiteria vel sacraria in circuitu cujuscuique eclesiæ constituta, invadere vel infringere presumat, nichilque inde abstrahere atemptet, feriendis hujus statuti temeratoribus, pœna sacrilegii, ejusdem loci episcopo inferenda, et satisfaccione duplici dampni quod fecerit, ei qui passus est prestanda.

II. Ecclesias quoque incastellatas sub eadem pacis et

trevæ defonsione constituo; ita tamen quod si raptores vel fures in ecclesiis prædam vel alia maleficia congregaverint, buærimonia ad episcopum et ad me sive ad bajulum meum, deferant, et ex tunc, nostro judicio, vel quod commissum fuerit, emendetur, vel a pace prædicta ecclesia sequestretur.

III. Dominicaturas quoque canonicorum sub eadem pacis securitate constituo, simili pœna imminente eos qui eas invadere presumpserint.

IV. Sed et clericos, monachos, viduas et sanctimoniales eorumque res sub eadem pacis defensione nostra autoritate constitutos, nemo aprehendat, et nichil eis injuriæ inferat, nisi in maleficiis inventi fuerint. Si quis in aliquem istorum manus injecerit, vel aliquod abstulerit, ablata in duplum restituat, et de injuria nichilominus, judicio episcopi, satisfaciat, et sacrilegii pœnam episcopo dependat.

V. Emunitates quoque templi et hospitalis Jherosolimitani, nec non et aliorum locorum venerabilium, cum omnibus rebus suis, sub eadem pacis defensione et penæ interminacione, pariter cum clericis et ecclesiis constituo.

VI. Villanos et villanas, et omnes res eorum tam mobiles quam se moventes, videlicet boves, oves, asinos vel asinas, equos vel equas ceteraque animalia, sive sint apta ad arandum, sive non, sub pacis et trevæ securitate instituo, ut nullus eos capiat, vel alias, in corpore proprio in rebus mobilibus vel immobilibus dampnum inferat, nisi in maleficio inventi fuerint, vel in cavalcadis cum dominis aut aliis ierint.

VII. Præterea, sub eadem pœna interminacione prohibeo ut nullus, in prædicto episcopatu, prædam facere presumat de equabus, mulis, mulabus, vaccis, bobus, asinis, asinabus, ovibus, arietibus, capris, porcis sive eorum fœtibus; neque mansiones villanorum aliquas diruant vel incendant, vel aliis, ad nocendum, ignem subponant.

VIII. Terras in contentione positas, nullus villanus laboret, postquam inde commonitus fuerit ab eo in quo justicia placiti non remanserit. Si vero, ter commonitus, pos-

tea laboraverit et propterea damnum inde susceperit, non requiratur pro pace fracta; salva pace bestiarum in usum laborationis deditarum, et eorum qui eas gubernaverint cum omnibus quæ secum portaverint: nolo enim quod propter rusticorum contumaciam, aratoria animalia deperdantur, invadantur vel dispendantur.

IX. Vomeres et alia aratoria instrumenta sint in eadem pace, ut ille vel illa qui cum supradictis animalibus araverit vel eas gubernaverit vel ad ea confugerit, cum omnibus quæ secum portaverit vel habuerit, eadem pace muniatur. Et nullus homo ea animalia, pro plivio vel aliqua occasione, capere vel rapere presumat. Si quis contra hujus modi constitutionem commiserit damnum, componat illi cui malum fecerit, infra xv dies simplum, post xv dies duplum, præstandis insuper LX solidis episcopo et mihi, ad quos quærimonia infracta pacis et trevæ dinoscitur pertinere.

X. Si quis autem fidejussor extiterit, si fidem non portaverit de suo proprio, pigneretur, servata pace bestiarum in usum laborationis deditarum, nec pro pace fracta habeatur: Si vero infra primos xv dies, temerator constitutæ pacis et trevæ simplum non emendaverit, postea, ut dictum est, duplum præstet, ita quod medietatem istius dupli habeat querelator, et alteram medietatem episcopus et ego, qui ad hanc justiciam faciendam prædicto episcopo adjutor extitero. In super, si prætaxatos xv dies per me vel per episcopum vel per nuncium vel per nuncios nostros idem temerator commonitus dampnum non emendaverit, exinde ipse malefactor et complices sui, coadjutores et consiliatores ejus a prædicta pace et treva separati intelligantur, ita quod malum quod propter hoc illatum fuerit, non requiratur pro pace et treva fracta, servata tamen pace animalium et instrumentorum aratorium; sed si malefactor et adjutores ejus jamdicto querellanti ullum malum fecerint emendetur etiam pro pace fracta.

XI. Vias publicas sive caminos vel stratas in tali securitate et protectione pono et constituo, ut nullus inde iter agentes invadat, vel incorpore sive in rebus suis aliquid

molestiæ inferat, pœna lezæ majestatis inminente ei qui hoc fecerit, post satisfactionem dupli de malefactis et injuria dampnum passi præstitam. Illud autem generaliter omnibus interdico atque prohibeo, quod animalia aratoria nulla ratione nec et pro delicto domini depredare aliquis vel pignorare audeat.

XII. Præterea illud constituendum est atque firmiter observandum censuimus sub eadem treva et pace, dies Dominicas esse festivitates omnium apostolorum, adventum Domini usque ad octavam Epiphaniæ et Quadragesimam usque ad Octavam Paschæ, diem quoque Ascensionis nec non Pentecoste cum Octavis suis et tres festivitates Sanctæ Mariæ et festivitatem Sancti Johannis Baptistaæ et Sancti Michaelis et omnium sanctorum.

XIII. Salvitates quoque totius episcopatus Elnensis, tam novas quam antiquitus constitutas, sub prædicta pacis et securitate ponimus et constituimus.

Ego, Ildefonsus, Dei gratia rex Aragonum, comes Barchinonæ et marquio Provinciæ, pro Dei amore et subdictorum meorum utilitate, juro per Deum et hæc sancta quatuor evangelia, quod præscriptam trevam et pacem firmiter tenebo et observabo et teneri et observari ab omnibus meis volo atque precipio. Quod si quis infrangerit, non habebit meum amorem, sed sub aquindamento meo erit quosque supradicto modo restituat quod rapuerit vel infregerit.

Ermengardus de Verneto. Berengarius de Orle. Berengarius de Caneto. Guillelmus de Apiano. Raymundus de Tacidone. Raymundus Ermengandi de Villarasa. Gausbertus de Castro novo. Guillelmus de Sancto Laurentio. Bernardus de Alione. Guillelmus Bernardi de Paracols. Guillelmus de Sancta Columba. Bernardus Bertrandi de Domonova. Raymundus de Castello-Rossilione.

III (Cap. XI).

EXTRACTO DE LAS COSTUMBRES DE PERPIÑÁN.

(De la *Historia del Rosellón* de Mr. Henry.)

Hæc sunt consuetudines Perpiniani quas ad præsens invenimus et ad memoriam reducimus quibus homines Perpiniani cum dom. Nunone Sancio ei cum antecessoribus suis et cum dom. Guirardo et cum antecessoribus suis et cum Gaufredo fratre suo usi sunt pro bona consuetudine.

1. Homines Perpiniani debent placitare et judicare per consuetudines villæ et per jura ubi consuetudines deficiant, et non per usaticos Barchinonæ neque per legem gothicam quæ non habent locum in villa Perpiniani, neque intestatio neque exorquia, nec aliquod desuet nisi in sale tantum, quod incipit in ultima die Jovis Aprilis usque in primam diem Jovis Junii.

2. Item, si Dominus conqueratur de aliquo homine Perpiniani, debet eum certificare facere quo et de quo conqueratur. Et si postea postet petere ab eo firmanciam et si reus petierit, Dominus debet illum expectare de firmancia usque in crastinum diem, nisi esset querimonia facta de enormi crimine in quo dilatio esset periculosa. Idem et in bajulo quod in domino dictum est, et omni alio ut prius certificent de quo conqueritur.

3. Item actor conquerens non debet dare firmanciam nec pignora pro querimonia quam fecit de aliquo habitante in Perpiniano vel extraneo.

4. Item actor non tenetur dare libellum in scriptis de querimonia quam fecit, sed eam bajulus potest redigere in scriptis.

8. Item, curia debet dare partibus super causis primam dilationem x dierum, postea alias de septem diebus.

9. Item, bajulus nec post firmancias acceptas nec ante potest petere a reo pignora, nec vicarius, nec dominus, neque expensas aliquas a reo vel actore pro se vel pro ju-

dice vel pro executoribus nec pro aliquibus aliis ad causam necessariis, neque per interlocutoriis etiam simplices ab illis apellentur nisi solum in justiciam consuetam ab illo qui victus fuit; quam justiciam non potest petere a victo. Si miles vel generosa persona vel clericus vel religiosa persona fuerit conquestus vel conquesta de homine Perpiniani, vel homo Perpiniani de ipsis, sed nec firmitas nec pignora potest neque sumptus etiam petere ab homine Perpiniani si talis persona de eo conqueratur vel ipse de illa, etc.

13. Item, si aliquis fuerit captus pro causa pecuniaria, non debet in compedibus ligneis aut ferreis poni.

17. Item, si aliquis conqueratur de aliqua injuria vel crimine, dominus, facta illa querimonia, non potest conqueri de illo super eodem, donec causa terminetur inter illos.

18. Item, adulterium non punitur secundum leges, nec potest accusari aliquis de Perpiniano nec in aliquo puniri adulterium jam comissum; sed si in ipso adulterio a curia deprehendatur, potest curia illos facere currere per villam, ita quod de suo nichil amictant. Verum, si voluerint componere cum curia super cursu et curia voluerit, habeat curia illam compositionem et postea non currant nec penam aliquam patiantur.

19. Item, si aliquis alicui criminalem injuriam dixerit, potest, antequam testes jurent contra eum, jurare quod per iram et non per veritatem illud dixit, et sic a nulla parte debet habere justiciam dominus.

20. Item, si vilis persona vel bacallator injuriam fecerit vel dixerit alicui probo homini de Perpiniano, alius circumstans potest eum corripere in ipsa rixa, sine deterioratione illius personæ, et quod dominus nichil possit petere ab eo qui eum corripuit.

26. Item, quilibet de Perpiniano potest mutare stationem suam et domicilium ubicumque voluerit infra provinciam vel extra sine impedimento domini et alterius personæ et ubicumque ipse vel sui fuerint, possunt retinere possessiones suas in villa Perpiniani, etc.

40. Item, homines Perpiniani quando milites guerregant se possunt se mittere alii in castro alterius militis et alii in alterius castro, et interim ille miles contra quem se mittuntin castro alterius militis non potest facere aliquod malum aliquibus bonis suis, nec aliquod dampnum dare, sed solummodo personis illorum, dum fuerint in defensione castri et non in alio tempore. Si vero voluerint esse valitores et adjutores se alii alterius militis et alii alterius habentium guerras, possunt hæc facere et equitare contra adversarium illius quem adjuvant. Quo casu etiam si revertantur ad Perpinianum tales valitores et adjutores extitente guerra, ille milis contra quem sunt non potest facere aliquod malum, vel dampnum dare bonis suis, sed tantum personis suis et illorum qui cum eis erunt et bonis quæ secum ducunt et portant, nisi forte illi dixerint militi contra quem sunt quod de cetero non erunt contra eum. Postea, ille miles cui hoc dixerint nullum malum vel dampnum possunt facere vel dare personis suis vel illis qui cum illis in illa guerra fuerint vel bonis quæ secum duxerint vel portaverint in illa guerra; et quodcumque malum vel dampnum fecerint vel dederint in dicta guerra est per consuetudinem diffinitum eis.

52. Item, quicumque bajulus vel vicarius vel scriptor mutatur, debet jurare coram populo se facturum bene et fideliter suum officium et cum justicia, secundum quod ei justum et visum fuerit et secundum consuetudines et leges.

55. Item, dominus non potest mutare macellum nec aliquis alius; et si aliquæ tabulæ in macello ponerentur præter consuetas, debet eas inde bajulus expellere; qui bajulus si facere noluerit, licet impune illud facere probis hominibus Perpiniani.

62. Item, *statuimus* ut nemo agens teneatur in tota causa exprimere causam suæ petitionis dum tamen ea de pecunia sibi solvenda faciat cum instrumento publico facto in scribania Perpiniani, etc.

Quas predictas consuetudines, dominus Jacobus, Dei gracia rex Aragonum, Majoricarum et Valenciæ, comes

Barchinonæ et Rossilionis et dom. Montispessulani laudavit, et approbavit probis hominibus et *universitate villæ Perpinian.*

CARTA COMUNAL DE PERPIÑÁN Y PRIVILEGIO DE LA MANO ARMADA.

Notum sit cunctis videntibus et audientibus hanc scripturam, quod nos omnes insimul, populi totius villæ Perpiniani habitantes et stantes in eadem villa Perpiniani, consilio et voluntate ac mandato incliti domini Petri, Dei gracia regis Aragonum, comitis Barchinonæ, *constituimus inter nos* v consules in dicta villa Perpiniani, nomine scilicet: Ermengandum Grossi, et Stephanum de Villarasa, et Bernardum de Solatico, et Vitalem de Narbona, et Jacobum Andream qui bona fide custodiant et defendant ac manuteneant et regant cunctum populum villæ Perpiniani, tam parvum quam magnum, et omnes res eorum mobiles et immobiles, et omnia jura domini regis ad fidelitatem domini regis prædicti in omnibus et ad utilitatem et fidelitatem totius populi præfati villæ Perpiniani. Qui consules prænominati sint ibi in consularia de istis proximis kalendis marcii usque ad unum annum. Quo termino completo, si tunc prædicti consules in præfata consularia remanere noluerint, sive quod non essent ibi utiles, sive causa neces sitatis quam haberent, sive quod dictus populus villæ Perpiniani pro consulibus eos habere noluerint mittantur, et statuantur ibi, in dicta villa, arbitrio et cognicione totius populi prædicti, alios v consules ad unum annum, et ita prosequatur semper de anno in annum omni tempore, de prædictis consulibus si ibi non fuerint utiles et fidelis in dicta consularia, siveque populus nollet eos habere et retinere ibi de uno anno et antea. Adhuc, nos omnes habitantes et stadantes in dicta villa Perpiniani, bona fide et sine omni enganno cum hac præsenti carta in perpetuum valitura, unusquisque ex nobis propria nostra manu dextra juramus corporaliter, tactis sacrosanctis iiij evangeliis, vitam et membra et fidelitatem domino regi prædicto et suis, et de omnibus suis juri-

bus et in omnibus bona fide. Adhuc, nos homnes habitatores præfatæ villæ Perpiniani, tam parvi quam magni, convenimus inter nos omnes, bona fide et sine omni enganno; quod erimus insimul nobismetipsis et ex viribus domini regis et suorum boni valitores et veri adjutores et defensores scilicet ex nobismetipsis et ex omnibus rebus nostris, et ex omnibus juribus domini regis contra omnes homines qui non sint villæ Perpiniani, salva semper fidelitate domini regis et suorum in omnibus, et hoc totum dicimusnos observaturos, et juramus sub eodem sacramento præscripto.

Et ego, Petrus, Dei gracia, rex Aragonum, comes Barchinonæ, per me et per omnes meos successores, cum hac præsenti carta in perpetuum valitura, laudo et concedo, firmiterque confirmo cunctis hominibus meis villæ Perpiniani ibi habitantibus et stadantibus, præsentibus et futurir, cum hac eadem carta in perpetuum valitura, quod si aliqua persona quæ non sin villæ nostræ Perpiniani aliquod forisfactum sive dampnum sive malum sive detrimentum sive injuriam fecerit de honore sive de avere sive de lesione sive de verberatione sive ullo alio modo alicui homini villæ nostræ Perpiniani sive feminæ, ille vel illa qui injuriam vel dampnum acceperit vadat ad consules et ad meum bajulum et ad vicarium qui in dicta nostra villa Perpiniani fuerint constituti, et ostendat eis injuriam et dampnum quod acceperit; et tunc, consules cum meo bajulo et cum vicario, ylico absque mora vadant vel mittant suum nuntium illi qui injuriam et tortum et dampnum facit et infert homini nostro Perpiniani sive feminæ; et si in presentia eorum venire noluerit, et cognitione reddirigere ac restituere et emendare noluerit et directum facere noluerit sicuti jus et ratio dictaverit, sive mores et consuetudines jure dictaverint, volumus, et ex regia auctoritate nostra precipimus ut dicti consules, cum meo bajulo et cum vicario et cum omni populo Perpiniani vadant et equitent insimul, potenti manu, super malefactorem qui tortum et injuriam fecit et ipsam villam ubi reverteretur et erit et ube res ejus erunt; et de aliqua malefacta quam ibi fecerint neque de morte hominis neque hominum num-

quam nobis neque nostris neque alicui personæ teneantur; nunquam ego nec mei aliquem ex vobis possimus apellare neque aliquid requirere sive petere. Postquam autem dicti consules cum meo bajulo et vicario et cum populo Perpiniani super aliquem malefactorem vel super villam equitaverint, si aliquis ex ipsa villa nostra Perpiniani remanserit, nisi aperta causa neccessitatis, habeat inde dampnum x solidos Barchinon, qui mittantur et dentur in opere murorum villæ Perpiniani. Mandamus adhuc quod nullus sit ausus equitare neque aliqua maleficia facere alicui homini sive feminæ qui non sit villæ Perpiniani, absque consilio dictorum consulum et mei bajuli et vicarii. Quod si quis ausus fuerit temptare, dirigat malefacta cognitione prædictorum consulum et mei bajuli et vicarii, et ultra habeat inde dampnum x solidos, qui dentur et mittantur in opere prædictorum murorum. Consules vero recuperent semper missionem quam fecerint pro conducto sive pro loguerio de bestiis si equitaverint, pro illo cui debitum sive tortum restitutum fuit bona fide. Similiter qualecumque consules in supradicta consularia mittentur ac statuentur de anno in annum, jurent similiter fidelitatem nostram et omnia jura nostra, et fidelitatem totius populi prædictæ villæ nostræ Perpiniani et ex omnibus rebus eorum, eodem modo ut jam juraverunt prædicti consules. Et ego, Ermengandus Grossi; et ego, Stephanus de Villarasa; et ego, Bernardus de Solatico; et ego, Vitalis de Narbona; et ego, Jacobus Andreas, nos quinque supradicti consules, juramus quisque ex nobis fidelitatem domini regis et suorum et omnium jurium suorum in omnibus, et vitam et membra omni tempore, et fidelitatem totius populi Perpiniani et ex omnibus rebus eorum, tactis sacrosanctis iiij evangeliis, quod sacramentum corporaliter facimus, et est manifestum. Actum est hoc septimo kalendas marcii, anno incarnationis domini MCLXXXXVI, signum Petri, regis Aragonum et comitis Barchinonæ, qui predicta omnia laudo et confirmo proprio signo meo † Petrus Ausone sacrista. Signum Guillelmi Durfortis. Signum Johannis Beraxensis domini regis notarii qui litteras signi domini regis scripsit.

CONFIRMACIÓN DE LAS COSTUMBRES POR PEDRO EL CATÓLICO.

Manifestum sit omnibus præsentibus et futuris quod ego, Petrus, Dei gracia rex Aragonum et comes Barchinonæ, laudo et concedo et confirmo, et cum hac præsenti carta perpetuo valitura liberaliter autorizo vobis omnibus hominibus tam majoribus quam minoribus habitantibus et habitaturis in Perpiniano, omnes illas bonas consuetudines quæ pater meus, bonæ memoriæ, dominus Ildefonsus, ilustris rex, vobis condam dedid, laudavit, concessit et confirmavit, sicut melius et sincerius continetur in instrumento ab eo ipso nobis inde facto. Præterea volo et mando, et paginæ presentis auctoritate firmissime constituo quod omnis persona sive sit miles, sive clericus, sive sit religiosa, vel alius cujuslibet condicionis et professionis qui aliquid habeat et possideat in villa Perpiniani vel in terminis suis, det et mittat in expensis et missionibus operæ muri villæ Perpiniani vicinaliter secundum quod habuerit. Mando etiam et firmiter precipio bajulo quicumque sit Perpiniani presenti vel in posterum, substituendoque hoc mandamentum meum firmiter compleat et conservet, et quotiescumque et ubicumque necesse fuerit potentialiter distringat, etc.

Datum Perpiniani xiij kalendas octobris anno Domini MCCVII. Per manum Petri de Blandis, notarii domini regis.

LIBRO SEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

SE ABRE LA CAMPAÑA CONTRA VALENCIA. PRIMERAS CONQUISTAS.

Correría de moros hasta Tortosa.—Rompimiento con el rey de Valencia.—Se decide la conquista de Valencia.—Cortes en Monzón.—Toma de Ares y Morella.—D. Jaime sale de Teruel y entra en tierra de moros.—Pone sitio á Burriana.—Quiénes asistieron al sitio.—Los moros destruyen un castillo de los sitiadores.—Caso particular que pasó al rey con motivo de unas galeras.—Varios nobles aragoneses proponen al rey abandonar el sitio.—Respuesta del rey.—Noble comportamiento de los catalanes.—Bernardo Guillén de Entenza.—Rendición de Burriana.—Peñíscola se entrega al rey.—Rendición de otras plazas.—Cabalgada por las riberas del Júcar.—Toma de Almazora.

(1232 y 1233.)

La tercera expedición del rey D. Jaime á Mallorca había sido á mediados de Mayo de 1232. En aquella isla permaneció todo el verano, llevando á cabo la sumisión de Menorca y dedicándose al repartimiento definitivo de las tierras y propiedades, el cual tiene la fecha de 1.° de Julio. Regresó poco después á Cataluña, y se encontró con la novedad de que el rey de Valencia Abu Giomail Ben Zeyán (á quien llaman Zaén nuestras crónicas), había enviado un cuerpo de tropas que corrió la tierra de Aragón talando los campos, quemando y destruyendo aldeas y lugares, hasta llegar á Amposta y

Tortosa, y volviéndose á Valencia con muchas riquezas y cautivos [1].

Parece que D. Jaime envió mensajeros á Giomail Zeyan para quejarse de esto y pedirle que se le continuasen pagando las quintas de Valencia y Murcia, según hiciera su antecesor, satisfaciéndosele 100.000 besantes por lo que se le estaba debiendo; pero el rey moro no se avino á pagar más que 50.000, y no conformándose el *Conquistador*, desde aquel momento quedó declarada la guerra [2].

Hallándose el monarca aragonés en Alcañiz, que parece era el lugar escogido por él para solaz y recreo—*loch de mon deport*, según él le llama en sus Memorias,—tuvo una conversación con Hugo de Forcalquier, maestre del Hospital, y Blasco de Alagón, quienes le instaron á conquistar el reino de Valencia, dándole particulares detalles é instrucciones el de Alagón, que había vivido más de dos años desterrado en aquel reino [3]. Ya antes, hallándose en Mallorca, había tenido también una conversación con varios nobles aragoneses, los cuales le habían instado asimismo á que se hiciera dueño de Valencia. La conquista quedó decidida en el ánimo del rey.

Convocóse á Cortes á catalanes y aragoneses en Monzón, y con gran contentamiento de todos quedó acordada la empresa contra Valencia para llevarse á cabo al año siguiente; se otorgó al rey el servicio del bovaje, y se consiguió del Santo Padre que concediese cruzada, la cual se publicó en Monzón tomando el rey la insignia, y con él sus magnates y caballeros, gran número de sus señoríos, y muchas partidas de aventureros que no tardaron en llegar de las tierras de Provenza.

Su rompimiento con D. Sancho de Navarra dejó en-

1 Conde, parte 4.ª, cap. II.

2 Zurita, lib. III, cap. XV.

3 Crónica de D. Jaime, caps. CVI y CVII.

tonces á D. Jaime en entera libertad para obrar contra el moro, y si bien antes de llevar adelante esta campaña deseaba tomar segunda esposa, y quería esperar que viniese á sus reinos Doña Violante, hija del rey de Hungría Andrés II el *Jerosolimitano*, abandonó momentáneamente su propósito, por haberse ido retardando la boda más de lo que él creía.

La jornada no tardó, pues, en comenzar, y por cierto que la ocasión no podía ser más oportuna, ya que andaban en discordia las armas de los muslimes en España, y por otra parte los moros del reino de Valencia estaban divididos en parcialidades, una de las cuales estaba por Abou Zeyd, el rey destronado, del bando de los almohades, que, refugiándose en la corte de D. Jaime, acompañaba á éste por todas partes, siendo uno de sus más asiduos cortesanos é instándole para que le vengase de Abou-Djomail-Ben-Zeyan que le había usurpado el cetro.

Abrióse la campaña con la toma del castillo de Ares, llevada á cabo por los peones de Teruel, al propio tiempo que Morella caía en poder de D. Blasco de Alagón, el cual intentaba guardársela para sí en pleno dominio y señorío, invocando los tratos hechos para emprender la campaña contra el reino de Valencia; pero D. Jaime le manifestó que Morella era una plaza especial, y que sólo podía concederla en feudo. Hubo, pues, de avenirse á ello D. Blasco; prestó al rey homenaje de manos y de boca por la plaza y castillo de Morella, y más tarde, en recompensa, le hizo D. Jaime merced por juro de heredad de la villa de Sástago para él y sus sucesores [1].

1 Debo repetir acerca la conquista del reino de Valencia lo que ya tengo dicho sobre otros puntos, y valga para siempre esta nueva advertencia, á saber: que esta obra tiene sus límites y no puedo extenderme como fuera de desear y como yo más que nadie quisiera, so pena de es-

Hecho llamamiento general á los magnates de Aragón y de Cataluña, y á los maestres del Temple y del Hospital y de las órdenes de Uclés y Calatrava que tenían tierra en el reino, como también á las milicias ciudadanas para que todos se hallasen reunidos en Teruel á principios de Mayo de 1233, á fin de hacer entrada en tierra de moros, acudió D. Jaime á dicha ciudad el día designado. No todos comparecieron; pero habiendo reunido el rey 120 caballeros y las milicias de Teruel, creyó tener número suficiente para emprender el movimiento, dirigiéndose á Ejerica, cuya vega y alrededores taló sin que fuesen bastante á impedírselo 800 moros que andaban á la vista. Allí recibió noticia de que los maestres del Temple y del Hospital y los comendadores de Alcañiz y Montalván habían penetrado hasta el valle de Sego, en donde le esperaban, y después de haber pasado por Torres-Torres, cuyos contornos taló también, se reunió con aquéllos y su hueste para ir juntos á poner sitio á Burriana.

La historia del asedio de esta plaza es admirable y se lee en la crónica real con el interés y ansiedad que puede inspirar la más dramática novela. Quizá en ninguna otra circunstancia de la vida de D. Jaime brillan como en ésta sus nobilísimas cualidades, pues las amarguras y contrariedades que tuvo durante el sitio, hacen

cribir la *Historia de Cataluña* en veinte tomos, en lugar de los que ha marcado el editor, cuyos intereses deben ser sagrados para mí. Las principales fuentes para la historia de la conquista de Valencia están en la *Crónica real*, desde el cap. CVI al CXCIII; en la *Crónica de España*, por Beuter; en la *Década primera de la historia de Valencia*, por Escolano; en la obra de Gómez Miedes *De vitu et rebus gestis Jacobi I;* en las *Trovas* de Mossén Febrer; en los *Anales de Aragón*, por Zurita; en la *Historia de Aragón*, por Sas; en la *Historia de Valencia*, por D. Vicente Boix; en los *Artículos sobre antigüedades de Valencia*, por Zacares, y en los demás autores, que, aunque con menor extensión, tratan de este punto, según iré haciendo notar al paso.

resaltar de un modo notable las elevadas prendas de su carácter.

Duró el cerco dos meses, desde mediados de Mayo á mediados de Julio, y asistieron á él, entre otros, los tíos del rey D. Fernando y D. Bernardo Guillén, el obispo de Lérida, D. Berenguer de Erill, el de Tortosa, los maestres del Temple y del Hospital, D. Blasco de Alagón, D. Guillermo de Cardona, D. Rodrigo Lizana, D. Pedro Fernández de Azagra, D. Jimeno de Urrea, D. Blasco Maza, D. Pedro Cornel, el prior de Santa Cristina, los comendadores de Alcañiz y de Montalván, y además de estos y sus gentes las milicias y consejos de Daroca y de Teruel, compareciendo durante el cerco los de Calatayud, Lérida y Tortosa, y, concluído, el de Zaragoza.

La plaza fué combatida con valor y decisión, pero la villa era fuerte y había en ella más de 7.000 habitantes dispuestos á defenderse hasta el último momento. Don Jaime hizo construir un fundíbulo y un manganel, y también una torre ó castillo de dos pisos para dominar las murallas; pero no fué posible acercarlo al muro, pues los sitiados lo destruyeron con sus algaradas.

Faltaban ya víveres al campamento, cuando acertaron á pasar por aquellas aguas y á detenerse dos galeras, una de Bernardo de Santa Eugenia y otra de Pedro Martell. Quiso el rey quedarse con ellas y envió á decir á los armadores que les satisfaría su coste y aún más, pero ellos no consintieron si no se les daba 70.000 sueldos en el acto. D. Jaime estaba falto de recursos y les prometió darles aquella suma más adelante. Sin embargo, los armadores contestaron que debían prestar fianza los maestres del Temple y del Hospital. El del Temple, que se llamaba Raimundo Patot, contestó, requerido por el monarca, que los templarios no salían fiadores ni por el rey ni por nadie, pero, finalmente, concertándose

con el maestre del Hospital, éste propuso á D. Jaime que le harían fianza si confirmaba los privilegios que á entrambas órdenes habían otorgado sus antecesores.—No haré tal, dijo el rey, pues esta escritura tendría sobrado valor.—¡Qué diablo! replicó entonces el maestre. Sois original. Prometedlo ahora y luego no lo cumpláis.—Soy rey, y no es lo mismo rey que maestre del Hospital como sois vos, contestó D. Jaime [1]. Por fin hicieron fianza los maestres, y las galeras quedaron en poder del rey.

Una de las mayores amarguras del monarca en este sitio, diéronsela sus principales barones de Aragón. Presentáronsele un día su tío D. Fernando, D. Jimeno de Urrea, D. Blasco de Alagón, D. Rodrigo Lizana, Don Blasco Maza y otros, recatándose de los obispos y nobles de Cataluña, y le dijeron que no les era posible permanecer por más tiempo sitiando á Burriana, pues las milicias clamaban por ir á la siega y los caballeros estaban sin recursos; que lo mejor sería levantar el cerco dejando la toma de la villa para otra ocasión, y que haciéndolo de este modo, el rey Zeyan les daría tanto á él y á ellos, que podrían recobrarse de cuantos gastos hubiesen hecho uno y otros.—«Después que en nuestra menor edad hemos ganado un reino que está sobre la mar, y que hemos entrado en el de Valencia para conquistarle, ¿queréis que abandonemos sin más ni más un lugar que no es mayor que un corral? Mal podría yo volver á Cataluña ni á Aragón, y vergüenza me sería, si antes Burriana no cayera en mis manos.» Despedidos los nobles con esta respuesta, envió el rey á buscar á su otro pariente D. Bernardo Guillén de Entenza, al justicia de Aragón, á Jimeno Pérez hermano de este y á los prelados y magnates de Cataluña, á quienes expuso lo que

1 Así lo cuenta en su propia historia, cap. CXXVIII.

le había sucedido, manifestándoles su sospecha de que aquéllos estuviesen ganados por las ofertas del rey Zeyan. Los caballeros catalanes le contestaron á una que no habían obrado bien los que le aconsejaran levantar el sitio, que era preciso continuarlo á toda costa, y que todos ellos le ayudarían con buen ánimo hasta llevar á cabo la empresa. Del mismo dictamen fueron los varios aragoneses que no formaban parte del complot y las milicias de las ciudades.

Bernardo Guillén de Entenza dió particularmente entonces pruebas de señaladísimo valor. Gracias á él, las obras del sitio continuaron con más actividad que nunca, tomó el mando de la vanguardia, puso una trinchera ó estacada junto al foso, y de allí no se movía ni de día ni de noche, resistiendo los ataques y las salidas de los sitiados, los cuales una vez consiguieron herirle pero sólo fué para que el rey en persona se trasladase á aquel puesto de peligro [1].

Abierta brecha, diéronse varios asaltos á la plaza, que, si bien no consiguieron un resultado inmediato, fueron suficientes para que los moros desmayasen, enviando un parlamentario á D. Jaime para pedirle un mes de plazo, y prometiendo que se entregarían si en el transcurso de aquel mes no eran socorridos por el rey de Valencia.—«Ni tres días, contestó D. Jaime, cuanto menos un mes.» Volvieron luego á mandar otro parla-

1 Se cuenta que al ser herido Bernardo Guillén de Entenza ó Bernardo Guillén solo, como le llama la *Crónica real*, acudió el rey á curarle y lo hizo por sus propias manos, pues no hubo ningún rico-hombre que se prestase á socorrerle, dejando que D. Jaime lo hiciera. Grandes servicios prestó efectivamente en la toma de Burriana D. Bernardo Guillén, á quien el rey llama tío por ser hermanastro de su madre María de Montpeller. Según dice D. Jaime en el cap. III de sus memorias, Bernardo Guillermo era del linaje de los Entenzas por parte de madre, y casado con la hija de Pons Hugo, hermano de Hugo conde de Ampurias.

mentario pidiendo ya sólo quince días.—«Ni quince, ni ocho, ni cinco, respondió D. Jaime, y si no les acomoda, dispónganse para resistir el asalto.» En vista de esta respuesta, se rindió Burriana, pactando que se daría paso libre á todos cuantos lo quisiesen, con la ropa que pudiesen llevarse consigo, concediéndoles cinco días para arreglar sus cosas y salvo-conducto hasta Nules.

Así fué ganada Burriana por la energía y voluntad de hierro de D. Jaime, y la cooperación de las milicias y de los catalanes, á pesar de los principales magnates aragoneses. Despues de tomada, hubo también quien le aconsejó que la desamparase, pero el rey mostró que tenía para defenderla el mismo ánimo que tuviera para ganarla, y la confió á la guarda de D. Blasco de Alagón y D. Jimeno de Urrea, ínterin se esperaba la época en que de ella se hiciese cargo D. Pedro Cornel. En seguida se partió para Tortosa, y de este punto pasó á Teruel.

Hallábase en esta última ciudad cuando le llegó la nueva, por conducto de D. Jimeno de Urrea, de que los moros de Peñíscola estaban dispuestos á hacerle entrega de la plaza. Inmediatamente se puso en marcha, no llevando en su compañía más que siete caballeros y algunos servidores, sin guía, dice él mismo en sus memorias, pues que acostumbrado á la caza del javalí en que se entretenía algunas veces por aquellas montañas, esperaba no errar el camino. No lo erró, y llegó ante las puertas de Peñíscola, cuyos moradores salieron á agasajarle y á decirle que estaban dispuestos á entregarle aquella fortaleza si les concedía el ejercicio de su ley y las franquicias á que estaban acostumbrados. Respondióles D. Jaime que estaba conforme en ello, y avisado de que le iban á hacer entrega del castillo y villa, advirtióles que no tenía allí sus notarios para redactar la escritura de costumbre por haber ido á la ligera, pero

que pronto llegarían, si bien, aun cuando no llegasen, aquello que les prometiera aquello les cumpliría. «En tí y en tu fe fiamos, le contestaron los moros, y te damos la plaza bajo tu sola palabra.» Y villa y castillo quedaron entregados, y cumplidos fueron lealmente los pactos.

Esta entrega fué como la señal para que siguiesen su ejemplo otras plazas. Rindióse Chivert á los templarios, Cervera á los hospitalarios, Alcalatén á Jimeno de Urrea, y Polpis, Castellón de Burriana, Burriol, las Cuevas de Avinromá y Villafamés al mismo rey.

Tornó después de esta campaña á Burriana, pero fué para salir á correr en seguida la ribera del Júcar, al frente de 130 caballeros de paradje, según él les llama en su crónica, de 150 almogavares y de unos 1.200 peones. En esta correría D. Jaime llegó hasta divisar á Valencia, cuyas torres pudo ver iluminadas por las fogatas de alarma, y regresó á Burriana con bastante botín y algunos prisioneros.

Aquel año de 1233 terminó afortunadamente para las armas cristianas con la toma de Almazora, que llevaron á cabo las gentes de D. Pedro Cornel, quien fué dichoso en sus correrías y cabalgadas por las tierras de Onda, Nules, Uxo y Almenara.

De todas estas ventajas había sido origen y nuncio feliz la toma de Burriana, y su rendición había en efecto producido la de muchos de aquellos pueblos, que, aislados completamente, no pudieron ya recibir auxilios de la capital. Dos grandes resultados consiguió D. Jaime con la conquista de Burriana, los cuales supo apreciar su genio militar muy antes que sus barones: la de tener un punto seguro para recibir por mar los recursos que de Cataluña se le enviasen en sus futuras jornadas contra Valencia, y la de cortar enteramente con aquella plaza bien fortificada la comunicación de las otras di-

versas plazas de la provincia con su metrópoli [1]. Don Jaime comprendió perfectamente que la rendición de Burriana era la llave de la conquista de Valencia. El dueño de Burriana había de acabar por serlo, más tarde ó más temprano, de Valencia.

CAPÍTULO II.

Llegada de los embajadores húngaros á Barcelona para tratar el casamiento del rey.—Entrevista de D. Jaime con su esposa Doña Leonor y el rey de Castilla, y lo que quedó acordado.—Dudas sobre un viaje que se supone emprendido por el rey.—Campaña del 1235 en Valencia.—El rey delante de Cullera.—El rey y sus barones ante la torre de Moncada.—Ríndese Moncada.—Conquista de la torre de Museros. —El rey da los cautivos para rescate de un caballero.—Matrimonio del rey en Barcelona con Doña Violante.—Bandos entre el conde de Ampurias y el de Rocabertí.—Cortes en Tarragona.—Concordia y avenencia entre el rey y Nuño Sánchez.—Pretensiones de Pons de Cabrera al condado de Urgel.—Invade las tierras de Urgel con armas. —Apela también el rey á las armas, y cerca el castillo de Pons.—Convenio entre el rey y el vizconde de Cabrera.

(1234 Y 1235.)

Dió el rey por este tiempo alguna tregua á sus empresas guerreras, trasladándose á Barcelona, donde estaban aguardándole los enviados húngaros que habían venido para los tratos de su matrimonio con Doña Violante. Ya sabemos que era ésta hija del rey de Hungría, Andrés II, y eran aquéllos un señor muy principal, llamado el conde Bernaldo, y el obispo de Cinco-iglesias. El enlace había sido propuesto por el papa Gregorio IX, que deseaba casar á D. Jaime con la hija

1 Vicente Boix: *Historia de Valencia*, tomo I, pág. 122.

del rey de Hungría ó la del duque de Austria. Los embajadores húngaros se avistaron con nuestro monarca en Barcelona, y ajustaron con él los tratos de la boda á 20 de Febrero de 1234, pactando lo que debía darse en dote á Doña Violante, que era, á más de dinero, los derechos que le pertenecían, y que vienen detallados en la escritura que se firmó [1]. El matrimonio no se efectuó hasta el año siguiente, según veremos á su tiempo.

Parece que de Barcelona se volvió D. Jaime á Burriana, en donde estuvo dos meses para animar á los que estaban en guarda de la frontera; de allí pasó á Montalván, y de este punto á Escatrón, por el mes de Junio, donde celebró una entrevista con el rey de Castilla para dirimir algunas diferencias y cuestiones que tenía con la reina Doña Leonor, su primera y repudiada esposa. Iban entonces acompañando al rey, el vizconde de Beziers, el conde del Rosellón, Nuño Sánchez, D. Guillermo de Moncada, el justicia mayor de Aragón y otros magnates aragoneses. D. Jaime y el rey de Castilla se vieron en el monasterio de Huerta, junto á la raya de Aragón. A esta conferencia se halló presente también la misma repudiada Doña Leonor, y se acordó: 1.° Que D. Jaime le daría la villa y castillo de Ariza con todos sus términos, durante su vida, mientras no contrajese nuevo matrimonio. 2.° Que no se pondría embarazo en las otras villas y lugares que disfrutaba ni en las rentas que para su mantenimiento se le habían da-

1 Otros autores, en vez de Violante, la llaman Yolanda de Hungría. Los embajadores que llegaron á Barcelona para ajustar el casamiento, eran el obispo de Cincoiglesias (*Funfkirchen*) y el conde Bernaldo, gran señor húngaro. Se convino en dar por dote á Violante ó Yolanda, 10.000 marcos de plata, 200 marcos de oro, su parte del condado de Namur en Flandes, los dominios de sus antepasados en Francia, las joyas que ella tenía en Hungría y las que su madre le dejó en Borgoña. Consta el acta en el archivo de la Corona de Aragón, pergaminos de D. Jaime I, núm. 513.

do. 3.° Que D. Jaime no le quitaría al príncipe D. Alfonso su hijo, que ella tenía consigo, ni permitiría que se sacase de su poder contra su voluntad hasta que fuese de edad legítima. 4.° Que la persona de la reina no sería presa ni detenida, antes la recibiría debajo su fe y amparo. El rey de Castilla, D. Fernando, por su parte, juró que con todo su poder haría que Ariza fuese restituída al rey de Aragón, por muerte de Doña Leonor ó porque ésta se casase ó entrase en religión, siendo esto último lo que tuvo lugar, pues se recogió en el monasterio de las Huelgas de Burgos.

Dice Zurita en el libro y capítulo últimamente citados que, concluídas las vistas con D. Fernando de Castilla y Doña Leonor, fuese el rey de Aragon á Montpeller para asistir al matrimonio del rey de Francia con la hija mayor del conde de Provenza, primo de nuestro D. Jaime; pero contradicen este viaje y lo ponen en duda los historiadores del Languedoc, quienes con buena crítica prueban que Luis de Francia se casó en Sens, y no en Montpeller, con Margarita de Provenza; que este enlace se había efectuado ya en Mayo de 1234, y por consiguiente, antes de Noviembre en que Zurita supone que pasó D. Jaime á Montpeller; y, por fin, que Don Jaime estaba entonces enemistado con el monarca francés, á quien hasta pretendía declarar la guerra para recobrar el condado de Carcasona del que se había aquel apoderado [1].

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 398. Los benedictinos hablan de una carta escrita por el papa Gregorio IX con fecha 30 de Agosto de 1234 á Ramón Berenguer, conde de Provenza, para que éste se encargara de negociar la paz entre los reyes de Aragón y Francia. Es de advertir que, de este viaje á Montpeller, D. Jaime no habla en su crónica. Algunos historiadores modernos, siguiendo á Zurita sin duda, dan por realizado este viaje de D. Jaime. De todos modos, la verdad es que, en esta época, comienzan á verse en D. Jaime ideas claras y fijas de no descuidar los asuntos del otro lado de los Pirineos. Se le ve vol-

De todos modos, fuese ó no á Montpeller, aunque nunca para el casamiento de Luis de Francia, el rey estaba de vuelta por Diciembre de aquel año, pues á mediados de este mes le hallo en Lérida, de donde debía pasar á Burriana para emprender en tierras de Valencia su nueva campaña del 1235. En efecto, impaciente estaba ya el joven monarca por volver á blandir aquella su famosa espada, *Tizona*, que tan buen servicio le había prestado en el sitio de Burriana [1] y á la cual había condenado á una tregua de un año, y por alcanzar algún nuevo laurel para aquella frente que pronto debía ir á descansar en el regazo de su nueva desposada Doña Violante.

Burriana era la verdadera plaza de armas de D. Jaime para su proyectada conquista de Valencia. Allí volvió á reunir á sus principales barones á la entrada del

ver sus ojos á los países provenzales, como si quisiese continuar las tradiciones de su familia; como si comprendiese todo el porvenir de la causa por la cual había muerto su padre en los campos de Muret, como si, en fin, perdida la esperanza de contrabalancear el poderío castellano en España, creyese en la posibilidad de crear un gran reino meridional con Aragón, Cataluña, Rosellón y Provenza.

1 De esta espada habla el propio D. Jaime en sus Memorias, capítulo CXXXII, al referir que una noche fué despertado por las voces de ¡á las armas! que daban sus escuderos, á consecuencia de una sorpresa intentada por los moros de Burriana. "Oyéndolo Nos, dice, nos levantamos al punto cubriéndonos con nuestro casco de hierro, y tomando una espada que habíamos traído de Monzón, la cual tenía por nombre *Tizó*, y era de rara virtud para los que la llevaban, por cuya razón la preferimos á la lanza.„ Los Sres. Flotats y Bofarull, traductores y comentadores de la crónica real, dicen que *tizó*, *tizón* ó *tizona* son, á su entender, un mismo nombre, bajo el cual se hicieron célebres algunas espadas como la de D. Jaime y la del Cid. Beuter, en el cap. XXVIII de la 2.ª parte de su crónica, dice que la espada de D. Jaime se llamaba *Tizona*, "por ser hecha de maravilloso tempramiento, que no había que temer que se quebrase por cortar hierro ni acero;„ y añade que había pertenecido á un caballero templario, enterrado en Monzón, y que estaba colgada encima de su sepultura, de donde la tomó el rey.

1235, y les propuso una cabalgada hasta el castillo de Cullera. Aceptóse la idea y se llevó á cabo, haciendo embarcar el rey secretamente en un leño dos fundíbulos, porque, como previsor, calculó que podría haber necesidad de ellos. Cuando la hueste se halló ante Cullera, donde se habían refugiado todos los moros de las cercanías con sus mujeres y tesoros, dijeron los barones:—«Si tuviésemos un fundíbulo, antes de tres días éramos dueños del castillo.»—«¿Un fundíbulo pedís? les dijo D. Jaime. Pues yo os daré dos.» Y mandó desembarcar los dos ingenios que el leño había llevado ocultamente hasta allí. Cuando los barones tuvieron los dos fundíbulos, dijeron que no tenían piedras para arrojar con ellos.—«Yo os daré tres medios para tener piedras, contestó el rey, que á todo atendía y lo proveía todo: el uno, es enviar una buena fuerza para ver si encuentra algún torrente de donde sacarlas; el otro, es enviar también y con el mismo objeto una hueste hasta las orillas del río, y el tercero, es prevenir picapedreros que labren las piedras de la montaña, según se hace para dispararlas con los ingenios.» Los barones entonces hallaron expuestos los dos primeros medios é insuficiente el tercero, y comenzaron á poner obstáculos y á presentar dificultades, tanto que el rey no tuvo otro recurso que acceder á su voluntad y retirarse de aquel sitio [1].

Pero mucho le dolía á D. Jaime tener que volverse sin haber llevado á cabo alguna acción de prez y gloria. Mal se avenían los bríos del real mancebo con la prudencia excesiva de sus barones. Así, pues, hallándose á una legua de Valencia, y á vista de la torre y lugar de Moncada, el batallador monarca se prometió á sí propio no apartarse de aquel lugar sin haberlo ganado. Al

1 Crónica real, cap. CXLII.

efecto, apeló á la astucia para vencer la voluntad de sus barones, y llamando al maestre del Hospital, á Pedro Cornel y á Jimeno de Urrea, que era en los que parece tenía más confianza, les hizo entrar en su plan y prometer que le ayudarían en el consejo. Convenido con ellos, reunióles á todos y les propuso atacar y tomar á Moncada: en seguida su tío D. Fernando, que era quien acostumbraba llevar la palabra por los demás, contestó que el pensamiento era bueno, pero que no podía ejecutarse por carecer la hueste de todo; y ya le iban apoyando los que eran siempre de su dictamen, cuando aquéllos con quienes se conviniera D. Jaime hicieron aceptar la proposición real. Faltaban, en efecto, provisiones y un ingenio para combatir la fortaleza, y entonces vióse á D. Jaime dar un admirable ejemplo.—«Yo mismo iré á Burriana, dijo, á buscar provisiones para ocho días, y un fundíbulo. Para ello sólo necesito doce caballeros y todas las acémilas que me podáis proporcionar. Emplearé tres días: uno para ir, otro para recoger las provisiones y otro para volver. A mi regreso, y cuando hayamos tomado la torre, como es probable que en ella hagamos más de 1.000 cautivos, dejadme escoger 100 y me doy por satisfecho [1].» Y los barones accedieron, y el rey fué y volvió en menos de tres días, y sólo le acompañaron doce caballeros, y trajo de Burriana víveres, un fundíbulo y pertrechos. Tal era aquel rey y tales aquellos barones, tales aquellas costumbres y tales aquellos tiempos. La crónica real, á la que se observará que me voy ciñendo todo lo posible, en medio de lo que por malaventura tengo que ir abreviándola, es la que me proporciona ocasión de dar todos estos interesantes detalles y curiosos episodios, que ella relata con encantadora sencillez y notable su-

[1] Crónica real, caps. CXLIII y siguientes.

blimidad de concisión, siendo un verdadero guía para conocer las costumbres de aquel tiempo y poder apreciar la clase de relaciones que mediaban entre el monarca y sus magnates. Admírame por lo mismo, y mucho ciertamente, que haya habido un autor el cual, hablando de esta crónica, y después de dudar que fuese obra del rey, haya añadido que *poco perdería aun cuando se la quitasen*.

La torre de Moncada fué combatida tan reciamente, que á los cuatro días hubo de entregarse. En poder de los vencedores quedaron 1.147 cautivos y un gran botín compuesto de perlas, collares, brazaletes de oro y plata, sederías y otras muchas telas preciosas. El rey, según convenio, escogió los 100 cautivos que le tocaban, y es curioso leer en su propia historia que se los hubo de vender luego por 16.000 besantes, en vez de la suma mayor que á guardarlos se le hubiera dado, para librarse de sus acreedores; pagando así las deudas que con unos mercaderes había contraído á fin de atender á los gastos de la hueste en aquella cabalgada. No creyó prudente D. Jaime dejar presidio en la torre por hallarse situada en país enemigo, y al efecto la mandó demoler, dirigiéndose á poner sitio á la de Museros.

Sólo había en esta fortaleza 60 moros, pero dispuestos todos á defenderla hasta el último trance. Comenzó á maniobrar el fundíbulo del rey, y no tardó en derruir las almenas. Entonces los sitiados las levantaron de nuevo formándolas con serones llenos de tierra, pero D. Jaime combatió este ardid con otro. Mandó fabricar unas flechas incendiarias, saetas que formaban á manera de ruecas, rellenas de estopa, las cuales arrojaban los ballesteros encendidas, pegando así fuego á todos aquellos serones. A los dos días de haber apelado á este medio, los sarracenos propusieron rendirse si les salvaba la vida, «á lo cual accedimos de buen grado, dice el

rey, porque, ciertamente, mejor los queríamos vivos que muertos.»

Los sesenta cautivos que se hicieron con la toma de Museros no le sirvieron al rey, como los 100 de Moncada, para pagar sus deudas, pero sí para otra cosa tan noble como ésta: para rescate de uno de sus capitanes. Dióselos todos á Guillermo Zaguardia, tío de Guillermo de Aguiló, que los moros retenían prisionero en Valencia, para que los canjease por su sobrino. ¡Noble rey el rey D. Jaime!

Después de haber así ganado á Moncada y á Museros, después de haber así pagado sus deudas y logrado el rescate del caballero Aguiló, satisfecho y contento de la jornada, regresó el monarca á Burriana, para de allí dirigirse á Zaragoza, viniéndose luego á Barcelona, para recibir á la que iba á ser su esposa, Doña Violante de Hungría, que era *molt bela dona*, según Desclot.

Su casamiento se efectuó en la capital del Principado, á 8 de Setiembre de aquel año de 1235 [1], celebrándose solemnes y suntuosas fiestas con este motivo. La alegría de las fiestas y los placeres de la boda, no pudieron distraer al rey de las serias preocupaciones que en aquel momento le aquejaban, turbando su ánimo. Se hallaba en vísperas de emprender resueltamente la conquista de Valencia, y, sin embargo, malhadadas rencillas y cuestiones de sus barones catalanes, amenazaban un conflicto en sus reinos, precisamente en aquellos momentos en que más necesaria le era la paz interior para poder acudir á sus proyectos exteriores.

Diéronle mucho en qué entender, primeramente las contiendas que se habían levantado entre el conde Hugo de Ampurias por una parte, y el vizconde de Rocabertí

1 Bofarull: *Condes vindicados*, tomo II, pág. 235.

y Oliver de Termens por otra [1]. Gracias á la intervención del rey, vinieron estos señores á un acomodamiento, que era tanto más preciso cuando se habían ya roto las hostilidades, y amenazaban dar tristísimas jornadas de sangre al país.

Acaso contribuyeron también á la terminación de estos bandos, las Cortes que por entonces se celebraron en Tarragona [2], aun cuando las reunió el rey para las asistencias de la guerra contra Valencia. En estas Cortes, para cuando llegase el caso, las ciudades ofrecieron á D. Jaime sus tercios, y los feudatarios su asistencia con la de sus vasallos; concedióseles de nuevo el servicio del *bovaje*, y los comunes y particulares ofrecieron sus galeras, leños y barcas para la armada, y transporte de municiones. Barcelona prometió tener dispuesto, para cuando se le pidiese, un numeroso tercio; Lérida otro; Tarragona, Gerona, Tortosa y demás lugares, ofrecieron compañías de milicias; el obispo de Barcelona se comprometió á llevar 60 caballos y 800 infantes; el de Lérida un número menor; el conde de Ampurias, 50 caballos; é hicieron asimismo ofertas el vizconde de Cardona y otros nobles.

También ofreció contribuir Nuño Sánchez, el cual acababa entonces de avenirse con el rey, arreglando amigablemente los disgustos que habían sobrevenido entre ellos. Nuño pretendía señorío sobre la ciudad y el condado de Carcasona, sobre el honor de Trencavello y vizcondado de Narbona, tanto en virtud de la susti-

1 Feliu de la Peña: *Anales de Cataluña*, lib. XI, cap. IX.

2 Tuvieron lugar en 1234, según el modo como cuenta los años Feliu de la Peña. A este analista, por algunos autores tan despreciado, es, sin embargo, á quien se deben curiosísimas noticias sobre Cataluña. De estas Cortes en Tarragona, por ejemplo, y de los bandos del conde de Ampurias y vizconde de Rocabertí, no he visto que hable otro sino él.

tución testamentaria, dispuesta por Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, su abuelo paterno, como en virtud de una donación hecha á su padre el conde Sancho, por el rey Alfonso II de Aragón, tío de este último y abuelo del rey D. Jaime. Además, Nuño tenía pretensiones sobre el condado de Provenza y el vizcondado de Milhaud. El rey D. Jaime, por su parte, le pedía la restitución del Vallespir, del Capsir y de algunas otras tierras; pero viendo que Nuño no tenía hijos legítimos y era su heredero presuntivo, consintió en un convenio, que redactaron Lope Díez de Haro, señor de Vizcaya, por parte de D. Nuño; Guillermo de Cervera, señor de Juneda y monje de Poblet, por parte de Don Jaime, y el maestre del Temple, Hugo de Montlaur, como tercero. Según este convenio, el rey satisfizo á D. Nuño cierta suma, dejándole el disfrute de todos los dominios que poseía, los cuales á su muerte debían volver á la corona real. Sólo á datar de este momento, según parece, tomó D. Nuño el título de conde de Rosellón y de Cerdaña, que antes se le daba, pero que no se halla en ninguno de los actos emanados de él anteriores á esta época, titulándose sólo *dominus Rossilionis, Confluentis et Ceritanie* [1].

Fuertes trastornos habían ocurrido en Urgel con motivo de la sucesión de este condado, y apenas efectuado su matrimonio, tuvo que acudir el rey «á apagar el fuego que en aquella parte de su casa se había encendido amenazando devorarla.» Sabido es que Doña Aurembiaix había muerto en 1231; sabido es que al morir legó el condado á su esposo D. Pedro, infante de Portugal; sabido es también que éste se lo dió al rey D. Jaime á cambio del señorío de Mallorca. Todo esto hubo de lle-

1 Arte de comprobar las fechas: *Tratado de los condes del Rosellón y Cerdaña* (Fossa).—Zurita, lib. XXIII.—Henry: *Historia del Rosellón*, tomo I, pág. 103.

varlo muy á mal Pons ó Ponce de Cabrera, hijo de aquel Guerau de Cabrera, cuyo orgullo domeñara Don Jaime en Balaguer, arrojándole de los estados de Urgel para devolvérselos á Doña Aurembiaix, su legítima heredera. Turbulento Pons de Cabrera, como su padre, quiso también hacer gala de sus pretensiones al condado de Urgel, y le pareció que era propicia la ocasión al tener lugar el fallecimiento sin hijos de la condesa Aurembiaix. Pretendía Pons que era nula la donación hecha por Aurembiaix al infante portugués y nulo también el acto por el cual éste transfirió el condado al rey, siendo prohibidas de derecho las transportaciones de cosa litigiosa en mano poderosa.

Persuadióse al principio el vizconde de Cabrera que el rey se lo volvería graciosamente, así como ya hemos visto que lo había hecho con su padre; pero al convencerse de que no sería así, tomó las armas, convocó gentes de guerra y se entró por las tierras de Urgel, proclamándose su señor y apoderándose de campos y lugares. Eran valedores del de Cabrera, y le apoyaban abierta y decididamente, Arnaldo de Castellbó, el conde de Foix, el de Pallars y muchos otros señores de Aragón y Cataluña, quienes se juntaron cierto día en Solsona confederándose contra el rey y conviniendo en que un agravio hecho por éste á uno, era hecho á todos, y todos debían vengarle. Todo esto sucedía mientras Don Jaime andaba ocupado en las empresas contra Menorca y contra Valencia. Tal era el patriotismo de los nobles en aquel tiempo.

Irritado el rey, acudió también á las armas, salió de Barcelona al frente de una escogida hueste, y fué á poner sitio al castillo de Pons, en el que se habían recogido algunos de aquellos señores. Calla la crónica si el castillo fué tomado, pero dice que lo combatió fuertemente con los ingenios y que taló la campiña de aquel

y otros pueblos que, por fuerza ó por grado, se habían declarado por el vizconde. Por lo que se desprende de la crónica, las hostilidades hubieron de suspenderse á causa de haber intervenido los obispos de Lérida y de Urgel Berenguer de Erill y Pons de Vilamur, quienes se presentaron al rey y trataron de avenirle y concordarle con el de Cabrera.

La escritura de concordia se firmó en Tárrega á 21 de Enero de 1235. De ella resulta que el vizconde de Cabrera se puso á merced del rey con ánimo de hacer todo lo que éste le mandase; que las ciudades de Lérida y Balaguer quedaron en propiedad y franco alodio del rey y sus sucesores; que el rey dió en feudo á Pons de Cabrera los castillos y villas de Linerola, Menargues, Albesa y otros, y francos algunos lugares como Calasaus, Tartareu etc.; y que de entonces más quedaron dos títulos de conde de Urgel, uno en persona del rey, y otro en persona del vizconde, lo mismo que había sucedido en tiempo del rey D. Pedro con Guerau de Cabrera [1].

Libre ya de cuidados D. Jaime, pacificada Cataluña, muertos los bandos, y seguro del apoyo del país representado en las Cortes de Tarragona, tornó á fijar sus miradas en el reino de Valencia, cuya conquista, á la que se diera tan favorable comienzo, cada vez era por él más ardientemente deseada.

1 Monfar: *Historia de los condes de Urgel*, cap. LVII. Monfar continua también en su interesante obra el convenio firmado en Tárrega, por D. Jaime y Pons de Cabrera. Baluzio y el *Arte de comprobar las fechas* caen, hablando de estos sucesos entre Pons y D. Jaime, en algunos errores que se rectifican con sólo leer la clarísima reseña de Monfar.

CAPÍTULO III.

Consejo de capitanes en Sariñena.—Abu Zeyd se hace cristiano.—Sale el rey de Teruel.—Levanta en el cerro de Enesa el castillo derruído por los moros.—Encomienda el castillo á Entenza y á Aguiló.—Apuros del rey para enviar provisiones á la hueste.—Cortes en Monzón. —Combate de Enesa ó del Puig de Santa María.—El rey lleva en persona los refuerzos al Puig de Santa María.—Nobles palabras del rey. —Llamamiento á los barones y ciudades.—Muerte de Bernardo Guillén de Entenza.—Vuelve el rey al Puig de Santa María.—Juramento del rey.

(1236 y 1237.)

Activo siempre el rey, siguiendo constantemente el hilo del pensamiento que por el pronto le embargaba, y no teniendo residencia fija en ninguna ciudad ni villa, le hallamos en Huesca á principios del 1236, punto desde el cual pasó á Sariñena para celebrar con sus barones y prelados una especie de consejo de guerra, á fin de adoptar el plan mejor que debía seguirse en la inmediata campaña. La resolución fué, adelantar sus huestes por el reino de Valencia hasta apoderarse del cerro y castillo que los moros llamaban de Enesa, los cristianos *puig* de la Cebolla, y que después cambió su nombre por el de *puig* de Santa María, situado á dos leguas de la ciudad de Valencia. Acordado esto, se expidieron las oportunas órdenes para que toda la gente de guerra estuviese en Teruel al comenzar la primavera [1].

Interin se disponía todo, visitó el rey varias poblaciones, entre ellas Calatayud, hallándose ya por el mes de Mayo en Teruel, donde consta que confirmó á Abu

1 Zurita, lib. III, cap. XXV.

Zeyd, el monarca destronado de Valencia, la donación que le había hecho para durante su vida, de las villas de Ricla y Magallón, con homenaje que prestó de obediencia y fidelidad á D. Jaime [1]. Ya por entonces, según cuentan los anales, Abu Zeyd se había hecho cristiano, aunque secretamente porque los moros de su parcialidad no se ofendiesen, habiendo recibido el nombre de Vicente con el agua del bautismo. El nuevo cristiano casó luego con una señora llamada Domenga López, en quien tuvo una hija á la que se dió por nombre Alda Fernández, la cual enlazó á su tiempo con Blasco Jiménez, señor de Arenós.

Sabedor sin duda Zeyán de la idea que llevaba Don Jaime de apoderarse del Enesa, envió una fuerza para que lo arrasara, como así se hizo. Situado aquel castillo, según se ha dicho, á dos leguas escasas de la ciudad, era muy á propósito para que, haciéndose fuertes en él los cristianos, emprendiesen sus correrías apoderándose de todo cuanto hallasen y llevando sus rebatos hasta los mismos muros de Valencia, teniendo las espaldas seguras y pudiendo con facilidad ser socorridos de Burriana y de Cataluña por mar. Lo llevado á cabo por Zeyán, era para desconcertar á otro monarca que no hubiese sido nuestro *Conquistador*. Éste mandó construir en Teruel secretamente hasta 20 hormas para tapias, con el propósito de llegar á Enesa y allí levantar de nuevo el castillo demolido por los moros, cargó con ellas algunas acémilas, y se puso en camino con algunos de sus barones y las milicias de Daroca y de Teruel.

Cerca de Murviedro se le juntaron 2.000 peones y 130 caballeros, conducidos por los maestres del Hospital y del Temple, y con ellos prosiguió su marcha sin encon-

1 Zurita, lib. III, cap. XXV.—Sas en el reinado de D. Jaime.

trar estorbo, llegando á Enesa, donde inmediatamente dispuso levantar un castillo sobre las ruinas del otro. Al poco tiempo fueron llegando al campamento de Enesa los ricos-hombres y las milicias que faltaban, entre ellas las de Zaragoza y Tortosa; y provisto el rey de víveres y de brazos para el trabajo, repartió entre la gente de las ciudades los lienzos de muros á fin de que cada grupo fuese edificando su parte. Gracias á la mucha gente, la fábrica pudo levantarse en el espacio de dos meses.—«De aquí en adelante este cerro de Enesa se llamará *el puig de Santa María,*» dijo el rey maravillándose de su obra y viendo ya construído aquel hermoso castillo como por arte de encantamiento levantado.

El objeto del monarca estaba cumplido, pero faltaba dejar en el nuevo castillo de Santa María una fuerte guarnición, con valientes capitanes y un jefe superior de toda confianza. D. Jaime, que entendía en hombres, escogió para este tan honroso como peligroso cargo á su tío D. Bernardo Guillén de Entenza, aquél que tan notables cualidades militares había revelado en el cerco de Burriana. A su lado puso á Guillermo de Aguiló, aquel mismo caballero sin duda por cuyo rescate había dado los 60 cautivos de Museros, y, según Desclot, les dejó una fuerza de 80 caballeros del Temple, 30 hospitalarios y 2.000 infantes, encargándose de mandarles provisiones desde Burriana y desde Tortosa.

Cuenta el rey en su historia, y conviene notar esta circunstancia por lo notable y porque ella revela otra buena cualidad de D. Jaime, que cuando trató de marchar á Burriana, según con Bernardo Guillén de Entenza había convenido, y al ir á levantar el campo, vió que una golondrina había construído su nido encima de su tienda, por cuyo motivo dió orden para que ésta no se quitase hasta que la avecilla hubiese desanidado con

sus hijuelos, ya que fiada en el rey había ido á establecerse allí [1].

Levantado por fin el campo, y dejando en el *puig* de Santa María á los que habían de ser sus heróicos defensores, partió á Burriana, y de allí á Tortosa, y desde este punto á Tarragona, no descansando un solo instante hasta que hubo mandado provisión sobrante de víveres á la hueste de Bernardo Guillén de Entenza. Asombra ver patente en su historia la actividad del rey y los trabajos que se tomó para que nada faltase á aquel puñado de héroes que había dejado de avanzada. Desde Burriana les mandó unas acémilas cargadas de pan, vino y avena, con más algunos carneros y vacas que habían sido apresados en una cabalgada; desde Tortosa les despachó cuatro barcos llenos de víveres, y por fin en Salou hizo embargar unas naves que iban á salir con comestibles para Mallorca, tomó inventario de todo y firmó un debitorio á los mercaderes, á quienes luego satisfizo la deuda pidiendo prestados 60.000 sueldos á los prohombres de Lérida.

Desde Lérida, á donde en su incansable diligencia había ido al salir de Tarragona, pasó á Huesca, y de Huesca fué á Monzón. Se había convocado á Cortes en este punto á catalanes y aragoneses para el mes de Octubre de aquel año. Zurita, que nos habla de estas Cortes, nos dice que á ellas asistió San Ramón de Peñafort; que se autorizó al rey para poner cerco á la ciudad de Valencia; que se asentaron treguas entre los aragoneses divididos en bandos; que se confirmó el valor de la moneda jaquesa que entonces corría, para que siempre fuese del mismo valor y peso y tuviese la misma ley, y que se instituyó el derecho llamado del maravedí.

1 Crónica real, cap. CLII.

Recorriendo las ciudades de su reino y preparándolo todo para la campaña próxima, pasó el rey aquel invierno [1]. En cuanto á los mantenedores del Puig de Santa María, entrada ya la primavera del 1237 tuvieron que sufrir un rudo ataque de los moros, y hubo entonces lugar aquella famosa batalla, en que cuentan se apareció San Jorge, y que fué una de las más memorables jornadas de la conquista de Valencia.

Brevemente voy á referirla, siguiendo á Desclot, que la cuenta con aquel lujo de detalles y aquella galanura de episodios que á este cronista caracterizan.

1 Hay que colocar aquí un viaje que D. Jaime hizo á Montpeller por Enero de 1237, y del cual no he hallado que haga mención ninguna de nuestras crónicas. Sin embargo, si los documentos valen, en la *Historia del Languedoc*, prueba CCXX, pág. 378, hay uno por el que consta que D. Jaime se hallaba en dicha ciudad de Montpeller en Diciembre de 1236 y Enero de 1237, donde hizo homenaje de la señoría de Montpeller á Juan de Montlaur, obispo de Magalona, por orden del papa Gregorio IX, y donde recibió, á su vez, el homenaje de Hugo, conde de Ródez, por el vizcondado de Carlandois. Repito que de esto no encuentro que hable ninguno de nuestros analistas, pero no es menos cierto, sin embargo, si el documento es auténtico. Y á propósito de este documento. En las firmas continuadas al pie se lee la del ilustre Vidal de Cañellas (*Vitalis de Canellis, canonicorum barchinonensium*), que acompañó sin disputa á D. Jaime en aquel viaje como consejero particular. Valgan estos datos para los que con más tiempo, más detenimiento y más estudio, aunque no con mejor voluntad, escriban un día la historia de Cataluña con el cuidado que se merece (*).

(*) A esta nota, publicada en la primera edición de mi obra, puedo añadir las siguientes noticias recogidas posteriormente, lo cual prueba que estuve en lo cierto:

El viaje de D. Jaime á Montpeller es exacto. Hablan de él Germain en su *Historia de Montpeller*, y Tourtoulón en su *D. Jaime el Conquistador*. El monarca aragonés había sido llamado á su señorío de Montpeller por el deseo de vigilar los asuntos de Francia, pero sobre todo por sus querellas con el obispo de Magalona. Se había entablado una lucha entre el poder láico, señorial ó comunal y el poder eclesiástico. El rey de Aragón, de acuerdo con los ciudadanos de su país natal, no descuidaba ninguna ocasión para aminorar la autoridad del prelado, que reclamaba el homenaje feudal. El monarca se negaba obstinadamente á reconocer la supremacía del obispo, pero hubo de ceder ante un mandato del Papa, y en 26 de Diciembre de 1236 prestó juramento de fe y homenaje al obispo de Magalona, Juan de Montlaur.

No podía en verdad el rey moro de Valencia permanecer tranquilo al ver que á las puertas mismas de su capital habían osado levantar un castillo los cristianos, asegurándolo con fuerte presidio. Comprendió que era necesario á toda costa echarles de allí y tomarles aquel su avanzado puesto, y comenzó á allegar gente para ir á cercar y á combatir Enesa con formidable aparato. La idea de Zeyán era sorprender el castillo, pero Entenza y Aguiló tuvieron aviso de lo que contra ellos se proyectaba por un cautivo fugitivo de Valencia, y al instante convocaron á consejo á los principales de su hueste. Algunos manifestaron sus temores y propusieron abandonar la fortaleza, pero Guillermo de Aguiló prorrumpió entonces en un caballeresco discurso, que el cronista copia por extenso.

—Aquí hemos venido en honor de Dios y de Nuestra Señora Santa María, dijo, á fin de que la morisma sea destruída y salvemos nosotros nuestras almas. Si ellos son muchos, más seremos nosotros, pues que Dios está de nuestra parte. Permanezcamos aquí, firme el ánimo y el corazón fuerte; que la señera de Aragón nunca volvió atrás, ni volverá ahora, pues vale más morir con honra que vivir deshonrado.

Bernardo Guillén de Entenza tomó la palabra tras la patriótica arenga de Aguiló, que parece una proclama de nuestros días. Para que se vea como los hombres de patriotismo verdadero y de verdadero corazón han tenido siempre un mismo lenguaje, y como siempre, en todos tiempos, eternamente, el mismo entusiasmo ha contestado al mismo sentimiento.

Las palabras del de Entenza acabaron de exaltar al consejo, terminando la obra comenzada por su compañero, y todos se fueron á preparar para el combate. Éste fué sangriento. Provocóle D. Bernardo Guillén saliendo con la mitad de la guarnición contra los sarracenos, que

acudían en tan gran número, que daba espanto verlos *(que gran feretat era de veure)*. En los primeros momentos de la lucha, quedaron vencidos los cristianos y hubieron de retroceder hacia el castillo; pero entonces sonó una voz, sobrenatural según algunos cronistas, pero que en realidad debió salir de los caballeros que guarnecían las murallas, gritando: «¡Huyen, huyen y se dejan vencer!» No bien la oyeron los combatientes, cuando clamaron: «¡Vergüenza, caballeros, vergüenza!» Y á este grito, levantóse la voz general de ¡Santa María! ¡Santa María! que dieron todos, arrojándose de nuevo y con mayores bríos sobre los moros, á quienes llegó entonces la vez de retroceder y desbandarse, huyendo despavoridos y no parando muchos hasta Valencia, cuyas puertas hicieron cerrar atropelladamente, creyendo que los cristianos les iban al alcance para penetrar tras ellos en la ciudad.

Valiente y caballerescamente se portaron en la jornada Bernardo Guillén de Entenza y Guillermo de Aguiló; y mientras que fueron en gran número los moros que murieron en el combate, cuentan nuestros cronistas que sólo quedaron en el campo tres caballeros cristianos, Jiménez de Luesia, Guillermo Pérez de Tierga y otro caballero que llevaba el pendón del de Entenza. Quieren algunos atribuir esto á milagro por no haber sido más que tres los muertos en nuestro campo; pero no han reparado que los antiguos sólo hablan de los hombres de cuenta, y si citan el número de los caballeros que murieron, cállanse el de los peones. De todos modos se ve claramente que la pérdida de los moros fué infinitamente mayor, como se desprende de los propios escritores árabes, que dan cuenta de esta batalla en los siguientes términos:

«Abu Giomail Ben Zeyán allegó muy numerosa hueste, y animado de la esperanza de que Aben Hud iba en

auxilio, fué sobre Hisn-Santa María, y cercó la fortaleza, y puso en grande apuro á los cristianos que la defendían; éstos eran muchos y esforzados, y la defendían bien, y daban rebatos en el campo de Zeyán en que se peleaba con mucho valor de ambas partes, hasta que, desesperados de humano socorro, hambrientos y como lobos salieron cierto día á la pelea, y fué tan sangrienta, que fué forzoso al rey Zeyán levantar el campo y retirarse á Valencia, quedando la fortaleza en poder de los cristianos [1].»

La relación de los cronistas árabes es igual en el fondo á la de los analistas aragoneses, aparte lo de la aparición de San Jorge. Ni Desclot ni D. Jaime, empero, hablan de este milagro, crédula y piadosamente inventado por cronistas á ellos posteriores. Hubo, sí, milagro; pero fué éste, que un puñado de héroes se hiciesen dueños del campo de batalla, teniendo que luchar con fuerzas diez veces superiores á las suyas. Fué un milagro de heroicidad.

Inmediatamente se despachó un mensajero al rey con la fausta nueva de la victoria. Recibió D. Jaime la noticia hallándose en Huesca, y al saberla, después de haber cumplido con su deber de cristiano, que fué hacer entonar un *Te-Deum* para dar gracias á Dios, cumplió con su deber de caballero, volando sin detenerse á Daroca á dictar órdenes para enviar refuerzos de gente, víveres y caballos á los valerosos defensores del Puig de Santa María. Aún hizo más. Quiso ir en persona á llevarlos, y á los cinco días salió de Teruel con 2.000 acémilas y 100 caballeros, llegando al Puig, donde fué recibido con grandes muestras de alegría por Bernardo Guillén y Berenguer de Entenza, Guillermo de Aguiló y los demás barones, «si bien en la acogida que nos hi-

1 Conde, cap. IV de la parte 4.ª

cieron, dice en sus memorias, no les fué posible ostentar la debida pompa por haber perdido en la batalla como unos 86 caballos.»

Después de haber repartido D. Jaime gracias y mercedes entre sus barones, haber provisto de caballos á los que los habían perdido en el combate y haber permanecido en el Puig esperando á los moros que no se presentaron, regresaba ya para Aragón, acompañado de muy pocos, cuando tropezó en el camino con una partida de sarracenos muy superior en número á la suya. D. Ferrando Pérez, que iba con él, le aconsejó entonces que echasen á huir hasta recogerse en el Puig.—«Eso no, contestó el rey: ni he huído nunca, ni sé cómo se huye [1].» Los moros no se atrevieron, sin embargo, á acometer, y D. Jaime y los suyos pudieron llegar á Burriana.

Prosiguió el rey su viaje hasta Oropesa, de donde pasó á Ulldecona y de allí á Tortosa, en cuyo punto dictó órdenes para que las villas de Aragón y Cataluña, y todos los que tenían feudo por él, barones, caballeros y plebeyos, acudiesen por la primavera á la jornada contra la ciudad de Valencia.

En seguida se fué á Zaragoza donde amante le aguardaba Doña Violante, que era ya madre de una niña, llamada Violante como ella, la que después fué reina de Castilla; y no habían pasado ocho días de su estancia en la capital, cuando tuvo la tristísima nueva de la muerte de D. Bernardo Guillén de Entenza. Profunda aflicción sintió al recibir esta noticia, que con hipócrita dolor le comunicó su siempre poco leal tío D. Fernando. En vista de esto, sus ricos-hombres le aconsejaron que abandonase el Puig de Santa María, dejando para otra ocasión la conquista del reino de Valencia.

1 Crónica real, cap. CLIX.

También fué D. Fernando quien esta vez llevó la palabra en nombre de los magnates. El consejo fué rechazado por el rey.—«Yo os haré ver quién soy y lo que valgo, les dijo, y os hago saber que el Puig no será desamparado; antes con él quiero ganar el reino de Valencia.»

La resolución que el monarca tomó por el pronto, fué la de marchar al Puig de Santa María, y allá partió inmediatamente con 50 caballeros de su mesnada y Don Jimeno de Urrea. Berenguer de Entenza, Guillermo de Aguiló y los caballeros del Hospital, del Temple, de Calatrava y de Uclés, advertidos de la llegada de Don Jaime, le aguardaban, teniendo en custodia el féretro de D. Bernardo Guillén, al que hizo dar sepultura el rey, procurando calmar el dolor de todos los que allí se hallaban.

En seguida armó caballero á Guillermo de Entenza, hijo del difunto; hizo mercedes y ofertas, nombró jefe de la fortaleza y de la hueste á Berenguer de Entenza, y se disponía á partir para ir en busca de las huestes que mandara juntar al objeto de caer sobre Valencia al rayar la primavera, cuando supo por conducto de dos frailes predicadores, que los del Puig, en cuanto él se ausentase, trataban de abandonar aquel punto, descorazonados y faltos de ánimo por la muerte de su capitán. Entonces D. Jaime, tomó una de aquellas resoluciones que le caracterizan como figura histórica. Reunió á todos los principales de la hueste en la iglesia que había mandado levantar en el Puig, y allí, ante todos, en pie, solemnemente y tendiendo su diestra sobre el ara santa, les dijo estas palabras:

—«Puesto que á todos os pesa que marche, y teméis que os abandone, hago voto á Dios y al altar donde está su Madre, de que no pasaré Teruel ni el río de Tortosa hasta que Valencia haya caído en nuestro poder. Y para

que mejor entendáis que es mi voluntad quedarme aquí y conquistar este reino para el servicio de Dios, sabed que, en este momento voy á dar orden para que aquí vengan la reina mi esposa y mi hija.»

El efecto producido por estas palabras del rey fué mágico. Todos cuantos estaban en la iglesia se pusieron á llorar, «y yo con ellos», dice D. Jaime con la sublimidad del laconismo [1].

CAPÍTULO IV.

Se pide al rey que abandone la conquista y se niega.—Ríndesele Almenara.—Se entregan varias plazas.—El rey pone cerco á Valencia.—Los almogavares se apoderan de Ruzafa.—Salida sin resultado de los moros.— Llegan refuerzos al real y de dónde.—Se va estrechando el sitio.—Primer asalto de la ciudad y gloria de los de Lérida.—Toma de Cilla.—Se presenta la flota tunecina, pero desaparece al acudir la catalana.—Intentan los moros sorprender á Peñíscola y son rechazados. —El real abundante de víveres. —Ataques y torneos.—Combate de los sitiados con la gente del arzobispo de Narbona.—Herida del rey. —Algunos caballeros asaltan la torre de Boatella.—Nuevo asalto é incendio de la torre.—Proposiciones de capitulación.—Torneo entre caballeros cristianos y moros.—Convenio de capitulación entre Zeyán y D. Jaime.—La capitulación no es consultada por D. Jaime á los barones.

(1238.)

Y la reina fué, en efecto, á reunirse con su esposo, habiéndola salido á recibir D. Jaime sólo hasta Peñíscola, para guardar su voto de no pasar el Ebro. Iba acompañando á Doña Violante el tío del rey D. Fernando, y una y otro al llegar á Burriana comenzaron á pedir al monarca que abandonase la idea de tomar á Valencia. Fué vana su porfía. Cuantos más obstáculos se oponían á la realización de su proyecto, más crecía

1 Crónica real, cap. CLXV.

en D. Jaime la firme voluntad de vencerlos. En vano fué que le aconsejaran sus barones poniendo en evidencia los grandes peligros que la empresa llevaba consigo; en vano que le suplicara D. Fernando; en vano que porfiara la reina; en vano también que el mismo Zeyán, alarmado ya á la vista de aquella firme resolución, le enviara á decir por conducto de un moro, llamado Alí Albatá, que si abandonaba su empresa le daría todos cuantos castillos y fuerzas se encontraban desde Guardamar á Tortosa y desde Tortosa á Teruel, haciéndole fabricar un alcázar suntuoso en el punto llamado la Zaydía, y prometiéndole pagar todos los años, y por siempre, 10.000 besantes de renta en la ciudad de Valencia. Todo en vano. D. Jaime hizo contestar á Zeyán que lo que quería era Valencia [1].

Poco tiempo después, hallándose él en el Puig y la reina en Burriana, recibió una embajada de parte de los moros que tenían la plaza y castillo de Almenara, proponiéndole la entrega mediante algunas mercedes, entre las cuales había la singular de tener que dar cuarenta trajes de grana para otros tantos deudos de los embajadores. Accedió el rey á todo, y Almenara se le entregó, trasladándose en seguida allí la reina como punto más fortificado y más seguro que Burriana [2].

El ejemplo de Almenara fué seguido por las poblaciones y castillos de Uxó, Castro, Nules y Alfandech, y tanto se iba adelantando, y era ya lugar tan seguro el Puig de Santa María, que no se tuvo reparo en que la reina pasase á habitarle. Allá se trasladó, en efecto,

1 Crónica real, cap. CLXVII. El moro Alí Albatá ó el Bathá, era literato y poeta de reputación entre los sarracenos.

2 Crónica real, caps. CLXVIII, CLXIX y CLXX. Los vestidos de grana, prometidos á los de Almenara, se los entregó el rey valiéndose de un negociante de Tortosa, llamado Pedro Ramón, que había ido á poner fábrica de paños en Burriana.

y de allí, en compañía de D. Jaime y de 100 caballeros, fué luego á tomar posesión de la villa y fortaleza de Paterna, que también se rindieron, haciendo en seguida otro tanto las plazas de Betera y Bulla [1].

Llegada era ya la hora de poner sitio á Valencia; aquella Valencia, «vergel de las amenidades de España,» según las historias árabes [2]; aquella Valencia, que, en una elegía de un poeta de la misma raza, es llamada «alegría y solaz en que todos los mozos folgaban y habían sabor y placer [3].» Cuando el rey dispuso comenzar el cerco, no le había llegado aún toda la gente que esperaba; pero sobrábale á D. Jaime en corazón lo que faltaba en número á sus legiones. Sólo tenía entonces con él á Hugo de Forcalquier, maestre del Hospital; á un comendador del Temple, con 20 caballeros; al comendador de Alcañiz; á D. Rodrigo de Lizana, con otros 30; al comendador de Calatrava; á Guillermo de Aguiló, con unos 15; á Jimeno Pérez de Tarazona; á los de su mesnada real, que eran 140 caballeros, y finalmente, 150 almogavares y más de 1,000 peones. Con no mayor número de gente ni con más pujante ejército que éste, tuvo la caballeresca osadía de poner sitio á una plaza que podía habilitar para campaña un número de soldados diez veces mayor.

Un día al amanecer movió su ejército *en nombre de Nuestro Señor,* y siguiendo la playa hasta el Grao, y pasando el río, levantó sus tiendas, enarboló sus señeras y fijó su campo en unas casas que estaban entre el Grao y Valencia, á un cuarto de legua de la ciudad, con intención de esperar las compañías de gente que de Aragón y Cataluña debían llegarle. Se habían dictado ór-

1 Crónica real, caps. CLXXI y siguiente.

2 Conde, parte 4.ª, cap. IV.

3 Traslada esta elegía la crónica real de España, y también Vicente Boix en los apéndices al primer tomo de su *Historia de Valencia.*

denes terminantes para que ninguna partida saliese á escaramucear ni á merodear, hasta tener todos más conocido el terreno; pero los almogavares, en quienes era una necesidad el combate y que estaban siempre mal avenidos con la paz y el sosiego, juzgaron que estas órdenes no rezaban con ellos, y sólo esperaron los primeros albores del día para arrojarse de improviso sobre Ruzafa, en donde había al parecer una fuerte guarnición de sarracenos. La refriega hubo de ser sangrienta, porfiado el ataque si heróica la defensa, y acaso les hubiera sido imposible á los almogavares mantenerse en la posición que habían tomado, á no acudir precipitadamente el rey en persona al frente de su mesnada. De todos modos, Ruzafa se tomó y allí estableció Don Jaime su campo desde aquel momento.

Hablan las crónicas de una salida sin resultado que efectuó Zeyán, el rey moro de Valencia, al frente de 400 caballos y 10.000 infantes; pero, á pesar de ser tantos en número, no se atrevieron á atacar á aquel puñado de cristianos héroes, y volviéronse á la ciudad sin haber tratado de probar fortuna y sin que tampoco fuesen acometidos por el monarca aragonés, el cual se contentó con tener su gente sobre las armas mientras estuvieron los moros á la vista.

Fueron en esto llegando sucesivamente al campo de los sitiadores los ricos-hombres y milicias de Aragón y Cataluña, como también muchos caballeros aventureros de los mismos reinos de Francia, Inglaterra é Italia, que, movidos de la fama del rey y de su católica empresa, acudieron voluntariamente á ofrecerse. De los primeros que llegaron fué Pedro Amiell, arzobispo de Narbona, con 11 caballeros y 1.100 infantes [1], presen-

1 Crónica real, cap. CLXXVI.—Zurita dice (lib. III, cap. XXX) que sólo vino con 600 infantes y 40 caballos.

tándose en seguida un socorro de ingleses que mandó su rey Enrique III, el gran maestre del Temple de Provenza, con buen número de sus templarios, y otros personajes principales de las citadas naciones [1]. Acudieron también los más principales barones aragoneses y catalanes; el obispo de Barcelona, Berenguer de Palou, llegó con 60 caballeros de su linaje y de sus estados y 800 infantes para compartir la gloria de la campaña de Valencia, como había compartido la de Mallorca y la de las Navas; el obispo de Lérida, Berenguer de Erill, trajo consigo á muchos combatientes; el de Zaragoza, Bernardo de Montagut, á todos los de su familia y alcurnia; el arzobispo de Tarragona y los obispos de Tarazona, Huesca, Gerona y Tortosa, se presentaron en el real acompañados de buenas lanzas; vinieron el prior de Santa Cristina y los comendadores de Alcañiz, de Montalván, de Oropesa, de Uclés y de Calatrava con lucida caballería; y compuestos de gente brava y esforzada se presentaron los tercios de Zaragoza, Barcelona, Daroca, Tarazona, Borja, Huesca, Lérida, Calatayud, Tortosa y Teruel, ganosos de gloria para las señeras que á su valor confiaran sus ciudades [2].

A medida que le iban llegando refuerzos, estrechaba D. Jaime el cerco y formaba sus líneas de circunvalación. Cuantas compañías de barones y milicias ciudadanas iban acudiendo, tomaban posición alrededor de Valencia y plantaban sus tiendas acercándose por grados á la ciudad, siendo los que más cerca se pusieron los de Barcelona, «que fueron por mar con muchas compañías de gente de guerra muy en orden [3].» Ocupaba

1 Sas.—Zurita.—Beuter.—D. Jaime no habla de más extranjeros que los del arzobispo de Narbona.

2 Escolano.—Sas.—Beuter.

3 Crónica real.—Zurita.—Dice un cronista que, al abarcar Valencia dentro sus muros el sitio donde tuvieron su campo los barceloneses,

también un puesto avanzado el ex-rey de Valencia Zeyt Abu Zeyt, que sabemos era ya cristiano con el nombre de D. Vicente, teniendo á sus órdenes un cuerpo de jinetes árabes de su bando. D. Jaime llegó á reunir al pie de los muros de Valencia, un ejército de 70.000 infantes y 2.000 caballos [1].

Construídos algunos manteletes, dispuesto un trabuco y llegados á Tortosa los fundíbulos, se dió comienzo al ataque, y á los rudos é incesantes tiros de los ingenios empezaron á desmoronarse las murallas. Creyó el rey oportuno tentar un asalto, más con la idea de probar el ánimo de los sitiados, que con la creencia de conseguir un feliz éxito; y la gente de Lérida, que estaba destinada á adquirir en este sitio una merecida celebridad, fué la primera en trepar á la muralla con escalas y en tratar de franquearse paso por la brecha. La resistencia fué mayor de lo que se esperaba. Obstinadamente se defendieron los moros, como hombres que luchaban y se batían para no perder la libertad y la patria, y una y otra vez fueron rechazados los sitiadores, que acabaron por retirarse, no sin haber alcanzado un lauro que la historia en general, y la ciudad de Lérida en particular, recordarán siempre con orgullo. El monarca aragonés, satisfecho con el resultado de aquel asalto, pues le dió á conocer el temple de los sitiados, tomó entonces sus disposiciones para prolongar el cerco de la plaza, estableciendo su cuartel general en Ruzafa, desde donde podía más fácilmente atender y acudir á cualquier punto de la línea que se viera amenazado.

Ínterin proseguían las operaciones del sitio é iba éste adelantándose, dió orden el rey á los ricos-hombres Don Pedro Fernández de Azagra y D. Jimeno de Urrea,

la calle que allí se abrió fué llamada de Barcelona, nombre que conserva aún.

1 Boix.—Otros dicen que era de 60.000 peones y 1.000 caballos.

para que, tomando un fundíbulo y las compañías de gente que hubiesen menester, marchasen sobre Cilla y la atacasen. Marcharon, cercaron la plaza y rindiéronla á los ocho días.

Hacía ya algún tiempo que las operaciones del rey se limitaban sólo á estrechar el sitio é ir adelantando los trabajos de mina, comenzando á poner en grave apuro á los defensores de Valencia, cuando se presentaron en las aguas del Grao doce galeras y seis zabras, que el walí de Túnez enviaba al socorro de sus hermanos valencianos. Recelando alguna emboscada, que en efecto les había dispuesto D. Jaime, no desembarcaron, y por la noche encendieron fuegos en sus galeras y tocaron sus atabales para ser vistos y sentidos de los de la ciudad, á cuya demostración correspondieron éstos con otro toque de tambores y con encender grandes hogueras en las murallas. Lejos el *Conquistador* de mostrar el menor recelo á la vista de la flota, mandó, por el contrario, prender fuego á muchas hogueras establecidas de trecho en trecho por toda la línea de circunvalación, y arrojar á la ciudad y á sus fosos haces de leña encendidos, á guisa de proyectiles incendiarios. Al propio tiempo comunicó aviso por toda la costa hasta Tortosa y Tarragona, para que acudiese la flota catalana.

Al presentarse ésta, la tunecina, que había permanecido dos días á la vista de los reales, se hizo otra vez á la mar, dirigiendo el rumbo hacia Peñíscola, cuyo castillo quisieron sorprender los moros; pero no lo consiguieron, por la actividad y vigilancia de los dos caballeros encargados de su defensa, Fernando Pérez de Pina y Fernando Ahones. Efectuaron éstos una salida contra los tunecinos que habían desembarcado y les vencieron, dando muerte á 17, haciendo algunos cautivos y obligando á los demás á reembarcarse precipitadamente.

Con la flota catalana, que salió de Tortosa, com-

puesta de 21 velas, llegaron al campamento abundantes provisiones de toda clase de comestibles; habilitáronse tiendas para la venta, y como habían acudido especieros de Lérida y de Montpeller, se compraba y se vendía de todo.

La pronta desaparición de los tunecinos dió un golpe de muerte á la confianza de los valencianos, los cuales, privados ya de todo socorro, acosados por el hambre, devorados por la peste, que llenaba de lágrimas y de luto á todas las familias, y reducidos á comer los más asquerosos animales, por la aglomeración excesiva de gentes que se habían encerrado en la ciudad, no perdían por esto el valor, y resistían obstinadamente los asaltos continuos y multiplicados de los cristianos [1]. Las máquinas de éstos disparaban sin cesar; no pasaba día sin que mediase ataque por parte de los sitiadores ó de los sitiados, y á veces torneaban y lidiaban los caballeros como en un palenque. Un día, en una de estas frecuentes embestidas, perdieron los moros la puerta de Xerea, por la cual lograron penetrar en la plaza hasta 100 caballeros de los nuestros, dando muerte á 15 moros que valerosamente trataban de defender el paso.

Pocos días después de este suceso, verificaron los sitiados una impetuosa salida, y atacaron audazmente á las compañías francesas que mandaba el arzobispo de Narbona. Estos cruzados, que habían tremolado el estandarte de la fe sobre la cumbre de Sión, al decir del moderno cronista de Valencia, sostuvieron con valor el choque de la caballería valenciana, la cual aparentó que cedía, fingiendo una retirada para ser perseguida por los franceses, al objeto luego de cargar sobre ellos cuando estuvieran cerca de los muros. Era la táctica particular de los sarracenos, pero no estaban prácticos en ella

1 Vicente Boix, en su *Historia de Valencia*.

los franceses, y se dejaron engañar. D. Jaime conoció la celada que se les tendía, y envióles orden para que desistiesen de la persecución, é hiciesen alto; pero despreciaron ellos el aviso, y el rey entonces acudió en persona para hacerles retroceder.

Habíalo ya conseguido y regresaba al real con ellos, cuando, volviendo la cabeza para mirar á la ciudad y á las numerosas fuerzas que de ella salían, un ballestero moro que andaba por los adarves le arrojó una saeta que, hendiendo rápidamente los aires, fué á atravesar el casco de suela que llevaba el monarca, hiriéndole en la cabeza cerca de la frente. «No fué la voluntad de Dios que nos pasase de parte á parte, dice él mismo, pero se nos clavó más de la mitad de la saeta, de modo que en el arrebato de cólera que nos causó la herida, con nuestra propia mano dimos al arma tal tirón, que la quebramos. Chorreábanos entonces por el rostro la sangre de la herida; teníamos que enjugárnosla con un pedazo de cendal que traíamos, y con todo íbamos riendo para que no desmayase el ejército, y así nos entramos en nuestra tienda. Se nos entumeció desde luego la cara y se nos hincharon los ojos de tal manera, que hubimos de estar cuatro ó cinco días teniendo enteramente privado de la vista el del costado en que habíamos recibido la herida; mas tan presto como hubo calmado la hinchazón, montamos otra vez á caballo y recorrimos el campo para que todos cobrasen buen ánimo [1].»

Iba apretando el cerco, y á medida que en la defensa aumentaba la rabia de la desesperación, acrecentábase la fe de la victoria en los sitiadores. Esto hacía que los combates se sucediesen y que se trabasen luchas obstinadas en que ni por una ni por otra parte había cuartel ni misericordia. Cierto día reuniéronse varios nobles

1 Crónica real, cap. CLXXXI.

aragoneses: Pedro Cornel, que era gobernador de Burriana; Jimeno de Urrea, maestresala del rey; Pardo, su copero; Pertusa, su caballerizo mayor, y Fernando Pérez de Pina, el defensor de Peñíscola, y, sin participárselo á D. Jaime, convinieron en atacar y apoderarse de una torre contigua á la puerta de la Boatella, poniendo á este fin sus gentes en movimiento [1]. Llegó la hora señalada, y á la voz de Cornel se dió principio al asalto. Si brioso fué el ataque, fué calurosa la defensa. Los nuestros se vieron obligados á retirarse después de haber dejado un montón de cadáveres al pie de aquella torre que en vano habían proyectado tomar.

Pesóle al rey de que, sin consultarle, se hubiese principiado aquella empresa, pero trató de continuarla, y disponiéndolo todo para un nuevo asalto, hizo avanzar su hueste al lucir el sol del siguiente día con la orden de no retirarse hasta haber tomado la torre. También fué obstinada la defensa. «Los moros combatieron tan valerosamente como nadie hubiera podido hacerlo,» dice el rey prestando un tributo de justicia á sus enemigos. A pesar del acierto de nuestros ballesteros y de los estragos que hacían los ingenios, los defensores del fuerte no quisieron entregarse. Hubo necesidad de prender fuego á la torre, y cuando los moros, aterrados por las llamas que se alzaban devoradoras, pidieron capitulación, ya no fué posible otorgársela. Perecieron allí abrasados, sirviéndoles de honrosa sepultura las humeantes ruinas de aquella torre tan valientemente atacada como heróicamente defendida.

Pasado era un mes desde el acontecimiento que se acaba de referir, sin que ocurriera suceso alguno de importancia, cuando á mediados de Setiembre se pre-

1 Boix.—D. Jaime en su crónica no cita más caballeros que los de Cornel y de Urrea.

sentó al rey un mercader sarraceno, el cual le dió noticias de la triste situación en que se hallaban los sitiados, manifestándole que les había descorazonado la partida de las galeras tunecinas, el incendio de la torre de Boatella y el ver que cada día se presentaba más gente á reforzar el campo cristiano. En vista de esto, el mercader opinaba que Valencia no tardaría en rendirse.

No tardó efectivamente en cumplirse el aviso del mercader. Un día, 15 antes de la vigilia de San Miguel, según la crónica real, se presentó á D. Jaime aquel mismo Alí Albatá, literato, de quien ya se ha hecho mención, y le propuso recibir á un embajador de Zeyán á fin de tratar las bases de la capitulación. Plúgole al rey, y después de haberlo consultado con la reina Doña Violante, que estaba en el campamento, despachó favorablemente al mensajero moro, sin decir nada á ninguno de sus barones, persuadido de que muchos de ellos, según él mismo cuenta en su crónica, antes preferían ver á Valencia en poder de los moros que en manos de los cristianos, por la utilidad que les daban las parias y tributos que cada uno de por sí procuraba sacar de los jeques y gobernadores. D. Jaime en esta ocasión no pidió más parecer que el de la reina, señora de gran espíritu y de levantados pensamientos, buena esposa y buena consejera para el rey.

Refieren las crónicas, que ínterin tenía lugar la tregua y esperaba el rey terminar las negociaciones principiadas, salieron de la plaza dos caballeros sarracenos y pidieron tornear con otros dos del ejército cristiano. D. Jimeno Pérez de Tarazona y D. Pedro Clariana acudieron al palenque para correr lanzas con ellos, y hubo de cada parte un vencedor y un vencido, si bien el rey dice en su historia, con aquella su admirable característica sencillez, que si Pérez de Tarazona fué vencido,

debía atribuirse á castigo de Dios por ser hombre de mala vida y de costumbres desarregladas.

Llegó en esto al campo el embajador Abulhamalec (Abu El Malek acaso) en compañía de aquel sarraceno que saliera vencedor en la justa de la víspera y de otros diez caballeros, todos lujosamente engalanados, jinetes en soberbios caballos. Tuvo D. Jaime con él una conferencia secreta, á la que no asistió otra persona que la reina, y después de haberse expuesto en esta entrevista los motivos de queja que tenían los dos jefes de ambos pueblos, convinieron en las bases de la capitulación, bases que, después de algunas modificaciones hechas y aceptadas en una segunda conferencia, dieron por resultado el siguiente convenio que así dice traducido del latín [1]:

«Nos Jaime, por la gracia de Dios rey de Aragón y »de Mallorca, conde de Barcelona y de Urgel, y señor »de Montpeller, os prometemos á vos Zeyán, nieto del »rey Lupo é hijo de Modef, que tanto vos como los de»más moros, así varones como hembras, que quieran »salir de Valencia, puedan efectuarlo salvos y seguros »con sus armas y ropas y todos los bienes muebles que »quieran llevar consigo, bajo nuestra fe y guiaje, desde »que salgan de la ciudad hasta pasado el vigésimo día »de su salida. También queremos y concedemos que »todos los moros que quieran permanecer dentro los »confines de Valencia, permanezcan bajo nuestra fe sal»vos y seguros, entendiéndose con los dueños de las »heredades. Aseguramos asimismo y damos firmes tre»guas, en nuestro nombre y en el de nuestros vasallos, »que de este día á siete años no haremos por mar, ni »permitiremos que se haga, ningún mal, daño ni gue-

1 El original de esta traducción existe en el archivo de la Corona de Aragón.

»rra en Denia, ni en Cullera, ni en sus tierras; y si así por »atentado y fuerza alguno de nuestros vasallos y hom- »bres lo hiciese, le haremos dar enmienda íntegra, se- »gún el mal que hubiese hecho. Y para que estas cosas »sean atendidas, cumplidas y observadas, lo juramos »Nos personalmente, y lo hacemos jurar á D. Fernan- »do, infante de Aragón, tío nuestro; y á D. Nuño Sán- »chez, deudo nuestro consanguíneo; y á D. Pedro Cor- »nel, mayordomo del reino de Aragón; y á D. Pedro »Fernández de Azagra, D. García Romeu, D. Rodrigo »de Lizana, D. Artal de Luna, D. Berenguer de En- »tenza, D. Guillermo de Entenza, D. Atorella, D. An- »saldo de Gudar, D. Fortuny Aznárez y D. Blasco »Maza, y á Roger, conde de Pallás, y á Guillermo de »Montecatano (Moncada), y á R. Berenguer de Ager, »y G. de Cervilione (Cervellón), y Berenguer de Erill, »y R. G. de Odena, y Pedro de Queralt, y Guillermo »de Sant Vicens [1]. También Nos P. por la gracia de »Dios arzobispo de Narbona, y P. arzobispo de Tarra- »gona; y Nos Berenguer, obispo de Barcelona, P. obis- »po de Zaragoza, V. de Huesca, G. de Tarazona, Ex. de »Segorbe, P. de Tortosa, y V. de Vich, prometemos »que lo antedicho haremos cumplir y atender de buena »fe, en cuanto sea de nuestro poder.

»Y yo Zeyán, rey nombrado, os prometo á vos Jai- »me, por la gracia de Dios rey de Aragón, que os en- »tregaré y devolveré todos los castillos y villas situados »en esta parte del Júcar, dentro los referidos veinte días, »excepto las dos plazas de Denia y Cullera.—Dado en »Ruzafa *in obsidione Valentie* á IV de las kalendas de

1 Por esta escritura se puede venir en conocimiento de los principales barones así aragoneses como catalanes que asistieron al sitio de Valencia. Obsérvese en ella que los nombres aragoneses van precedidos del *Don*, lo cual no sucede en los nombres catalanes. Sabido es que éstos usaban el *En* equivalente al *Don* castellano.

»Octubre, era MCCLXXVI (28 de Setiembre de 1238). »Sellado por Guillermo, escribano, quien, por mandato »real, y por veces de D. Berenguer, obispo de Barcelo»na, canciller del rey, extendió esta escritura en el lu»gar, día y era citados.»

Antes de que se formalizara esta escritura, pero cuando ya estaban cerrados los tratos y habían tenido lugar las entrevistas de D. Jaime y de su esposa con el embajador del moro, el monarca aragonés, que hasta entonces se mantuviera reservado, envió á buscar á los prelados y ricos-hombres y también al arzobispo de Narbona. Llegados todos á su presencia, les refirió cómo ya estaban acordadas las bases de la capitulación y cómo Valencia era ya suya; «y no bien pronunciamos tales palabras, dice él mismo en su historia, D. Nuño, Don Jimeno de Urrea, D. Pedro Fernández de Azagra y D. Pedro Cornel perdieron la color, lo propio que si se les hubiese herido en el corazón [1].» En efecto, no faltaban muchos caballeros, y entre ellos los citados sin duda, que se hallaban en connivencia con varios personajes notables de Valencia para prolongar el sitio y alejar al rey de Aragón de tan gloriosa empresa [2]. A excepción de los dos arzobispos de Tarragona y Narbona y de algunos prelados, quienes manifestaron agradecer á Dios aquel insigne servicio, los demás caballeros se mantuvieron mudos, pidieron explicaciones al rey, y sólo demostraron alegrarse cuando vieron que todo estaba hecho y resuelto [3].

1 Crónica real, cap. CXC.

2 Boix en su *Historia de Valencia*, pág. 145 del tomo I.

3 Sas, en su *Historia de Aragón* (reinado de D. Jaime), cuenta el hecho de distinta manera. Después de haber manifestado que los nobles no se dieron aquel día por satisfechos y que se alejaron de la sala del consejo enojados con el rey, dice que éste los reunió otro día, y pone en boca de D. Jaime un discurso en que les da cumplida satisfacción y les

A los tres días, los mismos sarracenos, en cumplimiento del tratado, enarbolaron el estandarte real de Aragón en la torre de Alibufat, que actualmente se llama del Temple ó del Cid, para hacer ver que ya la ciudad había cambiado de señores; y se cuenta que, apenas se fijaron los ojos de D. Jaime en aquella su victoriosa bandera flotante sobre las torres de la ciudad vencida, se apeó del caballo que á la sazón montaba, se postró de rodillas y besó el suelo con la más profunda humildad por la merced que Dios le hacía, poniendo en sus manos aquel territorio que llamaban los árabes *vergel y delicia de la tierra*.

CAPÍTULO V.

Se presentan al rey embajadores de Italia solicitando su apoyo para defender la causa de la Iglesia.—Emigración de los moros valencianos.—Repartimiento de casas y tierras.—Algunos de los caballeros heredados en Valencia.—Trescientas doncellas de Lérida son enviadas á poblar la tierra de Valencia.—Conquista de varios pueblos.—Jornada del vizconde de Cardona en tierra de Murcia.—Intentan vanamente apoderarse de Villena y Sax.—Constitución de Valencia.—Quiénes contribuyeron á la redacción.—Obispado de Valencia.—Parte el rey á Montpeller.

(1238 y 1239.)

Preciso es dar cuenta, antes de pasar más adelante, de una embajada que el rey D. Jaime recibió hallándose en lo más recio del sitio. Vinieron á él, por encargo del papa Gregorio IX, embajadores de varias ciudades de Italia suplicándole que pasase á dicha nación para

hace muchas ofertas. Se me figura, sin embargo, que es un discurso apócrifo, y que está visiblemente exagerado todo lo que sobre este punto refiere Sas, pues no guarda armonía ni con la crónica real ni con la de Marsilio, ni siquiera con Zurita.

proteger y apoyar la causa de la Iglesia contra el emperador Federico que la combatía. Se llegó á firmar un convenio entre el rey y los embajadores, según el cual aquél se obligaba á pasar á Italia en persona, acompañado de 2.000 caballeros, para guerrear contra el emperador; y los embajadores se comprometían á dar á Don Jaime para su pasaje 150.000 libras en moneda del imperio, y cada año, durante todo el tiempo de su vida, los derechos y rentas que solían tener los emperadores en Lombardía, eligiéndole por su señor, defensor y gobernador, con juramento de fidelidad, mientras viviese. Como testigos de este convenio, al cual concurrió también con sus consejos la reina Doña Violante, aparecen Vidal de Cañellas, obispo de Huesca; Bernardo de Montagut, obispo de Zaragoza; Bernardo, obispo de Vich; Jimeno, obispo de Segorbe; el maestre del Hospital, y los caballeros D. Jimeno de Urrea y D. Rodrigo de Lizana. La expedición del rey á Italia no se efectuó, sin embargo, ó porque le importaba más atender á sus negocios del interior que á los del exterior, ó porque no convino á su política, ó por haber cambiado de aspecto las cosas de aquella nación. Quizá influyó un poco cada causa de éstas.

Volvamos ahora á reanudar nuestra reseña. Hermoso día fué para la Corona de Aragón aquél en que sus armas victoriosas penetraron en Valencia. Los moros se dieron tal prisa á salir, deseosos sin duda de abandonar aquella tierra que ya no era suya, que en vez de verificarlo al quinto día, según el convenio, estuvieron ya dispuestos del todo al tercero. Pundonoroso y caballero, fué D. Jaime con varios nobles y gente armada á buscar á los que emigraban para servirles de escolta, y como algunos de la soldadesca del campamento intentaran quitar el equipaje á los sarracenos y robarles alguna mujer, el monarca aragonés vióse precisado á he-

rir á varios haciéndoles soltar su presa, tomando tan acertadas y firmes disposiciones, que, no obstante ser tanto el gentío que salía de Valencia, pues que entre hombres y mujeres pasaban de 50.000, no perdieron los que marchaban ni por el valor de 1.000 sueldos, y llegaron seguros á Cullera, para donde les diera el rey salvo-conducto.

Así fué á buscar aquella multitud otra patria, no tan bella quizá como la de Valencia, derramándose por Almería y Granada, recogiéndose unos en Denia, otros en Cullera, y pasando algunos al África, quedándose bastantes en las cercanías de la capital, dedicados á la agricultura, que desde entonces ha hecho célebre la *Huerta de Valencia*, y permaneciendo pacíficamente en este país hasta su completa expulsión en tiempo de Felipe III [1].

Después de haber acompañado el rey á Zeyán y á su gente, hasta dejarles camino de Cullera, entró en Valencia á tomar posesión de la ciudad, y entregó, según costumbre y fuero, su escudo, sus espuelas y el freno de su caballo á Juan Pertusa, rosellonés, que era entonces su caballerizo mayor, y que asistió á la conquista con un tercio ó bandera de gente escogida [2].

1 Vicente Boix, tomo I, pág. 146.

2 Parece que estos objetos fueron pronto depositados en la que fué luego capilla de San Dionisio, que perteneció á la familia de los Pertusa, obligándose el cabildo, en 11 de Julio de 1316, á colocar, por consentimiento de Mossén Francesch de Pertusa, el escudo de esta casa y demás insignias recibidas del rey D. Jaime, en una columna del altar mayor de la catedral, al lado del Evangelio, donde subsisten aún. (Véase á Boix en su *Historia de Valencia*.) En las trovas de Febrer se lee lo siguiente, á propósito de este hecho:

> Lo escut cuartejat ab trinchet y pera
> en los camps daurats es de Joan Pertusa,
> que de Rosselló vingué á la frontera
> contra els sarrahins, ab una bandera
> de soldats experts, ab que no se escusa

Inmediatamente se pasó á repartir las casas entre el arzobispo de Narbona, los obispos, los nobles, los caballeros que tenían patrimonio señalado en tal término, y luego los comunes de las ciudades, á cada cual según era su compañía y los hombres de armas que allí tenían. A este reparto siguió el de las tierras, nombrando el rey en clase de repartidores á D. Ansaldo de Gudar y Don Jimeno Pérez de Tarazona; nombramiento que disgustó á los barones en general, eligiendo entonces D. Jaime á los obispos de Barcelona y Huesca, Berenguer de Palou y Vidal de Cañellas, y á los nobles Pedro Fernández de Azagra y Jimeno de Gurrea. Éstos, sin embargo, al ver las dificultades que se ofrecían, hicieron renuncia de su cargo, y volvió entonces á confiarlo el rey á los dos primeros nombrados, dándoles instrucciones con que poder llevarlo á cabo. El repartimiento pudo por fin hacerse á satisfacción de todos, habiéndose reducido las yugadas de tierra á seis cahizadas cada una, y verificándose el repartimiento entre 380 caballeros de Aragón y Cataluña, á los cuales y á sus descendientes se llamó de allí en adelante *Caballeros de conquista*.

Entre éstos figuraban, y es nota curiosa que traslado por deberla á un laborioso escritor [1], Berenguer de Entenza, que obtuvo la baronía de Chiva; Diego Crespí, el lugar de Sumacárcel; Juan Caro, el de Mogente; Pedro Artés, el de Ortells; Jaime Zapata, de Calatayud, el de Sella; Lope de Esparza, el de Benafer; Hugo de Fenollet, el de Genovés; Alfonso Garcés, el de Mas-

lo rey vostre pare per moltas rahons
donarli lo offici de cavalleriz.
Cuant entrà en Valencia, lo escut y espolons
lo fre del cavall, que son provisions
del que té lo offici, li donà feliz
Deixantho en la Seu, cubert de un terliz.

1 D. José María Zacarés.

carell; Jaime Montagut, el de Tous y Carlet; Sancho de Pina, el de Benidoleig; Bernardo Vilarig, los de Cirat, el Tormo y Villafranqueza; Juan Valseca, el de Parcent; Pedro Valeriola, el de Beniferri, y así otros muchos que no es de este momento enumerar.

Afirman reputados cronistas, y hay que darles crédito aun cuando no citen documento alguno que lo refiera, pues su relato está conforme con la tradición, que para cumplir el rey á los de Lérida la promesa que les hizo de aventajado premio por haber sido los que primero aportillaron el muro y subieron al asalto, les concedió que de Lérida y de su distrito llevasen á Valencia 300 doncellas, á las cuales, allí llegadas, dotó y casó el rey con los principales soldados del ejército para poblar la tierra y la capital que la casi completa expatriación de los moros dejó desierta [1]. Lo cierto es que comenzó

1 La tradición es efectivamente terminante en este punto y está apoyada por un monumento de piedra. En la catedral de Valencia, cuya primera piedra se puso en 1262, hay una puerta que se llama del *Palau* y vulgarmente del Arzobispo, notable, á más de su antigüedad y belleza arquitectónica, por 14 bustos en relieves, siete de hombre y siete de mujer, que adornan su cornisa, y que allí están todavía subsistentes, como de ello se ha podido enterar el autor de esta obra. Se dice que representan los siete matrimonios que fueron á Valencia, inmediatamente después de la conquista, acompañando á las 300 doncellas recogidas en Lérida y sus cercanías. Entre cabeza y cabeza, una de hombre y otra de mujer, se hallan sus nombres grabados en la forma siguiente, que traslado con la traducción que me ha sido dada por Boix:

1.ª *En P. am na M. sa muller.* (En Pedro, con Na María su mujer.)

2.ª *En G. am na B. sa muller.* (En Guillén, con Na Berenguela su mujer.)

3.ª *B. am na Dolza sa muller.* (Bernardo, con Na Dulce su mujer.)

4.ª *Bertran am na Berenguera sa muller.* (Beltrán, con Na Berenguela su mujer.)

5.ª *D. am na Ramona sa muller.* (Domingo, con Na Ramona su mujer.)

6.ª *F. am na Ramona sa muller.* (Francisco, con Na Ramona su mujer.)

entonces á repoblarse Valencia, su huerta y pueblos limítrofes por la afluencia de gentes de Aragón y Cataluña, habiendo quedado en realidad memoria de muchas familias leridanas que allí pasaron por aquel tiempo, y permaneciendo también la huerta habitada en gran parte por los moros, cuya habilidad y práctica en la agricultura se dice que era muy admirada entre los vencedores, avezados únicamente al ejercicio de las armas.

A la rendición de Valencia, dice el cronista Boix en su historia, siguieron las conquistas sucesivas que hicieron los caudillos cristianos, empleando unas veces la fuerza, otras la persuasión; de modo que 6.000 hombres divididos en tres cuerpos sujetaron en poco tiempo á Murviedro, Onda, Náquera, Begis, Artana y demás pueblos que aún permanecían armados en la ribera del Mijares. La segunda división se apoderó de Liria, Alpuente, Andilla, Chelva y Chulilla, mientras el tercer cuerpo consiguió, sin efusión de sangre, la rendición de Ribarroja, Villamarchante, Pedralva, Gestalgar y Benaguacil.

Próximo estaba á terminar el año 1238, cuando llegó á Valencia el vizconde de Cardona, Ramón Folch, llevando en su compañía unos 50 caballeros entre hidalgos de su linaje y vasallos, y presentándose al reý, pidióle permiso para verificar una expedición á la provincia de Murcia, que gobernaba Alí, hijo de Aben Hud. Plúgole al rey conceder el permiso, y entonces el vizconde de Cardona y los suyos partieron para aquella jornada acompañados de Artal de Alagón, hijo de D. Blasco, quien tenía muy conocida aquella tierra «por haber estado allí en otro tiempo,» dice D. Jaime en su historia, lo cual me hace sospechar que sería este caballero aquel

7.ª *Berna. am na Floret sa muller.* (Bernardo, con Na Florencia su mujer.)

Ya se sabe que *En* equivale á *Don* y *Na* á *Doña.*

Artal de Alagón que formaba parte del cuerpo de sarracenos con el cual tropezó el monarca aragonés cierto día que iba del Puig de Santa María á Burriana, según queda dicho.

El de Cardona y los suyos se dirigieron á Villena, de cuyo arrabal pudieron apoderarse por sorpresa, pero rehaciéndose los moros, les obligaron á abandonar aquel punto, y tuvieron que retirarse precipitadamente, aunque llevándose consigo un grande botín. De Villena pasaron á Sax. También emprendieron el ataque de este punto, apoderándose asimismo de parte de la plaza, pero les sucedió lo que en Villena. Atacáronles los moros, los rechazaron, y murió D. Artal de Alagón de una pedrada en la cabeza. Esto obligó á los catalanes á retroceder y á volverse á Valencia, sin haber aprovechado á ninguno la cabalgada, excepto por el mucho ganado que trajeron y que sirvió para dar de comer á la hueste.

Ya en esto disponíase el rey á partir de Valencia para ir á Montpeller, á donde le seguiremos; pero antes quiso tomar todas las disposiciones necesarias á la paz y buen régimen del reino que acababa de conquistar, y hubo de ser una de ellas la de darle leyes orgánicas, pero especiales. Después de la tarea del guerrero, la obra del legislador. Así, pues, con voluntad y consejo de los obispos de Aragón y Cataluña, con asistencia de 11 ricos-hombres, que intitula barones, de 19 prohombres de la ciudad y de otros, formó un código legal para gobierno de Valencia, que sancionó y publicó en 1239, y que fué la base que luego sirvió para aquella admirable Constitución valenciana hecha en Cortes de caballeros, eclesiásticos y hombres buenos de la ciudad y de todo el reino.

En el preámbulo que precede á este código ó primera constitución del reino, constan los nombres de los que á su redacción ayudaron, de acuerdo con el monarca,

y fueron: el arzobispo de Tarragona, Pedro Albalat; los obispos de Aragón y Cataluña, Berenguer Palou de Barcelona, Vidal de Cañellas de Huesca, Bernardo de Montagut de Zaragoza, Pons de Torrellas de Tortosa, García Frontín de Tarazona, y Bernardo Calvo de Vich; los nobles barones Ramón Folch, vizconde de Cardona, Pedro y Guillermo de Moncada, Ramón Berenguer, Ramón de Peralta, Pedro Fernández de Albarracín, Pedro Cornel, García Romeu, Jimeno de Urrea, Artal de Luna y Jimeno Périz, y los prohombres de la ciudad de Valencia Ramón Pérez de Lérida, Ramón Ramón, Pedro Sanz, Guillermo de Belloch, Bernardo Gisbert, Tomás Garidell, Guillermo Moragues, Pedro Balaguer, Marimón de Plegamans, Ramón Dufort, Guillermo de Lazera, Bernardo Zaplana, Pedro Martell, Guillermo Bou, Esteban de la Gefería, Hugo Martí, Ramón Muñoz, Ferrán Périz, Andrés de Liñá y otros muchos. Estos son los que *hicieron y ordenaron las costumbres ó fueros para la real ciudad de Valencia, y para todo el reino, y para todas las villas y castillos, y alquerías, y torres, y para todos los demás lugares edificados en este reino ó que se edificaren en adelante* [1].

Trató también de nombrar el rey obispo de Valencia, y eligió para este cargo al paborde de Tarragona, Ferrer de Sant Martí, que también fué obispo de Mallorca, cuyo nombramiento confirmó el papa Gregorio IX en Febrero de 1240 [2]. Dícese que este Ferrer de Sant Martí era confesor del rey. Quedó la diócesis de Valencia sujeta á la metrópoli de Tarragona, y prosiguieron los obispos hasta 1458, en que Valencia fué erigida en arzobispado.

Habiendo dado ya oportunas disposiciones para todo

1 *Furs del regne de Valencia, llibre I, Proemi.*

2 Zurita, lib. III, cap. XXXIV.

y teniendo próximo el momento de partir, reunió Don Jaime á los 380 caballeros á quienes había heredádo y dado patrimonio en Valencia; y después de haber convenido con ellos en que se quedarían 100 caballeros para guardar el país y mantener la integridad de la conquista, los cuales caballeros se irían renovando de cuatro en cuatro meses por otros 100, nombró como jefes y representantes suyos á Astruch de Belmonte, maestre del Temple, á Hugo de Forcalquier, maestre del Hospital, á Berenguer de Entenza, á Guillermo de Aguiló y á Jimeno Pérez de Tarazona. En seguida hizo armar una galera, y, acompañado de pocos, partió para Montpeller al objeto de pedir á los de este país que le ayudaran en algo, por los muchos gastos que le había ocasionado la conquista de Valencia, según dice él propio en su historia; no estando probado que viniese entonces á Cataluña, como en sus anales afirma Feliu de la Peña.

CAPÍTULO VI.

Llegada del rey á Montpeller.—Pacifica la ciudad.—Parte de Montpeller. —Cortes en Gerona.—Va el rey á Valencia y se quejan los moros de violación de pactos.—Entrevista de D. Jaime con Zeyán.—Ríndense Bairén y Villena.—Virrey de Valencia D. Rodrigo de Lizana.—Berenguer de Entenza se pasa al campo moro.—Vuelve el rey á Valencia y celebra consejos de generales en Altura.—Marcha sobre Játiva.—Embajada al rey.—Sitio de Játiva.—Los almogavares corren las tierras de Játiva.—Suceso en el campamento y desavenencia entre Don Jaime y García Romeu.—El rey se concierta con el alcaide de Játiva y levanta el sitio.—El conde de Ampurias recobra la amistad del rey. —Virrey de Valencia Jimeno Pérez de Tarazona.

(1239 y 1240.)

Hacia fines de Mayo de 1239 fué cuando se embarcó el rey en Valencia para Montpeller [1], al objeto de pedir á los de esta ciudad que le ayudasen á soportar los gastos que le ocasionara la conquista de Valencia, según él mismo dice, y al objeto también de poner paz y concordia entre aquellos habitantes, los cuales, conservando siempre su espíritu de independencia, andaban en disensiones por lo tocante al gobierno de la ciudad con el *bayle* Atbrand puesto por D. Jaime [2]. El monarca desembarcó en el puerto de Lattes, á donde fueron á buscarle los cónsules y prohombres con lucida comitiva, acompañándole hasta la ciudad y hasta dejarle en

1 *Anno D. MCCXXXIX. D. Rex venit in Montepessulano.* (Crónica-anuario que se halla en la casa de la ciudad de Montpeller.)

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 416. A este *bayle* de Montpeller, D. Jaime en su crónica le llama Arbrán (cap. CXCIX), y Zurita Narbrán, sin duda de En Arbrán (lib. III, cap. XXXVI).

su alojamiento, que fué la casa de aquel mismo Atbrand, objeto especial de la ira de los revoltosos.

Cinco meses permaneció el rey en Montpeller, restableciendo la paz y tranquilidad en la ciudad, afirmando y ratificando en su empleo á Atbrand, y condenando á los jefes de las facciones, que huyeron de Montpeller, librándose así de las iras reales, pero no de la confiscación de sus bienes y heredades [1]. Pasaron á visitar al monarca aragonés, durante su permanencia en dicha población, su primo el conde Ramón Berenguer de Provenza, el mismo que se había educado con él en Monzón, varios de los señores del país y el conde Raimundo de Tolosa, que debió estrechar entonces su alianza con D. Jaime, por lo que luego veremos.

Finalmente, después de haber admitido varias fiestas que le dedicaron los de Montpeller para demostrarle su alegría por sus recientes victorias contra los moros, y después de haberse conquistado la estimación y simpatías de todo el pueblo [2], embarcóse el rey en una galera de 80 remos que había mandado armar, á fines de Octubre, y partió por mar á Colibre, prosiguiendo su viaje por tierra hasta Cataluña.

Como había mandado convocar Cortes de catalanes en Gerona, se detuvo en este punto para celebrarlas [3]. Acudieron los prelados, barones, caballeros y síndicos de las ciudades y villas del Principado, y estableciéronse en estas Cortes muchas leyes en bien común de la tierra. Entre otras, se hicieron estatutos contra los usureros, y se otorgó á los de la orilla de Fraga, la cual

1 Véase para mayores y más amplios detalles las autoridades citadas en la nota anterior.

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 417.

3 Zurita, lib. III, cap. XXXVI. Según Monfar (pág. 524 del tomo I), tuvieron lugar estas Corte en Lérida, y no en Gerona, como sientan Zurita y Feliu.

desde que se ganara á los moros había sido siempre del señorío de Aragón, que estuviesen bajo fuero de Huesca y fuesen juzgados por él.

De Gerona se dirigió D. Jaime á Valencia, donde sucesos sobrevenidos durante su viaje reclamaban imperiosamente su autoridad y su presencia. Se había faltado á la tregua y á los tratados por parte de Guillermo de Aguiló, quien, al frente de una compañía de almogavares, hizo una excursión en territorio enemigo. Amargamente se quejaron al rey los moros, así que éste se halló en Valencia, demostrándole los daños y saqueo de que habían sido víctimas. D. Jaime se mostró severo y mandó comparecer á los reos de aquellos atentados, pero todos se habían fugado temiendo ya la cólera real. El mismo Guillermo de Aguiló, á quien el rey envió á buscar, sólo se presentó cuando de él hubo obtenido un salvo-conducto, y se excusó diciendo que no creía haber hecho ningún deservicio al monarca con haber causado aquel daño á los sarracenos.—«Deservicio nos habéis hecho, contestóle D. Jaime, primero porque les habéis vejado, y luego por haber quebrantado nuestras órdenes, pues no ignorábais que les habíamos prometido protección y estaban bajo nuestro amparo.» Así habló el noble monarca al de Aguiló, y hasta dispuso embargarle los lugares de Algerres y Rascaña para con su producto remunerar á los saqueados sarracenos, pero halló que los tenía empeñados desde antes de cometer aquellos desmanes, y se hubo de contentar con hacer que se diera libertad á algunos moros cautivos, devolviéndoles parte de los objetos robados [1].

Hallándose poco después D. Jaime en el valle de Bairén, recibió un mensaje de parte de Zeyán, el último rey moro de Valencia, que se hallaba entonces en De-

1 Crónica real, cap. CCVIII.

nia, pidiéndole una entrevista. Tuvo ésta lugar en la misma Rápita de Bairén. El moro hizo al aragonés la propuesta de cederle el castillo de Alicante, si recibía en cambio 5.000 besantes y se le daba la isla de Menorca para retirarse á ella; pero D. Jaime no pudo acceder porque, le dijo, no quería quebrantar los tratados antiguos con el rey de Castilla, según los cuales Alicante debía pertenecer al castellano [1].

Los anales valencianos nos hablan en seguida de cómo se entregó al rey el castillo de Bairén por avenencia, de cómo fué confiado dicho fuerte á D. Pelegrín de Atrocillo en clase de gobernador, y de cómo la plaza de Villena, después de haber resistido valerosamente al tío del rey D. Fernando, que fué á ponerla cerco, se entregó al comendador de Alcañiz que, con sus freiles y una compañía de almogavares, se había fortificado junto á ella [2].

Después de estos sucesos, vínose D. Jaime á Cataluña y de aquí pasó á Aragón, dejando como virrey ó lugarteniente suyo en Valencia á D. Rodrigo de Lizana, durante cuyo mando debieron de suceder grandes altercados entre los caballeros de la conquista, y serias desavenencias que las crónicas y memorias de aquel tiempo no especifican, aunque las dejan claramente entrever.

Se habla en primer lugar de un noble caballero cristiano, D. Berenguer de Entenza, el cual, por causas que todavía permanecen desconocidas, se pasó á los moros refugiándose en Játiva. Si fueron agravios recibidos del rey ó contiendas con los ricos-hombres, los que á dar este paso le impelieron, cosa es ignorada; pero se sabe que llevó su resentimiento hasta efectuar una correría armada, yendo á talar los campos de Teruel, pa-

1 Crónica real, cap. CCIX.

2 Idem, caps. CCX y siguientes.

sando por entre Ribarroja y Munizes y llegando hasta Riusech, sin que ni D. Rodrigo de Lizana, ni el maestre del Hospital, ni ningún otro se atreviesen á oponerse y á perseguir al que así volvía sus armas contra los suyos, combatiendo á su país y á los que fueran sus antiguos compañeros de victoria. Apresurémonos, sin embargo, á decir que no tardó en avistarse con Don Jaime, y que el resultado de esta entrevista fué volver á las banderas cristianas para continuar peleando como bueno y como noble bajo la señera de las BARRAS y la enseña de la cruz [1].

Al propio tiempo que esto sucedía, se inquietaban los moros del país, amenazaban serias turbulencias, y los sarracenos de Játiva cautivaban á D. Pedro de Alcalá, primo del de Lizana, y á otros cinco caballeros con él. Todo esto hizo que volviese á ser necesaria la presencia del rey, el cual abandonó efectivamente Aragón para regresar á Valencia, dirigiéndose á Altura, cuyo lugar acababa de rendírsele, y en donde celebró consejo con D. Rodrigo de Lizana, D. Pedro Albalat arzobispo de Tarragona, el gran maestre de la orden de San Juan y otros caballeros. Se acordó en este consejo libertar á toda costa á Pedro de Alcalá y á los otros que con él habían caído prisioneros, marchando el rey en persona sobre Játiva.

Ardientemente debía de desear el monarca aragonés esta hermosa porción del reino de Valencia, y hasta él mismo confiesa en sus memorias que, al ver desde un cerro la rica llanura de Játiva, quedó tan prendado que ambicionó poseerla cuanto antes; pero desearlo debía también por importantes razones políticas, pues las intrigas del infante de Castilla, D. Alfonso, hijo de San Fernando, habían ido formando y engrosando en Játiva

1 Zurita, lib. III, cap. XXXVII.

un partido numeroso que ofrecía la conquista de esta ciudad al monarca castellano [1]. Adelantóse D. Jaime hasta el valle de Boraga, en donde esperó á que se le reuniesen las demás fuerzas para emprender la campaña, mas sabiendo el wasir ó alcaide de Játiva que los aragoneses iban contra él, se apresuró á enviar un mensajero que esplorase las intenciones del *Conquistador*.

Fué el encargado de esta misión el moro Beniferri, alcaide que había sido de Liria. El representante de Játiva llenó su cometido exponiendo al rey que los caballeros cristianos habían violado la fe pactada, invadiendo un territorio en que no podían penetrar á tenor de los tratos. Aceptó D. Jaime las escusas, dijo que se enmendarían los tuertos que á los moros pudiesen haber hecho, pero como condición indispensable para celebrar el nuevo convenio, exigió que le fuesen devueltos los prisioneros. Beniferri contestó á esto que el que los había comprado y tenía cautivos se negaba á soltarlos, mientras no se le diese por ellos un precio, tan excesivo, que no tenía medios el alcaide para satisfacérselo. D. Jaime replicó á esta objeción que como no se

1 Vicente Boix, en su *Xátiva* y en su *Historia de Valencia*. Para todo lo concerniente á los puntos de que aquí se trata, el autor ha consultado, á más de las dos obras citadas, la crónica real, el Beuter, el Zurita, el Escolano y los demás principales historiadores modernos. Viardot, en su *Historia de los árabes y de los moros de España*, y Dunham en su obra, se quejan enérgicamente de D. Jaime y le condenan por esta empresa contra Játiva, diciendo que fué "una injusta violación de la fe jurada,„ y que llevó á cabo la expedición "sin alegar pretexto alguno.„ Me parece que los injustos son aquí Viardot y Dunham. Es preciso estudiar muy á fondo la historia de aquellos sucesos para juzgar. Yo diré, por de pronto, que aparte del legítimo pretexto que podía tener D. Jaime para reclamar sus caballeros, debía obrar poderosamente en él la razón política de que no se apoderase Castilla de aquella tierra. Contentóse, pues, por el momento con que el alcaide de Játiva se declarase su vasallo.

le diesen los prisioneros, iría á rescatarlos tomando la plaza.

Partióse el embajador moro desesperanzado, y la hueste aragonesa fué en seguida á poner sus tiendas delante de Játiva. Las primeras operaciones del cerco habían ya comenzado, cuando de nuevo enviaron los moros otro mensaje á D. Jaime, diciéndole que estaban por fin dispuestos á entregarle sus prisioneros; pero el monarca entonces despreció esta oferta, contestando que pues á su tiempo no se los habían dado, ya no se contentaba sólo con ello. La verdad es que había ya visto á Játiva, había juzgado por sus propios ojos de la hermosura de su vega y de la fortaleza de su castillo, y quería apoderarse en el acto de aquel territorio ó asegurarse de su posesión para más adelante.

Estableció, pues, su campamento en Sallent, y apenas estuvo fortificado, comenzaron á salir los almogavares á correr la tierra, llevando de compañeros según costumbre el incendio, el saqueo y la victoria. Raras veces aquella milicia semisalvaje, lanzándose como torrente desbordado, encontraba dique suficiente á oponerse á su paso ó á detenerla un momento solo en su desbocada carrera. Talaron la vega, destruyeron los molinos, cortaron las acequias, demolieron los acueductos, y aun cuando en algunos puntos se les opuso briosa resistencia, pasáronlo todo á sangre y á fuego, reduciendo el campo de Játiva á un abrasado erial, y obligando á los sitiados á sentir la falta de aguas [1].

Sucedió por aquel entonces en el campamento, que un adalid almogavar llamado Bartolomé Esquerdo, por unas disputas que tuvo con otro, le hirió á presencia del rey y echó á correr en seguida refugiándose en una tienda que D. Jaime había prestado á García Romeu,

1 Boix, *Xátiva árabe*, pág. 47.

tienda que el monarca aragonés llama *ultramarina* en sus memorias, por ser un regalo que poco antes le hiciera el sultán de Egipto, cuando por la fama de las hazañas del *Conquistador* temió que éste tratara quizás de pasar con los demás príncipes cristianos á la conquista de la Tierra Santa [1]. Encolerizado el rey por el desmán del adalid, echó á correr tras él, penetró en la tienda de García Romeu, sacó á aquél fuera arrastrándole por los cabellos y lo entregó á los guardias para que sufriese el castigo á que se hubiese hecho merecedor. El orgulloso García Romeu se irritó al tener noticia de aquella violación de su tienda, mas que hubiese sido el rey el causador, y reclamó contra el agravio, mediando con este motivo desagradables mensajes entre el monarca y el rico-hombre.

Parece que los moros sitiados quisieron aprovecharse de estas desavenencias y hasta se hicieron proposiciones á García Romeu, que no consta que éste aceptase, sino muy al contrario; pero es muy posible que este suceso fuese el que contribuyó á terminar los tratos de D. Jaime con la ciudad. Volvió al campo el moro Beniferri, acompañado de otro llamado Sexti, y se estipuló con el monarca que se le entregaría el fuerte de Castelló, que se devolverían los prisioneros y que el alcaide de Játiva se comprometería á no entregar á otro que al rey de Aragón el castillo y la ciudad, caso de verse amenazado por cualquier otro rey ó señor. Hecho el tratado, puestos en libertad los prisioneros, entregado Castelló, y habiendo salido al campo el alcaide de Játiva y principales personajes de la ciudad para prestar al rey el juramento que, en cierto modo, los constituía vasallos del *Conquistador*, éste levantó el sitio y se

1 Flotats y Bofarull, en sus notas á la crónica real, pág. 290.—Boix: *Xátiva árabe*, pág. 48.

marchó otra vez á Aragón, para de este punto pasar nuevamente á Montpeller á donde vamos á seguirle al objeto de verle y juzgarle bajo otra faz distinta de aquella con que se nos ha presentado hasta ahora.

Diré, empero, antes de terminar este capítulo, que por la relación de un cronista [1] se sabe que durante el sitio de Játiva volvió á recobrar la amistad del rey el conde de Ampurias Pons Hugo, hijo del que había muerto en Mallorca, el cual contribuyó á la campaña de aquel año, y al cerco con una compañía de 50 lanzas. Por qué razones ó motivos estaba el conde en desavenencia con el rey, cosa es no averiguada; á bien que entonces á cada paso se ve á los orgullosos barones romper, no sólo con el monarca, sino hasta hacerle la guerra por fútiles pretextos.

Para hacer las veces del monarca, durante su viaje, y como virrey y lugarteniente suyo, quedó entonces en Valencia D. Jimeno Pérez de Tarazona, á quien dió por aquel tiempo D. Jaime la baronía de Arenós, tomando de allí en adelante sus descendientes este apellido [2].

1 Vicente Boix.

2 Zurita, lib. III, cap. XXXIX.

CAPÍTULO VII.

Infancia del conde de Provenza Ramón Berenguer.—Llega á Provenza y se casa con Beatriz de Saboya.—Sus guerras con el conde de Tolosa. Casamiento de dos hijas del conde de Provenza con los reyes de Francia y de Inglaterra.—Fundación de la ciudad de Barceloneta en los Alpes.—Romeo de Vilanova.—Vuelve el conde de Tolosa á su guerra con el de Provenza.—Hacen la paz.—Llega D. Jaime á Montpeller. —Entrevista en Lunel con el conde de Tolosa —Convenio entre el rey de Aragón y los condes de Provenza y de Tolosa.—Trata el conde de Tolosa de repudiar á Sancha de Aragón para casarse con Sancha de Provenza.—El rey D. Jaime se casa con Sancha de Provenza como procurador del conde de Tolosa.—Rompimiento del enlace.— Muerte del conde de Provenza.—Muerte del conde del Rosellón.— Disposiciones tomadas por D. Jaime al adquirir los dominios de Rosellón.

(1241.)

Creo ya llegado el momento de hablar de un personaje que, aunque poco ligado con nuestra historia, lo está bastante para no prescindir absolutamente de él, y para imponer á un cronista catalán la obligación de reseñar, siquier sea á grandes rasgos, los hechos más notables de su vida. Hablo del conde de Provenza, Ramón Berenguer, III de este nombre según unos, IV según otros, V según algunos, y paisano nuestro por ser príncipe de la casa de Barcelona, descendiente por su madre de la casa de Urgel, hijo de padre catalán y educado en nuestras tierras, junto con el rey D. Jaime, en el castillo de Monzón.

Ramón Berenguer tenía muy pocos años cuando murió su padre Alfonso II, en Italia, á donde había ido para acompañar á su hermana Constanza, y quedó por lo mismo bajo la tutela de su tío Pedro *el Católico*. A la muerte de D. Pedro, acaecida en la famosa batalla

de Muret, Garsenda, madre del joven conde, se encargó del gobierno de sus estados, mientras que él era llevado al castillo de Monzón, según hemos visto, para recibir la misma educación que su primo el rey D. Jaime. La ausencia de Ramón Berenguer ocasionó serios trastornos en Provenza. Mientras que por un lado Félix de Forcalquier y su hijo Guillermo de Sabrán sacaban á plaza sus pretensiones sobre el condado de Forcalquier y se titulaban condes de este país, por otro Guillermo de Baucio, príncipe de Orange, hacía que le adjudicase el título de rey de Arles el emperador Federico, y se ponía en estado de sostenerse á todo trance por medio de las armas. Para colmo de males, varias de las más importantes ciudades del condado se sublevaban erigiéndose en repúblicas, siendo de este número Arles, Aix, Marsella, Niza y Aviñón [1].

Entonces fué cuando algunos leales señores de Provenza decidieron venir en busca de su conde, que ya sabemos cómo se fugó de Monzón para embarcarse en una galera que en el puerto de Salou le tenían preparada. Bastó que se presentara en Provenza para contener la sublevación de varios puntos próximos á insurreccionarse, y para impedir que progresaran en sus esfuerzos los que le disputaban sus estados. En Diciembre de 1220 se casó con Beatriz, hija de Tomás, conde de Saboya, y fuerte con esta alianza, que le aseguraba un poderoso auxilio, se ocupó en ir sometiendo las ciudades que se le habían sublevado.

En 1226, y hallándose en el campamento de Luis VIII de Francia, que había ido á sitiar Aviñón defendido por los albigenses, hizo alianza con dicho rey contra el conde de Tolosa [2], y desde entonces comenzaron ambos

1 *Arte de comprobar las fechas:* condes de Provenza.

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 357.

condes á hacerse cruda guerra. El de Tolosa se titulaba en 1230 marqués de Provenza, recibiendo del emperador Federico el condado de Forcalquier y el señorío de Sisterón, quitados á Ramón Berenguer [1]; y si bien después de muchas alternativas y de diversos encuentros, entrambos condes se comprometieron en manos del rey de Francia á transigir sus diferencias por los años de 1234 [2], lo cierto es que el tolosano volvió á abrir con más ímpetu que nunca su campaña en 1237 contra el provenzal [3].

Este último, que había casado á su primera hija Margarita con San Luis, rey de Francia, en 1234, y á su segunda Leonor con Enrique, rey de Inglaterra, se enorgulleció al verse suegro de dos reyes poderosos, y trató de sujetar la ciudad de Marsella que siempre se le había resistido; pero los marselleses acudieron á reclamar la protección del conde de Tolosa, y éste emprendió de nuevo la guerra. Ramón Berenguer pidió entonces auxilio á su primo D. Jaime de Aragón; pero como éste, ocupado en su campaña contra Valencia, no pudo prestárselo, acudió entonces al Papa y á su yerno San Luis, á cuya mediación se debió que el tolosano cediese por el pronto de su empeño.

Dícese que el conde de Provenza sabía aprovechar para sí y sus pueblos los intervalos de paz, y que recorría los diferentes puntos de sus estados concediendo franquicias y privilegios, que han sido para la mayor parte de las ciudades el origen de los que han disfrutado mucho tiempo [4]. Todos los historiadores están contextes efectivamente en decir que tenía buenas y excelentes dotes de gobierno, y los catalanes debemos á su me-

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 389.

2 Idem id., pág. 398.

3 Idem id., pág. 412.

4 *Arte de comprobar las fechas:* condes de Provenza.

moria un justísimo tributo de gratitud por haber sido él quien fundó en los Alpes, por los años de 1230, la ciudad de Barceloneta, poniéndola este nombre en memoria de Barcelona, que tan grata hospitalidad diera á los provenzales que vinieron con Doña Dulce á nuestro país.

Se cuenta de este conde, que tuvo un ministro sabio, activo y leal en Romeo de Vilanova, el cual gobernó su hacienda con mucha economía y le puso en estado de sostener una corte brillante con rentas bastante reducidas. La fama de este ministro fué grande: el Dante le coloca en su paraíso, y las tradiciones provenzales recuerdan su memoria haciéndole el héroe de una peregrina leyenda [1].

Volviendo ahora al conde de Tolosa, éste no había hecho sino suspender la guerra contra el de Provenza. Halló pretexto para volverla á emprender en 1239 [2], sin consideración á D. Jaime *el Conquistador* que, según hemos visto, tuvo este año con él una entrevista en Montpeller mediando sin duda para conciliar á entrambos condes. El de Tolosa marchó contra Ramón Berenguer, batió á los franceses que esta vez le auxiliaron, y le tomó Trinquetaille y otras plazas, regresando á sus estados sólo cuando Luis de Francia envió un crecido refuerzo en favor de su suegro.

Llegó por fin el momento en que cesara aquella guerra cruel para la Provenza. Reconciliáronse entrambos condes por mediación de San Luis de Francia, é hicieron la paz por Marzo de 1241, no siendo quizá extraño á ella nuestro D. Jaime, que después de levantar el sitio de Játiva, se puso en viaje para Montpeller, á donde llegó el 12 de Marzo de aquel mismo año.

1 Véase la crónica de Nostradamus.

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 418.

Lo cierto es que, si no entonces, inmediatamente después medió D. Jaime para la completa reconciliación de ambos condes, pues consta que en 18 de Abril tuvo una entrevista con el de Tolosa en Lunel, según la cual convinieron en aliarse para defensa de la fe católica y de la Iglesia romana contra los enemigos de ambas, prometiendo al rey de Aragón interponer su mediación para con el Papa, á fin de levantar la sentencia de excomunión y de entredicho que pesaba sobre el conde de Tolosa, y obtener del mismo Pontífice la dispensa necesaria para que aquél pudiese casarse con Sancha de Provenza, hija tercera de Ramón Berenguer [1].

A este tratado siguióse otro, que se estipuló en Montpeller el 5 de Junio entre el rey D. Jaime, el conde Ramón Berenguer de Provenza y el conde Raimundo de Tolosa; asistiendo como testigos el obispo de Tolosa y el conde de Ampurias Pons Hugo, entre otros. Según este nuevo convenio, el rey D. Jaime, Raimundo Gaucelín, señor de Lunel, y un caballero llamado Albesa, se comprometieron á hacer que Ramón Berenguer de Provenza obligase á Sancha de Aragón, entonces esposa de Raimundo de Tolosa, á pedir ella misma su divorcio con este conde ante los jueces delegados por el Papa; y en el supuesto de que ella rehusase, á que el conde de Provenza la hiciese salir de sus estados donde se había retirado, quitándole todo lo que le diera y no socorriéndola ya más en adelante. Por otra cláusula, Raimundo de Tolosa se obligaba por su parte á pedir el divorcio y á dar á la Sancha 1.000 marcos de plata y 100 marcos de pensión anual durante la vida de esta princesa.

1 Las obras consultadas por el autor para todo lo concerniente á este punto, son el *Arte de comprobar las fechas*, en su tratado de los condes de Provenza; la *Historia del Languedoc*, tomo III, desde la página 424 en adelante, y el Zurita, lib. III, cap. XXXIX.

Asombra ver cómo el rey D. Jaime y el conde de Provenza abandonaban así los intereses de su tía Sancha, hermana de Pedro *el Católico*, padre del uno y tío del otro; y asombra particularmente en el caballeresco rey de Aragón, á quien no importó entonces sacrificar una pobre mujer á su política [1]. Por lo que toca al conde de Tolosa, que estaba ya separado tiempo hacía de Sancha de Aragón, quiso repudiarla para casarse con Sancha de Provenza, halagado por la esperanza de tener en ésta hijos varones, que Dios no le había dado en su matrimonio con la primera.

Los prelados elegidos por la Santa Sede para fallar sobre este divorcio se reunieron en la isla de Vergue, situada en el Ródano, entre Beaucaire y Tarascón. Presentóse ante ellos el conde Raimundo de Tolosa, y por medio de testigos probó que su padre Raimundo VI había sido el padrino de Sancha de Aragón, y que por consiguiente no debía él haberse casado con ella. En cuanto á la condesa, á quien se hizo comparecer también ante la asamblea, se presentó acompañada del rey de Aragón y del conde de Provenza sus sobrinos, y dícese que sólo opuso un profundo silencio al testimonio de los que depusieron contra sus intereses. La asamblea profirió en seguida una sentencia de divorcio, rompiendo el matrimonio de Raimundo y de Sancha, la cual fué á establecer su residencia en el castillo de Padernes, donde murió sola y abandonada, á fines de 1249.

Parece que de la isla de Vergue el rey D. Jaime pasó con el conde de Provenza á Aix, á cuya ciudad fué bien pronto á reunirse con ellos el de Tolosa, acordando entre los tres los medios de terminar el enlace del último con Sancha de Provenza. Al efecto, convinieron en

1 La intervención de D. Jaime en las cosas de Provenza durante aquel período, parece indicar sus intenciones de seguir la política tradicional de su casa en aquellas provincias.

mandar una solemne embajada al papa Gregorio IX para pedirle la dispensa del parentesco, bajo pretexto de que esta alianza era necesaria á fin de establecer una paz completa y duradera entre ambos condes. Convenidos en esto, el tolosano regresó á sus estados, los embajadores partieron para Italia, y, sin aguardar el éxito de su misión, del cual no se dudaba, nuestro rey Don Jaime, en calidad de procurador del conde Raimundo VII de Tolosa, y en su nombre, se casó en Aix, el 11 de Agosto de 1241, con Sancha de Provenza, condicionalmente, sin embargo, y bajo el supuesto de que el Papa concediese la dispensa demandada. Sancha, por su parte, con el consentimiento del conde Ramón Berenguer su padre y la condesa Beatriz su madre, casó bajo las mismas condiciones con el conde de Tolosa en la persona de su procurador el rey de Aragón, á presencia de los arzobispos de Arles y de Aix y de varios obispos.

Sin embargo, toda la prisa que se dieron en llevar á cabo este enlace, fué completamente inútil. Los embajadores que enviaron á Gregorio IX, supieron al llegar á Pisa la muerte de este Papa, acaecida en 20 de Agosto. Este acontecimiento desbarató el proyecto, pues que la sede pontificia estuvo vacante cerca de dos años. En este intervalo el conde de Tolosa proyectó otra alianza, y Sancha de Provenza casó con Ricardo hermano del rey de Inglaterra.

Ignoro en qué época regresó D. Jaime á sus estados de Aragón y de Cataluña, y sólo hallo que habiendo llegado el 12 de Marzo á Montpeller, á principios de Setiembre se hallaba aun por aquellas tierras, pues le encuentro en Beaucaire en donde él y el conde de Provenza salieron garantes á los vecinos de Bucet de las franquicias que Raimundo de Tolosa les otorgó [1].

1 Guillermo de Pod., cap. XLV.

Por lo que toca á Ramón Berenguer de Provenza, roto el casamiento de su hija Sancha con el de Tolosa, volvió á sus antiguas querellas con éste, pero firmaron una tregua en 1243, y hasta se proyectó un nuevo enlace del tolosano con Beatriz, la cuarta hija del provenzal, pero la muerte de Ramón Berenguer, acaecida en Aix el 19 de Agosto de 1245, desbarató todos sus planes. El conde de Provenza dejó por heredera á su hija Beatriz en los estados de Provenza y Forcalquier, y Romeo de Vilanova y Alberto de Tarascón, á quienes aquel dió por testamento el cargo de tutores de su hija y regentes de sus estados, casaron á Beatriz con Carlos hermano del rey de Francia, por ser más conveniente á sus intereses [1].

Ramón Berenguer de Provenza figura entre los poetas provenzales y se le atribuyen varias composiciones.

En este mismo año de 1241 tuvo lugar la muerte del conde del Rosellón Nuño Sánchez, cuyos dominios vinieron entonces por completo á poder del rey de Aragón, así que sus ejecutores testamentarios hubieron cumplido sus postreras disposiciones. Habíase casado Nuño de primeras nupcias en 1215 con Petronila, hija de Bernardo V conde de Comminjes, pero esta princesa, que antes había ya estado unida con Gastón *el Bueno*, vizconde de Bearn, le fué robada á Nuño al año siguiente de su matrimonio por el conde de Montfort, que la casó á la fuerza con su hijo para hacer entrar por este medio el condado de Bigorra en su familia. Lo odioso de esta conducta no es sino muy natural en las costumbres de la época. Por lo que toca á Nuño, casó después con una dama llamada Teresa López, de quien no tuvo hijos [2].

1 Véase el capítulo siguiente.

2 Según noticias que he podido adquirir posteriores á la primera

D. Jaime *el Conquistador* tomó con respecto al Rosellón, así que fué poseedor de este dominio, las mismas medidas que había tomado Alfonso *el Casto*. Hizo promulgar la constitución de paz y tregua que había dado al reino de Aragón en 1228, y por su expresa orden un canónigo de Barcelona llamado Guillermo de Sanromá pasó al Rosellón, donde á 5 de los idus de Marzo de 1241 hizo jurar y firmar esta paz y tregua por los principales señores de la provincia reunidos. D. Jaime mandó en seguida redactar por escrito las constituciones de Perpiñán, que no se conservaban más que por memoria tradicional, y confirmó su redacción [1].

edición de esta obra, la fecha verdadera de la muerte de Nuño Sánchez es el 19 de Enero de 1242. Algún tiempo antes de morir abrazó la vida eclesiástica, entró en las órdenes y fué canónigo de Elna en el Rosellón. La muerte de Nuño Sánchez inspiró á Aymeric de Belenoy, trovador provenzal establecido en Cataluña, un canto lleno de sentimiento y tristeza.

1 Estudios posteriores me han dado á conocer que D. Jaime se hallaba en Malloles de Rosellón el 11 de Marzo de 1242 (es decir, á 5 de los idus de Marzo de 1241), y que en este día, á presencia suya y en manos de Guillén de Sanromá, juraron la paz y tregua los señores de sus nuevos dominios.

CAPÍTULO VIII.

Nacimiento del infante Jaime en Montpeller.—Entrevista de los reyes de Aragón y de Francia.—Cortes en Daroca.—Descontento de los catalanes.—Cortes en Barcelona.—Descontento de los aragoneses y sublevación del príncipe D. Alfonso.—Castilla apoya al príncipe.—Vuelve el rey á Valencia y se apodera de Alcira, Gandía y Denia.—Viaje de D. Jaime á Provenza.—Pretensiones del rey al dominio de Provenza y pérdida de este condado para la casa de Aragón.—El rey manda cortar la lengua al obispo de Gerona.—Carta del Papa á D. Jaime con referencia á este hecho.—Absolución del rey.—Casamiento de la hija de D. Jaime con el heredero de la corona de Castilla.—Cortes en Huesca para formar un código.—Disposiciones testamentarias de Don Jaime repartiendo sus reinos entre sus hijos.—Deja el reino de Aragón á su hijo Alfonso.—Cataluña á D. Pedro.—Valencia á D. Jaime.—Rosellón á D. Fernando.—Ordena á D. Sancho el estado eclesiástico.—Disposiciones para el caso de faltar descendencia varonil.—Prosiguen las alteraciones en Aragón.

(De 1242 á 1247.)

Gran parte del año de 1242, si no todo, permaneció el rey D. Jaime entre Aragón y Cataluña cuidando de sus estados y atendiendo á las turbulencias de algunos señores, y á últimos del año ó principios del siguiente volvió á Montpeller con su esposa Doña Violante, cuya princesa, hallándose en esta ciudad, dió á luz al infante Jaime, según se puede ver por la crónica-anuario que se conserva en las casas consistoriales de Montpeller, donde consta también que, á fines de Junio, *el Conquistador* recibió un nuevo juramento de fidelidad de aquellos habitantes, que prometieron estar sometidos á él durante su vida, y después de su muerte á la reina

Violante, su mujer, si vivía en viudez y no se hacía religiosa, y en seguida á su hijo Pedro ó á cualquiera otro de sus hijos que quisiera darles por señor [1].

Hallándose D. Jaime en Montpeller, fué al Puy por el mes de Mayo, donde tuvo una entrevista con el rey de Francia [2], en que se trató sin duda de lo concerniente á los condes de Provenza y de Tolosa, que estaban otra vez á punto de romper las hostilidades ó las habían roto ya. Su estancia en aquella comarca debió ser entonces muy corta, pues pronto le vemos de regreso en Aragón, á donde pasó para celebrar Cortes.

Tuvieron lugar éstas en Daroca, á fines del 1243, y dice Zurita que fueron á ellas síndicos de la ciudad de Lérida, como lo acostumbraron en todas las que en Aragón antes se habían celebrado. Las Cortes de Daroca

1 *Anno D. J. MCCXLIII fuerunt consules P. de Murles etc., quo etiam anno D. Rex Jacobus et regina ejus uxor fuerunt in Montepessulano, et fuit natus Jacobus filius eorumdem in vigilia Pentecosti.* (30 de Mayo.)—*Idem eodem anno in festo beatorum Petri et Pauli, dicti consules et populus hujus villæ, mandato dicti D. regis, juraverunt Petro filio ipsius D. regis et D. reginæ Yoles* (Violante), *secundum quod inferius continentur.—Ego homo, juro vobis D. Jacobo Dei gratia regi Aragonum et regnorum Majoricarum et Valentiæ, comiti Barchinonæ et Urgelli, et D. Montepussuli, quod ego salvabo, et custodiam vitam vestram, et membra vestra, et dominationem vestram, et semper ero fidelis vobis in tota vita vestra, et post vos D. reginæ Yoeles, uxori vestræ, quandiu vixerit, et viduitatem legitime observavit, et non ingredietur domum religiosam; et post attendem ad Petrum filium vestrum semper, et post obitum vestrum habebo ipsum in dominum meum et Montispessulani, vel alium filium vestrum et dictæ D. reginæ, de quo vos hoc migi mandaveritis, verbo vel testamento; nec admittam vel recipiam alium in D. Montispessulani, nisi hoc faciam de voluntate vestra, vel filii vestri, et dictæ D. reginæ Yoles, qui est D. Montipessulani, et cui tenerer obendire de voluntate vestra, ut dictum est, salvis consuetudinibus et libertatibus Montipessulani á vobis laudatis.* (Crónica del municipio de Montpeller.)

2 Zurita pone esta entrevista en el año 1244 (lib. III, cap. XLII); pero puede verse para la fecha verdadera el *Marca Hispánica*, pág. 539. No está del todo probado que esta entrevista se efectuase.

juraron al príncipe D. Alfonso por primogénito, heredero y sucesor, después de muerto el rey, en el reino de Aragón; entendiendo que este territorio llegaba hasta las orillas del Segre. D. Jaime volvía á su primitiva idea, pues quería hacer rey de Aragón al hijo de su repudiada primera esposa, y de Cataluña á D. Pedro, hijo de su segunda mujer Doña Violante.

Jurado el príncipe D. Alfonso por heredero en Aragón, partióse el rey á Barcelona con ánimo de hacer jurar al príncipe D. Pedro por heredero en Cataluña, pero se encontró con que los catalanes, agraviados por la desmembración de su territorio hecha en las Cortes de Daroca, se negaron á secundar su proyecto si el rey no devolvía á Cataluña la región y territorio de Lérida, fijando el Cinca y no el Segre por límites del Aragón, según siempre había sido.

Por esta causa, convocando á Cortes á los catalanes en Barcelona [1], D. Jaime hizo ante ellas, á 21 de Enero de 1244, una solemne declaración en que se contenía que, «si bien sin causa se podría dudar por algunos que no tenían sano entendimiento, sobre cuáles fuesen los límites de Cataluña y de Aragón, deseando evitar toda contienda y disceptación, para que perpetuamente se quitase todo escrúpulo que sobre esto pudiese haber, limitaba de cierta ciencia y acordadamente el condado de Barcelona con toda Cataluña, desde Salses hasta el Cinca, afirmando que esta limitación del condado y de Cataluña se podía buenamente comprender y colegir por los estatutos de paz y tregua hechos en la ciudad de Barcelona y la de Tarragona y en otras partes.» En la mencionada declaración se contenía, además, que

1 Zurita, lib. III, cap. XL, y Flotats, en sus *Efemérides*, ponen estas Cortes en Barcelona; pero Feliu, lib. XI, cap. X, las da como celebradas en Gerona y en Lérida.

«señalaba el reino de Aragón desde el Cinca hasta Ariza, disponiendo que esta limitación, hecha para obviar toda contienda en lo sucesivo, fuese perpetua para el citado monarca y sus sucesores.» Mas este acuerdo descontentó en gran manera á los aragoneses, que juzgaron ser en perjuicio de la conquista de Aragón, que en lo antiguo, decían, llegaba hasta las riberas del Segre; al paso que reprobaron la innovación de demarcar el Principado de Cataluña desviándose de lo ordenado en tiempo de los condes de Barcelona, para quienes se extendía desde el dicho río hasta Salses.

A este disgusto de los aragoneses, contribuyó no poco el príncipe D. Alfonso, quien, quejoso por quitársele parte de la que creía su herencia, no vaciló en hacer armas contra su mismo padre, sublevándose en Calatayud, y llamando bajo su bandera á todos los descontentos. Acudió el primero á ayudarle aquel mismo tío del rey, D. Fernando, pronto siempre á inclinarse á la parcialidad que se declarase contra el monarca aragonés, presentándose en pos de D. Fernando, para ofrecer sus servicios al príncipe, D. Pedro Fernández de Azagra, señor de Albarracín; D. Gonzalo Ruiz, comendador de Almazán; D. Pedro de Alcalá, comendador del Hospital de Calatayud; D. Juan González de Heredia; el infante de Portugal, y muchos otros de los mismos que acababan de combatir en Valencia contra el moro á las órdenes del rey.

La sublevación amenazaba ser seria y tomaba ya un carácter gravísimo, mayormente cuando apoyaba al príncipe aragonés el rey de Castilla, cuyo hijo se hallaba por aquel entonces en Murcia, consiguiendo que esta provincia se le entregase por los moros, y cuyos manejos se dirigían naturalmente á poner obstáculos al engrandecimiento de D. Jaime *el Conquistador*. Habilidad, y no poca, tuvo entonces que demostrar nuestro mo-

narca, el cual consiguió con su política desbaratar los planes de sus contrarios y desvanecer la tempestad que amenazaba estallar sobre su cabeza.

Por de pronto se dirigió á Valencia, con el doble objeto, sin duda, de oponerse á los planes que pudiera tener el castellano, que estaba armado en la frontera de aquel reino, y de avivar el espíritu patriótico de sus barones y de sus pueblos con la guerra nacional contra los moros. Al mismo tiempo buscó medios de apaciguar el descontento de los aragoneses, dejando entender que todo podría conciliarse. Las prudentes medidas del rey debieron calmar los ánimos por el pronto, y la atención del reino se fijó en los asuntos de Valencia. Estos marcharon perfectamente para D. Jaime, que consiguió la posesión de la importante plaza de Alcira, Algezira, Algzira ó Al-Gezira-Xucar, que con todos estos nombres la hallo citada; se apoderó de Gandía, y tomó á Denia, después de largo y porfiado cerco [1], cuyas operaciones parece que dirigió el caudillo Pedro Jimeno Carroz [2].

Ninguno de nuestros historiadores y analistas, que yo recuerde á lo menos, habla de cierto viaje que el rey D. Jaime debió emprender á tierras de Provenza, algo después de la campaña citada, y á últimos del 1245. Tampoco habla él mismo en sus memorias, si bien que en ellas deja no pocos vacíos, y no es de extrañar, pues olvida ocuparse de cosas muy importantes de su vida que acaso le convino pasar por alto. Sin embargo, no parece caber duda alguna de su nuevo viaje á Provenza en 1245 y de las intenciones que allí le llevaron, pues á pesar del silencio absoluto, y hasta cierto punto extraño, de nuestras historias, lo encuentro comprobado

1 Conde, lib. V de la 4.ª parte.

2 Boix: *Historia de Valencia*, tomo I, págs. 152 y siguientes.

por documentos auténticos, en las principales crónicas de Provenza y Languedoc.

Inmediatamente después de la muerte de Ramón Berenguer, conde de Provenza, acaecida, coma ya sabemos, en Agosto de 1245, D. Jaime se trasladó á la ciudad de Aix, y parece que su intento y la precipitación de su viaje fueron porque quería casar á uno de sus hijos con Beatriz, que había quedado dueña y heredera del condado de Provenza por testamento de su padre Ramón Berenguer. Ya sabemos que la pretendía también el conde de Tolosa, y que sus tutores proyectaban su enlace con el hermano del rey de Francia. D. Jaime hizo grandes esfuerzos para conseguir su objeto y para que la Provenza, dominio por tantos años de la casa de Aragón, no pasase á otras manos; pero todo se estrelló ante la resolución de Romeo de Vilanova y Alberto de Tarascón, tutores de Doña Beatriz [1], y parece que entonces, despechado D. Jaime, trató de conseguir por las armas y por la fuerza lo que se le negaba. Consta en una obra muy autorizada [2] que *el Conquistador* reunió una hueste y sitió á la princesa (sin duda en Aix), pero tuvo que levantar el sitio al saber que iba contra él el príncipe francés Carlos, al frente de un ejército que le diera el rey su hermano. No convenía por ningún concepto á D. Jaime un rompimiento con Francia en aquellos momentos, y más le importaba volver á sus reinos para proseguir la conquista del de Valencia, apaciguar la guerra civil que amenazaba devorar sus estados con motivo de lo sucedido en las Cortes de Daroca y Barcelona, y desbaratar el resultado que con sus intrigas y manejos pudiera haber obtenido durante su

1 No Alberto, sino Albeta de Tarascón, le llaman los historiadores provenzales.

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 451.

ausencia el rey de Castilla. Volvióse, pues, á estas tierras, abandonando sus pretensiones con respecto á la patria de aquella Doña Dulce, de la cual él descendía; casó Beatriz con el francés Carlos en Enero de 1246, y así fué como la casa de Barcelona y de Aragón perdió por una mujer la hermosa tierra de Provenza que por otra mujer había adquirido.

A la vuelta del rey á Cataluña regresando de este viaje á Provenza, para mí indudable aun cuando nuestras crónicas lo callen [1], fué cuando debió tener lugar aquel famoso hecho de la mutilación del obispo de Gerona, acerca del cual guardan silencio muchos autores, pero que es indudable también después de los documentos publicados por el P. Villanueva y los continuadores de Flórez [2]. Lo que todavía está oculto bajo un velo, hasta ahora impenetrable, es la verdadera causa que impelió á D. Jaime á hacer cortar la lengua al obispo de Gerona Fr. Berenguer de Castellbisbal, á quien hemos visto figurar en la conquista de Mallorca. Aparece como lo más cierto que este obispo reveló algo que el rey le había confiado en secreto de confesión, y que quiso el monarca castigarle por donde mismo había pecado; pero se ignora en qué consistía este secreto, pues

1 Estaba yo en lo cierto cuando en mi primera edición hablé de este viaje de D. Jaime, del que ningún historiador catalán había hablado. Carlos de Tourtoulón en su *Historia del rey D. Jaime*, publicada después que la mía, lo refiere con todos sus detalles, y cree que el fin que el monarca aragonés se proponía era el de oponerse á que la Francia invadiera el país de la lengua de Oc. Me inclino á creer, como Mr. Tourtoulón, que en aquellos momentos la política de D. Jaime, conforme con la tradicional de su casa, era tender á que la nacionalidad del Mediodía conservara su unidad.

2 Véanse estos autores, y á más Quadrado en sus notas al Marsilio, Flotats en sus Efemérides y Torres Amat en su biografía de D. Jaime. Algo dice también con referencia á este hecho M. Tastú en su *Notice sur Perpignan*.

aunque algunos han supuesto que lo revelado por el obispo fué el matrimonio clandestino del rey con Doña Teresa Gil de Vidaure, es positivo que este enlace no pudo realizarse hasta después del 1251, época de la muerte de Doña Violante. Ni van tampoco más acertados los que suponen que la revelación del obispo fué referente á proyectos formados por D. Jaime en orden á la sucesión de la corona, y diré luego por qué.

El hecho es que Fr. Berenguer de Castellbisbal fué preso por mandato del rey, y se le cortó la lengua; y para esto basta ver cómo se expresa el papa Inocencio IV en carta dirigida al rey desde Lión el 22 de Junio de 1246: «Afirmaste, le dice, que nuestro venerable hermano Berenguer, obispo de Gerona, antes que lo fuese había alcanzado tanta autoridad en tu corte, que era tenido como el más honrado entre los mayores; pero que después, como tú añades, siendo traidor contra tí, tuvo la osadía de revelar cosas que tú le habías descubierto en el fuero de la penitencia, y también había armado contra tí otras muchas y graves máquinas, por lo cual le mandaste saliese luego de tu reino; y habiendo alcanzado allí la dignidad episcopal, tú, encendido con el calor de la ira, le hiciste prender y con mandato sacrílego quitarle parte de la lengua. Así nos pedías que mandásemos salir de tu reino á dicho obispo, y á tí y á los partícipes en consejo, ayuda ó ejecución, se diese la absolución de tan gran delito [1].»

Varias cosas se deducen del contenido de estas líneas: entre ellas que lo de haber revelado Fr. Berenguer el secreto á él confiado en fuero de confesión, fué anterior á su nombramiento de obispo, y por consiguiente anterior á los amores del rey con Doña Teresa Gil de Vi-

1 Se halla esta carta en la *Historia de Poblet* por Finestres, tomo II, pág. 277.

daure y también á los sucesos que dieron margen al levantamiento del príncipe D. Alfonso; que D. Jaime no sólo desterró al fraile por la revelación del secreto, sino por estar urdiendo tramas contra él y por acaudillar quizá alguna parcialidad ó algún bando que pusiese en conflictos al reino; y que no se lanzó el rey á proveer por sí y ante sí la captura del obispo y su bárbara mutilación, cediendo sólo á los impulsos de su cólera, sino que tomó consejo de los varones que le rodeaban. Terrible fué la sentencia, bárbara y cruel, más que terrible; pero criminal, y gravemente criminal anduvo el sacerdote indigno que ante Dios y ante los hombres faltaba á la santidad de un sacramento. Si la Iglesia no tenía perdón para el rey que mandaba arrancar la lengua al monje por haber revelado un secreto de confesión, tampoco debía tenerlo para aquel otro rey que más adelante, según veremos, castigaba un delito político con hacer beber á los reos el plomo derretido de la campana que les llamaba á consejo.

D. Jaime alcanzó por fin la absolución. Fuele dada ésta á 14 de Octubre de 1246 por un concilio reunido en el convento de religiosos franciscanos de Lérida, y al cual concurrieron el obispo Camerino y el religioso Fr. Desiderio, como legados del Papa; el arzobispo de Tarragona, los obispos de Zaragoza, Urgel, Huesca y Elna, y muchos magnates del Principado. Impúsosele por penitencia que hubiese de tomar á su cargo, entre varias obras piadosas, la conclusión del monasterio de Benizafá y la del hospital de San Vicente de Valencia, dando bienes suficientes á aquel monasterio para que pudiesen mantenerse en él hasta 40 monjes, y fundase además una capellanía perpetua en la catedral de Gerona [1].

1 Al darse á luz la primera edición de esta obra, hubo quien puso

En el ínterin, andaban cada vez más vivas y despiertas las parcialidades promovidas por el deslinde de Aragón y de Cataluña, y el príncipe D. Alfonso continuaba poco menos que con las armas en la mano, mientras que cada vez iba haciéndose notar más el desacuerdo entre los reyes de Aragón y de Castilla, así por sus pretensiones ordinarias del derecho al reino de Navarra, como por querer cada uno extender su conquista por las tierras de Valencia. Entonces fué cuando, aconsejados por sus prelados y ricos-hombres, ajustaron ambos monarcas, aragonés y castellano, un convenio, por el cual se comprometían á mancomunarse en cuanto les fuese dable en vez de perjudicarse, y como lazo y garantía de este trato se concertó matrimonio entre Alfonso, príncipe heredero de Castilla, y Violante, la mayor de las hijas de D. Jaime. La joven Violante fué llevada á Castilla, y celebráronse sus bodas en Valladolid con grandes fiestas, por el mes de Noviembre de 1246, si bien el matrimonio no se consumó hasta más adelante [1].

«Como el rey había en este tiempo acabado de sojuzgar á su obediencia, dice Zurita, todo lo que era de su conquista dentro de España, puso todo su cuidado y pensamiento en que se ordenase un volumen de las leyes y fueros, y se interpretasen y declarasen los que estaban en oscuridad por la antigüedad del tiempo.» A este fin, mandó convocar Cortes generales á los aragoneses en la ciudad de Huesca, y en ellas se declararon, reformaron y corrigieron los fueros, formando un volumen dividido en ocho libros, bajo la inspección del

en duda el hecho que de referir se acaba, atacándome duramente por haber calumniado la memoria de D. Jaime y la del obispo de Gerona. Vea el lector mi obra *Las ruinas de Poblet*, y allí encontrará los documentos que prueban cuanto aquí digo.

1 La escritura del desposorio de D. Alfonso de Castilla con Doña Violante, se halla en el tomo I del *Memorial histórico* de la Academia.

sabio Vidal de Cañellas, obispo de Huesca. Estos ocho libros, compuestos de los fueros de Sobrarbe y de las leyes expedidas por el mismo D. Jaime, constituyen el código más antiguo de Aragón, que fué aumentándose con los decretos de los reyes posteriores. Célebres fueran estas Cortes, cuando no por otra causa, por haberse levantado en ellas una voz, quizá la primera, como hace observar Quadrado, contra los *juicios de Dios* y las pruebas de agua y fuego, tan acreditadas por la superstición [1].

También en este mismo año quiso el rey, creyendo acabar con el estado de agitación en que se hallaba el reino, repartir sus dominios entre sus hijos para cuando le llegase el caso de muerte. Tenía entonces de la primera esposa y repudiada Doña Leonor á D. Alfonso, y de su segunda mujer, Doña Violante, á D. Pedro, D. Jaime, D. Fernando, D. Sancho y á las infantas Doña Violante, Doña Constanza, Doña Sancha y Doña María. Así, pues, ordenó de sus reinos en la forma y modo siguientes [2]:

A D. Alfonso, el mayor, y habido en su primer matrimonio, le instituyó heredero y sucesor en el reino de Aragón, designando sus límites desde el Cinca hasta Ariza y desde los puertos de Santa Cristina hasta el río que pasa por Alventosa; pero excluyendo el condado de Ribagorza y lo que se había ganado de la parte de acá del Cinca, todo lo cual se adjudicaba á Cataluña.

A D. Pedro le dejó heredero y sucesor en Cataluña, comprendiendo en ella toda Ribagorza y sus términos con las riberas del Cinca, añadiéndole Mallorca y las demás islas Baleares. Los límites del Principado se fijaron desde el puerto de la Clusa hasta el río de Ullde-

1 Zurita, lib. III, cap. XLII.—Quadrado: *Aragón*, pág. 141.

2 Zurita, lib. III, cap. XLIII.

cona, y desde el paso de Miravete de este río hasta Mequinenza, declarando que esta plaza se incluyese dentro de Cataluña, y desde Mequinenza hasta Fraga y Monzón y á los límites que partían término entre Ribagorza y Sobrarbe.

A D. Jaime le dejó todo el reino de Valencia, desde el río de Ulldecona hasta la Muela, desde la mar hasta Requena y de allí al río Alventosa.

A D. Fernando, el hijo tercero que hubo en Doña Violante, dejaba todo el condado de Rosellón y Conflent, Cerdaña y el señorío de Montpeller, con los derechos que tenía el rey á los condados y dominios de aquellas tierras.

Por lo que toca al cuarto hijo de Doña Violante, Don Sancho, ordenó que fuese de la Iglesia, y fué en efecto arcediano de Belchite, abad de Valladolid y después arzobispo de Toledo.

En caso de tener otro hijo varón, quería que fuese caballero de la orden de los templarios; pero esto no se cumplió, pues le nació sólo otra hija que se llamó Isabel.

A falta de descendencia varonil, encargaba que debiesen suceder los hijos de la infanta Doña Violante, casada con el primogénito de Castilla, pero con la expresa y terminante condición de que estos reinos y estados nunca fuesen de la jurisdicción del reino de Castilla ni se juntasen con aquella corona; sólo quedase heredero de ellos uno de los príncipes hijos de Doña Violante, sin reconocer superioridad alguna en el castellano.

No quiso el rey que esta disposición permaneciese secreta, y mandóla publicar, hallándose en Valencia, á 19 de Enero de 1248; pero dió un resultado distinto del que se esperaba, pues no sólo no se sosegaron las alteraciones que por esta causa se habían movido, sino que se encendieron cada vez más; constando que el príncipe

D. Alfonso y el infante D. Pedro de Portugal, con los ricos-hombres de su opinión, comenzaron á andar con grandes compañías de gente de guerra conmoviendo y alterando las ciudades y villas del reino.

CAPÍTULO IX.

Rompimiento del tratado por los moros de Játiva.—D. Jaime pone sitio á Játiva.—Desavenencias entre D. Jaime y su yerno el príncipe de Castilla.—Prosigue el sitio.—Distínguese Jaime Portadora.—Entrevista del rey de Aragón y el príncipe de Castilla.—Convenio entre ambos.—Capitulación de Játiva.—Repartimiento de tierras y administración de Játiva.—Cortes en Alcañiz de catalanes y aragoneses para dirimir las diferencias entre el rey y su hijo.—Embajada al príncipe Alfonso.—Sentencia de los jueces de Alcañiz.—Cortes en Barcelona donde se jura por sucesor del rey en Cataluña á su hijo D. Pedro.—Muerte de la reina Doña Violante.—Amores del rey con Doña Teresa Gil de Vidaure.—Doña Teresa obra ostensiblemente como mujer legítima del rey.—Ríndese Biar y todo lo demás del reino de Valencia.—Discordia entre D. Jaime y su yerno el rey de Castilla.—Toma D. Jaime bajo su protección el reino de Navarra, y preparativos de guerra con Castilla.—El príncipe Alfonso aprueba en Barcelona las donaciones hechas por su padre á sus hermanos.—Nuevos tratos con el rey de Navarra y tregua con Castilla.

(De 1248 á 1254.)

Acabo de decir que el rey estaba ya otra vez en Valencia á comienzos del 1248, y por este tiempo ordenó á D. Rodrigo de Lizana que hiciese un reconocimiento hacia la parte del valle de Cárcer. Partió el de Lizana al frente de algunos caballos y de unos cuantos almogavares; pero, al regresar á Valencia con un rico botín, se dió la señal de alarma, que los moros repitieron de atalaya en atalaya, y entonces los de Játiva, á pesar de no

haber sido dirigida la cabalgada contra los sarracenos vasallos de su alcaide, sino contra otros que estaban en guerra con D. Jaime, salieron estrepitosamente contra la hueste de Lizana, dieron sobre ella y se apoderaron de la presa que llevaba.

Con júbilo recibió D. Jaime esta nueva, por ser agresores los moros de Játiva, en cuyas tierras no habían merodeado las fuerzas del de Lizana, autorizándole esta infracción del convenio para ir á poner sitio á aquella ciudad. Antes, empero, citó al alcaide de Játiva para que compareciese ante él, y le acusó de haber quebrantado las treguas, amenazándole con una guerra de exterminio si no le hacía entrega del castillo de Játiva, ó bien aceptaba para juez en aquella querella al rico-hombre que él le designase. El alcaide moro prefirió apelar á la suerte de las armas, y entonces avanzó el rey hacia Játiva, dispuesto á entrar en campaña y á poner decididamente sitio á la plaza, verificándolo así y acampando en la vega, á orillas del río, después de haber mandado abrir un foso para que pudiese quedar cerrado el real [1]. Siguiéronle la reina, su mujer, compañera inseparable por lo que parece de sus empresas militares; su tío Don Fernando, muchos ricos-hombres y caballeros, y gran multitud de almogavares.

Inmediatamente que el sitio quedó puesto, comenzaron las salidas de los sitiados y los torneos y combates parciales con los sitiadores; que era entonces caballeresca costumbre, según se habrá podido observar en el transcurso de esta obra, la de retarse unos á otros los campeones de entrambos campos, peleando cada combatiente por su ley y por su patria, y retirándose tan

1 Respecto á la fecha de este sitio de Játiva, no están conformes los historiadores castellanos y valencianos, quienes la ponen unos en 1244 y otros en 46. Yo sigo á Zurita poniéndolo en 48, y otra fecha no puede ser atendidos los sucesos.

seguro el vencedor, aun hallándose rodeado de enemigos, como si entre los suyos propios estuviera.

Mientras proseguían las operaciones del sitio, tuvo D. Jaime fundadas sospechas de que su propio yerno, el príncipe y heredero de Castilla, D. Alfonso, trataba de arrebatarle aquella conquista; pues supo que emisarios suyos andaban en tratos con los sitiados, seduciéndoles para que aguardasen su llegada á fin de capitular con él y no con el rey de Aragón. Un mensajero castellano fué sorprendido andando en estos tratos, y sin ceremonias, le mandó D. Jaime ahorcar de un arbol [1]. Lo mismo hizo con 17 habitantes de Enguera, por haberse esta población rendido á D. Alfonso, que tomó posesión de ella en menosprecio de los tratados, según los cuales aquel pueblo pertenecía á D. Jaime, por ser de la jurisdicción de Játiva.

Mientras todo esto tenía lugar, avanzaban cada día más los trabajos del sitio y era cada vez más apurada la situación de la ciudad. «Los almogavares, dice el cronista Boix en su *Xátiva árabe*, habían talado completamente los alrededores; habían desaparecido sus magníficos arbolados; los caballos pastaban en los campos más bellos; las aguas de Bellús, en lugar de circular por la ciudad conducidas por 100 acueductos, perdíanse en los barrancos; las hermosas alquerías árabes se hallaban incendiadas; y era tal, en fin, la vigilancia de los sitiadores, que no solamente impedían la entrada de los víveres, sino que apenas se descubría por las almenas, torres y atalayas una cabeza enemiga, llovían sobre ella centenares de saetas, dardos y azagayas.»

Según las trovas de Febrer, uno de los soldados que más se distinguieron en estos lances, mereciendo por sus multiplicados servicios las más honoríficas recom-

1 Crónica real, cap. CCXXIII.

pensas, fué un aventurero procedente de Montpeller, llamado Jaime Portadora, quien se había hecho notar ya por su valor en la defensa del Puig y en la toma de Valencia.

En esto, el príncipe castellano, D. Alfonso, envió mensajeros al campo para pedir una entrevista á Don Jaime. Acudió éste á ella, acompañado de la reina Doña Violante, de Guillermo de Moncada, el maestre del Hospital, Jimeno Pérez de Arenós, Carroz y parte de su comitiva. La entrevista se efectuó en los campos de Alcira, y D. Alfonso mandó proponer á su suegro que le diese la ciudad de Játiva en clase de dote para su hija Violante, ya que se había casado con ella sin que le trajese ninguna parte de los dominios de Aragón [1]. La demanda encolerizó al rey D. Jaime, que hubo de prorumpir en estas palabras: «¿Acaso, cuando nuestro matrimonio con Doña Leonor de Castilla, se nos dió con ella algún territorio, algún honor ó caudal? No creemos que tengamos Nos que dar á ningún rey con nuestra hija más de lo que se nos dió á Nos con nuestra primera esposa.» Tanto D. Alfonso como D. Jaime, anduvieron en mensajes, porfiando el uno y negando el otro, hasta decir terminantemente *el Conquistador* que á él le pertenecía la conquista de Játiva, que sólo él la llevaría á cabo y que habría de pasar por encima de su cadáver cualquiera que en la ciudad pretendiese penetrar ántes que él.

Enviado este mensaje por D. Jaime, como resolución definitiva, á su yerno D. Alfonso, añadiéndole además que, aunque era costumbre en los castellanos espantar

1 Crónica real, caps. CCXXV y siguientes. Esta entrevista y esta proposición del yerno al suegro, prueban que el sitio de Játiva hubo de verificarse después del 46, época del casamiento de Alfonso con Violante, y no antes, como pretenden los historiadores castellanos y valencianos.

á todos con sus amenazas, ya las podían poner por obra para ver así en cuan poco él las estimaba, mandó ensillar los caballos y disponerlo todo para la vuelta al campo, sin hacer caso de las lágrimas de la reina á quien pesaba en el alma aquel rompimiento con el esposo de su hija mayor. Presentáronse en esto al monarca aragonés los dos mensajeros del castellano, el maestre de Uclés y D. Diego de Vizcaya, los cuales trataron de mitigar su enojo.—«Es que no hay hombre tan pacífico, les contestó D. Jaime, á quien vosotros los castellanos no seáis capaces de sacar de quicio, pues obráis en todas vuestras cosas con tanto orgullo, como si no tuviérais más que abrir la boca para que viéseis cumplidos vuestros deseos.» Los mensajeros rogaron entonces á la reina que interviniese, y por mediación de ella, tuvo por fin un buen resultado el negocio. Cedió Don Alfonso en sus pretensiones, y hasta prometió devolver las plazas de Enguera y Muxent, con tal que D. Jaime le cediese, como lo hizo, las de Villena, Sax, Capdets y Bugarra. Firmaron escritura el suegro y el yerno, y quedó definitivamente acordado el repartimiento de las tierras de conquista, tocando á D. Alfonso Almansa, Sarazull y el río de Cabriol, y al aragonés Castellá, Biar, Sexona, Alarch, Finestrat, Torres, Polop, la Mola, Altea, Tormos y todo lo que en sus términos se hallaba comprendido.

Terminado ya este asunto, volvió D. Jaime al sitio de Játiva; pero aun cuando lo estrechó cuanto pudo y combatió la ciudad sin tregua ni descanso, tardáronse once meses antes que los valientes moros jativeños pensasen en capitulación. Convencido, por fin, el alcaide de que el sitiador no levantaría el campo, propuso capitular y entregarle la plaza, pero con la condición de que se le dieran los castillos de Montesa y de Vallada para habitar él y sus gentes. Reunió en seguida el rey su

consejo, al que asistió también Doña Violante, la cual fué de parecer que no debía dilatarse la toma de posesión de tan rica villa y tan buena fortaleza como era Játiva, por la insignificancia de uno ó de dos castillos. Todos los consejeros aceptaron el dictamen de la reina, y asintiendo á ello D. Jaime, firmóse la capitulación en árabe y en latín, quedando así dueño el monarca aragonés de la que él llama en sus memorias florón y llave de Valencia.

Tomada Játiva, procedió el rey á repartir las tierras y propiedades entre los que le habían ayudado en la conquista, según costumbre establecida ya en Mallorca y en Valencia, confiando la comisión á Jaime Sans, Guillermo Bernat, Pedro Germán y otros. Por lo que toca á la administración política, quedó sujeta á la que regía en Valencia y demás villas reales. Un justicia, elegido todos los años, alternando la clase de caballeros y la de los ciudadanos, se hallaba encargado de los negocios criminales y civiles, y de los administrativos y económicos, con anuencia y consentimiento de los jurados ó cuerpo administrativo municipal. Un bayle particular, dependiente del de Valencia, administraba el patrimonio, que se reservó el rey por fuero de conquista; y más adelante, el diputado de Játiva tuvo el segundo voto en Cortes generales, precediendo á las ciudades de Orihuela y Segorbe, á pesar de tener sillas episcopales [1].

Del punto de su nueva conquista se volvió el rey á Valencia, y de esta ciudad pasó á la de Alcañiz, para donde había llamado á Cortes á aragoneses y á catalanes, con objeto de poner término á las diferencias nacidas entre él y su hijo mayor. Celebráronse estas Cortes por el mes de Febrero de 1250, y en ellas se determinó

1 Vicente Boix: *Xátiva*, IV y V.

nombrar un jurado de jueces árbitros para dirimir la contienda, recayendo la elección en Pedro de Albalat, arzobispo de Tarragona; Vidal de Cañellas, obispo de Huesca; Guillermo, obispo de Lérida; el obispo de Barcelona, Guillermo de Cardona, maestre ó teniente de maestre del Temple; Pedro de Alcalá, castellán de Amposta; Pons Hugo, conde de Ampurias; Ramón de Cardona, Ramón Berenguer de Ager, Jaime de Cervera, Artal de Luna, Pedro Cornel, García Romeu, Jimeno de Foces y varios procuradores de ciudades y villas aragonesas y catalanas [1].

Comenzóse por enviar una embajada al príncipe Don Alfonso, que, con su constante valedor el infante de Portugal, se hallaba entonces en Sevilla, para inclinarle é inducirle á respetar la elección de los jueces nombrados en Cortes, adhiriéndose á lo que ellos declarasen. Compusieron esta embajada, á más del arzobispo de Tarragona y algunos ricos-hombres, los síndicos y procuradores de Zaragoza, Barcelona, Lérida, Huesca, Calatayud, Daroca, Teruel, Jaca y Barbastro. Ante estos embajadores, y á presencia también del rey de Castilla y de muchos magnates, juraron estar el príncipe Don Alfonso y el infante de Portugal á lo que resolviesen los jueces elegidos en Alcañiz.

Con el logro de su mensaje volviéronse los embajadores á estas tierras, pasando á dar cuenta de su misión al rey, que se hallaba entonces en Morella (Mayo de 1250), el cual mandó inmediatamente dar letras de salvo-conducto á los que seguían el bando de su hijo, volviéndoles sus bienes que tenía confiscados, poniendo treguas en sus reinos y fuera de ellos con los infantes, y restituyendo al de Portugal la posesión libre de sus dominios, exceptuando cinco villas con sus castillos del

1 Zurita, lib. III, cap. XLV.

reino de Valencia, que eran Morella, Segorbe, Murviedro, Almenara y Castellón, desde las cuales el infante le había movido guerra, y que fueron entregadas á los jueces para que éstos las guardasen hasta determinar á quién, según justicia, correspondían.

Los jueces nombrados en Alcañiz celebraron varias reuniones en Calatayud ó en Ariza, y por el mes de Setiembre dieron su sentencia, la cual disponía en suma: 1.°, que el príncipe D. Alfonso se pusiese bajo la obediencia del rey; 2.°, que como á primogénito se le nombrase gobernador general de los reinos de Aragón y Valencia; y 3.°, que se reservase el Principado de Cataluña para D. Pedro, hijo mayor de la reina Doña Violante [1].

Terminado este negocio, el rey, que después de Morella había residido en Zaragoza y en Huesca, se vino á Cataluña, donde había mandado convocar en Cortes á los catalanes para Marzo de 1251 en Barcelona. Presentóse ante las Cortes D. Jaime el 26 de dicho mes de Marzo, y declaró que dejaba á su hijo D. Pedro por heredero y sucesor suyo en los condados de Barcelona, Tarragona, Gerona, Besalú, Vich, Rosellón, Cerdaña, Conflent, Vallespir y Urgel, y en las ciudades de Lérida y Tortosa, lo propio que en los condados de Ribagorza y de Pallars y en todo lo que tenía, ó le podía al rey pertenecer, desde el río Cinca á Salses, con el valle de Arán que se incluía en dichos dominios. Dispuso en seguida que se pusiera á D. Pedro en posesión de tales estados, reservándose él el usufructo durante su vida, y pasaron acto continuo las Cortes á jurar al sucesor, constando que le prestaron homenaje aquel día mismo los barones Pons Hugo, conde de Ampurias, Bernardo de Santa Eugenia, Guillermo de Aguiló, Gauberto de

1 Zurita, libro y capítulo citados.

Cruillas, Hugo de Anglesola, Arnaldo, Guillermo de Cartellá, Ramón y Galcerán de Urg, Guillermo de Moncada, Guillermo de Cervelló, Jaime de Cervera, Ramón de Moncada, Ramón de Ribelles, Ramón de Timor, muchos otros magnates y caballeros de Cataluña y los procuradores y síndicos de ciudades y villas con los ciudadanos de Barcelona [1].

De esta ciudad debió pasar el rey á Valencia, donde parece que hizo donación á su otro hijo D. Jaime, del reino de Valencia, de Mallorca, Menorca é Ibiza y del señorío de Montpeller, variando así sus anteriores disposiciones, y haciendo prestar homenaje á D. Jaime por los ricos-hombres, caballeros, alcaides y vecinos de la ciudad de Valencia y de los castillos de aquel reino [2].

En este mismo año de 1251 murió la reina Doña Violante. Cree Zurita que no fué así, y que aún vivió algunos años más; pero no fija la época de su fallecimiento, mientras que por otra parte he hallado terminantemente escrito en la crónica-anuario que se conserva en las casas consistoriales de Montpeller, donde se apuntaban los hechos más notables, las siguientes palabras: *Anno MCCLI. Obiit D. Yoles, regina Aragoniæ.*

Muerta la reina, comenzaron á dar mucho que hablar en el país los amores del rey con Doña Teresa Gil de Vidaure, ilustre y gentil aragonesa, al decir de las crónicas, á quien hizo D. Jaime, entre otras donaciones, la de una casa de recreo ó baños con magníficos jardines, cerca de Valencia, que perteneciera á una dama mora llamada Zeyde, hermana de Zeyán según algunos. Esta bella posesión, ofrecida ya por Zeyán *al Conquistador* antes de la toma de Valencia, se hallaba situada en uno

1 Zurita, lib. III, cap. XLVI.—Feliu de la Peña.

2 Zurita, idem id.—Adviértase que ya en este tiempo había muerto mozo el otro hijo del rey, D. Fernando.

de los puntos más deliciosos de la vega, á orillas del Turia, y junto á la acequia de Rascaña. Agitados fueron los amores de esta señora con el monarca, y es tradición que más de una vez, cuando retirados en aquel sitio pintoresco se olvidaban del mundo y de sus sinsabores para entregarse sólo á los éxtasis de su amor, aparecióseles airado y sombrío á turbarles en sus soledades el venerable confesor del rey San Raimundo de Peñafort, para reprender los devaneos del soberano y anatematizar á la sirena que voluptuosa le retenía en sus brazos. Otros dicen que D. Jaime dió á su gentil Teresa palabra de casamiento, y afirman algunos que hasta llegó á contraer con ella matrimonio clandestino, y que, habiéndola repudiado, movióle pleito Doña Teresa ante el tribunal eclesiástico, en el que, si bien obtuvo sentencia favorable, jamás alcanzó que el rey volviese á hacer con ella vida conyugal, á pesar de haber reconocido como legítimos sus hijos, declarándoles por uno de sus testamentos sucesores en sus estados á falta de los legítimos [1].

Antes, empero, de llegar este caso, es fama que Doña Teresa acompañaba al rey en sus cabalgadas contra los moros y en sus empresas militares, como si fuese mujer suya propia, pues ninguna otra sino ella pudo ser aquella reina, compañera inseparable del *Conquistador*, de que nos hablan las crónicas, en ciertas jornadas que llevó á cabo después de 1251, época del fallecimiento de Doña Violante. Y muéveme á creerlo así lo mismo que dice Zurita de que por los años de 1255 «gobernaba el rey gran parte de sus negocios por el consejo de una dueña muy principal, que se decía Doña Teresa Gil de Vidaure, con la cual vivió mucho tiempo como

1 Otorgó el rey este testamento en Montpeller á 26 de Agosto de 1272.

con su mujer legítima; y así se declaró después por sentencia, que lo fué [1].»

La gloria del monarca aragonés llegó á su apogeo en los dos años inmediatos, durante los cuales, hallándose en Valencia, se le rindieron el castillo y villa de Biar, después de haber ocupado en el cerco los meses de Setiembre de 1252 á Febrero de 1253, y sometiéronsele en seguida todas las poblaciones y tierras desde el Júcar hasta el reino de Murcia, salvas vidas y haciendas, «por manera que de aquel momento en adelante ya lo dominamos todo,» como dice el propio rey en su obra.

Había fallecido poco antes el rey de Castilla D. Fernando, subiendo al trono su hijo D. Alfonso, casado, conforme ya sabemos, con la hija de Jaime de Aragón Doña Violante. Poco leal siempre el castellano en sus relaciones con el aragonés, manifestó deseos de repudiar á Doña Violante, en cuanto se vió rey, bajo pretexto de no tener en ella sucesión, y de aquí sobrevinieron nuevas discordias entre suegro y yerno, llegándose á romper la guerra por las fronteras de Murcia y de Castilla, según asienta Zurita. Hubo, sin embargo, buenos mediadores entre ambos monarcas, y la cosa no pasó muy adelante, celebrándose entre ambos un convenio de paz mientras se hallaba D. Jaime en el cerco de Biar [2], á lo cual quizá contribuyó también el haberse declarado en cinta Doña Violante por aquel mismo tiempo.

Pronto, sin embargo, hubo entre ellos un nuevo y más serio rompimiento. A mediados del 1253 murió el rey de Navarra Teobaldo, y su viuda y su hijo se ampararon de D. Jaime poniéndose bajo su protección, á cuyo fin pasó nuestro monarca á Tudela por el mes de

1 Zurita, lib. III, cap. LI.
2 Zurita, idem, id., cap. XLVIII.

Agosto para avistarse con ambos y celebrar con ellos un tratado, según el cual el joven rey navarro y su madre prometieron al *Conquistador* ser amigos de sus amigos, enemigos de sus enemigos y valerle y ayudarle contra cualesquiera príncipe del mundo, menos el emperador de Alemania y el rey de Francia. En cambio, D. Jaime les prometió defenderles contra Castilla y dar una de sus hijas en matrimonio al joven Teobaldo II. Esta alianza inspiró muy graves recelos al castellano, que guarneció en seguida de gente de armas las fronteras, pretendiendo que Navarra le pertenecía de derecho y disponiéndose á invadirla. El aragonés, por su parte, juntó también y movió sus huestes, pronto á defender aquel reino, y presidió con gente de los consejos de Huesca, Jaca, Tahuste y Alagón las fronteras de Sos y de Uncastillo; pero por el pronto no vinieron las cosas á rompimiento de hostilidades.

Entrado el mes de Setiembre, y dando tregua las desavenencias con Castilla, vínose D. Jaime á Barcelona, donde el príncipe D. Alfonso, ante él y su consejo, aprobó y confirmó las donaciones hechas por su padre á sus hermanos D. Pedro y D. Jaime. Formaban el consejo real el arzobispo de Tarragona, el obispo de Barcelona, el conde de Ampurias, el vizconde de Cardona, Guillermo y Berenguer de Anglesola, Bernardo de Santa Eugenia, Jimeno Pérez de Arenós, Galcerán y Ramón de Urg, Guillermo y Berenguer de Cardona y Bernardo de Centellas. Fué el público juramento y homenaje de D. Alfonso en manos del rey á 23 de Setiembre de 1253, y así quedaron por el momento definitivamente transigidas las dolorosas cuestiones que se habían suscitado entre los hijos de D. Jaime y que amagaban destrozar el reino con una guerra civil.

El *Conquistador* debió permanecer todo aquel invierno en Barcelona, pasando en seguida á las fronteras de

Navarra, donde ya amenazaba la guerra con el castellano, y donde se vió con el joven rey Teobaldo II en Monteagudo á principios del Abril de 1254. Firmáronse entonces nuevos pactos y convenios entre ambos, siendo muy de notar, como ya reparó Zurita [1], que el rey D. Jaime prometió valer al de Navarra contra todos los príncipes del mundo que pudiesen declararle guerra, menos contra Carlos, conde de la Provenza á la sazon, hermano del rey de Francia, que hubo de ser luego el más capital enemigo que habían de tener su hijo D. Pedro y la casa de Aragón. Todo estaba ya dispuesto é iba á comenzar la guerra con visos de ser sangrienta y empeñada, cuando tuvo noticia D. Jaime de un levantamiento que acababan de efectuar los moros de Valencia. Pactó, pues, apresuradamente treguas con el rey de Castilla, y partió para aquel reino con intención de sujetar á los moros rebelados, acompañándole á esta expedición, según parece, su amada Teresa Gil de Vidaure, ganosa de dar á su vez las pruebas que diera un día Doña Violante de buena heroína y buena consejera, compartiendo los peligros y las amarguras del monarca en las militares campañas.

1 Cap. XLIX del tercer libro.

CAPÍTULO X.

Azedrach el moro.—Sus astucias y tramas secretas.—Trata de apoderarse del rey armándole una emboscada.—Sublevación de los moros. —Determinación del rey.—Cortes en Valencia con este objeto.— Nombramiento de Guillermo de Moncada para gobernador de Játiva, y expulsión de los moros de Valencia.—Capitulación de los moros de Montesa.—Jimeno Pérez de Arenós marcha contra los sublevados.— Batalla de Peñacadell en que hizo sus primeras armas D. Pedro.— Tregua con los moros.—El príncipe D. Alfonso procurador de Aragón y de Valencia.—Bernardo Vidal de Besalú media para conseguir la paz entre los reyes de Aragón y de Castilla.—Vistas de ambos reyes.—Sublevación de Montpeller.—Los reyes de Aragón y de Francia nombran árbitros para dirimir su contienda.—El vizconde de Narbona desafía al rey de Aragón.—Vistas de los reyes de Aragón y de Castilla en Calatayud y en Soria.—Rompimiento de hostilidades entre los reyes de Aragón y de Francia.—Termina D. Jaime la campaña de Valencia.—Astucia de que se valió.—Capitulacion de Azedrach.

(De 1254 á 1256.)

Preciso se hace ahora poner en ciertos antecedentes á los lectores. Después de la conquista de Valencia, vivía en la corte del rey y le seguía á todas partes, un moro llamado Alazarach, Al-Azarch ó Azedrach, que de esta manera le nombran indistintamente nuestros historiadores, y del cual un moderno cronista traza el bello retrato siguiente: «Hijo de padre africano y de madre española, dice, unía al carácter de hierro del primero, la noble altivez de la segunda. Joven, bien apuesto, moreno de color, de mirada viva y penetrante, de fácil producción, ora se explicase en lemosín, ora usase el idioma de sus mayores, y dotado de una imaginación brillante como el cielo andaluz que vió nacer á su madre, y de una sagacidad semejante á la de la pantera de

los desiertos donde se meció la cuna de su padre, Azedrach, desterrado de Granada su patria, encontró grata acogida en la corte del rey D. Jaime, de quien recibió una protección muy distinguida. Astuto el moro se dedicó á asegurar más y más esta confianza, portándose como valiente en las guerras contra sus propios hermanos, y fingiendo que se preparaba á abrazar la fe de su augusto protector, para alucinar de un modo más seductor á un monarca altamente religioso. Ofreciendo sus obsequios galantes á una linda joven, parienta de Jimeno Carroz, el conquistador de Denia, ocultaba entre las flores que depositaba á los pies de su hermosa dama el vasto pensamiento de vengar á los moros del estado en que se hallaban, y llevaba adelante la conspiración sigilosamente y con una maña, que hacía más segura la confianza dispensada por el rey y los altos personajes de su corte [1].»

Tal era en efecto el hombre que el rey mantenía á su lado sin recelo de ninguna clase. Su política, su sangre fría, su astucia y su serenidad salvaron á Azedrach de toda sospecha, y pudo por lo mismo seguir desde la corte de D. Jaime el hilo de una correspondencia activa y sigilosa con los alfaquíes y los caudillos de los moros que, arrojados de Játiva, fueron á refugiarse en las breñas que forman las vertientes escabrosas del altísimo Mariola. La conspiración iba adelantando mientras iba D. Jaime colmando de mercedes á Azedrach, quien, á lo que parece, era señor del castillo de Rugat, nombre que aun distingue al pueblo de Ayelo, cerca de Montichelvo, y que se hallaba situado en la cima de un monte que domina aquel valle áspero y erizado. Cuanto más se aproximaba el momento fijado en las secretas tramas del astuto moro para dar el grito de independencia, más

1 Vicente Boix: *Historia de Valencia*, pág. 63 del tomo I.

entusiasta del rey se iba haciendo Azedrach, más vehementes manifestaba sus impulsos de hacerse cristiano, y más ardientemente enamorado aparecía de la hermosa Alda de Carroz, parienta de Jimeno Carroz, señor de Rebolledo.

Maduros los planes, y pronto todo, llegó por fin el día designado para dar el golpe. Azedrach intentaba nada menos que apoderarse de la misma persona del rey, y en poco estuvo ciertamente que lo consiguiese. Al efecto, le suplicó que le concediese el honor de ir á tomar posesión en persona del castillo de Rugat, y ageno el rey de sospechar en este ofrecimiento una cobarde felonía, atendió á la súplica y se dirigió al castillo, armado sólo de cota de malla, y en compañía de unos pocos caballeros. Según Beuter, formaban tambien parte de esta comitiva la reina (Doña Teresa Gil de Vidaure sin duda) y algunas damas de la corte [1]. Había ya anochecido cuando la cabalgata penetraba en las fragosidades del valle, buscando á Azedrach que se había adelantado con el pretexto de disponer el recibimiento. Pero, el recibimiento del moro fué salir de repente de entre las breñas, presentándose á la cabeza de siete grupos de ballesteros, cuyo salvaje grito de guerra y cuyos bélicos toques de cornetas y añafiles fueron á despertar los ecos dormidos en aquéllas sinuosidades. Cuentan las crónicas, que si fué terrible el acometimiento, no fué menos briosa la resistencia. El rey, á la cabeza de su pequeña escolta, resistió el ataque de sus enemigos, los cuales sorprendidos de hallar tan valiente resistencia donde no esperaban, comenzaron á cejar; y entónces D. Jaime, según refieren las memorias antiguas, conociendo la impresión de que se hallaban dominados, acometió á su

1 Beuter, part. II, cap. XLVIII.—Zurita, lib. III, cap. L.—Vicente Boix en su *Historia de Valencia* y en su *Xátiva*.

vez á los sarracenos, les debeló, y á las cargas de su caballería logró por último dispersarles, no sin perder 17 de sus hombres de armas.

Debió esto acontecer poco después del sitio de Biar, y desde aquel momento desapareció Azedrach, sin que en algún tiempo volvieran á tenerse noticias suyas. No tardó en darlas sin embargo. Aunque desconcertado con su fracaso, esperó otra ocasión oportuna, y creyó hallarla cuando el rey estaba distraído en sus preparativos de guerra contra Castilla. Dió su grito de guerra y apoderóse sucesivamente de Pego y de Finestrat, levantándose á su voz los moros del valle de Gallinera, de Guadaslet y tierra de Luchente y de Montesa.

Entonces fué cuando el rey acudió inmediatamente á Valencia, como hemos dicho; y poco después de haber llegado allí, supo que Azedrach le había tomado por escalada el castillo de Peña-águila, de lo cual se sintió mucho. «Obra de Dios parece esto, exclamó el rey, para que los moros lo paguen cara y duramente; no les sacábamos de sus albergues, ni les hacíamos daño, para que pudieran vivir opulentamente entre nosotros; mas ahora estamos libres de convenios, porque ellos son los primeros en romperlos [1].»

Formado este proyecto, y decidido á ponerlo por obra acto continuo, mandó reunir en la iglesia mayor de Valencia á los prelados y principales barones y caballeros junto con algunos ciudadanos, y les propuso la expulsión total de los moros para poblar la tierra de cristianos. Profunda fué la sensación que tan inesperada propuesta produjo en la asamblea. Los prelados y los ciudadanos la aprobaron, pero no así los magnates, quienes se opusieron abiertamente, diciendo que si esto se llevaba á cabo, iban á quedar arruinados cuantos hacían

1 Crónica real, cap. CCXXXVII.

valer sus tierras, merced á la industria de los vencidos y sojuzgados. Después de discutirse ámpliamente, quedó aprobado el dictamen del rey, aunque con la restricción, según los historiadores valencianos, de que la orden de extrañamiento comprendiera sólo á los vasallos moros de la corona, dejando en el país á los que se hallaban en los dominios que eran de señores particulares.

En vista de la opinión de la asamblea, antes empero de la publicación del edicto, se adoptaron todas las disposiciones que se creyeron oportunas para sofocar el levantamiento, marchando inmediatamente á Játiva Guillermo de Moncada, para encargarse de su gobierno y hacer frente el primero á los sublevados de Luchente. Ocupados así todos los demás puntos fuertes de una y otra orilla del Júcar, se publicó la orden de extrañamiento para todos los moros que eran vasallos de la corona, autorizándoles para que se llevasen consigo cuantos efectos de su propiedad pudieran trasportar. Fácil es de suponer el trastorno que este edicto real debía producir en gentes nacidas en el reino y á las cuales se precisaba á abandonar su patria y sus hogares, obligándolas á buscar un asilo hospitalario lejos del país en que se había mecido su cuna y en que reposaban las cenizas de sus padres.

Los más pacíficos instaron, porfiaron y hasta se ofrecieron á pagar tributos dobles si se les dejaba permanecer en el país; pero el rey estuvo inflexible, y enérgicamente se llevó á cabo su voluntad. Entonces, cerca de 70.000 hombres desesperados, cuyo caudillo principal era Azedrach, se prepararon á la resistencia, y formaron dos grandes campos; uno en Luchente y otro en Montesa, cuyo castillo podía contener cómodamente una guarnición de 2.000 combatientes. La ventaja que podía darles tan formidable fortaleza, no alentó á los moros refugiados en ella á sostenerla, los cuales resol-

vieron transigir, valiéndose para el caso de Jimeno Pérez de Arenós, que tenía entre los sarracenos mucha influencia, y por su mediación consiguieron el permiso de retirarse unos á Murcia y otros á Granada.

No fué tan fácil como en Montesa, vencer á los que acaudillaba Azedrach desde la altura de Luchente. Tenía su centro de operaciones en Peñacadell, y estaba protegido, al par que por fuerzas numerosas, por un terreno áspero y montuoso. Contra éstos tuvo que apelarse á la fuerza de las armas. Quería el rey emprender personalmente la campaña, pero vencido por las súplicas de sus barones se limitó á enviar un cuerpo de ejército al mando de Jimeno Pérez de Arenós. Éste probó primero los medios de conciliación, pero viendo que eran ineficaces, resolvió arrojarles á la fuerza de sus alturas.

Tuvieron lugar heróicos combates, y aunque al principio la suerte de las armas pareció favorecer á los moros, se declaró luego por los cristianos. Las crónicas hacen particular mención de la famosa jornada de Peñacadell, en la que, según hallo en un cronista moderno [1], combatió valerosamente el joven príncipe D. Pedro, aquel que luego había de ser llamado *el Grande* entre los reyes de Aragón. Murió en esta batalla Aben-Bazel, lugarteniente de Azedrach, y la victoria fué completa por parte de las armas aragonesas.

Después de esta jornada, que hubo de ser muy sangrienta, y en particular para los moros fatalísima, recogiéronse éstos en sierras y sitios verdaderamente inaccesibles, y hubo necesidad de suspender las hostilidades por algún tiempo, pactándose treguas por un año, é interviniendo en ello el rey de Castilla, que desde aquel momento, como hemos de ver más adelante, comenzó á proteger á Azedrach, llegando hasta facilitarle me-

1 Boix: *Xátiva cristiana*.

dios durante la tregua para reponerse del desastre de Peñacadell.

Por aquel tiempo se había dado ya la procuración del reino de Aragón y Valencia al príncipe D. Alfonso, según acuerdo de los jueces nombrados en Alcañiz, el cual, hallándose en Biar, hizo pleito homenaje al rey su padre, comprometiéndose á ayudarle á él y no al rey de Castilla, si éste movía guerra contra Aragón [1]. Todos estos juramentos y pleitos homenajes, de que se ha ido dando cuenta, prueban que el rey D. Jaime confiaba poco en su hijo, y que éste, más ó menos directamente, continuaba siempre favorecido del castellano, que con él en secreto se entendía.

Ya en esto fenecía la tregua que con el rey de Castilla había pactado el de Aragón, conforme hemos visto al final del anterior capítulo; y aun cuando D. Jaime estaba cada vez más intransigente con su yerno el castellano, por creerse cada vez más agraviado de él, mediaron en favor de la paz algunas personas, amigas de que ambos reyes guardasen todo su valor y recursos para emplearlos contra moros y no para combatirse entre sí. Zurita y Feliu de la Peña citan, como uno de los mediadores en este negocio, al catalán Bernardo Vidal de Besalú, de quien dicen que era hombre muy sabio y al cual consultaba el rey para los asuntos de su consejo y estado, fiándole lo más íntimo. Este buen consejero trabajó tanto y con tanto provecho, que redujo por fin á entrambos monarcas á que celebrasen una conferencia entre Agreda y Tarazona.

Tuvieron lugar estas vistas, y si bien en ellas el aragonés y el castellano quedaron por el momento acordes en que el reino de Navarra continuase bajo la protección y amparo de D. Jaime, es lo cierto que persistió

1 Zurita, lib. III, cap. LI.

en su porfía el rey de Castilla, y las cosas no tardaron en volverse á inclinar más al rompimiento que á la concordia. La paz no se firmó hasta principios del 1256.

Pero, antes de hablar de ello y antes de saber qué fin tuvo el levantamiento de los moros de Valencia, hay que llenar otro vacío que en el año 1255 dejan nuestras historias por referirse á cosas pasadas en la otra parte de los Pirineos [1].

Los habitantes de Montpeller, propensos siempre á su espíritu de independencia y de republicanismo, y movidos también por los ocultos enemigos de la casa de Aragón, habían intentado sustraerse á la autoridad de Don Jaime á fines del 1254, erigiéndose en república. Consta que, en 25 de Octubre de dicho año, formaron una liga con Amalrico vizconde de Narbona, el cual se comprometió á tomar su defensa y á protegerles contra todos los que tratasen de violar sus derechos, excepto contra el rey de Francia y el de Castilla [2]. Esta excepción última, puede indicar muy bien que el monarca castellano no era del todo ajeno quizá á los disturbios de Montpeller, suscitados tal vez para mover embarazos á D. Jaime, precisamente en los momentos en que Castilla preparaba sus armas contra él.

También entró en la liga el obispo de Magalona; y cuentan de él las historias del Languedoc que, en Abril de 1255, declaró que la ciudad de Montpeller había sido siempre feudo de la corona de Francia, siendo el rey de Aragón, no rey, sino señor de Montpeller. ¡Singular definición!

Los monarcas de Aragón y de Francia se hallaban

1 Crónicas de Provenza, historias del Languedoc y del Rosellón y anales de Montpeller.

2 Estas palabras entre los cónsules y síndicos de Montpeller y el vizconde de Narbona, se hallan por extenso en la prueba CCCIX, col. 509 del tomo III de la *Historia del Languedoc*.

entonces en paz, pero existían entre ellos motivos de desavenencia á causa de recíprocas pretensiones sobre feudos de sus respectivos dominios. Así es que, por aquellos tiempos, en Junio de 1255, ambos reyes firmaron un compromiso prometiendo adherirse, bajo pena de 30.000 marcos de plata, á la decisión de dos personas que ellos nombraron y escogieron para árbitros de sus diferencias, las cuales debían dar su dictamen en el término de un año [1]. Estos fueron los preliminares del tratado de Corbeil. La persona nombrada por D. Jaime de Aragón, fué el sacrista de Gerona, sin duda aquel mismo Guillermo de Montgrí, conquistador de Ibiza.

Mientras tanto, D. Jaime resolvió ir á someter los habitantes de Montpeller, y al efecto, pidió paso al rey de Francia por sus tierras, con el permiso para proveerse en ellas de víveres y emplear en esta expedición á los franceses que quisieran seguirle. Fuéronle otorgados estos permisos por San Luis [2], pero no consta que el rey de Aragón atravesara por entonces los Pirineos, antes bien parece que la ciudad de Montpeller continuó titulándose independiente.

Así se pasó todo aquel año de 1255, sin que el estudio de la historia pueda darnos luz suficiente para apreciar en su verdadero valor los sucesos; y sólo encuentro que en Marzo de 1256, Amalrico, vizconde de Narbona, que se había ligado con el rey de Castilla, desafió de parte de éste al rey de Aragón por medio de públicos carteles. Ninguna consecuencia tuvo, sin embargo, este reto fanfarrón del vizconde [3].

1 *Marca hispánica*, págs. 519 y siguientes.—Henri; *Historia del Rosellón*, cap. VI.

2 Extractos de varias cartas de San Luis que se hallan en la prueba CCCXVII, col. 519 del tomo III de la *Historia del Languedoc*.

3 Este cartel de desafío consta en la prueba ó documento CCCXXII, col. 527 de la citada obra. Lleva la fecha del 10 de Marzo de 1256.

Precisamente por aquel mismo tiempo, los reyes de Aragón y de Castilla, cuyas pláticas de concordia continuaban, después de haberse avistado en la ciudad de Calatayud por el mes de Febrero, volvían á verse por el de Marzo en Soria, donde se convinieron definitivamente, renovando las amistades y alianzas que tuvieron sus mayores [1].

Si estas diferencias entre el aragonés y el castellano tuvieron por el pronto un feliz éxito, no lo obtuvieron tan favorable las que mediaban entre el primero y el rey de Francia. Los árbitros nombrados de común acuerdo por ambos monarcas no se avinieron, y dejaron transcurrir el plazo de un año que se les había fijado, sin dar su dictamen, y entonces, dicen las crónicas francesas, «los infantes de Aragón recurrieron á las armas y cometieron diversos actos de hostilidad en la senescalía de Carcasona [2].» Cuáles fueron estos actos y quién ó quiénes de los hijos de D. Jaime se pusieron al frente de la invasión, no lo particularizan las crónicas, y tenemos que contentarnos con los escasos datos que nos proporcionan, sabiendo sólo que el senescal de Carcasona hizo un llamamiento para resistir á la hueste aragonesa, y que el rey de Francia envió como embajadores al de Aragón el caballero Tomás de Montleard y Fray Juan de la Trinidad, su capellán, por cuyo medio y embajada parece que se volvieron á reanudar las interrumpidas negociaciones. Ya veremos como éstas dieron luego por resultado el convenio de Corbeil.

No espiró aquel año de 1256 sin ver el monarca concluída su campaña contra los moros de Valencia sublevados. Ya sabemos como se pactaron treguas de un año con Azedrach, el cual durante este intervalo fué á verse

1 Zurita, lib. III, cap. LII.

2 *Historia del Rosellón*, tom. III, pág. 486.

con el rey de Castilla para pedirle su protección. Interesado estaba entonces el monarca castellano en suscitar dificultades al aragonés, y protegió al moro, á quien es fama que preguntó un día si era aficionado á la caza, contestando Azedrach:—«Sí por cierto, pero son mi caza los castillos del rey de Aragón.»

La tregua concedida fué mejor aprovechada por Don Jaime que por el moro. Valióse de ella para poner en planta una hábil astucia. Hizo que por bajo mano, cuando iba á finalizar la tregua, fuesen comprados á buen precio todos los víveres del moro, engañando con el cebo de la ganancia al lugarteniente de Azedrach, el cual, creyendo que las treguas se renovarían y viendo sólo en aquello un gran negocio, no tuvo inconveniente en vender los víveres que se necesitaban para abasto de las fortalezas. Terminada la tregua, y viéndose Azedrach desprovisto, pidió por conducto del castellano una renovación, pero entonces D. Jaime permaneció inflexible y abrió la campaña, que fué para él altamente satisfactoria, tomando en ella activa y meritoria parte Ramón de Cardona, Guillermo de Anglesola y otros barones de Aragón y de Cataluña, y distinguiéndose como siempre los terribles almogavares.

Rindiéronse al rey muchos castillos, entre ellos los de Planes, Castell de Castells, Pego y Concentaina, y apurado Azedrach, acosado por los almogavares que le daban caza por los montes como á una fiera, concertó con D. Jaime el salirse del reino y no volver jamás á él, mediante que se concediese á un sobrino suyo el castillo de Polop para durante su vida. Accedió el monarca, y Azedrach salió por entonces del reino de Valencia, si bien, faltando á su promesa, hubo de volver más adelante para de nuevo hacer verter mucha cristiana sangre. Así terminó aquella imponente sublevación de moros. Cuando todo hubo concluído, D. Jaime de Aragón

envió un mensaje al de Castilla diciéndole que también era él cazador, que aquellos días había estado de caza y que había hecho presa de diez y siete castillos á los moros. ¡Brillante mensaje y magnífica venganza! [1].

CAPÍTULO XI.

Viajes del rey.—Embajadores enviados á Francia para negociar un tratado.—Tratado de Corbeil entre los reyes de Francia y de Aragón.—Ratificación del tratado por D. Jaime en Barcelona.—Tratos de boda entre Isabel de Aragón y Felipe de Francia.—Viaje del rey á Perpiñán y á Montpeller y sosiego de estas ciudades.—Unido el reino de Valencia al de Aragón, es declarado heredero y sucesor en ambos el príncipe D. Alfonso.—Sucede D. Alvaro en el condado de Urgel y turbaciones en este condado.—D. Pedro de Moncada incendia la villa de Pons.—D. Alvaro de Cabrera se aparta de la obediencia del rey.—Confederación de barones catalanes contra el rey.—D. Jaime llama á las armas para marchar contra ellos.—El rey tenía tregua con el de Túnez.—Muerte del príncipe D. Alfonso en Calatayud.—Declaración y protesta hecha por D. Pedro en Barcelona.—El rey manda al justicia de Aragón contra el conde de Urgel.—Unión y hermandad de las ciudades y villas de Aragón.—Tratos de boda entre el príncipe D. Pedro y Constanza de Sicilia, y embajada del rey al Papa.—Contestación del Papa.—Fernán Sánchez, hijo natural del rey, pasa á Sicilia á ratificar el tratado de boda.—Matrimonio de Isabel de Aragón con Felipe de Francia.—Bodas del príncipe D. Pedro con Constanza de Sicilia.—Disposiciones del rey tocante á sus reinos.

(De 1257 á 1262.)

Por lo mismo que D. Jaime llegaba á un apogeo de gloria que era dado á pocos reyes alcanzar, parecía condenado por la Providencia á pagar esta misma herencia de gloria con repetidos quebrantos y con no tener apenas un momento de tregua y de descanso, ni entre el

1 Crónica real.—Zurita.—Beuter.—Escolano.—Boix.

tumulto de los campos de batalla, ni en el para otros pacífico hogar doméstico. Ni paz y tregua podía dar tampoco á los suyos el que no las tenía para su alma. Imagen es su movimiento continuo de su vida agitada y turbulenta. No les daba vagar ni á su cuerpo ni á su espíritu. Su corte no estaba ni en Zaragoza, ni en Barcelona, ni en Alcañiz, ni en Lérida, ni en Huesca, ni en Tarragona, ó por mejor decir, tan pronto estaba en estos puntos, como en las tiendas levantadas alrededor de la suya en los campos de batalla. D. Jaime de Aragón tuvo su verdadera residencia en la silla de su caballo.

Terminaba apenas la campaña de Valencia cuando se fué á Lérida, donde, por el mes de Agosto de 1257, renovó sus anteriores concordias con el castellano, dándose satisfacción de daños y perjuicios por entrambas partes [1]; de Lérida se vino á Barcelona, en cuyo punto recibió á Gil de Rada, navarro, que se le presentó como embajador, á participarle que aragoneses y navarros andaban cada día querellándose y hostilizándose por las fronteras, de Barcelona pasó á la raya navarra, en donde remedió los daños y asentó treguas con aquel rey, haciendo que tornasen á su obediencia los rebeldes; de allí volvióse otra vez á Barcelona, al objeto de embarcarse para Valencia; de Valencia se trasladó á Tortosa, en cuyo punto se hallaba por Marzo de 1258, y de Tortosa le veremos luego dirigirse nuevamente á Barcelona, para de allí encaminarse á Perpiñán y á Montpeller.

En Tortosa, donde se hallaba sin duda allegando gente para romper de nuevo la guerra contra Azedrach, si cumplido el plazo que se le había dado no salía del rei-

1 En el tomo I del *Memorial histórico* de la Real Academia de la Historia hallará el lector la escritura que firmó en Lérida D. Jaime, donde consta su promesa de enmendar los daños hechos por sus vasallos á los del rey de Castilla, según lo convenido en Soria y Biar.

no, firmó una escritura á 11 de Marzo de 1258, dando poderes y procuración al obispo de Barcelona, Arnaldo; á Guillermo, prior de Santa María de Cornellá, y á Guillermo de Rocafull ó Roquefeuil (*Rocafolio* dice el documento), su lugarteniente en Montpeller, para pasar en clase de embajadores suyos á la corte de Francia y terminar sus diferencias con el monarca de aquella nación [1]. Una crónica provenzal dice que al mismo tiempo, y por un acto separado, les dió poder para concluir el casamiento de su hija Isabel con Felipe, hijo segundo del rey.

Partieron los embajadores; hallaron al monarca francés San Luis en Corbeil; tuvieron con él varias conferencias, y convinieron por fin, á 11 de Mayo de 1258, en aquel famoso tratado que se llamó de Corbeil, sobre el cual he dado ya mi pobre opinión en el tomo I de esta obra, y según el que Luis IX de Francia cedía al rey sus pretendidos derechos de feudo y señorío, basados en imaginarias tradiciones carlovingias, sobre los condados de Barcelona, Urgel, Besalú, Rosellón, Ampurias, Cerdaña, Conflent, Gerona y Vich, mientras que D. Jaime cedía por su parte sus derechos algo menos hipotéticos, algo menos fantásticos y algo más reales sobre los condados, vizcondados y pueblos de Carcasona, Rasez, Laurac, Termes, Beziers, Minerva, Agde, Albi, Ródez, Cahors, Querci, Narbona, Puilaurens, Queribus, Castel Fisel, Sault, Fenouillet, Pierre Pertuse, Milhaud, Gevaudán, Grezes, Nimes y Tolosa [2].

A propósito de este tratado han tenido extensa ocasión de hablar los historiadores, diciendo unos que la ventaja estuvo de parte de la Francia, y otros que de parte de Aragón, y hasta ha existido un autor (Gispert-

1 Estos poderes se hallan por extenso en la prueba CCCXXVII, col. 532 del tomo III de la *Historia del Languedoc*.

2 Se halla este tratado en el archivo de la Corona de Aragón.

Dulcat, miembro del consejo soberano del Rosellón), que ha escrito en 1790 una memoria para negar la existencia de este convenio [1]. Sin embargo, aparece como un hecho positivo que D. Jaime lo ratificó y confirmó hallándose en Barcelona, á 16 de Julio de aquel mismo año, en presencia del obispo de la capital, Arnaldo; de Raimundo Gaucelín, señor de Lunel; de Gualtero de Pins, de Guillermo de Rocafull, y de otros muchos señores [2].

Desde aquel momento, el rey de Aragón no conservó á la otra parte de los Pirineos más que sus dominios de Montpeller, con sus dependencias, y el señorío feudal sobre el vizcondado de Carlad en Auvernia, que se reservó.

También se concluyó entonces el matrimonio entre Isabel de Aragón y Felipe, hijo segundo del rey de Francia; pero como ni uno ni otro habían aún alcanzado la edad núbil, no fué celebrado hasta cuatro años después, siendo esto, según parece, lo que proporcionó ocasión á entrambos reyes para confirmar el tratado de Corbeil [3].

Sólo después de la primera confirmación del convenio, hecha en Barcelona, se decidió D. Jaime á pasar los Pirineos, dirigiéndose primero á Perpiñán, donde con

1 *Historia del Rosellón*, por Mr. Henry, pág. 109 del tomo I.

2 Véase la nota XXXIX del tomo III de la *Historia del Languedoc*, donde se prueba la equivocación de Zurita y de otros, al decir que Don Jaime se vió con el rey de Francia para la celebración del tratado.

3 Debiera haber escrito con más detención sobre este tratado de Corbeil, que acabó con la política tradicional de los monarcas aragoneses en Provenza. Los trovadores de aquella época escribieron contra D. Jaime terribles serventesios, y el país en general condenó la política del rey aragonés, que no fué ciertamente todo lo acertada y previsora que debiera, según más extensamente manifiesto en mi obra *Los Trovadores* y en mi estudio sobre *El Tratado de Corbeil*, donde doy extensos detalles, y rectifico de buen grado yerros cometidos en mi primera edición de esta historia.

su llegada se restableció el orden que se había turbado, á causa de cierta alteración hecha en el valor de las monedas, y después á Montpeller, cuyos habitantes le suplicaron volviese á admitirles en su gracia y bajo sus dominios. La permanencia del rey de Aragón en esta última ciudad, fué desde el 10 de Diciembre de 1258 al 26 de Febrero de 1259.

Habiendo alcanzado un éxito felicísimo, y como mejor no podía esperar en su viaje, *el Conquistador* regresó á Cataluña, deteniéndose en Lérida. Allí, á consecuencia de grandes disgustos y alteraciones promovidas por el último reparto que de sus estados había hecho, creyó que debía un nuevo sacrificio al mantenimiento de la paz interior, y declaró el reino de Valencia unido al de Aragón, y heredero de entrambos al príncipe D. Alfonso, desposeyendo así de aquel reino á su hijo D. Jaime, á quien antes se lo diera, y dejándole sólo las Baleares y demás tierras consignadas en la anterior disposición. Según Zurita, esto tuvo lugar en 1258, y por consiguiente, si admitiéramos la fecha, antes del viaje del rey á Montpeller.

Por aquel entonces, y hallándose en Lérida el rey, comenzaron en Cataluña alteraciones tales, que renovaron el ejemplo de lo sucedido en los primeros años del reinado de D. Jaime. Estaba de Dios, como se ha dicho al comenzar este capítulo, que no podía haber para el monarca paz ni sosiego, y que le era forzoso comprar su patrimonio de gloria con una herencia de quebrantos y de amarguras.

Para poner en camino á los lectores, es indispensable retroceder un poco. Por muerte de Ponce de Cabrera, que ya sabemos se titulaba conde de Urgel al par del rey, sucedióle su hijo primogénito Armengol; pero muerto éste también á los pocos días, entró á ser conde de Urgel el segundo, que había nacido en Castilla, y que, á

pesar de llamarse Rodrigo, trocó su nombre por el de Álvaro (II). Siendo aún niño, contrajo matrimonio con Doña Constanza de Moncada; pero poco después, pretextando la nulidad de aquel enlace, á causa de tener la esposa diez años, y él poco más cuando se contrajo, se proclamó libre, y trató de pasar á segundas bodas. Por mediación de su tutor y valido Jaime de Cervera, llegó á concertarlas con Sibila de Anglesola; pero así que iban á celebrarse, se arrepintió de lo hecho, y, apartándose de lo pactado, fijó su elección en Cecilia, hija de los condes de Foix. Ajustóse esta nueva boda, y se celebró en 1256, en la iglesia de Sellent, ocho días antes de Navidad; pero en seguida se presentó Doña Constanza de Moncada, pidiendo la validez de su primer enlace, y dando lugar con su demanda á un ruidoso litigio, del cual hubieron de conocer varios prelados y el mismo Sumo Pontífice, y en el cual se pronunciaron diferentes y contrarias sentencias, que, obligando tan pronto á D. Álvaro á reunirse con Doña Constanza, como declarando válido su matrimonio con Doña Cecilia, dieron por resultado que el conde de Urgel dejase sucesión de ambas esposas.

Hay que referir, á todo esto, que D. Pedro de Moncada, padre de la repudiada Constanza, puso gente en campaña, fiando el derecho de su hija más de la fuerza de las armas que de la sentencia de la Iglesia, y uniéndose con D. Guillermo de Cardona, entró á correr las tierras de Urgel, apoderándose de la villa de Pons y entregándola á las llamas.

Quiso el rey de Aragón mediar en el negocio, como señor feudal del condado de Urgel, para aquietar el país é impedir mayores males, á cuyo fin comenzó por pedir á D. Álvaro las tenencias de los castillos de Agramunt, Balaguer, Linyola y Oliana, que eran entonces los pueblos más fuertes y mejores del condado, entre-

gándoselas el de Cabrera por estar obligado á ello y no serle permitido hacer otra cosa. Pero estas tenencias ó posesión de castillos, duraban diez días no más, y pasados aquéllos, según costumbre de Cataluña, siendo el rey requerido, tenía obligación de volverlas á restituir. Hemos de creer, siguiendo á Monfar, que concluído el plazo, el conde pidió la devolución de los castillos á uso y costumbre de Barcelona y Cataluña, pero el rey no quiso dar lugar á ello, aun cuando el conde ofrecía estar á derecho con él. Irritóse el conde, túvose por agraviado, y envió á decir á D. Jaime que se salía de su obediencia, del modo y forma que según derecho le era permitido, y que por ésto le enviaba su carta de *deseximent*.

Así fué, que el medio de que se valió el rey, pensando ser el mejor para aquietar el país, sirvió para alterarle más aún, porque los magnates y caballeros de Cataluña, que cuidaban poco de lo que pasaba entre el rey, Constanza y el conde, se alarmaron á la noticia de que el monarca retenía los castillos de D. Álvaro. Los más de ellos estaban obligados á dar las tenencias siendo requeridos, y era mal caso é interés común, dice Monfar, que quisiese el rey, pasados los diez días, quedarse con ellos y quedar ellos desheredados [1]. Alborotáronse, pues, los principales barones de Cataluña y acudieron á las armas, declarándose abiertamente contra el monarca y confederándose con el conde D. Álvaro. Los que más amigos y valedores de éste se mostraron fueron: el vizconde de Cardona Ramón Folch, Berenguer de Anglesola, Jaime y Ramón de Cervera, Guillén y Hugo de Cervelló, Guerau de Cabrera, hermano del conde, Bernardo Ramón de Ribelles, Guillén Ramón de Josa,

1 Monfar, cap. LVIII. En todo este asunto sigue el autor principalmente á Monfar y el *Arte de comprobar las fechas*.

Arnaldo de Juz y otros muchos, enviando todos un mensaje al rey para despedirse y decirle que se apartaban de su obediencia, según el uso y estilo de aquellos tiempos.

La suerte estaba echada, y ya no tenía D. Jaime más recurso que acudir á las armas. A este fin, y en los primeros días del mes de Marzo de 1260, convocó desde Lérida á sus feudatarios de Cataluña para que en la próxima fiesta de Pascua se hallasen reunidos en Cervera, dispuestos á prestarle los servicios, á que estaban obligados por sus feudos, en la guerra que trataba de emprender contra D. Álvaro de Cabrera y sus confederados.

Mientras todo se disponía al efecto, trasladóse Don Jaime á Aragón é hizo un nuevo concierto con el rey de Castilla, permitiendo que los ricos-hombres aragoneses pudiesen ir á auxiliarle en la guerra que iba á sostener contra los moros bajo el carácter de cruzada, exceptuando al rey de Túnez con quien tenía asentada tregua por el gran trato y comercio que los mercaderes de Cataluña y Valencia tenían en aquellas partes, resultando de ello mucho y muy grandísimo provecho á los reinos de Aragón.

Consta todo esto del permiso que á 3 de Abril de 1260, hallándose en Lérida, mandó publicar D. Jaime para que pudiesen libremente sus magnates y súbditos ayudar al rey D. Alfonso de Castilla; pero éste no debió quedar satisfecho con la excepción hecha por Don Jaime relativa al rey de Túnez, y reclamó contra ella, en carta fechada en Soria á 12 de Abril. D. Jaime insistió, sin embargo, en su resolución. A pesar de la carta de su yerno D. Alfonso, en 22 de Abril desde Lérida, donde se hallaba aún, negaba á B. de Santa Eugenia el permiso que le había pedido para acompañar á Túnez al infante de Castilla, D. Enrique; y en 23 del mismo Abril contestaba al monarca castellano, diciéndole:

«Vos respondemos así á lo del Miralmomonino, señor de Túnez, que ben sabedes vos que tanto á con nos, et tanto faz per nos, que non nos seria gent que homnes nuestros naturales que exiessen de nuestra terra e is feziessen mal. E per la amor que él nos faz, e per las trevas que avemos con él, e la terza por que tanta de gent de nuestra terra a en la sua, e tanto de aver que seria a aventura de perder, vos non end devedes catur; quando vos nos end quessiessemos catan, que la maior valor que entre los reyes es, si es te. E sabemos que vos catarades la nuestra fe, assi quemo nos fariemos la vuestra.»

Nobilísima conducta esta y nobilísimas palabras que honran á nuestro D. Jaime [1].

Tuvo lugar á la sazón un acontecimiento que influyó radicalmente en la suerte de estos dominios. Murió en Calatayud el príncipe D. Alfonso, hijo mayor del rey y de la repudiada Doña Leonor de Castilla, y murió, según dice su epitafio del monasterio de Veruela, á últimos de Marzo de 1260, entre los regocijos de las bodas que estaba celebrando con Doña Constanza de Moncada, hija y heredera de Gastón, vizconde de Bearn y nieta del caudillo ilustre fallecido gloriosamente en Mallorca. Su desconsolada madre hallóse presente al entierro y exequias de aquél que moría sin haber probado el cariño de su padre, sin haber alcanzado á gustar los goces del poder y del himeneo, y cuya muerte iba á cambiar por completo los destinos de estos reinos.

Pero las desavenencias que habían surgido entre Don

1 Estos documentos con los cuales me permito añadir en esta segunda edición lo que dejé de continuar en la primera, se hallarán en el archivo de la Real Academia de la Historia, en la colección llamada del P. Villanueva, E. 125. fd. 47, 48, 49 y 50. En cuanto al rey de Túnez, que D. Jaime llama Miralmomonino, era Abu Abdillah Mohammed.

Alfonso y D. Pedro, comenzaron entonces á demostrarse entre éste y su otro hermano D. Jaime. El rey persistía en su tema de dar á su hijo D. Jaime los dominios de las Baleares y Valencia por él conquistados, dejando á D. Pedro, el mayor, los reinos de Aragón y Cataluña. D. Pedro, al tener noticia de ésto, apeló á una astucia que ha sido diversamente juzgada; y fué que, sabiendo que su padre intentaba hacerle aprobar con juramento alguna disposición ó donación en favor del infante D. Jaime, declaró en Barcelona, á 15 de Octubre de 1260, y delante de varios testigos, entre ellos San Raimundo de Peñafort y algunos barones aragoneses y ciudadanos de Zaragoza, que todo cuanto en aquella forma otorgase y jurase públicamente, no valiese, como hecho por miedo que le inspiraba el rey su padre, no por voluntad, ni por consentimiento, ni con ánimo de guardarlo ni cumplirlo [1].

Mientras tanto, seguía alborotado el Urgel y en armas los barones catalanes. D. Álvaro y sus confederados estragaron la tierra y comarcas de los que estaban por el rey, penetrando hasta la ciudad de Barbastro, en la cual y en sus alrededores hicieron mucho daño. A consecuencia de esto, D. Jaime comisionó al justicia de Aragón, D. Martín Pérez de Artasona, para que, puesto al frente de las milicias de Barbastro y demás lugares de las fronteras, resistiese á la gente de D. Álvaro haciéndole cuanto daño pudiese. No aclara bien la historia lo que entonces sucedió; pero parece que fué poniéndose orden en las cosas de Urgel y que continuó el proceso de D. Álvaro y de sus dos mujeres, hasta que se le obligó á hacer vida conyugal con Doña Constanza.

Con motivo de la discordia que hubo en este tiempo

1 Zurita, lib. III, cap. LXI. Archivo de Zaragoza.—Jerónimo Martel.

entre los infantes y los ricos-hombres de su parcialidad, las villas y ciudades que eran muy comunmente víctimas de sus bandos, trataron de formar cierta unión y hermandad con el fin de perseguir á los malhechores, cuya guarida era generalmente las montañas, y contener y castigar á los que habían convertido en ocupación lucrativa lo que desde cierta distancia parecía oficio de guerra. «Que esto se hizo con ciencia, consentimiento y casi instigación del rey, no puede dudarse, dice un autor moderno. Y que semejante institución minó profundamente el poder de los ricos-hombres, á muchos les parece incontestable. Los peones que andaban desbandados eran el terror de las poblaciones, y las ponían á contribución, cuando no á saco; pero muchos no ignoraban la procedencia de tales gentes, y la buscaban en los castillos de los potentados. Conmináronse castigos severos contra todos cuantos diesen albergue á tales hombres, y se fulminó pena de muerte contra los peones que fuesen presos oponiendo resistencia. El primer resultado de esta hermandad fué disolver las cuadrillas de salteadores, y el segundo fué tener una fuerza respetable disponible á todas horas contra los barones; y no falta quien opina que las dos cosas se obtuvieron, dando ocupación honrada en la hermandad á los que antes la tenían aventurada y poco leal sirviendo á los caballeros [1].»

Por esta época contrajo la casa de Aragón una alianza, que con el tiempo había de ser origen de grandes é indisputables glorias para ella. Determinó D. Jaime casar á su hijo D. Pedro con Constanza, hija de Manfredo, rey de Sicilia entonces y uno de los adalides de la causa gibelina en aquellos países. Comenzaron

1 Ortiz de la Vega: *Anales de España*, lib. VII, cap. VI.—Zurita, lib. III, cap. LXII.

los tratos, y Manfredo envió dos caballeros de su corte á Barcelona, en cuya ciudad se hicieron los primeros conciertos de la boda, á 28 de Julio de 1260. Parece que fué señalada á la infanta en dote la suma de 50.000 onzas de oro. Manfredo, como gibelino que era, andaba naturalmente mal con aquel Papa, el cual precisamente entonces había enviado á Francia á predicar la cruzada, invocando contra aquél el favor y ayuda de los príncipes cristianos. Por lo mismo, D. Jaime, antes de llevar á cabo el matrimonio de su hijo, envió embajadores á la corte romana, con la misión de suplicar al Papa que recibiese en su gracia y en la obediencia de la Iglesia al rey Manfredo, como diversas veces se lo había suplicado, ofreciéndose él á intervenir por su parte para procurar el bien y aumento de la Iglesia. Iba al frente de esta embajada San Raimundo de Peñafort [1].

Negóse el Papa á oir la menor palabra en favor de Manfredo. Antes bien intentó disuadir al rey de Aragón y apartarle de aquel enlace con quien, dijo, era tan perseguidor de la Iglesia; pero D. Jaime tenía formado su propósito, y era firme en cumplir y llevar á cabo sus proyectos. Volvieron sus embajadores con la respuesta del Papa y con sus consejos, pero en nada varió esto su resolución [2].

Y no fué sólo el Papa quien se opuso al matrimonio

1 Zurita, lib. III, cap. LXI.

2 Los que saben el encono de los Papas contra la casa de Suevia, no extrañarán que Urbano IV se opusiese con todas sus fuerzas á la alianza del rey de Aragón con aquella ralea de víboras, según su frase favorita. Para retraerle, escribió á D. Jaime una carta en la cual le decía, entre otras cosas: "¿Cómo has podido, hijo mío, ni siquiera tolerar que te pro„pusiesen el enlace de tu hijo con la hija de un hombre cual Manfredo? „¿Quieres que tu hijo sea despreciado en todo el orbe? ¿Quieres con se„mejante baldón marchitar todo el brillo de tu alcurnia?„ (Véase Muratori.)

de D. Pedro. En la colección de cartas que posee la Real Academia de la Historia, hallé una del rey de Castilla D. Alfonso, dirigida á D. Jaime, fechada en Córdoba á 20 de Setiembre de 1260, de la cual resulta que el monarca castellano había enviado al aragonés un embajador llamado Alfonso Téllez, para notificarle que había recibido con gran desagrado la noticia de querer pasar D. Jaime á Ultramar, y con más desagrado aún la de querer casar al infante D. Pedro con la hija de Manfredo. La carta del monarca castellano termina con estas durísimas palabras:

«Et si vos desto non nos quisiessedes creer de conseio, et la passada para ultramar quissiedes facer, et al casamiento con la fija del Pincep quissiessedes lebar adelante, daqui nos desculpamos ende, que de ninguna cosa non podriedes seer tan mal aconseiado, nin en que mas fiziessedes vuestro danno. Et quanto en lo nuestro tenniemos que nengun omne del mundo tan grande tuerto nunqua recibió de otro como nos recibriemos de vos. Et vea Dios, et vos, et los que convusco son, et todos los omnes del mundo, que nos todo nuestro debido avemos cumplido contra vos. Et sobresto creed á D. Alffonso Tellez de todo quanto vos dixiere de nuestra parte.»

Pero ya queda dicho: no era hombre D. Jaime de Aragón para retroceder en su propósito cuando lo tenía formado y resuelto. Ni el Papa ni su yerno el rey de Castilla pudieron hacerle variar. Así es que, hallándose en Valencia á 13 de Abril de 1261, comisionó á un hijo suyo natural, D. Fernán Sánchez, que había tenido en una señora de la casa de Antillón, y á quien diera la baronía de Castro, para que pasase á Sicilia á ratificar el matrimonio que estaba concertado entre el príncipe D. Pedro y Doña Constanza. Partió á este fin D. Fernán Sánchez, con grande y vistoso acompañamiento,

llevando en clase de consejero á un caballero catalán llamado Guillermo de Toruella ó de Torroella [1].

Existen fundadas sospechas para creer que D. Jaime hizo por el mes de Setiembre de aquel mismo año un viaje á Montpeller [2], aunque se ignora con qué fin y con qué objeto; pero si no en esta época, es positivo que lo efectuó en el año siguiente de 1262. Por Mayo de este año se hallaba D. Jaime en Clermont de Auvernia, acompañando, con sus hijos D. Pedro y D. Fernán Sánchez y con lo más lucido de su corte, á su hija Doña Isabel, que llevaba á casar con el infante francés Felipe. Acudió también á Clermont el rey de Francia San Luis, acompañado de la principal nobleza de su reino, y tuvo efecto en dicho lugar la celebración del matrimonio de su hijo Felipe con Isabel de Aragón.

Terminadas las fiestas, pasó nuestro D. Jaime á Montpeller, donde se celebraron otras bodas: las de su hijo mayor D. Pedro con Constanza, hija de Manfredo de Sicilia. Este casamiento se efectuó á 13 de Junio de 1262, asistiendo á la ceremonia muchos caballeros sicilianos, aragoneses y provenzales.

Consta que hallándose en Montpeller, el rey de Aragón, que estaba en vena de contraer alianzas matrimoniales, comisionó á Guillermo de Rocafull, su gobernador en aquella ciudad, para que pasase á la corte de Saboya á fin de tratar el enlace de su otro hijo Jaime con Beatriz, hija del conde Amadeo; pero esta alianza no tuvo efecto, sin embargo.

Regresó en seguida el rey á Barcelona, donde se hallaba ya en Agosto de 1262, pues hay memoria de que á 21 de dicho mes, y á presencia de varios prelados y barones de su reino, hizo donación á su hijo D. Pedro

1 Zurita, lib. III, cap. LXII.

2 *Historia del Languedoc*, lib. III, pág. 496.

del reino de Aragón con el condado de Barcelona, fijando sus límites desde el Cinca hasta el promontorio de Cap de Creus. Dióle asimismo el reino de Valencia, y asignó á su otro hijo D. Jaime el de las Baleares, los condados de Rosellón, Colibre, Conflent y Cerdaña, y la villa y señorío de Montpeller. Puso la condición de que en estos últimos condados corriese siempre la moneda barcelonesa llamada de terno, y se ejerciese justicia por los usajes y costumbres de Cataluña, sustituyendo el un hermano con el otro, caso de no tener hijos varones.

CAPÍTULO XII.

Nombramiento de árbitros.—Duelo en Lérida.—Recibe el rey en Barcelona una embajada del sultán de Egipto.—El sultán de Egipto acoge con gran pompa en Alejandría á los dos caballeros catalanes enviados por el rey.—Nombramiento de cónsules y poder comercial de Barcelona.—Impulso marítimo.—Fernán Sánchez almirante de Aragón.—Colonización de Valencia.—Embajada al rey de Francia.—La reina de Castilla pide apoyo á D. Jaime.—Consejo en Huesca.—Cortes en Barcelona.—Oposición que encuentra el rey en las Cortes.—Práctica que se seguía.—Los *brazos* no quieren prescindir de su derecho.—Enojo del rey.—Transige con las Cortes y se acuerda con ellas.—Cortes en Zaragoza.—Contestaciones dadas al rey por algunos nobles negándose á lo que se les pedía.—Negativa de los ricos-hombres á favorecer al rey.—Memorial de agravios.—Los barones aragoneses se congregan en Alagón.—Contesta el rey al memorial de agravios de los ricos-hombres.—No se avienen los ricos-hombres y comienza la campaña.—Toma de las Cellas, sitio de Pomar y suspensión de hostilidades.—Arbitraje y tregua.

(1263 y 1264.)

Del año de 1263 hay noticias, que estando el rey en Lérida se concertó con el de Castilla para dejar al juicio de árbitros algunas disensiones que había sobre desmanes cometidos en las fronteras de los reinos de Castilla,

Aragón y Valencia. Los árbitros nombrados por Don Jaime fueron los obispos de Valencia y de Calatayud y Bernardo Vidal de Besalú.

Se sabe que, continuando el rey en Lérida, presenció un duelo ó batalla juzgada entre dos caballeros principales, llamados Pons de Peralta y Bernardo de Mauleón, á cuyo campo asistió con D. Pedro de Moncada, senescal de Cataluña y mayordomo del rey, que eran dos cargos unidos entonces y de una misma preeminencia.

A esta época se refieren las embajadas de que hablan algunos autores, diciendo que D. Jaime las recibió del soldán de Babilonia, ó mejor del sultán de Egipto Bibars I, y añadiendo asimismo que se las envió el aragonés. Siguiendo, pues, á estos cronistas [1], hemos de creer que D. Jaime pasó de Lérida á Barcelona, donde con ostentación recibió á los embajadores del sultán de Egipto ó Alejandría, á quien muchos llaman también príncipe de Damasco, los cuales venían á visitar á nuestro rey en nombre del suyo, movido por la fama de sus victorias, y á ofrecerle la amistad y la alianza de aquel poderoso príncipe. Cuentan las crónicas, que D. Jaime los mandó aposentar y regalar con real cumplimiento, y que después de haberles hecho mostrar la ciudad de Barcelona, con todos sus aparatos de guerra por mar y tierra, y de proveer sus buques con las cosas más preciadas de Cataluña, los despidió, diciendo que pronto enviaría á su vez embajadores al sultán, en reconocimiento de su favor.

Y así fué. No tardó en despachar para aquella remota tierra á dos caballeros catalanes, prudentes y prácticos en la navegación, llamados Bernardo Porter y Ramón Ricart; y en dos naves veleras, provistas de las cosas más delicadas de estos reinos, los envió como embaja-

1 Tornamira.—Sas.—Zurita.—Beuter.

dores suyos á visitar al sultán. Maravillas de esta embajada refieren las crónicas. Dicen que, llegados al puerto de Alejandría, fueron Porter y Ricart muy bien recibidos, y hospedados en el palacio del sultán, que, para más honrarlos, mandó tremolar, junto á su solio real, el estandarte del rey de Aragón, con que la nave de Porter entró en el puerto, y para más obligarlos rogó á este último que, según la costumbre de los reyes de España, armase caballero al príncipe su hijo. Los mensajeros volvieron á Barcelona colmados de bienes, de joyas y de preseas para su rey, que los recibió con los brazos abiertos.

No falta quien ha puesto un poco en duda esta embajada, que memorias antiguas refieren, sin embargo, con detalles demasiado notables, minuciosos y naturales para ser falsos; pero de todos modos, es cosa cierta que D. Jaime expidió por aquellos tiempos, no sólo nombramientos de embajadores, sino de cónsules generales para Alejandría y otras plazas comerciantes, según lo requería el tráfico importante y extenso de los catalanes, siempre activos, siempre emprendedores, siempre animosos, y siempre llevando á lejanas tierras semillas de civilización, de progreso y de libertad; ya que, como ha dicho un autor extranjero, nada sospechoso por cierto, «Barcelona, por mucho tiempo sede y morada de una corte civilizada, y cuyas instituciones liberales habían producido el primer banco que se conoció en Europa, así como provocado el primer código comercial de los tiempos modernos, ejerció desde la época de D. Jaime *el Conquistador* visible influencia en todas las costas del Mediterráneo, compitiendo y rivalizando en el comercio de Italia con la misma Pisa, Génova y otras ciudades célebres por su actividad mercantil [1].»

1 Tiknor: *Historia de la literatura española*, tomo I, pág. 369.—

Sábese también, que por estos tiempos de 1263 en que llevamos nuestra historia, D. Jaime mandó hacer en Barcelona grandes aprestos marítimos, y gran armada de naos y galeras para defensa de la costa de España, nombrando almirante á su hijo natural D. Fernán Sánchez [1]. Es fama que para todo esto le ayudó con muchas sumas de dinero un judío, el más rico y poderoso de estos reinos, que llaman las crónicas Jahadano, siendo, al parecer, su verdadero nombre Jahuda. Era este judío bayle y tesorero general del rey de Aragón, y hombre hábil y activo, «á quien ninguna cosa le faltaba para haber alcanzado todos los dones de fortuna, si no hubiera nacido en aquella ley.» También por aquel tiempo, y con los mismos recursos, se proveyeron de gente los lugares de las fronteras, y se renovaron las fortificaciones de ciertos castillos en el reino de Valencia.

Como los restos de los moros rebeldes habían quedado por entonces dispersos, y la población de Valencia casi aniquilada, D. Jaime, atendiendo á todo, llamó colonos que de todas partes de Provenza, Cataluña, Aragón y Castilla fueron á poblar aquel delicioso país, según dice el moderno cronista valenciano. Con estos nuevos habitantes se repararon las grandes pérdidas sufridas en las poblaciones de Alcira, Onteniente, Albaida, Concentaina, Alcoy, Gijona, Villajoyosa, Cullera y otros pueblos del reino de Valencia, acudiendo también muchos nue-

Véase sobre este punto Prescott, Capmany y lo que el autor dice en el último capítulo de este libro.

1 Esto dije en mi primera edición, pero tal vez fuí inducido á error, ya que en su *Historia de D. Jaime*, dice Tourtoulou que el almirante nombrado fué otro hijo natural del rey, llamado Pedro Fernández. Según el mismo autor, la flota se armó con la idea de una cruzada á Ultramar. Y si esto último es así, á ello debe aludir sin duda la carta de D. Alfonso de Castilla, que traslado en el capítulo anterior.

vos pobladores á Játiva, y plantando sus hogares en aquel edémico jardín [1].

A principios del 1264 surgieron motivos de disgusto entre el rey de Aragón y el de Francia. El senescal de Beaucaire había citado á su tribunal á los oficiales del monarca aragonés y á los habitantes de Montpeller, por jurisdicción que pretendía tener en esta ciudad, y por no querer reconocer en ella ningún superior. D. Jaime sintióse mucho de esto, y por Abril de 1264, envió á la corte de Francia una embajada solemne, compuesta de Arnaldo, obispo de Barcelona, y de Pons Hugo II, conde de Ampurias, para quejarse á aquel rey y reclamar de derechos y agravios [2]. Los embajadores catalanes se presentaron ante el monarca francés y su consejo el 25 de Mayo, y si bien San Luis les dió cumplida satisfacción, manifestándoles que amaba sinceramente á D. Jaime y que en nada quería perjudicar sus derechos, parece que se retiraron con protesta sobre la guerra á que aquella disputa podía dar lugar.

Gravísimos sucesos tuvieron lugar por entónces en estos reinos, obligando á D. Jaime á fijar en ellos la atención y á desatender un poco su política exterior. Hallándose en Grañén, villa poco distante de Huesca, reci-

1 En el llamado *Libre vermell*, tomo II, fol. 174, que se guarda en el archivo de las Casas Consistoriales de Barcelona, hay copia de una carta de D. Jaime á Barcelona (pero lleva la fecha de las calendas de Diciembre de 1270), pidiéndole que envíe gente á la que poder heredar y establecer en el reino de Valencia.

2 Consta por extenso la relación de esta embajada en la prueba CCCXLVII, col. 563 del tomo III de la *Historia del Languedoc*.—Hay que notar la particularidad de que Zurita (lib. III, cap. LXV, habla de una embajada del rey de Aragón al de Francia á principios del 1264 y cita á los mismos conde de Ampurias y obispo de Barcelona como embajadores, pero dice que fueron á concertar bodas entre la infanta María de Aragón y un hijo del hermano del monarca francés, si bien advierte que no llegó á efectuarse este matrimonio.

bió cartas de su hija, la reina de Castilla, diciéndole que en menos de tres semanas los moros de Murcia se habían alzado con muchas villas y castillos, que el granadino favorecía á los sublevados, y que si D. Jaime no auxiliaba á su hija y yerno, corrían el peligro de verse despojados de la mayor parte de sus dominios.

Recibido este mensaje, partióse el rey á Huesca, reunió su consejo y desde luego manifestó ante él su parecer de echar al olvido cuantas quejas pudiese tener del castellano, para no acordarse sino de que en tal ocasión debía favorecerle por ser su yerno y por hallarse en apurado trance. Pero el consejo real nada podía resolver en asunto tan importante, como el de emprender una guerra contra los moros de Murcia por favorecer al rey de Castilla. Era esto incumbencia y atributo de las Cortes. Así lo manifestó el primero Vidal de Cañellas obispo de Huesca, y adoptóse su parecer, haciendo notar de paso uno de los barones allí presentes que si era justo ayudar al rey de Castilla en tan gran apuro, no lo era menos que este monarca comenzara ante todo por restituir á Aragón la villa de Requena y otras que se había injustamente apropiado.

Llamóse á Cortes á los catalanes en Barcelona [1] y á los aragoneses en Zaragoza, y por Noviembre de 1264 se vino el rey á la capital del Principado. Congregados y reunidos los tres Brazos, se presentó ante ellos rogándoles que así como le habían ayudado siempre con to-

1 De estas Cortes no hablan ni Capmany ni Pí y Arimón en sus catálogos de Cortes celebradas en Barcelona, pero sí Zurita en su lib. III, cap. XLVI, Feliu de la Peña en su lib. XI, cap. XII y el mismo D. Jaime en su crónica, cap. CCXLIII.—Los Sres. Coroleu y Pella en su obra *Las Cortes Catalanas* no hablan de ellas tampoco ni de las anteriormente celebradas en Cataluña, si bien debe tenerse en cuenta que dicha obra se comienza sólo con las Cortes de Jaime el *Justo* y trata sin interrupción de las sucesivas, no haciendo mención de las anteriores.

dos sus linajes en todas sus empresas, y particularmente en la de Mallorca, así tuviesen á bien ayudarle entonces votándole subsidios con que pudiese acudir en auxilio de su yerno el rey de Castilla en la guerra contra los moros de Murcia. Las Cortes contestaron que querían antes deliberar sobre esta demanda.

Ya esperaba D. Jaime cierta oposición y tropezar con obstáculos graves para el logro de su proyecto. Por esto quizá, en lugar de reunir en unas mismas Cortes á aragoneses y catalanes, como en casos análogos se había hecho, les convocó por separado, creyendo con esta maniobra política conseguir mejor su intento. La alianza con Castilla era realmente impopular á la sazón, y había pocos deseos de favorecer el proyecto del rey. Es empero de advertir que los barones catalanes abrigaban contra el monarca entonces menos prevenciones que los aragoneses, pues que, como ha dicho un autor extranjero, «se miraban como enteramente independientes del reino de Aragón, y concentrándose en la individualidad de su propio condado, veían en D. Jaime, no el jefe de la monarquía, sino el conde especial de Barcelona [1].» No por esto, sin embargo, dejaron de mostrar su descontento. Ramón de Cardona y algunos de su linaje reclamaron de agravios, diciendo que, hasta enmendados éstos, no debía discutirse la proposición del rey.

Los nobles, como cada *Brazo* de las Cortes, estaban en su derecho pretendiendo esto. Era práctica y ley que después de haber hecho el monarca su proposición ó leído el *discurso de la corona*, según se diría en términos parlamentarios modernos, presentase cada Brazo su memorial de agravios ó *greujes* para pedir la debida satisfacción y enmienda de los desafueros cometidos por el rey ó sus oficiales en el intervalo de una á otra legisla-

1 Henry, tomo I, pág. 120.

tura. Hasta quedar esto decidido y los *Brazos* satisfechos, no pasaban á entender las Cortes en la proposición del monarca.

Esta vez D. Jaime tenía prisa, pero los *Brazos* no querían prescindir de las formalidades y prácticas de costumbre. Por esto el vizconde de Cardona, que alegaba ciertos agravios recibidos del rey, quería discutir lo suyo antes que se discutiese la proposición real. En vano fué que D. Jaime, ofreciéndose á estar á lo que fuera de derecho, pidiese que por aquella vez se hiciera caso omiso de ciertas formalidades, pues suscitarle estorbos y dilaciones en semejante ocasión era denegarle el servicio que solicitaba. En vano fué, digo: las Cortes permanecieron inflexibles.

Irritóse entonces el rey, y prorrumpió en amargas quejas, diciendo que malamente se le servía; que si dejaban que el rey de Castilla perdiese lo suyo, no podrían conservar lo nuestro; que por causa de ellos se vería adorar á Mahoma en las iglesias, donde se veneraba entonces á Dios y á la Virgen, y que nunca hubiera creído que en Cortes de catalanes se le negase lo que puesto en razón pedía. D. Jaime terminó su violento discurso, abandonando enojado el salón de las Cortes, y disponiéndose hasta á dejar la ciudad, según parece, sin que por el pronto bastasen á detenerle ruegos ni porfías. Tan rigurosa determinación debía producir un gran efecto en los catalanes, adictos en el fondo á su monarca.

Quedáronse reunidas las Cortes, y, buscando medio de transigir con el rey, se le envió un mensaje por conducto de Berenguer Arnau, Pedro de Berga y otros dos ricos-hombres, los cuales fueron y vinieron con embajadas, lográndose por fin terminar aquel negocio sin rompimiento. El rey accedió á lo que pidiera Ramón de Cardona, y las Cortes le concedieron por vez tercera el *bovaje*, aun cuando se consignó que se le daba volunta-

riamente y que no tenía derecho á él por haberle ya percibido dos veces: la primera, cuando entró á reinar, y la segunda, cuando la conquista de Mallorca. La independencia de los señores catalanes está consignada en el acta que entonces firmó el rey (12 de Noviembre de 1264), cuyo texto creo deber reproducir en los apéndices, ya que es documento por cierto muy poco conocido (III).

Arreglado este delicadísimo asunto con satisfacción general en Cataluña, el rey pasó á Zaragoza, donde celebró Cortes á los aragoneses en el convento de predicadores, dando comienzo por una proposición análoga á la que hiciera en Barcelona. Concluído el razonamiento de D. Jaime, que había tomado por tema en su discurso el pasaje de la Escritura, *Non minus est virtus quam quærere, quæ sunt parta tueri*, levantóse un fraile franciscano y contó cómo un religioso de su orden había tenido una visión, presentándosele un ángel del Señor para decirle que el rey de Aragón era el destinado por la Providencia á restaurar la España y salvarla del peligro en que la pusieron los infieles. No produjo, empero, este recurso el efecto que esperaban sus autores, ya que, como ha dicho Zurita hablando de esto, «no eran tan rudos los hombres de aquellos tiempos, que no entendiesen el fin que aquella visión tenía.» Tomó, pues, la palabra Jimeno de Urrea, y dijo que buenas eran las visiones, pero que ellos deliberarían sobre lo que se les había propuesto y contestarían.

Como el negocio se presentaba mal, D. Jaime llamó particularmente á los principales barones, y después de haberles dicho cómo en Cataluña se le había otorgado el *bovaje*, les propuso que se interesasen para que se le concediese algo por el estilo, ofreciendo recompensarles debidamente en gracias y en honores.—«Lo único que yo puedo otorgaros, dijo el primero Fernán Sánchez, es permiso para que peguéis fuego á cuanto yo poseo.»—

«Tomad de mis bienes lo que os plazca, contestó Bernardo Guillén de Entenza; pero es imposible que acceda por mi parte á lo que nos pedís.»—«Aquí, en Aragón, no sabemos lo que es *bovaje*, respondió Jimeno de Urrea, ni tampoco queremos vejar más al pueblo.» Estas contestaciones no fueron, sin embargo, más que nuncio de la tempestad que iba á estallar. Sentíala el rey venir é hizo lo posible por conjurarla, pero todo en balde.

A los dos días presentáronse ante él los ricos-hombres, y, por boca de Jimeno de Urrea, dijeron definitivamente á D. Jaime que no sabían lo que significaba *bovaje*, y que no podía otorgársele tal subsidio ni otro alguno.—«Por la fe que á Dios debo, exclamó entonces el rey, que no podía esperar que vosotros, que todos tenéis feudos por mí, quién de 20, quién de 30, quién de 40.000 sueldos, rehusáseis cumplir con la obligación que tenéis de ayudarme, cuando con ella cumplen los de la más honrada tierra de España, como es Cataluña, que es el reino mejor, más honrado y más noble que en ella existe; pues hay en él cuatro condes, que son el de Urgel, el de Ampurias, el de Foix y el de Pallars; y cuéntanse allí cuatro ricos-hombres, cinco caballeros, diez clérigos y cinco ciudadanos honrados por uno que aquí tengáis en cada clase [1].» El rey terminó su discurso pidiendo á los barones que en buen hora no contribuyesen ellos; pero que, á lo menos, hiciesen como que accedían en público á su demanda para que, movidos de su ejemplo, contribuyesen los clérigos, las órdenes y los caballeros. A esto contestaron los nobles, que ningún rey les había hecho jamás tal demanda, y que antes de acceder á ella preferirían perder cuanto tuviesen.

En esta situación, y habiendo ya roto con el monarca,

1 Crónica real, cap. CCXLVII.

los ricos-hombres aragoneses extendieron memorial de agravios, y decían en él: «Que el rey no podía introducir con su pretensión de *bovaje* nuevas maneras de vejar al pueblo; que había tratado de seducir á los ricos-hombres prometiéndoles hacerles francos y libres de aquel servicio con sólo que ellos lo otorgasen aparentemente, para que á su ejemplo se lo concediesen las órdenes y clerecía y universidades; que por muchas vías desaforaba á los barones, dando lugares que eran de honor á extranjeros y á personas que no podían ni debían ser ricos-hombres, como sucedía con Jimeno Pérez de Arenós, á quien malamente se diera la baronía de Arenós; que eran los ricos-hombres los que habían de juzgar los pleitos, y no el rey; que ya que éste había de poner justicia en el reino, le pusiese caballero é hijodalgo, nombrándole con consejo de los ricos-hombres; que en Valencia, al tiempo de ganarla, se había dado el fuero de Aragón á sus pobladores y luego se les había quitado; que se hacía pesquisa é inquisición en el reino, siendo contra fuero; que el rey no cumplía con su obligación de criar á los hijos de los ricos-hombres, siendo de su incumbencia casarles y hacerles caballeros; que debían serles confirmados y ratificados los fueros antiguos; que no eran obligados de servir el honor que tenían fuera del reino; que no debían darse tierras en honor á los hijos que el rey tenía en Doña Teresa Gil de Vidaure, que decían ser su mujer velada, y les debían ser quitadas para repartírselas entre ellos; que tenía legistas en su consejo; y, finalmente, que el rey había desaforado en muchas cosas á los naturales de la tierra, por lo cual, hasta que sus demandas y pretensiones fuesen proveídas, no deliberarían sobre el servicio que reclamaba el monarca.»

Fué enviado este memorial de agravios á D. Jaime por conducto de dos caballeros, que eran Sancho Gómez

de Balinasam y Sancho Aznares de Arbe, y el mismo día que esta respuesta se dió al rey, se partieron de Zaragoza los más de los ricos-hombres y caballeros, yéndose á Alagón, después de haberse empero juramentado, como era costumbre entre sí, para procurar que fuesen reparados los agravios que recibían y desistiese el rey de desaforarles; siguiendo en esto los barones la costumbre que se tuvo desde los principios del reino de congregarse y unirse por lo que concernía á la defensa de sus libertades y fueros [1].

Rotas quedaron las negociaciones, disueltas las Cortes y otra vez el rey teniendo que luchar con las armas en la mano y en el campo de batalla contra sus barones. Los nobles sublevados pasaron de Alagón á Mallén, y D. Jaime se dirigió á Calatayud, desde donde les envió al que era entonces obispo de Zaragoza, D. Arnaldo de Peralta, el cual les llevó los descargos del rey á su memorial de agravios. Cumplida contestación daba el monarca, y procuraba satisfacer una á una á todas las quejas de los ricos-hombres. Los más principales cargos los destruía diciendo: respecto á lo tocante á Valencia, que esta tierra la había ganado con aragoneses y catalanes y con otros extranjeros de su señorío que se hallaron en la conquista, y que por ser reino separado, no lo quería sujetar á otro, sino darle leyes propias para gobernarse de por sí como reino apartado y no unido con Aragón ni con Cataluña; respecto á lo de juzgar los ricos-hombres, que él, á donde quiera que había establecido fuero de Aragón juzgaba por él y no por leyes ni decretos, y que nunca había juzgado de causa que viniese á su corte sin consejo de los ricos-hombres que se hallaban presentes; respecto á la queja de tener en su consejo legistas, que no debían querellarse por esto,

1 Zurita, lib. III, cap. LXVI.

pues no juzgaba sino por fuero, y que tales reinos tenía, que era necesario que residiesen en su consejo personas sabias, conocedoras así del derecho civil y canónico como del foral; y así iba contestando y destruyendo cargos [1].

También pretendían entre otras cosas los barones, que les fuesen ratificados y confirmados los fueros antiguos que por los aragoneses habían sido encomendados en el monasterio de San Juan de la Peña, y decían que habían sido sacados por fuerza por el conde D. Ramón Berenguer, príncipe de Aragón, y á esto contestó el rey que se maravillaba de la demanda, pues muchas veces se había pedido esto por ellos y siempre sin ningún fundamento, porque ni ellos sabían lo que pedían, ni él tenía cosa cierta que poderles responder, á más de que nunca esto se había pedido jamás por los pasados.

Por mediación del prelado de Zaragoza, haciendo valer estas explicaciones del rey, llegaron á calmarse algún tanto los resentimientos, y se consiguió que pasara á Calatayud una embajada de los barones. El rey oyó públicamente en la iglesia de Santa María á los tres comisionados y ofreció darles satisfacción; pero tomó, según parece, el asunto con tanta calma, que los barones, dándose por desairados, se marcharon de Calatayud aún más desabridos [2].

Ya entonces nada fué bastante á desarmar la cólera de los barones, debiendo notar que muchos de ellos se quejaban por agravios personales y no por desafueros á la cosa pública. Así, por ejemplo, Bernardo Guillén de Entenza, hijo del que murió en el Puig de Santa

1 Zurita, lib. III, cap. LXV.

2 *Historia de Calatayud*, por D. Vicente de la Fuente, tomo I, pág. 252.

María, pretendía ser suya la ciudad de Montpeller, conforme ya sabemos; mientras que por su parte, Fernán Sánchez el almirante, hijo natural del rey, se quejaba de grandes sinrazones que decía haberle hecho su padre. Estos y otros procuraban mantener encendida y viva la llama de la sublevación, y la disidencia llegó tan á vías de rompimiento, que iban á comenzar las hostilidades, habiéndose reunido todos los barones en Almuinen, y habiendo congregado el rey en Monzón á D. Pedro de Moncada, á algunos barones de Cataluña y á los consejos de Lérida, Tamarit y Almenara, para abrir la campaña. En lugar de una guerra exterior contra los moros, la que desgraciadamente amagaba era la hidra de la guerra civil.

El primer choque lo tuvo el consejo ó la milicia de Tamarit, que se apoderó de la fortaleza de las Cellas, cerca de Monzón, y luego de Rafals. El rey se puso al frente de los suyos, y marchó contra el castillo de Pomar, situado á orillas del Cinca, que era de su hijo Fernán Sánchez, y lo cercó empezando á combatirlo con ingenios y asaltos. Hubiera acabado por tomarlo sin duda, si los sublevados no se hubiesen apresurado á enviarle una embajada pidiéndole que levantase el cerco, pues ellos se ofrecían á someterse á lo que decidiesen dos prelados elegidos al efecto. Plúgole de aquello al rey, que muy apesadumbrado debía hallarse al ver que en lugar de verter sangre de infieles era la de los suyos la que se derramaba; y levantando el cerco, fuese para Monzón.

Quedaron nombrados árbitros del asunto los obispos de Zaragoza y Huesca, y pactóse tregua, según la cual no podían los ricos-hombres renovar sus hostilidades contra D. Jaime hasta que éste regresase de ayudar al rey de Castilla, y quince días después.

Firme, pues, el rey en su propósito de ir á la guerra

de Murcia, se aprovechó de esta tregua para tomar las disposiciones que cumplían á su proyecto; y después de haber estado en Zaragoza y en Lérida, á cuyos vecinos rogó y mandó que se dispusiesen á ir en la hueste con él, se fué á Ejea, para cuyo punto había citado á Cortes á los aragoneses, antes de abrir la campaña contra el moro, en auxilio de Castilla.

FIN DEL TOMO TERCERO.

BIBLIOTECA PROVINCIAL
SORIA

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.

LIBRO QUINTO.

Páginas.

CAPÍTULO PRIMERO.—Doña Petronila hace tomar á su hijo el nombre de Alfonso.—Cortes generales en Huesca.—El conde de Provenza gobernador de Cataluña.—Viaje de Alfonso á Agreda.—Embajada al rey de Inglaterra.—De uno que se fingió el emperador D. Alfonso.—D. Alfonso *el Casto* es reconocido por rey.—Primeras Cortes celebradas en Zaragoza.—El conde de Provenza parte á sus estados.—Da asilo á los genoveses y firma con ellos un tratado.—Tratado de alianza entre los condes de Provenza y de Tolosa.—Entrada de catalanes en Murcia..... 5

CAPÍTULO II.—Sitio de Niza y muerte del conde de Provenza.—El conde de Tolosa se apodera de la Provenza.—El rey de Aragón le declara la guerra.—Entra en Provenza.—Se apodera del castillo de Albarón.—Corre grave peligro y es salvado por el señor de Baucio.—Guillermo de Montpeller y otros señores se declaran en favor de Alfonso.—Prosigue la guerra entre el rey de Aragón y el conde de Tolosa.—Ventajas conseguidas por el rey de Aragón.—Le reconoce Gualtero de Millars.—Le proclama el conde de Ródez.—Consejos del rey.—Asesinato del vizconde Trencavello.—Sitio de Beziers por Alfonso.—Alfonso confía el condado de Provenza á su hermano.—Quién era el Ramón Berenguer á quien cedió Alfonso la Provenza..... 13

CAPÍTULO III.—Regresa D. Alfonso.—Tratado de paz y armonía con Castilla.—Confirmación de fueros y continuación de la guerra contra moros.—Ventajas alcanzadas sobre los moros.—Sorpresa de Beziers por las tropas de Aragón y asesinato de sus habitantes.—Guerra entre Aragón y Castilla.—Sitio de Calahorra por los aragoneses.—Se hacen las paces.

Páginas.

Tratado de Sahagún.—Renuévase la guerra contra moros.—Sospechas de que Tarragona había caído otra vez en poder de moros.—Origen de Reus y lugares vecinos.—Contiendas entre el príncipe y el arzobispo de Tarragona.—Media el rey.—Asesinato del arzobispo Hugo de Cervelló.—Fundación de Teruel..... 23

CAPÍTULO IV.—Expedición á Valencia.—Vasallaje de los moros y sitio de Játiva.—Guerra con Navarra.—Alianza de los reyes de Castilla y Aragón contra el de Navarra y el señor de Azagra.—Alfonso en Montpeller.—El rey de Aragón sucede en el condado de Rosellón.—Constituciones de paz y tregua, dadas por Alfonso al Rosellón.—Otras leyes dadas por Alfonso.—Casamiento del rey de Aragón con Sancha de Castilla.—Guillermo de Montpeller casa con la hija del emperador de Constantinopla.—Desembarco de moros en Tarragona.—Entrevista con el conde de Tolosa.—Asamblea en Beaucaire y magnificencia de los nobles..... 33

CAPÍTULO V.—Conquistas de los castillos de Milagro y Legín.—Vuelve el rey á Provenza.—Tratado de paz entre el rey de Aragón y el conde de Tolosa.—Alfonso marcha contra Niza.—Asiste al rey de Castilla en la toma de Cuenca.—Entra en el reino de Murcia.—Proyecto de pasar á Mallorca.—Nueva entrada de Alfonso en el reino de Murcia.—Nueva entrevista y convenio con el castellano.—Embajadas del de Aragón al de Castilla sobre pretensión de agravios..... 43

CAPÍTULO VI.—Alianza de varios contra el conde de Tolosa.—Homenaje del vizconde de Nimes al rey de Aragón.—Declaración y homenaje del vizconde de Beziers.—Guerra de Provenza.—Muerte del conde de Provenza.—Venganza que de su muerte tomó el rey de Aragón.—Sancho es nombrado conde de Provenza.—El rey de Aragón y la vizcondesa de Narbona se ligan con Enrique II, rey de Inglaterra, contra el príncipe su hijo.—Sitio de Limoges por el rey de Aragón y el de Inglaterra.—Sátiras del trovador Beltrán de Born contra el rey Alfonso.—Nuevas paces entre el rey de Aragón y el conde de Tolosa.—Se retira el condado de Provenza á Sancho dándole en cambio el de Rosellón.—Rompen otra vez el rey de Aragón y el conde de Tolosa.—Adopción del infante de Aragón Alfonso por el vizconde de Beziers.—El rey de Aragón hace levantar al conde de Tolosa el sitio que había puesto á Carcasona..... 49

Páginas.

CAPÍTULO VII.—Bandos en Cataluña.—Luchas con los moros.—Toma del castillo de Villel.—Desembarco de moros en Ampurias.—Armengol VII de Urgel.—Sirve al rey de León, que le da la villa de Alcántara y otros lugares.—Su muerte en Requena.—Discordias entre el nuevo conde de Urgel y Pons de Cabrera.—Aragón cambia de política.—Aragón y Navarra se ligan contra Castilla.—Confederación de los reyes de Aragón, Navarra, León y Portugal.—Victoria de Aragón sobre Castilla.—Casamiento de Guillermo de Montpeller con una parienta del rey de Aragón.—Repudio de Eudoxia Comeno.—Sumisión del barón de Castellane.—Homenaje prestado por la vizcondesa de Bearn.—Enlace de la vizcondesa de Bearn con Guillermo de Moncada.—Gastón de Moncada, vizconde de Bearn, presta homenaje por sus dominios al rey de Aragón, que le da vinculado el condado de Bigorra.—El rey confirma al conde de Urgel la donación de Lérida..... 60

CAPÍTULO VIII.—Tratado con el conde de Foix.—Desastres, hambre y peste en Cataluña.—Muerte del arzobispo de Tarragona por un Moncada.—Berenguer de Viladamuls.—Viaje del rey á Perpiñán.—Origen y aparición de los albigenses.—Alfonso decreta la expulsión de los herejes.—Concordia con Pedro de Urrea.—Donaciones á la milicia del Temple.—Muerte del rey en Perpiñán..... 71

CAPÍTULO IX.—Hijos del rey.—Pedro.—Alfonso.—Fernando.—Constanza.—Leonor.—Sancha.—Dulce.—Testamento del rey.—Juicio que de este rey ha formado la posteridad... 79

CAPÍTULO X.—LOS PROGRESOS DE LA CIVILIZACIÓN.—Lengua catalana.—Escritores.—Prosperidad y acrecentamiento de Cataluña.—Ensanche de Barcelona.—De Vich.—De Manresa.—De Mataró.—Origen de San Martín de Provenzals.—De Sabadell.—Campo de Tarragona.—Reus.—Instituciones municipales.—Marina, artes, industria y comercio.—Costumbres.—Monumentos.—San Pablo del Campo.—Capilla de Marcús.—Santa Ana.—Palacios.—Santa Eulalia.—Santa María de Tarrasa.—San Miguel de Marmellar.—Monasterio de las Avellanas.—Monasterio de Pons.—Catedral de Tarragona.—Monasterio de Poblet.—Monasterio de Santas-Creus.—Cartuja de Scala Dei.—San Juan de Lérida—Otros monumentos de Cataluña.—Iglesia de Fraga.—Monasterio de Sijena.—Otros monumentos de Aragón..... 84

CAPÍTULO XI.—Hambre y peste en Cataluña.—Sube al tro-

Páginas.

no Pedro I.—Cortes en Daroca.—El rey junta tropas para auxiliar al de Castilla.—Promulgación de la pragmática contra los valdenses.—Institución de los cónsules de Perpiñán.—Privilegio de la mano armada.—Bandos entre los condes de Urgel y de Foix.—El conde de Foix tala el Urgel.—Derrota y muerte de Ramón de Cervera de Agramunt.—El conde de Urgel hace prisioneros al conde de Foix y al vizconde de Castellbó.. 111

CAPÍTULO XII.—Discordia entre el rey y la reina su madre.—Cortes en Barcelona.—Entrevista y alianza del rey de Aragón y del conde de Tolosa en Perpiñán.—Condes titulares del Rosellón.—Concordia y armonía entre el rey y su madre.—Cortes en Barcelona.—Guerra con Navarra.—Fundación de la orden de San Jorge.—Cortes en Cervera.—Guerra entre los condes de Provenza y Forcalquier.—El rey de Aragón pasa á Provenza y negocia la paz.—Arreglo de límites entre Castilla y Aragón..... 118

CAPÍTULO XIII.—El rey de Aragón en Montpeller.—María de Montpeller casa en primeras nupcias con el vizconde de Marsella.—Casa en segundas nupcias con el conde de Comminjes.—Muerte de Guillermo VIII de Montpeller y su testamento.—Maquinaciones del rey de Aragón y del conde de Tolosa con respecto á Montpeller.—El rey de Aragón empeña al conde de Tolosa los vizcondados de Milhaud y Gevaudán.—María casa en terceras nupcias con Pedro de Aragón.—Contrato matrimonial.—Sublevación en Montpeller.—Redacción de los usos y costumbres de Montpeller y su confirmación por Don Pedro de Aragón y su esposa.—Embajada al rey ofreciéndole la mano de la reina de Chipre..... 126

CAPÍTULO XIV.—Objeto del viaje del rey á Roma.—Hace su testamento antes de partir.—Se embarca en Marsella.—Llega á Roma y es coronado por el Papa.—Se hace feudatario de la Iglesia.—Parte de Roma.—Descontento y protesta de los reinos de Cataluña y Aragón por las concesiones hechas por el rey al Papa.—Estalla de nuevo la guerra entre los condes de Provenza y Forcalquier.—Marcha D. Pedro contra los herejes de Albi.—Entrevista con el rey de Inglaterra en Jaca.—Tributo del monedaje y descontento que promueve en los reinos.—Sospechas de haberle nacido al rey una hija.—Sublevación en Montpeller.—Asamblea en Magalona y tratado de paz entre el rey y los ciudadanos de Montpeller.—Demanda de divorcio..... 137

Páginas.

CAPÍTULO XV.—Terminan los bandos de Cataluña.—Convenio entre los condes de Urgel y de Foix.—Cortes en Puigcerdá.—Lo que se cuenta que sucedió al rey con el señor de Vizcaya.—Sitio y toma de Montalván.—Nacimiento del rey Don Jaime.—Muerte del conde Armengol de Urgel.—Termina la línea varonil de esta casa.—Guerau de Cabrera pretende el condado y se titula conde de Urgel.—El rey de Aragón protector del condado.— El vizconde de Cabrera cae prisionero del rey 148

CAPÍTULO XVI.—Progresos de la herejía de los albigenses.—Origen de la Inquisición.—Asesinato de Pedro de Castelnau.—Cruzada contra los albigenses.—Los cruzados eligen por generalísimo al catalán Amalrich.—El vizconde de Beziers prueba á hacer la paz con los cruzados, pero inútilmente.—Sitio, toma y saqueo de Beziers.—Sitio de Carcasona.—Llega Pedro de Aragón al campo de los cruzados y trata inútilmente de poner á éstos en paz con el vizconde de Beziers.—Toma de Carcasona.—Se ofrece el vizcondado de Beziers y de Carcasona á varios señores que lo rehusan, aceptándolo por fin Simón de Monfort 158

CAPÍTULO XVII.—Entrevista de los reyes de Aragón y Navarra en Mallén, y su concordia.—Casamiento de la reina Constanza con el rey de Sicilia y muerte del conde de Provenza.—Muerte del vizconde de Beziers.—El rey de Aragón se niega á recibir el homenaje de Montfort por el vizcondado de Beziers y Carcasona.—Levantamiento de barones contra Montfort.—Cortes en Barcelona y en Lérida. —Entra D. Pedro en tierras de Valencia y se apodera de varias plazas.—Procura, pero sin éxito, la reconciliación de los condes de Montfort y Foix.—Conferencia de Narbona.—El rey de Aragón se presta á recibir el homenaje de Montfort.—Conferencia ó concilio de Montpeller. El rey de Aragón confía su hijo Jaime á Simón de Montfort.—Casamiento de Sancha de Aragón con el hijo del conde de Tolosa.—Concilio de Arles.—El rey de Aragón y el conde de Tolosa son llamados por el concilio.—Condiciones impuestas al conde de Tolosa para su reconciliación con la Iglesia.—Partida del rey de Aragón y del conde de Tolosa.—El conde de Tolosa excomulgado 168

CAPÍTULO XVIII.—LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA.—Desembarco de Mohamed en Tarifa.—Cruzada contra los infieles.—Viaje de D. Pedro á Tolosa.—El abad del Cís-

Páginas.

ter, consagrado arzobispo de Narbona, reune tropas y viene á España contra los infieles.—Llega el rey de Aragón á Toledo. —Se reune gente de todas partes en Toledo.—Parten de Toledo los cruzados.—Asaltos de Magallón y Calatrava.—Abandono de los extranjeros y llegada del rey de Navarra al campo.—Llegan los cruzados al Muradal y cómo se verificó el paso de la sierra.—El triunfo de la Cruz.—Muerte gloriosa de Dalmau de Creixell. 178

CAPÍTULO XIX.—D. Pedro renueva sus instancias para el divorcio.—El conde de Tolosa pide protección á D. Pedro.—El rey envía embajadores á Roma.—Carta del Papa á los legados á propósito de las quejas y demandas del rey de Aragón.—Carta á Simón de Montfort por la misma causa.—El rey de Aragón en Tolosa.—Concilio de Lavour, al cual se presenta D. Pedro.—El rey de Aragón se declara abiertamente por el conde de Tolosa.—Recibe el juramento de los condes y habitantes de Tolosa.—Acude al Papa en apelación de la sentencia dada por el concilio. 187

CAPÍTULO XX.—D. Pedro envía embajadores al rey de Francia para pedirle la mano de su hija.—Reconoce los derechos de Guillermo al señorío de Montpeller.—El Papa declara bueno é indisoluble el matrimonio del rey.—Reconoce el Papa los derechos de la Reina Doña María al señorío de Montpeller. —Antes había reconocido los de Guillermo.—Quejas de la reina de Aragón al Papa contra los habitantes de Montpeller.— Muerte de la reina en Roma. 198

CAPÍTULO XXI.—Embajada al rey de Francia.—Llega Don Pedro á Cataluña.—El rey de Aragón desafía á Simón de Montfort, y éste le devuelve el reto.—El Papa escribe al rey confirmando la excomunión y la cruzada.—D. Pedro se une al conde de Tolosa.—Sitio y asalto de Muret.—Simón de Montfort acude en auxilio de Muret.—El rey de Aragón se niega á la entrevista que le piden los obispos.—Rechaza también las proposiciones de Montfort.—Batalla de Muret.—Muerte del rey de Aragón.—Simón de Montfort ante el cadáver de D. Pedro. —D. Pedro sepultado en Sijena 203

CAPÍTULO XXII.—Hijos que dejó D. Pedro.—D. Jaime.— Doña Constanza.—D. Pedro.—Juicio que de este rey ha formado la posteridad. 216

CAPÍTULO XXIII.—Montfort se niega á entregar el príncipe Jaime.—El Papa le obliga á entregarlo.—Muerte de Balduino

Páginas.

en represalias de la del rey de Aragón.—Batalla de Narbona.—Cortes catalanas-aragonesas en Lérida.—Disposiciones tomadas por las Cortes.—Concordia con Navarra. Parlamento en Huesca.—Bandos en Aragón.—El conde de Provenza huye de Monzón y se embarca en Salou.—Asamblea de prelados y nobles en Monzón.—Sale D. Jaime de Monzón.—Su entrada en Zaragoza..... 222

CAPÍTULO XXIV.—Cortes en Villafranca y en Lérida.—Servicio del bovaje.—D. Sancho dimite su cargo.—Confirmación de la moneda jaquesa.—Reconciliación del rey con Montpeller.—Carta del Papa al rey de Aragón.—Los catalanes y aragoneses se apoderan de Tolosa.—Cortes en Barcelona.—Orden de Nuestra Señora de la Merced.—Primeros caballeros que tomaron el hábito.—Calamidades producidas por la sequía.—Toma D. Jaime los castillos de Albero y de Lizana.—Sitio de Albarracín.—Cortes en Huesca.—Casamiento de D. Jaime con Doña Leonor de Castilla.—Cortes en Huesca.—Cortes en Daroca..... 231

CAPÍTULO XXV.—D. Guerau de Cabrera se presenta al rey para prestarle homenaje por el condado de Urgel.—Condiciones con que se le dió el condado.—Rompimiento entre Guillermo de Moncada y el conde del Rosellón.—El de Moncada entra en Rosellón.—El rey marcha contra el de Moncada.—Liga entre los nobles.—Los coaligados se apoderan de la persona del rey.—Opresión del rey.—D. Jaime en Monzón y en Tortosa —Fuga del rey y llamamiento á los barones del reino.—El rey moro de Valencia tributario de D. Jaime.—Encuentro del rey con Pedro Ahones, y muerte de éste..... 241

CAPÍTULO XXVI.—Los catalanes acuden en auxilio del rey.—Saqueo de Alcovera y batalla del Castellar.—Cortes en Tortosa.—Toma de Ponciano y de Cellas.—Lo que sucedió al rey en Huesca.—Terminan los bandos.—Retrato de D. Jaime.—Aurembiaix de Urgel se presenta al rey y reclama el condado.—Donación de Lérida á D. Jaime.—El rey declara la guerra á Guerau de Cabrera.—Se apodera de varios pueblos.—Entra en Balaguer.—Se le entrega Agramunt.—La condesa de Urgel queda restablecida en sus estados..... 253

CAPÍTULO XXVII.—Los almohades en Mallorca.—Lo que sucedió con dos saetías de Tarragona.—Noble comportamiento del embajador catalán.—Reunión de nobles catalanes en Tarragona.—El banquete de Pedro Martell.—Discurso de Pedro

Páginas.

Martell.—Los nobles proponen al rey la conquista de Mallorca.—Palabras del rey..... 261

CAPÍTULO XXVIII.—Cortes celebradas en Barcelona para resolver la empresa contra Mallorca.—Discurso del rey.—Respuesta del arzobispo de Tarragona.—Respuesta de Guillermo de Moncada.—Respuesta de Berenguer Girart.—Conferencia de los nobles con el rey.—Discurso de Guillermo de Moncada.—Discurso de Nuño Sánchez.—Discurso del conde de Ampurias.—Discurso del arzobispo de Tarragona.—Discurso del obispo de Barcelona.—Ofertas del clero.—Ofertas de los caballeros.—Discurso del diputado por Barcelona.—Oferta del rey.—Punto de reunión para emprender la conquista.—Se levanta acta para la repartición de tierras..... 271

CAPÍTULO XXIX.—Regocijo y fiestas en Barcelona.—Preparativos para la jornada de Mallorca.—Pasa el rey á Lérida.—Los nobles aragoneses intentan vanamente hacer cambiar de resolución al rey.—El rey y los suyos toman la cruz.—Alianza con el rey destronado de Valencia.—Sentencia de divorcio entre el rey y la reina Doña Leonor.—Rectificación del convenio de Barcelona.—La expedición sale de los puertos de Salou, Tarragona y Cambrils..... 287

CAPÍTULO XXX.—La flota llega al puerto de la Palomera.—Nuño Sánchez y Ramón de Moncada son enviados de exploradores.—La flota pasa á Santa Ponza.—Desembarco de las tropas.—Primer encuentro con los sarracenos y primera victoria de los catalanes.—Primeras armas del rey en Mallorca.—Preparativos de batalla.—El mando de la vanguardia se confía á los dos Moncadas.—Victoria y muerte de los Moncadas.—Lo que le sucedió al rey con Guillermo de Mendiona.—Impaciencia del rey por tomar parte en el combate.—Batalla general.—Acampa el ejército en Portopí.—Entierro de los Moncadas y discurso del rey ante sus cadáveres..... 298

CAPÍTULO XXXI.—Sitio y toma de Mallorca.—Máquinas é ingenios de batir.—Predicación de Fr. Miguel.—Combate con los moros que habian cortado el agua á los sitiadores.—Sumisión de varias comarcas sarracenas.—Continúa el sitio.—Propuesta de un renegado y noble contestación del rey.—El emir mallorquín pide capitulación.—Se reune el consejo del rey.—Se decide proseguir el sitio.—Heróico juramento de los sitiadores.—Asalto de la ciudad..... 309

CAPÍTULO XXXII.—Después de la conquista.—Almoneda de

Páginas.

los despojos.—Tumulto popular.—Se declara la peste.—Frústrase una empresa de Nuño Sánchez, y el rey envía á buscar más gente.—Salida del rey contra los moros.—Los almogavares en Mallorca.—Rendición de los moros refugiados en las cuevas de Artá.—Llegada de los caballeros aragoneses.—Carta-puebla de Mallorca.—Bernardo de Santa Eugenia nombrado gobernador de la isla.—Discurso de despedida pronunciado por el rey..... 327

CAPÍTULO XXXIII.—Proyecto del rey.—Llega á Tarragona.—Obispado de Mallorca.—Casamiento de la condesa de Urgel con el infante de Portugal.—El rey recibe del infante el condado de Urgel, y le da en cambio el señorío vitalicio de Mallorca.—Cuándo volvió el rey á recobrar Mallorca.—Va D. Jaime á Tudela.—D. Jaime de Aragón y D. Sancho de Navarra se adoptan recíprocamente por hijos y sucesores de sus reinos.—No se efectúa el convenio.—Viene D. Jaime á Barcelona y reune consejo de nobles y de ciudadanos.—El rey en Vich.—Vuelve á Barcelona y decide pasar á Mallorca.—Se intenta en vano disuadirle de su viaje.—Fruto que sacó de su viaje á la isla.—Vuelve á Cataluña..... 334

CAPÍTULO XXXIV.—Los sarracenos de las montañas de Mallorca.—Tercera expedición del rey á la isla.—Hace testamento antes de partir.—Llega á Mallorca.—Conquista de Menorca.—Embajada que pasó á la isla.—Estratagema del rey.—Sumisión de Menorca.—Se proyecta la empresa contra Ibiza.—Guillermo de Montgrí se ofrece á tomar la isla.—El infante de Portugal y Nuño Sánchez toman parte en la empresa.—Sitio y toma de Ibiza..... 343

ACLARACIONES Y APÉNDICES AL LIBRO QUINTO.

I.—Sigue la cronología de los condes catalanes..... 350

II.—Constituciones de paz y tregua de Alfonso el Casto..... 352

III.—Extracto de las costumbres de Perpiñán..... 357

LIBRO SEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO.—SE ABRE LA CAMPAÑA CONTRA VALENCIA. PRIMERAS CONQUISTAS.—Correría de moros hasta Tortosa.—Rompimiento con el rey de Valencia.—Se decide la conquista de Valencia.—Cortes en Monzón.—Toma de Ares y Morella.—D. Jaime sale de Teruel y entra en tierra de mo-

Páginas.

ros.—Pone sitio á Burriana.—Quiénes asistieron al sitio.—Los moros destruyen un castillo de los sitiadores.—Caso particular que pasó al rey con motivo de unas galeras.—Varios nobles aragoneses proponen al rey abandonar el sitio.—Respuesta del rey.—Noble comportamiento de los catalanes.—Bernardo Guillén de Entenza.—Rendición de Burriana.—Peñíscola se entrega al rey.—Rendición de otras plazas.—Cabalgada por las riberas del Júcar.—Toma de Almazora..... 365

CAPÍTULO II.—Llegada de los embajadores húngaros á Barcelona para tratar el casamiento del rey.—Entrevista de Don Jaime con su esposa Doña Leonor y el rey de Castilla, y lo que quedó acordado.—Dudas sobre un viaje que se supone emprendido por el rey.—Campaña del 1235 en Valencia.—El rey delante de Cullera.—El rey y sus barones ante la torre de Moncada.—Ríndese Moncada.—Conquista de la torre de Museros.—El rey da los cautivos para rescate de un caballero.—Matrimonio del rey en Barcelona con Doña Violante.—Bandos entre el conde de Ampurias y el de Rocabertí.—Cortes en Tarragona.—Concordia y avenencia entre el rey y Nuño Sánchez.—Pretensiones de Pons de Cabrera al condado de Urgel.—Invade las tierras de Urgel con armas.—Apela también el rey á las armas, y cerca el castillo de Pons.—Convenio entre el rey y el vizconde de Cabrera..... 374

CAPÍTULO III.—Consejo de capitanes en Sariñena.—Abu Zeyd se hace cristiano.—Sale el rey de Teruel.—Levanta en el cerro de Enesa el castillo derruído por los moros.—Encomienda el castillo á Entenza y á Aguiló.—Apuros del rey para enviar provisiones á la hueste.—Cortes en Monzón.—Combate de Enesa ó del Puig de Santa María.—El rey lleva en persona los refuerzos al Puig de Santa María.—Nobles palabras del rey.—Llamamiento á los barones y ciudades.—Muerte de Bernardo Guillén de Entenza.—Vuelve el rey al Puig de Santa María.—Juramento del rey..... 386

CAPÍTULO IV.—Se pide al rey que abandone la conquista y se niega.—Ríndesele Almenara.—Se entregan varias plazas.—El rey pone cerco á Valencia.—Los almogavares se apoderan de Ruzafa.—Salida sin resultado de los moros.—Llegan refuerzos al real y de dónde.—Se va estrechando el sitio.—Primer asalto de la ciudad y gloria de los de Lérida.—Toma de Cilla.—Se presenta la flota tunecina, pero desaparece al acudir la catalana.—Intentan los moros sorprender á Peñíscola y son

Páginas.

rechazados.—El real abundante de víveres.—Ataques y torneos.—Combate de los sitiados con la gente del arzobispo de Narbona.—Herida del rey.—Algunos caballeros asaltan la torre de Boatella.—Nuevo asalto é incendio de la torre.—Proposiciones de capitulación.—Torneo entre caballeros cristianos y moros.—Convenio de capitulación entre Zeyán y Don Jaime.—La capitulación no es consultada por D. Jaime á los barones..... 396

CAPÍTULO V.—Se presentan al rey embajadores de Italia solicitando su apoyo para defender la causa de la Iglesia.—Emigración de los moros valencianos.—Repartimiento de casas y tierras.—Algunos de los caballeros heredados en Valencia.—Trescientas doncellas de Lérida son enviadas á poblar la tierra de Valencia.—Conquista de varios pueblos.—Jornada del vizconde de Cardona en tierra de Murcia.—Intentan vanamente apoderarse de Villena y Sax.—Constitución de Valencia.—Quiénes contribuyeron á la redacción.—Obispado de Valencia.—Parte el rey á Montpeller..... 410

CAPÍTULO VI.—Llegada del rey á Montpeller.—Pacifica la ciudad.—Parte de Montpeller.—Cortes en Gerona.—Va el rey á Valencia y se quejan los moros de violación de pactos.—Entrevista de D. Jaime con Zeyán.—Ríndense Bairén y Villena.—Virrey de Valencia D. Rodrigo de Lizana.—Berenguer de Entenza se pasa al campo moro.—Vuelve el rey á Valencia y celebra consejos de generales en Altura.—Marcha sobre Játiva.—Embajada al rey.—Sitio de Játiva.—Los almogavares corren las tierras de Játiva.—Suceso en el campamento y desavenencia entre D. Jaime y García Romeu.—El rey se concierta con el alcaide de Játiva y levanta el sitio.—El conde de Ampurias recobra la amistad del rey.—Virrey de Valencia Jimeno Pérez de Tarazona..... 419

CAPÍTULO VII.—Infancia del conde de Provenza Ramón Berenguer.—Llega á Provenza y se casa con Beatriz de Saboya.—Sus guerras con el conde de Tolosa. Casamiento de dos hijas del conde de Provenza con los reyes de Francia y de Inglaterra.—Fundación de la ciudad de Barceloneta en los Alpes.—Romeo de Vilanova.—Vuelve el conde de Tolosa á su guerra con el de Provenza.—Hacen la paz.—Llega D. Jaime á Montpeller.—Entrevista en Lunel con el conde de Tolosa.—Convenio entre el rey de Aragón y los condes de Provenza y de Tolosa.—Trata el conde de Tolosa de repudiar á Sancha de Ara-

Páginas.

gón para casarse con Sancha de Provenza.—El rey D. Jaime se casa con Sancha de Provenza como procurador del conde de Tolosa.—Rompimiento del enlace.—Muerte del conde de Provenza.—Muerte del conde del Rosellón.—Disposiciones tomadas por D. Jaime al adquirir los dominios de Rosellón.. 428

CAPÍTULO VIII.—Nacimiento del infante Jaime en Montpeller.—Entrevista de los reyes de Aragón y de Francia.—Cortes en Daroca.—Descontento de los catalanes.—Cortes en Barcelona.—Descontento de los aragoneses y sublevación del príncipe D. Alfonso.—Castilla apoya al príncipe.—Vuelve el rey á Valencia y se apodera de Alcira, Gandía y Denia.—Viaje de D. Jaime á Provenza.—Pretensiones del rey al dominio de Provenza y pérdida de este condado para la casa de Aragón. —El rey manda cortar la lengua al obispo de Gerona.—Carta del Papa á D. Jaime con referencia á este hecho.—Absolución del rey.—Casamiento de la hija de D. Jaime con el heredero de la corona de Castilla.—Cortes en Huesca para formar un código.—Disposiciones testamentarias de D. Jaime repartiendo sus reinos entre sus hijos.—Deja el reino de Aragón á su hijo Alfonso.—Cataluña á D. Pedro.—Valencia á D. Jaime.—Rosellón á D. Fernando.—Ordena á D. Sancho el estado eclesiástico.—Disposiciones para el caso de faltar descendencia varonil.—Prosiguen las alteraciones en Aragón..... 437

CAPÍTULO IX.—Rompimiento del tratado por los moros de Játiva.—D. Jaime pone sitio á Játiva.—Desavenencias entre D. Jaime y su yerno el príncipe de Castilla.—Prosigue el sitio.—Distínguese Jaime Portadora.—Entrevista del rey de Aragón y el príncipe de Castilla.—Convenio entre ambos.—Capitulación de Játiva.—Repartimiento de tierras y administración de Játiva.—Cortes en Alcañiz de catalanes y aragoneses para dirimir las diferencias entre el rey y su hijo.—Embajada al príncipe Alfonso.—Sentencia de los jueces de Alcañiz.—Cortes en Barcelona donde se jura por sucesor del rey en Cataluña á su hijo D. Pedro.—Muerte de la reina Doña Violante.—Amores del rey con Doña Teresa Gil de Vidaure. —Doña Teresa obra ostensiblemente como mujer legítima del rey.—Ríndese Biar y todo lo demás del reino de Valencia.—Discordia entre D. Jaime y su yerno el rey de Castilla.—Toma D. Jaime bajo su protección el reino de Navarra, y preparativos de guerra con Castilla.—El príncipe Alfonso aprueba en Barcelona las donaciones hechas por su padre á sus hermanos.

Páginas.

—Nuevos tratos con el rey de Navarra y tregua con Castilla. 449

CAPÍTULO X.—Azedrach el moro.—Sus astucias y tramas secretas.—Trata de apoderarse del rey armándole una emboscada.—Sublevación de los moros.—Determinación del rey.—Cortes en Valencia con este objeto.—Nombramiento de Guillermo de Moncada para gobernador de Játiva, y expulsión de los moros de Valencia.—Capitulación de los moros de Montesa.—Jimeno Pérez de Arenós marcha contra los sublevados.—Batalla de Peñacadell en que hizo sus primeras armas Don Pedro.—Tregua con los moros.—El príncipe D. Alfonso procurador de Aragón y de Valencia.—Bernardo Vidal de Besalú media para conseguir la paz entre los reyes de Aragón y de Castilla.—Vistas de ambos reyes.—Sublevación de Montpeller.—Los reyes de Aragón y de Francia nombran árbitros para dirimir su contienda.—El vizconde de Narbona desafía al rey de Aragón.—Vistas de los reyes de Aragón y de Castilla en Calatayud y en Soria.—Rompimiento de hostilidades entre los reyes de Aragón y de Francia.—Termina D. Jaime la campaña de Valencia.—Astucia de que se valió.—Capitulacion de Azedrach. 462

CAPÍTULO XI.—Viajes del rey.—Embajadores enviados á Francia para negociar un tratado.—Tratado de Corbeil entre los reyes de Francia y de Aragón.—Ratificación del tratado por D. Jaime en Barcelona.—Tratos de boda entre Isabel de Aragón y Felipe de Francia.—Viaje del rey á Perpiñán y á Montpeller y sosiego de estas ciudades.—Unido el reino de Valencia al de Aragón, es declarado heredero y sucesor en ambos el príncipe D. Alfonso.—Sucede D. Alvaro en el condado de Urgel y turbaciones en este condado.—D. Pedro de Moncada incendia la villa de Pons.—D. Alvaro de Cabrera se aparta de la obediencia del rey.—Confederación de barones catalanes contra el rey.—D. Jaime llama á las armas para marchar contra ellos.—El rey tenía tregua con el de Túnez.—Muerte del príncipe D. Alfonso en Calatayud.—Declaración y protesta hecha por D. Pedro en Barcelona.—El rey manda al justicia de Aragón contra el conde de Urgel.—Unión y hermandad de las ciudades y villas de Aragón.—Tratos de boda entre el príncipe D. Pedro y Constanza de Sicilia, y embajada del rey al Papa.—Contestación del Papa.—Fernán Sánchez, hijo natural del rey, pasa á Sicilia á ratificar el tratado de boda.—Matrimonio de Isabel de Aragón con Felipe de

Páginas.

Francia.—Bodas del príncipe D. Pedro con Constanza de Sicilia.—Disposiciones del rey tocante á sus reinos..... 473

CAPÍTULO XII.—Nombramiento de árbitros.—Duelo en Lérida.—Recibe el rey en Barcelona una embajada del sultán de Egipto.—El sultán de Egipto acoge con gran pompa en Alejandría á los dos caballeros catalanes enviados por el rey.—Nombramiento de cónsules y poder comercial de Barcelona.—Impulso marítimo.—Fernán Sánchez almirante de Aragón.—Colonización de Valencia.—Embajada al rey de Francia.—La reina de Castilla pide apoyo á D. Jaime.—Consejo en Huesca.—Cortes en Barcelona.—Oposición que encuentra el rey en las Cortes.—Práctica que se seguía.—Los *brazos* no quieren prescindir de su derecho.—Enojo del rey.—Transige con las Cortes y se acuerda con ellas.—Cortes en Zaragoza.—Contestaciones dadas al rey por algunos nobles negándose á lo que se les pedía.—Negativa de los ricos-hombres á favorecer al rey.—Memorial de agravios.—Los barones aragoneses se congregan en Alagón.—Contesta el rey al memorial de agravios de los ricos-hombres.—No se avienen los ricos-hombres y comienza la campaña.—Toma de las Cellas, sitio de Pomar y suspensión de hostilidades.—Arbitraje y tregua.... 487

BIBLIOTECA PROVINCIAL SORIA

BIBLIOTECA PÚBLICA

OBRAS

DE VÍCTOR BALAGUER

TOMO XII DE LA COLECCIÓN

Y CUARTO DE LA HISTORIA DE CATALUÑA

Sig. t.º 1 Top.º 2
Est. 47
Tab. 3
Núm. 5

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN.

POESÍAS CATALANAS. (*El libro del amor.—El libro de la fe. —El libro de la patria.—Eridanias.—Lejos de mi tierra.—Ultimas poesías.*)—Un tomo, que forma el I de la colección, **6** pesetas.

TRAGEDIAS. Original catalán y traducción castellana. (*La muerte de Aníbal.—Coriolano.—La sombra de César.—La fiesta de Tibulo.—La muerte de Nerón.—Safo.—La tragedia de Llivia.—La última hora de Cristóbal Colón.—Los esponsales de la muerta.—El guante del degollado.—El conde de Foix.—Rayo de luna.*)—Un tomo (II de la colección), **8** pesetas.

LOS TROVADORES. *Su historia literaria y política.*—Cuatro tomos (III, IV, V y VI de la colección), **30** pesetas.

DISCURSOS ACADÉMICOS Y MEMORIAS LITERARIAS. (*Discursos y dictámenes leídos en las Academias y en los Juegos Florales.—La corte literaria de Alfonso de Aragón.—Un ministerio de Instrucción pública.—Fundación de la Biblioteca de Villanueva y Geltrú.—Cartas literarias.—El poeta Cabanyes.—Ideas y apuntes*, etc., etc.)—Un tomo (VII de la colección), **7** pesetas **50** céntimos.

EL MONASTERIO DE PIEDRA.—LAS LEYENDAS DEL MONTSERRAT.—LAS CUEVAS DE MONTSERRAT.—Un tomo (el VIII de la colección), **7** pesetas **50** céntimos.

HISTORIA DE CATALUÑA.—Tomos primero, segundo y tercero de esta obra, y IX, X y XI de la colección á **10** pesetas cada uno, **30** pesetas.

(Esta colección es propiedad del autor.)

Rº 8553.

VÍCTOR BALAGUER

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

Rº 1198

HISTORIA

DE

CATALUÑA

TOMO CUARTO

MINISTERIO DE FOMENTO
0.035
BIBLIOTECA PROVINCIAL
SORIA

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1886

BIBLIOTECA PÚBLICA SORIA

LIBRO SEXTO.

(CONTINUACIÓN.)

CAPÍTULO XIII.

Cortes en Ejea.—Sospechas de un viaje del rey á Perpiñán.—Reunión en Teruel de la hueste expedicionaria.—Primeras ventajas conseguidas por el rey.—Su entrevista con los reyes de Castilla y sus amores con Doña Berenguela.—Sitio de Murcia.—Capitulación de la ciudad.—Diferencia en la relación de este período.—Según las historias árabes.—Según Muntaner.—Proyecto del rey, contrariado por sus barones.—Jefes de frontera.—Viaje del rey á Montpeller.—D. Ferriz de Lizana desafía al rey.—Recibe el rey en Perpiñan una embajada de tártaros.— El rey pasa á Lérida.—Sitia y toma á Lizana.—Crueldad del rey.—Sentencia contra monederos falsos.—Viajes del rey.—Muerte del conde de Ampurias.

(DE 1265 Á 1267.)

Las Cortes que tuvo el rey á los aragoneses en Ejea, fueron por Abril de 1265, estableciéndose en ellas algunas leyes, con las cuales se satisfacían ciertas quejas fundadas de los ricos-hombres de Aragón. Se ordenó, entre otras cosas: Que ni el rey ni ninguno de sus sucesores pudiesen dar tierra ni honor á ningún rico-hombre que no lo fuese por sangre y naturaleza, ó que fuese extranjero; que los ricos-hombres, caballeros é infanzones no fuesen obligados á pagar *bovaje ni herbaje*; que en cuantas diferencias y pleitos se moviesen en-

tre el rey y los ricos-hombres, fuese juez el justicia de Aragón, y las determinase con consejo de los ricos-hombres y caballeros que se hallasen en las Cortes y no fuesen parte en el proceso; que el rey no pudiera dar tierra ni honores á hijos nacidos de la reina, etc.

Si hemos de seguir á Zurita y á otros historiadores, D. Jaime, luego de celebradas Cortes, se fué á Zaragoza, de donde pasó á Teruel, y de allí á la guerra de Murcia; pero consultando yo mis notas, sospecho que pudo antes hacer un viaje á Perpiñán, donde es un hecho que por aquel tiempo, ó sea en verano de 1265, le rindió homenaje Roger Bernardo III, conde de Foix, por los castillos de Son y de Querigut y por lo restante del país de Donazán, por la villa de Evols y por lo que poseía en Cerdaña y en el Conflent [1].

El *Conquistador* había mandado reunir en Teruel á toda la gente de su hueste. Allí comparecieron sus hijos, Ramón vizconde de Cardona, Pedro de Moncada y otros. Había también tomado á sueldo á 2.000 caballeros; pero de los aragoneses convocados, sólo compareció D. Blasco de Alagón [2], y de los que debían presentarse á sueldo, sólo se reunieron 1.100 [3]. El consejo de Teruel facilitó al rey cuantos recursos de víveres pudo menester para abasto de la hueste; en seguida se trasladó D. Jaime á Valencia, en cuya ciudad pidió

1 Ni Henry ni otros historiadores del Rosellón hablan de este viaje del rey á Perpiñán. Yo, sin embargo, debo hacer mérito de él porque lo hallo apuntado en los cuadernos de notas que hace seis años iba recopilando para cuando escribiese la presente historia. Contra mi costumbre en todas las notas, no hallo en la referente á ésta la fuente, y no me es ahora fácil dar con ella; pero, sin embargo, respondo de su autenticidad. Probablemente la tomé en el archivo de Perpiñán, olvidándome de apuntar la referencia, ó de algún libro de autor importante.

2 Zurita, lib. III, cap. LXVIII.

3 Crónica real, cap. CCLV.—Zurita dice que de los 2.000 sólo se hallaron 600.

prestado cuanto trigo supo que existía en los depósitos de los mercaderes, y de Valencia pasó á Játiva y á Biar.

Con sus instancias y manejos consiguió que Villena y Elda volviesen á la obediencia del infante de Castilla D. Manuel; recobró el castillo de Petrer, que se había alzado contra su señor Godofredo de Loaisa, privado del rey de Castilla, y marchóse á Alicante disponiendo allí sus compañías de gente y tomando tan hábiles medidas, que en poco tiempo se le sometieron Elche y Orihuela, recobrando todo cuanto se había perdido por el alzamiento de los moros desde Villena y Orihuela y desde Alicante al mismo punto.

Se había acordado que los reyes de Castilla y de Aragón se verían en Alcaraz, y á esta villa se dirigió entonces D. Jaime (debió ser á últimos de Noviembre ó primeros de Diciembre) con los infantes sus hijos y 300 caballeros, habiendo dejado en Orihuela otro tanto número de jinetes y sus terribles compañías de almogavares. En Alcaraz le esperaba el castellano con su mujer Doña Violante, hija de D. Jaime, y los infantes sus hijos que, según expresión de un cronista [1], le recibieron con toda la ternura que es natural en tal lance, aunque el rey no empleó toda la suya con personas tan propias, pues le quedó la bastante para rendir á Doña Berenguela Alfonso, hija del infante D. Alfonso, señor de Molina y Mesa, tío del monarca castellano, reduciéndola á que le siguiese, y viviendo después en su compañía algunos años como si fuera su mujer. Fué esta dama la sucesora de Doña Teresa Gil de Vidaure.

Las fiestas de Navidad las pasó ya D. Jaime en Orihuela, de regreso de Alcaraz, gozando de las primicias de sus amores con su querida Doña Berenguela.

Habían tenido ya lugar varios choques y encuentros

1 Braulio Foz.

con los moros, con gran alegría y aprovechamiento de los almogavares, cuando *el Conquistador* trató de ir á poner sitio á Murcia, partiendo de Orihuela á este fin el 2 de Enero de 1266. Hay que referir aquí una anécdota muy característica que cuentan así Zurita como la misma crónica real. «Es de saber, dice D. Jaime, que si en las batallas debe ir siempre el rey á retaguardia, en los campamentos debe ir antes de todos, ya para poder dirigir el sitio mejor, ya para que no haya de moverse nada tan luego como estén acampados.» A fin de escoger, pues, el mejor sitio, hízose acompañar el rey por un adalid, que le señaló el punto donde debía levantar su tienda. El rey miró á todos lados, y observó que del sitio designado por el guía, sólo distaba Murcia un tiro de ballesta, y que estaba la tienda por lo mismo expuesta y en gran peligro.—«Adalid, exclamó entonces el monarca dirigiéndose á su guía, muy locamente nos alojáis; pero ya que este sitio habéis escogido, sabremos mantenernos en él y conservarlo, ó caro nos ha de costar.»

La conquista de Murcia fué breve y llevada á cabo con aquella actividad que caracterizaba á D. Jaime. Los murcianos comenzaron por cargar sobre él y su hueste con gran furia de piedras y saetas, hicieron salidas y dieron rebatos; pero duramente escarmentados, acabaron por no abandonar el recinto de sus murallas que eran fuertes, bien torreadas y bien guarnecidas, siendo, como dice Muntaner, la ciudad *mills murada que sia gaire al mon*. El monarca aragonés, comprendiendo que mejor sería entrar en Murcia por capitulación que por asalto, halló medio de entenderse con los de la ciudad y proponerles que se diesen á partido. Los murcianos se avinieron, mediante que se les permitiese vivir según su ley, llamar á la oración, juzgará los sarracenos según aquélla lo ordenaba, conservar sus mezquitas y

culto, y olvidar el rey de Castilla cuantos agravios creyese haber recibido de ellos. Ponían por condición que el monarca castellano manifestase por carta que accedía á todo cuanto otorgase D. Jaime. Este les ofreció conseguir del rey de Castilla lo que pedían; pero exigió que se le entregasen interinamente el alcázar y la mitad de la ciudad.

Convínose en esto, y sólo hubo alguna dificultad en el momento de la repartición, pues los murcianos no querían desprenderse de una mezquita que, sin embargo, deseaba convertir el rey en templo cristiano; aunque por fin accedieron. El estandarte de Aragón flotaba ya á últimos de Febrero en las torres del alcázar de Murcia, y el rey de Castilla sabía que podía ir á tomar posesión de aquella plaza y de otras 28 entre fortalezas y villas, que D. Jaime había ganado para él en tan breve campaña. Pocos ejemplos existen de lealtad semejante.

Tal es, en resumen, la historia de este período, conforme á la que hace el mismo rey D. Jaime, y á la de Zurita y demás cronistas, así antiguos como modernos; pero difiere mucho la relación de los árabes, y bastante en los detalles, ya que no en el fondo, la de Muntaner.

Así, por ejemplo, los historiadores árabes á quienes se refiere Conde (cap. VIII de la parte 4.ª), cuentan que el rey Gacum, es decir, D. Jaime, fué contra Murcia pretendiendo ganar aquella tierra para sí, al propio tiempo que el rey Alfonso de Castilla la quería para hacer rey de ella á su hermano Manuel. Esta competencia hizo que los dos reyes se avistasen, conviniendo en casar á una hija del de Aragón con el infante D. Manuel; pero la reina Doña Violante, mujer del castellano, hija del aragonés y hermana, por consiguiente, de la que se destinaba para reina de Murcia, trató de estorbar el proyecto: que era Doña Violante vana y en-

BIBLIOTECA PÚBLICA

vidiosa, al decir de los árabes; menos bella que su hermana, y sentía en el alma que aquella conquista sirviese para coronar á la que aborrecía. Al efecto, escribió al rey de Granada, y éste, vencido por sus instancias, se entendió con D. Alfonso, concertando que el reino de Murcia quedaría en obediencia de Castilla, y siempre unido á ella, pero debiendo darse en tenencia á un príncipe muslim, que lo gobernase según sus leyes y costumbres. Así se hizo, siempre según los árabes, «y así, añaden, el rey Alfonso satisfizo su generosa vanidad de tener reyes por vasallos, y la reina Yolán (Violante) logró el triunfo que deseaba porque su hermana no fuese reina.»

En cuanto á Muntaner [1], guarda en el fondo, y en el punto capital de la conquista de Murcia por D. Jaime, perfecta armonía con los demás analistas é historiadores de nuestro país; pero desgraciadamente confunde ciertos hechos, antepone unos y pospone otros, y refiere detalles que, á ser verdaderos, están en contradicción con otros, reconocidos indubitablemente como históricos. Así vemos que, según Muntaner, los barones de Aragón se avinieron alegremente y de muy buena voluntad, á ayudar á D. Jaime en la conquista de Murcia, aprobando el auxilio que trataba de dar al rey de Castilla; y, sin embargo, ya los lectores saben los inconvenientes con que tropezó, y de qué manera fué recibida su propuesta en las Cortes de Cataluña, y particularmente de Aragón.

Por mi parte, me atengo á lo primeramente referido, pues paréceme lo más exacto, sin dejar de creer por esto que pudo muy bien suceder algo en el modo y forma que refiere Muntaner, quien da gran importancia

1 Véase su crónica, traducida por D. Antonio de Bofarull, desde el cap. X al XVII.

en todo lo de Murcia al príncipe D. Pedro. Algo puede haber también de verdad en la relación de los cronistas de los árabes, y con apuntarlo todo me contento, pues es sabido que me consagro á escribir esta obra con el deseo de popularizar nuestras glorias y rectificar algunos errores, estando muy apartada de mi mente la idea de ofrecer un trabajo completo, superior á las fuerzas de un individuo, y á las mías en particular.

Ordenadas quedaron así las cosas de Murcia, habiendo D. Jaime conquistado este reino «mediante su esfuerzo y gastos, reduciéndolo á su poder y dominio, y entregándolo á su yerno el rey de Castilla, libre y voluntariamente, y con toda generosidad; acción que puede competir con las mayores que de príncipes se refieren en las historias [1].» El vencedor y conquistador monarca partió entonces á Orihuela, de donde pasó á Alicante, y en este punto llamó á consejo á sus hijos y ricos-hombres, proponiéndoles una cabalgada por tierra de Almería, antes de despedir la gente; pero no fué de este acuerdo el consejo, y el rey hubo de abandonar su propósito, volviéndose para Valencia así que hubo puesto en orden lo que tocaba á las fronteras.

Quedaron en la raya de Alicante y Villena, D. Artal de Luna y D. Jimeno de Urrea, con 100 de á caballo, y en Biar y Ontiñena, D. Berenguer Arnaldo de Anglesola y D. Galcerán de Pinós, con 70 jinetes, encargados de acudir por el pronto á remediar cualquiera sublevación, y al mismo tiempo avisar por medio de almenaras. A más de estos últimos, se sabe que entre los barones catalanes que tomaron parte en la campaña de Murcia, estaban Hugo, conde de Ampurias (¿Pons Hugo II?); Ramón de Moncada; Jofre ó Vifredo, vizconde de Rocabertí, y Carroz, señor de Rebolledo.

1 Cuenca: *De los ricos-hombres de Aragón*, fol. 35 vuelto.

De Valencia se vino el rey á Cataluña, y de aquí trató de dirigirse á Montpeller, lugar al que era aficionado por ser el de su nacimiento, ya que, como el buen Muntaner ha dicho, *natural cosa es que tota persona y puix tota criatura ame la patria é lo lloch hont es nat, é lo dit senyor rey, com naixqué á Muntpesller, amá tostemps molt aquell lloch.* Acompañóle en este viaje Guillermo Rocafull, gobernador de Montpeller, que había adquirido mucha gloria en la campaña de Murcia, y se detuvo algún tiempo en Rosellón y particularmente en Perpiñán [1], de regreso ya de Montpeller y por el mes de Octubre de 1266.

Hallándose en Perpiñán, se le presentó un mensajero de D. Ferriz de Lizana con una carta de éste, en la cual enviaba á desafiar al rey por ser pasada la tregua que había asentado con los ricos-hombres de Aragón.—«Don Ferriz pensará, dijo D. Jaime al recibir este mensaje, que Nos no acostumbramos irnos á sestear, porque solemos salir á volar grulla ó avutarda; mas ya que él lo quiere, haremos cuenta que vamos á volar paloma ó picaza [2].»

El mismo día que recibió esta carta, y en la misma ciudad de Perpiñán, se le presentó una embajada de los tártaros con una carta muy amigable de aquel rey, rogándole emprendiese la conquista de la Tierra Santa, y prometiéndole que si iba D. Jaime en persona á esta expedición, le ayudaría con gente, armas y todo lo necesario. Según parece, el monarca aragonés recibió con gran placer esta embajada, obsequió y festejó á los enviados y les despachó, ordenando á Jaime Alarich, caballero perpiñanés, que los acompañase como su emba-

1 P. Tastú: *Notice sur Perpignan*, núm. 5.—Quizá fué entonces, y no el año antes, cuando tuvo lugar lo del homenaje de Roger de Foix á que se alude en una nota anterior.

2 Crónica real, cap. CCLXXV.

jador cerca del soberano de Tartaria, enterándose de la disposición y fuerzas de aquellas gentes [1].

Dispuesto á cumplir lo que había dicho al recibir el mensaje del de Lizana, vínose el rey á Cataluña y dirigióse directamente á Lérida, á cuyos prohombres y paheres pidió que le ayudasen para marchar contra Don Ferriz.—«¿De qué os ha de servir nuestra ayuda, si al cabo perdonáis siempre á todos y se ensoberbecen más con su impunidad?» es fama que los leridanos le contestaron.—«No sucederá así esta vez,» respondió el rey.

Y no sucedió, en efecto. La historia de lo que pasó es curiosa, y merece referirse con alguno de sus más interesantes detalles. Después de haberse apoderado la hueste de Tamarit, del castillo de Picamoix, que fué en el acto demolido, marchó D. Jaime á poner sitio á la villa y castillo de Lizana, llevando dos fundíbulos para combatir los muros. Por razón del juramento que mutuamente se habían prestado los ricos-hombres de Aragón, encomendándose unos á otros los castillos, defendían en aquella sazón el de Lizana las gentes de Fernán Sánchez, hijo del rey, con él á su frente. Fernán Sánchez, que había vuelto ya á la obediencia del rey, envió un mensaje á su padre suplicándole que le permitiese salir de la fortaleza á él y á los suyos para que entrasen á presidiarla los hombres de Ferriz de Lizana, que se hallaban ya dispuestos en Alcolea. Accedió el rey como á cosa muy justa, y el relevo de la guarnición se efectuó ante las tropas inmóviles de D. Jaime; que tales eran las caballerescas costumbres de la época.

El mismo *Conquistador* salió á la puerta de su tienda para presenciar el desfile, y enterarse de las fuerzas que

1 Crónica real, cap. CCLXXV.—Braulio Foz en sus comentarios al anónimo (Sas).—Juan Alarich dice Foz, pero se llamaba Jaime.

entraban á guarnecer el castillo, en relevo de las de su hijo. Iba á la cabeza de la nueva guarnición un sobrino de D. Ferriz de Lizana, y seguíanle algunos caballeros y otros hombres de *paratje*, que eran, al decir del rey en sus memorias, los que más daño le hicieran alzándose en su tierra. Conocióles á todos D. Jaime, y asombrándose de ver en sus filas á algunos que habían militado con él, se dirigió á ellos y les dijo: —«¡También vosotros! ¿Por quién entráis, pues, en el castillo?» — «Por D. Ferriz de Lizana, que es nuestro señor,» le contestaron. — «Ved, replicó el rey, que si aquí entráis, no volveréis á salir de fijo.» —«Será lo que Dios quiera,» respondieron con sublime laconismo; y entraron.

Relevada la guarnición, el castillo fué estrechamente cercado y reciamente combatido. Apurados ya y reducidos á su último extremo los heróicos defensores, propusieron rendirse si se les perdonaba.—«No hay perdón, exclamó el rey, en cuyo compasivo corazón no había lugar aquella vez para la clemencia; ríndanse á discreción, ó no se rindan.» Instaron nuevamente, pero el rey estuvo inflexible. Entonces los sitiados se rindieron, y D. Jaime, mostrando una crueldad que por cierto no era en él costumbre, mandó que la mayor parte fuesen ahorcados de las almenas del castillo, imponiendo severas penas á los demás.

La rendición de Lizana debió tener lugar dentro aquel mismo año de 1266 ó al principio del siguiente, y en seguida se fué el rey á Tarazona, donde mandó abrir proceso contra unos monederos falsos, que eran, sin embargo, personas distinguidas y de alta clase. La oficina de estos monederos estaba en el castillo de Santa Olalla, junto á Sangüesa, y fueron sentenciados como tales, entre otros, Doña Elfa de Jordá, señora de dicho castillo y villa, la cual fué condenada á muerte y aho-

gada [1]; los hijos de esta señora, que se fugaron; D. Pedro Ramírez y su hijo, y otros. El delito de que se les acusaba era el de acuñar, con marcas de Aragón unas veces, y de Castilla otras, unos maravedises de cobre que cubrían luego con hojuelas de oro. Un alto eclesiástico, complicado en el asunto, fué condenado á cárcel perpetua, y los demás á muerte.

Terminado el proceso, el rey, según su costumbre de no parar nunca ni tener un momento de reposo, así en paz como en guerra, se fué á Zaragoza, de donde pasó á Alcañiz; de este punto á Tortosa, y de aquí á Valencia. Hallándose en esta ciudad á principios de 1268, tuvo noticia de la muerte de su hija la infanta Doña María, acaecida en Zaragoza, y poco después se vino á Cataluña, donde asuntos importantes reclamaban su presencia.

Al comenzar este año de 1268, ó á últimos de Diciembre del anterior, hay que poner un viaje del rey D. Jaime al condado de Ampurias y á su capital la villa de Castellón, si no miente cierta crónica manuscrita que tuve ocasión de hojear hace algunos años [2]. Ha-

1 Elfa de Torrella, dice D. Jaime en su historia traducida por Flotats y por Bofarull. Elfa de Jordá, dice Zurita. Realmente era viuda de D. Pedro Jordá ó Jordán, señor de Santa Olalla.

2 Puedo dar pocas noticias de esta crónica que tuve en mi poder sólo tres ó cuatro días, gracias aún á cierta ilustrada persona de la villa de Figueras que halló medio de procurármela. En las notas que entonces tomé, pues comenzaba ya á ir allegando materiales para cuando se me presentase ocasión de escribir esta obra, consta que la citada crónica parecía ser del siglo XVI por la letra y papel, que era moreno y con anchas márgenes, en las que había notas de letra visiblemente más moderna. El texto era catalán, el estilo poco literario y culto, faltándole los 36 primeros folios, algunos de la mitad poco más ó menos y buena porción de los últimos. Era bastante voluminosa y narraba algunos hechos de los reyes de Aragón, fijándose principalmente en sus relaciones con el condado de Ampurias. Yo bien sé donde existe actualmente este

bíanse renovado las antiguas cuestiones entre la iglesia de Gerona y los condes de Ampurias, y Pons Hugo II fué excomulgado; pero consiguió después que se levantase el anatema. Hallándose próximo á la muerte, en Diciembre de 1267, acudió á visitarle D. Jaime de Aragón que, según la citada crónica, había conseguido por aquellos años la soberanía del condado de Ampurias, no sin tener algunos disgustos con Pons Hugo. Éste murió hallándose el rey en Castellón, y sucedióle su hijo Hugo IV.

manuscrito; pero no estoy autorizado para citarlo en público, y por cierto que allí donde está poco servicio puede prestar á los hombres de letras.

CAPÍTULO XIV.

Muerte del conde D. Alvaro de Urgel.—Disturbios en Urgel y pretendientes á este condado.—Viaje del rey á Toledo.—Consulta al rey de Castilla el proyecto de una expedición á Tierra Santa.—Vuelve el rey á Valencia y recibe una embajada de Tartaria y otra de Constantinopla.—Publica su resolución de ir á la Tierra Santa.—Entrevista con la reina de Castilla en Huerta.—Viaje á Mallorca.—Sale la flota del puerto de Barcelona y quiénes iban en ella.—Asaltada la flota por una furiosa tempestad, decide el rey abandonar la empresa.—Algunos buques llegaron á San Juan de Acre y cuáles fueron.—Regreso de las naves.—La nave real llega á Aigues Mortes.—Lo que le sucedió al rey en Montpeller.—Asiste en Burgos al casamiento de su nieto Don Fernando de Castilla.—Consejos dados al rey de Castilla.—Cortes en Valencia.—Los reyes de Castilla en Valencia.—Nueva entrevista con el rey de Castilla en Alicante.—El príncipe D. Pedro hace preparativos para apoderarse de los condados de Poitiers y Tolosa.—Ordenes terminantes de D. Jaime para impedir el proyecto de su hijo.—Desiste el príncipe de la empresa.—Turbaciones en el reino por causa de guerra entre D. Pedro y Fernán Sánchez.

(De 1268 á 1271.)

Acababa de morir D. Alvaro, conde de Urgel, y sus dominios quedaron en el más mísero é infeliz estado en que jamás se hubiesen visto. El rey D. Jaime, que después de haber tomado las tenencias de los castillos, se quedó con ellos, tenía ocupado casi lo mejor de Urgel y los pueblos y fortalezas más principales. D. Alvaro había muerto agobiado de deudas y de disgustos, dejando de Doña Constanza de Moncada una hija llamada Leonor, y de Doña Cecilia de Foix dos hijos, llamado el mayor Armengol y el menor Alvaro. Con el tiempo, el uno le sucedió en el condado de Urgel y el otro fué vizconde de Ager.

Por de pronto, no sucedió así. Quiso ponerse en duda la legitimidad de estos dos hijos, como habidos en Doña Cecilia, con quien el conde se había casado viviendo todavía su primera mujer, y de quien no había querido apartarse á pesar de las censuras de la iglesia; y de ahí vino que D. Guerau de Cabrera, hermano de Don Alvaro, pretendiese el condado, á tiempo que también lo pretendían el rey por su parte, Doña Constanza de Moncada por la suya y los valedores de los dos niños asimismo por la suya. Hubo con este motivo grandes disturbios; consiguió D. Jaime que Guerau de Cabrera le cediese sus derechos al condado, como también alcanzó lo propio de los ejecutores del testamento de Don Alvaro, y se trasladó á Cervera, dispuesto á hacer armas contra el vizconde Ramón Folch de Cardona y otros nobles catalanes que con el conde de Foix sostenían la causa de los dos niños.

En Cervera se hallaba el día 1.º de Noviembre, cuando recibió cartas y mensaje de su hijo el infante Don Sancho, á quien acababa de conferir el Papa el arzobispado de Toledo, rogándole que fuese á pasar con él las fiestas de Navidad en que había de celebrar su primera misa. Movido el rey de esta súplica, se decidió á aceptar la invitación, y dejando á su hijo D. Pedro en Cervera para que prosiguiese la guerra contra el de Cardona, se marchó á Aragón, llegando á Calatayud hasta donde salió á recibirle el infante D. Sancho, y acompañado de él y del rey de Castilla, con quien se encontró en Huerta, fuese á Toledo, pero sin que su estancia en esta ciudad se prolongase por muchos días.

Tuvo, hallándose en ella, la noticia de haber regresado de su expedición aquel Jaime Alarich que había enviado de embajador al rey tártaro, al cual acompañaban dos señores principales de aquel apartado reino. Decidióse, pues, á volver cuanto antes á sus estados de

Aragón, á fin de recibirles convenientemente, y antes de ponerse en camino con este objeto, manifestó al rey de Castilla su proyecto de pasar á la Tierra Santa para la conquista del Santo Sepulcro. No fué el castellano muy favorable á esta idea, pero á pesar de ello le ofreció contribuir con 100 caballos y 100.000 morabatines si llegaba á realizarla. Ofrecieron también al rey de Aragón sus servicios para aquella empresa los caballeros de Uclés y del Hospital.

Trasladóse en seguida D. Jaime á Valencia, entrado ya el año 1269, y en aquella ciudad, por el mes de Enero, recibió solemnemente á Jaime Alarich, que le presentó los embajadores extranjeros. Eran éstos dos señores tártaros y uno griego, el cual había venido en nombre y representación del emperador de los griegos Miguel Paleólogo. Los tres le ofrecieron, de parte de sus respectivos monarcas, que cooperarían y ayudarían á la empresa de la Tierra Santa con gentes, buques y dinero, si D. Jaime se decidía á ponerse al frente de la expedición. Con esta promesa y con los buenos informes que le dió sin duda Jaime Alarich, ya *el Conquistador* no vaciló un solo instante más, creyendo digna de su renombre semejante empresa.

Desde el momento hizo pública su resolución, y dió todas las órdenes oportunas y necesarias al objeto. Activamente se llevaron los aprestos, como había sucedido en todas las demás cosas en que D. Jaime interviniera. Nombró en clase de lugarteniente general suyo, mientras durase su ausencia, al príncipe D. Pedro, y consiguió que el reino de Aragón le autorizase para batir moneda hasta 15.000 marcos de plata como ayuda de gastos de la empresa, sin los demás donativos que hicieron las villas y ciudades.

Antes de partir pasó á Aragón; de allí al monasterio de Huerta, á donde le había pedido que fuese su hija

la reina de Castilla, con objeto de despedirse de él, pero en realidad para disuadirle de su idea y vencerle con sus súplicas obligándole á que la abandonara. Ya sabemos, sin embargo, que D. Jaime tenía voluntad de hierro. Los lloros, las súplicas, las instancias de la reina su hija y de los infantes sus nietos le conmovieron sin disuadirle de su proyecto, y volvióse luego á Barcelona para dar el último impulso á los preparativos [1].

De aquí, activo siempre en su vejez como lo había sido en su juventud, pasó á Mallorca con una sola galera y una saetía para recoger las naves que estuviesen en la isla, y pedir á los baleares que le ayudasen en su expedición. Recibiéronle los isleños con demostraciones de alegría, y al saber el designio que allí le llevaba, pusieron á su disposición tres navíos y 50.000 sueldos, mientras que su tributario el almojarife de Menorca le hacía un donativo de 1.000 vacas [2].

1 Zurita, lib. III, cap. LXXIV. De esta entrevista con la reina de Castilla no habla la Crónica real.

2 Socias: *Reyes de Mallorca*, pág. 17.— Refieren ciertas crónicas, con motivo de este viaje del rey á Mallorca, que entonces fué cuando sucedió aquel estupendo milagro atribuído á San Raimundo de Peñafort, de venir á pie desde Palma á Barcelona. Aunque sea un extraño cuento propagado por la credulidad de ciertos cronistas, tiene algo bello en su índole, y bueno será referirlo aquí. Raimundo de Peñafort, que fué á Mallorca como confesor de D. Jaime, le instó y amonestó, hallándose allí, para que dejase el trato de su dama Doña Berenguela Alfonso, á la que se trajera de Castilla, como sabemos; pero como el rey desoyese sus consejos, aquel santo varón le amenazó con marcharse y abandonarle. Temiendo D. Jaime que cumpliese su amenaza, dió orden para que ningún buque fuese osado á transportar á su confesor; pero Raimundo sin arredrarse se llegó á la playa, echó su capa al mar, embarcóse en ella y haciendo servir al escapulario de vela, á su báculo de árbol y á un crucifijo de timón, emprendió tranquila y sosegadamente su viaje, llegando sano, salvo y en seis horas á Barcelona. (Feliu de la Peña, lib. XI, cap. XII.) Milagro por milagro, vale más el que cuentan las leyendas de aquel santo sajón que colgó su capa de un rayo de sol.

Cuando volvió el rey á Barcelona (1.° de Agosto), faltaba poco para que todo estuviese dispuesto, pero quedó corriente en lo que restaba de mes. A los siete meses de publicada la decisión real de emprender el pasaje á Tierra Santa, se balanceaban en las aguas de Barcelona 30 buques mayores y algunas galeras, sin contar los bastimentos y fustas de menor capacidad. Embarcáronse en estas naves 800 hombres de armas, gente escogida, las mejores compañías de almogavares y de ballesteros, y entre otras personas notables los maestres del Temple y del Hospital, el obispo de Barcelona, el comendador mayor de Alcañiz, Galcerán de Pinós; el sacrista de Lérida, que después fué obispo de Huesca; Fernán Sánchez, hijo natural del rey; Pedro Hernández ó Fernández, otro hijo que el rey había tenido en una señora aragonesa llamada Berenguela Fernández; Jimeno de Urrea, Pedro de Queralt y otros nobles catalanes y aragoneses en número de 300. El almirante de la armada era Pedro Fernández; el piloto de la nave del rey y jefe superior de pilotos Ramón Marquet, y en el buque de un llamado Pedro Ris iban los embajadores de Tartaria y Constantinopla. El rey y la flota se hicieron á la vela el 4 de Setiembre de 1269, á presencia de la inmensa muchedumbre que llenaba el muelle de Barcelona, y á pesar de que el tiempo se presentaba borrascoso y nada favorable á la expedición [1].

Los airados elementos se empeñaron aquella vez en contrariar la voluntad real. Durante tres días las naves lucharon con la borrasca, pero al cuarto se desató tan deshecha tempestad, «que no se recordaba otra igual de memoria de hombres nacidos.» Ramón Marquet y otros

1 Para todo lo concerniente á este punto, el autor ha tenido presente en particular la Crónica real, los *Anales* de Zurita y la curiosa *Memoria* leída á la Academia de la Historia por D. Martín Fernández Navarrete.

hombres prácticos y expertos en cosas de mar, manifestaron al rey que era temeridad el querer empeñarse contra fortuna y vientos en proseguir el viaje, y, acaso por vez primera en su vida, D. Jaime cedió determinando volver atrás, lo cual le aconsejaron también Galcerán de Pinós y los maestres del Temple y del Hospital, que iban en su nave.

Como la tempestad había dispersado los buques, muchos no vieron las señales que hacía la nao real para que retrocedieran, y los que en tal caso se hallaron, prosiguieron bien ó mal su derrotero, llegando bastante maltratados á San Juan de Acre. Fueron de este número, según noticias sacadas por Navarrete de los registros de cancillería, las naves de Rehedor, otra cuyo dueño ó capitán se ignora, y las de Guillermo Ros, de N. Costa, de Pedro Ris, de Pascual Montbrú, de N. Pintó, de Bernardo Mollet, de Berenguer Cuch, de Guillermo Dalmau y de Bernardo Saporta. Iban en estos buques, á más de los embajadores tártaros y griegos, Jimeno de Urrea y los dos hijos del rey Fernán Sánchez y Pedro Fernández.

La llegada de aquellos catalanes y aragoneses á San Juan de Acre, no fué del todo inútil. Tuvieron ocasión de reanimar y abastecer de víveres á los cristianos que allí había, los cuales estaban muy necesitados y acababan de experimentar algunas pérdidas, entre ellas las de algunas plazas importantes. Al cabo de algún tiempo, empero, viendo Pedro Fernández que su padre no comparecía, ni tampoco ninguna otra nave de la flota, inquieto por lo que podía haberles sucedido, decidió regresar á Cataluña, y como cabo principal dió al efecto las órdenes oportunas dejando en Acre varias fuerzas, mucha parte de almogavares, y además provisiones y caudales para socorro de aquéllas y de los embajadores aliados que habían transportado, á fin de que regresasen

á su patria. Es de advertir á todo esto, que no aparecieron las tropas y los socorros ofrecidos por los monarcas tártaro y griego.

En cuanto á la nave del rey, fué arrastrada por el temporal á Aigues Mortes. Desembarcó D. Jaime; se dirigió á la iglesia más inmediata, que era de Santa María de Vallvert, para darle gracias por haberle librado del peligro, y poco después se partió para Montpeller, ya que tan cerca de esta ciudad se hallaba.

Recibiéronle como era debido los cónsules y habitantes de Montpeller, y parece que el rey aprovechó aquellas buenas disposiciones en que les vió para hacerles una demanda de dinero, que les fué poco grata por lo visto. Reunió á los cónsules y á unos 50 ó 60 ciudadanos y les pidió que le ayudasen en algo, ya que había hecho grandes gastos para realizar la empresa fracasada de su viaje á Tierra Santa. Pusiéronse de acuerdo los requeridos, y al día siguiente le contestaron que cuando quisiese volver á pasar á Ultramar, le ayudarían facilitándole 60.000 sueldos de moneda tornesa.—«Por Dios, señores, exclamó D. Jaime al oir esto, que es la más original respuesta que jamás se haya dado á demanda de rey alguno. Mis reinos de Aragón y Cataluña me darían un 1.000.000 de sueldos para que me quedara en tierra, y lo poco que vosotros me ofrecéis es sólo con la condición de que parta [1].» Y, enojado, abandonó la ciudad.

Vínose á Cataluña, pero sólo de paso para Aragón, y poco después de haber llegado á Zaragoza, recibió un mensaje del rey de Castilla suplicándole honrara con su presencia la boda de su nieto D. Fernando con una hija del rey de Francia. Vino en ello D. Jaime y pasó á Burgos, donde se celebraron aquellas bodas con grande

1 Crónica real, cap. CCLXXXIV.

ostentación y magnificencia. Con motivo de hallarse en la corte de Castilla, medió en unas desavenencias que tenían con el rey algunos caballeros principales de aquel país, pero sin poder conseguir el acomodamiento, y al partir acompañóle el rey D. Alfonso hasta Tarazona.

Al despedirse ambos monarcas, el nuestro dió algunos consejos al castellano, sin embargo de ser llamado este último *el Sabio*, y fueron: que no prometiese cosa que no cumpliese; que antes de firmar algo lo meditase mucho; que trabajase en captarse el amor de sus súbditos; que de los tres estados de que está compuesta una nación, clero, nobleza y pueblo, ya que no pudiese estar bien con todos, procurase que le fuesen adictos el clero y el pueblo, pues con ellos refrenaría la altivez de los grandes; que guardase los convenios hechos con los moros de Murcia á fin de no fomentar descontentos; que procurase tener siempre en la ciudad 100 familias de arraigo con suficiente patrimonio, para que le recibiesen bien en caso conveniente; que lo demás lo poblase de menestrales y artesanos; y por último, que en ningún tiempo administrase justicia á escondidas.

No tardó D. Jaime en abandonar Aragón para ir á celebrar Cortes en la ciudad de Valencia por Marzo de 1270. Sin contar las que el P. Ribelles pretende que se celebraron después de la conquista para dar los fueros á Valencia, habíanse ya convocado dos veces Cortes en dicho reino y ciudad, la primera vez en 1250 con el fin de fijar los términos y límites del reino, y la segunda en 1266 para tomar medidas contra los moros fronterizos que no cesaban en sus rebatos y en sus algaras. Vinieron después de éstas las de 1270, que celebró D. Jaime, no para hacer declaraciones y extensiones de fueros y leyes anteriores, como han pretendido algunos, sino para dictar leyes nuevas, según consta

por la fórmula que precede á cada una: *Fem fur nou.*—*Encara fem fur nou* [1].

Cuenta un cronista (Vicente Boix en su *Historia*), que D. Jaime recibió en Valencia á la emperatriz Constanza Augusta, hermana de Manfredo, rey de Sicilia, y á su hija la condesa Irene Láscari, hija del emperador Teodoro, que venían á implorar la protección del *Conquistador*, cuya avanzada edad le privó de una venganza que más tarde pudo cumplir su hijo D. Pedro, después de la conjuración de Prócida. Aquellas dos ilustres víctimas de iras políticas y religiosas no alcanzaron tampoco el cambio que las tan famosas vísperas sicilianas produjeron en la suerte de su familia, y murieron en Valencia, siendo sepultadas, según dicho citado cronista, en la iglesia de San Juan del Hospital.

Otros ilustres huéspedes tuvo por aquel tiempo Valencia. Fueron el rey y la reina de Castilla, que al propio tiempo que con esta visita pagaban la de D. Jaime, iban á reclamar su apoyo contra ciertos síntomas de sublevación que se notaban en los moros del reino de Murcia. Los disturbios de Castilla impedían á D. Alfonso acudir á un pronto remedio. Los monarcas castellanos fueron recibidos con ostentación y esplendidez inusitadas en Valencia. Muntaner, en el capítulo XII de su crónica, nos ha dado de ello una completa idea, debiendo sólo tener en cuenta que este cronista comete el error de colocar esta visita como anterior á la conquista de Murcia por D. Jaime; falta, por otra parte, que acaso no sea de Muntaner, sino de las primeras copias de su crónica. De todos modos, D. Alfonso y Doña Violante hallaron una hospitalidad digna de ellos desde

1 Fueros del reino de Valencia, lib. IV de reb. non alien., capítulos IX, X y XI.—Vicente Boix: Noticias de las Cortes celebradas en el reino de Valencia, publicadas al fin de la segunda parte de la obra de este autor *El encubierto*.

el momento que pisaron el territorio de D. Jaime. Todos sus gastos y los de su numerosa comitiva corrieron por cuenta del *Conquistador* en los dos meses que permanecieron en su compañía, obsequiándoseles con juegos maravillosos y con placeres diariamente nuevos.

Luego que hubo partido el rey de Castilla, quedóse D. Jaime en Valencia recorriendo aquel reino, dirimiendo cuestiones que se habían suscitado entre los nobles, y fundando las pueblas de Orimbloy y Montaberner, marchándose en seguida á Aragón, después de haber dejado á su hijo D. Pedro, al decir de algunos, como representante suyo en Valencia.

Las memorias de este mismo año de 1270, mencionan otra entrevista que los reyes de Aragón y de Castilla tuvieron en Alicante. Instóla D. Alfonso, y fué para prevenir á su suegro de ciertas tramas que urdían varios ricos-hombres aragoneses y castellanos, de común acuerdo con los moros de Granada. Los dos monarcas se ofrecieron apoyo mutuo para lo que pudiese ocurrir, y volvióse D. Jaime á Aragón.

A principios del 1271 hallamos al rey, quizá por vez primera en su vida, algo retraído de los negocios públicos y retirado en el pintoresco lugar de Torreallas, á las faldas del Moncayo, gozando sosegadamente de los deleites y frescura de aquel agradable sitio, acompañándole sólo en su retiro un reducido número de caballeros de su casa, Guillén de Pueyo, Olivero de Termens, Armengol de Urg, Bernardo Guillén de Entenza y Jofre ó Vifredo de Cruillas. Poco tiempo pudo disfrutar *el Conquistador* de la calma de aquel sitio, pues bien pronto tuvo noticia de que su hijo D. Pedro allegaba gente para entrar en los estados de Tolosa.

Había muerto el rey de Francia, llamado San Luis, en su expedición á la Tierra Santa, y murió también al regreso de esta malaventurada empresa, su hermano Al-

fonso, que había casado con Juana, única hija del último conde de Tolosa. Juana y Alfonso, condes de Tolosa y de Poitiers, fallecieron en 1271, y recogió toda su sucesión el que había ya heredado la corona de San Luis, Felipe III, llamado después *el Atrevido*. Este Felipe era aquel hijo del rey de Francia que había casado con Isabel, hija de D. Jaime de Aragón, y por consiguiente hermana de D. Pedro, la cual murió también el mismo año que San Luis, conforme explicamos más adelante.

Parece que al ver los de Tolosa que junto con los de Poitiers iban á quedar agregados á la corona de Francia, enviaron un mensaje al príncipe D. Pedro de Aragón requiriéndole para que se apoderase del señorío de aquel condado; y D. Pedro, mozo aún y con grandes bríos, no esperó á que le hiciesen segunda indicación ni se paró mucho tampoco en pesar las consecuencias. Sin advertírselo á su padre y señor, por lo que se desprende, comenzó á formar hueste, y «tenía ya á punto la mayor parte de la caballería de este reino y la más escogida gente de guerra de él, habiendo deliberado ir de manera que, aunque el rey de Francia saliese en persona á la defensa de aquel estado, le pudiese salir á dar la batalla con confianza de la gente de la tierra [1].» Como se ve, iba decidido á todo D. Pedro, cual si una voz de odio secreto le impeliese ya entonces contra aquel Felipe *el Atrevido*, que en mal hora para Francia debía á su turno venir un día contra D. Pedro.

Tales fueron las nuevas que alteraron la tranquilidad de que gozaba D. Jaime en su retiro de Torreallas. Sin duda, por lo que parece, vivía entonces muy apartado de los negocios y descansaba en su hijo, que acaso se hallaba como príncipe heredero al frente de las cosas

1 Zurita, lib. III, cap. LXXIX.

del estado; pero al saber D. Jaime lo que sucedía, mal hallado con la idea de emprender una guerra con Francia, acudió presuroso á remediar la que no podía menos de creer imprudencia de su hijo. Trasladóse, pues, á Zaragoza, y como D. Pedro estaba ya para hacer su entrada en Francia, le mandó que desistiese de aquella empresa, la cual, le dijo, no podía redundar en su honra ni provecho. Al propio tiempo, como su hijo no aparentaba hacer gran caso de sus mandatos y persistía en su propósito, el rey á 15 de Octubre requirió solemnemente á los ricos-hombres del reino para que no fuesen con D. Pedro, ni le valiesen y ayudasen en aquella jornada.

Ante este formal mandato del rey, abandonaron á D. Pedro los primeros sus hermanos bastardos Fernán Sánchez y Pedro Fernández, siguiendo este ejemplo los ricos-hombres de quienes hacía aquél más confianza, D. García Artiz de Azagra, D. Bernardo Guillén de Entenza, D. Jimeno de Urrea, D. Ferriz de Lizana, D. Pedro Martínez de Luna, D. Ato de Foces y otros. Como lo mismo se mandó por disposición real á las ciudades y villas del reino, vióse obligado D. Pedro á desistir de su propósito y de la empresa.

Ya no pudo encontrar el rey, en los pocos años que le quedaban de vida, la paz y sosiego de que había comenzado á gozar en su retiro al pie del Moncayo. Así como un día habían perturbado la quietud del reino las discordias de sus hijos D. Alfonso y D. Pedro, así entonces volvieron á turbarle las que se levantaron entre D. Pedro y Fernán Sánchez, destinadas á tener un resultado mucho más funesto que aquéllas.

CAPÍTULO XV.

Quejas de D. Pedro contra Fernán Sánchez.—D. Pedro intenta matar en Burriana á Fernán Sánchez.—La nobleza catalana y aragonesa dividida en bandos.—Cortes en Ejea y en Alcira.—Primera vez que se encuentran citados en la historia los nombres de Roger de Lauria y Conrado de Llansa.—Guerra y tregua con Navarra.—Se avistan en Requena los reyes de Castilla y de Aragón.—Viaje de D. Jaime á Montpeller.—Guerra entre el rey de Francia y el conde de Foix.—Media el rey de Aragón y tiene una entrevista con el de Francia.—El conde de Foix prisionero del rey de Francia.—Negociaciones para la libertad del de Foix.—Diferentes actos de D. Jaime en Montpeller.—Convocatoria á los barones para ir contra moros.—El vizconde de Cardona y otros se niegan á asistir al rey y por qué.—Bernardo de Olcinella lugarteniente en Aragón y Cataluña.—Victoria de los catalanes en Ceuta.—Viaje del rey á Murcia.

(De 1272 á 1273.)

La causa verdadera de la desavenencia entre ambos hermanos, el legítimo y el bastardo, desavenencia que, como veremos, se convirtió en un odio á muerte entre ellos, no resulta bien aclarada por la historia. Las razones que alegaba D. Pedro contra Fernán Sánchez eran: que había sido de la parcialidad de los ricos-hombres que se sublevaron contra el rey D. Jaime; que estaba secretamente unido con Carlos de Sicilia, enemigo capital de D. Pedro y de su esposa Doña Constanza; que con ayuda de Carlos proyectaba llegar á ser un día rey de Aragón; que había intentado envenenarle á él (D. Pedro); y finalmente, que había conspirado con algunos barones de Aragón para levantar la tierra contra D. Jaime. Estos eran los motivos de agravio que el príncipe alegaba, y la animosidad de éste contra Fer-

nán Sánchez, que no esperaba más que una ocasión para estallar, se declaró enérgica y violentamente luego que hubo fracasado su proyecto de jornada contra el rey de Francia [1].

Hallándose una noche Fernán Sánchez en su casa de Burriana, á la sazón que D. Jaime estaba en Valencia, vió invadido su domicilio por hombres armados á cuyo frente iba el príncipe D. Pedro. Afortunadamente para él, Fernán Sánchez tuvo tiempo de escapar con su esposa Doña Aldonza de Urrea. Los invasores, que llevaban indudablemente la intención de matar al bastardo, lo buscaron por toda la casa con las espadas desnudas, registraron hasta por debajo de las camas, y sólo se retiraron al convencerse de lo inútil de sus pesquisas.

Fernán Sánchez, al propio tiempo que acudía en queja al rey su padre, se vino según parece á Cataluña, uniéndosele en seguida algunos nobles catalanes que estaban agraviados de D. Pedro, porque siendo éste lugarteniente general había procedido rigurosamente contra algunas personas principales que traían alterada la tierra, habiendo también mandado anegar á Guillén Ramón de Odena, persona de alto linaje [2]. Con el fa-

1 Según la crónica catalana de San Juan de la Peña, parece que Fernán Sánchez, á su regreso de la malaventurada expedición á Tierra Santa, se detuvo en un puerto de Sicilia, siendo muy obsequiado y regalado por Carlos de Anjou, que le armó caballero. El favorecido de Carlos de Anjou ó Carlos de Sicilia no podía ser mirado con buenos ojos por D. Pedro. De aquí su odio. A esta circunstancia, confirmada por el cronista Desclot, aludió sin duda Zurita en el cap. LXXX de su lib. III, al decir que el odio contra su hermano lo concibió D. Pedro después que Fernán Sánchez volvió del viaje á Tierra Santa. Sólo que Zurita calla el motivo.

2 Zurita, libro y capítulo últimamente citados. Todo lo referente á este asunto hay que irlo deduciendo, y algunas veces interpretando, de los pocos datos que dan este analista, la crónica del rey, Gómez Miedes, Marca, Desclot, la crónica de San Juan de la Peña y otros.

vor de los catalanes descontentos y el de D. Jimeno de Urrea, su suegro, que era hombre muy poderoso, creó Fernán Sánchez una parcialidad ó bando, al que no tardaron en agregarse varios ricos-hombres y caballeros de Aragón. Otros muchos se declararon por D. Pedro, y de nuevo se vió á la nobleza dividida en dos fuertes partidos prontos á hacer la guerra y á convertir el suelo natal en un triste teatro de civiles discordias.

Al principio el rey se manifestó favorable á Fernán Sánchez, y hallándose en Lérida reprendió amargamente á D. Pedro por su proyecto homicida contra su hermano; después parece que se inclinó á favor de D. Pedro, cuando éste, por conducto de dos mensajeros, Ruy Gómez de Luna y Tomás de Junqueras, le hubo manifestado que Fernán Sánchez aspiraba á destronarle; y por fin, sin que aparezca clara la causa, volvió á ponerse de parte del bastardo, aunque más adelante tornó á declararse por el legítimo.

Lo cierto es que, en el ínterin, los barones hacían aprestos de guerra, creándose poco á poco dos importantes fracciones que amagaban sumir al reino en un caos de horrores y desventuras. Creyó prudente el rey convocar Cortes para evitar mayores males, y fueron reunidas en Ejea primero y después en Alcira; pero, sin que sepamos pormenores de lo que tuvo lugar en ellas, sólo superficialmente y por el momento pudieron conseguir la avenencia. El odio quedó vivo en el fondo del corazón de entrambos contendientes, y ya veremos el funesto resultado que dió de sí más tarde.

Por de pronto D. Pedro, que había sido privado de la procuración general del reino, volvió á la gracia de su padre, y con su permiso se vino á Cataluña, encontrándose en Tarragona el día que en esta ciudad fué consagrado obispo de Huesca el que era entonces sacrista de Lérida, D. Jaime Roca.

Las memorias de este mismo año de 1272 cuentan cómo murió en Narbona la que había sido dama del rey Doña Berenguela Alfonso, hija del infante castellano señor de Molina, y cómo hizo D. Jaime merced de las alquerías de Rahallo y Abricato en el reino de Valencia, á un joven doncel, entonces desconocido, pero que algún día había de darse á conocer llenando de su gloria el mundo todo. Este joven se llamaba Roger de Lauria ó de Lluria, como dicen los cronistas catalanes. Era hijo de un caballero calabrés, que murió en la batalla de Benevento combatiendo por la causa del rey Manfredo, y había venido á este reino con su madre llamada Bella, la cual acompañó á Doña Constanza, de la que era dama y aya cuando se casó con el príncipe aragonés D. Pedro [1]. Quizá por el mismo tiempo en que Roger recibió de D. Jaime la citada merced, fué cuando tuvo lugar la ceremonia, referida por otro cronista, de ser armado caballero por manos del príncipe D. Pedro, que en aquel acto le dió por esposa una hermana de Conrado de Llansa, otro mancebo desconocido entonces, pero cuyo nombre debía también sonar bien pronto para eterna gloria suya [2].

Proyectaba D. Jaime un nuevo viaje á Montpeller, pero hubo de retardarle por causa de la guerra que entonces se movió en las fronteras de Navarra. Había muerto el rey de este país Teobaldo II, sin dejar hijos, y entró á sucederle su hermano Enrique. Con él se rompió la guerra, pero las novedades ocurridas en Aragón á causa de las turbaciones promovidas entre Don Pedro y Fernán Sánchez, obligaron á D. Jaime á firmar treguas con el navarro, á tiempo que el príncipe D. Pedro procuraba concertarse con el rey Enrique

1 Zurita, lib. III, cap. LXXXI.

2 Muntaner, cap. XVIII.

pretendiendo sucederle en aquel reino, negociaciones de las cuales fué embajador, sin resultado, el catalán Gilabert de Cruillas [1].

El monarca aragonés se avistó por aquel entonces en Requena con su yerno el rey de Castilla, y pactaron que se ayudarían y socorrerían mutuamente contra los moros, si, como se temía, acertaba á venir con poderosa hueste el rey de Marruecos. Terminadas estas vistas, y dejando bien fortificadas las fronteras de Murcia y Castilla, D. Jaime realizó su proyecto de un nuevo viaje á Montpeller.

Acudamos para este punto á las historias y crónicas provenzales, enlazando sus datos con los pocos que nos dan nuestros analistas. No hay duda que D. Jaime estaba ya en Montpeller por Agosto de aquel año de 1272, acompañado de Jofre vizconde de Rocabertí, Beltrán de Bellpuig, Armengol de Urg y otros ricos-hombres, en ocasión que había grandes alteraciones entre el nuevo rey de Francia, Felipe III, y Roger Bernardo III, conde de Foix.

La querella entre ambos provenía de haber atacado el de Foix á Gerardo de Casaubón, tomando por asalto su castillo de Sompuy y entregándolo á las llamas y al saqueo, á pesar de hallarse bajo la salvaguardia del monarca francés. Felipe III no quiso dejar impune este atentado, y marchó resueltamente contra el conde de Foix, que no pudiendo resistir á las numerosas fuerzas de su enemigo, acudió á ponerse bajo la protección de D. Jaime *el Conquistador*.

Este, en compañía de Gastón, vizconde de Bearn, suegro de Roger de Foix, y de otros señores catalanes y aragoneses, fué al encuentro del rey de Francia para desenojarle y pedirle que no hiciese la guerra al de Foix.

1 Zurita, lib. III, cap. LXXXII.

La entrevista de ambos monarcas se efectuó en la abadía de Bolbone, situada entre Tolosa y Pamiers, y aun cuando convinieron en las bases de un tratado, el conde de Foix se negó á someterse al comunicársele las condiciones.

Felipe, pues, rotas las negociaciones, fué en persona á sitiar á Roger Bernardo en su propio castillo, y de tal manera le combatió y tan perdido se vió el de Foix, que no tuvo más recurso que entregarse al rey, sometiéndosele con todos sus dominios y pidiéndole perdón. Felipe III se negó á concedérselo, y habiéndole hecho atar y encadenar se lo llevó prisionero á Carcasona, donde le dió por estrecha cárcel una de las torres de la ciudad.

Conforme á los artículos del tratado de capitulación, Pedro Durbán, gobernador del castillo de Foix, entregó esta fortaleza á Jofre de Rocabertí, que se posesionó de ella en nombre del rey de Aragón, pasándola éste en seguida al francés, pero guardando en su poder la mayor parte de los otros castillos, que eran del dominio de Foix, sujeto á su señorío feudal, y los cuales encomendó á la guarda del vizconde Ramón Folch de Cardona. El conde de Foix instaba por su libertad, pero el rey de Francia manifestó que no le sería devuelta como no le fuesen entregados por parte del *Conquistador* los castillos que retenía éste en su poder. Don Jaime se negaba á ello, pues eran de su feudo y no quería permitir que pasasen á dominio extraño. Como mediaba esta causa, no tuvo ningún efecto un requerimiento que el monarca aragonés hizo al de Francia por embajada del obispo de Barcelona, del maestre del Temple Arnaldo de Castelnou y de un hermano de éste, Guillermo de Castelnou, para que fuese puesto en libertad el conde de Foix. D. Jaime cedió por fin, y Roger Bernardo salió de la prisión, luego que nuestro mo-

narca hubo mandado hacer entrega de las fortalezas [1].

A todo esto, había entrado ya el año 1273, y el rey de Aragón continuaba en Montpeller, donde hizo testamento antes de concluir el año, encontrándose peligrosamente enfermo [2]. Después de su curación, que se pretendió ser milagrosa, publicó un decreto fechado á 7 de Febrero de 1273, por el cual declaraba que no bastando ya la moneda de Melgueil al uso y comercio de los habitantes de Montpeller, á causa de lo que esta población había aumentado bajo su dominio, *siendo reputada por una de las mejores del universo*, permitía acuñar nueva moneda á los cónsules de la ciudad, marcando las condiciones. Por otro acto, anterior de un mes á éste, se ve que transigió D. Jaime las diferencias que desde mucho tiempo antes tenía con el obispo de Magalona; y finalmente, por un perdón dado á los habitantes de Montpeller, se puede venir en conocimiento de una sedición que debió tener lugar en esta ciudad, hallándose él presente, y en la cual murió su escudero Raimundo de Monreal [3].

Desde el mismo Montpeller, y á 30 de Enero de 1273, había enviado el rey sus cartas á todos los ricos-hombres de Cataluña y Aragón para que catorce días después de la Pascua estuviesen dispuestos á seguirle, pues quería ir en persona á socorrer al rey de Castilla en la guerra que le hacían los moros y algunos nobles castellanos unidos á ellos. También escribió á Hugo de Santapau, veguer de Gerona, á fin de que velase porque el armamento de Cataluña se hiciese pronto y todo estuviese dispuesto para su llegada.

1 Zurita, lib. III, cap. LXXXIII.—*Historia del Languedoc*, tomo IV, págs. 9 y 10.

2 Este testamento lo publicó traducido al castellano D. Vicente Blanchart, en el tomo II de su *Tratado de los derechos y regalías de Valencia*.

3 Balucio.—*Anales de Montpeller*.—*Historia del Languedoc*.

Esta vez, sin embargo, había de encontrar obstáculos á su propósito en los nobles catalanes. Aquel mismo vizconde de Cardona, Ramón Folch, que ya una vez se había manifestado rebelde á la voluntad real por una causa idéntica, haciendo ver que en estas tierras el monarca no podía disponer de sus súbditos como de un rebaño de carneros, se opuso nuevamente entonces, fundado en que la ley no le mandaba servirle fuera de Cataluña, y que en caso de hacerlo sería por gracia y no por deber, por voluntad propia suya y no por mandato del rey ni por justicia [1]. De parte del vizconde, prontos á sostenerle en este punto, se pusieron entre otros nobles Pedro de Berga, Galcerán de Pinós, Guillén y Marimón de Castellví, Berenguer de Cardona y Guillén de Rajadell. Todos éstos, hallándose el rey en Lérida por Abril de 1273, se presentaron ante él y le dijeron resueltamente que no estaban obligados á servir al rey de Castilla, sino al conde de Barcelona, añadiendo que se hallaban dispuestos á estar á derecho siempre que de ello conociese el tribunal ó corte; pero D. Jaime, cada vez más tenaz é injusto en este punto, insistió en su demanda diciendo que era conforme á usaje.

Con esta respuesta, los barones catalanes se retiraron á sus dominios, dispuestos á no obedecer, mientras que el rey pasaba á Murcia, después de haber dejado por lugarteniente general suyo en Aragón y Cataluña á Don Bernardo de Olcinella, arzobispo de Tarragona.

Por este tiempo, y antes de la ida del rey á Murcia, hay que colocar una expedición ultramarina, la última que se llevó á cabo en el reinado de D. Jaime. Mientras éste se disponía á marchar contra los moros de Granada, se aliaba con los de Fez. Pidió el rey de este punto auxilio al nuestro, y D. Jaime le envió una escuadra

1 Feliu de la Peña, lib. XX, cap. XIII.

de 10 galeras y 10 naves que, con 500 hombres de *paratge*, debió salir del puerto de Barcelona por Abril ó Mayo de 1273. La flota catalana auxilió al monarca de Fez contra la plaza de Ceuta, la cual se rindió después de incendiadas ó apresadas todas las naves surtas en su puerto [1].

Refieren las crónicas, cómo el rey D. Jaime efectuó su viaje á Murcia, siendo recibido con júbilo extraordinario por aquellos habitantes, entre los cuales pasó algunos días. No se habla por entonces de guerra contra los moros de Granada, sino de diversiones y recreos del anciano rey, que, según él mismo dice en sus memorias, no había ido á Murcia más que para ver cómo se poblaba, sintiendo tan grande alegría de la prosperidad de sus habitantes, que los miraba como si fuesen súbditos suyos [2].

Ya en esto había comenzado el año 1274, año fecundísimo para este reino en notables acontecimientos, de que podrá enterarse el lector con sólo hojear el capítulo que sigue.

1 Capmany: *Memorias históricas*, 128.

2 Crónica real, cap. CCXCV.

CAPÍTULO XVI.

Invitación del Papa al rey para asistir al concilio de Lión.—Mandato real al vizconde de Cardona y á los suyos para entregar los castillos, y embargo de sus feudos.—Contestación del vizconde de Cardona.—Nuevo mandato, y nueva contestación del de Cardona.—El rey se detiene en Torroella.—Tercer requerimiento del rey al de Cardona y resolución de éste.—Entrada triunfal de D. Jaime en Lión.—Conferencias con el Papa.—Concilio y nueva conferencia con el Papa.—Rasgos y palabras notables del rey.—Pide el rey ser coronado por el Papa.—Niégase el Papa como no se reconozca y pague el tributo prometido por Pedro el *Católico*, á lo cual no accede el rey.—Intercede Don Jaime por un infante de Castilla.—Sale de Lión y va á Perpiñán.—Actos de D. Jaime en Perpiñán.—Nuevo mensaje al de Cardona y digna respuesta de éste.—Los barones catalanes confederados se reunen en Solsona.—Mensaje del rey á los barones y contestación de ellos.—Rompimiento definitivo entre el rey y los barones. Fernán Sánchez se une á éstos.—Llamamiento del rey.—Qué nobles se reunieron en Ajer para hacer guerra al rey y enviarle sus cartas de *deseximent*.—Saqueo é incendio de Figueras por el conde de Ampurias.—Alteraciones en Aragón.—Muerte del rey de Navarra, sucesos en este reino y pretensiones de Aragón.—Treguas con los del bando del vizconde de Cardona.—Los reyes de Castilla en Barcelona.—Objeto que llevaba en su viaje el rey de Castilla.—Entrevista de D. Alfonso con el Papa en Beaucaire.—Muerte de San Raimundo de Peñafort.

(1274.)

Estando el rey en Alcira por el mes de Febrero de 1274, de regreso ya de su expedición á Murcia, se le presentó un religioso llamado Fr. Pedro de Alcalá, mensajero del papa Gregorio X, con una carta de éste invitándole á asistir al concilio general de la Iglesia que debía celebrarse en Lión. Plúgole mucho al rey semejante mensaje, y su contestación fué que iba á ha-

cer sus preparativos y disponerlo todo para marchar en seguida. No tardó efectivamente en salir del reino de Valencia, viniéndose á Cataluña de paso para Francia [1].

1 Impórtame hacer aquí una advertencia, cuya necesidad no podrá menos de ser reconocida cuando se sepa que lo que digo respecto á este punto está en oposición con lo que refiere Muntaner, cronista que se ocupa detenidamente, como es sabido, de ciertos hechos y cosas de aquel tiempo. Y como con el texto de su crónica, hoy por fortuna conocida y popularizada gracias á un escritor contemporáneo, se me pudiera argüir y atacar, debo apresurarme á precaver el cargo. Muntaner cuenta, en su cap. XXI, que D. Jaime, luego de haber recibido el mensaje del Papa invitándole á ir al concilio, recibió otro de su yerno Don Alfonso de Castilla, diciéndole que también iba él al concilio y que pasaría por sus tierras. En el cap. XXII refiere cómo D. Alfonso envió á decir á D. Jaime que entraría por Valencia, y cómo D. Jaime mandó que corriesen por cuenta suya todos los gastos que hicieran el rey de Castilla y sus gentes desde que pasaran el territorio de Aragón hasta que llegasen á Montpeller. En el cap. XXIII explica cómo llegó el castellano á Valencia, saliéndole á recibir D. Jaime hasta la frontera; cómo en Valencia se hicieron grandes festejos por su llegada, y cómo luego se vinieron los reyes á Barcelona donde se repitieron las fiestas, pasando luego á Montpeller, desde cuyo punto el monarca de Castilla se fué á Lión, quince días antes que D. Jaime. Todo este viaje de los reyes lo refiere Muntaner con raros y minuciosos detalles, citando los pueblos en que se detuvieron y los obsequios que se les hicieron, y añade que el concilio de Lión lo había dispuesto el Papa "á causa del gran deseo que tenía de ver al señor rey de Aragón, y de la gloria que le cabría de verle con sus dos yernos reyes, tales como eran el rey de Francia y el rey de Castilla, á par que con las reinas sus hijas y sus nietos.„ Todo esto, y mucho más que dice Muntaner, podrá ser muy bello, pero desgraciadamente no es muy exacto. Bastará decir, por ser una verdad reconocidamente histórica, que D. Jaime fué el único monarca que asistió al concilio. Así lo dice él mismo en sus memorias, así lo dice la historia general de los concilios, así lo aseveran los documentos y los historiadores más autorizados. D. Jaime fué sólo con su comitiva á Lión, y no le acompañó ni el rey Alfonso ni otro rey alguno.

Nueve meses más tarde, á principios del 1275, fué en efecto D. Alfonso á Francia para verse con el Papa, según se referirá en el texto, y entró en tierras de Aragón por Valencia, viniéndose á Barcelona y pasando de aquí á Francia, viaje en el cual pudo muy bien suceder lo que

Antes empero de salir de sus estados, quiso tomar providencias por lo que le había sucedido con el vizconde de Cardona y demás nobles catalanes, y consta que á 9 de Marzo de este año, desde Tarragona, envió á decir al citado vizconde y á los barones de su partido que, en atención á no poderse disimular sin grave daño y perjuicio de su preeminencia real el hecho, por ellos provocado, de negarse á servirle en la guerra contra los moros de Granada, mandaba embargar sus feudos y honores, requiriéndoles para que le entregasen y diesen la posesión de los castillos que tenían por él, debiendo ser entregadas las fortalezas que estaban en la veguería de Barcelona, á Guillén Dufort, veguer de Barcelona; las de Gerona al veguer de este punto, Guillén de Castellnou, y las de Cerdaña y Conflent, á su respectivo veguer, Ramón Tort.

El requerimiento del rey llegó á noticia del vizconde Ramón Folch hallándose éste en Sabadell, villa en donde consta que poseía feudo ya desde 1237 la familia de Cardona [1], é inmediatamente le contestó con un mensaje diciéndole haberse maravillado mucho de que tal

cuenta el cronista de haberse detenido en Peralada hospedándose en casa del padre de Muntaner; pero ni D. Jaime estaba entonces en Valencia, ni salió á recibir al castellano hasta la frontera de Murcia sino hasta Tarragona, ni le acompañó á Francia, pues él mismo dice en su crónica (cap. CCCIV) que se fué á Lérida en cuanto D. Alfonso salió de Barcelona. Ni fué posible que le acompañase, pues mientras el castellano estaba en Francia, el aragonés se hallaba aquí detenido por asuntos muy graves, según por el texto podrá enterarse al lector.

Como Muntaner es un cronista que tiene gran reputación de verídico entre algunos, los cuales acaso no han tenido ocasión de comprobar ciertos pasajes de su obra con otros monumentos históricos más fieles, me veo precisado á notar éste y otros errores suyos que tendré motivo de hacer observar para convencimiento de los lectores.

1 *Anales de Sabadell* por Bosch (obra manuscrita y existente en el archivo municipal de la mencionada villa).

cosa le mandase, pues estando en Lérida le había respondido que no estaba obligado á servirle los feudos y honores en las guerras que tenía el rey de Castilla en su reino; que estaba dispuesto á comparecer ante la corte y á someterse á su juicio, y que le rogaba, como á señor en quien había razón y justicia, que no le embargase los honores y feudos que tenía, pues hallábase pronto á estar á derecho por razón de lo que le inculpaban, siendo ésta la causa por la que no le entregaba los castillos. El embajador del vizconde para con el rey fué Guillermo de Castellví.

No tuvo ningún efecto este mensaje ni movió el ánimo del rey, que mandó otra vez requerir al vizconde para lo mismo, y éste contestó entonces que estaba pronto á entregar los castillos llanamente, según costumbre de Cataluña, pero no por aquella demanda de haber faltado en el servicio que debía, porque sobre semejante asunto estaría á derecho con el rey á conocimiento de su corte [1].

Mientras iban y venían estos mensajes, proseguía D. Jaime su camino hacia Lión. Estuvo algunos días en Barcelona, de donde se trasladó á Gerona; y como se hallaba en esta ciudad su hijo el príncipe D. Pedro, convidóle éste á pasar con él la Pascua en Torroella, á lo cual accedió el rey, siguiendo luego su viaje. Don Pedro le acompañó hasta Perpiñán, pero desde allí se volvió á Cataluña.

Antes de salir del Principado, D. Jaime mandó hacer tercer requerimiento al vizconde de Cardona (Abril de 1274), amenazándole con la pena que imponían los usajes al que rehusaba entregar el castillo á su señor, por cualquiera vía que se lo pidiese. El vizconde, al ver la instancia con que se le pedían estos castillos, de-

1 Zurita, lib. III, cap. LXXXV.

terminó darlos, pero sólo los que tenía en feudo, reservándose los de Cardona, Castellví y otros que dijo no estar obligado á entregar por ser suyos. En tal estado se hallaban las cosas cuando el rey salió del Principado, y ésta fué, como veremos luego, la causa de la guerra que se movió poco después entre el vizconde de Cardona y los barones de Cataluña, y el rey y su hijo D. Pedro.

Sigamos por de pronto á D. Jaime en su viaje, ya que así lo exige el orden cronológico de los hechos.

Después de haberse detenido momentáneamente y sólo de paso en Perpiñán, llegó á Montpeller, donde permaneció ocho días, encaminándose en seguida á Lión y llevándose consigo á Berenguer, obispo de Magalona [1]. Al llegar á Viena del Delfinado (1.° de Mayo), encontró un mensaje del Papa suplicándole que se detuviera un día en San Saforín, á tres leguas de Lión, para que pudiese hacérsele mejor y más digno recibimiento. Su entrada en la ciudad fué efectivamente espléndida y grandiosa. Salieron á recibirle á una legua de distancia todos los cardenales, un gran número de obispos y de señores, y agrupóse á su paso un gentío inmenso, tanto, dice él mismo en su historia, «que para poder andar el espacio de una legua y poder llegar al palacio del Papa, tuvimos que pasar desde la mañana hasta el medio día.» Muntaner (pero ya sabemos el caso que ha de hacerse de su relación), dice que «no quedó *rey*, conde ni barón que no saliese á recibirle, á excepción del *rey de Castilla y de sus hijos, que le salieron al encuentro un día antes que los demás.*» Ya he dicho que ni allí estaba el rey de Castilla ni sus hijos, ni allí había más rey que D. Jaime.

No es de nuestra incumbencia decir todo lo que se

1 *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 18.

trató en aquel concilio, empezado el 7 de Mayo y cerrado el 17 de Julio de 1274 [1], sino referir lo que atañe á nuestro monarca, y por consiguiente, á la historia de nuestro país. Una de las principales ideas de Gregorio X era formalizar una cruzada para la Tierra Santa y poner á D. Jaime de jefe principal de los cruzados. D. Jaime sabía que éstos eran los deseos del Papa y abundaba también en ellos, pero, como hábil y político, trató de aprovechar las circunstancias y la ocasión. En la primera conferencia que tuvieron el rey y el Papa, la conversación fué de mera urbanidad y cortesía, mostrándose muy deferente el Pontífice con el *Conquistador*. A la segunda conferencia asistieron los cardenales, y en ella ya expresó el Papa su deseo de cruzada [2], contestándole D. Jaime con un discurso en el que manifestó que estaba dispuesto á darle consejo y ayuda.

El 7 de Mayo se inauguró el concilio, al cual asistieron 500 obispos, 70 abades y otros 1.000 prelados inferiores. La sesión no se abrió hasta que llegó D. Jaime, el cual se hizo esperar por cierto. Se había dispuesto para él una silla junto al Papa, si bien la de éste era un palmo más alta que la suya. Ocupó la primera sesión un discurso de Gregorio X, el cual, así que hubo concluído, citó al monarca aragonés para el día siguiente, con objeto de tratar el asunto de la cruzada antes de llevar la idea al concilio. Acudió D. Jaime á la cita, á la cual habían sido convocados también los varios mensajeros de reyes y príncipes de Ultramar que estaban en Lión, los cardenales, el maestre del Temple Fr. Juan de Cartellá, y además otras muchas personas. El Papa

1 Véase para esto la *Historia general de los concilios, apud* 1274.

2 *Crónica real*, cap. CCXCVII. Estas conferencias con el Papa pasaron de distinta manera que como refiere Muntaner en su cap. XXIV, y no hubo aquello que éste cuenta de besar al rey en la boca, ni menos aún lo de distinguirle el Papa sobre los demás reyes presentes.

planteó la cuestión, y en seguida habló D. Jaime, principiando su discurso con estas palabras textuales:—«Padre Santo, queremos hablar antes que todos sobre este asunto, ya que somos el *único rey que aquí se encuentra* [1].» La opinión del *Conquistador* fué la de enviar primero á la Tierra Santa 500 caballeros y 2.000 peones, no para combatir al país, sino para construir castillos y fortificar los lugares, permaneciendo en ellos de guarnición hasta que llegase el grueso del ejército más tarde. Por lo que toca á su ayuda, ofrecióla D. Jaime en estos términos: «Os concederemos, dijo al Papa, el diezmo de nuestra tierra; y si vos pasáis á Ultramar, según decís, os acompañaremos con 1.000 caballeros, pero en este caso deberá quedar para Nos el diezmo de nuestra tierra.»

Concluído el razonamiento del rey, reinó el mayor silencio en la asamblea y nadie quería explicarse; pero instados por el Papa los caballeros que allí estaban presentes, contestaron con reservas y diciendo que el asunto necesitaba muy maduro consejo. Uno dijo que el sultán tenía 17 embarcaciones, y habiendo hecho entonces el Papa la observación de que en este caso necesitaban ellos tener 20, exclamó D. Jaime: «No os dé esto pena, Padre Santo, que con 10 que queráis armar de nuestra tierra, podéis estar seguro de que, no sólo no retrocederán por 17, ni por 18, ni por 20, sino que embestirán contra aquéllas y las echarán á pique.» Otro caballero manifestó entonces que era más difícil de lo que se creía ganar la Tierra Santa; y en este punto *el Conquistador*, sin esperar más, se levantó despidiéndose del Papa y diciendo á los que le acompañaban:—«Barones, ya podemos marcharnos; pues hoy, á lo menos,

1 *Crónica real*, CCXCIX.—¿Dónde estaban, pues, los demás reyes de Muntaner?

hemos dejado bien puesto el honor de toda España.»

Y se cuenta que al salir del palacio iba el anciano rey con tales bríos, que montó ágilmente á caballo, espoleándolo y haciéndolo saltar con tanto garbo, que admirados los franceses no pudieron menos de exclamar: —«No es tan viejo ese rey como dicen, pues bien podría repartir aún recios lanzazos á los turcos.»

La intención que movía al Papa á mostrarse tan galante con D. Jaime, estaba ya vista: quería poder contar con él para jefe de la cruzada de que él mismo deseaba formar parte. La intención de D. Jaime al manifestarse tan deferente y tan dadivoso con el Papa, estaba aún por ver, pero se vió entonces: quería ser coronado por el Pontífice. Que era esta la idea secreta que le llevaba, confiésalo él mismo en su historia, con decir que desde Cataluña traía ya dispuesta la corona que debía ceñírsele, la cual añade que estaba trabajada de oro y piedras preciosas, y valía más de 100.000 sueldos torneses.

Al efecto, envió á llamar á En Raimundo March y En Bernardo de Cascanet, catalanes al parecer, los cuales tenían mucho valimiento con el Papa, y les dijo que expusieran á éste su deseo. No esperaba el rey hallar obstáculos; así es que hubo de sorprenderse en gran manera cuando éstos le transmitieron la respuesta de Gregorio. Accedía éste con mucho gusto á coronar al rey de Aragón, pero había de ser con tal que se le ratificase el tributo sobre su reino de 200 mazmudinas jucefinas á que se había comprometido su padre D. Pedro *el Católico* cuando se coronó en Roma, pagando todas las anualidades que se adeudaban y las que en adelante venciesen. A esto respondió el rey que no hallaba razonable la demanda, y que estaba firmemente dispuesto á no hacerse tributario de Roma. Insistió el Papa, manifestando que no podía renunciar á sus pretensiones, como no fuese por acuerdo de sus cardenales, los que no

estaban todos presentes, y contestó el rey que, toda vez que no quería coronarle sin la condición del tributo, le importaba poco volverse sin corona.

Otra gracia solicitó D. Jaime, y fué que el Papa mandase poner en libertad al infante D. Enrique de Castilla, á quien tenía preso Carlos, rey de Nápoles; pero le contestó Gregorio X que no estaba en su mano, y sólo, después de insistir *el Conquistador*, accedió el Pontífice á interceder por el infante con el rey Carlos. Una sola cosa, entre las que pidió D. Jaime, le concedió el Papa en el acto y sin hacerse de rogar: la de confesarle, lo cual hizo absolviéndole y dándole por cinco veces su bendición apostólica.

Después de esto, y sin aguardar á que se terminara el concilio, emprendió el rey la vuelta á Cataluña, más contento probablemente de sí mismo que del Papa. A su paso por Montpeller, á donde llegó el 29 de Mayo, cayó gravemente enfermo, pero no tardó en restablecerse [1], pasando á Perpiñán, en cuya ciudad estaba ya el 15 de Junio.

Las memorias particulares de esta ciudad refieren que, con ocasión de su pasaje y permanencia en Perpiñán, confirmó la antigua costumbre del país que permitía á cualquier habitante vender y exportar su trigo donde bien le pareciera, así por tierra como por mar, sin pago de ningún derecho, con tal que no estuviese destinado á países enemigos del Aragón. También en Perpiñán dió un decreto nombrando á su segundo hijo D. Jaime, futuro rey de Mallorca, por su lugarteniente en la ciudad y señorío de Montpeller, con poder absoluto para gobernarlos como él propio. Ya se sabe que á este príncipe le había nombrado su padre por testamento heredero del reino de Mallorca, del señorío de Montpeller y

1 *Anales de Montpeller*, parte 1.ª, pág. 89.

de los condados de Rosellón, Cerdaña, Conflent y Vallespir [1].

Cuando el rey volvió á Cataluña, las cosas de este país comenzaban á tomar mal aspecto. Firme siempre en su decisión de castigar lo que él llamaba rebeldía del vizconde de Cardona, no siendo en éste más que cumplimiento de un deber, le había enviado á requerir otra vez desde Montpeller por no haber hecho entrega de los castillos de Cardona, Castellví, Satalla, Camarasa y Cubells. El mensajero real, cuando se presentó al vizconde, le dijo en nombre de D. Jaime: «que le entregase los castillos; que de no, mirase lo que hacía; y porque pensaba que estaba malo, que se esforzase bien.» Entendió Ramón Folch el mensaje, y contestó: que no entregaba las fortalezas, estando dispuesto á mostrar su derecho y sus cartas al obispo de Huesca si para ello le elegía el monarca; que tenía bien mirado lo que hacía y se hallaba pronto á todo; y, finalmente, que daba muy bien á entender el rey que le tenía por enfermo pues le pedía el castillo de Cardona; pero que si á Dios pluguiese, no estaría él enfermo mientras el rey le hiciese agravio [2].

El asunto de los barones catalanes se empeoró con la pretensión que tuvo por aquel entonces el príncipe Don Pedro, tocante á que no podían heredar las mujeres, debiendo ser devueltos en este caso los feudos á la corona real. Así es que, apoyándose en esto, reclamaba á Bernardo de Orriols unas tierras que Ponce Guillén de Torroella le había dado como dote de su hija. Semejante demanda alborotó á los barones todos, que, protestando contra aquella arbitrariedad, se confederaron, juramentaron y reunieron en la villa de Solsona, prontos á de-

1 Henry: *Historia del Rosellón*, tomo I, pág. 126.—*Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 18.

2 Zurita, lib. III, cap. LXXXVIII.

fender los usos y costumbres de la tierra que se habían guardado por los reyes pasados. Los que en Solsona se juntaron fueron Hugo IV, conde de Ampurias, que había sucedido á su padre, Pons Hugo II, en 1268; Ramón Folch, vizconde de Cardona; Arnaldo Roger, conde de Pallars; Armengol, conde de Urgel (hijo de D. Álvaro de Cabrera); Guillén de Anglesola, Berenguer de Puigvert, Pedro de Berga, Berenguer Arnaldo de Anglesola, Ramón de Anglesola, y otros cuyos nombres no se han conservado.

De todo esto se enteró el rey al llegar á Gerona, y desaprobando la pretensión de su hijo D. Pedro 3, envió á los nobles reunidos en Solsona un caballero llamado Bernardo de Sant Vicens para que cesasen en su empeño y se disolviesen, pues estaba pronto á revocar lo mandado hacer por D. Pedro; pero los barones, que también estaban allí reunidos por la causa del de Cardona, contestaron que su único objeto era mantener las costumbres y los usajes que sus antecesores les habían dejado y que era su deber vigilar para que no se quebrasen. Por lo que toca al vizconde de Cardona, respondió al mensaje: que había trescientos años que él y sus predecesores tenían el castillo de Cardona en heredad y franco alodio; que no existía noticia de haberse entregado jamás, y que no quería introducir mala costumbre en Cataluña con entregarle.

El rey hacía cargos también al de Cardona de haber acogido en su tierra á Beltrán de Cañellas, acusado de haber dado muerte en Játiva á Rodrigo de Castellezuelo, justicia de Aragón; pero el vizconde contestaba á esto hidalgamente que siempre él y sus predecesores acostumbraron amparar á cualesquiera que á sus dominios se acogiese.

3 Crónica real, cap. CCCI.

Hallándose el rey en Barcelona poco después, recibió un mensaje de los barones sublevados, el cual le llevaron Guillermo de Castellví y Guillermo Rajadell. Pedían á D. Jaime que les devolviese los feudos que les había quitado, prometiendo ellos estar á derecho. Respondióles el rey que no creyesen que era su ánimo eludir el fallo de la corte, pero que antes quería se cumpliese lo prescrito por el usaje. Fueron y vinieron mensajes estando el rey en Barcelona y en Tarrasa, insistiendo los nobles en que no era derecho, ni usaje, ni de derecho parecía, que un señor pudiese arrojar de su posesión á un vasallo sin conocimiento de causa, y así, que pedían ser juzgados; é insistiendo el rey en que, pues ellos tenían los feudos por él y se habían negado á prestarle los servicios que por tales feudos le debían, era ya cosa juzgada y ningún otro juicio había menester. El rompimiento, con esto, fué haciéndose cada día más profundo, y el enojo del monarca subió de grado cuando supo que su hijo bastardo Fernán Sánchez se había unido con los nobles catalanes, formando causa común con ellos, lo propio que varios ricos-hombres de Aragón.

Rotas ya las negociaciones, el rey mandó hacer llamamiento de gente para marchar contra el vizconde de Cardona y demás barones catalanes, Fernán Sánchez y los suyos, y Artal de Luna, Pedro Cornel y otros nobles aragoneses unidos á aquéllos [1]. A este fin, el príncipe D. Pedro, espoleado por su antiguo odio á Fernán Sánchez, acudió presuroso á Aragón para juntar á los ricos-hombres y consejos, y resueltamente marchar contra los sublevados.

Los barones catalanes no se durmieron por su parte. Acudieron todos á reunirse, llevando en pos sus gentes y sus huestes, en la villa de Ager, que era el punto de

1 Zurita, lib. III, cap. XC.

cita que se dieran. Allí comparecieron, entre otros, el vizconde de Cardona, los condes de Ampurias, Pallars y Urgel, Dalmau de Rocabertí, Guerau de Cervelló, Berenguer de Puigvert, los tres Anglesola Guillén, Berenguer Arnaldo y Ramón, Ramón Roger, Guillén Ramón de Josa, Pedro de Berga, Berenguer y Ramón de Cardona, Pons de Cervera, Galcerán de Santa Fe, Guillén Galcerán de Cartellá, Galcerán de Salas, Pons de Zaguardia, Arnaldo de Corsavi y el vizconde de Ager ó de Cabrera. Todos estos barones, empero, antes de comenzar la guerra contra el rey, determinaron despedirse de él conforme á la costumbre catalana y enviarle sus cartas de *deseximent*, que era despedirse de la fe y naturaleza que le debían.

Inmediatamente después de haberle enviado sus cartas, apercibiéndole, despidiéndose y desnaturalizándose de él, protestando no ser responsables de cualquier mal y daño que de allí en adelante hiciesen ellos á sus vasallos ó lugares, imediatamente después de esto, repito, entraron en campaña (Octubre de 1274), marchando el conde de Ampurias contra la villa de Figueras, que parece pertenecía al príncipe D. Pedro, el cual la había nuevamente poblado poniéndola bajo el amparo del rey. Figueras fué incendiada y destruída por las tropas del conde de Ampurias, y sus términos pasados á saco y á fuego. Consta que el rey, al saber que Figueras estaba amenazada, acudió á socorrerla, pero al llegar á Gerona tuvo noticia de que el hecho había tenido ya lugar, y volvióse por consiguiente á Barcelona, esperando hallar ocasión de hacer caer el rayo de sus iras sobre los sublevados [1].

Cataluña toda ardía en armas y en discordias, y no estaba por cierto menos tranquilo el Aragón. Fernán

1 Crónica real, cap. CCCII.—Zurita, lib. III, cap. XCI.

Sánchez, Jimeno de Urrea, Pedro Cornel, Marco Ferriz, Jordán de Peña, Artal de Luna y otros nobles aragoneses enviaron también por su parte cartas de desnaturalización y desafío al rey, haciendo causa común con los barones catalanes y apresándose para hacerle la guerra. El príncipe D. Pedro fué allí quien rompió las hostilidades, marchando contra el castillo de Antillón, que era de Fernán Sánchez y que defendía Jordán de Peña, su hermano de parte de madre. El odio entre Fernán Sánchez y D. Pedro era cada día más vivo, y este último anhelaba llevar á cabo contra su hermano el plan de venganza que había fracasado en Burriana.

Mientras todo esto tenía lugar, D. Jaime no perdía de vista su política exterior, perfectamente secundado en este punto por su hijo D. Pedro. Había muerto Enrique, rey de Navarra, no dejando de Blanca de Artois, su mujer, más que una hija llamada Juana, de edad de tres años y á la que parece había hecho reconocer por reina pocos días antes de su muerte. Esta minoría fué turbulenta para Navarra. Agitáronse los partidos de Aragón, que eran muchos y poderosos, al propio tiempo que Castilla trataba por su parte de hacer valer sus pretensiones.

Con este objeto D. Fernando, primogénito del rey de Castilla, envió una carta á D. Jaime por conducto de un caballero llamado Juan Martínez de Mijanchas, manifestándole sus deseos de apoderarse de Navarra y pidiéndole su auxilio. Pero D. Jaime le contestó franca y resueltamente, que antes que los de Castilla estaban los derechos de Aragón sobre Navarra.

«Sepades (le dijo contestando á su carta con otra, fechada en Barcelona el 29 de Agosto de 1274), quel regno de Navarra fué sempre anticuamente del regno d' Aragon. Mas quando el rey D. Alfonso murió á la batal de Fraga, los navarros eslieron por sí mismos rey,

et despuis el rey Do. Sanxo, rey de Navara, afiló á Nos, que si él moría menos de filo de legítimo matrimonio, quel regno finquasse á Nos. E desto avemos bonas cartas de tot lo regno firmadas, et encara es á Nos obligado el dito regno por LX milie marchos de plata, et assi no podemos lexar de demandar todas estas cosas [1].»

Trató D. Jaime de llevar con actividad sus pretensiones antes que pudieran tomar cuerpo las de Castilla. Sus emisarios y los de su partido en Navarra se movían mucho; el príncipe D. Pedro tuvo con ellos varias conferencias; estipuláronse convenios y pactos; marchó la reina Blanca á Francia para ponerse bajo el amparo de Felipe *el Atrevido*, y de todo ello dimanó un rompimiento de relaciones entre el rey de Aragón y el de Francia, el cual hizo avanzar tropas hasta las fronteras de Navarra, como en disposición de sostener el partido de la niña Juana y obrar contra el que sostenía la causa de Aragón. La actitud de Felipe, que había pensado casar á la heredera de Navarra con un hijo suyo, hizo que las cosas variasen de aspecto en aquel país, y que el bando de la casa aragonesa no pudiese cumplir sus compromisos.

Todo esto pasaba cuando más hervía en turbaciones Cataluña y más apurado se veía el rey D. Jaime para ponerles remedio. Cuenta en su historia que al regresar de Gerona, habiendo llegado tarde para impedir el incendio y el saqueo de Figueras, tuvo noticias de que el rey Alfonso X de Castilla, su yerno y su hija la reina Doña Violante, se disponían á ir á Francia para tener una entrevista con el Papa é iban á pasar por los estados de Aragón. Decidió D. Jaime salirles á recibir hasta Tarragona, pues ellos venían por Valencia y Torto-

1 Consta esta carta de D. Jaime en el archivo de la Real Academia de la Historia, colección del P. Villanueva, E. 125, fol. 56.

sa, y al llegar á Villafranca se le presentó una comisión ó embajada de los barones sublevados, manifestándole que estaban dispuestos á someterse, mediante que entendiesen las Cortes en su asunto y se señalasen jueces que declarasen entre el rey y ellos. Asintió D. Jaime; convocáronse Cortes de catalanes y de aragoneses en Lérida para principios del próximo año de 1275 [1], y nombráronse por el pronto jueces que interviniesen en el asunto, pactándose treguas.

Llegados á Tarragona el rey de Castilla, su esposa la reina, hija de D. Jaime, y todos los hijos de ambos, excepto D. Fernando, se avistaron con *el Conquistador*, viniéndose juntos á Barcelona, donde pasaron las fiestas de Navidad de aquel año de 1274 [2]. Concluídas, el

1 Estas son las únicas Cortes de que hallo noticia en todo este período. Muntaner, en su cap. XXV, dice que el rey, á su regreso del concilio, celebró Cortes en Zaragoza primero, en Valencia después, y por fin en Barcelona, para jurar á su hijo D. Pedro por rey de Aragón y de Valencia y conde de Barcelona. De estas Cortes no hallo noticia en otro autor, y si alguno la da, es sólo con referencia á Muntaner. Sin embargo, por más que lo diga Muntaner, contemporáneo de D. Pedro, el hecho no parece cierto. Al regresar D. Jaime del concilio, no se celebraron más Cortes que las de Lérida con objeto de apaciguar las turbaciones, y no para ninguna jura de príncipe. D. Jaime había también convocado otras Cortes en Zaragoza, no para esto, sino para aquello (Zurita, cap. XCII), pero no llegaron á efectuarse. A más, desde su regreso del concilio, el rey ya no salió de Cataluña sino para ir primero á Perpiñán y después á Valencia, donde murió, como veremos. Y finalmente, si se quiere un testimonio irrecusable que destruya lo que dice Muntaner, no hay más que leer el Blancas y la *Forma de celebrar Cortes en Aragón*, escrita por el cronista Jerónimo Martel. En la tercera parte de la obra de Blancas, que trata exclusivamente de las juras de los príncipes primogénitos, se verá cómo D. Alfonso *el Franco ó el Liberal*, hijo de D. Pedro *el Grande*, "fué el segundo primogénito que se halla jurado," habiendo sido el primero el otro D. Alfonso, primer hijo de D. Jaime *el Conquistador*, que no llegó á reinar por haber muerto, como hemos visto, en vida de su padre. (Pág. 231 de dicha obra.)

2 La Navidad de 1275 dice Zurita (cap. XCIII), pero es visible-

rey D. Alfonso pidió consejo á D. Jaime sobre el motivo que le llevaba á verse con el Papa, del cual daré breve cuenta para inteligencia de los lectores.

Alfonso X *el Sabio*, rey de Castilla, había sido elegido emperador de los romanos en 1257, por una parte de los electores, en reemplazo de Federico II; pero los demás votaron á Ricardo, príncipe de Inglaterra, que le disputó el imperio. Habiendo muerto Ricardo en 1271, los de su partido nombraron á Rodolfo, conde de Habsburgo en 1273, y Gregorio X favoreció esta elección. No queriendo Alfonso renunciar á sus pretensiones, se quejó al Papa de la elección de Rodolfo y tomó el partido de ir á encontrarle para de viva voz hacer valer sus derechos. Primeramente hizo Gregorio X cuanto pudo para hacerle desistir de esta idea, y hasta le envió con este objeto un mensajero; pero por fin, no teniendo otro medio, accedió á hablar con él y le fijó Beaucaire como punto de cita [1].

Cuando D. Alfonso hubo comunicado todo esto á D. Jaime, éste le desaconsejó el viaje y le dijo que era inútil ir á ver al Papa, al cual encontraría tenaz en su propósito, siendo por lo mismo un motivo de humillación para D. Alfonso la entrevista, pero el castellano no tuvo en cuenta el parecer de nuestro monarca y se resolvió á continuar su camino [2]. Antes empero de salir de Barcelona, envió á pedir al rey Felipe de Francia la libertad del paso por sus tierras, pero como á consecuencia de los asuntos de Navarra, ni Aragón ni Castilla estaban con Francia en buenas relaciones, hubo

mente una equivocación de este justamente célebre analista. La prueba está en que por las crónicas y memorias de Provenza se ve que á principios del 1275 estaba ya D. Alfonso en Francia, y que por Mayo de este año tuvo su entrevista con el Papa en Beaucaire.

1 *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 21.

2 Zurita, lib. III, cap. XCIII.

dificultades en conceder este permiso, que por fin se otorgó. D. Alfonso debió de permanecer en Barcelona durante todo el mes de Enero de 1275, según mi cuenta, y aun quizá algo más, pasando últimamente los Pirineos y dejando á su esposa y á sus hijos en Perpiñán, ínterin él fué á Montpeller y luego á Beaucaire, donde estuvo con el Papa gran parte de la primavera y casi todo el verano, sin poder conseguir de él lo que esperaba. Sucedióle, pues, lo que D. Jaime había previsto.

Durante la permanencia de los reyes de Castilla en Barcelona, tuvo lugar la muerte en esta ciudad de Raimundo de Peñafort, confesor del rey D. Jaime, á quien hoy se venera como santo en los altares. Dice Zurita que los reyes de Castilla y de Aragón y los infantes asistieron á sus exequias [1].

Por lo que toca á D. Jaime, lejos de acompañar al rey de Castilla en su viaje, conforme ya he dicho en una nota anterior, se fué á Lérida así que su yerno y su hija hubieron salido de Barcelona.

1 Zurita, lib. III, cap. XCIV.

CAPÍTULO XVII.

Cortes de Lérida.—Disuélvense las Cortes sin deliberación.—Nuevos aprestos de guerra y alboroto en Zaragoza.—Cómo cayó en manos de D. Pedro su hermano Fernán Sánchez y cómo le mandó ahogar en el Cinca.—Marcha el rey contra el conde de Ampurias.—Llers y sus once castillos.—Sitio del castillo de la Roca.—Viaje del rey á Perpiñán. —Destrucción de Calabuig y sitio de Rosas.—Treguas entre el rey y los barones y convocatoria de Cortes.—El príncipe D. Pedro y Guillermo de Canet.—Casamiento del infante D. Jaime con Esclaramunda de Foix.—Cortes en Lérida.—Las Cortes juran la primogenitura de Alfonso, nieto del rey.

(1275.)

El lector sabe ya cuál fué el objeto para que se convocaron en Lérida, Cortes de catalanes y aragoneses: se trataba de apaciguar las turbaciones del reino. El vizconde de Cardona, los condes de Ampurias y de Pallars, Fernán Sánchez, Artal de Luna, Pedro Cornel y los otros ricos-hombres y caballeros de su bando no quisieron entrar en Lérida, á pesar del seguro que les ofreció el rey, y juntáronse en Corbins, enviando á las Cortes en calidad de sus procuradores á Guillén de Castellví y Guillén de Rajadell.

Éstos pusieron como condición indispensable, antes de todo, que el rey mandase restituir á su hijo Fernán Sánchez las villas y lugares que el príncipe D. Pedro le había quitado. Ya con esta condición no hubo medio de entenderse, y las Cortes se disolvieron sin obtener otro resultado que el de irritarse más los ánimos y echar más profundas raíces la discordia. Cada uno se volvió

á su campo, y de nuevo aprestáronse todos con febriles manos á empuñar las armas [1].

D. Jaime dió orden á su hijo D. Pedro de entrar en Aragón á fin de defender el país y hacer daño á los enemigos, mientras él se volvió á Barcelona desde donde mandó llamar las huestes, reunir los consejos y convocar los ricos-hombres, para marchar en persona contra el conde de Ampurias. Dicen las memorias de Zaragoza que, cuando D. Pedro se acercó á esta ciudad, hubo en ella un terrible y sangriento motín, acaso porque el partido que allí tenían Fernán Sánchez y los suyos trataba de impedir que el príncipe entrara en la misma. Lo cierto es que Gil Tarín, jurado y también jefe de un bando, pereció en una reyerta á manos de uno á quien se llama Martín de Barcelona, muriendo otros del bando de Tarín [2].

D. Pedro, al ver que su padre le daba, como quien dice, carta blanca para proceder contra su hermano, aprovechó activamente la ocasión que se le ofrecía. Primeramente, habiendo tenido aviso de que debía ir al castillo de Antillón, previno una emboscada de 100 ji-

1 La carta de *deseximent*, es decir, de desafío ó desnaturalización enviada al monarca, y que equivalía en aquellos tiempos á una declaración de guerra, estaba concebida en idénticos ó parecidos términos á la siguiente, que fué la que le envió la primera vez el vizconde de Cardona: —"Al honrat senyor en Jacme, per la gracia de Deu rey Duragó, et de Malorques, et de Valencia, comte de Barcelona et Durgell, et senyor de Monpesler, de nos en Ramon, per la gracia de Deu vezcomte de Cardona, salut ab tot honrament. Fem vos saber, senyor, que pel tort que feitz á nos et an Pere de Berga et als nostres cavallers, e per les costums quens trencatz, e per daltres tortz que fetz á nos et als altres richs homens de Catalunya, acuydamvos é desexímnos de vos de fe et de naturalea, que de mal que façam als vostres homens, ne á la vostra terra ne á res del vostre, tengutz nous en siam: mal é greu quens es, com ab vos avem á contendre é nostre dret no voletz pendre.„ (*Efemérides* de Flotats.)

2 Archivo de Zaragoza.

netes, los cuales se echaron sobre Fernán Sánchez y la poca gente que llevaba, pero sin éxito, pues el bastardo pudo por aquella vez escapar á la celada, encerrándose en su castillo de Pomar, situado á orillas del Cinca. Don Pedro acudió inmediatamente á sitiar la fortaleza. No estaba Pomar bien guarnecido y provisto, ni en disposición de sostener un sitio en regla como el que acababa de ponerle el heredero de la corona. Fernán Sánchez conoció que el castillo acabaría por ser tomado antes que pudiese ser socorrido, pero comprendió también que el capitular ó el rendirse sería su muerte, pues lo que á D. Pedro importaba no era la victoria, sino la vida de su hermano. En este apuro, un leal escudero de Fernán Sánchez, cuyo nombre, como el de tantos otros mártires oscuros y desconocidos, no ha conservado la historia, se ofreció á vestir las armas de su señor y á salir del castillo al frente de algunos jinetes, figurando querer escapar por entre los sitiadores, ínterin el verdadero Fernán Sánchez, disfrazado de pastor, procuraría su fuga durante el rebato y alboroto que aquel accidente promovería en el campo de sus contrarios. La estratagema, aunque bien combinada y llevada á cabo con tino, tuvo un resultado fatal. El escudero fué preso y descubierto, y el fingido pastor, no pudiendo pasar el río, cayó en poder de las gentes de su hermano, que lo llevaron á presencia de éste. El odio cegó á D. Pedro. Aquél que más tarde debía recibir el renombre de *Grande,* aquél á quien más adelante debían loar como hidalgo y generoso y noble sus encomiadores, no retrocedió entonces ante la idea horrible de un fratricidio, y no tuvo, en aquel momento en que tan necesaria le hubiera sido, la más esencial virtud y quizá la mejor cualidad de un hombre grande: la de vencerse á sí mismo. Dió orden para que su hermano fuese ahogado en el río, y hasta se dice que presenció tranquilo la ejecución. Las

aguas del Cinca sepultaron el cadáver, y si bien el agua no guarda huellas, y la memoria no tiene recuerdos para ciertos hechos, y hay mordazas para bocas que puedan ser indiscretas, aun hoy mismo, cuando ya acaban de caer carcomidas por los siglos las murallas gigantescas del castillo que presenció el fratricidio, aun hoy mismo vive la tradición del crimen. Y vivirá: que hay algo superior á la voluntad humana, y á las murallas ciclópeas, y al olvido del tiempo, y al silencio de las crónicas, y es la verdad eterna, y es el dedo de Dios que, si no provoca siempre el remordimiento del crimen en la conciencia del hombre que lo ha cometido, por lo menos imprime su huella como una mancha indeleble en la memoria que haya de dejar su nombre en la posteridad [1].

1 El cronista Desclot es quien refiere con algunos detalles el fratricidio.—La crónica catalana de San Juan de la Peña, dice lo siguiente con referencia á D. Pedro: *E semblanment negá Ferrant Sanchis fill bort del senyor rey En Jacme, lo qual, en gran oy del senyor rey En Pere lo havia heretat molt é altament, é fo negat lo dit Ferrant Sanchis en lo riu de Cingua en lo loch nomenat Pomar per moltes injuries é deshonres que en temps passat li havia fetes.*—En la historia de D. Jaime (cap. CCCV), dice éste que cuando supo la muerte de su hijo Fernán Sánchez, se alegró. Es triste tener que consignar este rasgo de D. Jaime. Estas palabras y la muerte de Fernán Sánchez serán siempre un borrón que afeará la memoria de los dos reyes más grandes que ha tenido la corona de Aragón, si bien que, respecto al primero, ¡quién sabe! acaso los últimos capítulos de su crónica no sean suyos, aun cuando se haya venido creyendo así hasta ahora. Yo me atrevo á indicar, como una sospecha sólo, que quizá sea de otra mano lo que se lee en la historia del rey después de contado su viaje al concilio y su regreso. Todo lo que á esto sigue me parece de procedencia dudosa, y es muy fácil que fuese añadido en la crónica del rey, continuando su estilo y forma, muerto ya D. Jaime, y por una pluma algo aduladora del nuevo monarca D. Pedro. De todos modos, Desclot, que como tendré ocasión de observar, es un verdadero cronista, dice en el cap. LXX de su crónica: *Quant lo rey sabé que l' infant En Pere hac fet negar En Ferran Sanchez, pesali molt, per so com era son fill.* Y adviértase que en Desclot hay que tener fe.

Mientras estos sucesos tenían lugar en las fronteras de Cataluña por la parte de Aragón, en las fronteras de la misma por la parte de los Pirineos acaecían otros que deben narrarse, en los cuales el rey tomó personalmente no poca parte. A primeros de Mayo de aquel año de 1275, D. Jaime, condenado á tener una ancianidad guerrera como había tenido una juventud batalladora, por causa también de sus barones, fué á Lérida para ponerse al frente de las huestes que había mandado juntar en dicha ciudad, á fin de ir contra Hugo IV, conde de Ampurias. Antes, empero, de inaugurar la campaña, siguiendo la cortés y caballeresca costumbre de aquellos tiempos, envió el rey al de Ampurias su cartel de desafío, que fué aceptado por Hugo, á tiempo que el vizconde de Cardona enviaba desde Ager el suyo al rey.

Al tener noticia el conde de Ampurias de que el monarca iba contra él, se fortificó en su villa de Castellón, mientras que Dalmau de Rocabertí, obrando de acuerdo con Hugo, se aseguraba de Llers. Esta villa, que es ahora un puñado de casas, tenía en otro tiempo un fuerte castillo, el cual veía extenderse otras once fortalezas en anfiteatro á su alrededor. De algunas de ellas aún quedan hoy escombros; de otras, sólo se indica ya el sitio donde estuvieron. La historia de Llers y de sus once castillos sería por cierto muy curiosa y muy interesante para la general, si desgraciadamente no estuviese oculta tras de un velo impenetrable que no permiten descorrer el silencio de las crónicas y las raras y escasas noticias que de aquellos tiempos han llegado hasta nosotros [1]. En torno de Llers, que era un fuertísimo cas-

1 La historia general de Cataluña podrá escribirse con verdad y con fruto, cuando en cada comarca y hasta en cada villa haya habido hombres dignos y buenos patricios que se dediquen á registrar los archivos escribiendo historias particulares, con las que puedan allegar materiales que aprovechen los cronistas para la general. En el día, faltando esta

tillo, se alzaban como guardas vigilantes y centinelas avanzados para su seguridad el de Bellveser, el de Cabrera, el de Torrent, el de Hortal, el de Desviñol, el de Güell, el de Sarrahí, el dels Gorchs, el de Molins, el de Monmari y el de las Escaulas. En medio de este grupo de fortalezas fué á situarse el vizconde de Rocabertí, mientras Hugo de Ampurias se encerraba en Castellón, esperando entrambos la llegada de D. Jaime [1].

El primero que se presentó en el Ampurdán para romper las hostilidades fué el segundo hijo del rey, lla-

circunstancia, no puede escribirse una historia general completa. Yo, con ésta, no hago más que poner los fundamentos de la que algún otro cronista escribirá, sin duda con el tiempo. Me limito á popularizar nuestra historia, á destruir algunos errores que como verdades se habían tenido hasta ahora, á encaminar á los jóvenes á estudios serios, á que vaya haciéndose necesario y grato el esencial de las cosas de nuestra tierra, y á que, por los vacíos que en esta pobre obra mía se noten, se comprenda la necesidad de llenarlos, á fin de tener lo que no tenemos aún: un verdadero monumento de nuestra gloria. Afortunadamente, y como cronista imparcial, me complazco en consignarlo, el espíritu público, literario é histórico de Cataluña ha despertado en estos últimos años de muy valiente manera, lo cual es una garantía de que las altas nobilísimas glorias de este país no quedarán en olvido. Eminentes y distinguidos talentos en Barcelona y fuera de ella contribuyen á esta regeneración histórico-literaria de Cataluña, y, por débil y poco autorizada que sea mi voz, yo la levanto, como hija de la lealtad y de la buena fe y como expresión pura de un patriotismo desinteresado, para impulsar á los jóvenes estudiosos de las provincias catalanas á que sigan las huellas trazadas por sus antecesores en el campo de la historia y de la literatura patrias. Sus esfuerzos, sus estudios, sus tareas, su propaganda catalana podrán contribuir á que, para honra y felicidad del país, se dé un gran paso hacia la regeneración literaria é histórica de estos tiempos; y su recompensa, más que en la gratitud de la patria y en los plácemes de los buenos, la hallarán en su propia conciencia, única, pero dignísima recompensa á que el patricio desinteresado debe aspirar.

1 La mayor parte de estas noticias las hallé en el manuscrito catalán, de que hablo en una nota anterior. Este manuscrito llama barón de Llers al vizconde de Rocabertí.

mado también Jaime como él, al cual ya sabemos que, poco antes, había dejado como su lugarteniente en Montpeller. El infante, al frente de una hueste respetable, fué á poner cerco al castillo de la Roca, que era del conde de Ampurias; pero no tardó en llegar el rey, que mandó entonces levantar el sitio, ignorándose por qué causa tuvo esto lugar. Sin duda el castillo de la Roca era muy fuerte, su guarnición le defendía bien, y Don Jaime no había reunido aún bastantes fuerzas [1].

Mientras éstas llegaban, el rey pasó á Perpiñán para visitar á su hija la reina de Castilla, que ya sabemos estaba allí desde que D. Alfonso, su esposo, había salido de Cataluña á fin de conferenciar con el Papa. No hablan de este viaje del rey á Perpiñán las obras de Tastú y de Henry; pero es indudable, pues está consignado en la crónica real y en nuestros anales. Hallándose en la capital del Rosellón á últimos de Mayo, tuvo noticia de la muerte mandada dar por su hijo D. Pedro á su otro hijo Fernán Sánchez en Pomar, y es cuando dice la crónica real que se holgó mucho de ello. Implacable y feroz maldición paterna que deshonraría la memoria de D. Jaime, si no hubiese fundados recelos para poner en duda la legitimidad de la noticia.

A su regreso de Perpiñán, en cuya ciudad debió permanecer pocos días, consta que D. Jaime se fué á La Bisbal y luego á Torroella [2], donde recibió una parte de la hueste salida de Barcelona que le llegaba por tierra, mientras la restante iba por mar. Con estas fuerzas se dirigió en seguida á sitiar el castillo de Rosas en el puerto de este nombre, que era una de las principales

1 También podría ser que fuese por no haber pasado los treinta días que, según un usaje, debían mediar después de un reto antes de romper las hostilidades, y que el rey se marchase á Perpiñán para dejar transcurrir el plazo.

2 Manuscrito catalán citado en la penúltima nota anterior.

fortalezas del conde de Ampurias, pero antes pasó por un castillo de Dalmau de Rocabertí, llamado Calabuig, del que se apoderó mandándolo destruir en seguida.

Adelantado ya el sitio de Rosas, y comenzando á verse apurado el castillo, tuvo lugar en Castellón una entrevista entre el conde de Ampurias, el vizconde de Cardona, Pedro de Berga y otros nobles, y como su levantamiento había sido más para sostener sus derechos que por odio al rey, decidieron presentarse á éste, pidiéndole que reuniese Cortes en Lérida ante las cuales ellos comparecerían á dar sus descargos y á estar á lo que determinasen. Recibió D. Jaime á los nobles sublevados en su campo frente de Rosas á mediados de Junio; accedió á reunir Cortes de catalanes y aragoneses en Lérida, y levantando el cerco se fué á Gerona, desde donde convocó las Cortes para el 1.º del próximo Noviembre [1].

Durante esta tregua, y antes de que el parlamento se reuniera, hay que colocar un viaje del príncipe D. Pedro á Francia, á donde fué para tener secretas conferencias con el rey de este país [2]. A su regreso supo que varios nobles, entre ellos Guillén de Canet, Galcerán de Pinós y Ramón Roger, conde de Pallars, habían entrado á correr las tierras de Gisberto, vizconde de Castellnou, y como éste era amigo, aliado y servidor de D. Pedro, decidió el príncipe ayudarle. Al efecto, reunió

1 Zurita, lib. III, cap. XCVI.

2 Beuter, en su *Crónica de España*, cap. LIV del lib. II, dice de este viaje: "El infante D. Pedro partió secretamente con poca compañía para Francia á visitar su cuñado el rey D. Felipe, que no le viera después de muerta su primera mujer la reina Doña Isabel. Fué tan presto, que á la que el rey de Francia lo supo, ya estaba el infante á una jornada de París. Viéronse los dos, y hablaron en gran paridad, que ninguno supo el secreto, y volvióse de presto á Gerona." Esto dice Beuter, tomándolo sin duda de Desclot, que en su cap. LXX lo refiere asimismo.

apresuradamente en Figueras, donde se hallaba, una compañía de 180 caballos, y poniéndose á su frente marchó á Ceret, que era un castillo del vizconde de Castellnou, pasando de allí á Montbauló (quizá el Voló ó Boulou), en cuyo punto se hallaban Arnaldo de Corsavi, Guillén de Canet, el conde de Pallars y los otros barones con su gente. Cuéntase que D. Pedro, fiado en su natural bravura y sin atender á la inferioridad de sus fuerzas, se arrojó contra los enemigos de su aliado, trabándose un sangriento combate, del que por cierto no hubiera salido vencedor si Guillén de Canet, que conoció el pendón del príncipe y se aseguró de que iba mandando personalmente la caballería, no se hubiese apartado de la batalla, manteniéndose neutral con los suyos, y haciendo por esta causa que la jornada fuese de Don Pedro [1]. Fidelidad fué notable de Guillén de Canet, dice un analista. Yo ignoro si fué fidelidad notable ó traición insigne.

Mientras el hijo mayor del *Conquistador* corría el peligro de una derrota y quizá el de muerte en los campos del Voló, el otro hijo, D. Jaime, celebraba espléndida y fastuosamente sus bodas en Perpiñán con Esclarmunda ó Esclaramunda, hija del difunto Roger y hermana de Roger Bernardo, condes de Foix. El casamiento se verificó el 4 de Octubre, habiéndose ya casado Jaime con ella por procura el 24 del mes anterior. Asistió á la boda el rey de Castilla, que regresaba entonces de su entrevista con el Papa en Beaucaire, y hay sospechas de que estuvo también en ella el rey Don Jaime [2].

Había llegado ya la época de las Cortes de Lérida. Volviéronse éstas á reunir en 1.° de Noviembre, pero

1 Zurita en su cap. XCVII del lib. III.

2 *Historia del Languedoc*, IV, 22.

sin resultado como la primera vez. La indignación que debió producir, sin duda, la muerte de Fernán Sánchez, y el poco respeto del rey por las leyes del país, hicieron que no pudieran entenderse. Las Cortes se disolvieron sin tomar ninguna resolución, saliéndose airados de Lérida muchos barones catalanes y algunos aragoneses. Otra vez se iba á recurrir á las armas, pero sucesos de gran transcendencia sobrevenidos entonces, hicieron que la atención pública se fijase en ellos, tomando una nueva faz las cosas generales del país.

Pero antes de dar por terminado este capítulo y antes de hablar de estos sucesos, debe consignarse que el rey D. Jaime aprovechó la ocasión de estas Cortes para que fuese por ellas jurado como sucesor á la corona el niño Alfonso, hijo de D. Pedro y de Doña Constanza, y hecha la jura, se mandó que le prestasen homenaje los ricos-hombres, caballeros y pueblos de Aragón y Valencia y del condado de Barcelona, á fin de que, para después de la muerte de D. Jaime y de su hijo D. Pedro, le tuvieran por rey y señor natural. Este fué, pues, como se ha dicho en el capítulo anterior, el segundo primogénito jurado en Cortes, habiéndolo sido sólo anteriormente el otro D. Alfonso, hijo de D. Jaime y Doña Leonor de Castilla, que murió antes de que su padre dejara vacante el trono.

CAPÍTULO XVIII.

El rey de Granada y el de Marrucos proyectan apoderarse de los dominios cristianos.—Marcha contra los moros Sancho de Aragón.—Sangrienta muerte de D. Sancho.—Envía el rey á D. Pedro contra los moros.—Motín de la Unión en Valencia.—Alzamiento de los moros de Valencia.—Se pone á su frente Azedrach.—Rota de Concentaina y muerte de Azedrach.—Los cristianos se apoderan de Beniopa y los moros de Luchente.—Derrota de Luchente.—Efecto que la noticia de la derrota hizo en D. Jaime.—Se hace el rey transportar á Alcira y cae enfermo.—Abdicación del rey y postreros encargos á su hijo.—Muerte de Jaime *el Conquistador*.

(De Setiembre de 1275 á Julio de 1276.)

Mahomet ó Mohamed, rey moro de Granada, creyó hallar una ocasión propicia para sus designios aprovechando la que entonces se presentaba por estar el rey de Castilla ausente y el de Aragón ocupado en las turbulencias de su reino. Pensó que era llegada la hora de desplegar al viento la enseña del profeta, predicar la guerra santa y volver á dominar todo aquel bello país, de que palmo á palmo les habían ido arrojando los cristianos. Para más seguridad y más probable realización de su plan, envió á proponer á Juzef, cabeza de la dinastía de los Beny-Merines, que reinaba en Marruecos, una alianza por medio de la cual llevar á cabo mejor y más pronto la empresa. Fácil parecía al granadino, y fácil debió encontrarla también el marroquí, cuya contestación fué pasar á España «con tanta caballería y tan innumerable infantería, que tardó mucho tiempo en cruzar el estrecho [1].»

1 Conde, parte 4.ª, cap. X.

España toda se conmovió. En los campos de Écija tuvo lugar el primer encuentro, y allí fué donde «la tierra se estremeció al estruendo de los atambores y trompetas y al horrible alarido de los combatientes.» La derrota fué cruel para los cristianos, de los cuales se dice que quedaron tendidos más de 8.000 en el campo, entre ellos el adelantado D. Nuño de Lara. Un hijo de D. Jaime de Aragón acudió muy pronto para reemplazar al caudillo muerto y oponerse al paso de los moros, ó perecer en la demanda. Fué D. Sancho, el arzobispo de Toledo, que al ver amenazado el país por aquel huracán de infieles, sintió que en sus venas ardía la sangre del *Conquistador*. Púsose al frente de cuantos quisieron seguirle, pocos en número ya que en ánimo muchos, y marchó á la muerte. Las llanuras de Martos presenciaron su derrota, como habían presenciado la de D. Nuño las de Écija. Combatió D. Sancho denodadamente y como bueno, como quien era; pero, debelados por la caballería de los muslimes, vió caer en torno suyo á los más bravos de su hueste, entre ellos un caballero aragonés llamado Sancho de Huerta, que era su amigo y consejero [1].

Los que no huyeron quedaron ó muertos ó prisioneros. De este último número fué D. Sancho. Conocióse su elevada alcurnia por sus ropas, y comenzaron á disputarse el cautivo los africanos y los granadinos, cada uno de cuyos bandos lo quería para sí á fin de enviarlo vivo á su rey. Fué tal la porfía y encendióse de tal manera la disputa, que hubieran llegado unos y otros á las manos si no hubiese puesto triste término á la contienda el arráiz Ebn Nair, de la casa de Granada, el cual, dando de espuelas á su caballo, arremetió contra el cautivo D. Sancho y lo pasó de una lanzada diciendo: «No

1 Zurita, lib. III, cap. XCVIII.

quiera Dios que por un perro se pierdan tan buenos caballeros como aquí están.» El hijo del rey de Aragón cayó muerto, cortándosele en seguida la cabeza y la mano en donde brillaba el anillo episcopal, llevándose los africanos la primera y la segunda los granadinos, si bien una y otra fueron después devueltas á los cristianos, á instancia de Mahomet, quien las hizo entregar al maestre de Calatrava y éste sepultar en Toledo junto con el cuerpo hallado en el campo de batalla [1]. Fué esta jornada á mediados de Octubre de 1275.

El rey de Aragón debió tener noticia de esta muerte hallándose en Lérida, y júzguese de qué manera debía impresionar á aquel hombre, que era una amenaza viva contra los moros, la sangrienta venganza que de sus conquistas habían logrado tomar éstos. Su primera disposición, según parece, fué mandar al príncipe D. Pedro con las fuerzas posibles al reino de Murcia, á fin de que entrase en el de Granada por la parte de Almería, mientras él se disponía á seguirle en persona con el grueso del ejército. Ínterin D. Pedro cumplía esta orden, el rey pasaba de Lérida á Tortosa, desde cuyo punto, y con fecha del último día de Noviembre, envió sus cartas á todos los ricos-hombres de Aragón y Cataluña, á fin de que se reuniesen en la ciudad de Valencia para la Pascua de Resurrección, aparejados para entrar en campaña.

Pero como nunca las desgracias llegan solas, tuvo D. Jaime la de que se sublevase entonces el pueblo de Valencia. A la voz de *unión* estalló un motín que comenzó por arrojar de la ciudad á los que en ella tenía el rey como administradores de justicia. Se dice que los amotinados allanaron varias casas de oficiales reales, y

1 Conde, parte y libros citados.—Viardot, parte 1.ª, cap. V.—Romey, lib. III, cap. VIII.

á banderas tendidas se salieron luego de Valencia para destruir algunos lugares de moros, bajo pretexto de que robaban los niños y de que no debía sufrirse que en tierra de cristianos hubiese mezquitas [1]. El capitán de esta *unión* y el mismo que salió de la ciudad al frente de los sublevados, era un llamado Miguel Pérez ó más probablemente Peris. El rey mandó proceder activamente contra ellos, y envió en su persecución á su hijo D. Pedro Fernández de Híjar, el cual les alcanzó en tierra de Gandía, dispersándolos y apoderándose de algunos que pagaron con la muerte su levantamiento. Faltan noticias sobre esta sublevación, ó no han llegado á la mía al menos. De todos modos, algo debió tener de política, según parece.

Otro alzamiento más terrible y de más funestas consecuencias tuvo bien pronto lugar. Fué el de los moros del reino de Valencia, para quienes la ocasión era á la verdad propicia. Fácil es que anduvieran en ello Mahomet y Juzef, quienes, al ver la actitud tomada por D. Jaime y la entrada de D. Pedro en sus tierras, enviaron sin duda armas y dineros á los moros valencianos, prometiéndoles mayores socorros si ayudaban á la causa común de su religión y recobro de su libertad. Lo cierto es que el primer grito de rebelión se dió en la villa de Montesa, de cuyo fuerte se apoderaron, pasando su guarnición á cuchillo [2].

En los primeros momentos nombraron por su jefe á un moro llamado Ibrahim, á cuyas órdenes se pusieron en seguida, alzando pendones, los de Gallinera, Alcalá de la Tovada, Pego, Tárbena, Guadalest y Confrides. Pronto se extendió la sublevación, propagándose por valles y montañas; pero para ordenarla y dirigirla se

1 Crónica de Beuter, cap. LIV de la 2.ª parte.

2 Vicente Boix: *Historia de Valencia*, tomo I, pág. 172.

necesitaba un jefe más activo, ó á lo menos más popular que Ibrahim. No tardó en presentarse, y ¿cuál otro podía ser sino aquel Azedrach, terrible é irreconciliable enemigo de D. Jaime de Aragón? Había vivido hasta entonces retirado en Granada; pero despertóse de pronto su odio á los cristianos, y acudió al cebo de la sublevación como el halcón al silbo del cazador. Estableció su cuartel general en Tous y organizó el movimiento, que apresuróse á secundar Alcoy.

En aquellas críticas circunstancias los barones catalanes dieron una gran prueba de patriotismo. Consta que el conde de Ampurias y otros, á pesar de estar en guerra con el rey, acudieron solícitos á Valencia y se presentaron á ofrecer sus servicios. D. Jaime pasó á Játiva, y su primera disposición fué mandar un cuerpo de tropas contra Alcoy compuesto de 2.000 infantes y 200 caballos [1]; pero llegada apenas esta división á la vista de Concentayna, fué violentamente acometida por los moros emboscados que hicieron en ella un sangriento destrozo, á pesar del valor de nuestros caballeros y de los terribles almogavares. Pocos pudieron salvarse de la furia de los muslimes; pero hubieron éstos de comprar la victoria con la pérdida de su caudillo Azedrach, que murió en el campo.

La batalla de Alcoy ó de Concentayna, que de ambas maneras es llamada, alentó á los pueblos que permanecían aún neutrales y la sublevación se hizo general, de manera que el rey D. Jaime se vió obligado casi á no salir de Játiva, teniendo que esperar nuevos refuerzos. Las cosas se encadenaban de tal manera, que no parecía en efecto sino que había llegado la hora del triunfo para los moros y la del exterminio para nuestros padres. En tal estado, se recibió en Játiva la noticia de

1 Vicente Boix: *Xátiva cristiana.*

que el hijo del rey, D. Pedro Fernández de Híjar, había entrado por asalto en Beniopa, cuyo pueblo pasó á saco y á cuchillo, á tiempo que iba á socorrer este punto una numerosa fuerza de granadinos, la cual retrocedió entonces penetrando en Luchente y vengándose, con el saco de esta villa, de la toma de Beniopa.

«Viejo el rey, y caminando rápidamente hacia su tumba—es el cronista Boix quien habla,—quiso ir en persona á tomar venganza de la sangre vertida en los campos de Alcoy y en las calles de Luchente; pero bien aconsejado por sus servidores, permitió que tomasen á su cargo esta expedición D. García Ortiz de Azagra, el vice-gran maestre de los Templarios, y D. Pedro y Don Guillén de Moncada. Era en el mes de Julio cuando la expedición salió de Játiva: el calor y el polvo sofocaban á los cristianos, abrasados á las pocas horas de marcha por una sed devoradora. Los caballos, jadeantes y rendidos, apenas tenían aliento para llegar, como convenía, á la vista de Luchente: los caballeros sentían abrasada la cabeza por el sol y el peso de los cascos: los mismos almogavares se tendían fatigados debajo de la sombra de los árboles, buscando una brisa para respirar. En este estado de angustia se vieron acometidos por 3.000 infantes y 500 caballos, que cayeron de súbito contra los extenuados expedicionarios. Hicieron éstos prodigios de valor, pero sus fuerzas estaban agotadas, y hubieron de emprender la retirada, dejando en el campo, donde murieron como buenos, á En García de Azagra, un hijo de En Bernardo de Entenza y otros muchos caballeros, y quedando prisioneros el vice-gran maestre de los Templarios y otros muchos cruzados, que fueron conducidos al castillo de Uxó [1].»

1 Boix: *Xátiva cristiana*.—García Ortiz de Azagra, según un cronista antiguo, ejercía el cargo de teniente gobernador general de Valencia en nombre del príncipe D. Pedro.

Consternó de tal manera al país esta derrota que, según escribe Marsilio, aun en su tiempo se decía *el martes aciago* por haber sido aquélla en martes [1]. Desclot refiere que D. Guillén Ramón de Moncada, que se halló en esta batalla, salió muy mal herido de ella, salvándose dificultosamente con cinco caballeros.

En Játiva estaba el rey, según parece, postrado en el lecho, enfermo y con calentura, cuando recibió la infausta noticia de la rota de Luchente. Aquel hombre, vencedor en tantas batallas, aquel hombre que, según su bella expresión, *ahuyentaba á los moros con sólo la cola de su caballo*, debió rugir como el león herido, y cuentan antiguas memorias que saltó de la cama y pidió sus armas y su caballo, gritando con voz de trueno, que la fiebre, el dolor y la ira enronquecían: «No crean esos perros que porque estoy enfermo he muerto ya: yo les exterminaré antes de morir.» Pero, ya que no el corazón, le faltaron las fuerzas para llevar á cabo su proyecto.

Muntaner, que es quien refiere este hecho, cuenta también, dando por cierto á su narración un admirable tinte de poesía, que el rey mandó entonces salir su señera y llevarle á él en andas hasta tropezar, muerto ó vivo, con los moros. Ni ruegos ni protestas bastaron á hacerle desistir. Hubo, pues, que llevarle en una litera, conforme su voluntad, precediéndole, sin embargo, su hijo D. Pedro, el cual, al llegar al punto donde estaban los moros, acometió contra ellos con su caballería, trabando una batalla *molt aspra é cruell*, dice el cronista, porque había cuatro sarracenos por cada cristiano. El buen Muntaner cuenta las proezas de D. Pedro, á quien los enemigos mataron dos caballos, y dice que el resul-

1 Crónica manuscrita de Marsilio, que se guarda en la biblioteca de San Juan (Barcelona).

tado fué quedar *todos los sarracenos muertos ó prisioneros*. En el momento de concluirse la batalla, cuando el campo estaba aún sembrado de cuerpos que todavía se estremecían con los últimos restos de su vida, se presentó D. Jaime en su litera, y á él corrió D. Pedro, cubierto de sangre y de polvo, radiante el rostro con la hermosura de la victoria, y le dió parte de la espléndida venganza que acababa de tomar, pidiéndole perdón por haberse atrevido á vencer sin él. Padre é hijo se abrazaron sobre aquel campo de batalla, y rompieron en llanto todos los presentes.

Tal es, en resumen, y por medio de un pálido bosquejo, lo que refiere Muntaner; Muntaner, de quien ha llegado ya la ocasión de decir, que si no fué un verídico historiador, fué por lo menos un excelente poeta. Ningún cronista ha sabido como él dramatizar los hechos ni darles un colorido más bello y más poético. Su obra no será una historia, pero tiene mucho de epopeya. Muntaner poseía el talento, por el que tantos han brillado en éste nuestro siglo, de poetizar y dramatizar los hechos históricos, vistiéndolos con las lujosas galas del lenguaje y de la imaginación y rodeándolos de incidentes que, siquier fuesen novelescos, contribuían á realzar la figura que se proponía hacer sobresalir. No debe importarnos mucho que un estudio detenido y analítico de su crónica nos dé por resultado la desaparición del historiador. Nos queda el poeta. Y francamente, lo uno vale lo otro.

La historia verdadera y fiel no admite este viaje de D. Jaime en litera al campo de batalla, ni tampoco esta sangrienta jornada y esta famosa victoria de D. Pedro [1]. Por bello que sea todo lo inventado por Munta-

1 Ni una sola palabra dicen de esto Desclot y otros historiadores de tanta autoridad como éste.

ner, hay que decir que no es verdad. En las legítimas autoridades de la historia sólo consta que la noticia de la derrota de Luchente afectó tanto al rey, que enfermó de gravedad; que á los pocos días llegó el príncipe D. Pedro á Játiva, y le dejó D. Jaime toda su gente para que estuviese velando en la frontera, y que en seguida se hizo transportar á Alcira, desde donde, por habérsele agravado la dolencia, envió á buscar á Don Pedro.

Acudió éste solícito, y entonces D. Jaime, que se sentía ya moribundo, renunció el reino á favor suyo [1], y en presencia de los ricos-hombres y prelados inculcó al heredero del trono la necesidad de ser constante en la fe, la conveniencia de saber granjearse el amor de los súbditos, y la obligación de que corriese en buena armonía con su hermano Jaime, á quien dejaba el reino de Mallorca con sus islas adyacentes, el condado de Rosellón y el señorío de Montpeller. Hízole también otros varios encargos; recomendóle particularmente algunos de sus servidores; le pidió sobre todo que prosiguiese la guerra con empeño, procurando echar de la tierra á los moros, ya que tan mal pagaban sus beneficios, y le mandó que no se ausentase del reino para acompañar su cadáver, sino que se le depositase en la iglesia de Alcira ó en la mayor de Valencia, hasta que, acabada la guerra, pudiesen llevarle al monasterio de Poblet, donde quería ser enterrado.

1 De esta enfermedad del rey en Alcira y de su abdicación en su hijo no dice una palabra Muntaner, el cual lleva á D. Jaime del supuesto campo de batalla á Játiva y de Játiva á Valencia, donde dice que murió; pero en cambio de no referir esto, nos cuenta que el rey tenía entonces más de ochenta años (cap. XXVI de la crónica de Muntaner, traducida y anotada por Bofarull, D. Antonio). ¡Más de ochenta años! D. Jaime nació en Febrero de 1208 y murió en Julio de 1276. Saquen los lectores la cuenta.

Añade á esto un cronista [1], diciendo saberlo por relación de los que se hallaban presentes, que, terminados estos encargos, se incorporó el rey en la cama, tomó su espada *tizón* que estaba colgando á la cabecera, y alargóla al príncipe, diciendo: «Que le daba aquella espada, con la cual él había sido siempre vencedor, para que la llevase consigo y le recordase siempre de quién era hijo.» El príncipe besó el acero al tomarlo y llorando se despidió del rey, el cual le mandó que regresase inmediatamente á su puesto de la frontera.

Debió esto tener lugar el 21 de Julio de 1276 ó algún día antes, pues con esta fecha he visto yo [2] una carta del rey á los cónsules de Perpiñán, diciéndoles: «He abandonado el mundo: mi hijo es vuestro señor.»

Y efectivamente había D. Jaime abandonado el mundo, pues desde el momento de su abdicación mandó que le vistiesen el hábito cisterciense, con intención de ir á Poblet y acabar en religión los días que le quedaban de vida. Este deseo no pudo verle cumplido. Al día siguiente de haber llegado á Valencia se agravó su dolencia, y murió en dicha ciudad [3] el 27 de Julio de 1276, habiendo conservado hasta el último momento, según ya observa un historiador, su claridad privilegiada y habiéndose entregado por completo su corazón á la vida religiosa.

1 Marsilio: *Crónica latina* (manuscrita) de la biblioteca de esta ciudad.

2 Archivo de Perpiñán: cartas reales.

3 Un cronista contemporáneo, D. Vicente Boix, que es realmente autoridad en cosas de Valencia, dice que murió en el camino y que sólo llegó cadáver á Valencia (*Xátiva*, pág. 74).

CAPÍTULO XIX.

Elogio y vindicación de D. Jaime.—Sus esposas, sus hijos y sus damas.—Juicio que de este monarca formó la posteridad.

Tal fué D. Jaime *el Conquistador*. Me he detenido en su reinado, más quizá de lo que debiera atendidos los límites fijados á esta obra y el objeto de ella, porque no es sólo la de D. Jaime la historia de un rey, sino la de un pueblo.

Ya hemos visto á las naciones hermanas Cataluña y Aragón, esparcirse por otros paises no cabiendo en sí mismas, como río que en una gruesa avenida se esparce por los campos rebasando su cauce. Ya aquella nación que tan humilde nació, pero tan gloriosa, de las huellas de los primeros independientes varones de la fama, ha ido á nuestros ojos dilatándose, ensanchándose, desplegándose como vistosa decoración de teatro al tirar pausadamente la gasa que la oculta. Ya Cataluña no es Cataluña sólo; ya Cataluña es Provenza, es Aragón, es Mallorca, es Valencia, es Rosellón; ya Barcelona es la capital de una nación pujante y se halla en vísperas de ser la reina del Mediterráneo, por donde lujosas, soberbias y temibles se pasearán sus galeras á la sombra del pendón de las BARRAS.

La primera gloria se la debe Cataluña á los Berenguers, pero la segunda se la debe á D. Jaime. Si los unos la hicieron rica, el otro la hizo grande. Desde los *independientes* hasta los *caballeros de conquista*, ¡qué período! ¡Con Otjer—fabuloso ó no, pero personificación indubitable de toda una época,—con Otjer, qué porvenir! ¡con Vifredo, qué hazañas! ¡con los Borrells, qué

esplendor! ¡con los Berenguers, qué riqueza! ¡pero con D. Jaime, qué gloria!

Por él las Baleares, esos deliciosos canastillos de flores que brotan en medio del mar, rodeados de un cinturón de espuma, tremolan el pendón mismo que, al decir de la tradición, compró Vifredo con su sangre para los catalanes; por él, Valencia toda de un cabo á otro ha dejado de obedecer á los moros para acatar la cristiana ley; por él, no son ya dos naciones sólo las que están unidas; son cuatro: Cataluña, Aragón, Valencia, Mallorca. Juntas forman un pueblo, comunes son sus victorias y peligros, comunes su cielo y sus fronteras, se baten bajo el mismo pendón, acatan al mismo Dios, se bañan á los rayos del mismo sol y se cubren con el mismo manto de gloria.

Con acierto y con justicia se ha dicho de D. Jaime que jamás vieron los guerreros adalid más bravo, ni las damas más gentil caballero, ni los caballeros más dadivoso señor, ni los vasallos rey más justo y más humano [1]. Su vida abarcó más de medio siglo, su nombre llenó toda la tierra conocida. Jaime I es la gran cabeza de los cristianos, que llegan á ver en él á un enviado del cielo, y el terror de los moros, á quienes bien se puede decir que ahuyentaba con sólo el relincho de su corcel de batalla. Viste la cota de malla á los nueve años; á los once, manda ya ejércitos y hace sus primeras armas; á los veinte, gana un reino; antes de los veinticinco, cuenta á un rey moro entre sus cortesanos; con sólo el terror que inspira su nombre conquista un país; las Baleares, Valencia y Murcia, nacen por él á la luz y á la vida de la civilización cristiana; desdeña el ser rey de León; olvida y desprecia sus derechos al trono de Navarra; gana reinos para otros, como le sucede en Murcia, y le que-

1 Quadrado.

dan los bastantes para repartir entre sus hijos y hacerles á todos reyes; sienta á dos de sus hijas en los tronos de Castilla y de Francia, y de las demás, la una muere princesa y la otra santa; crea baronías para sus bastardos, que llegan á ser troncos de ilustres linajes; los infieles se apresuran á rendirle parias; los príncipes cristianos le toman por juez en sus contiendas; el Papa le da asiento en los concilios y le escoge entre todos los reyes para capitán de una cruzada á Tierra Santa; el Kan de Tartaria y el sultán de Babilonia le envían dones y le rinden homenaje; le sigue y le rodea una corte de sabios y de trovadores; funda estudios en Lérida, Perpiñán y Montpeller; y para que nada falte á la gloria del que á un mismo tiempo que empuña la espada maneja la pluma, del que es á un tiempo cronista, rey y soldado, las leyendas piadosas de los pueblos nos lo muestran á través de sobrenaturales portentos, y, haciendo asombro del cielo al que no les basta con ver asombro de la tierra, dicen que el Espíritu Santo le infundía su ciencia [1], que la Virgen se presentaba á curarle en Montpeller, y que San Jorge militaba á su lado en las batallas, convertido en soldado de las BARRAS de Aragón.

Los nombres de Aragón y Cataluña deben á D. Jaime gran parte de su gloria; por él comenzaron, ya que no á ser conocidos, por lo menos á ser respetados estos dos países, que aunque distintos, formaban uno solo por lazo federal unidos. Uno solo, porque si el nombre del imperio era de Aragón, la bandera del imperio era de Cataluña; porque si el centro de unidad y de autoridad estaban en Aragón, la iniciativa y la acción estaban en

1 *E hac especial don de Deu axi com los seus apóstols* (dice de Don Jaime la crónica manuscrita de San Juan de la Peña) *car ell entenia be y sabia las divinas escrituras per gracia del Sant Esperit, é predicava en totas festas del any en quansevol ciutat que fos en honor de Deu é dels sants, devotament é molt maravellosament, esplicant las santes escritures.*

Cataluña; porque, en fin, si Aragón era la cabeza, Cataluña era el alma.

Pero si con el reinado de D. Jaime nuestra nación es cierto que llegó al apogeo, que así puede decirse, de su gloria militar, no es menos cierto que consiguió también ver extenderse ufano el árbol colosal de sus instituciones civiles. Aun cuando no haya llegado la ocasión oportuna, propio es, sin embargo, de este lugar decir algo de su famoso *Consejo de ciento* [1] que tan célebre es en la historia, y con el cual hemos por cierto de tropezar más de una vez en las páginas de esta obra; de ese virtuoso y digno *Consejo de ciento*, al que por título de excelencia se le llamaba *sabio*; que sin ser más que los reyes era como ellos tan alto, que siendo hijo del pueblo era el padre del pueblo, y que sin tener facultad de dar coronas, alguna vez le sucedió probar que podía tener derecho á quitarlas.

El *Consejo de ciento*, como más adelante detenidamente veremos, se puede decir que data de 1265, cuando D. Jaime redujo á cuatro el número de los ocho concelleres que antes había dado facultad de nombrar á Barcelona todos los años, y á 100 el número de 200 prohombres que, representando las diversas clases de la república, debían constituir el senado. Gracias al más gran rey que ha tenido Cataluña, Barcelona puede contar en sus anales los del *Consejo de ciento*, institución altamente popular y democrática, ejemplo y espejo de ciudadanos, digna del respeto de la posteridad y de la alabanza de la historia. Jamás han tenido las leyes escudo más firme, ni la patria antemural más fuerte, ni los catalanes tuvieron nunca vigilantes más asiduos de su dicha, al propio tiempo que más solícitos guardadores de sus libertades, que aquellos

1 Véase para más detalles el último capítulo de este libro.

hombres, buenos y honrados ciudadanos, que vestían holgadas túnicas de color de púrpura para indicar que estaban prontos á derramar su sangre por el pueblo.

A pesar de sus altas y relevantes cualidades, no le han faltado á D. Jaime detractores. ¿Qué virtud intachable ha existido que la calumnia no haya procurado destrozar? El inglés Dunham y otros historiadores le han atacado con indigna violencia. El primero habla de él como pudiera de un Don Juan Tenorio, y después de citarle por su *perfidia, su lascivia desenfrenada, su crueldad bárbara, su desordenada afición á las mujeres, no teniendo*, dice, *respeto á ningún vínculo de honor ó religión por satisfacer sus apetitos*, acaba por manifestar que el favor con que está mirada su memoria se debe principalmente á haberse cruzado y á haber llegado á embarcarse para Tierra Santa [1]. Pocas veces se habrá juzgado á un hombre tan apasionadamente como juzga á D. Jaime el historiador Dunham, algunos de cuyos errores ya he tenido ocasión de rectificar con respecto á Cataluña.

¿Qué hay en nuestro *Conquistador* que autorice á ser tan despiadadamente tratado por la crítica histórica? Pero á bien que esto no es crítica ni criterio; es pasión y odio. Cierto es que no todas son virtudes en D. Jaime: debe confesarse que no siempre fué todo lo respetuoso que debiera con las leyes del reino, y tiene algunos hechos en que no se le ve á la altura de su gloria; pero más que del príncipe son éstas faltas del hombre, y altas, altísimas prendas tuvo que le recomiendan á la posteridad como uno de los mejores y más grandes reyes. La severidad de Dunham es injustificable. Ortiz de la Vega, que es autor á quien por cierto no se tachará de

1 *Historia de España*, redactada y anotada con arreglo á la que escribió en inglés el Dr. Dunham por el Excmo Sr. D. Antonio Alcalá Galiano, tomo II, pág. 223.

provincialismo, pues lo condena en todas sus obras, ha dicho de D. Jaime, por medio de una sintética frase, que «poseía aquella nobleza de carácter que no necesita otras alabanzas fuera de la narración sencilla de los hechos.»

Grande fué y muy grande D. Jaime; por lo general, todos los historiadores que blasonan de imparcialidad hacen de él cumplidos elogios, con los cuales podríamos llenar muchas páginas de esta obra, y su muerte fué tan sentida y tan llorada, que los cronistas, especialmente Fabricio y Muntaner, agotan su caudal de frases para demostrar el luto y el duelo universales que hubo en los pueblos á la noticia de su fallecimiento. La posteridad le ha llamado muy justamente *el Conquistador* por haber ganado los reinos de Mallorca, de Valencia y de Murcia; algunos le han dado renombre de *Batallador* por haber salido victorioso en veinte y hay quien dice que en treinta batallas contra moros; un poeta provenzal (Marcabrú) le llama en una de sus trovas *el emperador de Barcelona;* otro, Mateo de Querci, dice que no hubo príncipe mejor *aquende ni allende el mar,* y Tomich dice de él que *fou apellat lo rey En Jacme lo sant* [1].

A principios del siglo XVII hubo realmente empeño por Aragón en conseguir que D. Jaime fuese santificado al ver que se trataba de canonizar á un rey de Castilla, algo inferior á él por cierto como rey. Nada más curioso que la lectura de un manuscrito que revolviendo papeles viejos halló un día el literato aragonés D. Pascual Savall y Dronda, y que tiene el título de *Exhortación á la instancia de la canonización del rey D. Jaime I de Aragón llamado el Conquistador, obra de D. Gaspar Garcerán de Castro y de Pinós, conde de Guimerá.* Creo oportuno dar una idea de este manuscrito que es muy nota-

1 *Conquestes e historie del reys d' Aragó é comptes de Barcelona.*

BIBLIOTECA PÚBLICA

ble, aun cuando no pueda citarse como un monumento literario. El autor, después de los memoriales, uno al Papa y otro al rey D. Felipe III, contesta á los que dicen que D. Jaime, como hijo de padre que fué enemigo de la Iglesia, no merece ser canonizado; hace una comparación entre D. Alfonso de Castilla y *el Conquistador*; trata de probar que D. Jaime, por las virtudes y santa vida de la reina su madre, tiene purgado el impedimento, cuando le hubiera, de los delitos del padre; pretende hacer constar que la vida y ejemplo de la reina Doña Sancha, mujer de D. Alfonso *el Casto* de Aragón y abuela del rey D. Jaime, dispone la canonización del nieto, y enumera las causas por las que juzga debe ser canonizado el monarca aragonés. Todo esto y mucho más que se dice y que se hizo fué inútil; de manera que no puede llamarse á D. Jaime *el Santo*, pero nadie le puede disputar el título del *Conquistador*.

Para terminar ahora en este capítulo las noticias referentes á D. Jaime, de quien por necesidad tendremos que ocuparnos todavía en esta misma obra, falta decir que su cadáver fué depositado en la catedral de Valencia, donde permaneció hasta el año 1278, en cuya época fué trasladado con regia pompa al monasterio de Poblet [1].

El Conquistador no tuvo de su primera esposa Doña Leonor de Castilla más que un hijo, D. Alfonso, de quien detenidamente se ha hablado y que murió sin dejar sucesión quince años antes que su padre.

En su segunda esposa Doña Violante de Hungría tuvo cuatro hijos y cinco hijas. De aquéllos, el mayor se llamó D. Pedro, que le sucedió en el condado de Barcelona y reinos de Aragón y de Valencia.

1 El cadáver de D. Jaime se halla actualmente en la catedral de Tarragona.

El segundo fué D. Jaime, á quien dejó su padre el reino de Mallorca con las islas adyacentes, los condados de Rosellón y Cerdaña, el señorío de Montpeller y otros estados en Cataluña.

El tercero se llamó D. Fernando, que murió mozo en vida de su padre; y el cuarto fué aquel D. Sancho á quien hemos visto morir atravesado por la lanza de un caudillo granadino.

La mayor de las hijas fué la Doña Violante, esposa del rey de Castilla Alfonso *el Sabio*; la segunda fué Doña Constanza, que casó con D. Manuel, infante de Castilla y hermano del citado Alfonso; la tercera fué Doña Sancha, en cuya vida reina cierto novelesco misterio y de la que se dice que fué á visitar, vestida de peregrino, el santo sepulcro de Jerusalén y murió allá en opinión de santa; la cuarta fué Doña María, que falleció en vida de su padre, y la quinta Doña Isabel, que casó con el infante de Francia, Felipe, rey luego, III de su nombre, apellidado *el Audaz* ó *el Atrevido*.

Tuvo D. Jaime amores con varias damas, especialmente con Doña Guillerma de Cabrera y con Doña Teresa Gil de Vidaure. De la primera no se sabe que tuviese ningún hijo, pero de la segunda tuvo dos. Y aquí es fuerza decir que todas las probabilidades están en que Doña Teresa fué realmente esposa, y no querida de Don Jaime. Hay muchos indicios para creer que se unió á ella en matrimonio secreto y que luego la repudió. Movióle pleito entonces Doña Teresa, y obtuvo sentencia favorable; pero no consiguió que el rey hiciera vida conyugal con ella, si bien, como ya sabemos, reconoció por legítimos sus hijos, declarándoles por sucesores en el reino á falta de los legítimos.

Doña Teresa, cuya vida fué una serie de amarguras, á juzgar por los recuerdos que de ella encontramos esparcidos por las crónicas, sobrevivió al rey D. Jaime,

y según los escritores valencianos, después de haber logrado validar su matrimonio en 1275, poco antes de morir *el Conquistador*, se retiró á aquel magnífico palacio de la mora Zaida, que D. Jaime le diera en la luna de miel de sus amores, y lo convirtió en convento de religiosas bernardas, con el título de *Gratia Dei*. Allí dicen que murió, llena de virtudes, esta dama, por los años de 1280; y en la misma capilla que hizo edificar dedicándola á San Salvador, se conserva aún incorrupto su cadáver, excepto un brazo arrebatado por la piedad para reliquia [1]. Algunos historiadores ponen á Doña Teresa en el catálogo de las reinas, y el autor del Martirologio cisterciense trata de ella como de una *santa*.

Los hijos que dejó del rey esta señora fueron Don Jaime, señor de Ejérica, y D. Pedro, señor de Ayerve, principio ambos á dos de ilustres familias [2].

De una dama de la casa de Antillón tuvo también el rey un hijo, que fué el D. Fernán Sánchez, señor de Castro, origen de la ilustre casa de este nombre en Aragón, y al que hemos visto morir desgraciadamente, mandado ahogar por su hermano D. Pedro en las aguas del Cinca.

De otra dama aragonesa, llamada Doña Berenguela Fernández, tuvo el rey otro hijo que fué D. Pedro Fernández, el vencedor de los moros en los campos de Gandía, á quien dió la baronía de Ixar y de quien proceden los señores de este linaje.

No se sabe que tuviese hijos de su querida Doña Berenguela Alfonso, y de otra dama casada, de quien parece que se enamoró en los últimos años de su vida, mereciendo por ello serios reproches del Papa.

Su número de queridas y su sensualidad le han vali-

1 Boix: *Historia de Valencia*, tomo I, pág. 159.

2 D. Próspero de Bofarull da extensas noticias de su descendencia. *Condes vindicados*, tomo II, pág. 237.

do general reprobación entre los historiadores; pero ni esta flaqueza humana ni otros defectos, que en el curso de su vida no he tratado ciertamente de ocultar, son bastantes á desvanecer la justa aureola de gloria que rodea el nombre del *Conquistador* D. Jaime, nombre que será siempre un monumento de honra y una patriótica bandera para los reinos de la CORONA DE ARAGÓN.

CAPÍTULO XX.

Infeliz estado del reino de Valencia.—D. Pedro no quiere tomar el título de rey antes de coronarse.—Su coronación en Zaragoza, y protesta.—Jura del príncipe Alfonso.—Comienzo de discordia entre el rey y su hermano.—D. Jaime toma posesión de sus estados.—La reina de Castilla con su nuera y sus nietos se refugia en Aragón.—Emprende el rey la guerra contra los moros.—Roger de Lauria gobernador de un castillo y Pedro de Queralt almirante.—Sitio de Montesa.—Toma de la Muela por los almogavares.—Toma de Montesa.

(1276 Y 1277.)

Al bajar al sepulcro el rey D. Jaime, Valencia pasaba por una de esas dolorosas crisis que á veces envía Dios á los pueblos y á los hombres, y de las cuales, si en ellas no sucumben, salen más fortalecidos en su fe y más animosos para proseguir el camino que se abre ante sus pasos. La sublevación de los moros, hecha general, había sumido al reino en un caos de amarguras, y el príncipe D. Pedro desde Játiva se tenía que contentar con poner fuertes presidios en los castillos y asegurar bien las fronteras. «Formáronse entonces, ha dicho un ilustrado escritor de nuestros días, numerosas partidas de bandidos moros, á los que se agregaban no pocos cristianos aventureros, sin patria ni hogar, per-

seguidos ó por el hambre ó por sus crímenes. Estas partidas invadían de noche los pueblos indefensos ó las alquerías solitarias, degollando y robando: hallábanse en todos los valles caseríos incendiados; hombres y mujeres ahorcadas en los árboles; cadáveres en muchos barrancos y cuevas, y aquellas bandas de lobos hambrientos tenían al país en continua consternación. El foco de sus planes existía en Montesa, y de allí bajaban las órdenes de exterminio, que llenaban la región de Játiva hasta el Júcar del más profundo terror [1].»

D. Pedro no se creyó aún bastante fuerte para atreverse á un ataque contra Montesa; á más, muerto su padre, le convenía arreglar las cosas de sus reinos y ansiaba la ceremoniosa pompa de una pública coronación. Así es que, antes de terminar el mes de Agosto de 1276, pactó una tregua de tres meses con los caudillos moros, y después de haber dejado bien presidiados los castillos fronterizos, se fué á Alcira, de donde pasó á Valencia. Permaneció hasta fines de Octubre en esta ciudad y recibió, estando en ella, una embajada del rey de Castilla, en cuyo reino andaban bastante revueltas las cosas con las pretensiones del infante D. Sancho para suceder á la corona en perjuicio de los hijos que al morir había dejado su hermano mayor D. Fernando [2]. Prudente y reservado D. Pedro, despidió á los embajadores de Castilla diciendo que hasta haber recibido la corona no podía él considerarse como rey, y que, cuando este caso llegase, enviaría á su vez embajada al castellano D. Alfonso, su cuñado, para confirmar los lazos de amistad y concordia entre ambos. Y realmente era así, pues en todo el tiempo que estuvo en Valencia haciendo aprestos para la guerra que contra los moros proyecta-

1 Vicente Boix: *Xátiva cristiana.*

2 Véanse los historiadores generales de España, Mariana, Ortiz, Lafuente, Romey, Saint Hilaire, etc.

ba, no quiso, antes de coronarse, tomar las insignias ni usar del título de rey, y se titulaba solamente «infante primogénito heredero del rey D. Jaime [1].»

Para la ceremonia de la coronación se había llamado á Cortes á los ricos-hombres y caballeros y á los procuradores de las ciudades y villas del reino, y se había fijado el 16 de Noviembre. Acudió D. Pedro á Zaragoza, punto destinado para el acto, y en dicho día y en la iglesia mayor fué ungido y coronado por manos de D. Berenguer de Olivella, arzobispo de Tarragona, coronando él mismo por su mano á su esposa Doña Constanza en seguida ó al otro día [2]. Fueron estos príncipes los primeros que en estos reinos y en Zaragoza se coronaron, conforme á la concesión otorgada por el papa Inocencio en tiempo de Pedro *el Católico*. Debe notarse, y caso es por cierto digno de perpetua memoria, que en el acto de la ceremonia D. Pedro manifestó que no recibía la corona de mano del arzobispo en nombre de la Iglesia romana *ni por ella ni contra ella*. Hízolo, según se refiere, para no perjudicarse á sí ni á sus sucesores, y para que no pareciese que con recibir la corona de mano del arzobispo tácitamente aprobaba el reconocimiento hecho por su abuelo, cuando hizo su reino tributario de la Sede apostólica. Dice Blancas que esta misma protesta acostumbraron á hacer después muchos de sus sucesores, aunque otros ya la dejaron porque ellos mismos tomaban de encima del altar la corona y se la ceñían, no queriéndola recibir de mano de ningún prelado [3].

1 Zurita, lib. IV, cap. II.

2 *E corona madona la regina Constanza sa muller é mesli el pom d' aur en la ma*, dice Desclot.

3 Blancas en sus *Coronaciones de los reyes de Aragón*, cap. II. Según este autor, el protesto que se hizo en la coronación de D. Pedro *el Grande*, fué el siguiente: *Noverint universi. Quod* NOS PETRUS *primo-*

Concluída la coronación del rey y de la reina, y terminadas las fiestas, las Cortes hicieron la jura del príncipe (ó infante, según todavía se le llamaba entonces) D. Alfonso, que aún era menor de edad.

Dice algún historiador que asistió á todas estas ceremonias el hermano del rey D. Jaime; pero si así fué, debió partir en seguida para Mallorca y luego para Perpiñán y Montpeller, á fin de tomar, á su vez, posesión de sus estados y hacerse reconocer como rey de aquellos dominios, conforme al testamento de su padre. Urgíale á D. Jaime, que fué el II de este nombre en Rosellón y Mallorca, la toma de posesión, pues que Don Pedro, apenas coronado, dió al olvido las palabras de concordia y unión fraternal que oyera salir de los labios de su moribundo padre el gran D. Jaime, y comenzó á manifestar sus deseos de que se anulara el testamento paterno con respecto á la parte de herencia que dejaba á su hermano. A este efecto, sacó á plaza la protesta

genitus et succesor illustris Domini IACOBI *Dei gratia regis Aragonum, etc., patris nostri felicii recordationis. Protestamur, quod nos recipimus* UNCTIONEM, BENEDICTIONEM *et* CORONATIONEM *a Sancto Salvatore ecclesie sedis Cesaraugustœ per venerabilis ministerium P. Dei gratia episcopi Cesaraugustœ eiusdem sedis. Non astringentes nos, nec succesores nostros futuros de recipiendo unctionem et coronationem in predicta civitate, vel loco, et per ministerium episcopi Cesaraugustœ. Imo protestamur nomine nostro, et succesorum nostrorum, quod per hoc non paretur nobis, vel succesoribus nostris, aliquod prejuditium in futurumset, possint succesores nostris, qui pro tempore fuerint recipere unctionem, benedictionem et coronam in qua cumque Civitate eis placuerit totius nostrœ jurisdictionis. Et per ministerium cuiuscumque Archiepiscopi, vel episcopi nostri districtus, et de predictis protestationibus mandamus fieri publicum instrumentum.* Siguen la fecha y las firmas de los testigos, que fueron, según el acta, Fortún, obispo de Tarazona; Pedro Jiménez de Segura, obispo de Albarracín; Arnaldo, abad de Fontfreda; Hugo, conde de Ampurias (debió ser el IV de su nombre); Arnaldo, conde de Pallars; Ramón de Moncada, Berenguer de Puigvert, P. de Queralt y varios nobles aragoneses.

que, siendo príncipe, firmó en Barcelona contra toda desmembración que hiciera su padre de los estados en que él debía sucederle, según derecho que pretendía tener como mayor ó primogénito.

D. Jaime tenía en contra suya, para luchar con su hermano, una circunstancia capital. Su reino se hallaba compuesto de pedazos de territorios, mayores ó menores, que estaban separados por grandes distancias, y cuyos pueblos, extranjeros entre sí, no podían auxiliarse con la prontitud y la necesidad que requeriría el caso. En poco estuvo entonces que el predominio de la política aragonesa en el ánimo del rey no ahogase en su cuna el reino que acababa de nacer.

Conveníale, pues, á D. Jaime, conocido el deseo de su hermano, acudir á tomar pronto posesión de sus dominios y adquirir en ellos valimientos y simpatías. Pasó primero á Mallorca y confirmó todas las prerrogativas, inmunidades y exenciones que concediera su padre á aquellos leales isleños; fué en seguida á Perpiñán, siendo recibido con grandes fiestas y regocijo, y de allí debió pasar á otros puntos de su reino y á Montpeller, donde juró observar las costumbres de la ciudad, recibiendo en cambio el juramento de fidelidad de sus habitantes [1].

Rey ya de Aragón D. Pedro, y ceñida aquella corona que no recibió de la Iglesia, ni por ella ni contra ella, uno de sus primeros actos fué ocuparse en las cosas de Castilla. Lo que pasaba en este país era lo siguiente. D. Fernando, primogénito de D. Alfonso *el Sabio*, había muerto dejando dos hijos de su mujer Doña Blanca, hermana del rey de Francia Felipe *el Atrevido*. D. Sancho, segundo hijo de D. Alfonso, vió en aquella muerte propicia ocasión para el logro de sus

1 *Thalamus* de Montpeller.

ambiciosos deseos, y partiendo del principio que su hermano D. Fernando no podía transmitir á sus hijos derechos al trono de Castilla á causa de no haberlos adquirido por posesión, manifestó ser él, D. Sancho, el heredero del trono con preferencia á los dos niños. Su padre D. Alfonso *el Sabio* reconoció este derecho, en menoscabo del de sus nietos, con harto sentimiento de la madre de éstos, Doña Blanca, y de su esposa la aragonesa Doña Violante. Ésta y su nuera acudieron entonces secretamente al nuevo rey de Aragón D. Pedro, que era hermano de la Doña Violante, esposa de Don Alfonso de Castilla. Fueron y vinieron mensajes, y de repente la reina de Castilla, con su nuera Doña Blanca y sus nietos, se vino á refugiar en Aragón, poniéndose todos bajo el amparo de D. Pedro, que salió á buscarles á Ariza [1].

Sintióse mucho D. Alfonso de la fuga de la reina su esposa, y se dirigieron reclamaciones al rey de Aragón; pero éste contestó sencillamente, según Zurita, que á nadie que quisiese acogerse en sus dominios podía estorbárselo, y menos á la reina su hermana y á los nietos de ella. La verdad, á tenor de como lo cuenta Ortiz de la Vega, está en que de quien huía la reina Doña Violante era de su hijo D. Sancho, con asentimiento secreto de D. Alfonso X, que tenía atadas las manos y no era dueño de obrar de otra suerte. Según este autor, era el hijo quien reclamaba contra el rey de Aragón, aun-

1 Esta es la verdad histórica. Muntaner, como de costumbre, forja sobre este hecho una novela, y dice: que D. Pedro se fué á Castilla, y después de haber andado, en tres días y cuatro noches, unas ocho jornadas, llegó al punto donde se encontraban los dos hijos de D. Fernando, y se apoderó en seguida de ellos llevándoselos á Játiva, con otros pormenores que podrán ser muy interesantes bajo el punto de vista dramático, pero que no son exactos bajo el de la crítica histórica (*Crónica de Munt.*, cap. XL).

que en todo esto suene el padre. Mientras tanto, Doña Violante permaneció en nuestros reinos con sus nietos los infantes, y hasta más adelante no volvió á Castilla, partiendo Doña Blanca á Francia á solicitar en favor de sus hijos el apoyo de su hermano Felipe *el Atrevido*.

Este quiso vengar á su hermana y sobrinos declarando la guerra á Castilla, y mientras por una parte enviaba tropas á Navarra, como ya se ha dicho, por otra, al frente de una hueste numerosa, avanzaba en persona internándose en España y llegando hasta Salvatierra; mas no pudo pasar adelante, dice un historiador francés (Romey), pues falto de pertrechos de boca y de guerra, le acobardó el aspecto del país y tuvo que retroceder. No estaba de Dios que Felipe *el Atrevido* conquistase jamás ningún lauro en territorio ibérico. Ya veremos luego lo que consiguió cuando otra vez intentó entrar en España por Cataluña.

Volviendo ahora al rey de Aragón, digamos de él cómo pasó á terminar la guerra contra los moros de Valencia, que era ya lo que más le urgía y apremiaba. La tregua diera un buen resultado en favor de D. Pedro, pues los moros, creyendo hacerse así más fuertes y poderosos, se habían concentrado en Montesa, formando un número de 30.000 hombres armados y otro no menor de mujeres, niños y ancianos. Aquellos 30.000 combatientes, repartidos por el país en bandas sueltas, hubieran podido dar más que hacer á D. Pedro con sus rebatos y algaras que reunidos en un punto solo, donde el vencerles sólo era ya cuestión de valor y tiempo.

A primeros de Abril de 1277 fué cuando emprendió D. Pedro la campaña contra Montesa. Comenzó por trasladarse á Játiva, en cuyo punto reunió los consejos y milicias de dicha ciudad de Murviedro, Burriana, Castellón, Livia, Alcira, Culla, Cullera, Onda, Morella,

San Mateo y Peñíscola. Fué nombrado gobernador de Concentaina aquel Roger de Lauria, con quien ya hemos tropezado y que tanta gloria debía dar al reino de Aragón, y almirante D. Pedro de Queralt, para que con algunas galeras pusiese á cubierto las costas de Valencia, Alicante y Cartagena de cualquier tentativa de desembarco que pudieran intentar los marroquíes, auxiliares de los muslimes de estos reinos. La actividad de este marino, su valor y su buena suerte frustraron, en efecto, los proyectos de una escuadrilla berberisca que se había presentado en las aguas de Denia [1].

D. Pedro fué inmediatamente á poner sitio á Montesa con la gente que pudo reunir, haciendo llamamiento general de los ricos-hombres y caballeros que le debían servir en la guerra por estar heredados en el reino de Valencia, y á los consejos y villas de Aragón, y algunos de Cataluña, para que se hallasen en Játiva el 8 de Julio, prontos y en orden de guerra para cuatro meses. En el ínterin, se iba estrechando el cerco de Montesa. Los moros estaban resueltos á vender cara su fortaleza, y se resistieron con un valor y una heroicidad de que hay muchos ejemplos en aquellas épocas de luchas y de odios á muerte.

Fué preciso tomar primero un monte inmediato á la plaza, desde el que podía dominarse el castillo. Al decir del moderno cronista valenciano, los almogavares llevaron lo mejor de la jornada y fueron en ella los héroes. Esas compañías que comenzaban ya á figurar de una manera siniestra y á adquirir una terrible y sangrienta fama, treparon las primeras por el monte, sin que fuesen bastantes á detenerles en su camino los enormes peñascos que los moros hacían rodar desde la cima y los muchos de sus hombres que allí quedaban tendidos,

1 Vicente Boix: *Historia de Valencia*, tomo I, pág. 212.

dejando un largo reguero de sangre y de cadáveres con que indicar á sus compañeros el camino por ellos seguido. Cuando llegaron á la meseta del monte, hubo un combate feroz. Peleóse cuerpo á cuerpo; muchos, abrazados y combatiendo, rodaron despeñados al abismo; pero los almogavares dieron cuenta de cuantos moros allí encontraron. El pendón real, clavado en lo alto de la Muela, anunció á los defensores de Montesa que se acercaba para ellos la hora del vencimiento.

Hicieron, sin embargo, cuanto pudieron por cumplir con el deber que les imponían su honra, su ley y su gloria. Cuando en repetidos asaltos les hubieron tomado los nuestros puertas y murallas, se defendieron de calle en calle, de casa en casa, como hombres desesperados para quienes no cabía ya más que morir matando. El rey de Aragón entró en Montesa, pero fué pisando sangre y cadáveres.

A la noticia de la toma de Montesa se rindieron otros castillos, y la sublevación mora sucumbió. Le había faltado aquella vez un Azedrach. Tuvo lugar esta conquista por el mes de Setiembre, después de un sitio de cinco meses. Por lo que toca á la gente de Cataluña y demás puntos llamada por el rey, debió sin duda regresar á sus hogares sin haber entrado en campaña.

Los valencianos cuentan con orgullo el haber tremolado la cruz y el pendón de las *Barras* sobre las ruinas de Montesa, sin necesidad de auxilio, por parte de sus hermanos los demás pueblos de la corona.

CAPÍTULO XXI.

Alzamiento de los barones catalanes.—Se ligan con el de Foix y éste con D. Jaime de Mallorca.—Política del rey.—Asegura las fronteras de Castilla.—Traslación de los restos de D. Jaime á Poblet.—Vuelve la reina á Castilla.—Viene el rey á Cataluña contra los confederados.—Tratos con los condes de Foix y de Urgel.—El rey de Mallorca feudatario del de Aragón.—Quiénes asistieron al homenaje.—Vistas con D. Sancho de Castilla.—Motivos que tuvieron los barones catalanes para confederarse de nuevo contra el rey.—Correrías del vizconde de Cardona por el llano de Barcelona.—El rey pone sitio á la ciudad de Balaguer.—Heróica resistencia de los cercados.—Lo que acaeció á los que iban en auxilio de los sitiados.—Ardid del rey para sorprender á los que iban en socorro de la ciudad.—Combate nocturno.—Ríndese la ciudad.—Encarcelamiento de los barones catalanes.

(De 1277 á 1280.)

Sonreía la victoria al nuevo rey, y las banderas muslímicas caían ante él destrozadas, como para servir de lujosísima alfombra á su solio; castillos y comarcas enteras se sometían al pronunciarse el nombre del vencedor; huían los moros desbandados al aparecer las rojas *Barras* pintadas en el estandarte real, luciendo los colores que más tarde debían ser los de toda España [1]; y aquéllos que no huían, era porque hallaban mayor honra en una gloriosa muerte. Todavía la sombra de D. Jaime *el Conquistador* vagaba por los espacios.

1 No todos saben acaso que los colores rojo y amarillo que son hoy los de la bandera española, fueron antes los de la casa de Aragón. Desde la época de Pedro *el Católico*, las cintas de que colgaban los sellos de la cancillería eran amarillas y rojas, siendo estos colores los que con el tiempo fueron adoptando los demás reinos ibéricos, llegando á ser, como son hoy, los colores nacionales.

Pero á todo esto, ni se cuidaba el rey de venir á Cataluña, ni de celebrar Cortes en ella, ni de jurar las leyes del reino. Resentidos andaban por ello los catalanes, y el desagrado del país se manifestó por medio de la liga ó confederación de sus principales barones; que eran estas ligas de nobles los pronunciamientos de aquellas épocas. Juntáronse, pues, Armengol, conde de Urgel; Alvaro su hermano, vizconde de Ager; Arnaldo de Roger, conde de Pallars; el vizconde de Cardona, Ramón Folch; Ramón de Anglesola, Ramón Guillén de Tosa, Guillén Ramón, vizconde de Vilamur; Pedro de Moncada, Berenguer de Puigvert, Guerau de Alemany de Cervelló, un hermano de éste, Pons de Ribelles, Hugo de Troja, Guerau y Berenguer Despés, Gisperto de Guimerá, Guillén de Bellera, Ferrer de Abella, Pons Zacosta, Ramón de Boxadors, Pons de Oluja, Juan de Pons, Guerau de Meyá, Guerau de Aguiló, Jaime de Peramola y otros. Todos éstos, después de haber enviado al rey sus cartas de *deseximent*, se confederaron con juramento de hacerle guerra, aunque ausente y ocupado en la lucha contra moros [1].

Una de sus primeras medidas fué unirse con Roger Bernardo, conde de Foix, con quien su cuñado D. Jaime de Mallorca firmó á su vez, á principios del 1278,

1 "El motivo porque hacían esto, dice Monfar en su crónica (tomo II, pág. 17), era porque el rey, después de su coronación, no acudía á tener Cortes á los catalanes y confirmarles con juramento las leyes, privilegios y libertades que los reyes y condes de Barcelona, sus pasados, les habían concedido; y la causa era porque había algunas cosas que el rey no quería confirmar, sino que fuesen revocadas, por ser de algún perjuicio, dejando lo demás en su sér y disposición.„—Encuentro en Zurita, que entonces era gobernador ó procurador general de Cataluña, en nombre del rey, D. Ferriz de Lizana (lib. IV, cap. V de los *Anales*). ¿Pudo contribuir al descontento de los catalanes el tener gobernador aragonés? Me atrevo á llamar sobre esto la atención de los investigadores.

una liga ofensiva contra el rey de Aragón, que pretendía, como ya sabemos, desposeer al último de sus dominios.

Los confederados comenzaron á correr las tierras del rey ó de los que estaban por él, combatiendo muchos lugares y villas y haciendo grandes daños, sin que fuesen obstáculo para los progresos de sus armas las disposiciones que se apresuró á tomar D. Pedro. Éste entonces, viendo que se formaba un nublado que á toda costa era preciso disipar para que no descargase sobre su cabeza, creyó que más que con la fuerza alcanzaría con la astucia, y se dispuso por lo mismo á poner en planta un proyecto que comienza ya á revelar sus cualidades y dotes políticas. Su plan, por lo que se comprende, debió ser el de amenguar el poderío de los confederados atrayéndose á algunos de los principales, y al efecto entró en negociaciones con varios de ellos por conducto de D. Esteban de Cardona, que era repostero mayor de la reina.

Mientras estas negociaciones tenían lugar y seguían su camino, D. Pedro, pasadas las fiestas de la Navidad de 1277 en Valencia, se partió á Calatayud, y consta que residiendo en esta ciudad dictó varias disposiciones para asegurar la frontera de Castilla, ya que las gentes del infante D. Sancho molestaban continuamente con rebatos los castillos de Aragón.

También dicen las memorias de aquel tiempo que por Marzo, ó antes de aquel año de 1278, se volvió á Valencia para disponer todo lo necesario á la traslación y entierro de los restos de su padre *el Conquistador*. Desde Valencia, con fecha del 13 de Abril, mandó á los prelados de sus reinos y á los ricos-hombres que se juntasen en la ciudad de Tarragona para tres semanas después de la Pascua de Resurrección, pues habían de ir á aquella ciudad y llevar á sepultar el cuerpo del rey

su padre al monasterio de Poblet. Así se hizo, en efecto, con gran pompa y majestad, «como lo requería la gloria de las victorias y hazañas del príncipe más señalado que hubo en aquellos tiempos [1],» como lo exigía la memoria de aquel que «en las cosas de la guerra se puede comparar con cualquiera de los famosos capitanes antiguos [2].» La reina de Castilla Doña Violante, que por las causas antes indicadas se hallaba en estos reinos, asistió á la fúnebre ceremonia, pero no he sabido encontrar que en ella estuviese D. Pedro.

A éste le hallo por aquel tiempo en Tarazona recibiendo una embajada del rey de Castilla y enviándole otra por su parte. El objeto era el de arreglar pacíficamente el asunto de la fuga de Doña Violante con sus nietos, y el acuerdo fué que Doña Violante regresase á Castilla y los nietos se quedasen en Aragón, como país neutral entre Castilla y Francia que los pretendían cada una por su parte.

En el ínterin, las negociaciones seguidas con ciertos confederados de Cataluña habían dado su fruto, pero no todo el que quizá se propusiera D. Pedro. Entró el conde de Foix en Cataluña, y tomó á fuerza de armas varios lugares reales, entre ellos Pons y Monmagastre. Hubo de conocer el rey entonces que era necesaria su presencia en el Principado, y al frente de una hueste se vino aquí, penetrando en el condado de Urgel, recobrando las villas de Pons y Monmagastre, cuyos castillos mandó derribar, y partiendo en seguida á poner sitio á Agramunt [3]. El conde de Urgel y los vizcondes de Cardona y de Ager se habían ido á fortificar en Balaguer, y el conde de Foix se retiró al castillo de Ciudad en el vizcondado de Castellbó.

1 Zurita.
2 Mariana.
3 Monfar.—Desclot.

Teniendo su campo sobre Agramunt, D. Pedro entró de nuevo en tratos con algunos de los confederados: esta vez se entendió directamente con el conde de Foix. Fueron los medianeros el arzobispo de Tarragona y el abad de Poblet, y se concertó casar al infante D. Jaime, hijo segundo del monarca, con Constanza, hija primogénita del conde de Foix, á quien éste prometió hacer heredera del condado si no tenía hijos varones. El rey, por concesión al de Foix, accedió á que el conde de Urgel fuese restituído en su condado y cobrase todos los pueblos y castillos de aquel estado que se hallaban en poder de los ministros reales [1]. La enfeudación que hizo el rey á D. Armengol del condado de Urgel lleva la fecha del 11 de Diciembre de 1278 en Agramunt, y consta que pocos días después, á 17 del mismo mes, el conde le hizo homenaje por todo el condado de Urgel y vizcondado de Ager en presencia de varios magnates de la corte. Asistía en aquel entonces al rey como uno de sus validos y consejeros Pons Hugo III, conde de Ampurias, hijo de Hugo IV, que había muerto el año anterior [2].

Estas concordias restablecieron por el pronto la paz en Cataluña; pero fué momentánea, y no tardó en turbarse de nuevo, rompiéndose el matrimonio pactado entre el hijo del rey y la hija del de Foix y volviendo éste á empuñar las armas.

D. Pedro, sin embargo, supo aprovechar ventajosamente estos momentos de concordia para pasar á Perpiñán y obligar á su hermano D. Jaime á declararse feudatario suyo. D. Jaime, viendo rota la liga de los barones y en paz con su hermano á su aliado y cuñado el de Foix, no tuvo más recurso que ceder y prestarse á las

1 Monfar.—Zurita.—*Historia del Languedoc.*—Monfar copia el auto de donación del condado de Urgel.

2 Véanse los apéndices.

exigencias reales. A 20 de Enero de 1279, y en el convento de predicadores de Perpiñán, se firmó un tratado entre el rey de Aragón y el de Mallorca. Éste se reconoció vasallo y feudatario del primero; se obligó á prestarle homenaje y ayuda y á entregarle, siempre que fuese requerido, las ciudades de Mallorca (ahora Palma), Perpiñán y Puigcerdá, capitales de Mallorca, Rosellón y Cerdaña; se comprometió á asistir á las Cortes, siempre que no se hallase en la isla; á hacer observar en Rosellón las constituciones y demás leyes de Cataluña, y á no permitir que corriese en aquellos estados otra moneda que la de Barcelona. Para mayor seguridad del contrato quiso D. Pedro que lo firmasen y aprobasen los cónsules y síndicos de Perpiñán, los condes de Foix y de Pallars, y muchos otros magnates de aquel país. Aunque D. Jaime se hizo consignar en él algunas reservas, como la de poder acuñar moneda en Mallorca y la de quedar dispensado durante su vida de la obligación de prestar homenaje y de asistir á las Cortes de Cataluña, es fácil conocer que este tratado, como impuesto por la fuerza más que por otras consideraciones, no podía restablecer la buena armonía entre los dos hermanos; y por esto no es de extrañar que los reyes de Mallorca y condes de Rosellón y Cerdaña procurasen siempre aprovechar todas las coyunturas que se les ofreciesen favorables para sacudir el yugo y recobrar la integridad de su soberanía, del mismo modo que los reyes de Aragón y condes de Barcelona no desperdiciaron motivo ni pretexto hasta que vieron reincorporados á su corona aquellos estados [1].

«Sólo así, dijo Piferrer en su *Mallorca*, quiso D. Pedro aprobar las disposiciones de su padre, dando bien

1 Efemérides de Flotats.—Zurita.—Henry.—*Historia del Languedoc.*—Piferrer.—Bosch.—Dameto.

á entender que en aquel hecho todo era fuerza y manifiesta contradicción de lo escrito en el testamento. Así entibiado el amor fraternal por la codicia del imperio y por esa ofensa, los acontecimientos no fueron sino el soplo que encendió la hoguera ya pronta [1].»

«Lo que acababa de hacer el rey de Aragón, ha dicho Henry, era contrario á las disposiciones formales de su padre, que había instituído del reino de Mallorca libre é independiente, y que, en su último testamento, dictaba penas contra D. Pedro, si no seguía su voluntad; pero al portarse así, Pedro obedeció á la razón de una sana política: el nuevo rey de Aragón debía á su corona, y quizá á la tranquilidad de sus estados, establecer al menos su señorío feudal sobre los dominios desmembrados de esta corona, de los cuales dependía la seguridad de sus propias fronteras, y que, demasiado débiles para defenderse contra poderosos vecinos, podían, con ceder á sus amenazas, aumentar contra él el número de sus enemigos. Aun cuando, pues, la violencia contra D. Jaime fué mirada como una opresión, concibiendo de resultas de ella este príncipe la más violenta animosidad contra su hermano, sin embargo, en las circunstancias en que este príncipe se hallaba fué conseguir mucho el no verse reducido más que á una dependencia feudal, ya que el voto de toda la nobleza aragonesa estaba por la absorción de su corona [2].»

Bueno será advertir aquí que, al llegar á este punto delicadísimo de nuestra historia, la opinión de los autores varía, abrazando unos aquélla á la que parece inclinarse Piferrer, y otros la que decididamente proclama Henry. Yo no entraré á dilucidar, pues esto merece estudios aparte y ser objeto de un tratado especial,

1 *Mallorca*, págs. 79 y 80.

2 *Histoire du Raussillon*, I, 141.

si fué político ó anti-político el testamento del *Conquistador* por lo que toca á la desmembración de sus estados; pero sí diré que en Cataluña y en Aragón militaban entonces distintas razones que podían hacer apreciar de diversa manera el hecho. Cataluña, como más democrática que Aragón, tenía ideas de federalismo muy arraigadas, mientras que Aragón propendía al señoreamiento del país. Debe esto, me parece, tenerse en cuenta para poder juzgar con imparcialidad; como también el que D. Pedro *el Grande* al principio de su reinado se adhirió demasiado á la política aragonesa de absorción, pues hasta desdeñaba celebrar Cortes en Cataluña y jurar sus constituciones; sin que esto sea decir que, bajo muchos conceptos, no deba reconocerse como una falta política la desmembración de estados hecha por el testamento del *Conquistador*.

Firmado el convenio que constituía al rey de Mallorca en feudatario del de Aragón, D. Jaime prestó homenaje á D. Pedro en el claustro del citado convento de dominicos, en presencia y bajo la garantía del conde de Foix, Roger Bernardo, su cuñado; del conde de Ampurias, Pons Hugo III; del de Pallars, de Dalmau de Rocabertí, Ramón de Urg, Guillén de Canet, Bernardo Hugo de Serrallonga, Dalmau de Castelnou, Pons Zaguardi, Arnaldo de Corsavi, Guillén de So y los síndicos de las ciudades de Perpiñán y Mallorca.

Concluído esto, D. Pedro se partió de Perpiñán, y pasando rápidamente por Cataluña, sin pensar ni siquiera en celebrar Cortes y jurar sus constituciones, se fué otra vez á Valencia, donde recibió una embajada del infante D. Sancho de Castilla, pidiéndole una entrevista. Se efectuó ésta por el mes de Setiembre entre Requena y Buñol, quedando entrambos príncipes muy amigos, y no tardó en venirse D. Pedro á Cataluña, donde las cosas habían tomado un aspecto grave y amenazador.

Había vuelto á reanudarse, y esta vez más formidable, la liga de los confederados catalanes; había vuelto á unirse con ellos el conde de Foix, que rompió nuevamente con el rey sin que las crónicas digan el motivo; había vuelto el país á conmoverse al oir el grito de guerra de sus turbulentos barones. Pero sobrábales á éstos la razón, según el autor del *Flos mundi*, á quien sigue Monfar, el cual dice que los catalanes tenían cuatro quejas justísimas del rey: la primera, porque no celebraba Cortes; la segunda, porque no les confirmaba los privilegios y libertades; la tercera, porque les hacía nuevas demandas, pidiéndoles nuevos servicios; la cuarta, porque querían que les hiciese francos en alodio sus bienes, así como lo eran antiguamente. Tornaron, pues, á juntarse los barones, apareciendo como sus jefes principales los condes de Foix y de Urgel y el vizconde de Cardona, y el rey recibió por segunda vez sus caballellerescas cartas de *deseximent*.

Es fama que entonces, mientras D. Pedro convocaba en Aragón gentes de armas para venir á Cataluña contra los confederados, Ramón Folch, vizconde de Cardona, al frente de una partida de jinetes, pasó una noche el río Llobregat y corrió toda la tierra llegando hasta las mismas puertas de Barcelona. Refiérese que salió contra él Gonvau de Benavent, que era veguer, y le hizo retirar á Cabrera, después de un reñido combate, en que hubo muertos y heridos por ambas partes; pero no por esto dejó de continuar el de Cardona sus correrías y cabalgadas por tierra del rey, á tiempo que los condes de Urgel y de Foix hacían lo mismo por la parte de Lérida, hasta las puertas de cuya ciudad acostumbraban también á llevar muy á menudo sus rebatos.

Allegó el rey cuanta gente pudo y se internó resueltamente por Cataluña en son de guerra, dirigiéndose á poner sitio á Balaguer, en donde tenían su principal

asiento los confederados. La hueste de éstos se componía de 600 caballos y 7.000 infantes, al decir de Monfar, y la real de 3.000 caballos y 100.000 peones; pero hay visiblemente error en este número. Con el rey, mandando cuerpos de su ejército, iban su hijo el príncipe heredero D. Alfonso y su hermano el rey D. Jaime de Mallorca. A los intereses de éste convino aquella vez aliarse mejor con D. Pedro que con su cuñado el de Foix.

Rudamente combatida fué la ciudad por las tropas reales, que asentaron su campo á mediados de Junio de 1280. Acercaron á las murallas cinco trabucos muy grandes, que tenían por nombre brígolas, y que de día y de noche, sin parar un instante, arrojaban enormes piedras contra los muros y las casas. Los sitiados, cuyo valor y práctica en cosas de guerra no podía ciertamente ponerse en duda, se defendían con la misma bravura con que eran atacados; y como tenían buen cuidado en reparar de noche lo que las baterías derribaban de día, cada mañana se presentaba la ciudad mejor amurallada y con nuevos y más ingeniosos recursos para oponer mayor resistencia. Los caudillos principales de los sitiados eran Roger Bernardo, conde de Foix; Armengol, conde de Urgel; el conde de Pallars, el vizconde de Cardona, Pons de Ribellas, Arnaldo Roger, sobrino del de Pallars; Ramón de Avella, Pedro de Fosa y Guillén Canet de Rocafort. Menudeaban también las escaramuzas y salidas, y si D. Pedro, anheloso de apoderarse de la plaza, no daba vagar á los ingenios, menos vagar les daban á sus aceros los valientes mantenedores de las franquicias catalanas [1].

Tuvo lugar durante el sitio un episodio que merece

1 Han sido consultados, para todo lo que aquí se refiere, Desclot, Zurita, Tomich y Monfar.

referirse. En ocasión en que comenzaban ya á verse apretados los defensores de Balaguer, juntáronse en Agramunt, con ánimo de ir á socorrerles, Ramón Roger, hermano del conde de Pallars; Ramón de Anglesola; Ramón de Marcha-Java, caballero de Gascuña, y Esquiu de Mirapeix, los cuales mandaban un escuadrón de 40 caballos y una compañía de 60 ballesteros. Como su objeto era penetrar en la ciudad sitiada, enviaron desde Agramunt un correo á los de Balaguer, portador de cartas por medio de las cuales les decían que estaban prontos á acudir en su auxilio á la siguiente noche, como se les pudiese facilitar la entrada. Al efecto, convenían en una señal. Si los cercados podían asegurarles la entrada, debían, en la noche que esto pudiese ser, arbolar dos faginas ardiendo en lo alto de la torre del castillo y luego arrojarlas al foso. A esta seña, los auxiliadores comprenderían que eran esperados y que tenían franca la puerta de la ciudad, obrando en consecuencia.

Perfectamente combinado estaba el plan, pero se había contado sin la huéspeda ó sin el rey D. Pedro, que es aquí lo mismo. Cayó en sus manos el correo, que no fué bastante diligente para atravesar el real sin ser descubierto, y leyó las cartas. Sugirióle su contenido la idea de burlar el ardid, aprovechándose de él, y mandó que aquella misma noche, desde lo más alto de la iglesia de Nuestra Señora de Almata, en donde se hallaba aposentado, sacasen dos faginas ardiendo y las dejasen caer. Como era de noche, y el castillo é iglesia muy cerca y en igual altura, supuso el rey que Ramón Roger y los suyos tomarían aquella señal como la concertada, engañándose con la creencia de que eran los del castillo quienes la daban. Y así fué como en realidad sucedió, pero tuvo lugar otro incidente. No mandó el rey atajar los pasos, pensando que no darían el socorro

hasta la noche siguiente, conforme advertían en las cartas; pero los de Ramón Roger, que estaban ya en la torre de Almenara, vista la seña, no aguardaron al siguiente día, sino que, impacientes por reunirse con sus compañeros, emprendieron la marcha acto continuo, caminando tan de prisa que á la media noche estaban ya muy cerca de las trincheras del real.

Detuviéronse entonces y enviaron un escucha para que mirase si había centinelas ó quien pudiese descubrirles al atravesar el vado del río, que estaba entre ellos y la ciudad, ya que por el puente creían imposible el paso por estar guardado. Seguros de que no existía obstáculo, al regreso del escucha avanzaron hasta la orilla del río, y sin cuidar del vado, no viendo estorbo, echaron por el río abajo hasta llegar al puente. Allí tenían los de la ciudad sus centinelas, que, ignorantes del socorro, pensaron naturalmente que los del rey intentaban escalar la plaza. Tocaron, pues, alarma, y alborotáronse entonces todos, acudiendo precipitadamente los sitiados al muro para defenderse, corriendo los del rey á sus puestos por creerse atacados, y viéndose los de Ramón Roger en grave aprieto hostilizados por unos y por otros, ya que todos por enemigos les tomaban. En este apuro, no hallaron más medio que el de arrojarse al agua, pasando á nado y dando grandes voces de *¡Foix, Pallars* y *Cardona*! para darse á conocer á los de la ciudad al objeto de que no les hostilizasen. No pudieron, sin embargo, impedir que lloviesen sobre ellos nubes de saetas y piedras que les arrojaron los ballesteros y honderos reales, pero tuvieron la fortuna de llegar á la plaza, sin más pérdida que la de cuatro caballeros y 25 soldados, ahogados los más y prisioneros algunos. Uno de los que se hallaron en este último caso fué Esquiu de Mirapeix (hay quien dice Miralpeix), el cual por habérsele ido á fondo su caballo se abrazó á un pilar del puente, y allí

estuvo con harta pena y en muy incómoda postura por hallarse armado, hasta que fueron á descolgarle los del rey, ya entrado el día, subiéndoselo prisionero á Almata.

A consecuencia de este suceso, y para impedir que otra vez entrase socorro en la plaza, mandó el rey labrar dos puentes, uno de estacas más arriba de la ciudad, y otro más abajo de barcas atadas con cadenas, poniendo en ellos numerosas guardias que vigilasen sin descanso de día y de noche. «Quedaron con esto los cercados tan oprimidos, dice la crónica, que por ninguna parte, si no era volando, podían salir ni entrarles nada; la batería nunca cesaba, aunque salían ellos algunas veces á impedirla; sentíase ya falta de mantenimientos, y los vecinos de Balaguer estaban cansados del cerco, y más de ver ante sus ojos sus alquerías y huertas destruídas, y las casas, por todas partes, con las piedras de los trabucos derribadas.» Temiendo entonces ser entregados á saco, si el rey tomaba la plaza por fuerza, convinieron en entregarle la ciudad; y sabedores de esto los barones, viéndose abandonados, proyectaron rendirse é implorar la misericordia real.

Así, salieron desarmados de la ciudad, y llegados ante el rey, postrados á sus pies, le pidieron perdón y clemencia, confiándose á su piedad. Las crónicas dicen que el rey, sin aparentar oirles y desdeñando contestarles, mandó al infante D. Alfonso su hijo que los llevase presos con buenas guardas. Así fué cómo aquellos hombres, culpables sólo de haber querido defender las libertades patrias, fueron encerrados en varios castillos donde se les tuvo presos por mucho tiempo, con buenas guardas y cargados de grillos y cadenas, si hemos de dar crédito á un autor.

Balaguer se rindió el 23 de Julio de 1280, y sus defensores fueron enviados, del modo como se acaba de

decir, unos á Lérida y otros á Miravet. Al conde de Foix se le dió por posada un calabozo del castillo de Ciurana, donde, por un auto que obra en la *Historia del Languedoc* [1], se ve que aún estaba en Febrero de 1282. En cuanto á los demás, se les dió libertad por Mayo de 1281, pero para recobrarla hubieron de concertarse con el rey poniendo en su poder los castillos y villas que tenían, hasta haberse cobrado el monarca los gastos de la guerra.

Así terminó por el pronto aquel levantamiento de barones catalanes. El rey por su triunfo se hallaba de plácemes, pero las libertades de Cataluña continuaban de luto.

CAPÍTULO XXII.

De la entrevista de los reyes de Aragón y de Francia en Tolosa.—Opinión de Desclot.—De Muntaner.—De *Gesta comitum*.—De otros autores.—El emir de Túnez se niega á pagar el tributo al rey D. Pedro.—Conrado de Llansa va de embajada á Túnez.—Se decide una expedición contra Túnez, y Conrado de Llansa es nombrado jefe de ella.—Llansa entra en Túnez.—Combate de cuatro galeras catalanas con diez marroquíes.—Entrevista de los reyes de Aragón y Castilla.—Matrimonio de Isabel de Aragón con el rey de Portugal.—Diferencias entre los reyes de Francia y de Mallorca por lo tocante á la soberanía de Montpeller.—El rey de Mallorca reconoce la soberanía de Francia en Montpeller.

(De 1280 á 1283.)

Sosegadas, ó por mejor decir, reprimidas las turbaciones de Cataluña, D. Pedro pasó á Francia para verse con el rey Felipe *el Atrevido*, con quien se había citado en Tolosa. Pocos puntos habrá en la historia que hayan

1 Tomo IV, pág. 36.

dado lugar á más comentarios que esta entrevista y ocasión á más divergencias. Yo he buscado con afán cuanto de ella se ha dicho; he leído todo lo que me ha sido posible encontrar, y voy á dar una idea de las opiniones emitidas por los más autorizados historiadores. Si hay alguno más moderno que aclare este punto, no le he visto: su obra no ha pasado por mis manos.

Veamos primero lo que dice Desclot [1]. Según este autor, después de haber enviado el rey D. Pedro una embajada al de Francia pidiéndole una entrevista, éste le contestó que le esperaría en Tolosa pasadas las fiestas de Navidad. Allí fué el aragonés con lucido y numeroso acompañamiento, mostrándose espléndido y generoso con los caballeros franceses á los cuales agasajó hidalgamente, recibiendo en cambio repetidas muestras de cortesía por parte del rey Felipe, de quien, sin embargo, se hubo de apartar agraviado porque no quiso abandonar sus pretensiones á la ciudad de Montpeller. Cree Desclot que la cuestión de Montpeller fué el único objeto de la entrevista, á la que dice que asistió también D. Jaime de Mallorca.

Muntaner, que es poeta y novelista, lo cual no sucede á Desclot, rodea de circunstancias romancescas el viaje del rey de Aragón á Francia. En primer lugar dice que fué para ver á la reina su hermana [2], y es de advertir que ésta, esposa de Felipe, había muerto en 22 de Enero de 1271 de una caída de caballo, hallándose en Italia á su regreso de África, y cuando iba con su esposo Felipe á ocupar el trono de Francia. Como reina jamás llegó á pisar el territorio francés. Mal podía ir D. Pedro en 1280 á visitar á la reina de Francia muerta en 1271. Desde 1274 Felipe tenía ya otra es-

1 *Crónica del rey En Pere*, cap. LXXVI.
2 *Crónica de Muntaner*, cap. XXXVII.

posa en Doña María de Brabante. Siguiendo á Muntaner—de quien ya llevo dicho que es muy aficionado á lo que ahora llamaríamos dramatizar y novelizar los hechos, particularmente en ciertos pasajes de su por otra parte bella crónica,—tendríamos que la entrevista de Tolosa se efectuó asistiendo á ella los reyes de Aragón y Francia, el de Mallorca y el príncipe de Tarento, hijo del Carlos de Anjou rey entonces de Sicilia. Diametralmente opuesto á Desclot, Muntaner dice que D. Pedro se vino muy contento de las vistas de Tolosa, habiendo conseguido que Felipe *el Atrevido* le prometiera con juramento que «en tiempo alguno, ni bajo pretexto de cambio ni por cualquier otro motivo, se entrometería en los negocios tocantes á Montpeller [1].» Tenemos, pues, á dos cronistas de la misma época contando el hecho de distinta y contraria manera. Las muchas circunstancias fabulosas de que Muntaner rodea su relación en este pasaje, hacen que entre los dos la sana crítica histórica esté por Desclot. Muntaner es el poeta de aquella época, y Desclot el historiador.

El autor del *Gesta* [2] asegura que en la entrevista de Tolosa D. Pedro pidió desembozadamente á Felipe: que le devolviera el país de Fenouilledes, Carcasona y Rasez, y también el condado de Milhaud; que desistiera de las demandas que dirigía al rey de Mallorca su hermano y á sus vasallos tocante al dominio de Montpeller, y que le devolviera otras tierras dependientes del condado de Barcelona.

Zurita, Feliu de la Peña y otros autores aceptan una ú otra de las anteriores opiniones, según piensa el autor favorito suyo. Hay quien se atreve á apuntar, pero con recelo, que pudo ser la entrevista por lo concernien-

1 *Crónica de Muntaner*, cap. XXXVIII.
2 *Gest. Comit. Barcin.*, cap. XXVIII.

te al asunto de los nietos de Alfonso *el Sabio*, que Don Pedro continuaba guardando en su poder; y hay quien afirma que el verdadero objeto del viaje del aragonés á Francia fué porque, habiendo hecho prisionero al conde de Foix, quería prevenir á Felipe *el Atrevido* para que no concediera su protección al conde su feudatario.

Lo que yo hallo más probable es que pudo tratarse realmente de todo esto; pero bien pesado todo, creo que la conferencia tuvo principal lugar por el asunto de los infantes D. Alfonso y D. Fernando, nietos del D. Alfonso *el Sabio* de Castilla y que guardaba en su poder D. Pedro como hermano de Doña Violante, su abuela, mientras que los reclamaba Felipe *el Atrevido* como hermano de Doña Blanca, su madre.

La *Historia del Languedoc* dice que Felipe *el Atrevido* y Pedro *el Grande* se hicieron en Tolosa recíprocas demandas; que el primero pidió al otro que devolviese la libertad á los príncipes castellanos hijos de D. Fernando, á quienes había primero acogido en sus estados y había en seguida hecho poner en lugar seguro, con el objeto de servirse de ellos para sus designios con el rey de Castilla su abuelo; que Pedro de Aragón y Jaime de Mallorca pidieron á su vez á Felipe que desistiera de sus pretensiones sobre Montpeller; pero que habiendo el aragonés rehusado acceder á las demandas de Felipe, este último se negó por su parte á complacerles [1].

Esta conferencia debió tener lugar en Setiembre de 1280, y hemos de creer que asistió á ella el rey de Mallorca, según dice Desclot; pero no el príncipe de Tarento, como asegura Muntaner, quien dice que luego el rey de Mallorca y el príncipe se fueron á Perpiñán. Todo esto, sin embargo, no parece ser otra cosa que

1 *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 35.

en él los límites de Aragón, Castilla y Navarra [1]. Presentáronse los dos reyes cada uno con brillante acompañamiento, como si se tratara de hacer torneo de lujo y de galantería. Ajustaron allí paces, y para dirimir arbitralmente los desacuerdos que tenían sobre algunos castillos de la frontera, nombró el rey de Aragón á Martín Romeu de Vera, que era justicia de Calatayud, y el de Castilla á Sancho Martínez de Leiva, quedando de tercero, por común acuerdo, el obispo de Segovia, D. Gonzalo Pérez [2]. A tenor de lo que indica Zurita y confirma Ortiz de la Vega, se habló poco en estas vistas de los dos infantes de Castilla que el aragonés tenía en su corte; pero en cambio se echaron los cimientos de una alianza ofensiva y defensiva. «En realidad, ha dicho el segundo de los autores citados, se deseaba que volviesen los tiempos de D. Ramiro *el Monje* y de Doña Petronila, en los que Aragón y Navarra se destrozaban mutuamente con satisfacción del castellano. Echáronse suertes sobre el reino de Navarra, y D. Sancho, presunto heredero del trono de Castilla, renunció en favor del reino de Aragón á todo cuanto pudiese tocarle de la Navarra bajo cualquier título, con tal que llegase á sentarse algún día en el trono de Castilla.

Así fueron, pues, sacrificados los intereses de los dos jóvenes príncipes castellanos á los intereses políticos de aquéllos que dominaban entonces en Aragón y en Castilla. Siempre ha sucedido lo mismo, y es un gran ejemplo el de la historia, para ver cómo en todos tiempos el orgullo y la ambición humanas han tratado de entronizarse sobre la verdad y la justicia. Entonces, y no antes, es cuando sin duda fueron conducidos al castillo de

1 Señálase allí todavía el sitio donde los reyes de Aragón y Castilla comieron á una mesa, y cada uno dentro de su propio reino.

2 *Historia de Calatayud*, por D. Vicente de la Fuente, tomo I, página 257.

Játiva los dos infantes, donde vivieron como presos y no como señores ciertamente, aunque parezca desprenderse lo contrario de la relación de Muntaner [1].

La Real Academia de la Historia ha publicado varios importantes documentos relativos todos á estas vistas de los reyes de Aragón y de Castilla en Campillo, documentos para mí desconocidos al publicarse la primera edición de esta Historia, de los cuales resulta comprobado cuanto se acaba de decir.

El primero de estos documentos es el acta de alianza entre el aragonés y el castellano. El segundo es la escritura de cesión de algunos lugares, hecha por el rey D. Alfonso al rey D. Pedro. El tercero es la declaración de los tratados entre ambos reyes. El cuarto la promesa del infante D. Sancho de Castilla á D. Pedro de Aragón, sobre la entrega de ciertos castillos y lugares. El quinto es la renuncia hecha por el mismo infante D. Sancho del derecho que pretendía tener al reino de Navarra á favor de D. Pedro, con promesa de ayudarle en su conquista. El sexto es una carta, también de Don Sancho, ofreciéndose á entregar al monarca aragonés el castillo de Albarracín con sus términos y pertenencias tan pronto como llegase á reinar. Todos estos documentos están fechados en Campillo y en Agreda los días mismos de las vistas, 27, 28 y 29 de Marzo de 1281, y aclaran lo que muy en resumen escribí al publicar por primera vez esta HISTORIA.

1 El secreto de la política seguida en este asunto por D. Pedro, puede estar en las siguientes frases del cronista Bernardo Desclot, dignas por cierto de fijar la atención: *El rey d' Aragó está en mig de dos reys que son pus poderosos que altres que ni haja al mon* (los reyes de Castilla y de Francia); *perque li convé axi estar, com cells quis combat ab dos cavallers en un camp, que, mentre fir la un, ques prengua guarda delaltre, e si l' altre va requerir, ques sapia gint partir de son companyó éques mene saviament é sapia venir á fi del hu, é majorment d' aquell qui major mal é d' esdevenir, que puix del altre va llaugerement á fi.*

En el mismo tomo II del *Memorial histórico* de la Academia, que es donde se publican estos documentos, hay otros dos, muy importantes por cierto, y que vienen á explicar la conducta seguida por el rey de Aragón en todas aquellas negociaciones y en aquel período de su reinado. El primero de estos documentos es una carta de D. Pedro al rey de Francia, dándole cuenta del remate que tuvieron sus vistas con el monarca castellano. El segundo es otra carta del mismo D. Pedro al papa Martín IV excusándose y dándole la razón de por qué no enviaba á Francia á los hijos de D. Fernando de la Cerda, como Su Santidad le había pedido. Estas cartas, fechada la primera á 17 de Noviembre de 1281 en Valencia, y la segunda en 6 de Diciembre del mismo año, arrojan bastante luz sobre las entrevistas celebradas por D. Pedro con los reyes de Francia y de Castilla, viniendo á justificar la versión del cronista Desclot.

En esta misma época hay que poner también la conclusión del matrimonio de la hija de D. Pedro, la infanta Doña Isabel, con Dionisio I, rey de Portugal. Por aquel entonces andaba éste desavenido con su hermano Alfonso, á quien quería obligar á reconocerle por soberano [1], y como al monarca aragonés le interesaba que terminasen las desavenencias de aquel reino transigiéndose en bien del país y de los intereses del trono en que se sentaba su hija, envió á Portugal, para que en su nombre mediasen entre el rey y el infante, á Conrado de Llansa, el ya famoso capitán por sus recientes empresas, y á Beltrán de Villafranca, que era camarero de la catedral de Tarragona. La misión conciliadora que llevaban entrambos embajadores obtuvo un buen resultado.

Conviene decir algo ahora de D. Jaime de Mallorca,

[1] Juan Cortada: *Historia de Portugal*, en el reinado de Dionisio I.

antes de cerrar este capítulo. La Francia estaba decididamente interesada en la posesión de Montpeller, y halló una coyuntura favorable para apoderarse de esta ciudad ó al menos para adquirir un derecho que hacer valer más adelante. Es de presumir que en Montpeller existía desde mucho tiempo un partido, más ó menos poderoso, al que podemos llamar francés, lo cual demuestran las palabras de Muntaner al lamentarse de la propaganda que en aquella ciudad estaban haciendo los extranjeros, que habían pasado á residir en ella [1]. Este partido fué progresando, y llegó por fin una ocasión, de la que ya se ha hablado, en que hubo una seria disputa entre gentes del rey de Francia por un lado y del rey de Mallorca por otro. La entrevista de Tolosa entre los tres reyes de Aragón, de Mallorca y de Francia no dió resultado alguno, según hemos visto, por lo que toca al abandono de sus pretensiones por parte de Felipe; y en efecto, poco después de esta conferencia, el senescal de Beaucaire intentó apoderarse de ciertos negocios y pleitos de Montpeller como pertenecientes á su tribunal, y ordenó á todos los notarios del país que al fin de sus escrituras continuasen la fórmula: *reinando Felipe, rey de los franceses,* para marcar su soberanía en aquel señorío. Jaime de Mallorca, que había entonces establecido su principal residencia en Montpeller, se opuso naturalmente á esto, pretendiendo ejercer sobre sus súbditos una soberanía absoluta, pero su protesta no le valió.

El rey de Francia era poderoso, y el de Aragón no cuidaba entonces de apoyar á su hermano, pues asuntos de gran interés para él le absorbían por completo.

1 *Mas de aquel temps en sa hi han venguts* (á Montpeller), *per la bona senyoria que hi trobaren, homens de Cahors é de Figeac e de sent Antony, é de altres llocs, molts qui no son naturals de Muntpesller, drets, á qui ha plugut que la casa de Fransa si sia mesa.* (Crónica de Muntaner, cap. XV.)

Muy á menudo le sucedía á Jaime de Mallorca ver invadido su territorio por las tropas de Felipe, que con sus frecuentes excursiones desolaban el país. Siéndole imposible oponer resistencia y rechazar la fuerza con la fuerza, tuvo que transigir, y al efecto envió el bayle de Montpeller á Guillermo de Pontchavron, senescal de Beaucaire, para proponerle un acuerdo. El senescal entonces pasó á verse con D. Jaime, y se convino en que este último reconocería la soberanía del rey de Francia sobre Montpeller y su baronía, prestando homenaje y juramento de fidelidad al monarca francés. Con este sacrificio por parte del de Mallorca se restableció la paz entre ambos contendientes, y ya tenemos á D. Jaime feudatario por un lado del Aragón y por otro de la Francia. ¿Qué iba á ser de aquel reino creado independiente por el *Conquistador?*

Tuvo esto lugar en 1282, y á 18 de Agosto del año siguiente se formalizó el acto celebrando los reyes de Francia y de Mallorca una entrevista en Palairac y reconociendo el último que eran del reino de Francia la ciudad de Montpeller, el castillo de Lates y todos los demás castillos y lugares de la baronía de Montpeller; en una palabra, todos los dominios que habían sido poseídos por el Guillermo padre de la María que casó con Pedro *el Católico* [1].

El primer paso estaba dado. Ya veremos más adelante de qué modo pasó aquella tierra por completo á los reyes de Francia, perdiendo nuestra casa todos sus derechos al señorío de Montpeller.

1 *Historia del Languedoc*, tomo IV, págs. 38 y 42.

CAPÍTULO XXIII.

Guelfos y gibelinos.—Reinado de Conrado en Sicilia.—Manfredo coronado rey en Palermo.—Contiendas con el Papa.—La corona de Sicilia ofrecida á Carlos de Anjou.—Con qué condiciones recibe el reino de manos del Papa.—Quiénes eran Carlos de Anjou y Beatriz.—Coronación de Carlos y de Beatriz en Roma.—Batalla de Benevento y muerte de Manfredo.—Aclamación de Conradino por los gibelinos.—Conradino muere en el cadalso.—Infeliz estado de Sicilia bajo la dominación del de Anjou.

Llamado á figurar nuestro D. Pedro en un teatro de operaciones más vasto que aquél en que hasta aquí le hemos visto agitarse, conviene poner en antecedentes á los lectores para que puedan hacerse cargo de los grandes y transcendentales sucesos que nos toca ahora referir.

Cuando murió en 1250 el emperador Federico II, el magnánimo suevo contra quien se desencadenaron las iras y furores sacerdotales, hacía ya tiempo que el mundo oía hablar de *guelfos* y *gibelinos*, poderosísimos bandos partidarios el uno de los papas y el otro de los emperadores, influyentes y batalladores partidos, al último de los cuales había de acabar por pertenecer aquel hombre condenado á ser quemado en estatua, y á quien, sin embargo, tantas estatuas debían levantarse en el mundo; aquél con quien las matronas veronesas debían inspirar terror á sus hijos diciéndoles: *¿Véis aquel hombre de ropa encarnada y coronado de laurel? ¡Pues aquel hombre ha estado en el infierno!*

A la muerte de Federico, creyeron llegada los papas la ocasión de arrojar de Italia la para ellos émula casa de Suevia, pero Conrado, hijo de Federico, subió al tro-

no de Sicilia y, electo rey de romanos, tomó el dictado de emperador, á pesar de la oposición del Papa, quien confirmó el imperio en Guillermo, conde de Holanda, elegido por el partido guelfo. Conrado ocupó el solio pocos años, y aun durante su larga ausencia en Alemania, donde había ido á casarse con Isabel de Baviera, fué regente del reino un hijo natural del emperador Federico, llamado Manfredo, á la sazón príncipe de Tarento. Era Manfredo hijo de Federico II y de una noble dama de la familia de Lancia, que, próxima á morir, se casó con el emperador viudo en aquel entonces [1]. Hay muchos autores que con esto pretenden legitimar á Manfredo. Hallándose éste de regente del reino en Sicilia, tuvo que reducir á fuerza de armas varias ciudades sublevadas por el papa Inocencio IV, implacable enemigo de la casa sueva [2], y cuando regresó su hermano, combatió denodadamente á su lado ayudándole á someter la Pulla.

Conrado murió en 1254, dejando por sucesor en el trono á un hijo único que tenía entonces sólo dos años y su mismo nombre, y al que la historia llama Conradino por su juventud. Cuando acaeció la muerte de Conrado, su esposa Isabel y su hijo se hallaban en Alemania. Por una extrañeza, que no tendría explicación si no se descubriera en ello una mira política, Conrado al morir dejó recomendado su hijo, como huérfano é inocente, á la paternal caridad del Pontífice; pero no quiso éste admitirle bajo su amparo sino con el pacto de que se había de posesionar de toda la Sicilia durante su niñez. Se accedió á lo que el Papa quería, pero la Sicilia no fué sino un foco de animosidades, de odios y de querellas entre guelfos y gibelinos. Bien pronto, por renun-

1 Véase Miguel Amari en *La guerra del vespro siciliano*, tomo I, pág. 11. (Edición de París.)

2 *Arte de comprobar las fechas*: tratado de los reyes de Sicilia.

cia que hizo de la tutoría del joven príncipe un noble alemán á quien su padre la confiara, recayeron la tutoría y regencia del reino en Manfredo, el tío de Conradino. Manfredo, que al principio se había sometido al Papa, se puso entonces al frente de los gibelinos, y, de acuerdo con los principales de este partido, dejó un día de ser regente para coronarse rey. Fué esto el 11 de Agosto de 1258. Se hizo antes circular la voz de que Conradino había muerto en Alemania; y aun cuando Isabel, la madre del joven príncipe, se apresuró á hacer constar que éste vivía, protestando contra aquella usurpación de su corona, Manfredo contestó que ésta le pertenecía por derecho de conquista, pues la había arrancado de manos de los papas, que la habían quitado á Conradino, y siguió reinando.

Este fué el Manfredo, padre de la Constanza, á quien hemos visto casar con nuestro D. Pedro *el Grande*. De un primer matrimonio tuvo dos hijas, Constanza y Beatriz, y de un segundo tuvo tres hijos varones, Enrique, Federico y Enzo [1]. El reinado de Manfredo fué agitadísimo y turbulento. Casi siempre en lucha abierta con el Papado, tuvo que oponer astucias contra astucias, armas contra armas, poder contra poder. Los papas le excomulgaron, predicaron cruzadas contra él, persiguiéronle despiadamente como hubieran podido hacer con un moro; pero Manfredo se mantuvo firme, como aquellas rocas de su misma Sicilia, contra las cuales se estrella impotente la furia de los mares. Buscó, sin embargo, una alianza en nuestro D. Jaime *el Conquistador*, dando al primogénito de éste la mano de su hija mayor

1 Los autores de la *Barcelona antigua y moderna*, en su tomo II, pág. 500, caen en el error de creer que no tuvo más hijo varón que Federico. Por los documentos diplomáticos que, con los números XXIX y XXX, inserta Miguel Amari al final de su obra, se viene en conocimiento de que eran los tres que aquí continúo.

Constanza, y con ella, dicen, la esperanza del trono de Sicilia; pero por el pronto la alianza de D. Jaime, más que favorable, le fué fatal. El papa Urbano IV hizo cuanto en su mano estuvo para impedir este enlace, bien que después aparentó consentir en el mismo por prometerle D. Jaime que nunca emplearía su poder contra la Santa Sede; pero temiendo que esta alianza robusteciera la influencia gibelina, trató de dar un golpe de muerte á la casa sueva, haciendo que entrara en Sicilia otra dinastía.

Ya años antes se había ofrecido por Inocencio IV la corona de Sicilia á Carlos de Anjou, hermano menor del rey de Francia, San Luis; en 1262 se la ofreció Urbano IV á este último para uno de sus hijos, pero se negó á aceptarla, diciendo que no quería perjudicar el derecho de otro; y entonces fué cuando en 1263 se volvió á ofrecer á Carlos de Anjou, que menos escrupuloso que su hermano se apresuró á tomarla, contribuyendo por mucho á ello su esposa Beatriz, la cual, á toda costa, ambicionaba ceñir sus sienes con una diadema real, para no ser menos que sus tres hermanas [1].

Muerto Urbano IV, sucedióle Clemente IV, que era francés, y que renovó y confirmó las ofertas hechas al de Anjou por su antecesor en la apostólica Sede. Los papas tenían decididamente necesidad de que en Sicilia hubiese un rey guelfo, y ya antes que á San Luis y á su hermano, se había brindado con este trono al monarca inglés para uno de sus hijos.

1 Las hermanas de Beatriz eran: la una, reina de Francia; la otra, de Inglaterra, y la tercera, esposa de Ricardo, que fué rey de romanos. Se cuenta que un dia, en cierta ceremonia, Beatriz, simple condesa de Provenza, no pudo ocupar un asiento junto á sus hermanas por no tener la dignidad real, y esto hizo que se retirase de la sala, despechada y llorando. Su esposo, Carlos de Anjou, para consolarla, le dijo, besándola en la frente:—"No llores, que yo te haré reina.„ Y así fué.

En 25 de Febrero de 1265 Clemente IV promulgó la bula, por medio de la cual se concedía á Carlos de Anjou, en feudo de la Iglesia, el reino de Sicilia, mediante el pago de un censo, que se fijó en 8.000 onzas de oro al año; el regalo de un palafrén blanco para el Papa, cada tres años; la suma de 50.000 marcos de plata luego de conquistado el reino, en totalidad ó en parte, y una quinta de 900 infantes y 1.200 caballos, por tres meses, cada año, para auxilio de la Iglesia militante, con otros tributos y condiciones, que prueban cómo la Iglesia sabía tomar cautamente sus medidas [1].

A fin de que pueda haber para los lectores toda la claridad necesaria en estos orígenes, algo confusos por cierto en nuestras crónicas catalanas, de los sucesos que con más detención se tendrán que referir por tocarnos muy de cerca, es conveniente explicar quién era Carlos de Anjou, ahora que ya sabemos quién era el Manfredo contra el cual se aprestaba aquél á combatir y de cuyas manos debía arrancar el reino que tan generosamente le daba la Iglesia... para cuando lo hubiese conquistado. Ya sabemos que Carlos era hermano del rey de Francia, San Luis, y tío por consiguiente del Felipe que, con el renombre del *Atrevido*, debía luego ocupar aquel trono. Carlos era valiente y arrojado: no cabe duda en esto; pero su ambición corría parejas con su valor, deparándole la Providencia una esposa que se le asimiló en carácter y en ambiciosas miras.

1 Puede leerse esta bula en Amari, págs. 27 y siguientes del primer tomo de la obra citada. Son treinta y seis condiciones las impuestas por el Papa á Carlos de Anjou, entrando en ellas, á más de las indicadas en el texto, las de quedar Benevento por la Iglesia, la de haber de prestar homenaje al Papa los reyes de Sicilia, la de no poderse unir este reino jamás con otro de Italia, la de no poder casarse las hembras herederas del trono sin consentimiento del Sumo Pontífice, y otras.

Bien recordarán los lectores de esta obra aquel Ramón Berenguer, último conde de Provenza, que tanto hemos visto figurar en la época de nuestro *Conquistador*, aquel descendiente de nuestros condes-reyes, primo de D. Jaime, que estuvo con éste en el castillo de Monzón y que fundó en los Alpes la villa de Barceloneta en memoria de Barcelona; bien recordarán que este Ramón Berenguer tuvo cuatro hijas, la primera de las cuales, Margarita, casó con San Luis; la segunda, Leonor, con Enrique III, rey de Inglaterra, y la tercera, Sancha, con el hermano de este último, Ricardo, duque de Cornuailles, más adelante rey de romanos. Su cuarta hija fué la Beatriz, que, por ser heredera del condado de Provenza, pretendían el conde de Tolosa para sí, el rey D. Jaime para uno de sus hijos, y que obtuvo Carlos de Anjou al presentarse como aspirante á su mano al frente de un ejército, en cuya fuerza, más que en sus méritos personales, supo apoyar sus pretensiones de novio [1]. Casó, en efecto, Beatriz con Carlos, llevándole en dote el condado de Provenza, que su padre le dejara al morir; pero se comprende naturalmente que sintiese mortificada su femenil vanidad al verse esposa de un hombre á quien ella hacía conde, mientras sus hermanas tenían esposos que las habían hecho reinas [2]. ¡Cosa extraña es, ciertamente—y hago esta observación por lo mismo que no se la he visto hacer á otro,—cosa extraña es que esa mujer, por la cual perdía la casa de Barcelona los estados que por otra mujer tenía, fuese la que contribuyera con su codicia de ambición á que su marido se apoderara de un reino, que casi por legitimidad debía ir á parar á la casa de Barcelona, de la cual ella directamente descendía! ¿Qué fatalidad impe-

1 Véanse los caps. VII y VIII de este libro.

2 Los condados franceses de Anjou y de Maine no los obtuvo Carlos hasta después de su enlace con Beatriz de Provenza.

lía á esa mujer, enemiga de su sangre, á ser causa de que la casa de Barcelona perdiese un condado y tuviese que derramar á ríos la sangre catalana para poseer un reino que, acaso sin ella, hubiera pacíficamente adquirido?

Carlos, enlazado con Beatriz, dividió con su esposa el título de conde de Provenza y recibió el juramento de fidelidad de los barones y caballeros provenzales. Es fama que, cuando vino la ocasión de ofrecérsele la corona de Sicilia, los celos que su esposa tenía de sus hermanas contribuyeron en gran manera á que la aceptase, sacrificando toda mira de delicadeza y pasando por todo. Para Beatriz la cuestión era ser reina. Sin embargo, estaba destinada á disfrutar poco de éste, para ella supremo goce, pues que, como si quisiera Dios castigar su ambición, murió á poco de haberse sentado en el trono.

Pero el reino que por bula pontificia se había dado á Carlos estaba aún por conquistar, circunstancia que no desagradaba del todo al carácter emprendedor del de Anjou. Plazo muy corto le diera el Papa, después de la concesión, para hacer sus preparativos de conquista y caer sobre Manfredo. Carlos corrió á Francia á fin de levantar una hueste, y haciendo grandes sacrificios y vendiendo Beatriz todas sus joyas, consiguió reunir unas compañías de aventureros, á cuyo frente se embarcó en Marsella para pasar á Roma, en donde á 6 de Enero de 1266 fué pública y solemnemente coronado rey de Sicilia, con su esposa Beatriz de Provenza, después de haber prestado el juramento de pleito homenaje á la silla apostólica. Impaciente Carlos, á los pocos días después de su coronación salió de Roma con su ejército [1], marchando contra Manfredo y dis-

1 Es notable la amargura con que, al llegar á este pasaje de su historia, se expresa el siciliano Amari, el cual, después de haber referido los medios con que Carlos de Anjou juntó su hueste, dice: *Cossi rag-*

puesto á batirse bizarramente, como si allá fuera á ser el defensor de una justa y noble causa.

Manfredo había dispuesto su gente de modo que pudiera resguardar á Capua, capital entonces del que luego se llamó reino de Nápoles; pero Carlos no pasó el Volturno por donde aquél esperaba, y obligóle con su evolución á ir á situarse bajo los muros de Benevento. En este punto fué el combate. Lucharon entrambas huestes dirigidas por sus propios caudillos, y fué una terrible batalla aquélla en la que Carlos recogió la corona que cayó de la yerta frente de Manfredo. El cadáver de éste fué hallado entre los infinitos de los defensores de Sicilia esparcidos por el campo. Se le enterró primero junto al puente de Benevento, alzándole los soldados una pirámide de piedras, tosco monumento guerrero; pero mandóle luego desenterrar el legado del Papa, deseoso de trasladar fuera del término de la Iglesia los restos del excomulgado, y por su orden se arrojó el cadáver á los perros en las orillas del Verde [1].

La batalla de Benevento decidió de la suerte de Sici-

granellando di che prowedere ai preparamenti, si raccolsono i guerrieri, ai quali il bando della croce era pretesto, scopo l' acquisto: e venivano sotto la insegna di ventura dell' Angioino, chi condotto per soldo, chi conducendo del suo un picciol drapello, quasi messa di gioco ó di commercio, per guadagnar poderi nell' assaltato reame. Sommavano á trentamila, tra cavalli e fanti: e peró esercito lo apellano le istorie, non masnada di ladroni, congregati di la dei monti á riversarsi in Italia, á scannar per rubare, e comandar poi, e ribellione chiamar la difesa.

1 *Le ultime esequie dello eroe svevo*, dice Amari, *fu di gettarlo á cani sulle sponde del Verde.* — Recuérdense también aquellos versos del Dante:

L' ossa del corpo mio sarieno ancora
In co' del ponte, presso á Benevento,
Sotto la guardia della grave mora:
Or le bagna la pioggia, e muove 'l vento
Di fuor dal regno quasi lungo 'el Verde,
Ove le trasmutó á lume spento.

lia. Ya por el pronto no se luchó más. Pisando el cadáver de Manfredo, Carlos subió á aquel ambicionado trono, y abriéronsele las puertas de las ciudades, y todo se le fué rindiendo, así en el continente de Italia como en la isla de Sicilia, y los gibelinos aterrados comenzaron á desmayar, y triunfaron los guelfos, y quedó por el pronto satisfecho el odio de la Iglesia. Los partidarios de Manfredo y de la causa por éste representada quisieron, sin embargo, intentar el último esfuerzo llamando entonces á Conradino, que acudió desde Alemania para ponerse al frente de los sicilianos con la triple autoridad y el mayor realce que le daban el derecho, la orfandad y la desgracia. Joven de diez y siete años apenas era Conradino, y como iris de libertad se presentó á los que le aclamaban, quienes acogieron con entusiasmo y saludaron con alborozo al regio mancebo, destinado, sin embargo, á ser presa del verdugo [1].

La suerte y la victoria señalaron los primeros pasos del joven suevo que iba á reconquistar la corona de sus padres, pero bien pronto la fortuna abandonó las banderas del oprimido pueblo para coronar los pendones del extranjero invasor. Carlos de Anjou triunfó otra vez de la Sicilia triunfando de Conradino, y éste mismo cayó en su poder después de otra funesta batalla en los llanos de San Valentín, cerca de Tagliacozzo. No hubo piedad para él ni para los suyos. En un día de Octubre de 1268, que apareció nebuloso como si el sol se negara á presenciar lo que iba á suceder, se levantó un pa-

1 Adviértase que cumple sólo á mi objeto presentar todos los hechos en resumen y de un modo que me esfuerzo en hacer claro, aunque sea concreto. Dejo, pues, de referir muchas circunstancias que no interesan á nuestro objeto, y paso por alto todo lo que se refiere á Federico y á Enrique de Castilla, que tanta parte tomaron en aquellos acontecimientos y que el curioso podrá leer en Romey y en otros historiadores.

tíbulo en la plaza del mercado de Nápoles. Cubierto estaba de púrpura, como preparado para regia pompa, y dos jóvenes, dos niños casi, aparecieron en él á los ojos de la multitud que se agrupaba para contemplarles: eran Conradino y su hermano de armas Federico, duque de Austria. La cabeza de este último rodó la primera sobre el cadalso, y cuentan que Conradino la cogió entre sus manos y, estrechándola contra su pecho, la besó con frenesí antes de poner la suya sobre el tajo.

Narran unos que desde el cadalso paseó Conradino una expresiva mirada por la muchedumbre, y quitándose un guante lo arrojó al gentío como en demanda de un vengador; mientras que otros dicen que no fué su guante, sino su anillo. Hay también quien afirma que con este acto quiso indicar que transmitía sus derechos á Pedro de Aragón, marido de Constanza, y añade alguno que recogió el guante un caballero aragonés ó catalán y se lo trajo al rey D. Jaime el *Conquistador* [1].

Muerto Conradino, Carlos de Anjou reinó en Sicilia como en país conquistado, y ¡qué excesos no serían los suyos cuando se hizo acreedor á las reprensiones del mismo Papa! [2]. No puede leerse sin estremecimiento la historia de aquel funesto período: hasta parecen escritas con sangre las relaciones que de él hacen los autores. A su título de extranjero, reunió para Sicilia los dictados de déspota cruelísimo é implacable tirano, aquél de quien en versos inmortales dijo el poeta más eminente de los tiempos modernos:

1 Desclot, verdadero historiador de esta época, no menciona lo del guante al referir la muerte de Conradino, á quien él llama *Corali* en el cap. LXIII de su bajo muchos conceptos importantísima crónica. Por fábula tienen muchos esto del guante.

2 En las historias se leen efectivamente cartas de Clemente IV, dirigidas á Carlos de Anjou, reprendiéndole amargamente por sus tropelías y las de los suyos.

Carlo venne in Italia, e per ammenda
Vittima fe di Corradino, e poi
Ripinse al ciel Tommaso per ammenda 1.

Tributos, exacciones, tropelías, desafueros, crueldades, saqueos, víctimas é iniquidades sin límites marcaron la dominación de ese Carlos de Anjou, á quien los autores pintan en general con los colores más negros, llamándole unos *el Salteador*, otros *el Satanás de Francia* y muchos *el Anti-cristo*. La pobre Sicilia lo sufría todo con resignación, y sucumbía á la fatalidad que sobre ella pesaba desde que Manfredo había quedado cadáver en el campo de batalla, y desde que la cabeza de Conradino había rodado por las sangrientas gradas de un cadalso. Sin embargo, en el seno de sus hogares y entre los misterios de la noche los sicilianos aguzaban sus armas.

CAPÍTULO XXIV.

Juan de Prócida según una antigua crónica siciliana.—Juan de Prócida en Aragón.—Proyectos de D. Pedro tocante á Sicilia.—Embajada al Papa para la canonización de Raimundo de Peñafort.—Armamentos y preparativos de guerra por parte de D. Pedro.

(1281.)

Existe una crónica escrita en lengua siciliana, de la cual conviene dar aquí extensa noticia por haber sido ella fuente en donde han ido á beber sus inspiraciones muchos autores de los que hasta aquí han tratado de las cosas que narrando estamos en estas páginas. Se titula esta crónica *Conspiración de Juan Prochita* (Juan

1 El Dante se refiere aquí á Santo Tomás de Aquino, á quien se supone que Carlos de Anjou hizo envenenar.

de Prócida), y es tan interesante por lo bella, como seductora y atractiva por lo dramática [1].

Resalta en ella de una manera notable la figura de Juan de Prócida, pero resalta como la de un héroe de drama ó de novela, tal como pudiera soñarlo la mejor fantasía de poeta para hacerlo aparecer en el teatro. He aquí en boceto el Prócida de la crónica siciliana:

Cuando toda Sicilia se humillaba aterrada ante el tirano como un niño culpable, cuando todos los magnates doblegaban sumisa la frente, cuando todo sentimiento noble y patriótico se escondía como avergonzado en lo más profundo de los pechos sicilianos, el espíritu de la libertad y de la independencia, lo propio que el amor patrio, parecieron por un momento haberse resumido en el noble siciliano Juan de Prócida. Como aquellos antiguos celtas que oprimían su brazo ó su pierna con un anillo de hierro hasta haber cumplido la tarea ó el juramento que se habían impuesto, Juan de Prócida juró sin duda no reposar hasta haber conseguido la libertad de su patria. Todo lo que en él podía haber de vida, de entusiasmo, de ardor, de juventud, lo consagró á esta santa misión, todo lo sacrificó á esta noble y generosa tarea. El que había sido consejero en la corte de Manfredo y soldado en el campo de batalla donde sucumbió la libertad siciliana, fué de casa en casa como un mendigo, de castillo en castillo como un trovador errante, de ciudad en ciudad como un peregrino y de corte en corte como un aventurero. Fué médico en Constantinopla, donde necesitaba recursos; traidor aparente en el mismo punto, cuando con el emperador se hubo entendido; fraile franciscano en Trápani, donde quería excitar las pasiones. Embajador en Aragón para alcanzar

1 Puede leerse, traducido al francés, en el mismo tomo impreso en París que contiene las crónicas de Muntaner y de Desclot.

la alianza de D. Pedro; monje en Roma para seducir y atraer al papa Nicolás III á sus designios; romero y peregrino en Palermo, á donde fué para tramar su conspiración con los nobles oprimidos; apóstol en Sicilia, que recorrió pidiendo venganza en nombre de los manes sangrientos de Manfredo y Conradino, se ofreció como noble, como súbdito, como vengador, como jefe, como soldado, como mártir, y todo para servir á la causa de su país, todo para conseguir la perdida libertad, todo para que en un momento dado estallase la conspiración y renaciese Sicilia bajo el amparo de Pedro de Aragón y de Nicolás III, comprados por Prócida con el oro de Paleólogo.

Este es el Juan Prócida de la crónica, pero no es el de la historia. Algo y aun más que algo hay de verdad histórica en el fondo de esta crónica, como algo y aun más que algo también hay en el fondo de la otra crónica catalana: pero creo de buena fe que se debe desconfiar, generalmente hablando, de una y otra. No parece sino que el cronista catalán y el anónimo autor de la *Conspiración de Juan de Prócida*, precedieron de cinco siglos en sus obras al poeta ilustre que en el nuestro ha dicho: *La historia no es más que el clavo de que yo cuelgo mi cuadro* [1].

Lo que hay de cierto, lo que la crítica histórica debe, según mi manera de ver, aceptar como exacto es que Juan de Prócida, noble siciliano y al mismo tiempo médico reputado y escritor selecto, se vino á Aragón después de haber sido uno de los más entusiastas partidarios de Manfredo y de la causa gibelina. Cuando en el campo de batalla de Benevento sucumbió la nacionalidad siciliana, Prócida, como uno de los más com-

1 Miguel Amari, en un importante al par que curioso apéndice á su *Guerra del Vespro*, prueba de una manera indudable que las *Vísperas sicilianas* fueron un movimiento no preparado y de índole popular.

prometidos, tuvo que escapar del reino huyendo las iras del vencedor, y vino á buscar un refugio cerca de la hija de Manfredo, Doña Constanza, esposa de Pedro de Aragón, aquélla á quien el inmortal autor de la *Divina comedia* debía luego llamar

> ..... *Genetrice*
> *dell' onor de Sicilia e d' Aragona.*

Aragón era entonces una tierra hospitalaria para las pobres víctimas del despotismo francés en Sicilia, y debía ser la nueva patria de Juan de Prócida, como lo era ya de Roger de Lauria, como lo era de muchos otros nobles sicilianos que habían tenido que abandonar su desgraciado país [1].

Era natural que Prócida, y con él todos los demás emigrados italianos, anhelando la libertad de su oprimida patria, fijasen sus miras en el esposo de aquélla á quien ellos respetaban ya como su legítima soberana, muertos Manfredo y Conradino. Sus ideas y sus proyectos debieron encontrar fácil acogida en el ánimo de Doña Constanza, á la que no podía halagar tanto el brillo de un trono como el natural deseo de no dejar sin venganza la muerte de un padre querido, cuyos restos se habían dejado insepultos como los de un perro, á orillas de un ignorado riachuelo de aquel país por cuya indepen-

1 "Entre otras muy señaladas personas que vinieron á estos reinos por medio de la sujeción y crueldad de los franceses, fué un caballero que mucho tiempo había servido al rey Manfredo, varón de grande ingenio y de suma prudencia y consejo, llamado Joan de Próxita: y conociendo el rey su valor, le recogió con esperanza de acrecentalle en su reino y hízole mucha merced y después de la muerte del rey su padre, le dió en el reino de Valencia, para él y sus sucesores, las villas y castillos de Luxén, Benizano y Palma con sus alquerías.„ (Zurita, lib. IV, cap. XIII).—Que era realmente Prócida un varón de grande ingenio, lo prueban ciertos manuscritos latinos y traducciones del griego, que como obras suyas se guardan en la biblioteca de París.

dencia derramara su generosa sangre. Es fama que la desolada Constanza hablaba sin cesar de estos proyectos á su esposo, procurando decidirle con sus ruegos y sus lágrimas, y se cuenta de ella que enseñaba á sus hijos á que, acariciando y abrazando á su padre, le recordasen sin cesar la todavía no vengada muerte de su abuelo. Callaba D. Pedro, pero iba en silencio preparándose, de acuerdo con Juan de Prócida y Roger de Lauria, para lo que podía sobrevenir y lo que pudiesen dar de sí los acontecimientos.

Que, pues, D. Pedro tenía fija su mirada en Sicilia y esperaba una ocasión oportuna para complacer á su esposa y hacer valer su derecho, lo tengo yo por indudable; que procuraba atraerse con dones y mercedes las simpatías de los emigrados sicilianos, á fin de tenerles propicios el día que pudiese presentarse como vengador de Manfredo, lo encuentro probado; que con motivo de haber ceñido la tiara Nicolás III, poco amigo de Carlos de Anjou, y haberse formado por aquel entonces una especie de liga contra el poderío francés, enviase D. Pedro embajadas al Papa y obrase de inteligencia con él, lo veo probable [1]; pero, examinados á la luz de la verdad histórica todos los documentos hasta ahora aducidos, creo que no debe pasarse por ese predominio de Juan de Prócida, á quien así se hace jugar con emperadores, reyes y papas, como pudiera con unos cubiletes, ni por aquella pretendida compra del papa Nicolás con el oro bizantino, ni por la conspiración promovida en Sicilia para coronar á D. Pedro.

Hay en realidad motivos para creer en un tratado entre nuestro D. Pedro y el emperador de Constantinopla Paleólogo, cuando éste se vió amenazado por Car-

1 Zurita, en el libro y capítulos citados en la nota anterior, habla de haber enviado D. Pedro al Papa, como embajador para estas negociaciones, á Hugo de Mataplana.

los de Anjou, que hacía armamentos para ir á arrojarle de aquel reino. Tolomeo de Luca, contemporáneo, afirma haber visto este tratado [1], y dice que mediaron como embajadores entre D. Pedro de Aragón y Miguel Paleólogo de Constantinopla, el siciliano Juan de Prócida y el genovés Benedicto Zacarías; pero convendría ver en qué términos se hallaba extendido el contrato y á qué se comprometían realmente ambos contrayentes. No digo que no pueda ser cierto, y en este particular ni afirmo ni niego; pero se me hace muy sospechoso, á consecuencia de lo mucho que he visto y he leído en este asunto, que hubiese precisamente de mediar el oro bizantino para que el monarca aragonés se decidiese á hacer sus preparativos de guerra contra Carlos de Anjou.

Creo bien, sin embargo, que mientras Nicolás III ocupó la sede pontificia, acariciase D. Pedro la legítima esperanza de ocupar el trono de Sicilia con su apoyo y también con el del emperador de Constantinopla, enemigo declarado del de Anjou; pero debieron desvanecerse todas sus esperanzas á la muerte de Nicolás, á quien sucedió el francés Martín IV en 1281. Su antecesor Nicolás se había esforzado en extinguir los partidos de guelfos y gibelinos, reconciliándolos [2]; pero Martín IV, al contrario, excitado por Carlos de Anjou, de quien se declaró decididamente protector, pronunciόse vivamente por los guelfos y comenzó á perseguir de muerte á los gibelinos [3].

1 Tolomeo de Luca, lib. XXIV, cap. IV, en Muratori, tomo XI.

2 Tengo por una calumnia—y adelanto esta idea después de un detenido estudio—lo que dice Juan de Villani en su crónica, pág. 229, de haber entrado el papa Nicolás III en los designios de Juan de Prócida por cierta suma de dinero que éste le diera, queriéndole conquistar en favor del rey de Aragón contra Carlos de Anjou.

3 Historia de los papas en el *Arte de comprobar las fechas:* vida de Martín IV.

Nada que esperar tenía D. Pedro del nuevo Pontífice. Para tantearle sin duda y conocer su ánimo, envióle una embajada con Hugo de Mataplana, bajo el pretexto de pedirle la canonización de Raimundo de Peñafort, á la cual se había mostrado favorable Nicolás III, haciendo que se recibiese la información por la vía y forma acostumbradas en la Iglesia. El nuevo Papa acogió con altanería y soberbia nada cristianas al embajador catalán, y en vez de concederle lo que pedía en justo tributo á la buena memoria del que se trataba de canonizar, recordó á Hugo de Mataplana que su rey tenía una cuenta pendiente con la Santa Sede, y que vanamente esperaba que para nada pudiese el Papa entenderse con él, mientras no se declarase feudatario y vasallo de la Iglesia, reconociendo y pagando el censo prometido por D. Pedro *el Católico*. Añádese también que nuestro embajador fué despedido, diciéndole Martín IV, para que lo transmitiese al rey, que tuviese bien entendido que quien no amaba á Carlos de Sicilia no era fiel á la apostólica Sede.

La exaltación de Martín IV al pontificado y su orgullosa respuesta á la embajada de Hugo de Mataplana, debieron desbaratar los proyectos de D. Pedro [1]. Y, sin embargo, súpose por entonces qué éste hacía grandes preparativos y armamentos. ¿Para qué? ¿Con qué objeto? Nadie lo sabía. Alarmóse el primero el rey de Francia, de quien consta que dió orden para asegurar sus fronteras á fin de evitar cualquier sorpresa de parte del rey de Aragón [2]. Hay quien cuenta que no se contentó con esto sólo Felipe *el Atrevido*, sino que envió á pregun-

1 No falta quien dice que Nicolás III había llegado á dar el reino de Sicilia á D. Pedro de Aragón, despojando de él á Carlos de Anjou; pero los que esto aseguran se apoyan en un documento visiblemente apócrifo, como tendré ocasión de demostrar más adelante.

2 *Historia del Languedoc*, tomo IV, págs. 36 y 37.

tar á D. Pedro qué significaban aquellos armamentos y preparativos; y á esto dicen unos haber sido la contestación de éste, que una persona sola podía saber el objeto; mientras otros, y de este último número Romey, afirman que manifestó su decisión de marchar contra los enemigos de la fe, á ejemplo de su padre y abuelos, y que pidió la cooperación de Felipe, quien le envió 40.000 libras tornesas que necesitaba. Esto de la suma de dinero enviada por el francés, lo niega resueltamente Zurita, que, aparte los errores que puedan haberse deslizado en sus *Anales*, es maestro en cosas de Aragón [1]. También se dice que el Papa envió al aragonés un religioso dominico, para cerciorarse en nombre de la Iglesia de todo el arcano, brindándole con el apoyo de la Santa Sede, si con efecto era su deseo ir contra los enemigos de la fe, y vedándole, por lo contrario, el pasar adelante si el armamento se encaminaba contra algún príncipe cristiano; pero escriben que D. Pedro le contestó únicamente: «Que si su mano izquierda quisiese saber lo que la derecha había de hacer, él mismo se la cortaría.» Otros dicen que esta respuesta es exacta, pero no dirigida al Papa, sino al conde de Pallars, que, en el acto de embarcarse para aquella expedición ignorada, le preguntó á dónde iban [2].

La mayor parte de los autores se inclinan á creer que D. Pedro preparaba realmente aquellos armamentos y

1 Y, en efecto, creo que debe tenerse por un cuento. Por lo que toca á la embajada del francés, es cierta. Vinieron en nombre de Felipe *el Atrevido* los caballeros Alejandro de Loayse y Juan de Carroaix; pero fueron despedidos por D. Pedro sin ninguna explicación satisfactoria. Cuéntalo Zurita en el cap. XIX de su lib. IV, y un documento sobre este asunto, que ha publicado Bofarull (D. Antonio) en sus notas al Muntaner (pág. 80), comprueba la exactitud de lo dicho por Zurita.

2 Muntaner es quien lo dice, y lo repite Zurita, tomándolo de él sin duda. La embajada del Papa me parece algo dudosa, en los términos que aquí se dice á lo menos.

aquella congregación de gentes para pasar secretamente á Sicilia y apoderarse de este reino en lucha abierta con el de Anjou, simulando una empresa contra Africa, y llevándola en realidad á cabo para alejar mejor las sospechas; pero, con la desconfianza natural de quien errar teme, me atrevo á adelantar la idea de que las miras de D. Pedro iban dirigidas entonces real y efectivamente á una expedición contra sarracenos, sin perjuicio de lo que pudiese sobrevenir por lo que toca á Sicilia, y estar preparado para cualquier acontecimiento imprevisto.

Este acontecimiento imprevisto vino, en efecto, y lo fueron las *Vísperas sicilianas*. Creen muchos (y por esto dicen que los armamentos de D. Pedro eran por lo de Sicilia, siendo pretexto lo de Africa), que las *Vísperas* fueron no imprevistas, sino efecto de la conspiración de Juan de Prócida en inteligencia con D. Pedro; pero esta opinión reconoce visiblemente por origen la crónica del anónimo siciliano, de la que ya he dicho el caso que la crítica histórica debe hacer. En vista de los documentos y razones que ha aducido el historiador Amari, en vista de los estudios que he tenido precisión de hacer en este punto, con la contrariedad de no haberme permitido las circunstancias hacerlos tan completos como hubiera deseado, abrigo la íntima convicción que las *Vísperas* fueron un movimiento espontáneamente popular, resultado natural de la opresión en que vivían los sicilianos, é independiente por completo de los planes que pudiera abrigar D. Pedro, planes que, en mi sentir, quedaron defraudados con la exaltación de Martín IV á la sede pontificia, haciendo que entonces nuestro D. Pedro, que debió creer naturalmente afirmada con esta circunstancia la dinastía de Anjou en Sicilia, proyectase una nueva empresa contra sarracenos, aprovechando la coyuntura y ocasión de que se dará cuenta en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO XXV.

Embajada de Constantina ofreciendo esta ciudad á D. Pedro.—Se concierta tener secreta la empresa.—No quiere el rey descubrir sus intenciones á su hermano.—Embajada al Papa.—Reunión de la flota en Port-Fangós.—Vísperas sicilianas.—Matanza de franceses en Palermo.—Cólera de Carlos de Anjou y sus deseos de venganza.—Continúa D. Pedro los preparativos.—Testamento de D. Pedro.—Tratos de matrimonio entre el príncipe D. Alfonso y la hija del rey de Inglaterra.—Donación del reino á D. Alfonso.—Partida de la flota.

(De 1.º de Enero á 3 de Junio de 1282.)

Sigamos á Desclot, ya que, bien mirado todo, es sin disputa el guía mejor y más seguro que se puede tomar para hacerse camino á través de la confusión que reina en los autores con respecto á los asuntos en que nos estamos ocupando [1]. De la relación de Desclot se desprende á las claras que, precisamente por la época en que Martín IV subió al poder y en que fracasaban los planes de D. Pedro, hubieron de llegar á nuestros reinos embajadores sarracenos de Ultramar, los cuales, en

1 Es así en realidad, y para que no se me crea bajo mi sola palabra, voy á copiar el juicio, muy honroso para Desclot, de un escritor extranjero. En el tomo II de su *Guerra del Vespro*, pág. 365, de la edición de París, Miguel Amari, después de un examen del Muntaner, bien poco favorable por cierto á este cronista, añade: *Ben altra gravitá istorica s' ammira nel D' Esclot, cavalier catalano, etc. Questo autore non é scevro di tale spirito nazionale che trascende alla vanitá; ma il veggiamo benissimo informato de' fatti, penetrante nella cagioni, pregevole per ordine nella narrazione é dignitá de stile. Porta in compendio parecchi documenti, che con molta fedeltá rispondono agli originali pubblicati gran tempo oppresso in altri paesi. Nondimeno pende troppo á parte regia, ma senza viltá*, etc.

nombre del bey de Constantina, ofrecieron á nuestro monarca entregarle esta ciudad y con ella la llave de toda aquella tierra, si allí pasaba con una hueste para apoyar al señor de Constantina contra sus enemigos. Plúgole al rey la embajada y determinó llevar á cabo la expedición, en la que vió honra para sus gentes, gloria para sus reinos y un nuevo camino abierto al comercio y á la prosperidad del país.

Despidió á los embajadores después de haber pactado con ellos, y resolvió llevar las cosas con el más profundo secreto, *que assó fos secret*, dice Desclot, *que, si era descubert, tot lur fet iria á ventura de perdres*. Estas palabras del cronista catalán son, á mi pobre modo de ver, la clave del enigma, y quizá por no haberse fijado en ellas los autores que de este asunto han tratado, es por lo que han creído que fué una expedición simulada la de África. Estas frases de Desclot acerca de que debía llevarse la cosa con el mayor secreto, pues todo corría peligro de perderse si se descubría, concuerdan perfectamente por otra parte con lo que dice Zurita [1] de que el bey ó señor de Constantina fué degollado por sus mismos súbditos cuando supieron que había pedido el apoyo del cristiano. Si tan grave era la cosa, si tan expuesta se hallaba á fracasar la empresa al descubrirse, ¿cómo no había de tenerla D. Pedro en gran secreto? En este punto insiste Desclot, pues dice que *lo rey En Pere tramés les ses cartes è sos scrits secretament*, y queda comprobada con esto, en mi humilde opinión, la natural reserva que hubo de haber en la empresa, como era natural también que, conocidos los proyectos que antes abrigara D. Pedro, entrasen en recelo el Papa y el de Anjou.

Dadas las órdenes oportunas, comenzaron los apres-

1 Lib. IV, cap. XX.

tos en nuestras costas, que se continuaron con actividad, y fueron enviados mensajes por Cataluña y Aragón á fin de escoger buenos y probados caballeros *que s' aparellasen per seguir lo rey lla hont volgués anar.* Cuenta Zurita que entonces se presentó el rey de Mallorca á D. Pedro rogándole que le descubriese el secreto de aquella empresa que preparaba y ofreciéndose á servirle en ella; pero respondióle D. Pedro que no quería fuese con él, antes debía quedar en guarda y defensa de sus reinos, manifestándole no poder descubrir la idea de la expedición.

Cuando ya todo comenzaba á estar dispuesto y los preparativos de marcha se iban terminando, D. Pedro envió una embajada al papa Martín por conducto del caballero de la orden del Hospital, Galcerán de Timor, haciéndole saber que su fin é intento era ir contra los enemigos de la fe por ensalzamiento de la religión, «y suplicándole le concediese la indulgencia que solía dar á los que iban en semejante expedición para él y sus gentes, y recibiese sus reinos y señoríos debajo de su amparo y encomienda, así como era costumbre de recibir las tierras y estados de los reyes y príncipes que iban á tales jornadas, y le ayudase con el dinero de la décima que se había cogido de sus señoríos. Ninguna de estas cosas, prosigue diciendo Zurita, quiso conceder el Papa, ni responder al rey por escrito, mas de decir que el rey de Aragón no tenía tal voluntad, como publicaba, de hacer guerra contra infieles, antes quería ir contra el rey Carlos, y no quiso dar otra respuesta, y despidió al embajador con gran disfavor y maltratamiento [1].»

¿Era posible esta embajada al Papa si D. Pedro hubiese tenido intenciones de proceder inmediatamente contra Carlos de Anjou? ¿No hubiera sido una desleal-

1 Zurita, lib. IV, cap. XVI.

tad insigne y una mala fe incalificable pedir al Papa recursos y apoyo para proceder contra su protegido, contra aquél á quien la Iglesia amparaba con armas temporales y espirituales? Semejante infamia, que tal hubiera sido, no cabía ni en el carácter de D. Pedro, ni en los sentimientos cristianos de un rey puesto al frente de una nación cristiana por excelencia. Podía el Papa estar en su derecho, recelando de las intenciones de Don Pedro, al ver su tenacidad en guardar secretos sus designios, y al ver que le pedía apoyo para una guerra contra infieles sin darle más explicaciones; pero la conducta de D. Pedro hubiera sido altamente reprensible á ser lo contrario, y por honra á su buena memoria es preciso que llegue la hora de que cronistas independientes rechacen esta calumnia.

Parece que á últimos de Abril de 1282 estaba ya pronta la armada, y reunida en Port-Fangós, en la boca oriental del Ebro, que era el punto de cita dado por Don Pedro. Constaba de 150 velas, y de éstas había 24 galeras, 10 leños ligeros de remos y 10 naves armadas, componiendo las restantes el convoy de transporte [1], siendo

1 Capmany: *Memorias históricas*, parte 1.ª, pág. 129.—Téngase en cuenta que Capmany, equivocadamente, en mi sentir, habla de esta armada como si fuese para la conquista de Sicilia, y dice que D. Pedro fué á Alcoll "á ejercitar sus tropas con escaramuzas contra los bárbaros, esperando el éxito de la tremenda conspiración de las *Vísperas sicilianas* para hacer el desembarco oportuno en aquella isla." Luego veremos cómo las *Vísperas* habían tenido ya lugar antes de que la armada saliese de Port-Fangós, y cómo el rey no esperaba el éxito de ninguna conspiración. Capmany, y siguiéndole á él Pí y Arimón, se equivocan al decir que fué nombrado almirante de la escuadra el infante D. Pedro, que en el mero hecho de llamarle infante no puede ser otro que el cuarto hijo de D. Pedro *el Grande* de su mismo nombre. El almirante nombrado fué el hijo natural del rey, D. Jaime Pérez, y no su hijo legítimo el infante D. Pedro. Por lo que toca al número de velas y gentes que componían la flota y hueste, es varia la opinión de los autores. Desclot dice que eran 800 caballos, 15.000 infantes y 140 velas;

numerosa la hueste que se reunió, formada en su mayor parte de almogavares. Por almirante general fué nombrado D. Jaime Pérez, hijo natural del rey, que tuvo éste en una dama llamada Doña María; por vicealmirante, Ramón Marquet, y por comandante del convoy, Berenguer Mayol, célebres marinos barceloneses los dos últimos. La escuadra sólo esperaba la presencia del rey y saber el punto de su destino para hacerse á la vela.

Ya por entonces la campana de una humilde iglesia de Palermo tocando á vísperas diera la señal de que comenzaban para el mundo una gran historia y un gran drama. Los sicilianos estaban hartos de sufrir injusticias y vejaciones, y así como cuando la mina está cargada basta la chispa más insignificante para hacerla reventar, así un acontecimiento que parecía no deber tener consecuencias produjo una de las más sangrientas y más transcendentales revoluciones de que hace mención la historia.

Lució para Sicilia la aurora del 31 de Marzo de 1282, y este día, al ser ocaso del despotismo francés, fué oriente de la libertad siciliana. Era la hora en que el pueblo de Palermo se dirigía á vísperas, y encaminábase la multitud á la iglesia del Santo Espíritu, situada sobre una loma, á poca distancia de la ciudad. Grupos de franceses, insultando con su sola presencia á los sicilianos, vagaban por entre la multitud, á la que irritaban con su gritería, su alborozo y sus bravatas. Uno de es-

Muntaner, con su natural exageración, hace subir el número á 20.000 almogavares, más de 8.000 ballesteros montañeses, 1.000 caballos, á más otros muchos ballesteros y sirvientes de mesnada y 150 velas; Zurita pone, pero un poco rebajado, el mismo número; los *Anales genoveses* (Muratori, tomo VI) fijan 10.000 infantes, 350 caballos, 19 galeras, 4 navíos y 8 taridas; Saba Malespina dice que eran 1.400 caballos y 8.000 infantes, sin contar los ballesteros, y Amari acepta el mismo número que los *Anales genoveses*.

tos grupos acertó á ver á una bellísima palermitana que con su esposo y su familia se dirigía al templo, y adelantándose un francés llamado Drouet, con aires de libertino y de calavera, puso deshonestamente sus manos en la hermosa joven. Lanza ésta un grito y cae desmayada en brazos de su esposo que, sofocado por la ira, grita:—*¡Oh muoiano, muoiano, una volta questi francesi!*

Bastó este grito sólo para que cien otros de *¡Mueran los franceses!* llenaran el espacio. Se arrojan algunos sobre Drouet que cae, poco menos que despedazado; acuden sus compañeros á vengarle, pero es para seguir su misma suerte. Trábase un sangriento combate; halla eco en todas partes el grito de *¡Mueran los franceses!*; la campana que tocaba á vísperas cambia repentinamente su toque en el de rebato; huyen las mujeres; acuden los hombres, y comienza la carnicería. Es irresistible el primer momento de fiebre de un pueblo, como irresistible es el primer ímpetu de un torrente salido de madre. La turba de vengadores, engrosándose á cada instante, regresa á la ciudad pasando por encima de los cadáveres de infinidad de franceses degollados sin compasión ni misericordia. Palermo se convierte en un teatro de sangrientas escenas. Mientras el toque de vísperas que lanzan aún las campanas de una iglesia se confunde con los sones de rebato que arrojan las de otra, el pueblo recorre las calles ávido de matanza, sediento de sangre. Ha sonado para los franceses la hora de la destrucción y del exterminio. Hombres, mujeres, niños, cuanto tiene relación con los extranjeros dominadores, queda destrozado sin escrúpulo ni reparo; no se perdona sexo, edad, condición ni estado. El pueblo, al que vuelve feroz el olor de la sangre y salvaje la matanza, extiende su cólera hasta contra los que han de nacer aún; y, horror causa el decirlo, llega á rasgar el vientre á las sicilianas para arrancar de sus entrañas el fruto de sus tra-

tos con los franceses [1]. La asonada se comunica, el fuego prende. La campana, rasgando los aires, avisa á los demás pueblos que ha sonado ya la hora de la independencia, pero también de la matanza. Sucumben en muchas partes los franceses; y, por fin, á los mágicos resplandores de un sol meridional, que baña tanta gloria y tanto estrago, se arbola la bandera de la libertad siciliana, aunque, desgraciadamente, sobre un gigantesco pedestal de cadáveres franceses.

La independencia triunfa, y son á miles las víctimas sacrificadas en holocausto á los manes de Manfredo y Conradino; pero—un cronista imparcial debe decirlo—no se piensa en D. Pedro de Aragón por el pronto, y Sicilia se constituye bajo la forma de república, alzando el estandarte de la Iglesia y poniéndose bajo el amparo del Papa. El partido aragonés debía ser, pues, ó insignificante ó de poco valimento, cuando no pudo encaminar hacia sus miras la revolución. Como la verdad histórica es para mí en esta obra lo primero de todo, debo decir, mal que pese á las opiniones políticas que yo pueda tener, que es probable, que es casi seguro que á ser otra la política del Papa después de la revolución siciliana, el país de las *Vísperas* no hubiera llegado jamás á proclamar á D. Pedro de Aragón. Esto es lo que yo sinceramente creo, siempre con miedo de errar, después de un estudio algo detenido de los sucesos de aquel tiempo, pudiendo aducir razones muchas y documentos no pocos en apoyo de mi opinión, que me basta aquí consignar, esperando el momento en que quienes valgan más ilustren este punto y me convenzan, para ser yo el primero en confesar con respecto á este y otros

1 Son muchos, y notables, los historiadores que hablan de estas escenas. El autor ha consultado principalmente las obras de Bartolomé Neocastro, Saba Malespina, Nic. Speciale, Gio. Villani, Desclot, Muntaner, Zurita, Miguel Amari y Romey.

pasajes de esta obra mis yerros, que siempre serán hijos en todo caso de la buena fe con que busco la verdad, aun á costa de mi entusiasmo, como catalán, y de mi idea, como hombre político.

Paréceme, pues, ver claro y de una manera indudable que las *Vísperas* fueron un movimiento popular imprevisto, y que mal podía prepararse D. Pedro de Aragón para cuando tuviesen lugar, como si supiese de antemano lo que debía suceder; que el partido de D. Pedro de Aragón en Sicilia era insignificante antes de las *Vísperas*, y que sólo comenzó á formarse y á crecer realmente después de ellas, cuando vieron los sicilianos que el Papa á quien aclamaban les abandonaba para prestar apoyo á su tirano Carlos de Anjou; y, por fin, que Don Pedro, no viendo en Sicilia bien preparado el terreno para él, trató de llevar á cabo su empresa de África con miras de su engrandecimiento en este país por el pronto, sin perjuicio de hacer política, como se diría ahora, para que viniese el día en que los sicilianos se acordasen de que era el esposo de Constanza de Sicilia [1].

Al tener noticia Carlos de Anjou, que se hallaba á la sazón en la corte del Papa, de lo que acababa de suceder en Sicilia, cuéntase que se entregó á excesos de ira indignos de un rey, y que mordiendo el puño del bastón ó especie de cetro que tenía por costumbre llevar en la mano, juró tomar tan sangrienta venganza que dejase perenne memoria para escarmiento de pueblos y desagravio de reyes. Inmediatamente corrió á prepararlo todo, ó por mejor decir, todo lo halló prepa-

1 Que las *Vísperas* fueron un movimiento de índole popular, espontáneo, y no debido á ninguna conspiración, ya he dicho que Amari lo prueba. Voltaire, aunque sin probarlo, se había reído antes que él de la conjuración. Es un hecho positivo, de todos modos, que el primer acuerdo de los sublevados fué comprometerse á no admitir ningún rey extranjero. (V. Bart. de Neocastro.)

rado ya para sus intentos. Poco antes había dispuesto grandes armamentos para ir contra Paleólogo y los griegos, y había tomado al efecto la cruz, «la cruz del ladrón, no la de Cristo,» dice en uno de sus arranques Bartolomé de Neocastro [1]. Todo lo que estaba pronto para ir contra los griegos, sirvió para marchar contra los sicilianos, y trató de poner sitio á Mesina á tiempo que Martín IV, siguiendo evidentemente en esto una política contraria á los intereses de la Santa Sede, le ayudaba con el oro y las plegarias de la Iglesia y requería á toda la cristiandad para que nadie fuese osado á favorecer la revolución siciliana, so pena de arrostrar las iras del representante de Dios en la tierra [2].

No puede creerse que D. Pedro de Aragón ignorase lo que acababa de pasar en Sicilia, é iba continuando sus preparativos sin que nadie supiese, como ya hemos dicho, el objeto de la expedición, que se iba retardando cada vez más, pues á mediados de Mayo aún no se había dado la orden de partida. ¿Cómo, si el terreno estaba preparado, no acudía D. Pedro á Sicilia, siéndole la ocasión tan propicia? ¿Cómo, si los preparativos que hacía eran en realidad contra Carlos de Anjou y simulada sólo la expedición que había de emprender luego á las costas de África, cómo no voló á Sicilia para aprovechar aquellos primeros momentos de revolución en que, con poco partido influyente que allí hubiese tenido, hubiera sido fácil proclamarse rey?.... No lo hizo, sin embargo, y dejó pasar dos meses enteros después de las *Vísperas*, y sólo á primeros de Junio se hizo á la vela para ir á donde veremos, sin cuidarse, aparentemente al menos, de lo que en Palermo y en Mesina sucedía.

Poco antes de embarcarse, y por consiguiente, cuan-

1 Bart. de Neocastro, cap. XXII.

2 Amari, tomo I, cap. VII.

do ya habían tenido lugar las *Vísperas*, y cuando ya de ellas tenían noticia los monarcas entonces más influyentes, fué lo de recibir el rey la embajada de Felipe *el Atrevido*. Éste, al ver los armamentos de D. Pedro, conociendo ya los sucesos de Sicilia, pudo temer realmente que se preparase contra Carlos de Anjou y envió dos de sus caballeros á preguntárselo. Ya sabemos cuál fué la respuesta de nuestro monarca. Que esta embajada tuvo lugar entonces y no antes, lo dice terminantemente Zurita, fijando el 20 de Mayo (recuérdese siempre que las *Vísperas* fueron el 31 de Marzo), y la aserción del analista aragonés ha venido á comprobarse por la fecha del documento que, sacado de nuestro archivo, ha dado á luz el anotador del Muntaner. También por entonces debió recibir la embajada del Papa, y debieron tener lugar las respuestas de D. Pedro á cuantos le preguntaron, movidos por el recelo natural en los que sabían cómo andaban las cosas de Sicilia. Y que estas respuestas debían ser las que fueron, no cabe duda desde el momento que, descubierto el secreto, fracasaba la empresa. Lo que para mí está claro, es que entonces comenzaron los verdaderos manejos de D. Pedro para hacerse aclamar en Sicilia, y que, por consiguiente, le fué altamente favorable la circunstancia de hallarse armado y cerca de aquella república que esperanzaba él convertir en monarquía.

Zurita escribe que los de Palermo, después de la sublevación, enviaron á requerir al monarca aragonés para que tomase en su mano la defensa de aquella isla, y dice que llegaron á estos reinos los embajadores el 27 de Abril. Lo que cuenta el célebre analista aragonés sería muy grave y presentaría realmente las cosas bajo una faz distinta de como yo las veo y juzgo, si el hecho fuese cierto. Pero se ve evidentemente que Zurita tomó esta especie de Bartolomé de Neocastro, y lo dicho en

este punto por éste lo rechaza, probando su falsedad de una manera irrefutable, Miguel Amari en su *Guerra del Vespro*.

Próximo ya á embarcarse D. Pedro trató de ordenar las cosas de su reino y casa, y dispuso todo lo conveniente hallándose en Tortosa y en Port-Fangós. Había ya poco antes otorgado su testamento [1], según el cual instituía á su primogénito D. Alfonso heredero universal de todos sus estados y bienes; dejaba á su segundo hijo D. Jaime todas sus tierras y derechos de Ribagorza y Pallars, con dependencia feudal de su hermano mayor; encargaba á éste la manutención y dote de sus dos hermanos menores D. Fadrique y D. Pedro, y hacía varios legados y mandas á sus hijas Doña Isabel, reina de Portugal, y Doña Violante.

Ya entonces parece ser que se trataba matrimonio entre el heredero del reino de Aragón D. Alfonso y una hija de Eduardo I de Inglaterra, y digo sólo que parece ser, pues que, según D. Próspero de Bofarull, este enlace se concertó en Huesca á 15 de Agosto de 1282 [2], mientras que en el Rymer se lee un documento fechado en Port-Fangós á 1.° de Junio del mismo año [3], por medio del cual D. Pedro confiere facultades al arzobispo de Tarragona y al obispo de Valencia comisionándoles para dar el paterno asentimiento al enlace. El matrimonio, que por medio de este documento se ve que ya entonces se estaba preparando, fué concertado luego, en efecto, á 15 de Agosto en Huesca; pero, como veremos, Doña

1 Archivo de la Corona de Aragón, núm. 302, de la colección de pergaminos de Pedro *el Grande*.

2 Véase los *Condes vindicados*, tomo II, pág. 249, y el documento citado por D. Próspero de Bofarull en su nota á la citada página.

3 Rymer: *Actos públicos de Inglaterra*, tomo II, pág. 210. Cito este documento, que en nada contradice la opinión de Bofarull, sólo para probar que el matrimonio venía ya tratándose de más lejos.

Leonor era muy niña y no llegó á consumarse, pues murió D. Alfonso antes de llegar este caso.

Otro de los actos de que se tiene noticia como llevados á cabo por el monarca aragonés antes de embarcarse, fué la donación, especie de abdicación, que hizo del reino en favor de su primogénito D. Alfonso. Esta renuncia lleva la fecha del 2 de Junio y se hizo en presencia de Pedro de Queralt, Gilaberto de Cruillas, Juan de Prócida, Blasco Pérez de Azlor y Bernardo de Mompahón [1]. Dice Zurita que, según después se entendió, se hizo esta renuncia recelando los procesos y privaciones de la Sede apostólica, sabiendo que el Papa había de proceder con todo rigor si el rey se declaraba contra el de Anjou en la cuestión de Sicilia.

No falta quien crea que la fecha de este documento es falsa, suponiéndolo redactado más adelante, á 2 de Junio de 1282; pero, aun en el primer caso, no revelaría sino lo que indudablemente se nota en todos los actos de D. Pedro, á saber: una gran previsión y grandes dotes de hombre político. Si la revolución de Sicilia le inspiró la idea de entenderse con los principales de aquel país á fin de hacerse llamar y hacer que le proclamaran rey por derecho de soberanía popular, que al fin y al cabo era un derecho por lo menos tan reconocido como podía ser el del Papa, encuentro muy natural también en un hombre como D. Pedro y en hombres como debían ser sus consejeros, la idea de calcular las consecuencias preveyendo los resultados. En este caso, nada más lógico que figurarse lo que sucedería, á saber: que el Papa tratara de vengarse haciendo presa en estos reinos, y un medio de evitar el conflicto lo era indudablemente la presentación de una renuncia del reino anterior al acto que el Papa pudiese condenar. Ya veremos

1 Zurita, lib. IV, cap. XIX.

más adelante cómo se trató de hacer valer, aunque inútilmente, esta renuncia.

Llegó por fin el día de embarcarse el rey, y partió la flota, lo cual tuvo lugar, según Zurita, el 3 de Junio. Después de haber dejado por lugartenientes suyos y regentes en sus reinos [1] á su esposa la reina Doña Constanza y á su primogénito D. Alfonso, el monarca aragonés se hizo á la vela abandonando las playas de Port-Fangós, no sin haberse despedido tiernamente de Doña Constanza y haber bendecido á sus hijos [2].

Y á todo esto, ignoraba aún la escuadra á dónde se dirigía.

1 Entiéndase que la renuncia del reino en favor de su hijo era secreta.

2 Muntaner, en su cap. XLV, escribe que vino á Aragón el infante de Castilla D. Sancho (el que luego fué Sancho *el Bravo*, el mismo con quien hemos tropezado ya varias veces en nuestro relato), y de parte del rey su padre y en nombre propio se ofreció á D. Pedro diciéndole estar pronto á seguirle en persona y con todas las fuerzas de que podía disponer. D. Pedro, sigue hablando Muntaner, le dió la misma respuesta que antes había dado al rey de Mallorca su hermano, añadiéndole sólo que le encargaba todas sus tierras por haberle mirado siempre como á hijo. Qué caso pueden hacerse de estas palabras de Muntaner, lo dirá cualquiera que esté medianamente enterado de los sucesos de aquella época. Malamente podía venir á Aragón D. Sancho á ofrecerse en nombre de su padre D. Alfonso *el Sabio*, cuando estaba en guerra abierta con él; y si bien es verdad que entonces nuestro D. Pedro se entendía con D. Sancho y estaba aliado con él, también lo es que era sólo por motivos de alta política, y ni le miraba como á hijo ni he sabido hallar, por mucho que lo he buscado, otro autor que hablase de esa venida de D. Sancho á Aragón en Junio de 1282, y de ese extraño encargo de Don Pedro á un príncipe castellano, aun cuando sólo fuese de mera cortesía. Por Mayo de 1283 fué cuando vino á Aragón D. Sancho, y entonces es, si acaso, cuando pudo haber algo de lo del encargo por las circunstancias particulares en que D. Pedro se hallaba.

CAPÍTULO XXVI.

Llega la flota á Mahón.—Pasa á Collo y se apodera de esta plaza.—División de la hueste en cuerpos de ejército y sus capitanes.—Batalla mandada por D. Pedro.—Embajada al Papa, su objeto y resultado.—Pedro de Queralt ante el parlamento de Palermo.—Embajada de los sicilianos al rey ofreciéndole la corona.—Reune D. Pedro su consejo.—Hecho de armas del conde de Pallars.—El rey pasa á Sicilia con su hueste.

(Del 3 de Junio al 30 de Agosto de 1282.)

Cuéntase como cosa cierta que cuando la flota hubo andado 20 millas mar adentro, el almirante D. Jaime Pérez fué discurriendo por la armada con un navío de remos, y repartió á los patrones y capitanes de los buques y galeras unas cédulas, con sello real selladas, dándoles orden para que tomasen la vía de Mahón y no las abriesen hasta hallarse en aquel puerto, siguiendo desde allí el derrotero que en ellas les trazaba el rey. Así en efecto se hizo, pero la escuadra hubo de detenerse en Mahón más días de los que se creía, sin duda por contrarios vientos, y aprovechó perfectamente aquella tardanza el mojariff de Menorca para hacer que fracasaran los planes de D. Pedro.

Al saber la llegada de éste, había acudido solícito el mojariff como súbdito y feudatario suyo, ofreciéndole refrescos, víveres y presentes de oro y de plata, pero al mismo tiempo procuró diestramente inquirir el objeto de aquella expedición, y húbolo de averiguar sin duda, pues es sabido que despachó una saetía al puerto de Collo dando aviso de prepararse, ya que allá iba el monarca aragonés con sus gentes. Y en realidad era así, pues

la orden secreta dada á los patrones de buque se encontró ser la de que hiciesen rumbo hacia Collo [1]. El aviso de prevención dado por el mojariff de Menorca surtió efecto. Al llegar á Collo la armada, encontró desierta la ciudad así como los pueblos de la costa, y supo el rey que el señor ó gobernador de Constantina había sido degollado con todos sus partidarios por sus enemigos y los del partido opuesto á la alianza contraída con el monarca aragonés.

Cuando se convenció D. Pedro de que su plan había fracasado, pues se encontraba con todo el país enemigo en vez de hallarle aliado, irritóse sobremanera [2]; pero, sin embargo, decidió hacer cuanto en su poder estuviese, ya que allí le había enviado la Providencia, y comenzó por hacer desembarcar su hueste, posesionándose de Collo y fortificándose en esta plaza.

Es realmente sensible que los autores en general, por fijarse en lo de Sicilia, no hayan dado ninguna importancia á esta expedición á Berbería, que, sin embargo, la tiene real y positiva. La han tratado muy á la ligera, y hasta algunos la han del todo despreciado diciendo que consistió en insignificantes escaramuzas. ¡Escaramuzas, y llegaron á darse batallas en que tendidos quedaron 2.000 hombres en el campo! Yo siento que no pueda extenderme como quisiera en relatar esta empresa, que es, sin disputa, una de nuestras páginas de buena

1 Alcoll, Alcoyl ó Alcollo dicen los antiguos cronistas y también los modernos; pero debe ser indudablemente el puerto ó ciudad de *Collo*, cuyo nombre, precedido del artículo árabe *Al*, forma el Alcollo ó Alcoll de los cronistas. Collo, según el *Diccionario geográfico universal*, es una ciudad de Berbería en el reino de Argel, provincia de Constantina, situada en la bahía de su nombre, formada por el Mediterráneo, á 20 leguas de Bona.

2 *Quant lo rey hac entés que son fet era destorbat é que no podia venir á acabament de assó que ell cuidava fer, fo molt irat é despagat.* (Desclot, cap. LXXX.)

y valedera gloria; pero la abrazaré en resumen, tomando por guía á Desclot, que con bastante detención la trata, sin por esto perder de vista á Muntaner, aun cuando la crítica histórica tenga que ir siempre recelosa con este cronista, tan amigo de adular á los reyes como de abultar los hechos.

Una vez en Collo, cuya plaza hallaron desamparada, por más que de la relación de Muntaner aparezca lo contrario, tomó D. Pedro, como capitán experto, las debidas precauciones, repartiendo su gente por la ciudad y colocando fuera de ella, como de avanzada y de guardia, una numerosa fuerza al mando de los condes de Pallars y de Urgel. Estos tenían á su disposición, en el campamento que levantaron á poca distancia de Collo, 300 caballos y 3.000 almogavares. La demás hueste se repartió por cabalgadas ó por divisiones, como ahora diríamos, al mando de los capitanes Pedro de Queralt y Ruiz Jiménez de Luna la segunda; Pedro Fernández (quizá el Pedro Fernández de Híjar, hijo natural de D. Jaime) y Pedro Arnaldo de Botonat la tercera; Beltrán de Bellpuig y Sancho de Antillón la cuarta, y Blasco de Alagón y Galcerán de Pinós la quinta; siendo de notar que al frente de cada una se ve un aragonés y un catalán, lo cual prueba bien lo que más adelante dice Desclot de que en aquella hueste no había ni genoveses, ni pisanos, ni venecianos, ni provenzales, así en el ejército de mar como en el de tierra, sino que todos eran catalanes y aragoneses, y aun éstos *tots triats y provats de llurs armas*.

Distribuídas las fuerzas en la forma y modo que se acaba de decir, comenzaron sus excursiones por la tierra, haciendo continuas cabalgadas y regresando siempre con buen botín. Escaramuceaban y merodeaban á menudo los almogavares, sin que por el pronto tuviesen lugar hechos de más importancia; pero llegó por fin

el día en que se presentó ya una fuerza respetable de enemigos, y supo D. Pedro disponer tan bien las cosas, que los sarracenos, atraídos por una retirada falsa de los almogavares, se vieron obligados á aceptar una batalla, mandada según parece por el rey en persona, en la cual perecieron, sólo de los enemigos, hasta bien cerca de 2.000 hombres. Esta batalla debió poner gran parte de la comarca en poder del vencedor, pues veo que D. Pedro se internó más de lo que hiciera hasta entonces, entrando en algunos pueblos y fortalezas del interior, y regresando á Collo con un botín de 2.000 bueyes, 20.000 cabezas de carnero, muchos sarracenos prisioneros, y arneses, ropas y objetos de seda, oro y plata en abundancia [1].

La noticia de esta batalla puso en alarma á todo el país, y comenzó entonces á acudir grande morisma de las provincias de Túnez y Bujía, coronándose de campamentos sarracenos las cimas de los montes y quedando los nuestros como sitiados en Collo. En tal estado las cosas, D. Pedro reunió en consejo á sus barones y principales capitanes, y les dijo cómo su intención era marchar resueltamente á Constantina y apoderarse de todo el país, para honor de Dios y la cristiandad; pero que para esto era necesario tener más recursos de los que por el pronto podían disponer. A este efecto, propuso enviar una embajada al Papa pidiéndole la protección de la Iglesia y auxilios de caballeros y otras gentes [2]. Mereció el dictamen del rey la aprobación general del consejo, y fueron nombrados embajadores, para pasar á entenderse con el Papa y llevarle la proposición del monarca, Guillermo de Canet y un caballero aragonés [3].

1 Desclot, cap. LXXXIII.

2 El discurso del rey á los barones está continuado por Desclot en el cap. LXXXIV.

3 Guillermo de Castellnou, y no de Canet, dice Zurita, junto con un

Si en este punto continuamos siguiendo á Desclot, tendremos que los embajadores partieron de Collo en dos galeras, y pasando á Italia se presentaron al Papa, el cual les recibió con despego, y les dijo que pues Don Pedro no le había hecho saber al principio el verdadero objeto de su viaje, no debía ya esperar entonces de él ni consejo, ni protección, ni ayuda, participándoles además que el Tesoro, producto de la décima eclesiástica, no se había reunido para gastarlo en Berbería, sino para la empresa de la Tierra Santa. Desclot añade que, á pesar de esto, los embajadores catalanes trataron de insistir con algunos miembros del sacro colegio; pero hubo ciertos cardenales que secretamente les aconsejaron partir sin más insistencia, atendido á que nada recabarían del papa Martín IV por ser francés y del partido de Carlos de Anjou. Las palabras que pone el cronista en boca de estos cardenales, como dirigidas á nuestros embajadores, son misteriosas y de un doble sentido.—«Decid á vuestro rey, dijéronles aquéllos, que obre en conciencia como mejor le dicten su honor y provecho, y que nada tema, pues Dios le ayudará.» Visiblemente eran adictos al partido gibelino los que así se expresaban, y referíanse indudablemente á las cosas que tenían lugar en Sicilia, pudiéndose desprender de este hecho que D. Pedro tenía inteligencias en la corte del Papa. Los embajadores volvieron á embarcar-

caballero aragonés, cuyo nombre calla, lo propio que Desclot. Si en este punto se consulta á los autores italianos de más nota y fama, hallaremos que este caballero desconocido, ó no citado por nuestros cronistas, era Pedro de Queralt, y el otro Guillermo de Castellnou y no de Canet; pero yo me atrevo á indicar, como una sospecha, pues es muy difícil, para mí al menos, poner en claro ciertas cosas relativas á este punto de nuestra historia, que pudieron partir á un tiempo de Collo dos embajadas: la una con la misión pública de ir á ver al Papa, la otra con la misión secreta de pasar á Sicilia, y ésta fué la de Pedro de Queralt y Guillermo de Castellnou. (Véase el texto.)

se, y, regresando á Collo, dieron parte de su misión al rey.

Esto es lo que refiere Desclot; pero si hemos de creer á un autor moderno, que en todo lo concerniente á sucesos anteriores y posteriores á las *Vísperas sicilianas* ha hecho grandes y aprovechadísimos estudios [1], la cosa, aunque en el fondo exacta, pasó de distinta manera, ó, por mejor decir, hubo más de lo que Desclot nos cuenta.

Así, pues, Amari, apoyándose en muchas y respetables autoridades [2], y abriendo en este punto nuevos caminos á las investigaciones históricas, nos dice que los embajadores mandados por D. Pedro al Papa fueron Pedro de Queralt y Guillermo de Castellnou. Estos dos caballeros catalanes, navegando de África á Montefiascone, donde entonces se hallaba Martín IV, aportaron á Palermo como obligados por el mal tiempo, en ocasión en que los barones y síndicos de la ciudad se hallaban reunidos en parlamento para ver cómo se conjurarían los graves males que les amenazaban. Carlos de Anjou sitiaba á Mesina con grandes é imponentes fuerzas; la república era débil para oponer seria resistencia al francés, y la Sicilia estaba próxima á caer de nuevo en las garras del que se arrojaba sobre ella como tigre sobre su presa. En tal conflicto se hallaban cuando llegó Queralt á Palermo, y allí, impulsado sin duda por los partidarios de la casa aragonesa, se presentó al parlamento á ofrecerles un camino de salvación diciéndoles que llamasen al rey D. Pedro, príncipe de grande alma como de gran valor, con derechos indisputables á la corona, y que se hallaba precisamente muy cerca al frente de un aguerrido ejército. El parlamento acogió la propuesta como un medio salvador, y acordó-

1 Miguel Amari: *Guerra del vespro*, tomo I, págs. 179 y siguientes.

2 He tenido ocasión de verificar algunas de sus citas, hallándolas exactas.

se ofrecer la corona á D. Pedro, bajo condición de observar las leyes, franquicias y costumbres del tiempo de Guillermo *el Bueno* y de socorrer á la Sicilia con todas sus fuerzas hasta arrojar del país á los enemigos [1].

Fuese, pues, una sola la embajada ó hubiese dos, según es más probable, una pública al Papa y otra secreta á los sicilianos, á fin de averiguar ésta si el terreno estaba ya preparado en Sicilia, y al objeto de ver aquélla si con su probable negativa daba el Papa pretexto á ulteriores designios, es lo cierto que, ínterin estaba D. Pedro en Collo, los palermitanos se decidieron á aclamarle por rey y á ofrecerle la corona como esposo de Constanza de Sicilia, cuya hermana y hermanos se hallaban entonces presos en Nápoles por Carlos de Anjou.

Una embajada partió al efecto de Palermo, á cuyo frente iban Nicolás Coppola, palermitano, y un caballero catalán, domiciliado en aquella ciudad, siendo un error lo que se ha asegurado, de formar parte de ella Juan de Prócida, del cual se ha descubierto que no fué á Sicilia sino cuando la reina Doña Constanza. Los embajadores se presentaron á D. Pedro, no de la manera como con tanta poesía cuenta Muntaner, sino ya con más dignidad según refieren Desclot y otros historiadores, ofreciéndole la corona y el reino en nombre del parlamento, pero bajo la condición de gobernar con las franquicias

1 De esta sesión de nobles y ciudadanos en Palermo habla también Desclot (cap. LXXXVII); pero no dice que la proposición de aclamar á D. Pedro fuese hecha por Pedro de Queralt, sino por el que él llama capitán de los hombres de Palermo sin citar su nombre. Ahora bien; el primero de los capitanes del pueblo de Palermo era Ruggiero Mastrangelo, y éste debía ser un entusiasta partidario de D. Pedro y un gran defensor de su causa, á juzgar por los dones y mercedes que le hizo el rey, luego de ser proclamado, según consta en los archivos de aquella ciudad. Lo dicho por Desclot puede ser exacto, y concuerda en parte con la relación de Amari.

de Guillermo [1]. D. Pedro no respondió en el acto; acogió bien á los embajadores; mandóles regalar y hospedar, y díjoles que consultaría con sus barones.

Tuvo lugar la reunión de éstos en consejo, pero no parece que pasara todo en tan perfecta armonía como nuestros cronistas suponen. El rey contó á los suyos el objeto que trajera á los embajadores sicilianos, y les manifestó su intención de pasar á Sicilia, *ya que el Papa no quería darle socorro para quedarse allí y conquistar la tierra de África*. Lejos de haber entonces la unanimidad de pareceres que se supone, los hubo distintos y encontrados. Mientras que algunos estaban porque se satisfaciese el deseo de los sicilianos, pues se ofrecía ocasión de conquistar aquel reino sin derramamiento de sangre, otros decían que no debía D. Pedro aventurarse, por codicia de adquirir un nuevo trono, á emprender negocio de tal monta, pues acaso iba á aventurar en ello lo que entonces poseía pacíficamente. Estas y muchas más razones se dieron para hacer desistir al rey de su proyecto, y hasta se levantó una voz patriótica manifestando que lo que trataba de hacer D. Pedro no podía efectuarse sin el consentimiento y dictamen de las Cortes del reino [2].

Mientras todo esto tenía lugar y esperaba el rey para decidirse el regreso de la embajada que había mandado al Papa, continuaban cada día las escaramuzas con los moros y sucedíanse los encuentros. Las crónicas hablan de un brillante hecho de armas que llevó á cabo el conde de Pallars, de quien se cuenta que arremetió solo contra un grupo de moros, sin cuidar de ver si los de su mesnada le seguían, derribando á cuatro de los enemigos con su caballo y matando á dos con su lanza. Sin embargo, mal le hubiera ido acaso al conde de Pallars, que

1 Calla esta circunstancia Muntaner, pero se lee en Desclot, cap. XC.

2 Zurita, IV, XXII.

se vió en el acto rodeado de moros, si prontamente no hubiesen acudido en su auxilio el conde de Urgel y dos donceles que eran hijos de Vidal de Sarriá. Combatieron estos cuatro hombres, mezclados entre 50 ó 60 caballeros moros, y después de haber ayudado en un lance el conde de Pallars al de Urgel, como éste le ayudara á él antes, retiráronse vencedores y satisfechos al campamento, donde reciamente hubo de reñirles el rey por haberse expuesto á tal peligro [1], al par que no pudo menos de felicitar al conde de Pallars por su brillante arrojo.

Iban sucediéndose los lances como éste y cada día se presentaba nueva ocasión á los caballeros cristianos y moros para sus torneos, tomando alguna vez parte los almogavares. Los sarracenos comenzaron en esto á tratar con el rey proponiendo darle una indemnización en dinero por los gastos de la guerra si abandonaba su empresa, y andaba D. Pedro en negociaciones con ellos, cuando de nuevo llegaron á su presencia los embajadores de Sicilia, á quienes urgía realmente que el monarca tomase una pronta resolución, ya que Mesina seguía sitiada por Carlos de Anjou y la suerte de Mesina iba á ser la de Palermo. D. Pedro, en esta situación, prescindió del parecer contrario de muchos de sus barones, y aceptó la corona que se le ofrecía, dando en seguida terminantes órdenes para abandonar la población de Collo, embarcarse el ejército y partir á Sicilia. En tres días estuvo todo dispuesto y la gente embarcada, y cuando lo hubo hecho el rey, el último de todos, mandó que la marinería bajase á tierra y prendiese fuego á la ciudad por varios puntos [2].

Así se ejecutó, y aquella misma noche, al rojo res-

1 Desclot.—Monfar.

2 Desclot.

plandor del incendio que convertía á Collo en una vasta hoguera, zarpó la flota é hizo vela hacia Trápani, á donde llegó sobre el 30 de Agosto, aquél que, como ha dicho el gran poeta,

d' ogni valor portó cinta la corda.

CAPÍTULO XXVII.

Manifiesto del rey de Aragón al de Inglaterra.—Recibimiento de D. Pedro en Trápani y en Palermo.—Es aclamado rey por el Parlamento.—Sus primeros actos.—Valor de los mesinenses.—D. Pedro requiere á Carlos de Anjou para que abandone el país.—Carlos levanta el sitio de Mesina.—Mesina recibe en triunfo á D. Pedro.—Primera victoria en los mares de Sicilia.

(Setiembre y Octubre de 1282.)

Antes, empero, de embarcarse para Sicilia, el monarca aragonés, como si tratara con esto de hacer una manifestación á las potencias extranjeras, escribió desde Collo al rey de Inglaterra participándole su resolución de pasar á Sicilia y fundando los motivos que á ello le obligaban. Cito este documento diplomático, que es por cierto muy poco conocido, y de que no hallo que haga mención ninguno de nuestros cronistas ni analistas, por el interés y la nueva luz que arroja sobre este punto de nuestra historia. En esta carta ó manifiesto, que se ve escrito después de la llegada de los embajadores sicilianos á Collo, D. Pedro de Aragón dice á Eduardo de Inglaterra, «que se había propuesto ir á África para el servicio de Dios, y que al efecto había enviado un embajador al Papa pidiéndole la ayuda de algún subsidio, pero que no le había contestado; que hallándose ya

en Berbería y en el lugar de Collo (el documento dice Aitoll, pero se nota el error de copia), á donde había ido para mayor gloria de la fe cristiana, y oído el parecer de los nobles de su tierra, había enviado nuevamente otro embajador al Pontífice pidiéndole que le ayudase en la empresa contra moros comenzada, con la décima que percibía la Iglesia en el reino de Aragón, sin que esta embajada consiguiese más que la anterior; que en esto, y mientras estaba allí luchando con los enemigos de la fe, se le presentaron mensajeros sicilianos diciéndole cómo esta tierra le aclamaba por su señor; y que entonces, viendo que esto era honroso y conveniente para él, se decidió á pasar á Sicilia y aceptar aquel reino en virtud del derecho que allí tenían su esposa y sus hijos (IV).»

D. Pedro fué recibido con verdadero entusiasmo en Sicilia. Su viaje de Trápani á Palermo fué una continuada ovación, habiéndolo verificado por tierra, ínterin la armada, al mando de Ramón Marquet, se dirigía por mar á dicha ciudad. Palermo se vistió de fiesta para recibir á su nuevo rey, que se le aparecía como su libertador. Las casas se presentaron adornadas con hermosas colgaduras de seda y de brocado, los prelados y caballeros acudían de todas partes á felicitarle y besarle la mano, grupos de hermosas palermitanas iban delante de él danzando al son de acordes instrumentos, llovían flores de todos los balcones, y el pueblo, agrupándose en torno de su caballo llevado de las riendas por nobles sicilianos, gritaba sin cesar: «¡Salud y bienandanza al que el cielo nos envía para librarnos de nuestro feroz enemigo!»

Más respetuoso el rey con las leyes y costumbres del país cuyo territorio acababa de pisar, de lo que parecía haberlo sido en Cataluña, luego de hallarse en Palermo se presentó al parlamento de barones, caballeros y re-

presentantes de ciudades y villas. Allí preguntó si había sido de voluntad del parlamento y con anuencia de éste que se le hubiese enviado una embajada á Berbería para ofrecerle la corona, y habiéndosele contestado que así era en efecto, el rey prometió cumplir y hacer cumplir para con el país las franquicias del buen rey Guillermo, poniéndose inmediatamente en pie todos los miembros del parlamento y jurándole fidelidad [1].

Las fiestas, las iluminaciones y el regocijo público continuaron por algunos días, aprovechando el rey Don Pedro aquel entusiasmo para hacerse popular con sus primeros actos. Se comenzó por dirigir al Papa un manifiesto diciéndole cómo había sido voluntad de la nación el tomar un nuevo príncipe, y en seguida expresó D. Pedro su voluntad de marchar al socorro de la sitiada Mesina, mandando al efecto tomar las armas á todos los que estaban comprendidos en la edad de quince á sesenta años.

La idea de ir al socorro de Mesina hallábase entonces en la mente de todos, ya que aquella ciudad continuaba siendo víctima del sitio que con poderosas fuerzas había ido á ponerle Carlos de Anjou. Mesina había sabido mantenerse firme ante las armas del francés, y si por un momento vacilara manifestando deseos de capitular, recobró toda su dignidad y ánimo negándose resueltamente á someterse, cuando supo las injuriosas y humillantes condiciones con que Carlos quería penetrar en ella. Alaimo de Lentini, gobernador de la ciudad sitiada, dijo que, antes que volver á reconocer el señorío

1 Varios son los que han dicho, engañados sin duda por lo que escribe Muntaner, que D. Pedro fué coronado rey de Sicilia luego de su llegada á Palermo. Amari (tomo I, págs. 185 y siguientes, y tomo II, pág. 365) aduce muchas razones y documentos para tratar de probar que esto no es cierto, apoyándose también en la misma autoridad de Desclot que, efectivamente, nada dice de esta coronación.

de Carlos, moriría con todos los habitantes sepultado entre los escombros de Mesina.

El rey D. Pedro, al frente de su hueste catalana-aragonesa y de las milicias sicilianas, había ya en esto salido de Palermo, adelantándose hasta Randazzo, mientras que su escuadra se dirigía á dar la vuelta al Faro con objeto de cortar por mar las comunicaciones de Carlos con la Calabria é impedir que fuese abastecido su campo. Antes, empero, de comenzar las operaciones militares, y siguiendo siempre la caballeresca costumbre de los tiempos, D. Pedro envió mensajeros al de Anjou con una carta por la cual le requería para que abandonase la tierra de Sicilia, que era suya y de sus hijos. Los embajadores fueron Pedro de Queralt, Ruiz Jiménez de Luna y Guillermo Aymerich, juez de Barcelona [1]. Presentáronse los tres á Carlos de Anjou, que

1 Zurita dice que el tercero de los embajadores fué Guillermo de Castellnou, y no Aymerich; pero no cita el dato en que se apoya para esta sustitución. Yo sigo en esto á Desclot, que es autor á quien, cuanto más se estudia, mayor crédito se da. Ha llegado ya la ocasión de hablar de esta carta dirigida por D. Pedro al de Anjou por medio de los tres embajadores citados. Desclot y otros dicen la sustancia de la carta, pero no la trasladan. Sin embargo, la insertan Saba Malaspina, Villani, Rymer, Romey y otros autores, aunque cada uno da de ella una versión distinta. La que goza más crédito, la que se tiene como fiel, es la del Rymer, la misma que traslada Romey, y sin embargo, es tan apócrifa como las demás. Amari ha hecho en este punto un minucioso estudio que lo aclara perfectamente y no deja lugar á duda (tomo I, págs. 189 y siguientes de su *Guerra del Vespro*). En la carta que se supone dirigida al de Anjou por D. Pedro, éste alega la sola é ignota razón de haberle sido adjudicado el dominio de Sicilia por autoridad de la Iglesia y concesión del papa Nicolás III, lo que evidentemente no es cierto. Ni en su manifiesto escrito al rey de Inglaterra ni en otros documentos, habla D. Pedro una palabra de esta pretendida concesión, sino de derechos más reales y positivos fundados en el de Doña Constanza y en el de la aclamación del país. Esta y otras muchas circunstancias, no siendo la menor la de estar escritas en italiano vulgar tanto la carta de D. Pedro como la que se supone contestación de Carlos, hacen que

los recibió sentado en un lecho cubierto de ricas colgaduras de seda, y llevando la palabra el de Queralt entregó la carta de D. Pedro, repitiéndole de palabra en nombre de éste que saliese de aquella tierra que no era suya, sino de él y de sus hijos, á quienes por sus legítimos derechos había llamado y aclamado el país.

Luego que Carlos hubo oído al de Queralt, permaneció buen rato en silencio, royendo según su costumbre cuando estaba irritado, el bastoncito ó cetro que llevaba siempre en la mano; pero rompió por fin el silencio para decir que la Sicilia no era de Pedro de Aragón ni suya tampoco, sino de la Santa Iglesia romana. Sin embargo, se avino á tratar con los embajadores, pero les pidió que fuesen á Mesina y solicitasen en nombre del rey de Aragón una tregua de ocho días, durante la cual y los cuales entrarían en negociaciones. Es fama que Pedro de Queralt y sus compañeros se dirigieron entonces á la ciudad, y desde el pie de sus muros pidieron á Alaimo de Lentini, en nombre del monarca aragonés, que tuviese treguas con Carlos hasta que ellos, embajadores del primero, hubiesen tratado con el último; pero Alaimo, que no les conocía como tales embajadores y que temió se le armara un lazo, se negó á ello. Volviéronse, pues, al campo francés á dar cuenta de su mensaje á Carlos, y éste les dijo que, por su parte, daríales contestación al día siguiente; pero se embarcó secretamente aquella misma noche, pasando á Calabria y dejando órdenes apremiantes para levantar el sitio.

Vista la actitud tomada por D. Pedro de Aragón y conocido su plan de operaciones, el sitio de Mesina era ya insostenible. Por esto decidió el de Anjou abandonar-

deban tenerse realmente como apócrifas y forjadas por los novelistas de la época. Lo positivo es que D. Pedro envió una carta á Carlos, cuyo contenido se ignora, pero cuya sustancia debía ser la que Desclot indica. No creo conste que Carlos diese contestación.

lo, aconsejado de sus capitanes. Graves historiadores han dicho que le obligó á levantar el sitio el haber sido atacado y vencido por las tropas de D. Pedro; pero esto no es exacto, siendo un error inspirado por un cuento de Muntaner. Es verdad que aparece como cierto el haber penetrado en Mesina en auxilio de los sitiados una fuerza mandada por Nicolás de Palizzi y Andrés de Próci-da, nobles sicilianos del partido aragonés, á quienes siguió también un cuerpo de almogavares; pero es lo cierto que Carlos decidió levantar el sitio en vista de las noticias que tuvo de estar próxima á interceptarle las comunicaciones la escuadra catalana.

Cuando los de Mesina supieron y vieron que los franceses huían, efectuaron una salida, arrojándose sobre la retaguardia del ejército de Carlos y destrozándola. Se dice que hasta 500 cadáveres quedaron tendidos en el campo de batalla, y que á duras penas pudieron salvarse muchos caballeros de la hueste, refugiándose precipitadamente en los buques, no sin abandonar parte de sus tiendas á los mesinenses, que se retiraron á la ciudad victoriosos y cargados de botín [1]. Cuéntase tam-

1 Sigo especialmente á Desclot y á Amari, ya que, entre todos los autores que he tenido ocasión de examinar, me parecen ser los más fieles y los que mejor informados se hallan. Los muchos documentos que con respecto á los asuntos de Sicilia cita, aduce y publica Amari, vienen á robustecer la opinión que de verídico historiador gozaba ya nuestro Desclot, y no hacen sino probar lo bien informado que se hallaba y la escrupulosa exactitud de sus relatos. En cambio, todo lo que en el concepto de la crítica histórica gana Desclot, lo pierde Muntaner, cuya crónica, sin embargo, tiene bellezas de primer orden bajo el punto de vista literario, y será siempre un monumento que honre á las letras catalanas, sin por esto dejar de ser también una fuente para la historia en ciertos y determinados pasajes. Debo hacer y hago esta manifestación para que no se me crea interesado en hacer resaltar los errores de Muntaner. Yo el primero deploro esa adulación servil á los reyes que en este cronista se nota, y que es por cierto impropia del carácter de los catalanes de su tiempo, lo cual ha dado lugar á que Amari dijera que

bién que el vecindario de Mesina y los almogavares, que se supone habían entrado en ella, corrieron en seguida al arsenal, donde prendieron fuego á más de 150 galeras y otros buques, que Carlos de Anjou había mandado aprontar para pasar con aquella armada á Constantinopla. El tirano de Sicilia estuvo mirando desde la otra orilla el incendio, y, al decir de las crónicas, mordió con rabia el cetro, que ya sabemos acostumbraba á empuñar, exclamando: «Señor Dios, ya que os empeñáis en anonadarme, que sea al menos poco á poco.»

La noticia de haberse levantado el sitio de Mesina recibióla en Randazzo el rey D. Pedro, sin atreverse á darle entero crédito hasta que por varios mensajeros le fué confirmada. No tardó, sin embargo, en recibir oficialmente una embajada que le enviaron los mesinenses,

Muntaner, en todo lo que no es favorable á los reyes, *ó calla ó miente*, y á que Buchón exclamara con cruel sarcasmo, que Muntaner quería absolutamente para los reyes *el más elevado trono en este mundo y el mejor sitio del Paraíso en el otro*; pero en cambio reconozco, y reconoceré siempre las altas bellezas de esta crónica. Cito algunos de sus errores, y digo, por ejemplo, que—históricamente hablando—no hay que darle crédito en lo que cuenta de la batalla ganada por los almogavares á las puertas de Mesina y de su matanza de franceses, no por rebajar en lo más mínimo el valor de este cronista en el concepto público, sino para mostrar que dramatizó y novelizó mucho los hechos, quizá con el buen fin de hacer que fuesen así de más sabrosa lectura y sirviesen mejor de enseñanza al pueblo, que acaso de otro modo no los hubiera leído. Yo no repruebo, pues, lo hecho por Muntaner, y lejos de reprobarlo, lo aplaudo en cierto concepto; pero tengo interés en demostrarlo, aunque no sea sino para hacer constar que, al fin y al cabo, Muntaner sólo hizo lo que en nuestros tiempos hicieron otros, á saber: dramatizar ciertos puntos históricos para popularizarlos con buen fin y de buena fe en forma de leyendas y novelas. Si en nuestra época, tan poco aficionada á estudios serios, ha sido esto en nosotros un crimen, como se ha dicho y se ha escrito, ¿qué no sería entonces en Muntaner? A Muntaner se ha dado fe y carta blanca de historiador, pretendiendo con su autoridad poner en ridículo á los que, bien mirado, no han hecho sino lo que él, y por cierto con menos servilismo, y guardando más rigorismo histórico.

pidiéndole que entrase en la ciudad, á lo que D. Pedro accedió de buen grado. Allí se dirigió, pues, al frente de su hueste, formada de catalanes, aragoneses y sicilianos, y pocas ciudades han recibido jamás á rey alguno con el entusiasmo con que lo fué D. Pedro por la de Mesina. Las calles estaban cubiertas de ramajes y alfombradas de yerbas olorosas; las casas ostentaban ricas colgaduras; los más entusiastas vítores llenaban el espacio, y una numerosa cabalgata de nobles y lujosos caballeros acompañaba al monarca aragonés. Confundida entre los nobles iba una gentil matrona, con militares arreos vestida, cubierta de ricas mallas y empuñando una maza de plata. Era Macalda Scaletta, esposa de Alaimo de Lentini, aquélla de quien, sin nombrarla, dice Desclot que *era molt bella é gentil, é molt prous é valent de cor é de cos*; aquélla de quien cuenta el mismo cronista, que valía por un caballero y que rondaba todos los días por la ciudad al frente de una compañía de 30 jinetes; aquélla, en fin, que, al decir de las historias de Sicilia, trató de prender en sus lazos á Don Pedro, sin poderlo conseguir, no perdonando jamás á la reina Constanza la fidelidad que en semejante ocasión supo guardarle su esposo.

Duraban aún las fiestas y el regocijo público, cuando se tuvo noticia de que Carlos de Anjou despachaba una numerosa flota de galeras y otros buques cargada de armas, de caballeros y de soldados que regresaban á sus tierras. La coyuntura se halló á propósito para conseguir una jornada de gloria en el mar. De distintas y múltiples maneras se ha contado por los autores esta jornada; pero todos acaban por confesar la victoria de nuestra armada, que venció á la enemiga, siendo ésta infinitamente superior á la nuestra. Como en esto se hallan todos acordes, el hecho debe darse por sentado como indudable. Siguiendo á Desclot, la flota catalana

contaba sólo con 14 galeras, mientras que la contraria tenía 40, siendo el éxito del combate tan afortunado y tan brillante, que los nuestros regresaron á Mesina con 22 galeras apresadas y 4.500 prisioneros, á todos los cuales el rey D. Pedro puso generosamente en libertad, después de haberles dado á cada uno una moneda de plata y después de exigirles por juramento que no harían más armas contra Sicilia [1].

Quién fuese el almirante que llevó á cabo esta señalada victoria, no lo dice Desclot. Unos escriben que fué el hijo natural del rey, D. Jaime Pérez, y otros dicen que Pedro de Queralt ó Ramón de Cortada, que parece eran entonces vicealmirantes. Muntaner cuenta este hecho de un modo admirable, pero puramente novelesco. Comparando su texto con el de Desclot y con el de otros autores contemporáneos, se ve que añadió muchos incidentes fabulosos, vistiendo el hecho á su manera, aunque con ricas galas de imaginación, adelantando y posponiendo sucesos; diciendo que fueron 6.000 los prisioneros y 45 las galeras apresadas; no hablando de la gente enemiga que murió, por ser innumerable; refiriendo un episodio del rey D. Pedro, inverosímil bajo todos conceptos, y que por Desclot se halla contado con naturalidad y como sólo pudo y debió ser; relatando el asalto y saqueo de Nicotera (Nicotra) como consecuencia de esta jornada, siendo así que no tuvo lugar hasta 1284, y formando, en fin, un lío tal y un embrollo de tal consideración, que, por creerle autoridad, han cometido gravísimos yerros muchos autores respetables [2].

1 Desclot, cap. XCVIII.

2 Muntaner, caps. LXVII y siguientes.—Son, en efecto, algunos y respetables los autores á quienes las poéticas relaciones de Muntaner han inducido á error por creerlas verídicas, entre ellos Capmany y Romey, que por seguir á este cronista adelantan dos años la batalla de Nicotera, ganada por Roger de Lauria, que mal la podía ganar en Octu-

Sean, sin embargo, cuales fueren la exageración y las inverosímiles proporciones dadas por este autor al hecho, ello es que hay certeza en el fondo, y que, si no 45, fueron por lo menos 22 las galeras apresadas que las nuestras entraron á remolque en el puerto de Mesina, *ab la popa á revers y ab las senyeres de Carles tiragascant per la mar* [1]. Victoria fué y espléndida la primera que en los mares de Sicilia consiguió la marina catalana sobre la de Carlos de Anjou; victoria fué y espléndida la que abrió los anales de una brillante serie de jornadas de gloria marítima para nuestras armas, como si Dios las hubiese bendecido por el admirable rasgo de clemencia que esta primera jornada inspiró á D. Pedro, haciendo que diese libertad y devolviese á sus familias á 4.500 prisioneros, que hubieron de separarse de él llorando y diciendo á gritos: *¡Deus te do vida, rey de misericordia!* [2].

bre de 1282, cuando aún no era almirante. La poesía, la brillantez de estilo y la especie de cándida naturalidad de Muntaner no sedujeron, sin embargo, á Zurita en muchas ocasiones, y ésta una de ellas. Leyendo á Zurita con algún estudio, se observa que raras veces cita nombres de autores y casi nunca los documentos en que se apoya, aceptando como suyo y como cosa de fe lo que sus trabajos le podían hacer creer verdadero. Con Muntaner, sin embargo, no sigue generalmente esta conducta, y lo cita á menudo como si recelase de él; y cuando se le ocurre referir algo de su crónica, lo nombra como para no contraer responsabilidad, y hasta algunas veces añade la frase, muy sospechosa en Zurita, de *si es verdadero, si es exacto lo que pone Muntaner.*

1 Desclot, capítulo citado.

2 Idem, id.

CAPÍTULO XXVIII.

Parlamento de Catania.—Carlos de Anjou envía á desafiar á D. Pedro.—Embajadores de D. Pedro á Carlos de Anjou.—Condiciones con que se acordó el duelo entre el rey de Aragón y el de Nápoles.—El Papa excomulga á D. Pedro.—Sorpresa de Catona.—Roger de Lauria nombrado almirante.—Decide D. Pedro pasar á Calabria.—El príncipe de Salerno desampara Reggio y esta plaza proclama á D. Pedro.—Sorpresa de Seminara.—Sitio de Geraci.—Regreso de D. Pedro á Sicilia y por qué.—Peste en el campo francés.—Llegada de Doña Constanza y sus hijos á Mesina.—Parlamento en Mesina y discurso de D. Pedro.—Nombramientos hechos por el rey.—Fracaso de la conspiración de Gualtero de Caltagirone.—El rey parte de Sicilia.

(De Octubre de 1282 á Mayo de 1283.)

Llegada es ya la ocasión de hablar de ese famosísimo duelo entre Pedro de Aragón y Carlos de Anjou, que ha promovido tantos y tan serios debates entre los historiadores; pero primero conviene decir que D. Pedro reunió parlamento en Catania ante el cual, mostrándose siempre más adicto á las costumbres y libertades de su nuevo reino de lo que lo fuera hasta allí con su antiguo de Cataluña y Aragón, aprobó varias medidas conducentes todas á realzar las franquicias del país, manifestando que «el bien de los súbditos era el bien del monarca, y que la libertad salvaba lo que destruía el despotismo.» El parlamento, en cambio, acordó y votó los subsidios que para continuar y sostener la guerra necesitaba el monarca [1].

El 24 de Octubre estaba ya de regreso en Mesina, y presentósele entonces, según parece lo más probable,

1 Miguel Amari, tomo I, pág. 206, y tomo II, documento XI.

un fraile predicador llamado Simón de Lentini, quien, de parte de Carlos de Anjou y en nombre de éste, le dijo «que no había entrado en la tierra de Sicilia como leal y bueno, sino malvadamente, como no debía, y que estaba dispuesto á probárselo con las armas.» A este mensaje que por el fraile le fué transmitido, contestó D. Pedro que «entre él y Carlos de Anjou hacía ya tiempo que los homicidios de Manfredo y de Conradino habían roto la guerra, que el reino de Sicilia lo tenía con razón y derecho por herencia y elección del pueblo, que mentía quien le llamaba traidor, y que sí que se lo mantendría en duelo [1].»

Pero como no dejaba de ser muy informal aquel mensaje y no era negocio para ser tratado por frailes, Don Pedro envió en el acto sus embajadores al de Anjou á fin de preguntarle si había autorizado el mensaje, para que en caso afirmativo contestaran á él inmediatamente y en su nombre. Se dice por algunos que los embajadores que pasaron á Reggio fueron el vizconde de Castellnou y Pedro de Queralt. Fuesen ellos ú otros (Desclot á nadie nombra), los enviados del aragonés se presentaron á Carlos de Anjou, y al contestarles éste que, hubiese ó no autorizado el mensaje, D. Pedro había entrado en Sicilia malvadamente y como no debía, entonces aquéllos respondieron en nombre del rey de Aragón que quien dijera esto lo decía como á falso y

1 Sigo principalmente á Amari, que es de cuantos autores he visto el que me parece haber hecho más profundos estudios en este punto. Antes, empero, he verificado sus principales citas y las he hallado exactas. En todo lo referente al duelo se aparta Amari muy poco de Desclot, y por los documentos aducidos por aquél se ve la exactitud de éste. El moderno historiador de Sicilia deja plenamente probado que la provocación fué de parte de Carlos de Anjou y el desafiado D. Pedro, al revés de lo que sientan muchos historiadores. Debo advertir aquí, para no menudear demasiado las notas, que no sigo á ciegas las opiniones de Amari y que me aparto en algunos puntos.

desleal, estando D. Pedro dispuesto á sostenérselo cuerpo á cuerpo y dándole ventaja de armas.

En tal estado las cosas, fueron y vinieron mensajes de Calabria á Sicilia, de Sicilia á Calabria, y aunque nunca se ha podido deslindar bien y de una manera exacta todo lo que medió realmente con tanto ir y venir de embajadores, y aunque la crónica de Muntaner, que debe siempre tenerse á la vista, induce á confusión por el carácter novelesco de su relato, paréceme á mí ver claro en todo aquel asunto, que D. Pedro se portó noble y caballerosamente, ofreciendo primero batirse sin arnés contra Carlos, cubierto de todas armas; combatir con el príncipe de Salerno ó contra cualquier rey ó hijo de rey, cuando Carlos se negó al duelo cuerpo á cuerpo; y por fin, lidiar en campo abierto con 100 caballeros por parte, cuando tampoco fué aceptada su segunda proposición.

Dos meses se pasaron después de pronunciado el reto, sin que entrambos soberanos se hubiesen puesto de acuerdo sobre el modo de efectuarlo, hasta que, por último, realizadas muchas idas y venidas de distintos embajadores, lograron los últimamente nombrados convenir en los pactos, sustancialmente citados á continuación, los cuales merecieron la aprobación y ratificación de ambos monarcas contendientes, quienes los firmaron á 30 de Diciembre de 1282:

1.° Que la batalla y desafío tendría lugar en Burdeos, ciudad que era á la sazón del rey de Inglaterra, en el sitio que éste tuviese por más conveniente.

2.° Que los dos reyes, el de Aragón y el de Nápoles, se presentarían ante el de Inglaterra para efectuar este combate el día 1.° de Junio de 1283.

3.° Que si el rey de Inglaterra no podía estar en persona en Burdeos, no por esto los dos reyes quedaban libres de presentarse ante el que el mismo monarca hu-

biese autorizado para levantar auto de su comparecencia.

4.° Que si el rey de Inglaterra no se hallaba personalmente en el sitio ni enviaba alguno para hacer sus veces, los dos reyes deberían presentarse ante aquél que por él gobernase en Burdeos.

5.° Que el combate sólo debería tener lugar en presencia del rey de Inglaterra y no ante cualquiera de las gentes de este rey, fuese quien fuese, á no ser que entrambos antagonistas convinieran por consentimiento mutuo en combatir sin la presencia de Eduardo I.

6.° Que si alguno de los dos reyes de Aragón y de Nápoles faltaba á presentarse el día designado, pudiese ser tenido por falso, desleal y cobarde, de manera que no pudiese en adelante titularse rey, ni traer guión ni sello, ni montar á caballo, ni andar entre caballeros.

7.° Que ninguno de los dos podía mandar, procurar ni consentir que se pusiese impedimento á la batalla; y el que tal hiciese, quedase por el mismo hecho tachado de perjuro y falto de fe.

8.° Que no podían llevar en su compañía más gente de guerra que los 100 caballeros que se señalasen por cada parte para entrar en la batalla, y pocos más para su servicio [1].

Para mayor seguridad y firmeza de estas estipulaciones, después de haberlas firmado ambos reyes, aseguraron por cada parte su puntual cumplimiento 40 de los principales caballeros de cada corte, que como fiadores continuaron al pie de ellas sus firmas. Entre las de aquéllos que firmaron por parte del rey de Aragón,

1 Tomás Rymer en su compilación de los actos públicos de Inglaterra, tomo II, págs. 226 y siguientes.—Carbonell en sus *Chroniques de Espanya*, págs. 72 y siguientes.—Desclot, cap. VI.—Muratori Ant. Ital. Med. Ævi, tomo III, pág. 655.—Henry en su *Historia del Rosellón*, tomo I, nota XV.—*Efemérides* de Flotats.

están las de Arnaldo Roger, conde de Pallars; Armengol, conde de Urgel; Pedro Fernández de Híjar, hermano natural del rey; Pedro de Queralt, Bernardo Roger de Erill, Roger de Lauria, etc.

Mientras todo esto tuvo lugar, no se suspendieron las hostilidades conforme vamos á ver; pero antes digamos cómo á la noticia del desembarco del rey D. Pedro en Sicilia, se enfureció de tal manera el Papa, que ya no vaciló en lanzar los rayos de sus iras sobre el monarca aragonés. Martín IV, que había fulminado una excomunión contra los habitantes de Palermo, á causa del degüello de los franceses y de su levantamiento, lanzó iguales censuras contra D. Pedro, manifestando que tanto él como cuantos le acompañaban incurrían en ellas por no haber hecho caso de la amonestación que á todos los monarcas dirigiera la Santa Sede el día de la Ascensión, encargando que nadie fuese osado á prestar auxilio á los sicilianos rebelados. En su consecuencia, el Pontífice declaraba á D. Pedro y á los suyos excomulgados y sujetas sus tierras al entredicho eclesiástico, inhibiendo á aquél de titularse rey de Sicilia y de ejercer las funciones de su soberanía. En esta bula declaraba también el Papa, que si D. Pedro no había evacuado la Sicilia por la fiesta de la Purificación, expondría su persona y bienes muebles para que fuesen ocupados por cualquiera que los quisiese, le privaría de cuantos feudos y otros bienes tenía por la Iglesia, y absolvería á sus vasallos del juramento de fidelidad, reservándose, empero, para después de finado el plazo, privar á D. Pedro del reino de Aragón y proceder contra él según hubiese lugar.

No era hombre, aquél á quien la posteridad debía llamar *el Grande*, para hacer caso de anatemas ni excomuniones, ni para que con esto se le obligara á retroceder en el camino una vez por él emprendido. Si he-

mos de dar crédito á algunos historiadores, las censuras fulminadas contra D. Pedro de Aragón y los territorios de su dominio no produjeron efecto, por el pronto al menos, pues fueron despreciadas no sólo por el rey, los barones y demás láicos, si que también por los obispos, el clero y los religiosos de todas las órdenes, los cuales no quisieron darse por excomulgados ni observar de modo alguno el entredicho.

El Papa, decidido protector de Carlos de Anjou, no sólo sirvió á éste sometiendo á su causa las armas espirituales de la Iglesia, sino que le mandó una compañía de lucidos caballeros que había tomado á sueldo para que le prestasen ayuda [1]. Carlos, al recibir este refuerzo, lo envió á presidiar la plaza de Catona, como punto de vigilancia para guardar el estrecho, pero bien pronto los atrevidos almogavares tomaron á su cargo el dar cuenta de aquella guarnición.

Un día, á las primeras luces del alba, los franceses del presidio de Cardona se encontraron frente á frente con nuestros almogavares, que se les aparecieron como llovidos del cielo. Habían aquella noche pasado con 10 galeras el estrecho, en número de 2.000, y cercaron de improviso la plaza envolviéndola con sus humanos pliegues como con un cinturón de hierro. Sonó el clarín, arrojó la hueste catalana aquellos terribles alaridos de *¡Aur! ¡aur!* y *¡Desperta, ferro!* gritos de guerra almogavares, tan salvajes y feroces como los mismos que los lanzaban, y todos se precipitaron á un tiempo contra la ciudad y el enemigo que en vano trató de resistir.

Escribe Desclot que en esta jornada perecieron 500 franceses á manos de los nuestros, pudiendo éstos regresar á Mesina cargados de gloria y de botín; y ya que no es cierto lo que dice Muntaner de que en ella murió

1 Desclot, cap. CL.

el conde de Alenzón, pues le hemos de encontrar vivo más adelante, parece serlo, sin embargo, lo que con todos visos de certeza nos cuenta Desclot, de una admirable hazaña llevada á cabo por un almogavar de Tarragona, en el cap. CII de su crónica.

Siguiendo el orden fijado por los más autorizados historiadores, parece ser que la flota que pasó á Catona iba mandada por el almirante, hijo del rey, D. Jaime Pérez, el cual, satisfecho con la victoria, quiso dar un golpe de mano sobre Reggio, saliéndole fallidas sus esperanzas y teniéndose que retirar con notable fracaso. A consecuencia de esto, se cuenta cómo el rey se airó mucho con su hijo por haber traspasado las órdenes que había recibido y apeóle en el acto, dando á otro el título de almirante y recayendo afortunadamente la elección en aquél que estaba destinado á ser, poéticamente hablando, el verdadero rey del mar [1].

De todos modos, la jornada de Catona abrió camino á las empresas militares que debían inmediatamente llevar á cabo en la Calabria nuestras armas. Al comenzar el año de 1283, Carlos de Anjou, arreglado ya todo lo concerniente al duelo, nombró por lugarteniente suyo á su hijo el príncipe de Salerno, llamado Carlos como él y por vicio personal apellidado *el Cojo*, y partió á verse con el Papa, y también con su sobrino el rey de Francia, ya que á tener serias conferencias con ellos le obligaban lo grave de las circunstancias.

Por aquel entonces fué cuando D. Pedro decidió pasar á Calabria para en ella continuar activamente la

1 Véase el cap. IX de Amari.—El nombramiento de almirante librado á favor de Roger de Lauria, que publica Quintana al final de la vida de este ilustre marino, lleva, sin embargo, la fecha de 30 de Abril de 1283; pero esto no obstante, consta que el de Lauria, si quier fuese con título provisional, ejercía ya el mando en jefe de la armada por Enero de 1283 (Amari, tomo I, pág. 261).

guerra, aprovechando los favores de la fortuna que le sonreía. Mientras por un lado enviaba como de avanzada una hueste de almogavares, que se posesionaba de la extrema punta de la Calabria eligiendo por campamento los antiguos bosques de Solano [1] y dando mucho que hacer con sus atrevidas correrías á la ya consternada guarnición de Reggio, por otro enviaba galeras á Cataluña con orden de que su esposa é hijos se trasladasen á Sicilia á fin de ponerse al frente del gobierno de este país cuando él, llamado por el duelo, debiese abandonarle.

Teníalo ya todo dispuesto D. Pedro al objeto de efectuar el pasaje, y estaban ya nombrados Roger de Lauria y el conde de Pagliarico, el uno para conquistar y el otro para gobernar la tierra calabresa [2], cuando hubo de introducir alguna modificación en su plan á consecuencia de haber variado su línea de defensa el príncipe de Salerno, jefe entonces del ejército enemigo. Aconsejado el príncipe por varios de sus capitanes, entre ellos el conde de Alenzón [3], á quien, sin embargo, Muntaner nos da como muerto en la sorpresa de Catona poniendo para mayor confusión esta jornada antes de los primeros mensajes del duelo entre los reyes de Aragón y de Nápoles; aconsejado, pues, repito, por sus capitanes, el príncipe de Salerno decidió abandonar la plaza de Reggio por insostenible, trasladando su campamento á las llanuras de San Martín y de Terranova. Lo mismo fué volver los franceses las espaldas, que reunirse los habitantes de Reggio y enviar embajadores á Don Pedro sometiéndosele. El nuevo monarca de Sicilia pasó, pues, el estrecho con gran poder de gente y entró en Reggio, ya no como enemigo, sino como rey y li-

1 Amari, tomo I, pág. 213.
2 Idem, pág. 218.
3 Idem, pág. 212.

bertador, según lo hiciera en Palermo y en Mesina [1].

Toda la Calabria, entonces, fué enviando ocultamente mensajes á aquel monarca, que dió en aquella ocasión altas pruebas de lo mucho que valía como rey, como hombre político y hasta como soldado, ya que de él se refieren notables lances y hechos de armas que por malaventura no pueden tener cabida en una obra de las proporciones de ésta, so pena de escribir un volumen únicamente para hablar de D. Pedro. Hay, sin embargo, que hacer mención, siquier sea esto sólo, de la sorpresa de Seminara como una prueba del arrojo de nuestro monarca. Seminara estaba sólo dos leguas distante del campo del príncipe de Salerno, y sin embargo, Don Pedro osó una noche adelantarse hasta aquella plaza en la que entró por sorpresa, admirablemente auxiliado por sus almogavares, derrotando su guarnición, entrándola á saco y á fuego y retirándose con las primeras luces del día, seguro y victorioso [2]. Este audaz golpe de mano hubo de asombrar á la hueste francesa, que poco á poco vió cómo D. Pedro, gracias á sus conocimientos militares y á empresas tan atrevidas como la de Seminara, fué tomando las tierras que había en torno del enemigo, dejando á éste poco menos que circunvalado.

Otro de los episodios de aquella serie de jornadas, altamente honrosas para nuestro monarca, fué el sitio puesto á la plaza de Geraci, á la cual uno y otro día

1 La relación que de todo esto hace Amari, citando á cada paso autoridades, guarda perfecta armonía con lo que dice Desclot, siendo ello una nueva prueba de la exactitud y conciencia histórica de este cronista.

2 Refieren minuciosamente el hecho Bartolomé de Neocastro, capítulo LXI; Nicolás Speciale, cap. XXII del lib. I; Miguel Amari, páginas 218 y siguientes del tomo I, y con menos particularidades Desclot en su cap. CII. Distinguiéronse muy particularmente en esta jornada los caballeros catalanes En Pedro Arnaldo de Botonat y En Berenguer de Pera-Tallada.

daba asaltos, tratando de reducirla por hambre y por combate á un mismo tiempo. En grave aprieto había ya puesto D. Pedro á los anjoinos y cada día alcanzaba más lauros, viendo por consiguiente cada vez más próxima la sujeción de toda la Calabria, cuando la noticia de que amenazaban trastornos en Sicilia y la de haber llegado á Palermo la reina Doña Constanza, hiciéronle regresar á Mesina abandonando el teatro de la guerra [1].

El día 8 de Abril de 1283, hallándose D. Pedro al pie de los muros de Geraci, fué preso un espía de los enemigos, el cual, para librarse de la muerte, confesó ciertos tratos secretos del príncipe de Salerno con Gualtero de Caltagirone y otros barones de Sicilia, quienes se ofrecían á sublevar la isla y á entregársela asi que el monarca aragonés hubiese partido á Burdeos para el duelo. La gravedad de estas nuevas, que coincidían con

1 Si hubiésemos de seguir á Muntaner, no debiéramos conducir á la reina Constanza á Sicilia sino mucho más tarde, después de haber tenido lugar lo que contaremos que sucedió en Burdeos con motivo del duelo; pero desgraciadamente son tantos los errores históricos que comete Muntaner y tanto lo que trabuca la verdad, que á cada paso deberían ponerse notas para hacer ver sus muchas equivocaciones. En los puntos de que se trata en este capítulo, comete tantas inexactitudes y desfigura de tal modo los hechos por su afán de novelizar, que no es extraño que un autor respetable haya dicho de él, aunque con demasiada dureza por cierto, que chocheaba al escribir esta parte de la historia de Sicilia. Lo cierto es que entre los principales gravísimos yerros por este cronista cometidos, y que deben apuntarse, ya que autores de nota por él han caído en los mismos, hay que poner la toma de Reggio, cuya plaza no fué entrada por combate según él escribe, sino del modo como se dice en el texto; el regreso de D. Pedro á Mesina no efectuado, según él cuenta, por no tener ya enemigos á quienes vencer en Calabria, sino por lo que también en el texto se dice; y la ida de Doña Constanza á Sicilia en esta época, y no en la que supone. Para asegurarse de que estos sucesos tuvieron lugar como yo escribo y no como equivocadamente cuenta Muntaner, véanse Neocastro, que fué testigo presencial de los hechos, en sus capítulos desde el LV al LXII; Desclot, en sus caps. CII y CIII, y Amari, en su cap. IX.

la que tuvo el rey, de haber llegado á Trápani, pasando de allí á Palermo, su esposa y sus hijos, le movieron á levantar el sitio de Geraci regresando á Mesina, y pasando el estrecho el día 14 de Abril con el grueso de su gente y con el inmenso botín recogido [1].

Es de advertir que no por la marcha precipitada del rey quedó desierta de tropas y partidarios nuestros la Calabria, ni triunfantes por esto las armas anjoinas, pues consta que el príncipe de Salerno hubo de abandonar á mediados de Abril las llanuras de San Martín y levantar el campamento, donde la gente francesa sucumbía diezmada por la peste, retirándose entonces Carlos *el Cojo* á Nicotra, en espectativa de los sucesos que podían sobrevenir si el plan de sus aliados de Sicilia surtía efecto [2].

Una de las primeras disposiciones de D. Pedro al llegar á Mesina, fué buscar medios de desbaratar los proyectos de Gualtero de Caltagirone, enviando al mismo tiempo mensajes á Palermo para que la reina pasase á Mesina. El 22 de Abril [3] llegó á esta ciudad Doña Constanza con sus hijos Jaime, Federico y Violante, habiendo dejado en Cataluña al frente del gobierno á su primogénito D. Alfonso y con él á su hijo menor Don Pedro. Acompañaba á la reina Juan de Prócida, que, según memorias fidedignas, había siempre hasta entonces permanecido á su lado.

Fué Doña Constanza recibida en Mesina con el mismo entusiasmo con que se la acogiera en Trápani y en Palermo, ya que en ella veía el pueblo á la hija de aquel Manfredo mártir de su independencia. El 22 era alborozadamente recibida la reina por los mesinenses, y el 25 se presentaba junto con su esposo é hijos al parlamento

1 Amari, tomo I, pág. 224.

2 Amari, tomo I, pág. 231.

3 Bartolomé de Neocastro, cap. LXII.

reunido en dicha ciudad. Ante este parlamento peroró D. Pedro [1], expresándose noble y dignamente, según al hijo del *Conquistador*, al vencedor de Collo y de Calabria cumplía. Comenzó por manifestar que había congregado aquel parlamento para poner orden en las cosas del estado y presentar á los sicilianos su esposa é hijos antes de partir, «porque me es fuerza abandonar esta tierra, dijo, á la que amo ya como si fuese mi patria. Parto para ir á confundir delante de toda la cristiandad á nuestro soberbio enemigo, para ir á vengar mi nombre en solemne juicio de Dios, ya que todo lo he cedido á la fortuna por amor hacia vosotros, oh sicilianos, nombre, persona, reino y hasta mi alma misma. Nuestra empresa venturosamente ha sido bendecida por la omnipotente mano del Señor; lejos está ya de Sicilia el enemigo; perseguido y postrado en tierra firme; restauradas vuestras leyes y franquicias; creciendo vosotros cada día en gloria, en riqueza y en prosperidad. Os dejo al partir una flota vencedora, capitanes probados, ministros fieles, una reina vuestra y los sobrinos de Manfredo. Estos jóvenes, la más cara parte de mis entrañas, á vosotros los fío, sicilianos, y nada temo por ellos. Ya que los azares de la guerra son dudosos, con ellos os doy una nueva garantía de vuestros derechos. Alfonso tendrá á mi muerte Aragón, Cataluña y Valencia; y Jaime, mi segundo hijo, me sucederá en el trono de Sicilia.» Más dijo aún el rey, y al terminar, dirigiéndose á Alaimo de Lentini, que ejercía la autoridad de gran justicia, exclamó con acento conmovido: «¡Sean tus hijos mi esposa y mis hijos, y vela por ellos!»

Nombrado, pues, sucesor de D. Pedro en el reino su hijo D. Jaime, disolvióse el parlamento, disponiéndose el monarca á partir para Cataluña, no sin antes haber

1 Bartolomé de Neocastro, cap. LXIII.

nombrado y confirmado á Alaimo de Lentini en su cargo de gran justicia del reino; á Roger de Lauria en el de gran almirante; en el de gran canciller á Juan de Prócida, y en el mando del ejército al catalán Guillermo Galcerán de Cartellá, que después fué conde de Catanzaro, siendo, al decir de Zurita, uno de los mejores y más estimados caballeros que hubo en sus tiempos.

Puestas en orden todas estas cosas, despidióse D. Pedro de su mujer y de sus hijos y se fué á Trápani, en donde esperó á saber, antes de embarcarse, el resultado de las negociaciones con Gualtero de Caltagirone. Con tacto y habilidad sumas supo conducir este asunto el justicia Alaimo. Acompañado del príncipe heredero de la corona, D. Jaime, Alaimo se dirigió á la comarca que Gualtero y los suyos tenían en estado de agitación, próxima á levantarse, y consiguió que los pueblos aclamaran con júbilo á D. Jaime como sucesor del trono. Gualtero entonces se vió obligado á ceder y hasta se presentó al joven príncipe á prestarle homenaje [1]; homenaje ficticio, sin embargo, que más tarde debía romper traidoramente, obteniendo por premio de su temeridad la muerte en un cadalso. Cuando todo estuvo por el pronto arreglado, y tranquila la tierra, volaron el príncipe D. Jaime y Alaimo á participar el éxito afortunado de su expedición á D. Pedro, que impaciente aguardaba en Trápani.

El rey, felicitándose del suceso, ordenó, sin embargo, que se castigase con la muerte á los que fuesen cabezas de la conjuración y que se vigilase cuidadosamente á Gualtero, de quien desconfiaba. En seguida, después de haberse despedido de su hijo y haber vuelto á recomendar á Alaimo su reino y su familia, se hizo á la vela desde Trápani, el 11 de Mayo, con una nave y cuatro

1 Neocastro y Amari.

galeras, llevando en su compañía á varios barones, algunos de los cuales estaban nombrados para seguirle al palenque de Burdeos.

CAPÍTULO XXIX.

Carlos de Anjou se presenta al Papa en demanda de auxilios.—Anatemas y sentencia contra D. Pedro.—Medidas tomadas por el Papa en perjuicio del rey de Aragón.—Viaje del rey.—Su llegada á Cullera.—Mensajes enviados por el rey desde Valencia á los caballeros que debían entrar con él en batalla.—Caballeros catalanes nombrados para mantener el campo con el rey.—Vistas con D. Sancho en Tarazona.—Conducta del rey de Inglaterra.—Conducta del rey de Francia.—Emboscadas armadas para el rey D. Pedro.—Ardid de que se valió D. Pedro para presentarse en el palenque de Burdeos.—Se presenta D. Pedro al senescal de Burdeos.—Documentos expedidos por el senescal.—Regreso del rey.

(Mayo y Junio de 1283.)

Dejemos ahora por un instante á las galeras catalanas hacer rumbo hacia nuestros reinos, mientras damos cuenta de importantísimos sucesos que merecen fijar la atención de los lectores. Uno de los motivos que obligó á Carlos de Anjou á partir de Calabria, fué su deseo de presentarse al Papa y al sacro colegio en demanda de auxilios. Martín IV le ofreció cuantos pudiese conseguirle, habiendo comenzado, como ya sabemos, por poner á su servicio los rayos de la Iglesia. La amistad del Papa, mayormente si era un hombre de pasión como Martín IV, valía mucho en aquella época en que la Iglesia era realmente un poder, y el Pontífice de que tratamos, ciego en su ira contra D. Pedro, al par que ciego en su amistad por Carlos, se prestó á servir á éste en todo y por todo, dándole recursos, suscitando ene-

migos á nuestro rey, aterrando á sus amigos, haciendo caer sobre su cabeza uno tras otro los anatemas, y amenazando, en último resultado, al mismo reino de Aragón.

Ya desde Montefiascone, y en Noviembre de 1282, había el Papa declarado que D. Pedro estaba comprendido en la excomunión. Posteriormente publicó una bula, que es un verdadero grito de guerra, tal como pudiera desearlo el más entusiasta poeta para uno de sus más bélicos cantos. «Aparezca el Señor, decía desde Orvieto, á 13 de Enero de 1283; aparezca, y juzgue su causa, y vibre sus rayos contra los que un día y otro día siguen desconociéndole. Nos, continuaba diciendo, fuertes con la autoridad de los Apóstoles por misericordia divina, exhortamos á los cristianos todos á levantarse por Nos, por Carlos nuestro hijo querido: quien en la empresa sucumba, morirá *libre de pecados como si fuese á la guerra de los Santos Lugares.*»

No contento con esto, á 21 de Marzo del mismo año pronunció en la plaza de la iglesia mayor de Orvieto, contra el rey de Aragón D. Pedro *el Grande*, una sentencia en la que, después de hacer mención de las dos bulas publicadas anteriormente, dice estas notables palabras: «Puesto que Pedro de Aragón y los sicilianos rebeldes, no curándose de nuestras amonestaciones, prohibiciones y amenazas, han proseguido su criminal empresa, y á fin de que nuestras amenazas no sean objeto de desprecio, como lo serían si quedasen sin ejecución, por esta sentencia, que damos con consejo de nuestros hermanos los cardenales, privamos al expresado rey Pedro, del reino de Aragón, de sus tierras y señoríos y de la dignidad real; exponemos sus estados á cualquier católico que los pueda adquirir, según dispondrá la Santa Sede, y declaramos á sus vasallos totalmente absueltos del juramento de fidelidad, inhi-

biéndoles de mezclarse de modo alguno en el gobierno del dicho reino, y á todas las personas, sea cual fuere su condición, eclesiásticas ó seglares, de favorecer al mencionado Pedro en sus designios, de reconocerle por rey, de obedecerle y de prestarle servicio.»

Fácil era el apropiarse de palabra la corona de Aragón, que tanta sangre había costado á los ínclitos monarcas que palmo á palmo la habían ido conquistando y defendiendo de los infieles, como ha dicho un autor; pero era por cierto dificilísima empresa, y hasta imposible, como lo acreditó el resultado, el arrancarla de hecho de las sienes de uno de los reyes más grandes que ha tenido este país.

Mientras esto hacía Martín IV por un lado, por otro procuraba apartar á Eduardo de Inglaterra del compromiso que contrajera de dar su hija por esposa al primogénito de D. Pedro, llamando á éste perseguidor de la Iglesia y diciendo que el enlace sería incestuoso por existir cuarto grado de consanguinidad; estorbaba, por medio de un obispo los pactos que comenzaban á mediar entre el aragonés y la república de Venecia, cuyos ciudadanos habían recibido embajadores de D. Pedro, y se los habían mandado asimismo; concedía largos plazos á Carlos de Anjou para efectuar el pago del censo á la Iglesia; exhortaba á los prelados y á las órdenes militares y religiosas del reino de Castilla á declararse contra D. Sancho, heredero presunto de la corona, á fin de imposibilitar á éste para que diera auxilio á Don Pedro, con quien había contraído alianza; daba dinero á Carlos de Anjou para que en Marsella, en Reggio y en Nicotra preparase grandes armamentos contra D. Pedro y los sicilianos; agitábase para buscar alianzas poderosas á Carlos de Anjou; prohibía á éste, so pena de graves censuras, que asistiese al duelo de Burdeos; y, por fin, escribía á Eduardo de Inglaterra para que no

permitiese que en sus tierras se ejecutase, ni él autorizase de ninguna manera, aquel desafío entre «Carlos, hijo carísimo de la Iglesia, y Pedro, *en otro tiempo rey de Aragón* [1].»

Volvamos ahora al rey, á quien hemos visto embarcarse en Trápani, haciéndose á la vela para nuestros reinos. Ramón Marquet mandaba la pequeña flota en que iba el monarca. Aunque al principio habían navegado con bonanza, no tardaron en tener vientos contrarios que amenazaban retrasar el viaje, lo cual irritó sobremanera á D. Pedro, que tenía el tiempo limitado para presentarse en Burdeos; así es que, llamando á Ramón Marquet, le dijo que hiciese acercar dos galeras, pues era necesario navegar á fuerza de remos, ya que el viento se declaraba en contra. Marquet hizo presente al monarca que el temporal era crudo; que no era cosa de ir en galeras, y que no se aventurase de este modo hallándose á la vista de Cerdeña, donde había buques armados enemigos. Ningún caso hizo D. Pedro de estas palabras.—«Así ha de ser, contestó, y así quiero que sea. Escrito está lo que ha de suceder, y yo he de estar el día de la batalla [2].»

Ramón Marquet hizo, pues, acercar las galeras; pasó el rey á una de ellas, llevando sólo en su compañía tres caballeros, y bien pronto á fuerza de remos hubieron dejado atrás las otras naves. Tocaron tierra en un lugar de Cerdeña, cerca del golfo de Caller ó de Cagliari; fueron á parar luego por el lado de Berbería, delante de Collo; pasaron á la vista de las Baleares, y vinieron á desembarcar en Cullera, que está en tierras de Valencia.

Inmediatamente, y sin pérdida de tiempo, conforme

1 Extractos de varios documentos.—Amari, tomo I, pág. 236.

2 Desclot, cap. CIV.

la relación que hace Desclot, el rey tomó caballos y se fué á Alcira, de donde pasó á Valencia. Detúvose en esta ciudad lo suficiente sólo para enviar cartas con órdenes á los 100 caballeros que debían entrar con él en la liza y mantener el campo, los cuales, por disposición de D. Alfonso, se hallaban ya apercibidos, los catalanes en Lérida y los aragoneses en Huesca. Cuéntase que era tal el crédito que gozaba D. Pedro de Aragón en el mundo, y tales el esplendor y fama en que iba envuelto su nombre, que hasta los extranjeros habían ambicionado formar parte de los 100 héroes que acompañarle debían en la jornada. Distinguióse, sobre todo, por la eficacia con que solicitó este honroso peligro, un príncipe hijo del rey de Marruecos, que pasaba por uno de los mejores y más diestros caballeros de su tiempo, el cual prometía solemnizar la gloria del triunfo, que suponía ya como cierto, con el aplauso feliz de su bautismo [1].

Los elegidos para acompañar al rey fueron 50 catalanes, 40 aragoneses y 10 entre sicilianos y tudescos, á más de otros 50 caballeros que estaban como suplentes para llenar cualquiera de las bajas que pudiese haber. Los 50 catalanes, que por disposición del príncipe heredero D. Alfonso se hallaban en Lérida á causa de haberse creído que iría el rey á desembarcar en Barcelona [2], eran: Pons Hugo III, conde de Ampurias; Dalmau de Rocabertí, Bernardo de Centellas y sus hijos Aymerich y Gilaberto; Ramón de Moncada, señor de Fraga; Ramón de Moncada, señor de Albalate; Guillermo de Peralta, Ramón de Vilamur, Arnaldo de Corsavi, Bernardo Hugo de Serrallonga, el vizconde de Castellnou, Gerardo de Cerviá, Pons de Santapau, Berenguer

1 *Historia de Aragón*, por Sas.
2 Zurita, lib. IV, cap. XXXII.

de Oriols, Arnaldo Guillén de Cartellá, Arnaldo de Vilademany, Ramón de Cabrera, Gerardo de Cervelló, Berenguer de Entenza, Alemany de Cervelló, Berenguer de Puigvert; Guillén, Bernardo, Galcerán, Ramoneto y Ramón de Anglesola; Ramón de Cervera, Marcos de Santa Eugenia, Jaime de Besora, Guillermo de Caulers, Arnaldo de Foixá, Ramón Folch de Cardona, Ramón Roger, Galcerán de Pinós, Ramón de Urg, Guillén Ramón de Jossa, Berenguer de Montcenis, Guillermo de Almenara, Ramón de Alemany, Gerardo de Aguiló, Peramola y Jaime de Peramola, Bernardo de Mauleón, Pedro de Meytat, Bernardo de Aspes, Guillén de Sant-Vicents, Acart de Mur y Gombaldo de Benavente.

Aun cuando no figure en esta lista, que nos da Zurita, Armengol, conde de Urgel, hay que ponerle en ella por lo que dice Monfar [1]. Sin duda el de Urgel era uno de los caballeros que salieron de Sicilia con D. Pedro acompañándole en el viaje, y por esto no se halla en la lista de los que estaban aguardando en Lérida.

De Valencia partió el rey á Zaragoza, donde se vió con su hijo, y de Zaragoza se fué á Tarazona, en cuyo punto le esperaba el príncipe castellano D. Sancho, siendo en esta época (Mayo de 1283), y no antes, cuando vino éste á Aragón. Sólo un día se detuvo D. Pedro en Tarazona, y muy rápidamente hubo de conferenciar con D. Sancho, con quien entonces se había aliado.

Importábale á D. Pedro llegar cuanto antes á Burdeos, deseoso de dejar en buen lugar su nombre y su honor de caballero. Sin embargo, es preciso advertir que ya el rey debía estar enterado entonces de que el duelo no podía tener lugar, pues faltaba la principal

1 Tomo II de su crónica, pág. 34.

condición ó cláusula del tratado, que era la de tener que efectuarse el combate «precisamente ante la presencia de Eduardo de Inglaterra, y no ante ningún otro.» Y digo que el monarca aragonés debía saber que esta cláusula no podía cumplirse, pues era ya público que Eduardo de Inglaterra había escrito al de Anjou que, «aun cuando con ello pudiese él (Eduardo) ganar los dos reinos de Aragón y de Sicilia, no querría asegurar el campo á los dos reyes, ni permitir que el duelo tuviese lugar en ningún punto de su dominio, ni en otro donde él se hallase al alcance de impedirlo [1].» Pero, si D. Pedro sabía esto, no ignoraba que por otra cláusula del tratado debía hacer acto de comparecencia ante el que mandaba en Burdeos en nombre del monarca inglés.

Decidióse, pues, á ir, y por cierto que era el pensar esto sólo gran prueba de valor, ya que no de temeridad, por lo que vamos á ver. El rey Felipe *el Atrevido,* de acuerdo con Carlos de Anjou quizá, pero más bien por cuenta propia y por lo que podía interesar á sus designios ulteriores, había decidido armar un lazo á D. Pedro de Aragón. Niéguenlo en buen hora algunos escritores franceses: el hecho es cierto, y su realidad la arrojan de sí los acontecimientos. Apresúrome á decir, sin embargo, que los modernos historiadores de aquella nación ya han hecho más justicia en este punto que los antiguos, dando pruebas de honrosa y leal imparcialidad; pero no basta á cohonestar del todo la conducta indigna de Felipe *el Atrevido* el argumento de que el rey de Aragón estaba bajo el peso de los rayos de la Iglesia; que este anatema le ponía fuera del derecho común, y que, en las ideas de aquel tiempo, todo era permitido contra un excomulgado, dejando de ser una

1 Véase Tomás Rymer en sus *Actos públicos de Inglaterra.*

acción detestable cualquiera perfidia contra él cometida.

«Toda la culpa de lo que pasó en Burdeos, ha dicho un escritor francés [1]—y le cito con placer y copio sus palabras que son muestra de esa leal imparcialidad citada,—pertenece por entero al rey de Francia, que hizo avanzar tropas sobre Burdeos para asegurar el triunfo de su tío Carlos de Anjou, en contra de la misma voluntad de éste. Está perfectamente probado que Felipe, á quien con tanta singularidad se ha dado el renombre de *Atrevido*, siendo así, como dice Mezerai, que no existe nada en su vida que lo justifique, había rodeado de tropas suyas la ciudad de Burdeos, tendiendo así emboscadas al rey de Aragón. Los sabios historiadores del Languedoc afirman que Felipe había convocado á toda la nobleza de su reino *para que le acompañase á Burdeos*, y los archivos de Montpeller les han proporcionado la prueba de que el senescal de Carcasona había mandado, en consecuencia, á los vasallos de su senescalía que se hallasen en Burdeos con caballos, armas y las gentes de su séquito el 31 de Mayo de 1283 [2]. Ahora bien, el 31 de Mayo era vigilia del día señalado para el duelo. ¿Cómo, pues, habiendo dado tan auténticos testimonios de la poca seguridad que había para el rey de Aragón si iba á la cita, pudieron estos historiadores, algunas líneas más abajo, acusar á este príncipe de haber temido *pretendidas* emboscadas? ¿Era para no hacerla más que simple espectadora de un combate, del cual él ni siquiera era juez, y que no se daba en sus tierras tampoco, para lo que el rey de Francia hacía tomar las armas á toda su nobleza?»

He cedido la palabra á un digno historiador francés, para que se vea cómo no es cuestión de nacionalidad

1 Henry: *Histoire du Roussillon*, nota XV de su tomo I.

2 *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 41.

la justicia que en este asunto debe hacerse á D. Pedro. Pero aún había más. Está probado que Felipe *el Atrevido*, y otros dicen que Carlos de Anjou, al llegar á Burdeos dió orden de construir un palenque largo y estrecho, rodeado de gradas como un anfiteatro, con dos departamentos para los bandos enemigos, guarnecidos de empalizadas y de fosos; pero destinando para los aragoneses aquél que conducía á un callejón sin salida, y para los franceses el otro, donde se hallaba ¡singular casualidad! la única puerta por la que todos debían entrar. Esta circunstancia hizo nacer entre el vulgo y el no vulgo la natural sospecha de que los franceses habían concebido el proyecto de ocupar esta puerta por fuera, y acabar allí con los caballeros de Aragón si la victoria se declaraba por ellos.

Todo esto hubo de saberlo D. Pedro naturalmente, y debió influir en él por mucho la idea de que podía llevar al matadero á sus 100 barones. Así es que tomó una resolución heróica bajo muchos conceptos, dígase de ella lo que se quiera y mírese como mejor á cada cual convenga. Comenzó por enviar á Burdeos al caballero Gilaberto de Cruillas, con la misión de pedir al senescal del rey de Inglaterra en aquella ciudad que le asegurase el campo para él y sus 100 compañeros, dispuestos á presentarse cuando mediase esta circunstancia. Inmediatamente después de la partida del de Cruillas, salían de Cataluña y seguían el mismo camino que aquél un mercader de caballos llamado Domingo de la Figuera, aragonés según dicen, aun cuando el nombre es verdaderamente catalán, al cual acompañaban tres hombres pobremente vestidos á guisa de sirvientes, y otro mejor adornado; pero cuyo traje no revelaba en él otra categoría que la de mayordomo del mercader. Este mayordomo era, sin embargo, el rey de Aragón, y los tres sirvientes del tratante de caballos eran Blasco

de Alagón, Berenguer de Peratallada y Conrado de Llansa [1].

Debajo de su humilde traje, que cubría un ferreruelo azul con caperuza, iba vestido el rey de buenas mallas y llevaba una azcona montera en la mano. Por los caminos y posadas, por todas partes donde había gente y podían dar que sospechar, el rey y los tres caballeros desempeñaban tan cumplidamente su papel, que cuidaban de los caballos, les daban pienso y servían de pie á la mesa en que con aires de señor se sentaba á comer Domingo de la Figuera, comiendo sólo ellos cuando su fingido amo lo había hecho y en mesa á los servidores destinada.

Así llegaron á la huerta de Burdeos, cuyas cercanías estaban en efecto ocupadas militarmente por tropas francesas, la víspera, y aun hay quien dice el mismo día en que debía efectuarse el duelo. Quedóse el rey en el campo y envió á uno de sus caballeros en busca de Gilaberto de Cruillas, que se asombró al encontrarse con el rey en aquel sitio. El de Cruillas fué enviado enton-

1 Muntaner, que, sin embargo de dramatizar un poco esta aventura, que por lo demás se presta á ello, está bastante exacto en la relación y no introduce sino uno ó dos episodios novelescos, como el de cierta misteriosa dama que hospedó al rey en Burdeos (cap. XC); Muntaner, repito, sólo cita el nombre de uno de los caballeros acompañantes del rey en esta atrevidísima expedición, y es el de Peratallada, á quien supone hijo de Gilaberto de Cruillas y á quien llama Bernardo. Desclot, en su cap. CIV, cuenta el hecho con más concisión y más dignidad que Muntaner, haciendo obrar y hablar al rey con más nobleza, sin darle aires de fanfarrón, sino de un cumplido caballero como era, y en su capítulo CV dice que los caballeros que acompañaron á D. Pedro eran: *la hu En Blasco de Alagó, è l' altre En Berenguer de Pera-Tallada, é l' altre en Coral de Lanza, é lo mercader havia nom En Domingo de la Figuera.* Me parece, pues, que se equivocó Zurita al decir, en su capítulo XXXII, que ni Muntaner ni Desclot nombraban más que á Peratallada. El primero, es cierto, pero el segundo ya acabamos de ver lo que dice.

ces por D. Pedro con encargo de decir al senescal de Burdeos, que en el campo le aguardaba un mensajero del rey de Aragón. No tardó en presentarse el senescal, que lo era Juan de Greilly, y dirigiéndose á él D. Pedro, oculto el rostro en su caperuza azul,—«Señor senescal, le dijo, á vos me envía el rey de Aragón para que me digáis si podéis asegurarle en la ciudad de Burdeos, ya que él está pronto á presentarse al combate con sus 100 caballeros.» La contestación del senescal fué la de que había ya dicho á Gilaberto de Cruillas, allí presente, que bajo ningún concepto se presentase el monarca aragonés, por estar allí el rey de Francia y Carlos de Anjou con grande hueste, dispuestos no á tener batalla, sino á vengarse de su gran enemigo dándole muerte. Juan de Greilly concluyó diciendo que toda la tierra estaba en poder de franceses, á quienes la había librado su señor, y él mismo se hallaba á merced suya sin tener casi ninguna autoridad en Burdeos, por lo cual ni en nombre propio ni en el de su señor podía asegurar campo á D. Pedro de Aragón.

Este entonces, recatado siempre el rostro, pidió al senescal que le mostrara el campo en que debía tener lugar el duelo, y cuando á él hubieron llegado, sin entrar en la ciudad, el rey corrió el palenque á caballo varias veces de un punto á otro. Hecho esto, manifestó al de Greilly que estaba satisfecho y que podían ya volverse al sitio donde primeramente se habían encontrado para despedirse, regresando el uno á Aragón y el otro á Burdeos. Cuando allí estuvieron, D. Pedro preguntó al senescal:—«¿Conocéis vos al rey de Aragón?»—«Le conozco, contestó el de Greilly, porque no há mucho tiempo que le ví en Tolosa, á donde él fué á tener vistas con el rey de Francia.» Entonces D. Pedro, echando atrás su capuchón,—«Guardad si me conocéis, señor senescal, le dijo. Yo soy el rey de Aragón; y si el rey de

Inglaterra, y vos en su nombre, podéis asegurarme el campo, pronto estoy á entrar en él con mis 100 caballeros.»

Maravillado y absorto hubo de quedar Juan de Greilly al ver allí, en su presencia, al arrojado y temerario monarca aragonés, y sólo cesó en su pasmo para suplicarle que cuanto antes partiese, pues su persona y vida corrían inminente riesgo. Pero el rey, sosegado y tranquilo, le contestó que de allí no partiría sin un documento, librado por él en buena forma, en el que se testificase cómo el rey de Aragón había hecho acto de comparecencia y había estado en Burdeos y en el palenque, retirándose sólo cuando en nombre del rey de Inglaterra se le dijera que no podía asegurársele el campo. Apresuróse Juan de Greilly á firmar este documento, que fué extendido por un notario que había traído de la ciudad Gilaberto de Cruillas, y á cuyo pie continuaron también sus firmas cuatro caballeros franceses que acompañaban al senescal [1].

Sólo cuando estuvo corriente esto, se avino el rey á partir. Dicen algunos que D. Pedro dió al senescal el escudo, lanza, yelmo y espada con que había de pelear, como otro testimonio de haber concurrido personalmente; pero yo no he sabido hallar que Desclot hiciera de esto mención.

Gilaberto de Cruillas quedóse en Burdeos para hacer sacar dos copias del acta, y D. Pedro se vino precipitadamente á estos reinos, pasando por Bayona, corriendo no pocos peligros en su viaje, de los cuales podrá enterarse quien tenga á mano la preciosa crónica del caballero Desclot [2].

1 Desclot, en su cap. CIV, transcribe este documento, que parece tradujo del original.

2 Este Gilaberto de Cruillas ó Cruilles fué uno de los más esforzados caballeros de aquel tiempo. He visto su sepulcro en la iglesia de Pe-

Tal fué el resultado que tuvo el famosísimo duelo de Burdeos, sobre el cual tanto y tanto han hablado los historiadores. Algunos escritores franceses y algunos italianos partidarios del Papa han escrito lo que bien les ha parecido sobre este punto, unos no queriendo confesar que D. Pedro se portó como cumplido caballero, otros diciendo que se representó una farsa indigna, y muchos consignando que se vieron manifiestas la deslealtad y la cobardía de D. Pedro. ¡Cobardía! ¡Deslealtad! He aquí dos palabras que no tienen ningún significado al hablar de D. Pedro *el Grande*. Otros autores franceses é italianos, más sensatamente verídicos, han vuelto por el honor de su nación haciendo justicia al hecho y al monarca aragonés. Por esto ha dicho Montaigne que la palabra *cobardía*, puesta junto al nombre de D. Pedro, *hurle de se trouver à son coté*; por esto ha dicho Henry, hablando de lo mismo, que *ce mot lacheté sembre reculer de lui même devant son nom;* por esto, en fin, ha dicho un escritor, que en este caso no es de recusar por cierto, Saba Malaspina, secretario del mismo papa Martín IV (que escribía en 1284 siendo recientes los hechos), que «en vano se esforzó Carlos en protestar á voz en grito llamando *desleal* y *cobarde* al rey D. Pedro; pero se lo hacía decir la irritación que le causaba el ver que su enemigo había rasgado la tela de araña que le urdiera.»

Véase ahora, con qué admirable sencillez el propio D. Pedro da cuenta en una carta confidencial de su viaje á Burdeos. Se trata de una carta que á su regreso escribió desde Tarazona, el 20 de Junio de 1283, á Don Juan, infante de Castilla.

«Femos vos saber, dice en sus primeros párrafos, commo nos viniemos por fetcho de la batayla que era

ratallada, pueblo situado entre la Bisbal y Torroella de Montgrí. La familia de Cruillas enlazó con la de Peratallada, que poseía un castillo cuyas ruinas se ven aún en el citado pueblo.

firmada entrel Rey Carles et nos, la qual se avia de fazer el primer dia desti present mes de Junio en que somos: et irribamos en Valencia XVII dias andados del mes de Mayo primero pasado; de si llegamos personalmiente á Bordell, et fiziemos nuestra presentació al Seneschal del Rey Dinglaterra; mas porque el Rey Dinglaterra avia demandada la batayla, end avia fetcho so mandamiento al Seneschal, no la quiso prender el Seneschal; ni assegurar, nin podiera, qual el Rey de Françia, et el Rey Karlos, eran y con todo lor poder. Et nos aviendo fetcho todo complimiento que deviemos nin podiemos, oviemosnos de tornar, e somos en Tirassona sanos et con salud, loado á Dios; et embiamos vos lo dezir, porque sabemos que vos plaçerá [1].»

1 Se halla esta carta, en la cual trata luego de otros asuntos, en el archivo de la Corona de Aragón, Regis. VII, Petri II, pág. 119.

CAPÍTULO XXX.

Insurrección en Sicilia reprimida por D. Jaime.—Sale una flota provenzal del puerto de Marsella.—Batalla de Malta ganada por Roger de Lauria.—Cosa de notar en esta batalla.—Roger de Lauria se introduce en el puerto de Nápoles é incendia las naves.—Descontento en Cataluña.—Privilegio del *Recognoverunt próceres*.—Desafía el rey á D. Juan Núñez.—Penetran los franceses en Aragón por la frontera de Navarra.—El Papa ofrece á un hijo del rey de Francia la *corona de Aragón*.—Apela el rey de la sentencia del Papa.—Cortes en Setiembre de 1283.—Quejas de los aragoneses.—Juraméntanse los aragoneses para guardar sus libertades.—Confirmación de sus libertades á los aragoneses.—Unión de barones y ciudades para garantir sus fueros.—D. Pedro envía embajadores á desafiar al rey de Francia.—Cortes de Valencia. Noviembre de 1283.—Cortes en Barcelona, famosas y por qué. Diciembre de 1283.

(HASTA FIN DEL 1283.)

Conviene no perder de vista á Sicilia, contra la cual, como ya hemos dicho, se preparaban serios armamentos, ínterin D. Pedro acometía su atrevido, peligrosísimo y heróico viaje á Burdeos. Apenas se habían alejado de Trápani las naves que conducían al aragonés monarca, cuando Gualtero de Caltagirone, cobrando ánimo, sublevóse al fin resueltamente. En el acto acudió á poner remedio el príncipe D. Jaime, que reunió en parlamento su consejo, dictándose serias y enérgicas medidas. El foco de la insurrección estaba en los valles de Noto. Mandáronse fuerzas contra los rebeldes, y tan buena suerte tuvieron en sus operaciones, alcanzando tan feliz éxito, que Gualtero y sus cómplices fueron reducidos á prisión, muriendo unos en el cadalso y otros en la horca.

Fué por entonces preciso que la escuadra saliera con-

tra la del enemigo, el cual, ignorando que la contra-revolución hubiese sido tan pronto vencida y subyugada en los valles de Noto, se mostraba orgulloso y soberbio en los mares de Sicilia. Varias galeras provenzales habían salido del puerto de Marsella, al mando de Guillermo Cornut (otros le llaman Córner) y Bartolomé Bovi (otros le llaman Bonvín). Los catalanes y provenzales, que habían sido hermanos hasta poco antes de aquella época, iban á encontrarse entonces cara á cara, en fiera lucha, como enemigos irreconciliables llenos de odio y de venganza. ¿Cómo al rumor de esos militares apresto pudo gozar tranquila la paz de su sepulcro aquella buena Doña Dulce, lazo de unión entre dos magnánimos pueblos que su descendiente la orgullosa Doña Beatriz había de desunir?

Roger de Lauria, á quien el anhelo de gloria impacientaba, ganoso de empuñar pronto su cetro de rey del mar, salió en persecución de la flota provenzal. Era la primera empresa que él mandaba y dirigía como almirante. Ambas flotas se encontraron en el puerto de Malta, siendo la batalla que se trabó una de las más sangrientas de aquel siglo, y quedando por nosotros la victoria. La derrota de los provenzales comenzó á declararse por apelar á la fuga el vicealmirante Bovi, que con ocho galeras destrozadas y sangrientas se apartó del combate haciéndose á la mar. No siguió su ejemplo Guillermo de Cornut, cuya memoria, algo ultrajada por ciertos autores, es preciso reivindicar diciendo que se portó como noble y como valiente, sosteniendo al frente de los suyos un combate cuerpo á cuerpo con los de Roger de Lauria y muriendo á manos de éste, que salió de la lucha herido en una pierna [1]. La muerte de Cornut

1 Tratan extensamente de esta batalla Desclot, desde el capítulo CX al CXIV; Muntaner, cap. LXXXIII; Quintana, en su vida de Roger de Lauria; Capmany, en la 1.ª parte de sus *Memorias históricas*, y

y la fuga de Bovi hicieron que la jornada se declarase por nuestras armas. Se dice que tuvimos nosotros 500 bajas entre muertos y heridos, haciendo subir á cerca del doble la de los enemigos, y á 860 el número de prisioneros que dejaron en nuestro poder.

Lo notable de esta batalla fué que Roger de Lauria no quiso ganarla por sorpresa, como parece hubiera podido hacerlo. Los buques provenzales se hallaban descuidados en el puerto de Malta, donde se creían perfectamente seguros, cuando el de Lauria se presentó con su armada á la boca del puerto. Hubiera sido fácil empresa embestir á sus contrarios y desbaratarles en el primer ímpetu de la sorpresa; pero prefirió con bizarría temeraria y con caballeresco alarde enviarles un mensaje de aviso por una barca armada, diciéndoles que se preparasen y retándoles al combate.

El afortunado Roger se dirigió inmediatamente á Siracusa, desde cuyo punto envió correos por toda la isla, portadores de la nueva feliz, despachando asimismo un buque al rey de Aragón con el anuncio de la victoria. En seguida regresó á Mesina, en cuyo puerto entraron por segunda vez las galeras catalanas y sicilianas llevando á remolque una sarta de buques prisioneros con sus estandartes arrastrando por el mar.

Los aplausos y los festejos de la ciudad y de la corte no hicieron olvidar al bravo almirante, restablecido ya de su herida, que estaba en vena de fortuna y que era preciso aprovecharla. Hízose bien pronto á la mar, y recorrió triunfalmente las costas de Calabria, llegando á introducirse en el puerto mismo de Nápoles, tan cer-

muchos otros historiadores españoles é italianos. Obsérvese que hay notables diferencias en el modo que cada uno tiene de contarla, como la hay también entre Muntaner y Desclot, el primero de los cuales la describe con más poesía y el segundo con más verdad. El combate personal entre los dos almirantes lo cuentan Desclot y Quintana.

ca de la ciudad, que alcanzaban á sus galeras, dice Desclot, las ballestas que desde la playa disparaban. Nadie, sin embargo, se atrevió á salir en demanda de aceptar aquel reto temerario del brioso almirante, el cual llevó su atrevimiento hasta prender fuego á los buques y construcciones navales que había en el astillero, retirándose en seguida á las islas de Capri y de Ischia, cuyos castillos tomó por asalto. Esta afortunada correría le valió muchas presas, y cargado de despojos regresó á Mesina á invernar y á prepararse para las gloriosas empresas que le aguardaban con la llegada del buen tiempo [1].

Sin perjuicio de volver luego á las cosas de Sicilia, digamos ahora lo que sucedía en nuestros reinos y qué es lo que en ellos hizo D. Pedro á su regreso de Burdeos. Pero antes importa poner en antecedentes á los lectores.

Parece ser, atendido lo poco que de estos reinos nos dicen los cronistas durante la ausencia del rey, que el llamamiento de D. Pedro al trono de Sicilia no fué recibido con mucho entusiasmo por aragoneses y catalanes. La guerra de Sicilia tardó en hacerse popular en este país, á donde desde Collo habían regresado varios barones sin querer seguir á D. Pedro á Italia, y éstos sembraron aquí ideas generales de descontento, haciendo ver los grandes perjuicios que podía ocasionar á la nación la enemistad del Papa, la de Carlos de Anjou y la del rey de Francia. No hay, pues, nada de extraño en que los catalanes, disgustados de su rey, tan poco adicto por otra parte á las venerandas instituciones del país, manifestasen su desagrado al ver que por la ambición de su monarca, que ni siquiera se había dignado

1 Desclot, caps. CXV y siguiente. Muntaner, como siempre exagerado y novelesco, refiere esta correría del almirante como anterior á la batalla de Malta, y la cuenta con detalles muy bellos, pero que están, algunos, en contradicción con los que dan Saba Malaspina, Neocastro Speciale y Desclot.

consultarles empresa de tal gravedad, estaban abocados á una guerra que podía traer al país funestísimas consecuencias, algunas de las cuales se comenzaban á tocar con el entredicho puesto por el Papa. ¿Qué mucho, pues, que llamaran entonces á Sicilia la *isla del dolor?* [1]. El brillo de las victorias por nuestras armas alcanzadas, y la continuidad de ellas, vinieron poco á poco á obrar una reacción en los ánimos, declarándose por fin general el entusiasmo cuando ya vieron los naturales de estos reinos que se trataba de atacar su nacionalidad.

El príncipe D. Alfonso gobernó bien estos estados mientras estuvo al frente del poder, y como parece que, en Cataluña particularmente, el descontento era por lo poco adicto que el rey se mostraba á las instituciones del país y por haber tomado á su cargo aquella peligrosa y gravísima empresa sin anuencia de las Cortes, buscóse medio de tranquilizar los ánimos y de hacer que el trono recobrase las simpatías que iba perdiendo. Conveníale al rey sobremanera granjearse y conservar el afecto de sus súbditos, ya que, excomulgado por el Papa, malquistado con el rey de Castilla por la alianza que contrajera con D. Sancho, enemistado con Francia, que podía por Navarra y Rosellón amenazar sus estados, abierta la guerra con el de Anjou, turbado su reino por las pretensiones y movimientos de gran parte de la nobleza y de algunos de sus pueblos, no tenía en realidad otro recurso más que confiar en aquéllos y tenerlos prontos y dispuestos á todo para conjurar la tormenta que amenazaba estallar sobre su frente. En esto, y no en otra cosa, me parece hallar la causa de que se diese á los barceloneses aquella carta confirmatoria de sus libertades, costumbres y fueros, que citan los autores con el

1 *Doloris insula* la llama en su cap. XXVIII el autor del *Gesta comitum.*

nombre de privilegio del *Recognoverunt Próceres*, y digo creerlo así, por haberse dado esta carta ó privilegio hallándose el rey en Sicilia todavía. No es ésta la creencia general, ya lo sé; pero es la humilde mía.

Otros han dicho, y ha sido ésta por largo tiempo opinión admitida como punto de fe en historia, que cuando D. Pedro se vió amenazado por los franceses (conforme veremos, en 1285), se vino á Barcelona, despechado por haberse negado los aragoneses á darle los recursos y asistencias que pedía, y convocando á los catalanes les representó la entrada cercana de sus enemigos, instándoles á prevenirse para la defensa de la patria. Los catalanes, dicen los que de ello hablan [1], estaban descontentos porque el rey no les atendía en sus demandas á favor de sus libertades, y se presentaron al monarca vistiendo mallas y embrazando escudos; pero sin llevar hierros en las lanzas, ni en las vainas espadas y puñales, pretendiendo indicar con esto que quienes no eran libres no podían usar las armas sólo á hombres libres concedidas. Entonces, añaden, movido el rey por este rasgo, mandó en el acto congregar á los más inteligentes y sabios para ver los privilegios que faltaban, y comprendió en uno solo la confirmación de cuantos habían conseguido nuestros mayores. A esta recopilación se le dió el nombre de *Recognoverunt Próceres*.

Esto es, en resumen, lo que cuentan Carbonell y otros, pero no es de extrañar que en nuestros tiempos se haya mirado como una fábula. De que lo es, hay una prueba convincente. Los que refieren el hecho, citan un privilegio que lleva la fecha del 3 de los idus de Enero de 1283, mientras que el hecho, á ser cierto, hubo de tener lugar en 1285, y por consiguiente, mucho tiempo después de haberse otorgado el privile-

1 Véase la crónica de Carbonell, fols. 76 y siguientes.

gio. ¿Cómo no advirtieron esta contradicción evidente?

En el libro verde de Barcelona [1] hallo, en efecto, el privilegio que citan, ó mejor la carta confirmatoria de las libertades, costumbres y fueros de los barceloneses, concedida por el rey D. Pedro *el Grande;* pero está dada por el príncipe ó infante D. Alfonso, en Barcelona, el día citado, aun cuando lleve el nombre y la firma de D. Pedro. Aténgome, pues, á lo dicho, y creo que esta carta se dió por las razones indicadas, durante la ausencia de D. Pedro, y á fin de preparar los ánimos y atraerle las simpatías á su regreso. No es por esto de admirar que concediese entonces aquel privilegio á Barcelona, tanto más cuanto que, si bien constituía por sí solo un verdadero fuero local, no era en cierto modo más que la ratificación de otros anteriores.

Volviendo ahora á D. Pedro, se sabe que luego de estar en Tarazona, habiendo regresado de Burdeos, envió embajadores á D. Juan Núñez de Lara, que era á la sazón señor de Albarracín, para acusarle de haber influído con el Papa, á fin de que le declarase privado de estos reinos por sentencia apostólica [2].

A todo esto, el horizonte político se iba cada vez ennegreciendo más y más á los ojos de D. Pedro. Su aliado, el príncipe castellano D. Sancho, estaba en guerra abierta con su padre D. Alfonso, que acababa de maldecirle solemnemente, llamando sobre su cabeza la ira de Dios como á hijo traidor y parricida. Al propio tiempo los franceses, allegando un ejército, cuya sola caballería constaba de 4.000 hombres, y seguidos de otra hueste compuesta de navarros, iban invadiendo el alto Aragón y poniendo cerco á sus principales fortalezas. A pesar de la brava resistencia que se les opuso, ocu-

1 *Libre vert I*, fol. 240 (Archivo municipal de esta ciudad).

2 Archivo de la Corona de Aragón, Regist. XII, Petri II, párr. II, pág. 234.

paron las plazas y poblaciones de Ul, Lerda y Filera, situadas en la frontera de Aragón y Navarra, hacia el partido de Sangüesa, y, prosiguiendo sus excursiones, pasaron á fuego y sangre otras villas y comarcas.

La turbación en nuestros reinos era entonces general, mayormente cuando comenzaban á sentirse las influencias del entredicho que sobre ellos pesaba. El papa Martín IV, cada vez más ciego en sus odios, cada vez desconociendo más los intereses de la Iglesia y olvidando su misión de paz, de caridad y de concordia, envió por Julio de 1283 un legado al rey de Francia, Felipe *el Atrevido*, con amplios poderes para tratar con él, y ofrecerle los reinos de Aragón y condado de Barcelona para uno de sus hijos, como no fuese el mismo que debía sucederle en el solio francés. Felipe aceptó, eligiendo para monarca de los estados, que tan poco le costaba ofrecer al Papa, á su segundo hijo Carlos de Valois.

El rey D. Pedro había ya en esto, aunque inútilmente, apelado de la sentencia dada en Orvieto por Martín IV, que le condenara sin oirle, por ante el mismo Pontífice, mejor informado y menos imbuído de sus enemigos. Decía en esta apelación que, no porque su abuelo D. Pedro se hubiese reconocido por feudatario de Roma, debía entenderse que los reyes de Aragón quedaban perjudicados hasta ser tenidos por vasallos del Pontífice, pues D. Jaime había sabido conservarse independiente de todo feudo y vasallaje, y añadía también que aquella sentencia parecía dictada, no por un Pontífice imparcial y justo, sino por el rey Carlos de Sicilia, que era parte interesada en aquel asunto, interponiendo por éstas y otras causas apelación de las vejaciones y agravio que recibía sin ser oído ni convencido [1].

De nada sirvió, sin embargo, esta protesta, y debió

1 Zurita, lib. IV, cap. XXXVII.

entonces sacarse á relucir sin duda el documento de la renuncia hecha por el rey en Port-Fangós antes de embarcarse para Collo, pues que por un breve de Martín IV á Felipe *el Atrevido*, fechado en Orvieto el 10 de Setiembre del mismo año 1283 [1], se ve que el rey de Francia había mandado dos embajadores al Papa para saber si la concesión del reino de Aragón á uno de sus hijos, que se estaba tratando entonces, podría hallar obstáculo en la renuncia hecha por D. Pedro en favor de Alfonso. El Pontífice contestó terminantemente que no se había alegado aún esta exención, pero que tanto él como el sacro colegio la tenían por fútil y de ningún valor.

Mientras iban y venían embajadores de la corte de Francia á la del Papa y de ésta á aquélla, tratándose de la cesión de la CORONA DE ARAGÓN, sobre la cual se discutía como si fueran ya suyos estos reinos, D. Pedro celebraba Cortes á los aragoneses en Tarazona y apresurábanse éstos á presentar en ellas memorial de agravios, sin cuidar de que tenían ya á los enemigos dentro de casa por la parte de Navarra; que para los antiguos hombres de estos reinos las libertades eran lo primero de todo, pues en ellas y sólo en ellas veían la verdadera salvación de la patria.

Las quejas de los aragoneses consistían principalmente en que el rey había comenzado aquella guerra sin dar de ella parte á la nación reunida en Cortes; que en el progreso de los negocios se recataba tanto de ellos, que no seguía parecer ni consejo alguno, sino el suyo ó de algunos sicilianos que estaban en su corte; que había faltado el rey en querer introducir nuevos cargos de imposiciones y tributos, como bovajes y quintas, reprobados ya en otros tiempos, declarándose á los aragoneses

1 Documentos extractados por Amari en la nota 4.ª, pág. 175 del tomo I.

estar exentos de tales servicios; y por fin, que, reconociendo el rey por cuantas vías tenía desaforados á sus barones, se aviniese á tener consejo con ellos en el hecho de aquella guerra y en la que se esperaba contra el rey de los franceses ó contra cualesquier príncipe que quisiese emprenderla en su tierra.

D. Pedro contestó á esto, algo desenfadadamente por cierto, que les había llamado, no para oir tales propuestas y pareceres, sino para dar batalla á los franceses, «que hasta aquella hora por sí había hecho sus haciendas,» y que entonces no quería ni había menester su consejo. Insistieron las Cortes pidiendo confirmación de sus privilegios; pero negóse el rey, y entonces los barones, según la costumbre antigua en casos tales, se juramentaron y unieron dispuestos á todo, salvando la fidelidad debida al rey y al derecho, para conservar y guardar intactas sus libertades, sin las cuales, decían, no podía subsistir el reino.

D. Pedro pudo convencerse entonces de que iba por mal camino, y que no era tierra ésta en que pudiesen fructificar semillas de tiranía y despotismo; é inclinado por lo mismo el ánimo á nuevas resoluciones, apremiando el tiempo, volvió á reunir en seguida Cortes, ó por mejor decir, prorrogó las de Tarazona para Zaragoza. Al presentarse ante éstas, manifestóse ya más blando y más dócil, y á la primera demanda «confirmó generalmente y en particular los fueros, costumbres, usos, franquezas, libertades y privilegios que el reino y las ciudades de él tenían, y concedió el privilegio que llaman general, que es lo principal de las libertades que hoy tiene: que más verdaderamente se pudo llamar confirmación de los privilegios y costumbres antiguas de los aragoneses, que nueva concesión ó gracia [1].»

1 Zurita, lib. IV, cap. XXXVIII.

A pesar de todo, los ricos-hombres no se dieron aún por contentos, y temerosos de que pudiesen peligrar sus fueros y libertades, se reunieron en la iglesia mayor de San Salvador con los procuradores de las ciudades y villas del reino, y allí, con homenaje y juramento recíprocos, se comprometieron á formar *unión*, dándose rehenes en seguridad, y á estar prontos á defender sus derechos contra quien quier que de desmembrarlos tratase.

Hay que poner por entonces una embajada que el rey envió al de Francia. Después de haber D. Pedro tomado parte personalmente, según parece, en una lucha contra franceses en la frontera de Navarra y haber salido victorioso en el encuentro, consiguiendo una tregua, envió á Felipe *el Atrevido* dos embajadores, que eran el obispo de Valencia y un vecino de la misma ciudad, hombre muy ilustrado y sabio al decir de la crónica [1]. La misión que entrambos llevaban era quejarse á Felipe, en nombre de D. Pedro, de haber sus tropas invadido el reino de Aragón sin razón ni derecho ni mediar cartel de desafío, á consecuencia de lo cual aparecía rebajado en su fe y en su valor, estando dispuesto á probárselo cara á cara y cuerpo á cuerpo, ó con 100 caballeros contra otros 100, ó 1.000 contra 1.000, ó tantos como quisiera. Era un reto en toda forma la embajada, y faltábanos saber este rasgo para completar la idea que pudiésemos habernos formado del carácter guerrero y caballeresco de nuestro monarca. El obispo de Valencia [2] y su compañero, cuyo nombre calla Desclot, lle-

1 Desclot, caps. CVII, CVIII y CIX.

2 Según la nota de obispos de Valencia, publicada por Boix en sus apéndices, el embajador de D. Pedro al rey de Francia debió ser Don Jazperto de Botonach, natural de Gerona, que ocupó la Sede valenciana desde 1276 al 1288, estando comprendido en este periodo el 1283, año en que tuvo lugar la embajada.

garon á la corte del rey de Francia, pero no fueron recibidos, y hubieron de volverse sin haber dado cuenta de su misión más que á algunos de los principales nobles de aquel país por si querían transmitírsela á su monarca. Felipe *el Atrevido* pudo, pues, no aceptar el duelo; pero ello es que se verificó sin mucho tardar, siendo de él palenque los campos del Ampurdán y las sierras de los Pirineos.

De Zaragoza había ido D. Pedro á celebrar Cortes en Valencia. Se ha dicho que fueron éstas las primeras Cortes generales de aquel reino, ó celebradas con distinción de Brazos, con convocatoria y promulgación de leyes [1]. Cerráronse á 1.° de Diciembre, partiendo inmediatamente el rey á Barcelona, para donde tenía citadas las de los catalanes.

Famosas fueron las Cortes que se celebraron en Barcelona desde mediados de Diciembre de 1283 hasta mediados de Enero de 1284; famosas porque el rey, cuya propensión al despotismo templaban las circunstancias, dió en ellas su sanción á los capítulos que le presentaron, algunos de los cuales tenían un carácter tan esencialmente político, que eran, por decirlo así, la base de la Constitución catalana y la consagración del régimen liberal que por tantos años estuvo vigente en Cataluña [2].

Y aquí cederemos la palabra á un ilustrado compatriota, por desgracia arrebatado á la esperanza de las letras catalanas, á Ortiz de la Vega, que tuvo ocasión de estudiar los registros de estas Cortes.

Dice, pues, así en sus *Anales de España*, lib. VII:

«Estas Cortes, á las que se dió comienzo en Diciembre del referido año, son notables porque en ellas el esta-

1 Boix en su *Noticia de las Cortes de Valencia*.—Matheu en su *Regimine regni Valentiæ*, tomo I, pág. 232.

2 *Efemérides* de Flotats.

do llano, sacando partido de las circunstancias, al igual de los aragoneses, obtuvo en alguna manera que se convirtiese en honra y derecho la obligación que tenía por las cartas pueblas de asistir á las asambleas que convocaban los monarcas. Lo son asimismo porque nos pintan el poco efecto que había causado la sentencia pontificia respecto á turbar la obediencia al príncipe. Y también lo son por varias de sus disposiciones. Dice el preámbulo de sus actas que, convocadas Cortes generales de los catalanes en dicha ciudad, concurrieron como súbditos á la corte los obispos, prelados, religiosos, barones, militares, ciudadanos y los diputados de las poblaciones de Cataluña, y todos ellos y cada uno de por sí reclamaron que, sobre ordenar y declarar ciertas peticiones, prestase el rey su consentimiento y accediese con liberalidad á su humilde súplica. Se añade en seguida que, perteneciendo á la excelencia real conceder á sus súbditos libertades é inmunidades, y aprobar y hacer que se observen los privilegios concedidos por sus predecesores, las consuetudes y las buenas observancias, por eso arrodillados, FLEXIS GENIBUS, y con toda la humildad posible los prelados, religiosos, barones, militares, ciudadanos y diputados de las villas de Cataluña, por sí y en nombre de toda la provincia, suplicaban «al ilustrísimo señor rey» que tuviese la dignación de admitir generosamente y aprobar las peticiones y capítulos que presentaban, ya que redundaban en honor real y en bien procomunal de Cataluña. Y el referido rey, continúan las actas, oído todo, y habido consejo en que todo se examinó cuidadosamente, considerando «cuán propio es del poder real atender al bien de los súbditos, tener en paz la tierra, y hacer observar las inmunidades, libertades, franquicias y privilegios concedidos á dichos súbditos, atendiendo á la lealtad y auxilios que todos ellos prestaron á los reyes pasados y prestan

en la actualidad y pueden prestar en adelante:» por todo lo dicho, se confirman, caps. I y IX, todas las libertades concedidas á los dichos; se manda, cap. IV, á los vegueres y otros ministros de justicia, que no les perturben en su goce por ningún motivo; se prohibe, capítulos VI y VII, recibir bovaje, monedaje ni el quinto, á no ser que proceda de muy antigua costumbre; y aun así se manda, cap. XI, que sean oídas las exenciones; se determina que ningún catalán deba salir de Cataluña para defender en litigio sus derechos, capítulo XII; se establece, cap. XV, que el rey no legislará en Cataluña sin aprobación de los prelados, barones, militares y ciudadanos, convocados para ello, y con acuerdo de la mayor y más sana parte; se dispone, cap. XVI, que no se prenda á nadie ni se le embarguen bienes sin previa causa; que en las causas privilegiadas, cap. XIX, los jueces no reciban salario ni regalo; se confirma, cap. XXI, el decreto del rey D. Jaime I contra las usuras; se prescribe, cap. XXII, que ni el rey ni nadie proteja á los traidores; se ordena, cap. XXIII, que allí en donde rigen las redenciones, nadie se ausente para mudar de domicilio sin haberse redimido; se manda, cap. XXIV, que una vez al año y en el tiempo que el rey determine se celebren Cortes generales, en que, de acuerdo con los prelados, religiosos, barones, militares, ciudadanos y diputados de los pueblos, se trate del buen estado y reforma de la tierra, quedando empero libre el rey de juntar ó celebrar Cortes si alguna justa causa se lo impidiere; se prescribe, cap. XXV, que nadie sea despojado por el rey, ni aun de la posesión de una cosa, sin conocimiento de causa; se manda, cap. XXVI, que sea libre viajar con mercancías ó sin ellas, por mar y tierra, sin más gravamen que pagar los derechos y regalías de costumbre; que ningún hombre libre, cap. XXVII, sea preso por deudas; que

haya, cap. XXVIII, jueces de paz, jurados y cónsules; que caduquen, cap. XXIX, los derechos de lezda y otros puestos desde veinte años antes; que todo sarraceno, cap. XXXI, y judío bautizado, quede libre si se rescata; otros leen que todos los sarracenos, esclavos de judíos, queden libres si son bautizados y se rescatan; que los barones y militares, cap. XXXII, vivan en campaña á costas del rey, según los tratos; que no se vendan baylías ni veguerías, cap. XXXIII, para que no perezca la justicia ni sean oprimidos los súbditos; se confirman, cap. XXXIV, las Cortes de Cervera del año 1202, enmendado conforme á Constitución real lo relativo á paz y tregua; se manda que el clero, los barones y los militares, cap. XXXVI, no paguen ni vengan comprendidos en ciertos pechos; y lo mismo, cap. XXXVII, los ciudadanos si pueden alegar exención; se dispone, cap. XLIII, que los vegueres y obispos puedan proceder de oficio si se ofendiere á algún forastero viajando, y se quebrantare la paz y tregua; se ordena que las caballerías y equipajes de los militares, cap. XLV, no sean embargadas; qué no haya, cap. LI, dos vegueres en una jurisdicción; que se eche, cap. LIV, un puente sobre el Llobregat en Roca de Droch, resarcidos para ello los perjuicios que se causaren; que los príncipes ni sus allegados, cap. LV, no compren nada que esté en litigio ni disputa; que todas las causas que el príncipe tenga con barones ó militares, cap. LVI, se juzguen por pares de corte, á saber: barones por barones, y militares de un escudo por otros del mismo. Y todo esto dicen las actas «se hizo, decretó y confirmó estando presentes, requiriéndolo y suplicándolo humildemente los obispos, prelados, religiosos, barones, militares, ciudadanos y hombres de las villas ya dichos.» Las actas las firman, como testigos, dos obispos, el maestre del Temple y seis barones, junto con el secretario del

rey. Son actas sin discusión ni oratoria, y, sin embargo, de ellas se desprende la iniciativa de los concurrentes, la deliberación y examen del rey en su consejo, y, por último, la sanción del príncipe. Ya no se descubre aquí la fisonomía de las asambleas primitivas en las cuales los concurrentes discutían, peroraban, se injuriaban, se retaban y emitían sus dictámenes y votos. Nos hemos detenido en las actas de estas Cortes, porque algunos, al hablar de sus disposiciones, no las tuvieron muy presentes. No es cierto que en ellas, por la vez primera, asistiese el brazo real; actas de Cortes hay, anteriores de un siglo, en las que se habla ya de la asistencia de los síndicos de las poblaciones. Pero es indudable que aquéllas, á vueltas de unas formas muy reverentes al hablar del príncipe, contienen disposiciones capitales respecto á franquicias: que es decir que las poblaciones sacaron todo el partido posible de la situación difícil en la que se había colocado el monarca.»

En estas Cortes es donde hay que ir á buscar el verdadero espíritu del *Recognoverunt próceres*.

CAPÍTULO XXXI.

El Papa da la investidura del reino de Aragón á Carlos de Valois.—Se predica la cruzada contra el rey D. Pedro.—Traición de D. Jaime de Mallorca.—Embajadores enviados al Papa.—Marcha el rey sobre Albarracín.—Sitio y toma de la plaza.—Esfuerzos de la unión de Aragón para mantener sus libertades.—Grandes armamentos contra Sicilia —Preparativos de defensa por parte de los sicilianos.—Proclama de Roger de Lauria.—Batalla de Nápoles ó de Castellmare.—Prisión del príncipe de Salerno.—Libertad de la infanta Beatriz.

(1284.)

Después de muchas y repetidas negociaciones entre el Papa y la corte de Francia, debidas á exigencias de uno y de otro, acabó Felipe *el Atrevido* por aceptar para su segundo hijo Carlos de Valois la corona de Aragón que tan liberal y generosamente le ofreciera el Papa, por lo poco que le costaba el dársela [1]. El día de Navidad de 1283, según la mayor parte de los historiadores, ó mejor el 21 de Febrero de 1284, según los nuevos documentos aducidos por Amari, reunióse parlamento en París, y ante él el cardenal Juan Chollet, legado del Papa, dió la investidura de los reinos de Aragón y de Valencia y del condado de Barcelona á Carlos de Valois, prestando por él juramento su padre Felipe. La ceremonia se hizo con el extraño rito de poner-

1 "Decidan otros, ha dicho con mucho criterio Muratori, si el Papa procedió en esto con la debida justicia. Pero lo que sí puedo asegurar, es que en estos últimos tiempos los franceses han atacado el poder que se atribuyen los pontífices de apear á los reyes y disponer de sus estados, mientras que entonces aceptaron muy gustosos la donación que les hizo el papa Martín del reino de otro monarca, haciendo cuanto les fué posible para posesionarse del mismo.„

le el cardenal su capelo en la cabeza [1]. El Papa ratificó la investidura el 1.° de Marzo, y la bula de concesión se expidió en toda forma el 3 de Mayo [2].

Inmediatamente el cardenal legado comenzó á predicar la cruzada contra el rey de Aragón, concediendo á los que quisieran hacer armas contra un rey cristiano las mismas indulgencias que se otorgaban para la guerra de los lugares santos. También entonces comenzaron los formidables preparativos de Felipe para venir sobre estos reinos; pero no ha llegado aún el momento de ocuparnos en ello.

Es de advertir que el rey de Francia, antes de aceptar para su hijo los dominios que le ofrecía la Santa Sede, se había procurado una alianza que podía serle de gran utilidad cuando viniese el caso de la ocupación de estos reinos. Ya hemos visto en un capítulo anterior, con referencia á los historiadores del Languedoc, que en

1 Desclot es quien cuenta esta ceremonia en su cap. CXXXVI. Muntaner, en su cap. CIII, refiere equivocadamente que el joven Carlos fué á Roma con el legado y que en aquella ciudad el Papa le hizo donación del reino de Aragón, ciñéndole por sus manos la corona de este reino. Muntaner ha popularizado la expresión de *rey del xapeu*, rey del chapeo ó del capelo, que sin duda se daba por escarnio á Carlos entre los almogavares y soldadesca, como en tiempos ya modernos se ha llamado, por escarnio también, *el rey botella* al hermano de Napoleón que éste sentó en el trono de España. La anécdota que refiere Muntaner no es muy verosímil en el supuesto de ser el Felipe, hermano de Carlos de Valois, quien primero usó esta expresión de *rey del chapeo;* pero hemos de creer, sin embargo, que era la denominación vulgarmente dada en Cataluña al joven infante francés tan extraña y extemporáneamente coronado.

2 Puede verse el tomo I de Amari, cap. XII, donde se trata de este punto con documentos y datos no aducidos hasta ahora. En Amari, en los *Anales* de Zurita, en la *Historia eclesiástica* de Fleuri, en el mismo Desclot y en otros autores, se leen las condiciones impuestas por el Papa á la corte de Francia y con las cuales fué dada la investidura de estos reinos á Carlos de Valois.

Agosto de 1283, Felipe *el Atrevido* y D. Jaime de Mallorca, hermano de D. Pedro, tuvieron una entrevista en Palairac, en la cual el último reconoció que el señorío de Montpeller era del rey de Francia [1]. Parece que entonces D. Jaime de Mallorca, inspirado por resentimientos contra su hermano, estuvo muy deferente y humilde con el monarca francés, á quien acompañó á Tolosa y á quien hospedó fastuosamente en Montpeller [2]; pero su deferencia y su humildad tomarían visos de traición inicua si ya entonces, como dice haberlo visto un historiador, hubiese prometido por solemne escrito, aunque secreto, franquearle el paso para Cataluña cuando viniese la ocasión, cederle las fortalezas, facilitarle vituallas, y en una palabra, procurarle los medios de combatir al que era su hermano y á la que era su patria [3]. Esta traición, simulada con la obediencia á la Iglesia, se pagó provisionalmente con otorgar á Jaime las décimas eclesiásticas en sus dominios.

El rey D. Pedro, entre tanto, de cuyo recurso de apelación á la sentencia del Papa no se había hecho

1 Véase el cap. XXII de este libro.

2 *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 43.

3 Amari cita el diploma en que dice consta esto, fechado en Carcasona á 17 de Agosto de 1283, firmado por D. Jaime y existente en los archivos del reino de Francia, J. 598, 4, 5.—Este documento importantísimo y los citados por los historiadores del Languedoc tocante á reconocimiento del señorío francés en los dominios de Montpeller, prueban de un modo indudable la ligereza, por no usar otra palabra más dura, con que Muntaner ha inducido á error á muchos autores, que le han creído verídico, contando los hechos referentes á D. Jaime de distinta manera de como pasaron, falseando unos, tergiversando otros y callando los más. No es, pues, extraño que á los ojos de algunos, por seguir á Muntaner, haya llegado D. Jaime hasta nosotros con la reputación de un personaje víctima de la calumnia. Pero si hay calumnia en hacer aparecer á un hombre honrado como un malhechor, la hay por lo menos igual en querer presentarnos á un malhechor como un hombre honrado.

caso, insistió de nuevo, aunque en vano. El Pontífice juzgaba, no como representante de Dios en la tierra, sino como hombre lleno de odios y de pasiones, y fué inútil que el monarca aragonés enviase como embajadores á Arnaldo de Rexach y á Bernardo de Orle, para que en su nombre pidiesen á Martín IV y al colegio de cardenales, que se le asignase lugar idóneo y seguro donde pudiese él presentarse á dar sus descargos, alegando y mostrando todo cuanto conviniese á la defensa de su causa. Si hemos de creer á Muntaner, en el fondo de cuya crónica no deja de haber datos que la crítica histórica puede y debe aprovechar, despedidos estos embajadores asaz bruscamente por el Papa, protestaron por medio de un escrito en buena forma por mano de notario, y regresaron á su país.

El historiador Amari, con excelente criterio, dice que estas protestas y apelaciones nacían de un justo argumento del rey D. Pedro, común á los más altos ingenios de aquella época y fuertemente esculpido en todas las memorias que de entonces se tienen, que era distinguir siempre la religión de la Iglesia, la personalidad del Papa de la fe cristiana. Y no en otra idea hay que ir á buscar la que presidió á la acuñación de las monedas sicilianas de entonces, las cuales llevaban en el anverso el águila siciliana, el nombre de la reina Constanza y la leyenda: *Cristo vence, Cristo reina, Cristo manda*, y en el reverso el nombre del rey Pedro con las armas de Aragón y la leyenda: *El sumo poder está en Dios.*

Cada vez más ciego en su odio, tardábale al Papa ver á la casa de Francia arrojarse sobre la CORONA DE ARAGÓN, y se dice que por haber sabido que Pedro se avenía por escarnio y burla á no titularse rey, sino *Pedro, caballero de Aragón, padre de dos reyes y señor del mar*, habiendo mandado en Mayo de 1283, bajo pena

de muerte, que ningún prelado publicase en sus dominios las censuras que contra él fulminaba la Iglesia, comisionó al arzobispo de Narbona para que averiguase si el interdicto se ejecutaba, interdicto según el cual debían estar cerradas las iglesias, sin darse más sacramentos que el Bautismo á los recién nacidos y la Penitencia á los moribundos, «que así maldecía miserablemente el Papa la tierra cuyos mayores habían regado de tanta sangre para triunfo de la cristiana fe [1].»

Para colmo de males, pues todo parecía declarársele en contra, excepto Sicilia, donde luego veremos cómo las cosas iban prósperamente, vióse precisado Don Pedro á salir de Valencia, que era, según parece, su ciudad predilecta, á fin de marchar contra Albarracín, que aparecía completamente pronunciada contra él en Abril de 1284. Ya hemos tenido ocasión de hablar otras veces, en el curso de esta obra, de la plaza de Albarracín, morada de turbulentos é independientes señores, que sólo querían reconocerse vasallos de Santa María, según á sí propios se denominaban. Albarracín que, como ya sabemos, resistiera victoriosamente á D. Jaime, tuvo que declararse vencida por su hijo D. Pedro.

El último señor de este punto había sido D. Alvaro de Azagra, quien tuvo sólo una hija llamada Doña Teresa, que casó con D. Juan Núñez de Lara, viniendo por este enlace á parar el dominio aragonés en poder de un magnate castellano. Era este Núñez de Lara aquél á quien D. Pedro envió á desafiar por haber contribuído con sus consejos á la sentencia del Papa. Enemigo declarado de nuestro monarca, favorecedor de los intentos del rey de Francia, D. Juan Núñez de Lara se aprovechó de las turbaciones que había en el reino y de

1 Amari, pág. 317 del tomo I.

los conflictos en que estaba sumido D. Pedro, para levantar una hueste de gente de guerra y efectuar continuas correrías, talando, destruyendo, merodeando y haciendo notable daño, con especialidad en las aldeas de la comarca de Teruel. D. Pedro marchó resueltamente contra él, apoyado por los consejos de Calatayud, Daroca y Teruel, y combatida reciamente la plaza, de la cual el prudente Núñez se había salido, tuvo que reconocer la autoridad del rey de Aragón, cuya real señera tremoló en las almenas de aquel lugar reputado hasta entonces por inexpugnable [1].

Teniendo el rey puesto sitio á Albarracín, nos dice Zurita que los aragoneses que habían ido á las Cortes convocadas en Zaragoza, proseguían en ellas sus pretensiones y demandas. Dieron al monarca término en que pudiese presentarse por razón del sitio; pero viendo que no lo hacía, enviáronle embajadores, los cuales debían suplicarle, á nombre de las Cortes, tuviese á bien acudir al remedio y reparo de los agravios, cosa tantas veces ofrecida, pero pocas ó ninguna cumplida.

Un autor, que será siempre muy respetable para el de esta obra, aun cuando haya alguna vez entre ambos desacuerdo de opiniones, ha dicho fijándose en esta época:

«Al mismo tiempo los aragoneses no daban vagar á sus pretensiones é insistían en ellas, principalmente los ricos-hombres, con un ahinco y una mancomunidad de esfuerzos, que aun en su amor á las franquicias parecían cosa extraordinaria, atendidos los riesgos de una inva-

1 Desclot, cap. CXVII; Zurita, lib. IV, cap. XLVI.—El dominio de Albarracín fué dado entonces por el rey á su hijo natural D. Fernando, que no lo conservó mucho tiempo, volviendo á los Núñez de Lara en 1298, quienes sólo lo tuvieron dos años, al cabo de los cuales fué agregado á la corona. (Véase Quadrado: *Aragón*, cap. I de la parte 3.ª)

sión extranjera. A las demandas del rey, que pedía con premura servicios, respondían reclamando libertades, y á las instancias para que acudiesen á repeler con la fuerza la dominación extraña, contestaban presentando memoriales de agravios. Estos orígenes tuvo el privilegio general de Aragón, continuado en el libro primero de los Fueros del reino. La llamada Unión de Aragón para la defensa de las libertades públicas, eligió la misma coyuntura de que se aprovecharon los estamentos del reino de Valencia y el brazo real del Principado de Cataluña: solamente que en estas dos provincias se obtuvo cuanto se deseaba por buenas vías y sin alardes de arrogancia. En Aragón todo lo prometía el rey con tal que le sirviesen, y las Cortes no se allanaban á servirle sin que antes les cumpliese todas las promesas. Notábase demasiada tirantez atendido lo apremiante de las circunstancias, y parecía más bella la causa de quien ante todo no perdía de vista á los enemigos de su patria [1].»

Podrá haber mucho de cierto en lo que aquí se dice; pero también lo es, á mi modo de ver, que en los orígenes de la unión aragonesa debe reconocerse un principio sagrado, y ojalá que siempre en todos los países se hubiese sentado como base el que los intereses del reino son superiores á los del rey.

Dejemos ahora por un momento á D. Pedro, y ocupémonos un poco de los sucesos de Sicilia, que reclaman nuestra atención.

El invierno del 1283 al 84 había transcurrido con toda tranquilidad para Sicilia, que volvía á entrar en su estado normal, ó por mejor decir, que entraba, después de muchos años de interrupción, en el período de florecimiento, prosperidad y riqueza, tesoro de los pue-

1 Ortiz de la Vega.

blos regidos por buen sistema representativo. Pero eran para la isla y para su próspera suerte dos enemigos terribles el Papa y Carlos de Anjou. El primero lo removía todo para buscar enemigos á Sicilia y á Pedro de Aragón. Acudía á Génova, cuya podestá contestaba que hacía muchos años que estaba en paz con la CORONA DE ARAGÓN, y pretendía continuar en la misma; pedía auxilios á Venecia, cuya república manifestaba solemnemente que ni al de Aragón ni á otro rey cristiano alguno moverían guerra sin causa; y mientras tanto abocaba los tesoros procedentes de las décimas de toda la cristiandad, destinados á la guerra de la Tierra Santa, para que Carlos de Anjou preparase formidables armamentos contra Sicilia. Éste, por su parte, se daba prisa en complacer los deseos del Papa, que eran los suyos, desde Marsella, en cuyo puerto reinaba una actividad extraordinaria y se montaba una fuertísima armada, ínterin estaban ya dispuestas á las órdenes del príncipe de Salerno 30 galeras en Nápoles y 40 en Brindis. Todo estaba pronto, al objeto de que, antes de concluir la primavera del 84, 100 naves de batalla y otras tantas de transporte se reuniesen en Ustica para caer sobre la impía, la hereje, la excomulgada Sicilia [1].

Enterados de todos estos preparativos los consejeros de la reina Constanza y de su hijo D. Jaime, creyeron que la salvación de la isla estaba en atacar á los anjoinos antes que éstos reuniesen sus fuerzas para caer sobre ellos con tan formidable poder. Treinta y cuatro galeras, sin contar los leños menores, armáronse á toda prisa en Mesina, y cuando la flota estuvo en disposición de hacerse al mar, la reina Doña Constanza llamó á su presencia al almirante Roger, á los capitanes y á los pilotos, que pudieron presentarse á su reina con los

1 Amari, cap. X, tomo I.

laureles recientemente ganados en Malta y Scalea. Con acento conmovido, pero con alta dignidad, dirigió Doña Constanza la palabra al de Lauria, recordándole que ella era su hermana de leche; que él había sido educado por la casa de Aragón, á la cual debía sus honores, y diciéndole que Sicilia toda, que su esposo, que sus hijos y que ella misma sólo en Dios y en Roger de Lauria confiaban entonces:—«No temáis, señora, le contestó lacónicamente el almirante. Nunca la señera del rey de Aragón ha sido vencida ni ha retrocedido, y en Dios confío que esta vez sucederá lo propio [1].»

Roger de Lauria se fué en seguida á disponerlo todo, y, cuando ya las galeras estaban aparejadas, pasó revista á las tripulaciones antes de emprender la marcha y les dirigió una admirable proclama, que creo debe trasladarse aquí, por lo mismo que sólo en Desclot la hallo continuada:—«Ignoro, les dijo, dónde se halla nuestro señor el rey de Aragón y de Sicilia; no sé si está en Aragón, ó en Cataluña, ó en Navarra; pero lo que sé es que nosotros estamos aquí por él. Nunca su señera fué vencida ni volvió atrás, que es gracia que le ha hecho Dios, y esto que ha ondeado en muchas batallas dadas para hacer progresar la fe de Jesucristo. Preparaos, pues; yo os aseguro que antes de doce días volverá á tremolar en una gran batalla, batalla de la que, con ayuda de Dios, saldremos vencedores. Corazón quiero en cada uno de vosotros y nadie tema, ya que hombres algunos hicieron jamás lo que nosotros haremos. Treinta galeras armadas hay en Nápoles, otras 30 han de llegar de la parte de Provenza, las cuales forman 70 con las 10 que los de Pisa envían á nuestros enemigos; y os cuento el número para haceros saber que nosotros, que no podemos retroceder ni aun ante 100 galeras contra-

1 Desclot, cap. CXX.

rias, debemos ir á buscarlas donde quiera que podamos tropezar con ellas.»

La alocución del almirante fué recibida con entusiasmo, y la flota partió del puerto de Mesina saludada por las aclamaciones de la multitud, que veía en ella la esperanza de la patria. Entonces fué cuando tuvo lugar aquel famoso combate naval que á tan alto grado elevó la gloria del de Lauria y que hizo memorable el 5 de Junio de 1284.

Osado en su fortuna, el almirante de la CORONA DE ARAGÓN cruzó por delante de Nápoles como retando al enemigo. Aceptó éste el reto. Treinta galeras salieron del puerto, yendo en una de ellas el mismo príncipe de Salerno, Carlos *el Cojo;* pero entonces Roger de Lauria se valió de una estratagema y aparentó huir. Su idea era la de ganar la ventaja del sol dejándolo á su espalda, atraer al alta mar al enemigo y conseguir que se desordenara con la caza. Consiguió por completo lo que deseaba. La flota napolitana comenzó á perseguir á la de Roger de Lauria, que huía hacia Castellmare, y cuéntase que una galera enemiga, mandada por dos sicilianos desertores, Risso y Nizza, iba tan cerca de las nuestras, que los tripulantes podían oir las voces que aquéllos daban, diciéndoles:—«¿A dónde huís, héroes? En vano os afanáis por escapar, que aquí tenemos con qué aseguraros.» Y al decir esto, les mostraban las cadenas para ellos preparadas.

De pronto, y como por encanto, las galeras fugitivas se pararon volviendo sus proas y colocándose 20 en línea de batalla, mientras las otras se situaban á retaguardia, para obrar según un plan de antemano concebido. Roger, en una barca armada, recorrió rápidamente la línea, alentando á los suyos, diciéndoles que tenían delante lo mejor de la nobleza de Francia, y que era razón que diesen de sí muestras tales que por largo

tiempo se hablase de ellas en el mundo. — «Miradles, exclamaba señalando á los enemigos; gentes son que jamás vieron armas ni saben tampoco lo que es el mar. Ellos gritan: hiramos nosotros.» Dice Roger; suenan en el acto con bronco estrépito las marinas trompas; levántase el grito entusiasta de *Aragón* y *Sicilia*, y nuestra armada en furiosa embestida cae sobre la contraria, atónita y absorta al ver aquel tan repentino como inesperado cambio.

Admirable triunfo fué el de aquel día para Roger de Lauria. Varias de las galeras napolitanas echaron á huir sin ni siquiera intentar el combate, y dejaron la nave del príncipe de Salerno con algunas otras para disputarse el honor, ya que no la victoria, de la jornada. Aunque no avezados al mar ni firmes en las naves, los franceses se comportaron noblemente, pero tuvieron que sucumbir. La galera en que iba el príncipe se defendió más tiempo y con más bizarría, ó á lo menos con más desesperación que las otras, haciendo particularmente proezas de heroismo el caballero francés Reinaldo Galart. Lauria, viendo la pertinacia de aquella defensa, mandó entonces que se echase á pique la nave. Sólo entonces se rindió. El príncipe entregó su espada á Roger, que le acogió en su buque, quedando prisionero de guerra con toda la flor de su nobleza que le había acompañado. Nueve galeras quedaron también en poder de nuestro almirante, y como una de ellas, haciendo esfuerzo de velas y de remos tratase de escaparse, Roger despachó en su persecución la galera catalana de Nadal Pansa, diciéndole á éste lacónicamente que le iba la cabeza si no volvía con la enemiga nave. Pansa debía saber cómo cumplía Roger sus órdenes, y volvió con ella [1].

1 Tratan extensamente de este combate, entre otros muchos, Desclot, caps. CXXI al CXXVIII; Neocastro, caps. LXXVI y LXXVII; Speciale, cap. XXVII del lib. I; Amari, cap. X; Quintana en su *Vida de*

No fué éste el único resultado de la victoria. El almirante pidió, y otros dicen que exigió, al príncipe su prisionero, amenazándole de lo contrario con la muerte, que mandase entregarle la hermana de Doña Constanza, la infanta Beatriz, joven y gentil hija de Manfredo, que pasó huérfana desde su cuna á la cárcel que en Nápoles le destinó Carlos de Anjou. El príncipe envió por la joven infanta, que triunfalmente fué acompañada á las galeras de Lauria, y entonces éste, orgulloso con su presa, se dirigió otra vez á Mesina, no sin antes haber hecho decapitar á los dos sicilianos renegados Risso y Nizza.

No con entusiasmo, sino con el delirio del entusiasmo, y se comprende bien, fueron en Sicilia recibidos Roger de Lauria y los suyos.

CAPÍTULO XXXII.

Tumulto en Mesina.—Síntomas de revolución en Nápoles.—Sitio de Reggio.—Defensa de Reggio por Guillermo de Pons.—Rasgo notable de Ramón Marquet.—Nuevos triunfos de Roger de Lauria.—Conquista de la isla de los Gerbes.—Prisión de Margano.—Cae en desgracia Alaimo.—Admirable comportamiento de una guardia catalana.—Empresa contra Navarra.—Poesía guerrera de D. Pedro.

(De Junio á Diciembre de 1284.)

En poco estuvo que la brillantez del triunfo no fuese manchada con horribles asesinatos. El pueblo de Mesina, febril de cólera, quería vengar en los prisioneros que traía la flota la muerte de Manfredo y Conradino, y la

Roger de Lauria, y Muntaner en su cap. CXIII. Este último llama príncipe de Matagrifón al de Salerno, sin duda por el castillo en que luego se le encerró, y exagera poéticamente algunos incidentes.

reina, sus hijos, el almirante y los más autorizados ciudadanos hubieron de interponer su influencia para contener al populacho, que mandaba echar ya las campanas á rebato y se esparcía por calles y plazas, reuniéndose á su antiguo grito de *¡Mueran los franceses!* El príncipe de Salerno hubo de desembarcar en traje de soldado catalán para no ser conocido, y se le condujo al castillo de Matagrifón, donde con buena guardia quedó asegurado.

Mientras esto tenía lugar en Mesina, en Nápoles se alborotaba asimismo el pueblo, amenazando alzarse contra Carlos de Anjou; pero contuvo la revolución la llegada de éste, que el mismo día de la batalla cruzaba los mares con 40 galeras, dirigiéndose á Gaeta. En este punto tuvo noticia de la prisión de su hijo y del tumulto de Nápoles, y corrió á esta ciudad amenazando entrarla á sangre y fuego. Su presencia y algunas enérgicas medidas, que se apresuró á dictar, bastaron para desanimar á los revolucionarios.

El de Anjou debía abrigar entonces un devorador deseo de venganza, y con actividad extraordinaria aumentó su flota y reunió un cuerpo de ejército, decidido á caer sobre Sicilia como una tempestad, vengándose de sus derrotas y de la prisión de su hijo. La armada anjoina zarpó de Nápoles, al mando de dos almirantes, el 24 de Junio, pero toda su empresa consistió en un paseo militar. Fué dando vueltas en torno de Sicilia como para atemorizar con su poder al enemigo; se presentó ante las cadenas del puerto de Mesina, y luego se dirigió á Reggio, cuyo sitio había mandado emprender Carlos de Anjou por su ejército de tierra, que constaba de 10.000 jinetes y 40.000 infantes. Su armada se componía de 150 ó 200 buques mayores, sin contar los otros.

Reggio se sostuvo con heroismo. Su guarnición,

compuesta de catalanes y sicilianos, al mando del catalán Guillermo de Pons, supo bizarramente resistir al grueso de las fuerzas de Carlos de Anjou, que con la menor parte de su hueste pasó á Catona, creyendo cosa de pocos días la toma de Reggio. No solamente no sucedió esto, sino que la plaza acabó por triunfar. Resistieron los nuestros repetidos asaltos, sufrieron con valor todas las penalidades consiguientes á un durísimo sitio, y en vano fué que una y otra vez se presentase el mismo Carlos ante los débiles muros de aquella población, sostenida por el heroismo de un puñado de valientes. El resultado fué que á 13 de Agosto se levantó el cerco, y Carlos tuvo que abandonar la prosecución de su empresa contra Sicilia, ya fuese porque se acercaba la peor estación del año, ya porque no tenía víveres suficientes, ó ya, en fin, porque la hueste, formada en su mayor parte de aventureros, comenzaba á rebelársele y amenazaba desordenarse.

Durante esta campaña, Roger de Lauria permaneció siempre en el puerto de Mesina, pronto á la defensa de esta ciudad, contentándose con despachar algunas saetías que salieron varias veces á provocar la armada enemiga para atraerla hacia el puerto; pero sin que los anjoinos por aquella vez se dejasen prender en el lazo.

Los anales sicilianos consignan un hecho admirable con referencia al catalán Ramón Marquet, que había sido enviado á aquel país por el rey D. Pedro con 14 galeras, así que supo en Cataluña los nuevos armamentos del enemigo. Navegaba Marquet por el mar de Milazzo, cuando viendo desde tierra su flota un caballero catalán llamado Vilaregut, que era gobernador de aquella ciudad, despachó una barca con el aviso á Marquet de que la escuadra enemiga impedía el paso del estrecho. La contestación del vicealmirante catalán fué verdaderamente espartana:—«El rey, dijo, me manda condu-

cir estas naves á Mesina.» Y siguió su derrotero. El de Vilaregut envió en el acto un parte al príncipe Don Jaime, y nuestra flota salió entonces del puerto de Mesina, yendo á recibir á la de Marquet hasta la torre del Faro. Entrambas se reunieron á la vista del enemigo y, sin ser molestadas, entraron en el puerto.

Poco después de este hecho, Carlos de Anjou dió la orden de retirada, y Roger de Lauria lanzó entonces 54 galeras en persecución de aquella escuadra que tan amenazadora se había presentado y que se retiraba sin combatir. Entonces fué cuando tuvo lugar (Agosto de 1248) el asalto y saqueo de Nicotra, que nosotros llamamos Nicotera. El almirante, engreído con esto, saqueó con igual felicidad á Castelvetro, tomó á Castrovilari y otros pueblos de la Basilicata, promoviendo allí un levantamiento en favor de D. Pedro, de modo que ya fué preciso enviar de Sicilia un gobernador que en nombre del monarca aragonés defendiese y asegurase toda aquella parte de Calabria. Sin embargo, los historiadores sicilianos se quejan en esta ocasión de Roger de Lauria, de quien dicen que por su codicia en llevar á cabo una empresa que participaba de piratería, dejó la más noble y gloriosa de arrojarse sobre la escuadra napolitana, á la cual, por lo desmayada que iba, hubiera sido fácil derrotar.

No se limitó á lo dicho el almirante. Dejando la costa calabresa, se acercó á la de África, y á mediados de Setiembre del mismo 1284 se arrojaba sobre Gerbes, cuya isla, poseída por los moros, se veía obligada á rendírsele, siendo cuantioso el botín que de ella sacó Roger. Gerbes reconoció el señorío del rey de Aragón, y allí mandó el de Lauria levantar una fortaleza, dejando en ella un gobernador.

Para colmo de su afortunada correría, una galera catalana apresó un buque en que iba el príncipe tunecino

Margano, y con él, y con los despojos de los Gerbes y de los demás paises saqueados, tornó el de Lauria á Mesina, que respiraba, como toda Sicilia, viendo alejado á su enemigo y victorioso á su almirante.

Después del retorno de la flota y la retirada de la hueste anjoina, hubo en la corte de Sicilia serios altercados que produjeron la desgracia de Alaimo de Lentini. Fué enviado éste por el príncipe D. Jaime á Cataluña so pretexto de reclamar auxilios á D. Pedro, y ya no tornó á Sicilia. Se ha dicho que entró en una conspiración contra el rey. Lo cierto es que su esposa Macalda fué encarcelada en el castillo de Mesina, mientras él lo era en Cataluña en el de Lérida, donde estuvo hasta el 1287. En este año D. Jaime le sentenció á pena capital, olvidando todo lo que aquel heróico anciano había hecho en Sicilia por la casa de Aragón. La desgracia de Alaimo, aunque promovida en parte por la soberbia y el odio de su esposa á la reina Doña Constanza, la achacan particularmente los cronistas sicilianos á manejos de Prócida y de Lauria, envidiosos del favor que se le dispensaba en la corte.

Un partido poderoso, al frente del cual se hallaba el almirante, según parece, quería la muerte de Carlos *el Cojo*. Una sangrienta asonada tuvo lugar un día en Mesina. La plebe corrió desalada á un edificio donde había 50 prisioneros franceses bajo la guardia de solos 20 soldados catalanes. A grandes gritos pidió á los prisioneros para matarles; pero la guardia se negó á entregarlos y se dispuso valientemente á defenderlos. Pero eran pocos los catalanes para resistir al pueblo que aumentaba por instantes, y tomaron la resolución de llamar á los presos y armarles, diciéndoles:—«Combatiremos juntos por vuestra vida.» Combatieron, en efecto, y pelearon con las fuerzas que la desesperación y la justicia les daban; pero el pueblo incendió el edificio,

y para escapar al fuego hubieron de entregarse. Aquel día Mesina presenció otra sangrienta escena de las *Vísperas*.

Quizá para calmar la efervescencia del pueblo, se pronunció entonces la sentencia que se supone contra Carlos *el Cojo*, príncipe de Salerno, añadiéndose que la reina Constanza no quiso firmarla y le perdonó. Lo cierto es que el príncipe cautivo fué trasladado del castillo de Matagrifón al de Cefalú, y más adelante, como veremos, se le envió á Cataluña.

De tal modo andaban las cosas de Sicilia, mientras D. Pedro, conquistador de Albarracín, penetraba en Navarra con una hueste de 1.500 jinetes y 10.000 infantes [1]. Fué una afortunada correría la que llevó á cabo por tierras navarras, regresando triunfante á Aragón, después de haber humillado en aquellos campos la soberbia de Núñez de Lara y de sus aliados franceses.

Pero estaba próxima á sonar la hora de la época heróica de D. Pedro. Felipe *el Atrevido* hacía sus preparativos de guerra para invadir el reino de Aragón, y entonces debió de ser cuando nuestro monarca, que no se desdeñaba de pulsar el arpa de los trovadores, escribió aquella su famosa poesía á Pedro Salvaje, que comienza:

Peire Salvagg' en greu pesar
me fan estar
dins ma maisó
las flors que sabs vólen passar
sense guardar
dret ni rahó.

En esta poesía, dirigida al que se dice que era su trovador familiar, se queja amargamente D. Pedro de

1 Desclot, cap. CXXX.

que las flores de lis quisieran pasarse á estas tierras sin razón ni derecho. Sin embargo, decía alegóricamente el rey, mis jaquesas se mezclarán con sus tornesas, y Dios querrá que venza quien haya mejor derecho.

A esta composición, contestó Pedro Salvaje con otra. Siguiendo la alegoría, encargábale al rey que hiciese una buena cosecha de flores (de lis), pues la estación era propicia.

Terció en la contienda el conde de Foix, aquél que había sido preso por el aragonés en Balaguer, libre ya á la sazón. Aliado con el rey de Francia, el de Foix recogió por éste el guante en el certamen poético, y escribió á Salvaje diciéndole que quien habérselas quisiera con las *flores*, debía guardar cuidadosamente sus *barras*, acabando por profetizar la ruina de Aragón y el ensalzamiento de Francia.

Otros poetas hubo también que escribieron entonces guerreros cantos en pro ó en contra de D. Pedro; pero ello es que, siguiendo éste el consejo de Salvaje, y nosotros su alegoría, se dispuso á hacer una buena siega y cosecha de flores, ya que era llegada la hermosa estación en que nacen más abundantes y espesas [1].

1 "Señor rey, decia Pedro Salvaje en su poesia, no debéis permanecer absorto ante las flores, antes debéis hacer por manera de cosecharlas en la estación del verano, cuando nacen más espesas, debiendo ser los que las cojan de tal valía y acierto, que ni en monte ni en llano, ni en selva ni bosque dejen flor alguna á esta parte de los montes (los Pirineos).„

CAPÍTULO XXXIII.

Preparativos del rey de Francia para venir contra estos reinos.—Situación apurada de D. Pedro.—Cortes en Zaragoza, Huesca y Zuera.—Conspiración en Barcelona promovida por Berenguer Oller.—Castigo de Berenguer Oller y de sus cómplices.—Viaje del rey.—Muerte del Papa.—D. Pedro al pie de los muros de Perpiñán.—Entra por fuerza en la ciudad.—Escritura encontrada por el rey.—Fuga de Don Jaime de Mallorca.—Tumulto en Perpiñán y regreso del rey.—Devuélvese la libertad á la reina de Mallorca.

(De Enero á Abril de 1285.)

Torturado por el dolor y la desesperación, sucumbía Carlos de Anjou en Foggia el 7 de Enero de 1285, en tanto que Felipe *el Atrevido* ponía en agitación á todo su reino para pasar á Cataluña en busca de la corona que el Papa diera á su segundo hijo; y como sin duda no dejaba de conocer Felipe que esta corona, que tan fácilmente se había dado, difícilmente se había de ganar, apelaba á todos sus recursos y á todas sus fuerzas, reuniendo un ejército de 150.000 infantes, 18.600 caballos y un crecidísimo número de guardas de bagaje y vibaldos [1]. En cuanto á las fuerzas marítimas que se congregaron para esta cruzada contra la Corona de Aragón, ascendían á 150 galeras y casi á igual número de naves de transporte.

Nunca se había visto á un príncipe cristiano acometer con más pompa más formidable empresa, ni hacer contra otro príncipe cristiano mayores ni más ruidosos aprestos, y todo legitimado por la Iglesia, por la Igle-

1 Gente, dice Zurita, que solía proveer el real de forraje: iban desarmados, llevando sólo un bastón.

sia que predicó aquella cruzada en todos los reinos cristianos concediendo honras, dispensas é indulgencias, como si se tratara de una cruzada contra infieles. Así era como el Papa, y es triste decirlo, trataba de inflamar los sentimientos religiosos de cada nación y hacer al mundo esclavo de su ira para arrojarlo, como un huracán desencadenado, sobre el trono de D. Pedro.

Uno de nuestros más autorizados cronistas, el caballero Bernardo Desclot, dice, hablando del apercibimiento de municiones que se hizo para el ejército cruzado, que á no ser testigo de vista le parecería imposible, pues que se gastó muchísimo tiempo en llevarlas á Tolosa, Carcasona y Narbona. Corrían á alistarse en la cruzada, no sólo franceses, sino también picardos, provenzales, gascones, borgoñones, tolosanos, bretones, ingleses, flamencos, alemanes y lombardos; acudió también, deseosa de ganar las prometidas indulgencias, una multitud inmensa de peregrinos de distintos países, el bordón en una mano y el rosario en la otra; se sacó del templo con gran veneración el Oriflama, el sagrado estandarte real de Francia que sólo abandonaba las bóvedas de San Dionisio para guiar las huestes contra los infieles; el cardenal Chollet se dispuso, como legado y representante de la Santa Sede, á acompañar el ejército para presenciar la ejecución del decreto del Papa; la reina esposa de Felipe *el Atrevido* y toda la familia real deseó también ir con el ejército hasta la frontera para ganar la indulgencia de la cruzada; y, por fin, una multitud errante y vagabunda, compuesta en su mayor parte de visionarios y criminales, se apresuró á seguir las huellas del rey de Francia, armándose de piedras y de saetas, pues que la Iglesia prometiera su perdón á todo el que arrojara una piedra ó una flecha contra los excomulgados.

Para ponerse al abrigo de esa tempestad, D. Pedro

no contaba sino con el rey D. Sancho de Castilla, el cual acababa de suceder á su padre, que le había prometido auxiliarle, y que, sin embargo, faltó á su palabra; con Eduardo I de Inglaterra, que parece se le había ofrecido, pero que luego se excusó por convenir á su política el permanecer neutral; con el emperador Rodulfo de Alemania, que había prometido á Ramón de Botonach, embajador de D. Pedro, pasar á Italia con su ejército y valerle en aquel punto, pero que luego fué retrasando el cumplimiento de su pacto; y con sus súbditos catalanes, pues los aragoneses estaban todavía quejosos y andaban en cuestiones y contiendas con el rey.

Celebró éste Cortes en Zaragoza por Marzo de aquel año de 1285, pero los de la Unión no quedaron en ellas satisfechos. Pocos días después volvieron á reunirse las Cortes en Huesca, habiendo en ellas grandes alteraciones y disturbios, ya que el rey demandaba, apurado por las circunstancias, que se le pagase el monedaje, y los barones se excusaban diciendo que no debían por sus privilegios. En Abril volvieron á convocarse en Zuera, pero ante ellas ni compareció el rey ni envió procurador, y entonces el justicia de Aragón procedió á declarar y pronunciar sus sentencias, dice Zurita, en las demandas y agravios que se habían puesto ante la corte, condenando y absolviendo al rey como le parecía, según fuero y justicia [1].

Mientras esto pasaba en Aragón, D. Pedro, con quien la fortuna parecía haberse declarado contraria, supo que en Barcelona se había alterado el orden y recibió la noticia de que su hermano D. Jaime de Mallorca le era traidor. Partió, pues, en el acto para Cataluña, estando en Lérida el domingo de Ramos y pasando de allí á Martorell, en donde se enteró de lo que en Barcelona

1 Zurita, lib. IV, cap. LIV.

sucedía. Según parece, la corte de Francia había sabido procurarse inteligencias en Barcelona, atrayéndose á un hombre llamado Berenguer Oller, que tenía gran prestigio y grandes simpatías entre el pueblo bajo, y que era como una especie de rey de las turbas. Vendido secretamente el francés, y obrando según sus instrucciones, por lo que se supone, Berenguer Oller, al propio tiempo que aparentaba procurar el bien del pueblo del que se titulaba protector y jefe, amotinaba á sus parciales y con ellos había formado el plan de apoderarse en un día dado de cuantos no quisieran insurreccionarse, pasarles á degüello y á saqueo sus casas, y entregar luego la ciudad al rey de Francia [1].

D. Pedro se presentó inopinadamente en Barcelona, cuando aún no era esperado, y con su sola presencia desbarató los planes que existían, pues que Berenguer Oller decidió entonces tomar otro rumbo y aparentar amor y celo por el rey, ocultando sus designios. Pero D. Pedro estaba bien enterado, y el desgraciado jefe de las turbas pagó con la muerte su traición. Cuéntase que, sin duda para mejor disimular sus planes, se acercó en la calle al rey, que iba á caballo, manifestando tener que hablarle de cosas importantes y con ademán de besarle la mano; pero D. Pedro le dijo irónicamente que no era costumbre entre reyes besarse unos á otros la mano, y poniéndole la suya sobre la cabeza, el monarca aragonés se lo llevó á palacio, de donde ya Berenguer no salió sino arrastrado á la cola de un mulo, con siete compañeros cómplices suyos, para llevarle con ellos á ser paseado por la ciudad, ahorcándoles luego á todos juntos en un olivo para escarmiento.

Según parece, la conspiración era vasta y tenía echadas profundas raíces, pues dice Desclot que, si bien los

1 Desclot, cap. CXXXIII.

sentenciados á muerte no pasaron de los ocho, fueron los presos 200 y sobre unos 600 los que escaparon de la ciudad y de la cólera del rey. De todos modos, es preciso confesar que aún no quedan bien averiguados el carácter y tendencias de aquel movimiento, ya que ni los cronistas ni los documentos contemporáneos nos ofrecen datos suficientes para poder juzgar si Berenguer Oller era simplemente un traidor vendido á los intereses de la Francia, como parece, ó un jefe de bandería política, lo cual también pudiera ser.

Restablecido el orden y asegurada en Barcelona la tranquilidad, D. Pedro dejó pasar las fiestas de la Pascua y en seguida se marchó en dirección al Ampurdán, sin dar cuenta á nadie del objeto que en su viaje llevaba, ni siquiera á los que escogió para compañeros, que fueron el conde Ramón Roger de Pallars, el vizconde Ramón Folch de Cardona y algunos otros caballeros catalanes con una compañía de gente de armas.

Precisamente en los días en que el monarca emprendía este viaje misterioso, exhalaba su último suspiro en Perusa su capital enemigo el papa Martín IV, que murió el 28 de Marzo, sucediéndole Honorio IV.

Lo propio que cuando se partió para Collo, nadie sabia cuál era el objeto de aquel viaje por el rey emprendido. La comitiva, siguiendo á D. Pedro, pasó por Gerona y por Figueras, cruzó los Pirineos y penetró en Rosellón. La idea del rey no fué conocida hasta que llegaron bajo los muros de Perpiñán.—«Aquí hemos de hacer nuestra jornada,» dijo. Y comenzó á dar órdenes y distribuir cargos á los suyos. Fácilmente conoció Ramón Folch, vizconde de Cardona, que el rey quería entrar en Perpiñán y tomar la ciudad de grado ó de fuerza, y por lo mismo se negó á participar de la empresa diciendo que la reina Esclaramunda de Mallorca era su prima, como hija del conde de Foix.—«Siempre fué cor-

tés En Ramón Folch, y mayormente con las damas,» dijo el rey. Y dióle el permiso que solicitaba para no tomar parte en la empresa, quedándose, por consiguiente, el de Cardona, con algunos de su linaje, fuera de la ciudad.

La hueste real había seguido caminos extraviados desde su entrada en el Rosellón, llegando al término de su viaje antes que pudiera sospecharse su objeto. Presentóse inopinadamente ante una de las puertas de Perpiñán cuando aún no rayaba el alba, y sorprendiéronse los guardas al decírseles que era el rey de Aragón quien entrar quería; pero, no obstante, se negaron á abrir. Poco le importaba esto á D. Pedro. Mandó á los suyos que á hachazos destrozasen barras y cadenas derribando la puerta, y así se hizo, á pesar de la viva resistencia que los guardas opusieron. Entró el monarca aragonés en la ciudad, y antes de que los vecinos se hubiesen dado cuenta de ello, habíase ya apoderado del castillo. El hijo del vizconde de Narbona, el señor de Durbán y algunos otros franceses que habían ido á ver al rey de Mallorca, entonces enfermo, fueron detenidos y debieron más tarde pagar rescate para ser devueltos á la libertad.

Dueño D. Pedro del castillo real que, según Henry, no estaba aún terminado y no podía ser defendido, hizo ocupar por los suyos un recinto fortificado que se llamaba la casa del Temple, y era donde el rey de Mallorca conservaba las joyas y el tesoro de la corona. De todo se apoderó D. Pedro, y allí encontró «un pergamino con dos sellos de plomo colgantes, uno de los cuales era del Papa y otro del rey de Francia, en cuyo pergamino constaba la promesa hecha por D. Jaime de Mallorca de valer y ayudar con todo su poder por mar y tierra al rey de Francia contra el de Aragón, y la promesa hecha por Felipe *el Atrevido* de dar en cambio al de Ma-

llorca por este servicio el reino de Valencia, donación en aquel mismo escrito otorgada y confirmada por el Papa [1].»

Irritado el monarca al hallar patente la traición de su hermano, ni siquiera quiso verle, y envióle dos ca-

1 Esto dice Desclot en su cap. CXXXIV; esto repite Henry en su cap. II del lib. I.—Hace algunos años, obedeciendo á la misma idea que hoy me domina, trataba yo de popularizar la entonces muy desconocida historia de Cataluña, aunque siguiendo el camino de las leyendas y de las novelas, único para mí aceptable en aquellos momentos, atendidos mis pocos años y el gusto dominante de la época. Mis cuentos, historietas, leyendas, baladas, etc., se publicaban en el *Diario de Barcelona* sin ninguna pretensión histórica por mi parte, con sólo el fin de dar á conocer lo más bello de nuestros anales, poetizándolo y dramatizándolo un poco á mi manera, para hacerlo más agradable y para de este modo contribuir á que naciera en la juventud el deseo de conocer nuestra olvidada historia. Al fin y al cabo no hacía sino lo que en mayor escala y con mejor talento habían hecho en lo antiguo Muntaner y otros como Muntaner, y en lo moderno Alejandro Dumas y otros como Dumas. Ni mi buen deseo, ni el fin patriótico que me proponía, ni mi ninguna pretensión histórica, bastaron á moderar las iras de algunos severísimos censores, prontas á caer sobre mí. En unas leyendas novelescas que publiqué á propósito de la entrada de los franceses en Cataluña, que es de lo que se trata en el texto, cometí realmente algunos yerros bajo el punto de vista de la crítica histórica, aunque no así bajo el de la novela, cuya libertad es reconocida; pero entre los yerros dije precisamente lo que Desclot escribe sobre la promesa hecha al rey de Mallorca por parte del de Francia. Como yo no había citado á Desclot, que no es costumbre hacer citas en leyendas novelescas, el continuador de la obra *Barcelona antigua y moderna* lo creyó error mío, y con tono magistral me increpó rudamente en una nota puesta al artículo de aquella obra en que se refieren los sucesos memorables del reinado de Pedro *el Grande*. Tomando por invención mía lo que era aserto de Desclot, lo dió redondamente por *falso*, suponiendo gratuitamente que en ninguna crónica ni historia autorizadas podía haberlo yo visto. Lea, pues, á Desclot en el capítulo citado, á Henry en la pág. 150 del tomo I, á Sas (edición anotada por Foz) en la pág. 221 del tomo II; vea cómo se engañó, y convénzase de cuán fácil le es errar al que en censor pretende erigirse. El refrán, y con él un gran escritor, han dicho que quien tiene el tejado de vidrio no debe tirar piedras al del vecino.

balleros para que en su nombre le requiriesen á que, en virtud de su feudo y del homenaje que prestado le había, pusiese en su poder todas las fortalezas del Rosellón al objeto de guarnecerlas é impedir el paso de los franceses. Los dos caballeros hallaron al de Mallorca en cama, haciéndose el enfermo ó estándolo realmente, y recabaron de él su asentimiento á lo que le pedía su hermano; pero cuando al día siguiente se presentó el notario que había extendido el auto para exigirle la firma, se encontró con que había desaparecido. Un conducto de aguas sucias, bastante ancho para que un hombre pudiese deslizarse por él á rastras, y que iba á parar al campo á un tiro de ballesta lejos del castillo y de la ciudad, facilitó á D. Jaime la evasión. Cuando supo D. Pedro la fuga de su hermano, ya éste se hallaba en un castillo llamado de la Roca [1], á cubierto de cualquiera tentativa.

Al circular el rumor de la evasión de su príncipe, alarmóse el pueblo de Perpiñán, é imaginándose que le habían muerto se amotinó contra D. Pedro, en quien querían vengar la muerte de su hermano. Consiguió el rey dominar el motín con explicaciones, con amenazas y hasta con alguna hostilidad por parte de su guardia; pero como no estaba seguro en Perpiñán, ni tenía fuerzas suficientes para sostener la ciudad contra los franceses, tomó otra vez el camino de Cataluña llevándose como prisioneros á la reina de Mallorca, sus tres hijos y una hija. La gente de armas catalana tuvo que sostener un combate para salir de la ciudad, pues amotina-

1 Muntaner, cortesano y adulador, no sólo no dice una palabra de este viaje del rey á Perpiñán y de sus desavenencias con D. Jaime, sino que supone, en su cap. CXIX, haber tenido los dos hermanos una conferencia en Gerona conviniendo, de común acuerdo, en que D. Jaime dejaría pasar las tropas francesas por sus tierras, ya que no había otro remedio. Esto ya no es sólo novelizar: esto es falsear la historia.

do de nuevo el pueblo puso preso al conde de Pallars, á quien el rey en persona corrió á libertar.

Cuando la comitiva, después de tan aventurado como feliz golpe de mano, estuvo de regreso en la Junquera, que es el primer pueblo de Cataluña por aquel lado y era de Dalmau de Rocabertí, presentóse á su soberano el vizconde de Cardona, Ramón Folch, en compañía del conde de Pallars, pidiéndole entrambos que devolviese la libertad á la reina de Mallorca, que estaba en cinta y á quien el dolor y la amargura de su situación podían enloquecer. Prestóse D. Pedro, y en efecto, la reina y su hija quedaron libres, regresando inmediatamente á Rosellón, mientras los otros tres hijos de Don Jaime eran llevados al castillo de Torroella de Montgrí, y los demás prisioneros al de Gerona.

En cuanto á D. Jaime de Mallorca, si hemos de creer á Desclot, luego que se hubo fugado del castillo de Perpiñán envió mensajeros al rey de Francia y al cardenal, diciéndoles que se apresurasen á venir; que estaba pronto á entregarles los castillos de Rosellón; que les ayudaría por su parte con todo su poder por mar y tierra, y que les facilitaría paso y entrada por donde penetrar en Cataluña, mal que pesara á D. Pedro de Aragón [1].

1 Desclot, cap. CXXXVI.

CAPÍTULO XXXIV.

Los franceses en el Rosellón.—Se apoderan de Perpiñán.—Asalto y saqueo de Elna.—El rey expuesto á morir ante Colibre.—D. Pedro se sitúa en el Coll de Panisars para impedir el paso á los franceses.—Qué gente se hallaba con el rey.—Retirada de la hueste francesa y deserción en sus filas.—Defensa del castillo de Montesquiu por una dama.—Armamento de Cataluña.—Puesto de honor concedido á los de Lérida.—Hecho de armas del conde de Ampurias.—Respuesta del rey á un mensaje del de Francia.—Por orden del rey de Mallorca se facilita á los franceses la entrada en Cataluña.

(De 1.º de Mayo á 20 de Junio de 1285.)

Después de haber dejado en Carcasona á la reina María de Bravante, que con sus damas había ido hasta allí para ganar la indulgencia, Felipe *el Atrevido* se adelantó hacia el Rosellón, acompañado de los dos príncipes, sus hijos del primer matrimonio [1], y del cardenal legado. Las tropas habían venido confusamente hasta Salses, y allí tomaron su orden de batalla. Iban delante, de vanguardia, unas compañías compuestas de foragidos y gente de mal vivir, encargadas de abrir paso á la hueste. Este primer cuerpo de cruzados, que era muy numeroso, no llevaba piadosamente más idea que la del saqueo y el exterminio. El segundo cuerpo, formado de 5.000 caballeros armados y 13.000 ballesteros á pie, iba mandado por los senescales de Tolosa, Carcasona y Bellcaire (Beaucaire), y por los señores de Lunel, el conde de Foix y un hermano del conde de Pa-

1 Felipe y Carlos de Valois, hijos de la primera esposa del rey que, como saben los lectores, fué la Isabel de Aragón, hija del *Conquistador* y hermana, por consiguiente, de Pedro *el Grande*.

llars. En la tercera división iban las milicias de Narbona, Beziers, Termens, Carcasona, Agenois, Tolosa, del condado de San Gilles y de Borgoña, y de las demás comarcas del Languedoc que eran del señorío de Francia. Formaban un cuerpo de 60.000 hombres. El cuarto, que subía á 80.000, estaba compuesto de picardos, normandos, flamencos y alemanes. La quinta división iba conducida por el mismo cardenal legado, bajo el pendón de la Iglesia, constando de 6.000 caballeros armados. Y por fin, en la sexta y última iban el rey de Francia y sus hijos con los nobles solicitados para la cruzada [1], y con el rey de Mallorca, que se había adelantado á recibir al de Francia hasta Narbona, para acompañarle y conducirle á Rosellón [2].

Después de haberse apoderado de Salses, aquella formidable hueste se adelantó, yendo á acampar entre Perpiñán y el Boulou, cubriendo con sus tiendas toda la extensión de terreno que separaba estas dos comarcas. Felipe, con toda su casa y corte y con el legado y el duque de Bravante, se alojó en el castillo de la Roca, y allí es fama que se pactó entre él y D. Jaime, á más de la entrega de Perpiñán y demás plazas del Rosellón á las tropas francesas, el levantamiento de todas las gentes de guerra de este condado para marchar con el ejército expedicionario, á expensas del rey de Mallorca, debiéndose dar 100 rehenes al rey de Francia para garantía de este tratado [3].

Inmediatamente entraron los franceses en los castillos de la Roca y de la Clusa; pero no con la misma facilidad pudieron conseguir hacerse dueños de las importantes plazas de Elna, Colibre y Perpiñán. Los habitantes de estas ciudades tomaron resueltamente las

1 Desclot, cap. CXXXVII.—Henry, lib. II, cap. I.

2 *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 48.

3 Henry, lib. II, cap. I.

armas para oponerse al tratado, protestando así contra la traición del rey de Mallorca; pero, sin embargo, una tras otra hubieron de sucumbir. Perpiñán no fué atacado siquiera, sino que se apoderaron de él por sorpresa. El conde de Foix y el senescal de Tolosa se pusieron en relaciones con los cónsules de la ciudad para que los habitantes, al menos, vendiesen víveres al ejército, amenazándoles en caso contrario con arrancar las viñas y los árboles del territorio, talando la comarca. Con la seguridad que dieron los citados caballeros de que nadie penetraría en sus muros, los perpiñaneses prestaron homenaje al rey de Francia y prometieron no causar ningún perjuicio á sus tropas; pero más tarde, con motivo de haberse esparcido el rumor de que el rey de Aragón, en inteligencia con los habitantes, bajaba de los Pirineos al frente de fuerzas considerables, los franceses, menospreciando lo sagrado de los anteriores pactos, penetraron en la ciudad y se apoderaron de ella. Algo, sin embargo, les costó, pues hubieron de sostener varios choques en las calles, y algunos de sus jefes, por haberse entregado á excesos y desórdenes, fueron sacrificados á la venganza de los irritados perpiñaneses [1].

Pero aún, afortunadamente, pudo Perpiñán escapar á la suerte que tuvo Elna. Para esta pobre y desgraciada ciudad no hubo compasión ni misericordia. Instado por los de Elna, habíales D. Pedro de Aragón enviado alguna fuerza de caballos al mando de Ramón de Urg; mas éste y los suyos creyeron por una mala inteligencia que iban á ser vendidos y entregados á los franceses, y abandonaron la ciudad en ocasión en que ya los enemigos la sitiaban. Los habitantes de Elna resistieron cuanto les fué posible; pero los franceses eran

1 Desclot, caps. CXXXVIII y CXL.—Henry, capítulo y libro últimamente citados.

numerosos y la tomaron por asalto, cometiendo en ella toda clase de crueldades y entregándola á las llamas el 25 de Mayo, después de haber pasado á cuchillo, *por orden expresa del cardenal legado*, á todos sus habitantes, sin distinción de clase, sexo ni edad. «Fué, ha dicho Guillermo de Nangis, un castigo ordenado *con justicia* por el legado, contra un pueblo *insensato* que ponía su apoyo en una débil caña como era Pedro de Aragón, rey excomulgado, despreciador de los mandatos de la santa Iglesia y de sus ministros.» Tales son las incalificables palabras del escritor citado. A la fidelidad de aquel pueblo llama insensatez, y justicia á las muertes, á los robos, á las verdaderas ferocidades por los franceses cometidas. ¡Y eran cruzados los que esto hacían; y era un cardenal quien autorizaba los horrores de Elna, predicando la guerra y el exterminio; y eran los que marchaban á la sombra del sagrado Oriflama, llamándose mensajeros del cielo, quienes á tales excesos se entregaban! Si tal era su justicia, ¿qué no debía ser su ira?

No se creyó todavía á Elna bastante castigada con el degüello de sus habitantes, la violación de sus mujeres, la profanación de sus templos y el saqueo y el incendio de sus edificios: se dió orden para arrasarla, y en seguida el rey de Francia, como para pagar la complacencia de D. Jaime de Mallorca, como para resarcirle de los perjuicios que le ocasionara, ó como quizá para recompensarle su traición, llevada hasta el increible extremo de permitir que de aquel modo degollaran á sus súbditos, le hizo expedir, fechada en el campo de Elna, una carta según la cual le eximía á él y á sus sucesores en los dominios de Montpeller de la jurisdicción de los senescales regios de Beaucaire y Carcasona [1].

1 Desclot, cap. CXLI; Henry, tomo I, cap. II; *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 48, y pruebas del mismo tomo, documento XXII.— Muntaner, en su cap. CXXI, cuenta lo de Elna á su manera y destruye

Mientras que esto sucedía en Elna y en Perpiñán, los ciudadanos de Colibre, dispuestos á resistirse, enviaban á decir á D. Pedro que estaban prontos á entregársele si les enviaba fuerzas suficientes. Pero en Colibre había dos partidos, uno que estaba por D. Pedro y otro en contra. Invitado por los del primero, el rey de Aragón se presentó ante el castillo al frente de 50 caballos y 1.000 infantes, creyendo que el capitán bajo cuyo mando estaba la fortaleza convenía en lo mismo que se había pactado con la mayoría de los ciudadanos. Bien pronto se convenció de que no era así. Arnaldo de Sagra ó de Saga, que era como se llamaba el gobernador, estaba dispuesto á no entregar el castillo; y cuando ante sus muros se presentó el monarca aragonés en persona, dispuso que un diestro ballestero, situado tras de una barbacana, escogiese al rey por blanco. D. Pedro, que de confiado pecó en aquella ocasión, adelantóse hasta muy cerca del muro para hablar con el de Sagra, sospechando sólo la maldad cuando éste le invitó á que se acercara más, bajo el pretexto de reconocerle. Por acaso providencial pudo escapar el bravo monarca á la traidora saeta que junto á él pasó silbando, y volviendo á reunirse con su gente, que había dejado á alguna distancia, dió orden de que se pusiese fuego á las casas exteriores de Colibre y á las galeras y demás naves que había en el puerto. Ejecutado este mandato, D. Pedro regresó á su campamento, que lo tenía en el llamado *coll de Panisars*.

la verdad histórica. Ya hemos dicho de qué modo noveliza Muntaner los hechos. Mal que pese á los que quieren darle reputación de historiador y de veraz, Muntaner no es más que un leyendista. En mucho de lo concerniente á la guerra del 1285 contra los franceses, trabuca de tal modo los hechos y desnaturaliza tanto la verdad, que hay que dejar su crónica á un lado y estudiar otras autoridades, si no se quiere incurrir en error á cada paso.

Allí estaba, en efecto, y por cierto que con bien poca compañía al principio, desde el instante en que los franceses penetraron en el Rosellón, calculando que sería aquél el punto por donde intentarían entrar en Cataluña, ya que, al revés de ahora, el *coll de Panisars* tenía de fácil y accesible todo lo que de peligroso y difícil tenía entonces el paso del Pertús. A la inmediación del peligro que amenazaba á estos reinos, D. Pedro comenzó por poner en paz al conde de Ampurias con Dalmau de Rocabertí, que andaban entonces enmarañados en cruda guerra, y envió cartas de armamento á las milicias de Gerona, Barcelona, Lérida, Tarragona, Tortosa y Valencia, á las de otros lugares que no se nombran, á los caballeros del Temple y del Hospital y á todos los barones de Cataluña, dándoles prisa para que fueran á reunirse con él inmediatamente [1]. Al mismo tiempo envió mensajes á las universidades, ricos-hombres y caballeros de Aragón, que estaban, como ya sabemos, poco dispuestos á favorecerle en aquel entonces; mandó que se cubriese la frontera de Navarra, y despachó avisos á Sicilia para que el almirante Roger de Lauria se trasladase á estos mares con su armada.

Por de pronto, con las pocas gentes que tenía, cuyo número, según un autor, no pasaba de 5.000 á 6.000 hombres, guarneció los pasos de los Pirineos, colocándose él en aquél donde parecía deber ser mayor el peligro, y encendiendo todas las noches grandes fogatas en diversos puntos de la cordillera, á fin de hacer creer al enemigo que estaban guardados los pasos por formidables huestes. Se ha dicho que la custodia de los otros pasos

1 Advierto una vez por todas, que sigo especialmente á Desclot en todo lo referente á esta época notable de nuestra historia. En cuanto á Muntaner, hay que dejarle á un lado. En todo lo que á este punto se refiere está admirable de poesía, pero falto de verdad en lo más capital. En notas sucesivas marcaré sus principales yerros.

del Pirineo fué confiada á Dalmau de Rocabertí y al conde de Ampurias, que lo era entonces aún Pons Hugo III, quedándose el rey, como está dicho, con la del *coll de Panisars*. La única gente que entonces había allí era la del Ampurdán y de Gerona, á más de los almogavares; y con aquel puñado de hombres se aprestaba el hijo del *Conquistador* á defender el paso contra un ejército de 150.000 combatientes. Había heroismo en el hecho sólo de intentar la empresa.

Lo cierto es que todo aquel inmenso poder levantado por la Francia, se detuvo por de pronto al pie de los Pirineos sin atreverse á escalarlos. Muchos de los peregrinos y aventureros que iban con el ejército enemigo se dieron ya por satisfechos al ver aquellas montañas, muros colosales que les impedían el paso, y creyeron buenamente cumplida su misión y terminada su campaña con sólo acercarse al pie de los montes y llenar un capazo de tierra los unos, para llevársela en signo de haber alcanzado perdón de sus pecados, mientras los otros se satisfacían recogiendo tres piedras y arrojándolas, una tras otra, en dirección á Cataluña, la tierra excomulgada, diciendo á cada una:—«Esta piedra la arrojo por el alma de mi padre; ésta otra, por la de mi madre, y ésta para alcanzar el perdón de mis cupas.» Y tranquilos, en calma la conciencia y en paz el espíritu después de haber hecho esto, abandonaban la hueste para regresar á sus hogares, seguros de haber conseguido el perdón de Dios y la salvación de sus almas.

Engañado por las hogueras que en lo alto de la sierra veía brillar todas las noches, Felipe *el Atrevido*, á pesar de este nombre, decidió la retirada del ejército. Creyó los pasos más bien guardados y sostenidos de lo que realmente lo estaban, pues que eran pocos en número si muchos en corazón sus defensores, y dió orden para que la hueste, llegada hasta el pie de Panisars, retroce-

diese de nuevo al llano de Rosellón. Después de esta retirada, sucedió lo de apoderarse por sorpresa de Perpiñán y por asalto de Elna. Se sabe por un documento [1], que el 3 de Junio estaba todavía acampado el monarca francés junto á la última ciudad, ó por mejor decir, junto á la que había dejado de serlo desde que en 25 de Mayo se diera la orden para arrasarla. Quedóse, sin duda, Felipe en el campo para gozar en aquella destrucción, triste venganza de su despecho y de las iras del legado.

Se cuenta, aunque es forzoso decir que con ciertos visos de ser un hecho apócrifo, que un cuerpo de franceses en su retirada encontró al paso el castillo de Montesquiu y quiso apoderarse de él. Ausente estaba el castellano, pues había ido solícito á ponerse bajo las órdenes del rey D. Pedro, pero allí estaba por él su esposa Elisenda, gentil al par que valiente dama, la cual, no sólo se negó á entregar el castillo, sino que, puesta al frente de su guarnición, se dispuso á una resistencia desesperada. Intentaron entonces conseguir por fuerza los franceses lo que no podían de grado; pero Elisenda de Montesquiu sostúvose tan bizarramente é hizo en sus filas tanto daño, que, levantando el sitio puesto á la fortaleza, pasaron adelante, dejando á Elisenda la gloria de la campaña, el honor de la victoria y la fama de pasar su nombre á la posteridad como el de una de las nobles heroinas que cuenta en sus fastos tradicionales la CORONA DE ARAGÓN.

Mientras tanto, la nueva de la aproximación de los franceses ponía en movimiento á toda Cataluña y hacía que la tierra toda se estremeciera. A la voz del bronce que desde lo alto de cada campanario anunciaba solemne y repetidamente, de noche y de día, que la patria es-

1 *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 49.

taba en peligro, se armaban las poblaciones; al grito de *¡Via fora someten!* salían los mozos de sus hogares; al salvaje clamor de *¡Desperta ferro!* los almogavares ataban á su cinto la azcona y despertaban el hierro, que durante el breve reinado de D. Pedro no halló ciertamente ocasión de dormirse; y la ley del *Princeps namque*, mandada proclamar en Barcelona por el príncipe D. Alfonso con el marcial aparato que las circunstancias reclamaban, reunía sobre los riscos de los Pirineos á todos los que se sentían con ánimo y corazón para morir por la patria. Noble y magnífico ejemplo fué el que en aquella ocasión dió Cataluña para ser legado á las generaciones venideras. Fueron entonces llegando al campamento las belicosas y bien aparejadas huestes por allí donde se juzgaba que intentarían penetrar los franceses, pues parece que D. Pedro tenía especial confianza en los hombres de Lérida, que repetidas veces le habían demostrado su experiencia y vigilancia en los campamentos, su valor y su arrojo en los combates.

Ya entonces, bien guarnecidos los desfiladeros y con suficientes fuerzas, pudieron los nuestros aventurarse á dar algunos rebatos, no pasando casi día sin que los atrevidos almogavares ó las diligentes milicias ciudadanas llegasen hasta las mismas tiendas del campamento enemigo, ejercitándose en aquella guerra de sorpresas y de repentinos avances y retiradas que con el tiempo debía dar característica fama á nuestro país. Del conde de Ampurias se cuenta que, por haber tenido secreta noticia de la llegada de 1.500 acémilas del ejército francés á Colibre para cargar la provisión de vino que de Mallorca trajeran unos leños, decidió intentar una sorpresa; y saliendo de su campamento, ya anochecido, con 300 peones y 50 caballos, atravesó el valle de Bañuls y armó su celada. El éxito más lisonjero coronó su

arriesgada empresa, pero con grave peligro de su persona. Convoyando las acémilas iban 2.000 infantes franceses y 160 jinetes; y el conde, que tenía su escasa gente bien dispuesta en emboscada, cayó sobre ellos con tal arrojo, que los enemigos se desbarataron al pronto, creyéndose salteados por mayor número de contrarios. No tardaron, sin embargo, en reponerse, y dieron sobre el conde, que se defendió con solos siete caballeros, agrupados á su lado en aquel preciso momento, pues los más de los suyos, creyendo asegurada la victoria, se retiraban ya con parte de la recua. No le valían á Pons Hugo ni sus proezas ni las de sus caballeros, y preso se le llevaban ya los franceses, cuando sobre ellos se precipitó un hermano (quizá sobrino) del conde, joven de diez y siete años apenas, con parte de su gente. Trabóse duro combate; quedó libertado el conde de Ampurias, y hubieron los franceses de abandonar el campo, donde quedaron tendidos 27 jinetes y 80 infantes. Con la palma de la victoria y con 632 acémilas arrebatadas en aquella sorpresa, volviéronse los nuestros á la sierra á gozar del aplauso de los suyos y de la satisfacción de su conciencia.

En escaramuzas y en sorpresas se iban deslizando los días. Por fin, los enemigos, como para disimular su extraña inacción, decidieron cumplir con una formalidad que al principio habían omitido, y enviaron mensajeros al rey de Aragón diciéndole que no les estorbase el paso para entrar á tomar posesión del reino que el Papa había dado á Carlos de Valois, pues que así evitaría la destrucción de la tierra. Hubo de sonreirse el aragonés monarca al oir tan extraño mensaje, y fué su contestación «que se conocía cuán poco tenía en aquella tierra quien con tanta franqueza la daba, y que no le había costado, como á los reyes sus predecesores, la sangre y las vidas que perdido habían en su conquista. Así, pues, terminó

diciendo, á quien la quiera, le ha de costar cara.» (*Qui la volrá, costarli ha*, dice Desclot.)

Tal fué la noble contestación que el embajador llevó á Felipe. Bien cerca de un mes estuvieron los franceses en sus tiendas, sin atreverse á salvar la valla de los Pirineos, y acaso hubieran retrocedido, que era difícil empresa su intento, si, como ladrón de casa, no hubiese habido un D. Jaime de Mallorca, especie de conde D. Julián de aquella época, para hacer que se les enseñase un oculto camino por donde introducirse en Cataluña burlando la vigilancia de sus bravos defensores. Por disposición y especial encargo del rey de Mallorca, se presentó cierto día á Felipe el abad de San Pedro de Rosas, acompañado del caballero Guillermo de Pau, y entrambos manifestaron á Felipe y al cardenal legado cómo, en cumplimiento de las órdenes que por D. Jaime les fueron dadas, se habían entendido con algunos hombres de la hueste del conde de Ampurias y les habían comprado á fin de que guiasen y condujesen á los franceses por un paso que había sobre la villa de Peralada, poco vigilado del rey de Aragón y de sus gentes [1]. Grande

1 Todo esto lo cuenta Desclot, con minuciosidad de particularidades y detalles, en su cap. CXLVI, y ya sabemos á qué punto de veracidad raya la crónica de Desclot. Zurita y Sas le apoyan en esta parte con su autoridad, con sola la diferencia de llamar el primero de éstos Pedro de Santa Pau al caballero acompañante del abad de San Pedro de Rosas, llamado Guillén de Pau por el cronista citado. Muntaner, en su capítulo CXXII, arruina la verdad histórica y cuenta el hecho como se le antoja. Para el buen Muntaner la historia consistía en exagerar todo lo que nos era favorable y mentir en todo lo que no favorecía á nuestros reyes. La traición del de Mallorca la pasa completamente en silencio, como ya sabemos, y dice que fueron cuatro monjes de Tolosa, pertenecientes al monasterio de Argelez, los que enseñaron el camino al rey de Francia. Varios autores, engañados por Muntaner, y no hallando quizá cerca de Argelez otro monasterio que el de San Andrés de Sureda, han gratuitamente atribuido la traición á los monjes de éste.—Con el testimonio de Desclot y los documentos de la inicua conducta de D. Jaime

alegría dióse con esta nueva á Felipe *el Atrevido* y al cardenal legado, y bendiciendo una y mil veces al rey de Mallorca, que de tal modo les servía, mandaron sigilosamente disponerlo todo y tomaron sus medidas para aprovechar la fortuna que la traición y la venalidad les deparaban.

CAPITULO XXXV.

Entra Felipe *el Atrevido* en Cataluña.—Sienta su real cerca de Peralada.—El rey sospecha del conde de Ampurias y manda retirar las milicias ciudadanas.—Entrevista en Figueras con el conde de Ampurias.—El rey en Castellón.—Consejo de capitanes en Peralada.—Atacan los franceses la villa y son rechazados.—Se decide abandonar Peralada, y notable proposición del vizconde de Rocabertí, señor de esta villa.—Incendio de Peralada.—Traición de los habitantes de Castellón.—Castellón en poder de los franceses.—Torroella de Montgrí se declara en favor de Francia.—Terror y espanto general en Gerona, y llegada del rey á esta ciudad.—Las milicias ciudadanas regresan á sus tierras.—Se decide la defensa de Gerona y se encarga de ella Ramón Folch.—Gerona guarnecida y fortificada.

(Del 20 de Junio al 1.° de Julio de 1285.)

Dícese que el pasaje de los franceses por el collado de Masana, que es el nombre dado al sitio por donde penetraron en Cataluña, se efectuó del 20 al 23 de Junio, habiendo enviado antes Felipe para explorar el ca-

citados por Amari y existentes en los archivos de Francia, no puede caber duda de que fué el hermano de D. Pedro quien procuró que se facilitase á los franceses la entrada en Cataluña; y véase ahora con cuánta ligereza se me culpó por el continuador de *Barcelona antigua y moderna*, que en esto, como en lo citado en otra nota anterior, atribuyó á invención mía, y diólo por lo mismo como falsedad notoria, lo que aseguran respetables autores y comprueban auténticos documentos.

mino una fuerza de 1.000 hombres, á las órdenes del conde de Armagnac, encargada de apoyar á 2.000 operarios que iban para hacer más practicable la ruta á caballos y bagajes.

Se ha supuesto que los franceses á su paso tropezaron con 50 hombres de la gente del de Ampurias, los cuales murieron casi todos defendiendo el desfiladero; pero Desclot no hace mención de esta circunstancia, y explica cómo atravesaron los Pirineos sin ser sentidos ni más dificultad que la ofrecida por lo quebrado del terreno. Cuando estuvieron ya de esta parte se fueron extendiendo por el llano de Peralada, posesionándose de varios pequeños pueblos en él esparcidos, y se envió mensaje á las galeras francesas para que se adelantasen á tomar tierra entre Castellón y el monasterio de San Pedro de Rosas.

No dejaba de ser muy extraño aquel paso del enemigo sin obstáculo alguno, y no es, por tanto, de admirar que al saberlo el rey de Aragón se quedara absorto y sospechase del conde de Ampurias, que precisamente se había retirado entonces á Castellón con motivo de disponer nuevos armamentos. El conde no; pero algunas de sus gentes debían estar de acuerdo con el francés, según aparece casi evidente por los mismos sucesos que aún nos toca referir. Atónito D. Pedro y desesperanzado al saber que ya la vanguardia francesa se hallaba de esta parte acá de los montes, reunió á los barones y les dijo que era preciso cambiar el plan de campaña. Perdido ya el muradal del Pirineo, decidióse que fuese Gerona la destinada á resistir en su marcha á los franceses, salvando á Cataluña con su sacrificio, y al efecto, se dieron órdenes á las huestes de Lérida, Barcelona, Cervera, Montblanch, Tárrega, Villafranca, Manresa y demás, á fin de que se retirasen unas á Gerona y otras á sus hogares. El conde de Pallars fué el

encargado de proteger la retirada de las milicias, mientras que el rey se trasladó rápidamente á Figueras para averiguar si debía ó no proseguir teniendo confianza en el conde de Ampurias.

Llegado á Figueras, después de tomada la decisión de abandonar la primera línea de defensa, se irritó sobremanera al ver que los vecinos habían abandonado la villa, pues no encontró en ella sino al obispo de Huesca con su compañía. Sin la intervención de este prelado y de algunos barones, D. Pedro hubiera mandado prender fuego á la villa, para lo cual diera ya la orden, aunque no se llegó á efectuar. Acudió allí Pons Hugo á verse con él. D. Pedro trató de sondearle políticamente, pero no pudo descubrir sino lealtad y adhesión en el conde, quien le manifestó su deseo de regresar á Castellón, donde había, le dijo, no pocas gentes maleadas, para asegurarse de si podría contarse con aquella hueste y con aquella plaza.

Finida esta conferencia, el rey corrió á Peralada; pero al caer la noche, como todavía le quedaban recelos del conde de Ampurias, se trasladó á Castellón de improviso, en compañía de un solo caballero, y halló realmente á Pons Hugo activamente ocupado en preparativos para poner la villa en estado de defensa y en situación de resistirse. Al lucir el alba, regresó á Peralada tranquilo y disipados sus temores.

Esperábanle ya en esta villa sus principales barones para celebrar consejo. Estaban, entre otros, los condes de Urgel y de Pallars; el vizconde de Cardona, Ramón Folch; Dalmacio de Rocabertí, que era el señor de Peralada; Ramón de Moncada, que lo era de Fraga; Guillén de Moncada, senescal de Cataluña; Pedro de Moncada, señor de Aitona; Berenguer de Entenza, señor de Mora y de Falset; Berenguer de Puig Alt; Ramón de Cervera, señor de Juneda y de Castell de Seu, y Ra-

món Berenguer y Guillermo de Anglesola. Acordóse en este consejo que el rey no debía aventurar su persona en aquel lugar, por ser ella la esperanza de la patria, y que se retirase á Castellón ó á otro punto, quedando ellos en defensa de Peralada. No se avenía D. Pedro á abandonar aquel puesto de honor, si de peligro; pero vencido finalmente por los ruegos de sus barones, se fué con solos tres caballeros á Castellón, dejando en Peralada á su hijo el príncipe D. Alfonso, y por capitán superior de todos ó general al conde de Pallars.

Antes empero de partirse de la villa, tuvo ocasión de asistir personalmente al primer ataque que los franceses dieron á Peralada. Avanzó el enemigo contra ella con gran fuerza, pero fué victoriosamente rechazado; que, gracias á los cuidados de D. Pedro, estaba la plaza bien defendida y eran hombres decididos quienes la guarnecían.

Si á Muntaner hubiésemos de dar crédito, no fué éste solo el hecho de armas en que se halló D. Pedro estando en Peralada. Nos habla este cronista de un ataque dado al campamento francés por el príncipe D. Alfonso al frente de 500 caballos, diciéndonos que incendiaron parte de las tiendas y mataron 600 hombres, regresando luego á Peralada, sostenidos en su retirada por el mismo rey en persona, que salió de la villa con gran fuerza. También nos dice el mismo Muntaner, si no es otro de sus cuentos, que una mujer de Peralada, llamada la Mercadera, porque tenía un almacén de mercancías, sorprendió cierto día vestida de hombre á un caballero francés, y arrojándose sobre él le hirió, matando su caballo y llevándoselo prisionero á la plaza, consiguiendo después que le diesen 200 florines de oro por su rescate [1].

1 Ni Desclot ni Zurita cuentan lo del hecho de armas de D. Alfonso, como tampoco el lance de la Mercadera, que, aun no siendo invención de Muntaner, es por lo demás de escasa importancia.

Luego que D. Pedro hubo partido de Peralada, se convencieron los barones de que esta villa no estaba abastecida ni fortificada lo suficiente para resistir un sitio formal. Decidieron, pues, abandonarla; pero como de abandonarla se seguía gran daño á la comarca por dejar en manos de los franceses una plaza donde poder hacerse fuertes, estableciendo en ella su centro de operaciones, el vizconde de Rocabertí, con notable entereza y con noble patriotismo, dió el medio para que ni los enemigos la tomasen, ni de su abandono pudiese venir daño á la comarca. Propuso, pues, hacer salir de noche á todo el mundo, y en seguida pegar fuego á la villa. El medio era extremo, pero heróico.

Peralada fué condenada al sacrificio por su mismo señor, Dalmacio de Rocabertí, que se encargó de ponerle fuego por sí propio, llevando á cabo su resolución con entereza patriótica, después de haber hecho salir á todo el mundo de la villa, y después de haber los sitiados sostenido la misma mañana del incendio un combate con los enemigos, como para demostrar que estaban dispuestos á sostener la plaza á todo trance. Peralada vino á ser en Cataluña para los franceses del siglo XIII, lo que Moscou en Rusia para los del siglo XIX. Las huestes de Felipe *el Atrevido* hallaron sólo un montón humeante de ruinas allí donde anhelaban encontrar una población en que guarecerse, fortificarse y establecer su cuartel general [1].

1 Desclot, cap. CL; Zurita, lib IV, cap. LXI.—Muntaner, en su capítulo CXXV, refiere el hecho de un modo contrario á Desclot y contrario á la verdad histórica, despojándolo de su principal belleza y robándole su heróica aureola de patriotismo. Si hubiésemos de creer á Muntaner, el incendio de Peralada se debería sólo á los instintos malévolos de los almogavares, que la prendieron fuego por sus deseos de saqueo y de robo. Afortunadamente tenemos á Desclot, en cuya crónica se refugió la verdad con tan poco miramiento ultrajada por Muntaner. Desclot es, pues, quien nos revela toda la grandeza de aquel hecho, repro-

Mientras gran parte de la gente de armas y muchos caballeros se iban á Gerona, el príncipe Alfonso, con el conde de Pallars y otros, pasaba á Castellón de Ampurias, en donde permanecía el rey; pero allí se estaba fraguando una de esas negras traiciones que con dolor tiene que consignar la historia. Peralada, ardiendo más que en las llamas de su hoguera en las de su patriotismo, no consiguió ofrecer un ejemplo que imitar á los de Castellón, quienes se entendieron secretamente con el rey de Francia para entregarle la plaza, mientras llevaban engañados al rey y á su mismo conde Pons Hugo. Quizá en ello medió también la traidora mano del rey de Mallorca, que tenía muchos amigos y favorecedores en Castellón. Supo una noche el conde de Ampurias lo que pasaba, por un fiel servidor, y voló á dar noticia de todo al rey, á quien halló en el acto de acostarse sosegadamente, fiado en la vigilancia y lealtad de los castelloneses. Inmediatamente se dió aviso al príncipe Alfonso, al conde de Pallars y á los demás barones, y de común acuerdo se convino en dejar la villa al lucir del alba. Buena prisa hubieron de darse, pues precisamente era aquel día el señalado para entregarla al francés.

Los traidores de Castellón, que habían velado toda aquella noche, vieron el movimiento de la comitiva regia á la primera luz del día, y oyeron el son de la campana que congregaba á las gentes de D. Pedro y de sus barones. Amotináronse entonces para detenerles en su marcha y como extrañados de aquella resolución; pero allí abrió paso el conde de Ampurias á la comitiva manejando su maza con certera y robusta mano, descar-

ducido en tiempos modernos por una nación poderosa, y por él sabemos que el vizconde de Rocabertí, antes de entregar la villa á las llamas, dió aviso á los habitantes para que cada uno salvase cuanto pudiese de su hacienda. Muntaner en este punto, ocultando ó disfrazando la verdad, ha estado poco patriota.

gando golpes á diestro y siniestro, y diciendo á voces:—«¡Atrás, en mala ventura que os dé Dios, hatajo de baras, villanos y traidores!» Así salieron de la villa á todo correr de sus caballos el rey y sus barones, después de haber tenido que romper á hachazos las cadenas y barreras de los portales, y en tan buena ocasión la abandonaron, que á corta distancia se hallaban cuando oyeron ya los gritos repetidos de *¡Francia! ¡Francia! ¡Mon Joie! ¡Mon Joie!* que daban los franceses. Volvióse Don Pedro, y á los primeros rayos del sol vió tremolar en los muros de la traidora villa los estandartes de Felipe y del cardenal, que señaló al conde de Ampurias diciéndole:—«¡Por mi cabeza, conde, que hemos hecho bien en darnos prisa; pues heos aquí á los franceses dueños ya de Castellón! [1].»

D. Pedro y los suyos no pararon hasta llegar al castillo de Pontons, cerca de Gerona, donde estaba de capitán un caballero llamado Berenguer de Mont Paó (otros dicen Bernardo de Monpahón), al cual comisionó aquél para ir en el acto al castillo de Torroella de Montgrí y llevarse consigo los tres hijos del rey de Mallorca, que allí estaban encarcelados desde el regreso de la empresa de Perpiñán, junto con los tesoros y archivo del mismo rey allí también dejados en depósito. Mientras D. Pedro seguía su camino á Gerona, Berenguer de Mont Paó volaba al castillo de Torroella; pero con dificultad pudo apoderarse de los tres infantes, y hubo de abandonar los tesoros, papeles y ropas á los vecinos de Torroella, que,

1 Desclot, cap. CLII.—También en este punto falta Muntaner reconocidamente á la verdad (cap. CXXVI), diciendo que Castellón se entregó al rey de Francia por voluntad de D. Pedro de Aragón, como antes dice que, por orden del mismo, se entendió con Felipe D. Jaime de Mallorca. Comprendo cuán duro es para un escritor patriota tener que consignar el hecho; pero debe hacerse, ya que si es para Castellón una mancha, nobles glorias tiene esta villa que la borran.

como los de Castellón, se habían sublevado al saber que los franceses eran ya dueños de casi todo el Ampurdán, temiendo las iras del enemigo si en su favor no se declaraban. Mont Paó con los infantes se fué á Gerona y los entregó al rey que, como en rehenes, se los llevó luego consigo á Barcelona.

Pocos soberanos han tenido que luchar á un tiempo con más contrariedades que las que entonces se declaraban contra D. Pedro, ante cuyos pasos hasta parecía faltar la tierra. Cuando llegó á Gerona, hallóla presa del más espantoso desorden. Allí estaban esperándole las milicias ciudadanas, á quienes diera aquella ciudad como punto de cita; pero los vecinos huían desalados de ella en confusión y tropel. Mujeres, ancianos, niños, enfermos, se apresuraban á abandonar sus hogares, temiendo que los franceses llegasen de un momento á otro para renovar allí la terrible y sangrienta catástrofe de Elna. Para colmo de infortunio, los almogavares, insubordinados, se habían introducido en el *call juich* ó judería de Gerona y se ocupaban en saquear y robar las casas, como si se tratase de un país conquistado. Cuéntase que D. Pedro, al saber esto, espoleó su caballo y blandiendo aquella su maza de armas tan terrible en los combates, arremetió contra los almogavares que iban desbandados por el *call*, hiriendo á muchos y mandando prender á varios que en el acto fueron ajusticiados. Así hizo volver á entrar en su deber á la desbordada turba, pasando en seguida á ordenar lo que convenía con respecto á la defensa de Gerona.

Su primera disposición fué llamar á consejo á sus caballeros y á cuatro capitanes de cada una de las huestes del Principado que allí estaban. A estos últimos les dijo que para evitar grandes males y transcendencias funestas al país, creía lo mejor ir desamparando los lugares que no eran bastante fuertes para la defensa, ha-

biendo al efecto decidido que las milicias ciudadanas regresaran cada una á su hogar; pues le bastaban á él los caballeros, las gentes de armas y los almogavares, para sostener en los puntos fortificados la embestida de los franceses, molestar á éstos, cansarles con escaramuzas y sitios y entretener la guerra hasta el invierno. En vista de esta resolución del rey, las huestes de somatén se retiraron, no sin antes haberse ofrecido á D. Pedro y haberle manifestado cuán prontas estaban á hacer cuanto de ellas dependiera.

Luego de terminar con los ciudadanos, entró el rey con los caballeros; y aunque hubo encontrados pareceres, manifestando unos que Gerona debía desampararse y otros que defenderse, D. Pedro optó por la defensa como hubiese un valiente que á su cargo la tomara. Excusáronse algunos, después de haber sido invitados para ello, y alzó entonces su voz el buen Ramón Folch, vizconde de Cardona.—«Castellán soy de Gerona, dijo, y yo me encargaré, si os place, de su defensa, que no puedo excusar, pues á ella estoy obligado por derecho y usaje de Cataluña, ni tampoco lo haría aunque pudiera. Dadme aquellos caballeros, gente y provisiones que bien os parezca, y yo os prometo que antes perderemos las vidas que ceder la plaza. A esto me hallo resuelto, y maravíllome sólo de que á todos hayáis invitado, señor, á tomar esta defensa sin acordaros de mí, que, por lo dicho, me encuentro á ella obligado.»—«Gracias por vuestras palabras, Ramón Folch, contestó entonces el rey, y ya sé que cumpliréis como habéis dicho, pues si antes no os invité, fué por no apartaros de mi lado como á uno de los mejores de mi tierra.»—«Pues si soy lo que decís, señor, replicó el de Cardona, probarlo he con mis hechos, y por esto nadie se quedará aquí sino yo, que soy el castellán de Gerona.»

Aceptada la noble y patriótica oferta de Ramón

Folch, dióse orden de abastecer la ciudad con provisiones para cinco ó más meses; se publicó un bando por el cual se mandaba que en el término de tres días saliesen de Gerona cuantos no fuesen necesarios para su defensa, y púsose á las órdenes del vizconde una guarnición compuesta de 80 caballeros, cuyos capitanes eran Guillén de Castell Aulí y Guillén de Anglesola; 30 ballesteros de á caballo y 2.500 infantes, entre lanceros y ballesteros, 600 de los cuales eran sarracenos del reino de Valencia, armados con ballestas largas de dos pies. Quedaron también en Gerona otros caballeros con las gentes de sus casas. Inmediatamente, y con toda diligencia, proveyó el vizconde á la fortificación de la plaza, mandando reparar el antiguo muro y pertrecharle, hacer bastidas, labrar sus barreras y derribar las casas que estaban en el exterior, arrasando el campo. Tomadas éstas y otras providencias, Ramón Folch esperó tranquilamente al enemigo, que no hubo de tardar en presentarse.

Mientras tanto el rey con su caballería se vino á Barcelona, y fué ésta como una señal para que se despoblase el campo de Gerona, quedando abandonadas villas y casas y volando todos á recogerse en la capital del Principado ó á guarecerse de las sierras y castillos. Pero en medio de aquella general emigración y del terror que inspiraban los franceses, manteníanse aún por el rey D. Pedro, Castelnou y Montesquiu, en el Rosellón; en el Ampurdán, Rocabertí, Requesens, Carmenzó, Llers y San Salvador, que eran castillos del conde de Ampurias y de Dalmacio de Rocabertí; en Gerona, la capital, Besalú y Camprodón; y en el Vallés, el castillo de Monsoriu, que era del conde de Ampurias, el de Moncada, que era del vizconde de Bearn, y el de Montornés, de Berenguer de Entenza.

No todo estaba perdido para el rey. Aún había pa-

tria; aún tenía hombres como el conde Pons Hugo de Ampurias, como el vizconde Dalmacio de Rocabertí, como Asberto de Mendiona, como el conde Ramón Roger de Pallars, como el vizconde Hugo Folch de Cardona, como Berenguer Mayol, como Ramón Marquet, como Roger de Lauria; en fin, grandes todas y gigantescas figuras de aquella época bajo tantos conceptos memorable.

CAPÍTULO XXXVI.

La armada francesa tala la costa.—Toma de Llers.—Coronación de Carlos de Valois en Llers.—Propuesta de rendición de Gerona á Ramón Folch, y noble contestación suya.—Sitio de Gerona.—D. Pedro en Barcelona.—Los catalanes piden al rey que los lleve al combate.—Respuesta dada por D. Pedro.—Los catalanes molestan á los franceses con rebatos y sorpresas.—Deciden los de la Unión ayudar al rey.—Fortificación de Barcelona.—Daño que hacían los corsarios á los franceses.—Los almirantes catalanes piden permiso al rey para salir contra los franceses.—Combate marítimo ganado por Marquet y Mayol con 11 galeras contra 24.—Notable fruto de esta victoria.

(JULIO DE 1285.)

Con la mayor facilidad pudieron los franceses correrse por el Ampurdán y apoderarse de él, mientras su escuadra, siguiendo el derrotero de la costa, ocupaba casi todos los lugares desde Colibre hasta Blanes. Los pueblos se hallaban en su mayor parte abandonados; pero no por esto dejaron de sufrir mucho, y se cuenta que algunos fueron reducidos á cenizas, entre ellos San Feliú de Guixols. Mientras la armada llevaba á cabo esta correría y fondeaba en Blanes, el ejército de tierra se apoderaba de San Salvador, cerca de Rosas, sin que éste pudiera oponer ninguna resistencia por falta de víveres, é iba á poner sitio al castillo de Llers.

Esta fortaleza hizo una buena y noble defensa. Resistió hasta catorce asaltos; en varias salidas hizo verdaderas proezas la guarnición, y de cadáveres franceses quedaron sembrados los alrededores de Llers. Cuando ya no había más medio de resistir, los bravos defensores se rindieron; pero estipulando que pudiesen salir con armas y bagajes, retirándose á Gerona. Así es como los franceses se apoderaron de aquel castillo, siendo el primero que alcanzaron por fuerza de armas en Cataluña.

Tomado Llers, trasladóse allí desde Castellón el rey de Francia con sus hijos, el cardenal y su corte, y en este castillo, con toda la pompa y aparato posibles, se hizo la ceremonia de coronar el cardenal á Carlos de Valois como rey de Aragón y conde de Barcelona, poniéndole en posesión de sus tierras [1]. Hubo con este motivo fiesta por dos días, mirando ya como ganado aquel país, y en seguida, por acuerdo tomado en consejo, movióse el ejército y fué á acampar delante de Gerona. Allí les esperaba tranquilo un Cardona, como siglos más tarde debía esperarles un Alvarez, dos hombres y dos héroes para siempre memorables en los fastos brillantísimos de la inmortal ciudad.

Tan pronto como hubo sentado su campo ante los muros de Gerona, el monarca francés envió al conde de Foix, como mensajero, al caudillo catalán Ramón

1 Desde este momento, sin duda, comenzó á usar el joven Carlos el sello de rey de Aragón que se ve en muchos de sus diplomas, y que continuó usando hasta la época de su renuncia, según más adelante veremos. En el anverso de este sello se ve al rey armado de todas armas, jinete en un brioso corcel con gualdrapa sembrada de flores de lis. El rey tiene la espada en alto y el escudo aplicado al pecho, en actitud de combatir. Por el otro lado, el rey está sentado en un trono con manto real, ceñida la corona con una flor de lis á la izquierda y un cetro flordelizado á la derecha. La leyenda es: *Karolus Dei gratia rex Aragonie et Valentie, comes Barchinonie, filius regis Francie.*

Folch, de quien era pariente, proponiéndole que si quería entregar la ciudad haríale tantas mercedes que ningún otro caballero sino el rey podría competir con él en dignidades y honores. A esto añadió el cardenal de su parte, que le absolvería en nombre de la Iglesia del juramento y homenaje prestados á Pedro de Aragón, á fin de que jamás pudiese ser tenido el vizconde de Cardona por traidor en parte alguna. Tal fué el mensaje trasladado á Ramón Folch; pero he aquí la contestación que dió el vizconde al de Foix [1]:—«En todos tiempos, conde, fuísteis mi amigo y yo vuestro, y en todos me dísteis pruebas de amigo menos ahora. Decís que os maravilláis de que yo me haya empeñado en la defensa de Gerona por servir á mi señor el rey de Aragón; pero maravíllome yo mucho más de que seáis vos quien me aconseje la entrega de un lugar cuya guarnición y defensa se me ha confiado, deshonrando con hacerlo el linaje de los Cardonas, y ganando yo en ello nombre de bara, falsario y bausador. Que me haréis absolver por el cardenal de mi fe y juramento, decís; pero aun cuando crea yo que el cardenal me absolviera de ellos por lo tocante á Dios, cierto estoy de que absolverme no podría de la mala fama que sobre mí caería y de la deshonra de mi nombre. Brevemente os respondo, pues, que ni ahora ni nunca volváis á hablarme de semejante propuesta, ya que, vos excepto, á nadie hubiera permitido que me la hiciera si en seguida no le hubiese mandado alancear, sin valerle el guiaje que pudiese haberle dado.»

Hubo de retirarse con esta respuesta al campo francés el conde de Foix; y no habiendo otro medio, se mandó poner estrecho sitio á la plaza, siendo los sarracenos del presidio de Gerona los que primero rompieron las hostilidades. En número de 60 salieron una noche de la

1 Desclot, cap. CLIV.

ciudad, armados con sus ballestas y con sus cuchillos en el cinto, y llegáronse hasta las primeras tiendas, en una de las cuales estaba un caballero normando cenando con cuatro caballeros franceses. Asaetearon á los cinco dejándoles cadáveres, y volviéronse á Gerona sin ser sentidos, llevándose prisioneros 38 hombres de la gente de armas del normando. Cuando al día siguiente hallaron los franceses aquellos sus cinco caballeros muertos, creyeron que eran sus asesinos algunos catalanes que con ellos vinieran de las tierras del conde de Foix, y sentenciaron á dos, haciéndoles ahorcar por el pescuezo; pero entonces el vizconde de Cardona hizo ahorcar por los pies, alrededor de los muros de la ciudad, á los 38 normandos hechos prisioneros la noche anterior. Tales eran las crueles y terribles represalias de aquellos tiempos; si bien que, por desgracia, tales y tan crueles han sido también en todas épocas.

Las varias escaramuzas que al primer lance de guerra referido se siguieron, con una brillante salida victoriosamente llevada á cabo por los sitiados, debieron hacer conocer á Felipe que la empresa de tomar á Gerona era muy difícil y ocasionada á más peligros y obstáculos de lo que al principio creyera. Estableciόse, pues, un sitio formal, con visos de ser duradero, y circuláronse las oportunas órdenes por el campamento para disponer ingenios y máquinas, con todos los demás preparativos que necesarios eran, si se había de combatir con fruto una plaza tan bien fortificada como aquélla y una guarnición como la que mandaba el de Cardona.

Mientras tanto, el rey se vino á Barcelona, según queda dicho; y al saber que los franceses habían puesto sitio á Gerona, redobló su actividad, de la que ya diera tantas pruebas, enviando mensajeros, uno tras otro, á Aragón á fin de que se le enviasen fuerzas; pero al ver que los aragoneses no contestaban, al ver que muchos

BIBLIOTECA PÚBLICA

barones catalanes andaban también como recelosos y retraídos, al mirar que los pueblos del Principado poco auxilio podían darle en medio de sus buenos deseos y leal patriotismo, tomó una resolución que difícilmente podrá interpretar ni comprender quien no se haya hecho cargo del verdadero carácter de D. Pedro. Mandó suspender todos los aprestos militares, y como si no le afectasen cuidados de ninguna especie y el reino estuviese en completa paz, se dió á la diversión, á las fiestas y á la caza, aparentando que, pues á los súbditos no les importaba, importábale menos á él todavía, que los franceses se hubiesen señoreado del Ampurdán y estuviesen combatiendo á Gerona. Así esperó, tranquilo en la apariencia, que el patriotismo hiciera lo que sus órdenes y autoridad no podían.

No tardó, efectivamente, en manifestarse la reacción natural que debía obrar en los ánimos patriotas la nueva conducta del rey. Los nobles catalanes se acordaron entre sí, y presentándose un día á D. Pedro, cuando éste continuaba aparentando estar más que nunca absorbido por sus placeres, le suplicaron que les condujese al combate, diciéndole que no era ocasión aquélla para permanecer en las ciudades y villas como mercaderes, sino que era llegado el momento de mostrar que había en Cataluña hombres de corazón y caballeros dignos de sus títulos y nombres, y que ellos con sus gentes se ofrecían á ponerse en frontera de los franceses y á no darles un momento de tregua ni descanso por medio de continuas escaramuzas, ataques y rebatos. Aceptó el rey la oferta, y la contestación que les dió merece continuarse íntegra, traduciéndola del cronista Desclot:

«No creo, barones, les dijo, que haya rey cristiano alguno que pueda contar vasallos mejores que vosotros, ni de más probada fidelidad á su señor. Y muéstranlo así vuestros hechos y obras primeramente, y luego las

palabras con que patentizáis vuestro amor hacia mí, al par que vuestro celo. De veras os lo agradezco, mayormente en esta ocasión en que me hallo yo de un lado, y el mundo todo contra mí de otro; pero, si á Dios place, yo espero que, aun cuando tengamos que sufrir algún daño, todo acabará por redundar en honra y gloria mía, de vosotros y de cuantos haya en mis tierras, ya que si en la empresa en que estamos comprometidos perdiésemos, quien menos perdiera fuera yo, salvo el deshonor, pues está en mi mano el avenirme con los franceses, y á buena cuenta tomaran ellos el dejarme contento y satisfecho. De seguro que no sería esto provechoso ni para vosotros ni para el país, mientras que yo, en último resultado, nada perdería, pues no soy sino un caballero, y con sólo que me quedasen mis armas y mi caballo, creo que vivir pudiera de la caballería como quien mejor haya. Agradézcoos por lo mismo lo que de palabra acabáis de decirme, y más os lo he de agradecer aún si lo ponéis por obra. No os diré que dejéis de hacerlo, ni os instaré tampoco á que lo hagáis, pues os dejo completamente libres para obrar según mejor os plazca; pero sí os diré que, como llevéis á efecto cuanto me decís y un solo pedazo de territorio me quede, éste será el que parta yo gustoso con vosotros. Empuñad vuestras armas y aparejad vuestros caballos, que, pues despertado me habéis, pronto iré á reunirme con vosotros. Necesito quedarme aquí unos días para disponer galeras y asegurar la defensa por la parte del mar; vosotros en tanto, si os parece, podéis formar dos cuerpos, uno de los cuales se sitúe en Hostalrich y otro en Besalú. Id, pues, barones, que yo procuraré estar á vuestro lado antes de que podáis llevar á cabo alguna empresa de importancia que me robe el placer de compartir con vosotros los peligros y la gloria.»

Tal es el noble y elevado discurso que pone Desclot

en boca de D. Pedro de Aragón. Los caballeros catalanes corrieron inmediatamente á ponerse en frontera de franceses, y dividiéronse, según el dictamen del rey, en dos cuerpos, el mayor y más lucido de los cuales acampó en Hostalrich, pasando á Besalú el otro, que se componía de 60 jinetes y 2.000 peones. Estas dos huestes comenzaron en seguida sus rebatos contra los franceses que tenían puesto el cerco á Gerona, dándoles mucho en que entender según parece. Menudeaban las escaramuzas y los encuentros, y apenas se pasaba día sin que, los de Hostalrich particularmente, llevasen á cabo alguna atrevida sorpresa. Los almogavares, diestros como no existían otros en esta clase de guerra, regresaban siempre con buen botín de armas, vituallas, ropas y prisioneros, que vendían luego como si fuesen esclavos sarracenos. También se llevaban á menudo la prez de la jornada los de Besalú, cuyo jefe principal era Asberto de Mendiona, y con quien se hallaban Bernardo de Anglesola, Berenguer de Puig Vert y Berenguer de Rosanes.

Ya por este tiempo, á mediados de Julio, vista la actitud de los catalanes y el aspecto que las cosas públicas presentaban, decidieron los de la Unión aragonesa reunirse en Cortes para procurar auxilios al rey, dejando por un momento aparte sus agravios. Convocados, pues, los ricos-hombres, infanzones, mesnaderos y procuradores de las villas y lugares del reino, en la iglesia de San Salvador de Zaragoza, acordaron que fuesen á servir al rey en la guerra contra franceses todos los que no estaban en las fronteras de Navarra y Albarracín, aun cuando no se hubiesen cumplido las sentencias referentes á sus libertades. Parece que entonces vinieron á Cataluña varios de los ricos-hombres aragoneses con sus gentes, entre ellos D. Pedro, que era señor de Ayerve y hermano del rey, como hijo de Doña Teresa Gil de Vidaure, de que tanto se ha hablado.

grandes calores de la estación. Cobrando D. Pedro nuevos ánimos y esperanzas con la brillante victoria marítima, decidió redoblar su actividad, y, como ha dicho Zurita, «se dispuso con sola la caballería catalana y con solos los soldados más pláticos que le quedaban, á hacer guerra guerreada al enemigo, y no cesar punto de molestarle y perseguirle.» A pesar de que todos los días se iba aumentando su real con gente de valor y de corazón, mientras que el del contrario iba disminuyendo, hizo nuevo llamamiento á todos sus reinos y señoríos, á fin de que se juntasen con él todos los caballeros y gente de guerra, declarando su voluntad de tener formado su ejército para poder acometer á sus enemigos y retarles á batalla campal, si era posible, el 1.° de Setiembre. Por esta causa envió á su hijo el príncipe Don Alfonso al reino de Aragón, y escribió á todos los ricos-hombres y mesnaderos de Aragón y Valencia y á los consejos de Cataluña, al objeto de que no le faltasen en la jornada que proyectaba.

Antes de salir á campaña pasó el rey á Montserrat, contándose de él que permaneció toda una noche en oración y en vela ante la sagrada imagen de la que unos llaman *Virgen de las batallas* y otros *Virgen de las montañas*, pero que ha sido siempre, en todos tiempos, la Virgen de la patria catalana. De rodillas ante aquella imagen y sobre aquella losa, que desgastarse debía con el tiempo al roce de tantas rodillas de héroes y de reyes, D. Pedro *el Excomulgado* y *el Impío* dirigió al cielo su fervorosa plegaria, pidiendo protección á la Virgen soberana para todos aquéllos que se disponían á combatir, y estaban ya combatiendo, por la independencia de la patria. La Virgen hubo de escuchar las plegarias de aquél que postrado ante sus altares ardientemente le imploraba, siendo, sin embargo, perseguido como cruel enemigo de la Iglesia; y D. Pedro debió partir de la sa-

grada montaña, robustecida su alma por la oración, fortalecidos el corazón y el espíritu por aquel sano ambiente de libertad y de independencia que se respira en las almenadas sierras de la Tebaida catalana.

Al partir del monasterio *de los monjes negros*, como le llama Desclot, encaminóse directamente á Hostalrich, donde ya sabemos que se hallaban los principales barones catalanes en frontera de franceses. Allí estaban entonces, molestando continuamente con sus rebatos á los enemigos, los condes de Urgel, de Ampurias, de Pallars, los Moncada, los Entenza, los Cervera, Anglesola, Cervelló, Puigvert y tantos otros de nombres que han sido siempre ilustres y que serán siempre caros á Cataluña.

Poco tiempo permaneció el rey ocioso en el campamento, ya que para él, lo mismo que para su padre el gran D. Jaime, la actividad, el movimiento y la guerra eran la vida. Entraba en su plan de campaña apoderarse de un cerro llamado el *puig de Tudela*, vecino á Gerona, donde quería asentar su real, y lo consiguió burlando la vigilancia de los sitiadores de Gerona; mas reconociendo que en aquel cerro no había la comodidad que al principio creyera para hacerse allí fuerte, lo abandonó á la noche siguiente para dirigirse á Besalú. Entonces fué cuando tuvo lugar aquel famosísimo combate que tanto realce y brillo ha dado á la época de D. Pedro, combate tan reñido como glorioso, en que el rey peleó como soldado, matando por su propia mano al que llevaba el estandarte enemigo, y también á un caballero navarro, que Muntaner convierte buenamente en el conde de Nevers al hacer la relación de este encuentro. Si no hubiese tenido ya la reputación de ser uno de los mejores caballeros de su tiempo, la hubiera conquistado D. Pedro en esta batalla, que no se describe aquí por no robar á los curiosos el placer de leer-

cometida dando el reino á Carlos de Valois, y se pide á Honorio que no someta el país á la dominación francesa, dejando reinar pacíficamente á D. Alfonso, puesto que, se dice, D. Pedro había dado *inter vivos* sus estados al hijo, declarando poseerlos de él solo en usufructo durante su vida, habiendo tenido esto lugar anteriormente á la empresa de Sicilia [1]. El derecho de D. Alfonso quedaba en este manifiesto perfectamente demostrado; pero el nuevo Papa no hizo caso alguno, y continuó, según ya hemos dicho, aunque con menos saña, la política de su antecesor.

El cardenal legado Chollet recibió ratificaciones de sus poderes hallándose en el sitio de Gerona, y ésta fué la respuesta dada por Honorio al manifiesto de estos reinos. Con sus poderes confirmados por el nuevo Papa, creció en intransigencia y en orgullo el cardenal, y muy de creer es lo que nos cuenta una crónica francesa [2] de que, cuando se estaba tratando la tregua con Gerona, se opuso el cardenal diciendo: «Nada de pactos ni de misericordia.» El joven príncipe Felipe, que con disgusto había visto á su padre emprender aquella guerra, preguntó entonces á Chollet qué harían de los niños, ancianos y mujeres si Gerona se tomaba por asalto.—«Mueran todos» contestó el cardenal, y replicó el joven Felipe:—«Pues nadie morirá, que no pueda defenderse con la espada.» Estaban trocados los papeles. El hombre de guerra predicaba la caridad y el hombre de paz el exterminio, lo cual es muy triste para la memoria de un príncipe de la Iglesia.

Durante la tregua, la epidemia continuó cebándose en los franceses, y hasta el mismo Felipe *el Atrevido* no

1 Véase el documento 2.º extractado por Amari en su nota 4.ª, página 175 de su tomo I.

2 La de Santa Bertín en el tomo III de Durand Thes. Anecd., página 766.

pudo librarse de ella, cayendo gravemente enfermo y teniéndole que trasladar á Castellón de Ampurias. Su hijo, el príncipe Felipe, quedó encargado del mando del ejército sitiador, que no era ya por cierto aquel ejército poderoso, altivo y brillante que, precedido de tanto estruendo, había penetrado en Cataluña. Al desaliento producido en la hueste por las dolencias y las contrariedades, vino á unirse entonces el que produjo la victoria de Roger de Lauria. El aniquilamiento de la escuadra francesa y con él la idea de que no podían ya verse abastecidos por mar, influyeron tanto en la hueste, que el soldado perdió su valor moral, á tiempo que en toda Cataluña comenzaba ya á mirarse como un providencial castigo la epidemia que diezmaba á los invasores. En efecto, los franceses cedían ante aquel socorro que á los catalanes parecía enviar el cielo como para amparar su causa, causa, sin embargo, anatematizada por la Iglesia, y he aquí cómo aquellos hombres que se decían enviados del cielo, recibían del mismo cielo su castigo. La excomunión, el anatema de la Iglesia podían pesar sobre el trono de Aragón, pero la gloria, y con la gloria Dios, pues Él es quien la envía, sonreían á las armas de D. Pedro. Bien puede, pues, decirse que si los franceses contaban con la Iglesia, los catalanes contaban con Dios.

Verdad es que, á todo esto, finido el plazo de la tregua, y no hallándose todavía D. Pedro en disposición de socorrer á Gerona, ésta tuvo que entregarse; pero también es cierto, como creo que ha dicho ya algún autor, que los franceses entraron en ella no para hacerla teatro de sus glorias, sino hospital de sus miserias. El bravo Ramón Folch de Cardona, nombre que será siempre para Gerona un timbre de gloria, se dispuso á entregar la ciudad, que más no podía ya sostenerla, en cuanto hubo vencido el plazo, lo cual fué el 7 de Se-

tiembre. Según las condiciones y pactos, debía salir Ramón Folch con su escasa guarnición, altas y ceñidas las armas, banderas desplegadas y con todos los honores de la guerra. Así se hizo. Los animosos defensores de Gerona desfilaron por delante del ejército francés, que les vió pasar en silencio profundo y con esas marcadas muestras de respeto con que siempre son mirados el valor y la nobleza por contrarios nobles y valientes. Y es preciso confesar que tales eran los franceses, aun cuando no fuesen muy afortunados en aquella campaña; que al fin y al cabo la Francia es una nación de gloria, y ni es decoroso insultarla, como con motivo de estos sucesos ha hecho algún mal aconsejado cronista, ni en ningún país ni en ninguna época del mundo ha sido jamás noble el vencedor que se ha gozado en injuriar al vencido.

Desclot cuenta, á propósito de lo que estamos narrando, que los franceses miraban pasar á los nuestros, maravillándose de aquel puñado de hombres que tan heróica defensa hicieran de la plaza, y dice que nadie se propasó á dirigirles el menor insulto, antes bien «fueron honrados por los contrarios tanto como pudieron.» Y añade que el silencio respetuoso y digno que reinó en las filas francesas mientras ellos pasaron, se prolongó hasta que Ramón Folch con los últimos salidos estuvo á dos millas de distancia, entregándose sólo entonces á su alegría las tropas de Felipe y penetrando con gran algazara en la plaza abandonada, viuda ya de sus defensores, pero llena de las señales visibles que allí dejaron su valor y su bizarría [1].

El príncipe Felipe, al entrar en Gerona, donde dista mucho de estar probado que los franceses cometieran

1 Desclot, cap. CLXVII.—Sobre todos estos sucesos pasa Muntaner como sobre ascuas, para no tener que confesar la entrega de Gerona.

tantos horrores como historiadores modernos han querido suponer, comenzó por nombrar capitán y gobernador de ella al senescal de Tolosa, Eustaquio de Beaumarchais, á cuyas órdenes puso una guarnición de 200 jinetes y 5.000 infantes; y en seguida dictó sus órdenes para que el grueso de la hueste regresara al Ampurdán, en disposición ya de efectuar su retirada á Francia.

Mientras tanto, Ramón Folch y sus compañeros se reunían con el rey de Aragón á quien encontraron en San Celoni, lugar que era entonces, según se dice, de los caballeros del Hospital. Con grandes muestras de regocijo fueron recibidos por el monarca y los suyos aquellos valerosos defensores de la ya desde entonces inmortal Gerona, y unidos permanecieron algunos días en San Celoni, á donde les llegó el aviso de que el rey de Francia continuaba cada vez más gravemente enfermo en Castellón de Ampurias, y que el grueso del ejército sitiador de Gerona había ya regresado al Ampurdán. Don Pedro entonces, habido consejo con sus barones, dispuso trasladar su campo á Panisars y coronar otra vez de gente las sierras y los pasos del Pirineo, á fin de que el patriotismo les hiciera encontrar dura la salida del país cuya entrada tan fácil la traición les procurara.

Ya en esto habían acudido á fuerza de tantos llamamientos del rey, y á causa también de la reacción que fué obrando el amor patrio en los ánimos, casi todos los ricos-hombres de Aragón y caballeros catalanes, impacientes los hasta entonces más perezosos, por dar las primeras pruebas de actividad en los combates. Ordenó el rey la manera cómo habían de trasladarse á los Pirineos, y abandonando él por su parte San Celoni se fué á Villalba, y de allí, pasando por delante de Gerona, se dirigió por caminos extraviados á la sierra de los Pirineos, sentando sus reales en un lugar á media legua de Panisars. Moviéronse al mismo tiempo por diversos ca-

minos las huestes catalanas, y cada cual fué á ocupar el sitio que le había sido designado.

Era una tristísima situación la del ejército francés en aquellos momentos. Estaba reducido á una tercera parte; iban faltándole cada día más las provisiones; se hallaba en tan extrema necesidad, que les faltaba á las gentes el ánimo juntamente con las fuerzas; su escuadra ya no existía, y los soldados sólo pensaban en huir de una tierra cuya conquista les presentaran como muy fácil y que tan duramente les rechazaba. Agrupado el débil resto de aquélla un día poderosísima hueste, junto á Castellón de Ampurias, en donde yacía moribundo su rey, á quien más que la enfermedad quizá mataba el dolor, acabó de entregarse al desaliento y á la desesperación cuando supo que estaban tomados los pasos del Pirineo y que allí les esperaban los catalanes para acabar con ellos. Sin duda algunos habían oído hablar de otros franceses que en más remotos tiempos tuvieron también que retirarse de España, viéndose obligados á cruzar por un paso de la sierra llamado *Roncesvalles*.

El príncipe Felipe envió mensajes á las tierras de Tolosa, Narbona y Carcasona, para que de ellas viniese cuanta más gente fuese posible á tomar los pasos de los montes, á fin de asegurar el tránsito del ejército; pero ésta fué disposición inútil hasta cierto punto, pues si bien vinieron algunas compañías de Narbona y Tolosa, subiéndose al Canigó y apoderándose de los montes que están entre Rosellón y Cataluña, no pudieron tomar aquéllos por los que el ejército se veía obligado á pasar. Felipe trató entonces de apoderarse de Besalú al objeto de abrirse paso en esta dirección, pero no le fué posible.

Dos mil caballos y 4.000 peones llegaron un día al pie del castillo de Besalú, en donde se hallaba de capi-

tán gobernador Asberto de Mendiona. Hiciéronsele á éste de parte del rey de Francia hidalgas y generosas ofertas para que entregara la plaza, pero era el de Mendiona del temple de los Ramón Folch. Las ofertas y las promesas fueron rechazadas por el mantenedor de Besalú, como lo habían sido por el de Gerona. Quisieron entonces los franceses tomar la plaza por asalto; pero se estrellaron todos sus esfuerzos ante la voluntad de hierro de su bizarro defensor y la decisión de cuantos estaban á sus órdenes. Asberto de Mendiona, en una salida al frente de 80 caballos y 2.000 peones, les hizo levantar el campo, obligándoles á retirarse otra vez á Castellón con notable descalabro, después de haber dejado en su poder las tiendas y bagajes.

No había otro remedio para la hueste invasora, que ó perecer de enfermedades y de hambre, ó salir de Cataluña por los sitios que guardaban D. Pedro y sus capitanes. Decidiéronse los jefes por este segundo medio y movieron el campo de Castellón, llevándose en una litera al rey moribundo, y en otras 80 á varios de sus principales capitanes. De esta manera, y con un cuerpo de ejército que ni era sombra siquiera del que con tanta soberbia había cruzado aquellas mismas vegas tres meses antes, se dirigió el príncipe Felipe á Vilanova de la Muga, cerca las ruinas de la abrasada Peralada, donde acampó dos ó tres días. Por falta de acémilas, pues habían tenido en Gerona gran mortandad de ellas, hubieron de abandonar en Castellón muchos cofres en los que había vajillas de oro y plata, ropas de seda y brocado y muchos otros objetos preciosos, mientras que por todos los lugares que pasaban iban dejando fardos y joyas, al propio tiempo que gentes y caballerías extenuadas, famélicas y moribundas. Fué una triste y dolorosa retirada la de aquella hueste que se juzgaba invencible y que había venido á comba-

tir en nombre de Dios, sin que su causa, por lo visto, fuese de Dios aprobada.

CAPÍTULO XXXIX.

El príncipe Felipe pide al rey de Aragón que le permita pasar los Pirineos.—Los franceses en la Junquera —Discurso del rey de Aragón á sus barones.—Esfuerzo de D. Pedro para cortener á sus gentes.—Estrago y matanza en el ejército francés.—Muerte del rey de Francia.

(30 DE SETIEMBRE DE 1285.)

Desde Vilanova el príncipe Felipe, de quien debe decirse que aparece como una interesante figura en las memorias de aquel tiempo, envió un mensaje á su tío el rey de Aragón, diciéndole que su padre estaba enfermo y próximo á morir, y pidiéndole que, pues estaba decidido á abandonar á Cataluña, no le impidiese el paso y le asegurase á él y á los suyos. A esto contestó D. Pedro, portándose con nobleza digna de elogio, que por su parte y la de sus caballeros le ofrecía que él y los suyos serían respetados; pero que no podía comprometerse á ofrecer lo propio por lo tocante á los almogavares y somatenes, gente á la que era fácil mandar, pero de la cual era difícil hacerse obedecer.

Obtenida esta contestación y esta oferta, que prueba, por cierto, hidalguía y nobleza de sentimientos en Don Pedro, el príncipe real de Francia abandonó con los suyos el lugar de Vilanova, torciendo en su ruta y dirigiéndose hacia el Pertús en vez de tomar por el collado de Masana. Dícese que llevaba la vanguardia el conde de Foix con 400 caballos, marchando en pos el príncipe Felipe, su hermano Carlos y el legado á los lados de la litera real con 1.000 caballos, y siguiéndoles lo res-

tante del ejército con las literas en que iban los enfermos y los bagajes. De Vilanova pasó la hueste á la Junquera, donde acampó aquella noche, que fué la del sábado 29 de Setiembre. Por lo que toca al rey D. Pedro, que iba siguiendo á los franceses, parándose cuando se paraban ellos, acampó también con su caballería en un cerro muy poco distante de aquella población.

Allí fué donde el rey de Aragón reunió á sus barones, siendo fama que les dirigió la siguiente notable plática: —«Barones: grande merced nos ha hecho Dios nuestro Señor, no por méritos nuestros, sino por su piedad y misericordia, ya que, según es de todos sabido, el rey de Francia entró en esta tierra con gozo y alegría, y de ella sale ahora con dolor y con gran pérdida y quebranto de su gente y de su hacienda. Cúmpleme decir que, por mí, muchos de mi tierra han sufrido grandes males y han perdido sin culpa sus haberes, lo cual tanto más me mortifica y me duele, cuanto que ha sido en parte por no haber yo querido tomar consejo de vosotros, que leal y bueno me lo dábais. Menor hubiera sido, ciertamente, el daño causado por los enemigos, si de acuerdo con vosotros y conforme á vuestro parecer hubiese obrado. Por esto os digo ahora y os confieso que erradamente me he portado y conducido; pero afortunadamente el Señor Dios, á quien no place orgullo, sino humildad, se ha dignado favorecernos á mí y á vosotros, ya que los trabajos y desventuras que hemos padecido en esta guerra no los creerá quien no los haya visto. De todo hemos triunfado con la ayuda de Dios, y me complazco en confesar y reconocer mis yerros, así como lo que os debo por el auxilio que me habéis prestado y la buena y leal voluntad con que me habéis acudido. Ruégoos, pues, á vosotros todos, que si algo hice antes en vuestro desplacer, perdonado me sea y echado en olvido por amor á mí. Y ya que Dios nos ha permi-

tido que veamos vencidos á nuestros enemigos, tomemos venganza de ellos, no con el rigor, sino con la misericordia, que tenerla debemos de ellos, pues el Señor la ha tenido de nosotros. Comunicadme ahora vuestro parecer, si el mío no os agrada [1].»

Ramón de Moncada, senescal de Cataluña, contestó al rey en nombre de los barones aragoneses y catalanes, siendo noble y digna su respuesta, como digna y noble había sido la plática del monarca. Este no pudo lograr, sin embargo, con todos sus buenos deseos, que los franceses fuesen respetados en su retirada.

Al amanecer del domingo 30 de Setiembre, los restos del ejército enemigo tomaron el camino de Francia, teniendo que pasar por junto á sierras coronadas de gente de armas y almogavares, que difícilmente podían mantenerse tranquilos, costándole mucho al rey de Aragón refrenar la impaciencia y el febril anhelo de combate que espoleaba á toda aquella multitud. Por esto, al llegar á este pasaje de su crónica, ha dicho con oportunidad Muntaner, siquier haya en ello mucha malicia, que de buena gana sin duda el legado del Papa hubiera entonces absuelto al rey de Aragón, como éste le hubiese facilitado el medio de salir salvo y sano de su tierra.

Llegó un momento, según parece, en que todo el poder de D. Pedro no fué ya bastante á detener la impaciencia de sus gentes, que fieramente se lanzaron sobre el cuerpo de retaguardia de la hueste fugitiva. Por fortuna, los príncipes, el cardenal, el rey enfermo y la flor de la caballería francesa estaban ya en salvo. No fué un combate lo que hubo en los desfiladeros de los Pirineos, fué una carnicería; fué para los franceses una nueva y

1 Desclot, cap. CLXVII.—No en vano ha dicho Buchón, anotador de este cronista, que este discurso, pronunciado por un rey vencedor teniendo á la vista un enemigo fugitivo, es una de las más bellas páginas que se encuentran en Desclot.

aun quizá más sangrienta jornada de Roncesvalles. Habían acudido también los ballesteros, marineros y gente de la armada de Roger de Lauria, que se hallaba en Colibre, y se desprende bien á las claras de las crónicas, que ellos fueron los que comenzaron la matanza á la otra parte de los Pirineos, más quizá por cebo de codicia que por deseo de venganza [1]. Hasta Montesquiu refiere el autor del *Gesta*, que fueron acosados los franceses, y aún dice que si allí dejaron los almogavares de perseguirles, fué sólo porque estaban rendidos de fatiga y porque de tanto matar ya no tenían fuerza los brazos para sostener las armas. Lo cierto es que todo el camino hasta llegar á Montesquiu, y también hasta Perpiñán, quedó lleno de cascos rotos, de cadáveres, de armaduras destrozadas, de caballerías muertas, de trozos de armas y de los objetos que los almogavares no pudieron llevarse consigo. Por esto ha dicho Quintana que el desorden y el estrago que los franceses sufrieron en su vuelta, fueron iguales á la presunción y pujanza con que entraron; y por esto ha dicho Amari que los que pudieron llegar á Francia no llevaron de aquella empresa más que luto, peste, heridas y un grave quebranto en la hacienda pública.

Felipe *el Atrevido* solo llegó á Perpiñán con vida para en esta ciudad exhalar su postrer suspiro, algo convencido sin duda de que los regalos de coronas hechos por el Papa no eran siempre apetecibles [2]. Dícese que Don

1 Muntaner, que si está reñido con la historia, no lo está ciertamente con la poesía, cuenta la retirada de los franceses de una manera admirable y con toda su maestría de leyendista.

2 Desclot dice que la muerte del rey fué en Perpiñán, sin embargo, añade, de que otros dicen que murió en Castellón de Ampurias, y otros en Vilanova cerca de Peralada, mientras hay también quien afirma que espiró dentro su litera misma al pasar el *coll* de Panisars. Muntaner escribe y afirma que falleció en casa de un caballero llamado Simón de Vilanova, situada al pie de Pujamilot, cerca de Vilanova y á me-

Jaime de Mallorca, «que no había jamás abandonado á Felipe III después de habérsele unido en Narbona [1],» le mandó hacer magníficos funerales en la ciudad de Perpiñán.

Tal fué el resultado de aquella invasión en Cataluña, y he aquí, según ha dicho Henry, «cómo uno de los ejércitos más formidables que la Francia pudo levantar, acababa de ser casi destruído por las enfermedades y los combates del rey de Aragón, mientras que este príncipe, triunfante á la vez de sus enemigos y de los rayos aún más temibles de la Iglesia, conservaba una corona de la que el Pontífice se había dado demasiada prisa á disponer.»

CAPÍTULO XL.

Sumisión de Castellón y Torroella.—Rendición de Gerona.—Orden á la armada de Roger para marchar contra Mallorca.—Enfermedad del rey.—El rey encarga á su hijo la empresa de Mallorca.—Ultimos momentos de D. Pedro.—Muere el rey en Villafranca del Panadés.—Su sepulcro en Santas Creus.—Hijos que dejó.

(De 1.º de Octubre á 11 de Noviembre de 1285.)

Así que los franceses hubieron abandonado á Cataluña y estuvieron ya en Perpiñán, bajó D. Pedro de los Pirineos, después de haber mandado á Roger de Lauria que recogiese su gente retirándose con ella á

dia legua escasa de Peralada. La afirmación de este cronista, tenido por mucho tiempo como espejo de verdad, ha inducido á error á muchos autores. La *Historia del Languedoc* ha venido después á confirmar lo dicho por Desclot, y á probar que la muerte de Felipe tuvo lugar en Perpiñán. Véase esta obra, tomo IV, pág. 52 y nota 7.ª del mismo tomo.

1 *Historia del Languedoc*, pág. 52 del tomo IV.

la armada. Lo primero que hizo D. Pedro fué dirigirse á Castellón de Ampurias, cuya villa continuaba adicta á los franceses; pero al presentarse el monarca se le abrieron las puertas y recibió en su gracia á los habitantes. Lo propio hicieron Torroella de Montgrí y las demás poblaciones que en favor de los invasores se habían levantado.

Sólo faltaba Gerona, en la cual los enemigos habían dejado fuerte presidio. D. Pedro envió un mensaje al senescal de Tolosa, gobernador de aquella plaza por los franceses, diciéndole que se entregase si no quería sufrir las consecuencias de un durísimo cerco. Eustaquio de Beaumarchais se avino á la entrega; pero, más por honra militar que por esperanza alguna de auxilio, estipuló que no rendiría Gerona hasta pasados veinte días, por si en este plazo era socorrido de su patria. No lo fué, como era de esperar, y entregó la plaza luego de finida la tregua.

Escribe Zurita que D. Pedro llegó á Bercelona el 12 de Octubre, siendo acogido con gran entusiasmo, y dice Desclot que en esta ciudad encontró ya á Roger de Lauria, á quien dió orden para que aparejase su armada y la aprovisionase partiendo con ella al puerto de Salou, en donde recibiría instrucciones. El objeto que llevaba el rey no se traslucía aún, pero era que, libre ya de enemigos extraños, quería purgar su casa de enemigos domésticos, y había decidido una expedición contra la isla de Mallorca para castigar á su hermano el traidor D. Jaime [1].

1 Al llegar á este punto de su crónica, Muntaner, con aquella admirablemente fingida candidez que á tantos graves autores ha sorprendido, nos relata un delicioso cuento (cap. CXLI). Figura un diálogo entre el rey, el infante y Roger de Lauria; y haciendo que éste pregunte al rey el objeto de hacerle ir á Mallorca, D. Pedro le contesta que proyectaba esta expedición en bien de su hermano D. Jaime. A tenor de

Con actividad se hicieron los preparativos de aquella empresa contra Mallorca, y la escuadra zarpó de Barcelona para Salou, á donde se dispuso á ir el rey, que parece tenía el proyecto de dirigir personalmente la expedición; pero la muerte le salió desgraciadamente al paso impidiéndole terminar su obra. El 26 de Setiembre partió de Barcelona, poniéndose en camino para Salou; pero al llegar á un punto llamado el Hospital de Cervelló hubo de detenerse, pues se le aumentó una dolencia cuyos primeros síntomas había ya sentido en Barcelona, impidiéndole continuar á caballo su camino. Voló en el acto á prestarle los auxilios de la medicina aquel su famoso médico llamado Arnaldo de Vilanova, que tanto ruido había de meter en el mundo con sus doctrinas, y que era, sin disputa, uno de los hombres más eminentes y sabios de aquel siglo. El rey hubo de ser trasladado en litera á la población más inmediata, que era Villafranca del Panadés.

Agravósele allí la enfermedad, y conociendo que no podía llevar adelante su plan, dió orden á su primogénito Alfonso para que inmediatamente partiera á Salou, y, embarcándose en la escuadra con la gente dispuesta, pasase á Mallorca para no retardar la empresa. Dióle á este fin sus instrucciones, revelóle su secreto pensamiento y le hizo partir en el acto, diciéndole que

lo que dice Muntaner, el Papa había tramado que la isla de Mallorca fuese á parar de grado ó por fuerza á poder del rey de Francia, haciendo que éste amenazara á D. Jaime con cortar la cabeza de dos de sus hijos, que tenía prisioneros en París, si no se le daba Mallorca. A esto se había de seguir también, por parte de D. Jaime, la entrega al francés de los señoríos de Montpeller, Rosellón, Conflent y Cerdaña. Por esta razón, D. Pedro, temiendo que su hermano cediera por temor de que le mataran sus hijos, había decidido apoderarse de Mallorca, "ya que para D. Jaime—pone Muntaner en boca de D. Pedro—lo mismo es que él tenga la isla que la tengamos Nos.„—Y he aquí cómo escribe la historia Muntaner.

él no era médico y que por lo mismo no lo necesitaba á su lado, siendo en Mallorca donde hacía falta y le quería ver. Alfonso se despidió de su padre, á quien no había ya de ver más, y partió.

En efecto, había llegado la última hora para el bravo defensor de Cataluña, y conociéndolo él así, mandó convocar en su cámara al arzobispo de Tarragona, á los obispos de Valencia y de Huesca y á otros prelados y barones, que acudieron solícitos á Villafranca así que tuvieron noticia de su enfermedad. Reunidos, les manifestó que su ida á Sicilia no había sido en deshonor y perjuicio de la romana Iglesia, sino para sostener sus derechos y los de sus hijos, que creía justos; que como el Papa le declaró por esto excomulgado y privado de sus reinos, se había él visto en la precisión de prohibir que en sus dominios lo publicaran los prelados bajo pena capital; que sin culpa ni de él ni de sus reinos se les había excomulgado; y que deseando hacer constar su fe y obrar como cristiano, pedía la correspondiente absolución, estando dispuestos á cumplir personalmente con lo que le ordenara y mandara la Iglesia. Oídas estas palabras, el arzobispo de Tarragona, con acuerdo de los demás prelados, le dió la absolución que demandaba [1].

Al día siguiente, aconsejado por el obispo de Valencia, el abad de Poblet, el de Santas Creus y el paborde de Marsella, que se llamaba Hugo de Mataplana y que era hombre de su intimidad y confianza, mandó que fuesen puestos en libertad todos los prisioneros que se habían hecho por razón de aquella guerra, excepto los barones y personajes distinguidos; confesóse en seguida con Galcerán de Tous, monje de Santas Creus, y con el

1 Desclot, capítulo último.—Bofarull (D. Próspero): *Condes vindicados*, tomo II, pág. 244.—Zurita, lib. IV, cap. LXXI.

guardián de frailes menores de Villafranca, y recibió con verdadera unción y de una manera edificante los sacramentos de la Iglesia.

Estaba ya moribundo, sin fuerzas para pronunciar una palabra, cuando entraron á decirle que había llegado á Barcelona el príncipe de Salerno, Carlos II de Anjou, hecho prisionero, como sabemos, por Roger de Lauria en una de sus jornadas de gloria. Conducido Carlos á Mesina, fué encerrado en el castillo de Matagrifón, de donde lo pasaron al de Cefalú, para desde éste ser trasladado á Barcelona por orden que envió D. Pedro á su hijo Jaime. Cuando le dieron al rey la noticia, alzó por toda respuesta los ojos al cielo, pues que no podía hablar, y cruzó sus brazos sobre el pecho. Al día siguiente espiró. Fué, según Desclot, un sábado víspera de San Martín, en uno de los primeros días de Noviembre.

Así murió, inmediatamente después de su admirable comportamiento en la defensa de Cataluña y de haber arrojado de ella á sus invasores, el monarca á quien Dios quiso sin duda llamar á sí antes de darle tiempo para realizar la empresa contra su hermano; de modo que bien puede decirse de nuestro D. Pedro, lo que del emperador Nerva dijo Plinio el joven, quien le alaba por haber adoptado por sucesor á Trajano, y añade que, «hecho esto, los dioses le llamaron á sí temerosos de que á aquel acto inmortal no siguiese una acción común.»

Si hemos de creer á los cronistas contemporáneos, pocos reyes habrá habido que hayan sido tan llorados en su muerte como lo fué D. Pedro, cuyo cadáver fué llevado en hombros al monasterio de Santas Creus, en donde había elegido su sepultura. Allí existe todavía su sepulcro, que consiste «en un gran vaso de pórfido sentado sobre dos leones, de estilo enteramente árabe, que, al decir de la tradición, fué un baño arrebatado á

los moros por las armas del que allí descansa, y está cubierto por una pequeña urna elíptica ceñida de figuritas en relieve puestas bajo una serie de ojivas terminadas por frontones afiligranados [1].»

Zurita ha hecho observar con oportunidad que parece como providencial la muerte, acaecida en el mismo año, de los cuatro héroes principales de aquel gran drama que conmovió el mundo todo: Carlos de Anjou, el papa Martín IV, Felipe *el Atrevido* y Pedro *el Grande*.

El mismo autor dice de éste haber leído en memorias antiguas que era de gran estatura, robusto, y á maravilla bien proporcionado y con una majestad muy real. Grandes elogios se han hecho de este rey, á quien al par de *Grande* se ha llamado también *el de los franceses*, por haber arrojado á éstos de Cataluña. Su vida está llena de altos rasgos de nobleza, y es triste que veamos rebajadas alguna vez hidalgas prendas por ciertos actos ni muy propios de un rey de Aragón ni muy dignos de su caballeresca estirpe. En medio de todo, fué un héroe, un capitán ilustre y un verdadero rey. Su memoria vivirá cuanto viva el sentimiento de todo lo noble y el recuerdo de todo lo grande en los anales de la CORONA DE ARAGÓN.

No es verdad que hiciese testamento poco antes de morir, como ha dicho equivocadamente Muntaner, pues no existe de él otro que el que hizo en Port Fangós, y del cual se ha hablado ya, antes de embarcarse para su empresa de Collo y de Sicilia. Tuvo de su única esposa Doña Constanza, que le sobrevivió, cuatro hijos y dos hijas.

El primogénito, Alfonso, le sucedió en sus reinos de

1 Pí y Margall, en su continuación de la obra *Cataluña*, de Piferrer, pág. 300.—Hallo, sin embargo, en Zurita (cap. LXXVIII del lib. IV), que la urna de pórfido en que se depositaron los restos de D. Pedro, la trajo de Sicilia el almirante Roger de Lauria.

Aragón y Valencia y condado de Barcelona, y de él vamos á ocuparnos.

Su segundo hijo, Jaime, fué rey de Sicilia.

Su tercer hijo, Federico, lo fué también de la misma Sicilia, cuando Jaime pasó á sentarse en el trono de Aragón por muerte de su hermano Alfonso.

Del cuarto, que se llamaba Pedro como su padre, ya tendremos también ocasión de hablar y veremos cómo casó con Constanza de Moncada, hija de Gastón, vizconde de Bearn.

Por lo que toca á sus dos hijas, la mayor fué Santa Isabel, reina de Portugal, y la menor, llamada Violante, casó con Roberto, rey de Nápoles.

A más de los de legítimo matrimonio, tuvo también el rey D. Pedro varios hijos é hijas naturales, según el autor de los *Condes vindicados*. Dice éste que de una señora llamada Doña María le nacieron D. Jaime Pérez, señor que fué de Segorbe; D. Juan y Doña Beatriz, que casó con D. Ramón de Cardona.

También tuvo amores este monarca con Doña Inés Zapata, y de ella tres hijos y una hija: los hijos fueron D. Fernando, que fué señor de Albarracín; D. Pedro, que casó en Portugal con Doña Constanza Méndez Pelita, y D. Sancho, castellán de Amposta: la hija se llamó Teresa, y estuvo casada primero con D. García Romeu, después con D. Artal de Alagón y en terceras nupcias con D. Pedro López de Oteiza.

Hay también quien da al rey otra hija natural, llamada Doña Blanca, que fué esposa del vizconde Hugo Ramón Folch de Cardona, *el Viejo*.

Pasemos ahora á ocuparnos del sucesor de D. Pedro II de Cataluña, III de Aragón, llamado por la historia *el Grande* y por el vulgo *el de los franceses*.

CAPÍTULO XLI.

El príncipe de Salerno viene prisionero á Barcelona.—Caballeros que fueron á Mallorca con D. Alfonso.—Rendición de Mallorca.—Martirio de dos soldados en Alaró.—Insurrección en la armada siciliana.—Tempestad que sufre la escuadra al retirarse á Sicilia.—D. Jaime rey de Sicilia.—Sumisión de Ibiza.—Jura el rey los fueros de Mallorca y nombra gobernador á Asberto de Mendiona.—Cartas de convocación á los reinos.—Descontento de los aragoneses y por qué.—Embajada al rey.—Funerales por D. Pedro en Santas Creus.—Afortunada expedición de Roger de Lauria á las costas de Provenza.—Visita el rey los lugares de la frontera.—El conde de Pallars virrey de Cataluña.

(Del 11 de Noviembre de 1285 al 12 de Abril de 1286.)

Queda dicho en el anterior capítulo que el príncipe de Salerno, ya entonces Carlos II de Anjou, por la muerte de su padre Carlos I, había llegado á Barcelona precisamente en los momentos en que espirando estaba el rey de Aragón. Diversas y repetidas veces había éste mandado á la reina Doña Constanza y al príncipe D. Jaime que le enviasen el príncipe de Salerno, á quien otros llaman de la Morea; pero jamás había podido conseguirlo, pues D. Jaime iba retardando el cumplimiento de este mandato. Por fin, tan terminantes órdenes hubo de dictar D. Pedro, escribiendo á Juan de Prócida, que, si su mandato no se obedecía, iría en persona á Sicilia y pesaríale al príncipe su hijo de su ida, que D. Jaime se decidió á enviar á Barcelona el de Salerno. Antes, empero, fué á verle al castillo de Cefalú, donde se hallaba prisionero, y consiguió de él que renunciase en su favor el derecho de la isla de Sicilia y que le prometiese en matrimonio su hija Doña Blanca.

El príncipe D. Jaime atendía á su negocio antes de enviar el prisionero á su padre. Carlos II de Anjou fué confiado en seguida á la guarda de tres caballeros, Ramón Alemany, Jimeno de Azlor y Guillermo Pons, los cuales, en caso de encontrarse con la armada francesa, llevaban orden de cortar la cabeza al príncipe antes de entregarse. Carlos llegó sano y salvo á Barcelona, como ya sabemos, y se le encerró en una de las fortalezas de esta ciudad, señalando para custodios de su persona á Beltrán de Canyellas y á Guillén Lunfort [1].

Ya se ha dicho también cómo el príncipe D. Alfonso, antes de la muerte del rey, partió del puerto de Salou para Mallorca con la armada de Roger de Lauria. Le acompañaban, entre otros caballeros, Blasco de Alagón, que fué luego uno de los más famosos capitanes de aquellos tiempos; Conrado de Llansa, Sancho de Antillón, Pedro Garcés de Nuez, Pedro de Sessé, Blasco Jiménez de Ayerve, Jimeno Pérez de Andosilla, Pedro de Moncada, Ramón de Urg y Marimón de Plegamans.

Aportó la escuadra en la Porrasa, tomó tierra el ejército y mandóle acampar D. Alfonso en las inmediaciones de la capital, con orden expresa y terminante para que nadie osara salir á talar la vega. Disponíase para estrechar el cerco, cuando los sitiados, viendo la superioridad de las fuerzas acaudilladas por el príncipe aragonés y conociendo que la generalidad de sus moradores no querían hacer armas contra sus hermanos de Aragón y Cataluña, entraron en tratos con D. Alfonso por medio del famoso Conrado de Llansa. La ciudad se rindió el 19 de Noviembre de 1285, nombrando quienes prestasen homenaje y reconociesen á D. Alfonso, ya rey de Aragón entonces, por rey de Mallor-

1 Zurita, lib. IV, caps. LXXII y LXXIII.

ca, enviando á lo mismo sus síndicos los demás lugares y parroquias [1].

Tardó más en rendirse el castillo del Temple, donde se había refugiado el gobernador D. Jaime Ponce de Zaguardia; pero capituló por fin bajo la condición de que él, sus deudos y los partidarios de D. Jaime que allí se hallaban, podrían pasar á Rosellón libremente á reunirse con su rey.

Resistieron también durante algún tiempo los castillos de Alaró, Pollensa y Santueri, pero atacados por numerosas fuerzas tuvieron que capitular. La tradición, dice un autor [2], ha conservado memoria de un hecho horrible que siguió á la rendición del primero de estos castillos: tal es el martirio que por orden de Don Alfonso sufrieron los esforzados soldados Cabrit y Bassa, siendo quemados vivos por haber defendido el puesto confiado á su lealtad, fieles al juramento que habían prestado á su rey.

Nuestras crónicas particulares no se fijan en un suceso que tuvo lugar entonces, y fué la partida de la escuadra siciliana. Al tenerse noticia de la muerte del rey D. Pedro, hubo una verdadera insurrección entre los sicilianos de la armada. Se temió que, muerto aquel valeroso príncipe, los enemigos intentasen apoderarse de Sicilia, y todos los que de ésta habían venido, con grandes gritos demandaron entonces volver á su patria. Acaudillaba á los insurrectos el vicealmirante Federico Falcón, que era de Mesina. Sin duda entonces fué cuando Roger de Lauria, creyendo quizá con esto calmar á los suyos, se presentó al nuevo rey D. Alfonso exigiéndole palabra real de ayudar con todas sus fuerzas y contra cualquier enemigo á su hermano D. Jai-

1 Piferrer.—Bover.—Socías.

2 Cayetano Socías: *Reyes de Mallorca*, pág. 35.

me, jurado ya sucesor en el dominio de aquella isla. Dió el rey su palabra, pero no bastó á calmar á los insurrectos que se amotinaron dando gritos de: «A Sicilia, á Sicilia, y muera el que se oponga,» sin hacer caso de las prudentes reflexiones de Roger de Lauria, quien en vano les advertía que no era estación propicia aquélla para ponerse en camino.

A nada atendían. Quisieron partir, y Roger entonces partió con ellos; pero sucedió lo que éste había previsto. Iracunda y fiera, la tempestad les esperaba á su paso por el golfo de Lión. Por espacio de tres días fueron las naves juguete de los encontrados elementos, naufragando algunas galeras, pereciendo aquel mismo Falcón que tan desesperado estaba por marchar no sabiendo que á la muerte partía, y llegando una tras otra al puerto de Trápani, pero destrozadas y rotas, las naves que pudieran afortunadamente escapar al naufragio. Apenas puso el pie en tierra el almirante, voló á Palermo y dió á la reina Constanza la triste noticia de la muerte de su esposo, pasando luego á Mesina donde se hallaba D. Jaime [1]. Fué esto á principios de Diciembre.

Es fama que la muerte de D. Pedro *el Grande* causó gran sensación en Sicilia, notándose que todas las mujeres vistieron luto para demostrar su dolor y tomar parte en el de la bondadosa reina Doña Constanza. Inmediatamente pensaron los sicilianos en la exaltación de D. Jaime, reconocido ya como sucesor á la corona en el parlamento de Mesina del 83, y que tomó desde el 15 de Diciembre del 85 el título de rey. No fué coronado, sin embargo, hasta cerca de dos meses después,

1 Amari, cap. XIII, tomo II. "Muntaner, dice Amari, en cuya memoria se confunde lastimosamente la cronología del período del reinado de D. Jaime en Sicilia, pone la tempestad de la armada siciliana en el 1288 ú 89 con manifiesto anacronismo.„

á principios de Febrero de 1286, para lo cual se reunió en Palermo parlamento de nobles, eclesiásticos y ciudadanos.

Volvamos ahora á D. Alfonso, que había quedado en Mallorca después de haberse hecho á la vela la escuadra siciliana. En someter del todo la isla y en ordenar las cosas á su gobierno correspondientes, pasó el nuevo rey D. Alfonso los meses de Noviembre y Diciembre; pero conociendo que antes de su vuelta al continente debía unir á su conquista la de la vecina Iviza, cuya capital le ofrecía notables ventajas, ya por la seguridad que su excelente fortificación le proporcionaba, ya por los beneficios que de la bondad de su puerto podían reportar así las galeras catalanas como las infinitas naos catalanas y mallorquinas que cruzaban el Mediterráneo, comisionó á varios caballeros para que pasasen á Iviza y se entendiesen con sus jefes á fin de reducir la isla á la obediencia del rey de Aragón. Ni podían ni querían tampoco los de Iviza hacer armas contra D. Alfonso, y manifestaron que estaban dispuestos á someterse.

El aragonés nombró entonces por su gobernador y lugarteniente en Mallorca á Asberto de Mendiona, aquel heróico defensor de Besalú; y después de haber jurado á los mallorquines la conservación de sus fueros y franquicias, titulándose públicamente rey de las Baleares, se embarcó á principios de Enero de 1286 en dirección á Valencia, si bien antes quiso detenerse en Iviza para recibir el juramento de fidelidad que, como á su nuevo rey y señor, le prestaron aquellos isleños.

Fué D. Alfonso á desembarcar en Alicante, de donde pasó á Gandía. Desde allí escribió cartas á los valencianos, diciéndoles que el día de la Purificación de Nuestra Señora estuviesen en Valencia para prestarle el juramento y homenaje de fidelidad como á nuevo sucesor en el reino; á los catalanes, avisándoles que para el 13

de Febrero estuviesen, prelados, barones y caballeros, en Santas Creus, á donde se dirigía para celebrar solemnes exequias por su padre; y á los aragoneses, advirtiéndoles que terminados los funerales iría á *Zaragoza*, en donde tendría Cortes el día de Pascua de Resurrección, recibiendo con este motivo la orden de caballería y coronándose según costumbre.

Preciso es decir aquí que los aragoneses andaban entonces muy disgustados con el nuevo rey, que temprano empezaba, según ellos, á no cumplir con las leyes. Quejábanse de que D. Alfonso, hallándose en Mallorca, hubiese escrito cartas intitulándose rey de Aragón, de Mallorca, de Valencia y conde de Barcelona, sin aguardar á ser coronado ni aun á jurar los fueros y leyes del reino, según era uso. Y quejábanse también de que no sólo hubiese tomado el título de rey, sino de que como tal hubiese hecho algunas donaciones y mercedes.

«Y así por todo esto, dice Blancas, ajuntándose los principales del reino en la iglesia mayor de esta ciudad (*Zaragoza*) los postreros de Enero año 1286, acordaron de enviar al rey una muy solemne embajada, suplicándole y aun requiriéndole de parte de todo el reino que se sirviese de venir luego á *Zaragoza*, y jurase la jura acostumbrada, y recibiese la corona y orden de caballería, como sus antecesores lo habían hecho. Y en el entretanto le suplicaban sobreseyese en el llamarse rey de Aragón, ni usase como rey de algunas cosas que entendían usaba; porque el reino hasta que hubiese hecho con efecto aquellas cosas que le suplicaban, no le tendrían ni tenían por rey: puesto caso que lo acataban y reverenciaban por su señor natural, y por aquel que derechamente debía reinar sobre ellos. Y hallándose embarazados sobre qué título le habían de dar si le escribían, no queriendo por una parte dar disgusto al rey si no le llamaban así, y por otra parte rehusando el lla-

mallo rey, pues hasta ser coronado y haber jurado pretendían no debía ser así llamado y en esto iba fundada su pretensión y lo principal de su demanda; tomaron por expediente que estos embajadores no llevasen cartas de creencia, sino que explicasen su embajada de palabra, por huir el inconveniente del título que habían de dalle si se le escribía, y por no perjudicarse en su pretensión.»

Los embajadores nombrados para esto fueron Bernardo Guillén de Entenza y Jimeno de Urrea, y dieron cuenta de su mensaje á D. Alfonso, á quien hallaron en Murviedro. El hijo de Pedro *el Grande* se excusó con los embajadores por haber tomado el título de rey, y les dijo que el 12 de Abril estaría en Zaragoza para coronarse y celebrar Cortes.

Hallándose presentes 300 prelados, al decir de ciertas crónicas, y un crecido número de caballeros catalanes, entre ellos los condes de Ampurias y de Pallars, los vizcondes de Cardona y de Rocabertí y otros de aquélla que había sido verdadera corte de héroes para D. Pedro, se celebraron en Santas Creus unas solemnes exequias por el alma del difunto monarca.

También por aquel tiempo, y á su manera, celebraba Roger de Lauria, vuelto ya de Sicilia, otras exequias en honor de D. Pedro. Habiendo pedido permiso al rey para hacer una excursión por las costas de Provenza, se hizo al mar, y desembarcando con 100 caballeros y 2.000 infantes en el grao de Serignán, diócesis de Beziers, taló toda aquella comarca y se acercó á la citada ciudad. Habiéndose reunido en número considerable las gentes de los pueblos vecinos, se adelantaron hacia el castillo de Serignán; pero el arrojado y siempre afortunado almirante aragonés atacó aquella hueste y la dispersó, matando á muchos y persiguiendo á los fugitivos hasta muy cerca de Beziers. Viendo que se acercaba la

noche, el de Lauria cesó en la persecucción, hizo tocar retirada y mandó embarcar á su gente, después de haber entregado á las llamas la villa de Serignán.

Al día siguiente desembarcó en el grao de Agde, y después de haberse apoderado de todas las barcas que allí se hallaban, partió sus tropas en dos cuerpos y marchó contra Agde á la cabeza del primero. La ciudad fué tomada por asalto, pasados á cuchillo todos los habitantes, exceptuándose, empero, los ancianos, las mujeres y los niños, y mandó poner fuego á la población, respetando el palacio del obispo y la catedral. Mientras tanto, el otro cuerpo de sus tropas marchaba á Viás, que fué también tomado á la fuerza y pasado á fuego, á saco y á cuchillo, lo propio que todos sus alrededores. Los habitantes de varios lugares como San Tiberio, Lupián y Gigeán, quisieron acudir en socorro de sus paisanos; pero acometidos por las vencedoras huestes de Roger, fueron deshechos y hubieron de tomar la fuga, con pérdida de 4.000 hombres según se dice.

Cuatro días permaneció Roger en el puerto de Agde, durante los cuales prosiguió corriendo y talando el país. En seguida se fué á Aigues Mortes, donde se apoderó de cuantas naves había en su puerto; se dirigió al grao de Leucate, apoderándose allí de 20 buques cargados; hizo lo mismo con los que halló en el grao de Narbona, y vencedor y cargado con un rico botín se volvió á Barcelona, en cuyo puerto entró triunfalmente á son de cajas y trompas marinas [1].

Tales fueron los solemnes funerales que el gran almirante dedicó á su rey difunto.

De Santas Creus se vino D. Alfonso á Barcelona, de donde partió en seguida para el Ampurdán, visitando

1 Es Muntaner, en su cap. CLII, quien refiere esta correría de Roger de Lauria; pero encuentro aceptada su relación por la *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 58.

y recorriendo los lugares del condado de Ampurias, algunos de los cuales mandó fortificar; pues se temía que su tío el rey de Mallorca, que estaba á la sazón en Perpiñán con gente francesa, intentase hacer alguna excursión y dar algún rebato por esa parte de los montes. D. Alfonso permaneció en el Ampurdán hasta mediados de Marzo, y se volvió luego á Barcelona.

Hallándose en esta ciudad nombró por su lugarteniente general en Cataluña á Arnaldo Roger, conde de Pallars, declarando que tuviese el regimiento y administración de justicia en su lugar, desde el Cinca hasta el collado de Panisars.

De Barcelona se fué el rey por Lérida y Huesca á Jaca, en cuyas fronteras estaban dando que hacer los navarros á los aragoneses, si bien éstos consiguieron sobre aquéllos una notable victoria el 13 de Marzo. Don Alfonso dejó á D. Pedro Cornel en Jaca como capitán de aquella frontera, y pasó á Zaragoza en donde entró el 12 de Abril, según había anunciado.

CAPÍTULO XLII.

Coronación del rey Alfonso y protesta.—Cortes en Zaragoza y demanda por parte de la *Unión*.—Sitio de Castellón de Ampurias por Don Jaime de Mallorca.—Retirada de D. Jaime.—D. Alfonso penetra en Rosellón.—Torneo en Figueras.—Tregua entre los reyes de Aragón y de Francia.—La *Unión* nombra el consejo real.—Embajada de los *Unidos* al rey.—El príncipe de Salerno prisionero en el castillo de Ciurana.—Cortes en Valencia. Setiembre de 1286.—Embajada al Papa.—Guerra entre el conde de Urgel y el vizconde de Cardona.—Cortes en Huesca. Octubre de 1286.—Reunión del ejército y armada en Salou.—Llega la flota á Mallorca.

(Del 12 de Abril hasta fin del año 1286.)

El domingo siguiente al día de su entrada en Zaragoza, que fué el de la Pascua de Resurrección, con grande solemnidad y fiesta en la iglesia mayor, recibió el rey la corona de manos de D. Jaime Carroz, obispo de Huesca, en ausencia del arzobispo de Tarragona y por estar sede vacante la iglesia de Zaragoza. En el acto de la coronación hizo D. Alfonso la misma protesta que su padre, diciendo no recibir ni entender recibir la corona de manos del obispo en nombre de la Iglesia romana, ni por ella, ni contra ella. Añadió también, cosa que ocasionó mucho disgusto á los aragoneses, que por coronarse en Zaragoza no pretendía dar á esta ciudad un derecho privativo que obligase á sus sucesores á hacer en la misma esta ceremonia, siendo su ánimo el que pudiesen hacerlo en cualquiera otro lugar del reino que bien les pareciese [1].

Concluída la solemnidad, juró como rey públicamente en presencia de la corte, que estaba allí congregada,

1 Blancas en sus *Coronaciones*.

guardar y mantener los usos, fueros, costumbres, libertades, franquezas y privilegios de Aragón en todos tiempos. Inmediatamente las Cortes presentaron demanda para reforma de la casa real. La *Unión* aragonesa quería que las Cortes proveyesen en el ordenamiento de la casa y consejo del rey, á fin de no tener que repetirse la experiencia hecha en D. Pedro *el Grande*. Hubo con este motivo serias disensiones, y el rey al fin se salió de Zaragoza. En el ínterin los que estaban por la reforma de la casa real y los que opinaban en contra, determinaron, á causa de ser punto de difícil resolución y muy delicado, ponerlo en manos de 33 personas prudentes que sobre él deliberasen.

Hasta fin de Mayo se detuvo el rey en Huesca, y también se dice si volvió á Zaragoza; pero de todos modos hubo de partir rápidamente para Cataluña, pues amenazaban al Principado las armas del rey D. Jaime de Mallorca. Queriendo el rey Felipe de Francia vengarse de los desastres ocasionados por Roger de Lauria en las costas de Provenza, instó á D. Jaime de Mallorca á llevar la guerra á Cataluña, y está probado que le proporcionó un cuerpo de tropas para ello [1]. D. Jaime, que por su parte deseaba recobrar el reino de Mallorca de que le había despojado su sobrino Alfonso, no se hizo de rogar, y por Junio de aquel año de 1286 pasó los Pirineos, yendo á poner sitio á Castellón de Ampurias. Esta villa entonces, al revés de lo que hiciera en la anterior campaña, se mantuvo firme á pesar de que Don Jaime la combatió y estrechó reciamente, levantando máquinas y bastidas para someterla.

No obstante todos estos preparativos, D. Jaime se apresuró á levantar el sitio, abandonando el Ampurdán

1 Es positivo que la nobleza de la senescalía de Carcasona sirvió á las órdenes de D. Jaime en la expedición. (V. la *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 58.)

y volviendo á pasar los Pirineos, cuando supo que su sobrino el rey Alfonso estaba en Barceloaa allegando gente para acudir contra él.

En efecto, D. Alfonso con sus caballeros y los consejos ó milicias de Camarasa, Cubells, Mongay, Tamarit, Santisteban, Almacellas, Almenara, Belloch, Tárrega, Vilagrasa y otros lugares, avanzó por el Ampurdán y hay quien dice que pasó á su vez el Pirineo, penetró en el Rosellón hasta el Boulou, se fué á Colibre y regresó á Figueras, seguro de que ni D. Jaime ni los franceses estaban en disposición de intentar nada por el pronto. A pesar de esto, el rey se detuvo en el Ampurdán todo lo que restaba del mes de Junio y todo el mes de Julio, proveyendo á la defensa y fortificación de aquellas fronteras [1].

Se cuenta que, sin duda para distraer los ocios de la gente de armas durante aquella larga estancia en la frontera, ideó el rey celebrar un torneo en Figueras. Dícese que este torneo fué espléndido, tomando parte 400 caballeros divididos en cuadrillas ó grupos á las órdenes de Gisberto de Castellnou y el vizconde Dalmacio de Rocabertí, y hay también quien escribe que el rey tomó personalmente parte en la fiesta rompiendo algunas lanzas.

En tal estado las cosas, moviéronse tratos entre los reyes de Francia y de Aragón. El rey Eduardo de Inglaterra, destinado á ser el suegro de D. Alfonso, pues ya sabemos que estaba pactado matrimonio entre este

1 De esto y de lo que luego se dice del torneo de Figueras, habla Muntaner en los caps. CLX y CLXI; pero, con manifiesto anacronismo, pone estos hechos después de la guerra de D. Alfonso en Castilla, que ya veremos fué mucho más adelante. Muntaner, siempre fiel á su realismo fanático, calla que D. Jaime de Mallorca hubiese entrado con armas en el Ampurdán, lo cual aseguran los historiadores del Languedoc y las historias más autorizadas del Rosellón, y presenta sólo el viaje de Alfonso como un paseo militar á consecuencia de sospechas no realizadas.

último y una hija de aquél, se vino á Burdeos, según leemos en la *Historia del Languedoc*, sólo para mediar entre los monarcas francés y aragonés y conducirles á la paz; y si bien no obtuvo que se firmase ésta, consiguió que entre ambas potencias se pactase una tregua, que debía comenzar el 8 de Setiembre y durar por espacio de un año. A consecuencia de esto sin duda, Don Alfonso, dejando bien provistas las fronteras del Rosellón, regresó á Barcelona.

En el ínterin continuaba revuelto el estado de cosas en Aragón. Los 33 árbitros que se habían nombrado para entender en las demandas de la *Unión* aragonesa, no pudieron ponerse de acuerdo, y entonces los *Unidos*, pasando adelante en sus miras, nombraron el que, según ellos, debía ser de aquel día en adelante el consejo del rey eligiendo para formarlo cuatro ricos-hombres, cuatro mesnaderos, cuatro caballeros, otros dos en representación de la caballería de Valencia y los ciudadanos por cada una de las ciudades aragonesas Zaragoza, Huesca, Tarazona, Jaca, Barbastro, Calatayud, Teruel y Daroca, según que por sus respectivos consejos fuesen nombrados.

No se contentaron con esto sólo los *Unidos*, sino que, juramentándose de nuevo, declararon que fuesen revocadas todas las donaciones que de villas y castillos se hubiesen hecho después de muerto D. Pedro, comprometiéndose á no servir al rey si no lo quería cumplir, y á mutuamente auxiliarse si el monarca procedía contra ellos. De esta determinación y acuerdo y del nombramiento de las personas del consejo real, decidió dar aviso al rey la corte de los *Unidos* por medio de dos caballeros y los síndicos de las ciudades de Zaragoza, Huesca y Teruel. Estos llevaron también el encargo de comunicar á D. Alfonso que, si lo acordado no se cumplía, «se le embargarían todas las rentas y derechos que

tenía en el reino y los honores que por él poseían los ricos-hombres y caballeros que no se conformaban con los *Unidos* en aquellas demandas, y que ninguno de los ricos-hombres y caballeros, ni de las ciudades y villas que tenían la voz de la jura, le irían á servir, antes le tendrían prendado y embargado el servicio, con las rentas y derechos que tenía y debía haber en sus reinos, hasta que todas sus demandas se enmendasen y cumpliesen y fuese venido á la corte de Zaragoza [1].»

Era un verdadero pronunciamiento, como diríamos ahora; un golpe de Estado, no del rey, sino de la nación. D. Alfonso recibió á los embajadores, y les contestó que pensaría en lo que le comunicaban y enviaría á la *Unión* su respuesta.

De Barcelona pasó el rey á Tarragona, y consta que, hallándose en esta ciudad, mandó proveer acerca lo tocante á la guarda de Carlos II de Anjou, á quien por ahora continuaremos llamando príncipe de Salerno, el cual seguía preso en Ciurana, castillo muy fuerte y enriscado de las montañas de Prades. Se ordenó entonces por el rey que, para la custodia y servicio del príncipe prisionero, fuesen escogidos 12 caballeros catalanes y aragoneses, los cuales debían residir constantemente en el castillo.

El 11 de Setiembre se hallaba ya el rey D. Alfonso en Valencia, para donde se había convocado en Cortes á los valencianos. En ellas fueron jurados por el monarca los fueros y libertades del reino. Parece que estas Cortes, comenzadas en Valencia, debieron concluir en Buriana por lo que dice un autor [2]. Fueron las únicas que D. Alfonso tuvo en aquel reino.

Desde Valencia, otros dicen que desde Tarragona,

1 Zurita, lib. IV, cap. LXXXIII.

2 Ribelles: *Memorias*, pág. 50.

envió el rey una embajada al papa Honorio IV, compuesta de Gilaberto de Cruillas, Ruy Sánchez de Calatayud, Ramón de Reus, arcediano de Lérida y micer Pedro Costa, con encargo de manifestar al Pontífice cuán inclinado estaba su ánimo y voluntad para procurar la paz y concordia.

Por aquel tiempo se habían suscitado grandes disensiones en Cataluña á causa de la guerra que se declararon dos poderosos nobles. El vizconde de Cardona suscitara algunas pretensiones que venían de años atrás sobre algunos lugares y castillos del condado de Urgel, rompiendo las treguas que había entre los dos. El conde de Urgel le desafió entonces, y como cada uno llamó en su favor á sus valedores, se suscitaron encarnizados bandos que de cada día se iban exasperando. Fué preciso que el rey, antes de ir á las Cortes en que había convocado á los aragoneses en Huesca para el 11 de Octubre, se viniese á Cataluña interviniendo entre los partidos, y consiguiendo ponerlos en paz con su autoridad y mediación [1].

Agitadas y tumultuosas fueron las Cortes de Huesca. Para la *Unión* habían crecido los motivos de disgusto, y se quejaban de que el rey, por su sola voluntad, hubiese enviado mensajes al Papa, al castellano y á los reyes de Francia y de Inglaterra. Un autor ha dicho que les parecía á los de la *Unión* que no era del caso correr nuevas aventuras sin su anuencia y previo consentimiento. Vanamente se probó en aquellas Cortes de Huesca á poner un término á semejante desacuerdo entre los *Unidos* por una parte y el rey y los que le sostenían por otra; sólo se estableció con común consentimiento que el fuero de Aragón sirviese para el reino de Valencia [2].

1 Monfar, tomo II, pág. 35.

2 Zurita, lib. IV, cap. LXXXVII.—Ortiz de la Vega, lib. VII, capítulo VI.

Para el trono de Aragón concluyó felizmente aquel año con la conquista de Menorca, que la de Mallorca y la de Iviza hicieran necesaria. D. Alfonso decidió apoderarse de aquella isla, no tanto por tomar venganza de los avisos que el almojarife transmitió á los de Constantina cuando la expedición de D. Pedro *el Grande*, como por recelo de que D. Jaime por sus fuerzas del Rosellón y sus auxiliares franceses tratase de pasar á ella, para desde allí emprender el recobro de la mayor parte de las Baleares. A este fin, pues, hízose llamamiento general á los ricos-hombres y caballeros del reino, y se mandó aparejar la armada en el puerto de Salou.

A pesar de lo poco propicio de la estación, dábase la armada á la vela á últimos de Noviembre con D. Alfonso y muchos ilustres caballeros de Aragón y de Cataluña. El gobierno de la gente de guerra fué confiado á dos caballeros, catalán el uno y aragonés el otro, llamado el primero Acart de Mur y el segundo García de Arazuri. Las fuerzas de mar se ha dicho que estaban al mando de Roger de Lauria; pero otros callan que este almirante fuese de aquella empresa, y hablan sólo de Ramón Marquet y Berenguer Mayol. D. Alfonso y la flota llegaron á Mallorca el 2 de Diciembre.

La cruzada de aquel invierno y la furia de los temporales, que casi sin interrupción se sucedían, detuvieron al rey en Mallorca hasta pasada la Navidad. Abrió por fin un poco el tiempo, y se dirigió á Mahón á donde llegó con parte de la flota, pues una tempestad sufrida en la travesía la dispersó é hizo que sólo diseminadas llegaran las galeras á Puerto Mahón. Si á los historiadores aragoneses damos crédito, la conquista de Menorca se llevó á cabo felizmente, pues los sarracenos de la isla, luego que se descubrió la armada, recogiéronse á un castillo llamado de Agáiz (después de Santa Agata) y se dieron en seguida á partido, entregando la fortale-

za y la isla al rey D. Alfonso, y pactando que por cada cabeza de moro ó mora, de cualquiera edad que fuese, se le pagarían siete doblas y media, quedando en la isla como esclavos todos cuantos no pudiesen satisfacer esta cantidad.

Así fué como D. Alfonso *el Liberal* se apoderó de Menorca, quedándose en la isla hasta el 2 de Febrero de 1287 para dejarla en buena defensa, bien guarnicionada y proveer á todo lo relativo á su gobierno [1].

CAPÍTULO XLIII.

Medidas tomadas por la *Unión*.—Cortes en Aragón. Junio de 1287.—Entrevista en Olerón con el rey de Inglaterra y lo que se conviene.—Turbaciones en Aragón y porfía de los *Unidos*.—Concesiones hechas por el rey á los *Unidos*, que se llamaron el *privilegio de la Unión*.—El rey de Francia no acepta lo convenido en Olerón.—Embajada al rey de Inglaterra.—Nuevas excomuniones contra Sicilia.—Continúa la guerra contra Sicilia.—Enérgica y noble conducta de Roger de Lauria ante sus calumniadores.—Sitio de Agosta y combate naval de Castellamare.

(1287.)

A primeros de Febrero de 1287 desembarcó el rey en Barcelona, donde por aquella vez hizo larga estancia según parece. La política le ocupó por completo, y durante buen espacio de tiempo el poder de las armas fué dominado por la diplomacia. Las crónicas dan minuciosa cuenta de embajadas de Aragón al rey de Castilla, al de Francia, al de Inglaterra y al Papa y de éstos

1 Sigo á los historiadores aragoneses. Muntaner discuerda bastante de ellos en lo referente á la conquista de esta isla; pero el recelo natural que este cronista debe infundir á la crítica histórica, me hace seguir la opinión, más autorizada, de aquéllos.

al rey de Aragón, siendo tan curiosa como importante la colección diplomática de los documentos de aquel período. El resultado, por el pronto, fué que el rey Don Sancho *el Bravo* de Castilla se confederó con el de Francia, rompiendo la paz que con el de Aragón tenía, y que se acordaron vistas entre D. Alfonso y Eduardo de Inglaterra, las cuales debían tener lugar en Olerón á principios de Setiembre.

Mientras así ocupaba al monarca aragonés su política exterior, dábale no poco en qué entender dentro, en su propia casa, la turbulenta *Unión*. Sabedores los ricos-hombres y mesnaderos aragoneses de que las disposiciones que el rey había dado para que se guardase en el reino de Valencia por todos en general el fuero de Aragón, no se obedecían ni las querían cumplir los oficiales reales, ordenaron á los *Unidos* que entrasen en el reino de Valencia á fin de conseguir con las armas lo que de grado no podían. A consecuencia de esta orden, entraron diversas compañías de gente de á caballo en el citado país, haciendo muchas talas y daños; pero bien pronto convinieron en que más valía embargar al rey el servicio y las rentas para que mandase que aquello se guardara, que no destruir los lugares de aquel reino.

A más, los *Unidos* enviaron al rey una embajada diciéndole que por haber sabido su determinación de avistarse con el monarca de Inglaterra fuera del reino, le suplicaban que esto no se efectuase hasta ser tratado en Cortes. La contestación de D. Alfonso no satisfizo á los *Unidos*, que insistieron en sus primeras demandas y aun en otras nuevas, y el rey creyó poder conciliarlo todo convocando en Cortes á los aragoneses para Alagón en Junio de aquel año, hallándose ya en vísperas de ir á celebrar su conferencia con el inglés. Tampoco en estas Cortes pudieron ponerse de acuerdo, consiguién-

dose sólo que el rey saliese más irritado y quedasen más agraviados los otros [1].

Las vistas entre los monarcas inglés y aragonés fueron retardándose hasta principios de Setiembre. Viéronse en Olerón, según estaba pactado, asistiendo á las conferencias dos legados del Papa, y convínose D. Alfonso en la paz y en poner en libertad al príncipe de Salerno, mediante las siguientes condiciones: «Que antes que saliese el príncipe del reino de Aragón entregase tres hijos suyos para que estuviesen en rehenes en poder del rey; que éste, por su parte, y para seguridad de que pondría en libertad al príncipe, cumplida la anterior condición, dejase en rehenes en poder de Eduardo de Inglaterra al infante D. Pedro su hermano, á los condes de Urgel y de Pallars y al vizconde de Cardona; que á más el príncipe, antes de salir del poder del rey, hubiese de dar 60 barones y caballeros los más principales de Provenza y de su condado para que también estuviesen en rehenes, debiendo asimismo las ciudades y villas más principales de Provenza hacer homenaje de fidelidad al rey de Aragón; que cumplido esto, siendo el príncipe puesto en libertad, dentro de un año había de entregar en poder del monarca aragonés á Carlos, su hijo primogénito, en rehenes, y por esta razón había de dar 30.000 marcos de plata como parte de 50.000, á cuyo pago se obligaba, caso de no entregarle en poder del rey de Aragón; y que el príncipe se comprometiese á alcanzar de la Sede apostólica y del rey de Francia treguas por tiempo de tres años, y de Carlos, hermano del rey de Francia, que tenía la investidura del reino de Aragón, para que no hiciesen guerra á D. Alfonso de Aragón ni á su hermano D. Jaime de Sicilia, ni á sus tierras ni á sus aliados. Quedó también asentado que si

1 Zurita, lib. IV, caps. LXXXIX, XC, XCI y XCII.

dentro de estos tres años el príncipe de Salerno no hiciese buena paz con el rey de Sicilia y con el de Aragón, incurriría en multa de 100.000 marcos de plata, y sus tres hijos y los rehenes de Provenza quedarían perpetuamente obligados al rey de Aragón.» Éste, para el caso de ser aceptadas estas condiciones, dió poder al rey de Inglaterra para conceder en su nombre y en el de su hermano el rey de Sicilia, treguas al de Francia y á Carlos de Valois, entrando en ellas D. Jaime de Mallorca [1].

Convenido todo esto, que no pasó, sin embargo, de proyecto como se verá luego, D. Alfonso se volvió rápidamente á estos reinos, donde había grandes turbaciones con motivo de las exigencias de los *Unidos*. Éstos, á cuyo frente se hallaban D. Pedro, señor de Ayerve, y D. Jaime, señor de Ejérica, tíos del rey, y D. Jaime Pérez, señor de Segorbe, hermano suyo, llevaron tan allá sus quejas y su resentimiento, que, según dice Zurita refiriéndose á un autor antiguo, habían determinado ya dar obediencia á Carlos de Valois, á quien el Papa había concedido la investidura del reino. Las cosas, pues, iban tomando un aspecto de suma gravedad en Aragón, y aun parece que la tomaron mayor cuando el rey hizo ajusticiar en Tarazona á 12 de los más revoltosos. Esto produjo grande irritación y pretexto para que la guerra civil, la más funesta de todas las guerras, se encendiese y tomase proporciones extraordinarias.

Estando, pues, el reino cada vez en más creciente turbación y cada vez más determinados los de la *Unión* en su porfía, vínose D. Alfonso á Cataluña á principios de Diciembre, y aunque desde aquí tomó algunas disposiciones y dictó algunas providencias que manifestaban firmeza de voluntad, hubo al fin de ceder; que la

1 Zurita, lib. IV, cap. XCII.

Unión se iba haciendo á cada instante más temible, los defensores de los fueros se presentaban compactos y formidables, y así como en todos los labios había una queja, en cada mano brillaba un arma. Después de muchas embajadas y mensajes, Arnaldo Roger, conde de Pallars; Pedro Fernández, señor de Híjar; Berenguer de Puigvert y Galcerán de Timor, trataron de concierto entre el rey y la *Unión*, y aquél otorgó á los de ésta los siguientes privilegios:

1.° Que no pudiese el rey ni sus sucesores proceder contra persona alguna de la *Unión*, sin previa sentencia del justicia de Aragón y el consentimiento de las Cortes. Para la seguridad de esta promesa, el monarca se comprometía á entregar en rehenes 16 castillos, y permitía además de esto á sus súbditos que si en este punto les faltaba á la palabra, pudiesen negarle la obediencia y elegir otro rey, á su arbitrio, sin nota ninguna de infamia ó de infidelidad.

2.° Que todos los años se hubiesen de celebrar por Noviembre Cortes generales en Zaragoza, y en ellas se nombrasen los consejeros con los cuales hubiese el rey de tratar y por su dictamen decidir todos los negocios que se ofrecieran de Aragón, Valencia y Ribagorza, para cuya seguridad empeñaba también los 16 castillos [1].

Concediéronse estos privilegios el día de los Inocentes del año de 1287, y en Enero del siguiente, hallándose el rey en Zaragoza, por haberse presentado alguna

1 Todo lo concerniente á los *Unidos* merece ser estudiado más detenidamente. Del privilegio de la Unión me ocupo en el discurso que leí en la Academia de la Historia contestando al del Sr. Romero Ortiz, é inserto allí por apéndice el privilegio conforme se guarda en los archivos de la Academia; pero el tributo á la verdad me obliga á decir que antes lo había ya publicado el eminente literato aragonés D. Jerónimo Borao en su introducción al *Diccionario de voces aragonesas*.

dificultad para la entrega de los castillos, dió interinamente en rehenes á los de la *Unión* la persona del príncipe de Salerno, que fué llevado á Zaragoza y luego al castillo de Mequinenza.

Mientras el rey hallaba estas contrariedades en el interior, no se le presentaban menos desfavorables las cosas en el exterior. Las condiciones que había puesto en la entrevista de Olerón, aceptadas por el rey de Inglaterra, no lo fueron por el de Francia. Aunque duras, las había admitido el príncipe de Salerno; pero no así Felipe de Francia, que empezó á poner obstáculos para su cumplimiento, ya negando el paso á los caballeros que debían venir en rehenes, ya dando orden en 9 de Diciembre á los senescales de Tolosa, Carcasona y Beaucaire, de auxiliar con las gentes de armas del país al rey de Mallorca, caso de que quisiese levantar tropas en las tres senescalías para marchar contra el monarca aragonés [1].

Con este motivo, y sabedor de lo que pasaba, Don Alfonso envió al que miraba como su padre político, Eduardo de Inglaterra, una embajada compuesta de Guillén Lunfor y Conrado de Llansa. Este último, que por lo mucho que le vemos figurar en cuestiones políticas, debió ser uno de los más grandes diplomáticos de aquel tiempo, estaba también facultado por el rey de Sicilia para intervenir en aquellos negocios por lo que á él tocaban.

Mientras esto pasaba en estos reinos, conviene decir lo que tenía lugar en Sicilia. El papa Honorio, inflexible en su política guelfa y demostrándose apasionado por los intereses de la casa de Francia, fulminó contra Sicilia los terribles rayos de censuras y entredichos. El nuevo rey D. Jaime fué por él excomulgado, lo mismo

1 *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 60.

que los obispos que le coronaron y cuantos siguieron su partido; debiéndose advertir que, al propio tiempo que las armas espirituales, se ponían en obra las temporales para derribar aquella dinastía que comenzaba á arraigarse en el siciliano suelo.

Durante la permanencia de Roger de Lauria en Cataluña en 1286, D. Jaime de Aragón, rey de Sicilia, mandó armar dos flotas, una de las cuales fué confiada á Bernardo Sarriano [1] y la otra á Berenguer de Vilaregut, caballero catalán. Siguiendo el brillante ejemplo de Roger de Lauria, fueron estas armadas el terror de sus contrarios, ganando ambos capitanes fama imperecedera y regresando con rico botín á Mesina, después de una serie de gloriosas jornadas. Tantos estragos en sus costas obligaron á los dos regentes gobernadores del reino de Nápoles, durante la prisión del príncipe de Salerno, á aprestar una armada y juntar gente para invadir la Sicilia, confiando en que podrían fácilmente llevar á feliz término su proyecto, atendido que tenían inteligencia en algunos pueblos de la isla. A más, Roger de Lauria no estaba allí.

Fueron por capitanes de la primera expedición el obispo de Martorano, legado del Papa; Reinaldo de Avella y Ricardo Morrone. La armada zarpó de Brindis el 15 de Abril de 1287; hizo un desembarco en Malta, y se arrojó de improviso sobre Agosta el 1.° de Mayo apoderándose de la ciudad y del castillo. Este resultado, obtenido por las armas enemigas, consternó á los sicilianos, y el rey D. Jaime envió á buscar inmediatamente á Roger de Lauria, de quien mucho se murmuró entonces á lo que parece, pues sus enemigos y envidiosos le echaban en cara que por piratear en la Pro-

1 Nuestras crónicas le llaman Bernardo de Sarriá, pero era de Sicilia según parece, y Sarriano le llaman los historiadores de aquel país.

venza había abandonado las obligaciones de su cargo. Había ya vuelto Roger á Sicilia y se ocupaba activamente en los trabajos de armamento, cuando supo que andaba en lenguas de esa ralea de disfamadores de oficio que desgraciadamente ha habido y hay en todas épocas, y cuéntase que, al tener noticia de esta maquinación, se salió del arsenal donde se hallaba, y mal vestido, sucio, lleno de polvo, subió indignado á palacio, presentándose inopinadamente delante del rey y de aquellos menguados cortesanos.

—«¿Quién de vosotros, dijo entonces dirigiéndose á estos últimos, quién de vosotros es el que, ignorando los trabajos míos, no está contento de lo que he hecho hasta ahora? Presente estoy: diga su acusación, y yo le responderé. Si despreciáis mis acciones y mis fatigas, por las cuales tenéis vida y tesoros, mostrad lo que habéis hecho, y si son vuestras victorias las que os han dado el hogar y la patria en que vivís, el lujo que ostentáis. Vosotros os divertíais, mientras que á mí me oprimía el peso de las armas; ningún cuidado os agitaba, mientras que yo disponía mis campañas; ociosos estábais, y no temí ni la muerte ni la fatiga; yo andaba á la inclemencia del mar, y vosotros estábais abrigados en vuestras casas; un banco de remero era mi lecho, y mis manjares fastidiosos y repugnantes á vosotros, acostumbrados á mesas regaladas; en fin, el hambre y el afán me consumían, mientras que nadando en deleites hallábais vuestra seguridad en mis trabajos. Considerad mis acciones, y ved, si la guerra dura, quién ha ser el martillo de vuestros enemigos, pues no me da tanta vergüenza vuestra calumnia como dolor vuestro peligro, si olvidáis lo que valgo y me desecháis de vosotros.»

Y volviéndose entonces á los que le habían acompañado,

—«Id, exclamó, y traed al instante los testigos de

mi valor, los monumentos de mis victorias y de mi gloria: la bandera del príncipe de Salerno; los despojos de Nicotera, Castrovechio y Taranto; los de la Calabria, cuando hice huir al rey Carlos de Reggio; traed las cadenas serviles de los Gerbes; las insignias de triunfo que conseguí en San Feliu y en Rosas, y las riquezas conseguidas en Aigues Mortes y en Provenza: traedlas; y pues que aún dura y durará la guerra, si entre éstos hay alguno más valeroso que yo, ese dirija las armas y escuadras de Sicilia, y defienda el estado contra sus enemigos [1].»

La magnificencia y dignidad de sus palabras, dice el laureado poeta que copia este discurso, impusieron silencio y admiración á toda la corte que le escuchaba; los malsines no osaron contradecirle; y él, despreciando sus viles intrigas y su miserable envidia, volvió á entender en la preparación de la armada que, á fuerza de su increible actividad y diligencia, en breve tiempo estuvo dispuesta en número de 40 galeras bien pertrechadas.

Con ellas se hizo á la vela partiendo en busca de los enemigos, en tanto que el rey D. Jaime, después de haber dejado Mesina bien abastecida y fortificada, se disponía también á tomar personalmente parte en los peligros de la campaña. Con Roger tornó presurosa la victoria á ceñir con su lauro inmortal los estandartes sicilianos. Agosta se rindió después de haberse defendido hasta el último extremo, y Lauria ganó una batalla naval en las aguas de Castellamare, de la cual se refiere que con 40 galeras venció á 84, apoderándose de 40 enemigas, que con las banderas, el almirante francés, 32 caballeros y 4 ó 5.000 hombres prisioneros, envió á

1 Este magnífico discurso lo traslada Quintana en sus *Españoles célebres:* vida de Roger de Lauria.

Mesina, como ostentosa muestra de su espléndida victoria. Con motivo de esta jornada es cuando las crónicas sicilianas cuentan que nuestro almirante, siguiendo los atroces ejemplos de aquella guerra y de aquella edad, mandó sacar los ojos á varios prisioneros [1].

Obtenido el triunfo de Castellamare, Roger de Lauria se presentó ante el pueblo de Nápoles, y quizá hubiera logrado apoderarse de esta capital, consternada entonces y revuelta, si no hubiese preferido estipular con los regentes una tregua por dos años, tregua que, sin mandato del rey, trató Roger con los gobernadores del reino napolitano, por una gruesa suma de dinero [2].

En tal estado se hallaban los negocios de Sicilia cuando D. Jaime, á pesar de no haber aprobado la tregua pactada por su almirante, envió de embajador á Aragón á Conrado de Llansa, á fin de entender en los medios para asegurar la paz general que se estaba entonces tratando por la mediación de Eduardo de Inglaterra.

1 Amari, tomo II, págs. 20 y 21.

2 Idem, id.

CAPÍTULO XLIV.

Preparativos bélicos de la Francia.—Entrada en Cataluña de D. Jaime de Mallorca.—Marcha el rey de Aragón contra D. Jaime.—Nuevos tratos entre los reyes de Castilla y de Aragón, y no pueden avenirse.—Alianza de los reyes de Castilla y Francia.—Entrevista de los reyes de Aragón y de Inglaterra en Jaca.—Carta del Papa á D. Alfonso.—D. Alfonso de la Cerda coronado rey de Castilla.—Tratado de Campfranch por el que recobra su libertad el príncipe de Salerno.—Desafío al rey de Castilla.—Cortes en Monzón.

(1288.)

El año 1288 comenzó con preparativos de guerra por parte de la Francia, impaciente de vengar su retirada desastrosa de Cataluña con una nueva irrupción en estos reinos. Consta esto por un edicto del rey Felipe, fechado á 29 de Enero de este año, dando orden á los senescales de Beaucaire y de Carcasona y á todos sus demás senescales para publicar que no existía ninguna tregua entre él y Alfonso de Aragón [1]. Al mismo tiempo Felipe, llamado *el Hermoso*, dictaba órdenes una tras otra para guarnecer las fronteras y hacer armamentos, indicando con esto hallarse pronto á penetrar en Cataluña cuando la ocasión se ofreciese, ínterin enviaba como de vanguardia á D. Jaime de Mallorca dispuesto á una nueva tentativa.

A principios de este año de 1288, y otros dicen que fué al comenzar el siguiente, D. Jaime de Mallorca pasó efectivamente los Pirineos y entró con su ejército en el Ampurdán. Son muy pocas las noticias que tenemos de su expedición, que fué tan desgraciada como la an-

1 *Historia del Languedoc*, tomo IV, documento XXXI, col. 89.

terior, pues si al principio consiguió alguna ventaja, bien pronto acudió el rey D. Alfonso al frente de numerosa hueste, y, como la otra vez, D. Jaime volvió á repasar los Pirineos, retirándose al Rosellón al tener noticia de su próxima llegada.

Iba el aragonés decidido á pasar los Pirineos en pos de su tío y en su persecución, cuando recibió embajadores del rey de Inglaterra, solícito siempre en procurar la paz, pidiéndole con grande instancia que no llevase adelante aquella jornada, pues tenía esperanzas de llegar á una concordia, para tratar de la cual le instaba á celebrar una nueva entrevista que podía tener lugar en Jaca. Detúvose el rey con este motivo, y no parece que por aquella vez siguiese adelante.

La política volvió entonces á imperar, y cedieron nuevamente las armas. Fueron y vinieron embajadas entre los reyes de Aragón, de Castilla, de Sicilia, de Nápoles, de Francia, de Inglaterra y el Papa, llevando la dirección de todo Eduardo de Inglaterra, que se afanaba cada vez más para echar los cimientos de una paz general y durable. El rey D. Sancho de Castilla, temiendo que de todo aquello resultase la libertad de sus sobrinos, los dos infantes castellanos que continuaban en Aragón desde que los retuvo D. Pedro *el Grande*, instó aunque en vano por sus embajadores á D. Alfonso para que tuviese una entrevista con él en cualquier lugar de las fronteras, ofreciéndole el reino de Murcia en dote de su hija la infanta Doña Isabel si casaba con ella y se obligaba á no dar libertad, sin su consentimiento, á los infantes de la Cerda y al rey de Nápoles, ó sea el príncipe de Salerno; pero nuestro rey, dice el anónimo aragonés, atendiendo más á lo que debía á la amistad del inglés que á la del castellano, que sólo le buscaba cuando le había menester, no habiéndose movido en favor suyo ni de su padre cuando los había visto oprimidos de tan in-

minentes riesgos, desechó absolutamente sus proposiciones.

Defraudado en sus esperanzas D. Sancho *el Bravo*, acudió al rey de Francia y se alió con él contra D. Alfonso de Aragón. Según principales historiadores, las bases del tratado fueron: dar el rey D. Sancho á sus sobrinos D. Alfonso y D. Fernando de la Cerda el reino de Murcia, pero reconociendo el señorío del trono de Castilla; comprometerse á poner bajo pie de guerra 1.000 jinetes como auxiliares del francés para lidiar contra Aragón, y franquear á las tropas francesas el paso por el territorio castellano [1]. Desagradó el convenio á Doña Blanca, madre de los la Cerda, que, rompiendo con Felipe de Francia, acudió primero á Portugal, impetrando en vano el auxilio de aquel monarca contra Castilla, y acudió después al rey de Aragón solicitando de él que ayudase á sentar en el trono castellano á su hijo el infante D. Alfonso de la Cerda.

El monarca aragonés, para decidirse, esperó á entenderse con Eduardo de Inglaterra. Tuvieron vistas en la ciudad de Jaca por Setiembre de 1288, viniendo con el inglés los arzobispos de Rávena y Monreal como legados nombrados por el nuevo papa Nicolás IV, elegido en reemplazo de Honorio á últimos de Febrero. Inmediatamente de haber ceñido Nicolás IV la tiara, envióle D. Alfonso de Aragón embajadores que, al mismo tiempo que estaban encargados de felicitarle, lo estaban también de pedirle la revocación de la sentencia pontificia que adjudicaba á Carlos de Valois la corona de estos reinos. En el Papa que acababa de ser nombrado, creía poder tener esperanzas la casa de Aragón, ya porque siendo ministro general de los franciscanos había estado en Barcelona y tenido relaciones con nuestros

1 Romey.—Zurita.—Sas, etc.

condes-reyes, ya porque se decía de él que era algo adicto á los gibelinos y no muy amigo de la casa de Francia. Esto no obstante, el Pontífice anduvo reservado con los embajadores del monarca aragonés, que fueron los guardianes de los conventos franciscanos de Barcelona y Zaragoza, y les despidió afablemente diciéndoles que enviaría mensajeros á su rey. Los mensajeros del Papa fueron los dos citados arzobispos, y éstos, al llegar á Jaca con el rey de Inglaterra, presentaron al de Aragón una carta de Nicolás IV.

Esta carta, que como ha dicho el analista Zurita, proponía á D. Alfonso más amenazas que favores para animarle á la concordia, decía en suma que, atendido á que tenía preso en su poder á Carlos, hijo primogénito del rey de Sicilia, le amonestaba que luego le pusiese en libertad y cesase de dar favor y ayuda á su hermano D. Jaime y á los que tenían ocupada la isla de Sicilia. A más, le advertía que, dentro de seis meses después de la presentación de aquellas letras, compareciese ante la Sede Apostólica para estar á lo que ordenase, porque de lo contrario se procedería contra él por las armas espirituales y temporales, según requería la calidad del negocio.

Esta amenazadora carta, de tan contrario sentido á lo que esperaba D. Alfonso, debió influir poderosamente en el ánimo de éste, abocado á una guerra con Castilla, ya que, de acuerdo con el rey de Inglaterra y aprovechando la ocasión de las disensiones civiles que habían estallado en las tierras de D. Sancho *el Bravo*, se decidiera poco antes á poner en libertad á los infantes Don Alfonso y D. Fernando de la Cerda, siendo el primero levantado y jurado en Jaca por rey de Castilla y de León. Varios nobles castellanos, expatriados á causa de las discordias civiles, acudieron á Jaca para rendir homenaje al nuevo rey que, con ayuda del de Aragón,

pensaban sentar en el trono de Castilla destronando á D. Sancho.

El aragonés, que se veía próximo á entrar en campaña, y que estaba ya sin duda cansado de luchar, resolvió aquella vez complacer al Papa, creyendo así atraerse su favor. El príncipe de Salerno fué llevado á Campfranch, lugar situado en los Pirineos y en los mismos confines de España y Bearn, dentro los límites del reino de Aragón, á donde habían ido desde Jaca nuestro monarca y el de Inglaterra. El tratado que allí se hizo estaba basado sobre el mismo de Olerón. El príncipe de Salerno, para recobrar su libertad, debía dejar como rehenes en poder de D. Alfonso á sus tres hijos mayores Carlos, Roberto y Luis, hasta pagar 30.000 marcos de plata y haber conseguido que la Sede apostólica y el rey de Francia y su hermano Carlos de Valois concediesen la tregua de tres años concordada en el convenio de Olerón. Caso de no ser así, el príncipe debía dentro de un año volver á constituirse prisionero de Alfonso de Aragón. Se firmó este tratado en Campfranch á 28 de Octubre de 1288, y aquel mismo día quedó libre Carlos II de Anjou, marchando en compañía de su primo el rey de Inglaterra.

Antes de partir este último de Jaca, concertó definitivamente, ó mejor ratificó el matrimonio de su hija Leonor, que aún no estaba en edad núbil, con Alfonso de Aragón, matrimonio que como saben los lectores venía tratándose ya desde los tiempos de D. Pedro *el Grande*.

De Campfranch se volvió D. Alfonso á Jaca, donde le estaba esperando el primogénito de la Cerda, coronado rey de Castilla, y juntos se fueron á Daroca para tratar de la guerra que iban á mover á D. Sancho *el Bravo*. Después de haber conferenciado allí con sus aliados Gastón de Moncada, vizconde de Bearn, y Don

Diego López de Haro, decidieron enviar cartel de desafío á D. Sancho *el Bravo*, por conducto de dos caballeros, pertenecientes uno á la casa de Aragón y el otro á la de D. Alfonso de la Cerda. Pedro Ayvar fué el aragonés portador del reto, y partiendo de Teruel, á tiempo que el rey se encaminaba á Valencia, se dirigió á Castilla presentándose á D. Sancho y desafiándole en nombre del rey de Aragón. D. Sancho aceptó el reto y lo devolvió por medio de otro caballero.

La guerra quedaba, pues, declarada desde aquel momento.

Entonces hubo de ser, sin duda, cuando tuvieron Cortes generales de todos los reinos en Monzón, convocadas por el rey para las resoluciones que convenía tomar con motivo de las guerras de Francia y Castilla [1].

1 Los Sres. Coroleu y Pella en *Las Cortes catalanas*, al citar estas Cortes, primeras de que se ocupan, pues de todas las anteriores apenas hacen mención, dicen que tuvieron lugar en 1289.

CAPÍTULO XLV.

Descontento y disturbios en Valencia.—Junta de la hueste en Calatayud. —Donación secreta del rey D. Alfonso al rey de Aragón.—Penetra en Castilla la hueste aragonesa.—Alianza definitiva de Francia y Castilla contra Aragón.—Cataluña y Mallorca amenazadas.—Prisión en Narbona de los embajadores aragoneses.—Cartel de desafío de Jaime de Mallorca á Alfonso de Aragón.—Respuesta del rey.—Entra D. Jaime de Mallorca en Cataluña.—Devastación de los estados de D. Jaime.—Bandos de Entenzas y Moncadas.

(1289.)

Al comenzar el año 1289 hallamos á D. Alfonso en Valencia, á donde fué desde Daroca, después de haber arreglado en este último punto todo lo concerniente á la guerra contra Castilla. Agitábase entonces, presa de cierto disgusto y malestar, el reino de Valencia, pues que en él había muchos que no quisieron aceptar los privilegios de la *Unión*, tocante á lo dispuesto de que Valencia se rigiese por fuero aragonés. Decían los descontentos que el rey había tenido que ceder á la fuerza y á la coacción; que no se había tomado aquel acuerdo en Cortes generales representadas por todo el reino, y que ellos estaban bien avenidos con la constitución promulgada por D. Jaime *el Conquistador*, á la cual no querían renunciar [1].

Si hemos de seguir al moderno cronista valenciano, los aragoneses establecidos allí después de la conquista, no pudieron resignarse á gobernar á sus nuevos vasallos con las leyes espartanas que regían en Valencia, pri-

1 Véase Boix en su *Historia de Valencia*, tomo I, págs. 235 y siguientes.

vándose por ellas de las grandes prerrogativas que gozaban en Aragón, y en especial de la potestad absoluta de vida y muerte sobre sus vasallos feudales; pero á este deseo, como acabamos de ver, se habían opuesto muchos, resultando de ello dos partidos poderosos que con sus choques ensangrentaron las fértiles llanuras de aquel hermoso reino. Por fin la *Unión* hubo de modificar su exigencia limitándola á la observancia de los fueros de Aragón en Valencia por los que, como aragoneses, quisiesen gobernarse según ellos; pero dice Boix que todos sus esfuerzos se estrellaron contra la tenacidad de los valencianos, quienes, sabedores de este negocio, no sólo no quisieron renunciar á la constitución de D. Jaime, sino que tuvieron también la satisfacción de ver á la mayor parte de los aragoneses residentes en Valencia sujetarse á ella con el más decidido entusiasmo. Y así concluyó esta guerra civil, conocida en las historias por la primera guerra de la *Unión*, según escribe el cronista citado.

De Zurita [1] se desprende, por el contrario, que la *Unión* triunfó, si no en todo, en gran parte, pues continúa aquel analista los nombres de los varios lugares que siguieron el fuero de Aragón y se gobernaron por él hasta tiempos modernos.

Arregladas las cosas de Valencia, se fué el rey á Zaragoza. Allí recibió el consejo que le dieron los *Unidos*, según cláusula del privilegio por él aprobado, y comenzó á dar sus órdenes y disposiciones para la guerra con Castilla, guerra aprobada en Cortes generales celebradas en Monzón. Permaneció el rey en Zaragoza hasta fines de Abril, y por este tiempo, junto con su protegido, y antes su prisionero, D. Alfonso de la Cerda, pasó á Calatayud, para cuya ciudad se había citado á los ri-

1 Lib. IV, cap. CVIII.

cos-hombres, caballeros, gente de armas y compañías de las ciudades y villas de estos reinos.

Cuentan que estando en ésta de Calatayud los dos Alfonsos, rey el uno de Aragón y el otro que intentaba serlo de Castilla, convinieron en un tratado que se mantuvo secreto, según el cual el aragonés se comprometía á apoyar con todo su poder al infante de la Cerda, y éste, en cambio del trono de Castilla que pensaba conquistar con su apoyo, ofrecía al rey de Aragón, conseguido su intento, darle el reino de Murcia con las ciudades de Murcia y Cartagena.

Firmado este convenio á 26 de Junio, apresuró el rey D. Alfonso la entrada de su hueste en Castilla, y al frente de ella con el pretendiente la Cerda pasó de Ariza á Monreal, y de este punto se puso sobre Morón, cuyo castillo se tomó por fuerza de armas, adelantando en seguida hasta Almazán para poner sitio á esta plaza.

Se dice que cuando el monarca aragonés penetró en Castilla, su rey D. Sancho *el Bravo* se hallaba en Bayona, á cuyo punto había ido para celebrar una conferencia con el rey de Francia y confirmar su alianza. En estas vistas renunció Felipe *el Hermoso* el derecho que creía tener á la sucesión de los reinos de Castilla, y confederados ambos reyes contra el aragonés, corrió D. Sancho á ponerse al frente de los castellanos haciendo cabalgadas por la parte de Tarazona, y dió Felipe órdenes para que los suyos penetraran también en Aragón por las fronteras de Navarra, lo cual hicieron apoderándose de Salvatierra.

Pareció entonces que la fortuna se empeñaba en contrariar á D. Alfonso y oponerle dificultades. Mientras se hallaba corriendo las tierras de Osma y Almazán, tuvo noticia cierta de que se disponían á entrar en Cataluña gentes del rey de Francia y del de Mallorca, y por lo mismo á mediados de Julio abandonó la campaña de

Castilla, dejándola al cuidado y dirección del pretendiente D. Alfonso de la Cerda y de D. Diego Lope de Haro. Apresuradamente llegó el rey á Zaragoza, y aquí tuvo nuevas alarmantes de lo que pasaba. No sólo Cataluña, sino también Mallorca estaba amenazada, pues el proyecto de D. Jaime era que parte de su hueste entrase á correr el Principado, mientras él se embarcaba con la otra y caía sobre Mallorca, en donde tenía secretas inteligencias.

Tuvo también noticia de que Gilaberto de Cruillas y Bernardo Guillén de Pinels, dos embajadores que despachara al Papa, habían sido presos en Narbona por mandato del vizconde Aymerico. Eran, pues, aquéllas unas duras circunstancias y una triste situación para el monarca aragonés, quien se veía acosado por todas partes y en lucha abierta con reyes poderosos.

Desde Zaragoza envió D. Alfonso á D. Jaime de Cabanyes, su secretario, al infante D. Pedro, su hermano, que parece estaba entonces de procurador general en Cataluña, con orden de que en cuanto supiese que el rey D. Jaime su tío quisiera pasar á Mallorca, se embarcase con la más gente posible y partiese á la defensa de las Baleares. Marchó con este mensaje el secretario y dispúsose á seguirle D. Alfonso, que efectivamente llegó en pos de él á Barcelona.

A poco de hallarse en esta ciudad recibió un cartel de desafío de D. Jaime de Mallorca, y he aquí con qué motivo. Mientras que el conde de Pallars había seguido siempre y con lealtad el partido del rey de Aragón, de quien era feudatario, el hermano de este conde, llamado Ramón Roger, fué uno de los más firmes partidarios de los reyes de Francia y de Mallorca. En 1289, sin embargo, Ramón Roger hizo paces con Alfonso de Aragón, y entonces D. Jaime le motejó de traidor enviándole á desafiar en singular combate á él y á su sobrino el

rey, ofreciendo batirse con ellos en Burdeos y á presencia del rey de Inglaterra.

D. Alfonso contestó á este cartel, que no se batiría con su tío D. Jaime por causa de Ramón Roger, pero que aceptaría sí, el combate, para sostener que era él, el rey de Mallorca, traidor y perjuro, pues había faltado á su palabra y á los deberes que le imponía el homenaje prestado á su padre; que por lo tocante á la elección de Burdeos como el lugar del combate, bien daba á entender con ello D. Jaime sus pocos deseos de batirse, pues demasiado sabía que dicha ciudad no podía ofrecerle á él más seguridad que la ofrecida á su padre en su lance con Carlos de Anjou; y que la designación del sitio donde podía efectuarse el desafío entre ambos reyes y entre Ramón Roger y otro caballero de su misma condición, la dejaba al arbitrio de Eduardo de Inglaterra, á quien aceptaba por juez.

Esta provocación no tuvo, sin embargo, consecuencias, ni jamás volvió á hablarse de este lance, sin duda porque el rey de Inglaterra, continuando su buena misión de conciliador, no quiso autorizar el combate en su presencia ó en sus estados.

Pero si no el desafío, tuvo lugar por lo menos la tercera entrada de D. Jaime en Cataluña, y nuevamente el Ampurdán vió talados y destruídos sus fértiles campos, cayendo algunas de sus villas en poder del invasor, el cual, como las otras veces, se retiró apresuradamente al tener noticia que D. Alfonso se dirigía contra él.

El rey de Aragón, con la hueste que de prisa había podido formar, se dirigió contra los estados de su tío, y se dice que, á excepción de los alrededores de Puigcerdá, de Livia y de Belver, entregó á las llamas y al saqueo toda la Cerdaña, el Capsir y el Conflent hasta Villafranca. «Jamás, escribe el anónimo de Ripoll, se

había oído hablar en nuestras comarcas de mayores desastres y devastaciones.»

Al retirarse D. Alfonso de aquel territorio, volvió D. Jaime á presentarse en esta parte de los Pirineos, y fué á poner sitio al castillo de Ribas; pero levantó el campo y de nuevo regresó á Perpiñán, cuando supo que el aragonés marchaba contra él.

También se habla de una excursión á las costas de Provenza que algunas naves catalanas llevaron á cabo por este mismo mes de Agosto ó de Setiembre, si bien de esta empresa no se tienen detalles ni noticias ciertas.

Seguro, finalmente, el rey de que por el pronto nada más pensaba intentar su tío, vínose á Barcelona, noticioso de que los más principales ricos-hombres y caballeros de Aragón y Cataluña andaban divididos en bandos, á causa de una discordia habida entre las familias de Entenza y de Moncada. D. Alfonso no vencía una contrariedad más que para tropezar inmediatamente en otra. Ardía el país en guerra, y en cruda guerra por cierto, pues eran poderosos los Entenzas y Moncadas, sus valedores muchos y sus recursos nada escasos. El rey comprendió que á toda costa era preciso acabar con aquellos bandos, pues traían funestísimas consecuencias al reino, y se trasladó á Alcolea, donde trató de concertarlos; pero no fué sin grandes trabajos y dificultades, que hacían mayores las complicaciones que á cada instante se le suscitaban en la marcha de su política exterior.

CAPÍTULO XLVI.

Coronación de Carlos II de Anjou.—Insta en vano por una tregua con Aragón.—Triunfos de D. Jaime en Calabria.—Defensa de Belvedere y San Gineto.—Sitio de Gaeta.—Tregua.—Roger de Lauria toma por asalto Tolometa.

(1289.)

No perdamos de vista á Sicilia, y veamos cuáles fueron los sucesos principales de que su historia nos da cuenta durante aquel año mismo de 1289, tan erizado de obstáculos y tropiezos para D. Alfonso de Aragón.

Luego que el príncipe de Salerno, Carlos II de Anjou, se vió en libertad por el tratado de Campfranch, pasó á Provenza, disponiéndose lo primero de todo á cumplir sus compromisos con el monarca aragonés, enviándole los caballeros que según pacto debían quedar aquí en rehenes, á más de sus tres citados hijos. En seguida se fué á Italia, y con grande alegría del partido guelfo, que en él recobraba á su caudillo, fué coronado en 19 de Junio [1] como rey de Sicilia, de los ducados de Pulla y Calabria y del Principado de Capua, recibiendo la corona de manos del Papa, á quien prestó homenaje por su reino.

Dicen historiadores muy autorizados, que el Pontífice de ninguna manera quiso consentir en la promesa hecha por el príncipe de Salerno á D. Jaime, hallándose aún prisionero en poder de éste, respecto á cederle la Sicilia, como tampoco en todo lo que referente á Sicilia se estipuló en los tratados con el rey de Aragón. Ab-

1 Amari, tomo II, pág. 25.—Zurita, lib. IV, cap. XCII, pone su coronación en 29 de Mayo.

solvió, pues, á Carlos de su juramento y le libró de él. Y éste era el Papa en quien tenía esperanzas D. Alfonso de Aragón, y de quien se decía que era algo gibelino y enemigo de la casa de Francia. Si era así, no lo demostraba aún, sino muy al contrario, pues Carlos de Anjou no pudo por el pronto conseguir nada de él respecto á la tregua, como nada pudo conseguir tampoco del rey de Francia y de Carlos de Valois.

D. Jaime de Sicilia había vuelto á renovar la guerra, poniéndose en persona al frente de su hueste, y pasando á Reggio con una armada de 40 naves mandada por Roger de Lauria, 400 caballos y 10.000 infantes. A mediados de Mayo avanzó por la costa occidental de Calabria, combinándose los movimientos del ejército terrestre con la marcha de la flota. Así ocuparon Sinopoli, Santa Cristina, Babalino, Seminara y otros lugares, sin que pudiera contenerles el conde de Artois, jefe de la hueste enemiga, la cual tuvo que pronunciarse en retirada.

Algunas fortalezas resistieron el ataque de los nuestros, entre ellas los castillos de Belvedere y San Gineto, sostenidos entrambos por Roger de San Gineto y asegurados por su fuerte posición, el valor de su castellano y también por el de su esposa, á la cual se vió sobre los muros de San Gineto animando á la guarnición y rechazando entre los guerreros el asalto de la hueste de D. Jaime. Este, dejando Belvedere, estrechó duramente la otra fortaleza, impaciente por seguir el curso de sus victorias y airado contra Roger, de quien se dice que, habiendo caído prisionero cierta vez en una de las frecuentes escaramuzas de Calabria, había prometido entregar el castillo dejando en rehenes á sus dos hijos, negándose luego al pacto y defendiéndose con valor y resolución.

Este incidente dió lugar á un hecho que merece con-

signarse en estas páginas. El castillo estaba próximo á rendirse por falta de agua, cuando el cielo se oscureció haciendo concebir á los sitiados la esperanza de una salvadora lluvia. Reanimáronse entonces, y tomando la ofensiva comenzaron á jugar sus máquinas, dirigiendo sus disparos contra la tienda del rey D. Jaime. El almirante Lauria, irritado con esto y dejándose llevar de su ira y de su enojo, mandó con remos levantar un palco ó tablado ante la tienda real y colocar en él á los dos hijos de Roger de San Gineto, habiendo antes hecho avisar á éste. O tenía que suspender el gobernador del castillo sus disparos contra la tienda de D. Jaime, ó se exponía á que fueran víctimas sus hijos, cuyos infelices cuerpos servían á aquélla de escudo. Hay quien escribe que el gobernador, con entereza heróica y haciéndose sordo á los gritos de la sangre, mandó esforzadamente que la máquina siguiese su ejercicio, y que entonces uno de los dos jóvenes cayó á la violencia de un tiro que le dividió en dos partes la cabeza. Otros cuentan que sobrevino en aquellos instantes una fiera tempestad, y que entre el rebramar del viento y la furia del aguacero se hundió el tablado, cayendo un remo sobre la cabeza del mayor de los jóvenes y matándole en el acto. De todos modos, es lo cierto que D. Jaime mandó el cadáver del uno á sus infelices padres y puso en libertad al otro, levantando el asedio del castillo, al cual aquella tempestad había procurado el agua de que estaba falto, poniéndole por esta causa en disposición de resistir mucho más tiempo.

D. Jaime se embarcó con su hueste, y después de haber tocado la escuadra en varios puntos de la costa, se presentó á últimos de Junio ante la plaza de Gaeta, en cuyo seno contaba con un partido favorable. Sin embargo, el bando gibelino de Gaeta era corto en número y no se atrevió á demostrar sus intentos, mayormente

cuando el partido guelfo acababa de cobrar gran ánimo con la llegada de Carlos de Anjou á Nápoles. Contra lo que se creía, Gaeta se dispuso á ofrecer una fuerte resistencia. Sitióla D. Jaime, pero no tardó en verse sitiado á su vez, pues acudió el ejército cruzado contra el siciliano y hallóse éste entre la plaza y el enemigo, que iba aumentando sus filas cada día. Una batalla era inevitable en esta situación, y de ella iba á depender, como se ha dicho, el destino de Nápoles y de Sicilia.

El rey de Inglaterra fué quien evitó el conflicto. Continuando su noble misión de pacificador, envió una embajada al Papa, algo dura según parece, por Odón de Grandisson, diciéndole que hora era ya de que cesase aquella lucha sangrienta que con horror y con escándalo veía la cristiandad; pues de no, pronto se atraería la Santa Sede las iras de todos los príncipes cristianos. Humillóse Nicolás á tal fuerza de verdad, escribe Amari, y expidió un mensaje al rey Carlos, que llegó el 18 de Agosto al campamento de Gaeta, persuadiéndole á asentar treguas. Fueron y vinieron embajadores del uno al otro campo, y después de muchas deliberaciones, se concertó una suspensión de armas por dos años, con no poco descontento de parte de los barones del rey de Nápoles, que, siendo aquella vez 10 contra uno, esperaban por fin vengarse de tantas derrotas como habían sufrido.

Según los pactos que se estipularon, Carlos de Anjou levantó primero el campo y tres días después lo efectuó D. Jaime, embarcándose éste con toda su gente el penúltimo día de Agosto y llegando á Mesina el 7 de Setiembre.

La tregua, que debía durar hasta 1.° de Noviembre de 1291, no fué del todo observada; pues como continuaron las huestes con las armas en la mano, ora por codicia, ora por represalias, ora por no poder refrenar

á los almogavares, prosiguieron las jornadas por el mar y los asaltos dados á algunas fortalezas de las costas.

Las armas sicilianas y catalanas aprovecharon las treguas para conquistar gloria en Levante. Roger de Lauria, que no daba huelga á la gente de mar, marchó con su flota á las costas de África, llevándose á aquel Margano, príncipe de árabes hecho antes prisionero, á fin de rescatarlo. En esta excursión corrió las costas africanas y tomó por asalto la ciudad de Tolometa, en cuya jornada debió portarse bizarramente el catalán Beltrán de Canyellas, cuando lo citan las crónicas con particulares elogios.

Regresó el de Lauria á Mesina, y poco tiempo después se dispuso otra escuadra para marchar en auxilio de Acre, de cuyo punto había llegado en demanda de socorro Juan de Greilly, aquel senescal de Eduardo de Inglaterra, que tan hidalgamente se portó con D. Pedro de Aragón. Las crónicas sicilianas escriben que el Papa mandó á D. Jaime de Sicilia un fraile llamado Ramón, haciéndole esperar que hallaría propicia á la Santa Sede si enviaba una flota en socorro de Acre, á lo cual Don Jaime contestó que, reconocido rey de Sicilia, con tregua por cinco años y ayuda de dinero, pasaría á Tierra Santa con 300 caballos, 10.000 infantes y 30 galeras; añadiendo á esto el almirante Roger, que él por su parte, y á sus expensas, daría para la empresa 10 galeras, 100 jinetes y 2.000 infantes. No quiso el Papa aceptar las condiciones, y por esto D. Jaime sólo envió 7 galeras en auxilio de Acre, lo cual hizo, según parece, á instancias del de Greilly. De todos modos, es un hecho que allí fué una flota siciliana á combatir por la causa de la fe y á ganar lauros para la Iglesia, que con tanto encarnizamiento perseguía, sin embargo, á su país, haciendo llover sobre él uno tras otro los anatemas.

CAPÍTULO XLVII.

Berenguer de Montoliu vicealmirante.—Conferencias en Perpiñán para tratar de la paz.—Renuévase la guerra.—Entrevista de los reyes de Aragón y Nápoles.—Cortes en Barcelona.—Paz entre los reyes de Aragón y Francia y el Papa.—Nueva entrevista del rey de Aragón con el de Nápoles.—Muerte de D. Alfonso.

(1290 y 1291 hasta 18 de Junio.)

Hállase en las memorias de este tiempo, que al principiar el año 1290 estaba D. Alfonso en Tarragona disponiendo una armada de 12 galeras y otros navíos de remos, cuyo mando confió al vicealmirante Berenguer de Montoliu, que era hombre muy práctico en cosas de mar. Esto indica que se hacían preparativos para la guerra y que no descuidaba nuestro monarca los armamentos, mientras trabajaban la política y la diplomacia para el arreglo de la paz.

Carlos de Anjou no había cumplido su palabra de constituirse en prisión al terminar el año, á pesar de que hizo alarde de llegar hasta los Pirineos; pero se volvió á Perpiñán y se limitó á dejar en esta ciudad al prior de San Gilles, de la orden de San Juan de Jerusalén; á Guillermo de Villaret, y á un letrado que tenía por nombre Bartolomé de Capua, enviando á decir al rey de Aragón que si él no se presentaba, quedaban allí personas de su consejo para continuar las negociaciones de paz. Eduardo de Inglaterra, incansable en su papel de mediador, consiguió que los reyes de Francia, Aragón y Mallorca enviaran sus plenipotenciarios á Perpiñán, donde había pensado que se celebrase una asamblea para tratar de la paz.

Por parte del rey de Francia vinieron Raimundo de Montferrier, caballero, y maese Pedro Raimundo, juez de Carcasona; el rey de Mallorca envió cinco ministros, entre los cuales se hallaba Jaime de Bernis, profesor en uno y otro derecho, y su lugarteniente en Montpeller; el rey de Aragón debió enviar sin duda á Galcerán de Miralles, Bernardo de Fonollar, Guillermo Aymerich y Guillermo Jaffert, á quienes hallo que por aquel tiempo se dió poder para firmar y concluir la paz. Reuniéronse estos plenipotenciarios en Perpiñán por el mes de Febrero de 1290; pero no habiendo podido convenirse y entenderse, se renovó la guerra por las fronteras de Cataluña y Rosellón.

Sin embargo, no tardaron en reanudarse las negociaciones, á instancia esta vez del Papa, que envió á Francia por el mes de Marzo dos cardenales, y que propuso se efectuase una entrevista entre el rey de Aragón y Carlos de Anjou. Esta tuvo lugar entre Panisars y la Junquera, y pactóse en ella una nueva tregua.

Refiérese que aprovechó el rey esta tregua para celebrar Cortes en Barcelona, al objeto de buscar medios de concordia con la Iglesia y con la casa de Francia, acordándose que fuesen nombrados doce embajadores, cuyo número lo compusieron dos barones, cuatro caballeros, dos letrados en derecho civil, dos ciudadanos de Barcelona y otros dos por las villas del Principado. Estos habían de asistir á una asamblea ó conferencia que debía efectuarse en Tarascón para acordar definitivamente la paz. Zurita dice que de esta embajada formaban parte Hugo de Mataplana, obispo de Zaragoza; Ramón de Anglesola, Berenguer de Puigvert, Guillén Lunfort y Bernardo Guillén de Pinells, que era un famoso letrado. Muntaner habla de un Aymón de Castell Aulí, á cuyas enérgicas y caballerescas réplicas dice que se debe el buen resultado de las conferencias de Tarascón; pero

es lo cierto que Muntaner llama buen resultado y honra y ventaja para la casa de Aragón, á lo que no fué sino mal resultado y deshonra y desventaja.

La paz de Tarascón, celebrada en Febrero de 1291, fué humillante para el monarca aragonés. D. Alfonso se comprometía primeramente á enviar una embajada al Papa para prestar en sus manos juramento de ser obediente á sus mandatos, y pedirle perdón y misericordia por si en algo había ofendido á la Sede apostólica; el Papa revocaba la donación hecha por uno de sus antecesores de los reinos y corona de Aragón á Carlos de Valois, levantando las censuras que pesaban sobre estos reinos, y reconociendo á D. Alfonso por hijo y devoto de la Iglesia: D. Alfonso se comprometía á pagar á la romana Sede el tantas veces disputado tributo de las 30 onzas de oro con todos los atrasos desde el tiempo de D. Pedro *el Católico:* el reino de Mallorca quedaba obligado y sujeto al directo señorío de los reyes de Aragón, pero á condición de proveer D. Alfonso al hijo primogénito del rey D. Jaime, para su estado, de la suma que le pareciese: D. Alfonso se comprometió, además, á hacer cuanto estuviese de su parte, á fin de que sus súbditos se saliesen del reino de Sicilia, la Calabria y la Pulla, amenazándoles con la pérdida de bienes y honores, á procurar que su madre y sus hermanos no insistiesen en poseer la Sicilia ni la Calabria á despecho de Roma; á trasladarse á Roma á fines de aquel año 1291 para rendir homenaje y servicio al Papa, seguido en esta expedición de 5.000 infantes y 200 caballos; á emprender dentro de un año una jornada á la Tierra Santa, y de vuelta de ella pasar en persona á Sicilia para compeler por las armas y despojar á los miembros de su familia; y finalmente, á poner en libertad á los hijos del rey de Nápoles y demás rehenes que tenía en su poder. También se añadió por los legados del Papa la cláusu-

la de que D. Alfonso hubiese de firmar la paz ó convenir en una tregua con D. Sancho de Castilla. En cambio de todo esto, el Papa, á más de lo dicho, debía enviar un legado á estos reinos, para con toda solemnidad alzar la excomunión que pesaba sobre ellos, y dar permiso para el enlace de D. Alfonso con la hija del rey de Inglaterra. Carlos II de Anjou, por su parte, se comprometió á dar á Carlos de Valois la mano de su hija Margarita con el condado de Anjou y del Maine, á fin de que renunciara á la investidura de los reinos de Aragón.

Esta es la paz que no hubieran firmado, de seguro, ni D. Jaime *el Conquistador* ni D. Pedro *el Grande;* ésta la paz por la cual D. Alfonso abandonaba vergonzosamente los derechos que su familia tenía al trono de Sicilia; ésta la *trágica* paz, como felizmente la ha llamado un historiador, por la que un hijo se comprometía á arrojar de Sicilia á su madre y á sus hermanos, y á entregar atado de pies y manos en poder de sus enemigos á un pueblo enérgico como el de Sicilia, que tanto y con tanto valor y heroismo había sabido pelear por su independencia; ésta, finalmente, la paz por la que, y por lo *muy honrosa*, dice Muntaner que se celebraron públicos y solemnes regocijos en Barcelona, si bien hubieron de ser en todo caso regocijos y fiestas, entre cuyo estrépito y alegría más de una vez debió el rubor enrojecer la frente de D. Alfonso, y más de una vez debió temer éste que se le presentase la airada sombra de su padre á demandarle estrecha cuenta de sus actos.

La historia ha juzgado severamente á D. Alfonso por este tratado de paz, sin que baste á sincerarle el argumento de que le obligó á ello el no considerarse bastante fuerte para hacer frente á un tiempo á la Francia, á las disensiones intestinas movidas en sus estados por los ricos-hombres celosos de la conservación de sus fueros y privilegios, al rompimiento que amenazaba de

parte de Castilla y al temor de sucumbir si trataba de apoyar á Sicilia contra las fuerzas de Nápoles, del Papa y del partido guelfo.

De todos modos, ya un autor respetable [1] ha hecho notar que no debía D. Alfonso estar tan satisfecho de haber firmado la paz, como podría uno creerlo, dice, al leer al cronista Muntaner, cuando escribió á su madre excusándose de haberla aceptado, y diciéndole que no la hubiera hecho si le dieran vagar las turbaciones de sus estados, la falta de recursos y la imposibilidad en que se encontraba de poder continuar la guerra, y de ser útil de otro modo á su hermano el rey de Sicilia, añadiendo que no creía haber faltado con éste, cuando él le había dado por libre de sus mutuos tratos y alianzas.

Un artículo del tratado de paz estipulaba que los reyes de Aragón y de Nápoles, á fin de mejor cimentar entre ellos la buena armonía, celebrarían una entrevista en las fronteras de Rosellón. Esta entrevista, nos dice Henry, tuvo lugar en lo alto de la colina que domina los collados de Panisars y del Pertús, conocida entonces por *Puy* ó *Puig de la atalaya*, hoy colina de Bellagarde, donde estaban los restos de la torre de Pompeyo. Ambos reyes se dirigieron al sitio designado el 7 de Abril á las nueve de la mañana, llevando cada uno por compañía ó guardia 12 caballeros armados sólo con espada, y otras 6 personas escogidas entre prelados, barones y hombres de ciencia de sus respectivas cortes. Diez caballeros habían sido apostados por una y otra parte en la cumbre de los vecinos montes, á fin de asegurarse de que durante la conferencia no vendría gente de armas por uno y otro lado, vigilando los unos las avenidas de Cataluña y los otros las de Rosellón.

En esta entrevista, Carlos II de Anjou solicitó la

1 Ortiz de la Vega, lib. VII, cap. VI.

gracia del rey de Mallorca, presente á la conferencia; pero D. Alfonso manifestó que nada podía decidir en este asunto sin consentimiento de las Cortes de su reino. Fuera de esto, la paz quedó ratificada entre ambos monarcas, separándose amigos y aliados.

Como si fuese un castigo providencial por la deshonra de semejante tratado, D. Alfonso espiró dos meses después de esta entrevista, hallándose en la flor de la juventud y de sus esperanzas. Retirándose á Barcelona, trató de celebrar su matrimonio con Leonor de Inglaterra, á lo cual ya no se oponía ningún obstáculo. Al efecto, envió al rey Eduardo una embajada á fin de cobrar el dinero que se le prometiera en dote. Esta embajada, que la componían Berenguer de Belvis, sacrista de Visch; Juan Zapata, justicia de Aragón, y Guillén Durfort, salió de Barcelona á principios del mes Mayo, y á 20 del mismo partía también de esta ciudad el vizconde de Cardona, Ramón Folch, con una lucida escolta de caballeros para acompañar á la reina desde la raya de Gascuña.

Mientras tanto, D. Alfonso se quedó en Barcelona disponiendo los festejos con que se había de conmemorar la llegada de su esposa, y en ello y en regocijos de cañas, justas y torneos se ocupaba, cuando vino á sorprenderle inopinadamente la muerte. Dicen que falleció de una landre que le salió en el muslo, y fué su muerte en la noche del 17 al 18 de Junio de 1291.

Por haber fallecido antes de su matrimonio con Leonor de Inglaterra, muchos escritores le han declarado célibe, excluyendo por lo mismo del catálogo de reinas de Aragón á la citada Doña Leonor, que como esposa continúa, sin embargo, Bofarull en sus *Condes Vindicados*.

El mismo autor dice que, pocas horas antes de su temprana é inesperada muerte, otorgó dos codicilos en

que, ratificando el testamento que había ordenado á 2 de Marzo de 1287 llamando á la sucesión de los estados de Aragón á su hermano D. Jaime, rey de Sicilia, y á los de esta isla al otro hermano D. Federico, según su padre había dispuesto, declaró sus amores con Doña Dulce, hija del difunto D. Bernardo de Caldes, ciudadano de Barcelona, y la recomendó eficazmente á su sucesor con el póstumo que dejaba en esta señora para que le criase y educase honoríficamente [1].

D. Alfonso, á tenor de lo por él mismo dispuesto, fué enterrado en la iglesia de frailes menores de Barcelona. En la misma iglesia, y cerca de su sepulcro, debía ser depositado diez años más tarde el cadáver de su madre Doña Constanza.

Tal fué el fin de D. Alfonso III de Aragón, llamado generalmente *el Liberal* y por algunos *el Franco*. Varios historiadores han maldecido su memoria por el tratado de paz, cuyo recuerdo ocasionó su muerte más que la landre que le apareció en el muslo, ya que un laborioso investigador de antiguas memorias ha dicho que desde el momento que hubo firmado la paz se sintió dominado por una tristeza tanto más profunda cuanto más procuraba encubrirla y darle apariencias de alegría. Algo de esto hubo de haber en él y algo debió torturarle el remordimiento, cuando, como acabamos de ver, dejó en sus últimos instantes los dominios de Aragón á su hermano D. Jaime, disponiendo que éste cediese la Sicilia, no á la Iglesia Romana, como deseaba

1 Bofarull (D. Próspero), tomo II, pág. 250. Los codicilos y el testamento citados por este autor, existen en el archivo de la *Corona de Aragón* con los núms. 443 y 290 de pergaminos relativos á este reinado. El codicilo citado prueba otro de los muchos errores de Muntaner, quien en su cap. CLXXIV dice que D. Alfonso *sen aná verge* de este mundo.

el Papa, sino al infante de Aragón D. Federico, tercer hijo de D. Pedro *el Grande*.

La paz quedaba, pues, rota con el fallecimiento del aragonés. Iba á sucederle D. Jaime, y la Sicilia, que había lanzado un grito de dolor al tener noticia del tratado, sintióse reanimada por la esperanza; esperanza que, sin embargo, también desgraciadamente había de dejar fallida aquel D. Jaime que la corona de Aragón se disponía á recibir con gran júbilo, creyéndole heredero, al par que del nombre, de la magnanimidad y gloria de su abuelo *el Conquistador*.

CAPÍTULO XLVIII.

Letras y lengua catalanas.—Universidad de Montpeller.—Protección de D. Jaime *el Conquistador* á las letras.—Escritores.—Jurisconsultos.—Teólogos.—Historiadores.—Concilios.—De Lérida.—De Tarazona.—De Tarragona.—Esplendor y acrecentamiento de las poblaciones.—Barcelona.—Tarragona.—Reus.—Lérida.—Privilegio concedido por D. Jaime á los judíos de Lérida.—Vich.—Manresa.—Sabadell.—Perpiñán. Portvendres. Colibre.—Espíritu del gobierno de Cataluña.—Elementos del gobierno de los catalanes.—Equilibrio de los poderes.—Los tres Brazos.—Brazo eclesiástico.—Brazo militar.—Brazo real.—Modo de reunir las Cortes.—Sus tendencias liberales y descentralizadoras.—Emancipación de las municipalidades.—Los reyes no eran reconocidos en Cataluña hasta después de haber jurado guardar las constituciones.—Cataluña celebrada por los reyes.—Las Cortes de Cataluña.—Recuerdos de las primeras Cortes.—D. Jaime I afirma el sistema parlamentario.—Este da un gran paso en tiempo de Pedro *el Grande*.—Organización de las Cortes: su espíritu, su influjo, su poder.—Las Cortes podían cambiar el rey.—Juramento del rey.—Independencia y lealtad de los diputados.—La ley era el verdadero rey en Cataluña.—Todo lo que se hacía en perjuicio de las leyes era nulo.—Fórmula de la sanción que el rey daba á las Cortes.—La diputación ó general de Cataluña.—El consejo de ciento.—Los concelleres de Barcelona.—Marina.—Comercio, industria y artes.—Industria lanera en Olot.—Paños barceloneses.—Paños de Lérida y otros

puntos.—Privilegios á favor de los comerciantes catalanes.—Cónsules catalanes.—Industrias de Perpiñán.—Industrias de Lérida.—Industrias y oficios agremiados.—Costumbres y usos.—Relajación de costumbres.—Repudios.—Desmoralización.—Burdeles.—Leyes contra los clérigos viciosos.—Matrimonios clandestinos.—Leyes suntuarias.—Joyas de la reina Constanza.—Diversiones.—Juegos de azar.—Instrumentos músicos.—Judíos.—Esclavos.—Monumentos.—San Francisco de Asís.—Convento de Santa Catalina.—Nuestra Señora de las Mercedes.—San Cucufate.—Nuestra Señora de Valldoncella.—San Juan.—Santa Clara.—Santa María de Junqueras.—Nuestra Señora del Carmen.—Convento de Avingaña.—San Jorge de Aljama.—Catedral de Lérida.—Catedral de Tarragona.—Monumentos de Mallorca.

(SIGLO XIII.)

Ya en este siglo es muy importante la historia de las letras y lengua catalanas, de que sólo rápida mención puede hacerse en este lugar, pues esto debiera ser objeto de estudio y trabajo especial. Sirvan éstos, que sólo pueden llamarse ligeros apuntes, para aquéllos que no hayan tenido ocasión de examinar las obras especiales, y á cuyas manos no es fácil que vayan á parar ciertos libros que, sea por su coste, sea por su escasez, son todavía patrimonio exclusivo de las bibliotecas y de los eruditos.

Desde principios de este siglo la lengua catalana se presenta ya con brío y con energía, dispuesta á disputar su cetro al latín, que parecía ser, y era en efecto, la lengua oficial de los sabios y literatos. Desde principios de este siglo la lengua catalana se había pulido mucho, y su literatura era ya más amena y rica que en los siglos anteriores. Por esto se ve que en esta época el lenguaje se presenta más culto, la dicción más castiza, la frase más dulce y cadenciosa y el estilo de los escritores y poetas mucho más esmerado. Resultado natural, dice un autor, de la ley invariable del progreso [1].

1 Pers: *Historia de la lengua y literatura catalanas*, pág. 93.

Las letras y las ciencias comenzaron á verse abiertamente protegidas, como lo eran los trovadores, y para gloria de aquellos tiempos se inauguraron en nuestros reinos escuelas y universidades. La famosa universidad de Montpeller data de principios del siglo XIII, es decir, de la época en que estuvo bajo el dominio de nuestros condes-reyes. Desde el siglo anterior se enseñaba en Montpeller la medicina, pero imperfectamente, y en 1220 fué cuando la facultad de medicina de aquella villa obtuvo el título de universidad y se la distinguió de las otras tres facultades que en ella se enseñaron de entonces más: la teología escolástica, el derecho canónico y civil y las artes liberales. También se estableció desde entonces cátedra de gramática [1].

D. Jaime *el Conquistador*, como escritor que fué, protegió mucho las letras y las ciencias. No era sólo gran amigo de los trovadores de su época, á quienes dispensaba particular y esencial apoyo [2], sino que era celoso protector de los estudios y fundador y mantenedor de escuelas, donde la juventud ávida de saber, pudiese ir á buscar el derecho á un porvenir y á una posición social que hasta entonces sólo habían acostumbrado dar las armas.

Por él, por este rey, cuya figura gigantesca descuella sobre todas las de nuestros reyes, como se dice que con su talla dominaba á todos los hombres de su época; por él, Guillermo Seguier fué profesor de derecho civil en la universidad de Montpeller, á pesar de que el obispo de Magalona, que pretendía tener sólo el derecho de nombrar á los catedráticos, se opuso y excomulgó al profesor y á cuantos asistiesen á sus lecciones [3]; por él, tuvo la misma universidad el privilegio que en 1282 re-

1 J. A. Dumas: *Anales de Montpeller.—Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 533.

2 Véase para más detalles mi obra *Los Trovadores*.

3 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 513.

novó D. Jaime de Mallorca, «solícito de seguir las huellas de sus predecesores, y establecer, conservar y aumentar el estudio de la medicina en esta universidad, la cual se había hecho célebre en todo el mundo [1];» por él, y á instancias de San Raimundo de Peñafort, tuvo Cataluña escuelas y academias de hebreo [2]; por él, tuvo Lérida aquélla que fué más tarde su famosa universidad [3]; por él, comenzó Perpiñán á ver florecer sus estudios, que Pedro *el Ceremonioso* convirtió en universidad por los años de 1349 [4]; por él, tuvo también estudios la bella Valencia; por él, en fin, la civilización dió un gran paso en estos reinos, como lo dieron las instituciones civiles, como lo dieron asimismo las armas y la gloria militar.

De él, sin embargo, tiene que lamentarse, en medio de lo mucho que debe agradecerle, la lengua catalana. A principios de su reinado, dió D. Jaime un paso contrario á la ilustración y progreso promulgando una pragmática por la que se prohibía á los legos la lectura de la *Santa Biblia*, que acababa de traducirse al catalán para su uso, y hubiera contribuído á robustecer la lengua y formar la literatura del país [5]. Pero hay que tener en cuenta que el rey era todavía un niño en aquella época, y que interesaba á sus consejeros que el vulgo no le acusase de hereje albigense. En cambio, después escribió su historia en catalán, dotando de una rica joya la literatura patria, y quiso hacer del catalán el idioma nacional.

Gracias en parte á este rey gigante, que atendió á

1 *Historia del Languedoc*, tomo IV, págs. 37 y 38.

2 Feliu de la Peña, tomo II, pág. 60.

3 Torres Amat: *Diccionario de escritores catalanes*, pág. 320.—Otros dicen que la fundó Jaime II en 1300.

4 P. Tastú: *Notice sur Perpignan*, fol. 31.

5 Ticknor (traducción de G. y V.), tomo I, pág. 340.

todo y todo lo impulsó con su benéfica influencia, la ilustración y la civilización dieron un gran paso en Cataluña durante este siglo. La jurisprudencia hizo grandes progresos, lo propio que la medicina; la poesía contó con notables y famosos trovadores, entre los cuales no desdeñaban de mezclarse los reyes y los príncipes; la música y el canto comenzaban á querer reclamar un sitio distinguido; la caligrafía se fué haciendo más clara y principió á usar la puntuación; el uso de las cifras árabes se generalizó; la escritura lapidaria se fué regularizando; las artes del buril y del dibujo tomaron un gran vuelo; los manuscritos se embellecieron con elegantes miniaturas, y la lengua catalana fué ganando terreno de tal modo, que el latín se vió bien pronto por ella relegado á la Iglesia y á los bufetes de escribanos. Los reyes y su cancillería, como ha dicho un escritor rosellonés, hablaban ya la lengua del pueblo.

«En el reinado de D. Jaime I, ha dicho Pers en su *Historia de la lengua y literatura catalanas*, el estudio de la lengua catalana fué muy general, pues ante los tribunales y en todos los actos públicos se escribía en este idioma. No sólo se hizo popular en toda la monarquía, sino que recibió con el uso aquella propiedad en los vocablos, corrección y elegancia en la frase, que sólo es dado alcanzar á una lengua regular y perfecta. Desde entonces la lengua catalana reemplazó con ventaja á la latina, la cual cada día era más descuidada. Desde entonces la lengua catalana fué la única que hablaban no sólo los habitantes de diversas provincias sometidas á la corona de Aragón, sino aun los estados vecinos, con los cuales la guerra ó el comercio habían establecido íntimas relaciones.»

Como muestras del catalán de este siglo y del adelanto de los poetas y trovadores, basta hojear las muchas obras y documentos que nos quedan.

En una carta del rey D. Jaime *el Conquistador* á la ciudad de Barcelona encargándola escoger hombres y familias honradas entre sus naturales para ir á poblar y establecerse en el reino de Valencia, fechada á 6 de las kalendas de Diciembre de 1270, se lee:

«On Nos vos deim, eus pregam, que vos altres que triets en vostra Ciutat aquels homens qui sien de valor, é qui no hajen heretats on pusquen vivir complidament en vostre habitatge; é si son dos ó tres frares, é la un es heretat els altres no, volem aquels qui heretats no son, heretar en aquest Regne que Deus nos ha donat; é volem que eligiats entre vos dos prohomens, qui conosquen los locs é les terres que Nos los mostrarem, é per tal volem Nos assó quen pusquen dir fe é veritat á vosaltres, é que sien homens conexens, que desta cosa vos sapien dir certanitat, etc.»

Ténganse presentes también los diversos fragmentos de las crónicas de D. Jaime, Desclot y Muntaner insertos en las notas de esta obra, si bien la crónica del último pertenece ya á principios del siglo XIV. La importancia de las dos primeras, queda ya demostrada en el curso de esta obra. También, por lo que toca á la de Desclot, el lector hallará en los apéndices á este libro dos bellos fragmentos.

Véase al propio tiempo como muestra, el principio de una traducción de la Biblia, conforme consta en las actas de una asamblea eclesiástica que se celebró en Perpiñán por Febrero de 1234:

«En lo principe creá Deu lo cel é la terra, é la terra era vana y vuyda, é les tenebres eran sobre la fas del abis, é lesprit de Deu era portat sobre las ayguas. E dix Deu, sia feta la lum, é la lum fu feta. E viu eu que la lum seria bona. E departi la lum de las tenebres, é apellá la lum dia é las tenebres nit.»

ESCRITORES.

No es ya posible seguir la forma establecida en los capítulos anteriores. Los escritores abundan ya en este siglo como en los que le siguieron, y tendré que limitarme de aquí en adelante á dar noticia de los que más se señalaron y sobresalieron en los respectivos ramos del saber humano.

La nacionalidad catalana fué fecunda en trovadores, cuya última época se considera ser este siglo XIII, citándose generalmente como de los postreros al gran *Ramón Lull* (1235-1315), cuya vida es todo un poema, habiendo sido este hombre, verdaderamente eminente, uno de los más altos y más esclarecidos ingenios de su siglo.

Hugo de Mataplana pertenece á los trovadores que florecieron á principios de este siglo, y se cree fundadamente que murió en la batalla de Muret. Quedan suyas varias poesías (V. Milá: *Trovadores*), y se dice de él que daba ricas fiestas en su castillo de Mataplana, siendo tal su fama que se le escogía como juez en materias galantes por personas de lejanas comarcas.

También es de principios del mismo siglo *Ramón Vidal de Besalú*. De Bezaudún le llaman algunos; pero está probado que era natural de Besalú, en la provincia de Gerona. Corrió varias cortes y escribió bellas canciones, siendo su género predilecto el narrativo.

Se coloca entre los trovadores á Pedro *el Católico*, y de su época es un caballero aragonés ó catalán, cuyo nombre se ignora, pero á quien se considera autor de una lindísima poesía conocida generalmente con el título de *La Golondrina*. Es un diálogo entre una de estas aves y el trovador.

«Golondrina, dice el poeta, me enojas con tu canto.

¿Qué quieres de mí? ¿qué buscas? ¿por qué no me dejas dormir en paz, ya que no he dormido desde que salí de Monda y ya que no me traes ningún mensaje de mi dama Esperanza?—Señor caballero, contesta la golondrina, vengo á veros de parte de mi señora, que se duele de no ser ave como yo para volar á vuestro lado.» El caballero pide entonces perdón á la golondrina por haberla ofendido con su lenguaje brusco, y le dice que se ve obligado á seguir al rey á Tolosa, donde combatirá por su rey y por su dama. La golondrina se retira después de haber deseado al trovador toda clase de felicidades. Es una composición bellísima que revela un poeta.

Milá copia muestras de varios trovadores de esta época pertenecientes á nuestros reinos, y muy particularmente á Cataluña. Deben citarse como los más notables *Arnaldo el Catalán*, que vivió en tiempo de Jaime *el Conquistador; Guillermo de Cervera*, de la misma época; *Guillermo de Mur y Olivier*, llamado *el Templario*, que figuraron en la corte del mismo D. Jaime; *Serveri de Gerona*, que es ya de la época de D. Pedro *el Grande* y que fué fecundísimo poeta; el mismo *D. Pedro*, de quien ya se ha copiado en otro lugar el principio de su poesía al juglar ó trovador *Salvatge; el conde de Foix*, del cual existe una canción bélica en contestación á la de D. Pedro; *Amaneu* ó *Amadeo des Escás* (natural de la Seu de Urgel), que alcanzó la época de D. Jaime II; *Fadrique*, el hijo tercero de D. Pedro *el Grande*, que fué luego rey de Sicilia; el conde *Pons Hugo III de Ampurias* (que Milá llama Pons Hugo IV); y por fin, el *Ramón Berenguer, conde de Provenza*, de que ya se ha hablado en otro lugar de esta obra.

Algunos autores colocan entre los poetas de este siglo á un *Jordi del Rey*, pero se le confunde visiblemente con el *Jordi de Sant Jordi* del siglo XV, conforme tendré ocasión de hacer observar más adelante. También

ponen en esta época á *Jaime Febrer*, el de las trovas, porque entre las que se le atribuyen se lee la siguiente:

Trobantse en Mallorca lo meu pare amat
Servint á son rey que 'l feu veedor
Del seu exercit, é d' allí ha passat
Servint en Valencia é en ella fui nat
Traenme de pila lo rey vencedor.

El lenguaje de estos versos revela, sin embargo, una época más reciente, como más adelante hallaremos también ocasión de examinar.

Entre los jurisconsultos célebres de este siglo figuran en primera línea, *Vidal de Canyellas*, catalán, obispo de Huesca, de quien dice Zurita que fué el legista más eminente que hubo en el reino de Aragón; *Guillermo Botet*, ciudadano de Lérida, y *Alberto de Alabanya*, valenciano, que fué uno de los consejeros de D. Jaime *el Conquistador*.

Como teólogos hay que citar, entre muchos, á *San Raimundo de Peñafort*, escritor y orador insigne; á *Ramón de Anglesola*, obispo de Vich en 1264; al catalán *Ferrario* ó *Ferrer*, que fué prior de un convento de Carcasona en 1252; á *Raimundo Martí*, religioso dominico, y al carmelita *Rimo*, rosellonés, que escribió sobre los salmos, y cuya existencia nos es conocida por el escritor Bosch.

En cuanto á historiadores, ya se ha hablado de los más notables. Debe necesariamente ponerse en primer término al caballero *Bernardo Desclot* ó *de Sclot*, de cuya crónica son pocas cuantas alabanzas se hagan. El *rey D. Jaime* es también una gran figura como historiador y literato. A más de su crónica, historia ó comentarios, que con todos estos títulos se ha llamado á su obra, se le atribuyen otros libros, entre ellos *Lo llibre de la sabiesa*, que contiene una gran copia de sentencias mora-

les de los filósofos más antiguos, como Sócrates, Aristóteles, etc. Existen de esta obra uno ó dos ejemplares manuscritos en la biblioteca del Escorial. Por lo que toca á su crónica, esta es la ocasión de decir que se ha querido negar que fuese suya. A principios de este nuestro siglo, Villaroya escribió un libro en el que trató de demostrar que D. Jaime no es el autor; pero sus razones son realmente de poco peso y no convencen. La legitimidad de la obra de D. Jaime no puede ponerse en duda. El manuscrito, original del mismo rey y todo de su puño y letra, existía en la biblioteca de Poblet, de donde se lo llevó á Francia el famoso Marca, el mismo que se llevó también los manuscritos de Pujades, según dice Serra y Portius en el apéndice á sus *Finezas de los ángeles*.

Hay que conceder un lugar como historiadores, aunque ya entre los de segundo orden, á *Juan Llaers*, biógrafo de varios santos, que vivió por los años de 1255; á *Berenguer Puigpardines* (sin embargo de que Amat lo pone en el siglo XII), autor de una *Vida de Carlomagno* y de una *Historia de Cataluña* hasta últimos del siglo XII; á *Pedro Ribera*, que tradujo al catalán la *Historia general de España* del arzobispo de Toledo D. Rodrigo, y á *Francisco Ximénez*, autor de un libro en lengua catalana titulado *Restauración de España*.

No fueron éstos solos los que como escritores más principales florecieron en el siglo de que estamos hablando. Tuvo éste también filósofos insignes, sabios gramáticos, ilustrados literatos. Descuella sobre todos *Arnaldo de Vilanova*, de fama europea como *Ramón Lull*, filósofo y escritor célebre entre los más célebres, de quien apenas bastan á dar una imperfecta noticia los apuntes biográficos recopilados por Torres Amat, ya que, honra y gloria de Cataluña, fué uno de los más eminentes varones de aquel siglo, tan fecundo por otra

parte en hombres grandes para la nación catalana [1].

Mientras que se distinguían entre los cristianos *Pedro Vidal*, autor de dos novelas, cuyos títulos se ignoran, en idioma catalán, y *Teodorico Domingo*, que escribió algunos libros sobre la medicina; entre los judíos catalanes florecían *Gersón Ben Selomoh*, literato consumado; *Jedahiah*, llamado vulgarmente por su sabiduría *el Cicerón hebreo; Joseph Ben Caspi*, autor de obras científicas; *Joseph Ben Jachiia*, insigne talmudista, gramático y poeta; *Moisés*, rabino de la sinagoga de Gerona, que disputó sobre materias religiosas con Raimundo Martí ante D. Jaime I y San Raimundo de Peñafort, teniendo que emigrar á Judea por esta causa, y *Harap*, conocido también por *Pérez*, que fué médico famoso y comentador del Talmud.

Tales son los más principales varones que florecieron en letras durante esta época, sin contar muchos otros que por brevedad se omiten y algunos cuyos nombres se ignoran, pero que no por esto dejan de formar parte muy esencial de la historia literaria de Cataluña en el siglo XIII, que es en su línea tan importante como pueda serlo la militar.

CONCILIOS.

Hubo uno en Lérida á 29 de Marzo de 1229, por el legado Juan, obispo de Sabina y cardenal. Tratóse de la disciplina, y señaláronse en él las reformas que debían hacerse en el clero.

1 Mucho se ha escrito y debatido sobre la patria de Arnaldo de Vilanova. Tourtoulón lo cree hijo de una Villanueva de Provenza; Menéndez Pelayo, que ha escrito acerca de él un libro, de una Villanueva de la provincia de Lérida; Milá y Fontanals, en un artículo publicado en la *Revista histórica latina* (tomo II, cuaderno 1.º), se inclina á que su patria fué la que hoy se llama Villanueva y Geltrú; y en efecto, ésta parece, por muchas razones de peso, su verdadera cuna.

En el mismo año de 1229 tuvo lugar el de Tarazona, de que ya se ha hablado. El cardenal legado Juan, asistido de dos arzobispos y nueve obispos, declaró nulo el matrimonio de Jaime I de Aragón con Leonor de Castilla.

A 1.° de Mayo de 1230 se abrió el de Tarragona, presidiéndolo el arzobispo Esperagus ó Aspargo. Hiciéronse en él cinco cánones que aún no han visto la luz pública. Por el último se prohibía las justas en el recinto y dependencias de los monasterios.

Hubo otro en Lérida por el mes de Mayo de 1237. Se tomaron en él varias providencias contra los herejes, y se comisionó á diferentes religiosos franciscanos y dominicos para la persecución de aquéllos.

El arzobispo Pedro de Albalat reunió concilio en Tarragona el 19 de Abril de 1239, haciéndose cinco cánones y sancionándose además una constitución, en diez y seis artículos, del obispo de Sabina.

El mismo arzobispo celebró otro en 8 de Mayo de 1240, para prohibir á todos los obispos de la provincia que sufrieran del arzobispo de Toledo ningún acto de jurisdicción fuera de su diócesis.

Otro hubo en la misma ciudad de Tarragona á 13 de Mayo de 1242, presidido también por Pedro de Albalat. Tratóse de la manera de descubrir á los herejes, castigarles en caso de obstinación y absolverles cuando abjurasen sus errores. Se hicieron además seis cánones sobre la disciplina, y consta por las actas que asistió á este concilio San Raimundo de Peñafort, entonces penitenciario de la iglesia de Roma.

En 12 de Enero de 1244 se abrió un nuevo concilio en la misma Tarragona, congregado también por el metropolitano Pedro de Albalat. Concurrieron á él los obispos de Zaragoza, Lérida, Pamplona, Tortosa y Barcelona, y los procuradores de muchos otros prelados de la

provincia. En él fueron confirmadas de nuevo las ya olvidadas constituciones del concilio celebrado en Lérida en 1229, y se decretaron además algunos cánones para reprimir los abusos de los que atentaban contra los clérigos ó usurpaban los bienes de la Iglesia. Se sabe que, yendo á este concilio, el obispo de Valencia fué cautivado por los moros.

Tuvo lugar en 1246 y en Lérida el de que ya se ha hablado (cap. VIII de este libro) para reconciliar á Don Jaime *el Conquistador*, excomulgado por haber hecho cortar la lengua al obispo de Gerona.

Volvió á celebrarse concilio en Tarragona el año 1247, presidido por Pedro de Albalat. Se confirmó la excomunión contra los que se apoderaban violentamente de las personas y bienes eclesiásticos, y previnose que los sarracenos que pidieran el bautismo permaneciesen algunos días en casa del cura de la iglesia para probar su conversión.

Tuvo otro el mismo arzobispo en 1248, dictándose en él medidas para la seguridad de los bienes del arzobispo y demás beneficiados después de su muerte.

A 8 de Abril de 1253, Tarragona vió de nuevo convocarse concilio por el arzobispo Benito. Se acordó que los obispos podrían absolver á los excomulgados de su diócesis, los arzobispos á todos los de su provincia, y se concedió á los sacerdotes la facultad de absolverse recíprocamente de la excomunión menor.

Convocado por el metropolitano Bernardo de Olivella, congregóse otro concilio en la misma Tarragona á 22 de Marzo de 1282. Se hicieron siete cánones. El primero prohibía á los clérigos llevar botones de oro, plata ú otro metal, ni hábitos de seda retorcida. El quinto prohibía á los cristianos habitar con los judíos.

Tuvo lugar otro en la misma ciudad á 15 de Marzo de 1292, presidido por el arzobispo Rodrigo. Se hizo

un reglamento sobre la disciplina, en doce artículos: el sétimo prohibe tolerar que el arzobispo de Toledo ejerza ningún acto de jurisdicción, ni que lleve ninguna insignia de primado al pasar por la provincia de Tarragona.

El último de los concilios celebrados en nuestros reinos durante este siglo, fué el de 1294 en la misma Tarragona. Se aprobó una constitución que todavía no ha salido á luz. Tenía seis artículos, y el cuarto prohibía la comida que los feligreses exigían á sus curas en ciertos días.

ESPLENDOR Y ACRECENTAMIENTO DE LAS POBLACIONES.

Cuando se hable de la marina y comercio, se verá que *Barcelona* debía ser ya en este siglo una ciudad importante y de primer orden. Era tanta su fama, que no es de extrañar, como ha dicho Capmany, que pasase entre los extranjeros por capital y corte de sus reyes, respecto de ser la única ciudad en los dominios de la Península que extendía su nombre á los paises remotos, como centro de las expediciones ultramarinas de sus soberanos y emporio del comercio y navegación de la corona.

Memorias antiguas dicen que en el siglo XIII era una ciudad hermosa, elegante y aseada, y como tal la cita y alaba Benjamín de Tudela en su itinerario á Palestina. El trovador Gerardo ó Guiraldo Riquier, de Narbona, decía en una de sus trovas á mediados de ese siglo, refiriéndose á esta ciudad, sin duda alguna, como centro y capital de Cataluña: «Para recibir lecciones de verdadero amor, no quiero otros maestros que los bravos catalanes y las bravas catalanas. Galantería, mérito, valor, alegría, gracia, cortesía, ingenio, talento, agudeza, honor, buen trato, generosidad, amor, pru-

dencia y sociabilidad, todo se encuentra en Cataluña entre los bravos catalanes y las bravas catalanas.»

Barcelona, en efecto, era un centro animadísimo de sociedad, de movimiento y de comercio en el siglo XIII, y cada día iba embelleciéndose con nuevos monumentos que han llegado hasta nosotros como muestra visible del esplendor de las artes en aquella época, y cada día se iba ensanchando y creciendo, hasta el punto de creer algunos, si bien con poco fundamento, en mi sentir, que á mediados de ese siglo XIII hubo de levantarse ya otra muralla que abrazase todo el aumento de la población, suponiendo que, luego de fabricada aquélla, fué cuando las casas se fueron arrimando á la muralla romana dando pie á que ésta fuese perdiendo su forma.

Tarragona la ilustre, joya y esplendor de la época romana, veía crecer y desarrollarse á su joven rival Barcelona, y seguía por su parte aumentando, aunque lentamente, en población, la cual iba labrando sus casas á la sombra de las admirables ruinas que le quedaban de la antigüedad y en torno á la grandiosa fábrica de su catedral que se iba terminando. Mientras tanto, aquel vasto y hermoso campo tendido á los pies de la romana ciudad, que solamente presentaba entonces un frondoso y antiguo encinar, iba transformándose poco á poco en tierras de labor desmontadas por los habitantes de las nacientes villas y lugares que lo poblaban.

No lejos de Tarragona se alzaba la villa de *Reus*, la cual tomaba rápido incremento en moradores que todos los días se avecindaban en ella, movidos de su apacible clima y pingües tierras que á un módico precio adquirían, y cuyos frutos fácilmente podían vender por causa de su ventajosa posición topográfica. Estos alicientes, unidos á la forma de gobierno independiente que en ella regía, fueron el motivo del poderoso incremento que

tuvo en el siglo XIII [1], á lo cual debió contribuir por mucho la vecindad del hermoso puerto y agradabilísima playa de Salou.

Basta leer rápidamente los *Anales de Reus* y fijarse un poco en las curiosas noticias que, referentes á este siglo, da su estudioso autor, para comprender que Reus era una población que iba creciendo, ganosa de libertad y de independencia. El común y universidad de la villa y sus representantes, iban adquiriendo todos los días más poder, á la par que se hacían más independientes. En 1221, Reus se veía ya muy aligerada de sus derechos señoriales por su camarero y su cartlán. En 1222, se sublevó contra los oficiales del veguer de Tarragona, que pretendía cobrar ciertos derechos reales. En 1223, el rey D. Jaime declaraba libres á todos los hombres de las villas y lugares del campo de Tarragona de toda carga real. En 1228, la universidad de la villa, representada por sus síndicos, acudía contra el cartlán por cuanto éste pretendía ser dueño absoluto de los pastos y yerbas. En 1229, el castillo inferior de la villa en todas sus puertas y avanzadas quedaba bajo el dominio y dirección del común y universidad de la villa, y por consiguiente, para en lo sucesivo casi nulo el poder y autoridad de los cartlanes. En 1246, sostuvo grandes reyertas y luchas á mano armada contra las gentes del arzobispo de Tarragona, siendo este primer rompimiento causa de que con el tiempo se originasen rivalidades entre ambas poblaciones.

Durante todo el siglo XIII el vecindario de Reus fué en aumento, comenzándose á desplegar en gran escala el genio especulativo é industrioso de sus moradores, el cual aumentaba por sus relaciones de intereses con los ricos mercaderes judíos que ocupaban un barrio de la villa.

1 Andrés de Bofarull: *Anales de Reus*, cap. II.

Ufana con su merecida importancia, floreció *Lérida* durante todo el siglo XIII, viendo comenzar y acabar su catedral, cuya primera piedra puso Pedro *el Católico* en Julio de 1203, y que fué consagrada por Octubre de 1278. Lérida contaba entonces ricos y nobles ciudadanos, huestes que merecían la predilección de Pedro *el Grande*, la universidad que en ella instituyó D. Jaime, y veía muchas veces en su recinto á los reyes que con sus fastuosas cortes iban á menudo á solazarse, escogiéndola como punto de deporte, en aquella ciudad que se eleva á orillas del Segre coronada por los recuerdos de César y Pompeyo. Son muchas las mercedes concedidas por los monarcas á la ciudad de Lérida. Es muy curioso, y como tal lo traslado, traduciéndolo del latín, un documento correspondiente al reinado de D. Jaime *el Conquistador*, por el cual este monarca concedió varias gracias á la aljama de judíos de Lérida y otros lugares, relativas á su culto, á sus contratos y oficios. Contribuye á demostrar este documento la importancia de Lérida, cuando tanta tenía su aljama.

Dice así:

«Sepan todos que Nos, Jaime, por la gracia de Dios rey de Aragón, de Mallorca y de Valencia, conde de Barcelona y de Urgel y señor de Montpeller; por Nos y los nuestros, damos y concedemos á vos la aljama de judíos de Lérida y otros lugares correspondientes á vuestro común y á los vuestros perpetuamente, que no estéis obligados á responder á persona alguna acerca de aquellas cosas que aseguren hallarse contenidas en vuestros libros hebreos contra nuestra fe, á menos que sean blasfemias (desonrries) de Nuestro Señor Jesucristo ó de la beata Virgen Madre suya ó de sus santos, y que de esto hayamos de conocer Nos ó los nuestros y no otros, oídas primero las razones de las partes: que el conocimiento se determine por Nos ó los nuestros allí donde

nos encontremos y no en otra parte. Además, os damos y concedemos á vos y á los vuestros perpetuamente que podáis comprar de los cristianos y venderles cualesquiera vituallas y demás, como hasta aquí habéis acostumbrado hacerlo, libremente y sin ningún impedimento, y que las carnes que son muertas judáicamente en vuestras juderías, se vendan en los sitios hasta ahora acostumbrados y no fuera de ellos. Os damos y concedemos también á vosotros y á los vuestros perpetuamente, que aquellos de vosotros que quieran ejercer el oficio de curtidores (coiraterie), puedan hacerlo libremente y sin ningún impedimento. Además, os damos y concedemos á vosotros y á los vuestros perpetuamente, que tengáis y poseáis las sinagogas que hoy tenéis y poseéis, según mejor y más plenamente las habéis tenido y poseído hasta ahora, y que podáis asimismo adornarlas decentemente cuando esto fuere necesario á las mismas. Asimismo os damos y concedemos y á los vuestros perpetuamente, que subsistan vuestros cementerios en los lugares en que están de presente situados, y no se muden por razón alguna, si no es por vuestra voluntad. También damos y concedemos á vosotros y á los vuestros perpetuamente el que por usuras ó lucro de vuestras deudas podáis percibir y percibáis cuatro dineros por libra al mes, y los vencidos vender y comprar con los cristianos como ya os lo concedimos por nuestras cartas según que en las mismas se contiene, confirmándoos todas las deudas que se os deben con tal que se ajusten á la razón ó lucro predicho. Del mismo modo por Nos y los nuestros, os damos y concedemos á vosotros y á los vuestros perpetuamente que no estéis obligados á oir los sermones de ningún fraile de la orden de predicadores menores ó de alguna otra fuera de vuestras juderías, y que por nadie se os pueda compeler á ello, y esto os lo otorgamos por cuanto en los sermones que se

os predicaban fuera de vuestras juderías, se os hacían muchas veces por los cristianos vituperio y desprecio. Y si los dichos religiosos ú otros quisiesen predicar dentro de vuestras sinagogas, no vayan á ellas con muchedumbre del pueblo, y sí tan sólo con 10 hombres probos cristianos y no más. Os concedemos también á vosotros y á los vuestros perpetuamente, que no se os pueda hacer innovación sobre cosa alguna, sin que sobre la misma seáis primeramente oídos y juzgados por Nos ó por los nuestros. Todas y cada una de estas cosas os concedemos, etc. Dado en Lérida, á los cinco de los idus de Noviembre (9 de Noviembre, año del Señor 1248), etc.»

También siguió *Vich* siendo una ciudad importante durante este siglo, y aumentó su vecindario, aun cuando muchos de sus hijos, como sucedió con Lérida, se establecieron en Valencia después de la conquista de esta ciudad. Para ir á la jornada de Valencia, el obispo de Vich predicó una cruzada, formando una hueste que se distinguió notablemente en aquella campaña, siendo premio de su valor y comportamiento muchas donaciones de lugares y casas del conquistado reino.

La jurisdicción de la ciudad continuaba en este tiempo dividida entre sus obispos y la casa de Moncada. Las memorias de Vich cuentan, como cosa curiosa, que en una concordia habida á los 3 de Enero de 1203 entre el obispo y el arcediano, se adjudicaron á la vicaría ó veguería de Vich las tachas de hornos, tabernas, pesos, medidas y canas menores: *item*, los ladrones con sus despojos; mas si los ladrones eran cogidos dentro las casas, debían entregarse á los dueños para que éstos los entregasen con sus despojos. Esta jurisdicción del prelado sobre los facinerosos era tan peculiar suya, que en el mes de Abril de 1205 el rey D. Pedro *el Católico* revocó tres salvo-conductos, que había concedido á cier-

tos malvados, confesando que su castigo pertenecía al obispo Guillermo y sucesores [1].

Vich conserva como piadosa tradición el haber predicado en su recinto por Diciembre de 1225 el santo Francisco de Asís, á quien se facilitó terreno para edificar iglesia, convento y huerto. Júzguese de la prosperidad que debió alcanzar Vich, cuando vió alzar durante este siglo la fábrica del mencionado convento, la de otro de padres mercenarios y la de otro de religiosas agustinas, á tiempo que numerosos legados y donaciones á sus hospitales de leprosos, de clérigos y de peregrinos revelan los muchos enfermos que en ellos se acogían. Pero el dato más importante para demostrar su próspero estado en el siglo de que hablamos, nos lo facilita el autor citado al decirnos que sobre la industria de los paños que se fabricaban en Vich pesaba un tributo, que redimió la ciudad en 1293 por la suma de 7.000 sueldos. Vich contribuía, pues, en no pequeña escala á la fabricación de paños catalanes de que el mercado de Barcelona proveía á los reinos de Nápoles y Sicilia, Cerdeña y Córcega, Smirna y Alejandría.

Que era también *Manresa* población de bastante gente y no escasa importancia, se ve por los documentos que en antiguos archivos de aquella ciudad y sus inmediaciones tuvo ocasión de registrar un estudioso manresano [2]. En varios instrumentos de ventas y de permutas pertenecientes á este siglo XIII se citan casas, calles y barrios que dan idea de un numeroso vecindario; se ve que existían inmediatas á Manresa, y dependientes de ella, dos villas muy pobladas á las cuales se llama *Atalone* y *Almodio* (mas juzga que son las conocidas hoy por San Fructuoso de Bajes y Viladordis), y se halla

1 Salarich, pág. 141.

2 Mas y Casas: *Ensayos históricos sobre Manresa.*

que se fundó el monasterio de Valldaura mientras se preparaban sus habitantes para dar comienzo á las obras de la Seo y de la famosa acequia ó canal de riego, que tan felices resultados debía producir á aquel país.

La villa de *Sabadell*, que databa sólo del siglo anterior, comenzó en el XIII á ser población de alguna cuenta. Ya hemos visto que en ella se refugió el vizconde de Cardona, siendo perseguido por el rey de Aragón en 1225. En 1273 se halla por vez primera memoria de bayles en Sabadell. Ejercían dicho cargo en este año Bernardo Bovis y Berenguer Salvany, á nombre de Gastón y de Berenguer de Cardona. Se ve por documentos que también tenían señorío en esta villa el pavorde de San Salvador, la casa de Moncada y Pedro de Senmanat. Comienza á hablarse ya en memorias antiguas de su fabricación de paños [1].

No es posible hacer, por escasez pública de datos, la historia de otras poblaciones del antiguo Principado; pero basta para juzgar de la importancia de algunas, hojear las *Memorias históricas* de Capmany, particularmente en su tercera parte donde se trata de los renglones de exportación de Cataluña para paises extranjeros desde el siglo XIII, y se verá el ilustre pasado que en la historia de la industria tienen algunas villas, y se conocerá la importancia que éstas debían tener cuando tanta tenían los productos de sus fábricas.

En las memorias de este siglo se habla mucho también de Perpiñán, Portvendres y Colibre. Estas dos villas tenían puertos muy frecuentados y á cuyas obras destinó una renta D. Jaime *el Conquistador*. En cuanto á Perpiñán, contaba ya desde el principio de este siglo un número crecido de industrias, y el comercio que dicha ciudad hacía de sus propias manufacturas la ponía

1 Archivo municipal de Sabadell.

en estado de adelantar con rapidez, de tal manera que siglo y medio más adelante llegó á ser tan floreciente que sólo al de Barcelona cedía la palma.

Las noticias que voy á dar á continuación, relativas al gobierno de Cataluña, no pertenecen sólo al siglo de que estamos hablando. Las hay que son posteriores, y casi no debieran consignarse aquí, sino guardarlas para su lugar respectivo; pero me ha parecido oportuno presentar un cuadro completo para mejor inteligencia de los lectores de esta obra, ya que el asunto de que se va á tratar tiene su fuente en el siglo XIII, y ya que esta lectura será provechosa, sin duda, para poder apreciar mejor los hechos en cuya narración nos toca entrar más adelante [1].

No es sólo la historia de los reyes la que debe escribirse; también debe tocarle su turno á la de los pueblos. No creo inútil ciertamente la lectura de lo que sigue, y aunque adelante sucesos, ya éstos se hallarán detallados en el curso de esta obra y podrán con esta anticipada noticia explicarse luego mejor.

ESPÍRITU DEL GOBIERNO DE CATALUÑA.

Un escritor catalán del siglo XVI, poco conocido, pero de muy sano criterio, dice, en la única obra suya que ha llegado á mis manos, refiriéndose al gobierno de Cataluña:

«Buscando las raíces, digo que ningunas pueden ser más firmes que las que este Principado puso en su prin-

1 Son las que van á leerse páginas arrancadas á una obrita que en otro tiempo escribí sobre el gobierno constitucional de Cataluña; obrita muy poco conocida á la verdad, pues que hubo un interés político en no dejarla circular por parte de las autoridades cuando se anunció su publicación. El sable era entonces la única ley que imperaba en Barcelona.

cipio y fundación; pues para escoger de las tres maneras de gobierno que los filósofos nos dan, que son democracia, aristocracia y monarquía, fué menester prudencia, y no mostraron tener poca; pues considerando que en cada cual de estos gobiernos hay sus azares, no quisieron por repararles sujetarse á uno, antes de todos tomaron parte, de suerte que el daño del uno reparase el bien del otro. Que esto sea verdad, díganlo los efectos de estos gobiernos.

»El de la democracia, que es gobierno popular, quién duda si puede llegar á sobrada libertad, por ser ésta la que más el pueblo codicia.

»El de la aristocracia á oligarquía, por ir inclinada á la codicia de riquezas.

»El de la monarquía, que es el gobierno de uno, que hoy decimos real, nadie ignora puede llegar á tiranía.

»Los prudentes catalanes repararon estos efectos fundando su provincia de todos tres gobiernos.

»De la democracia, que es el gobierno popular, tomaron el brazo real, que representa al pueblo; pero porque no llegase á sobrada libertad, que es la que codician, eligieron otro brazo, que es el militar, que representa la aristocracia ó gobierno de pocos nobles; y porque no llegase á oligarquía, que es confederación de pocos con codicia de riquezas, eligieron un rey, que es la monarquía, por cuya mano se pusiesen las cosas en ejecución; pero considerando que éste podía llegar á ser tirano, para impedirlo ordenaron que las leyes que este rey hubiese de mandar ejecutar fuesen primero hechas con consentimiento de los brazos arriba dichos, militar y real, anexando á ellos otro, dicho eclesiástico, porque fuesen las leyes generales para todos estados; los cuales brazos juntos representan un tribunal, dicho corte, la cual juntamente con el rey hiciese las leyes con que Su Majestad había de gobernarles.»

Esto dice Gilabert, y no puede darse, en efecto, en menos líneas un cuadro de gobierno mejor combinado, ni más aceptable, ni que mejor dé idea del gobierno liberal y constitucional de los catalanes.

Cataluña, con esa prudencia suma de sus antiguos naturales que en todos sus escritos hacen los cronistas resaltar, quiso aceptar lo mejor de los tres gobiernos conocidos, y con el elemento democrático, el aristocrático y monárquico fundar y consolidar un gobierno duradero, que ofreciese á la nación toda garantía de orden, de libertad y de vida. Equilibraron los poderes y dieron el uno al otro por contrapeso.

Para que el pueblo no tuviese demasiada libertad que pudiese degenerar en libertinaje y anarquía, instituyeron, á fin de balancear su poder, el brazo de la nobleza, ó sea la aristocracia; para que ésta no se diese á la codicia de las riquezas y se convirtiese en oligárquica ahogando al elemento popular, instituyeron la monarquía, ó sea el rey; para que éste, á su vez, no llegase á absorber un día todos los poderes haciéndose déspota y tirano, le obligaban al subir al trono á jurar las leyes con que había de gobernarles, leyes que había de hacer en común con los brazos eclesiástico, real y militar, partiendo el poder legislativo con el pueblo reunido en Cortes; y en fin, como éstas no tenían representación y fuerza sino cuando estaban reunidas, y las leyes podían ser infringidas en época de no estar abiertas las Cortes, crearon el tribunal de los diputados, ó sea las diputaciones, tribunal que fué su ánimo instituir para que *con su autoridad se pudiese representar á Su Majestad la ley rompida ó mal guardada, suplicándole el reparo della.*

Las Cortes representaban en Cataluña el cuerpo y poder legislativo. Se componían de los tres estados llamados en las provincias de la corona de Aragón *estamentos*, el eclesiástico, el militar y el real; estamentos

que después de convocados y cuando hablaban ya en las sesiones y deliberaban, tomaban el nombre de *Brazos*. En los tres brazos se comprendían indistintamente nobles y plebeyos.

El Brazo eclesiástico lo componían su presidente nato el arzobispo de Tarragona, los obispos de Barcelona, Lérida, Gerona, Vich, Tortosa, Urgel, Solsona y Elna (en el Rosellón); los síndicos de los cabildos de las referidas iglesias catedrales; el castellán de Amposta; prior de Cataluña y comendadores de la orden de San Juan, y los abades y superiores de los monasterios que tenían cabildo y poseían feudos con el mero mixto imperio.

El Brazo militar lo componían su presidente nato el duque de Cardona; todos los marqueses, condes, vizcondes, barones, nobles, titulares y caballeros de la provincia; los extranjeros, si poseían feudos ó jurisdicciones territoriales en la provincia; los ciudadanos nobles y los plebeyos, ya fuesen comerciantes, ya simples artesanos que poseían tierras jurisdiccionales.

El Brazo real lo componían todas las ciudades del Principado y las villas de realengo. Lo formaban las ciudades de Barcelona, presidente nato; de Lérida, de Gerona, de Vich, de Tortosa, de Manresa, de Balaguer y de Perpiñán, y las villas de Cervera (hoy ciudad), Villafranca del Panadés, Puigcerdá, Tárrega, Igualada, Berga, Granollers, Camprodón, Mataró (hoy ciudad), Besalú, Prats del Rey, Vilanova de Cubells, Pals, Torroella de Montgrí, Arbucias, Caldas de Montbuy, Sarreal, Figueras, Talarn, Cruillas, Cabra, Sampedor, y las villas del Rosellón, Colibre, Villafranca del Conflent, Salses, Tuhir, Boló y Argelés. Eran las poblaciones que tenían voto. Todas, así ciudades como villas, enviaban sus respectivos representantes con el nombre de síndicos. Barcelona enviaba cinco, pero no tenía, como las demás, sino un voto.

Las Cortes eran nulas si se excluía de ellas algún Brazo.

Las Cortes eran convocadas para tratar del estado y reformas hacederas en el país, y para hacer y establecer las necesarias y convenientes á la custodia, gobierno y quietud de la provincia.

La convocación de las Cortes se hacía por el rey, el cual señalaba y debía señalar el lugar de su celebración, que debía ser pueblo dentro del Principado de Cataluña y no menor de 200 casas.

Los diputados, en presencia del rey, estaban sentados y con la cabeza cubierta.

Antiguamente las Cortes se reunían cada año. Si en el intervalo de una á otra reunión el rey se veía precisado por circunstancias especiales á publicar algún decreto ó edicto, que en tal caso se llamaba *pragmática*, no tenía fuerza de ley hasta las próximas Cortes.

Debía el rey asistir en persona á las Cortes, porque sólo él podía sentarse en el solio de la presidencia. Únicamente por un motivo muy vehemente de grande necesidad podía celebrarlas la reina, como lugarteniente del rey, ó el príncipe primogénito, siendo aún necesario para esto unos poderes del monarca y el consentimiento formal de los tres brazos. También en casos muy especiales, después de convocadas, podía el rey delegar la presidencia en el príncipe heredero de la corona.

Pero no se crea que bastaba un acto de la voluntad del soberano para de estas delegaciones hacer una ley para las Cortes. Muy lejos de esto. La convocación y la presidencia de estos cuerpos eran tan sólo propias del rey; se consideraba esto como el más grande atributo de su real poder y el que no podía ejercer sino por sí mismo, estando obligado, para poderlo transmitir á la reina ó al príncipe heredero, á pedir y obtener el con-

sentimiento de las Cortes que representaban la soberanía de la nación.

Así es que, en unas Cortes generales convocadas por Carlos V, consta que, viéndose obligado éste á trasladarse á Perpiñán por causa de guerra, pidió á la asamblea que admitiese por su presidente al príncipe heredero D. Felipe, accediendo el Congreso, pero consignando que *por aquella vez solamente consentían y les placía* habilitar al príncipe, y añadiendo:

«Los diputados presentes se reservan, y es su plena voluntad, que esta acta no pueda jamás hacerse valer como un precedente, porque solamente las facultades concedidas al rey se limitan al caso presente, y *por esta vez tan sólo*, pues no debe creerse jamás que semejante hecho puede causar perjuicio alguno á las constituciones del Estado, capítulos de corte, privilegios y libertades, de que está el pueblo en plena posesión, y que *no pueden derogarse por nadie.*»

Tales eran nuestras antiguas Cortes. Eran un monumento, un templo erigido á la ley, y sabían conservar ilesas las garantías legales contra todo lo que pudiese ser un acto de la sola voluntad del rey y contrario á las leyes.

En todo lo perteneciente á ellas, se ve el mismo sello característico de independencia, el mismo espíritu de libertad, el mismo, no ya amor, sino culto tributado á la ley.

Las Cortes catalanas proclamaron siempre como salvador el gran principio de descentralización al que hoy se hace tan cruda guerra, y cuyo desenvolvimiento daba entonces, como daría ahora, tan felices resultados á las provincias de nuestro antiguo reino.

Explicada ya la manera cómo se celebraban y formaban Cortes en Cataluña, bueno será decir algo sobre su espíritu. Veamos cuáles eran las tendencias que domi-

naban en las asambleas legislativas, y cuál la aspiración de aquellos barones ilustres reunidos en Cortes.

El sistema constitucional en Cataluña, y es dato á fe digno de mención, se remonta á la época de los condes de Barcelona. Es, pues, nuestro país uno de los primeros, si no el primero, en que, después de la invasión de los bárbaros en Occidente, se inició el espíritu verdaderamente liberal y se adoptó la forma gubernativa que, con más ó menos radicales modificaciones, han venido por fin á adoptar como un elemento indispensable de civilización todas las naciones que marchan por la senda del progreso.

Podrán nuestros detractores decir lo que quieran, pero la libertad constitucional es antiquísima en Cataluña.

Antes de la emancipación de las municipalidades, los grandes señores, los altos dignatarios y las grandes jerarquías eclesiásticas componían sola y exclusivamente los consejos del antiguo Principado. Las villas y ciudades, es una verdad, no tenían entonces un título legal, una existencia política que les diese derecho á intervenir en los negocios del país; pero éste, que en casi todas las naciones fué el estado normal durante siglos enteros, en Cataluña sólo duró algunos años.

Las municipalidades han sido siempre en nuestro país un verdadero y respetado poder, siendo de advertir, porque éste es uno de los timbres más gloriosos de nuestra hidalga historia, que la emancipación de sus municipalidades no la compró Cataluña, como otras naciones, al precio de una suma ó de un tributo mercenario, ni fué tampoco para ella el resultado de una continuación de actos de regia munificencia.

Lejos de ser ni una exigencia impuesta al monarca, ni una concesión arrancada con las armas en la mano, es un monumento histórico, es un título honroso de

gloria para el catalán, es hija de un pacto, de un tratado entre el rey de una parte y el pueblo de otra, de un contrato que, para ventaja común, establece y fija los derechos respectivos poniendo límites insuperables á las prerrogativas de la corona y á la libertad del ciudadano.

De esta emancipación data la libertad civil y política, lazo indisoluble que en Cataluña unía á las municipalidades con el trono, acta venerada que convertía al señor de vasallos en padre de familia.

Así es que los reyes, en virtud de este pacto tácito y no escrito, pero que estaba en la opinión pública, sólo eran aceptados como monarcas cuando habían reconocido la soberanía de la nación, cuando habían entrado en Barcelona y jurado, puesta la mano sobre los santos Evangelios, guardar las leyes, usos, constituciones y privilegios de Cataluña, advirtiendo ellos mismos, en la fórmula de su juramento, que á los reyes sus sucesores no se les jurase ni se les rindiese homenaje de fidelidad, sino después que ellos hubiesen jurado y rendido fidelidad á las leyes del país.

En el Principado, pues, la ley era antes que el rey y estaba más alta que él.

Una cosa hay que notar en Cataluña, cosa digna de ser estudiada por los hombres pensadores y por los más profundos políticos: la alianza indestructible que durante una no interrumpida serie de siglos reinó entre el pueblo y el trono. Y alianza era y unión tal, que siempre, en el seno de las Cortes, vemos al soberano inclinarse del lado del Brazo real, que era el de las municipalidades, y por consiguiente, el del pueblo, y al pueblo del lado del soberano, uniéndose siempre entrambos para resistir exigencias del Brazo militar, es decir, de la nobleza, ó del Brazo eclesiástico, es decir, del clero.

El rey, como si por instinto natural, ya que no por la obligación de su juramento, reconociese la soberanía

del pueblo, se mostraba siempre dispuesto á favorecer al Brazo popular, y en él se apoyaba aun en perjuicio de la nobleza y del clero, que parecen ser á primera vista las dos aristocracias en quienes podía tener más confianza la monarquía; á su vez el Brazo popular, como si por instinto natural también comprendiera que en el clero y en la nobleza estaban sus verdaderos enemigos más bien que en el monarca, apoyaba decididamente á éste contra cualquier pretensión que en provecho propio tuviesen el Brazo militar ó el eclesiástico, y llegar pudiese con el tiempo á coartar las prerrogativas del trono ó los derechos del ciudadano.

De esa especie de alianza mutua resultaba un equilibrio perfecto en el seno de las asambleas legislativas y soberanas, y al revés de lo que ha sucedido siempre en varios paises en donde trono, nobleza y clero se han siempre unido para ir avanzando y para, de concesión en concesión y de usurpación en usurpación, hacer retirar al pueblo; en Cataluña, por el contrario, el rey, comprendiendo mejor sus intereses, se aliaba al pueblo para juntos luchar contra el espíritu invasor y las tendencias despóticas del clero y de la nobleza.

El equilibrio en los poderes que de esto resultaba no podía menos de producir ópimos frutos, y he aquí por qué en Cataluña vemos, durante muchos siglos, reinar interiormente la paz política; he aquí por qué no hay memoria en sus buenos tiempos constitucionales de luchas políticas, de revoluciones y de tendencias anti-monárquicas. El rey respetaba al pueblo porque le amaba verdaderamente, y el pueblo, porque le quería, respetaba al rey. En éste veía el pueblo al guardador de sus libertades, al defensor nato de sus derechos, al sacerdote encargado de hacer cumplir las leyes del país, al padre amante que vela por la salud y el bienestar de sus hijos, y por esto igualaban—que era á todo lo que

podían llegar los catalanes,—por esto igualaban el amor al rey con el amor á Dios y con el amor á la patria.

Los reyes veían, conocían, sabían esto, y he aquí por qué Pedro *el Grande* llamaba á Cataluña *modelo de valor y de la más cierta fidelidad;* he aquí por qué D. Jaime *el Conquistador* decía que *Cataluña era el reino más noble y más honrado de la tierra;* he aquí por qué otro de los Pedros la llamaba *tierra bendita y llena de lealtad;* he aquí por qué Fernando I escribía en su testamento *que no tienen los reyes vasallos que traten con mayor fidelidad los negocios más arduos é importantes de la corona, como los catalanes;* he aquí por qué en plenas Cortes, en el discurso de la corona, decía el rey D. Martín, haciendo con estas solas palabras la concesión mayor que jamás rey alguno ha hecho á la soberanía de una nación:

«¿Cuál pueblo es en el mundo que sea así lleno de franquicias y libertades, ni que sea así liberal como los catalanes? Pues hallamos que todos los pueblos del mundo ó la mayor parte están sujetos á las tasas y composiciones de sus señores y á los donativos de su gusto, menos vosotros, que sois libres de estas imposiciones.»

Y no se venga á traducir ese amor de los catalanes al rey por monarquismo fanático y ciego, porque en cambio, de mansos corderos, como dice un cronista, se tornaban en leones, cuando el rey faltaba á su juramento de guardar las leyes. Los catalanes en este caso se creían con derecho, y lo tenían, á romper su homenaje de fidelidad.

«Debe el rey, dice Gilabert, guardar las leyes que con sus súbditos tiene pactadas y juradas. A esto le obliga la ley natural ó el *ius gentium*, pues de ella tuvieron su principio los reyes, por considerar las gentes ser necesaria una cabeza para ser gobernados; y así de su libre voluntad le eligieron, y se sujetaron á ella debajo de ciertos pactos y condiciones que dijeron leyes.

»Pues siendo este contrato tan aventajado para el rey pues le da el serlo no siéndolo, y señorío siendo sujeto, y no de cosas ajenas, sino de las propias personas de los electores, dejara de ser razón el ser tenido á guardar las leyes y pactos por las cuales le dieron el dominio de señor haciéndosele ellos sujetos.

»Reconocieron por tan precisa esta obligación los reyes de Aragón, que dieron facultad á sus vasallos que, en caso no les guardasen sus fueros y leyes, *pudiesen elegir otro rey.*»

Así eran nuestros padres. ¡Qué hombres aquéllos, pero también qué reyes!

La historia de Cataluña nos ofrece una serie de ejemplos para probar que este país era tan fiel á sus reyes como á sus libertades.

Por lo mismo que amar querían al rey, era por lo que cuidaban de que no se extralimitase jamás.

La misma casa de Autria, esa hidra del despotismo, como ha sido llamada por un historiador moderno, se vió obligada á respetar, á jurar y á guardar las constituciones catalanas.

Carlos V dijo solemnemente, que en más estimaba ser conde de Barcelona que rey de romanos; Felipe II, el verdugo de Lanuza y de las libertades aragonesas, no se atrevió, como le proponían sus ministros, á poner una mano sacrílega en nuestros privilegios, y celebró Cortes en Cataluña. Felipe III y Carlos II acataron las leyes en nuestro país.....

Sólo un monarca de la casa de Austria, sólo Felipe IV, imbuído por su menguado favorito, osó atentar al honor de nuestras constituciones, y entonces la voz de Pablo Clarís hizo estremecer los ecos que dormían en las bóvedas del salón de San Jorge, y el toque de somatén saltó de campanario en campanario, y la constitución del *Princeps namque* fué leída por los concelleres

BIBLIOTECA PÚBLICA

al pueblo congregado, y el venerado pendón de Santa Eulalia vió agruparse bajo sus pliegues á las compañías de la *Coronela*, dispuestas á morir ó á lograr que las leyes fuesen respetadas.

Sólo en tiempo de Felipe V fueron destrozadas las constituciones y libertades de Cataluña, pero fué después de una guerra de nueve años, y después de haber Barcelona asombrado al mundo con una de las resistencias más heróicas y más gloriosas de que da cuenta la historia.

LAS CORTES DE CATALUÑA.

Ya sabemos que el primer congreso solemne de que hay memoria en Cataluña, se reunió hacia fines del siglo XI, dando por fruto esta asamblea aquel célebre y tan encomiado código de los *Usatges*, uno de los más antiguos que se conocen completos en Occidente, y que fué por espacio de más de siete siglos la piedra fundamental de las constituciones catalanas.

Después de esta asamblea, que fué convocada y presidida por el conde de Barcelona D. Ramón Berenguer *el Viejo*, tuvieron lugar otras sucesivamente, en las cuales se adicionaron los *Usatges* y se discutieron otras leyes que iban haciendo necesarias las circunstancias del progreso y desarrollo del país.

Las Cortes en su principio no tenían la autoridad que más tarde alcanzaron; pero en 1228 Jaime I *el Conquistador* fué el primer rey que decididamente se avino á entrar en una marcha más franca, partiendo realmente el poder legislativo con la nación y reuniendo y convocando asambleas más numerosas y solemnes, estableciéndose que tenían derecho á concurrir á ellas los ciudadanos y hombres de villa y cuantas personas eran por su posición social merecedoras de figurar en el cuerpo representativo.

En 1283 se dió otro paso más.

Las Cortes que en este año se celebraron establecieron, de común acuerdo con el rey D. Pedro III *el Grande*, que las leyes de Cataluña fuesen pactadas y tuviesen fuerza de contrato, es decir, que el rey no pudiese hacer ni derogar ninguna sin concurso y aun autorización de las Cortes.

Las fechas citadas son las más notables y las de más significación en cuantos estudios se pretendan hacer sobre el sistema representativo ó el régimen constitucional de los catalanes. De estas fechas deben partir todas las investigaciones que sobre este punto se hicieren.

En los siglos en que muchas naciones modernas daban sólo sus primeros pasos en el camino de la civilización y del progreso, buscando, para imitarlas ó copiarlas, las leyes de los pueblos más antiguos, Cataluña tenía ya un código nacional de sus leyes políticas y civiles, tan notable por la pureza, por la elegancia de su estilo y por su clara redacción, como por la profunda sabiduría que encerraban sus previsoras y saludables disposiciones.

Nuestros antiguos diputados profesaban muy cuerdamente el principio de que por más que el gobierno de una nación esté en armonía con las costumbres y con los intereses del pueblo, sin embargo, le ha de ser imposible labrar la felicidad del país sin estar apoyado por tres grandes instituciones: la buena organización de los tribunales de justicia, el espíritu popular de las municipalidades y una buena administración.

A robustecer y á mejorar estos tres elementos, acompañándolos de una sabia, previsora y prudente descentralización, es á lo que consagraban sus esfuerzos las Cortes catalanas.

Todas las mejoras, adiciones, proyectos y leyes se proponían en el seno de las Cortes, y después de ser

ampliamente discutidas eran aprobadas y pasadas al sello de la sanción real, sin la cual las leyes no eran válidas, como no lo eran tampoco las que promulgara el soberano sin el previo examen y consiguiente aprobación de la asamblea.

Las Cortes eran también las que tenían poder y facultad de conceder al monarca el permiso de exigir subsidios y contribuciones; ellas las que ordenaban se le diesen las tropas, los buques ó el dinero que demandaba.

El poderío é influjo de este cuerpo legislativo llegó á rayar tan alto, y tan respetado se vió, que fué la admiración de las naciones extranjeras y dió fama merecida á nuestro país, que era reconocido do quiera como suelo clásico de la lealtad y del patriotismo.

Las Cortes, lazo de amor que unía al pueblo con el rey, eran tan celosas de los derechos de aquél como de los de éste, como de los suyos propios. Con una solicitud que jamás fué desmentida, velaban cuidadosamente para que ni en un ápice fuesen coartadas las prerrogativas del trono; pero también cuidaban de que ni en un punto fueran menoscabados los derechos del país.

Cuando veía que el rey se rodeaba de personas ó tenía tratos con sujetos que podían aconsejarle mal ó empeñar el lustre de su fama, se manifestaba aquel cuerpo celoso guardador de la honra real, como sucedió en las Cortes de 1388, las cuales requirieron al rey, que lo era entonces D. Juan, para que reformase su palacio y arrojase de él á varios cortesanos que con sus costumbres licenciosas y manejos políticos comprometían el buen nombre y reputación del monarca, particularmente, según el parlamento, una dama llamada Doña Carroza de Vilaregut, favorita de la reina.

Pero si este ejemplo y otros que citar pudiera, prueban que velaban por la honra del rey, otros ejemplos

nos ofrece la historia de que con no menor solicitud velaban por la honra del pueblo y del país.

Si alguna vez, que pocas fueron en tiempo de los reyes de Aragón, el monarca quebrantaba su solemne juramento de guardar y hacer cumplir las leyes, las Cortes, si no bastaban las respetuosas y repetidas súplicas y manifestaciones que hacían para volver al buen camino al extraviado príncipe, no vacilaban entonces en ponerse á la cabeza del país, en aclamar á otro por conde de Barcelona y en jurarle fidelidad, después que él la hubiese jurado á las leyes y constituciones.

Cada vez que el rey moría, el primogénito ó sucesor se presentaba á las Cortes y ante ellas juraba solemnemente, como conde de Barcelona, «tener y observar, hacer tener y observar las constituciones, estatutos, fueros y privilegios de Cataluña y de cada uno de sus habitantes en particular,» después de lo cual, y no antes, recibía de ellas el juramento de fidelidad.

Los diputados de las antiguas Cortes catalanas pueden presentarse como dechado y ejemplo de patriotismo, de lealtad, de amor al trono y al pueblo, de hidalguía, de rectas intenciones, de cuantas virtudes, en una palabra, son necesarias á los legítimos representantes del país; que sólo por amor á él se presentaban en los escaños del Congreso á hacer resonar su autorizada y desinteresada voz, que sonaba influyente y poderosa bajo las bóvedas del palacio de nuestras antiguas leyes.

Y en este punto lo mismo eran los diputados pertenecientes á la nobleza, que los pertenecientes al pueblo, que los representantes del clero. El clero en particular, debe decirse en su obsequio, era en Cataluña el más celoso defensor de la libertad y de la constitución.

¡Infeliz, por otra parte, del diputado que no cumplía como bueno y leal ó que se manifestaba indiferente á los intereses del país! Escarnio de sus conciudadanos,

blanco de sus tiros, se veía precisado á abandonar la ciudad [1].

La Diputación, ó General, verdadero tribunal del país, era el centinela avanzado de éste, y ante ella se residenciaba á cualquier diputado que hubiese faltado abiertamente á los intereses sagrados que se le confiaran ó hubiese admitido mercedes. El país era inexorable para con un diputado traidor ó vendido. Probado el cohecho, se le borraba de la lista de los ciudadanos honrados, y quedaba inhabilitado para toda clase de empleos y distinciones. Peor era esto en nuestro país que la pena capital. ¡Si esta costumbre hubiese continuado en Cataluña, más de un diputado en estos últimos años hubiera sido quizá residenciado ante el tribunal del país!

El espíritu catalán era eminente y esencialmente liberal, y este espíritu se nota así en todas las instituciones de la edad de oro de Cataluña. No eran sólo las Cortes las que descollaban por su libre espíritu: eran todos los tribunales, todas las corporaciones, como en los capítulos sucesivos me encargaré de dejar probado. Más libertad existía en Cataluña siendo el gobierno monárquico, que en la primera república del mundo.

Por esto dijo con mucha razón Fr. Gabriel Agustín Rius, en 1646 [2]:

«Son más libres, francos y privilegiados los pueblos de Cataluña, que los que lo son de repúblicas, que es á donde parece que está la libertad y franqueza de los pueblos en mayores anchuras. Porque no hay república á donde, sin sacar á cada uno de su esfera, haya las preeminencias y franquezas para todos tan proporcionalmente iguales como en Cataluña. En algunas, los nobles gobiernan y los plebeyos son más sujetos que si

1 Gilabert: *Calidades de Cataluña.*

2 En su obra *Cristal de la verdad y espejo de Cataluña.*

fueran esclavos. En otras, de las preeminencias y puestos honrosos están los de la plebe excluídos. En otras, las franquezas las gozan sólo los nobles. Y en otras, para haberse de sujetar en la libertad de repúblicas, son tantas las imposiciones que en algunas ocasiones se han de echar sobre sí, que es un verdadero cautiverio y la libertad sólo nombre. Pero en Cataluña goza de las libertades, preeminencias, honras y franquezas cada uno en su estado, sin que de las de más estimación y puesto esté excluído el más plebeyo de la mayor, ni que por esto mengüe de su estado el más noble ó se envilezca su nobleza, ni se hayan de cargar de pechos unos y otros; y con ser catalanes son tan libres, que parece que por lo que toca al rey no les queda sino el nombre de sujetos.»

Es de creer, por lo que va escrito, que en el ánimo de los lectores no quedará ya duda del espíritu altamente liberal que presidió á todos los actos del gobierno de los catalanes.

Esto no obstante, bueno será con nuevos argumentos probar que no solamente reinaba este espíritu en toda su pureza y amplitud, sino que el baluarte de la libertad era por sí mismo inexpugnable en Cataluña.

Y me tomaré con tanto más gusto el trabajo de aducir pruebas en favor de este principio, por cuanto creo que el régimen constitucional fielmente observado por nuestros antepasados, servir puede de ejemplo y de modelo á las naciones mismas que hoy se llaman más civilizadas.

Por espacio de muchos siglos Cataluña ha marchado franca y desembarazadamente por la senda de la libertad y del progreso, y con ella á la par han marchado sus reyes, que tenían á honra llamarse soberanos de un pueblo libre; que es siempre tanto más honrado un rey, cuanto más libres son sus súbditos. La palabra *absolu-*

tismo no era comprendida de los antiguos catalanes, y estaban tan distantes de retroceso, que tuvo que imponérseles á la fuerza una nueva dinastía, y ha tenido que llegar el siglo XIX é inventar éste la palabra *reacción*, para que los catalanes hayan podido concebir que era posible permanecer estacionarios.

En Cataluña no gobernaba el rey: era sólo la ley la que imperaba y la que era obedecida.

Y sin embargo, aquellos reyes, reyes constitucionales en toda la extensión de la palabra, no por ser los primeros súbditos de la ley, dejaban de ser estimados y universalmente queridos. Al contrario, su trono era tanto más respetado cuanto tenía por base el amor entrañable de sus súbditos que le veneraban como un altar.

Mal rey es aquél que se hace obedecer á la fuerza y que impone su amor con el castigo; gran rey es el que consigue cuanto desea sin necesidad de exigirlo.

A esta última clase pertenecían los monarcas de la corona de Aragón. Jamás acudieron en balde á Cataluña. Nada les dió ésta á la fuerza, pero todo se lo dió de buen grado.

Cataluña, que por espacio de ocho siglos fué una soberanía aislada y distinta hasta del mismo reino de Aragón, se imponía á sí misma los tributos y se los administraba. Escaso y patrimonial era su erario, pero jamás careció de recursos, ni jamás dejó carecer de ellos á sus reyes. No tuvieron éstos que acudir nunca á la centralización para poseer tesoros [1]. Cuando de Cataluña necesitaban, ésta les daba dinero, hombres, buques, mercancías, cuanto pedían. Los catalanes sabían que sirviendo al rey se servían á sí mismos.

La libertad, que por espacio de los mismos ocho siglos citados, tuvo un templo en Cataluña, estaba ase-

1 Pí: *Barcelona antigua y moderna.*

gurada contra cualquier ataque; pues los buenos patricios, que en ella miraban el elemento de prosperidad, el porvenir, el bienestar, en una palabra, el alma del país, habían tenido buen cuidado de tomar todas las medidas para que fuese indestructible y para que no pudiese atreverse á ella ninguna clase de anarquía; ni la del rey, que es la tiranía; ni la de los nobles, que es la oligarquía; ni la del clero, que es la teocracia; ni la del pueblo, que es la licencia.

La necesidad de asegurar la libertad asegurando el sistema representativo, hizo que fuesen demarcadas las clases, enlazando una con otra para que todas reconociesen mutuamente sus derechos y sus deberes, y todas por consiguiente se respetasen, girando perfectamente cada una dentro de su propia órbita. El noble en Cataluña era noble, el ciudadano ciudadano, el plebeyo plebeyo, pero todas las clases tenían participación en el gobierno político; y en el seno de las Cortes, de los parlamentos, de las diputaciones, de las municipalidades, todas eran perfectamente iguales.

La constitución era indisoluble por los lazos con que estaba ligada; así es que intacta permaneció é inviolable hasta que en mal hora Felipe V apeló á todo el poder de España y de Francia para destruirla.

Los empleos se confiaban sólo á catalanes, y no era esto por cierto lo que menos contribuía á asegurar y afirmar la inviolabilidad de la constitución por un lado, y por otro la estabilidad y fuerza del gobierno.

Por parte de la fuerza armada ningún temor podía abrigar la libertad, porque los reyes no conservaban ejércitos permanentes.

Nada tampoco podía temerse de las reinas. En primer lugar éstas no tenían parte en el gobierno, y luego estaban sujetas por expresos mandamientos particulares á la observancia de las leyes del país. «Los favoritos ó

amantes, como ha dicho en una de sus obras Capmany hablando de esto, nada podían fuera de palacio.» Al contrario, las Cortes en nombre del país tenían derecho á arrojar de palacio á los que pudiesen con sus actos ó miras oscurecer la buena fama y reputación del monarca, y á propósito de esto ya he contado lo que sucedió en tiempo del rey D. Juan.

Todo lo que se mandaba, encargaba, disponía ó se recomendaba en perjuicio de las leyes, era nulo y de ningún valor. «Ni la prescripción, dice muy acertadamente un historiador, ni la posesión inmemorial, ponían á cubierto el abuso, ni prevalecían jamás contra el temor de las leyes del Principado.»

Ningún gobernador, ningún magistrado, ningún canciller, ningún jefe, ningún oficial, fuese militar ó civil; ningún empleado, en fin, desde el más grande al más ínfimo, desde el virrey hasta el más oscuro portero de la municipalidad, podía tomar posesión de su destino, si antes no había prestado el solemne juramento de observar inviolablemente los *Usatges* de Barcelona, las constituciones de Cataluña, los capítulos y actas de las Cortes del Principado, los privilegios, usos y costumbres de toda corporación, y los derechos de cada particular. Si faltaban alguna vez, eran privados de sus empleos, tenían que cargar con la responsabilidad de los perjuicios que hubiesen causado, y sufrían la excomunión en que incurrían por el mero hecho de haber quebrantado su juramento.

La Diputación ó General de Cataluña, que así se llamaba también, y de la cual me ocuparé más extensamente, velaba sin descanso por el orden público, estaba encargada de hacer prestar á los ministros y á los depositarios de la autoridad real el juramento de observar y hacer observar las constituciones, remediaba cualquier atentado que se cometiese ó cualquier queja que

se le presentase; y si por sí sola no tenía bastante fuerza para reparar el agravio hecho á alguna ley, no cesaba de reclamar y quejarse hasta que obtenía una satisfacción completa. Era el gran tribunal permanente del país, que en nombre del mismo podía poner en juego los medios más eficaces para reparar y hacer reparar toda clase de desacatos y desafueros.

A todas estas precauciones tan bien combinadas y tan poderosas para afianzar la libertad, pues que se apoyaban y aseguraban en la fe pública, en el interés mutuo, en las tradiciones, en lo sagrado de los contratos, en lo santo de la religión, en una palabra, en todo lo más respetable, venerado y temible que puede tener un país, hay que agregar la siguiente libérrima y solemne fórmula de la sanción que *el señor rey*, como le llamaban los catalanes, daba á las leyes y actos en la conclusión de las Cortes.

«En verdad, hacemos, sancionamos y establecemos, concedemos y ordenamos, y queremos la observancia firme é inviolable por el serenísimo señor rey y sus sucesores de las constituciones, confirmaciones, capítulos y actas de las Cortes, que según nuestros derechos hemos escrito y continuado al fin de cada capítulo, *á instancia y consentimiento, aplauso y aprobación de todos los firmados* que actualmente forman dichas Cortes generales. Por lo que prevenimos y mandamos á los vicegerentes de nuestro gobernador general, en los dichos Principado de Cataluña, y condados del Rosellón, y de la Cerdaña, á los vicarios, encargados, bayles, y á todos y á cada uno de los oficiales y á nuestros súbditos, como también á los presentes y venideros que estén en lugar de dichos oficiales, que todas y cada una de las sobredichas cosas las tengan por contenidas en las presentes constituciones y capítulos según dichos decretos, y las cumplan, y que todos las reciban y observen in-

violablemente, y que por causa ni motivo alguno contrahagan ni contravengan, ni permitan que nadie contravenga ni contrahaga.

«Y para que las cosas que anteceden tengan mayor firmeza, prometemos en buena fe de nuestra real persona á todos, y cada uno de los que concurrieron en dichas Cortes generales, y también á todos los demás del referido Principado de Cataluña, aunque ausentes como presentes, y al notario, y primer nuestro notario abajo escrito que legalmente estipula, pacta y recibe en nuestro nombre en favor de unos y otros á quienes interesa ó pueda interesar; y también juramos sobre la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, y sus cuatro santos Evangelios que nuestras manos tocan corporalmente, guardar y cumplir, y observar inviolablemente, y hacer guardar y observar irrefragablemente todas y cada una de las predichas cosas arriba referidas, y contenidas en dichas constituciones y capítulos.»

Y ahora, júzguese cuán cuerdamente y con cuánta prudencia, al par que con cuánto tino, habían ido nuestros antepasados hacinando elementos para que fuese verdaderamente indestructible en Cataluña la libertad constitucional.

Y aún no es esto todo ciertamente.

El antiguo sistema político de Cataluña, era una red admirablemente tejida. Todos los poderes, sirviéndose unos á otros de contrapeso, contribuían á guardar el equilibrio; y la escrupulosidad con que las diputaciones y las municipalidades cuidaban de que hasta en sus circunstancias, al parecer más insignificantes, fuesen fielmente observadas las constituciones, contribuyó no poco á garantir la libertad en nuestro país.

He dicho que Cataluña no prestaba á sus reyes juramento de fidelidad, si no después de haberlo prestado el rey á las constituciones, privilegios y libertades del país.

En efecto, es así, y aún más: el juramento era nulo, si tenía lugar antes que el rey prestase el suyo.

Bien claramente lo demuestra así la constitución hecha en tiempo del rey D. Jaime II en la segunda corte de Barcelona, año 1299, cuyo texto es el que sigue, fielmente traducido del catalán al castellano:

«Nuestros sucesores en el condado de Barcelona, ó en Cataluña, ó cualquier otro en todos tiempos, antes que los ricos-hombres, ni los caballeros, ni los ciudadanos, ni los hombres de villas le presten sagramento y fidelidad, deben jurar, y ser tenidos á jurar, y afirmar, y aprobar públicamente la venta del *Bovatge*, y todos los otros estatutos y ordenaciones hechas en esta presente corte, y en las Cortes generales celebradas en Monzón y en Barcelona, y en otros lugares de Cataluña, y demás privilegios, gracias otorgadas, así en general, como en particular, á ricos-hombres, y á caballeros, y á ciudadanos, y á hombres de villas, y de ciudades, y de lugares, y de villas que no son nuestras, y de los arriba dichos. Y *si alguno ó algunos de Cataluña, de cualquier dignidad ó condición que sean, hicieran al dicho señor de Cataluña sagramento, ó fidelidad, antes que él haya hecho dicho sagramento ó confirmación, que no valga.*»

Cuantas citas llamara en mi ayuda, y pudiera hacerlo con muchas, probarían de una manera evidente é inconcusa que el espíritu más liberal reinaba en las instituciones de Cataluña. Las medidas para afirmar la libertad y el derecho constitucional, estaban sabia y hábilmente tomadas.

Si no era lícito á los reyes admitir juramento alguno de fidelidad sin antes haber prestado el suyo, tampoco, según vengo probando en todo lo que llevo escrito, podían hacer leyes y constituciones sin el consentimiento y aprobación del país. De esta preeminencia

gozó Cataluña desde la época de los godos, y se halla confirmada con la concesión apostólica del papa Clemente III en su bula dada en Roma, *apud sanctum Petrum*, á los 15 de las kalendas de Mayo del año primero de su pontificado, ratificándola el rey D. Pedro II en las Cortes de Barcelona, año 1283, en la constitución I, título de *Usatges y Constitucions*, con estas palabras:

«Queremos, estatuimos y ordenamos, que si Nos y nuestros sucesores quieren hacer en Cataluña constitución ó estatuto, éste ó aquélla sean hechos con consentimiento y aprobación de los prelados, de los obispos, de los caballeros y de los ciudadanos de Cataluña, ó llamados ellos en su mayor y más plena parte.»

En la constitución 18, título *De observar constitucions*, hecha en la primera corte de Barcelona, celebrada en 1599 por Felipe II, el adalid y el campeón más decidido del absolutismo, se lee:

«Por cuanto las constituciones de Cataluña, capítulos y actos de Cortes, no pueden hacerse sino en las Cortes generales, y sea de derecho y justicia que las cosas se deshagan con la misma solemnidad que son hechas; por tanto estatuimos, y ordenamos que las constituciones de Cataluña, capítulos y actos de corte, *no puedan ser renovados, alterados, ni suspensos* sino en Cortes generales, y si lo contrario se hiciese, *que no tenga ninguna fuerza ni valor.*»

Pero aún hay más.

Se dice en las primeras Cortes de Barcelona celebradas por Fernando *el Católico*, año 1481, cap. XXII:

«Poco valdría hacer leyes y constituciones, si no eran por Nos y nuestros oficiales observadas: por esto, confirmados los Usatges de Barcelona, y las constituciones del Principado de Cataluña, capítulos y actos de corte, privilegios comunes y particulares, y otras libertades

del Principado, queremos, mandamos, que aquéllas y aquéllos sean observados.»

Y en el capítulo XVIII de las mismas Cortes, se dice:

«Deseando que los Usages de Barcelona, constituciones de Cataluña, capítulos de corte, usos, prácticas y costumbres, privilegios de los eclesiásticos, militares, ciudades, villas y lugares del Principado de Cataluña, sean inconcusamente observados, y observadas, estatuimos y mandamos, que por ningún uso, ó verdaderamente abuso, hecho, ó practicado por Nos, ó nuestros oficiales, ó que de aquí en adelante se haga, ó practique, contra los dichos Usages, constituciones de Cataluña, capítulos de corte, privilegios, usos, prácticas y costumbres, aunque tales usos vengan observándose por tanto tiempo que no haya memoria de lo contrario, no sean, ni puedan ser derogadas, ni perjudicadas dichas constituciones, Usages, capítulos de corte, privilegios, usos, prácticas y costumbres; antes, reprobando tales usos, y abusos, como nulos, queremos que dichas constituciones, Usages, capítulos de corte, privilegios, usos, y costumbres, sean válidos, y sean inviolablemente observados.»

De todo lo dispuesto en dichas constituciones, se infiere evidentemente que los catalanes han obrado leal y legítimamente siempre que, abusando los condes de la autoridad y violando las leyes, se han levantado en defensa de sus derechos escarnecidos y de sus libertades holladas.

¡Y aún hay quien llama rebelde á Cataluña porque, algunas veces, al ver pisoteadas sus leyes por indignos privados ó por reyes imprudentes, se ha levantado irritada como el león, erizando su melena de montañas y gritando que prefería morir con honra á vivir perpetua y afrentosamente esclava!....

También nuestros nobles é independientes antepasados habían tomado oportunamente sus medidas sobre otra cosa no menos importante y de no menor gravedad que las citadas.

Dice un autor catalán antiguo:

«Nunca falta en los príncipes la ambición de aumentar su hacienda; nunca debe dejar de ser la ley el freno de ambición tan nociva; nunca les faltan tampoco aduladores que son enemigos de las libertades públicas, y nunca á éstos se les debe dejar ocasión de servir exclusivamente al príncipe en daño del Estado. Nunca, pues, deben faltar vengadores de la libertad, y para que éstos no falten, es menester que sean inviolables, siendo de advertir que esta inviolabilidad no es en beneficio de tales ó cuales diputados, sino en beneficio del mismo Estado [1].»

Este párrafo encierra todo el plan del sistema político de los catalanes.

Tuvieron siempre presentes estas sabias máximas los antiguos catalanes, y he aquí por qué pusieron especial cuidado en que Cataluña gozase una plenísima exención de tributos y gabelas. Los derechos que se pagaban no eran impuestos por absoluta voluntad del rey, sino unos en Cortes generales, los cuales servían para los gastos públicos, es á saber, para defensa de las libertades y privilegios, y estos derechos se obligaba á pagarlos el mismo soberano; y otros, como decía un es-

1 Nunquam deest Principibus ambitio ad augenda ea quæ habent. Nunquam igitur deesse lex debet, frenum nocentissimæ ambitionis. Nunquam etiam illis desunt sui assentatores publicæ hostes libertatis. Nunquam igitur reliquenda illis ocassio, qua assentando cum damno Reipubliquæ, Principibus possent prodesse. Nunquam desse debent vindices libertatis; ut nunquam dessint semper securi esse debent. Securi autem fiunt per ejusmodi leges, quæ non tam horum aut istorum courantium impressens Reempub quam ipsius Reipub, esse existimantur. SPECUL. STAT. CASU 26.

critor catalán en el pasado siglo, *son imposats per nostra espontánea, llibre y graciosa voluntat, mediant la llicencia del princep, quals serveixen per la satisfacció dels donatius voluntaris (y altres cosas consemblans), que espontáneament en Corts, ó altrament, sacrifican al princep, ó per altres gastos ó necesitats dels comuns; tenint estos facultat de llevarlos sempre y cuant los aparega oportú* [1].

Bien clara y explícitamente se dice en una de las antiguas constituciones nuestras (Constituciones, I, título *de vectigals*): *E que de qui avant, Nos, ne successors nostres, la dita gavella, ni alguna altra semblant no constituyam, ni imposem.*

En tiempo en que reinaba la casa de Austria, no le era permitido ni lícito á su capitán general ó virrey en Cataluña, directa ni indirectamente, por sí ó por alguno de sus ministros, imponer, exigir ó hacer exigir, por cualquier motivo, contribución ó impuesto alguno. En caso de ser así, los diputados del General, ó Diputación, presentaban querella ante el lugarteniente general y en su real audiencia requerían y hacían requerir por su síndico que dichos procedimientos fuesen revocados, y no haciendo el capitán general la revocación dentro de tercero día después del requirimiento, debía hacerlo la real audiencia dentro de seis días en nombre de aquéllos.

El político más profundo, el observador más escrupuloso puede fijar donde quiera la vista en el sistema gubernamental de la antigua Cataluña, y hallará en todo, hasta en las circunstancias más minuciosas, garantías y seguridades creadas é inventadas sólo para el afianzamiento de la libertad constitucional.

He creído necesario todo lo dicho para probar cuál era el espíritu liberal de nuestras antiguas Cortes.

1 Despertador de Cataluña.

LA DIPUTACIÓN Ó GENERAL DE CATALUÑA.

Ha llegado ya el momento de hablar de la Diputación, de aquel admirable y noble tribunal, que tantos días de gloria y tantas páginas ilustres ha legado á Cataluña y á su historia.

El sensato autor de los *Discursos sobre la calidad del Principado de Cataluña*, dice: que así como el rey era la cabeza del país y los estamentos los brazos, el consejo de los diputados era su corazón; y para venir á concluir en esta idea, se entrega á este comentario y raciocinio:

«Al corazón le es tan natural el arder amando, como al fuego el calentar ardiendo, por ser la vida del corazón, amor; y si éste tiene el consejo, ¿en qué dejará de acertar en beneficio de la república? pues es efecto del amor el olvidarse de sí, por el beneficio de la cosa amada. Advirtiendo esto los prudentes catalanes, accedieron á formar de ese corazón de su reino, de los más peritos y prudentes consejeros que en él hubiese, y para esto formaron el consistorio de la Diputación con el mayor acuerdo y cuidado que un negocio de mucha gravedad requiere.»

La Diputación, ó *General*, así llamada también porque velaba por los intereses generales de todo el Principado, era un verdadero cuerpo representativo en los intervalos en que las Cortes estaban cerradas. Mientras éstas se hallaban abiertas, la Diputación cesaba en sus funciones, y en señal de suspensión dejaba encima de la mesa de la presidencia de las Cortes las dos mazas de plata que sus maceros llevaban en los actos públicos.

Era el tribunal supremo á quien estaban confiados la unión y libertad públicas, era un cuerpo, ó por mejor decir, «un magistrado—como dice el canónigo Narciso de San Denis, compendiador de las constituciones de Ca-

taluña,—cuyo cargo principal era defender los usages, constituciones, libertades, inmunidades y demás derechos de la patria, igualmente que los privilegios generales y comunes concedidos á todos tres estamentos de Cataluña, para cuya defensa y observancia era lícito á dichos diputados obrar con solicitud, y hacer instancias y oposiciones por medio de suplicaciones, requisiciones, protestas, apelaciones y otros remedios legales contra todos los jueces y oficiales reales y tribunales que violasen las sobredichas constituciones y demás derechos.»

Venían á ser estos diputados, según el mismo autor observa, como aquéllos que en Atenas se llamaban los Nomofilaces, quienes delante de los prefectos se sentaban coronados en todos los consejos públicos, para impedir que se decretase alguna cosa contra las leyes recibidas.

La Diputación era la ejecutora de las leyes y disposiciones hechas y acordadas en Cortes: cuidaba del reparto y cobro de los tributos que eran necesarios para las atenciones del Estado, y tenía en esto particularmente tan amplísima potestad y jurisdicción, que ni el rey ni sus delegados, cualesquiera que fuesen su dignidad y preeminencia, podían entrometerse en esta materia, viéndose obligado el rey, el mismo rey, á pagar sus contribuciones á la Diputación.

Como defensor nato de la tierra y administrador de las rentas públicas, ejercía este cuerpo tal autoridad, que en las Atarazanas tenía galeras propias y artillería para acudir á las necesidades del país. En casos de guerra, si no estaban abiertas las Cortes—porque en este caso ya sabemos que cesaba la Diputación,—promulgaba el levantamiento de gente armada, prestaba auxilios de armas y dineros del fondo de sus rentas ó de nuevos impuestos en la provincia, y para estos casos de urgencia, así como el Consejo de Ciento tremolaba el pendón

de Santa Eulalia, la Diputación sacaba á uno de sus balcones la bandera de San Jorge, á la sombra de cuyos pliegues con tanto ardor se han batido tantas y tantas veces los antiguos catalanes.

Pero no se crea que obrase este tribunal conforme á su gusto y capricho. Cataluña tenía un sistema constitucional demasiado perfecto, para que todas sus instituciones pudiesen dejar de conducir al mismo fin. Los diputados estaban sujetos á censura y podían ser residenciados. En un juicio público denominado *Visita*, todos y cada uno tenían derecho de denunciar los abusos que pudiesen haberse cometido por los diputados, de revisar las cuentas, de impugnarlas, y de ser satisfecho escrupulosamente el que alegaba agravio justo ó tenía demanda pendiente. Cualquiera tenía derecho á presentarse en esta visita y reclamar, aunque fuese de la más ínfima clase del pueblo.

Componíase la Diputación de tres individuos, uno por el Brazo eclesiástico, que era un abad mitrado ó una dignidad de catedral; otro por el Brazo militar, que era un caballero, y otro por el Brazo real ó de las municipalidades, que acostumbraba á ser un ciudadano honrado de Barcelona. A estos tres agregábanse otros tantos que se llamaban oidores de cuentas, y juntos éstos con dos asesores y un abogado fiscal, constituían el verdadero tribunal de que hablamos, tribunal de inmensa autoridad y de extraordinaria importancia, en donde con suma igualdad era administrada justicia á todos, y ante el cual lo mismo era el rey que el capitán general, lo mismo el funcionario de más elevada categoría que el más oscuro individuo de cualquiera de los gremios catalanes.

Los diputados vestían, como los concelleres, unas gramallas encarnadas, siendo de este color para demostrar que estaban prontos á derramar su sangre por el

pueblo, y casi en su traje no se distinguían de los concelleres por otra señal que una venera ó collar y *florón* de oro que llevaban pendiente del cuello. En las ceremonias y acompañamientos públicos, iban precedidos de maceros, como de lictores los cónsules romanos.

La Diputación, por ser el tribunal de la hacienda pública, el custodio del erario nacional, el administrador de las rentas, el conservador de la constitución, el sostenedor de los derechos del pueblo y el centinela de las libertades del país, residía y debía residir en Barcelona donde tenía su casa ó palacio llamado *Consistorio*, precisamente el edificio mismo que está destinado hoy para la real audiencia y para la Diputación provincial, la cual es, particularmente ahora, sólo un pálido y leve reflejo de aquel otro venerable y benemérito cuerpo, del que bien puede decirse que sólo le queda el nombre, y que fué abolido por el nieto de Luis XIV en unos días crueles de luto y amargura para Barcelona, cuando el ángel de la libertad y de la independencia catalanas batiendo sus alas se lanzó al espacio, abandonando el país invadido por las huestes devastadoras de unos extranjeros caudillos.

Pocas palabras me quedan que añadir para terminar este rápido bosquejo de la Diputación catalana, cuyas glorias no deben ensalzarse, pues bastante se ensalzan por sí solas á los ojos de todos los que han hojeado los anales de Cataluña; pero cuyo bosquejo era necesario hacer en el curso de una obra de esta clase.

Diré sólo, porque es justicia, que este venerable y popular tribunal fué un continuo plantel de héroes y de varones ilustres, algunos de los cuales llegaron en ciertas ocasiones á eclipsar la fama de los mismos de Esparta, de Atenas y de Roma. La lealtad, el patriotismo, la abnegación, las virtudes cívicas adornaban á

aquellos hombres eminentes que, salidos del seno del pueblo, sólo subían tan alto para labrar el bien de aquel mismo pueblo. Cuantos sacrificios puede pedir el amor patrio, cuantos esfuerzos puede exigir la libertad, cuanto valor y prudencia puede necesitar un país en sus representantes, otros tantos hacían y tenían aquellos dignos catalanes que, así como Hércules, al cubrirse con la túnica de Dejanira, se sintió devorado por un fuego abrasador, así, al vestir la tradicional gramalla de púrpura, sentían ellos arder su patriotismo inflamado por la llama nuevamente reanimada de su amor á la libertad.

¡Santa y venerable institución de nuestros mayores, permite que evoque tu recuerdo y despierte tu memoria para ejemplo y enseñanza de los que, olvidados de la historia de su país, ignoran que en tí tuvo siempre Cataluña un baluarte inexpugnable de las cívicas y públicas libertades, un muro robustísimo en que lo mismo se estrellaban el capricho y la cólera del rey, que las demasías ó los furores de la plebe!

La Diputación de Cataluña—y sea dicho en conclusión,—es uno de los mayores timbres de gloria que puede ostentar un país. En la misma antigüedad, en los mismos buenos tiempos de Roma y Esparta, no hay ejemplo de un tribunal que por espacio de tantos siglos haya sido constantemente, y sin malearse jamás, un distribuidor más cuerdo de la justicia, sin que por su origen popular se haya pervertido, y sin que por su grandeza se haya cegado.

Los anales de la Diputación catalana ofrecen el más bello estudio de parlamentarismo, á los más profundos políticos y á los más sabios pensadores [1].

1 Feliu de la Peña. — Gilabert. — Capmany. — Prescott. — Piferrer. — Pí.

EL CONSEJO DE CIENTO.

Poco á poco nos han ido conduciendo nuestros estudios al punto quizá más bello y más interesante de todos los que hemos tratado. Me toca hablar ahora del Consejo de Ciento y de los concelleres, dos venerables y grandes instituciones, ó mejor dicho una sola, que Cataluña ostentó como su mejor blasón mientras fué libre é independiente.

¡El Consejo de Ciento! ¿Quién no ha oído hablar con respeto y con admiración de ese cuerpo legislador, superior en virtud á los grandes consejos de las antiquísimas repúblicas de Esparta, de Cartago, de Grecia y de Roma, y en cuyo seno estaban representadas todas las clases, todas las jerarquías, todos los estados del país?

Un sesudo historiador ha dicho: «El Consejo de Ciento: ahí tenéis la soberanía del pueblo fomentada por los mismos reyes; ahí tenéis la democracia y la monarquía ¡cosa admirable! no en trabada pugna, como acaso podría presumirse, sino cordialmente hermanadas, acatándose y favoreciéndose una á otra, procurando de consuno la pública felicidad.»

¡Y los concelleres! ¡Hay nada más admirable que esos *presidentes de Ayuntamiento*, como les ha llamado el inglés Prescott, que eran unos plebeyos, unos mercaderes, unos meros artesanos, y que, sin embargo, iban precedidos de maceros con las mazas altas por las ciudades y villas, se cubrían y se sentaban en presencia del rey, celebraban tratados de comercio con potencias extranjeras; y si alguna vez cualquiera de ellos iba á la corte, no sólo debía ser recibido con todos los honores y ceremonias de los embajadores extranjeros, sino que su casa era sagrada como un templo y era un asilo se-

guro é inviolable para cualquier criminal que en ella se refugiase? [1].....

Hablando William Prescott, en su *Historia de los Reyes Católicos*, de las antiguas constituciones de los reinos confederados que componían la CORONA DE ARAGÓN, no puede menos de tributar un brillante homenaje de admiración á la constitución catalana, y dice entre otras cosas:

«Los catalanes eran escrupulosamente celosos de sus privilegios exclusivos, y además sus instituciones civiles tenían un aspecto más democrático que las de ninguno de los otros reinos..... Cataluña en particular se distinguió desde muy antiguo por sus grandes privilegios municipales, blasón honrosísimo de una gloria constitucional que pocas naciones pueden presentar.»

Casi todos los extranjeros que han hablado de nuestro antiguo régimen político, nos han hecho la misma justicia que el autorizado historiador que se acaba de citar.

Es que, en efecto, la amplia libertad de nuestras instituciones municipales sorprende y admira á todos los que se paran á estudiarlas.

A principios del siglo XVI, en ocasión de hallarse en Barcelona el embajador de Venecia, Navagiero, escribía á su país: «Los barceloneses tienen tantos privilegios, que el rey apenas conserva autoridad sobre ellos.»

1 En 1622 se hallaba en la corte el conceller Pablo Altarriba, á donde había pasado con motivo de ciertas cuestiones suscitadas entre la ciudad de Barcelona y el virrey.

Un malhechor llamado Rosell, huyendo de la justicia que le iba al alcance, se refugió en casa del conceller, el cual le entregó luego al alcalde de palacio; pero con la condición de que no había de ser castigado, puesto que se había refugiado en su casa.

Sin embargo, Rosell fué llevado á la cárcel; pero el conceller acudió entonces al rey, y éste mandó poner en libertad al malhechor y restituirlo á la morada del conceller.

Y esto lo decía un republicano, admirado de ver que en un país esencialmente monárquico había más libertad que en una república como la de Venecia.

En efecto, el Consejo de Ciento era una institución verdaderamente democrática; en efecto, una institución puramente democrática era la de los concelleres; pero una y otra se han distinguido en cien ocasiones por su monarquismo y por su leal y sincero amor á los reyes. Es que, como hombres de virtudes, como adoradores entusiastas de una bien entendida libertad, como amantes de los poderes constituídos, como defensores celosos de la libertad y del orden, los antiguos catalanes, al proclamar sus derechos, no echaban al olvido sus deberes.

El Consejo de Ciento, que es una prueba patente de lo que en aquellos tiempos habían progresado las instituciones liberales, era un poder regulador entre el pueblo y el trono; defensor del rey cuando injustamente se quejaba el pueblo: defensor del pueblo cuando injustamente se quejaba el rey.

Se remonta el Consejo de Ciento á los tiempos de Jaime *el Conquistador*, el cual concedió á Barcelona la facultad de tener para su gobierno político un consejo municipal compuesto de 200 prohombres, número que después bajó á 100. Todas las clases tenían acceso á ese verdadero cuerpo representativo, á ese Senado permanente.

En los escaños del Consejo de Ciento—y admírense nuestros actuales políticos,—se sentaban desde el siglo XIII los toneleros, los zapateros, los hortelanos, los corredores de cambios, los freneros, los latoneros, los cambiadores de moneda, los mercaderes de paños y lienzos, los sastres, los herreros, los boticarios, los llamados pelaires, los pellejeros, los colchoneros, los tintoreros, los tejedores de lino, los algodoneros, los carpinte-

ros, los alfareros, los canteros, los curtidores, los silleros, los revendedores, los carniceros, los plateros, etc., mezclados con los pintores, los notarios, los cirujanos, los médicos y los doctores en derecho.

Ni el comercio ni ningún oficio de industria se tuvo jamás por cosa baja en Cataluña, como sucedía en Castilla y otros reinos. Aquí, la persona que sabía ganarse el sustento por el medio honroso del trabajo, era ya igual al ciudadano de mayor categoría, era partícipe en el gobierno político, y podía obtener cualquier cargo, si le acompañaban las demás circunstancias necesarias de aptitud, de probidad y de conocimientos.

Y llegó á obtener este Consejo tal fama y reputación, tanta prez y valía, que no sólo le respetaban los reyes, sino que le admiraban las naciones extrañas, dándole los títulos de *sabio* y de *ilustre*, los mayores á que pueden aspirar las asambleas de esta clase.

Por lo demás, era tan esencialmente popular este Consejo, que hasta los nobles tenían que desposeerse de sus títulos para ingresar en él.

En los primeros siglos de su institución, este Consejo era llamado á reunirse por medio del clarín; después se adoptó la campana. Al toque de ésta, todos los miembros debían acudir al sitio designado de antemano, que fué primero una plaza pública, la llamada hoy del Rey, donde tenían las sesiones al aire libre; después una capilla del convento de Santa Catalina, y más adelante, por fin, el salón que exprofeso se construyó en la casa de la Ciudad y que por esto se llama aún *Salón de Ciento*.

La asamblea de los 100 prohombres ó jurados sólo se reunía para los asuntos arduos y graves, y para todos los negocios particulares y extraordinarios que reclamaban las luces de los ciudadanos.

El Consejo de Ciento era supremo legislador tocante

á puntos del gobierno municipal; tenía una potestad plenísima sobre los concelleres, empleados de la municipalidad y dependientes de la ciudad; podía interpretar, de la manera que fuese más favorable á la república, las leyes dadas en Cortes, que eran algo ambiguas; tenía la facultad de hacer ordenanzas y promulgar edictos dentro de la ciudad y su término que se internaba doce leguas en el mar; podía imponer cualesquiera especie de penas pecuniarias y corporales, hasta la de muerte; podía juzgar á los concelleres; podía exigir y destinar fondos públicos para construcción de obras útiles ó fomento de empresas mercantiles demasiado aventuradas ó costosas para meros particulares; dirigía la universidad de Barcelona y costeaba la enseñanza; proveía á la seguridad del comercio; daba patentes de represalias contra cualquiera nación que la violara, y celebraba tratados de comercio por sí y ante sí con los países extranjeros.

Tal era y tal podía el Consejo de Ciento, que se reemplazaba cada año, que tenía por divisa S. P. Q. B. *(Senatus populusque barchinonensis)*, y que es una de las más grandes, más admirables y más brillantes asambleas que jamás haya tenido nación alguna. Al Consejo de Ciento deben Barcelona y Cataluña entera seis siglos de prosperidad y gloria.

Las demás ciudades y villas de Cataluña tenían á imitación del de Barcelona un Consejo de jurados. La libertad y los privilegios municipales eran completos en todo el Principado.

Paladión de las libertades públicas en los tiempos de prueba, guardador y sostenedor de los derechos del pueblo en las circunstancias difíciles, padre de todos en los momentos críticos, templo constante en que era venerada la ley en todas épocas, defensor acérrimo de los privilegios y constituciones del país, tribunal severo que

sabía hacer justicia lo mismo al rey que al súbdito más humilde, el Consejo de Ciento jamás desmereció de la confianza de sus representados; siempre estuvo á la altura de su misión, nunca olvidó que el bien de la patria debía ser su primer móvil, y he aquí por qué, por lo patriota, por lo sabia, por lo justiciera, por lo leal, dejará esta ilustre asamblea catalana memoria eterna mientras haya en el mundo hombres libres que tengan una sombra sola de apego á las instituciones representativas.

LOS CONCELLERES DE BARCELONA.

Si alguna vez han hablado los historiadores absolutistas con respeto y veneración de alguna institución popular, ha sido siempre del Consejo de Ciento y de los concelleres de Barcelona.

Es que las instituciones municipales de Cataluña han admirado siempre y han llenado de asombro á cuantos se han detenido á estudiarlas.

Vacilan los historiadores en asignar origen al carácter verdaderamente democrático de la institución municipal de gobierno en Cataluña, y, sin dejar de admirar lo frondoso y lozano que creció este árbol y lo bueno de sus frutos, dicen algunos que el gobierno catalán debe sólo su vida á la excesiva tolerancia de los reyes y á su mucha longanimidad y munificencia. Esta pretensión es ridícula, presentada bajo este solo punto de vista. Mucho deben, en efecto, las instituciones municipales de nuestro país á la munificencia de los reyes; ¡pero á su tolerancia! ¡á su longanimidad!.... Más probable fuera en este caso que la mira de los soberanos, al fomentar esta clase de gobierno, hubiese sido para hacer frente al feudalismo que en todos los países ponía límites al poder del trono.

Pero no es esto tampoco; no es aquí donde creo que

se debe buscar el origen del gobierno popular de Cataluña. Tampoco le hallamos, como no falta quien quiera pretender, en el roce continuo de los catalanes y en la guerra con otras naciones que tenían carácter democrático; no: el origen de las instituciones municipales de Cataluña debe buscarse sólo en el carácter formal de innata independencia de los catalanes; en su espíritu libre y emprendedor, opuesto á trabas y á exclusivismo; en su amor entusiasta á la patria, del que nuestros mayores hacían un culto.

No en otra fuente debe buscarse. Los reyes conocieron este carácter, y deseosos de hacer feliz á su pueblo, siéndolo ellos, ayudaron voluntariamente y muy de buen grado á que se desarrollasen aquellas innatas tendencias á la libertad por medio de instituciones libres, que, á medida que fueron desplegándose, dieron días de gloria y de bienestar al pueblo.

Los concelleres de Barcelona eran, digámoslo así, los sacerdotes encargados de velar por estas venerandas instituciones.

En la paz, en la guerra, cuando el rugido de los motines políticos hacía estremecer la ciudad, cuando la algazara de las fiestas resonaba en todos sus ángulos, cuando las calamidades públicas se cernían sobre sus muros, cuando las victorias la coronaban, cuando la voz de la campana llamaba á somatén, cuando la misma voz brindaba al contento, siempre, fuese el suceso próspero ó adverso, siempre estaban allí los concelleres, dispuestos á arengar al pueblo, á calmarle, á consolarle, á ser partícipes de su dolor ó de su júbilo, á sufrir ó á morir por él.

Centinelas vigilantes de la ciudad y de sus libertades, sacerdotes rígidos de la ley, magistrados depositarios de la confianza pública, expresión genuina del espíritu popular, los concelleres eran Barcelona. El día que

Juan Fivaller se presentó en el palacio de Fernando el de Antequera á reclamar de él la integridad de los privilegios de la ciudad, al portero que le preguntaba:—¿Sois vos Juan Fivaller? contestóle secamente:—No, soy Barcelona.

En tiempo del gran D. Jaime I, éste nombró para gobernar la ciudad de Barcelona á cuatro *Paciarii* ó *Paeres* (magistrados ó jueces de paz), con facultad de asociarse unos consultores ó conciliarios, que no tardaron en llamarse concelleres.

El mismo rey dió luego al pueblo facultad de elegir un senado de 200 prohombres y ocho concelleres.

Este senado, que fué el célebre Consejo de Ciento, bajó después á componerse en número de 100 individuos, siendo primero seis los concelleres y luego cinco.

Las cinco plazas de éstos eran ocupadas del modo siguiente: las dos primeras eran llenadas por la clase de ciudadanos honrados y de doctores en leyes ó en medicina; la tercera por la clase de mercaderes (es decir, comerciantes, banqueros y navieros); la cuarta por la clase de artistas (que comprendía los tenderos, los notarios, los boticarios, los drogueros y cereros), y la quinta, últimamente, por la clase de menestrales.

El conceller primero, ó conceller en *cap*, cuidaba en especial de la custodia de la ciudad y de las levas, y en tiempo de guerra era coronel nato de la *Coronela*, que así se llamaba la fuerza armada que la ciudad ponía bajo pie de guerra para defensa suya ó de sus instituciones.

El conceller segundo cuidaba de la provisión de granos.

El tercero del abasto de carnes.

El cuarto de los salarios y cuentas de los oficiales y colectores de gabelas.

El quinto y el sexto (porque en 1642 volvieron á ser seis los concelleres) de todos los asuntos y negocios con-

cernientes á las cofradías y gremios de los artesanos.

El traje de estos magistrados parece que al principio fué verde, pero después consistió en una gramalla ó túnica ancha y talar con mangas abiertas, de color de púrpura, para significar que estaban prontos á derramar su sangre por el pueblo. Cubría su cabeza una *chía* ó gorra, del mismo color de la gramalla; usaban golilla blanca, y cruzábales en el pecho una banda ó beca bastante larga y de un palmo de ancho. Cada uno llevaba en el dedo meñique un pequeño anillo, y el conceller que era á la vez cónsul de la Lonja, usaba otra sortija igual, además de la de conceller, en el segundo hueso del tercer dedo.

Los concelleres se cubrían y sentaban en presencia de los reyes y emperadores; se les consideraba revestidos con las dignidades de marqués y conde, ocupando en todas las ceremonias un lugar preferente al de los nobles; podían ir con sus gramallas é insignias y precedidos de sus clarineros y maceros, con las mazas altas, no sólo por todas las villas y ciudades de Cataluña, sino también por todas las de los dominios de España; nombraban los cónsules ultramarinos de los catalanes; tenían facultad de crear en cierta época del año ciudadanos honrados de Barcelona con los mismos honores y preeminencias que los caballeros; tenían el derecho de acuñar moneda; la facultad de imponer tributos; ejercían autoridad de represalias ó embargo contra particulares, naves ó tropas que molestasen ó perjudicasen á los ciudadanos; eran en nombre de la ciudad señores de varias baronías; podían en nombre de ella celebrar tratados; gozaban, siendo enviados por ella á la corte, del título, carácter, inmunidades y privilegios de los embajadores de potencias extranjeras; en representación suya era el conceller primero coronel ó jefe superior de todas las fuerzas que aprontaba Cataluña entera en tiem-

po de guerra; y por fin, entre otros muchos é innumerables privilegios, tenían el de poder ser nombrados caballeros, á instancia y reclamación suya, por los reyes y príncipes en ocasión de ciertos actos públicos.

No hay memoria de que un conceller haya faltado jamás á los deberes de su cargo. El honor, el celo, el amor al país parecían perpetuarse en ellos, y considerando que la exacta y puntual observancia de la ley, lo mismo por parte del príncipe que por la del último de sus súbditos, era el eje de la pública tranquilidad y del público bienestar, eran minuciosa y escrupulosamente defensores de los fueros y privilegios. Nunca declinaron estos magistrados ilustres la responsabilidad gravísima que sobre ellos pesaba, y en distintas épocas les vemos presentarse con brío y con valor á sostener la inmunidad de la ley, lo mismo ante las turbas que les amenazaban con arrastrar sus cuerpos, que ante los déspotas que les señalaban el cadalso.

Nunca me cansaré de repetirlo, para hacer comprender lo grande y lo admirable de esta institución. Hijos del pueblo, sacerdotes de la ley, monárquicos por convicción y por patriotismo, eran tan adictos y respetuosos con sus reyes, como fieles y leales á sus compatricios; tan firmes defensores de los derechos del trono, como ardientes patrocinadores de las libertades del pueblo.

Como si al traspasarse de unos á otros la roja gramalla, se legasen una túnica que por un secreto encanto tuviese la particular virtud de inspirar á todos los que la vestían los mismos sentimientos de abnegación, de lealtad y de patriotismo, los concelleres todos de Barcelona—y véase su larga lista estudiando los hechos de cada uno,—se han mostrado constantemente y sin interrupción admirables siempre y siempre grandes.

Me ha parecido conveniente detenerme en la historia de las antiguas instituciones de Cataluña, porque nin-

de su traje, diciendo que no le hubieran podido vestir mejor los sastres de Lérida, de París y de Colonia, lo cual prueba que Lérida debía tener sastres de fama.

E no pareis ges mal talhada
Rauba, can vos l' avetz vestida;
Que tots los sastres de Lérida
E de Paris et de Calonha
Si totz y metio lor ponha
Re no y porí esmendar.

Lérida era una ciudad importante por sus industrias y comercio, como tendré ocasión de demostrar cuando se hable de los progresos de la civilización en el siglo XIV, á cuyo capítulo remito á los lectores.

En este siglo XIII empezaron á ser conocidos por excelentes artífices los barceloneses, pues que, con orgullo podemos decirlo, la capital del Principado poseía entonces casi todas las artes que se cultivaban por aquel tiempo en Europa. De lejos le viene á Barcelona el ser industrial y artística. No es, pues, la suya una conquista moderna, como algunos creen; no es la industria en Barcelona una adquisición de *ayer*: tiene desde muy remotos siglos timbres industriales, tan buenos y verdaderos como son sus timbres de gloria constitucional y de gloria militar.

Si bien es cierto que la antigüedad de los oficios corporados de Barcelona será siempre un punto imposible de determinar, también lo es que no debe quedar ya duda, después de las investigaciones de Capmany, que la creación ó formación política de los gremios de menestrales se efectuó en tiempo de Jaime *el Conquistador*, bajo todos conceptos gloriosísimo reinado para nuestro país. Gracias á estos gremios, constituídos en grandes asambleas democráticas, hubo un centro de vida, de industria y de comercio en Barcelona; gracias á ellos, y á la forma popular del gobierno municipal de Barcelo-

na, en épocas en que otras naciones no tenían aún más que soldados, aquí había ejércitos pacíficos de artesanos, los cuales conocían que había otros medios mejores que los de las armas para labrar la felicidad del país.

El monumento más antiguo que existe para probar que los oficios é industrias de Barcelona estaban corporados, es el privilegio de paz y tregua dado en 1200 por Pedro *el Católico*, donde, entre los oficios de artesanos que constituye bajo la salvaguardia real, se nombra á los pellejeros, tejedores, sastres, etc., siendo en este documento donde suena asimismo por primera vez la palabra menestral. Consta por otros documentos posteriores, pero todos del siglo XIII, que estaban agremiados los tejedores de lino y de algodón, conocidos con el nombre de *Fustaneros*, esto es, tejedores de cotonías y bombasíes; los curtidores y pellejeros, de que formaban parte los guanteros, pergamineros y aluderos; los zurradores de pieles, que era un oficio auxiliar del ejercicio de la tenería; los dagueros ó cuchilleros; los alfareros, llamados también olleros; los fustaneros de algodón; los plateros; los pelaires; los tejedores de lana; los tintoreros de lana; los cereros; los canteros y albañiles; los pintores; los fabricantes de corazas y de vainas; los guadamacileros, que eran los que ejercían el arte de dorar y estampar los cueros; los carpinteros; los zapateros y chapineros; los toneleros; los espaderos; los herreros; los coraleros; los calafates; los jubeteros; los cordeleros de vihuela; los tundidores; los roperos; los carderos; los guanteros; los freneros; los broqueleros; los latoneros, y los algodoneros.

La antigüedad de la matrícula gremial sólo data del siguiente siglo XIV para los delanteleros, tejedores de mantas, sogueros de cáñamo, tejedores de velo, terciopeleros, fabricantes de velas de sebo, batidores de oro y

plata, sombrereros, cordoneros, galoneros, torneros, vidrieros, colchoneros, caldereros, estañeros y libreros encuadernadores. Algunos de éstos se agremiaron en el siglo XV, aun cuando existían antes.

Basta esta simple enumeración para dar una idea de lo importantes que eran en Barcelona las artes é industrias. Del seno de esos menestrales salían los que abandonaban el rincón de su taller para trocarlo por la silla senatorial de aquel Consejo de Ciento que tanto respeto y veneración infundía á los mismos monarcas; abandonando á su vez el asiento del senado para volver al taburete de su mostrador, sin aspirar á más recompensa que la que les daban la tranquilidad de su conciencia y el aprecio de sus conciudadanos.

COSTUMBRES Y USOS.

Las desordenadas costumbres del siglo anterior fueron heredadas por éste. Sólo, generalmente hablando, se ve brillar la virtud en las clases de artesanos y menestrales, lo cual no es de extrañar porque el amor al trabajo da la conciencia del trabajo mismo, y la conciencia del trabajo es la conciencia de la virtud. En las clases elevadas seguía el mismo desenfreno. Los mismos errores producían los mismos vicios.

La sencilla lectura de este libro VI muestra, con repetidos ejemplos, cuáles podían ser las costumbres de la época. Recuérdese la cláusula puesta en el contrato matrimonial de Pedro *el Católico* con María de Montpeller. Comprometióse por ella á no repudiar á María y á no casar con otra. Se ve, pues, lo muy frecuente que era entonces el divorcio, y ya sabemos que María fué repudiada dos veces antes de casar con D. Pedro.

La desmoralización parecía haber llegado á su colmo, y hacíala aún más repugnante y odiosa la codicia, ya

que todo entonces se convertía en tráfico, pues que se comerciaba con la religión, con el honor, con la justicia, con el pudor y con la honra de las mujeres. Existen infinidad de documentos para probar que los grandes señores traficaban con las prelaturas y las abadías, los nobles de segundo orden con los beneficios eclesiásticos, los obispos y abades con los bienes de las iglesias, y el pueblo con la virtud de sus hijas y la honra de su tálamo nupcial.

El grande desorden que reinaba en las costumbres hizo que á últimos de este siglo tuviesen que establecer los gobernantes en las villas populosas unas casas especiales á las que eran relegadas las personas del sexo que, olvidando todo pudor y consagrándose á la prostitución, ofrecían peligroso ejemplo á la inocencia. Ya tendremos ocasión de hablar más extensamente de los lupanares y burdeles cuando lleguemos á fines del siglo XIV, y veremos cómo debió adoptarse esta medida en interés de la moral pública y de la seguridad conyugal.

No faltaban por cierto las órdenes y edictos para reprimir el vicio. Dictáronse en varios puntos penas severas para todo aquél que, en su casa ó fuera de ella, mantuviese alguna concubina; pero si el contraventor podía eximirse del castigo mediante una suma de dinero, no así en caso de ser eclesiástico el delincuente: cualquier religioso ó clérigo convicto de tener una mujer de esta clase, debía sufrir la pena de azotes, paseándole públicamente por la ciudad ó villa en donde residiese. También les estaba expresamente prohibido tener esclavos del sexo femenino.

Sin embargo, el autor de una historia manuscrita de la iglesia de San Juan de Perpiñán, pone en el número de las acciones loables del obispo Berenguer, el haber una vez «corregido la insolencia de los oficiales rea-

les de Perpiñán, que se propasaron á prender y á castigar á unos eclesiásticos que habían hallado en un burdel [1].»

Tuvieron que dictarse también órdenes muy severas para reprimir el adulterio y prohibir los matrimonios clandestinos, ya que, según se desprende, abundaban los aventureros que seducían á las jóvenes de familias opulentas, y se casaban secretamente con ellas para así apoderarse de la fortuna de sus padres.

Como otro nuevo dato para la historia de las costumbres de este tiempo, téngase presente el que sigue. Los oficiales del conde de Ampurias, Hugo IV, pretendieron en el año 1270 ejercer un derecho sobre los adulterios, pero los cónsules de Castellón contuvieron sus persecuciones, oponiéndoles un privilegio concedido en el año 1226 por el conde Hugo III, que exoneraba de este derecho á su común. Pleiteada la causa ante Arnaldo Taverner, juez del condado de Ampurias, éste falló en 13 de Febrero de 1270 que, cuando una mujer fuese convencida de adulterio, se la paseara por la villa junto con su cómplice, y que los vestidos que tuviesen pertenecieran al conde, sin que el marido debiera pagar derecho alguno; pero que no se confiscara nada cuando un casado tuviese comercio con una soltera ó viuda [2].

Esta misma ley de pasear á los adúlteros por la ciudad fué dictada en Perpiñán por el rey D. Jaime de Mallorca, con la cláusula de que habían de ser paseados en cueros [3].

Contribuía también á lo desordenado de las costumbres públicas el excesivo lujo, particularmente en las mujeres. Fué preciso hacer varias leyes sumptuarias. Es curiosa, y merece que se dé un extracto de ella, la

1 Henry: introducción á su *Historia del Rosellón*, pág. 67.

2 *Arte de comprobar las fechas*: condes de Ampurias.

3 Archivo de Perpiñán.

que dictó el rey D. Jaime de Mallorca para sus estados. Prohibía á toda mujer, casada ó soltera, llevar en su manto borlas y otros adornos de oro ó de plata, ni cadenas de los mismos metales ó de esmaltes que pesasen más de 12 onzas, debiendo ser de plata dorada, todo lo más, los botones y corchetes. Le era permitido á cualquiera mujer llevar *savana* (especie de pañoleta) de tisú de oro, seda ó plata; pero debía ser sin pedrerías y sin ningunos otros adornos de valor. Se les prohibía usar perlas y collares. Las capas y mantos sólo podían llevar adornos, por valor de 30 sueldos los mantos redondos, y de 50 las capas. Se les prohibía llevar también vestidos de tela de oro, de plata, de seda y de terciopelo. Quedaban exceptuadas de esta ley las mujeres de mal vivir.

Por esta disposición y las que con respecto á los clérigos he citado al hablar de los concilios, se podrá tener una idea del lujo que entonces reinaba, el cual parece que era fabuloso en punto á joyas. Indícalo bien el inventario del tocador de la reina Doña Constanza, hecho en 1280, que se conserva en nuestros archivos y del cual sólo citaré algunos artículos.

En él se habla de un *capellus* ó diadema de oro, cuyo valor era de 1.106 onzas, comprendidos los rubíes; de una *iorlanda* de oro, de peso 78 onzas; de un *gulfum* de oro, de peso 53 onzas; de una *grammata* de oro, de peso 47 onzas; de una *buctula* de oro, de peso 18 onzas; de unas tijeras (*uselli*) de oro, de peso 8 onzas; de una *corrigia* ó cinturón de oro, de peso 90 onzas; de un *faldiscorium* ó asiento de oro, de 1.520 onzas. Las *iorlandas* ó guirnaldas de oro eran en número de 13; las *buctulas* ó hebillas eran 20, cada una del peso citado.

Los magníficos rosarios de oro y de marfil labrado (*pater noster* como se llamaban entonces), estaban tan generalizados y eran un lujo tan vulgar, que hubo ne-

cesidad de prohibirlos á los caballeros hospitalarios. Los abanicos *(afliboy)* estaban en las manos de todos, así hombres como mujeres, y hacían gran uso de ellos los clérigos particularmente. Eran de plumas de pavo, de marfil, de pergamino miniaturado, etc. Los de los hijos é hijas de Jaime I costaban 10 y 12 sueldos, es decir, 9 y 10 napoleones, según la moneda hoy corriente.

Entre las diversiones de este siglo hay que colocar como principales las justas, los torneos y el juego de cañas, que figuran en todas las grandes fiestas y á que se daba el nombre de *joch de canyes lladriolades*.

Por lo que toca á los juegos de azar estaban en gran privanza, á juzgar por las muchas órdenes que hubieron de darse para su represión. Los dados es el juego que más á menudo se cita. Como juego aristocrático, se cita el de ajedrez.

La música contaba con pocos instrumentos. En memorias de este siglo hallo citados los atabales, ó más propiamente timbales; la cornamusa; la flauta; la trompeta, que la había de dos clases, larga y corta; la *prima*, y el tamboril. Las proclamaciones de los cónsules y otros magistrados se hacía á son de trompetas y atabales.

En las poblaciones importantes abundaban los judíos, que tenían sus aljamas, como hemos visto en Lérida. El *Call* de Barcelona, que aún conserva este nombre, era el barrio donde aquéllos habitaban en esta ciudad. Todas las noches se les encerraba, siendo sus conserjes los oficiales reales.

Más triste situación que la de los judíos era la de los esclavos. En vano la religión les tendía siempre una mano caritativa; en vano gritaba á los dueños: «El Señor tendrá misericordia de aquél que la tenga de los esclavos.» El yugo de la esclavitud era muy pesado, so-

bre todo para los infelices sarracenos, que todo contribuía á hacer odiosos. Los esclavos de ambos sexos abundaban aún. Tiénense varios actos y escrituras de ventas y compras de sarracenos. En 1296 fué vendido en Perpiñán, y en *encán publich*, el sarraceno Azmet por el precio de 11 libras 10 sueldos de Melgueil, comprándolo un religioso del Temple, Jaime de Ollers, para uso de la casa ó comunidad de los caballeros templarios [1].

MONUMENTOS.

El siglo XIII, grande y notable en todo para la CORONA DE ARAGÓN, vió levantar opulentas fábricas y magníficos edificios, templos suntuosos, erigidos por la piedad y la religión en su mayor parte.

En 1211 llegó á Barcelona Francisco de Asís y predicó en esta ciudad. Poco tiempo después se comenzaba el edificio que debía llevar su nombre, magnífico convento y espacioso templo, muy protegido de los monarcas de Aragón, joya del arte gótico, que con orgullo veía alzarse dicha ciudad en el sitio donde hoy tienen su parque los ingenieros. La iglesia de este convento, consagrada en 1297, contaba con ricas bellezas artísticas, descollando sobre todas un púlpito de gran mérito que, cuando la destrucción del edificio, compró un anticuario francés. En el claustro, que era una verdadera obra maestra, había una colección de cuadros representando los principales actos de la vida de San Francisco, debidos al pincel de Antonio Viladomat, famoso pintor barcelonés del siglo XVII [2].

El convento de Santa Catalina, que se alzaba donde

1 Documentos aducidos por Tastú.

2 El celo é ilustración de la junta de comercio salvó estos cuadros de la destrucción general, haciéndolos colocar en una de las salas de la Lonja donde hoy se conservan.

hoy existe la plaza-mercado de Isabel II, quedó concluído en 1262, habiendo merecido la protección del rey D. Jaime I, de D. Berenguer de Palou, obispo de Barcelona, y del ciudadano barcelonés Berenguer de Moncada. Hermoso era su templo, con su arquitectura de puro estilo gótico, de una sola nave y de una majestuosa grandiosidad, que corría parejas con las mejores y más renombradas fábricas de su género. Precioso era también su claustro, elegante muestra del gusto y pureza del arte gótico, concluído á principios del siglo XIV. Notable, y muy famoso, era asimismo su campanario, que remataba en figura piramidal y se lanzaba á los aires mostrando su esbeltez y ligereza.

De este mismo siglo databa también el convento de Nuestra Señora de la Merced, convertido hoy en palacio del capitán general. No se sabe positivamente en qué época quedó terminado el edificio, pero se cree por fechas de escrituras que en 1230 estaban ya allí los primeros religiosos que tomaron por su cuenta la obra de caridad y humanidad, iniciada por los santos Pedro Nolasco y Raimundo de Peñafort.

El templo de San Cucufate, que había sido consagrado en 1023, fué reedificado en este siglo, el año 1287, si bien más tarde hubo de ser demolido por su mal estado ó reducida capacidad.

Aun cuando se ignore la época fija, pertenece á este siglo el convento llamado de Valldoncella. A él se trasladaron las monjas que hasta 1230 ó años inmediatos vivieron en un monasterio de la orden de San Bernardo, situado en el término de Vallvidrera, á poca distancia de la ciudad.

La iglesia de San Juan de Jerusalén, en Barcelona, fué fundada en 1205 por los caballeros de esta orden. Hallábase entonces esta iglesia extramuros de la ciudad por la parte Norte, y junto á ella se alzaba

el edificio llamado *Hospital de San Juan de Jerusalén.*

En terreno ocupado hoy por la ciudadela, se levantó por los años de 1249 el monasterio de Santa Clara, que pasaron á ocupar las religiosas de la orden de San Benito.

Las religiosas comendadoras de la real orden de Santiago tuvieron también convento en Barcelona desde 1269, en cuya época se trasladaron al de Santa María de Junqueras, hoy asimismo desaparecido.

También en este siglo, la orden de la Virgen del Monte Carmelo introdujo su instituto y edificó su primer convento en Barcelona. No hay acuerdo sobre la época, pero debió ser por los años de 1297 cuando se levantó, siendo reedificado más tarde el convento de Nuestra Señora del Carmen, que luego fué convertido en universidad literaria.

Otros edificios tan suntuosos como podían ser los de Barcelona, se levantaron también durante esta época en otros puntos de Cataluña. A la orilla derecha del Segre, unas seis leguas más abajo de Lérida, se fundó en 1201 el convento de trinitarios de Avingaña por el mismo San Juan de Mata, que dos años antes había fundado la orden. Fué éste el primer convento de trinitarios en los estados de Aragón. De 1236 á 1529 lo ocuparon religiosas trinitarias, y como tales profesaron en él las infantas de Aragón Doña Constanza y Doña Sancha, pero posteriormente fué devuelto á los religiosos.

A principios del siglo se fundaron en el Coll de Balaguer, la iglesia y el castillo de San Jorge de Alfama. El castillo, del que subsisten aún ruinas, fué destrozado á cañonazos en 1650 por las galeras españolas, á fin de que no se fortificasen en él los franceses.

De 1278, habiendo sido comenzada en 1203, data la magnífica catedral de Lérida, llamada hoy *antigua* y convertida en castillo y en cuartel. Es todavía un bellí-

simo edificio, á pesar de lo mutilado que se halla. Cuando lo vió convertido en cuartel el poeta Piferrer, exhaló sentidas quejas y escribió con este motivo algunas páginas llenas de amargura y melancolía: lamentos de un alma poética y cristiana, profundamente conmovida al ver profanado uno de nuestros mejores monumentos artísticos.

También vió Lérida levantarse por aquellos años sus conventos de San Francisco y de trinitarios.

Otro monasterio de religiosas bernardas de la orden de San Juan, se fundó cerca de Lérida en 1250, siendo conocido por Nuestra Señora del Guayre ó de Alguayre.

Al terminar este siglo estaban ya muy adelantados los trabajos de la famosa catedral de Tarragona, pero la obra no había aún concluído, sin embargo de que consta que un arquitecto, llamado Bartolomé, trabajaba en la fachada.

De muchos otros edificios se sabe y consta, que fueron levantados en este siglo, siendo de citar, entre ellos, el convento de trinitarios de Anglesola; el de Escarp, de monjes bernardos, á orillas del río Cinca; el de trinitarios de Piera; el de la misma orden, en Tortosa; el de la Merced, en Tarragona; el de la misma orden, en Lérida; el de San Francisco, en Gerona; el de la misma orden, en Balaguer, y otros y otros en diversos puntos de Cataluña, ya que entonces ésta se pobló de conventos y casas religiosas.

Palma ó Mallorca, como aún se llamaba entonces, vió comenzar en 1230 la fábrica de su magnífica y suntuosa catedral; su célebre convento de dominicos, admirablemente descrito por Jovellanos, estaba terminándose en el último período del siglo; el templo de Santa Eulalia estaba ya entregado al culto de los fieles en 1256, y D. Jaime II de Mallorca ponía con toda solem-

nidad la primera piedra del convento de San Francisco, el 31 de Enero de 1281.

En Valencia, en Perpiñán, en diversos puntos de Aragón, existen aún restos, y hasta en algunas partes fábricas enteras de edificios monumentales alzados en este siglo; pero su descripción llenaría muchas páginas, y conviene ya dar por terminado con las anteriores breves noticias este libro VI.

ACLARACIONES Y APÉNDICES

AL LIBRO SEXTO.

I (Cap. IX).

SIGUE LA CRONOLOGÍA DE LOS CONDES CATALANES.

(SIGLO XIII.)

(Véase el apéndice núm. (I) del libro quinto.)

CONDES DE URGEL.

PONS Ó PONCE DE CABRERA..... 1231... 1243.

Sin embargo de poner á éste como conde desde 1231, que fué cuando él comenzó á titularse así, muerta Doña Aurembiaix, recuérdese todo lo que se ha dicho en el texto y téngase presente que, aun cuando él se tituló conde de Urgel desde 1231, no fué reconocido como tal por el rey hasta la concordia entre ambos.

ARMENGOL IX, hijo..... 1243... 1243.

Hijo mayor y primogénito de Pons de Cabrera, murió pocos días después que su padre, lo cual indujo quizá al autor de la crónica de Ripoll á omitirle entre los condes de Urgel.

ALVARO DE CABRERA, hermano..... 1243... 1268.

El autor de la crónica de Ripoll le llama Rodrigo; pero

ya hemos visto que trocó este nombre por el de Alvaro, siendo generalmente conocido por este último.

ARMENGOL X, hijo.....	1268...	1314.

CONDES DE AMPURIAS.

PONS HUGO II, hijo.....	1230...	1268.
HUGO IV, hijo.....	1268...	1277.
PONS HUGO III, hijo.....	1277...	1308.

CONDES DE BARCELONA.

JAIME *el Conquistador* (I en Aragón, en Cataluña, en Mallorca y en Valencia), hijo.....		1276.
PEDRO *el Grande* (III en Aragón, II en Cataluña, I en Valencia), hijo.....	1276...	1285.
ALFONSO *el Liberal* (III en Aragón, II en Cataluña, I en Valencia y en Mallorca), hijo.....	1285...	1291.

II (Cap. XII).

INDEPENDENCIA DE LOS SEÑORES CATALANES.

Noverint universi quod nos, Jacobus, Dei gratia, rex Aragonum, Majoricarum et Valentiæ, comes Barchinonæ et Urgelli, et dominus Montispessulani, per nos et nostros, recognoscimus et confitemur vobis, richis hominibus et militibus Cataloniæ quod subsidium sive servitium quod nobis modo concessistis, a vobis vel a vestris hominibus, dedistis et concessistis nobis gratis et spontanea voluntate, et amore maximo, ac puro et gratuitu dono, et ad pre-

ces nostras, in auxilium guerræ quam contra Sarracenos proponuimus habere, et non ratione servitutis subjectorum vel alicujus alterius servicii, usus vel consuetudinis. Unde, per nos et nostros, volumus, recognoscimus et concedimus vobis et vestris, quod, ratione dicti adjutorii, nullum vobis vel hominibus vestris per judicium generetur, imo, sine vestro et vestrorum perjudicio, modo et in posterum, nobis prædicta recognoscimus fore concessa mandantes excellentissimis filiis nostris, infantibus Petro et Jacobo, quod jurent super sacrosanctis quatuor evangeliis quod ipsi nec sui, racione dicti auxilii nullum vobis vel vestis, nec etiam vestris hominibus, peticionem faciant vel demandant, nec usum aut consuetudinem vel jus intendant adquisivisse vel habere, excepto tamen bovatico quem habere debent tempore suorum regiminum. Ad hæc, nos infantes Petrus et Jacobus prædicti, recognoscentes prædictum subsidium seu adjutorium amore maximo domini regis, patri nostro prædicto, fore factum, et non ratione alicujus servitutis, juris, consuetudinis vel usus, juramus per Deum et ejus sacrosancta quatuor evangelia, manibus nostris corporaliter tacta, quod nullum vobis, richis hominibus et militibus antedictis, nec vestris nec hominibus etiam vestris peticionem, racione subsidii vel adjutorii, faciemus, nec istud servicium non possit parare nec facere prejudicium in posterum vobis vel vestris per nos nec nostros in isto casu vel simili alio, nisi de vestra fuerit voluntate; imo hoc servicium ex vestro puro dono gratuitu confitemur et recognoscimus recepisse. Quod fuit actum in Barchinone, in palacio domini regis, ij idus novembris anno Domini MCCLX quarto, præsentibus testibus, etc. (*Arch. eccles.*)

III (Cap. XXVII).

MANIFIESTO DE D. PEDRO EL GRANDE AL REY DE INGLATERRA, PARTICIPÁNDOLE LOS MOTIVOS DE SU PASAJE Á SICILIA.

(De Rymer: *Actos públicos de Inglaterra.*)

Excellentissimo et quamplurimum diligendo Domino E. Dei gratia, illustri Regi Angliæ, Domino Iberniæ, et Duci Aquitaniæ, P. per eamdem gratiam, Rex Aragonum salutem et sinceræ devotionis affectum.

Dilectioni Regiæ presentibus intimetur, quod nos, ante recessum nostri viatici armatæ nostræ, videlicet, in quo sumus, cum proponeremus illam ad Dei servitium facere, misimus Nuncium nostrum ad summum Pontificem, ut nobis, super eodem negotio, subsidium largiretur;

Quem idem Nuncium dictus summus Pontifex, audita supplicatione nostra, timens an..... Regem Siciliæ accederet, sine responsione aliqua relegavit.

Postmodum vero cum venerimus in Barbariam, ad locum, videlicet, de Altoyl, ad exaltationem fidei Cristianæ, adhibito consilio Richer-hominum nobiscum existentium, destinavimus iterum ad dictum summum Pontificem nostrum Nuncium, super eo, videlicet, quod nobis in prosequendo facto per nos inchoato, subveniret nobis decima per Ecclesiam in regno nostro recepta, et concederet indulgentiam Apostolicam nobis, et illis qui nobiscum essent, et etiam quod terram nostram et ipsorum reciperet sub protectione Ecclesiæ et commodo; cui Nuncio dictus summus Pontifex fecit quandam dilatoriam impensionem, distulitque sibi tradere literam.

Cumque nos resisteremus inimicis fidei, ut nostrum erat propositum si dicto summo Pontifici complaceret, venerunt ad nos Nuncii quorundam locorum et Civitatum Reg-

ni Siciliæ, exponentes nobis et supplicantes quod ad Regnum ipsum accederemus, quia omnes Siculi unanimes et concordes nos in eorum Dominum invocavant;

Nos siquidem advertentes, quod istud esset nobis et Dominationi nostræ honorificum et utile, accedere ad dictum Regnum Siciliæ cum familia nostra et stolo, ad habendum et impetrandum jus, quod illustris et bona Consors nostra, Domina Regina Aragon, et filii nostri habent in eodem regno, proponimus; et erit decus nostrum et nostrorum, Domino perhibente.

Cæterum, cum ad gaudia connotentur, quotiens de statu vestro vobis prospero, felicia audiamus, rogamus vos quatenus certificetis nos de salute et statu vestro, quem semper voluimus prosperum et jocundum; nichilominus reservantes..... quicquid..... vestræ Discretioni..... facto præmiso, præmediato et circumspecto. Dat. aput Altolly, etc.

FIN DEL LIBRO SEXTO.

LIBRO SÉTIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Sube al trono Jaime II el Justo.—Casamiento de Roger de Lauria con Saurina de Entenza.—El rey se embarca para venir á Cataluña.—Llega á Mallorca.—Entra en Barcelona.—Jura y es jurado en Barcelona con la fórmula *sin Cortes*.—Cortes en Zaragoza y coronación del rey.—Discurso del rey en las Cortes.—Pasa á Calatayud y recibe embajada de los reyes de Granada y Tremecén.—Paces con Castilla.—Vistas de los reyes de Aragón y Castilla.—Conviene el rey de Aragón en casarse con Isabel, infanta de Castilla.—Fiestas en Soria y en Calatayud.—Bandos y parcialidades.—Paz con Génova.—Blasco de Alagón, gobernador de Calabria, gana la batalla de Montalto.—Campaña de Roger de Lauria.—Negociaciones de paz.—Descontento y alarma en Sicilia.—Embajada de los sicilianos al rey.—Vistas del rey de Aragón y Carlos de Anjou.—Entrevista con el rey de Castilla.—Bandos en Cataluña.

(De Julio de 1291 á Diciembre de 1294.)

La muerte de D. Alfonso, sin hijos, llamó al trono de la Corona de Aragón al rey de Sicilia D. Jaime. Poco antes de aquel suceso, el almirante Roger de Lauria había llegado á Valencia con 14 galeras, trayendo en su compañía á su hija Doña Beatriz, que dejó en dicha ciudad con la emperatriz de los griegos, á causa de haber fallecido su esposa Margarita, hermana de Conrado de Llansa. Durante su estancia en Valencia, el almirante contrajo nuevas nupcias con una bella dama llamada Saurina, hija de Berenguer de Entenza, y dura-

ban aún los festejos de la boda, cuando recibió la nueva de haber muerto en Barcelona el rey. En el acto se puso en camino para esta ciudad, después de haber conferenciado con el infante D. Pedro [1].

Inmediatamente después del fallecimiento de D. Alfonso se embarcó en el puerto de Barcelona, para llevar la nueva á Sicilia, un caballero catalán llamado Ramón de Manresa, y pocos días después tomaban la misma vía el almirante Roger, el conde de Ampurias Pons Hugo III y otros barones catalanes y aragoneses, que fueron en busca del nuevo rey para acompañarle á este país. D. Jaime, después de haber reunido parlamento en Mesina, y haber jurado que sería eterno su afecto al pueblo siciliano, se embarcó el 22 de Julio [2], dejando de lugarteniente en aquel reino á su hermano D. Federico. Despidióle el pueblo con grandes demostraciones de afecto y de cariño. Pocos años más, y todos aquellos votos que entonces se hacían por su felicidad, debía la desventurada Sicilia trocarlos en maldiciones.

La armada real llegó á Mallorca el lunes 6 de Agosto de 1295, y no el 16, como con error dije en la primera edición de esta obra. Allí encontró el nuevo rey de Aragón á los embajadores y mensajeros de los reinos que estaba llamado á gobernar, los cuales habían ido á esperarle, que eran: por parte de Aragón, D. Atho de Foces, D. Blasco de Alagón, D. Rodrigo de Figueroles y D. Pedro Ahones; por Valencia, los nobles Don Jaime P. y D. Gonzalo Eximenis de Arenós, D. Juan de Bidaure y D. Gil Martínez de Entenza; y por parte de Cataluña, los condes de Urgel y el de Pallars, Pedro

1 Zurita, lib. IV, cap. CXXIII.

2 Amari dice el 12; pero debe ser un error, pues en el archivo de la Corona de Aragón (pergamino núm. 7 de la colección de D. Jaime II) hay el testamento que otorgó en Mesina antes de partir y lleva la fecha del 15 de Julio de 1291.

de Cervera, Guillén Galcerán y varios honrados ciudadanos de las ciudades y villas de dicha región.

Después de recibir el rey el homenaje de los prohombres de la ciudad y reino de Mallorca, hízose á la mar con su armada y la que había conducido á los mensajeros, y llegó á Barcelona el día 13 del mismo Agosto, siendo recibido con pompas, honores y regocijos.

Parece que á la sazón había reunidas Cortes en Barcelona, y se trató de que el nuevo rey jurase y fuese jurado; pero temiendo D. Jaime que se agraviasen los aragoneses y resintiesen por semejante antelación y preferencia, solicitó de los caballeros y ciudadanos de Cataluña que le admitiesen el juramento á los usajes y costumbres, conforme lo establecido con sus antecesores, y ellos lo juraron á su vez, todo con la fórmula *sin Cortes*. Y así se hizo. *E fo axi atorgat et feit*, según dice el documento de que tomo estas noticias. En seguida firmó D. Jaime una protesta diciendo no aceptar la sucesión del reino en virtud del testamento de D. Alfonso, sino en calidad de hijo y sucesor de D. Pedro *el Grande*. Era su objeto, sin duda, quedarse con el reino de Sicilia, y por esta razón nombró sólo como lugarteniente á su hermano D. Federico, á quien en caso de morir él sin hijos llamó á suceder en el trono de Aragón, dejando entonces el de Sicilia á su hermano menor Don Pedro.

Poco permaneció D. Jaime en Cataluña, pasando en seguida á Aragón, por haber convocado á Cortes á los aragoneses en Zaragoza el día de la Santa Cruz, de Setiembre. Entró en dicha ciudad el sábado, al siguiente día de la fiesta citada, siendo recibido con gran pompa, recibiendo el cetro de Aragón, jurando los fueros y privilegios del reino, y siendo coronado por mano del obispo de Zaragoza Hugo de Mataplana, á causa de estar Tarragona sede vacante. Al ceñírsele la corona hizo la

protesta acostumbrada de que no la recibía con reconocimiento que por el reino debiese hacerse á la Sede apostólica, conservando su derecho en cuanto á ser libre y exento, como lo había sido, y era, en lo temporal. Así lo refiere Blancas en su libro de *Coronaciones*.

En el documento de que estoy tomando estas noticias, que por desconocimiento de ellas no puse en mi primera edición, se dice que el rey dirigió un notable discurso á las Cortes, reunidas en la iglesia de los frailes predicadores, discurso, dice, muy ordenado y sabio, que fué oído de todos con gran placer, versando sobre cuatro puntos capitales: que hubiese paz y justicia en el reino, lo cual estaba dispuesto á sostener con gran firmeza, terminándose las disensiones y querellas entre los barones; que le fuesen devueltos los castillos que el señor rey de Aragón D. Alfonso había dado en rehenes á los ricos-hombres; que se le asignaran las rentas que era costumbre dar á los reyes; y por fin, que las Cortes le prestasen consejo y ayuda para mantener la guerra y asegurar las fronteras.

De Zaragoza pasó D. Jaime á Calatayud, en donde consta que recibió dos embajadas. Una de ellas fué de parte del rey moro de Granada, Mohammet Abu Abdillah, quien, por conducto de un caballero árabe, llamado Hissén, le envió una carta solicitando que hubiese paces, amor y concordia entre los reyes de Aragón y de Granada, á lo cual contestó D. Jaime que así lo deseaba también, según ya se lo había manifestado á dos mensajeros del granadino que se le presentaron con igual misión al desembarcar en Mallorca.

En el mismo lugar de Calatayud recibió también al embajador Abrahim Abengalell, quien traía cartas del rey de Tremecén, Abu-Tsebit, solicitando paz y alianza con el monarca aragonés.

El primer cuidado de D. Jaime al llegar á estas tie-

rras y tomar posesión de estos reinos, había sido el de confederarse con D. Sancho *el Bravo* de Castilla, con quien podía seguir conducta distinta de su antecesor en el trono de Aragón, dejando de imperar y ayudar en sus pretensiones á los infantes hijos de D. Fernando de la Cerda.

A este efecto, fueron y vinieron cartas y mensajes de D. Jaime á D. Sancho y de éste á aquél, hasta llegar las cosas á total arreglo y concordia. Diéronse cita ambos reyes para vistas y conferencias, reuniéndose por primera vez entre Ariza y Monteagudo, bien entrado ya el mes de Noviembre del referido año de 1291.

Firmóse el tratado de paz y se convino, entre otras cosas, que D. Jaime casara con la infanta Isabel, hija de D. Sancho y de Doña María; pero como Doña Isabel no contaba entonces más que ocho años de edad, y por otra parte se hallaba en el tercer grado de consanguinidad con el rey, no pudo consumarse este matrimonio sin que llegase la pubertad de la infanta y la dispensa pontificia, la cual se solicitó y no fué acordada por el Papa, resultando de esto y de otras causas, como veremos, que se rompiese el tratado á los tres años, anulándose y cancelándose todas las escrituras y promesas que habían mediado.

Los reyes de Aragón y de Castilla se fueron á Soria, donde estuvieron nueve días, y allí, con fecha del 1.° de Diciembre, se extendió y firmó el acta de contrato y promesa de matrimonio entre Doña Isabel, hija del rey D. Sancho IV de Castilla, y el rey D. Jaime II de Aragón [1].

Celebradas fiestas y regocijos en Soria con motivo de este matrimonio, que no debía llegar á consumarse,

1 La Academia de la Historia ha publicado este contrato en el tomo III de su *Memorial histórico*, pág. 463.

pasaron entrambos reyes á Calatayud, acompañados de la reina de Castilla Doña María y de Isabel su hija, á la que se daba ya título de reina de Aragón. Rectificáronse allí los tratados y paces, siendo entregada á D. Jaime la infanta Isabel y celebrándose estas avenencias y casamientos con justas y torneos, en los cuales es fama que tomó parte el almirante Roger de Lauria, sorprendiendo á todos por su bravura, pues era tan excelente marino como cumplido justador [1].

El cronista Muntaner, celoso y ardiente encubridor de las faltas de los reyes, afirma que en esta paz con Castilla fueron incluídos los dos infantes de la Cerda; pero Zurita hace ya notar el engaño de Muntaner. Realmente no quedaron incluídos aquellos infantes [2].

Esta paz con Castilla no fué del agrado de estos reinos. El ganancioso en ella fué sólo el castellano, pues quitó así las esperanzas al pretendiente, que no podía menos de darle serios cuidados. D. Jaime no ganó nada, pues se quedó con los mismos enemigos, y el reino conoció que, conservando su monarca la corona de Sicilia, devolvía á Aragón la lucha con Francia, con el Papa y con el rey de Nápoles, volviendo las cosas al estado en que se hallaban en tiempo de Pedro *el Grande*.

A últimos de este año, y mientras se acordaban estas paces, ardía el reino en bandos y parcialidades. Movían crueles guerras en Aragón los Entenza, los Foces, los Alagón, los Urrea, etc., con los Luna, Fernán-

1 Para redactar lo que se acaba de leer, añadido en esta edición segunda, he tenido á la vista un documento muy interesante en que minuciosamente se detalla todo, y está en el Archivo de la Corona de Aragón. Promiscuum Alfonsi II et Jacobi II, fols. 31 á 53.

2 Muntaner calla lo del enlace de D. Jaime con Doña Isabel y desnaturaliza los hechos (cap. CLXXVII). Compárese con los historiadores generales, y véase de qué manera distinta lo cuentan éstos, apoyados en documentos.

dez, Anglesola y otros; en Tortosa había los bandos de los Garidells, Carbó y Puig, que traían revuelta toda aquella comarca; y se habían levantado dos poderosos partidos, en favor uno de Roger de Lauria, y otro de Bernardo (quizá Berenguer) de Sarriá. Mucho trabajo le costó al rey calmar aquellos disturbios. Dícese que lo consiguió, pero momentáneamente. Ya veremos luego, cómo no tardaron en levantarse otros más poderosos.

Los principios del año 1292 fueron señalados por la paz que se concertó entre D. Jaime y la señoría de Génova. Firmaron esta paz y alianza, como embajadores de sus respectivos países, Guillén Durfort y Bernardo de Fonollar, por parte del rey de Aragón; Oberto de Spinola y Conrado d' Oria, por parte de la república genovesa.

No descuidando D. Jaime la defensa de Sicilia y de Calabria, dió el cargo de gobernador general de este último punto á D. Blasco de Alagón, noble aragonés, hombre de un valor á toda prueba y de una capacidad y prudencia consumadas. Es, realmente, Blasco de Alagón una de las grandes figuras de aquella época. Al llegar á Calabria, algunos de sus émulos trataron de impedir que tomase el mando de las tropas, pero un hecho de armas importante le consiguió el aprecio general. Acometió á los franceses, que tenían sitiada la población de Montalto; los arrolló y desbandó, é hizo prisionero á su caudillo Guido de Primerano. Esto no obstante, por manejos de esa ralea de envidiosos que pululan siempre en torno á los hombres que sobresalen sobre los demás, se le acusó ante el rey de haber tomado á Montalto quebrantando la tregua que había con los enemigos, y de haber batido moneda en desdoro de la preeminencia real. Mandado venir á la corte para responder á estas acusaciones, obedeció, pero antes de

abandonar Sicilia prestó homenaje al infante D. Fadrique de que en cuanto hubiese dado sus descargos, dejando salvo su honor, volvería á la defensa de la isla.

Roger de Lauria tuvo también en este año su campaña, que no fué menos famosa que las anteriores del mismo almirante. Continuaban siendo la victoria y la fortuna sus aliadas inseparables. Terminadas las fiestas de Calatayud, Roger se vino á Barcelona, en donde se embarcó, tomando la vuelta de Sicilia á fin de ir á defender sus mares y los de Calabria. No muy lejos de Cotrón, junto á Castella, burló una emboscada que le tenía dispuesta Guillermo Estandart, capitán francés. El almirante desembarcó su gente en otro punto, y los franceses, que pensaban sorprender á los nuestros, fueron por éstos sorprendidos, trabándose un reñido combate en el que Roger quedó vencedor y Estandart derrotado y mal herido.

La campaña tan felizmente comenzada, felizmente terminó. Hizo rumbo Roger hacia Levante, y costeó la Morea, cayendo de noche sobre la ciudad de Malvasia, que entró á la fuerza y á saco; Corfú le vió cruzar con terror, pagándole tributo de sangre y de oro; en la isla de Chío puso á contribución muchas naves que halló en su puerto, llevándose presas las mejores; en Clarencia abrió mercado de prisioneros, vendiendo los unos y permitiendo que fuesen rescatados los otros; y después de un combate en el puerto de Modón, en el que salió victorioso, regresó á Mesina, como de costumbre, cargado de gloria, de botín y de despojos.

Bien pronto se halló D. Jaime de Aragón en un trance parecido al de su hermano D. Alfonso. Las armas de Francia, las artes de Roma, la intervención del rey de Castilla, que se prestó á hacer las veces de mediador, como el de Inglaterra en el otro reinado, hicieron que D. Jaime se aviniese á tratar con sus enemigos. Volvie-

ron á entablarse negociaciones de paz, ya que la anterior se había frustrado.

«Era difícil al de Aragón, ha dicho un escritor ilustre, lograr la paz á buen partido en aquel estado de cosas. La unión tan estrecha entre las cosas de Nápoles y Francia; la adhesión de los papas á su partido, por el dominio directo que afectaban sobre la Sicilia; el entredicho puesto en Aragón, y la investidura dada á Carlos de Valois, no consentían concierto ninguno que no tuviese por base la renunciación de la isla, á menos que D. Jaime consiguiese en la guerra unas ventajas tales, que obligasen á sus adversarios á consentir en la cesión de aquel estado. Pero estas ventajas no podían esperarse del poder que le asistía, y mucho menos de su espíritu, que estaba muy distante de la magnanimidad, entereza y valor del gran D. Pedro su padre.»

Cierto es lo que ha dicho Quintana en su vida de Roger de Lauria. La situación era difícil para el monarca aragonés, y no era hombre éste que estuviese á la altura de las circunstancias. Comenzó á dar oídos á la paz, tras de la cual había para él un abismo, y tras de la cual también había para la CORONA DE ARAGÓN una guerra más terrible, más sangrienta, y sobre todo, más fratricida que la que se pretendía evitar.

Bonifacio de Calamandrano, gran maestre de los caballeros hospitalarios de Jerusalén, había venido á estos reinos en nombre del Papa y del rey de Nápoles, para tratar de persuadir á D. Jaime, y éste, que con sobrada facilidad se dejó persuadir, envió á Sicilia al caballero catalán Gilaberto de Cruillas, á fin de que comenzara á propagar y sembrar ideas favorables á su proyecto [1]. A la primera nueva de lo que se preparaba, difundida co-

1 Amari, tomo II, pág. 56.—Zurita (cap. V del lib. V) dice que el embajador fué Gisperto de Castellet.

mo un rayo por la isla, Sicilia toda se alarmó. El pueblo de las Vísperas iba á ver destruída la beneficiosa cosecha de su revolución. ¿De nada debían servir tanta sangre derramada, tantos esfuerzos hechos en pro de una noble causa, tantas victorias conseguidas?

Reunido apresuradamente el parlamento, se acordó enviar una solemne embajada al rey D. Jaime, para solicitar de él que no diese oídos á sus enemigos, ó bien que pusiese en su lugar á D. Fadrique, á quien profesaba particular cariño el pueblo siciliano, y de quien fundadamente se esperaba que sabría ser digno sucesor de D. Pedro *el Grande*. Los embajadores nombrados fueron tres mesineses, Federico Rosso y Pandolfo de Falcón, caballeros, con Roger Geremía, jurisconsulto; y tres palermitanos, los caballeros Hugo de Talach y Juan de Caltagirone, con el ciudadano Tomás Guillermo [1].

Los enviados del pueblo de Sicilia se presentaron al rey en Barcelona, según Amari; en Lérida, á tenor de lo que escribe Zurita. Llevó la palabra Pandolfo de Falcón; pero su discurso, rebosante de energía, dignidad y sentimiento, no conmovió al monarca, quien creyó apaciguar á los embajadores diciéndoles que se estaba tratando de dejar á D. Fadrique la isla de Sicilia, lo cual no era cierto, á juzgar por las consecuencias.

En efecto; poco después de haber dicho esto á los enviados de Sicilia, fué el rey á tener una entrevista con Carlos de Anjou, su antiguo prisionero. Viéronse ambos reyes en la raya del Rosellón, entre el collado de Panisars y la Junquera, á últimos de Noviembre de 1293.

No pudo averiguarse lo que en estas vistas se trató, por lo muy secreto que lo guardaron entrambos; pero escriben los historiadores italianos que Carlos se presen-

1 Zurita cita con alguna equivocación estos nombres.

tó con ánimo de hacer cuantos sacrificios pudiese para alcanzar que D. Jaime renunciase á la posesión de la Sicilia, sin cuyo preliminar era imposible acordar algo, ya que las Cortes de Roma y Francia ponían esta condición como indispensable. El monarca aragonés, dicen, se dejó fácilmente persuadir, y prometió que haría cuanto estuviese en su mano para que consintieran su madre Doña Constanza y su hermano D. Federico, á quienes efectivamente, y con este objeto, despachó un embajador, que fué, según unos, Ramón de Vilanova, y según otros, Ramón de Vilaregut. D. Jaime prometió más, escriben, y fué comprometerse á reducir á Sicilia por las armas, si persistía ésta en no aceptar la soberanía de la casa de Anjou.

Los dos reyes se separaron contentos y satisfechos uno de otro, marchándose Carlos de Anjou á preparar el terreno para que se realizara lo pactado en esta entrevista, y viniéndose D. Jaime á Barcelona, donde no tardó en recibir embajadores del rey de Francia.

El estar vacante la Sede pontificia fué únicamente lo que retardó las negociaciones. Volvió entonces á intervenir D. Sancho de Castilla, cuya mediación en aquel asunto no era por cierto tan desinteresada ni tan noble como lo fuera un día la del rey de Inglaterra. D. Sancho veía en la mediación su propio negocio. Como el de Aragón había abandonado la causa de los infantes la Cerda, temía no la hiciese suya el francés, y agitábase por esto D. Sancho buscando ocasiones de contraer méritos que le hiciesen acreedor á la gratitud de la Francia. El castellano invitó al aragonés á una entrevista en Logroño; pero no debió portarse muy lealmente en ella D. Sancho, si hemos de dar crédito á los analistas aragoneses. Dicen éstos que D. Jaime fué á la conferencia sin la menor desconfianza y casi solo, mientras que el de Castilla, por lo contrario, acudió con buena hueste como si

fuese á entrar en campaña; y añaden que, con ruegos que tenían todo el aire de amenazas, obligó el castellano al aragonés á que le concediera cuanto quiso, resultando de esto el relevar el último al primero de la obligación en que estaba de auxiliar con 500 hombres á Aragón contra Francia si se rompía la guerra. Cuentan, finalmente, que conociendo ser D. Jaime fuerza y no convenio lo que allí se practicaba, protestó en secreto ante testigos y firmó en público lo que se le pedía, partiéndose muy enojado con D. Sancho y tomando pretexto de este lance para negarse á consumar el matrimonio con Doña Isabel.

Sin embargo, á esto último debió contribuir la conveniencia del rey de Aragón, ya que ninguna duda puede quedar de que en su entrevista con Carlos de Anjou en el Coll de Panisars se avino á contraer matrimonio con una hija de éste, reanudándose el proyecto años antes tratado cuando Carlos estaba preso en el castillo de Cefalú. Ya en esta conferencia quedó, sin duda, resuelto que el Papa negase la aprobación al enlace del rey de Aragón con Isabel de Castilla por grado de parentesco.

De Logroño se volvió D. Jaime á Zaragoza, y de este punto pasó á Tarragona. Cataluña estaba entonces ardiendo en bandos que aterraban y destruían el país. De un lado estaban, como capitanes, Armengol, conde de Urgel; Pons Hugo, conde de Ampurias; Álvaro, conde de Ager; Guillén y Pedro de Moncada; y del otro Ramón Folch, vizconde de Cardona; el conde de Pallars, Ramón de Anglesola, Dalmau de Rocabertí y el vizconde de Bas. El rey desde Tarragona trató de ponerles en paz y les mandó requerir á todos que, según lo acordado en las Cortes de Barcelona de 1291, cumpliesen con las treguas de dos años para dar lugar á las paces y decisión de las pretensiones, y, al decir de un cronista, esto

bastó para que dejasen las armas, dando lugar al derecho [1].

CAPÍTULO II.

El papa Celestino V.—Es elegido papa Bonifacio VIII.—Entrevista del infante D. Federico con el Papa.—Tratado de paz con la Iglesia, Francia y Nápoles.—Cortes en Barcelona.—Preparativos para recibir á la reina Doña Blanca.—Matrimonio del rey con Doña Blanca de Nápoles.—Embajada de los sicilianos al rey.

(1295.)

Celestino V, el humilde y virtuoso Celestino V, como le ha llamado un escritor catalán, fué elegido papa en Perusa el 5 de Julio de 1294, después de haber estado vacante cerca de dos años la Sede pontificia. Una de las primeras pruebas de su humildad fué entrar en Aquila montado en un asno, pero llevaban á éste de las riendas dos reyes, Carlos II de Nápoles y Carlos Martel de Hungría. A 1.° de Octubre de dicho año aprobó el tratado de la Junquera entre los reyes de Aragón y Nápoles; mas bien pronto le convino al último de estos monarcas apoyar la ambición del cardenal Benito Gaetano, al cual oyera decir un día que Celestino había querido, pero no había sabido ayudar á la casa de Anjou, mientras que, á hallarse él en su lugar, quería, podría y sabría hacerlo.

Poco después de esto, se supo que en la estancia del cardenal Benito Gaetano se había oído una voz del cielo mandándole que se ciñera la tiara; Carlos de Anjou se agitó para que se proclamase papa al escogido del Señor; Celestino V abdicó el 13 de Diciembre de 1294,

1 Feliu de la Peña, lib. XII, cap. IV.

y el 24 del mismo mes los cardenales nombraban papa á Benito Gaetano, que tomó el nombre de Bonifacio VIII.

Una de las primeras disposiciones del Papa fué la de proponer una entrevista á Federico, lugarteniente entonces de Sicilia por el rey de Aragón, que, como es sabido, era el que los sicilianos deseaban colocar en el trono. Federico se presentó en Velletri á Bonifacio VIII, acompañado de Roger de Lauria. Recibióles el sagaz Pontífice con grandes muestras de afecto y de cariño: cogió con ambas manos la cabeza de Federico besándole en la frente, y le dijo al verle tan gallardo y airoso con su armadura:—«Bien se conoce, gentil mancebo, que desde niño estáis acostumbrado á llevar el peso de las armas.» En seguida, volviéndose hacia Roger, le preguntó si era aquel famoso enemigo de la Iglesia, y ¿por qué había derramado tanta cristiana sangre? A lo cual, sin inmutarse y lacónicamente, contestó el almirante:—«Padre, porque los papas lo han querido [1].»

Apartó en seguida Bonifacio á solas al infante, y después de una hora de conferencia, llamando á los que le habían acompañado, les dijo que ya eran vasallos de la Iglesia y que no debía pesarles, pues él cuidaría muy especialmente de ellos por habérselo así rogado D. Jaime de Aragón. Poco satisfechos quedaron los sicilianos con las buenas palabras del astuto Pontífice, y disgustados se apartaron de él; pero no así el infante D. Federico, á quien el Papa supo llenar la cabeza de gratos sueños é ilusiones prometiéndole, en cambio de Sicilia, hacerle emperador de Oriente y darle por esposa á Catalina de Courtenay, hija de Felipe, último emperador latino. Sin embargo, no tardó Federico en conocer que se trataba de engañarle, pues al fin y al cabo el impe-

1 Amari, tomo II, pág. 65.

rio que el Papa le daba era preciso comenzar por conquistarlo á los griegos y arrojar de él á su poseedor Paleólogo, y que la esposa que le ofrecía, no había sido consultada en su voluntad; pues, cuando supo que se había dispuesto de su mano sin decírselo, contestó que una princesa sin estados no debía enlazarse con un príncipe también sin estados.

Esto no obstante, antes de que las cosas se aclarasen y se conociera su astucia, tuvo tiempo suficiente el Papa para hacer que se firmase la paz, basada sobre lo acordado por los reyes de Aragón y de Nápoles en sus vistas de la Junquera.

En 5 de Junio de 1295 firmaban el tratado de paz en Agnani los embajadores de Aragón, Nápoles y Francia. Sus artículos eran los siguientes:

D. Jaime II de Aragón no debía ya celebrar su matrimonio con Doña Isabel, infanta de Castilla, sino tomar por esposa á Doña Blanca, hija de Carlos II de Nápoles, á la cual se daba en dote 25.000 marcos de plata en el acto, y tres veces la misma cantidad en diferentes plazos.

Obligábase el mismo D. Jaime, en la forma y modo que el Papa dispusiese, á devolverle la Sicilia, la Calabria y sus islas y tierras adyacentes, tales como estaban antes de la revolución de las Vísperas.

Prometía el mismo rey al de Francia, Felipe *el Hermoso*, y á Carlos de Valois, su hermano, al Papa y á Carlos de Nápoles, vivir no sólo en buena paz con ellos y olvidar y remitirse mutuamente con los mismos las injurias recibidas, sino también ayudarlos, si era necesario, para obtener la sumisión de la Sicilia.

El rey de Francia y Carlos de Valois, su hermano, renunciaban por sí y sus sucesores á la donación que de los dominios pertenecientes á la Corona de Aragón les había hecho el papa Martín IV.

BIBLIOTECA PÚBLICA

Carlos de Anjou se comprometía á conseguir que la Sede pontificia levantase las sentencias de excomunión, fulminadas contra el rey D. Pedro *el Grande* y sus hijos, los defensores de los mismos, y los pueblos que no se hubiesen salido de su obediencia, y también prometía obtener dispensa para el clero que había continuado en el ejercicio de sus funciones á pesar del entredicho.

El propio rey Carlos daba la seguridad de que el Papa enviaría á Aragón, persona que como delegado de la Sede apostólica, llevase solemnemente á cabo las revocaciones anteriores.

Prometía también dicho rey, en nombre de la corte de Roma, que ésta perdonaría, no solamente al rey de Aragón, á su hermano D. Federico y á la madre de entrambos, sino á todos los sicilianos que se habían insurreccionado contra los franceses y hecho armas contra el Papa; que se respetarían los hechos consumados, y que se daban por no escritas las obligaciones contraídas en los anteriores convenios.

El rey de Francia y su hermano Carlos de Valois ofrecían al de Aragón paz y amistad, y la renovación de los antiguos usos relativos al comercio entre los moradores de entrambos reinos.

El monarca aragonés, aunque aceptaba esta paz y prometía por su parte cumplirla, no respondía de lo que hiciesen algunos de sus ricos-hombres, barones y caballeros, á tenor de las leyes de este país, según las cuales podían aquéllos abandonar estos reinos y pasar al servicio de otros señores.

Los reyes de Francia y de Nápoles daban por nula cualquiera cesión, venta ó traspaso que hubiesen hecho en virtud de la investidura y donación de Martín IV, y renunciaban asimismo á toda reclamación por gasto que hubiesen hecho á fin de dar cumplimiento á los mandatos de dicho Pontífice.

El Papa dába como disuelto, por mediar impedimento de tercer grado, el matrimonio concertado entre Don Jaime II y Doña Isabel, hija del rey de Castilla.

El mismo Papa, aunque en cláusula secreta, prometía al rey de Aragón hacerle donación de las islas de Córcega y Cerdeña, en remuneración de lo que por otra parte perdía.

El rey de Francia, en otra cláusula también secreta, firmó alianza con el aragonés para hacer la guerra al rey de Inglaterra, obligándose á no auxiliar al castellano si éste movía guerra al aragonés.

Y por último, se convino en que el Papa retuviese en nombre de la Iglesia el valle de Arán, hasta haberse probado si le habían ocupado los franceses declarada ya la guerra, en cuyo caso debía restituirse al aragonés; mas no si de una información resultase haberlo sido antes.

Por haber manifestado el rey de Francia que no podía honrosamente firmar la paz, si el Papa no disponía y acordaba con el aragonés la manera como el desposeído rey de Mallorca fuese reintegrado en la posesión de las Baleares, se entendió el Pontífice con el rey de Aragón sobre este asunto, acordándose que esta restitución se hiciese de manera que los derechos recíprocos quedasen en el ser y estado antiguos; que no volviesen á ser admitidos los moros echados de Menorca, y que las donaciones hechas por D. Alfonso *el Liberal* ó por D. Jaime, quedasen anuladas [1].

1 Como quedaba D. Jaime de Mallorca feudatario de Aragón, consta que, antes de volver á tomar las riendas de su estado, creyó D. Jaime deber protestar en un acto recibido el 10 de las kalendas de Setiembre de 1295, por Miguel Roland, notario de Perpiñán, contra la violencia que le hiciera su hermano D. Pedro cuando le obligó á sujetar al Aragón el reino de Mallorca, instituído libre é independiente por su padre, contra todos los actos que se habían seguido, y contra el nuevo homenaje á que se le obligaba para restituirle sus estados. El secreto de esta protesta, si era clandestina, como dice Vaissette, no estuvo tan

Esta fué la que un cronista llama *paz decorosa*, la que dice haberse hecho para salvar á la cristiandad de una guerra cruel. Sin embargo, en esta *paz decorosa* todo se había salvado, menos la honra de Aragón. Sin embargo, esta paz era la guerra, ó por mejor decir, eran tres guerras: una fratricida contra la Sicilia y los catalanes y aragoneses que su causa apoyaban, otra contra Castilla, otra contra Inglaterra. A más, se perdía el fruto de las expediciones á Sicilia y á las Baleares. ¡Si el gran D. Pedro hubiese podido levantar la losa de su sepulcro!

El rey convocó Cortes en Barcelona para confirmar la paz. Se han equivocado algunos modernos historiadores al decir que tan cansados estaban los pueblos de hacer sacrificios, que en ellas no se levantó ninguna voz contra aquel tratado. Éste se aprobó, pero no sin dejar de manifestarse que el rey había sido engañado y seguía mal consejo, pues dejaba lo que tenía, que era cosa importante, por recibir de otro lo que se le prometía y se había de conquistar por las armas, aludiendo á Córcega y Cerdeña.

Estando el rey en Barcelona envió embajadores á Daroca, donde se hallaba Doña Isabel, que hacía cuatro años se titulaba reina de Aragón, con su madre Doña María, viuda de D. Sancho *el Bravo*, muerto poco hacía en la ciudad de Toledo. Notificóse á estas princesas lo resuelto, y mientras tomaban ellas la vuelta de Castilla, comenzaron á hacerse grandes y sorprendentes preparativos para recibir como reina de Aragón á aquélla á quien Muntaner llama *sancta regina madona Blanca de sancta pau, que sancta pau é bonaventura vench per ella á tota la terra;* palabras cándidamente escritas,

guardado que no llegase á noticia del rey de Aragón, siendo éste el motivo por el que este monarca retuvo aún cuatro años más los estados de D. Jaime, no haciéndose definitivamente la restitución hasta Junio de 1298. (V. Henry, tomo I, págs. 189 y 190.)

pero que son un sarcasmo cruel contra la patria. La santa paz y la buenaventura que trajo á esta tierra la santa reina Doña Blanca del Muntaner, fué una desastrosa guerra con nuestros hermanos de Sicilia. Malaventura, que no buena, debía traer forzosamente á la casa de Aragón el enlace de un hijo de D. Pedro con la nieta de aquel Carlos de Anjou, su mortal é implacable enemigo. No es extraño que se dispusieran grandes y ruidosas fiestas para celebrar aquellas bodas. Era preciso ahogar entre la algazara el grito de la conciencia real; era preciso adormecer al pueblo con júbilo y con regocijos, para que no tuviera conciencia del paso fatal que acababa de dar su monarca.

Doña Blanca vino en seguida á este país, saliendo el rey á buscarla hasta los Pirineos, hasta aquel famoso Coll de Panisars, teatro por cierto de bien diversas escenas pocos años antes, cuando D. Pedro con un puñado de valientes cerraba las puertas de Cataluña á los que ahora entraban en ella como amigos y poco menos que en triunfo. Las bodas se celebraron el 29 de Octubre de 1295, en el monasterio de Villa Bertrán, donde el rey mandó construir una sala de madera, «la más bella que de este género se hubiese construído jamás,» dice Muntaner, para quien todo lo que atañe ó pertenece á los reyes es lo más bello, lo más noble, lo más grande y lo más santo. No muy lejos de Villa Bertrán se alzaban mudas y solitarias las ruinas de Peralada, cuyos restos, ennegrecidos aún por las llamas, guardaban triste memoria de aquella hueste venida con tanto estruendo y tanta ruina para intentar la conquista de un reino, que tan desenfadadamente había luego de partir D. Jaime II con la Doña Blanca de la *santa paz*. También fué un extraño sitio el que escogió el hijo de D. Pedro para celebrar su alianza y su enlace con el hijo y con la nieta del mortal enemigo de su padre y de su casa.

Sólo un incidente turbó, aunque muy ligeramente según parece, la alegría de las bodas. Así que en Sicilia se tuvo noticia de haberse acordado la paz, reunióse apresuradamente parlamento, y por si aún era tiempo de enmendar algo, se envió á D. Jaime una embajada que la componían Cataldo Rosso, Santoro Bisalá y Hugo de Talach [1]. Los mensajeros del pueblo siciliano llegaron á Barcelona cuando el rey había salido para recibir á su novia; fueron tras de él y comparecieron á su presencia en Villa Bertrán, precisamente en los momentos en que todo era júbilo, y fiesta, y alegría, y algazara.

Las crónicas no dicen que se turbara D. Jaime al ver aparecer, tristes y severos, aquellos embajadores, que debieron, sin embargo, ofrecerse á sus ojos como encarnación del remordimiento de su conciencia [2]. Expuesta la demanda del parlamento siciliano, el rey contestó que ya no había lugar, pues había hecho renuncia de los reinos de Sicilia y Calabria en el rey Carlos *de Sicilia*, su suegro.

Oyeron esta nueva los mensajeros, en medio de estar ya preparados para oirla, como si recibieran sentencia de muerte, y es fama que entonces Cataldo Rosso, después de haber pronunciado aquellas tristísimas palabras de Jeremías: «Oh vosotros que pasáis por la vía, decid si hay dolor que iguale al dolor mío,» prorrumpió en estas sentidas frases ante los ricos-hombres, barones, caballeros y altos dignatarios de la corte que rodeaban en aquel momento al rey:

«¡Con que en vano ha sido sostener tan grandes guerras, verter tanta sangre y ganar tantas batallas, si al fin los mismos defensores que elegimos, á quienes jura-

1 Amari, tomo II, pág. 71.

2 Muntaner, como ya se supondrá, no habla de esta embajada.

mos nuestra fe, y por quien con tanto tesón hemos combatido, nos entregan á nuestros crueles enemigos! No ganan, no, á Sicilia los franceses, tantas veces derrotados por mar y por tierra; el rey de Aragón es quien la abandona, teniendo menos aliento para sostener su buena fortuna que perseverancia y tenacidad sus contrarios para contrastar la adversidad de la suya. Afirmado, como lo está, el reino de Sicilia; conquistada la Calabria toda, y la mayor parte de las provincias vecinas; vencedores siempre que hemos combatido, nada nos faltaba á los sicilianos sino un monarca que nos tuviese en más precio y supiese estimar su prosperidad. ¡Desventurados! ¿Qué nos puede valer ya por nuestra parte delante de un rey, que confunde todas las leyes divinas y humanas, y no sólo abandona á sus más fieles vasallos, sino que pone á su madre y hermanos en poder de los enemigos? ¡Qué de atrocidades no harán cometer la rabia y la venganza á estos hombres, ya antes tan soberbios y crueles, cuando vuelvan á nuestras casas y las vean teñidas aún con la sangre de los suyos! Decid, ¿á quién queréis que nos demos? ¿Será á aquél que, siendo príncipe de Salerno, y prisionero por vuestra causa, y á presencia vuestra, condenamos á muerte? ¿Entregaremos vuestra madre y hermanos al hijo de aquél que en un día quitó el reino y la vida al rey Manfredo su padre? Pero la miseria y la injusticia producen al fin la independencia. Los pueblos de Sicilia no son un rebaño vil que se compra y se enajena por interés y dinero. Buscamos á la casa de Aragón para que fuese nuestra protectora; le juramos vasallaje, y con su ayuda arrojamos de la isla á los tiranos y castigamos sus atrocidades. Si la casa de Aragón nos abandona, nosotros alzamos el juramento de fidelidad que le hicimos, y sabremos buscar un príncipe que nos defienda: desde este momento no somos vuestros ni de quien vos queréis

que seamos; mandad que se nos entreguen las fortalezas y castillos que se tienen por vos ahora; y libres y exentos de todo señorío, volvemos al estado en que nos hallábamos cuando recibimos por rey á D. Pedro vuestro padre.»

Así habló Cataldo Rosso, ó por mejor decir, así habló y así debía hablar por su boca el pueblo de las Vísperas. Este valiente discurso no conmovió al rey Don Jaime. Contestó á los embajadores, pausadamente y deteniéndose en cada palabra, que no le pusiesen mal en la opinión de los sicilianos por lo hecho, en que no había remedio; que tratasen bien á su madre y á su hermana, y que tocante á su hermano D. Federico ni les pedía ni rogaba nada; pues siendo D. Federico caballero, y los sicilianos quienes eran, uno y otro sabrían cumplir con su deber.

Los mensajeros sicilianos se retiraron entonces para regresar, vestidos de luto, á sus hogares, y D. Jaime fué á esconder el rubor de su frente y á sosegar el grito de su conciencia en los brazos de su muy amada esposa la Doña Blanca *de la santa paz*.

CAPÍTULO III.

Aprestos de guerra con Castilla.—Federico es coronado rey de Sicilia.—Victorias de los sicilianos.—El rey de Aragón nombrado gonfalonero de la Iglesia.—Guerra con Castilla.—Toma del castillo y plaza de Alicante.—Conquista del reino de Murcia.—Publicación de la empresa contra Sicilia.—Deserción de Roger de Lauria.—Bodas de la infanta Violante con Roberto de Anjou.—El rey de Aragón recibe del Papa la investidura de los reinos de Cerdeña y Córcega.—Muerte de Doña Constanza.—Absolución de Roger de Lauria.—Disturbios por la sucesión del condado de Pallars.—Embajadores del rey de Sicilia al de Aragón.—Noble conducta de D. Blasco de Alagón.—Roger de Lauria derrotado por Blasco de Alagón.

(1296 y 1297.)

Cuantos pudiesen ser amigos de la paz, y desearla, debieron convencerse bien pronto de que no era el tratado que acababa de firmar D. Jaime el que estaba destinado á dársela. Duraba aún el rumor de las fiestas celebradas por el matrimonio del rey, al cual siguió el de su hermano el infante D. Pedro con Guillermina de Moncada, hija del vizconde del Bearn, cuando creyó necesario D. Jaime, atendido que era inminente el rompimiento con Castilla, enviar á Berenguer de Sarriá á guarnecer con numerosa hueste las fronteras.

Mientras tanto, Sicilia, abandonada á sí misma, comenzaba por nombrarse un rey, eligiendo á D. Federico, en quien, al ceñirse la corona, pareció haberse refugiado todo el genio político, militar y emprendedor de su padre el gran D. Pedro. Comprendió los deberes que le imponía aquella corona que un pueblo valiente le daba, y con ánimo sereno y con firme corazón se dispuso á hacer frente á un tiempo á las fuerzas que

debían hacer caer sobre él Roma, Nápoles, Francia y Aragón. Tenía un enemigo más que su padre, y este enemigo debía ser desgraciadamente su propia patria.

Al tener noticia de la coronación de su hermano, D. Jaime envió mensajeros á Sicilia para obligar á todos los gobernadores catalanes y aragoneses á hacer entrega á la Iglesia de las plazas que tenían encomendadas, pero pocos fueron los que tal orden obedecieron. La Iglesia, por su parte, no se cuidó de enviar gobernadores que se apoderasen de ellas. Bien es verdad que el Papa dió encargo á sus mensajeros expresamente nombrados para que se presentasen en Sicilia á persuadir al pueblo que volviese á aceptar el yugo de sus primitivos señores, pero tuvieron que abandonar la isla para no ser víctimas del furor popular.

D. Federico nombró canciller á Conrado de Llansa [1], almirante del reino á Roger de Lauria, y caudillos superiores de su ejército ó generales al conde de Catanzaro y á Blasco de Alagón, que abandonando á D. Jaime había pasado secretamente á Sicilia para ponerse á las órdenes de su nuevo rey. Otro de los catalanes que acudió á servir á D. Federico fué el conde de Ampurias, Pons Hugo [2].

1 Zurita y otros, siguiendo á un antiguo historiador siciliano, dicen que Federico confirmó en su oficio de gran canciller á Juan de Prócida; pero por los documentos aducidos por Amari se ve que fué nombrado Conrado de Llansa para este cargo. Y así debía ser, ya que el de Llansa era fiel al nuevo rey de Sicilia, mientras que Prócida estaba ya entonces en el bando contrario.

2 Pons Hugo III, conde de Ampurias, fué en efecto de los que acudieron á prestar el apoyo de su consejo y de su espada á Federico de Sicilia, el cual encuentro que le nombró conde de Esquilache. A este Pons Hugo dirigió entonces, según parece, D. Federico aquellos versos en provenzal de que ya se ha hablado, contestándole el de Ampurias con otros. Milá, en sus *Trovadores de España*, págs. 430 y siguientes, copia sólo algunos de estos versos, tomándolos sin duda de Raynouard;

La victoria, que parecía decididamente empeñada en proteger la noble y justísima causa de aquel pueblo tan digno de ser libre y de ser feliz, coronó las primeras armas de D. Federico. Este peleaba como el último de sus soldados y compartía con ellos las penalidades y sufrimientos de la campaña.

Esquilache, Catazaro, San Severino, Rosano y otras plazas, hubieron de rendirse á sus armas. Voló la fama y el terror que infundieron estas victorias por toda Ita-

pero distan mucho de estar completos y hay algunas equivocaciones, cometidas antes que por Milá por Raynouard, las cuales alteran algo el sentido. Las dos poesías están completas en los documentos de Amari, que las copió de la biblioteca laurenciana de Florencia (códice XLII, pág. 63). Leyéndolas en Amari, es como puede hacerse uno cargo de toda su importancia histórica y política. Federico expresa en su poesía que no le asusta la guerra; manifiesta esperanzas de que algunos parientes suyos vayan á auxiliarle, y se lamenta de que otros (aludiendo á su hermano D. Jaime) se declaren contra él. D. Federico dice que terminará la empresa noblemente comenzada por su padre, y que el reino de Sicilia le pertenece de derecho. La poesía de Pons Hugo de Ampurias va dirigida al rey, como lo prueban sus primeros versos:

A l' onrat rei Frederic terz vuí dir
Qu' a noble cor nos taing poder sofragua
Peire comte, etc.

Este conde Pedro, por cuyo conducto Pons Hugo dirige sus versos al rey, no puede ser otro, á juicio de Amari, que el conde Pedro Llansa, hijo de Conrado Llansa, hecho conde de Caltanissetta el día de la coronación de D. Federico. El de Ampurias alienta al rey á seguir valientemente en su empresa. Milá llama á éste conde de Ampurias, como ya he dicho, Pons Hugo IV, y dice que acompañó á D. Jaime á Roma y en la expedición contra Sicilia. Creo que es una equivocación de este autor, muy fácil por otra parte. Mayores las habré yo cometido sin duda, y no por el vano deseo de enmendar la plana de dicho autor la corrijo, sino para impedir que se propague un error involuntario, ya que, por haber caído en él Milá, podría tomarse como verdad lo suyo y como yerro lo mío. Pons Hugo fué el III de este nombre y no el IV, que no lo hubo en los condes de Ampurias, y no hizo armas contra Sicilia sirviendo á D. Jaime, sino que desde el principio se puso en favor de Sicilia, haciendo armas, por el contrario, contra D. Jaime (II).

lia, la mitad de la cual habría acabado por rendirse al vencedor hijo de D. Pedro, si el almirante Lauria no hubiese abandonado su servicio y el rey de Aragón no hubiese hecho armas contra él.

El papa Bonifacio VIII, echando mano de todos los recursos que le procuraba su sagaz política, nombró á D. Jaime de Aragón gonfalonero ó general en jefe de las tropas de la Iglesia y almirante de su escuadra contra infieles y demás enemigos de Roma. Mucho debió de complacer á D. Jaime este nombramiento; halagóle el verse preferido á reyes y emperadores, y lo pagó ofreciéndose á combatir contra su sangre, es decir, disponiéndose á pelear sin tregua ni descanso hasta haber arrancado la Sicilia del poder de su hermano D. Federico.

No pasó, con todo esto, nuestro rey tan prontamente contra su hermano, por andar entonces muy ocupado en la guerra de Castilla, ya que había renovado con su primo D. Alfonso de la Cerda, pretendiente á dicha corona, los tratos hechos en tiempo de Alfonso *el Liberal*. El pretendiente y el infante aragonés D. Pedro se habían internado en el reino de Castilla, poniendo sitio á la plaza de Mayorga [1]. Esta expedición fué desgraciada. Con los calores de aquel verano encendióse tal mortandad y pestilencia en nuestro campo, que perecieron muchos de los principales capitanes, entre ellos el infante D. Pedro, D. Jimeno de Urrea y D. Ramón de Anglesola, que habían dado en aquella jornada grandes muestras de su valor.

Más afortunada fué otra expedición dirigida por el rey

1 Ortiz de la Vega, cap. VI del lib. VII de sus Anales, corrige el error cometido por Muntaner en su cap. CLXXXVII, al decir que Don Alfonso y D. Pedro pusieron sitio á la ciudad de León. Esta ciudad, dice Ortiz, había abierto sus puertas al pretendiente sin necesidad de expugnación ni de sitio.

D. Jaime en persona contra Murcia, reino que debía ser de Aragón á tenor de lo pactado con el pretendiente la Cerda. D. Jaime entró por fuerza de armas en Alicante y tomó posesión de su castillo, á tiempo que la armada catalana aseguraba toda aquella costa. Cuéntase que en la toma del castillo de Alicante, bizarramente defendido por su capitán gobernador D. Nicolás Pérez, el monarca aragonés se portó como un héroe, siendo de los primeros en escalar el muro y precediéndole sólo un caballero catalán llamado Berenguer de Puig Moltó.

Siguió D. Jaime en su empresa, y con facilidad se apoderó de Elche y de las demás poblaciones de aquel reino, exceptuando las de Alcalá, Lorca y Mula, rindiéndosele por capitulación la misma ciudad de Murcia. Tan rápida como feliz fué esta expedición, llevada á cabo durante el mes de Julio. Á 2 de Agosto era ya Don Jaime dueño del reino, y á 18 del mismo mes estaba de regreso en Valencia, después de haber dejado á Don Jaime Pérez por lugarteniente del país conquistado y capitán de aquella frontera. Entre los caballeros catalanes que más y mejor se distinguieron en esta empresa, se citan los nombres de Dalmau de Castellnou, Amato de Cardona y Guillén Dufort.

Luego que el rey, de vuelta de su gloriosa expedición, llegó á Valencia, se publicó que pasaba contra la isla de Sicilia, y envió embajadores á la reina Doña Constanza, su madre, y al rey D. Federico, su hermano, á quien daba sólo el título de infante, diciéndoles que él se dirigía á Roma para entender en los negocios de la paz y pidiéndoles que se dispusiesen á verse con él. Á D. Federico le pedía que se avistase con él en alguna de las islas de Ischia ó Prócida. Llevaban también los embajadores cartas particulares para el almirante Roger de Lauria. Decíale el rey en ellas que persuadiese á D. Federico para que consintiese en la conferencia, y

parece que le hacía grandes ofertas instándole á abandonar el servicio del *infante* para pasarse al suyo.

Si no encontraron estas cartas buena acogida en Don Federico, la hallaron en Roger de Lauria, que andaba entonces muy descontento con su rey. Cedamos la palabra al ilustre biógrafo del célebre almirante.

«Para tratar de lo que el rey de Aragón proponía, dice Quintana, se celebró parlamento en Chaza [1], y en él Roger habló largamente sobre la conveniencia y utilidad de acceder á los deseos del rey de Aragón, á quien así D. Federico como toda la Sicilia debían reconocer por superior. Las razones en que el almirante fundó su parecer eran tomadas de la pujanza de aquel príncipe, de la flaqueza de la Sicilia y de la esperanza que podía haber en que se venciese por las súplicas y amonestaciones de su hermano para no entregarlos á los enemigos. Pero el parecer contrario, apoyado en el consentimiento de todos los barones y síndicos de las ciudades, dictado por la entereza y el valor, prevaleció en el esforzado corazón del rey, saliendo acordado del parlamento que no se diese lugar á las vistas, y que si Don Jaime venía armado contra su hermano, éste le recibiese á mano armada también, y la guerra decidiese su querella.

»Vuelta la corte á Mesina, Roger mostró á D. Federico una carta del rey de Aragón en que le mandaba se fuese para él, y le pidió licencia para ejecutarlo, ofreciendo delante de Conrado Llansa que solicitaría con aquel monarca todo cuanto conviniese á su servicio. Dióselo el rey, y le concedió además dos galeras que pidió para ir á visitar y abastecer los castillos que tenía en Calabria antes de partir á Aragón. En su ausencia,

1 Quintana dice Chaza, tomándolo visiblemente de Zurita, que se equivocó, ó le estropearon el nombre al imprimir su obra, pues fué en Piazza donde se celebró el parlamento.

sus émulos acabaron de irritar á D. Federico en su daño: imputábanle que en su expedición á Otranto, y en aquel mismo viaje que hacía para visitar sus castillos, se había avistado con los generales del rey Carlos, y tratado con ellos en perjuicio de la Sicilia; y decían que su cuidado en pertrechar sus fortalezas, manifestaba su intención de pasarse á los enemigos. Volvió Roger á despedirse del rey, y llegando á su presencia le pidió la mano para besársela, y el rey se la negó. Pregunta la causa de aquel desaire, y D. Federico le responde que un hombre que se entiende con sus enemigos ya no es su vasallo; mándale, además, que quede arrestado en su palacio, y entonces el almirante, dejándose llevar de la ira, á que era tan propenso,—«Nadie, exclama, hay en el mundo que pueda privarme de la libertad, mientras el rey de Aragón esté con ella: ni es éste el galardón que mi lealtad y mis servicios han merecido.» Ninguno osaba llegarse á él; y, respetando al cabo la palabra del rey, se tuvo por arrestado, y se apartó á un lado de la sala en que se hallaba. Dos caballeros sicilianos, Manfredo de Claramonte y Vinchiguerra de Palici, que tenían grande autoridad con el rey, salieron por sus fiadores y le llevaron á su misma casa. En la noche salió á caballo, se dirigió á una de las fortalezas que tenía en Sicilia, y las hizo pertrechar todas. Allí se mantuvo sin hacer guerra y sin pedir concierto, pagó la suma en que sus fiadores se habían obligado, y el rey, temiéndose un escándalo y movimiento perjudicial, cesó de proceder contra él.

»Los embajadores del rey de Aragón llevaban también el encargo de pedir á la reina Doña Constanza y á la infanta Violante, su hija, que se fuesen con ellos á Roma á celebrar las bodas concertadas entre la infanta y Roberto, duque de Calabria, heredero del rey Carlos. Vino en ello D. Federico, y su madre y su hermana,

acompañadas de Juan de Prócida y Roger de Lauria, salieron á un tiempo de Sicilia. Era ciertamente un espectáculo propio á manifestar la vicisitud de las cosas humanas que á un tiempo, y como expelidos, dejasen á Sicilia la hija y la nieta de Manfredo, el negociador que con su actividad y su consejo había libertado la isla, y el guerrero invencible que la había defendido á costa de tanta sangre y con tanta gloria; y que, saliendo de allí, se dirigiesen á buscar un asilo entre los mismos de quienes eran antes mortales enemigos. Roger perdía en la separación, no sólo los grandes estados que tenía en Sicilia, sino caudales inmensos que había puesto en poder de mercaderes. El rey D. Federico se apoderó de todo, y arrojó de las fortalezas á Juan y Roger de Lauria, sobrino el uno, y el otro hijo del almirante, que desde ellas habían empezado á hacer correrías en el interior de la isla. Pero el cargo de almirante de Aragón, y el de vicealmirante de la Iglesia, y el estado de Concentaina, y el enlace de su hija Beatriz con D. Jaime de Ejérica, primo hermano del monarca aragonés, consolaron á Roger de las pérdidas que hacía en Sicilia y le pagaron su deserción [1]. Es preciso confesar, sin embargo, que esta última parte de su carrera no es tan gloriosa como la anterior, y que parecería más grande al frente de las fuerzas sicilianas y defendiendo aquel estado, objeto de tanta porfía, que no al frente de sus poderosos enemigos atraído por dones y empleos, todos por cierto desiguales á su mérito y fama.»

Hasta aquí Quintana. Ya tenemos, pues, á la reina Doña Constanza, á la viuda de Pedro *el Grande* é hija de Manfredo, recogida en las tierras de aquel rey Carlos, poco antes su mortal enemigo; ya tenemos á Roger de Lauria, aquél que hasta entonces había sido un

1 El Papa le dió también en feudo la tierra y el castillo de Aci.

nuevo Atila para Roma, vicealmirante de la Iglesia, la cual cifraba ahora su esperanza en el que poco antes era su azote. ¡Miserable condición y variedad de las cosas humanas! No es, pues, de extrañar que un grave autor haya dicho, que era forzoso respetar á aquéllos que toman á juego y por cosa de comedia las historias humanas, así de los que están puestos en la más alta dignidad, como de los más humildes.

A fines de Marzo de 1297 entró en Roma el rey Don Jaime II de Aragón, y allí asistió á la ceremonia solemne con que fué celebrado el matrimonio de su hermana la infanta Doña Violante con Roberto, duque de Calabria. Estuvieron presentes la reina Doña Constanza, el rey de Nápoles, Carlos II de Anjou, Roger de Lauria y Juan de Prócida. Así se iban enlazando aquellas dos familias que por tantos años habían hecho estremecer el mundo con su ruidosa contienda. Sólo faltaba un miembro de estas dos familias: era D. Federico. A bien que á éste acababa de darle una familia el pueblo siciliano.

A tenor de lo dispuesto en una cláusula secreta del tratado de paz de 1295, aprovechóse la ocasión de hallarse en Roma el rey D. Jaime II, para darle el Papa la investidura de las islas de Córcega y Cerdeña. La ceremonia se hizo públicamente á 4 de Abril de este año, y la investidura se le dió á D. Jaime con estas condiciones: obligóse el rey á sostener á sus costas, durante tres meses, todos los años, 600 hombres armados y equipados en los estados pontificios, á las órdenes del Papa, siendo los 100 de á caballo y los demás infantes, entre ellos 100 ballesteros, á no ser que el Papa prefiriese ser servido con 5 galeras en el mar tirreno, ó tal vez en el Adriático. Por la investidura del reino de Cerdeña y Córcega, que se declaraba ser del derecho y propiedad de la Iglesia, debían el rey y sus

sucesores prestar á ésta homenaje y juramento de fidelidad y vasallaje en cierta forma expresada en la cesión. La donación é investidura debía quedar nula desde el momento que el rey ó sus sucesores dejasen de pagar durante un año un censo anual de 2.000 marcos de plata el día 29 de Junio. Declaróse en la donación que el señorío de Cerdeña y Córcega quedaba anexo en adelante á los dominios de Aragón, ya los poseyese varón, ya hembra, procedentes de legítima descendencia; y en caso de tocar el trono á una reina, debía ésta tomar estado con consentimiento del Sumo Pontífice, y con príncipe católico y amigo de Roma. Si acaecía, empero, que algún rey de Aragón fuese elegido emperador de Alemania, no podría retener aquellas dos islas.

Firmados estos tratados y alianzas, el rey D. Jaime, vasallo ya y tributario de la Iglesia, se volvió á estos reinos. Varios historiadores afirman que la reina viuda Doña Constanza se quedó en Roma, donde murió poco después; pero consta por memorias antiguas y por indisputables documentos, que en 1299 vino á Barcelona con su hijo D. Jaime, profesando en el convento de Santa Clara, y siendo enterrada á 13 de Junio de 1301 en la misma iglesia de San Francisco de Asís, que guardaba ya el sepulcro de su hijo primogénito D. Alfonso. Hija de Manfredo de Sicilia el destronado, prima de Conradino *el Degollado* y esposa de Pedro *el Grande*, Constanza fué madre de tres reyes y dos reinas.

Antes de que D. Jaime partiera de Roma, tuvo lugar otra solemne ceremonia. A 7 del mes de Abril, el cardenal Gerardo de Parma, obispo de Sabina, absolvió al almirante y á los caballeros que habían servido en las guerras pasadas, de todas las sentencias de excomunión en que habían caído como rebeldes y perseguidores de la Iglesia. Y siempre ha sucedido lo mismo en el mundo. Ya otras veces se ha hecho notar en esta pro-

pia historia que los rebeldes de la víspera son los héroes del día siguiente.

Una de las principales causas que obligaron al rey á venirse pronto á este país, fué el estar revuelto el condado de Pallars á causa de la sucesión del mismo. Los pretendientes eran tales, que estuvieron á punto de encenderse crueles guerras en estos reinos. Para juzgar de las diferencias que había, fueron nombrados jueces el conde Armengol de Urgel, el maestre del Temple y el vizconde de Cardona, y no pudiendo dar este tribunal el resultado apetecido, amparó el rey á la condesa doña Sibila para que se apoderase del condado con su esposo Hugo de Mataplana.

Hallábase D. Jaime de Aragón sobre el castillo de Leort, cuando llegaron á su presencia Arnaldo de Olmella y Jimeno de Olit, embajadores de D. Federico, para saber si debía darse éste por desafiado; y en este caso, si le estaba bien poner su desacuerdo en manos de los caballeros catalanes y aragoneses juntos en Cortes en Barcelona. A esta embajada contestó D. Jaime que en Sicilia no obraría como rey de Aragón, sino como capitán general de romanos, y que, por tanto, era Roma quien desafiaba y en Roma en donde debía conocerse de estas diferencias.

Mientras esto, Roger de Lauria, como si le tardara hacer armas contra su patria, se había pasado de Roma á Nápoles, y, al frente de la hueste que este rey le confió, internóse en Calabria con intento de ganar, por fuerza ó por astucia, los pueblos que en aquel país estaban por D. Federico y que él mismo había ayudado á conquistar. Primeramente probó con grandes ofertas y promesas á separar á D. Blasco de Alagón de sus banderas; pero le halló tan firme y decidido, como decidido y firme había encontrado el conde de Foix al vizconde de Cardona pocos años antes en Gerona. D. Blasco con-

testó que la causa de los sicilianos le había parecido siempre justa, y que no era él de los que se vendían.

Roger de Lauria abrió la campaña. Gracias á sus manejos, sin duda, la población de Catanzaro alzó banderas por el rey Carlos de Nápoles, y puso en tanto aprieto al presidio que guardaba el castillo, que se vió obligado á comprometerse á rendirlo si dentro treinta días no recibía socorro de su rey D. Federico. Pocos días antes de cumplirse el plazo llegó Blasco de Alagón á Esquilache, dando vista á las tropas enemigas que estaban en la plaza acaudilladas por Roger de Lauria. Éste tenía á sus órdenes 700 hombres, y Blasco de Alagón no contaba más que con 200 y una compañía corta de almogavares. Confiado el almirante en el número de los suyos y en su afortunada estrella, salió de la plaza y se arrojó impetuosamente contra D. Blasco, que, con los estandartes tendidos, se hallaba en orden de batalla delante de la población. Rudo fué el combate, feroz. Gritos de guerra extranjeros sonaban á oídos de Roger de Lauria en sus filas, y los gritos de *Aragón* y *Sicilia*, con los cuales tantas veces había llevado su gente á la victoria aquel desacordado almirante, resonaban entonces en el campo de D. Blasco. La victoria se declaró por éste. Era la primera vez que la fortuna y la victoria abandonaban á Roger como para castigarle por su deserción, yendo á orlar con inmarcesibles lauros las sienes del noble y leal guerrero aragonés. Fué aquélla la vez primera—verdad es que también fué la única—en que Roger hubo de declararse vencido.

Sus tropas fueron derrotadas, y él, herido en un brazo, cayó junto á un valladar, de donde fué recogido y salvado por un soldado que le montó en su caballo, alejándole del campo de batalla. Furioso de ira por su revés, rugiendo de cólera por su derrota, Roger abandonó la Italia y se vino en seguida á las costas de Valencia

para precipitar los medios de tomar una terrible y sangrienta venganza.

CAPÍTULO IV.

Requerimiento del rey de Sicilia á las ciudades y ricos-hombres de Cataluña y Aragón.—Preparativos contra Sicilia.—Recobra el rey de Mallorca esta isla con feudo al de Aragón.—Parte la armada contra Sicilia.—Remisión del bovaje á los catalanes.—Capitanes del ejército de la Iglesia.—Capitanes de Sicilia.—Primeros triunfos de los aliados.—Sitio de Siracusa.—Triunfos de los sicilianos.—Victoria marítima alcanzada por los sicilianos.—Levanta el rey D. Jaime el sitio de Siracusa y regresa á Cataluña.—Cortes en Barcelona.—Nuevos armamentos contra Sicilia.—Batalla naval de Cabo Orlando.—Regreso del rey á Cataluña.

(1298 y 1299.)

En pos de Roger de Lauria vino á estos reinos un embajador de Federico, que lo fué el caballero Montaner Pérez de Sosa, con el encargo de solicitar de los ricos-hombres, caballeros y universidades que interpusiesen su valimiento para que el rey no emprendiese la guerra contra Sicilia, persuadiéndole de cuán contraria sería á su interés, á su gloria y á su conveniencia aquella funesta empresa en la que, ya venciese ó ya fuese vencido, siempre había de recaer el daño sobre sus fieles vasallos, pues los sicilianos sólo dejaban de serlo por haberles él excluído de este número.

También traía el embajador poderes del rey D. Federico para el vizconde Ramón Folch de Cardona, en quien tenía gran confianza, á fin de que en su nombre retase de traición al almirante Roger de Lauria en corte, delante del rey D. Jaime; pero Montaner no consiguió dar cuenta de su misión, teniendo que reembar-

carse y apresurar su regreso á Sicilia, á causa de haberse dado orden de prenderle en cuanto de su llegada se tuvo aviso.

Mientras tanto, aun cuando se continuaba la guerra de Castilla por nuestras fronteras, el rey, que tenía por más principal empresa la de Sicilia, mandaba juntar toda su armada para ayudar á poner en posesión de aquel reino al rey Carlos, que hacía por su parte grandes preparativos bélicos dirigidos al mismo objeto. El mundo estaba destinado á ver cómo la casa de Aragón, que á costa de tanta guerra y tanta sangre había arrancado á la Sicilia de manos de la casa de Anjou, iba entonces á promover nueva y más feroz guerra y á derramar nueva y más preciosa sangre para devolverla á aquéllos á quienes la había quitado.

D. Jaime, que tenía prisa en marchar contra Sicilia, procuró hacer tregua con Castilla, y queriendo dejar todos sus asuntos en regla antes de partir, pasó al Rosellón para avistarse con su tío el rey de Mallorca y avenirse y concordarse con él. Las vistas tuvieron lugar en Argelés el 29 de Junio, firmándose el tratado por ambos reyes. La acción política del reino de Mallorca, suspendida durante ocho años, comenzó, pues, á fines de este año 1298. Jaime de Mallorca hizo homenaje al rey de Aragón en Argelés mismo, y las alianzas antiguas fueron renovadas con las mismas condiciones que antes impusiera Pedro *el Grande*. Como en tiempo de este rey, D. Jaime quedó personalmente libre de la obligación de asistir á las Cortes de Cataluña. El rey de Mallorca se encontró, pues, en la misma posición en que su hermano le había colocado, con la diferencia, sin embargo, como ha dicho un autor, de que en aquella primera época pudo tener gran disgusto por la pérdida de su independencia, pero esta vez debía considerarse feliz por poder recobrar su trono con feudo.

Arreglado ya todo y puestas las cosas en orden, hízose al mar la escuadra aragonesa, compuesta de 80 galeras y gran número de naves, unas de guerra, otras de transporte, que formaban en su conjunto, según se ha dicho, uno de los más formidables armamentos marítimos que de mucho tiempo se hubiesen hecho. Cataluña había servido al rey, no precisamente para esta empresa, sino más bien para la de Murcia, con 200.000 libras, que era muy crecida suma en aquellos tiempos; y en gratitud de esto hizo luego D. Jaime remisión á los catalanes del tributo del bovaje, que desde entonces dejaron de pagar, como se acostumbraba á hacer en reconocimiento de señorío, al principio del gobierno de cada rey [1].

La armada aportó en Ostia, desde donde D. Jaime pasó á Roma á recibir de manos del papa Bonifacio el estandarte de la Iglesia, y en seguida se dirigió á Nápoles á incorporarse de la armada del rey Carlos. La flota unida de Aragón y Nápoles se hizo á la vela desde este último puerto el 24 de Agosto, llevando como jefe superior y capitán general de la Iglesia á D. Jaime; como segundo á Roberto, duque de Calabria, heredero presunto de la corona napolitana; como almirante á Roger de Lauria, como vicealmirante á Bernardo de Sarriá, y como legado del Papa al cardenal Landolfo Volta. Entre los principales caballeros catalanes que iban con D. Jaime estaba el conde Armengol de Urgel.

D. Federico había nombrado por su almirante á Conrado de Oria ó Doria, y puso bajo su mando 74 galeras; contaba en su consejo á varones como Conrado de Llansa, y en clase de capitanes á hombres como el conde Pons Hugo de Ampurias y Blasco de Alagón. Sin embargo, era tanta la aglomeración de fuerzas que iba

1 Zurita, lib. V, cap. XXXV.

á caer sobre Sicilia, que parecía no haber esperanza posible para este país. Un autor antiguo ha dicho, con acierto, que era la lucha de David con Goliath.

La escuadra combinada aportó en la marina de Patti, se desembarcó la gente y hubieron de reconocer la superioridad de los aliados, entregándose, unos por trato y otros por fuerza, los castillos y plazas de Patti, Milazzo, Novara, Monforte, San Pedro y algún otro. El rey de Aragón consumió poco menos de dos meses en esta primera parte de su campaña, y por Octubre, llegando el invierno y necesitando abrigo para la armada, se dirigió á Siracusa, que es la que Zurita llama Zaragoza de Sicilia, creyendo fácil empresa la de apoderarse de esta plaza; pero halló á Siracusa dispuesta valientemente á resistirse.

Juan de Claramonte era el capitán gobernador de la plaza, que supo resistir así á los halagos y ofertas como á los asaltos y combates del monarca aragonés. Cuatro meses y medio de continuos asaltos por mar y tierra no bastaron á rendir la constancia de los bravos defensores de Siracusa. El rey de Aragón hubo de satisfacerse con talar los alrededores y reducir varios castillos de aquellas cercanías, entre ellos el de Bucheri.

Pero Bucheri fué bien pronto recobrado por Pons Hugo, conde de Ampurias, que allí fué con su hueste catalana-aragonesa, á tiempo que los moradores de Patti volvían á la obediencia de D. Federico sitiando en el castillo el presidio enemigo, y al tiempo mismo que en el interior del país Blasco de Alagón, con otra hueste de catalanes y aragoneses, derrotaba un destacamento enviado por el rey D. Jaime al castillo de Pietraperzia y hacía prisioneros, entre otros caballeros catalanes, á Ramón y Berenguer de Cabrera y á Álvaro, hermano del conde de Urgel.

Mejor triunfo se obtuvo por mar. En cuanto se supo

en el campo de D. Jaime el sitio puesto en el castillo de Patti, se enviaron en auxilio de la guarnición 300 caballos capitaneados por el almirante y 20 galeras mandadas por su sobrino Juan de Lauria. La expedición del almirante fué afortunada. Atravesó la isla con sus 300 jinetes, llegó al castillo, cuyo cerco habían levantado los sitiadores á la fama de su llegada, relevó la guarnicion y vólvióse al campamento de Siracusa. Al mismo tiempo que él, llegó á Patti la escuadrilla aragonesa y proveyó de víveres el castillo, pero su regreso á Siracusa no fué tan feliz como el del almirante. Las naves de Juan de Lauria se encontraron con 22 galeras, que los mesineses guardaban en sus arsenales, y por orden de D. Federico habían echado precipitadamente al agua, armándolas en un momento. Hubo combate y hubo victoria por parte de Mesina que, como en sus buenos tiempos, vió regresar sus galeras en triunfo, llevando prisioneras 16 naves enemigas y con ellas al Juan de Lauria sobrino del almirante.

Esta victoria y la tenaz resistencia que oponía Siracusa, obligaron al rey D. Jaime, cuyo campo diezmaban las enfermedades, á levantar el sitio retirándose con su hueste armada á Nápoles, en donde estaba su esposa la reina Doña Blanca, que dió á luz por entonces en aquella ciudad al príncipe D. Alfonso, sucesor de su padre en estos reinos. Por consejo de Conrado de Llansa, D. Federico salió con sus galeras decidido á presentar batalla á su hermano D. Jaime; pero éste no aceptó el reto, y después de haber permanecido algún tiempo en Nápoles, donde tuvo una grave enfermedad, se vino á fines de Marzo de 1299 á Barcelona para disponerse á una nueva campaña contra Sicilia, instándole enérgicamente á ello Roger de Lauria, que no sólo ansiaba vengar su anterior derrota, sino la muerte de su sobrino Juan, el cual, hecho prisionero, como ya se ha dicho,

fué ajusticiado por traidor á Sicilia junto con otro caballero llamado Jaime de la Roca.

Muy poco tiempo permaneció el rey en Barcelona, celebrando en ellas las Cortes de 1299, que equivocadamente se citan como reunidas en 4 de Febrero, debiendo ser de Abril. En ellas se aprobaron varias constituciones, y se concedieron al rey subsidios para continuar la guerra contra Sicilia, que fué el principal motivo de su convocación. En cambio reconoció y confesó Don Jaime que él y sus antecesores inmediatos, su padre y su hermano, habían recibido de sola la ciudad de Barcelona hasta la cantidad de 300.000 libras, las cuales habían servido para desempeñar el real patrimonio, gravado por los excesivos gastos que ocasionaban aquellas expediciones á Italia. De lo acordado en estas Cortes disintió, sin embargo, el Brazo eclesiástico, por lo que se dispuso que hasta que aquél se adhiriese á lo resuelto por la mayoría, no pudiese tampoco aprovecharse de lo que tal vez le fuese favorable en las constituciones aprobadas.

Se sabe que de Barcelona pasó D. Jaime á Valencia, en donde se detuvo también pocos días, y dejando proveídas las fronteras contra el reino de Granada, y las de Molina y Cuenca, en cuyo punto el rey de Castilla tenía mucha gente, confirmó la tregua con el castellano por dos años, ocupándose ya sólo de los nuevos preparativos para continuar la empresa contra Sicilia. Para esto consiguió que su suegro el rey Carlos de Nápoles, como remuneración por los gastos hechos y los que debían hacerse, se comprometiese á darle 20.489 onzas de oro, obligando Carlos todos sus dominios, y especialmente la isla de Sicilia si se reconquistaba [1].

Al llegar á esta época es cuando habla la historia de

1 Amari, tomo II, pág. 16.

los tres hijos varones de Manfredo de Sicilia, de que ya en otro lugar se ha dicho algo, quienes continuaban prisioneros y como enterrados en vida en una cárcel de Nápoles. Por los documentos diplomáticos se tiene noticia de que se dió orden para ponerles en libertad, con algún objeto que es difícil adivinar; pero se ignora si esta orden se cumplió, si fueron luego devueltos á la tristísima vida de la cárcel, ó qué se hizo de ellos. Reina en este punto un misterio impenetrable. La historia no está todavía en situación de averiguar lo que sucedió con respecto á estos hijos de Manfredo, y ya sabemos que su existencia ha sido hasta hace poco ignorada de los mismos historiadores.

Volviendo ahora al rey de Aragón, pronto hubo terminado sus nuevos aprestos, haciéndose al mar con poderosa armada, que reforzó aún Nápoles con algunas galeras, en las cuales iban Roberto, duque de Calabria, y Felipe, príncipe de Taranto. La escuadra, compuesta de 56 galeras, hizo rumbo para la Sicilia á últimos de Mayo dicen unos, ya muy entrado el mes de Junio dicen otros, y tomó tierra en el cabo Orlando. D. Federico, con 40 galeras sicilianas, se dirigió á aquel punto para impedir el desembarco; pero, no llegando á tiempo, se dispuso á presentar batalla á su hermano y enemigo, sin atender á la inferioridad del número y sin esperar un refuerzo de naves próximas á llegarle de Cefalú.

Los dos hermanos estaban ya frente á frente; dos ejércitos, que en su gran mayoría lanzaban los mismos gritos de guerra, iban á arrojarse uno contra otro, y á luchar hermanos contra hermanos. La victoria, que hasta entonces había sonreído á las gules barras catalanas, debió de encontrarse aquel día en bien duro trance sabiendo que, do quiera que se posase, al dar el triunfo á un pendón, le daba también al mismo tiempo

la derrota. Entre los principales capitanes de la hueste de D. Federico, los había que se llamaban Blasco de Alagón; Pons Hugo, conde de Ampurias; Hugo de Ampurias, vizconde de Bas, hermano del anterior; Bernardo Ramón de Ribelles, hecho conde de Garsiliato; Gombaldo de Entenza y García Sánchez, nombres todos aragoneses y catalanes. En la hueste de D. Jaime los había que se llamaban Gilaberto de Centellas, Guerau y Ferrer Alemany, Ramón de Cabrera, Simón de Belloch, Pedro Sesse, nombres todos catalanes y aragoneses. Eran los mismos hombres que, unidos y unos junto á otros, habían combatido un día en los campos de Cataluña y en aquellos mismos mares de Sicilia á las órdenes de aquel gran D. Pedro, cuyos dos hijos se hacían entonces tan cruda guerra.

«Fué esta batalla sin duda, ha dicho Quintana, la más escandalosa y horrible de cuantas se dieron en aquellas guerras crueles. Unas eran las banderas, unas las armas, una la lengua de los combatientes. Los dos caudillos eran hermanos, concurriendo uno con otro, no por delito, ni por usurpación, ni por interés que hubiese en medio de ellos, sino por contentar la ambición ajena, y despojar el uno al otro lo que su valor y su sangre y la aclamación de los pueblos le habían dado. Apenas había guerrero que no hubiese ya combatido por la misma causa, y en compañía de los mismos á quienes iba á ofender. Las insignias de la Iglesia, que tremolaban junto á los estandartes de Aragón, recordaban la odiosidad de su actual ministerio; y en vez de ser señal de paz y de concordia, daban con su intervención á aquella guerra el carácter de sacrilegio, y á las muertes que iban á suceder el de abominables parricidios.»

Comenzó la batalla al rayar el alba. Cuarenta eran las galeras de D. Federico, 56 las de D. Jaime, y en

ellas iba aquel titán de mar que se llamaba Roger de Lauria. Los dos reyes se pusieron en medio cada uno con su capitana. Roger había tenido la precaución de hacer sacar por la noche de sus galeras todos los caballos y gente inútil, reforzándolas con los soldados de los presidios que el rey tenía en la costa.

Peleóse por mucho tiempo de lejos con las armas arrojadizas; pero Gombaldo de Entenza, joven y con febril deseo de conquistarse un nombre, cortó el cabo que amarraba su galera á las otras y embistió al enemigo. Como por un impulso irresistible, se adelantaron entonces las naves unas contra otras, trabándose la batalla, que fué fiera y denodadamente sostenida por ambas partes durante casi todo el día, bajo los ardientes rayos de un sol abrasador, de tal manera, que muchos de los combatientes murieron sofocados sin ser heridos.

Gombaldo de Entenza, fatigado y herido, dejóse caer sobre la cubierta de su nave, reclinó su cabeza sobre el escudo y espiró. No tardó en rendirse su galera, y ésta fué la señal de la derrota para las armas sicilianas. Derrota fué, empero, nobilísima y honrosa, ya que victorias registra la historia que no valen lo que ella. El rey D. Federico, que con su galera capitana buscaba la de su hermano, al apercibirse de lo que pasaba determinó morir, y mandó que llamasen á D. Blasco de Alagón, para juntos acometer al enemigo y morir como buenos, diciendo: «No me queda que dar más que la vida por mi pueblo.» La fatiga, el dolor, la agitación de todo aquel día, á más del calor insufrible que hacía, rindieron sus fuerzas, y cayó sobre la cubierta privado de sentidos. Entonces los capitanes que iban con él, el conde de Ampurias el primero, dieron orden á la galera de abandonar la batalla partiendo á fuerza de remos para Mesina. Otras 12 galeras siguieron el movimiento y la dirección de la capitana.

Blasco de Alagón, que combatía sin perder de vista la galera de su príncipe, al ver su fuga, mandó á su alférez abanderado, Fernán Pérez de Arve, que moviese el pendón para acompañar al rey. «No permita Dios jamás, respondió aquel valiente caballero, que yo vea arriar el pendón estando en frente del enemigo.» Y sacudiendo de la frente su celada, se estrelló la cabeza contra el árbol de la galera.

Se ha dicho que fué tan notorio el valor desplegado por D. Federico en esta jornada, que los sicilianos le recibieron con tanto entusiasmo vencido, como pudieran hacerlo triunfante.

No peleó con menos ardimiento el rey D. Jaime. Habíale herido un dardo en el pie, pero disimuló el dolor, y pisando la flecha con su mismo pie herido, se mantuvo en esta posición inmóvil hasta el fin de la jornada. Este tesón, ha dicho un historiador, era digno de la victoria que conseguía; pero la hubiera merecido con más razón si no la dejara manchar con la inhumana venganza que ejecutó Roger en las 18 galeras que fueron apresadas. La mayor parte de los prisioneros, principalmente los nobles de Mesina, pagaron con su vida la muerte de Juan de Lauria. Dióseles muerte de mil maneras: á cuchilladas, con mazas, arrojándoles al mar; y en tanto que los espectadores de esta horrible carnicería lanzaban voces de lástima y perdón, el almirante, con inusitada crueldad, incitaba en altas voces á la matanza y gritaba á los suyos: «Vengad á Juan de Lauria.» Se cuenta que entre las víctimas de la batalla y las inmoladas á la cólera y venganza del vencedor almirante, fueron 6.000 los muertos por parte de los sicilianos.

Tal fué la batalla de cabo Orlando, la cual tuvo lugar el 4 de Junio de 1299, según Zurita, Quintana y otros; pero que debió ser en 4 de Julio, á juzgar por los nuevos

documentos aducidos por la moderna crítica histórica.

Como si esta victoria le hubiese aterrado, como si hubiese conocido que se hallaba en situación muy semejante á la de aquel general que decía «otra victoria como ésta y estoy perdido,» lo cierto es que D. Jaime no quiso proseguir personalmente su comenzada empresa contra Sicilia, y, después de haber pasado á Nápoles, se volvió á Cataluña trayéndose consigo á su esposa y á su madre Doña Constanza, negándose á ceder á las instancias y súplicas de Carlos de Nápoles, que en vano trató de retenerle haciéndole grandes ofertas [1].

Esta retirada de D. Jaime, hasta cierto punto imprevista, ha sido apreciada de muy diversa manera por los historiadores. Unos han dicho que pagó tan cara su victoria, que juzgó prudente volverse y renunciar para siempre más por su persona á aquella isla, en la que había perdido el amor de sus naturales sin poder conquistarse la buena voluntad de los italianos y de los franceses; otros, que el dolor y las lágrimas de Doña Constanza su madre, fueron gran parte á que tomase esta resolución, pues la viuda del rey D. Pedro se consideraba como la más desgraciada criatura, mientras no pudiese impedir aquella lucha cruel entre sus hijos, llevada á tal término para dar satisfacción á una corte extranjera; otros, que lastimado D. Jaime, aunque tarde, del daño que él mismo había hecho á su hermano, determinó volverse, diciendo á sus confidentes: «harto hemos hecho contra un hermano, y ya sin mí podrán lograr mis aliados el fruto de esta victoria;» otros, finalmente, que se retiró por creer ya las cosas de Sicilia desesperadas, y por su convicción de que no tendrían los napolitanos más que presentarse para hacerse dueños de la isla.

1 Véase, tocante á este punto, lo que dice Amari en su cap. XVII.

Por cualquiera de estas causas, ó por todas juntas, pues todas á un tiempo pudieron influir, es lo cierto que D. Jaime se vino á Cataluña, desembarcando en Barcelona á últimos de Noviembre, después de haber dejado en Calabria á Roger de Lauria y una parte de su hueste para proseguir la empresa.

La causa de Sicilia no estaba empero perdida.

CAPÍTULO V.

Quejas del Papa al rey de Aragón.—Prosigue la guerra en Sicilia.—Valor de D. Federico y prisión del príncipe de Taranto.—Batalla de Gagliano y Ponza.—Sitio de Mesina y Reggio.—Va contra Sicilia Carlos de Valois.—Sitio de Sciacca.—Tratado de paz.—Muerte de Roger de Lauria.

(1300 Y SIGUIENTES.)

Hallábase el rey D. Jaime en Barcelona, cuando recibió una carta del papa Bonifacio dándole sentidas y amargas quejas por haberse marchado del teatro de la guerra, y diciéndole que, si hubiera proseguido la comenzada empresa, Sicilia habría ya vuelto á la obediencia de la Iglesia. Pedíale, por lo tanto, que con nuevos refuerzos volviese allá y escribiese á los naturales de sus dominios, residentes en la isla, para que abandonasen la causa que defendían. El rey D. Jaime se excusó, por lo tocante á lo primero que se le pedía, diciendo haber hecho mucho más de aquello á que estaba obligado, y por lo segundo se avino á escribir á sus antiguos súbditos, ya desnaturalizados, haciéndoles al mismo tiempo embargar sus bienes. Esto no obstante, los catalanes y aragoneses que estaban con D. Federico siguieron con él.

La guerra continuaba con empeño en Sicilia, ó por mejor decir, continuaba allí aquella santa paz de her-

manos contra hermanos que nos había traído el venturoso enlace de D. Jaime con la Doña Blanca *de la santa paz*. Después de la batalla de cabo Orlando, se dispusieron los sicilianos á hacer frente al peligro que les amenazaba. Abandonados á sí solos, probaron, junto con la bizarra hueste de catalanes y aragoneses, que tenían aún valor y medios para resistir á todos sus enemigos. Éstos, no pudiendo apoderarse de Randazzo, consiguieron que se les entregase Catania [1], y obtuvieron algunos otros resultados favorables, pero D. Federico consiguió una brillante victoria en un encuentro que tuvo con los anjoinos.

Se dice que en este encuentro el éxito fué al principio no sólo muy dudoso, sino aun adverso para D. Federico, pareciendo tan clara la victoria por parte de los enemigos que mandaba Felipe de Anjou, príncipe de Taranto, que uno de los barones de D. Federico, cuyo nombre para fortuna suya callan los cronistas, le aconsejó la fuga.—«¿Huir yo? exclamó el noble hijo de D. Pedro. Huyan los traidores ó los cobardes, que aquí me quedo yo para morir ó vencer.» Y poniéndose al frente de un puñado de caballeros, se lanzó con ellos tan desesperadamente sobre sus contrarios, que los arrolló y desbandó, consiguiendo apoderarse del príncipe de Taranto, á

1 No hay que acudir á Muntaner para nada de lo referente á la guerra contra Sicilia. Fiel á su consigna de callar lo que puede ser desfavorable á los reyes, y creyendo dejar demostrada la santa paz de que tanto nos habla, con ocultar lo relativo á aquella guerra fratricida, recurre á la ingeniosa lógica de decir (cap. CLXXXVI) que si alguno le preguntase por qué causa dejaba de contar ciertos hechos, contestaría que hay preguntas que no merecen respuesta. Es para un historiador una manera bastante original de salirse del paso. Habla, sin embargo, de los asuntos de Sicilia otra vez, al llegar á este punto de la toma de Catania, pero con algunos yerros y evidentes falsedades, que Amari ha tomado el ímprobo trabajo de corregir para hacer notar que no se debe dar á aquel autor fe en mucho de lo que dice.

quien hizo prisionero un catalán llamado Martín Pérez de Ros.

Y ahora, para concluir de una vez todo lo referente á Sicilia, sin perjuicio de volver luego á retroceder para ocuparnos de las cosas de Aragón, permítame el lector que á grandes rasgos le entere de cómo terminó aquella contienda con Francia, Nápoles y la Iglesia, tan heróicamente comenzada por D. Pedro *el Grande*, tan dignamente concluída por su hijo D. Federico, el verdadero heredero de las buenas prendas de su padre.

Prosiguió la guerra con suerte varia. D. Blasco de Alagón y Guillén Galcerán, conde de Catanzaro, obtuvieron una brillante victoria junto á Gagliano; pero en Ponza derrotó Roger de Lauria á la escuadra siciliana, si bien no fué una de sus honrosas jornadas, ya que los sicilianos tenían sólo 32 galeras por 58 que él mandaba, y ya que manchó su victoria con la crueldad de hacer quitar los ojos y cortar las manos á muchos de los prisioneros que hizo.

Las plazas de Mesina y Reggio fueron sitiadas, pero defendida valerosamente aquélla por Blasco de Alagón y ésta por Hugo de Ampurias, viéronse los anjoinos obligados á levantar el sitio. D. Federico tuvo empero que llorar antes la muerte de su leal y adicto capitán D. Blasco de Alagón, que falleció de enfermedad en Mesina durante el sitio de esta plaza.

Por mediación de Doña Violante, duquesa de Calabria y hermana de D. Federico, se concertó entonces una tregua; pero no habiéndose efectuado la paz, los franceses intentaron el último esfuerzo para sujetar la isla. Aquel Carlos de Valois, hermano del rey de Francia, que ya nos es conocido, fué contra Sicilia con poderosa armada y poderoso ejército, en ocasión en que los pueblos que estaban por D. Federico se hallaban en tristísima situación, sin comercio, sin recursos y casi

sin esperanza, por hallarse una parte del reino en poder de los enemigos. Sin embargo, éste fué el período de mayor gloria para D. Federico y los suyos. Con ánimo alzado á grandes esperanzas, el rey atendió á todo, secundándole sus capitanes y súbditos con valor, con lealtad y con resolución. El conde de Ampurias y aquellos Roger de Flor y Berenguer de Entenza, de que luego encontraremos noble y alta ocasión para hablar, prestaron entonces señaladísimos servicios á la causa de Sicilia.

Carlos de Valois tuvo que detenerse ante Sciacca, que fué la Gerona de Sicilia para los franceses. Al pie de sus muros fué á buscarles la peste, que diezmó sus filas sembrando la consternación y el espanto en la hueste, á tiempo que la plaza se mantenía firme y que el rey D. Federico se acercaba á los enemigos con ánimo resuelto á aprovechar aquella favorable coyuntura de presentarles batalla.

Carlos de Valois, entonces, no atreviéndose por miedo á aceptar la pelea, ni por honra á levantar el sitio y embarcarse, creyó salvar su reputación haciendo proposiciones de paz y mediando para que ésta se llevase á cabo. Sentáronse los preliminares, y á instancia de Carlos de Valois tuvieron una entrevista junto á Caltabellota el rey Federico y el duque Roberto, heredero del reino de Nápoles. Desgraciadamente acababa entonces de exhalar el último suspiro en Término, sin lograr la satisfacción de ver terminarse la paz por ella iniciada, aquella buena Violante, cariñosa hermana de Federico, condenada por la política á ser la esposa del más encarnizado enemigo de su hermano.

La paz fué ajustada en los siguientes términos: Primeramente quedaron acordados los preliminares en Castronovo á 19 de Agosto de 1302, bajo las bases principales que á continuación se expresan:

1.ª Federico, con título de rey, debía reinar durante su vida en Sicilia y en las islas adyacentes, con entera y absoluta independencia.

2.ª Federico debía contraer matrimonio con Leonor, hija del rey Carlos de Nápoles.

3.ª Por una y otra parte debían devolverse los prisioneros, sin rescate.

4.ª Por una y otra parte debía restituirse el territorio ocupado, dejando libre á los 15 el duque Roberto la tierra de Sicilia, y á los 30 Federico la tierra de Calabria.

El 24 de Agosto, en la entrevista de Caltabellotta, se hicieron las siguientes modificaciones:

1.ª Federico se llamaría rey de Sicilia ó rey de Trinacria, según Carlos de Nápoles eligiese.

2.ª Se procuraría que el Papa diese á los hijos que Federico tuviese en Leonor, el reino de Chipre ó el de Cerdeña. En caso de no alcanzar la concesión de alguno de estos reinos, podían los hijos después de la muerte del padre retenerse la Sicilia, pero con obligación de entregarla al rey Carlos ó á sus herederos, siempre que éstos les diesen la cantidad de 100.000 onzas de oro.

3.ª Prorrogábanse los términos dentro los cuales se habían de restituir los territorios ocupados.

4.ª Debían devolverse á la Iglesia los bienes que tenía en Sicilia antes de la revolución de las Vísperas.

5.ª Amnistía general por una y otra parte para los que habían abrazado una ú otra bandera.

Tal fué el tratado de paz de Caltabellotta, llamado por otros de Castronovo, á causa de haberse acordado en este punto los preliminares. Grande honor reportó esta paz al rey Federico, ya que, al fin y al cabo, después de una guerra de veinte años y de una lucha tan desigual, quedaba afirmada la corona de Sicilia en las sienes de un hijo de D. Pedro de Aragón.

Se ha dicho que en los conciertos no se tuvo la cuenta que al parecer se debía con el almirante Roger de Lauria, y no se estipuló recompensa alguna ó indemnización por los grandes estados que había perdido en Sicilia, ni por los servicios señalados que había hecho á los reyes de Aragón y de Nápoles en los últimos años de la guerra; pero otros han dicho que era preciso que así fuese, ya que el rey de Nápoles perdía Sicilia á pesar de sus triunfos, y á pesar de ellos también quedaba siendo rey de la isla D. Federico [1].

Asentada la paz, no tardó Roger en venirse á estos reinos, fijándose en Valencia; pero como si para aquel hombre de acción, de movimiento y de guerra, la paz fuese la muerte, es lo cierto que la calma y el reposo consiguieron de él en dos años lo que no habían podido en veinte los peligros y las batallas. Murió en Valencia siendo traído su cadáver al monasterio de Santas Creus, donde se le enterró junto á la tumba de su amigo el rey D. Pedro, á tenor de lo que dejó encomendado en su testamento [2].

1 Sin embargo, consta por un diploma que D. Federico se obligó á consentir en que Roger tuviese la posesión de Aci en Sicilia, por la cual le rindió homenaje. Véase Amari en su *Guerra de Vespro*, nota correspondiente á la pág. 225 del tomo II, y pág. 228 del texto en el mismo tomo.

2 Tocante á la sepultura de Roger de Lauria, el lector hallará curiosos, sin duda, é interesantes los siguientes apuntes que me procuró el celoso inspector de antigüedades de la provincia de Tarragona, Don Buenaventura Hernández y Sanahuja:

"Encargado por la Comisión central de monumentos históricos y artísticos para dirigir la restauración de los panteones reales del monasterio de Santas Creus en 1857, tuve oportunidad de examinar con detención los recuerdos históricos y artísticos que encierra este regio cenobio, siendo uno de los más notables, y que menos llama la atención quizás, el modesto sepulcro de uno de los héroes españoles más notables y que más días de gloria dieron á la nación: el invencible D. Roger de Lauria, quien ocupa dignamente muchas páginas de la historia

El retrato de este hombre, bajo tantos conceptos célebre, lo ha trazado Quintana en estas palabras:

«Ningún marino, ningún guerrero le ha superado antes y después en virtudes y prendas militares, en gloria ni en fortuna. Era de estatura más pequeña que grande, alcanzaba grandes fuerzas, y su compostura grave y moderada anunciaba desde su juventud la dignidad y autoridad que había de tener. En las ocasiones de lucimiento y en las justas y torneos nadie podía igualarle en magnificencia, ni contrastar su esfuerzo y su destreza. Es lástima que juntase á tan grandes y bellas

de D. Pedro III de Aragón, II de Cataluña y de su hijo D. Jaime II.

„Roger, en efecto, dejó dispuesto que su cadáver fuese sepultado a los pies de su mayor amigo D. Pedro, al que había sobrevivido, y á cuyos triunfos contribuyó de una manera tan eficaz; pero por causas que no es dable averiguar, no se halla á los pies: se le colocó al lado derecho del ínclito monarca, que tanto le había distinguido, contrastando notablemente la suntuosidad del soberbio panteón de éste con la excesiva simplicidad del almirante, cuya tumba cubre únicamente una modesta losa que no se distingue en nada de la del más común monje de aquel monasterio.

„Esta losa es de mármol blanco, y los franceses, en la guerra de la Independencia, durante el tiempo que permanecieron en Santa Creus, abrieron la tumba que contiene los restos del irreconciliable enemigo de su nación, no se sabe si con objeto de examinar sus reliquias, ó acaso para extraer algún hueso; y rompieron y se llevaron asimismo la parte superior de dicha losa, en donde se hallaba la cabecera de la inscripción con el nombre del héroe, ignorándose, igualmente, si con intento de conservar un recuerdo, ó con el de borrar la memoria del que les humilló tantas y tan repetidas veces. Si éste fué su intento, engañáronse seguramente, pues para hacer desaparecer la merecida gloria de nuestro almirante, sería preciso rasgar más de una página de la historia de España, Francia, Nápoles, Roma y Sicilia de aquella turbulenta época, y esto no es tan fácil; además, para borrar el nombre de Roger de Lauria, debiera borrarse al propio tiempo el de D. Pedro el Grande, porque están tan enlazados que no puede desaparecer el uno que no quede el otro casi ilegible, y aunque falte la cabecera de la losa, dejaron, sin embargo, lo suficiente para que conozca el que ha leído los anales de los reinados de D. Pedro III y de D. Jaime *el Justo*, á quién perte-

cualidades la dureza bárbara que las deslucía; su corazón de tigre no perdonó jamás; y abusando con tal crueldad de su superioridad con los vencidos y los prisioneros, se hacía indigno de las victorias que conseguía. Puede excusarse en parte este gran defecto con la ferocidad de los tiempos en que vivió, y con la naturaleza de aquellas guerras verdaderamente civiles.»

nece este enterramiento. Lo que resta de la inscripción, escrita en caracteres góticos, dice sencillamente y sin hipérboles:

.....RAL: DLS: REGNES: DARAGO:
ED: CICILIA: P: LO: SENOR: REY:
DARAGO: EPASSA: DESTA
VIDA: ENLANY: DE: LA: EN
CARNACIO: D: NOSTRE: SE
NOR: ✠ HU: CRIST: MIL: T: CCC
T: IIII: XVI KALENDES:
DE: FEBRER.

„Es de suponer, por el sentido de la inscripción, que sólo falta de ella el nombre de Roger de Lauria. En el extremo inferior de la lápida hay dos escudos, en los que se ven en un campo rebajado tres barras ó fajas horizontales, realzadas del fondo.

„Uno de los pocos monumentos no profanados de Santas Creus, cuando entraron allí los incendiarios en 1835, fueron el de D. Pedro y el de Lauria su almirante. Con oportunidad, y otro día daremos noticia del estado en que se encuentra el panteón de este invicto monarca y de cómo se halla su momia incólume; con la operación practicada durante la noche del 6 de Noviembre de 1857, para certificarnos de si existía realmente, ó si la habían destrozado, según efectuaron aquellos vándalos con las demás del monasterio.

„Cuando nuestro amigo D. Fr. Miguel Mestre, ex-monje y actual cura párroco de Santas Creus, Aiguamurcia y agregados, llevado por su vocación, se encargó en 1840 de aquel vicariato con autorización de su prelado, encontró todo el pavimento del templo destruído, quizás por los que en busca de ilusorios tesoros demolieron tantas bellezas de este monasterio y del de Poblet, y lleno de un laudable celo, digno de ser imitado, con los mayores sacrificios detuvo la inminente ruina del magnífico panteón de D. Jaime II; recogió la momia de Doña Blanca, su esposa, que había sido arrojada bárbaramente en el pozo del palacio que éste había hecho levantar dentro del mismo monasterio; volvió los res-

CAPÍTULO VI.

Cortes en Lérida.—Universidad de Lérida.—Cortes en Zaragoza.—Toma de Lorca.—Cortes de Lérida.—Cortes en Zaragoza.—El vizconde de Cardona se despide del rey.—Continuación de la guerra con Castilla.—Varios sucesos.

(De 1300 á 1304.)

Dejamos á D. Jaime II de vuelta de la empresa de Sicilia al comenzar el primer año del siglo XIV. Después de haber dado las oportunas órdenes para que las plazas y castillos de Albarracín y Ródenas volviesen al dominio de la corona, por haber hecho de nuevo tratos con los castellanos el barón D. Juan Núñez de Lara, que las poseía, pasó el rey á Lérida, donde fueron convocados en Cortes los catalanes. Se trató en

tos de los Moncadas, muertos en la conquista de Mallorca, á su panteón, junto con los de sus descendientes los duques de Medinaceli; y finalmente, repuso en sus respectivas tumbas los huesos de tantos héroes, que son otras tantas hojas de la inmarcesible y gloriosa laurea que adorna los escudos de Cataluña y Aragón, tapiando aquéllas en seguida para evitar toda ulterior profanación. He creído hacer justicia á este celoso eclesiástico, honor de su clase, con esta sucinta reseña de sus muchos méritos, dignos de los elogios de los amantes de nuestras glorias nacionales, el cual, al hacer á sus costas embaldosar de nuevo la iglesia, quiso cerciorarse de si existían aún los despojos de D. Roger, y vió que efectivamente, á pesar de estar muy deteriorados por las humedades, existían todos los huesos del esqueleto con algunas vestiduras del almirante, honor de Cataluña y Aragón. Si hubiesen bastado los escasos fondos que puso á mi disposición la Comisión de monumentos, mi intento era suplir con otra lápida lo que falta, para que nuestra posteridad, al visitar los soberbios panteones de los poderosos reyes de Aragón, no se olvide de inclinar la cabeza delante del humilde sepulcro de su principal apoyo, el invencible ROGER DE LAURIA.„

ellas de la guerra de Sicilia, buscándose medio de satisfacer al Pontífice que, como ya sabemos, hacía cargo á D. Jaime de no haber continuado la guerra de aquel reino, y se establecieron concordias, paces y treguas entre ciertos barones catalanes que andaban desunidos. Para satisfacer al Papa, se dió licencia que partiesen algunas galeras catalanas á unirse con la armada de los aliados, y envió el rey á requerir á Hugo de Ampurias, Guillén Galcerán de Cartellá, Blasco de Alagón, Ramón de Moncada, Martín de Olit, Bernardo Ramón de Ribellas, Pons de Queralt, Guerau de Pons, Pedro de Puigvert y Bernardo de Queralt, que eran los principales que se hallaban en Sicilia, para que saliesen de aquella tierra, y que no obedeciéndole procedería contra ellos y sus haciendas; pero quedóse esto en amago, ha dicho un analista, porque no procedió contra ellos, antes bien entregó las haciendas á sus deudos más cercanos [1].

Con motivo de estas Cortes y de su permanencia en Lérida, fué cuando el rey fundó su célebre universidad, si bien hay quien afirma que ya estaba fundada por D. Jaime I y que Jaime II no hizo sino restaurarla, encargando los estatutos y forma de gobierno á Fr. Arnaldo Amer, general de la Merced, y hombre de grandes talentos y virtudes.

A las Cortes de Lérida siguieron las celebradas á los aragoneses en Zaragoza por Agosto de aquel mismo año. En ellas fué otorgado al rey el servicio de monedaje, según ley y costumbre, á pesar de la oposición que hubo y de las contiendas á que esto dió lugar.

Partió de Zaragoza D. Jaime para Valencia, con propósito de mover la guerra contra el rey de Castilla por las fronteras de Murcia. En esta ocasión fué cuando se

1 Feliu de la Peña, lib. XII, cap. VII.

apoderó por tratos de la villa de Lorca, no pudiendo conseguir igual resultado con respecto á algunas plazas inmediatas, á causa de haber acudido en su socorro gente de Castilla.

Al comenzar el año 1301, estuvo D. Jaime en Lorca, Murcia y Valencia; firmó conciertos con el rey moro de Granada á fin de que éste no valiese al rey de Castilla contra los infantes de la Cerda, y dió orden para que en la frontera de Navarra, entre Ul y Filera, se fundase en una colina la población de la Real, destinándola á la defensa de aquella tierra.

Volvió el rey en este año á celebrar Cortes á los catalanes en Lérida y á los aragoneses en Zaragoza. Fueron las primeras para que le asistieran los catalanes contra algunos malcontentos de Aragón y para la guerra contra Castilla, como también para que jurasen por su sucesor á su primogénito D. Jaime, ya príncipe heredero con aprobación de las Cortes. Se negó á asistir á estas Cortes D. Ramón Folch, vizconde de Cardona, y por este motivo se le declaró fuera de la ley, dándose orden á los oficiales reales y gente de guarda para talar sus tierras.

Amenazaban estallar graves conflictos en Aragón. Muchos nobles de este reino se habían unido y juramentado para exigir al rey ciertas cantidades que decían debérseles, disponiéndose á pedirlas con las armas en la mano. D. Jaime congregó Cortes en Zaragoza el 29 de Agosto de 1301; puso de relieve las exigencias y demasías de los nobles; lo improcedente y contra fuero que era pedir deudas con las armas, y reclamó el conocimiento y juicio de justicia de Aragón. El estado llano se declaró en favor del rey, lo propio que los prelados, mientras que muchos ricos-hombres se ponían también de su parte. El justicia mayor declaró aquellas confederaciones contra fuero, y dando por ilícito lo hecho por

los juramentados, les condenó á estar á merced del rey, pero con la condición de que éste no podía condenarles á muerte. A consecuencia de este dictamen, algunos nobles fueron desterrados, y condenados otros á varias penas. Lope Ferrech de Luna, que era al parecer el jefe de la confederación, fué desterrado del reino por cinco años.

El año de 1302 comenzó para estos reinos viendo proseguir las hostilidades con los castellanos, y enviando D. Ramón Folch, vizconde de Cardona, el héroe defensor de Gerona, á decir al rey que se despedía de su servicio á causa de que los oficiales reales y la gente de guerra que tenía en Cataluña, hacían daño en su tierra por no haber comparecido en la corte. Sin embargo, la causa principal que impulsó al vizconde á dar este paso, fué el no haber querido el rey hacer enmienda y dar satisfacción al conde y condesa de Foix por el derecho que D. Gastón, su hijo, pretendía en la baronía de Moncada y Castellvell.

Proseguía la guerra con Castilla, y no obtuvieron resultado alguno varias embajadas que D. Jaime envió al rey de Francia para que le ayudase á sostener la causa de los infantes la Cerda, desbaratando los planes de la viuda de D. Sancho *el Bravo* Doña María, que había conseguido hacer reconocer y proclamar á su hijo Don Fernando. Aprovechándose Doña María de los elementos de disgusto que había en Aragón, trató de atraer al partido de su joven hijo á los nobles aragoneses desterrados, y éstos, por boca de D. Lope Ferrech de Luna y D. Juan Jiménez de Urrea, se comprometieron á servir al rey de Castilla contra el de Aragón, que estaba empeñado en sostener á todo trance la parte ocupada en el reino de Murcia.

El historiador catalán conocido con el pseudónimo de Ortiz de la Vega, ha trazado con su reconocido talento

de concisión el siguiente cuadro de las cosas de aquel tiempo:

«Mientras duró, ha dicho, la larga lucha con Sicilia, la Francia y la Italia habían andado unidas; luego de terminada, anduvieron en descubrimientos y se dieron por ofendidas, como si una á otra se echasen en cara el mal resultado. La corte pontificia, mal satisfecha de los servicios del francés, é indignada de ver que éste había sido impotente contra Aragón y Cataluña, é incapaz de sentar el pie en Sicilia, se negó á influir para que Carlos de Valois fuese elegido rey de romanos, y pidió con dominio que el monarca francés le prestase homenaje por las temporalidades de sus dominios. La tempestad que en esta pretensión se levantó fué grande. Los franceses, que hasta entonces habían dado asentimiento y aplauso á todas cuantas indignaciones é iras nacían en Italia, ahora apellidaban injusticia, y se esforzaban para atraer á su confederación y voto á los aragoneses. D. Jaime II huía de meterse en tales laberintos. Contento con rechazar á su manera las pretensiones improcedentes, parecíale que cada estado debía componer sus querellas domésticas. Acababa de obtener del infante D. Sancho, hijo del rey de Mallorca, un completo homenaje y reconociminto feudal por las Baleares, Rosellón y Cerdeña [1]. Asimismo, para neutralizar los esfuerzos que hacía el castellano con ánimo de meter discordia en Aragón, entró en tratos con algunos ricos-hombres de Castilla, que prometieron tomar la voz por D. Alfonso de la Cerda, y dió la mano de Do-

1 El príncipe D. Jaime, hijo primogénito de D. Jaime, rey de Mallorca, había renunciado la sucesión del reino para entrar en religión en la orden de frailes menores. El reconocimiento de que habla Ortiz fué hecho por el segundo hijo de D. Jaime, llamado D. Sancho, en Gerona á 19 de Octubre de 1302 (otros dicen 1303), hallándose en dicha ciudad los reyes de Aragón y Mallorca.

ña Constanza, hija suya, á D. Juan, hijo del infante de Castilla D. Manuel, que se declaró favorable á sus pretensiones [1]. A la verdad, lo que principalmente deseaba D. Jaime II era dar largas á su posesión del reino de Murcia, pareciéndole que así se fortificaba en ella, y buscar en lo demás medios de paz y de concordia. Había contraído el compromiso de probar la conquista de las islas de Córcega y Cerdeña, ocupadas por los genoveses, y no sabía cómo salir del paso sin apelar á la alianza de los guelfos, parciales del Papa, contra los gibelinos, que frecuentemente se mostraban hostiles á Roma [2]. No era muy fácil cosa dar satisfacción cumplida á todos los deseos de la corte pontificia, cuyas exigencias subían de punto con los sumisos y humildes. Al rey D. Federico le había sido forzoso contentarse con llevar en Sicilia el título, más bien que pomposo erudito, de rey de Tinacria, nombre antiguo de aquella isla, y, para satisfacer al rey de Nápoles, creyó prudente dar también el nombre de Sicilia á la parte del continente italiano contiguo á ella, y además D. Federico debió pagar anualmente á la corte romana un censo de 15.000 florines [3].»

1 Este casamiento, si bien quedó acordado en la época que dice Ortiz, no se realizó hasta 1311.

2 Para completar lo que escribe Ortiz, hay que advertir que, por Abril de 1303, fué enviado el obispo de Valencia, como legado de la Sede apostólica, al reino de Cerdeña y Córcega para que amonestase y persuadiese á los arzobispos y prelados y á los condes y barones de aquel señorío á recibir por rey á D. Jaime de Aragón; pero sólo consiguió que secundasen sus intentos los desterrados de aquellos reinos, que eran cuantos pertenecían al partido guelfo. No convenía entonces al rey de Aragón abrazar este partido, y dió largas al negocio de la conquista, esperando también á tener asentadas sus diferencias con el rey de Castilla por el reino de Murcia.

3 El señorío feudal de Roma fué reconocido por Federico en Mayo de 1303. Uno de los embajadores enviados por él al Papa, con este mo-

Añadamos por nuestra parte, antes de pasar á otro asunto, que á últimos del año 1304 tuvo vistas D. Jaime de Aragón con los reyes de Portugal y de Castilla, en el lugar del Campillo entre Agreda y Tarazona, á causa de haberse puesto en manos de árbitros y dirimido las pretensiones del monarca aragonés sobre el reino de Murcia, y las de D. Alfonso de la Cerda sobre los estados de León y de Castilla. Quedó acordado que las plazas de Alicante, Cartagena, Elche y Guardamar, con toda la ribera septentrional del Segura, menos Molina Seca y Murcia con sus territorios, quedase por el rey de Aragón. Las de Alhama, Lorca, Monteagudo, Murcia, Molina, Seca y demás pueblos de la misma provincia, quedaron por el rey Castilla y le fueron devueltas.

Por lo tocante á las pretensiones de D. Alfonso de la Cerda, fueron jueces árbitros los reyes de Aragón y Portugal, y sentenciaron que el rey de Castilla le diese rentas de ciertas villas diseminadas, que no formasen estado unido, hasta asegurarse una cantidad anual de 400.000 maravedís.

Y ahora, sin perjuicio de volver más adelante á continuar la historia del reinado de D. Jaime *el Justo*, conviene interrumpirnos para dar á los lectores una idea de lo que fué aquella epopeya conocida por la expedición de catalanes y aragoneses á Levante, que entonces precisamente tuvo lugar.

tivo, fué el conde de Ampurias. Los pactos fueron, según Amari, capítulo XIX, el censo de 3.000 onzas de oro al año y el servicio de 100 lanzas, ó sea 300 caballeros.

CAPÍTULO VII.

Quién era Roger de Flor.—Ofrece sus servicios y los de 8.000 almogavares al emperador Andrónico.—Caudillos de los expedicionarios.—Partida de la expedición.—Su llegada á Constantinopla.—Combate con los genoveses en las calles de Constantinopla.—Roger de Flor, nombrado megaduque, casa con la sobrina del emperador.—Triste situación del imperio.—Primera victoria de Roger.—Acampa la hueste en Cizico.—Fernán Jiménez se aparta de los suyos.—Origen de enemistad entre Miguel y Roger.—Notable acción de Roger.—Reyerta entre almogavares y alanos.—Segunda y brillante campaña de Roger.—Muerte de Alet.—Llegada de Berenguer de Rocafort con refuerzos.—Retirada de Roger.—Mal comportamiento de Andrónico.—Se aloja la hueste en Galípoli.—Llegada de Berenguer de Entenza.—Entenza es nombrado megaduque y Roger césar.—Se paga á la gente de guerra con moneda corta.—Las provincias del Asia son dadas en feudo á los Capitanes catalanes y aragoneses.—Parte Roger á verse con Miguel Paleólogo.—Asesinato de Roger de Flor.—Matanza de catalanes y aragoneses.—Represalias de los nuestros en Galípoli.—Se envía una embajada á Constantinopla.—Asesinato de los embajadores.—Llegada de D. Sancho de Aragón á Galípoli.—Su desavenencia con los capitanes.—Expedición de Berenguer de Entenza.—Batalla ganada á los griegos.—Llegada de la flota genovesa.—Prisión de Berenguer de Entenza.—Bizarría de Berenguer de Villamari.—Los que quedaron en Galípoli dan barreno á los buques de su armada.—Berenguer de Rocafort jefe de la hueste.—Victoria ganada por los nuestros en Galípoli.—Batalla de Apros.—Toma de Apros.—Correrías y venganzas de los nuestros.—Sacrificio heróico de unos prisioneros catalanes.—Llegada de Fernán Jiménez á Galípoli.—Correrías y victorias de Jiménez.—Se apodera de la plaza de Madyto.—Cabalgadas de la hueste.—Victoria de Muntaner.—Jornada contra alanos.—Batalla al pie del monte Hemo.—Hecho notable de un alano.—Defensa de Galípoli por Muntaner.—Turcos y turcoples forman parte de la hueste.—Regreso de Berenguer de Entenza.—Bandos y disensiones en la hueste.—Sitios de Megarix y Ainé.—Llegada del infante D. Fernando.—Trazas de Rocafort para excluir al infante del gobierno.—La hueste determina llevar á otro punto sus conquistas.—Muerte de Berenguer de Entenza.—Jiménez de

Arenós se pasa á los griegos.—El infante D. Fernando se aparta de la hueste para regresar á Sicilia.—Muntaner se decide á marchar con el infante.—Prisión del infante y de Muntaner en Negroponto.—Rocafort sienta su real en Casandria.—Rocafort y su hueste reconocen por rey á Carlos de Valois.—Muntaner va á visitar al infante prisionero.—Libertad del infante D. Fernando.—Prisión de Berenguer de Rocafort.—Su muerte.—Elige la hueste gobernadores.—Alianza con el duque de Atenas.—Asalto de Tesalónica.—La hueste atraviesa la Macedonia.—Penetra en Tesalia.—Alianza con el rey de Tesalia.—Enemistad con el duque de Atenas.—Batalla á orillas del Cefiso.—Los catalanes se apoderan del ducado de Tebas y Atenas.—Roger Deslau elegido capitán de la hueste.—Es elegido por rey de Atenas el infante D. Manfredo.—Berenguer de Estanyol, gobernador por el rey.—Sucede á Manfredo su hermano D. Alfonso.

(De 1303 á 1311.)

I.

«¿A dónde van esas gentes?—A Grecia.—¿Como peregrinos, tal vez, querrán visitar los campos de Salamina, los llanos de Maratón, el desfiladero de las Termópilas, y evocar en ellos las sombras de los antiguos helenos?—No: poco les importa la gloria antigua, porque tienen sed de nuevas glorias y pisarán los sepulcros de Milcíades, Temístocles y Leónidas, sin recordar siquiera los nombres de los héroes que allí se encierran. —Entonces ¿á qué van, pues?—Van á socorrer, en número de 8.000 hombres escasos, á una nación que algún día desbarató sin auxilio ajeno los ejércitos más numerosos que ha tenido el mundo, y quieren abatir el orgullo del turco que la sojuzga, porque ya no es la Grecia heróica, sino un pueblo degenerado, que toca á su ruina para no recobrarse sino al cabo de cinco siglos bien cumplidos. Sin más seguridad que la que podrían tener los héroes fabulosos del Ariosto, acometen una empresa en cuyo apoyo no deben contar más que con su va-

lor audaz en demasía, ó por mejor decir, sobrado temerario.»

Tales son las bellas frases con que un malogrado escritor catalán [1] encabeza la introducción al clásico libro escrito por D. Francisco de Moncada sobre la expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.

Terminada la guerra de Sicilia, dejó sin empleo la paz á algunos miles de catalanes y aragoneses, casi todos almogavares, que no podían fácilmente acomodarse al ocio y á la holganza. Toda aquella gente batalladora, mal avenida con la paz, que no ofrecía ningún porvenir á sus belicosos deseos, codiciosa de la guerra, que era su natural elemento, comenzó á pasear en torno suyo miradas de inquietud, buscando en el mundo un sitio sobre que poder descargar como una nube.

Un hombre aventurero y emprendedor, destinado á dejar de sí larga memoria, les procuró ocasión de satisfacer sus deseos. Era un hombre en la flor de su edad, de aspecto terrible, pronto en sus impulsos, ardiente en sus acciones [2]. Roger de Flor, tal era su nombre, había nacido en Brindis y era hijo de uno de los más ardientes partidarios de Conradino *el Degollado*. En su mocedad se había hecho templario, pero era el joven demasiado travieso y turbulento para fraile, aun para fraile guerrero, y viósele el mejor día colgar, como quien dice, sus hábitos, y abandonar el Temple para hacerse corsario.

Pocas veces se habrá visto un capitán corsario más

1 D. Jaime Tió en su introducción á la obra de Moncada. Las fuentes principales para todos los sucesos que aquí se refieren, están en la crónica de Muntaner, en la obra de Moncada y en los libros de los historiadores griegos Pachymero y Nicéforo Gregoras.

2 Es el retrato que de Roger de Flor hace el griego Pachymero, según la traducción de Buchón.

galán ni más espléndido. Amigos ó enemigos todos los que caían en su poder tenían salvas sus vidas y naves, como no desdeñasen pagar un tributo con que ayudar á sostener el antiguo templario su fausto y lujo, su generosidad y boato. Roger de Flor era pirata para darse vida de príncipe. Con sus compañeros de aventura presentóse al duque de Calabria á ofrecerle sus servicios, que no aceptó, y lastimado con este desaire, fué á brindar con su auxilio al rey D. Federico de Sicilia, que comprendió, en seguida, todo el partido que podía sacar de aquel hombre y de sus intrépidos compañeros. Eminentes fueron los auxilios que prestó entonces á la causa de Sicilia, alcanzando, según se dice, el título de vicealmirante; pero luego de firmada la paz, no sólo quedó sin ocupación, sino precisado á ausentarse de Sicilia, pues que el Papa quería apoderarse de su persona para castigarle como á templario desertor.

Cuentan que D. Federico no quiso entregar á Roger, como se le exigía, y que hasta le indicó el medio de salvarse de sus enemigos yendo á combatir á lejanas tierras, para lo cual le hizo notar que el Oriente ofrecía entonces magnífico teatro á sus deseos de gloria, de ambición y de riqueza. En efecto, el imperio griego, apocado y débil, se veía entonces invadido por los turcos, que ansiaban sentar sus reales en la misma Constantinopla. Con aquella invasión de bárbaros, el emperador Andrónico sentía bambolear su trono y se veía al borde de un abismo. Roger de Flor aprovechó esta coyuntura. Envióle una embajada ofreciéndole sus servicios y el de los 8.000 almogavares, á los cuales la paz dejara sin ocupación, y Andrónico, á quien la necesidad había ya obligado á servirse de auxiliares extranjeros, aprovechó esta ocasión como llovida del cielo, y envió mensajeros provistos con sus bulas de oro para tomar á su servicio á Roger y á los suyos. Prometió honrarle

á él con el título y dignidad de *megaduque* y darle, á más, en matrimonio su sobrina María, hija de Azán; á los que fuesen con él les ofreció el sueldo más brillante y todo lo que fuese necesario para la guerra, ya que no podía contar con los griegos, que se habían dispersado en Occidente, buscando en la esclavitud el único medio de existencia [1].

Ocho mil hombres se dispusieron á seguir á Roger de Flor, á quien eligieron por su caudillo y general, sin embargo de estar divididas las opiniones entre él, Berenguer de Entenza, Fernando Jiménez de Arenós [2] y Berenguer de Rocafort, que fueron también caudillos de las tropas expedicionarias. A más de estos caudillos, ofreciéronse á Roger, y se dispusieron á partir con él en calidad de jefes, Pedro y Sancho de Ros (Arós y Orós según alguno), Fernando Ahones (otros le llaman Aunés), Corberán de Lehet (le llaman otros Corbolán de Alet), García de Bergua, Martín Lográn, García Palacín, Guillén de Siscar, Guillén Pérez de Caldés, Fernán Gómez, Jimeno de Alvaro y otros, en su número Ramón Muntaner, que fué el cronista de la jornada y que tomó en ella señalada parte.

Todo se dispuso para la marcha. El rey D. Federico armó 10 galeras y dos grandes naves de transporte, llenas de provisiones y vituallas, y las puso á disposición de Roger de Flor, que contaba ya otras tantas. La flota expedicionaria partió de Mesina haciendo vela hacia Constantinopla, á donde llegó por Setiembre de 1303. Berenguer de Entenza, á quien las crónicas presentan como un hermano de armas de Roger de Flor, y dicen

1 El mismo Pachymero.

2 Al decir de Pachymero, Fernando Jiménez se presentó al emperador sin ser llamado, y antes que Roger, conduciendo una compañía mantenida á sus expensas, y ofreció sus servicios á Andrónico, que los admitió.

que estaba con él íntimamente unido, se quedó en Sicilia para juntar nuevas tropas con que ir á reforzar más adelante el cuerpo principal mandado por Roger. Lo propio hizo Berenguer de Rocafort.

Con júbilo y agasajo fueron recibidos en Constantinopla los expedicionarios. Su llegada fué una solemnidad para el imperio. Es fama que no se cansaba el emperador de admirar á aquellos hombres tostados por el sol de los combates, con su extraño traje, su aguerrido continente, su militar despejo y su marcial desembarazo. Andrónico, en su comprometida situación y en su impotencia para resistir á los turcos, miraba á aquellos guerreros algo más que como unos aliados: como unos salvadores.

Fué la hueste acuartelada en el barrio llamado de Blanquernas, distribuyéndosele víveres y vino por vía de agasajo, con la paga de cuatro meses; pero eran huéspedes tan inquietos y turbulentos los almogavares, que no tardaron en convertir á Constantinopla en un teatro de sangrientas escenas. Pasó el caso como sigue. Los genoveses residentes en Constantinopla, por motivo de su comercio, vieron al parecer con desagrado la llegada de los almogavares, y estaban dispuestos á manifestarles de uno ú otro modo su antipatía. Un genovés hizo burla cierto día del salvaje aspecto y desaliñado traje de un almogavar; pero como esta gente montaraz y terrible soportaba pocas chanzas, el ofendido vengó luego en el ofensor su atrevimiento tendiéndole muerto á sus plantas. Inmediatamente se generalizó la pelea. Corrieron los genoveses llamando á las armas, acudieron los almogavares lanzando sus salvajes gritos de guerra, y el combate se trabó, combate encarnizado que hubiera tenido funestísimas consecuencias, pues que iban ya los almogavares á pasar á saco y fuego el barrio habitado por los genoveses, si prontamente no

hubiese acudido Roger de Flor á calmar la cólera y á contener el ímpetu de los suyos. Esta es la versión que hacen del hecho, como más probable, Moncada y Romey, siguiendo en parte á Muntaner. Pachymero dice que la reyerta fué promovida á causa de haber pedido los genoveses á Roger la devolución de cierta cantidad que le habían prestado en Sicilia para proveer á los gastos de la empresa.

El emperador Andrónico no deseaba otra cosa que agasajar y honrar á sus nuevos aliados. A tenor de los tratos, Roger de Flor fué nombrado *megaduque*, que era la cuarta dignidad del imperio de Bisancio, siendo la primera la de *sebastocrátor*, la segunda la de *césar* y la tercera la de *protovestiario*. Obtuvo también la mano de María, sobrina del emperador, hija de la hermana de éste, Irene, y de Azán, rey de los búlgaros. Se dice que era María una hermosa y gentil doncella, que tenía sólo diez y seis años. Fueron celebradas las bodas con gran cordialidad y algazara, no viniendo á turbarlas más que el referido lance de genoveses y almogavares.

Terminados los desposorios, Roger de Flor, unido ya al imperio griego por los lazos de la sangre y por los de la ambición, decidió sin pérdida de tiempo comenzar su campaña contra los turcos. La necesidad de empezar la guerra se hacía sentir de una manera apremiante. Los turcos estaban soberbios de insolencia y orgullo, y hacían llover sobre el imperio toda clase de calamidades. Hasta las puertas mismas de Constantinopla llevaban sus correrías. Todo era luto, horror, consternación y espanto en el pobre reino de Andrónico. Jamás anochecía sin que los bárbaros hubiesen sitiado algún pueblo y lo hubiesen entrado á saco, pasando á cuchillo á cuantos caían en sus manos. Un rastro de sangre y fuego anunciaba el paso de los turcos á través de las feraces llanuras del imperio griego.

Huyendo la matanza y el exterminio, los campesinos se habían refugiado en las ciudades llenando las calles de rostros macilentos y cuerpos exánimes, agrupándose en las viviendas demasiado estrechas para contener un aumento tal de población. Entonces, como si Dios no hubiese aún enviado suficientes pruebas á los súbditos de Andrónico, les mandó el hambre y la peste, y estos dos terribles azotes cayeron como una lluvia de fuego sobre poblaciones enteras. Las calles estaban llenas de cadáveres, los templos de gente, las casas de víctimas. Negros días de luto corrieron entonces para el imperio. Los bárbaros se habían hecho dueños de las más feraces campiñas y habían pasado por ellas talándolas; las ciudades más populosas quedaban yermas y desiertas; muchas poblaciones habían sido entregadas á las llamas y eran sólo un montón de escombros. Tiranos estaban los turcos con el país que conquistaban. Hacían de los hombres sus esclavos y de las mujeres sus concubinas. Sólo un brazo de mar de una legua de anchura les llegó á separar de Constantinopla. El día que tuviesen bajeles, echaban á Andrónico de su solio.

Tal era la apurada y extrema situación del imperio, cuando el animoso Roger de Flor salió de su capital al frente de su hueste, llevando también consigo un cuerpo de griegos, mandado por Marulli, y otro de alanos al mando de su jefe George. El almirante era el aragonés Fernando Ahones. Embarcóse el ejército en los navíos y galeras de su armada, y atravesando el mar de Prepóntida, llamado hoy de Mármora, tomó tierra la gente en el cabo de Artacio, que Muntaner llama Artaki, no lejos de las ruinas de la famosa Cizico.

Al llegar á Artacio, supo Roger que los turcos estaban cerca y tenían su campamento á dos leguas. Dióse prisa á desembarcar la gente, y habiendo enviado á reconocer el campo, esperó á que anocheciera para mejor

llevar á cabo su plan. Quería caer sobre los enemigos en cuanto amaneciese y aprovechar la ocasión de hallarles descuidados. Así sucedió, y coronó la suerte con el éxito más feliz la osadía del valiente caudillo.

Guiaban Roger de Flor y Marulli la vanguardia, compuesta toda de caballería, llevando sólo dos estandartes, el uno con las armas de Andrónico y el otro con las de Roger. Seguía la infantería en un solo escuadrón, al mando de Corbolán de Alet, que era el senescal del ejército, y á la sombra de dos banderas, una con las armas del rey de Aragón, D. Jaime, y otra con las del de Sicilia, D. Federico; ya que entre las condiciones que por parte de los catalanes se propusieron al emperador—y cosa es digna de nota,—fué una de las primeras la de que estuviesen en plena libertad de llevar por guía y por señera los blasones de sus respectivos reyes y países, porque, como ha dicho Moncada, querían que á donde llegasen sus armas llegase la memoria y autoridad de sus reyes, y porque las armas de Aragón las tenían por invencibles.

Como una tempestad cayeron los almogavares sobre los desprevenidos turcos al rasguear del alba, lanzando sus salvajes gritos de *¡Aur! ¡Aur!* y *¡Desperta, ferro!* El hierro despertó, y también los turcos á tan extraño clamoreo; pero estaban cercados por todas partes y no había medio de escapar. Armáronse á toda prisa y dispusiéronse al combate, pero su valerosa resistencia sólo sirvió para aumentar la gloria de los almogavares. Las azconas de éstos tuvieron larga faena. Aquella primera victoria fué completa. Tres mil jinetes y 2.000 infantes del ejército turco quedaron en el campo, y rota y desbandada aquella hueste pocas horas antes tan poderosa, habiendo dejado muchos prisioneros y gran número de mujeres y niños en poder del vencedor.

Tras el saqueo del campamento turco regresó el me-

gaduque á Artacio, y puso en noticia del emperador tan espléndida jornada, enviando á Constantinopla, como prueba, las galeras preñadas de esclavos de ambos sexos, de riquezas y preseas. En seguida, por haber entrado con mucho rigor el invierno, y de acuerdo y consejo de sus capitanes, resolvió invernar en Cizico, á donde mandó Andrónico que con mucha diligencia se llevasen por mar los víveres necesarios para la hueste, y á donde fué á reunirse con su esposo la joven megaduquesa María, para con sus amorosos cuidados poderle hacer gratos los sinsabores del campamento.

Por lo que toca al almirante Fernando Ahones, recibió la orden de llevar á invernar la armada á la isla de Chío, puerto seguro y vecino de las costas enemigas.

II.

Por más que Muntaner trate de ocultarlo, hay que dar algún crédito á los historiadores griegos Nicéforo y Pachymero, cuando, si bien con exageración de seguro, nos pintan con sombríos colores la estancia de los nuestros en Cizico. Háblannos de sus excesos, desorden y desenfreno, y dícennos que por no haber podido reprimirlos con su autoridad y consejo, y por no haber querido hacerse cómplice de ellos continuando en sus filas, buscó ocasión de apartarse de los suyos el buen caballero Fernando Jiménez de Arenós. El hecho de la separación de Jiménez es exacto. Desavenido con el megaduque Roger, por la causa que le atribuyen los historiadores griegos ó por otra cualquiera, abandonó los reales con sus gentes y algunos más que seguirle quisieron, é hízose al mar con sus naves en dirección á Sicilia; pero, sin embargo, aportó en Atenas y se alistó al servicio del duque de este estado, hasta que más ade-

lante, como hallaremos, nuevas ocurrencias le hicieron volver á juntarse con sus paisanos.

La victoria alcanzada por Roger produjo un fatal resultado, y fué el de encelarse siniestramente el sebastocrátor Miguel, el cual no pudo ver con buenos ojos que al megaduque le hubiese bastado llegar á Cizico para vencer, cuando él había ido antes allí con poderosa hueste sólo para sufrir un descalabro tras otro. Esta es al menos la causa á que atribuye Muntaner el mortal encono que desde entonces abrigó en su corazón Kir Miguel, como le llama, contra Roger y su gente; encono que hubo de traer funestas consecuencias, encono que los historiadores bizantinos achacan al mal tratamiento de sus vasallos de Cizico por los catalanes; siendo, empero, más probable en este punto la opinión del cronista catalán por más lógica y valedera.

En abriendo el tiempo, por el mes de Marzo de 1304, el megaduque y su esposa pasaron á Constantinopla, y alcanzados de Andrónico el dinero y las órdenes que necesitaba, volvió Roger á reunirse con los suyos, habiendo dejado á María en la capital. Muntaner cuenta que, á su regreso á Cizico, el megaduque satisfizo á los huéspedes que habían tenido hasta entonces soldados en casa, todo lo que habían gastado en mantener á éstos, y no quiso que se les descontase de su sueldo. Quedóles de esta manera libre el dinero de las cuatro pagas, que luego se les dió, y tomando Roger sus libros de las raciones y cuentas, donde constaban los gastos excesivos que los soldados hicieran, los mandó quemar en la plaza pública de Cizico, siendo muy loada de todos semejante liberalidad.

Todos estaban ya prontos para salir á campaña, y fijado el día 9 de Abril por el de la marcha, cuando estalló una sangrienta discordia con los alanos, como había estallado en Constantinopla con los genoveses. Al-

mogavares y alanos tuvieron un choque en que murieron gran número de los últimos, contándose entre los muertos el hijo de su capitán George. Roger, que no solamente no contuvo aquella vez á los suyos, sino que hasta parece que les impulsó á la contienda, quiso con dinero aplacar á George por la muerte de su hijo; pero George despreció el dinero, y, como dice con bella frase Moncada, al agravio del hijo muerto se añadió la afrenta del ofrecimiento. Desde aquel día tuvo Roger otro mortal enemigo.

Este suceso retardó hasta primeros de Mayo la partida de la hueste. Salió por fin ésta de Cizico para Anatolia en número de 6.000 hombres con nombre de catalanes, 1.000 alanos y las compañías de griegos al mando de Marulli, pero obedeciendo todos á Roger como principal y superior caudillo.

Atendidas las condiciones de una reseña de esta clase, no es posible seguir paso á paso la homérica marcha de aquel puñado de hombres. Internóse Roger por el reino de Anatolia; ocupó Germe y Geliana; llegó á Filadelfia, donde venció en reñida batalla á un ejército turco de 12.000 infantes y 8.000 jinetes; hizo una correría por la parte de Kulla; entró triunfante en Nizea; alzó su bandera en los torreones de la mayor de las Magnesias griegas; paseó victorioso el país, cuajado de ciudades donde es fama que se hallaban las siete iglesias cristianas del Apocalipsis; hízose abrir las puertas de aquella famosísima Éfeso de la Diana antigua; atravesó la comarca de Caria, y todo aquel inmenso espacio de provincias que están entre la Armenia y el mar Ejeo, haciendo huir ante él, como un grupo de milanos desbandados, las huestes de los turcos, y acabó, finalmente, por despertar los dormidos ecos del monte Tauro con sus alaridos de guerra y sus gritos de victoria, ya que señaladísima la alcanzó su hueste en las faldas de dicho monte.

Es asombrosa tan continuada serie de hazañas, y no es extraño, por lo mismo, que se devoren las páginas que nos hablan de esta expedición con el mismo afán con que se devoran las de la Iliada. «Los más grandes ejércitos de las cruzadas, ha dicho Ortiz de la Vega [1], no hicieron lo que entonces ese puñado de catalanes que parecían sumergidos en la vasta región del Asia. Cada paso que daban los catalanes era sobre los escombros de algún pueblo famoso, el río Hermes, la Lidia, la antigua Sardes, Esmirna, Pérgamo, Tyrreum, Éfeso, Antioquía, Apamea, Colossus y otras ciudades parecían estremecerse en sus ruinas sintiendo que por allí andaban hombres.»

En una de sus batallas contra los turcos tuvo Roger el desconsuelo de perder á uno de sus más valientes compañeros, á Corbolán de Alet, que era senescal del ejército, y hombre á quien profesaba particular cariño y singular estimación. Murió en el combate de Tyrreum ó Tiria, de un flechazo en la cabeza.

En Éfeso se incorporó á la hueste Berenguer de Rocafort, que venía de Sicilia mandando un cuerpo de 1.000 almogavares y 200 jinetes. A su llegada á Constantinopla, el emperador le dió orden de ir á juntarse con Roger; llegó á Chío en el momento en que el almirante Ahones se iba á hacer á la vela con su armada para Ania, y arribaron juntos á esta ciudad, desde cuyo punto envió á participar su llegada á Roger. Este comisionó á Ramón Muntaner para que fuese á saludar

1 No se extrañe que me complazca en citar muy á menudo á Ortiz de la Vega y aproveche la menor ocasión para recordar palabras suyas, ejemplo que trato de seguir con Desclot, Moncada, Piferrer, Tió, Cutchet y otros autores catalanes. Mi objeto, al escribir esta obra, es también hacer notar la valía de nuestros escritores, sobre todo la de aquéllos cuyos importantes trabajos permanecen algo desconocidos por causas que no son de este momento.

al recién llegado. Muntaner, con sólo 20 caballos y alguna gente práctica para que le guiasen por caminos extraviados, cruzó toda la comarca que se extiende entre Éfeso y Ania, teniendo que abrirse paso muchas veces con la espada, y llegó por fin salvo á esta última ciudad, de donde regresó á Éfeso con Rocafort y su hueste. Fuele dado entonces á Berenguer de Rocafort el empleo de senescal, vacante por la muerte de Corbolán de Alet.

Ocho días se detuvieron los nuestros al pie del monte Tauro, y en el mismo lugar donde el 15 de Agosto vencieron á 30.000 hombres, 10.000 de ellos jinetes. Tan señalado fué el triunfo y tantos los despojos, que fueron pocos los vencedores para recoger la presa. Al embocar aquel temido desfiladero que separa la Anatolia de la Armenia, y á que se da vulgarmente el nombre de *Puerta de hierro*, detúvose Roger como receloso de seguir adelante é internarse en un país desconocido, falto de guías y gente práctica en la tierra. Y como al propio tiempo entraba ya con rigor desusado el invierno, se decidió á volver con su ejército á las provincias marítimas. En esta retirada dicen los historiadores bizantinos que los nuestros hicieron más daño en las ciudades de Asia, que los turcos enemigos del nombre cristiano; y á esto opone Moncada, que si bien debieron ser algunos los daños, no tanto como aquéllos los encarecen. Aun dando por cierto lo que se dice y supone, no se amengua el brillo de las victorias, porque, como ha dicho el autor citado, «¿Qué ejército se ha visto que diese ejemplo de moderación y templanza, y más el que alcanza muy á tarde sus pagas?»

Glorioso el nombre de Roger való en alas de la fama, siendo terror de los turcos y nuncio de la victoria; pero cuanto más crecía en los campos de batalla el valiente caudillo, más envidiosos y enemigos se iba haciendo

en la corte. Dícese que el mismo emperador Andrónico empezó á retirarle su confianza y á alimentar sospechas, á las que daban pábulo con sus intrigas los genoveses de Constantinopla, su hijo Miguel, y George, el general de los alanos. Roger se hallaba sitiando á Magnesia, que se le había rebelado apoderándose de la mayor parte de sus riquezas y tesoro, cuando le llegó un despacho de Andrónico mandándole que, dejando el sitio de aquella ciudad, fuese á juntarse con Miguel, su hijo, para socorrer al príncipe de Bulgaria, cuñado de Roger, contra quien se había levantado un tío suyo amenazándole con apoderarse de sus estados. Hay quien cree que este levantamiento fué fingido por Andrónico, á fin de dar alguna razón aparente para sacar á los nuestros del Asia.

Embarcóse el ejército en las galeras y navíos de su armada, dice Moncada; y siguiendo la orden que tenían del emperador Andrónico, atravesaron el estrecho y desembarcaron toda la gente en Thracia Chersoneso, tomando por plaza de armas y principal cabeza de sus alojamientos á Galípoli, ciudad en aquel tiempo tenida por la más principal de la provincia, puesta casi á la boca del estrecho que mira al Norte. Alojada la hueste en Galípoli, Roger pasó á Constantinopla con cuatro galeras y con parte de la infantería más escogida á verse con el emperador, de quien debía recibir dinero para la paga general.

III.

Mientras Roger de Flor perdía el tiempo en Constantinopla solicitando, en vano, el dinero que no se le daba, llegó de Sicilia Berenguer de Entenza con 300 jinetes y 1.000 almogavares. Holgóse mucho Roger de tener al de Entenza en su compañía, que había entre los dos estrechas relaciones de amistad, y confesaba

lealmente el primero deberle muchas obligaciones al segundo, ya que á él era deudor del comienzo de su fortuna.

Con la llegada de Berenguer de Entenza, y por ser quien era, de tan principal linaje y alcurnia, se acordó darle el título y honores de megaduque, concediéndose los de césar á Roger de Flor. La nueva distinción dada á éste produjo suma impresión en el ánimo de sus enemigos, que creyeron descubrir en el caudillo de Occidente intenciones de acabar con los Paleólogos y arrojarles de su silla imperial.

Los almogavares no tardaron en notar esta mala disposición de ánimo en los griegos. Una circunstancia acabó de hacérselo comprender todo. Al recibir del emperador la paga convenida y por tanto tiempo retardada, hallaron que se había alterado el valor de la moneda de suerte que, de 24 partes, las 15 eran de liga y sólo 9 de oro. Rugieron de cólera, pero logró calmarles Roger abandonándoles sus propios tesoros, con las joyas de su esposa María, para que se cobrasen. Roger de Flor estaba irritado; Berenguer de Entenza arrojó al mar sus insignias de megaduque; los aliados estaban furiosos, y el trono de los Paleólogos se estremeció al grito de cólera que lanzó toda aquella multitud apiñada bajo el pendón de las Barras de Cataluña y las Águilas de Sicilia.

«La insolencia de los soldados, la envidia de los griegos, la instancia del hijo trocó el amor y afición que Andrónico tenía á nuestras cosas en mortal aborrecimiento; y así se determinó entre el emperador y su hijo dar aparente y honrosa satisfacción á los catalanes, y ocultamente trazar su perdición y ruina.» En estas palabras se expresa Moncada hablando del concierto que entonces se verificó. Este fué dar el emperador Andrónico las provincias del Asia en feudo á los ricos-hom-

bres y caballeros catalanes y aragoneses, con obligación de que siempre que fuesen llamados y requeridos por él ó por sus sucesores, acudiesen á servirle á su costa, y que el emperador no estuviese obligado á dar, después de la conclusión de este trato, sueldo á la gente de guerra; sólo les había de socorrer cada un año con 30.000 escudos y con 120.000 medios de trigo, dándoles el dinero de las pagas corridas hasta el día de este concierto.

«Con este trato, dice Moncada, quedaron nuestras cosas, al parecer, en suma grandeza; porque los catalanes se vieron señores de todas las provincias de Asia, así por dárselas el emperador en pago de sus servicios, como porque las ganaron con las armas y libraron de la servidumbre de los turcos; títulos que cualquiera de ellos era bastante á darles el derecho señorío de todas ellas. Esta fué una de las cosas más señaladas de esta expedición, y que más puede ilustrar la nación catalana y aragonesa; pues cuando los romanos, vencido Mitrídates, ganaron el Asia, alcanzaron una de sus mayores glorias, y lo que el valor de tantos famosos capitanes y ejércitos conquistó en muchos años, lo adquirieron los nuestros en menos de dos; y si con engaños y traiciones no le atajaran su fortuna, quedaran absolutos señores y príncipes del Asia, y quizá si se conservaran, detuvieran los turcos en sus principios, y no les dieran lugar á dilatar ni engrandecer los límites inmensos del imperio que poseen.»

Mientras que por este tiempo andaban los catalanes llenos de esperanza, aunque siempre algo recelosos, llegó la época de partir de Grecia para continuar la guerra, y decidió Roger ir á verse con Miguel Paleólogo para darle razón de lo que se había tratado con su padre en materia de guerra. Los jefes y adalides de la hueste procuraron disuadirle de aquel viaje, temiendo algún fu-

nesto resultado y recelando de la doblez y mala fe de Miguel. Su esposa María, que como educada en el palacio imperial conocía bien á fondo las perfidias cortesanas, procuró también con súplicas y lágrimas disuadirle de aquel temerario empeño; pero Roger lo desatendió todo, y, llevado por su fatal destino, pasó á Andrinópolis donde estaba Kyr Miguel.

Quedó en Galípoli por capitán y comandante de la hueste Berenguer de Entenza y por senescal Berenguer de Rocafort, y marchó Roger con 300 caballos y 1.000 infantes, según Muntaner; con 200 jinetes, según Nicéforo, y solamente con 150 hombres escogidos, si se ha de creer á Pachymero. En cuanto á María, despidiéndose de aquel esposo á quien ya no debía volver á ver jamás, no quiso quedarse en Galípoli, y pasó á Constantinopla acompañada de cuatro galeras al mando del almirante Ahones. Según el historiador griego Pachymero, Roger llegó á Andrinópolis el 28 de Marzo de 1305; pero difieren en esta fecha otros historiadores.

Recibido por el pérfido Miguel con la mayor distinción y muestras del más acendrado cariño, alejó Roger cualquiera sospecha que pudiera abrigar en su ánimo, y después de haber permanecido confiadamente algunos días en Andrinópolis, aceptó un convite al que le invitaron Kyr Miguel y su esposa. Alegre y tranquilamente comía con ellos el césar en una habitación de su palacio, cuando de pronto, abriéndose de par en par las puertas, dieron paso á una turba de alanos capitaneados por George, que se lanzaron sobre Roger, y después de muchas heridas le cortaron la cabeza á presencia de Miguel y de la esposa de éste, y sin que ni unos ni otros trataran de estorbar aquel crimen de traición y de hospitalidad.

Esta es la relación de la muerte de Roger de Flor hecha por Muntaner y aceptada por Moncada, que aña-

de algunos detalles. Varían, sin embargo, en sus versiones los historiadores bizantinos.

Nicéforo es muy sucinto: dice que Roger fué muerto delante del palacio imperial, junto con algunos que le acompañaban, por los soldados de Miguel. Pachymero es más detallado: explica que los alanos estaban furiosamente prevenidos contra Roger por su general George, cuyo hijo había sido muerto en Cizico por orden de aquél, y buscaban una ocasión para vengar á su jefe. «Halláronla, añade el citado historiador, en el momento de entrar Roger solo en el aposento de la emperatriz, después de haber dejado fuera sus guardias. Cuando atravesaba el umbral de la puerta, George le pasó con su espada, como si quisiera ir á buscar en su cuerpo la sangre de su hijo injustamente derramada. Al instante cayó muerto aquel bárbaro, injusto é insolente, pero ardiente é intrépido.» Pachymero trata de excusar á Miguel, y dice, con grandes protestas, que no tuvo participación alguna en aquel crimen, cometido sólo por los alanos en aras de una venganza personal.

La muerte de Roger fué como una señal de exterminio. Todos los almogavares que había en Andrinópolis fueron sorprendidos y pasados á cuchillo, salvándose sólo tres que hicieron una resistencia desesperada y heróica. Muntaner nos ha conservado los nombres de estos tres héroes, que fueron Ramón Alquier, de Castellón de Ampurias; Guillén de Tous, y Berenguer de Roudor, que era de las orillas del Llobregat. Los de Constantinopla imitaron á los de Andrinópolis matando á todos los catalanes y aragoneses que allí había, y pereciendo entre ellos Fernando Ahones, el almirante, y tres embajadores que había enviado Berenguer de Entenza á Constantinopla para pedir lo que se les debía, llamados Rodrigo Pérez de Santa Cruz, Arnaldo de Montcortés y Ferrer de Torrellas. Las aldeas siguie-

ron el ejemplo de las ciudades. Durante una porción de días todo fué matanza y sangre: los griegos se convirtieron en tigres carniceros para con sus aliados, á quienes, por estar desprevenidos, pudieron casi asesinar á mansalva.

Pero en cambio, ¿quién sería capaz de pintar lo que sucedió en Galípoli, aunque Muntaner lo calle, cuando el cuerpo principal de la hueste vió llegar á un puñado de sus hermanos escapados á la matanza, y supo la suerte que había cabido al infortunado Roger de Flor?.... El dolor les exaltó, les cegó la cólera, les arrebató el deseo de represalias; esparciéronse por las calles como una bandada de tigres fugitivos de los bosques, y dando clamores espantosos, exhalando gritos de rabia y de venganza, rugiendo de ira y desesperación, degollaron á niños, á mujeres, á jóvenes y á viejos, y pasaron á cuchillo á todo cuanto llevaba el nombre griego en Galípoli y sus alrededores. En seguida, embriagados por aquella orgía de sangre, arremolináronse furiosos junto á la casa en que moraba Berenguer de Entenza, y le pidieron á gritos marchar contra Constantinopla y vengar á Roger.

Algo debió calmar la agitación febril de los nuestros al ver que el enemigo con gran golpe de gente se acercó á Galípoli, poniéndose casi sobre sus murallas. Andrónico y Miguel, temiendo, naturalmente, que los nuestros no intentasen alguna correría, allegaron hasta el número de 30.000 infantes y 14.000 caballos, entre las tres naciones de turcoples, alanos y griegos, y enviaron á poner sitio á Galípoli. Los catalanes y aragoneses fortificaron la plaza, que tenían libre por la parte de mar, y celebrado consejo de capitanes, se resolvió enviar á Constantinopla una embajada con encargo de decir al emperador que se separaban y apartaban de su servicio, acusándole de haber faltado á la fe

jurada y retándole á fin de que 100 á 100, ó 10 á 10, conforme al uso de aquellos tiempos, combatiesen en satisfacción de su agravio y de la muerte afrentosa dada alevosamente á Roger de Flor y á los suyos.

Fueron nombrados embajadores un caballero catalán llamado Siscar, un adalid cuyo nombre era Pedro López, dos jefes almogavares y dos cómitres, los cuales salieron en una barca de 20 remos que no tardó en llegar á Constantinopla. Una vez allí, el catalán Siscar, cabeza de la embajada, cumplió su encargo, retó al emperador, le acusó de bastardía y de falta de fe, y pregonó que 10 contra 10 y 100 contra 100 estaban prontos los almogavares á probar que malvada y alevosamente se había hecho asesinar á Roger; que Andrónico había dispuesto correrías contra la hueste sin previo desafío, y que, por todo lo dicho, desde aquel día se desatendían de su persona.

Este osado y valiente reto de un puñado de hombres á todo un imperio, hizo profunda sensación en Constantinopla. Debió seguramente parecer heróico aquel valor á toda prueba y la abnegación admirable, sobre todo, con que seis hombres solos se hacían portadores de este reto y se presentaban en medio de sus enemigos, arrostrando todos los peligros, dispuestos á morir si convenía. Así desgraciadamente sucedió. ¿Cómo podían esperar librarse los seis audaces embajadores, cuando aún hormigueaban las manos de los asesinos? ¿cuando aún hervían en sus pechos la saña y la cólera? ¿cuando bien pudiera decirse que, ya á fuerza de beber sangre de catalanes y aragoneses, los más tímidos se habían tornado leones, sucediendo lo que con aquel rey de las baladas escocesas, que todos querían matar por que sabían que sólo el tragar una gota de su sangre daba valor eterno al corazón cobarde y convertía en tigre al cordero?

Terminada su misión, los embajadores, pidiendo que

se les diese seguridad para su regreso á Galípoli, partieron acompañados de un comisario imperial, y hay aún quien dice que de una escolta; pero llegados al pueblo de Rodosto, por orden del mismo comisario que les acompañaba, fueron presos y descuartizados como viles animales en las carnicerías públicas del lugar.

Se dice que en aquel intermedio tuvieron noticia los de Galípoli de que navegaba por aquellos mares, con 10 galeras del rey de Sicilia, D. Sancho, hijo natural de Pedro *el Grande* y hermano, por consiguiente, de D. Federico. Berenguer de Entenza y los demás capitanes enviaron luego á suplicarle que fuese á Galípoli á tomarles los homenajes y juramento de fidelidad por el rey de Sicilia. Acudió D. Sancho y se le recibió con júbilo y grandes demostraciones de alegría. Recibió el juramento de fidelidad en nombre del rey D. Federico, un caballero de su casa, que se llamaba Garci López de Lobera y seguía las banderas de Berenguer de Entenza, y juntamente le eligieron por su embajador al rey, junto con Ramón de Copons y Ramón Marquet, que Moncada cree hijo del almirante de este nombre que figuró en la época de D. Pedro. Los embajadores llevaban encargo de dar larga relación á D. Federico del estado en que se hallaban los de Galípoli, pidiéndole que les auxiliase, pues en ello se interesaba el aumento y grandeza de su casa, ya que le abrían aquella puerta para ocupar el imperio de Oriente.

Cuando estos enviados partieron, D. Sancho ofreció seguir y acompañar á Berenguer de Entenza en la jornada que tenía dispuesta; pero ya fuese por preocuparle sus propios intentos, ó por desconfiar del éxito de sus compatricios, pronto se desavino con los jefes. Se le reconvino entonces y se le recordó el empeño de su palabra, pero contestó que había paces entre Andrónico y Federico, y que sin expresa orden de éste no había

de ocupar sus galeras en daño de un príncipe amigo.

D. Sancho partió, pues, y Berenguer de Entenza se dispuso á abrir la campaña. Embarcó en 5 galeras, 2 leños de remos y 16 barcos, 800 infantes y 50 caballos, y salió de Galípoli, dejando en esta ciudad por gobernador de ella á Ramón Muntaner y por jefe superior de la hueste á Berenguer de Rocafort.

Como la jornada que acometía Berenguer de Entenza no era por codicia, sino por venganza, viósele cortar las aguas con las tajantes proas de su pequeña flota y llegar á la isla de Mármora, la Prepóntida de los antiguos, para convertirla en un charco de sangre donde se reflejaron las llamas de sus pueblos incendiados. Con la misma presteza y rigor volvió Berenguer sobre la costa, y, después de haber apresado algunas naves, acometió la importante y rica ciudad de Heráclea, entrándola á viva fuerza con poca pérdida de los suyos. Heráclea fué pasada á saco, á cuchillo y á fuego. Era una terrible y desesperada venganza la que tomaban catalanes y aragoneses.

Tuvo Andrónico aviso de la pérdida de Heráclea cuando juzgaba á los catalanes fugitivos y camino de Sicilia, y envió apresuradamente, con la mayor hueste que pudo reunirse, á su hijo Calo Juan, á fin de atajar los daños que Berenguer de Entenza hacía en aquella costa, que llamaban los griegos de Natura.

«Junto á Puente Regia, dice Moncada, supo Berenguer que Calo Juan venía, y el número y calidad de sus fuerzas; y aunque en lo primero se juzgó por muy inferior, en lo segundo le pareció que aventajaba á su enemigo, y así resolvió de echar su gente en tierra y recibir á Calo Juan, que avisado también por corredores, como Berenguer con su gente habían puesto el pie en tierra, apresuró el camino temiendo que no se retirasen, porque nadie pudiera creer que ricos y llenos de

despojos quisieran los nuestros aventurarse sino forzados. Llegaron con igual ánimo á embestirse los escuadrones, y en breve espacio se mostró claramente que el valor es el que da las victorias y no la multitud, porque los nuestros quedaron victoriosos siendo pocos, y los griegos rotos y degollados siendo muchos. Calo Juan escapó con la vida y llegó á Constantinopla destrozado.»

Con él entró el terror en la ciudad. Andrónico dió orden para que á toda prisa se armase el vecindario, temiendo ver aparecer de un momento á otro á las puertas de Constantinopla á Berenguer de Entenza, que dejaba un reguero de sangre en su camino orillado por poblaciones entregadas á las llamas; á Berenguer de Entenza, que pasaba como una nube preñada de sangre y fuego por sobre campos y ciudades.

Ya todo estaba dispuesto para seguir adelante; ya, con tan feliz comienzo y en alas de la victoria, habían resuelto los nuestros acometer los buques que estaban surtos en los puertos y riberas de Constantinopla y quemar sus atarazanas, cuando entró en la Prepóntida ó mar de Mármora una escuadra genovesa, que hay quien dice llevaba la orden secreta de vengar la rota sufrida por los suyos poco tiempo antes en Constantinopla á manos de los catalanes. Componíanla 18 galeras y mandábala Odoardo de Oria.

Acercáronse los genoveses á los nuestros como de paz, y su almirante convidó á comer á Berenguer de Entenza, que aceptó el convite y pasó á la galera capitana genovesa sin la menor sombra de recelo y sin ni siquiera soñar en que pudiese el de Oria faltar á la fe de huésped y de caballero. Sin embargo, luego que Oria tuvo á Berenguer en su galera mandóle prender y asimismo á los que con él iban, á tiempo que daba orden para envolver y atacar las cinco galeras catalanas. Más

que un ataque fué una sorpresa. ¿Cómo podían los descuidados tripulantes imaginar tal deslealtad y perfidia?

Sin embargo, el almirante genovés, con sus 18 naves y tripulaciones infinitamente superiores en número, halló en las cinco galeras catalanas una resistencia desesperada. Fué preciso que murieran 200 genoveses antes de apoderarse de cuatro de las galeras. La quinta fué la que más dió que hacer. Mandábala el catalán Berenguer de Villamari. Defendióse con una energía y un valor admirables, con un tesón y una resistencia heróicos, sola contra las 18 galeras enemigas que la combatían por todos lados; y después de perecer en la lucha 300 genoveses, tuvieron que sucumbir todos los que formaban la tripulación de nuestra galera uno á uno, con su bizarro capitán al frente, hasta no quedar nadie sobre el puente que pudiera arrojar una azcona ó empuñar una espada, para que lograsen apoderarse de ella las gentes genovesas.

Esta es la versión que hace del hecho Muntaner y que aceptan con pocas variantes Moncada, Romey, Ortiz de la Vega y otros historiadores. Pachymero lo cuenta de distinto modo. En primer lugar, este autor, según la traducción de Cousín y reproducción de Buchón, coloca el hecho en Mayo de 1307, y se desprende de su relato que los genoveses, de acuerdo con el emperador, atacaron en lid abierta á los catalanes, que hubieron de sucumbir al número, rindiéndose Berenguer de Entenza al general de la hueste enemiga, apoderándose los genoveses de todas nuestras galeras, excepto una que se salvó.

Cuál de estas dos versiones es la exacta, no le es posible al autor de estas líneas averiguarlo.

Después de haber sido hecho prisionero por los genoveses, Berenguer fué llevado á Trebisonda, donde ellos tenían factoría. El emperador Andrónico ofreció dar-

les 25.000 escudos si le entregaban su prisionero; pero ellos se negaron. También negaron el rescate á los catalanes de Galípoli, que enviaron en una fragata á Ramón Muntaner con encargo de pedir á Odoardo de Oria que les diese la persona de Berenguer mediante cierta cantidad. Todo fué inútil. El noble prisionero fué llevado á Génova.

IV.

Después de la pérdida de Berenguer de Entenza y de su hueste, víctimas de la traición genovesa según parece, quedaron los nuestros reducidos á solos 1.200 infantes y 200 caballos, fuerza á la verdad tan insignificante que parecía increible pudiese resistir por mucho tiempo á las huestes del imperio. Sin embargo, no se desalentaron por esto, y decidiendo en consejo de capitanes que valía más morir con honra que vivir sin ella, se dió orden de barrenar y echar á pique las galeras y barcos que había en el puerto, noble y heróica acción que más tarde tuvo quizá presente Hernán Cortés al mandar que fuesen entregadas sus naves á las llamas. Cortada así la retirada por mar, ya no les quedaba efectivamente otro recurso que vencer ó morir.

Berenguer de Rocafort fué elegido por caudillo principal de aquel puñado de héroes; diéronsele 12 consejeros por cuyo parecer se gobernase; se mandó grabar un sello para los despachos y patentes con la imagen de San Jorge y el lema *Sello de la hueste de los francos que reinan en Tracia y Macedonia*, no poniendo en él nombre de catalanes, por ser el de francos más universal y el que indistintamente se daba á todos los latinos en el imperio griego; y se hicieron cuatro banderas, con las armas de Aragón y de Sicilia las dos primeras, y con las imágenes de San Pedro y de San Jorge las dos restantes.

En el ínterin, el ejército griego, creyendo ya que bastaba sólo presentarse para desbaratar aquella pequeña hueste, avanzó contra Galípoli. Berenguer de Rocafort salió al frente de su puñado de héroes contra el enemigo y alcanzó una espléndida victoria. Si hubiésemos de creer á Muntaner, cuya crónica tiene á veces todas las trazas de un libro de caballería, esta batalla hubiera sido para los catalanes y aragoneses no sólo uno de sus mejores triunfos, sino también uno de los mayores que jamás vió el mundo. Veinte mil infantes y 6.000 jinetes perecieron á manos de los nuestros, según aquel cronista, sin haber éstos tenido más pérdida que la de un caballero y dos peones. El hecho no es creible y menos contado por Muntaner, como no lo es tampoco el de que sólo tuviesen los griegos la pérdida de 200 hombres al decir de Pachymero. Los resultados prueban que la victoria fué importante, ni tanto como lo exagera Muntaner, ni tan poco como la empequeñece Pachymero.

El hijo del emperador, Kyr Miguel, allegó en breve tiempo otro ejército, que esta vez ascendía á 100.000 infantes y 17.000 caballos, mandada la vanguardia por el propio Miguel. Los catalanes no esperaron á que llegase á ellos el centro, sino que, haciendo una marcha rápida, se arrojaron sobre la vanguardia enemiga, que estaba acampada cerca de la ciudad de Apros, demostrando nuevamente que el valor, mejor que el número, es el árbitro de las batallas. Costóles, sin embargo, esta victoria mucho más trabajo que la anterior. La caballería de Tracia y Macedonia sostuvo por largo rato el honor de la refriega impidiendo avanzar á los nuestros, y el mismo emperador joven hizo esfuerzos sobrehumanos para evitar la afrenta de una derrota, llegando hasta el punto de luchar cuerpo á cuerpo con un marino catalán llamado Berenguer, que le hirió en el rostro después de haberle

muerto el caballo y héchole pedazos el escudo con su maza.

Los griegos huyeron de nuevo ante aquellos hombres, á quienes parecía proteger el cielo, y los almogavares que, sorprendidos por la noche, acamparon en el sitio de la batalla, pudieron ver á los matutinos albores del siguiente día, cuán considerable había sido su victoria por el número de cadáveres que sembraban el campo. Nicéforo afirma que ya por este tiempo los turcos habían formado alianza con los catalanes, visto que éstos habían vuelto sus armas contra los griegos, y dice que en la batalla de Apros peleó bajo nuestras banderas un cuerpo de turcos. La vencedora hueste se apoderó fácilmente de la ciudad de Apros al día siguiente del triunfo.

Dicen las historias que después de este triunfo quedaron tan aterrados los griegos y tan dueños del país los nuestros, que discurrían por todas las provincias á su arbitrio, talando, saqueando, vengándose, llevando el terror en su nombre y la muerte en su aspecto. Pero el que se eligió por los catalanes para teatro de sangrientas represalias, fué el pueblo de Rodosto, donde sus embajadores, con el bizarro Siscar al frente, habían sido víctimas de la traición y mala fe, sucumbiendo inhumanamente despedazados. Entraron en esta población por escalada y ocupáronla sin resistencia, pero no bastó esto á contener su crueldad. Tal debió ser ella y tan terrible y mortal su venganza, que tengo leído en Moncada que de resultas de esto, aun mucho tiempo después, la maldición más enérgica que en aquellos países arrojarse podía contra un enemigo, era la de exclamar: *Así la venganza de los catalanes caiga sobre su cabeza.*

Mientras eran tan ruidosamente vengadas las víctimas de Rodosto y entraban los catalanes en Paccia,

ciudad vecina, ganada con la misma facilidad y con igual rigor tratada, tenía lugar en Andrinópolis un hecho, cuya certeza no puede ponerse en duda cuando lo cuenta el griego Pachymero á impulsos de su admiración. He aquí sus propias palabras:

«Sesenta catalanes habían quedado prisioneros en Andrinópolis, cuando el césar Roger de Flor fué asesinado en esta ciudad. Habiendo, pues, llegado á noticia de los prisioneros el rumor de la derrota del joven emperador en Apros, conspiraron para conseguir su libertad, y habiendo roto sus cadenas subieron á lo alto de la torre, desde donde emprendieron á pedradas contra los habitantes de Andrinópolis, que al tener noticia de lo sucedido se arremolinaron junto á la torre para tomarla. Fueron inútiles cuantos esfuerzos trataron de hacer los presos, y si bien algunos se entregaron, otros prefirieron morir antes que volver á caer en manos de sus enemigos. Los vecinos de Andrinópolis, unidos á los soldados de la guarnición, viendo que no podían entrar en la torre por la desesperada resistencia que les oponían los catalanes, decidieron entregarla á las llamas; pero toda la violencia del fuego no fué bastante á acobardar á los defensores. Primeramente trataron de apagar el incendio, y cuando vieron que les era imposible, se abrazaron unos á otros dándose el último adiós; fortificáronse haciendo la señal de la cruz, y se arrojaron desnudos en medio de las llamas. Dos hermanos, pero que lo eran aún más de corazón que de cuerpo, abrazándose estrechamente, se precipitaron á un tiempo mismo desde el punto más elevado, muriendo de la caída. Antes, empero, de arrojarse vieron á un joven compañero suyo que estaba suspenso ante el precipicio y el incendio, y que más bien parecía dispuesto á someterse á una deshonrosa esclavitud que á sufrir tan cruel género de muerte. Arrojáronle ellos al fuego, y

creyeron así salvarle perdiéndole. He aquí la cruel extremidad á que su desesperación les llevó [1].»

En tanto que así andaban los catalanes victoriosos, siendo tal el poder que tenían que se pensaba ya en acercarse á Constantinopla, llegó á Galípoli con alguna gente de refuerzo aquel Fernando Jiménez de Arenós, uno de los más principales capitanes aragoneses que formaron parte de la primera expedición, y que por lo referido en otro lugar se había apartado de la hueste, yendo á ofrecer sus servicios al duque de Atenas. Fernán Jiménez, que acudía con una galera y 80 hombres en socorro de sus compañeros, fué recibido con júbilo, y diósele en seguida á mandar un cuerpo, con el cual hizo verdaderas proezas.

Juntó 300 infantes y 60 caballos, y con ellos se entró tierra adentro llevando el terror hasta las puertas mismas de Constantinopla, desde cuyos muros se cuenta que el emperador Andrónico vió cómo pasaba á saco y fuego los alrededores de la ciudad y pueblos de las cercanías. Bien es verdad que marchó contra él una fuerte división del enemigo, pero la acometió y venció, sin embargo de ser en mayor número. Triunfante y cargado de botín, fué á juntarse con Rocafort en Paccia, á donde el último acababa de llegar después de haber corrido la tierra hasta Rodope.

Mal se avenía Jiménez de Arenós con el carácter déspota y dominante de Rocafort. Así es que para hallar ocasión propicia de apartarse de su lado y no tener que someterse á quien por nobleza de sangre era su inferior, intentó con algunos de su partido la conquista de Madyto (que otros llaman Módico), y esto con tan poca gente, que sus mismos compañeros lo tenían por temeridad y locura. Sin embargo, no por ello desistió el ca-

1 Pachymero, cap. XXXIII, según la traducción francesa.

ballero aragonés, y el éxito vino á coronar sus esfuerzos. La ciudad de Madyto, con su fuerte castillo, cayó en su poder por asalto y sorpresa, según Muntaner; por capitulación y vencidos los sitiados por el hambre, según Pachymero. Parece que el sitio de la plaza duró ocho meses. Luego de ganada, Jiménez de Arenós fijó en ella su presidio, y la hueste catalana-aragonesa se dividió en tres cuerpos, guarnicionando cuatro plazas bajo el mando de tres respectivos jefes. La división de Rocafort ocupó Rodosto y Paccia (que otros llaman Pánido); la de Jiménez de Arenós, Madyto, y Ramón Muntaner con menos gente, y más fiel de seguro como soldado valiente que como cronista historiador [1], se quedó gobernando la ciudad de Galípoli.

Algún tiempo pasaron siendo el azote y terror de aquellas provincias, teniendo sujetos á sus naturales, hasta que Rocafort y Jiménez volvieron á unirse, proyectando una expedición al interior de Tracia. Lleváronla á cabo; pasearon triunfantes el país marcando sus huellas los pueblos incendiados y anegados en sangre, y dieron la vuelta cargados de riquísimos despojos, con cuatro galeras, que antes les habían pertenecido por ser las que tomaron los griegos en Constantinopla cuando la muerte de Fernando Ahones, y que hallaron Jiménez y Rocafort en el puerto de Stenayre (otros llaman Estañara), pueblo á la ribera del mar de Ponto que fué ganado á viva fuerza por los nuestros. Con estas cuatro galeras, henchidas de joyas y prisioneros, pasaron los dos caudillos por el canal de Constantinopla, cruzando así en triunfo á la vista de la aterrada capital.

En tanto que esto sucedía, un caballero principal de

1 Debe confesarse, sin embargo, que, por todo lo tocante á esta expedición de catalanes y aragoneses, la historia es deudora á Muntaner de importantes noticias, y gran partido puede sacar de su crónica en este punto quien con provecho y crítica la estudie.

Salónica llamado Jorge de Cristópolis, que pasaba con 80 caballos á Constantinopla, creyó ser buena ocasión de intentar un golpe de mano contra Galípoli, por tener noticia que estaba con poca gente guarnecida. Erró empero el intento, que tuvo de él noticia Muntaner y frustró su plan saliendo contra él y embistiéndole. Sólo 14 jinetes mandaba el cronista-soldado, al decir suyo, y bastáronle para cerrar los 80 de Cristópolis y hacerle retroceder con pérdida de 36 de los suyos, muertos ó prisioneros. El mismo vencedor nos cuenta esta victoria, y pues no hay otro testimonio que el suyo, como él la refiere la repiten todos.

Habiendo regresado ya Rocafort y Jiménez de su venturosa excursión, supieron que los alanos, es decir, los que más habían contribuído á la muerte de Roger de Flor, se volvían á sus tierras cansados de los trabajos y fatigas de la guerra. Parecióles á los nuestros que no era bien que en paz y tranquilidad se volviesen quienes tanta sangre de sus compañeros habían hecho derramar, y decidieron salirles al encuentro. Hubo consejo de capitanes en Paccia, y se resolvió reunir todas las fuerzas para esta jornada, desamparando Paccia, Rodosto y Madyto, y quedando en Galípoli las mujeres y tesoros con sola una guarnición de 200 infantes y 20 caballos, al mando y gobierno de Muntaner, á quien se ofreció un quinto del tercio de la presa y otro para su gente. Más de 2.000 mujeres se encerraron en Galípoli, y por esto dice Muntaner en su crónica: *Romangui mal acompanyat de homens y ben acompanyat de fembres.*

George, jefe de los alanos y matador de Roger de Flor, llevaba 6.000 infantes, 3.000 caballos y una multitud de niños y mujeres, y estaba á 12 jornadas de distancia. Los catalanes hicieron unas rápidas marchas y descubrieron al enemigo antes de que pasase el monte Hemo. Los historiadores dicen que el combate fué terri-

ble y espantoso, desastrosa la batalla. Ofrecieron una resistencia desesperada los alanos, que peleaban por defender sus mujeres, sus hijos y las riquezas que habían adquirido en servicio del imperio. Empero, no les sirvieron el valor y el esfuerzo más que para hacer doblemente gloriosa su derrota. La mortandad que hicieron los nuestros en los enemigos, fué mucha; el botín que recogieron, inmenso. De los primeros que perecieron á manos de los almogavares fué George, en cuya muerte vengaron así la de su valeroso caudillo Roger.

De referir es un hecho que tuvo lugar en esta jornada y que como notable cuentan las historias. Al ver la batalla perdida y dueñas ya del campo las armas catalanas, un joven y valiente mesageta que se había batido bizarramente, corrió presuroso á las tiendas que comenzaban ya á saquear los nuestros, y sacando de una de ellas á una mujer tan joven como hermosa, esposa suya ó querida, la colocó sobre un caballo y cabalgó él en otro, tomando el camino del monte. Tres almogavares, que se llamaban Guillén Bellver, Arnau Miró y Berenguer Ventayola, echaron á correr tras de los fugitivos, movidos de la hermosura maravillosa de aquella mujer. El mesageta, para escapar á los que le seguían, espoleaba con la punta de su alfanje el caballo de su mujer, animándole al propio tiempo con voces; pero no tardaron el calor y la fatiga en rendir al pobre animal, que se dejó caer con su preciosa carga. Era ya imposible escapar. Bien hubiera podido hacerlo el mesageta abandonando á la hermosa á su suerte; pero lejos de esto se acercó á la mujer, con quien se abrazó estrecha y amorosamente, despidiéndose de ella con lágrimas y besos, y en seguida, haciéndose dos pasos atrás, blandió el alfanje y cortóle de una cuchillada la cabeza. También entonces hubiera aún podido escapar, pero no satisfacía ya su fuga á su pasión de amante; era preciso

disputar el cadáver como había tratado de salvar el cuerpo. Al pie del cadáver esperó á los tres agresores, y con el alfanje teñido en la sangre de la hermosa, quitó el brazo y la vida á Guillén Bellver, el primero que se acercó, revolviendo en seguida sobre Miró y Ventayola, con quienes luchó desesperadamente, dando y recibiendo cuchilladas junto al cadáver de su amada, hasta que cayó sobre él desangrado y exhalando el último aliento.

En tanto que se consagraba aquella famosa jornada á los manes y memoria de Roger de Flor, Galípoli, la ciudad que Muntaner se había encargado de defender con una hueste de mujeres, se veía atacada por una armada de genoveses que á ello se lanzaron movidos de las promesas de Andrónico y de su hijo Miguel. Los genoveses, al mando de Spinola, desembarcaron y dieron un asalto á la plaza, pero infructuosamente, pues que hallaron brava y tenaz resistencia. Muntaner guarneció las murallas de Galípolí con sus 2.000 mujeres, á las cuales dió armaduras, y á cada diez, por cabo, un mercader catalán; y con la poca gente con que podía disponer hizo varias salidas, obteniendo un éxito felicísimo. Como bravo soldado y como buen capitán, se portó en aquel lance Muntaner. Spinola y los suyos tuvieron que reembarcarse más que de prisa dejando alfombrados de cadáveres los alrededores de la plaza, y perdiendo en la refriega á uno de sus más famosos capitanes llamado Antonio Bocanegra, que no quiso rendirse á Muntaner, el cual le instaba para ello, deseoso de no tener que acabar con un valiente.

La defensa de Galípoli es una bella página de aquella epopeya con que se enriquece nuestra historia, debida al valor heróico de un puñado de hombres, cuyos hechos, si se hubiesen acometido en época de remota antigüedad, habrían sido relegados á las maravillas de la

fábula, ó hubieran ganado á sus autores el título de semidioses.

La expedición de levante es nuestra Iliada. Sólo que aún le falta su Homero.

V.

Con tan repetidas victorias y tan continuadas hazañas, la fama de los catalanes creció extraordinariamente, y no es de extrañar que acudiesen todos á servir bajo sus banderas y que turcos y turcoples se apresurasen á alistarse como aliados de la hueste para participar de su gloria y de su provecho. Hasta llegar á este punto no hablan nuestros autores de haberse unido á nuestras banderas los turcos y luego los turcoples, que estaban al servicio de los griegos, si bien los autores de esta última nación, como ya se ha hecho observar, quieren que esto hubiese sucedido antes.

Otro refuerzo tuvo por entonces la hueste. Fué el que le trajo Berenguer de Entenza, libre ya de su prisión gracias á la intervención generosa del monarca aragonés D. Jaime II. Berenguer de Entenza, luego que hubo roto sus hierros, no pensó en otra cosa que en facilitar socorros á los catalanes de Galípoli y volver á compartir con ellos su gloria y sus peligros; y habiendo fracasado varios de sus proyectos, y viendo irrealizables por el pronto sus esperanzas, se vino á Cataluña, vendió parte de su hacienda, juntó 500 hombres, gente toda de valor y decidida, y partió á llevar este refuerzo á sus compañeros y hermanos de Galípoli.

Así que á este punto llegó, quiso ponerse al frente de la hueste como superior caudillo y continuar el desempeño del cargo que tenía antes de que los genoveses le prendieran; pero con su ausencia y sus victorias ha-

bía crecido Rocafort en ambición, y le contestó que allí no había para él más mando que el de la gente que traía consigo. Hubo con este motivo grandes divisiones en los ánimos y estableciéronse la desunión y la discordia en la hueste, quedando dividida en dos bandos, uno de los cuales tenía por jefe á Berenguer de Rocafort y otro á Berenguer de Entenza, habiéndose sometido á este último, Jiménez de Arenós y Ramón Muntaner, por juzgarle como rico-hombre de mayor autoridad que Rocafort, simple caballero.

Por los conciertos que se hicieron, mediando Ramón Muntaner, que se tomó mucha pena y trabajo por la conciliación, pareció quedar todo en paz por el pronto, si bien los recelos, la enemistad y el odio de entrambos bandos hacía presagiar un próximo rompimiento. Berenguer de Entenza, con su división, fué á poner sitio á Megarix, y Rocafort con la suya, de la que formaban parte turcos y turcoples, se puso sobre la plaza de Ainé (que otros llaman Nona), distante 60 millas de Galípoli y 30 de Megarix.

En tal estado las cosas, llegó á Galípoli con cuatro galeras el infante D. Fernando, hijo del rey de Mallorca, á quien su primo el rey de Sicilia D. Federico enviaba á aquellas tierras como lugarteniente suyo, para que en su nombre mandase aquella gente y dirigiese aquella conquista [1]. Al llegar D. Fernando á Galípoli,

1 Buchón, en sus importantes notas al Muntaner, copia el convenio que firmaron en Melazzo el rey Federico de Sicilia y su primo el infante D. Fernando de Mallorca, según el cual éste debía dirigirse inmediatamente á la Romanía para tomar el mando de las fuerzas catalanas y aragonesas. Por este tratado se obligó D. Fernando á gobernar aquel país como lugarteniente, conformándose enteramente, con la voluntad de su tío, á ser amigo de los amigos de D. Fadrique, y enemigo de sus enemigos; á no firmar paz ni alianza con nadie sin su consentimiento, y hasta á pedir su beneplácito para la elección de esposa. El rey de Sicilia se comprometió por su parte á auxiliar al infante con to-

fué reconocido como jefe superior y lugarteniente del rey de Sicilia por la parcialidad de Entenza y Jiménez de Arenós. Rocafort se vió contrariado en sus planes y proyectos, pero buscó en su mente los medios de acabar con aquel obstáculo poderoso, y halló para ello ingeniosa traza.

No ignoraba Rocafort la caballeresca lealtad de Don Fernando á su primo el rey de Sicilia, y sabía también que los tratos hechos con éste le impedían gobernar en Romanía de otro modo que como lugarteniente del monarca siciliano. Decidido á valerse de esto, logró persuadir á los jefes y principales capitanes de su bando que, para los progresos de sus conquistas, les sería mucho más ventajoso tener entre ellos un rey que les gobernase y dirigiese y mirase como propias las tierras que se ganasen, que no depender de un monarca como el de Sicilia, el cual, por estar tan distante, ni vería las acciones de los que se señalasen para recompensarlas, ni procuraría prontos socorros á inmediatas necesidades, ni miraría, finalmente, aquellas posesiones, por estar tan lejanas, con el celo, solicitud y cuidado que aquél que las considerase como su único ó principal patrimonio. Los jefes y adalides cayeron en la red que el astuto Rocafort les tendía, y como éste les propuso que eligiesen, á consecuencia de sus ideas, por rey á D. Fernando, determinaron aclamarle y le ofrecieron la

das sus fuerzas, y á mandar á los catalanes, aragoneses y sicilianos, que guerreaban en aquel país, que le reconociesen por caudillo, prestándole como á delegado suyo el debido juramento de fidelidad y acostumbrado homenaje. Firmóse este tratado en Melazzo, en poder del notario Bernardo de Mileto, asistiendo á su otorgación los jueces de Mesina, Pedro Guercio y Bartolomé de Maestro, el arzobispo de Monreal, el infante D. Sancho de Aragón, los nobles Conrado Llanza y Pedro Oria, y los ciudadanos Guillermo de Rexach y Jaime de Palou. Lleva la fecha de 10 de Marzo de 1307. Sin embargo, hasta 1308 no marchó á Galípoli D. Fernando.

corona. D. Fernando se negó á admitir, no queriendo faltar ni un punto á la confianza que en él había depositado su primo y á los compromisos con éste contraídos. Ya lo sabía Rocafort y con ello contaba. Supo entonces manejar tan bien el negocio, que su bando, disgustado en gran parte y esperando que al fin se resolvería á aceptar el cetro, rehusó dar el bastón de mando al infante, que se hubiera vuelto ya á Sicilia si los ruegos é instancias de Entenza y de Jiménez no le hubiesen detenido.

A todo esto habían ya caído en poder de los nuestros las poblaciones de Megarix y Ainé; pero sentíase en el campo gran falta de vituallas, por estar todo talado y destruído diez jornadas alrededor de Galípoli. Hubo con este motivo consejo de capitanes, y se resolvió abandonar aquella tierra para dirigirse á tomar posesión del reino de Salónica, decidiéndose por el pronto á acometer y tomar la ciudad de Cristopol, puesta en los confines de Tracia y Macedonia, ciudad que tenía la entrada de las dos provincias fácil, la retirada segura y los socorros de mar expeditos. Se ordenó que Ramón Muntaner, con 24 velas de que constaba la armada, llevase las mujeres, niños y viejos por mar á la ciudad de Cristopol, después de haber arrasado el castillo de Galípoli, el de Madytos y los demás de que éramos allí dueños. Por lo que toca á la hueste, y para evitar en el camino los peligros de la unión de ambos bandos, se decidió que la gente de Rocafort, compuesta casi toda de almogavares, turcos y turcoples, marcharía una jornada delante, de modo que al campo que hubiese abandonado por la mañana llegaría por la tarde Entenza con los suyos. De esta última división formaban parte el infante D. Fernando y Jiménez de Arenós.

Así atravesaron una larga extensión del país, y se hallaban ya á dos jornadas de Cristopol, cuando acae-

ció una mañana que, por haberse retrasado la hueste de Rocafort y haber madrugado mucho la de Entenza á causa de los calores, las dos divisiones se encontraron. Los de Rocafort se creyeron hostigados y perseguidos, y una voz maliciosa gritó de súbito entre ellos:—¡A las armas! ¡á las armas! ¡que aquí está la gente de Entenza y de Jiménez que viene á matarnos! No hubo menester más. Este grito, repetido de fila en fila, exaspera los ánimos. Las dos huestes se precipitan una sobre otra. Acude Berenguer de Entenza, sin armadura y con sólo una azcona muntera en la mano, para sosegar y poner paz entre los combatientes; pero al verle se arrojan sobre él Gilberto de Rocafort y Dalmau de San Martín, hermano y tío de Berenguer, y le atraviesan con sus lanzas á tiempo que de sus labios salían estas palabras: —«¿Qué viene á ser eso, amigos?»

Trabóse entonces un combate encarnizado sobre el cadáver de Entenza, combate que sólo pudo calmar la autoridad del infante D. Fernando presentándose en el campo armado de todas armas y con su maza en la mano. Quedaron muertos en el campo 150 jinetes y 500 infantes, la mayor parte de las compañías de Berenguer de Entenza y Jiménez de Arenós. Fué esta desgraciada refriega el fin de todos aquellos odios y desavenencias.

Así murió traidora y alevosamente Berenguer de Entenza, arrogante y noble figura de aquella caballeresca expedición. Berenguer, de ilustre y preclara alcurnia, de merecida fama por sus hazañosos servicios en Cataluña y en Sicilia, de ánimo levantado á altas empresas, era, al decir de los historiadores, animoso y valiente en medio de los mayores peligros, fuerte en los trabajos, constante en las determinaciones, sufrido en la adversidad y estimado por sus altas virtudes de príncipes naturales y extraños.

Fernán Jiménez de Arenós, temiendo igual suerte

que su desgraciado compañero, abandonó el campo de batalla cuando vió el estrago que hacían en los de su bando los de Rocafort, y dirigiéndose al lugar más próximo se entregó en manos de los griegos, siendo muy bien recibido por Andrónico, que le casó con su nieta Teodora, elevándole á la dignidad de megaduque del imperio. Pachymero cuenta que Jiménez llegó á caer en manos de Rocafort durante la refriega, y que pudo escaparse de su prisión pasándose entonces á los griegos, con los cuales, según dicho autor, se hallaba en inteligencia desde mucho antes, pues estaba concertado que entraría al servicio del emperador antes de la llegada de Berenguer de Entenza, variando sólo de resolución cuando este ilustre caudillo desembarcó en Galípoli.

Disgustado también el infante D. Fernando con la muerte de Berenguer de Entenza, abrazado con cuyo cadáver se dice que derramó abundantes lágrimas, decidió abandonar el campo, después de haber vuelto á requerir á Rocafort que le reconociese como lugarteniente del rey D. Federico y haberse negado á ello aquel capitán. Acertaron á presentarse entonces, no lejos del campo donde había tenido lugar la refriega, las cuatro galeras con que el infante había ido á Galípoli, mandadas por los caballeros Dalmau Serrán y Jaime Despalau, de Barcelona, y se embarcó en ellas, navegando la vuelta de la isla de Tarso y dejando á Rocafort absoluto señor y dueño de todo.

En Tarso se encontró el infante con Ramón Muntaner, á quien contó el caso, y quien, irritado y receloso á su vez de Rocafort, decidió también abandonar la compañía y volverse á Sicilia con D. Fernando. Muntaner tomó esta resolución con mucho gusto, ha dicho Moncada, porque estaba ya rico y temía á Rocafort, aunque era su amigo. Antes, empero, de partir, el cro-

nista-soldado fuése al campo de Rocafort á dar cuenta y razón á los capitanes de lo que se le había encargado, que era la mayor parte de sus haciendas, y todas sus mujeres é hijos.

Reunido consejo general así que llegó Muntaner, hizo éste entrega de los libros y el sello del ejército, y consiguió que se diese seguro á las mujeres, hijos y haciendas de los del bando de Berenguer de Entenza y Fernán Jiménez de Arenós, para que se les dejase en libertad de ir con lo suyo á donde les acomodara. A todos los que no quisieron quedarse ni con Rocafort ni ir á reunirse con Jiménez, se les facilitaron barcas armadas que les condujesen á Negroponto. Muntaner, á quien parece que realmente se estimaba mucho siendo universalmente querido por su carácter bondadoso y conciliador, fué instado á quedarse haciéndosele magníficas ofertas; pero estaba ya resuelto á partir, y lo efectuó yendo á reunirse con D. Fernando, que seguía esperándole en Tarso.

Pero D. Fernando era joven, dice Muntaner en su crónica, y es malo ir con príncipes jóvenes y de sangre generosa, que en ninguna parte ven peligros y toman por cobardía la prudencia. Quiso detenerse en Negroponto, donde á la ida había sido muy festejado, y encontróse allí con una flota veneciana en la cual iba el caballero francés Tebaldo de Cipoy, encargado, según parece, de ir á proponer á la hueste catalana que reconociese por monarca á aquel Carlos de Valois que primeramente había tomado el título de rey de Aragón en nombre del Papa, después el de rey de Sicilia, y que aspiraba entonces á ser emperador de Constantinopla, consiguiendo sólo ser únicamente rey del viento, como dice Muntaner. Apenas hubo puesto el infante D. Fernando pie en tierra, cuando las 10 galeras venecianas dieron sobre las del infante y el bajel de Muntaner, que

saquearon apoderándose de las muchas riquezas que llevaba y matando 40 hombres de la tripulación que quisieron defenderse. Por lo que toca al infante, Muntaner y los demás que con ellos habían desembarcado, quedaron presos, siendo enviado el primero con ocho caballeros y cuatro escuderos á la ciudad de Atenas, cuyo señor le mandó cautivo y con muchas guardas á Tebas.

VI.

Libre y dueño absoluto de sus acciones quedara Rocafort luego que fué muerto el de Entenza, fugitivo el de Arenós y separados del campo el infante y Muntaner. Variando el plan que estaba proyectado, decidió pasar el estrecho de Cristopol sin acometer la ciudad, que supo estaba bien provista y defendida, y cruzado el estrecho y atravesado el monte Rodope, bajó con su gente, que era en número de más de 7.000 hombres de todas las naciones, á los campos de Macedonia, y se hizo fuerte en las ruinas de la antigua Casandria, uno de los mejores puntos de toda la provincia, por estar vecino al mar y porque desde allí podía fácilmente hacer sus correrías, teniendo siempre amenazada Tesalónica, que era capital de la comarca.

En Casandria recibió Rocafort la visita de Tebaldo de Cipoy, el cual, para hacérsele grato y captarse su voluntad á fin de mejor lograr sus intentos, le entregó dos de los prisioneros que había hecho en Negroponto, Muntaner el uno y el otro García Gómez Palacín, que era capital enemigo de Rocafort. Bien demostrado quedó cuando éste, así que le tuvo en su poder, le mandó cortar la cabeza sin más forma de proceso ni más sentencia que dar la orden para ello. Por lo que toca á Muntaner, fué recibido y agasajado por todos los de la

compañía, que le hicieron muchos regalos para indemnizarle en parte de sus pérdidas, pero no lograron con esto atraerle, ya que cada vez estaba más resuelto á partir, como lo efectuó bien pronto.

Fácil le fué á Tebaldo de Cipoy conseguir que Rocafort abrazase su partido. Hallábase aquél en una situación apurada, ya que con la muerte de Berenguer de Entenza se había atraído la enemistad de la casa de Aragón, y con dejar partir al infante D. Fernando las de las casas de Sicilia y de Mallorca. De él obtuvo, pues, el de Cipoy cuanto quiso, y avínose Rocafort á prestar y á hacer prestar juramento por toda la hueste á la bandera de Carlos de Valois. Esto no obstante, seguía Rocafort en sus ambiciosos y secretos planes, habiendo fundados motivos para creer que aspiraba á hacerse coronar un día rey de Tesalónica ó Salónica, y esto hacía que aun cuando hubiese reconocido en apariencia la autoridad de Tebaldo de Cipoy como representante de Carlos de Valois, en realidad obrase con entera independencia. No tardó, empero, en nublarse la estrella que hasta entonces había brillado con vivísima luz para Rocafort.

Los cómitres de las galeras venecianas, viendo ya á Tebaldo general del ejército en nombre de Carlos, partieron para sus tierras y Ramón Muntaner con ellas. Recomendado éste encarecidamente á Juan Tari, almirante de la flota, fué aquella vez tratado con las mayores consideraciones, y bastó que expresase su deseo de querer ir á Tebas á fin de ver al infante D. Fernando allí prisionero, para que Tari se apresurase á complacerle aviniéndose á esperarle en Negroponto. Muntaner estuvo dos días en Tebas con el infante D. Fernando y le dejó todo el dinero que llevaba, repartiendo su ropa entre los que le servían en su cautividad. Separóse por fin de él con sentimiento y se fué á Sicilia, cuyo rey

D. Federico le acogió y honró sobremanera, confiándole el gobierno de la isla de Gerbes, en el que tuvo nueva ocasión de lucir sus conocimientos militares y prestar muy buenos servicios como capitán prudente y buen soldado.

Por lo que toca al infante, prosiguió algún tiempo cautivo en Tebas hasta que, por mediación de su padre el rey de Mallorca con el rey de Francia, alcanzó que se le enviase á la corte de Roberto de Nápoles, que había casado con una hermana suya, y allí estuvo cerca de un año teniendo por cárcel la capital, consiguiendo por fin ir á reunirse con sus padres en Rosellón.

Volviendo ahora á los de la hueste, no tardó en apercibirse Tebaldo de Cipoy de cuáles eran los intentos de Berenguer de Rocafort, y determinó quitarle de en medio. Esperó á recibir refuerzos y recursos de Venecia, y con ellos minó el poder de Rocafort, consiguiendo que catorce cabos se comprometiesen á apoderarse de él y ponerle en sus manos. Un día, hallándose reunidos en consejo los capitanes, los conjurados se arrojaron sobre Rocafort, que se hallaba desprevenido; y aunque les opuso una vigorosa resistencia, acabaron por sujetarle y prenderle, poniéndole á disposición de Tebaldo, lo propio que su hermano Gilberto.

Luego que estuvieron presos ambos hermanos y entregados al de Cipoy, los que entraban en la conjuración asaltaron sus casas y las saquearon, á tiempo que Tebaldo desaparecía con sus prisioneros y se embarcaba secretamente sin decir nada á nadie, dirigiéndose á Nápoles á poner en manos del rey Roberto los dos hermanos Berenguer y Gilberto de Rocafort. Equivalía esto á su sentencia de muerte. Roberto no podía perdonar al de Rocafort pasados agravios de cuando le hacía la guerra en Calabria, y mandóle encerrar á él y á su hermano en el castillo de Aversa, donde tuvo la cruel-

dad de dejarlos morir de hambre. Así terminó triste y desgraciadamente su vida aquel célebre capitán que, por ser uno de los más valientes y afortunados de su tiempo, era digno de mejor suerte, aun cuando sus vicios mancharon el esplendor de su fama y de sus victorias.

Cuando la hueste supo que habían partido las galeras venecianas y con ellas Tebaldo, llevándose los dos hermanos Rocafort, comprendió el yerro cometido con la prisión de su caudillo, y alcanzósele toda la transcendencia de aquel hecho desgraciado. Con este motivo encendieron los ánimos los amigos de Rocafort, y los catorce cabos que habían contribuído á la prisión de éste perecieron á manos de los almogavares. Pasada la fiebre del motín y reaccionados los ánimos, se trató de suplir por parte de la hueste la falta de caudillo, eligiendo para el mando á dos caballeros, un adalid y un comandante almogavar, á fin de que gobernasen siempre con el consejo de los doce.

Con este gobierno se detuvieron algún tiempo en Casandria, talando toda la provincia y llevando á cabo atrevidas cabalgadas, hasta que por medio de Roger Deslau, caballero rosellonés al servicio del duque de Atenas, hicieron alianza con éste, que reclamó sus servicios y auxilio contra Juan Angelo, su enemigo. Dudábase mucho, sin embargo, que pudiesen ir á servirle como no les diese armada con que pasar, pues por tierra parecía imposible, por haber de atravesar muchas provincias y casi todas ellas de enemigos, con los obstáculos de caudalosos ríos y altos y casi inaccesibles montes.

Nos faltan, desgraciadamente, detalles para poder apreciar todo el valor de esta última parte de la empresa de Oriente. Los pocos que nos da Nicéforo Grégoras son bastantes empero para que con asombro, ya más que con admiración, sigamos á aquel puñado de catalanes

en su triunfante marcha por sitios llenos de gloriosos recuerdos y que siempre tendrán renombre y fama.

Lo primero que hicieron los nuestros fué salir de sus ruinas de Casandria, que otros llaman Potidea, y atacar la ciudad de Tesalónica, donde estaban las mayores riquezas de Oriente, por residir allí Irene, mujer de Andrónico, y María, mujer de su hijo Miguel, con toda su corte. Acometieron la ciudad con rebatos y asaltos, pero no pudieron entrarla; que defendida gallardamente por las dos emperatrices que estaban dentro con los más valientes capitanes del imperio, resistió todos los esfuerzos de los catalanes.

Determinaron éstos entonces, después de haber talado el país, regresar á Tracia; pero Andrónico había mandado levantar un muro formidable desde Cristopol hasta el monte vecino para impedirles la vuelta. Tomaron entonces una resolución heróica, y fué la de atravesar toda la provincia de Macedonia y penetrar en Tesalia, cuyos habitantes ni siquiera soñaban en ellos. Como una especie de huracán de hierro y fuego, atravesó la hueste catalana aquella provincia para ella erizada de peligros y de enemigos, y tres días de infatigable marcha le bastaron para llegar al pie de aquella cordillera formada por el Pelion, el Olimpo y el Ossa.

Al pie de estos montes célebres invernaron los catalanes, que según la relación de Nicéforo se apartaron entonces de los turcos, y con la llegada del buen tiempo atravesaron el Olimpo y el Ossa, desde cuyas cimas pudieron tender su vista sobre aquellos deliciosos jardines que se levantan en las llanuras de la Tesalia, las riberas del Eurotas y del Peneus, y los campos de Farsalia, tan honrados en recuerdos. Aquellos hombres que venían de hollar con planta indiferente los sitios donde un día se alzara Troya, héroes á su vez de una epopeya como la que inmortalizó Homero, iban á despertar

con el rumor de sus pisadas y los acentos de un lenguaje desconocido los ecos de las Termópilas, los huesos de cuyos defensores debieron estremecerse al sentir que por allí pasaban otros héroes.

Estaba entonces la Tesalia sujeta al príncipe Juan Angelo, casado con una hija bastarda del emperador Andrónico. «El rey de Tesalia, como ha dicho un historiador, no se atrevió á oponer resistencia á unos hombres que habían vencido en Asia, derrotado en los confines del imperio al búlgaro, y hecho temblar al mismo emperador de Oriente; por lo que les prometió darles paso por sus estados, y facilitarles guías que les condujesen á las ricas y placenteras comarcas de la Acaya y de la Beocia. Desde este momento, la Tesalia fué para los catalanes una tierra amiga, que les ofreció en abundancia los frutos de la tierra, el oro y la plata. Cruzáronla excitando el asombro de los moradores, que no acertaban á volver en sí de su sorpresa. Llegaron de esta suerte á las riberas del Lamia, subieron al monte Eta, pasaron la famosa garganta de las Termópilas, y tomaron asiento no lejos de la Fócida, en las orillas del Cefiso. Sus aguas bajaban del Helicón y del Parnaso, tan celebrados, é iban á acrecentar las del lago Copais, cuyas márgenes pertenecen por un lado á Locria, por el otro á la Beocia. Delfos, el Pindo y los llanos de Moratón no están lejos, junto á aquel otro mar interior, antes llamado Alción, golfo de Corinto después, y más adelante golfo de Lepanto. Aquellos nombres podían haber dado animación á los catalanes, si hubiesen tenido necesidad de ella.»

No está bien averiguado si llegaron los catalanes á servir al duque de Atenas. Hay quien dice que tan buenos servicios le prestaron, que gracias á su valor recobró el duque más de 30 plazas, obligando á sus enemigos á que le pidiesen la paz; pero luego se olvidó de sus

aliados, y se declaró contra ellos. Con más fundamento quizá aceptan otros la versión del griego Nicéforo. Se desprende de este autor, que el duque de Tebas y Atenas, indignado de que los catalanes hubiesen hecho tratos con su contrario Juan Angelo, se declaró enemigo suyo, aunque había deseado su alianza, y creyó que, contando con buena y numerosa caballería francesa, podría exterminarlos.

Sentaron su campo los catalanes á orillas del Cefiso, en territorio beociano, decididos á librar batalla al duque en este punto. Nicéforo dice que eran los nuestros en número de 3.500 jinetes y 3.000 infantes, entre los cuales se hallaban varios de sus prisioneros admitidos en sus filas por su habilidad en el manejo del arco. En cuanto supieron que el enemigo se acercaba, araron todo el terreno en que querían dar la batalla, inundándolo con las aguas del Cefiso y convirtiéndolo en un pantano que en su superficie parecía un vistoso prado. Su objeto era inutilizar la caballería, y lo consiguieron por completo.

Presentóse el duque de Atenas llevando consigo un numeroso ejército compuesto de 6.400 caballos y más de 8.000 infantes. Cuenta Nicéforo que, al ver aquella llanura cubierta de tan hermosa alfombra de verdura, sin sospechar nada de lo que pasaba, lanzó su grito de guerra, exhortó á los suyos y con toda su caballería avanzó contra el enemigo que, al otro lado de la llanura, se mantenía inmóvil esperando el ataque. «Pero antes de haber llegado á mitad de aquel campo, dice Nicéforo, los caballos, como si se hubiesen visto embarazados por pesadas cadenas, y no pudiendo fijar sus pies con firmeza en aquel terreno húmedo y resbaladizo, ya rodaban por el lodo con sus jinetes, ya arrojando á éstos huían por el campo, ya quedaban inmóviles en el mismo sitio con sus dueños, como si hubiesen llevado es-

tatuas por jinetes.» Los almogavares, entonces, dieron larga faena á sus azconas. Pocos fueron los que escaparon á su carnicería, pereciendo el duque uno de los primeros. Rota la caballería, la infantería fué perseguida y exterminada. A paso de carga ocuparon los catalanes el ducado, de que les hizo dueños aquel triunfo, y pusieron fin y remate, dice Nicéforo, con una gloriosa victoria á una expedición tan terrible como asombrosa.

Perseguidos los fugitivos hasta Tebas y Atenas, estas ciudades fueron atacadas de improviso por los catalanes, que se apoderaron de ellas con facilidad, lo mismo que de sus tesoros, mujeres é hijos. Así terminó aquella aventurera y osada expedición; éste fué el fruto de tanto valor, de tanto arrojo, de tanto esfuerzo, y otra acaso hubiera sido sin las discordias civiles que fueron el azote de aquella valerosa hueste.

Ondeantes ya las gules barras en las vencidas cúpulas de Tebas y de Atenas, y dueños de aquel estado y señorío, los catalanes pensaron en darse un jefe. Entonces fué cuando se acordaron con sentimiento, que no estaban á su lado ni Berenguer de Entenza ni Berenguer de Rocafort, víctimas entrambos de sus civiles discordias. Tan faltos estaban de personas principales y caballeros que les gobernasen, que su elección recayó en una persona extraña á la hueste, siendo nombrado el caballero rosellonés Roger Deslau, que en la batalla á orillas del Cefiso había hecho armas contra ellos y había sido uno de los pocos jinetes del duque de Atenas que escaparon con vida.

Sólo por algún tiempo gobernó Roger Deslau las provincias de Atenas y Beocia, y con ellas á los catalanes y aragoneses que por derecho de conquista las habían adquirido; ya que poco después, ó por muerte de este capitán, ó por haberse cansado de su gobierno, se sabe que aquellos aventureros enviaron embajadores al

rey D. Federico de Sicilia pidiéndole que les diese príncipe y señor para gobernarles. D. Federico les dió por rey á su hijo segundo, Manfredo; sólo que por ser éste en aquella época muy niño todavía, fué á gobernar el nuevo estado un caballero catalán, natural del Ampurdán y llamado Berenguer de Estanyol.

Este caballero, persona á lo que parece de buenas prendas y altas virtudes, gobernó con satisfacción de todos aquellos estados, y durante su gobierno y regencia adelantó la conquista y extendió los límites de su señorío, haciendo respetado y temido el nombre catalán en aquellos lugares. Mientras Berenguer de Estanyol vivió y fué cabeza y capitán en Atenas, dice Moncada que tuvieron los nuestros guerras continuas, no con todos á un tiempo, pero ya con unos, ya con otros, sin tener jamás ociosas sus armas. Muerto este capitán, volvieron segunda vez á pedir al rey D. Federico que les enviase quien fuese lugarteniente por D. Manfredo.

Entonces mandó D. Federico venir de Cataluña, en donde se hallaba, á su otro hijo D. Alfonso Federico, y envióle con 10 galeras y buena compañía á gobernar aquel nuevo reino en nombre de su hermano. Poco, sin embargo, lo gobernó D. Alfonso en calidad de lugarteniente; que por haber muerto de allí á poco Manfredo, fué reconocido por su padre y por los catalanes y aragoneses de aquella tierra como príncipe y señor de Atenas y de Beocia.

Así fué como, por el valor y la intrepidez de unos pocos, quedó planteada en Atenas una dinastía catalana-aragonesa, perteneciendo aquellos estados á D. Alfonso Federico y á su posteridad por espacio de cerca ciento cincuenta años, hasta el de 1452, época de la conquista de Constantinopla por los turcos.

Tal es, y sólo en resumen y á grandes rasgos, la historia de la expedición contra turcos y griegos, que es-

taríamos ciertamente tentados á tomar por una fábula, si documentos innegables, si graves autores, si contemporáneos cronistas, si los mismos historiadores griegos no nos respondieran de la veracidad de sus hechos. Aquellos valientes almogavares, aquellos monstruos de valor, de voluntad y de sufrimiento, según un escritor moderno los ha llamado, llevaron á cabo una de las más famosas y gigantescas empresas que se conocen en la historia de los siglos, siendo honrosísimo fruto de sus victorias un trono que por espacio de cerca siglo y medio ocupó la familia de nuestros reyes y una brillante página de gloria para nuestros anales, como pocas naciones pueden de seguro presentar.

FIN DEL TOMO CUARTO.

BIBLIOTECA PROVINCIAL
SORIA

ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.

LIBRO SEXTO.

(CONTINUACIÓN.)

Páginas.

CAPÍTULO XIII.—Cortes en Ejea.—Sospechas de un viaje del rey á Perpiñán.—Reunión en Teruel de la hueste expedicionaria.—Primeras ventajas conseguidas por el rey.—Su entrevista con los reyes de Castilla y sus amores con Doña Berenguela.—Sitio de Murcia.—Capitulación de la ciudad.—Diferencia en la relación de este período.—Según las historias árabes.—Según Muntaner.—Proyecto del rey, contrariado por sus barones.—Jefes de frontera.—Viaje del rey á Montpeller.—D. Ferriz de Lizana desafía al rey.—Recibe el rey en Perpiñán una embajada de tártaros.—El rey pasa á Lérida.—Sitia y toma á Lizana.—Crueldad del rey.—Sentencia contra monederos falsos.—Viajes del rey.—Muerte del conde de Ampurias. 5

CAPÍTULO XIV.—Muerte del conde D. Alvaro de Urgel.—Disturbios en Urgel y pretendientes á este condado.—Viaje del rey á Toledo.—Consulta al rey de Castilla el proyecto de una expedición á Tierra Santa.—Vuelve el rey á Valencia y recibe una embajada de Tartaria y otra de Constantinopla.—Publica su resolución de ir á la Tierra Santa.—Entrevista con la reina de Castilla en Huerta.—Viaje á Mallorca.—Sale la flota del puerto de Barcelona y quiénes iban en ella.—Asaltada la flota por una furiosa tempestad, decide el rey abandonar la empresa.—Algunos buques llegaron á San Juan de Acre y cuáles fueron.—Regreso de las naves.—La nave real llega á Aigues Mortes.—Lo que le sucedió al rey en Montpeller.—Asiste en Burgos al casamiento de su nieto D. Fernando de Castilla.—Consejos dados al rey de Castilla.—Cortes en Valencia.—Los reyes de Castilla en Valencia.—Nueva entrevista

Páginas.

con el rey de Castilla en Alicante.—El príncipe D. Pedro hace preparativos para apoderarse de los condados de Poitiers y Tolosa.—Ordenes terminantes de D. Jaime para impedir el proyecto de su hijo.—Desiste el príncipe de la empresa.—Turbaciones en el reino por causa de guerra entre D. Pedro y Fernán Sánchez..... 17

CAPÍTULO XV.—Quejas de D. Pedro contra Fernán Sánchez.—D. Pedro intenta matar en Burriana á Fernán Sánchez.—La nobleza catalana y aragonesa dividida en bandos.—Cortes en Ejea y en Alcira.—Primera vez que se encuentran citados en la historia los nombres de Roger de Lauria y Conrado de Llansa.—Guerra y tregua con Navarra.—Se avistan en Requena los reyes de Castilla y de Aragón.—Viaje de D. Jaime á Montpeller.—Guerra entre el rey de Francia y el conde de Foix.—Media el rey de Aragón y tiene una entrevista con el de Francia.—El conde de Foix prisionero del rey de Francia.—Negociaciones para la libertad del de Foix.—Diferentes actos de D. Jaime en Montpeller.—Convocatoria á los barones para ir contra moros.—El vizconde de Cardona y otros se niegan á asistir al rey y por qué.—Bernardo de Olcinella lugarteniente en Aragón y Cataluña.—Victoria de los catalanes en Ceuta.—Viaje del rey á Murcia..... 29

CAPÍTULO XVI.—Invitación del Papa al rey para asistir al concilio de Lión.—Mandato real al vizconde de Cardona y á los suyos para entregar los castillos, y embargo de sus feudos.—Contestación del vizconde de Cardona.—Nuevo mandato, y nueva contestación del de Cardona.—El rey se detiene en Torroella.—Tercer requerimiento del rey al de Cardona y resolución de éste.—Entrada triunfal de D. Jaime en Lión.—Conferencias con el Papa.—Concilio y nueva conferencia con el Papa.—Rasgos y palabras notables del rey.—Pide el rey ser coronado por el Papa.—Niégase el Papa como no se reconozca y pague el tributo prometido por Pedro el *Católico*, á lo cual no accede el rey.—Intercede D. Jaime por un infante de Castilla.—Sale de Lión y va á Perpiñán.—Actos de D. Jaime en Perpiñán.—Nuevo mensaje al de Cardona y digna respuesta de éste.—Los barones catalanes confederados se reunen en Solsona.—Mensaje del rey á los barones y contestación de ellos.—Rompimiento definitivo entre el rey y los barones. Fernán Sánchez se une á éstos.—Llamamiento del rey.—Qué nobles se reunieron en Ager para hacer guerra al rey y enviarle sus car-

Páginas.

tas de *deseximent*.—Saqueo é incendio de Figueras por el conde de Ampurias.—Alteraciones en Aragón.—Muerte del rey de Navarra, sucesos en este reino y pretensiones de Aragón.—Treguas con los del bando del vizconde de Cardona.—Los reyes de Castilla en Barcelona.—Objeto que llevaba en su viaje del rey de Castilla.—Entrevista de D. Alfonso con el Papa en Beaucaire.—Muerte de San Raimundo de Peñafort..... 38

CAPÍTULO XVII.—Cortes de Lérida.—Disuélvense las Cortes sin deliberación.—Nuevos aprestos de guerra y alboroto en Zaragoza.—Cómo cayó en manos de D. Pedro su hermano Fernán Sánchez, y cómo le mandó ahogar en el Cinca.—Marcha el rey contra el conde de Ampurias.—Llers y sus once castillos.—Sitio del castillo de la Roca.—Viaje del rey á Perpiñán.—Destrucción de Calabuig y sitio de Rosas.—Treguas entre el rey y los barones y convocatoria de Cortes.—El príncipe D. Pedro y Guillermo de Canet.—Casamiento del infante D. Jaime con Esclaramunda de Foix.—Cortes en Lérida.—Las Cortes juran la primogenitura de Alfonso, nieto del rey.. 56

CAPÍTULO XVIII.—El rey de Granada y el de Marruecos proyectan apoderarse de los dominios cristianos.—Marcha contra los moros Sancho de Aragón.—Sangrienta muerte de Don Sancho.—Envía el rey á D. Pedro contra los moros.—Motín de la Unión en Valencia.—Alzamiento de los moros de Valencia.—Se pone á su frente Azedrach.—Rota de Concentaina y muerte de Azedrach.—Los cristianos se apoderan de Beniopa y los moros de Luchente.—Derrota de Luchente.—Efecto que la noticia de la derrota hizo en D. Jaime.—Se hace el rey transportar á Alcira y cae enfermo.—Abdicación del rey y postreros encargos á su hijo.—Muerte de Jaime *el Conquistador*..... 66

CAPÍTULO XIX.—Elogio y vindicación de D. Jaime.—Sus esposas, sus hijos y sus damas.—Juicio que de este monarca formó la posteridad..... 76

CAPÍTULO XX.—Infeliz estado del reino de Valencia.—Don Pedro no quiere tomar el título de rey antes de coronarse.—Su coronación en Zaragoza, y protesta.—Jura del príncipe Alfonso.—Comienzo de discordia entre el rey y su hermano.—D. Jaime toma posesión de sus estados.—La reina de Castilla con su nuera y sus nietos se refugia en Aragón.—Emprende el rey la guerra contra los moros.—Roger de Lauria gobernador de un castillo y Pedro de Queralt almirante.—Sitio

Páginas.

de Montesa.—Toma de la Muela por los almogavares.—Toma de Montesa..... 85

CAPÍTULO XXI.—Alzamiento de los barones catalanes.—Se ligan con el de Foix y éste con D. Jaime de Mallorca.—Política del rey.—Asegura las fronteras de Castilla.—Traslación de los restos de D. Jaime á Poblet.—Vuelve la reina á Castilla.—Viene el rey á Cataluña contra los confederados.—Tratos con los condes de Foix y de Urgel.—El rey de Mallorca feudatario del de Aragón.—Quiénes asistieron al homenaje.—Vistas con D. Sancho de Castilla.—Motivos que tuvieron los barones catalanes para confederarse de nuevo contra el rey.—Correrías del vizconde de Cardona por el llano de Barcelona.—El rey pone sitio á la ciudad de Balaguer.—Heróica resistencia de los cercados.—Lo que acaeció á los que iban en auxilio de los sitiados.—Ardid del rey para sorprender á los que iban en socorro de la ciudad.—Combate nocturno.—Ríndese la ciudad.—Encarcelamiento de los barones catalanes..... 94

CAPÍTULO XXII.—De la entrevista de los reyes de Aragón y de Francia en Tolosa.—Opinión de Desclot.—De Muntaner.—De *Gesta comitum*.—De otros autores.—El emir de Túnez se niega á pagar el tributo al rey D. Pedro.—Conrado de Llansa va de embajada á Túnez.—Se decide una expedición contra Túnez, y Conrado de Llansa es nombrado jefe de ella.—Llansa entra en Túnez.—Combate de cuatro galeras catalanas con diez marroquíes.—Entrevista de los reyes de Aragón y Castilla.—Matrimonio de Isabel de Aragón con el rey de Portugal.—Diferencias entre los reyes de Francia y de Mallorca por lo tocante á la soberanía de Montpeller.—El rey de Mallorca reconoce la soberanía de Francia en Montpeller... 107

CAPÍTULO XXIII.—Guelfos y gibelinos.—Reinado de Conrado en Sicilia.—Manfredo coronado rey en Palermo.—Contiendas con el Papa.—La corona de Sicilia ofrecida á Carlos de Anjou.—Con qué condiciones recibe el reino de manos del Papa.—Quiénes eran Carlos de Anjou y Beatriz.—Coronación de Carlos y de Beatriz en Roma.—Batalla de Benevento y muerte de Manfredo.—Aclamación de Conradino por los gibelinos.—Conradino muere en el cadalso.—Infeliz estado de Sicilia bajo la dominación del de Anjou..... 120

CAPÍTULO XXIV.—Juan de Prócida según una antigua crónica siciliana.—Juan de Prócida en Aragón.—Proyectos de

Páginas.

D. Pedro tocante á Sicilia.—Embajada al Papa para la canonización de Raimundo de Peñafort.—Armamentos y preparativos de guerra por parte de D. Pedro. 130

CAPÍTULO XXV.—Embajada de Constantina ofreciendo esta ciudad á D. Pedro.—Se concierta tener secreta la empresa.—No quiere el rey descubrir sus intenciones á su hermano.—Embajada al Papa.—Reunión de la flota en Port-Fangós.—Vísperas sicilianas.—Matanza de franceses en Palermo.—Cólera de Carlos de Anjou y sus deseos de venganza.—Continúa D. Pedro los preparativos.—Testamento de D. Pedro.—Tratos de matrimonio entre el príncipe D. Alfonso y la hija del rey de Inglaterra.—Donación del reino á D. Alfonso.—Partida de la flota..... 139

CAPÍTULO XXVI.—Llega la flota á Mahón.—Pasa á Collo y se apodera de esta plaza.—División de la hueste en cuerpos de ejército y sus capitanes.—Batalla mandada por D. Pedro.—Embajada al Papa, su objeto y resultado.—Pedro de Queralt ante el parlamento de Palermo.—Embajada de los sicilianos al rey ofreciéndole la corona.—Reune D. Pedro su consejo.—Hecho de armas del conde de Pallars.—El rey pasa á Sicilia con su hueste..... 152

CAPÍTULO XXVII.—Manifiesto del rey de Aragón al de Inglaterra.—Recibimiento de D. Pedro en Trápani y en Palermo.—Es aclamado rey por el Parlamento.—Sus primeros actos.—Valor de los mesinenses.—D. Pedro requiere á Carlos de Anjou para que abandone el país.—Carlos levanta el sitio de Mesina.—Mesina recibe en triunfo á D. Pedro.—Primera victoria en los mares de Sicilia..... 161

CAPÍTULO XXVIII.—Parlamento de Catania.—Carlos de Anjou envía á desafiar á D. Pedro.—Embajadores de D Pedro á Carlos de Anjou.—Condiciones con que se acordó el duelo entre el rey de Aragón y el de Nápoles.—El Papa excomulga á D. Pedro.—Sorpresa de Catona.—Roger de Lauria nombrado almirante.—Decide D. Pedro pasar á Calabria.—El príncipe de Salerno desampara Reggio y esta plaza proclama á D. Pedro.—Sorpresa de Seminara.—Sitio de Geraci.—Regreso de D. Pedro á Sicilia y por qué.—Peste en el campo francés.—Llegada de Doña Constanza y sus hijos á Mesina.—Parlamento en Mesina y discurso de D. Pedro.—Nombramientos hechos por el rey.—Fracaso de la conspiración de Gualtero de Caltagirone.—El rey parte de Sicilia..... 171

Páginas.

CAPÍTULO XXIX.—Carlos de Anjou se presenta al Papa en demanda de auxilios.—Anatema y sentencia contra D. Pedro. —Medidas tomadas por el Papa en perjuicio del rey de Aragón.—Viaje del rey.—Su llegada á Cullera.—Mensajes enviados por el rey desde Valencia á los caballeros que debían entrar con él en batalla.—Caballeros catalanes nombrados para mantener el campo con el rey.—Vistas con D. Sancho en Tarazona.—Conducta del rey de Inglaterra.—Conducta del rey de Francia.—Emboscadas armadas para el rey D. Pedro.—Ardid de que se valió D. Pedro para presentarse en el palenque de Burdeos.—Se presenta D. Pedro al senescal de Burdeos.—Documentos expedidos por el senescal.—Regreso del rey 184

CAPÍTULO XXX.—Insurrección en Sicilia reprimida por Don Jaime.—Sale una flota provenzal del puerto de Marsella.—Batalla de Malta ganada por Roger de Lauria.—Cosa de notar en esta batalla.—Roger de Lauria se introduce en el puerto de Nápoles é incendia las naves.—Descontento en Cataluña.—Privilegio del *Recognoverunt próceres*.—Desafía el rey á Don Juan Núñez.—Penetran los franceses en Aragón por la frontera de Navarra.—El Papa ofrece á un hijo del rey de Francia la *corona de Aragón*.—Apela el rey de la sentencia del Papa.—Cortes en Setiembre de 1283.—Quejas de los aragoneses.—Juraméntanse los aragoneses para guardar sus libertades.—Confirmación de sus libertades á los aragoneses.—Unión de barones y ciudades para garantir sus fueros.—Don Pedro envía embajadores á desafiar al rey de Francia.—Cortes de Valencia. Noviembre de 1283.—Cortes en Barcelona, famosas y por qué. Diciembre de 1283..... 198

CAPÍTULO XXXI.—El Papa da la investidura del reino de Aragón á Carlos de Valois.—Se predica la cruzada contra el rey D. Pedro —Traición de D. Jaime de Mallorca.—Embajadores enviados al Papa.—Marcha el rey sobre Albarracín. —Sitio y toma de la plaza.—Esfuerzos de la unión de Aragón para mantener sus libertades.—Grandes armamentos contra Sicilia —Preparativos de defensa por parte de los sicilianos.—Proclama de Roger de Lauria.—Batalla de Nápoles ó de Castellmare.—Prisión del príncipe de Salerno.—Libertad de la infanta Beatriz 214

CAPÍTULO XXXII.—Tumulto en Mesina.—Síntomas de revolución en Nápoles.—Sitio de Reggio.—Defensa de Reggio por

Páginas.

Guillermo de Pons —Rasgo notable de Ramón Marquet.— Nuevos triunfos de Roger de Lauria.—Conquista de la isla de los Gerbes.—Prisión de Margano.—Cae en desgracia Alaimo. —Admirable comportamiento de una guardia catalana.—Empresa contra Navarra.—Poesía guerrera de D. Pedro..... 225

CAPÍTULO XXXIII.—Preparativos del rey de Francia para venir contra estos reinos.—Situación apurada de D. Pedro.— Cortes en Zaragoza, Huesca y Zuera.—Conspiración en Barcelona promovida por Berenguer Oller.—Castigo de Berenguer Oller y de sus cómplices.—Viaje del rey.—Muerte del Papa. —D. Pedro al pie de los muros de Perpiñán.—Entra por fuerza en la ciudad.—Escritura encontrada por el rey.—Fuga de D. Jaime de Mallorca.—Tumulto en Perpiñán y regreso del rey.—Devuélvese la libertad á la reina de Mallorca..... 232

CAPÍTULO XXXIV.—Los franceses en el Rosellón.—Se apoderan de Perpiñán.—Asalto y saqueo de Elna.—El rey expuesto á morir ante Colibre.—D. Pedro se sitúa en el Coll de Panisars para impedir el paso á los franceses.—Qué gente se hallaba con el rey.—Retirada de la hueste francesa y deserción en sus filas.—Defensa del castillo de Montesquiu por una dama.—Armamento de Cataluña.—Puesto de honor concedido á los de Lérida.—Hecho de armas del conde de Ampurias.—Respuesta del rey á un mensaje del de Francia.—Por orden del rey de Mallorca se facilita á los franceses la entrada en Cataluña. 241

CAPÍTULO XXXV.—Entra Felipe *el Atrevido* en Cataluña.— Sienta su real cerca de Peralada.—El rey sospecha del conde de Ampurias y manda retirar las milicias ciudadanas.—Entrevista en Figueras con el conde de Ampurias.—El rey en Castellón.—Consejo de capitanes en Peralada.—Atacan los franceses la villa y son rechazados.—Se decide abandonar Peralada, y notable proposición del vizconde de Rocabertí, señor de esta villa.—Incendio de Peralada.—Traición de los habitantes de Castellón.—Castellón en poder de los franceses.—Torroella de Montgrí se declara en favor de Francia.—Terror y espanto general en Gerona, y llegada del rey á esta ciudad.—Las milicias ciudadanas regresan á sus tierras —Se decide la defensa de Gerona y se encarga de ella Ramón Folch.—Gerona guarnecida y fortificada..... 252

CAPÍTULO XXXVI.—La armada francesa tala la costa.— Toma de Llers.—Coronación de Carlos de Valois en Llers.— Propuesta de rendición de Gerona á Ramón Folch, y noble

Páginas.

contestación suya.—Sitio de Gerona.—D. Pedro en Barcelona. —Los catalanes piden al rey que los lleve al combate.—Respuesta dada por D. Pedro.—Los catalanes molestan á los franceses con rebatos y sorpresas.—Deciden los de la Unión ayudar al rey.—Fortificación de Barcelona.—Daño que hacian los corsarios á los franceses.—Los almirantes catalanes piden permiso al rey para salir contra los franceses.—Combate marítimo ganado por Marquet y Mayol con 11 galeras contra 24. —Notable fruto de esta victoria..... 262

CAPÍTULO XXXVII.—Nuevo llamamiento á las municipalidades y nobleza de los reinos.—D. Pedro en Montserrat.— Pasa al campamento de Hostalrich.—Combate con los franceses en que toma parte personalmente D. Pedro.—Los franceses prosiguen con empeño el sitio de Gerona.—Peste en el campo francés.—Falta de víveres en Gerona.—Llegada de Roger de Lauria con su armada á Barcelona.—Sale Roger en busca del enemigo.—Victoria grande de mar.—Galeras y prisioneros franceses que quedaron en poder nuestro.—Bárbara inhumanidad del rey D. Pedro.—Roger penetra en Rosas y toma el castillo.—Se apodera de Cadaqués.—Levantamiento de los pueblos de la costa.—Embajada del rey de Francia á Roger.—Orgullosa respuesta de Roger de Lauria..... 272

CAPÍTULO XXXVIII.—Manifiesto de estos reinos al papa Honorio.—Desaliento en el campo francés, del que el rey es retirado enfermo.—Capitulación de Gerona y honores á su guarnición rendidos por los franceses.—Disposiciones del rey para impedir á los franceses la salida de Cataluña.—Situación difícil de los franceses para salir de Cataluña.—Tentativas para apoderarse de Besalú.—Defensa de Asberto de Mendiona.—Retirada del ejército francés..... 286

CAPÍTULO XXXIX.—El príncipe Felipe pide al rey de Aragón que le permita pasar los Pirineos.—Los franceses en la Junquera.—Discurso del rey de Aragón á sus barones.—Esfuerzo de D. Pedro para contener á sus gentes.—Estrago y matanza en el ejército francés.—Muerte del rey de Francia..... 293

CAPÍTULO XL.—Sumisión de Castellón y Torroella.—Rendición de Gerona.—Orden á la armada de Roger para marchar contra Mallorca.—Enfermedad del rey.—El rey encarga á su hijo la empresa de Mallorca.—Ultimos momentos de D. Pedro.—Muere el rey en Villafranca del Panadés.—Su sepulcro en Santas Creus.—Hijos que dejó..... 297

Páginas.

CAPÍTULO XLI.—El príncipe de Salerno viene prisionero á Barcelona.—Caballeros que fueron á Mallorca con D. Alfonso.—Rendición de Mallorca.—Martirio de dos soldados en Alaró.—Insurrección en la armada siciliana.—Tempestad que sufre la escuadra al retirarse á Sicilia.—D. Jaime rey de Sicilia.—Sumisión de Ibiza.—Jura el rey los fueros de Mallorca y nombra gobernador á Asberto de Mendiona.—Cartas de convocación á los reinos.—Descontento de los aragoneses y por qué.—Embajada al rey.—Funerales por D. Pedro en Santas Creus.—Afortunada expedición de Roger de Lauria á las costas de Provenza.—Visita el rey los lugares de la frontera.—El conde de Pallars virrey de Cataluña..... 304

CAPÍTULO XLII.—Coronación del rey Alfonso y protesta.—Cortes en Zaragoza y demanda por parte de la *Unión*.—Sitio de Castellón de Ampurias por D. Jaime de Mallorca.—Retirada de D. Jaime.—D. Alfonso penetra en Rosellón.—Torneo en Figueras.—Tregua entre los reyes de Aragón y de Francia.—La *Unión* nombra el consejo real.—Embajada de los *Unidos* al rey.—El príncipe de Salerno prisionero en el castillo de Ciurana.—Cortes en Valencia. Setiembre de 1286.—Embajada al Papa.—Guerra entre el conde de Urgel y el vizconde de Cardona.—Cortes en Huesca. Octubre de 1286.—Reunión del ejército y armada en Salou.—Llega la flota á Mallorca..... 313

CAPÍTULO XLIII.—Medidas tomadas por la *Unión*.—Cortes en Aragón. Junio de 1287.—Entrevista en Olerón con el rey de Inglaterra y lo que se conviene.—Turbaciones en Aragón y porfía de los *Unidos*.—Concesiones hechas por el rey á los *Unidos*, que se llamaron el *privilegio de la Unión*.—El rey de Francia no acepta lo convenido en Olerón.—Embajada al rey de Inglaterra.—Nuevas excomuniones contra Sicilia.—Continúa la guerra contra Sicilia.—Enérgica y noble conducta de Roger de Lauria ante sus calumniadores.—Sitio de Agosta y combate naval de Castellamare..... 320

CAPÍTULO XLIV.—Preparativos bélicos de la Francia.—Entrada en Cataluña de D. Jaime de Mallorca.—Marcha el rey de Aragón contra D. Jaime.—Nuevos tratos entre los reyes de Castilla y de Aragón, y no pueden avenirse.—Alianza de los reyes de Castilla y Francia.—Entrevista de los reyes de Aragón y de Inglaterra en Jaca.—Carta del Papa á D. Alfonso.—D. Alfonso de la Cerda coronado rey de Castilla.—Tra-

Páginas.

tado de Campfranch por el que recobra su libertad el príncipe de Salerno.—Desafío al rey de Castilla.—Cortes en Monzón. 330

CAPÍTULO XLV.—Descontento y disturbios en Valencia.—Junta de la hueste en Calatayud.—Donación secreta del rey D. Alfonso al rey de Aragón.—Penetra en Castilla la hueste aragonesa.—Alianza definitiva de Francia y Castilla contra Aragón.—Cataluña y Mallorca amenazadas.—Prisión en Narbona de los embajadores aragoneses.—Cartel de desafío de Jaime de Mallorca á Alfonso de Aragón.—Respuesta del rey.—Entra D. Jaime de Mallorca en Cataluña.—Devastación de los estados de D. Jaime.—Bandos de Entenzas y Moncadas.. 336

CAPÍTULO XLVI.—Coronación de Carlos II de Anjou.—Insta en vano por una tregua con Aragón.—Triunfos de D. Jaime en Calabria.—Defensa de Belvedere y San Gineto.—Sitio de Gaeta.—Tregua.—Roger de Lauria toma por asalto Tolometa..... 342

CAPÍTULO XLVII.—Berenguer de Montoliu vicealmirante.—Conferencias en Perpiñán para tratar de la paz.—Renuévase la guerra.—Entrevista de los reyes de Aragón y Nápoles.—Cortes en Barcelona.—Paz entre los reyes de Aragón y Francia y el Papa.—Nueva entrevista del rey de Aragón con el de Nápoles.—Muerte de D. Alfonso..... 347

CAPÍTULO XLVIII.—Letras y lengua catalanas.—Universidad de Montpeller.—Protección de D. Jaime *el Conquistador* á las letras.—Escritores —Jurisconsultos.—Teólogos.—Historiadores.—Concilios.—De Lérida.—De Tarazona.—De Tarragona.—Esplendor y acrecentamiento de las poblaciones.—Barcelona.—Tarragona.—Reus.—Lérida.—Privilegio concedido por D. Jaime á los judíos de Lérida.—Vich.—Manresa.—Sabadell.—Perpiñán. Portvendres. Colibre.—Espíritu del gobierno de Cataluña.—Elementos del gobierno de los catalanes.—Equilibrio de los poderes.—Los tres Brazos.—Brazo eclesiástico.—Brazo militar.—Brazo real.—Modo de reunir las Cortes.—Sus tendencias liberales y descentralizadoras.—Emancipación de las municipalidades.—Los reyes no eran reconocidos en Cataluña hasta después de haber jurado guardar las constituciones.—Cataluña celebrada por los reyes.—Las Cortes de Cataluña.—Recuerdos de las primeras Cortes.—Don Jaime I afirma el sistema parlamentario.—Este da un gran paso en tiempo de Pedro *el Grande*.—Organización de las Cortes: su espíritu, su influjo, su poder.—Las Cortes podían cam-

Páginas.

biar el rey.—Juramento del rey.—Independencia y lealtad de los diputados.—La ley era el verdadero rey en Cataluña.—Todo lo que se hacía en perjuicio de las leyes era nulo.—Fórmula de la sanción que el rey daba á las Cortes.—La diputación ó general de Cataluña.—El consejo de ciento.—Los concelleres de Barcelona.—Marina.—Comercio, industria y artes.—Industria lanera en Olot.—Paños barceloneses.—Paños de Lérida y otros puntos.—Privilegios á favor de los comerciantes catalanes.—Cónsules catalanes.—Industrias de Perpiñán.—Industrias de Lérida.—Industrias y oficios agremiados.—Costumbres y usos.—Relajación de costumbres.—Repudios.—Desmoralización,—Burdeles.—Leyes contra los clérigos viciosos.—Matrimonios clandestinos.—Leyes suntuarias.—Joyas de la reina Constanza.—Diversiones.—Juegos de azar.—Instrumentos músicos.—Judíos.—Esclavos.—Monumentos.—San Francisco de Asís.—Convento de Santa Catalina.—Nuestra Señora de las Mercedes.—San Cucufate.—Nuestra Señora de Valldoncella.—San Juan.—Santa Clara.—Santa María de Junqueras.—Nuestra Señora del Carmen.—Convento de Avingaña.—San Jorge de Aljama.—Catedral de Lérida.—Catedral de Tarragona.—Monumentos de Mallorca. 354

ACLARACIONES Y APÉNDICES AL LIBRO SEXTO.

I.—Sigue la cronología de los condes catalanes. 437
II.—Independencia de los señores catalanes. 438
III.—Manifiesto de D. Pedro *el Grande* al rey de Inglaterra participándole los motivos de su pasaje á Sicilia..... 440

LIBRO SÉTIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.—Sube al trono Jaime II *el Justo*.—Casamiento de Roger de Lauria con Saurina de Entenza.—El rey se embarca para venir á Cataluña.—Llega á Mallorca.—Entra en Barcelona.—Jura y es jurado en Barcelona con la fórmula *sin Cortes*.—Cortes en Zaragoza y coronación del rey.—Discurso del rey en las Cortes.—Pasa á Calatayud y recibe embajada de los reyes de Granada y Tremecén.—Paces con Castilla.—Vistas de los reyes de Aragón y Castilla.—Convie-

Páginas.

ne el rey de Aragón en casarse con Isabel, infanta de Castilla. —Fiestas en Soria y en Calatayud.—Bandos y parcialidades. —Paz con Génova.—Blasco de Alagón, gobernador de Calabria, gana la batalla de Montalto.—Campaña de Roger de Lauria.—Negociaciones de paz.—Descontento y alarma en Sicilia.—Embajada de los sicilianos al rey.—Vistas del rey de Aragón y Carlos de Anjou.—Entrevista con el rey de Castilla.—Bandos en Cataluña..... 443

CAPÍTULO II.—El papa Celestino V.—Es elegido papa Bonifacio VIII.—Entrevista del infante D. Federico con el Papa. —Tratado de paz con la Iglesia, Francia y Nápoles.—Cortes en Barcelona.—Preparativos para recibir á la reina Doña Blanca.—Matrimonio del rey con Doña Blanca de Nápoles. —Embajada de los sicilianos al rey..... 455

CAPÍTULO III.—Aprestos de guerra con Castilla.—Federico es coronado rey de Sicilia.—Victorias de los sicilianos.— El rey de Aragón nombrado gonfalonero de la Iglesia.—Guerra con Castilla.—Toma del castillo y plaza de Alicante.— Conquista del reino de Murcia.—Publicación de la empresa contra Sicilia.—Deserción de Roger de Lauria.—Bodas de la infanta Violante con Roberto de Anjou.—El rey de Aragón recibe del Papa la investidura de los reinos de Cerdeña y Córcega.—Muerte de Doña Constanza.—Absolución de Roger de Lauria.—Disturbios por la sucesión del condado de Pallars.—Embajadores del rey de Sicilia al de Aragón.—Noble conducta de D. Blasco de Alagón.—Roger de Lauria derrotado por Blasco de Alagón..... 465

CAPÍTULO IV.—Requerimiento del rey de Sicilia á las ciudades y ricos-hombres de Cataluña y Aragón.—Preparativos contra Sicilia.—Recobra el rey de Mallorca esta isla con feudo al de Aragón.—Parte la armada contra Sicilia.—Remisión del bovaje á los catalanes.—Capitanes del ejército de la Iglesia.— Capitanes de Sicilia.—Primeros triunfos de los aliados.—Sitio de Siracusa.—Triunfos de los sicilianos.—Victoria marítima alcanzada por los sicilianos.—Levanta el rey D. Jaime el sitio de Siracusa y regresa á Cataluña.—Cortes en Barcelona.—Nuevos armamentos contra Sicilia.—Batalla naval de Cabo Orlando.—Regreso del rey á Cataluña..... 477

CAPÍTULO V.—Quejas del Papa al rey de Aragón.—Prosigue la guerra en Sicilia.—Valor de D. Federico y prisión del príncipe de Taranto.—Batalla de Gagliano y Ponza.—Sitio de

Páginas.

Mesina y Reggio.—Va contra Sicilia Carlos de Valois.—Sitio de Sciacca.—Tratado de paz.—Muerte de Roger de Lauria. . 488

CAPÍTULO VI.—Cortes en Lérida.—Universidad de Lérida. —Cortes en Zaragoza.—Toma de Lorca.—Cortes de Lérida. —Cortes en Zaragoza.—El vizconde de Cardona se despide del rey.—Continuación de la guerra con Castilla.—Varios sucesos. 496

CAPÍTULO VII.—Quién era Roger de Flor.—Ofrece sus servicios y los de 8.000 almogavares al emperador Andrónico. —Caudillos de los expedicionarios.—Partida de la expedición.—Su llegada á Constantinopla.—Combate con los genoveses en las calles de Constantinopla.—Roger de Flor, nombrado megaduque, casa con la sobrina del emperador.—Triste situación del imperio.—Primera victoria de Roger.—Acampa la hueste en Cizico.—Fernán Jiménez se aparta de los suyos.—Origen de enemistad entre Miguel y Roger.—Notable acción de Roger.—Reyerta entre almogavares y alanos.—Segunda y brillante campaña de Roger.—Muerte de Alet.—Llegada de Berenguer de Rocafort con refuerzos.—Retirada de Roger.—Mal comportamiento de Andrónico.—Se aloja la hueste en Galípoli.—Llegada de Berenguer de Entenza.—Entenza es nombrado megaduque y Roger césar.—Se paga á la gente de guerra con moneda corta.—Las provincias del Asia son dadas en feudo á los capitanes catalanes y aragoneses.—Parte Roger á verse con Miguel Paleólogo.—Asesinato de Roger de Flor.—Matanza de catalanes y aragoneses.—Represalias de los nuestros en Galípoli.—Se envía una embajada á Constantinopla.—Asesinato de los embajadores.—Llegada de D. Sancho de Aragón á Galípoli.—Su desavenencia con los capitanes.—Expedición de Berenguer de Entenza.—Batalla ganada á los griegos.—Llegada de la flota genovesa.—Prisión de Berenguer de Entenza.—Bizarría de Berenguer de Villamari.—Los que quedaron en Galípoli dan barreno á los buques de su armada.—Berenguer de Rocafort jefe de la hueste.—Victoria ganada por los nuestros en Galípoli.—Batalla de Apros.—Toma de Apros.—Correrías y venganzas de los nuestros.—Sacrificio heróico de unos prisioneros catalanes.—Llegada de Fernán Jiménez á Galípoli.—Correrías y victorias de Jiménez.—Se apodera de la plaza de Madyto.—Cabalgadas de la hueste.—Victoria de Muntaner.—Jornada contra alanos.—Batalla al pie del monte Hemo.—Hecho notable de un

Páginas.

alano.—Defensa de Galípoli por Muntaner.—Turcos y turcopples forman parte de la hueste.—Regreso de Berenguer de Entenza.—Bandos y disensiones en la hueste.—Sitios de Megarix y Ainé.—Llegada del infante D. Fernando.—Trazas de Rocafort para excluir al infante del gobierno.—La hueste determina llevar á otro punto sus conquistas.—Muerte de Berenguer de Entenza.—Jiménez de Arenós se pasa á los griegos.—El infante D. Fernando se aparta de la hueste para regresar á Sicilia.—Muntaner se decide á marchar con el infante.—Prisión del infante y de Muntaner en Negroponto.—Rocafort sienta su real en Casandria.—Rocafort y su hueste reconocen por rey á Carlos de Valois.—Muntaner va á visitar al infante prisionero.—Libertad del infante D. Fernando.—Prisión de Berenguer de Rocafort.—Su muerte.—Elige la hueste gobernadores.—Alianza con el duque de Atenas.—Asalto de Tesalónica.—La hueste atraviesa la Macedonia.—Penetra en Tesalia.—Alianza con el rey de Tesalia.—Enemistad con el duque de Atenas.—Batalla á orillas del Cefiso.—Los catalanes se apoderan del ducado de Tebas y Atenas.—Roger Deslau elegido capitán de la hueste.—Es elegido por rey de Atenas el infante D. Manfredo.—Berenguer de Estanyol, gobernador por el rey.—Sucede á Manfredo su hermano D. Alfonso..... 503

BIBLIOTECA PROVINCIAL SORIA

BIBLIOTECA PROVINCIAL SORIA

V. Balaguer

HISTORIA DE CATALUÑA

C
615